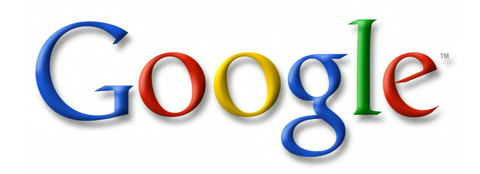
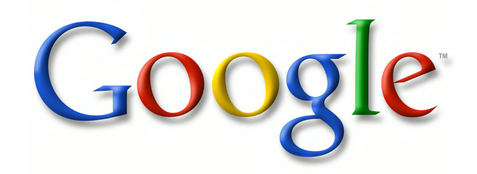
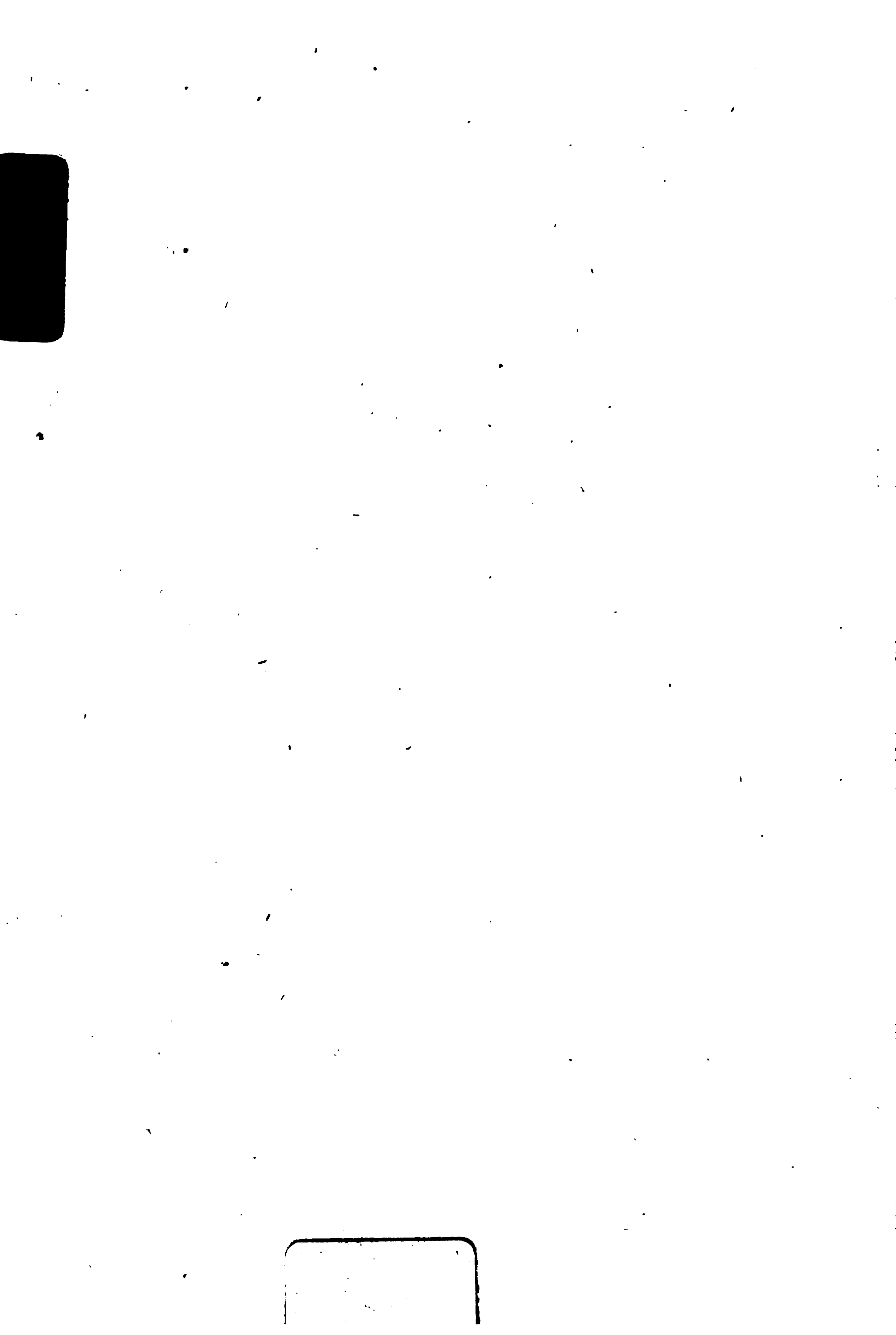



Google



VIAJE PINTORESCO

Á

LAS DOS AMÉRICAS,

ASIA Y ÁFRICA.



Christophe Colomb
né dans l'Etat de Gênes en 1441

Cristobal Colon



Guillaume Penn
né à Londres en 1644.

Guillermo Penn



Frédéric Henri Alexandre
Baron de Humboldt
né à Berlin en 1769.

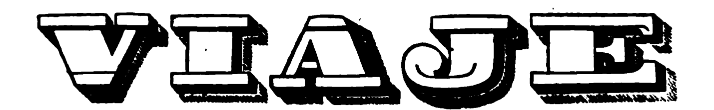
F. H. Alejandro Baron de Humboldt



Alcide d'Orbigny
né à Coueron, France,
en 1802.

Alcides de Orbigny


COLECCION DE VIAJES.
Viaje Pintoresco
AL
REDEDOR DEL MUNDO,
á las
DOS AMÉRICAS, ASIA Y ÁFRICA.
TOMO IV.
BARCELONA.
1842.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE J. OLIVERES
EDITOR,
Calle de Escudellers, N. 53.



PINTORESCO

Á

LAS DOS AMÉRICAS,

ASIA Y ÁFRICA.

RESUMEN JENERAL DE TODOS LOS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

de Colon, Magallanes, Las Casas, Gomara, La Condamine, Ulloa, Jorje Juan, Humboldt, Molina, Cabot, Grijalva, Koempfer, Marco Polo, Forster, Chardin, Tournefort, Volney, la Loubére, Chateaubriand, Caillé, Lander, etc., etc.

Publicado en francès bajo la direccion de

Alcide Dessalines — Jean Baptiste Benoît

MM. A. D'ORBIGNY Y J. B. EYRIÈS.

Adornado con mapas jeográficos, varios retratos y SEISCIENTAS *láminas finas dibujadas por* M. DE SAINSON Y JULIO BOILLY, *y grabadas sobre acero por los mejores artistas franceses.*

TOMO 1.



BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE JUAN OLIVERES,

CALLE DE ESCUDELLERS, NÚM. 53.

1842.

INTRODUCCION

AL

VIAJE PINTORESCO

A LAS DOS AMÉRICAS.

ABIERTA á los viajeros la senda del Asia occidental por las armas de los Cruzados, el judío Benjamin de Tudela recorrió (1160) durante muchos años las orillas del mar Caspio y la Tartaria china y visitó una parte de la India, dando á conocer á su regreso las riquezas y maravillas de todos aquellos paises. El entusiasmo relijioso por una parte, y por otra el espíritu mercantil estimulado por el viaje de Marco Polo (1269), el primero de los comerciantes que penetró en tan remotas comarcas, acreditaron de tal suerte los artículos y productos del Oriente, que todos los ánimos dirijieron con ahinco su atencion hácia esta parte del mundo. La invencion de la brújula (1322) facilitó sobremanera los descubrimientos y comunicó un impulso nuevo y vigoroso al difícil arte de la navegacion reducido hasta entonces á surcar los mares sin perder jamas de vista las costas.

Los Españoles vuelven á hallar las islas Afortunadas, y los Portugueses, que á la sazon eran los primeros navegantes del orbe, descubren sucesivamente diversos puntos de las costas africanas (1412), las islas del Cabo Verde (1433), donde se detuvieron poco tiempo por temor de volverse negros como sus moradores, y bajo la direccion de los Jenoveses y Venecianos (1449), los mas hábiles marinos de aquel siglo, llegan hasta las Azores y la Guinea (1484). Bartolomé Diaz (1486) descubre la parte meridional del África denominándola *Cabo Tormentoso* (denominacion que su rey trocó por la de cabo de Buena Esperanza), y desde entonces se tiene la certidumbre de poder ir por mar á las Indias orientales, blanco de todos los cálculos y objeto de todos los proyectos.

Cristóbal Colon, de orijen Jenovés, recibe una brillante educacion; pero reducido por la indijencia á emprender la profesion de marino, visita el Mediterraneo, el polo ártico y en especial las costas del África con objeto de llegar á la India por la parte del E., bien persuadido que esta parte del mundo es mucho mas vasta y dilatada de lo que jeneralmente se cree. Suponiéndola situada á poca distancia al O. de las Canarias, en virtud de las numerosas producciones de una naturaleza desconocida que acarreaban las corrientes como para manifestar la procsimidad de un nuevo continente (1474), busca un gobierno que se encargue de sufragar los gastos de su viaje. Sin embargo, en vano se dirije sucesivamente al senado de Jénova y al rey de Portugal; en vano envia á su propio hermano á Inglaterra y se encamina en persona á España (1484); pues que si bien es verdad que la corte le acoje con interés, la ignorancia del siglo se opone á la ejecucion de su proyecto y le obliga á valerse de las súplicas y echar mano de cuantos medios le sujiere su imajinacion ardiente para dar á Fernando y á Isabel un nuevo mundo. Constantemente es rechazada su demanda de un modo que no puede menos de debilitar su entusiasmo; pero temiendo perder para siempre aquella gloria, ofrece Isabel sus diamantes para sufragar todos los gastos de la espedicion cuyas ventajas declara inherentes al reino de Castilla. Fírmase un tratado (1492) por el cual es nombrado Colon virey de todas las tierras que va á descubrir y reconocido propietario del diezmo de todos sus productos. Hácense apresuradamente todos los aprestos, ármanse en el puerto de Palos de Morguer tres pequeñas embarcaciones denominadas *Santa María*, *la Pinta* y *la Niña,* y el intrépido Colon se embarca en ellas, á 3 de agosto, acompañado de los hermanos Pinzon y seguido por los votos de un pueblo inmenso. Este grande hombre parte de Gomera, una de las Canarias, á 6 de setiembre, pero desde luego tiene que luchar contra la rebeldía de sus tripulaciones que va subiendo de punto á cada momento. Viéndose en la necesidad de tener que dar la vuelta, pide tres dias de tiempo, íntimamente convencido de que la tierra deseada no puede distar mucho, y poco despues *la Niña* tropieza con una rama cubierta de hojas y cargada de frutos, indicio que disipa al momento todas las dudas.... Con efecto, á 11 de octubre y á eso de las diez de la noche, la tripulacion de *la Pinta* prorumpe en las voces de: Tierra! tierra! Al temor

suceden las mas vivas demostraciones de alegría, y se descubre la América (1492). Al siguiente dia se manifiesta á los ojos de los Españoles la vejetacion mas lozana; las chalupas armadas atracan á la playa, y Colon es el primero que pisa el nuevo mundo, del cual toma posesion en nombre de la España al horrísono estampido de la artillería que asombra y estremece al tropel de naturales que concurrieran al sitio de tan repentina aparicion. Esta isla, una de las Lucayas, era llamada *Guanahani* por los indíjenas, pero Colon la denomina *San Salvador;* y si bien es cierto que los habitantes quedan sumamente sorprendidos por la novedad de los objetos que presencian, no lo están menos los Españoles al ver todo cuanto les rodea. Colon abandona cuanto antes aquellos parajes, atraviesa las restantes Lucayas y llega á la isla de Cuba donde es recibido como un dios. Algunas palabras mal comprendidas le inducen á creer que se halla cercano al reino de Cathay descrito por Marco Polo, y en esta intelijencia pasa el 6 de diciembre á la isla de Haïti (Santo Domingo), visita una parte de la costa, recoje algunas pepitas de oro y se cree en la India por la analojía de *Cipango* con *Cibao*. Esta equivocacion enjendró el nombre de Indias occidentales, aplicado á la América por tanto tiempo. Confiando en la amistad y buena fé de un cacique, funda el puerto de Natividad, deja en él treinta y ocho individuos (1493), y da la vuelta para Europa donde es recibido como se merece y llevado en triunfo por el pueblo. Desde entonces cunde por todo el antiguo continente la noticia de un descubrimiento tan glorioso, que debia acarrear un dia tan grandes mudanzas al comercio del mundo.

Antes de continuar la historia de los progresos hechos en América, creo deber trazar una sucinta reseña del estado en que se hallaba en aquella época. El Asia, ni mas ni menos que las otras partes del mundo, parece no haber sido la cuna de sus habitantes; pero no es mi objeto sacar de la analojía que ecsiste entre las leguas asiáticas y algunas de las de América un argumento para probar que los Americanos son oriundos de aquella rejion.... Como la América es la parte del mundo donde se habla mas diversidad de idiomas, cuya filiacion es imposible seguir con ecsactitud; por precision deben encontrarse muchas voces mas ó menos análogas con las lenguas del Asia ú otras. Aun suponiendo que hubo algunas emigraciones verificadas por la parte del polo N., nada puede aducirse sin embargo contra el hecho positivo de que la América estaba ya poblada mucho antes: y si consideramos por otro lado los monumentos encontrados en el N. de la América septentrional y las facciones de los actuales moradores tan parecidas por la lonjitud de su nariz á las esculturas de los Mejicanos, ¿acaso no deberémos inferir que son procedentes del N. O. de la América?

En el fondo de los bosques de los Estados Unidos se encuentran muchas ruinas cuyo oríjen se ignora, pero que pertenecen quizás á los tiempos históricos. Esos fracmentos de una especie de civilizacion estinguida consisten en varios sepulcros, entre los cuales se ven algunos de cien pies de altura y ochocientos de diámetro, tales como los de las cercanías de San Luis (*American Boston*) y de las riberas del Ohio, y en muros de ladrillos ó de tapia, como los del Perú, que forman una linea de defensa de cosa de cincuenta millas al S. del lago Eriè. Estos fuertes, segun los cálculos aprocsimativos de M. Culter, deben remontarse á doce siglos, y consisten en varios cuerpos divididos en muchas salas como los que se han descubierto en la Luisiana, con algunos ídolos é inscripciones. Al considerar que los sepulcros mas grandes se hallan en las partes meridionales, es de creer, supuesto que la civilizacion de los habitantes actuales no permite suponer que desciendan de esas naciones antiguas, que estas han emigrado hácia el S. y que acaso son los Mejicanos que poblaron el pais de Anahuac y fueron reemplazados en los Estados Unidos por tribus nómadas de las comarcas mas boreales.

El país de Anahuac, ó Méjico, estaba habitado primitivamente por muchas naciones, entre las cuales se contaban los Olmecos que emigraron hácia el S. hasta el lago de Nicaragua, y que quizás han construido los monumentos de Palenqué que en la actualidad se están esplorando. Si esto es así, no cabe duda que tales monumentos son anteriores á la llegada de los Toltecos, y la época de su construccion mas remota que la de todos los de Méjico; pudiendo colejirse que los Toltecos no pudieron llevar una civilizacion superior á la de los Olmecos. Esta cuestion importante podria manifestar que la civilizacion formada en el país de Anahuac no procedia del N. Los primeros pueblos que descienden de las partes septentrionales son los Toltecos, los cuales en su mitolojía admiten tres edades que componen un total de 18.028 años, segun M. de Humboldt, y 1.417, segun otros, á saber: la edad de la tierra, la edad del fuego y la edad del viento. Admiten ademas la edad del agua que aniquiló la raza humana por medio de un diluvio. Los hombres quedaron transformados en peces; pero su Noé, Coxcox y su mujer, se salvaron en un tronco de árbol que flotaba sobre las aguas, volvieron á poblar la tierra y dieron orijen á los Toltecos que por los años 544 de nuestra era llegaron del N. al pais de Anahuac, subyugaron á los habitan-

tes, los civilizaron, fundaron las pirámides, dieron al año solar una division mas perfecta que la de los Romanos é imajicaron los signos jeroglíficos. En 1031 continuaron emigrando en direccion á la parte meridional.

Es muy probable que la aparicion del Quatzalcohualt, hombre blanco de barba larga, en las orillas del golfo de Méjico, es anterior á los Toltecos. Este profeta que se estremecia terriblemente cuando le hablaban de guerra, fundó una relijion, mandó hacer algunas ofrendas de flores y frutos, y desapareció. Tal es la causa que indujo á considerar á los primeros Españoles como el Quatzalcohualt que se estaba aguardando. Verdaderamente no deja de ser algo singular encontrar una aparicion semejante en los tiempos heroicos de los Peruvianos y de los Muyscas.

En 1170 llegan á Méjico los Chichimecos, procedentes de las mismas comarcas que los Toltecos, al paso que los Aztecos, salidos del pais de Aztlan en 1091, no se presentan allí hasta en 1179. Estos pueblan una parte de las costas de Méjico, en donde les manda detenerse el oráculo, que les obligaba á viajar constantemente para cumplir con sus disposiciones; en 1325 perciben un águila posada en la copa de un cactus cuyas raíces penetran una peña á través de sus hendeduras, y desde luego contraen domicilio en esa comarca, edifican el Teocalli ó casa de Dios y fundan la ciudad de Méjico donde tuvieron que sostener muchas diferencias con sus vecinos. Hasta la llegada de los Españoles (1503) contaron nueve reyes. Su dominacion se estendia por una parte hasta Yucatan, al paso que por otra y á solas treinta leguas de la capital habia algunas partes no sometidas; de lo cual se colije que apesar de sus riquezas, la estension de este reino no era comparable á la del Perú. Sin embargo los Mejicanos tenian ciudades mas opulentas que las de los Incas; Méjico estaba ecsornada de edificios suntuosos, palacios reales y templos magníficos, entre los cuales se hallaban los famosos Teocallis dedicados á las divinidades, y que tienen tantas circunstancias análogas con el de Júpiter Belo. El templo de Cholula tenia en su plataforma 4.200 pies cuadrados; las leyes eran severas, la policía bien reglamentada, la industria progresaba rápidamente, como lo manifiestan los signos jeroglíficos; la escultura no era tampoco desconocida, y el estado floreciente de la agricultura argüia riqueza y abundancia.

¿Cómo es posible que con un carácter tan pacífico en su vida privada, aquellos pueblos fuesen tan feroces en sus ceremonias relijiosas? ¿Por qué motivo estaba entre ellos la divinidad circuida de terrores? Los sacerdotes mandaban frecuentes ayunos y mortificaciones, y jamás se acercaban á los altares sin inundarlos de sangre. Los sacrificios humanos eran reputados como las ofrendas mas gratas y mas poderosas; los prisioneros eran condenados á una muerte cruel; su corazon y su cabeza consagrados á un dios sanguinario, al paso que los miembros restantes eran devorados en opíparo banquete con los amigos. A la muerte de un rey inmolaban una parte de su servidumbre paraque lo acompañasen á la otra vida.

Dejemos de contemplar este espectáculo de horror y pasemos á la América meridional, en donde observarémos cuadros mas dulces é incruentos. Esta parte del nuevo mundo no habia tenido comunicacion alguna con los Mejicanos, ni mas ni menos que los otros dos centros de civilizacion, el de Condinamarca y el Perú, que tampoco se habian relacionado entre sí.

En los tiempos mas remotos de la antigüedad, antes que la luna fuese satélite de la tierra, los habitantes de la llanura de Bogota vivian empozados en la barbarie, andaban desnudos y no tenian ninguna idea de agricultura, de culto ni de lejislacion. De repente aparece por la parte del Oriente un anciano de barba larga, conocido bajo los tres nombres de Bochica, de Nemqueteba y de Zuha, quien civilizó á los hombres como Manco Capac. Este anciano llevaba consigo una mujer conocida igualmente con las tres denominaciones de Chia, de Yubecayguara y de Huythaca. Esta mujer era hermosa, pero de un carácter tan sumamente malo que se opuso á su esposo en todas las empresas que acometió para la felicidad de los hombres, é hizo salir de madre al rio de Funzha para inundar todo el valle de Bogota. Este diluvio hizo perecer la mayor parte de los habitantes, en términos que solo pudieron salvarse del naufrajio algunos en la cumbre de las montañas vecinas. Irritado el anciano, arrojó del mundo á la hermosa Huythaca, y la transformó en luna, que es la que ilumina nuestro planeta durante la noche. Compadecido Bochica de los hombres, quebrantó con su mano poderosa las rocas que contenian en su alveo las aguas de la parte de Canaos y de Tequemdana, congregó los pueblos en Bogota, edificó ciudades é introdujo el culto del sol; nombró dos caudillos entre los cuales dividió los poderes eclesiástico y secular, y se retiró bajo el nombre de Idacanzas al santo valle de Iraca, en donde vivió 2.000 años. Antes de abandonar la tierra nombró *zaque* ó soberano, á un jefe de tribu respetado por su prudencia, el cual reinó 250 años y sometió todo el pais que se estiende desde San Juan de los Llanos hasta las montañas de Opon; despues de lo cual Bochica desapareció misteriosamente de Iraca, la ciudad mas populosa del estado, y fué considerado como el símbolo del sol.

El gobierno de Condinamarca era diferente del de los Incas : los poderes eclesiéstico y secular estaban separados , al paso que entre los Peruvianos se hallaban reunidos en una misma persona. Los cuatro jefes de tribus establecidos por Bochica nombraban los pontífices de Iraca. Esta ciudad era para los Muyscas lo que Cholula para los Mejicanos y la isla de Titicaca para los Incas: la ciudad santa por escelencia adonde se hacian romerías anuales atravesando el territorio enemigo con toda seguridad así en dias de paz como en tiempo de guerra. Lo que hay de particular es que allí , lo mismo que en Méjico y en el Perú , los Españoles fueron llamados Zuha , uno de los nombres de Bochica , é *hijos del Sol*. Los Muyscas se dedicaban á la agricultura y conocian el arte de tejer el algodon ; andaban vestidos , y el calendario que les habia dejado Bochica dividia el año por lunas. No deja de ser difícil de concebir como entre aquel pueblo labrador ecsistia la bárbara costumbre de sacrificar víctimas humanas. Cada 185 lunas los sacerdotes enmascarados representando á Bochica sacrificaban un muchacho de quince años educado en los templos en una de sus plazas circulares en cuyo centro se alza una columna.

Antes de hablar de los tiempos históricos del imperio de los Incas , creo no deber pasar en silencio los monumentos que les son anteriores y de los que no se conserva ninguna tradicion histórica. Estos monumentos son los de Tiaguanaco , situados á orillas del lago Titicaca , en la cumbre de los Andes y en medio de la nacion Aymara. Yo he ecsaminado algunos de esos inmensos edificios que arguyen una civilizacion quizás mas avanzada que la de los Incas, y cuyo jénero de arquitectura no permite confundirlo con otros. Es imposible dejar de ver en ellos un centro de civilizacion almenos tan antiguo como el de Palenqué ; sus piedras labradas son sumamente notables por sus enormes dimensiones y seguramente han sido traidas de léjos , supuesto que la roca solo se encuentra á grandes distancias , circunstancia de que no ecsiste otro ejemplo mas que el del antiguo Ejipto. Con efecto en medio de una espaciosa llanura se eleva un *tumulus*, á mas de cien pies de altura , sostenido por varios órdenes de columnas y rodeado de muchos templos de tres á quinientos pies de ancho , espuestos hácia el Oriente , formados de colosales pilastras , de pórticos monólitos y cubiertos de bajos relieves alegóricos ejecutados con harta regularidad , bien que de un dibujo sumamente grosero. Vense igualmente estatuas colosales cubiertas de esculturas alegóricas que representan el Sol y el condor , su mensajero.

Pasemos ahora á los tiempos históricos de los pueblos peruvianos. He hecho mencion de los restos de una civilizacion antigua que se encuentran sobre el lago de Titicaca ; es bastante singular que los anales de los Peruvianos hagan descender su primer rey , el hijo del Sol , Manco Capac , y su mujer , Mama Oello Huaco , de las orillas de este mismo lago. Seria acaso improbable que fuesen los últimos depositarios de aquella misma civilizacion á que pertenecen estos monumentos , civilizacion transportada al Cuzco donde reinaba todavía la barbarie ?

Manco Capac y Mama Oello , su hermana y mujer , vivieron en el siglo XI ; titulábanse semidioses é hijos del Sol y pretendian que su mision era dar nueva vida al mundo instruyéndole. Los salvajes dan crédito á sus palabras , el Inca enseña á los hombres la agricultura ; Mama Oello enseña á las mujeres á hilar y á tejer ; Manco Capac establece leyes y un gobierno sabio y paternal y dá principio al reino del Perú. Reducido á unas veinte leguas al rededor del Cuzco , acreciéntase sucesivamente durante el reinado de doce reyes , cuyo entusiasmo relijioso les impele á hacer conquistas hasta estender su dominio bajo el imperio del undécimo rey , Tupac Inca Yupanquí , desde el Ecuador hasta los 36° de lat. S., en todo el vertiente occidental de los Andes , en sus mesetas y en su vertiente oriental, es decir, desde Quito hasta el rio Maulé en Chile. Desde el siglo XIV ecsistia una prediccion que preparaba una conquista fácil á los Españoles. El séptimo Inca , Yahuar-huacac , envia á su heredero lejítimo á guardar los rebaños del Sol. Hacia tres años que este mozo se dedicaba á semejante ocupacion , cuando dormido al pie de un peñasco se le presenta en sueños un hombre estraño que se titula Viracocha y pretende ser su pariente é hijo del Sol ; le anuncia que viene un ejército á atacar á su padre, le manda ponerse en defensa y le asegura que puede contar con su apoyo. El jóven corre inmediatamente á comunicar esta noticia á su padre , pero este le trata de impostor. Pocos dias despues llega la noticia de que algunas tropas marchan contra el Cuzco ; el Inca abandona la ciudad del Sol ; pero el príncipe viene á su socorro y derrota á los agresores diciendo haber sido ausiliado por hombres barbudos. Sube al trono bajo el nombre de Viracocha , y deseando inmortalizar la memoria de su ensueño manda esculpir una estatua de hombre barbudo que ecsistia aun cuando la conquista. De ahí procede el nombre de Viracocha que se dá todavía á los Españoles y al que deben estos sin duda la conquista del Perú.

Huaina Capac , duodécimo Inca , hace rey de Quito á su hijo Atahualpa ; poco despues anuncia que se han visto algunos estranjeros en la costa septentrional (1515) ; cae enfermo , y antes de morir recuerda á los suyos la antigua aparicion de Viracocha , les dice que los estranjeros descubiertos son sin duda hijos del Sol , que son

superiores á los Peruvianos, que deben invadir el Estado, y acaba por decretar que se les obedezca en todo y por todo. En 1523 le sucede su hijo Huascar, el cual reclama de su hermano Atahualpa que le preste vasallaje; pero este reune tropas, sorprende el Cuzco, hace prisionero á Huascar, llama á los Incas de todas las partes del reino y los hace degollar sin compasion. Tal era el estado político del Perú en la época de la conquista.

El primer Inca lejislador, enviado del cielo, habia dado órden á sus descendientes, hijos del Sol como él y que ejercian una autoridad ilimitada, supuesto que mandaban como dioses, que se casasen con su hermana lejítima á fin de conservar pura su sangre y de merecer siempre el mismo respeto. Su relijion estaba fundada sobre la naturaleza: el sol, padre de la luz y fecundador de la tierra, la luna y las estrellas recibian sus homenajes; sus ceremonias eran pacíficas y sus sacrificios incruentos. Al sol se le ofrecian frutos producidos por su calor, y si bien le inmolaban algunos pacíficos llamas, jamas manchó sus altares la sangre humana. El Inca se arrogaba un poder enteramente patriarcal, pues era rey y sacerdote á un tiempo. Si combatia para acrecentar el número de los adoradores del sol, hacíalo con clemencia y cuando era ineficaz la persuasion, bien convencido de que el sol le habia encargado civilizar á los pueblos bárbaros. Las tierras estaban divididas en tres partes: una para el sol, cuyo producto estaba destinado á los que le construian templos; la segunda para el Inca como provision de guerra, y la tercera, que era la mas considerable, para todos los habitantes. Ninguna propiedad era esclusiva; las tierras estaban divididas todos los años segun las necesidades de las familias; trabajaban en comun y cantando, y constituian á buen seguro la sociedad mas unida y bien hermanada. La agricultura de los Peruvianos era almenos igual á la de los Mejicanos; por todas partes se veian acueductos, canales de riego que fertilizaban las áridas llanuras de la costa, y el Inca daba el ejemplo á sus vasallos cultivando la tierra en persona, al paso que su mujer hilaba, tejia ó instruia á las personas de su secso. Tenian unos templos magníficos de una arquitectura medio ciclopea, y otras casas destinadas para las vírjenes del Sol. Construyeron un camino de Cuzco á Quito, de quince pies de ancho sobre mas de quinientas leguas de lonjitud, y establecieron algunos *tambos* ó asilos de trecho en trecho. Hicieron varios puentes colgantes, jénero de construccion que no se ha usado en Europa hasta el siglo XIX. Tenian artesanos hereditarios que sabian esculpir y trabajaban de platero á las mil maravillas; conocian el año solar, pero no tenian otra escritura que los nudos ó quipos, segun aseguran los primeros historiadores, bien que no cabe la menor duda, si hemos de juzgar por los relieves de Tiaguanaco, que la civilizacion anterior no tenia esculturas alegóricas. La táctica militar estaba en su cuna; las leyes eran sumamente severas y el culpable era siempre castigado de muerte.

Los Mejicanos no perdonaban medio para establecer á todo trance los sacrificios humanos, al paso que los Incas no hacian mas que propagar una relijion llena de dulzura; siendo imitados en esto por los Muyscas, morijerados en sus sacrificios. Méjico debia toda su fuerza á la íntima union de sus sacerdotes con su nobleza; el sumo pontífice era siempre de sangre real y no podia emprenderse ninguna guerra sin su consentimiento. Los Peruvianos reunian los dos poderes, civil y relijioso, en una misma persona, y por este medio entrambas potestades tenian mayores medios de prosperidad que los Muyscas, cuyo pontífice era nombrado por los jefes. Los Mejicanos y los Peruvianos parecian haberse encumbrado al mismo grado de civilizacion: aquellos eran de un carácter mas belicoso, estos de un jenio mas dócil y mas humano; pero esta civilizacion no puede en ninguna manera ponerse en parangon con la de Europa. Es de notar que estos tres centros de civilizacion se hallaban en las mesetas altas y templadas, mientras que los pueblos vecinos permanecieron simados eternamente en el fondo de los bosques y de las florestas, en estado salvaje; cuya circunstancia robustece la observacion de que solo la agricultura puede inducir á los hombres á reunirse en sociedad, al paso que el hombre cazador se apartará de sus hermanos y se internará en los desiertos y soledades, lejos del tumulto de sus semejantes, en pos de una caza mas abundante y numerosa.

El territorio de la América está cubierto de un gran número de naciones distintas, compuestas de pueblos fogosos y guerreros, entre los cuales se hallan algunos antropófagos que se comen la carne de sus enemigos para satisfacer el bárbaro placer de la venganza. Estos pueblos son por lo comun cazadores nómadas, viajeros por necesidad, mas feroces que los pueblos labradores que de suyo son sedentarios y viven en sociedad. Sus sistemas relijiosos son tan multiplicados como sus costumbres y sus idiomas: todos creen al parecer en una vida futura, y la base de sus sentimientos relijiosos no tanto consiste en la confianza en un Dios de bondad como en el temor de un dios maléfico. Hay algunos que, no obstante la circunstancia de ser nómadas, tienen una cosmogonía y un politeismo completo. Seria sumamente difícil caracterizar la raza americana de una manera absoluta, supuesto que no ofrece ningun carácter jeneral,

salvo el tener los cabellos negros, lisos y largos. La inclinacion de los ojos no es comun á toda la raza, pues si bien es cierto que la tienen los Botocudos y los Guaranis, los Patagones y los Araucanos sin embargo tienen los ojos horizontales. La lonjitud ó la anchura de la nariz no puede tampoco constituir un carácter; porque los Americanos del Norte, los Mejicanos y los Peruvianos la tienen pronunciada, siendo así que los Guaranis y los Patagones la tienen corta y arremangada. Si buscamos caractéres en la espresion del rostro, verémos siempre á los Chiquitos con la sonrisa en los labios, de buen humor y antojadizos, al paso que la mayor parte de los otros pueblos están comunmente tristes y taciturnos. La falta de barba está muy lejos de ser jeneral; todos tienen su correspondiente vigote y la barba poblada de pelo, y si los Guaranis son casi imberbes, los Guarayos están surtidos de una barba patriarcal que les desciende hasta el pecho. La estatura no debe considerarse tampoco como un carácter; los Patagones son altos y robustos, mientras que los Peruvianos y los Guaranis son bajos y endebles, y no pocas veces sucede que en una misma nacion es muy diferente la estatura. El color es muy diverso; los Americanos del Norte lo tienen cobrizo y encarnadino; los Peruvianos, los Patagones y otras naciones del Sur negruzco y los pueblos de los bosques únicamente amarillo ó casi blanco. Así que, solo resta el lenguaje por el cual puedan establecerse las grandes divisiones de las razas americanas.

Si pasamos á estudiar esas naciones bajo el punto de vista del terreno que ocupaban antes de la conquista, observarémos que la mas considerable, bien que no la mas civilizada, era la de los Guaranis. El habla de este pueblo labrador suena desde el Orinoco hasta el rio de la Plata, y desde el pie oriental de los Andes hasta el mar, en toda la parte N. E. de la América meridional, al paso que las montañas del O. eran habitadas en las rejiones ecuatoriales por las naciones Quichua y Aymara, y al S. por los Araucanos; las del N. por los Muyscas y las llanuras australes por los Puelches y los Patagones. Ademas de estas grandes naciones, habia otras muchas pequeñas, sembradas en medio de las selvas de la Amazona, del Orinoco, de la Plata y de sus afluyentes, como tambien en las montañas brasileñas. En sus partes septentrionales, la América del Norte estaba cubierta igualmente de un gran número de pueblos cazadores que podian rivalizar con los del antiguo Cáucaso y del Asia menor. La lengua azteca era la única que se hablaba en una parte del golfo de Méjico. Tal era el estado de la América cuando la descubrió Colon. Vamos ahora á trazar, por el mismo órden con que se han verificado, una reseña de los descubrimientos que han inducido á los Europeos á poblar este pais y darlo á conocer tal como lo es actualmente.

Una bula del papa Alejandro VI otorgaba á la España todos los paises que descubriese al O. de las Azores, al paso que los Portugueses podian enseñorearse de las comarcas situadas al E. de la misma linea. En un segundo viaje verificado en 1593, Colon acompañado de muchos miembros de la nobleza castellana descubre María Galante, la Guadalupe, Antigua y Puerto Rico en las Antillas, y habiendo encontrado destruído su fuerte de la Natividad, lo manda construir de nuevo y muestra algunos caballos por vez primera á los Americanos sorprendidos. En 1495 les presenta batalla, y habiéndola estos perdido, empiezan á verse reducidos á la esclavitud, mientras Colon se halla precisado á dar la vuelta para Europa en virtud de las fuertes reconvenciones y de las injustas recriminaciones que le dirijen.

El hábil Sebastian Cabot descubre la costa del Labrador y Terranova (1497), visitada en 1504 por los Normandos que se establecen en ella cuatro años despues, y reconocen el Cabo Breton en 1520.

Sobrepujando cuantos obstáculos se aglomeran para oponerse á su partida, apréstase Colon para emprender un tercer viaje, no obstante los disgustos con que el ingrato Fernando comenzaba á acibarar su ecsistencia en pago de sus gloriosas hazañas. Este hombre emprendedor visita de nuevo la Trinidad (1498) y el continente de tierra firme; toca en la Boca del Dragon, en Paria, en Cumana y de regreso, en Santo Domingo, donde halla sublevada su colonia, y descubre Cubagua y Margarita. Entretanto Alonso de Ojeda (1499) aprovechando la última relacion del viaje de Colon llega á Paria, sigue la costa hasta el cabo Vela, y da fondo en Venezuela. En esta espedicion le acompañaba Américo Vespucio, noble florentino que dando publicidad á su viaje arrebató á Colon la gloria del descubrimiento y acabó por aplicar su nombre al nuevo continente llamado América, por un acto de injusticia perpetuado por los jeógrafos y por la costumbre. Alonso de Niña y Guerra visitan igualmente el Paria en 1500, y al año siguiente Vicente Pinzon, compañero de Colon en su primer viaje, es el primero en pasar la linea y toca cerca del Marañon en la embocadura del rio de las Amazonas.

De esta suerte se iba acrecentando la América todos los dias, sin que pudiese juzgarse todavía de la estension del continente. Algunos meses despues del viaje de Pinzon, Pedro Álvarez Cabral descubre el Brasil por casualidad, y viajando hácia la India es impelido por los vientos y toca en Porto Seguro y en Santa Cruz,

de que toma posesion en nombre del Portugal. Entretanto el infortunado Colon, perseguido y calumniado, se ve preso y cargado de cadenas por Bovedilla y conducido á España en semejante estado; á España á cuya corona acababa de dotar de un nuevo mundo. Fernando le concede con todo su induljencia, bien que sin restituirle ninguno de los lejítimos derechos adquiridos por su tratado, y defraudando sus buenos deseos de prestar nuevos servicios.

Rodrigo de Bastidas y Juan de Costa navegan en 1501 á lo largo de la costa del Paria hasta Santa Marta y Nombre de Dios, visitando una parte de la costa de Colombia. El mismo derrotero sigue Ojeda, primer compañero de Américo Vespucio; pero logra adquirir algunas noticias que le revelan la riqueza del pais. Entretanto Colon ve con dolor á Ovando nombrado gobernador en su lugar, y en 1508 puede obtener cuatro embarcaciones pequeñas para ir á verificar nuevos descubrimientos; un temporal le obliga á hacer escala en Santo Domingo, y Ovando ni siquiera le sale á recibir en el puerto que él fué el primero en descubrir. En consecuencia va á reconocer á Guanaja, á poca distancia de las Honduras, y los habitantes le dan á entender que el oro procede del O.; sigue la costa del istmo de Panamá, reconoce el cabo Gracias á Dios, llega hasta Portobello y Varagua y anda vanamente en pos de un paso para la India (1503). A su regreso pierde sus naves en la Jamaica; manda algunas piraguas para pedir socorros á Ovando, pero este se niega á acceder á su demanda por espacio de ocho meses dejándolo solo y sin amparo contra los marineros amotinados (1504). Por último le trasladan á Santo Domingo y de allí á España, donde le persiguen de nuevo con las mas atroces calumnias, y aunque reclama del monarca español el ecsacto cumplimiento de todas sus promesas, sus instancias son de todo punto inútiles, y fallece en Valladolid á 20 de mayo de 1506 despues de haber visto recompensadas las empresas que acometiera para sus contemporaneos con la mas negra y la mas insigne de las ingratitudes. Estaba reservado á la ilustracion de los siglos consecutivos el hacer justicia á este grande hombre. La esclavitud de los Americanos se iba encrudeciendo mas y mas cada dia y habia hecho ya desaparecer una parte considerable de la poblacion indijena. Sin embargo el deseo de hacer descubrimientos no permitia un momento de reposo á aquellos hombres turbulentos y á aquellos aventureros que habitaban entonces las Antillas: así que Ponce de Leon (1508) se estableció en Puerto Rico; Juan de Solis y Yañez Pinzon descubrieron el Yucatan, la primera parte del actual Méjico, recorrieron en seguida la costa del Brasil, reconocieron la desembocadura del rio de la Plata (1509), y llevaron sus descubrimientos hasta los 40° lat. S. Empiézanse á establecer colonias en tierra firme: el gobernador Diego Colon da á Ojeda las tierras comprendidas entre el cabo Vela y el golfo de Darien y de Nicuesa, y empeñándose en someter con la fuerza á los habitantes, se ven derrotados y reducidos á una colonia insignificante en el golfo de Darien bajo las órdenes de Balboa; Velazquez funda á Cuba (1510); Ponce de Leon descubre la Florida (1512); Balboa llega á saber de boca de un cacique que á corta distancia ecsiste una rejion opulenta, parte inmediatamente con algunos voluntarios y perros (1513), y despues de un viaje difícil y penoso descubre un mar sin límites, se hinca de rodillas, penetra solo en el agua con espada en mano y el broquel en el brazo, y toma posesion del Océano en nombre del rey de España; descubrimiento que en realidad fué para los conquistadores un manantial inagotable de riquezas.

Revelan entonces á Balboa la ecsistencia del Perú (1514); pero en virtud de un acto de injusticia de que frecuentemente son víctimas los hombres de talento, Pedrerias de Avila es elejido para encargarse del mando, y algun tiempo despues, apesar de ser su suegro, lo hace condenar á muerte (1515), y de esta suerte aleja por su pusilanimidad el momento de la conquista. Juan de Solis descubre á Rio Janeiro (1516) y el Parana Guaçu, á que Sebastian Cabot aplica el nombre de Rio de la Plata. El virtuoso Las Casas (1517) defendia con entusiasmo la libertad de los indíjenas contra la barbarie de los colonos, y aunque al principio salió airoso en esta noble causa, poco despues se vió obligado á renunciar á sus jenerosos proyectos cuando á poca distancia de Cumana pretendió fundar una colonia de relijiosos y de artesanos.

Pedrerias y Nuñez de Córdoba visitan el Yucatan (1517), y ven á los primeros Americanos que andaban vestidos y algunas casas de piedras que les recuerdan su patria. Poco tiempo despues Grijalva recorre las costas de Méjico á las que denomina *Nueva España* á causa de sus ciudades, de sus edificios y del aspecto europeo del pais, y siendo recibido como un dios en Oajaca, aprovecha la ocasion para amontonar oro. Por una fatalidad comun á muchos de sus predecesores en esta gloriosa carrera, le es preferido Hernan Cortés para emprender la conquista de Méjico (1519). Despues de haber superado cuantos obstáculos le oponia Velasquez, gobernador de Cuba, este intrépido Español avanza hasta San Juan de Ulua donde el soberano del pais, Motezuma, le manda muchas diputaciones y presentes para inducirle á par-

tir; pero los desgraciados Mejicanos ignoraban que su misma jenerosidad no haria mas que atizar la codicia de aquellos aventureros que, apesar de sus divisiones intestinas, se atreven á afrontar á la nacion mas prepotente de la América hasta pegar fuego á sus bajeles para quitarse todo medio de retirada. Este rasgo solo basta para dar una idea de aquellos tiempos de heroismo. Cortés encuentra tanta menos resistencia, cuanto los Mejicanos están aguardando sin cesar á Quetzalcohualt, el hombre barbudo. Funda á Veracruz, forma alianza con algunas tribus cansadas del yugo de Motezuma, triunfa en Tlascala, conquista la ciudad santa de Cholula; todo lo pasa á sangre y fuego, y llega á poca distancia de Méjico cuyas doradas torres, suntuosos templos y esplendor casi europeo hacen subir de punto su sorpresa, que se acrecienta de nuevo al ver la brillante comitiva del monarca que sale á su encuentro. Los Españoles son acojidos por la muchedumbre bajo el nombre de *teules* (dioses); sin embargo no tarda Cortés en arrepentirse de su imprudencia al considerar con cuanta facilidad podria ser vencido en el seno de una ciudad enemiga: en su consecuencia concibe y ejecuta el atrevido proyecto de apoderarse de Motezuma y guardarle como en rehenes, y dando principio desde luego á un gobierno despótico (1520), obliga al infortunado monarca á ecsijir de sus vasallos un tributo anual y su sumision al rey de España. Velasquez envia á Narvaez á prender al conquistador. Preséntase este último á los Mejicanos con ánimo de combatir á su opresor: sale Cortés á su encuentro, y tiene el gusto de ver las tropas de su rival reunirse á las suyas. Regresa apresuradamente á Méjico: empieza la guerra con encarnizamiento; los habitantes defienden con enerjía sus dioses y su libertad; el infortunado Motezuma se deja morir de hambre, y sus vasallos sienten redoblar su entusiasmo. Viéndose Cortés forzado á abandonar la ciudad, empeña una batalla jeneral en los afueras, y como de la toma de un estandarte sagrado depende la victoria, el osado caudillo coje el estandarte, y al momento todos los Mejicanos emprenden la fuga, y él regresa á Veracruz para gozar en paz de su triunfo.

Entonces se hallaba en toda su fuerza el entusiasmo por los descubrimientos. Magallanes busca un paso que conduzca al mar desconocido que señalara Balboa por primera vez, llega hasta Rio-Janeiro (1520), y vá á invernar en el puerto de San Julian donde encuentra á aquellos jigantescos Patágones cuya estatura ha quedado últimamente reducida á la de hombres ordinarios; descubre el estrecho que lleva su nombre, aplica el nombre de *Tierra del Fuego* á la costa meridional, y hasta el año siguiente no desemboca en aquel mar immenso que denomina Océano Pacífico. Tal fué el primer viaje verificado al rededor del mundo que dió una idea ecsacta de la distancia de la América á la India por el E., y desvaneció las dudas de los jeógrafos relativamente á la figura del globo terraqueo.

Habiendo Cortés recibido algunos refuerzos, se decide á marchar contra Méjico (1521); hace transportar á trozos algunos bergantines construidos por su órden, y por medio de su pequeña flotilla se enseñorea del lago. Emprenden el asalto los Españoles, y aunque al principio vencedores, poco despues se ven obligados á retirar con pérdida, hasta que la ciudad sumida en los horrores del hambre se ve forzada á rendirse.... Cortés se hace dueño de Méjico (1522), y los pobres habitantes son condenados al trabajo de las minas. Sus magníficos monumentos, ni mas ni menos que todos los vestijios de su historia antigua, son anonadados por el fanatismo del primer obispo, Juan de Zumarraga. En 1547 fallece Cortés en España sin haber recibido recompensa alguna digna de su brillante conquista.

Enviado por Francisco I, Juan Veranzani visita la Florida (1524) y toma posesion de la Nueva Francia. En la misma época Francisco Pizarro, Almagro y el eclesiástico Lucas forman una asociacion en Panamá para la conquista del Perú y para poner el sello á su union se dividen una hostia. En 1525 Francisco Pizarro se hace á la vela, recorre la costa de Quito (1526), pero viéndose obligado á abandonarla, se retira á la isla de *El gallo*. Se niega al nuevo gobernador de Panamá que le mandaba renunciar á su espedicion; trece de los suyos consienten en participar de su suerte, y son abandonados en la isla de Gorgona (1527), donde fué á buscarlos una nave cinco meses despues. Pasa Pizarro á Tumbez (Guayaguil): observa varios templos, riquezas inmensas y una civilizacion desconocida para él; regresa á Panamá y parte para España con ánimo de interesar al gobierno en sus proyectos. Con efecto, poco despues se vuelve al Nuevo Mundo con el título de gobernador del Perú (1531); pero arrojado á la costa de San Mateo continua su viaje por tierra; pasa á cuchillo cuanto se le opone y llega á Tumbez y á Pyura. El año siguiente encuentra el ejército de Atahualpa en Caxamarca, y recibe algunos presentes de parte de este monarca que visita en persona el campo de los Españoles: el cura Valverde pretende convertirle á la fé cristiana; pero como el Inca se niega á recibir la proteccion del rey de España, le muestra Valverde su breviario; el Inca toma el libro, lo hojea, lo aplica al oido y responde: « Lo que tú me das no habla palabra; » y

diciendo esto arroja el libro por el suelo con desprecio. Enfurecido el relijioso, esclama inmediatamente : « A las armas, cristianos ! la palabra de Dios ha sido profanada : vengad este crímen en la sangre de los infieles. » Dase al momento la señal del ataque ; resuena por todas partes el estampido del cañon ; los desgraciados Indios son pasados á cuchillo sin piedad, y Atahualpa es conducido prisionero al campamento. En un momento se enseñorea Pizarro de todas las riquezas del Inca, y Atahualpa ofrece para su rescate la cantidad de oro necesaria para llenar el ámbito de la cárcel, y manda á sus vasallos que procedan al cumplimiento de su promesa. Entretanto los Españoles enviados por Pizarro á todos los puntos del Perú son tratados como dioses en todas partes ; por donde se ve con cuanta facilidad hubiera podido conquistarse con dulzura aquel opulento pais. Llega finalmente el escorbitante rescate de Atahualpa (1533), y los vencedores se lo distribuyen, tocándole á cada soldado mas de 570.000 rs. vn. (1). Sin embargo el infeliz monarca no recobra por ello su libertad: pues como F. Pizarro se hallaba interesado en deshacerse de su persona, le imputa crímenes y le hace condenar á ser quemado vivo : pero deseando sustraerse al horrible tormento de este suplicio, se convierte al cristianismo y obtiene por este medio la gracia de morir ahorcado.

La estincion de la familia de los Incas abandona el Perú á merced de la mas completa anarquía, y aprovechándose F. Pizarro de este momento para estender mas allá sus conquistas, reune á la corona de España una parte considerable del territorio de los Incas y funda la ciudad de Lima (1534). Almagro por otra parte penetra en el Chile, pero se ve atajado en su carrera por la resistencia de los belicosos Araucanos y forzado á retroceder al Perú. Así que, la conquista del Chile quedó suspendida hasta en 1540, en cuya época Valdivia, enviado por Pizarro, fundó á Santiago reuniendo á través de cien obstáculos á los dominios españoles una parte de aquel pais tras una guerra encarnizada de diez años.

En 1536 empieza la discordia á dividir á los Españoles ; por todas partes se ve correr con espanto sangre europea ; Juan Pizarro, hermano del conquistador, sucumbe bajo el puñal de los asesinos ; Almagro cae en poder de F. Pizarro y es ahorcado por órden suya ; mas en cambio este jefe sanguinario es asesinado en Lima en 1541. Amaina finalmente el desórden : un decreto de Cárlos V, que concede á los Indios la libertad de no trabajar en las minas, reanima á los descontentos acaudillados por Gonzalo Pizarro ; manda este decapitar al primer virey (1546), y vencido poco despues por Pedro de Gasca es condenado á muerte en 1548.

Si se compara la conquista de Méjico á la del Perú, se verá palpablemente la diferencia que ecsistia entre sus dos conquistadores. Cortés, hombre adornado de profundos conocimientos y gran capitan, tuvo que seducir á una nacion guerrera y feroz, circunstancia que hace disimular las manchas que empañan el lustre de su memoria. Francisco Pizarro, por lo contrario, siendo de los hombres mas ignorantes de su tiempo, derramó sin causa ni provecho la sangre de un pueblo pacífico y animado de las mejores disposiciones de recibir al estranjero.

Durante la conquista del Perú, el intrépido Cabot emprende una espedicion por muchos títulos gloriosa y sin embargo poco celebrada (1526) ; entra en el Rio de la Plata, levanta el fuerte de *Santo Espíritu*, remonta el Paraná hasta la gran cascada, retrocede hasta su confluencia con el Paraguay, y navega por este rio hasta mas allá de la Asuncion actual. Este viaje fué la primera empresa que se acometió en el interior de las tierras por el curso de los rios, y la noticia de este descubrimiento indujo á enviar en 1535 á esta parte de la América la mas numerosa colonia que se hubiese visto hasta entonces, bajo las órdenes de Mendoza nombrado gobernador de aquellas comarcas, que al frente de 3000 colonos fundó á Buenos Aires. Uno de sus oficiales, Ayolas, emprende uno de los mas estraordinarios viajes ; funda la Asuncion, remonta el Paraguay hasta Chiquitos, y desde allí se dirije por tierra al Perú (1536).

En 1631 Souza, enviado al Brasil por los Portugueses, da el nombre de Rio Janeiro á la bahía visitada por Magallanes. Diego Ordaz remonta el Orinoco hasta Meto en una navegacion de cuarenta leguas : Juan Cartier de San-Maló (1534) visita en nombre de la Francia Terranova, el rio San Lorenzo, la isla de la Asuncion, remonta el rio del Canada y descubre la isla de Orleans. En 1540 vuelve Cartier por vez tercera al Canadá, y establece en el puerto Santa Cruz la primera colonia francesa. Dos años despues el conde de Roberval funda á Quebec, bien que no faltan algunos escritores que pretendan no haberse fundado hasta en 1608, cinco años despues del viaje de Champlam, en cuyo caso la colonia se hubiera establecido por concesion del gobernador de Dieppe. Es bien sabido que por mucho tiempo fué el teatro del comercio de los Normandos ; pero

(1) El historiador escocés, W. Robertson en su *Historia de la América*, dice que en la reparticion del rescate de Atahualpa tocaron ocho mil pesos á cada soldado de caballería, cuatro mil á cada individuo de infantería, y una cantidad mucho mas considerable á los oficiales del estado mayor. Véanse las *Obras escojidas de Robertson*, *tom. VII, páj.* 195.

Nota de los Traductores.

el bombardeo de 1694 le ocasionó muchos estragos y fué destruida enteramente por las guerras de 1763.

Benalcazar parte de Guayabamba (1435), pasa á Pasto y á Popayan, y por esta época empieza la fábula del Dorado que atrae todos los ánimos á este supuesto centro de riquezas. Benalcazar llega al llano de Condinamarca, vé los pacíficos Muyscas, y en ninguna parte encuentra esa comarca tan opulenta que, como los demas conquistadores, cree que ecsiste en otra parte, y bajo este supuesto se emprenden muchísimos viajes: Jimenez de Quesada penetra en la Colombia por Santa Marta; Alonso de Herrera prosigue el viaje de Diego Ordaz, y Gonzalo Pizarro (1340) acomete la famosa empresa de la Canela en pos de aquel pais quimérico atravesando las montañas situadas al E. de Quito, pasando los torrentes y salvando barrancos y espesos bosques donde llueve casi sin cesar. En seguida llega al rio Coca ó Napo, confluyente del Marañon, y hace construir allí un bergantin en que se embarca Orellana, uno de sus oficiales, con cincuenta soldados para ir á buscar víveres y juntarse con él en la confluencia del Marañon. Sin embargo, su aventurero espíritu y su desmedida ambicion juntamente con el deseo de hacerse célebre, inducen á Orellana á separarse de su jefe. Continua su navegacion hácia el gran rio, arrostrando todos los obstáculos, y de esta suerte navega por espacio de mil doscientas leguas por la mas caudalosa corriente americana hasta su embocadura. Viéndose sobrecojido por nuevos conflictos, pasa á Cubagua y se dirije á España donde hace las relaciones mas ecsajeradas de todo cuanto ha visto, para encubrir su falta y manifestar su descubrimiento. Habla de una nacion de mujeres guerreras, y de aquí nace la denominacion de *Amazonas* impuesta al rio. Llegado á la confluencia, Gonzalo Pizarro se reconoce abandonado, y en consecuencia penetra hasta cincuenta leguas en el interior de los bosques donde encuentra á un Español de la partida de Orellana. Sus funestas sospechas son acreditadas, el presentimiento de la traicion corroborado, y considerando todos los horrores de su posicion regresa á Quito tras un viaje de dos años y despues de haber perdido una parte de su jente y padecido todas las incomodidades que puedan imajinarse. Esta espedicion dá á conocer el interior de la América y su verdadera anchura, siendo ciertamente una de las mas atrevidas y estraordinarias de aquellos tiempos caballerescos. Deseando ir en busca del Dorado, pasa Quesada la cordillera de Condinamarca en el Guaviara, y veinte años despues Orsua, cuyo viaje continua Aguirre, recorre una parte de la Colombia. Las espediciones del Holandés Janson en 1579 y de Domingo Vera, que en 1593 tomó posesion de la Guyana en nombre del rey de España, no tenian otro objeto que el descubrimiento del Dorado. A estos viajes debemos agregar las empresas del Inglés Raleigh que hizo muchas espediciones al Orinoco desde 1595 hasta 1617. ¿No es mengua para los Europeos el entusiasmo de que estaban poseídos al ir en busca de este Dorado, desde el Brasil y aun desde el Paraguay? La última espedicion data de 1775.

Álvaro Nuñez (1542) desembarca en Santa Catalina del Brasil, y se dirije por tierra al Paraguay. El año siguiente remonta el rio de este nombre hasta los Chiquitos, cuyos pueblos le parecen todos labradores. Rojas avanza por otra parte hácia el Tucuman por el Alto Perú y poco tiempo despues se establecen varias comunicaciones entre el Perú y la Plata. En 1547 Irala se dirije por tierra del Paraguay á la frontera del Perú, desde donde despacha un correo á Lima. Es admirable la facilidad con que los Españoles de aquel tiempo se trasladaban de una á otra parte de la América andando centenares de leguas á través de soledades y desiertos, pasando selvas inmensas y trepando montañas sin número.

Souza, en nombre de Portugal, funda á San Salvador en la costa del Brasil (1549). Los Normandos obtienen del rey de Francia el permiso de establecerse en aquella comarca: los refujiados calvinistas guiados por Villegagnon (1555), forman en ella una colonia que apellidan *Francia Antártica:* los Portugueses los espulsan en 1565, y edifican á Rio Janeiro: los Franceses (1560) continuan haciendo vanas tentativas de colonizacion en muchos puntos de la América; uno de ellos, Juan Ribault, funda á Carlesfort en Acadia, y Landonniere conduce Normandos á la Florida (1564); pero este último establecimiento naciente cae luego en poder de los Españoles.

La Inglaterra pretende tambien tener su parte en el Nuevo Mundo, y á este objeto despacha á Gaboto en 1553 y á Frobisher en 1576 paraque busquen un paso hácia la India por la parte del N. O. Animados los Ingleses por los viajes de este último y los de Drake (1578) en las costas de California, forman una compañía con objeto de fundar una colonia en la América septentrional; pero estas dos primeras espediciones no surten un efecto del todo satisfactorio (1580). Raleigh (1584) desembarca en la Florida, visita la Carolina del Norte, le da el nombre de *Virjinia*, y habiéndose esforzado en fundar una colonia, la abandona en 1587.

Los Portugueses establecidos en el Brasil rivalizan con los Españoles en formar establecimientos litorales, pero continuamente se ven sobresal-

tados por el corsario inglés Cavendish y por Lancaster, el cual renueva la fábula del Dorado y determina el viaje de sir Walter Raleigh (1593). Riffault, natural de Dieppe, pretende establecer una colonia en el Maranhan (1504); el Portugués Suarez (1595) parte de las costas del Océano y llega á Matto-Grosso; Coelho remonta el rio de las Amazonas (1603), y en una nueva espedicion regresa acompañado de muchos Indios para venderlos como esclavos, á cuyo tráfico se dedicaban entonces los Portugueses. Es cierto que estos no tienen nada que ver en breve con los Franceses ni con los Ingleses; pero en cambio se ven precisados á combatir á los Holandeses que se apoderan de una parte de la costa del Brasil, la poseen por espacio de treinta años, y al fin se ven arrojados de ella (1651), apesar de una heroica resistencia.

A fines del siglo XVI, cien años solamente despues del descubrimiento de la América, los Españoles habian descubierto las Antillas, Méjico, la Florida, el Perú, la Colombia, el Chile y la Plata, y remontado los tres rios mas caudalosos de aquellas comarcas, el de las Amazonas, el de la Plata y el Orinoco. Los Portugueses habian poblado una parte del Brasil y penetrado mucho en su interior. Los Franceses, establecidos por breve tiempo en la Florida y Rio Janeiro se habian visto obligados á abandonar estas posesiones; pero todavía eran dueños del Canadá. Los Ingleses habian recorrido igualmente el litoral de la América, en especial el de la Tierra del Labrador y de la Virjinia, y los Holandeses recorrian hacia ya tiempo las costas, talando las colonias españolas y portuguesas. De todo esto se colije que el interior de la América meridional era entonces conocido en su mayor parte, al paso que las costas de la América septentrional solo se habian visitado.

Es muy digno de notarse que 106 años despues del descubrimiento de las partes N. de la América septentrional por Gaboto y veinte años despues de la primera tentativa de colónizacion, no habia establecido en América un solo Inglés. Sin embargo acercábase el momento en que los mismos Ingleses iban á echar los cimientos de una de las mas grandes naciones del mundo destinada á reducir desde su orijen á todos los pueblos americanos. En 1596 la compañía de Virjinia habia cedido sus derechos á Tomas Smith. La relacion alhagüeña de Fosnout, despues de su viaje á los Masachussets (1603), fué indudablemente el primer motor del gusto que se apoderó súbitamente de la Inglaterra por la colonizacion. Jacobo I, divide la América septentrional en dos partes, y denomina Virjinia á la una, y á la otra colonia del Norte: la segunda la cede á unos comerciantes y nobles de Plymouth y de Bristol (1606), y la primera á sir Tomas Gates, á sir Jorje Summers y á Ricardo Hackluyt que con el capitan Smith llegan á la bahía de Chesapeak y fundan á James Town en el rio de Povatan. Pero en breve reina la discordia, empieza la guerra con los naturales y perece la mitad de los colonos. Smith es hecho prisionero en una batalla, pero una mujer india logra sustraerle á una muerte casi inevitable, y convertido en protector de la colonia, se complace en prestarla servicios inmensos; mas apesar de sus esfuerzos tiene el sentimiento de saber que lord Delaware es nombrado gobernador de la Virjinia (1609). Parte para Inglaterra, y durante el espacio de tiempo que transcurre hasta la llegada del nuevo jefe, el establecimiento se vé presa de la mayor anarquía y de los mas terribles horrores del hambre. Desembarca finalmente lord Delaware, reanima á los Ingleses, regulariza la colonia, ordena algunos trabajos (1611) y enseña á los Indios á respetar sus armas. Conclúyese un tratado con ellos en 1612; pero la repugnancia de los Ingleses á enlazarse con las familias indianas dió siempre poca estabilidad á las relaciones que tuvieron entre sí, de manera que estuvieron frecuentemente en lucha hasta que aquellos pueblos desaparecieron del todo de las cercanías. En 1619 hubo una guerra que estuvo á punto de acabar con el nuevo establecimiento; las tres cuartas partes de los colonos perecieron á manos de los Indios, pero desde entonces fueron estos perseguidos como bestias feroces. Insensiblemente fué la colonia reparando sus pérdidas, desarrollando su industria y acrecentando á cada instante su prosperidad.

La segunda compañía que debia colonizar la costa septentrional de la América se ve obligada á abandonar su proyecto, y el desgraciado Smith visita el litoral en 1614: su relacion interesa al rey en su favor, y en consecuencia impone este á aquellas comarcas el nombre de *Nueva Inglaterra*.

Las guerras de relijion que desolan la Europa dirijen todas las ideas hácia una tierra nueva donde puede cada uno ejercer libremente su culto. Los Puritanos (1617) y la secta de los Brownistas (1620) obtienen varias comisiones. Los segundos parten para la bahía de Hudson, llegan al cabo Lod y se fijan en Nueva-Plymouth, en la provincia de los Massachussets, donde padecen mucho por la intensidad del frio y por las guerras que sostienen contra los indíjenas. La Carolina subsiste con todas sus prerogativas, al paso que á la Virjinia se la arrebatan todos sus derechos de propiedad. En 1629 los Puritanos emigran, llegan á la Nueva Inglaterra y encuentran la colonia de Endicott en Salem. Mancomúnanse en intereses

relijiosos, y en breve vea imitado su ejemplo por los establecimientos de Boston, de Charlestown, de Dorchester, de Roxborugh y por otros muchos que profesan la misma relijion. En 1634 se celebra una asamblea jeneral, y en breve se echan los fundamentos de Rhode-Island, Connecticut, Exeter, etc., despues de haber espulsado á los Holandeses, la gran colonia, que un dia debia invadir la mayor parte de la América septentrional, ecsiste ya dispuesta á rivalizar con la madre patria en industria fabril y comercial.

En 1624 van á habitar la Guyana unos mercaderes rumeses que se establecen en Rio Sinamary. Bajo el reinado de Luís XIII se organiza una compañia que disputa á los Holandeses la posesion del territorio, y en cuanto se ve sostenida por la colonia de las Indias, empieza á tomar alguna consistencia. En 1640 los Franceses fundan á Surinam; pero habiéndolo estos abandonado, es ocupado por los Ingleses, reemplazados á su vez por los Holandeseses en 1668.

Sabido es que fueron muy pocas las nociones jeograficas que nos dió la política recelosa de la España en órden al interior de sus posesiones, hasta la emancipacion del territorio y por este motivo no creo desacertado hacer mencion de los principaler viajes que han comenzado á suministarnos algunas noticias sobre este continente sin olvidar la época en que se dió principio á los viajes científicos. En primer lugar deben mentarse las espediciones relativas al pais de las Amazonas verificadas en el espacio intermedio de 1637 hasta 1639. Algunos misioneros peruvianos parten de Quito para el Para, dirijen la empresa de Tejeira que remonta el rio de las Amazonas con un séquito de unos 2.000 Indios llegan á Quijos, despues de seis meses de viaje; encaminanse por tierra á Quito, los jesuitas Cristóbal, Acuña y Arteida se embarcan en el Napo con Tejeira. Entonces fué cuando descubrieron la comunicacion del Orinoco con el rio de las Amazonas por el Rio Negro, comunicacion que corroboraron despues los viajes del P. Roman y la espedicion de Isturiaga que vieron la embocadura del Madeira. El P. Acuña publicó una importante relacion que resucitó la antigua teoria de la ecsistencia de las Amazonas ó república de mujeres; pero si el interior del continente debia permanecer todavía por algun tiempo cubierto por un denso velo, no así el polo N. que se iba conociendo mas y mas cada dia. En 1587 fué visitado por Davis, el cual dió su nombre á un estrecho que descubrió yendo en pos de un paso para la India; veinte y tres años despues visitólo Hudson que se internó mucho mas; pasado algun tiempo por Button, que pasó el estrecho de Hudson, y finalmente por Baffin que lo visitó por tres veces diferentes y se volvió bien persuadido de la inutilidad de todos los esfuerzos en descubrir un paso. Desde entonces la América del Norte ha sido ecsaminada mucho mas detenidamente que la América meridional (1573). No podemos menos de mencionar el estraordinario viaje del jesuita Marquette que habiendo partido del Canadá para el país de los Illineses, navegó por el Missisipi hasta su desembocadura en el golfo deMéjico.

El oríjen de la ignorancia en que se estuvo por mucho tiempo sobre la América de Sur, consiste unicamente en la desconfianza del gobierno español que no queria transmitir á nadie las incompletas noticias que le daban algunos viajeros. Estos se veían precisados entonces á publicar, léjos de una inquisicion cruel y á la sombra de otros pueblos deseosos de conocer un nuevo continente, sus observaciones no pocas veces imperfectas y aun falaces. Los navegantes solo podian recojer furtivamente noticias mas ó menos ecsactas: así Fresier visita una parte del Chile (1708) fundado en las noticias de Feuillée, y algun tiempo despues Bougainville, Wallis, Cook, Fleurieu, Lapérouse, etc, etc., tocan en algunos puntos de la América; pero el primer viaje científico es el de los académicos españoles y franceses que en 1734 se encargaron con La Condamine de hacer observaciones astronómicas, dando á conocer la gran llanura de Quito y los vertientes orientales, y navegaron en seguida por el gran rio de las Amazonas hasta su desembocadura. Este viaje dió mucha luz sobre la jeografía de aquellas comarcas. Molina por otra parte visitó el Chile y se dedicó al estudio de historia natural mientras Stedman describia al propio tiempo cuanto habia visto mas importante en la Guyana holandesa. El primer viajero que jeneralizó sus observaciones fué don Felix de Azara, sabio que durante veinte años (de 1781 á 1801) se ocupó de la jeografía y de la historia natural del Paraguay, y nos dió á conocer perfectamente esas comarcas, mal descritas hasta entonces, apesar del voluminoso libro de Lozano y del mucho mas apreciable de Charlevoix.

Llegamos finalmente al viaje-modelo con respecto al centro de los continentes: hablo del de MM. de Humboldt y Bonplan, meditado por mucho tiempo y ejecutado sobre una escala muy vasta para las ciencias que debia abrazar que eran la jeografía basada sobre observaciones astronómicas; la jeología, la botánica, los diferentes ramos de la zoología, la historia de los pueblos, su etnología, etc. Es bien notorio cuanto deben todas las ciencias á estos sabios viajeros. En 1799 se embarcaron en España, tocaron en Tenerife, ecsaminaron las cenizas que cubrian

el Teide, pasaron á la costa de Cumaná y Costa Firme, recorrieron las cumbres de la Silla y de Caracas y los llanos de San Fernando; surcaron el Orinoco hasta su comunicacion con el rio de las Amazonas por el rio Negro; volvieron á bajar este rio; embarcáronse de nuevo en direccion á la Habana, pasaron otra vez al continente, recorrieron el S. E. de la Colombia, las cercanías del Chimborazo, Quito, Guayaquil, avanzaron hasta Lima, y no contentos con el buen ecsito de sus empresas, esploraron el antiguo Anahuac ó Méjico y regresaron por los Estados Unidos (1803)

Para dar una idea clara y precisa de las espediciones verificadas á los dos Américas, es indispensable dividirlas en partes por razon de que muy pocos viajeros las han recorrido igualmente entrambas. Krusenstern atracó al polo por el lado del N. O., y el infatigable Parry por otra parte. Siguióles el capitan Ross, mientras el capitan Franklin iba en pos de aquellos navegantes por tierra. De esta suerte el centro de la América del N. debia ser el objeto de las investigaciones de los viajeros: de ahí es que Robin (1802) visitó la Luisiada, la Florida y el Misisipí. Dos años despues el capitan Lewis y Clarke ecsaminaron por primera vez las fuentes del Misauri: el mayor Montgommery y Pike (1805) visitaron el N. O. de la Luisiada, y desde allí pasaron á Méjico y á las fuentes del Misisipí. Algun tiempo despues Hearle, Mackensie y Cook surcaron este rio hasta sus fuentes y volvieron á bajar por el Colombia. Los viajes mas ó menos considerables de Estuardo en el Misisipi, del mayor Long á la cadena que separa los dos vertientes y á los primeros afluyentes del rio San Pedro como tambien al lago Winnipeg, los de Schoolcraft á través de los numerosos lagos del centro de este continente, dieron á conocer con ecsactitud los rios que cruzan aquellas ricas comarcas y las montañas que contienen; cuyas noticias fueron completadas despues por los viajes de John Melysh al Norte, de Lambert al bajo Canadá y de nuestro intrépido compatriota Milbert al Hudson y al Hoyo. Esta última empresa fué la mas ventajosa á las ciencias naturales por el gran número de animales con que enriqueció las colecciones zoolójicas de la Francia. Aquella parte de la América fué recorrida por dos príncipes, el de Sajonia-Weimar, y recientemente por el príncipe de Neuwied, que en medio de una civilizacion siempre creciente y de un pais poblado de personas emprendedoras hicieron observaciones que fueron corroboradas despues por muchos viajes parciales. El capitan Basil Hall describió algunos puntos de las costas de Méjico y nos suministró algunos pormenores interesantes: tres años despues Thompson visitó de nuevo tan delicioso pais, como tambien á Guatemala, y Hardy recorrió el interior de Méjico.

La América meridional dejaba todavia un vasto campo al observador, por cuanto M. de Humboldt no habia esplorado mas que una parte del Perú y de la Colombia. En 1823 M. Mollen recorrió el interior de esta última comarca, y lo mismo ejecutaron el coronel Hall, Hamilton, Robinson, Lavaisse é Hippioley. El Brasil, esta inmensa porcion del continente austral de la América, era casi desconocido. En 1809 Maw describió una parte de él despues de su viaje á la provincia de las Minas y á San Pablo. Al propio tiempo Hostel hacia lo mismo, y al año siguiente Eschwege esploró á Rio Janeiro y á la Ylha grande. Walsh siguió sus huellas pero el primer viaje científico al Brasil estaba reservado al príncipe de Neuwied, el cual habiendo partido en 1815 visitó el litoral y una parte del interior, dedicándose con preferencia al estudio de la zoolojía. Nuestro sabio compatriota, M. Augusto Saint-Hilaire partió de Francia en 1816 y estuvo ausente seis años ocupándose de la flora brasileña y recojiendo la zoolojía de los paises que visitaba. Pasó por Rio Janeiro, Goyaz, las Minas y San Pablo, y siguió la costa hasta la desembocadura del Rio de la Plata, dando á conocer de esta suerte todo el Brasil austral. Sin embargo el viaje mas apreciable es sin contradiccion el de los académicos Spix y Martius enviados por el Gran Duque de Toscana, los cuales desembarcaron en Rio Janeiro en 1817, encamináronse á San Paulo, en la provincia de las Minas, al rio de San Francisco, á Cajoeira, á Bahia, y visitaron la embocadura de las Amazonas que remontaron hasta mas allá del Yapvra. En esta espedicion estudiaron científicamente algunas comarcas enteramente nuevas, y los resultados importantes de sus investigaciones para la jeografía, la etnolojía y las ciencias naturales les aseguran para siempre el reconocimiento del mundo científico. Tampoco deben pasarse por alto los viajes de M. Ritter, Natterer, de Maria Graham, y sobre todo de Langsdorf que en 1827 pasó de Rio Janeiro á Matto-Groso en las fronteras de la Bolivia, y bajó hasta el rio de las Amazonas por los afluyentes del rio Topayos.

Inmediatamente despues de la declaracion de su independencia, las provincias de Buenos Aires fueron visitadas por muchos viajeros, principalmente ingleses, bien que sin ningun objeto científico. En 1817 Haigh pasó de la capital Argentina al Chile por los Andes, y atravesó el Perú siguiendo casi el mismo camino que habia recorrido Stevenson en 1807. Lo propio hizo John Miers el año siguiente, aunque sin penetrar en el Perú, como tambien Head, Matison y Caldcleugh; pero este último pasó

por Córdoba y dió una idea de las provincias interiores. Siguieron estas huellas Basil Hall, que de allí pasó á las costas del Perú, Schmith Meier y Maria Graham. Es de notar que entre tantos viajeros ingleses, que en su mayor parte debian ocuparse de la esplotacion de las minas, ninguno describió científicamente el pais que visitara por manera que desde Azara no se sabia nada de nuevo.

En esta época el Museo de historia natural de Paris me confió la mision de recorrer la república Argentina, el Chile y el Perú. Partido en 1826 toqué en Tenerife, aporté en Rio Janeiro, pasé por mar á Montevideo, y de allí á Buenos Aires por el S. de la *Banda oriental*. Siguiendo las huellas de Azara, remonté el curso del Parana hasta cerca de su confluencia, visité por mas de un año las provincias limítrofes del Paraguay, las de Corrientes y de las Misiones, y regresé por las de Entre-Rios y de Santa Fé. Desde allí pasé á la fabulosa comarca de la Patagonia en donde permanecí ocho meses para describir el pais. En seguida doblé el cabo Horno, me quedé algun tiempo en Chile y seguí la costa septentrional hasta Arica. Algun tiempo despues subí á la cumbre de los Andes bolivianos; recorrí la meseta hasta la vertiente opuesta y pasé al pie de Lilimani y del Zorata y á las orillas del misterioso lago de donde desciende Manco Capac, segun la tradicion. Visité las montañas y los llanos que separan los Andes del Brasil, las provincias de Santa Cruz y de Chiquitos hasta el Paraguay y atrevesé algunas naciones indíjenas para pasar al Guaporé y al gran confluyente de este rio con el Mamore que remonté hasta sus fuentes y aun hasta las Montañas Nevosas. De regreso á Santa Cruz pasé de nuevo las montañas que separan esta ciudad de la Chuquisaca, y dirijiéndome al Potosí recorrí de nuevo la gran meseta de los Andes. Abandoné la república de Bolivia, que habia ecsaminado por espacio de cuatro años en todos sentidos, con objeto de visitar á Arica, Islay, Lima y el Chile. Regresé finalmente á Francia despues de ocho años de viajes continuos durante los cuales habia recorrido la América del S. en toda su lonjitud, desde los 11° á los 43° de lat. meridional, trayendo relativamente á todos los ramos de las ciencias naturales, zoolojía, botánica, jeolojía, jeografía, etnolojía, etc. materiales numerosos de cuya publicacion se ha encargado el gobierno.

M. Pentland habia visitado antes que yo una parte del Perú y las montañas de la Bolivia, ocupándose especialmente de jeolojía y de jeografía y prestando servicios importantes á esta última ciencia fijando la posicion de diferentes puntos.

Los viajes de Helms y de Temple, desde Buenos Aires al Perú, nos dan alguna idea de estas comarcas; pero el de M. Pœpig, hecho desde 1827 á 1832, es sin contradiccion una obra maestra. Este sabio recorrió toda la parte meridional del Chile, y pasando desde allí al Perú por mar atravesó los Andes, bajó el Hualiaga hasta el rio Marañon y el de las Amazonas hasta, el mar siguiendo las pisadas de Lister Maw; y recojiendo por todas partes preciosos materiales para la botánica de aquellas comarcas. M. Raigecourt recorrió igualmente algunos puntos del continente meridional visitado asimismo por M. Meyen en 1830, durante su viaje al rededor del mundo, como lo habia sido ya por nuestras espediciones de la *Urania* y la *Coquille*.

Al espresar los nombres y las escursiones de los viajeros que han dado á conocer las dos Américas, he señalado claramente las diversas fuentes de que hemos sacado las observaciones que constituyen nuestro *Viaje pintoresco*.

En la descripcion especial de cada una de las comarcas que componen la América, no olvidarémos las noticias concernientes á su jeografía particular; por cuyo motivo solo las toco aquí por encima y como por incidencia. Sin embargo, parécense escusado describir las diferencias y relaciones de forma que ecsisten entre el continente americano y el antiguo mundo, ni mas ni menos que la figura de la América, por cuanto son bien conocidas y notorias.

Con todo, para tratar de sus sistemas orográficos permitiráseme observar cuan rápidas son las inclinaciones en el O., en la costa del Grande Océano, siendo así que todas las pendientes suaves se hallan en el lado del E., de manera que todas las aguas se precipitan al Océano Atlántico. Las cordilleras de montañas se dividen en muchos sistemas, de los cuales se distinguen dos en la América septentrional. 1° el sistema *Orego-Mejicano*, que comienza en el N. del continente y remata por decirlo así en el golfo de Darien, y se compone de dos cadenas distintas, á saber: la una occidental que sigue la costa desde el Nuevo Cornouailles hasta la California; la otra oriental formada de los montes *Oregon* que se ensanchan en la cordillera del Nuevo Méjico y constituyen la mesa del Méjico, y se angostan despues para formar el istmo de Panamá; 2° el sistema *Alleghanyen*, que se compone de muchas cadenas reunidas por grupos que siguen una direccion opuesta al primero, bien que de ninguna manera puede serle comparado por su importancia. Las Antillas forman igualmente como una cordillera de la que solo se ven las cumbres que se enlazan con el Yucatan por medio de Cuba, y por la Trinidad con el sistema *Parrimien* que forma una ensenada inmensa del mar de las Antillas.

Las cordilleras de la América del Sur pueden dividirse igualmente en muchos sistemas: 1° el

de los Andes, que empieza en la estremidad meridional del continente y sigue la costa hasta poca distancia de Popayau, donde toma una nueva direccion, viene á formar las montañas de Bogota y acaba en la costa de Caracas. De esta cordillera nacen inmensas ramificaciones paralelas que se separan; vuelven á unirse, divididas en tres como cerca de Popayan ó en dos solamente como en Quito y en la Paz, y haciéndose perpendiculares á las otras, hácia los llanos del interior, como las de Cochabamba y de Potosí en Bolivia; el segundo sistema llamado *Parrimien*, compuesto de muchas cordilleras que propenden paralelamente hácia el rio de las Amazonas y separan los vertientes de este de los del Orinoco. Esta cordillera es baja y de ningun modo merece ponerse en paralelo con la de los Andes, ni aun con un tercer sistema que es el *Brasileño*, formado del conjunto de cordilleras que siguen la costa del Brasil, desde Parahiba hasta la Plata y aun mucho mas allá, en el seno de los Pampas de Buenos Aires y en el Tandil, ó se encumbran hácia el interior, como la *Cordillera Geral*, que llega hasta muy al O. de Matto Grosso.

El sistema Orego-Mejicano es casi del todo granítico ó de orijen igneo. Su eminencia mas levantada es el monte San Elías, en el Nuevo Cornouailles y en la cordillera occidental, que se remonta á 5.513 pies de elevacion sobre el nivel del mar. Las cordilleras mejicanas son traquéticas, porfiríticas ó basálticas, y la cumbre mas elevada que presentan es el Popocantepea, cuya altura asciende á 5.400 pies. El sistema Alleghanyen no ofrece montañas de elevacion desmedida ni menos volcan alguno, y se compone de diversas rocas igneas, granítieas y secundarias. En el sistema de los Andes se encuentran casi por donde quiera rocas porfiríticas ó traquéticas y aquellos colosos americanos que despues de la cordillera del Tibet son los mas encumbrados del globo; el Ancumani ó Sorata situado en la Bolivia, de 7.796 pies; el Ilimani, su vecino, casi tan elevado como aquel, y por último el Chimborazo que cerca de Quito remonta su nevada frente á 6.530 pies de elevacion sobre el nivel del mar. Esta misma cordillera es la que ofrece mayor número de volcanes, entre los cuales se cuentan el Antizana de 5.833 pies, el Cotopaji y el de Arequipa, que son los mas elevados. Por lo que hace á los sistemas Parrimien y Brasileño, son todos graníticos, y sus cumbres mayores solo alcanzan los 1.900 pies sobre el nivel del mar.

Estos diferentes sistemas son los que trazan las grandes ensenadas jeográficas y separan las diversas corrientes que surcan el continente americano. Estas ensenadas forman á veces llanuras inmensas como los de los Pampas, ó se cubren de selvas de una estension estraordinaria, como las del pais de las Amazonas, ó bien entre sus cordilleras se muestran mesetas templadas y aun frias, no obstante de estar situadas bajo los trópicos, como las del Perú, de la Bolivia ó de Quito, al paso que en las llanuras bajas se respira un calor sofocante, como en la de Mojos en Bolivia.

La ensenada del Grande Océano no ofrece en toda la lonjitud de la América meridional un solo rio de mas de sesenta leguas de curso. La América septentrional tiene algunos mucho mayores, entre los cuales hay el Colombia ú Oregon que tiene 420 leguas. La corriente mas caudalosa de todas ecsiste en la vertiente E.: tal es el Missisipi, que con el Missouri tiene 1.600 leguas de curso, y cuyos afluyentes, tales como el Ohio, el Arkansas, el Rio-Plata y el Rio Rojo, no tienen menos de 4 á 500 leguas de curso. La América del Sur tiene en su vertiente oriental: 1° el rio de las Amazonas, cuyo curso es de 1.035 leguas, y cuyos afluyentes, tales como el Madeira, lo tienen de unas 650; 2° el rio de la Plata de 650 leguas y cuyos afluyentes tienen casi otro tanto; 3° el Orinoco, con sus 500 leguas de curso. Los rios restantes son mucho menos considerables, y su carácter mas sobresaliente consiste en que por lo comun se reducen á una corriente casi despreciable, al paso que los rios grandes comunican entre sí, como el Orinoco y el rio de las Amazonas por medio del Rio Negro. Sin embargo algunos viajeros han querido suponer falsamente el mismo jénero de comunicacion del Paraguay con el Guaporé.

La América septentrional contiene numerosos lagos, como los del Esclavo, de Assiniboina, etc. circuídos de muchísimas lagunas. Los de Michigad, Huron, Ontario, etc. forman mares dilatados de agua dulce y cristalina. Los lagos de la América meridional no aparecen y desaparecen, segun se ha querido suponer de los de Ibera y de Jarayes; pero están formados de inmensas marismas cenagosas que toman mucho incremento en tiempo de lluvia y disminuyen considerablemente durante las sequías. Sin embargo la América del Sur contiene un lago quizás el mas importante del Nuevo Mundo ya por la dilatada estension de su superficie, ya por su elevacion sobre el nivel del mar; tal es el Titicaca, en Bolivia, situado en una meseta situada á 4.000 pies de altura y cuya lonjitud es nada menos que de veinte y cinco leguas.

Fácilmente se concibe que un pais cuya constitucion ofrece sucesivamente las comarcas mas frias y mas cálidas, las mas elevadas y las mas bajas, llanuras y montañas, terrenos húmedos y secos, sitios del todo en descubierto y otros cu-

biertos de impenetrables selvas, debe ser fecundísimo en toda clase de animales que hacen de la América una de las mas variadas comarcas en especies puramente americanas. Si se comparan estas especies con las de las mismas latitudes en África y en Asia, se hallará que las mismas condiciones de ecsistencia producen á veces seres de forma semejante y pertenecientes á los mismos jéneros; mas así como la América tiene sus habitantes aboríjenes, muestra igualmente sus animales particulares que tan solo se encuentran en su continente. La zona cálida y selvosa está cubierta de numerosos monos, de jéneros muy diversos de los del África, mas bajos y menos industriosos. En las vertientes de los Andes vive una especie de oso, y otra en los Estados Unidos. El sagaz raton, el caprichoso cuatí, el kinkajon dormilon, y el gloton cuyas costumbres están harto demostradas por su solo nombre, reemplazan en América á nuestros tejones y otros jéneros propios de la India. El nuevo continente sustenta asimismo las pérfidas viveras que le son peculiares, y del propio modo que las restantes partes del mundo, su nutria ictiófaga, su perro leal, siempre compañero del hombre, su astuta zorra y su vijilante lobo, pero todos de diferentes especies. Las márjenes de sus rios resuenan sin cesar con el rujido del sanguinario jaguar, representante americano del tigre de nuestro hemisferio, bien que no debe atribuirsele el mismo grado de ferocidad. El cuguardo presenta una estatura temible, pero nunca acomete al hombre. Las costas meridionales del Nuevo Mundo pululan en millares de anfibios del jénero foca, mientras que sus bosques y sus llanos nutren esos estraños didelfos que traen á sus cachorritos en un ancha bolsa que contiene igualmente sus tetas. Es verdad que el jaguar es entre los animales feroces mucho mas pequeño que el tigre de África, pero no debe decirse lo mismo de los roedores de que posee la América las mayores especies conocidas. El capívar es el jigante de esta especie de animales; por lo demas, contiene aquel pais igualmente sus impetuosas ardillas, sus devastadores ratones, sus puerco-espines, perezosos, de andar lento y pesado; armadillos, mirmecófagos puramente americanos y varias especies de tajasúes, únicos representantes de los hipopótamos, de los elefantes y de los rinocerontes del antiguo continente. Los mansos llamas de los Andes, única bestia de los Americanos, substituyen en pequeño á los camellos asiáticos. Incesantemente se ven numerosas especies de ciervos recorriendo las llanuras cálidas, templadas y aun las cumbres de los Andes; pero los bueyes de la América, el bisonte y el buey almizclado están desterrados a las partes septentrionales del continente del Norte. Nuestro buey doméstico y nuestros útiles caballos se han multiplicado en tan gran número en los llanos americanos desde la conquista, que á no ser por los testimonios irrecusables que nos ofrece la historia, podríamos en la actualidad creerlos indíjenas.

La América es sobretodo riquísima en aves de los mas vivos colores. Con efecto, si bien es cierto que las comarcas frias y las montañas encumbradas están cubiertas de especies semejantes á las nuestras, no sucede lo propio en las comarcas cálidas en donde se desplega todo el lujo de los seres aereos del modo mas brillante y seductor. Los pájaro-moscas centellean como piedras preciosas á los rayos del sol, al paso que los tángaras deslumbran la vista con sus matices esplendentes y los papagayos se confunden con el delicioso verdor de los bosques despues de haber inspirado temores al labrador de que no le comprometan la cosecha: el condor con su arjentada gargantilla se cierne majestuosamente sobre las montañas mas encumbradas, á manera de caudillo de todo aquel pueblo alado, de esas numerosas aves de rapiña que se encuentran por do quiera, de esos papamoscas tan comunes, de las lijeras golondrinas, de los injeniosos picos, de los cuclillos y de los tucanes. Los bosques y las llanuras cálidas y templadas tienen sus palomas, sus tímidas tortolillas, sus pavos silvestres y sus perdices. Las llanuras del S. muestran avestruces, sus pardales y sus frailecillos. Las marismas retumban con el ronco chirrido de las garzas reales y de las blancas garzotas. La cigüeña y las gallinetas son los representantes de las especies análogas del antiguo mundo, al paso que los jacanas y los kamiques solo pertenecen al nuevo. La América tiene igualmente sus cisnes, sus patos, sus pelícanos, etc. Por último, á escepcion de algunos jéneros que le son particulares, fácilmente puede conocerse que las aves han sido repartidas con igualdad en ambos continentes. Los llanos cálidos y las montañas tienen sus lagartos y serpientes numerosas; las lagunas y los ribazos sus feroces caimanes y sus lentas tortugas. Los rios y las playas del mar son ricas en peces de colores brillantes y variados. En toda la estension de la América se ven mariscos terrestres y fluviales, y las costas en especial son habitadas por varias especies marinas. Los bosques y las llanuras están cubiertos durante el estio por millones de insectos, los unos muy apreciados de los naturalistas, los otros maléficos é incomodos al viajero y todos sobrado comunes. Las comarcas frias ó elevadas presentan el mas singular contraste con las cálidas.

Esa lozana vejetacion que cubre toda la estension de la América, ese eterno verdor, esa variedad tan pintoresca de formas de las diversas plantas, esos cañaverales jigantes, esas

lianas entretejidas, hermosa miscelanea que tanto gusta al viajero, todo está reservado á las zonas del ecuador, porque la naturaleza de las partes septentrionales es mucho mas grave y los árboles mas majestuosos. Estos árboles consisten en soberbios abetos de trescientos pies de altura, plátanos ó tulipíferos de inmensa corpulencia. Al pasar á las llanuras del S., se presenta un horizonte mas completo, sin que detenga la vista ninguna planta elevada. Si se sube á las mas altas mesetas, no se encontrará ya en ellas la pintoresca vejetacion de las rejiones ecuatoriales, ni la majestad de las del Norte, ni la uniformidad de los Pampas; sino una naturaleza mista. Las altas montañas de los Andes ofrecen encumbradas frentes coronadas de nieve que parecen lanzarse hácia las nubes; su naturaleza es grandiosa, mas no seductora. En el seno mismo de aquellos colosos americanos recuerda el viajero las deliciosas y pintorescas campiñas de nuestras montañas y se siente á su pesar inclinado hácia la Europa.

Falta solamente dar una idea de las grandes divisiones actuales, para lo cual me parece mas acertado comenzar por la América del Norte. La Groenlandia pertenece á la Dinamarca: los Rusos tienen asimismo las islas Aleutianas y la estremidad N. O. del continente americano: la Inglaterra posee toda la Nueva Bretaña, desde el Nuevo Cornouailles hasta Terranova, y el Canadá; viene en seguida la república de los Estados Unidos que ocupa toda la anchura de la América y comprende la Florida y la Luisiana. La república mejicana está formada de toda la Nueva España y la California hasta el Yucatan. Resta únicamente la pequeña república de Guatemala ó Provincias Unidas de la América central que solo comprenden desde el golfo de las Honduras hasta el golfo Dulce. La América del O. (las Antillas) pertenece á muchas naciones: la Francia posee la Guadalupe, la Martínica y María Galante: la España ha conservado la mayor de todas esas islas, que es la de Cuba, con Puerto Rico y la isla de Pinos. La Inglaterra tiene avasalladas la Jamaica, la Trinidad, todas las Lucayas, Tabago, Santa Lucía y San Vicente: la Dinamarca las isletas de la Tórtola, las Vírjenes y Santa Cruz: la Holanda es señora de Curaçao, de Urula y de Buen Aire; y Santo Domingo, transformada en una república de negros, ha recobrado su antiguo nombre de Haïti.

No está tan desmembrada la América meridional, bien que al parecer propende á dividirse mucho mas. La república de Colombia, formada por Bolivar, está dividida actualmente en tres, á saber: la de Venezuela, cuya capital es Caracas; la de la Nueva Granada, cuya cabeza es Santa Fé de Bogota, y la del Ecuador, cuyo centro es Quito. Los Ingleses tienen su Guyana en los confines de la Colombia; los Holandeses poseen la suya ó Surinam, y la Francia domina igualmente la suya con el nombre de la Cayena. Sin embargo, no son mas que tres reducidos Estados sujetos al influjo del inmenso imperio del Brasil cuyas posesiones se estienden por todo el curso del rio de las Amazonas, y desde allí hasta los 32° lat. S. desde el Perú hasta el mar, encerrando por sí solo la mitad de la superficie de la América meridional. La república del Perú ocupa la costa O. desde la Colombia, y es limítrofe de la de Bolivia formada á espensas del antiguo Alto-Perú. Al S. E. empieza la república de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, de la que están actualmente separadas del todo la provincia del Paraguay, y la de la *Banda oriental* que constituye la *República oriental* del Uruguay. Al S. O. se estiende el gobierno del Chile que ocupa la vertiente oriental de los Andes. Con respecto á todo el territorio del S. conocido en los mapas con el nombre de Patagonia, pertenece á la república de la Plata, pero solo debe entenderse en cuanto á la vertiente E., pues todo el resto es habitado por naciones independientes y nómadas. Despues de todos esos paises, solo hay la Tierra de Fuego y algunos territorios todavía no ocupados por ninguna potencia. Las islas Malvinas pertenecen en la actualidad á los Ingleses que las han arrebatado recientemente á la república de la Plata.

Ningun padron ecsiste que pueda darnos una idea ecsacta de la poblacion americana. M. de Humboldt la evalúa en 28 ó 29 millones; pero no cabe duda alguna que esta suma es algo ecsajerada, y no deja de ser bastante singular que el inmenso territorio de la América sea menos poblado que nuestra Francia, no obstante contener una superficie cuarenta veces mas dilatada.

He dado á conocer sucesivamente la América, no solo bajo el punto de vista de sus moradores primordiales y de su historia, sino tambien bajo el de las conquistas de las diversas naciones; he mencionado los principales viajes científicos que nos la han descrito; he trazado un cuadro de sus grandes divisiones naturales y de sus principales productos, y he dado cima á mi reseña con la indicacion de sus divisiones políticas. En consecuencia creo bastante preparado al lector para la intelijencia de las empresas acometidas por nuestro ficticio viajero en las diversas partes del continente que va á ecsaminar en todos sus mas minuciosos pormenores.

Paris, 20 de abril de 1836.

ALCIDES d'ORBIGNY.



VIAJE PINTORESCO
A
LAS DOS AMÉRICAS.

CAPÍTULO I.

SALIDA DE BURDEOS. — PERMANENCIA EN LA HABANA.

No se diga que el gusto y la aficion á viajar los adquiere el hombre : sonle naturales, y acrecentados por el tiempo y los obstáculos que les dan sazon, conviértense en una pasion ardiente. En este caso se le pueden achacar defectos, tendencias esclusivas, un incierto cosmopolitismo y una propension á lo maravilloso, que si bien se mira, le aprovechan tambien, porque dan oríjen á una de las pasiones mas grandes y mas útiles. Si se le quita al hombre este instinto esplorador y esta necesidad de movimiento que le hacen correr tras lo incógnito, solo por curiosidad á veces cuando no por intereses de comercio, bórranse por ende de la historia los jigantescos viajes que han enlazado pueblos con pueblos y continentes con continentes. Entonces no habrá quien comprenda al nómada Marco Polo, y el mismo Colon será inesplicable. Fuerza será que cada estado se fortifique como la China, y que se rodee de un muro impenetrable, paraque los pueblos no puedan relacionarse entre sí, y paraque las razas, las ideas, las costumbres, los cultos y las civilizaciones vivan en perenne aislamiento. Sí, desprended al hombre de este afan insaciable de ver y de saber, y el mundo entero se irá disolviendo para terminar en una soledad absoluta. La pasion de los viajes es el instrumento mas poderoso, el mas eficaz y comunicativo de todos. En el órden físico de la naturaleza, el soplo de la brisa arrebata la semilla que ha madurado en la cañada y la arroja al inculto páramo paraque á su tiempo sea fecundo y frondoso; mas no sucede así en el órden moral. La semilla del progreso debe viajar por toda la superficie del globo terraqueo; el hombre tiene á su cargo la mision de propagarla, y no parece sino que una voz sobrehumana le está diciendo á cada momento : Marcha ! marcha !

No se crea que diga esto para justificarme ni para descifrar el enigma de esa larga romería á que doy principio. Tampoco es una tésis jeneral que yo pretenda sostener, ni menos una precaucion oratoria; porque la tésis nos conduciria á muy larga distancia, y ninguna precaucion es equivalente al acto de encaminarse directamente al objeto propuesto. Desde los primeros años de mi pubertad me sentia dominado por el gusto á los viajes, y todo el amor de una familia, junto con el deseo de dar fin á algunos estudios serios y otras razones, como la falta de ocasion y de dinero, no habia podido desviar de mi imajinacion aquella idea tiránica. Yo no hacia mas que tascar incesantemente el freno que me contenia y avasallar mis viandantes deseos. Paris no era harto dilatado para mí, porque su aspecto solo me presentaba cierta uniformidad y monotonía que me hacian tener en nada sus mas imponentes bellezas; así para gozar algun tanto de su magnificencia y suntuosidad recurria máquinalmente á puntos de comparacion. Tal

fué la suerte que cupo á los treinta primeros años de mi vida; pero á esta edad, separado de mis deudos y viéndome en posesion de una módica fortuna, dirijí todos mis conatos á economizar y proporcionarme medios para adquirir el derecho de locomocion. Parecióme que un viaje á la Suiza y á la Italia bastaria para satisfacer mis anhelos; pero desde el litoral siciliano osé tender una mirada hácia la península africana; la antigua Numidia, la Cirenaica y el Ejipto! Oh! una correría al Oriente hubiera colmado entonces todos mis votos!

Tales eran mis ensueños, cuando recibí por el correo una carta de un banquero de Paris, carta que contenia solas veinte líneas, pero que cada una valia mil escudos. Tenia yo un tio en América, que era una verdadera providencia para mi pasion á los viajes. El hermano de mi madre se habia domiciliado en Cuba desde su juventud; estaba casado con una mulata, era ya padre de muchos hijos y vivia feliz y obscuro en el seno de su familia. Jamas nos escribia, no sé si por neglijencia ó por avergonzarse de su enlace, y solo colejíamos que ecsistia aun por el cajon de azúcar y algunos toneles de café que nos remitia de vez en cuando. La carta del susodicho banquero me anunciaba que habia fallecido millonario, y que en su testamento consignaba á mi favor una suma de doce mil pesos como un recuerdo europeo.

Qué buen tio! sin duda comprendió mis designios, y por lo tanto no podia yo defraudarle. « Lo que de la América viene á la América volverá, » dije para mí. « Ya que mi tio habia contraido domicilio en América, iré á visitarla y recorrerla de N. á S. La América será el teatro de mis primeros viajes; su continente, sus archipiélagos me pertenecen: no hay remedio; la América no puede escaparme. »

Con tan risueñas ideas emprendí el viaje.

A 15 de abril de 1825 salí de Burdeos á bordo del bergantin *el Jefferson*, su capitan Shaftsbury. Como el buque se habia dejado llevar del reflujo vespertino, no pude alcanzarlo hasta la noche en el fondeadero de Purgues. Navegando por aquel delicioso Gironda que encrespa sus aguas amarillas y fangosas entre dos playas verdes y floridas, pasé sucesivamente por delante de Blaye y de su fortaleza, de Pauillac y de sus gabarras, y de Royan y de sus barcos costeños. Dos dias despues de haber salido de Burdeos, el *Jefferson* se hallaba delante del faro de Cordouan. Cordouan! Faro atrevido que levanta hasta el cielo su cabeza y baña sus pies en la espuma! Torre aislada y melancólica que durante todo el dia se refleja en el agua, y al caer la noche se eclipsa para convertirse en una májica estrella qne se columpia sobre las olas!

Al pasar delante de aquel faro, si mal no me acuerdo, mis ideas no eran tan poéticas ni halagüeñas. Perturbada por el movimiento undalatario de los palos y de los aparejos y por el cabeceo de una embarcacion combatida por las olas y la brisa, mi cabeza estaba atontada, mis oidos me silvaban y mis ojos se entelaban. Habia empezado para mí el momento de prueba; estaba sobrecojido del *mareo*, mal deplorable, á cuyos efectos son pocos los que puedan sustraerse; agonía sin peligro, pero cruel, acompañada de espasmos, hipos y náuseas; mal tanto mas terrible cuanto que en lugar de ausilios solo encuentra la burla y el sarcasmo. El sarcasmo que por mi parte tuve que sufrir fué el espectáculo de un desayuno en la cubierta. Hallábanse diez convidados sentados á la mesa en torno de un jamon de Bayona y de un pastel de Perigueux, comiendo y apurando un tonel de vino de Grave: qué ironía para un pobre diablo atormentado de corcovo y que tiene el alma en los labios á punto de espirar! Casi me hubiera alegrado que la embarcacion se hubiera ido á pique.

Sin embargo el mal fué calmándose poco á poco, los vértigos cesaron, la cabeza recobró su equilibrio y el estómago su apetito. Cuando el mar conoce á las jentes y las ha hecho ya prestar una especie de homenaje de bienvenida, es muy buen rey; y á no ser tan versátil, no hay duda que seria tan bueno como la tierra, y tal vez mas. Empero, en breve se cansa el viajero de ese horizonte uniforme cuyas monótonas líneas apenas interrumpe el temporal; en breve mata el tiempo observando las maniobras de abordo y de la pesca, por razon de la prontitud con que se agotan las emociones de la vida marítima y los recursos que ofrece la sociedad de abordo; criollos salidos de los colejios parisienses, encomenderos que, á escepcion de sus cuentas y facturas, todo lo tienen en nada, pasajeros que se narran sus proezas mercantiles, aventureros é industriales de ambos secsos que se desviven por un nuevo mundo mucho mas crédulo que el antiguo. En el espacio de dos semanas se apuran todas estas distracciones y se conciben deseos de ver de nuevo la tierra. Esto es por lo menos lo que á mí me pasaba; mas no que desease la Francia, sino la América. El olor de la brea y del buey salado me habian hecho desear la carne fresca y la brisa embalsamada de los morros.

Qué puede decirse de una navegacion hasta las Antillas? Los peces voladores que murmuran por el agua como las mariposas entre las flores de nuestras praderas, las evoluciones de las marsoplas por el surco fosforescente, el encuentro de dos embarcaciones, el bautismo del trópico, la aparicion del tiburon, acaso son ig-



1. Vue de la Havane.

1. Vista de la Habana.



2. Château de Sans-Souci (Haïti)

2. Castillo de Sans-Souci (Haiti)

de Sainson del.

norados actualmente de alguien? Quién no los ha oido sino visto? El *Jefferson* no hizo mas que seguir el comun derrotero de las embarcaciones mercantes. Avistó á Madera, encontró en sus aguas los vientos alisios, desplegó sus velas y las abandonó á la discrecion de la brisa hasta su llegada al golfo de Méjico. Veinte y siete dias despues de la partida señalaron ante sus serviolas una de las Lucayas, la *Guanahani* de Colon, su primer descubrimiento; y á 16 de mayo, al apuntar el dia nos hallábamos á seis leguas del puerto de la Habana, en frente del *Pan de Matanzas*, montaña enorme que sirve de punto de reconocimiento á las naves europeas.

El *Jefferson* pasó la mañana navegando á lo largo de la costa cuyo aspecto variaba á cada momento. Ora se veian gruesos morros cuyos ramales se estendian hasta el mar ó se detenian formando fragosos acantilados; ora se divisaban valles profundos y deliciosos con sus diversos matices de verdor, desde el verde de la caña dulce hasta el verde subido del café. Al lado de nosotros y mecidos en un mar bonancible, se deslizaban algunos faluchos y goletas de velas triangulares. Era un cuadro verdaderamente seductor, esmaltado de tintes suaves y armoniosos.

A las dos pasábamos á tiro de cañon de los fuertes *el Morro* y *la Cabaña*, que dominan toda la estension de los canalizos, y pasado un estrecho angosto se desplegó á nuestra vista el puerto de la Habana, óvalo immenso que encerraba 1.200 embarcaciones de todos tamaños y formas, inglesas, americanas, dinamarquesas, francesas, holandesas, rusas, austríacas, portuguesas, españolas, sardas y suecas (Pl. I. — 1). Sorprendido por aquel magnífico punto de vista, ni siquiera pensé en la ciudad, por otra parte invisible: no parecia sino que toda la Habana estaba concentrada en aquella ciudad flotante. En la playa se veia un vasto muelle y un terraplen cuya monótona blancura hacia visos bajo los rayos verticales del sol. A la izquierda se mostraban algunos árboles, delante de las casas de la aldea de *la Regla*.

En cuanto hubo echado anclas *el Jefferson*, pasamos á un bote, el cual nos condujo á tierra con nuestros equipajes. El muelle atestado de negros ofrecia á la sazon cierto movimiento y estraña confusion. Luego que el bote tocó en el desembocadero, veinte negros saltaron en él y se disputaron el honor de servirnos; de manera que sin la presencia de un soldado que descargó su vara sobre las espaldas de aquella oficiosa muchedumbre, con dificultad hubiéramos podido defender nuestros bagajes. En consecuencia los cargamos cuanto antes en una carreta que inmediatamente emprendió la marcha y se encaminó directamente á la ciudad.

Aun no habíamos andado veinte pasos, cuando tropezamos con otro obstáculo. Era un aduanero que en nombre del rey queria á todo trance saber cuantas camisas y vestidos llevábamos, y despues de haberlas contado escrupulosamente nos dejó pasar. Salidos de la aduana, atravesamos la *Plaza de armas* y á fuerza de callejear llegamos á la *Fonda de Madrid*, meson famoso, que siendo de los mejores de la Habana inspiraba por su mezquino aspecto una idea bien pobre de los restantes. Diéronme un cuarto, ó mejor diré un gabinete casi desamueblado, con una cama sin colchon, pues los colchones denotan en la Habana un esceso de lujo.

El aspecto de aquella posada, el estrambótico continente del mesonero y la perspectiva de mi alojamiento me inspiraron la idea de abandonar la *Fonda de Madrid*; pero tuve que desistir de este proyecto, porque si bien la mayor parte de los Europeos tienen amigos y corresponsales en la Habana, los aventureros tienen que alojarse en las posadas. Tres caballeros de industria y dos actrices eran los únicos personajes que constituian á la sazon todas las delicias de la *Fonda de Madrid*. Decidido por fin á solicitar la hospitalidad criolla, hablé á mi mesonero de la viuda de mi tio, mi tia la mulata; y como era muy conocido suyo, al momento me dió noticias de ella, me dijo que se hallaba aun establecida en la ciudad y me hizo acompañar por un negro á su casa, ó por mejor decir, á su palacio, pues tal podia llamarse en comparacion de la mísera posada que acababa de abandonar. Introducido en dicha casa me dí á conocer y me recibieron con lágrimas de gozo. Era mi tia una mujer de cuarenta años, hermosa todavía, aunque un poco repleta, instruida, agraciada y de modales cultos y atractivos. Tenia á su lado tres hijas ya casaderas á las que apellidé primitas á boca llena, esbeltas y lindas, y de edad de diez y seis ó veinte años. La acojida que me dispensó aquella buena familia ocupará siempre un lugar distinguido en mis recuerdos; no me consideraban meramente como á huésped, sino como á su jefe; no como á un pariente, sino como á su padre y señor natural. A través de sus finos obsequios y de sus recomendables atenciones se vislumbraba siempre una prueba nada equívoca de ese profundo respeto que profesa en todas partes la poblacion de color á la poblacion blanca. Hacíanme observar una especie de vida oriental que nada me dejaba que desear: en vez del mohoso y nauseabundo gabinete de la *Fonda de Madrid* tenia un espacioso aposento de treinta pies de elevacion, cómodo, oreado, surtido de todos los muebles necesarios; suntuosidad bastante rara en la Habana, y no me faltaban tampoco algunos criados, esclavos, caballos y volantes que estaban siempre á mis ór-

denes. El lujo que yo gastaba era en realidad digno de un príncipe.

El domicilio de mi tia era espacioso y cuadrado; tenia un patio interior rodeado de arcadas, y el primer piso de galerías cerradas con persianas. Sin embargo este edificio era diferente de los demas, pues todos los restantes no tienen mas que un piso y sobre sus techos azoteas. Las ventanas empiezan por lo comun á un pie de elevacion sobre el nivel del piso, y tienen treinta pies de altura, siendo cerradas de arriba abajo por unos enrejados de hierro ó de madera. Este enrejado es bastante claro paraque desde la calle puedan verse las Españolas recostadas en su sofá, con el abanico en la mano, varias flores en su cabeza, los brazos y el seno desnudos y con el traje casero sumamente diáfano y sencillo que pone sus esbeltos contornos de manifiesto con una coquetería quizas sobrado libre.

En los primeros dias no tuve mayor placer que el de recorrer el pais en volante. El volante se parece á una silla de postas, montada sobre resortes y con ruedas muy grandes: tiene una cortina de paño para preservar del sol y del polvo, la cual se sube y baja como se quiere y cierra el carruaje como si fuese una caja. Arrástralo por lo comun un caballo montado por el calesero, negro vestido como un groom inglés, es decir, con chaqueta encarnada, pantalon blanco, botas á lo escudero, sombrero con galon de oro y machete ó sable recto. El volante y el calesero son dos cosas indispensables, dos muebles esenciales en una buena casa habanera.

Lo primero que hice fué ir al paseo público que hay á la puerta de la ciudad. Este *Coso* de la Habana consiste en un paseo de 1.500 pies de largo con dos calles laterales para los que van á pie, plantados de frondosos árboles. En medio del paseo hay una fuente, y en uno de sus estremos una estatua de Cárlos III. Allí es donde se forman en fila cuatrocientos ó quinientos volantes de alquiler. El mismo paseo tiene sus categorías y sus privilejios, bien que este paseo no es el único punto de reunion de los elegantes, puesto que tambien se reune todas las tardes en la Alameda que está junto á la bahía una concurrencia numerosa y lucida.

No fué este paseo mi única distraccion. Otras contiene la Habana que en nada ceden á las mas distinguidas de Paris y de Lóndres; tales como el teatro, el baile y el concierto. El primero consiste en un salon bastante capaz para mil ochocientos espectadores, que el dia que fuí en él estaba concurrido por mujeres cuyo tinte amarillento, vivaces ojos y facciones agradables ponian de manifiesto las luces del quinqué. Toda la noche estuve observando desde mi luneta las cinco series de palcos donde se mostraban las beldades de la ciudad, cuya hermosura me distrajo de la mala ópera que estaba ejecutando la compañía italiana. Por lo demas, la introduccion de la ópera italiana en esta colonia española fué verdaderamente un progreso y una conquista, pues aun no hace diez años que solo representaban en ella comedias sagradas. En 1818 estaba muy en voga el *Triunfo del Ave María*, en cuyo desenlace se veia un valiente Cruzado que andaba de una á otra parte de la escena llevando clavada en lo alto de su pica la cabeza ensangrentada de un Sarraceno. Las damas celebraban sobremanera este desenlace, y estaban muy léjos de creerlo repugnante, por cuanto la ficcion de un Sarraceno degollado era muy inferior á las sangrientas realidades de las corridas de toros.

A los placeres del coliseo sucedieron los del baile. Como en la Habana ecsiste todavía una linea de demarcacion entre la poblacion blanca y la de color, tuve que valerme de otra recomendacion que la de mi nueva familia para penetrar en las reuniones de la alta sociedad española. La recomendacion de que me valí fué la del cónsul de Francia, M. Angelucci, que con una amabilidad inesplicable tuvo la bondad de presentarme. Este requisito era tan necesario, que sin él me hubiesen quizá desairado en razon del predominio que ejercen en la mayor parte de las colonias las preocupaciones del cútis. Como los bailes se daban á un cuarto de legua de la ciudad, fué preciso tomar un volante, y á mi llegada todos los salones estaban atestados ya de una sociedad numerosa y variada. El baile era solo un pretesto, puesto que el verdadero motivo de esas fiestas era el juego. Allí se congregaban el fraile español y el capitan holandés, el uno con el correspondiente rosario en la mano y el otro con su cigarro en la boca. El majistrado, el hidalgo, el comerciante y el militar, es decir, todas las notabilidades de la ciudad y los estranjeros que encierra concurrian á aquellas reuniones con las faltriqueras llenas de pesos fuertes. Aquella noche todas las mesas de juego estaban cubiertas de enormes sumas; aquí se veia un coronel arrebatando la cartera de un acaudalado banquero; allí una marquesa ensayándose contra un caballero que arriesgaba la renta de su fábrica ó los beneficios de su viaje: ecsaltacion febril á que con dificultad podian sustraerse los mas prudentes.

El baile era triste y frio. Las criollas, ataviadas como imájenes de la Vírjen, mas bien caminaban que bailaban. Hace algunos años que solo sabian bailar el minuete; pero en el dia comienzan á estar en voga la contradanza francesa, la galop y el wals. El insoportable calor del clima hace que los mayores placeres sean los

de la inmovilidad, y que todo movimiento ó ejercicio sea una fatiga. A la una de la madrugada se concluia el baile, y solo continuaron en su diversion los jugadores, pues estos no se despidieron hasta el amanecer.

Entretanto fuí á recorrer la ciudad, y la hallé sumamente pobre en monumentos, cenagosa, sucia, desaseada y habitada por una poblacion de 112.000 almas. A cada momento era detenido mi volante por la concurrencia de los carros de transporte, las recuas de mulas y negros, los entierros y las procesiones. Como yo era todavía bisoño en el estudio de las costumbres locales, no pocas veces faltó poco para comprometerme con las autoridades del pais. Entre otras hay una que ecsije que todos los volantes que se encuentren con el Viático sean puestos á la disposicion del vicario; y como yo no tenia ningun conocimiento de esta costumbre, resistí constantemente hasta que supe que conculcaba las ecsijencias de la ley comun.

La ciudad es casi intransitable en el verano por razon de las continuas lluvias, tanto que el centro de todas las calles se convierte en una especie de laguna cuya profundidad es muy difícil de sondear; y no es posible averiguar las calles que son vadeables y las que no lo son. Sin embargo no es este el único punto sobre que está perjudicada la Habana, puesto que su insalubridad corre parejas con la poca seguridad que ofrece á sus vecinos. Con efecto, á las diez de la noche ya no se puede andar por las calles en razon del gran número de rateros y salteadores que las tienen avasalladas por el derecho de las tinieblas. En Cuba, así como en muchos puntos de Italia, ocurre con frecuencia el poner precio á la vida de un hombre: por una onza de oro asesinan los negros al inerme transeunte, sin que nadie salga á su defensa, pues en vez de abrir las puertas á sus clamores, todos los vecinos las atracan mas y mas. Al trasponer del sol se esparcen por toda la Habana el terror y el egoismo, sin que de nada sirvan absolutamente ni su guarnicion ni su gobernador.

El palacio del gobernador está en la *Plaza de armas* frente del palacio del intendente. La arquitectura de ambos edificios tiene un no sé qué de bastardo, aunque su aspecto jeneral no carece de pompa ni de nobleza. Sus frontispicios están ecsornados de arcadas y ventanas que ofrecen un hermoso punto de vista. En frente del palacio del gobernador hay una capilla edificada, segun quieren suponer, en el mismo sitio en que se celebró la primesa misa cuando el descubrimiento de Colon. No hace muchos años que se veia en ella la inmensa *ceiba* que daba sombra al sacerdote y á los fieles.

Los únicos monumentos de la Habana consisten en algunas iglesias antiguas de arquitectura casi árabe. Al lado del altar mayor de la catedral se vé un retablo que figura la cabeza de Cristóbal Colon ceñida de una diadema. Pretenden que los huesos de este grande hombre yacen bajo la pared del retablo, pero esto no está fundado sino en la vana pretension de muchas Antillas; supuesto que es bien sabido que Colon murió en Valladolid de España. Sea como fuere, lo cierto es que esta catedral, lo mismo que todas las iglesias de la colonia española, es un asilo privilejiado para los malhechores: un ladron, un salteador de caminos está en salvo con tal que toque la pared del lugar santo.

Hacia yá una semana que me hallaba en la Habana y ya estaba habituado á las costumbres del pais. La semana siguiente la empleé en correrías por el interior de la isla. Primeramente visité la Regla, poblacion situada á un cuarto de legua de la ciudad y guarida de los forbantes que infestan el golfo de Méjico. Sus moradores pertenecen á una raza anfibia que tiene dos elementos y dos ecsistencias: en tierra vive segun las leyes, mostrándose obediente, cumpliendo escrupulosamente con sus deberes relijiosos y frecuentando las iglesias y templos; pero á bordo olvida de todo punto su pacto con la sociedad, acomete, degüella, saquea, estermina y reta á la justicia humana sentada sobre el oro de su botin. Como este comercio enriquece la Regla, no es estraño que en la plaza del pueblo se vean veinte, treinta ó cuarenta mesas de juego en accion permanente. Estas mesas están rodeadas de monteros que arriesgan hasta dos ó tres doblones de á ocho á la vez. Por lo comun traen un sombrero de paja, una camisa y un pantalon de tela listada, teniendo el machete á su lado y el cigarro en la boca.

Fuí á ver un combate de gallos, espectáculo tan comun en las colonias españolas. A mi llegada se daba principio al juego: los campeones se lànzaron al palenque unos sobre otros, con una especie de rabia; pero poco á poco fué amainando su fogosidad, y en breve quedó cubierta la arena de heridos y vencidos. En vano los propietarios, temblando por sus apuestas, procuraban reanimar las fuerzas de sus atletas; pues habian perdido su veleidad guerrera. Cuando quedó bien demostrado que los vencidos cedian el puesto, se arreglaron los beneficios y las pérdidas.

Esta manía de combates de gallos no está circunscrita á las clases populares, pues los hidalgos, los grandes y los gobernadores mismos están tocados del mismo mal. Entre ellos puede citarse el jeneral Vives, el cual se ocupaba mas de la salud y de la educacion de sus gallos que de la felicidad de la colonia. Tenia en su palacio un corral magnífico con distintos alojamientos

para cada uno de sus alumnos ; en los cuales estaban escritos sus nombres , su jenealojía y sus hazañas mas eminentes. Las ocupaciones del jeneral Vives le dejaban aun bastante tiempo para escribir sobre los gallos un libro clásico titulado *Gallomachia*. Nobles y graves estudios de un gobernador colonial !

Despues de la Regla fuí á ver la aldea de Guanajay , el pueblecito de Hoyo-Colorado , el distrito de San Márcos y la ciudad de Matanza situadas en la campiña de Cuba , que si bien es árida y triste en algunos puntos , tiene distritos enteros pingües y pintorescos. El aspecto jeneral de los territorios mas deliciosos consiste en la perspectiva de algunas montañas arboladas , collados , valles , calles de palmeras , sotillos de limoneros y arcos de bambúes ; pero entre todos descuella el distrito de San Márcos que puede considerarse como delicioso jardin. Sus tersas llanuras están cubiertos de una tierra encarnadina que produce toda clase de frutos á pedír de boca. En esta zona privilejiada , se ven con abundancia dilatados pórticos de cocos , grupos de naranjos que cuajan el suelo de dorados frutos , calles de ananas , rosales odoríferos y una muchedumbre innumerable de árboles frutales. No se conoce el invierno en este Eden , pues siempre está cubierto de hojas , de flores y de frutos.

En aquel mismo distrito ví muchos cafetales é injenios. Los primeros forman por lo comun una especie de tresbolillos mas ó menos estensos , y cuyos plantíos solo tienen cuatro pies á lo sumo de elevacion. Están separados uno de otro por un intérvalo de quince á veinte pies ocupado por naranjos en flor ó cargados de frutos matizados de todos colores , desde el verde subido , hasta el mas vivo amarillo. Cuando el café está en sazon , lo hacen secar y lo meten en toneles , á cuyos trabajos preside siempre un intendente blanco ó mulato.

No es tan poco duradera y complicada la fabricacion del azúcar , por cuanto entre el primer zumo de la caña y el cogucho que recibimos en Europa median otras muchas preparaciones que ocupan millares de brazos. Estas preparaciones se hacen jeneralmente por la noche á la luz de grandes hogueras y al canto monótono y desentonado de una multitud de negros : parece en realidad una orjia sabática que se trasluce confusamente á través del vapor y de la humareda. Aquí los negros se pasan de mano en mano las cañas que amontonan ; allí las deslizan bajo enormes cilindros que las absorven y las brozan ; acá se escita á los bueyes ; allá se cuida la uva donde hierve el jarope , se espuma la clarea y se procura averiguar el instante preciso de la coccion. Por todas partes se vé fuego , vapor , semblantes negros y aceitosos , brazos en actividad , hombres , mujeres y niños apiñados en torno de inmensas calderas de ebulicion , y en medio de aquella muchedumbre el intendente , déspota del Ateneo , contramaestre blanco ejerciendo sobre los infelices trabajadores los derechos del látigo y de la prision , el intendente obedecido al menor de sus signos , terror de los esclavos que contemplan el machete temblando de pies á cabeza.

Sin embargo estas risueñas campiñas ademas de sus ventajas naturales tienen sus inconvenientes y sus plagas. En medio de su rica vejetacion solo debenian encontrarse las aves particulares á las latitudes ecuatoriales , aquellas aves cuyo plumaje es matizado de colores tan vivos , los papagayos , las cotorras , los colibríes y los tangaras ; pero tambien pululan en ella algunos animales maléficos , tales como los músticos , unas arañas monstruosas , escorpiones enormes y una bestia negra denominada mancaperro , por razon de que envenena á los perros que toca. Por la noche , antes de acostarse , es preciso pasar revista de los vestidos , porque sucede con frecuencia que están plagados de escorpiones cuya herida es muy peligrosa. Encuéntrase tambien otro insecto que los habitantes denominan *nigua* (*ulex penetrans* de los naturalistas) , especie de pulga casi imperceptible. Este insecto se introduce en la piel y penetra y se desarrolla en ella ; y si bien es muy incómodo y sumamente desagradable , sin embargo no es tanta su malignidad como han querido suponer. Los niguas no ofrecen absolutamente peligro alguno cuando se quitan inmediatamente , y las mulatas tienen mucha destreza en sacar el insecto y curar el pie con trabajo y aceite. Las piernas de los negros están cuajadas de niguas que hacen muy escabrosa su cútis ; pero cuando se internan entre las uñas son mucho mas difíciles de sacar.

El reino vejetal tiene tambien sus peligros en la isla de Cuba. En las montañas mas altas se encuentra el misterioso *guao* (*comoclada dentata*), especie de árbol ponzoñoso que causa dolores intensísimos , sin que sea necesario el contacto. Hay ecsalaciones sutiles que descienden sobre la cabeza del viajero , y le dañan la cara , las orejas , las manos y los pies. Las partes lesiadas se hinchan terriblemente , y el individuo se vé sobrecojido por la fiebre. El guao tiene el tronco fuerte , las ramas anchas , las hojas cortas y delgadas , y solo crece en las partes elevadas.

Otra plaga de las campiñas de Cuba son los negros cimarrones acampados en *Las Tomas* , ó montañas de San Salvador y de Cuzco. Estos negros descienden en gran número á los cafetales aislados , y se entretienen en pegarles fuego ; por cuyo motivo les dan caza como á bestias feroces.

La poblacion de Cuba puede dividirse en cua-

tro clases, á saber, los blancos, los mulatos libres, los negros libres y los negros esclavos. Los blancos europeos ó criollos han conservado los trajes y usos españoles, bien que modificados algun tanto por los de la colonia. Los mas ricos atavíos, los vestidos de seda, los encajes, los abanicos de lujo, los peines de concha, las sombrillas, los diamantes, las perlas, los rubíes, las esmeraldas, nada es ignorado de aquellas damas, que sin el menor reparo sacrifican los doblones de á ocho á sus caprichos y á sus veleidades. Es verdad que las mulatas y las negras libres se desviven por igualar á esas nobles y distinguidas señoras, pero su falta de recursos no les permite satisfacer sus deseos. Sus vestidos consisten en jeneral en ropas de la corteza del *tajilla* (*liber*), adornadas de insectos fosforescentes (*elater*) colocados en la cintura y en los pliegues de tal suerte que no pueden moverse. Las señoras de encumbrada alcurnia mantienen tambien de esos insectos y los nutren con el zumo mas delicado de la caña dulce.

La cocina de los Europeos es enteramente española, pues su plato principal consiste en la olla podrida, y en todas las demas sobresale la grasa. Ordinariamente las funciones de cocinero están á cargo del calesero, que es el factotum de una casa habanera. En caso de necesidad el calesero cuida los caballos y hace bailar las damas al son de su guitarra, hace la corte á las negras de la ranchería y ocupa el lugar del amo.

El servicio mas variado y mas apetitoso de una mesa habanera son los postres, pues en ellos figuran muchísimas especies de frutos, tales como la banana, la naranja, la granada, el limon, la nuez de coco, el albaricoque de Santo Domingo y el tamarindo.

Ecsiste entre las clases altas un uso singular y bastante jeneralizado, tal es el de enviarse uno á otro desde la mesa manjares sabrosos enfilados en el tenedor. Este obsequio es reputado como un favor muy grande, lo mismo que de parte de una dama el galanteo de beber en el vaso de un caballero antes que este lo haya probado.

Estaba yo bastante habituado á todas estas costumbres, á esa cocina sobrado plagada de especias, á esos cumplimientos algo estravagantes, á esa flema inalterable y monótona; pero una cosa no pude aguantar por mucho tiempo y fué el jenio taciturno de los hombres y de las mujeres en las reuniones nocturnas. El caballero presentado debia sentarse en una especie de silla con respaldo, y cada uno está muellemente repantigado en ella, en medio de vastos salones, cuya triste aridez hacen resaltar mas y mas algunos muebles esparcidos por acá y acullá. En estas reuniones no se hace mas que dormir, pues hablar es una fatiga, y al despertar se bebe un vaso de agua y se despide. Estas reuniones, el teatro, los bailes y los conciertos constituyen todas las diversiones nocturnas de la Habana.

Es cierto que tales costumbres me habian decidido á marcharme de esta ciudad, cuando sobrevino una verdadera plaga. Acababa de manifestarse en Cuba el vómito negro ó fiebre amarilla, y se habian señalado ya algunos casos en la Habana y en Matanzas. Uno de nuestros pasajeros del *Jefferson* habia muerto al cabo de algunas horas, y el mismo encomendero, muchacho jóven y robusto, herido por la mañana, daba por la noche serias inquietudes. En ningun modo permitió mi tia que estuviese por mas tiempo espuesto á los peligros de aquella peste. Los caballos estaban ya uncidos á los volantes; toda la casa se hallaba en pie, y querian á todo trance que pasara á vivir en una deliciosa quinta situada en las montañas de San Salvador que pasaban plaza de oreadas y salubres y no visitadas jamas por la fiebre amarilla. Iba ya á partir, cuando prevalecieron mis ideas favoritas: « No, dije á mi buena tia, prefiero abandonar la isla; pues llevo intento de visitar algunas de las Antillas y pasar al continente. » Despues de las mas vivas instancias acordamos que arreglaria mi pasaje con el primer buque que se hiciese á la vela para Puerto Príncipe. El calesero de la casa, José, tomó á su cargo este negocio, y como el dia siguiente se hacia á la vela una pequeña goleta, fuí á ajustarme con el capitan.

Durante las veinte y cuatro horas que me quedaban, observé de cerca las faces de la terrible enfermedad, ecsaminé el triste aspecto de la ciudad, oí el tañido de veinte campanas que anunciaban la muerte por donde quiera, tropecé varias veces con el viático y ví por todas partes iglesias abiertas y sacerdotes atareados. Apesar del temor de mi tia, fuí á visitar al encomendero del *Jefferson*, que desde la víspera estaba vomitando sin cesar, y como su cabeza estaba perturbada no acertó á reconocerme. Dos horas despues, volví á presentarme á bordo con el mejor médico de la ciudad, pero en vano; la fiebre habia llevado el enfermo al sepulcro.

El vómito negro solo ataca comunmente á los Europeos no aclimatados, y respeta á los criollos y á los negros. Este azote, lo mismo que el cólera y las viruelas, es un misterio incomprensible, aun para aquellos que han estudiado sus vicisitudes. Los médicos de buena fé confiesan su impotencia en lo tocante á esta enfermedad, y los mismos empíricos han agotado todos sus remedios sin encontrar ninguno harto eficaz. La ciencia humana se vé precisada á humillar su frente ante este terrible instrumento de la muerte, pues si la enfermedad cede es tan solo por efecto de los recursos de la naturaleza

y los cuidados de las negras, mas esperimentadas en este punto que los doctores mas hábiles y mas acreditados.

CAPÍTULO II.

ISLA DE CUBA. — OJEADA HISTÓRICA, JEOGRÁFICA Y ESTADÍSTICA.

Cuba es una de las primeras islas que vió Colon despues de Guanahani. Descubierta á 27 de octubre de 1492 por este grande hombre, fué conquistada por Velasquez algun tiempo despues y dejeneró en una colonia española cuya capital era en un principio Baracoa y despues Santiago de Cuba. Por este mismo tiempo se edificó la ciudad de la Habana, que á mediados del siglo XVI fué rodeada de fortificaciones despues de haber sido devastada y reducida á cenizas por un corsario francés.

La historia de Cuba ofrece desde aquella época muy corto y reducido interés. La mudanza de algunos gobernadores, un insignificante comercio de cabotaje con las Antillas y algunas permutas mas importantes con la metrópoli; tales son los hechos mas sobresalientes de sus anales hasta el momento en que se desarrollaron sus relaciones abrazando todo el continente americano.

La isla de Cuba está situada entre los 19° 48' y los 23° 12' lat. N. y entre los 76° 30' y los 87° 18' lonj. O.; su lonjitud desde el cabo Mayzi al cabo San Antonio, siguiendo la curva mas breve, es de 216 leguas; su mayor anchura de 30, y la menor de siete y un tercio. Su circunferencia total es de 573 leguas, y su configuracion la de un arco algo irregular que se encurva hácia el N.: rodéanla una porcion de islotes como los Jardinillos, los Cayos, los Caimanes, los Pinos, y sus costas son bajas, peligrosas y están llenas de arrecifes.

El territorio de la isla de Cuba es muy llano hasta cosa de la mitad de su estension y está cubierto de formaciones secundarias y terciarias al través de las cuales se abren paso algunas rocas de granito y queiss, de syenito y de eufodito. Las montañas del interior del pais, cuya jeognosia no está bien deslindada, son notables por las situaciones pintorescas é imponentes que presentan á cada momento. Levántase por un lado, á corta distancia de Trinidad, el monte Potrillo encumbrándose hasta la altura de siete mil pies; mas allá se despeña, de lo alto de las cimas de la Sierra de Gloria, el rio Furnicu que va cayendo hácia el mar por cascadas sucesivas de ciento á trescientos pies; á otro lado, en la vertiente de la montaña de San Juan de Letran, se columbran por entre un cortinaje de cocos, un estanque circular formado por las aguas del Guarabo, y junto á él, una cueva cuyas paredes interiores están revestidas de estaláctica brillantes y caprichosas, concreciones multiformes, en donde parece que se ha filtrado la misma roca formando columnas, conos, ó pirámides inclinadas; y por último, sobre todo aquel montuoso conjunto descuella la Sierra-Maestra, cordillera principal de aquel sistema, que es una sucesion de picachos graníticos, escabrosos y pelados por entre cuyos anchurosos boquerones se descubre el negro verdor de sus sombríos valles.

Del centro de esas montañas salen muchos torrentes anchurosos, aunque de corta estension, enjutos en verano, pero impetuosos en la estacion de las lluvias. Los mas notables son el Rio-Cauto, navegable hasta un trecho de veinte leguas; el Ay, ó Rio de los Negros que nace en la caverna del Sumidero; los riachuelos de Zaruco y de Santa-Cruz en los cuales se embarca la mayor parte del azúcar destinado á Europa.

Apesar de su pobreza en corrientes caudalosas, la isla de Cuba es fecunda y rica en todo jénero de producciones. Críanse en ella el *mammea* (habichuelas de las Antillas), cinco especies de palmeras, el *coiba* de espeso follaje, el elegante *jobo* y la *cecropia peltata*. El palo tinte y las maderas de construccion cubren las vertientes de las cordilleras; allí se presentan festoneados de verdura y de plantas parásitas el acayoiba, el cedro, el ébano, y el acana: una corteza añosa se reviste con el lozano verdor de un pothos; el dólico jigantesco se estiende sobre las raices descarnadas del *jaguey*, y á veces, entre las hendeduras de un tronco resquebrajado del tiempo, abre su cáliz la hermosa flor del *pitcairnia*. En el llano, la liliacea pita crece inmóvil á orillas de un cañaveral de ondulosa superficie; y al lado del *boniato*, de la *yuca* nutritiva, ó del harinoso *nama*, se estienden los tablos del *many colorado*. Animadas aquellas campiñas con tantas riquezas vejetales, no pueden carecer de pobladores armoniosos y matizados. En efecto los pajarillos gorjean posados en las cañas de azúcar que oscilan y zumban al dulce soplo de la brisa; en los sotos, entre las copas de los árboles, revolotean el cardenal moñudo, y el azulejo cuyo color es tan delicado, y hasta en las playas del mar no faltan el íbis rojo y el pelicano de color de rosa (*alcatras*). Mil mariposas ostentan allí sus alas de azul y oro cual volantes iris hasta llegada la noche en que se disipan delante del *cocuyo* ó *elater* que se desprende como un farolillo de entre el verde obscuro de los bosques ó se eleva hácia el cielo como un metéoro luminoso.

Entre muchas otras divisiones que se han establecido en esta isla, la verdadera y la única que se puede recibir para la jeografía moderna,

es la que formó últimamente el gobernador jeneral Vives. Segun ella, se divide la isla en tres distritos, occidental, central y oriental, que se subdividen en secciones ó *partidos*. El capitan jeneral tiene su residencia en la Habana, cabeza del distrito occidental; los otros dos obedecen á un brigadier jeneral.

La Habana es la mas importante de todas las ciudades de Cuba; el aspecto que presenta, mirada de frente, es á la vez portentoso y agradable. Su cintura de fuertes, su fondeadero poblado de lugarejos, las agujas de sus campanarios, los rojizos tejados de las casas, las palmeras penachudas de los jardines, todo parece anunciar un cúmulo de maravillas tan grandiosas, cuanto desconocidas; pero este encanto se debilita al penetrar en la ciudad, bien que sin destruirse del todo. Uno se habitúa poco á poco al olor sofocante del *tasajo* (carne en cecina), á la suciedad de las calles, y á la apariencia muchas veces miserable de las habitaciones. Tiene esta ciudad un muelle, almacenes de depósito, un movimiento comercial que muchas de las nuestras pudieran envidiar; *alamedas*, paseos deliciosos á los que toda la sociedad elegante sale á respirar las brisas de la tarde; teatros frecuentados; edificios suntuosos y muy bien construidos, como la aduana, la casa de correos, el palacio del gobernador, la fábrica en que se elaboran esos cigarros tan decantados; viviendas fastuosas, y entre otras la del conde de Ferrandina, cuyo coste no baja de seis millones de reales. Se citan ademas muchas instituciones útiles, muchos establecimientos científicos y literarios, cursos especiales para los diversos ramos del saber humano, un museo, una biblioteca, un jardin botánico y varias escuelas lancasterianas.

La poblacion de la Habana en el último empadronamiento ascendia á 112.000 habitantes, inclusos 23.000 esclavos. El número de los carruajes entre particulares y de alquiler ascendia á 2.700: el término medio anual de sus importaciones era de doce millones de duros; el de sus esportaciones llegaba á nueve millones. En la propia época (1827), el movimiento del puerto daba por resultado una entrada de 1.053 buques cuyo arqueo era de 170.000 toneladas, y una salida de 916 buques, de cabida 140.700 toneladas. De entonces acá, todas estas sumas habrán debido subir mucho mas todavía.

Despues de la Habana, insiguiendo el órden de la categoría mercantil, la ciudad de mas importancia es *Matanzas*: la etimolojía de ese nombre se atribuye á una grande mortandad de negros que diz tuvo lugar en unas cuevas que hay en sus inmediaciones. Situada Matanzas en la costa de la isla, á veinte y dos leguas de la Habana, forma el centro de un gran tráfico de azúcar, y esto hace que siendo insignificante sesenta años atras, cuente ahora una poblacion de 22.000 almas, una manufactura de tabaco muy acreditada, paseos públicos de naranjos y limoneros, hermosas casas, almacenes de depósito y algunas iglesias muy bien construidas. Las dos únicas ciudades que puedan citarse despues de la Habana y de Matanzas, son Puerto Príncipe y Santiago de Cuba. La primera es miserable y malsana, apesar de sus 49.000 almas; y la otra, que es la antigua capital y aun en la actualidad la metrópoli relijiosa de la isla, vé reducida su poblacion á 27.000 habitantes.

Si en vista de estos detalles de localidades, damos una ojeada en globo sobre el total, fácilmente reconocerémos que de todas las Antillas la isla de Cuba es la sola que se halla en estado de progresion y de ascendiente prosperidad; y sin embargo ese nuevo auje tan rápido y tan brillante apenas data del año 1763. Antes de esta fecha no tenia mas que 40.000 habitantes, y en 1827 contaba hasta 704.487, divididos de esta suerte: blancos, 311.051; mulatos libres, 57.514; negros libres, 48.980; mulatos y negros esclavos, 286.942: así pues, la isla de Cuba cuenta 261 habitantes por cada legua cuadrada, y la poblacion libre está en proporcion de la esclava como 145 á 1.

Las causas de este aumento son muchas y diversas. No sabrémos decir cual seria el estado de la isla al poner el pie en ella Cristóbal Colon, pero parece un hecho incontestable que al cabo de medio siglo ya no quedaba vestijio alguno de las razas indíjenas. Desde el año 1523 la corte de Madrid autorizó la introduccion de operarios negros que formaron el primer nucleo de la poblacion esclava; estas importaciones de hombres y la llegada de nuevos colonos poblaron nuevamente la isla de Cuba, pero de una manera lenta y que solo fué verificándose con el progreso de los años. La toma de la Jamaica por los Ingleses en 1655 llevó á Cuba nuevos emigrados españoles: la cesion de la Florida de resultas de la paz de 1763, la de Santo Domingo en 1795, y la de Nueva Orleans en 1803; la emancipacion gradual, la revuelta de las colonias españolas en el continente americano, todo contribuyó á formar de esta isla el último asilo de los criollos espulsados, haciendo en ella un prodijioso número de familias europeas, convertidas ya en americanas por razon de su dilatada permanencia en aquellas suaves latitudes. Si á todas esas causas políticas se agregan las muchas proporciones comerciales, las franquicias bien entendidas y otorgadas con sazon; el libre tráfico de esclavos, el considerable incremento del cultivo de azúcar, se hará mas concebible esa prosperidad reciente y casi repentina.

En los primeros dias de la conquista, los Es-

pañoles no pidieron á Cuba mas que oro, y cuando vieron que ya estaba agotado, la abandonaron para ir á buscarle á Méjico y al Perú. Vióse empero mas adelante que no era el oro la verdadera riqueza de aquel suelo: transportáronse nuestros ganados, naturalizaron en él nuestros cereales, y el año 1580 empezóse á ensayar el plantío del tabaco y del azúcar, aunque con escesiva desconfianza: hoy dia esos artículos son la base de su agricultura y de su comercio, minas fecundas é inagotables, mas ricas que las del Perú.

Hé ahí pues los principales arbitrios de la isla de Cuba; el azúcar, el tabaco y el café. La cultura de la caña de azúcar data de la catástrofe de Santo Domingo, la cual fué causa que fueran á refujiarse á aquel territorio un gran número de colonos franceses. Desde entonces la mejora en las operaciones, el empleo de la *pelleja* ó residuo de la caña como combustible, la construccion mas perfeccionada de los hornos, el adelanto en los aparatos y el mayor conocimiento de los terrenos, han contribuido de por junto á mejorar y aumentar productos de un jénero tan precioso. En 1760 se esportaban en la Habana 13.000 cajas de azúcar, y en 1827 se enviaban al estranjero 367.000 cajas, producto de mil injenios. El aumento deberá haber continuado desde la última fecha.

La propagacion del cultivo del café data igualmente de las emigraciones de Santo Domingo. A principios del siglo pasado este arbusto aun no era conocido en las Antillas, cuando Declieu, nombrado teniente de rey en la Martínica en el año de 1723, llevó allá una planta de las que S. M. holandesa habia regalado á Luis XIV. Habiendo faltado el agua durante la travesía, Declieu se vió precisado á regar el arbusto con una parte de su racion; de este modo pudo salvarlo, lo plantó en su jardin y distribuyó renuevos y enjertos á los principales propietarios. De la Martínica se estendió el café á todas las Antillas; en el año 1800 se contaban en cuba 80 caferos, en 1826 llegaban á 2.067. Quizés en el dia debiera rebajarse algun tanto ese número.

El cultivo del tabaco, por el contrario, habria sido susceptible de nuevos progresos y de nuevos descubrimientos, si el monopolio no hubiese por mucho tiempo opuesto un dique á su completo desarrollo. Este monopolio, si bien abolido en 1817, ha sido reemplazado por unos derechos ecsorbitantes que no determinan resultados menos funestos; y así es que agravado el comercio de tabaco con semejantes impuestos, se halla casi circunscrito entre los defraudadores, con notable menoscabo de la jurisdiccion fiscal y de la tasa estadística.

Fácilmente se deja concebir que en medio de esta progresion agrícola y comercial, la isla de Cuba habrá visto subir paulatinamente y en una proporcion análoga la suma de sus rentas. De aquí se colije como mientras las demas posesiones coloniales son onerosas á sus respectivas metrópolis, se administra y gobierna Cuba por sí misma, y aun se halla en estado de pagar á la España por diversos títulos un presupuesto de sesenta millones sobre sus rentas. El total de ellas se elevaba en 1827 á 179,560.000 de reales, y la Habana sola producia mas de la mitad: con el escedente mantiene Cuba un estado militar respetable, dá sueldo á doce mil hombres de tropas y á un personal de marina distribuido entre catorce embarcaciones de guerra; ensancha y mejora sus fortificaciones, sus caminos, canteras, máquinas hidráulicas, y se paga la policía y la administracion.

CAPÍTULO III.

HAÏTI. — PUERTO PRÍNCIPE. — LOS CAYOS.

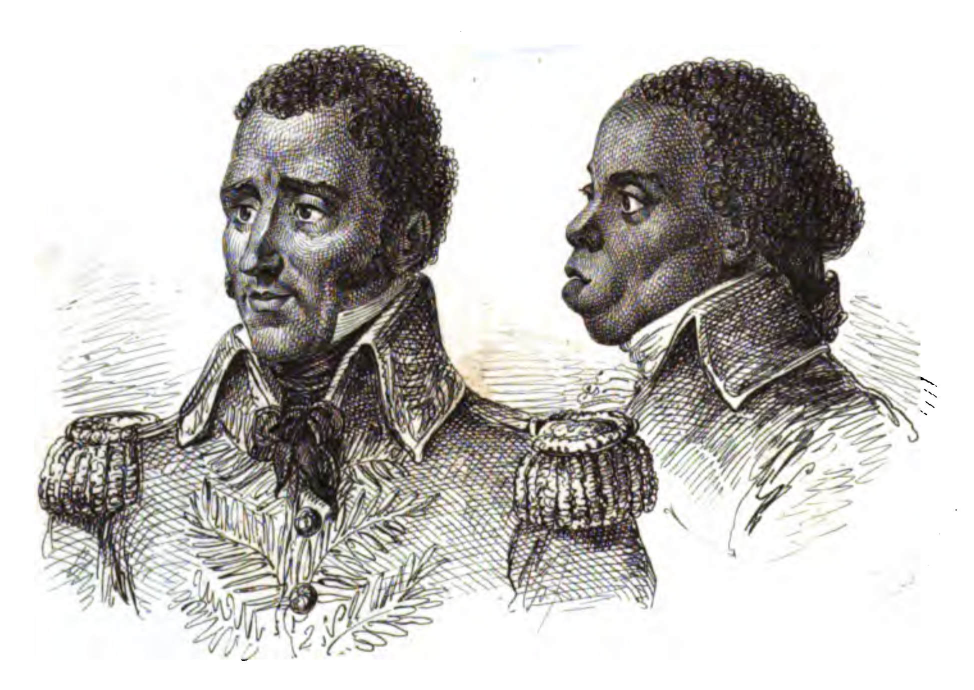
A 26 de mayo de 1826 salí de la Habana en la pequeña goleta que debia conducirme á Haïti; en el acto de partir hubo todo lo de tales casos, abrazos, lágrimas y promesas de volvernos á ver. El cariño de mi familia habanera se manifestaba en cuantos objetos me rodeaban; su solicitud me habia atestado de baúles y de cajas llenas de chismes para mi uso, junto con una magnífica cartera en que habia letras de cambio y buenas cartas de recomendacion, que no pude menos de aceptar, porque hubiera sido un desaire para mis parientes el rehusarlas.

Despues de dos dias de navegacion costanera, entró nuestra goleta en la bahía de Puerto Príncipe, capital de la nueva república haitiana. A medida que adelantábamos pudímos ecsaminar á toda anchura toda aquella costa desde Arcahai hasta la capital. Es un pais bien degradado, que remata en el confin del horizonte en magníficas cordilleras de montañas; pero ni una alma viviente se veia en la playa, ni una lancha de pescar en la bahía, todo se presentaba desierto y desolado. Si algun miserable tugurio asomaba de vez en cuando, era tal su apariencia de miseria y de abandono, que uno sentia oprimírsele el corazon y sucumbia á los sentimientos de tristeza que no podia dejar de inspirar tan melancólico espectáculo.

Bajo estas desagradables impresiones avistamos la ciudad de Puerto Príncipe. Observada de cerca, no es tan pintoresca como parece á cierta distancia: cortada á ángulos rectos, se presenta irregular en su misma regularidad, de modo que en su conjunto Puerto Príncipe se parece no poco á un campamento de Tártaros; la campiña sobretodo ofrece el verdadero aspecto



3. La Victoire autrefois Grand-Pré (Haïti.)
3. La Victoria, antiguamente Grand-Pré (Haiti.)



4. Boyer, Président de la République de Haïti. *5. Toussaint-Louverture.*
4. Boyer, Presidente de la República de Haiti. 5. Toussaint-Louverture.

de la mas salvaje vejetacion. Parece una de aquellas tierras vírjenes que aun no han sido fecundizadas por la mano del hombre; una isla del mar del Sur con su mescolanza de árboles y de arbustos raquíticos, altos y delgados. Por un singular contraste las vertientes de las colinas que se inclinan hácia la ciudad están sembradas de casitas blancas y coquetillas que sirven de habitacion á los mas ricos comerciantes de Puerto Príncipe, y entre ellas es particularmente notable la vivienda *de Letor*, propia en otro tiempo de un opulento Francés, y que despues pasó al poder de una hija del presidente Pétion. Esta ciudad parece muy bien fortificada por la parte del mar; los fuertes de *Belair* y de *Alejandro*, y algunas baterías colocadas en un pequeño islote defienden la embocadura de la costa dominando juntamente toda la rada.

El dia siguiente, 29 de mayo, una lancha de alquiler me condujo al muelle en donde ya habia algunos aduaneros que estaban á la mira; y luego de haber sufrido el ecsámen ordinario, abríme paso por entre una turba de negros que ocupaban todo aquel sitio. Haïti no es un pais como el de Cuba, en donde la poblacion blanca está en contrapeso con la de color; es un estado puramente de negros y de mulatos en que los Europeos son una rareza y una particularidad. Hallaránse por ejemplo en los puertos algunos negociantes, algunos mancebos venidos espresamente de Europa, equipajes de embarcaciones inglesas, españolas, francesas, americanas ú holandesas, pero en el interior no se ven mas que negros ó mulatos.

Tenia en mi poder una carta para la casa de comercio de los SS. Lallemand hermanos; me hice pues acompañar á ella. Por el camino me enseñaron sucesivamente el cenotafio de Pétion y un tablado de madera, que es una especie de tribuna desde la cual el presidente arenga alguna vez á las tropas; está cobijada por una magnífica palmera real, y conserva aun en el dia el nombre de *Altar de la Patria*. Algo mas léjos aparecia el palacio del presidente, antigua residencia del gobernador colonial, que es un vasto edificio adornado con una gradería por la cual se sube á las salas de audiencia. El dia siguiente, acompañado de uno de los SS. Lallemand, tuve lugar de ecsaminarle mas á mi sabor. Boyer moraba en él á la sazon y nos recibió con sumo agasajo. El presidente Boyer es un mulato de pequeña estatura, pero de mirar penetrante y espresivo; por lo demas, sujeto muy cortés, de modales caballerosos y distinguidos (Pl. I. — 4). Los salones del palacio me parecieron bien adornados en jeneral; los mas principales contenian lujosos muebles de Europa, esculturas en bronce y espejos de mucho valor. En una de las piezas figuraban los retratos de los jefes de la revolucion haitiana: Pétion, Cristóbal, Toussaint, Biassou, Juan Francisco, todos negros ó mulatos. De estos retratos que estaban pésimamente ejecutados, bien que puestos en ricos marcos, solo uno me chocó; fué el de Toussaint Louverture con aquella fisonomía negra de un tipo tan africano, y aquellos ojos vivarachos y sanguinolentos llenos de una espresion tan profunda y característica (Pl. 1. — 5). Aquel era el Toussaint, el Espartaco negro que de simple esclavo habia ascendido á jeneral; aquel Toussaint cuya vida contaba tan bellas pájinas, aquel negro rebelado, á quien no se desdeñó de escribir el mismo Napoleon, y á quien se reputó enemigo bastante poderoso para dejarle morir en un calabozo de la fortaleza de Jour!

La semana que subsiguió al dia de mi arribo, fué empleada absolutamente en hacer un reconocimiento ecsacto de la ciudad y de sus alrededores. Las casas de Puerto Príncipe de madera casi todas y altas de dos pisos lo mas, tienen una triste é infeliz apariencia; sin embargo esta especie de construccion habia sido adoptada por los Franceses como una garantía contra los fatales efectos de los terremotos. En punto á edificios públicos no hay de notable mas que el palacio: el arsenal que se incendió en 1827, las cárceles, la casa de la moneda, el hospital militar y el liceo, son construcciones sumamente insignificantes. La iglesia, aunque poco notable de sí, recuerda un hecho histórico que tuvo lugar delante de sus puertas: allí fué desapiadadamente asesinado por los soldados de su propio rejimiento el coronel Mauduit, que llegó á ser sucesivamente el ídolo y el mártir del populacho. Delante de ella se estiende el cementerio en el cual un esclavo dió piadosa sepultura al cadáver de su dueño, y en seguida se hizo saltar la tapa de los sesos.

Como capital de la nueva república de Haïti, la ciudad de Puerto Príncipe sirve de residencia á las primeras autoridades: cuando yo estuve en ella, el funcionario mas eminente era el secretario jeneral Zuginac, quien reunia el doble cargo de secretario de la guerra y de ministro de las relaciones esteriores é interiores, siendo el que refrendaba casi todas las leyes y ordenanzas oficiales. El ministro de hacienda, Imbert, el tesorero jeneral Nauzel, correjidor mayor, dignitario mas bien militar que civil, completaban á poca diferencia el personal de la alta administracion.

La ciudad y el fuerte de Biroton, situados en la carrera de Leógane, contiene fuertes guarniciones de tropas regulares, las cuales se hallan sujetas á un servicio riguroso y constante. Las avenidas están custodiadas por diferentes cuerpos de guardia, y los numerosos centinelas

colocados de intérvalo en intérvalo, parecen encargados de hacer respetar una consigna: la mayor parte de esos apostaderos están provistos de sillas para el centinela y de hamacas para los restantes soldados. Dos entre otros hube de notar junto á la puerta de Leógane, que acababan su faccion sentados negligentemente con el arma entre las piernas y el cigarro en la boca; de repente esta posicion dejada y letárjica cesaba cuando acaecia pasar algun jinete corriendo á galope, levantábase entonces el centinela gritando: « Al paso! » (pues es de saber que está vedado correr al trote ó á galope por delante de un apostadero de soldados haitianos); y tras este sacrificio hecho á las ecsijencias de la consigna, volvia el soldado á repantigarse cómodamente en su silla. Nunca reinaba en la guardia una actividad jeneral, sino cuando se trataba de hacer una escursion á los mercados públicos para confiscar las bananas, batatas y demas frutas cuya venta se aventuraba clandestinamente en dias no permitidos: entonces la patrulla, para vengar el insulto hecho á la majestad del código rural, echaba valerosamente la uña al cuerpo del delito, y le mandaba servir de complemento á su frugal y ordinario rancho.

Y no se crea que semejante indolencia es especial atributo de la soldadesca, pues constituye uno de los rasgos mas característicos del pueblo de Haïti: esa languidez que no es reposo, y una espresion singular de apatía, son comunes á todas las clases. La palabra correr tendrá acaso que borrarse algun dia del diccionario de ese pueblo; en Haïti apenas se corre nunca, porque se teme mucho el movimiento y la fatiga: y qué tiene de particular? el estado de reposo bajo un cielo ardiente es el mas fácil y el mas completo de los goces.

En una ciudad como aquella, entorpecida bajo la influencia del sol, únicamente el muelle y los mercados ofrecen algun movimiento y algun ruido. El principal dia de mercado para Puerto Príncipe es el sábado: bajan aquel dia hácia la ciudad de todas las campiñas del contorno bueyes, corderos, gallinas, cerdos, legumbres, frutas de mil especies, pero poco pescado, sin embargo de ser abundante en aquellas costas. La fruta mas comun en tales mercados es la de las especies intertropicales, con todo de vez en cuando se presentan algunas variedades de Europa como albérchigos, uvas, peras; pero habidas á mucha costa, y la mayor parte de un gusto detestable. El precio de los artículos para el sustento y en especial de los que forman la base de los manjares del pueblo, no es ecsorbitante ni variable, pero en cambio los objetos de puro lujo están escesivamente caros. Los jéneros de Europa, los vinos delicados, la carne y el pescado mas fino, hallan siempre licitadores que se los disputan; los precios de los alquileres sobretodo, se elevan á unas sumas ruinosas: no es raro ver pedir 300.000 rs. anuales por una casa sin amueblar; por 80.000 rs. se encuentra una pobrísima habitacion.

Encajado Puerto Príncipe en el centro de una bahía profunda y rodeado de llanuras pantanosas, no es una residencia harto salubre; á mas de que la brisa del mar, que es el principal ajente de sanidad en aquellos climas, no puede jugar libremente sobre aquella ciudad, pues se quiebra en la isla de Gonava, tierra avanzada que proteje el puerto. La residencia es por consiguiente malsana, peligrosa y muchas veces mortal para los Europeos: la fiebre diezma á los viajeros, y de las diez personas que se establecen en el pais, es raro que deje con vida á la mitad.

La poblacion de Puerto Príncipe se compone de un corto número de negociantes estranjeros, y de ciudadanos de la república haitiana, indíjenas ó naturalizados. Divídense estos ciudadanos en tres clases: blancos, que son muy pocos, mulatos de todos matices, y negros. Los derechos cívicos no se ejercen con igualdad por las tres categorías; los mulatos y los negros se han reservado á su favor algunos privilejios, con esclusion de los blancos. En virtud del artículo 34 de la Constitucion, todo Indio ú Africano, todo hombre de sangre negra ó de sangre mezclada, que hubiere residido en Haïti por el espacio de doce meses, es declarado ciudadano, con facultad de ser dueño, propietario, diputado, ministro ó miembro del gobierno; el blanco por el contrario, solo con suma dificultad llega á adquirir carta de naturaleza, y aun en semejante caso, hállase atajado por el artículo 38 de la Constitucion que dice: « Ningun blanco, de cualquiera nacion que sea, podrá poner el pie en ese territorio á título de dueño ó de propietario. » Es preciso añadir sin embargo que esta esclusion injuriosa habia sido altamente desaprobada por Cristóbal, y que Vasti en sus *Reflecsiones políticas* proponia que las palabras *ningun blanco*, fuesen enmendadas con las de *ningun Francés*.

Bien es verdad que si la ley constitucional ha estipulado una esclusion, las prácticas sociales la dejan completamente sin efecto, pues en ninguna parte reina una igualdad mas caracterizada ni mas completa: á la cabeza del estado se halla el presidente, tras él siguen los oficiales militares y civiles; pero de esta jerarquía de poderes abajo, no ecsiste distincion alguna entre los ciudadanos, no hay clase alta, ni media, ni proletaria. Empleos y dinero, dinero sobretodo; hé aquí lo que puede constituir allí una especie de aristocracia, y aun los hombres ricos y

poderosos no desdeñan rozarse con los hombres del pueblo sin temor de quedar comprometidos. Varias veces han intentado los mulatos reconstituir el privilejio de la piel en detrimento de los negros, pero otras tantas la memoria de una revolucion reciente ha hecho abortar estas intentonas de usurpacion. Lindo desenlace hubiera sido para una guerra de independencia hecha por y en pro de los negros el que los mulatos hubiesen logrado subrogarse á los blancos en sus derechos dominicales sobre el pais!

Apesar de todo lo dicho, la ciudad de Puerto Príncipe es una morada bastante divertida: se hacen visitas, y se observan las leyes de la etiqueta. Las meriendas y las comilonas sirven á la vez de distraccion y de vínculo de confraternidad, y en ellas hay tal lujo de vinos y manjares apetitosos, que raya en demasía, particularmente en la sociedad de los comerciantes estranjeros. Si mi permanencia en aquella ciudad se hubiese prolongado algo mas, estoy cierto de que habria llegado á rebentar, á consecuencia de los opíparos banquetes á que se me invitaba todos los dias y de los cuales me era imposible zafarme. Mis huéspedes me llevaron tambien de baile en baile, de concierto en concierto: fuí presentado en las reuniones de los cónsules francés, inglés y americano, fuí introducido en los salones de los comerciantes mas arraigados y de mas nota, pero nada observé en todo esto de particular: lo mismo ví allí que en Europa, con la sola diferencia de que se hacia algo peor. Las danzas de los indíjenas tenian ya un carácter mas marcado y mas especial.

Entre otros ví uno que daba un Haitiano ricachon, negro indíjena, para celebrar el casamiento de su hija. La asamblea se componia casi en su totalidad de negros y mulatos de ambos secsos: los hombres iban mas ó menos caprichosamente vestidos, unos no llevaban mas que chupa, otros iban con casaca; las hembras ostentaban á porfía un lujo brillante de vestidos de raso, adornos de coral y perlas, blondas y encajes del mejor gusto; y en punto á tocador, como hubiera sido difícil dar una forma conveniente á unas cabelleras naturalmente crespas y embrolladas, la mayor parte de las bailarinas llevaba á la cabeza elegantes madrás anudados con suma coqueteria. El resto del bello secso que asistia al baile con intencion de hacer labor de tapicería, llevaba la frente ceñida con una especie de turbantes blancos, turbantes sagrados que eran como banderas de armisticio, que los caballeros guardaban relijiosamente, dejando en paz sobre sus sillas á las damas que enarbolaban esta señal de *statu quo*.

Componíase la danza de parejas enlazadas con una especie de zagalejo que llamaban *la carabinera*. Ese era el baile nacional, importacion francesa sin duda, que ha permanecido entre las costumbres de los indíjenas como gran porcion de muchas otras. Las mujeres en jeneral bailan á compás y casi siempre con gracia; los hombres tambien, aunque mas torpes y desgairados, no salian mal airosos del empeño. Lo que habia realmente de detestable en aquella funcion, era la orquesta, formada de tres clarinetes cascados y de algunas cornetas. Los refrescos, bien que un poco groseros, eran servidos con una prodigalidad que solo se limitaba por la pobreza de vasos; orchatas, jarabes, limonadas y rom formaban su base: ademas habia para los hombres una mesa provista de carne salada y de botellas de vino.

Tales son los bailes de la ciudad, muy elegantes ya por su estilo, pero guardan todavía algun resabio de las antiguas tradiciones criollas; los campestres, al contrario, conservan en todo su vigor su orijen primitivo y africano de modo que aun se bailan el *congo* y la *chega* de los esclavos. Estos bailes tienen lugar en unas cabañas cuyo techo es las ramas de algun árbol; el músico, vestido de una manera fantástica, se pone de cuclillas en un rincon delante de un tambor descomunal que toca lentamente al principio, y luego va redoblando con una celeridad cada vez mayor, los danzantes siguen la misma progresion en sus pasos y figuras.

Las tierras de los alrededores de Puerto Príncipe se repartieron entre una porcion de pequeños propietarios, que cosechan en ellas legumbres y forraje y crian al mismo tiempo algunas aves caseras. Pocos hay entre ellos que piensen en engrandecer sus fincas, pues mientras les den con que pasar y con que procurarse algunos vasos de rom, poco les hace todo lo demas; una fortuna adquirida al precio de una ecsistencia activa seria sobrado cara: qué tesoro pudiera equivaler á la felicidad de no hacer nada ó de hacer poca cosa! En vano los jefes del estado han tratado varias veces de combatir la apatía de caractéres tan indolentes; pues nada han podido contra un vicio que está inoculado en la sangre, ni los premios señalados á la laboriosidad, ni los castigos impuestos á la desidia. Se ha formado un código rural, pero los oficiales encargados de hacerlo ejecutar son los primeros que lo infrinjen, y lo mismo sucede con los demas ramos del servicio público. Las cámaras dan leyes bastante sabias que abortan entre las manos de ajentes subalternos: así se vió cuando al tratarse de reprimir el furor por el baile que absorve todas las facultades de aquel pueblo, se limitó el número de los dias en que está permitida esta diversion; y qué resultó de ahí? el mismo jefe de policía daba bailes en contravencion á la

ley, abria un garito en su casa, y como para acumular el ejemplo de todos los vicios, mantenia abiertamente un serrallo de seis mujeres. Qué pueblo prestará obediencia á semejantes autoridades?

Puesta en tan neglijentes manos, la campiña de Haïti ofrece el triste y silvestre aspecto de una tierra erial. La caña de azúcar que constituia la principal riqueza de aquella colonia, ha desaparecido casi enteramente, y ya no queda mas que el café que fructifica en grande cantidad, pero en calidad mediana. Llanuras inmensas cultivadaas antigumente, están ahora pobladas de selvas de campeches y de acacias tan vigorosas y robustas que parecen bosques seculares.

Insiguiendo los consejos del señor Lallemand, permanecí poco tiempo en Puerto Príncipe, en donde á buen seguro no me hubiera librado de la fiebre, y por lo mismo empleé el tiempo en recorrer el contorno. Por todas partes fuí acojido con la mas cordial hospitalidad, en la vivienda de Letor, en casa de M. Yuginao, propietario de *Mon-Repos*, en la casa de campo de M. Drouillard, antiguo cuartel de verano de Cristóbal, luego en la *Boca-Blanca;* por fin en la habitacion de los SS. Nau y Lere-bours, me agasajaron á porfía, y se empeñaron en darme la mejor idea de la cortesanía haitiana. Los colonos que acabo de enumerar son otros de los que quisieran cimentar la prosperidad del nuevo estado en el trabajo agrícola, y hoy en dia se esfuerzan en enseñar la práctica despues de haber preconizado por largo tiempo la teoría.

Haria como diez dias que andaba recojiendo estos rápidos apuntes por la ciudad y fuera de ella, cuando cierto negocio comercial obligó á uno de mis huéspedes á salir para el Cabo de Haïti, á cuyo efecto estaba ya preparado un barco costeño. Bien puede pensarse que yo no malograria tal oportunidad para completar mis documentos sobre Haïti, y así nos embarcamos el 10 de junio y el 14 llegamos al Cabo. Durante la travesía vimos la pequeña ciudad de *Gonaiva*, capital de la Artibonita, el cabo de *San Nicolás del muelle*, obra militar fortificada sucesivamente por los Franceses y los Ingleses, y desmantelada en el dia, no conservando mas que el cañon indispensable para contestar á los saludos de las embarcaciones de guerra. Vimos tambien y costeamos la isla de *la Tortuga*, tan célebre en la historia de las Antillas por ser la guarida de aquellos osados bucaneros que reinaron por tanto tiempo en mares americanos.

La ciudad denominada actualmente Cabo de Haïti ha mudado muchas veces de nombre, llamándose consecutivamente *Cabo Santo*, *Cabo Francés*, *Cabo Republicano* y *Cabo Enrique;* dásela tambien el simple nombre jenérico de *el Cabo*. El Cabo pues está construido al pie de un recodo que le pone al abrigo de los vientos del N. y del S. La rada que corre N. y O. está formada por una lengua de tierra que se prolonga hácia el monte. En el centro de esta bahía se halla situado el villorio llamado de la *Pequeña Ensenada;* su entrada es difícil, pero hay un buen fondeadero. La ciudad del Cabo es grande, graciosa y de mas apariencia que Puerto Príncipe; las calles son anchas y bien empedradas, tiene plazas espaciosas, mercados cómodos y fuentes en abundancia. Las fortificaciones respetables ya bajo la dominacion francesa, han sido aumentadas sucesivamente por Toussaint, Dessalines y Cristóbal: el arsenal, construido en tiempo de Luis XIV, conserva todavía como un dato histórico las iniciales de este príncipe esculpidas en las puertas y en los postigos de las ventanas. La iglesia, bastante bonita en otro tiempo, se convierte ahora en ruinas, debiendo decirse lo mismo de un antiguo colejio de los jesuitas, del teatro y del palacio del gobierno. En suma, la ciudad del Cabo, como es fácil de colejir, fué en su apojeo la mas deleitosa residencia del archipiélago occidental; pero las ruinas que atestiguan este esplendor y esta grandeza pasada, dañan á la vista y aflijen con su aspecto de desamparo. Conócese que el hierro y el fuego han pasado por allí: la mayor parte de las habitaciones están desiertas y arruinadas; la yerba crece al pie de las mas hermosas y á veces hasta un árbol se lanza por cima de sus paredes desmoronadas, como para dar testimonio de la enerjía siempre activa de la naturaleza en medio de una civilizacion dormida ó moribunda.

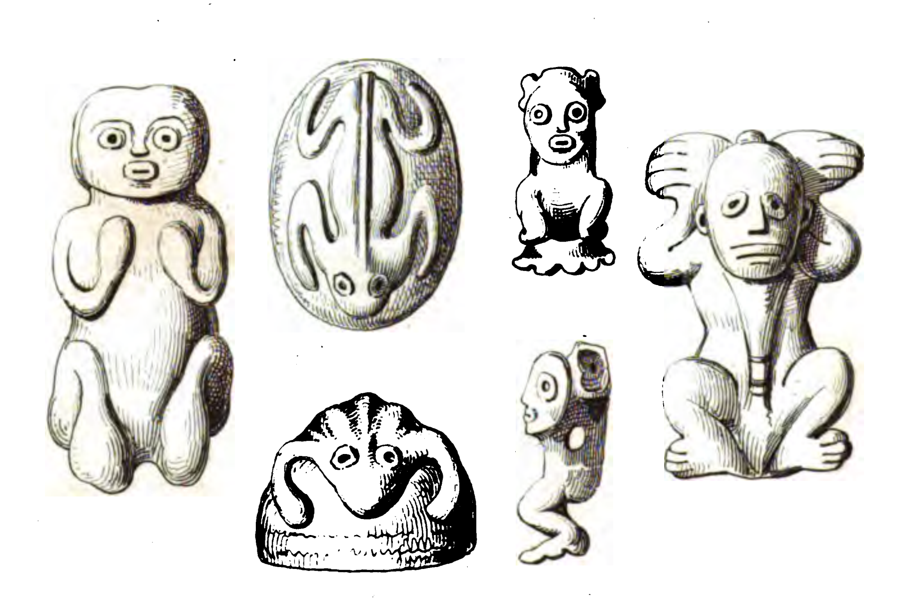
Por lo demás, la ciudad del Cabo ha sido desgraciada en todas épocas. Antes de la revolucion de Haïti fué presa de varios incendios, y despues de ella han vuelto á devorarla otros dos, y en verdad ese es un fatalismo que no puede atribuirse á causas políticas, puesto que le vemos reproducido bajo el nuevo réjimen. La poblacion de la ciudad se compone á poca diferencia de los mismos elementos que la de Puerto Príncipe; no obstante las tradiciones de cordialidad, de hidalguía y de finura parecen mas fuertes en el Cabo que en las otras localidades de Haïti.

Poco interés presentara mi mansion en el Cabo sino hubiese sido amenizada con una escursion semi-histórica y semi-campestre á las ruinas de Sans-Souá ó *Millot*, última residencia de Cristóbal. Como debíamos visitar al mismo tiempo la ciudadela *Enrique* ó *La Ferrière* á tres leguas de distancia de Sans-Souci, se vino con nosotros para acompañarnos y servirnos al propio tiempo de guia, un capitan de estado ma-



1. Vue de S.t Pierre (Martinique.)

1 Vista de San Pedro (Martinica)



2. Antiquités des Antilles.

2. Antigüedades de las Antillas.

yor del jeneral Manguy, sujeto de amable trato y muy entendido, al cual se agregaron algunos Europeos y entre otros un tal Johnson, natural de Escocia, que me pareció naturalista y arqueólogo distinguido. Ese mismo, habiendo hecho dilatadas incursiones al seno de la isla, creyó reconocer en la direccion de Cibao algunas montañas auríferas, y en su consecuencia delató al gobierno de Haïti aquel tesoro de riquezas imprevistas: tratóse sobre la marcha de hacer escavaciones y formáronse mil proyectos que fueron abandonados casi al mismo tiempo: con todo eso el Sr. Johnson persistia en creer que una esplotacion de minas seria practicable y fructuosa en Haïti. Nadie habia estudiado tan á fondo como él la jeolojía de aquella comarca y parecia estar muy al corriente de su situacion antigua y moderna: su gabinete era rico en objetos curiosos y en antigüedades recojidas por el pais; entre otras noté figuritas de hombres y de animales de piedra cincelada, análogas á las que se encontraron en Santo Domingo por el año de 1720, cuyo dibujo ecsiste en la biblioteca real de Paris (Pl. II. — 2).

Ofrecióse pues el Sr. Johnson á ser de la comitiva en nuestra escursion á Sans-Souci, y su compañía fué para mí una dicha y una fortuna; el oficial negro y dos criollos completaron la caravana, y salímos á las cinco de la madrugada. Sans-Souci está situado en el confin del llano del N., en el distrito de Limonada, distrito cuya posesion valió al jeneral Prevost el título de duque de la Limonada.

El camino del castillo era regular, ancho, adornábalo con una calle de hermosos árboles y estaba rodeado de campos y de plantaciones bastante descuidadas. De vez en cuando sin embargo ofrecíanse á la vista algunas habitaciones mas vastas, mas fértiles y mejor acondicionadas que las otras, y en particular la de *la Victoria*, llamada antes *Grand-Pré*, se distinguia por el número de sus construcciones y por su pintoresca posicion al pie de una loma y á orillas de un arroyuelo (Pl. I. — 3).

Aun era de mañana cuando llegamos al pueblo de *Millot* que se estiende al pie de la real residencia, desde cuyo punto de vista se abarcaba todo el conjunto del palacio, con su disposicion desconcertada é irregular, su profusion de ventanas y aberturas, su empinada gradería, sus apéndices y su doble círculo de paredes; todo de un blanco mate que hacia parecer al edificio, mirado desde abajo, como recostado sobre el verde opaco de los matorrales de la alta montaña al pie de la cual se eleva el sitio de *Sans-Souci*. Su aspecto jeneral me pareció triste y ominoso como si revelase en su fróntis la lúgubre y sangrienta historia que se verificó dentro del mismo recinto. Allí reinó Cristóbal y allí abdicó con un suicidio. La sublevacion del distrito de San Márcos, la defeccion de las tropas enviadas para apaciguarle, y para colmo de desgracia la toma de la capital, sobrecojieron de improviso al rey que adolecia ya de una paralisis parcial: si hubiese podido montar á caballo quizás le favoreciera la suerte de las armas; pero por mas que se esforzó en cobrar algun vigor por medio de estimulantes, sus fuerzas le engañaron. En fin, por último recurso partió la flor del ejército á las órdenes del príncipe Joaquin, y este en lugar de batirse se pasó al enemigo.... entonces Cristóbal (*Enrique I*) viéndose de todos abandonado, prefirió matarse á caer entre las manos de los amotinados.

Vímos la estancia en donde tuvo lugar esta catástrofe el dia 10 de octubre de 1820. El coronel Belair, comandante del alcázar, que se hizo nuestro *cicerone*, nos la refirió con todos sus detalles, añadiendo una porcion de episodios sobre la vida del rey suicida.

Cristóbal era tirano por gusto y cruel por naturaleza; á no ser rey se hubiera hecho verdugo. Un dia que sorprendió á uno de sus criados en el acto de robar un pedazo de tasajo le hizo tender de cara al suelo en medio de la cocina, y mandó azotarle hasta dejarle muerto; en vano se le suplicó, pues se mantuvo inflecsible complaciéndose en ver espirar al infeliz.

Disoluto y borracho, hacia ir á su casa y obligaba tomar parte en sus saturnales á todas las señoras del Cabo, cada cual por su órden. ¡Ay del que osaba resistir! en tal caso la cuerda, el veneno y el puñal eran instrumentos propios para su venganza. Así se desembarazó sucesivamente de dos arzobispos y del ajente francés de Medina.

A veces sin embargo, cuando se encontraba de buen humor se inclinaba á olvidar y á perdonar. Cierto dia hizo comparecer en su presencia á un capitan americano que habia infrinjido alguna ley comercial, y si bien sabia perfectamente el inglés, le hizo interrogar por un intérprete para de este modo dar lugar á la reflecsion. Incomodado de verse así interpelar y amonestar, el capitan americano se atrevió á murmurar entre dientes, no creyendo que su juez pudiese comprenderle. «¡Oh! si yo te tuviese en Charleston!» — Pues bien, replicó Cristóbal, qué precio sacarías de mí? Cuanto darian en Charleston por un rey negro?» Al oir tan directo apóstrofe, creyóse perdido el Americano, pero por fortuna hallábase el rey en uno de sus buenos dias y perdonó y despidió al capitan.

Contábanos esos detalles y anécdotas el coronel que desempeñaba á la vez las funciones de historiógrafo y de oficioso *cicerone*. Merced á él lo huroneamos todo con conocimiento de causa,

recorrimos el jardin plantado de frutales y animado por murmuradoras aguas; vimos el árbol á cuya sombra en los dias de primavera solia solazarse Cristóbal cuando madrugaba. Veíanse en la cochera carrozas rejias, sucias y llenas de polvo: en una palabra, todo, así muebles como edificios, se hallaba en el estado mas lastimoso; el pueblo mismo, en el cual la nobleza de Haïti se habia hecho construir algunas viviendas estaba arruinándose y la iglesia con su cúpula amenazaba por momentos desplomarse sobre las cabezas de los fieles: esta jeneral decadencia traia á la memoria un pasado poderío. Al acabar el desayuno salimos de Sans-Souci y continuamos nuestra ruta hácia *La Ferrière*, ó por otro nombre la Ciudadela. Tuvimos cuatro horas de subida por un sendero pedregoso y rodeado de precipicios, descubriéndose por último en la cumbre de una elevada cordillera *La Ferrière* que servia á Cristóbal de castillo como Sans-Souci de palacio. Cuando llegamos al pie de sus bastiones, nos hallamos con que no podíamos entrar en él y en vano insistimos, pues no solo probibia su acceso una rigurosa consigna, sino que luego que nos vieron salió de la caserna un piquete de soldados para acechar todos nuestros movimientos. Una observacion barométrica, la medida de una altura, parecian cosas sospechosas á los individuos de la patrulla, de modo que nos fué preciso renunciar á ellas y contentarnos con un ecsámen superficial. Tenia el castillo tres series de cañones, gruesas murallas, y alojamientos interiores para una numerosa guarnicion. Nuestro guia nos habló de un suntuoso mausoleo donde yacen los despojos del rey Cristóbal; pero no nos fué posible penetrar hasta él, como llevo dicho.

La memoria de este rey era en La Ferrière mucho mas viva que en Sans-Souci. En nuestra presencia enumeraron las fuerzas inmensas que habia podido juntar; su parque de cuatrocientas piezas de artillería llevadas todas á fuerza de brazos, y las sumas prodijiosas de oro y plata que se hallaban escondidas, las cuales segun unos, ascendian á cuatrocientos millones, y segun otros, á trescientos, doscientos ó á ciento solamente. A estos hechos esenciales se mezclaban varias anécdotas pueriles. Nos enseñaron una pieza de artillería que, segun los habitantes, disparó Cristóbal en persona contra un hombre que estaba paseándose á nueve millas de distancia, y el que contaba el cuento añadió de buena fé que aquel hombre fué partido de por medio. Semejantes tradiciones manifiestan ostensiblemente hasta que punto habia podido el rey negro alucinar á su ejército; pues sus soldados le creian tan firmemente dotado de un poder sobrenatural, divino ó diabólico, que de ninguna manera se atrevian á desobedecer sus órdenes en lo mas mínimo. La construccion de La Ferrière era la prueba mas inequívoca de esta obediencia enteramente pasiva, por cuanto manifestaba el infinito número de brazos fieles que se debieron necesitar para edificar aquella ciudadela en un sitio donde posaban solamente las águilas, y la suma dificultad de conducir una á una todas aquellas piedras y todos aquellos cañones á través de precipicios y de crestas casi inaccesibles, para levantar un fuerte perpendicular sobre un abismo. Solo el despotismo puede llevar á cabo portentos tan inútiles y costosos!

A alguna distancia de La Ferrière se encuentra el pequeño palacio del *Ramier*, edificado igualmente por Cristóbal. Verdad es que nuestros deseos eran de llegar hasta allí; pero como el dia iba declinando y apenas nos quedaba bastante tiempo para regresar á la ciudad del Cabo, la caravana retrocedió dando espuela á sus caballerías.

El objeto que llevaba yo en ir al Cabo no consistia solamente en ver la ciudad, sino principalmente en buscar una ocasion pronta y segura para pasar á las demas Antillas. Sin embargo como no se habia presentado embarcacion alguna desde mi llegada, y quizás hubiera sido inútil aguardar otras dos ó tres semanas, parecióme que lo mejor seria pasar á Cayes, uno de los puertos mas antiguos y mas florecientes de Haïti. Tomada esta resolucion embarquéme de nuevo en un barco costeño, y á los 27 de mayo llegué á Cayes.

Esta ciudad solo contiene una prolongada hilera de casas tiradas á cordel en la playa, y mas bien dispuestas que las de Puerto Príncipe y del Cabo. Cayes fué fundada en 1720, y en 1793 pasó á ser la capital del estado del Sur donde acamparon algunos negros disidentes bajo las órdenes del jeneral Rigault, hasta que el partido de Toussaint adquirió la superioridad en toda la isla.

A mi llegada á Cayes, la ciudad se hallaba en un estado progresivo de prosperidad y de opulencia. Habíanse establecido en aquel puerto muchas casas de comercio, así estranjeras como indíjenas, que mantenian un gran tráfico con la América ó con la Europa. Léjos de suspenderse esa progresion ascendente, he sabido posteriormente que se habia acrecido y continuado hasta en 1831, año fatal en que la ciudad se vió devastada por un horrible huracan. Era la noche del 12 al 13 de agosto, y despues de un dia bastante tranquilo se levantó un furioso viento que encrespó las aguas del mar, las derramó por las calles hasta cinco pies de altura, derribó las elegantes casas de la playa, arrancó los árboles de cuajo, echó á rodar los tejados, arremolinó las embarcaciones surtas en

la rada y arrojó sus restos á media legua léjos del mar. Horrible temporal que abismó la riqueza de la ciudad naciente! Llaga reciente todavía, y que será larga de cicatrizar! El canciller del cónsul de Francia, M. Letellier, me ha contado posteriormente los espantosos pormenores de aquel desastre, mezclados con algunos episodios dulces y consolatorios, trazándome una viva pintura de la miseria en que yacen sumidos muchos desgraciados que carecen hasta de pan y de asilo, el zelo filantrópico del naturalista Ricort llegado á la ciudad hacia poco, y la actividad y sangre fria del cónsul Cerfbeer, á la sazon titular en Cayes.

La recalada que habia previsto en aquel puerto tuvo lugar casi inmediatamente. A 30 de mayo debia hacerse á la vela para Santo Tomas un bergantin dinamarqués con cuyo capitan hice trato por mi travesía. Estando á punto de partir de Haïti sentia no haber podido recorrer la parte antigua española, si bien menos rica y hermosa, marcada con todo por un tipo distinto, interesante y curioso. Los distritos del E. que la componen no son menos fecundos en campiñas pintorescas que los del O.; en las costas se muestran de trecho en trecho algunas ciudades antiguas é importantes; aquí Santiago edificada en 1504 y asolada recientemente por Dessalines, Puerto-Plata, Altamira y Monte Cristo; allí Santo Domingo, antigua capital de toda la isla, fundada en los primeros años del descubrimiento y embellecida sucesivamente por sus gobernadores, con palacios, iglesias, arsenales y colejios; pero decaida poco á poco y reducida en la actualidad al estado de un pueblo subalterno. Por lo demas, esta inferioridad comprende toda la parte de Haïti que un dia fué española. Verdad es que abraza un territorio mas vasto, pero no tiene la importancia que habia dado á los distritos del O. la actividad francesa, que aun han conservado despues.

CAPÍTULO IV.

HAÏTI. — JEOGRAFÍA. — HISTORIA.

Haïti fué descubierta por Colon á 5 de diciembre de 1499, cuando su primer viaje. Dióle el nombre de *Española*: pero esta denominacion fué reemplazada por la de Santo Domingo que prevaleció por espacio de trescientos años. Actualmente se le da otra vez el nombre indíjena de Haïti.

Esta isla está situada entre Puerto Rico, Cuba y la Jamaica; cuenta unas ciento sesenta leguas de E. á O. y cuarenta de N. á S. y está bañada por cuatro corrientes principales, á saber: el Neiva, que corre hácia el S.; el Yuna que lleva su curso hácia el E.; el Yayn ó Yaqui que fertiliza los llanos del N. y el Antibonité, que es el rio mas caudaloso del O. Del grupo central del de Cibao parten tres grandes cordilleras que siguen diversas direcciones. El terreno de esta parte montuosa es feraz y susceptible de cultivo; pero el de la parte llana está dotado de una fecundidad prodijiosa. Todas sus producciones de los tres reinos son ricas y variadas: sus aves, peces, insectos y cuadrúpedos, su palo tinte, sus productos agrícolas y sus minas de oro, de plata, de cobre, de hierro y de estaño han hecho constantemente de esta isla una comarca interesante para el naturalista.

El primer establecimiento de Colon en aquel territorio fué la *Isabela* (la primera de las ciudades americanas), fundada en la costa septentrional. Santo Domingo, edificada por su hermano Diego, fué algun tiempo despues la capital de la isla que se apellidó con su mismo nombre. El pueblo que encontró Colon en aquellas playas era muy bueno, sobrio y hospitalario: los hombres andaban desnudos, con varias pinturas en el cútis, y las mujeres llevaban una especie de blusa que las llegaba á la rodilla. Cuando desembarcaron los Españoles, recibieron de estas tribus la acojida mas satisfactoria; pero el abuso de la fuerza y sus innumerables escesos acarrearon en breve una reaccion. Los caciques, príncipes del pais, se coligaron contra los agresores y empeñaron con ellos una lucha que tuvo diversas alternativas. A veces las guarniciones españolas fueron pasadas enteramente á cuchillo; y en cambio perecieron gavillas enteras de salvajes. Sin embargo la superioridad de las armas de fuego dió cima á aquella lid. En la época del descubrimiento ecsistian en la isla un millon de indíjenas con poca diferencia; pero sesenta años despues apenas quedaban algunos miles, y á fines del siglo XVI estaba ya aniquilada de todo punto la raza primitiva.

Todos estos acontecimientos tuvieron lugar en tiempo de los dos Colones, de Bovadilla, de Ovando y de Rodrigo Albuquerque que fué el primero que concibió la idea del tráfico de Indios. En aquellos tiempos de carnicerías sistemáticas, un hombre solo manifestó dulzura y conmiseracion, y fué un sacerdote, un santo apóstol cuyo nombre figura en esta historia como un símbolo de clemencia y de caridad. En el segundo viaje de Colon, desembarcó Las Casas en las Antillas, y habiendo visto á los naturales empezó á cobrarles afecto. Hallándose en España de regreso se constituyó su defensor constante y decidido, y sus solicitudes á Cárlos V. y al ministro Jimenez fueron tan persuasivas que logró hacer nombrar inspectores coloniales encargados de una intervencion en favor de los

Indios junto á los gobernadores militares. Empero tales medidas recomendables y prudentes acarrearon solamente resultados precarios y parciales; porque, qué podia un solo hombre cargado de buenas intenciones contra unos conquistadores embriagados todavía por el orgullo de sus recientes victorias?

En consecuencia las Antillas se fueron despoblando gradualmente, diezmadas por el hierro, el hambre y la miseria. A la estincion de los naturales sucedió en cambio una grande afluencia de Españoles; la isla de Santo Domingo atrajo mayor número que las otras, y su capital llegó á ser en breve una ciudad de lujo y de magnificencia, adornada con palacios, con edificios de piedra y con una catedral, obra maestra de arquitectura gótica. Sin embargo esta prosperidad fué poco duradera, pues á principios del siglo XVII empezó á ir en decadencia cuando las rivalidades europeas complicaron su situacion.

En 1725 los Franceses y los Ingleses ocuparon de mancomun la isla de San Cristóbal, una de las Antillas conquistada á los Caribes de que hablarémos despues. Como esta ocupacion era considerada por la España como altamente peligrosa á sus intereses, atacóla en 1730 Federico de Toledo, hallándose de paso para el Brasil, dispersó sus colonos, destruyó el establecimiento, y todo cuanto pudo sustraerse al hierro de los Españoles se diseminó en todas direcciones. Solo un número insignificante de individuos se embarcó en grandes chalupas y fué á domiciliarse en la costa N. de Santo Domingo y en la isla de la Tortuga, separada de la primera por un canal de algunas leguas.

Estos infelices vivieron allí con la carne de los animales que encontraron en la isla, y despues con la que les suministró Santo Domingo. Animados de intenciones pacíficas, deseaban fundar una colonia á la vez agrícola y comercial, esplorar el terreno y organizar algunos cambios con los Holandeses: pero los Españoles no quisieron dejarles un momento de descanso. En consecuencia hicieron diversas invasiones á la isla, arrebataron las mujeres y los niños, talaron las plantaciones y mataron sin piedad á cuantos hombres cayeron en su poder. A esta lucha de esterminio contestaron los aventureros con una guerra de piratas. Al principio les llamaban bucaneros, porque condimentaban sus carnes al estilo de los salvajes, y despues agregaron á este nombre el de *filibusteros* que se ha conservado como sinónimo de pirata.

Organizados en su anarquía, los bucaneros tenian una especie de código para uso de su sociedad. Vivian como hermanos; sus bienes eran comunes, y aunque despojaban á los otros, nunca se robaban entre sí. Su traje se reducia á una camisa teñida con la sangre de los animales muertos, un calzon, un talabarte del que pendia un sable corto y un sombrero de una sola ala. Osados, intrépidos, feroces, sedientos de sangre unos por instinto, otros por el deseo de venganza, aquellos hombres armaron algunas embarcaciones pequeñas con las cuales empezaron á talar las costas. Encontráronse poco á poco en la Tortuga todos los Franceses é Ingleses del establecimiento de San Cristóbal, y engrosaron el primer cuerpo de los bucaneros. Como los Ingleses eran mas numerosos que los otros, impusieron á la comunidad un caudillo de su nacion apellidado Willis; pero el gobernador jeneral de las Antillas llamado de Poinzi, envió con oportunidad al oficial le Vasseur paraque espulsase á Willis y á sus asociados, como efectivamente lo hizo. La Tortuga y la costa que tiene en frente quedaron francesas, y aunque la España mandó una escuadra contra los aventureros, le Vasseur repelió todos sus ataques.

Entonces fué cuando se presentó la ocasion mas propicia á las correrías y depredaciones marítimas. Los filibusteros se formaron en compañías de cincuenta hombres que se hacian á la mar en pequeños bergantines que podian ser echados á pique por una sola bordada. Cuando veian una embarcacion de mucho ó poco porte, armada ó no armada, la embestian en seguida y saltaban al abordaje mostrándose no como hombres, sino como demonios. Esaltados por la sed del botin, fanatizados por un entusiasmo febril, sedientos de sangre española y no queriendo dar ni recibir cuartel, raras veces les escapaba nave alguna: así al cabo de algunos meses tenian ya tal reputacion, que cualquier buque atacado por ellos se rendia á discrecion. Es cierto que á veces daban cuartel, pero por lo comun arrojaban á los vencidos al mar. De regreso á la Tortuga con su botin, se lo repartian fraternalmente: cada pirata prestaba juramento de que nada guardaba para sí, y todo perjuro era castigado de muerte. Despues de esta declaracion se arreglaban las partes, y el producto era empleado en orjias y festines.

La vida de aquellos piratas es el cuento de cuentos de la marina francesa, historia llena de horrores sangrientos y de prodijioso heroismo. Si hay algo que pueda escusar una vida de sangre y de pillaje, no debe pasarse en silencio que estos piratas, avasallados de nuevo bajo el yugo de la ley comun, espiaron sus crímenes anteriores con servicios ejemplares, y que los piratas de la Tortuga fueron para la Francia una porcion de marinos escelentes, á quienes se debió la pesesion de una parte de Santo Domingo. Parece fuera de toda duda que un puñado de hombres que opone una obstinada resistencia al pueblo mas poderoso de la

tierra, se burla de sus navíos y arrostra el fuego de sus escuadras, debe precisamente tener mucha intrepidez y combinar empresas audaces y sobrenaturales. Porque, cuantos rasgos prodijiosos no ofrece esta historia! Qué increibles hechos de armas! Qué cosas al parecer imposibles, pero realizadas! Aquí vemos á un Diepés, Pedro el Grande, que con cuatro cañones y veinte y ocho individuos, atraca al vice-almirante de los galeones, sube á bordo despues de haber echado á pique su propio barco, sorprende al capitan en su cámara y conduce su presa á Francia. Allí vemos tambien á Miguel el Vasco que bajo el cañon de Porto-Belo se apodera de la *Margarita*, cargada de un millon de pesos; á Jonqué y á Lorenzo le Graff, que capturaron varios navíos de linea á la vista de Cartajena, y á Brouage sorprendiendo á las autoridades españolas en sus mismas casas y conduciéndolas á bordo, apesar de sus guardias, paraque comprasen su libertad á fuerza de rescates. En otra parte vemos al famoso Monbart, Monbart el esterminador, verdadero tipo de un rey de comedia, nacido con pasiones furiosas, prefiriendo la sangre al botin y derramándola adrede. En otra hallamos al Olones, que de mero pirata llegó á ser uno de sus mas célebres caudillos, el Olones que tomó y saqueó sucesivamente Venezuela y Maracaybo! Vemos asimismo á Morgan *le Gallois*, vencedor de Porto-Belo y de Panamá, traidor con sus camaradas despues de haber sido uno de sus jefes mas intrépidos y nombrado despues de su defeccion teniente gobernador de la Jamaica.

Los piratas continuaron su vida de sangre y de pillaje hasta en 1666, en cuya época Bertran de Ogeron, proyectó aprovechar aquellos jenios feroces para la colonizacion de Santo Domingo. Ardua y atrevida era sin duda la empresa; por cuanto se trataba nada menos que de sujetar á costumbres sedentarias á unos hombres activos y aventureros, avasallar al imperio de las leyes á unos piratas acostumbrados á conculcarlas todas, hacer respetar el monopolio de la Compañía de las Indias occidentales á un pueblo que confundia todas las ideas de propiedad. Sin embargo, no quedaron enteramente defraudadas las esperanzas del sabio administrador, pues hizo ir algunas mujeres y formó para aquellos desalmados el lazo de familia; estimuló á varios labradores y les aficionó al clima por los intereses de la cosecha; distribuyó premios en metálico, otorgó privilejios al trabajo, evitó los medios de ofender á nadie y procuró hacer tomar gusto á las costumbres nuevamente adquiridas. Los resultados correspondieron al objeto de estas medidas, pues á la muerte de Ogeron estaba ya bastante avanzada la colonizacion.

Este progreso fué continuando sin interrupcion bajo el imperio de los gobernadores que le sucedieron. Fundáronse varios establecimientos en las costas N. y E. de Santo Domingo; edificáronse ciudades, muchos colonos procedentes de Francia esplotaron primeramente todo el litoral y se ocuparon en seguida en las montañas interiores; el cultivo se fué estendiendo y la isla poblando y enriqueciéndose. Verdad es que sobrevinieron algunas contiendas de límites, guerras intermitentes y represalias entre Españoles y Franceses, que retardaron á veces este movimiento acelerado, pero jamas pudieron atajar su curso. Las guerras marítimas con la Inglaterra, las revueltas intestinas de colonos ó de negros, la desgracia de Law cuyos resultados fueron tan deplorables en las posesiones coloniales francesas, nada pudo detener á Santo Domingo en la carrera de la prosperidad y de la bienandanza. Cuando estalló nuestra revolucion de 1789, la isla parecia haberse encumbrado al apojeo de su riqueza.

Los acontecimientos de la metrópoli ejercieron entonces su reaccion sobre la colonia americana. Formóse en Paris una sociedad bajo el título de *Amigos de los Negros*, de la que formaban parte Mirabeau, Brissot, Condorcet, Pétion y el abate Gregoire; la cual fué el punto de apoyo de las reclamaciones de los hombres de color que anhelaban aplicar inmediatamente á las Antillas los principios absolutos de la emancipacion francesa. Al adoptar los colores nacionales, Santo Domingo creia haber proclamado como nuevo código la declaracion de los derechos del hombre, esto es, la igualdad entre dos clases hasta entonces bien distintas, el amo y el esclavo. Una declaracion dada por la Asamblea constituyente á 8 de marzo de 1790 que ponia á las colonias fuera de la ley comun, no produjo mas efecto que el de rebelar los ánimos sin reducirlos á la obediencia. Desde entonces la isla quedó transformada en un volcan que si bien dió alguna intermitencia á sus erupciones, cobijó constantemente un fuego subterraneo.

La autoridad se hallaba dividida á la sazon entre el gobernador Peynier, que habia sucedido á Ducasseau, y el coronel Mauduit; pero este ejercia de hecho todos los poderes de que aquel era solamente titular. El coronel Mauduit estaba dotado de un carácter activo, diestro y conciliador, con el cual supo captarse la voluntad de los hombres de color por medio de promesas albagüeñas y granjearse una efímera popularidad. Esta le animó á disolver por una especie de golpe de estado una asamblea de doscientos trece colonos, los notables del pais, que habian redactado ya una especie de carta constitucional para Santo Do-

mingo. Este acto de violencia tuvo lugar sin efusion de sangre, y los miembros de la asamblea, léjos de protestar á mano armada, prefirieron pasar á Francia en número de ochenta y cinco para defender su causa ante la constituyente.

Mientras *el Leopardo* transportaba á aquellos abogados de la emancipacion colonial, ocurrió la sublevacion de Ogé en que se proclamó un derecho que le disputaban con tenacidad. Era Ogé un jóven mulato de treinta años, mas Francés que criollo, y como habia sido educado en Paris y servido en Alemania, conocia y se carteaba con los hombres mas célebres de ambos paises y formaba parte de la sociedad de los *Amigos de los Negros* en la que fuera admitido por las recomendaciones de Lafayette y de Gregoire. Sin embargo, ya porque fuese tan solo el ajente de la sociedad, ya porque obrase bajo su solo influjo, lo cierto es que Ogé, de regreso á Santo Domingo, se rodeó de mulatos descontentos y logró juntar por la parte del Gran Rio, á quince leguas de distancia del Cabo, una division de trescientos hombres; pero fué derrotado y puesto en fuga por un cuerpo de ejército enviado en su persecucion. Habiéndose refujiado en territorio español, vivió errante por él hasta que la estradicion lo abandonó á merced de la justicia francesa. Ogé fué conducido al Cabo y allí al suplicio junto con sus cómplices en el mes de marzo de 1791, en cuya época Blachelande habia reemplazado á Peynier en clase de gobernador.

Por todas partes se procuraba reprimir el movimiento de los ánimos hácia las nuevas instituciones: Paris mismo cooperaba á estos desvíos reaccionarios, y en vez de una pomposa aprobacion los miembros de la asamblea colonial encontraron en un oficio de Barnabe la completa reprobacion de sus actos y las mas severas medidas contra sus personas. Es cierto que este suceso fué un verdadero triunfo para el partido conservador; pero muy costoso y poco permanente, porque en la colonia no hizo mas que provocar la muerte de Mauduit asesinado por sus mismos soldados, y en Paris dió márjen á la mocion de Gregoire que concedia á los hombres de color los derechos de ciudadanos franceses sin restriccion ninguna. « Qué importa la suerte de las colonias cuando se trata de salvar un principio! » esclamó uno de los miembros de la Asamblea. En consecuencia el decreto fué aprobado.

Apenas se hubo recibido en Santo Domingo cuando estalló allí una doble sublevacion; la de los blancos que se levantaban contra la metrópoli, y la de los negros que se insurreccionaban contra los blancos; pero la rebelion de los segundos fué tan imponente y terrible, que anonadó á la primera. A 23 de agosto de 1791 y á una señal concertada, se sublevaron los negros en cuatro ó cinco rancherías, pasaron á sus amos á cuchillo y se congregaron todos para emprender la marcha contra las demas parroquias mas vecinas del Cabo. Ardia la guerra en los umbrales de la capital, y en vano se coligaron algunos plantadores para defenderse contra el enemigo comun. A cada momento la masa de los insurjentes recibia considerables refuerzos procedentes de las montañas, que inundaban los campos. Cien rancherías incendiadas marcaban á un tiempo el itinerario de la rebelion. La poblacion del Cabo horripilada por semejantes atrocidades se fortificó, y organizó sus milicias. Este primer período de hostilidades duró por espacio de un mes, en que las huestes belijerantes perdieron dos mil blancos y diez mil insurjentes. Ciento ochenta plantaciones de azúcar y novecientas de café, de algodon y de añil fueron destruidas completamente. La rebelion nacida en las parroquias del N. fué estendiendo su tea asoladora por los distritos del O. y acabó por abrasar en breve tiempo toda la parte francesa de Santo Domingo.

Desde entonces aquella guerra de esterminio ora suspendida; ora atizada de nuevo, desarrolló sucesivamente sus diversas faces. La primera acabó por una especie de compromiso con la insurreccion triunfante. A 4 de abril de 1792 se espidió un nuevo decreto, y llegaron de Francia tres comisarios con instrucciones secretas para tomar á los negros bajo su tutela. Este era el resultado de los acontecimientos; la revolucion marchaba aceleradamente en Paris: justo era pues que marchase tambien en Santo Domingo. En vano Galbaud, gobernador últimamente nombrado, quiso oponerse al objeto que llevaban los comisarios; pues su resistencia no hizo mas que concitar una guerra civil por cuyo medio los negros sorprendieron el Cabo francés, lo incendiaron y pasaron á cuchillo á todos los blancos que no habian tomado la precaucion de refujiarse á bordo de las naves.

La segunda faz, desde 1793 á 1798, comprende las tentativas de invasion hechas por los Ingleses. Parecíales Santo Domingo por aquel tiempo una presa rica y fácil y en consecuencia la atacaron por varios puntos, apoderándose del muelle San Nicolas, de Jeremías y de Puerto Príncipe, que permanecieron en su poder por espacio de muchos años. No obstante los esfuerzos reunidos de los blancos, de los negros y de los mulatos, la poca fuerza de las tropas invasoras, las enfermedades y la insalubridad del clima, hicieron imposible toda defensa y obligaron á la evacuacion. Los jenerales White, Brisbane, Forbes, Simcoe y Maitland se estrellaron

uno tras otro en una empresa en que nuestros jenerales republicanos debian dar pruebas tan inútiles de su valor y de su táctica militar. Durante la ocupacion inglesa se habia constituido el partido de los negros y á mas de los primitivos jefes Juan Francisco, Biasol, Boukmant y Rigault, habia aparecido un nuevo caudillo negro apellidado Toussaint-Louverture. Este jefe dotado de intelijencia y de actividad, habia sido distinguido en su juventud entre 300 negros por el intendente de la rancheria Noé, y le habian enseñado á leer, escribir y contar. Su condicion era feliz y no despreciable cuando estalló la insurreccion. No quiso decidirse desde el principio, sino que aguardó que se pronunciaran los acontecimientos con mas evidencia. Ascendido á teniente y despues á jeneral en jefe de los negros, tomó sobre ellos tan poderoso ascendiente, que el gobierno francés juzgó prudente atraerle á su partido confirmándole en su grado. Sucesivamente realista y republicano, fué ante todo caudillo de sus negros, su amigo y su padre. En todas las estipulaciones y en todos los tratados, eran los primeros en quienes pensaba, y no porque le moviese alguna ambicion personal, pues muchas veces se olvidó á sí mismo sin olvidar jamas á sus negros. En cuanto la evacuacion de los Ingleses dejó libre al pais, su primer cuidado consistió en hacer reconocer y proclamar la manumision de los hombres de color; empero considerando que la independencia sin el trabajo es un derecho imajinario, inclinó á la poblacion al cultivo de las tierras, conservó tan solo una parte de su ejército, sujetólo á la disciplina y al manejo de las armas, hizo abrir de nuevo las iglesias, reanimó los espectáculos teatrales y puso la primera piedra en el edificio levantado á la independencia del pais. Conocido y respetado en toda la isla, recorrió como triunfador la parte española cedida á la Francia por el tratado de 1795.

Comenzaba á renacer la colonia (colonia negra bajo el patronato francés), cuando el primer cónsul Bonaparte adquirió á fuerza de armas una soberanía nominal y precaria. Como el mar era ya libre en virtud del tratado de Amiens, aprestó una flota que partió de Brest para Santo Domingo con un ejército de 25.000 hombres bajo las órdenes del jeneral Leclec y llegó el 2 de febrero de 1802 á vista de la ciudad del Cabo donde mandaba el jeneral negro Enrique Cristóbal. Habiéndole intimado la rendicion, contestó Cristóbal con la negativa; pero apenas se vió atacado, pegó fuego á la ciudad y la evacuó: así los Franceses no ocuparon mas que un monton de ruinas. Entretanto se dirijian hácia Toussaint otros resortes mas fuertes que los de la violencia. Hallábanse á bordo de la escuadra dos de sus hijos educados en Francia y preparados de antemano para el papel que habian de representar; creíase que sus lágrimas y las de su madre decidirian á Toussaint á firmar almenos un tratado de neutralidad, y el mismo Bonaparte se mezclaba en el asunto escribiendo una carta autógrafa al jeneral negro en que entre otras cosas le decia: « Os habeis granjeado nuestro aprecio y nos complacemos en reconocer y proclamar los servicios importantes que habeis prestado al pueblo francés. Si llega á ondear en Santo Domingo la bandera nacional, solo á vos y á vuestros bizarros negros somos deudores de ello.... Acordaos, jeneral, que si sois el primero de vuestro color que se ha encumbrado á tan alto grado de poder y se ha distinguido por su talento y heroismo, no por eso dejais de ser ante Dios y ante los hombres responsable de vuestra conducta. »

Toussaint no cedió por esto, y entre los ofrecimientos del primer cónsul, las lágrimas de su familia y el porvenir de su pueblo, tomó un partido definitivo. A través de aquellas reticencias y promesas traslució que en el pendon del ejército invasor estaba escrito este lema: « Esclavitud de los negros » y de consiguiente no quiso, mientras él viviese, que se realizase esta divisa. En consecuencia se preparó á combatir; dió las competentes instrucciones á los jenerales Cristóbal, Dessalines y Laplume, y sus tropas perfectamente organizadas para aquella guerra de emboscadas rivalizaban con la bravura y la actividad de las francesas. El sitio de la *Crete-á-Pierrot* ocupó la mayor parte del ejército, y viendo Leclerc que nada se conseguiria por las armas, echó mano de la diplomacia, que si bien al principio fué mal dirijida, fué despues mas afortunada. Prometió á los negros libertad é igualdad sin restriccion; recibió á sus jenerales á capitulacion conservando sus honores y sus grados, y de esta suerte transijieron sucesivamente Cristóbal, Dessalines y Toussaint. Firmóse la paz; pero al dia siguiente fueron á buscar á Toussaint en su retiro, y despues de haberlo trasladado á bordo de un buque lo condujeron á Francia, donde falleció en 1803 en las mazmorras del fuerte de Joux.

Esta odiosa falta de buena fé, esta infraccion escandalosa del derecho de jentes hicieron abrir los ojos á los jenerales negros capitulados, y en consecuencia volvieron á entrar en campaña sin que Leclerc se hallase en estado de perseguirlos. Minado por el calor y diezmado por la fiebre amarilla, su ejército se iba debilitando mas y mas cada dia; habian sucumbido ya muchos oficiales, y el mismo jeneral en jefe se hallaba lleno de achaques; de manera que la conquista de la isla era de todo punto imposible. No pudiendo vencer á los negros,

se procuró amedrentarles, soltando contra ellos muchos perros hambrientos, atroz medio de destruccion no renovado desde los primeros tiempos de la conquista; pero estas medidas estremas no hicieron mas que dar márjen á horribles represalias. Por último empeoraron las cosas hasta tal punto que fué indispensable abandonar el campo: la muerte de Leclerc, un nuevo rompimiento de hostilidades entre la Francia y la Gran Bretaña, varios ataques atrevidos del jeneral Dessalines que sitiaba la ciudad del Cabo, la incertidumbre del porvenir y la imposibilidad de reunir refuerzos, todo provocó é hizo necesaria una evacuacion. Rochambeau, sucesor de Leclerc, capituló con Dessalines y se vió forzado á abandonarse con sus tropas y su flota á la discrecion de los Ingleses.

A 30 de noviembre de 1803 se verificó la evacuacion, y Santo Domingo empezó de nuevo á pertenecer á los negros. El jeneral Dessalines fué nombrado gobernador jeneral de la isla que recobró su nombre primitivo de Haïti. Este hombre nacido con sentimientos menos elevados que Toussaint, marcó el primer período de su poder con la mas espantosa matanza. A principios de 1804 Haïti tuvo sus *vísperas sicilianas*, en las que fueron pasados á degüello todos los blancos sin distincion de secso ni de edad pues apenas pudieron sustraerse al puñal de los asesinos algunos sacerdotes y médicos. Esta matanza continuó durante seis meses, al cabo de los cuales solo quedaron en el pais algunos hombres de color y algun ciudadano de la Union americana. El número de las víctimas fué incalculable.

Dessalines fundó un trono sobre aquellos cadáveres, y á 8 de octubre de 1804 fué coronado emperador de Haïti. Dessalines era negro; en 1791 servia á otro negro cuyo nombre tomó, y al que hizo su ujier cuando su advenimiento al imperio. Cuando al fin se vió coronado con la diadema imperial, mostró mucha pompa y dignidad; iba cubierto de bordados de pies á cabeza, y tenia en su séquito un maestro de baile que le daba á cada paso lecciones de andar y de continente imperial. Dessalines era activo y valiente, pero sanguinario y desconfiado: así cuando ya no tuvo blancos que sacrificar, empezó á matar negros, dando principio con las personas de sus propios oficiales. Estas barbaries impolíticas dieron márjen á una conspiracion que se fraguó entre sus tropas y á 17 de octubre de 1806 murió asesinado.

Sucedióle Cristóbal su rival, que parecia reprobar entonces la bárbara conducta de aquel tirano negro. Al principio se contentó el nuevo soberano con el título de jefe del gobierno de Haïti; pero su poder solo se estableció con solidez en la parte septentrional de la isla. El comandante de Puerto Príncipe, mulato apellidado Pétion, injeniero hábil y oficial muy instruido, no quiso reconocer al nuevo jefe y se creó un partido poderoso que contrapesó al suyo. Por espacio de cinco años se disputaron la preferencia los dos competidores, y aunque Cristóbal tenia la superioridad y conservaba siempre la ventaja sobre Pétion, tenia este último tantos recursos de obstinacion y de táctica, que era preciso renovar eternamente la lucha. Cansados finalmente de guerra, los dos jefes de Haïti se dejaron caer las armas de las manos, y como el pais estaba desolado en virtud de aquellas discordias sangrientas, pospusieron la ambicion personal á su prosperidad. Cristóbal se coronó rey bajo el nombre de Enrique I, Pétion se arrogó el título de presidente, y desde entonces estos dos soberanos solo pensaron en hacer prosperar, el uno su reino, y el otro su república. Desde 1811 hasta 1818 reinó entre ellos una amistad íntima; pero habiendo fallecido Pétion y sucedídole Boyer en el desempeño de su cargo, creyó Cristóbal haber llegado la ocasion mas favorable á sus designios. La guerra empezó de nuevo en el arrabal de la Grande Abra, siendo afortunada para Boyer. Prudente, hábil y perseverante, el nuevo presidente acabó de granjearse por sus actos el afecto de los que no habian podido someter sus armas. Cristóbal, al contrario, cada dia mas injusto y mas cruel, escitó el descontento de los suyos y se desacreditó completamente en su mismo ejército. A principios de octubre de 1820 estalló contra él una conspiracion militar que hubiera terminado con un asesinato á no preferir Cristóbal el suicidio. A 26 del mismo mes la parte francesa de Haïti no formaba mas que una sola república bajo la presidencia del prudente Boyer. En 1822 sobrevino un golpe de mano que puso la parte española á su discrecion, y desde entonces Haïti no forma mas que un solo estado bajo la administracion de un mismo jefe.

Sellada definitivamente la independencia de la isla, no se desdeñó el gobierno francés de tratar con Boyer. Desde mucho tiempo procuraban los Borbones obtener un reconocimiento almenos nominal de una supremacia metropolitana, á cuyo objeto se dirijieron sucesivamente á Pétion y á Cristóbal y despues á Boyer, sin que ninguno quisiese acceder á la demanda. Pretendian estos que se reconociese la independencia del nuevo estado; pero este acto era opuesto á las ecsijencias del gabinete de las Tullerías, el cual pretendia álmenos que le atribuyesen en el tratado una *soberanía esterior* sobre Haïti. M. Esmangart se valió de toda su elocuencia diplomática para esplicar á los enviados haïtianos que semejante concesion no tenia



1. Velorio ou Bal du Petit Ange.
1. Velorio, ó Baile del Angelito



2. Canal de Soledad.
2. Canal de la Soledad

ningun valor real y no implicaba ninguna reserva seria. Sin embargo todos sus esfuerzos fueron vanos. En julio de 1825 continuóse el negocio mas afortunadamente por medio del baron Mackau. La Francia reconoció la independencia de Haïti mediante una indemnizacion de ciento cincuenta millones de francos, pagaderos en cinco plazos que empezáron el 31 de diciembre de 1825. Estas condiciones, sobrado onerosas para la república, no han sido cumplidas ecsactamente, segun es bien notorio. No obstante eran una deuda tan pesada 150,000.000 fuera de los gastos ordinarios, que al firmar el tratado podia preveerse ya este resultado.

Por lo demas, la república de Haïti ha sido juzgada en nuestros tiempos de un modo esclusivo y parcial: unos la han denigrado sistemáticamente, otros la han ensalzado hasta las estrellas, y hasta la lengua misma de los números, la estadística, se ha prestado á las calumnias de las parcialidades. Cada viajero tiene su punto de vista y sus cálculos: este habla de incremento en la poblacion, aquel de diminucion: unos pretenden que la isla está cultivada á las mil maravillas, otros suponen que toda ella no es mas que un páramo inculto. La verdad ecsiste entre todas estas opiniones en su mayor parte interesadas.

La isla no es todavía rica ni puede serlo tampoco, por cuanto un pais cualquiera no mantiene una guerra de esterminio ni traspasa el pacto social sin perjudicarse sobremanera la ecsistencia; y un estado no puede mudar de jefes sin que sus intereses se resientan profundamente. Algunos hombres nacidos en la esclavitud se despertaron libres un dia, miraron con serenidad á su alrededor, vieron muchas propiedades sin dueños, casas, jéneros y talegos de oro y plata, y se dijeron entre sí: « Estas riquezas son inagotables: por ventura tenemos necesidad de trabajar? El trabajo es el patrimonio del esclavo; pero nosotros no lo somos ya. » Por otra parte la guerra ocupaba todos aquellos brazos, y mientras la tierra no fuese de todo punto conquistada, no querian cultivar de manera alguna, por cuanto siempre temian hacerla fructificar para otros. Fácilmente se concibe pues que entre unos pueblos tan neglijentes por naturaleza, no podian infiltrarse de golpe las ideas de órden y propiedad, de trabajo no interrumpido y de adelantos agrícolas. Fuera de que si bien dueños entre sí, los Haitianos no tuvieron por mucho tiempo comunicacion alguna con las naciones europeas, y en sus puertos tenia que rehabilitarse el comercio, ese corolario lejítimo de la agricultura. Verdad es que el pacífico gobierno de Boyer, sus encumbrados talentos, su justicia y su amebilidad han cicatrizado ya algunas de aquellas llagas; pero las restantes solo pueden desaparecer con el tiempo. Haïti está todavía en la actualidad en una época confusa y transitoria, y debe transcurrir aun algun tiempo para que pueda justipreciarse la conquista de su independencia.

CAPÍTULO V.

ANTILLAS. — SANTO TOMÁS. — MARTÍNICA.

A 3 de junio llegué á Santo Tomas, isleta dinamarquesa de unos 3.000 habitantes á lo sumo, pero de mucha riqueza é importancia en razon de su comercio ilícito con las Antillas francesas, inglesas y españolas. Santo Tomas, privilejiada como puerto franco, percibe derechos ecsorbitantes de transporte sobre todos los jéneros de importacion ó esportacion fraudulenta á los puertos sometidos á un monopolio europeo. Las harinas de los Estados Unidos que los barcos costeños desembarcan por la noche en las playas de la Martínica y de la Guadalupe, los azúcares que se esportan apesar de las prohibiciones aduaneras, todo hace escala en Santo Tomás y paga los gastos á un intermediario obligatorio.

El puerto de esta isla es seguro, cómodo y capaz, y se presta á las ecsijencias de un comercio de vasta estension; de manera que en él se cruzan embarcaciones de todo el globo (Pl. III. — 3). La poblacion de la isla tiene tambien ese carácter de cosmopolitismo que preside á las permutas y sus casas inglesas, francesas y americanas alternan con los establecimientos dinamarqueses. Los judíos de esta isla son tan numerosos que recientemente se han edificado en ella una sinagoga.

No pasé mas que un dia en Santo Tomás, pero tuve tiempo suficiente para hacerme cargo de su aspecto activo y comercial. A 5 de junio me embarqué en un barco costeño para la Martínica, que avistamos dos dias despues. Esta isla parece á lo léjos una montaña sombría, agreste y llena de barrancos; pero poco á poco va asomando el verdor y presenta mas ostensiblemente los diversos accidentes de pintorescas campiñas. Doblamos la punta del *Predicador*, costeando una playa cubierta de rancherías, viendo en una parte casas de campo, en otra injenios de azúcar y por do quiera construcciones que manifestaban una tierra rica y populosa. A mayor distancia se descubrió el fuerte de San Pedro con la ciudad á sus pies, mostrándose como una larga linea blanca y casi arrruinada por los encumbrados montes que parece van á desplomarse sobre ella.

No hay rada mas deliciosa y risueña que la de San Pedro: en su concha encajonada entremacizos morros, se ven deslizarse elegantes es

cuadras de bricks europeos de anchas gavias, schooners elegantes con sus velas latinas y magníficos navíos de linea que descansan seguros y noblemente á la sombra de las baterías del castillo (PL. II. — 1).

Actualmente, como en tiempo del P. Labat, puede dividirse la ciudad en tres cuarteles, el del medio denominado de San Pedro, el del Fondeadero y el de la Galera. Las calles del interior y de los barrios altos son bastante pacíficas y pobladas solamente de revendedoras negras y mulatas (PL. II. — 3); pero las que están en las cercanías del puerto son anchas, ricas, alegres, pobladas de negociantes que acuden á sus tareas y adornadas de almacenes surtidos con riqueza y abundancia. Si las casas no fuesen tan bajas, el piso polvoroso y el sol tan ardiente, pareceríale á uno en algunos puntos andar por las calles de Paris. El buen gusto de las paradas, el lujo de las tiendas, la variedad de las muestras, el murmullo de la concurrencia y el movimiento de los trabajadores atraen las miradas por la variedad de sus escenas.

Bien que habituado algun tanto á este aspecto colonial, no pude menos de esperimentar un sentimiento de orgullo y de placer cuando se ofreció bajo el aire francés. Nada tenia que ver aquel aspecto con el de la flema española, de la indolencia haitiano ni de la impasibilidad dinamarquesa: era nuestra vivacidad nacional aclimatada bajo el sol de los trópicos, nuestro gusto, nuestros usos, nuestras costumbres, nuestros trajes reproducidos á mil leguas de la patria. Es increible cuanto placen todas estas cosas tras algunos meses de ausencia, con que atractivos se observan estos objetos que ecsalan al parecer un perfume del suelo natal, con que prontitud se renuevan las impresiones que se creian perdidas y las analojías de sentimiento y de formas, de tipos y de maneras, de lenguaje y de pasiones. Tales placeres pueden compararse ciertamente á los oasis que se encuentran en una larga vereda, tanto mas inefables cuanto mas raros son y mas escasos.

Estas ideas no me permitieron observar detenidamente la Martínica, porque no me dejaban recorrerla como viajero. Léjos de ecsaminar, no hacia mas que gozar y permanecer simado en esa indolente apatía del hombre que ha vivido mucho tiempo en un mismo sitio. Yo era criollo, colono de San Pedro, conocido y obsequiado de todos y transformado en antiguo camarada de aquella juventud tan buena y tan comunicativa. Es cierto que debia ver y observar; pero no me era posible; pues hoy iba al teatro, mañana al baile; el café, el villar, el juego, los convites, los paseos por la rada, las partidas de recreo, á todo debia atender para no desairar á nadie. Yo era sin duda alguna el hombre mas atareado de la colonia.

Cuantas veces, en el momento en que estaba meditando un viaje serio al interior de la isla, me salió al encuentro alguno de mis nuevos amigos turbando mis prudentes combinaciones con proyectos menos razonables! Era preciso asistir junto con él á una tertulia de mujeres de color, y allí recostada en su canapé de bambú, alegre y vivaracha, una mulata hacia los honores de un salon lleno de comerciantes de la ciudad. ¡Cuanta coquetería, cuantas gracias mostraban aquellas mujeres, blancas como criollos, cubiertas con el madrás de vivos matices, y ocultando apenas bajo un vestido de muselina sus formas juveniles y agraciadas! (PL. III. — 2).

Otro dia se combinaba en mi obsequio una diversion campestre, pero tan estrepitosa y disipada, que era de todo punto imposible recojerse para clasificar los objetos que se veian. El cultivo no diferia en la Martínica de lo que ya habia observado en la Habana, pues su vejetacion y el suelo eran casi los mismos. La mayor parte del terreno estaba ocupado por campos de cañas dulces entrecortados de cafetales. Por lo demas, habia cierto aspecto de actividad y de riqueza que manifestaba que aquella cultura era feliz y productiva. Los negros que pasaban tenian una fisonomía despejada, los ojos vivaces y las formas robustas; de manera que sin los cardenales que causaba el látigo en su cuerpo hubiera podido creerse que aquellos hombres eran mas dichosos que nuestros proletarios europeos; pero el sello patente de la esclavitud estrechaba el corazon. La esclavitud sin el corbacho podria reputarse como una servidumbre; mas el látigo le da el carácter de martirio. Verdad es que algunos colonos han renunciado ya á esta especie de coaccion: los demas seguirán este ejemplo, y dentro de algunos años tan crueles correcciones caerán en desuso y quizas causará entonces admiracion el considerar que se hayan conservado tanto tiempo.

La suerte de los negros, su vida y sus usos son los objetos que me preocuparon mas vivamente en el curso de mis paseos campestres; pues son efectivamente los que mas llaman la atencion de cualquier recien desembarcado. El sentimiento de la igualdad humana, la compasion y la benevolencia hácia el que sufre avasallan todas las consideraciones de la ecsistencia colonial. En seguida se escita de nuevo esta primera impresion, descánsase en cuadros reproducidos diariamente, encuéntrase un término medio entre opiniones radicales y esclusivas; pero no deja de ser un objeto de razon y de cálculo. En el acto de llegar, habla esclusivamente el corazon, y no puedo menos de confesar que esperimenté cierto sentimiento de pena al



1. Casas de Negres.

1. Casas de Négros.



2. Une Mulatresse.

2 Una Mulata.

V. Bellay del.

VOYAGE

VIAJE



3. Rade de S.t Thomas.

3. Rada de Santo Tomas.



4. Nègres au Travail.

4. Trabajo de los Negros.



3. Une Rue de la Martinique.
3. Una Calle de la Martinica



4. Une Vente de Nègres.
4. Una Venta de Negros.

ver una venta pública de negros hecha á subasta por un empleado público. Habia fallecido un plantador y se vendian los negros de su ranchería que figuraban como fondos de comercio en sus libros de cuentas. « Trescientos pesos por un negro ! » decia el corredor. Y el individuo colocado en presencia de los compradores tenia que sujetarse al mas detenido ecsámen : un caballo conducido al mercado por chalanes no hubiera sido objeto de mayor recelo. Uno le abria la boca para contar sus dientes ; otro se inclinaba para ecsaminarle los pies, las piernas, los muslos y el cuerpo todo para averiguar si se disimulaban faltas ó enfermedades (Pl. II. — 4). Las mujeres se metian tambien en aquellas inspecciones y los muchachos iban á aprender el caso que debian hacer de unas criaturas sujetas á semejante compra y venta.

Distribuidos por las rancherías, aquellos negros llevan una vida mas dulce y tranquila ; y aunque los plantadores no tuviesen el menor sentimiento de humanidad, el interés material les aconsejaria cuidar de un objeto que es propiedad suya. Por este motivo los esclavos se ven raras veces sumidos en la miseria. En sus horas libres cultivan algunos pedazos de terreno por cuenta suya y se crean un peculio que les pertenece. Con esto no han faltado esclavos laboriosos que se han ganado el rescate en el espacio de pocos años. Cada familia negra tiene en las rancherías su casita mas ó menos adornada, segun la mayor ó menor riqueza y la mayor ó menor industria del esclavo. Visité cinco ó seis de aquellas cabañas y la última de ellas era tan buena como nuestras cabañas de Europa. Delante de la puerta se veian gallinas y lechones, y habia unos pequeños cercados de legumbres que les servian de huerto (Pl. III. — 1). Aunque no todos los simples trabajadores gozan de semejantes comodidades, tiénenlas sin embargo casi todos los negros que ejercen algun oficio, como son los carpinteros, albañiles, toneleros, cerrajeros, taberneros y aquellos cuya figura é intelijencia les destina á algun servicio interior y que viven en la misma casa del amo á modo de ayudas de cámara, de cocineros, de cocheros y de trajineros. Así es que la esclavitud misma admite clases en las condiciones y privilejios en la obediencia.

La masa de los negros es llamada al trabajo desde las seis de la mañana al son de la campana de la ranchería. Cada trabajador toma entonces su larga azada y se dirije al campo que debe cultivarse bajo la direccion de dos intendentes europeos ó criollos. Llegados allí, los negros forman una larga linea, y descargan sus golpes casi todos á un tiempo cantando uno de aquellos estribillos del Congo tan dulces como melancólicos (Pl. III. — 4). Los intendentes velan sobre ellos apoyados en el mango de su largo látigo, del que hacen uso de cuando en cuando para incitarles al trabajo. A las once suena la campana para la comida, que se compone de mañioc y de banana, y á veces de pescado y de tocino. Esta comida dura una hora, y transcurrido que ha, se da nuevo principio al trabajo para no dejarlo hasta las seis de la tarde.

Estos negros son en jeneral muy buenos, dóciles y pacientes, aunque vengativos, disimulados y perezosos si se les deja. Todos son de raza africana ; pero se dividen en negros indíjenas y negros de la costa de Guinea. Los segundos son mucho menos estimados que los otros, y, aun entre negros, se les da el sobrenombre de negros de agua salada. Al llegar á las rancherías contraen espontaneamente matrimonio y observan casi siempre con escrupulosidad la fé conyugal. La falta mas comun y mas trascendental para esta raza es su gusto inmoderado á los licores espirituosos.

Los negros constituyen la parte mas numerosa de la poblacion. La Martínica cuenta mas de 80.000 esclavos. La poblacion libre, que asciende á 29.000 habitantes, se compone de otras dos razas, los blancos y los hombres de color, actualmente casi iguales ante la ley, bien que separados por profundas consideraciones sociales. Los blancos se subdividen tambien en Europeos y criollos ; los primeros, que van allá desde apartadas tierras para enriquecerse, son activos, injeniosos, interesados ; los otros, nacidos en su mayor parte de buena familia, indolentes, caprichudos y pródigos. El criollo de la Martínica y de las Antillas en jeneral tiene todos los defectos y cualidades de las razas nacidas bajo el sol de las zonas abrasadoras. No menos inclinado al bien que al mal, vivo, presuntuoso, hospitalario, inconstante, afeminado, dotado de poesía y de intelijencia, abusa sin gozar y se cansa muy pronto gastándolo todo, creencias ó ilusiones. Aunque pálido y moreno, su semblante es jeneralmente hermoso y espresivo, su carácter emprendedor, su talle agraciado y su aire noble y elegante. Las mujeres corren parejas con los hombres : aunque pálidas y descoloridas, tienen en cambio un perfecto abandono, facciones dulces y vivaces y un talle sumamente atractivo por su flecsibilidad. Su primer acceso es frio ; pero en seguida muestran gradualmente franqueza y naturalidad. Es imposible describir con ecsactitud la vaga molicie de su continente, cuando recostadas en un sofá y circuidas de oficiosos esclavos parecen evitar la fatiga de una voz ó de un jesto, y no cojerian un pañuelo que se les cayese á los pies. Criaturas deliciosas ; que no parecen nacidas sino para reinas ! Sin embargo,

cuando por la noche se encienden las luces y la orquesta toca un valse, no puede menos de admirarse el ver como se lanzan con lijereza y robustez sin dar paz á ningun caballero.

En medio de aquella poblacion de sibaritas, yo no pensaba mas que en las fiestas y en los placeres y Saint-Pierre era ya para mí una especie de Capua. Apenas habia tenido tiempo de ir á ver el Fuerte Real, capital y cabeza militar de la colonía, ciudad de 12.000 habitantes, mas grave, pero menos alegre que Saint-Pierre: allí residian el gobernador y las autoridades subalternas. Visitélo todo con rapidez, las casernas, la iglesia, el arsenal, las cárceles, las calles tiradas á cordel y el delicioso paseo de las Sábanas. Llegué hasta Lamantin, pueblo interior, célebre por el comercio por menor que mantienen en él las vecinas rancherías. Llegué allí un domingo, dia de mercado, en el acto en que los negros iban á trocar los jéneros, resultado semanal de su trabajo libre. Era ciertamente un espectáculo curioso y estraño: veíase aquí un robusto encomendero que se adelantaba con una carga de vejetales, especie de jardin ambulante que deseaba convertir en telas y madrases; allí una jóven negra proponiendo ananas y batatas contra granos de abalorio, y en otro lado una mestiza poniendo de manifiesto un pan de azúcar, producto de un comercio sospechoso y fraudulento. El ruido de todas aquellas voces y el movimiento de aquellos artículos turbaban la vista y fatigaban el oido.

Si hubiese tenido que acceder á las instancias de mis nuevos amigos, habria sido huésped suyo eternamente. Hacia quince dias que habia llegado, y varias veces habia preparado mi partida sin que me fuese posible ponerla en ejecucion; pues siempre sobrevenia algun lance gracioso que frustraba todos mis planes. Las embarcaciones con que me ajustaba parecian conspirar unánimemente contra mí, pues todas se hacian á la vela sin avisármelo de antemano. Habiendo encontrado por fin un buen Holándés innaccesible á malas tretas, mandé llevarle á bordo mis fardos, y á 24 de junio nos hicimos á la vela para Cayena. Aquella misma noche me estaban aguardando en un banquete de francmasones.

Visitar tres de las Antillas era tenerlas en bastante consideracion, yo solo las contemplaba como el peristilo de la América, eran y para mí como el prefacio de una obra seria y dilatada. Desembarcado en la Guyana, pisaba ya el continente que no debia abandonar hasta mi regreso á Francia, no porque anhelase colonias florecientes y deliciosas como la Jamaica y Puerto Rico, sino porque estas islas semi-europeas y semi-criollas, no ofrecian un aspecto muy distante de las que habia visitado ya. Por otra parte tenia recojidas una porcion de noticias que me parecian suficientes para suplir el vacío de mi itinerario.

CAPÍTULO VI.

ANTILLAS. — JEOGRAFÍA.

Las Antillas están situadas en el Océano Atlántico, entre los 10° y los 23° lat. N. y entre los 62° y los 83° lonj. O. del meridiano de París. La superficie entera del archipiélago contiene cerca de 8.300 leguas cuadradas de 20 el grado. Hanse escrito algunas pájinas largas y amenas sobre la formacion de estas tierras: algunos sabios han creido que eran los restos de algun continente sumerjido; otros las han juzgado efecto de creaciones volcánicas, mas nosotros no aventuraremos ninguna hipótesis entre estas opiniones que no dejan de ser tambien bastante hipotéticas.

Cuando la conquista, los Españoles dividieron este vasto archipiélago en dos partes distintas: las islas de Barlovento y las de Sotavento; las Pequeñas ó las Grandes Antillas.

La historia de las Grandes Antillas es la de Cuba y de Santo Domingo; pero la de las Pequeñas ofrece otros incidentes. En 1625 se ve en ellas á un Normando, el capitan Dernambuc, que aporta en San Cristóbal, se la divide con los Ingleses y funda una colonia en la Martínica mientras su teniente Lolive ocupa la Guadalupe. Despues de él llega Poincy, que se sostiene en este archipiélago arrostrando los furiosos ataques de los Caribes y acaba por asegurar á la Francia la pacífica posesion de aquellas islas.

Estos Caribes, habitantes primitivos de las Antillas de Barlovento, constituyen una raza sumamente curiosa para estudiada. Por espacio de mucho tiempo la creian de todo punto estinguida, y efectivamente no ecsiste ya en el archipiélago; pero las recientes empresas de algunos viajeros han establecido de un modo indudable que los Indios de las Guyanas no eran mas que los descendientes dejenerados de los Caribes. Cuando el descubrimiento, aquellos pueblos ocupaban el largo semicírculo de islas que empieza en la Trinidad y acaba en Puerto Rico. Eran unos hombres salvajes y belicosos que infundian mucho temor á las islas de Sotavento á las que hacian la guerra con frecuencia. Cazadores infatigables y pescadores ájiles, parecian despreciar la vida agrícola é industrial: su cútis era de un amarillo claro, sus ojos pequeños y negros, sus dientes blancos, su pelo liso y reluciente, pero carecian enteramente de barba y no tenian vello en todo el cuerpo. Para librarse de los insectos se untaban el cuerpo con muchas capas

de achiote. Los hombres eran guerreros todos, y las mujeres estaban obligadas á subvenir á todas las necesidades de la familia. Por lo demas, sus tribus no parecian sometidas á ninguna forma de gobierno; los naturales vivian en una perfecta igualdad, reunidos en familias y apiñados en aldeas que denominaban *carbets*. En tiempo de guerra, los combatientes elejian un gran capitan que conservaba este título toda la vida. Por lo que hace á las funciones religiosas, parece que no ejercian ninguna, por cuanto no tenian templos ni ceremonias; ceñíanse á reconocer los dos principios del bien y del mal, y sus magos, *boyes*, evocaban el buen espíritu (cada uno tenia el suyo) que espelia el *mabouya* ó espíritu maligno.

Forzoso es creer que los Caribes eran un pueblo susceptible de un alto grado de civilizacion. Su lengua era armoniosa y rica, su continente noble y altivo, y como los Españoles de Colon no podian ofrecerles mas que la esclavitud prefirieron la muerte á semejante estado. En consecuencia aquella raza fué abandonando insensiblemente las Antillas en donde reinaban los Europeos y se refujió en el continente paseando sus nómadas carbets á lo largo de los rios y de los riachuelos de la América ecuatorial.

Tales eran los primeros moradores de las Pequeñas Antillas, posesores de un territorio feraz y bañado por mares abundantes de pesca. Este territorio fué dividido en breve entre las diferentes potencias europeas. Los gobiernos y los aventureros se echaron sobre ellas á competencia, y todos pretendian tener su parte en la presa. Seria sobrado prolijo contar como y cuantas veces cambiaron de dueño aquellas diversas posesiones. Bastante es por cierto determinar su estado actual.

Las Antillas pueden dividirse en francesas, inglesas, españolas, dinamarquesas, suecas, y en independientes.

Entre las francesas hemos ya hecho mencion de la Martínica, y de consiguiente solo falta citar la Guadalupe y los islotes que de ella dependen.

La Guadalupe está dividida en dos partes, la Tierra Alta, nombre jenérico aplicado á cualquier porcion de isla situada á barlovento, y la Tierra Baja, nombre que se da á la parte situada á sotavento. Semejante denominacion es viciosa, porque la Tierra Alta es la inferior de las dos, y la Tierra Baja es la mas elevada. Sin embargo esta voz es consagrada por el uso.

La Guadalupe contiene dos ciudades principales: la Tierra Baja, residencia del gobernador colonial, de la real audiencia y del tribunal de primera instancia. Su rada foranea es tan mala, que en todos tiempos ha impedido á su comercio remontar su vuelo y á su poblacion tomar incremento. El número de sus habitantes asciende á 9.000, al paso que la Pointe-á-Pitre encierra 16.000. Situada á la embocadura de un canal que divide la isla en dos partes, la Pointe-á-Pitre tiene un puerto rico y floreciente que rivaliza con Saint-Pierre, metrópoli comercial de la Martínica.

Las Antillas son mucho mas vastas y mas importantes. En primer lugar figura la Jamaica, que es la mas considerable del archipiélago despues de Cuba y de Haïti, de ciento sesenta millas de largo sobre cuarenta y cinco de ancho y contiene cuatro mil acres de terreno. La Jamaica contiene muchas ciudades de importancia; Kingston edificada en la costa meridional de la isla, en el fóndo de una bahía magnífica defendida por dos fuertes. Esta ciudad ofrece un aspecto delicioso; sus calles son rectas y anchas y sus casas elegantes y bien construidas. Puede muy bien considerarse como el depósito jeneral de la América inglesa, por cuanto es el centro de un comercio inmenso, apesar de que su poblacion solo se compone de 33.0000 moradores. Tras esta deben mentarse Spanish-Town, interesante por su antigüedad y residencia del gobernador colonial; Port-Royal, que contiene una poblacion de 15.000 almas; Montego-Bay y Balize, ciudad nueva, dependiente de la Jamaica y situada en el Yucatan en territorio americano.

Despues de la Jamaica merecen citarse las Barbadas, en otro tiempo tan florecientes, aunque devastadas recientemente por el ímpetu de un terrible huracan que causó un daño evaluado en diez millones de pesos. Allí se encuentra tambien Bridgetown, una de las mas lindas residencias de las Antillas, con monumentos curiosos y fuertes inespugnables.

Los Ingleses poseen ademas las Lucayas, compuestas de seiscientos cincuenta islotes y decatorce islas de las cuales solo merece citarse Nassau; Antigoa, cuya capital, John's Town, es una ciudad populosa, hermosa y fuerte; San Cristóbal, primer establecimiento inglés en las Antillas; Monserrat y Nevis, Barbuda y Anguila, las Virjenes, la Dominica, por mucho tiempo francesa, como lo manifiesta el nombre de la capital Roseau; Santa Lucía, en otro tiempo francesa como la anterior: San Vicente, Granada, Tabago y la Trinidad que los Ingleses han quitado á la España y cuya capital Puerto España han apellidado Spanish-Town, ciudad de hermosos arsenales y centro de un comercio floreciente.

Despues de Cuba, de la que hemos hecho ya mencion, la España posee ademas otra isla rica é importante denominada *Puerto Rico*. Su comercio y su agricultura, aunque en escala menor, han seguido igualmente un movimiento

progresivo. Su poblacion se componia en 1778 de 80.000 habitantes, pero en la actualidad asciende á 290.000, entre los cuales se cuentan 28.000 esclavos. La capital de la isla, San Juan de Puerto Rico, está construida en una península de la costa septentrional y en el centro de una espaciosa bahía. Es una ciudad fuerte y rica, con unas 30.000 almas de poblacion. En seguida deben citarse San German edificada en 1511, y Mayaguez, pueblo célebre por la invasion contemporanea del aventurero Ducoudray.

Las Antillas contienen ademas CRISTIANSTED y SANTO TOMAS dominadas por los Dinamarqueses; GUSTAVIA en la isla de San Bartolomé, sujeta á los Suecos, y el gobierno de Curaçao y su capital Wilemstadt que pertenecen á los Holandeses. La parte del archipiélago independiente de todo patronato europeo se ciñe á Haïti, de la que hemos hecho mencion particular.

Este vasto conjunto de islas situadas en la misma zona goza á poca diferencia de la misma temperatura. El año está dividido por solas dos estaciones, el estío y el invierno; el primero es seco y dura nueve meses, y el segundo es lluvioso y reina solamente tres meses. Esta alternativa de humedad constante y de calores intolerables parece ser uno de los motivos de las terribles epidemias que atacan á los Europeos. La eterna brisa alisia que sopla del N. al E. durante los doce meses del año no es suficiente para purificar del todo aquellas tierras inundadas por la continua lluvia y revueltas por los huracanes.

La vejetacion de las Antillas, superior á las borrascas, se presenta bajo colores ricos y vivos. Nunca para su accion; pues las flores se abren en el mismo árbol de que pende el fruto en sazon. La higuera da frutos esquisitos; el zapote, la caoba y el ananas espinoso crecen en el llano y en el recuesto de los collados, y las verduras de Europa se elevan buenas y á tiempo junto á la col caribe muy estimada de los naturales.

No son menos variadas las riquezas en los otros reinos de la naturaleza. La nomenclatura científica de este archipiélago se compone de toda clase de minas, de aves, cuadrúpedos, peces, moluscos, zoófitos é innumerables insectos.

CAPÍTULO VII.

GUYANA FRANCESA. — CAYENA.

Á 24 de junio salimos de Saint-Pierre, el dia siguiente vimos la Barbada, y el 30 notamos cierta variacion en el color de las aguas que nos indicaba estar en frente de las bocas del Orinoco. En lugar de ser trasparente y blanco, el mar habia tomado efectivamente un tinte rojizo y terroso y varias veces que nuestro capitan holandés echó el áncora, halló un fondo de veinte á veinte y cinco brazas.

A 1 de julio avistamos el Mont-Maillet, cubierto de corpulentos árboles, único punto aparente en medio de aquellas tierras bajas é inundadas; en seguida se descubrió el cabo Cachipour que interna su punta en el mar, y el rio Oyapock. Doblado que fué aquel promontorio, nos acercamos á tierra para reconocer el monte Lucas, que es una gran peña perpendicular por el lado del mar. Por último, despues de haber evitado el escollo del Gran Condestable, descubrimos la elevada costa de Ramire contra la cual se reclina Cayena.

La ciudad está situada á la orilla del mar, en una isleta separada del continente por medio de un canal estrecho, y no es posible dejar de avistarla desde el mar. Despues de haber andado un poco se distinguen en segundo término y en medio de una espaciosa sábana largas hileras de casas tiradas á cordel, mientras que en el primero se alza un fuerte flanqueado de antemurales bastante malos (PL. IV. — 1.). El aspecto jeneral de la comarca nada tiene que recree y sonria á la vista; pues solo se observan vastas marismas que parecen formar una cintura en torno de los edificios de la playa. La ciudad se divide en dos mitades; la una, que es la ciudad antigua, encerrada en el recinto de las murallas, sucia y medio arruinada; la otra, que es la ciudad nueva, bien construida y con algunos edificios suntuosos, como son la iglesia, los depósitos y muchas casas de comerciantes. En el interior de las murallas se encuentra el palacio del gobierno y en frente el convento de los Jesuitas que ocupan los dos estremos opuestos de la plaza de armas. Habiendo desembarcado en una especie de puente levadizo, atravesé dicha plaza, que es magnífica y espaciosa y está rodeada de dos hileras de naranjos, en los cuales juguetean los mas hermosos colibrís que puedan verse. Llegado á la mitad nueva, encontré varias calles cortadas en ángulos rectos y enlosadas en su mayor parte. Centro del comercio de toda la Guyana francesa y situada á la entrada de un rio, Cayena se ha atraido una parte considerable de todas las riquezas de la colonia; mas bien ha preferido ceder á la pasion del lujo á saber si le faltará jamas lo necsario.

Al mirar en torno mio, creí no haber salido de las Antillas; pues la mezcla de poblacion de color y de poblacion blanca era la misma; con la sola diferencia de que en Cayena los esclavos negros no andaban tan cubiertos como en el archipiélago americano. Los hombres no llevaban mas que un *languti* ó *calimbé*, que



1. Vue de Cayenne.

1. Vista de Cayena.



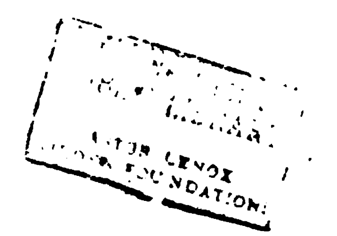
2. Rade de Paramaribo.

2. Rada de Paramaribo.

Sainson del.

VOYAGE

VIAJE.


LENOX
FOUNDATION

apenas era suficiente para cubrir las partes secsuales. Las mujeres iban con el pecho desnudo, con una simple chupa atada mas arriba de los riñones, aunque habia un corto número que llevaba ademas una camisita que les cubria el vientre á modo de almilla.

Estos indíjenas forman parte de las tribus de Indios establecidos en las cercanías. Hablan con bastante frecuencia un francés corrompido; tutean á cualquiera, y á cada criollo que encuentran le dan el nombre de *banare* (amigo).

Observando de paso todos estos objetos llegué al domicilio de un comerciante europeo á quien iba recomendado. Acojióme con una cordialidad perfecta, y me presentó á su mujer, criolla linda y despejada. Como solo tenia que estar algunos dias en la ciudad, decidióse que los pasaria en su casa.

Cuando me introdujeron en la pieza principal de la casa, que sin duda seria el salon, ví con gran sorpresa colgadas del techo, dos hamacas primorosamente trabajadas, verdaderas hamacas indianas, cuyo lujo aumentaba su precio, y entrambas colgaban en forma de guirnaldas. Al observar aquellos lechos portátiles no pude menos de manifestar alguna sorpresa, y al notarlo mi huéspeda: «Este mueble escita su admiracion de V., díjome señalando el mas elegante de los dos; aquí se usan mucho; en los dias calurosos nos sirven de camas. Esta es la mia.» Y al momento se subió á ella; y medio recostándose con una pierna suspendida, imprimió á su hamaca un movimiento oscilatorio cuya duracion debia provocar el sueño. No parecia sino que era una sílfide columpiada en su gasa flotante, ó mas bien una de aquellas mujeres indias de las que entrañan las vecinas selvas en tanto número en medio de las familias nómadas que suspenden su cama todas las noches de los centenarios árboles de la Guyana central.

Despues de una agradable conversacion de algunas horas, sentámonos á la mesa, y algunos Europeos sobrevinieron en clase de convidados. No me cabia la menor duda de que iba á pagar mi escote en noticias de Francia, y era preciso decirles lo que ocurria en nuestro pais que no podian olvidar. Hícelo gustoso, y fuí escuchado con la mayor atencion. Los mas insignificantes pormenores eran noticias preciosas para aquellos pobres desterrados, estraviados en las marismas de la Guyana; por cuanto no saben mas que lo que les anuncian gratuitamente varios capitanes de buques mercantes mas ocupados de sus quehaceres que de anécdotas y noticias.

Despues de comer, todos los comensales quisieron servirme de guias para un paseo por la ciudad. Dirijímonos al jardin botánico, especie de huerto en donde se han aclimatado algunas plantas de Asia y de Europa. La mejor parte de estos ensayos han producido muy buen efecto, y el árbol de té ha sido el único que no ha podido aclimatarse en él como en el Brasil, en donde ecsiste ya una bellísima plantacion, siendo así que todos los demas vejetales confiados al terreno de la Guyana han muerto poco á poco. No han prosperado mas que sus árboles veinte y siete Chinos procedentes de Manila para dirijir aquel cultivo; pues todos han fallecido sucesivamente.

El primer dia fué para mis huéspedes; peró los siguientes fueron consagrados á mas serios estudios. Observé mas detenidamente la ciudad; recorrí las cercanías y tomé una idea jeneral por medio de un ecsámen detenido para dar principio á un trabajo especial sobre la Guyana francesa y sobre las Guyanas en jeneral.

La isla de Cayena forma casi por sí sola todo el territorio de la colonia de este nombre. En tiempos mas remotos estuvo unida sin duda al continente, del cual está separada por un pequeño brazo de rio. Está limitada de parte del N. por el mar, y en el resto de su circumferencia por los rios de Oyac, de Cayena y de Oyapock. Danla de cinco á seis leguas de lonjitud sobre tres de anchura. Su terreno es bajo, inundado, cubierto de sotillos de chopos y sembrado de colinas verdes y risueñas. Aunque algo arenoso, el terreno ofrece en la superficie una capa negruzca reemplazada por una tierra roja á dos pies de profundidad. El café, la caña dulce, el maiz y el mañioc crecen perfecta é indistintamente en aquellos llanos. Durante la estacion de las lluvias se forman unos pastos que se agostan y mueren con la sequía.

El corto territorio de Cayena es de una ocupacion tan onerosa para la Francia, que inmediatamente deberia ser evacuado á no ofrecer una perspectiva de indemnizaciones futuras con la esperanza de nuevas colonizaciones en tierra firme. Las soledades de la Guyana, frondosas selvas donde el hombre solo encuentra paso con el hacha, ofrecen en todos los puntos magníficas maderas de construccion que podrian hacerse bajar hasta la mar por el curso de numerosas y rápidas corrientes. En aquel pais no hay mas que rios y bosques, en los cuales se ven algunos de aquellos colosos vejetales que pasman por sus proporciones y que los Ingleses han sabido utilizar ya para su marina. Hállanse asimismo tantas especies de árboles útiles, que M. Noyer hace ascender su nomenclatura al número de doscientos cincuenta y nueve. El Oyapock, el Approuague, el Oyac, el Kourou, el Sinnamary, el Maroni y el rio del Cabo-Norte bañan aquellas tierras y hacen de ella como un vasto lago sembrado de islas inmensas. Cuantas riquezas encierra aquel espacio! Cuán fecundo

debe ser un terreno que sustenta tal vejetacion y levanta hácia las nubes tan frondosas cumbres! Si esta Guyana fuese despejada por el hacha ó el fuego, sin duda nacerian maravillas de su seno. No se crea que no se hayan practicado esperiencias; pero como se han fundado en escala mínima no han producido mas que abortos. Sin embargo los apostaderos de Approuague, de Oyapock y de Kourou han servido para consagrar algunas tierras al cultivo. En la actualidad se continua todavía en desecar, y es de creer que tarde ó temprano la paciencia humana triunfará de la naturaleza.

La esplotacion agrícola del territorio de Cayena recuerda la de las Antillas francesas. Sus rancherías se componen de un número bastante considerable de edificios. Para construirlos se aprovechan dos malas especies de piedras y se hacen medianos ladrillos; pero el yeso es desconocido. La madera es hermosísima y muy comun en los alrededores. La cal la hacen de mariscos. El domicilio del plantador jeneralmente tiene un solo piso con un cuarto bajo guarnecido de galerías esteriores, por donde se pasean los colonos en los dias cálidos ó lluviosos. La cocina, el repuesto, el molino del cazabe y el lavadero son otros tantos cuerpos adherentes al edificio principal: en seguida se escalonan las casas de negros de unos treinta y seis pies de largo sobre doce de ancho, alineadas en dos ringleras y separadas por un intérvalo de veinte pies. Allende las casas hay el injenio de azúcar, el destilatorio y las fábricas del achiote y del añil, que son los obradores de los negros colocados á la puerta de sus domicillos. De esta suerte una ranchería forma una aldea, con cincuenta, sesenta ó cien casas contiguas á la del amo, construidas bajo un mismo plan.

El réjimen de los negros es casi el mismo que en las Antillas; únicamente que en medio de los trabajos de descuaje que ecsije el estado del terreno, los esclavos de Cayena están sujetos á muchas mas enfermedades y á mayor mortalidad. Entre las plagas que desuelan el pais debe citarse en primer lugar el pian, especie de mal venereo importado, segun dicen, de la costa de África, que raras veces perdona á los que contajia. Esteriormente se manifiesta por una gangrena seca que causa dolores intensos y continuos.

El arador, la garrapata y otros insectos son igualmente plagas á que los negros solo pueden oponer la resignacion y la paciencia pues su desnudez les abandona á merced de aquellos incómodos vichos. Persígueles tambien el gusano macaco, grueso como el mastil de una pluma, el cual nace bajo el cútis, donde se desarrolla y crece hasta que puede estraerse. Mas peligroso es el gusano de Guinea, bien que, segun parece, solo ataca á los esclavos recien llegados de África. Es un vicho lonjitudinal que desovillándose como un hilo tiene á veces hasta seis varas de largo. Tan numerosas incomodidades nada son sin embargo comparadas con un terrible mal que acomete como el rayo y lleva al sepulcro á centenares de naturales, y es el tétanos. En una época en que el afan de desmontar no habia aun purificado la comarca, las tres cuartas partes, con poca diferencia, de los negros empleados en el cultivo sucumbian en pocas horas, aun cuando estuviesen allí de años. Cerrábanseles las quijadas; sus estremidades se ponian tiesas y espiraban en un estremecimiento convulsivo. Los niños en especial perecian á centenares, mas actualmente esta mortalidad no guarda las mismas proporciones. Los socorros dados á tiempo atacan el mal en su orijen.

En el espacio de pocos dias visité toda la tierra de cultivo que circuye á Cayena. Todo el trabajo de las plantaciones, la naturaleza de los productos y su preparacion, eran casi lo mismo que habia visto en otras partes. Asistí á la manipulacion del mañioc, producto de un arbusto de nudoso tronco, cuyas hojas son de un verde obscuro encima y de un verde mas claro en la superficie inferior. Algunos negros raparon las raices en mi presencia, y estrujáronlas para convertirlas en harina ó cazabe, que es como lo quieren los criollos. Ví preparar el aouara, fruto de un vivísimo encarnado que produce una especie de palmera que crece en las playas; observé los trabajos de cosecha y de elaboracion que ecsijen el café, el algodon, el azúcar y el añil, artículos que se encuentran en diversas posesiones coloniales, y que acaso son mas bien cuidados en otras partes; pero hay una industria especial á la Guyana, que es la del achiote que se fabrica en ella de superior calidad.

El arbusto que lo produce era conocido ya de los salvajes á causa de sus cualidades para el tinte. Hemos mencionado ya el modo como los Caribes, pueblos primitivos de las Antillas y aun en la actualidad indíjenas de la Guyana, preservaban su carne de la picadura de los insectos por medio de gruesas capas de achiote. No obstante esta tradicion histórica, parece que no ha podido encontrarse achiote ni en las Antillas ni en la Guyana, y algunos naturalistas lo creen orijinario del Brasil. El achiote es un arbusto bastante grande de hojas cordiformes, y de flores poliadelfas que cuelgan á manera de rosados mechones. Su fruto, que llega á ser del tamaño de una castaña, es rojizo y se compone de dos válvulas de medulosas espinas y están tapizadas de una membrana que encierra el colorante grano.

La cosecha del achiote se recoje unos dos meses despues de haberse sembrado la simiente,

y pueden hacerse dos cosechas anuales. La del invierno es la mas abundante. Cuando lo han descascarado y picado, echan el achiote en un dornajo lleno de agua; y despues de haber permanecido seis dias en él, lo pasan por un tamiz y en seguida lo hacen hervir en grandes calderas. Lo que se trae á Europa no es mas que el producto de esta ebulicion estendido y resfriado, que nos suministra el tinte que sirve para tan diversas é importantes fabricaciones. El achiote de buena calidad tiene un color de fuego mas vivo en el interior que en el esterior, y una consistencia tal que de ningun modo puede penetrar en él ningun cuerpo duro, aun cuando esté dotado de alguna fuerza.

Como mi huésped conocia el deseo que tenia yo de visitar paises nuevos para un Europeo y en los que no se ostenta señal alguna que manifieste el paso de nuestra invasora civilizacion, combinóme una sorpresa. Habia organizado para mí una escursion fluvial, nada fácil en aquella época del año, un viaje por el Alto-Oyapock, que es la corriente mas caudalosa de la Guyana francesa despues del Maroni. Todo estaba dispuesto para el dia siguiente: una pequeña goleta debia conducirme primeramente al Approuague y despues á la embocadura del Oyapock. Embarquéme el 5 de julio, y apesar de algunos retardos inherentes á la navegacion, encontréme el 10 á la entrada del rio, donde el Oyapock da su nombre á una espaciosa bahía cuyo límite S. S. E. es el cabo de Orange, y el N. N. O. la montaña de Plata, á siete leguas de distancia. Desde la embocadura del rio hasta el cabo de Orange, la costa es una superficie llana y monótona que ostenta una prolongada serie de árboles que la hacen inaccesible.

La embocadura del Oyapock tiene una legua de ancho, y está cortada en dos partes casi iguales por dos islas estrechas, que son la Perroquet (Papagayo) y la Biche (Cierva). En frente de esta última y en la ribera izquierda del rio estaba situada en el siglo último la parroquia del Oyapock donde los misioneros habian congregado un número considerable de Indios bajo la proteccion de un fuerte. En 1624 lo tomaron los Ingleses y lo entregaron á las llamas, sin que jamas haya podido levantarse de sus escombros.

En la embocadura del Oyapock tomé dos botes para subir rio arriba. El uno llevaba las mujeres de los Indios encargados de la maniobra, sus víveres, sus pagaias y una multitud de menudencias que acostumbraban llevar consigo en sus viajes. En la popa de cada uno de aquellos botes habia un *ponacari* ó toldo de ramas cubierto de hojas de una especie de palmera. Estos ponacaris estaban tan bien entretejidos, que no hubiera podido atravesarlos la mas fuerte lluvia.

A medida que nos internábamos en las tierras, el rio disminuia en anchura y se veia desfilar por ambas márjenes una larga serie de habitaciones. Deslizábanse á nuestro lado otros barcos pescadores que seguian la pista á su presa y la mataban á flechazos. Desde la embocadura del primer rio hasta el primer salto del Oyapock, es decir, en una estension de catorce leguas, se suceden las campiñas mas variadas y pintorescas. De vez en cuando cortan el curso del rio verdes islotes que lo hacen culebrear en cinco ó seis brazos. Esta sucesion de islas no termina hasta el primer salto, en donde el Oyapock forma como un lago. A este sitio se refiere el episodio que cuenta Malouet, ordenador de la colonia. En un islote bañado por la espuma de la cascada, encontró en 1776 á un viejo inválido de Luis XIV, de ciento y diez años de edad, que se habia retirado en aquel punto despues de la batalla de Malplaquet, y hacia cuarenta años que vivia en aquel desierto. Ciego y desnudo, con semblante decrépito, pero todavía con buenos brazos y piernas, el inválido se alimentaba con su pesca y con los frutos de un jardinito, miserable residuo de una plantacion considerable. De treinta esclavos que habia tenido, solo le quedaban dos viejas negras que le prestaban sus ausilios y le servian. Por lo demas, contento con poco, aquel anciano hacia veinte años que no habia comido pan ni bebido vino; y cuando Malouet le dió que comer y que beber, no pudo menos de prorumpir en la mas loca alegría. Escitáronsele los antiguos recuerdos de su patria, habló de la peluca negra de Luis XIV, del continente marcial de Villars y del bondadoso carácter de Fenelon, en cuya puerta habia dado guardia en Cambrai. Dos horas pasó Malouet en el domicilio de aquel esqueleto ambulante, enternecido y pasmado al ver tantas privaciones y miserias. Antes de despedirse, invitó al anciano á pasar á Cayena, prometiéndole que socorreria sus necesidades de un modo decente; pero quién lo diria? aquel hombre no quiso condescender á esta proposicion diciendo que estaba habituado ya al murmullo de aquellas aguas, al ejercicio de la pesca y al espectáculo de aquella naturaleza tan imponente y lujosa, y que aquel ambiente puro y saludable convenia mucho á su temperamento. No quiso insistir mas Malouet, considerando efectivamente que la traslacion de un anciano de tanta edad á otro clima y la mudanza de sus costumbres le acarrearia la muerte. Aquel centenario se llamaba Jaime, cuyo nombre legó á una parte del salto que aun en la actualidad se llama el *Salto-Jaime*.

En aquel punto se detiene la poblacion civilizada del Oyapock. Esta poblacion, en otro tiempo floreciente, se compone en la actuali-

dad de jentes de color y de negros libres confundidos con un corto número de blancos. Su método de cultivo consiste en desmontar una porcion de terreno, cuyo trabajo ha tomado el nombre de *abatis* (talas), y despues en el espacio despejado por el fuego y el hacha, plantan mañioc, batatas y bananas. Sin embargo estos cultivos son tan ingratos y tan sumamente poco productivos, que en todas partes se observan campos enteros cuya cosecha se corrompe en el árbol: ademas de que la indolencia de los naturales es un obstáculo á la prosecucion no interrumpida de los trabajos ejecutados en grande. La mayor parte de los dias del año son para ellos dias de reposo; y solo cuando una familia desea hacer una tala anuncia á sus amigos y parientes que en tal dia habra un *makuri*, es decir, un regalo para todos los hombres que vayan á ayudarla en su trabajo.

Allende la zona habitada por aquellos colonos blancos ó de color, empiezan las tribus indianas cuyos carbets despuntan por todas partes en las márjenes del rio. El carbet, cabaña de aquellos pueblos, se compone de algunas estacas clavadas al suelo, que sostienen una techumbre de hojas de palmera. El carbet está cubierto ordinariamente por una cortina de árboles que se halla en el centro de la plantacion, espacio de algunas toesas cuadradas atestado de troncos de árboles medio devorados por el fuego. A no ser la caza y la pesca, el producto de tales cultivos seria insuficiente para alimentar á aquellos pueblos.

Estos Indios, como llevo dicho, parecen oriundos de los Caribes; y si bien se hallan cerca de los establecimientos europeos, y se mezclan todos los dias con la poblacion blanca, no han adoptado ninguna de nuestras costumbres. En vez de ganar algo por semejante contacto, han perdido la franqueza y la buena fé de las tribus que habitan el interior. No obstante, como son de un carácter pacífico, viven en buena intelijencia entre sí y con los dueños de la costa.

Sus razas son diversas y diferentes sus tribus. Barrère exajeraba su número cuando las hacia ascender á cincuenta y seis, y confundia los pueblos de la Amazona con los de la Guyana francesa. Últimamente el sabio Lacordaire ha rectificado esta nomenclatura escorbitante. Segun este viajero, deben comprenderse en la Guyana francesa los Galibis, que moran á sotavento de los rios de Sinnamary, Iracoubo, Organabo y Mana, en número de unos cuatrocientos; los Arouas, menos numerosos que pueblan igualmente la misma zona; los Palicoubs, acampados en número de ciento en las sábanas de Ouassa y de Rocaw; los Pirious, los Cariacouyous y los Noragues, casi de todo punto estinguidos; los Marawanes, tribu emigrada del Brasil y establecida en el rio de Approuague; los Oyampis, igualmente orijinarios de las márjenes del rio de las Amazonas y en el dia la tribu mas numerosa de la Guyana, puesto que se compone de cerca de cuatro mil nómadas entre las fuentes del Oyapock y los del Orawari, y finalmente los Coussanis y los Emerillons, mas salvajes y conocidos. Estos Indios tienen el tinte que varía del rojo cobrizo al amarillo obscuro, los cabellos mugrientos, lisos, negros y rasurados en la frente, y la barba bastante clara. Sus facciones no tienen nada notable, pero no llevan aquella espresion estúpida que jeneralmente les han atribuido. Gustan mucho de embadurnarse con jenipa y achiote, pero sin practicar, como hacen ciertos pueblos brasileños, ninguna mutilacion horrible en los labios, ni en la nariz ni en las orejas. El único vestido de los hombres es el *calimbé*, y el de las mujeres la *camisa*: estas últimas andan á veces del todo desnudas, pero los hombres nunca. Estos Indios, semi-nómadas, semi-sedentarios, sobresalen en disparar el arco, arma que les suministra caza y pescado juntamente. Toda su industria consiste en la confeccion de sus arcos y de sus botes. Estos, lijeramente construidos, parecen dotados de una elasticidad mucho mas apreciable que la fuerza. Chocando á cada momento contra las rocas que asoman á flor de agua y que impiden el curso de los rios, se harian cien veces pedazos á no deslizarse como peces por entre aquellas agudas puntas. Por otra parte si algun agujero da entrada al agua, tápanlo luego, y si llegan á zozobrar, como son admirables nadadores, se arrojan al rio, sacan su piragua, la descargan y la recomponen.

Al proponerme semejante viaje, mi huésped de Cayena no me habia ocultado sus peligros que comunmente solo pueden arrostrarse en la estacion seca, esto es, desde julio á noviembre, cuando se han contraido á su alveo las aguas del invierno. Apesar de este obstáculo resolví continuar mi camino. El Oyapock, acrecido todavía por las lluvias, corria con la rapidez de un torrente, y aunque habíamos escojido bateles sólidos y una tripulacion robusta y numerosa, solo podíamos hacer jornadas cortas.

Despues de quince dias de navegacion llegamos finalmente á la altura del primer salto del Oyapock. Estos saltos son verdaderos raudales que embarazan el curso del rio en toda su lonjitud. Solo las piraguas consiguen salvar felizmente aquella linea de arrecifes, y aun muchas veces es preciso arrastrarlas por las rocas ó abrirlas paso por tierra. Cataratas submarinas como las de Assouan en Ejipto, estos saltos tienen su jénero de belleza que en nada cede á la de una cascada perpendicular. El Oyapock ofrece en

su primer salto y en una anchura de quinientas toesas una confusion de corrientes opuestas, de aguas tumultuosas y sosegadas, de vertientes y lagunas, de rocas peladas y de verdes islotes en medio de los cuales saltan, juguetean ó descansan millares de peces que se deleitan en aquellos sitios procelosos.

Todas las corrientes de las Guyanas corren por alveos del mismo jénero: todas tienen escollos que las harian innavegables para cualquier otro pueblo diferente de los Indios. Pero estos, ájiles y vijilantes, han dado con una navegacion escepcional, transformando sus barquichuelos en una especie de anfibios que corren indiferentemente así por tierra como por agua. Cuando se les presenta en el rio alguna roca, al momento amarran una larga enredadera en la proa, y halan el bote hasta hacerle superar el obstáculo. Este medio decisivo solo se emplea raras veces y cuando no hay absolutamente otro recurso; pero durante la mitad del viaje las tripulaciones indias dejan la pagaia inutilizada para lanzarse á las rocas que forman los escollos de donde impelen la piragua con las manos ó con los pies, en medio de un laberinto de piedras que asoman á flor de agua. Ninguna descripcion seria suficiente para pintar su destreza en semejante accion, ni menos la facilidad de su écsito. Saltando de una en otra roca, escojiendo la linea de agua menos rápida, calculando su impulso de modo que no sea sobrado vivo ni demasiado escaso y procurando sostener juntamente su propio equilibrio y el movimiento de la barca, hacen prodijios de jimnástica y de fuerza corporal. Tal es el trabajo de estos marineros indíjenas cuando guian sus barcas por el Alto-Oyapock. No es menos difícil el empeño que ponen á veces en dejarlas que se deslizen hácia el mar; porque entonces la embarcacion hiende las aguas como una saeta, métese por entre una serie no interrumpida de peñascosos desfiladeros y cae de cascada en cascada. Cuando la altura de la catarata es sobrado considerable, atan una enredadera en la proa; y arrojándose al agua, resisten por medio de aquella amarra no cediendo sino por grados; mas apesar de estas precauciones no pocas veces zozobra la embarcacion, y entonces es preciso pescarla para recomponerla.

Al primer obstáculo conocí ya que un viaje por el Alto-Oyapock oponia á la sazon dificultades sin ofrecer en cambio la perspectiva de compensaciones reales. En consecuencia renuncié á él; sin embargo otros viajeros llegados posteriormente en una estacion mas propicia han sido mas intrépidos y mas afortunados visitando las pueblas acampadas en las márjenes de este rio y sus afluyentes, entre los cuales no deben pasarse en silencio M. Baudin, cuya muerte prematura le impidió sacar á luz su narracion, y MM. Lecordaire y Leprieur.

M. Lacordaire emprendió aquella escursion en octubre de 1831. Llegado el 20 del mismo al primer salto, salvó en los siguientes dias los de Marypa y de Cachiry: este último tiene cincuenta pies de altura. A poca distancia de Cachiry, M. Lacordaire fué visitado por el caudillo de los Pirious, el capitan Alexia, viejo octojenario vestido á la europea y armado de la caña con pomo de plata que recibiera de manos de un gobernador colonial como insignia de su autoridad. Aquel jefe indio hablaba el criollo con bastante perfeccion; refirió á nuestro viajero la historia de su tribu asolada por las guerras contra los Oyampis, y con su concurso pudieron completarse las tripulaciones. Fijóse el sueldo de los marineros indios á noventa y cinco reales mensuales, ó mas bien á tres varas de indiana ó de guinea azul, con las que debian hacerse calimbés para ellos y camisas para sus mujeres. Los sables, las hachas, los cuchillos, los espejos, las rocallas y los anzuelos son objetos asimismo apreciados de los salvajes, para quienes la plata no tiene valor alguno. En cambio de estas mercancías dan couac, *cascos* ó botes hechos de un solo tronco, arcos, hamacas y animales vivos. Un bote vale muchas hachas; una hamaca vale un hacha; un arco, un cuchillo y un espejo, un papagayo lo mismo.

Habiéndose despedido del jefe de los Pirious, M. Lacordaire pasó por delante del solar donde florecia, hará cosa de un siglo, la mision de San Pablo, apostadero fundado por los Jesuitas en un sitio admirable. Actualmente solo se ven allí algunas vigas de madera de nacapú que indican haber ecsistido en aquel sitio una pequeña ciudad. Su soledad es completa, y la vejetacion silvestre se ha apoderado de nuevo del espacio que le arrancara el cultivo.

A 24 de octubre M. Lacordaire hizo un alto en la ranchería de un jefe indio llamado Kasrar; salvó en los siguientes dias muchos obstáculos por entre rocas de formas pintorescas á cual mas, y el 28 llegó á la embocadura del Camopi, al pie de una cruz levantada en 1826 por la espedicion del injeniero Baudin. El Camopi, cuyas fuentes no son conocidas, es el afluyente mas considerable del Oyapock. Un poco mas arriba el rio se encoje hasta no tener mas que cien toesas de anchura, y allí es donde empieza la zona ocupada por la tribu de los Oyampis.

La primera ranchería oyampi en que se detuvo nuestro viajero, pertenecia á un Indio llamado Awarrassin, en cuyo domicilio se hallaban congregados á la sazon veinte individuos de ambos secsos, embadurnados de pies á cabeza con achiote y janipaba. Sirvieron en cuïs, vasos fabricados

con la mitad de una calabaza, el licor fermentado del cachiry; bebieron en rueda y se hicieron algunos trueques. La casa en donde se hallaba entonces era un *koubouya*, edificio en forma de colmena, destinado á recibir á los estranjeros y á colgar las hamacas durante el dia. A poca distancia se veian grandes *suras*, otras casas que sirven juntamente de depósito para los muebles preciosos, de cocina y de dormitorio. Estas últimas son edificios mas vastos, de quince á veinte pies de elevacion sobre el nivel del piso y de una forma unas veces octógona y otras cuadrilátera. Para subir á ellas hay una viga colocada oblicuamente, escopleada de trecho en trecho y guarnecida de un guardalado.

Salido de la ranchería de Awarrassia, M. Lacordaire encontró por primera vez á dos Indios *Emerillons* de unos veinte años de edad y de cinco pies y diez pulgadas de altura, con facciones animadas de cierta espresion de dulzura y formas rollizas y femeninas, comunes á muchas razas indianas. Aquellos individuos llegaban del Alto-Camopi con objeto de visitar á algunas familias del Oyapock. M. Lacordaire observó igualmente en la misma casa dos muchachas de diez y seis años, en estado de completa desnudez y llevando únicamente en el cuello enormes collares de rocallas, de los que colgaban algunos hasta los riñones.

Un poco mas allá habia una comarca del todo oyampi, y la raza tomaba un carácter mas atlético y nervioso. En el primer carbet visitado se hallaban veinte individuos armados de arcos y de flechas, el cuerpo pintarrajado con esmero, los brazos y la cabeza adornados de brazaletes y diademas. Saludaron al viajero con el nombre de *bonaré* (amigo), y le ofrecieron cachiry en toda forma. Fué preciso apurar muchas copas de este licor y correr parejas con los Indios que se embriagaron en honor de los recien llegados.

El cachiry se hace con el mañioc rallado, sujeto á la ebullicion durante siete ú ocho horas y á la fermentacion por espacio de dos dias. Esta bebida, pasada por el tamiz, es blanca como la leche, y tiene un gusto acedo y agradable. Por lo demas, este licor es muy suave, y pueden beberse de él muchas botellas sin efecto desagradable. Los Indios para emborracharse beben de él cantidades enormes.

Cuando se anuncia alguna fiesta, las Indias fabrican el cachiry por barricas, y llenan de él cuantas vasijas tienen en su domicilio. Cien Indios necesitan de ocho á diez cubas. El dia señalado llegan los convidados: por espacio de dos dias no hacen mas que bailar y beben solamente agua; en seguida se dedican á la pesca y á la caza y celebran un opíparo banquete en el que tampoco se bebe mas que agua; pero al llegar á los postres se da principio á la orjia mas asquerosa que imajinarse puede. Recostados en sus hamacas, los hombres reciben el cachiry de manos de las mujeres, y allí es preciso que beban continuamente hasta embriagarse, porque la costumbre ecsije que no quede en los vasos una gota siquiera de cachiry.

Fuerza es decir sin embargo que semejantes escesos son muy raros, por cuanto los Indios de la Guyana propenden naturalmente á la sobriedad y á la templanza.

Volvióse el viajero á embarcar en el rio, salvó el salto Ako, y en una plantacion situada en la ribera izquierda observó al jefe Waninika que trabajaba con una de sus mujeres enteramente desnuda. Cuando esta echó de ver á un estranjero, ni siquiera pensó en cubrirse, no obstante tener al lado su camisa. Aquel Waninika habia sido el jefe mas poderoso de los Oyampis: sus *poïkos* (vasallos), numerosos y sumisos, trabajaban para él, y por su parte les gobernaba este paternalmente. La cosa duró hasta el momento en que el Indio hizo un viaje á Cayena, donde le dispensaron una especie de acojida oficial. El gobernador Milios le hizo sentar á su mesa, cubrióle con un uniforme de capitan de navío, le hizo asistir á algunos bailes y lo despidió cargándole de presentes, entre los cuales se hallaban varios fusiles y municiones. Colmado de tantos honores, el pobre Waninika mudó enteramente de sistema: de buen príncipe que era pasó á ser déspota, divirtióse, para imitar á los Europeos, en tirar fusilazos contra sus vasallos, y se portó tan mal que al fin se vió abandonado de todos. Entonces su carbet empezó á arruinarse y sus plantaciones se perdieron por estar descuidadas.

M. Lacordaire se detuvo muy poco rato en casa del capitan; pero hizo un alto bastante largo en casa de su hermano, el Indio Tapaïarwar. Los carbets de este último, situados en el centro de una península, contenian veinte y cinco personas, todas de su familia. Sus hijos y yernos pescaban para él, sus mujeres cuidaban de la tala de árboles, y él, á manera de verdadero bajá, no tenia nada que hacer. Recostado en su hamaca, bebia, dormia y conversaba.

M. Lacordaire pasó unas dos semanas en casa de Tapaïarwar, y en ellas observó todos los usos y costumbres de los Oyampis, quedándole de ellas impresiones dulces y favorables. Nunca dejó de reinar entre ellos la mejor inteligencia: todos se levantaban al amanecer, iban á bañarse al rio, regresaban al carbet, para descansar é iban en seguida al trabajo diario, esto es los hombres á la hamaca, y las mujeres á la tala. Era aquella una vida patriarcal que

solo interrumpian de cuando en cuando algunas francachelas de cachiry.

El viajero presenció igualmente algunos bailes indios de trajes cuyos actores se preparaban para ellos muchos dias antes, en razon de tener que confeccionar las composturas y los instrumentos de música. Consiste la compostura en una especie de gorro de pelo, cuya armazon de corteza de arouma se guarnece de plumas de todos colores, con tres muy largas de oca. Este gorro tiene delante una visera de plumas que cubre una parte del rostro. Los Indios se embadurnaban mucho mejor de lo que tenian de costumbre para aquellos dias festivos; de manera que todo su cuerpo estaba cuajado de dibujos regulares, negros y encarnados. El calimbé de aquel dia era tambien mas largo, y sus dos puntas colgaban hasta el suelo.

Sus únicos instrumentos de música son unas flautas hechas con la caña de mambú. Cada una de estas flautas da una nota, y los Indios se contentan con tres notas solamente para sus sinfonías. Asimismo fabrican un gran número que cuando se tocan juntas producen el efecto mas monótono y discordante. Estas flautas no tienen otro acompañamiento que el ruido de los collares que hacen con los huesos de ahuaya atados un poco mas arriba del tobillo.

Al anochecer llegan los bailarines precedidos de una jóven que trae un palo superado de una especie de abanico trífido compuesto de tres largas plumas de ave. El baile de los Indios no consiste en figuras ni zancadas; sino en un simple paseo en que los bailarines caminan en hilera uno tras otro con la mano izquierda colocada sobre el hombro del precedente y sosteniendo la flauta con la derecha. Por lo que hace á las bailarinas, enlazan al bailarin con su brazo derecho. Comienzan á tocar las flautas, y los cascabeles llevan el compas. Entonces los bailarines se bambolean volviéndose á cada paso como si se saludasen. Ejecutados á la luz de las antorchas, estos bailes deben ofrecer un espectáculo muy fantástico.

Estaba todavía M. Lacordaire en casa de su huéped Tapaïarwar, cuando se le juntó otro viajero, M. Adam de Bauve, que llevaba el objeto de remontar el curso del Yarupi. Uno de los jefes que habitan las márjenes de aquellas corrientes, un Indio llamado Paranapouna, habia pasado á casa de Tapaïarwar vestido con un hermoso uniforme portugués, y sin otro complemento de etiqueta que el calimbé. Habiendo este ofrecido á los viajeros la hospitalidad de su carbet, MM. Lacordaire y de Bauve aceptaron la oferta, y proyectaron hacer una escursion por el Yarupi.

La navegacion de este rio era la misma que la del Oyapock, peligrosa por razon de sus escollos y de los treinta ó cuarenta pies de altura de sus saltos. Llegados á casa del capitan Paranapouna, recibieron la acojida mas singular. El jefe, recostado en su hamaca como toda su familia, al principio no se levantó; pero algunos minutos despues saliendo de su lecho, habló y jesticuló durante una media hora recorriendo el carbet á grandes pasos con un continente serio y enojado. Semejante conducta era una apóstrofe que dirijia á sus hijos para echarles en cara su pereza. « Llegan blancos, les decia, y no hay un pescado ni cosa alguna que ofrecerles!» Sus hijos se mostraron sensibles á la reprension, y desde aquel dia fueron á cazar y pescar para los huéspedes.

M. Lacordaire seguia á los Indios á la caza; mató diversos pájaros bastante raros y un cuguardo jóven ocupado en devorar una corza. Como todos sus guias eran indistintamente cazadores diestros, corrian por los bosques tan despacio, que siempre tenian la caza á tiro; en este caso tiraban, mataban y dejaban la caza en el mismo sitio para llevárselo á la vuelta.

La permanencia de M. Lacordaire entre los ribereños del Yarupi no fué de larga duracion; y como por otra parte se hallaba algo enfermo y atacado por la fiebre, no tenia bastante fuerza física para continuar aquel reconocimiento interior. Embarcóse de nuevo, descendió el Yarupi y el Oyapock, y llegó á Cayena tras una ausencia de veinte y cuatro dias. Viajero erudito é intelijente, habia visto mucho en poco tiempo.

Los rios de la Guyana francesa nunca podrán ser medios de comunicacion para el comercio interior, por razon de los grandes escollos que los cortan de trecho en trecho. Si los desmontes dispusiesen el pais para el cultivo, seria necesario para completar la obra de colonizacion, que se abrieran caminos que cortasen el territorio en todos sentidos. Estos escollos han impedido hasta aquí la fusion de las pueblas indias, y han servido de fronteras naturales á las tribus diseminadas por aquel vasto territorio.

La ruina de cuantos establecimientos se han fundado en las márjenes del Oyapock debe atribuirse esclusivamente á estas dificultades con que tropieza la navegacion. Las factorías fundadas por los misioneros en San Pablo y en el Camopi han dejenerado igualmente en el estado en que se hallaban antes, esto es, en soledades inmensas. La barriada del Oyapock no tiene actualmente mas que un comercio casi insignificante que se hace por medio de dos ó tres goletas.

Hemos visto ya el carácter de los Indios de los bosques interiores: apáticos é indolentes,

nunca se levantan de sus hamacas sino cuando se lo ecsije la necesidad, y apenas cultivan el terreno necesario para su alimento. Sobrios por costumbre, relajados por capricho, melancólicos, recelosos, amables, hospitalarios, están tocados de la manía del atosigamiento. Sumamente hábiles en el conocimiento de las plantas ponzoñosas, úsanlas á menudo contra los Europeos á cuyo servicio se ponen.

Los naturales andan casi desnudos, los unos por falta de vestidos, los otros por una especie de preocupacion. Sin embargo los hombres tienen el calimbé, las mujeres la camisa, ó almenos el *couyou*, especie de delantal triangular, tejido de granos de rocallas. Los primeros tienen á veces las mejillas agujereadas para introducir en ellas algunas plumas ú otros artículos de ornato. Sus facciones son por otro lado bastante regulares: las mujeres, sujetas á la obesidad, muestran un semblante amable y atractivo y unos contornos graciosos y muy bien proporcionados (Pl. V. — 4). La desnudez completa en que andan comunmente, no escluye todo sentimiento de pudor, segun podria creerse. Como están mas ó menos embadurnadas de janipaca, parecen sucias á primera vista; pero nadie es mas zeloso que ellas de un constante aseo y de limpieza. Apenas salidos de sus hamacas, los Indios, así hombres como mujeres, van á bañarse en el rio, y raras veces acontece que no lo hagan otra vez el mismo dia.

El trabajo está repartido entre ambos secsos, de suerte que cada uno tenga su parte. En algunos libros se ecsajera demasiado la parte que la costumbre hace tocar á las mujeres. Verdad es que el cultivo del terreno corre por su cuenta; pero para los indíjenas las cosechas no son mas que un recurso accesorio; siendo así que la caza y la pesca son una necesidad mucho mas imperiosa de su vida y una condicion mas esencial de su bienestar, que está á cargo de los hombres solos. La construccion de los botes y su maniobra y lo principal del trabajo que requiere la tala de árboles son cosas que les pertenecen igualmente. Por ahí se ve que las mujeres tienen que desempeñar el cargo menos penoso. Sin embargo está todo tan bien arreglado, que en las familias reina siempre la union mas perfecta. Cuando una mujer comete un acto de neglijencia inescusable, corríjela el marido sin boato ni ruido, y ella sufre el castigo con sumision y humildad, quedando concluido el negocio hasta nueva falta. El adulterio es el único crímen que á los Indios les parece irremisible, por cuyo motivo lo castigan casi siempre con la pena capital.

Despues de M. Lacordaire, el Oyapock fué tambien visitado por otro viajero, M. Leprieur, que en muchos puntos no hace mas que corroborar la narracion de su predecesor. Despues de haber navegado algun tiempo por este rio, por arriba y abajo de las bocas del Camopi, M. Leprieur quiso aventurarse á través de las selvas en pos de sus fuentes. A este objeto pasó á 8 de noviembre de 1832, acompañado de catorce Indios, y se comprometió bajo unas bóvedas de verdor impenetrables á los rayos del sol. Desde un bosque pantanoso de palmeras entretejidas de cañacorros, de pteris, de orquíses y de dioscoreas, pasó á unos collados cubiertos de cacteas y meliaceas pisando pimientos, geónomos y helechos. Por último, despues de cuatro dias de caminar bajo aquella vejetacion primitiva, llegó á los *Coqs-de-Roca*, á dos leguas N. de las fuentes del Oyapock, despues de haber pasado cuatro veces este rio ó sus afluyentes.

En aquel punto las rocas eran de feldespato ó de sienito, mezclados de algunos casquijos, bien que en cantidad bastante mínima, y conteniendo por otra parte testimonios irrefragables de la accion del fuego.

Llegado á aquella zona de la Guyana, centro de muchas corrientes, M. Leprieur recorrió otras muchas, tales como la Rouapera, La Couve y sobretodo el Alto Jori. No fué tan feliz en una tentativa que hizo para alcanzar el Maroni ó algunos de sus afluyentes. Apesar de verse precisado á salvar profundas marismas y bosques poblados de cuguardos que se alimentan de cocos y de palmas de palmitos, con solos tres negros, persistió durante veinte y cinco dias en aquella peligrosa empresa, y no se detuvo hasta que todos cuantos le acompañaban cayeron enfermos. Entonces fué cuando retrocedió y se volvió por el Oyapock.

Este pais, que ningun Europeo pisara hasta entonces, era desigual, pero bajo, con unas colinas de 600 pies de elevacion. Sus rocas eran feldespáticas en su mayor parte; en ninguna se veia el menor vestijio de piedra calcarea, ni tampoco se vieron en aquella comarca los terrenos de aluvion, tan comunes en la costa.

Toda la parte del Oyapock superior, en el Camopi, es habitada por los Oyampis, cuya aparicion á aquella corriente data de 1816 ó 1817. Los Emerillons, mas altos y mas endebles que los Oyampis, habitan las márjenes del Camopi, cuya tribu es una de las mas atrasadas de cuantas habitan la Guyana francesa. Con efecto, mientras los Oyampis se ocupan en algunos trabajos industriales, ó hilan algunas cotonadas, ó bien entretejen lindísimas hamacas, los Emerillons no hacen mas que perseguir y matar la caza necesaria á su alimento. Apenas tocan el pescado, sin embargo de abundar sobremanera en sus corrientes.

La lengua de los Oyampis es rica, dulce y



3. Carbet d'Indiens Warrows.

3 Cabana de los Indios Warrows



4. Indiens de la Guyane Française.

4 Indios de la Guyana Francesa



3. Barge ou Bateau de Surinam.

3. Barco de Surinam



4. Campement dans les Forêts de la Guyane.

4. Campamento en las Selvas de la Guyana

armoniosa, y todas las voces que de ella se conocen tienen número y cadencia. M. Lacordaire ha manifestado que contaban hasta el número diez, singularidad que presenta una nueva analojía entre esta lengua y los demas dialectos americanos, en que se encuentra siempre el número *diez* á causa de los diez dedos. M. Leprieur por su parte ha presentado una lista de unas quinientas voces oyampis, que podrian servir de base á futuras investigaciones.

CAPÍTULO VIII.

GUYANA HOLANDESA.

Habia renunciado ya á un viaje interior, remontando el curso del Oyapock; porque en el espacio de tres dias que pasé en las cercanías del primer escollo me habia formado una idea harto completa del aspecto del terreno. Dos veces acampamos en la márjen del rio, en una especie de carbet improvisado: cada tarde mis Indios cortaban tres pértigas de doce pies de largo, atábanlas con enredaderas por una de sus estremidades y poniéndolas derechas y separándolas conseguian formar un triángulo en cuyos intérvalos se colgaban tres hamacas. Este sistema de campamento improvisado se denomina *tapayas* en la lengua de los Indios. En caso de lluvia añadian como apéndice á este triedro portátil un techo de hojas de turlury que pone á cubierto la hamaca y le sirve de frondosa bóveda.

A 23 de julio me embarqué de nuevo en la goleta, la que llegó á la vista de Cayena al declinar el dia segundo. Como la Guyana francesa no contenia ya ningun otro objeto que pudiese interesarme, tenia ánimo de permanecer muy poco en aquella ciudad. El azar abrevió aun mas mi permanencia, pues mi capitan holandés, despues de haber dado cima á algunos negocios que tenia en Cayena, iba á emparejar en direccion á Paramaribo. Deseando aprovechar semejante ocasion, hice trasladar inmediatamente á bordo mis equipajes, despedíme definitivamente de mis huéspedes y emprendimos la marcha.

La travesía de Cayena á Paramaribo no ofreció otro incidente que la recalada de un dia en Sinnamary, sábana desierta, sin otro título de celebridad que el haber servido de destierro á los proscritos del 18 fructidor. Mientras estaba contemplando aquel páramo estéril é inculto, renováronse en mi imajinacion los nombres de Barbé-Marbois, de Barthelemy, de Ramel y de Tronçon-Ducoudray, y comprendí cuanto mas dulce debe de ser en semejante caso la muerte que el destierro.

Despues de ocho dias de navegacion costanera, llegamos á las bocas de Surinam, rio caudaloso, de una legua de ancho hasta Paramaribo, capital de la Guyana holandesa. Sin la menor demora nuestro brick, protejido por el soplo de la marea, entró en los canalizos y empezó á deslizarse entre dos playas cubiertas de la mas lozana verdura. Por todas partes se veian deliciosas casas de campo, plantaciones bien cuidadas, sotillos de árboles florecientes ó cargados de flores, jardines, eras y tresbolillos que iban desapareciendo sucesivamente.

A unas once millas mas arriba de la embocadura y en la confluencia del Commewine, caudaloso rio que desagua en el Surinam, avistáronse por una parte el fuerte Leyde, por otra el fuerte Zelandia, y por último, en la ribera occidental del Surinam las baterías de Puromevent. Allende el rio tomaba el pais un aspecto mucho mas animado, y manifestaba la cercanía de la gran ciudad. De vez en cuando veíamos algunas cuadrillas de muchachos casi desnudos que corrian hácia el ribazo y se arrojaban al rio jugueteando en él á manera de peces. Otras veces llamaban nuestra atencion elegantes lanchas de las que usan los criollos, armadas de cuatro remeros cada una. Estas lanchas tenian en la popa un pabellon de cortinas de resorte bajo del cual se estendian los sibaritas europeos, mientras que sus negros hacian correr la embarcacion por el rio. Habia en el timon un patron negro; y cuando entre los pasajeros habia algunas señoras, iba tambien una negra de servicio. De paso encontramos muchas de aquellas lanchas cuyo aspecto era elegante y pintoresco (PL. IV. — 3).

A las cuatro pasamos por delante del hermoso fuerte Zelandia que domina juntamente la rada y la ciudad. Despues de haberlo doblado, avistamos á Paramaribo situada en la márjen izquierda del rio, ostentando sus prolongadas series de casas regulares y blancas, al paso que á menor distancia animaban el primer plano del cuadro algunas embarcaciones ancladas (PL. IV. — 2). Observada desde aquel punto, la ciudad prevenia mucho en su favor; pues mostraba cierto aspecto de órden y de elegancia que argüia la presencia de los Holandeses. Al desembarcar en ella, se justificaba con mas fuerza aquella prevencion favorable: las calles eran anchas y bien alineadas y orilladas en ambos lados de árboles cargados de flores y de frutos.

La plaza en que desembarqué está situada en frente del palacio del gobernador, lindo edificio de dos altos. El fuerte Zelandia está delante, y en el interior de sus muros hay un arsenal y muchos almacenes construidos de ladrillo. Entre la ciudadela y el palacio del gobierno se estiende el paseo público, adornado de frondosos tamarindos, que domina el rio y la opuesta márjen, donde se apiñan elegantes edificios,

Hay ademas otra plaza muy deliciosa, que es la plaza de Orange, plantada en toda su estension de hermosos árboles como la del Gobierno. En uno de los lados de la plaza se levantan las casas consistoriales, edificio construido de ladrillos, espacioso, pero poco elegante; en el otro se hallan el templo protestante donde se hace el servicio en holandés y en francés, varias sinagogas alemanas y portuguesas y una multitud de casas que son propiedad de los comerciantes del pais. Todos estos edificios son de madera, de dos altos y revestidos esteriormente de una capa de pintura gris de perla que les comunica un aspecto muy hermoso. El techo está cubierto de tablitas rajadas que imitan la pizarra bastante bien. Hay muy pocas casas que tengan ventanas con vidrieras á causa del calor, pero en cambio ponen cortinas de gasa. Como el agua del rio no es potable, todas las casas tienen su pozo para los esclavos y el ganado, y su cisterna para los amos.

El interior de estas casas está adornado con lujo; en lugar de tapices, las paredes están guarnecidas de preciosos tableros de madera: el pavimiento se limpia diariamente y con mucho esmero con naranjas medio en sazon que se cortan en dos. Los criados las frotan con fuerza, y no solamente resulta de ahí una perfecta limpieza, sino tambien un olor agradable que aromatiza todo el ambiente de la estancia.

La vida de los criollos que habitan aquellas casas lindas y aseadas participa á la vez del refinamiento colonial y del lujo americano. Todo cuanto producen de mas delicado y costoso los continentes conocidos, cubre la mesa de los ricos Holandeses. Su mayor gloria consiste en el lujo gastronómico; así es que los víveres están á un precio muy alto. Un viajero asegura haber visto pagar mas de ciento cuarenta reales por un pavo, y segun el mismo, el pan candeal valia de ocho á veinte y cuatro sueldos la libra; la manteca á cincuenta; la carne de jifería de veinte y cuatro á treinta y seis. Otro lujo muy característico de los criollos holandeses es el de las telas. Todos sus vestidos indistintamente son de un lienzo de la mayor anchura y de una admirable blancura. Los esclavos al servicio de los habitantes tienen una especie de camisa de tela de Guinea; mas los otros se contentan con una saya que se ata en la cintura y baja hasta medio muslo. El traje de las mujeres de sangre mista es mas parecido al de nuestras Europeas; las mulatas usan las ropas de seda y el fino percal y se cubren de halajas, y brazaletes de todo jénero; pero andan descalzas, por cuanto los zapatos son peculiares á las personas libres.

Paramaribo es una ciudad grande y deliciosa. Su lonjitud será de una milla, y su anchura varía de media á tres cuartos de milla: la poblacion se evalúa en veinte mil almas y se compone de diferentes razas bien distintas. En esta suma se comprenden los Europeos de todas las naciones, ingleses, franceses, alemanes y holandeses, que ascienden á dos mil; los judíos portugueses y alemanes á tres mil; los hombres de color libres á cuatro mil, y los esclavos á once mil. Esta muchedumbre de tipos tan diferentes comunica á la ciudad cierto aspecto ruidoso y vivificador. Las calles parecen animadas por la concurrencia que zumba, soldados, marinos, esclavos, plantadores y comerciantes y por las carrozas que ruedan envueltas en una nube de polvo; la rada se vivifica tambien por el aspecto de los buques que en ella se cruzan, los unos recien llegados, los otros en franquía; los barcos pescadores, las chalupas que embarcan ó desembarcan azúcar, cacao, algodon y café y los esbeltos y lujosos botes que se deslizan por el rio con sus viradores blancos y sus bordajes verdes.

Habíame hospedado en el meson de las *Armas del Rey*, hostería cómoda, elegante y aseada, aunque un poco cara. Encontrábase allí igualmente un atento Israelita, habitante de Savanah-la-Juive, villa floreciente y populosa situada á veinte leguas mas adentro de Panamaribo, en la ribera derecha del Surinam. Este comerciante poseia una lancha muy cómoda y muy linda, y viajaba como un príncipe. Al despedirse, ofrecímele como compañero de viaje y él aceptó mi oferta con mucho gusto. Esta ausencia no debia durar mas que unos ocho dias; y aunque me urjia ir á visitar la Colombia, no quise abstenerme de una escursioncita á la Guyana interior.

A 28 de julio me embarqué pues en la lancha del comerciante de Savanah que los remeros hicieron deslizar en breve por el agua. Fué muy deliciosa aquella navegacion por un rio terso, entre dos vastas selvas que parecian tender sus brazos inmensos para juntarse. Cruzábanse las aves bajo aquel verde subido, mientras que millares de peces saltaban por la superficie del agua límpida y cristalina. Todas las bellezas que ostentar pueda una naturaleza lozana y silvestre se iban desarrollando á mi presencia con tanta velocidad, que á menudo todo aquel verdor, aquellos bosques, aquellas aguas, se me aparecian como una confusa fantasmagoría ó como una vision nebulosa é inconcebible.

Verdad es que viviamos en la lancha; pero no dormíamos á bordo por razon de los músticos que no nos hubieran dejado un momento de reposo. Al caer la noche escojíamos un espacio desmontado, seco, alto, cómodo y propio para un bivaque. La barca estaba amarrada en

el Surinam, y los marineros echaban mano de cuatro estacas y un techo de hojas de banano, é iban á improvisar para cada uno de nosotros un abrigo en el cual pudiese suspender su hamaca. Al lado de este carbet semi-salvaje y semi-europeo, iban otros sirvientes á encender fuego ya para echa los insectos, ya para preparar la cena. Instalada mi hamaca, complacíame en estenderme bajo aquellos corpulentos árboles seculares con mi etcopeta preparada para en caso de ataque, ya de algunos Indios merodeadores, ya de jaguares ó de otras bestias feroces (Pl. IV. — 4).

En aquel territorio, mucho mas rico que el de la Guyana francesa, reconocí una multitud de nuevos desmontes ejecutados muy por mayor. Almenos allí la campiña estaba poblada, y los carbets de los Indios no eran obstáculo alguno para el cultivo. Varios plantadores europeos, dueños de cierto número de negros, esplotaban algunas tierras mas ó menos considerables. Para disponer el terreno al cultivo, habia sido necesario combatir á la vez con la vejetacion y con las aguas, porque el litoral de la Guyana holandesa era no solamente selvático, sino tambien aguanoso. Los bosques primordiales iban tomando pie en el seno de las marismas: de suerte que para emprender el gran trabajo del desmonte debia establecerse un sistema de esclusas sencillo y fácilmente practicable que concurriese á la vez con el hacha y el incendio. Solo la enerjía y constancia de los Holandeses podia obtener este resultado. Merced á la actividad de los plantadores, las aguas han sido repelidas hácia los rios ó ensenadas en unos canales, muy útiles luego como medios de transporte. Estos canales son numerosos y muy bien cuidados, y surcan las plantaciones de tal suerte, que los campos forman otras tantas islas enlazadas entre sí por medio de puentes ó por magníficas calzadas revestidas de césped. Nada cabe mas risueño que aquellos quincunces de árboles frutales, plantios de cañas, de cacao, de café, que crecen en medio de aquellas lagunas.

El cultivo y los productos de la Guyana holandesa son casi los mismos que los de las otras Guáyanas. La esplotacion de las tierras que circundan Paramaribo corre á cargo de los esclavos procedentes de la costa de África. En mi breve permanencia aquellos negros no me parecieron mas desgraciados que los de las Antillas y de Cayena; pues su condicion y sus faenas eran de la misma naturaleza. Sin embargo el viajero que ha escrito mas detenidamente sobre la Guyana holandesa, Stedman, refiere que en su tiempo los llanos de Paramaribo eran el infierno de las pueblas negras, y asegura haber visto á un desgraciado esclavo enganchado por las costillas y colgado de una horca, y en otra parte á una muchacha de diez y seis años acardenalada á golpes de látigo, y menciona con especialidad la horrorosa barbarie de un ama criolla que dirijiéndose á su plantacion en una lancha fué importunada por los lloros de una criatura amamantada por su esclava, y sin tener conmiseracion alguna á los lamentos de la madre, abalanzóse al infante, zambullíólo en el agua y no lo sacó hasta que estuvo bien ahogado. Despues de esto zurriagó á la negra paraque enjugara sus lágrimas.

Fuerza es creer sin embargo que semejantes hechos son escepciones muy raras en la Guyana holandesa. Por lo que á mí hace, en cuantas rancherías visité, nada pude encontrar semejante á tan estúpidas barbaries. Verdad es que el palo reina en aquellas comarcas y resume, como en otras partes, la ley penal de los negros; pero los colonos no abusan de él, por cuanto se perjudicarian ellos mismos. La misma dulzura de trato que observara en las Antillas ecsiste para el esclavo de Paramaribo. Igualmente tiene su jardinito frutal, su casita, su peculio, su compañera de infortunio y sus hijos. Para consolarse de los trabajos semanales, estos desgraciados cautivos tienen sus bailes dominicales; el *Congo* y el *Loango*. el *Vacycotto* y el *Socsa*, dulces tradiciones de la patria, únicas que han heredado aquellos desterrados de otro continente.

Despues de tres dias de una navegacion cortada por algunos altos verificados ya en las selvas, ya en las rancherías, llegamos á Savanah-la-Juive. Sus casas son muy lindas, y su aseo indica una comodidad casi jeneral. Savanah ha servido siempre de refujio á esa nacion perseguida por tanto tiempo en Europa, á esos Israelitas que con su paciencia y constante industria han acabado por verse libres de la persecucion. Savanah ha sido para los Judíos una Sion americana que han transformado en una aldea rica y populosa. Hace mucho tiempo que viven en ella en libertad bajo el patronato holandés, habiendo pagado por largo tiempo en progresos agrícolas la independencia social y política que les han otorgado.

Allende Savanah-la-Juive, la Guyana holandesa casi es habitada solamente por tribus indias que pueblan las márjenes de las caudalosas corrientes, el Surinam, la Sarameca, la Commewine y la Marawine. Estas tribus son tan numerosas y diversas como las de la Guyana francesa: en ellas se cuentan Warrows, Caribes, Accawaus, Arrowauks, Tanas, Piannacotaus, Macoushis, y muchos pueblos de menos importancia.

Verémos en el capítulo de la Guyana inglesa lo que son los Warrows, tribu que habita principalmente el litoral entre Paramaribo y Demezary. Los Caribes, tribu intrépida, numerosa é

independiente, ocupan igualmente las costas; son de una estatura mediana, bien formados y mas blancos que los demas Indios, escepto los Arrowauks: estos últimos acampan cerca de los rios Esequibo, Demerary y Berbue. Es alta su estatura y su color muy claro; habitan en lo interior de las tierras; son corpulentos y bien hechos, sus facciones regulares, los dientes blancos, los ojos negros y vivos, y el pelo negro y largo. No dejan crecer el vello en ninguna parte de su cuerpo. Los Tairos, segun Stedman, andan errantes entre el Maranham y el Surinam; los Piannacotaus no abandonan jamas las soledades de lo interior del pais; y los Macoushis ocupan el pais de este nombre.

Salvo algunas diferencias, estas diversas razas de Indios se asemejan casi todas por el tipo jeneral. Tienen el pecho elevado y lleno, cuello corto, espaldas anchas y miembros carnudos y robustos. Su fisonomía, aunque algun tanto desagradable, no carece de cierta regularidad. La nariz es algo aguileña, la boca y los labios medianos, los dientes pequeños, blancos y bien alineados; la barba redonda, y los ángulos de las mandíbulas asaz marcados. Ambos secsos se untan el cuerpo con aceite de Camba con el doble objeto de ablandar la piel y librarla de la picadura de los insectos. A la manera de las demas razas que ya hemos descrito, se tiñen con achiote cubriendo con lineas azules su cuerpo y tambien el rostro: «¿Porqué os ensuciais de ese modo? preguntó un dia Stedman á un jóven Indio. —Porque así mi piel es mas suave y los insectos no me pican; respondió el salvaje: pero vos, señor, añadió al mismo tiempo, porque os pintais de blanco? No veo el porque desperdiciais vuestra harina y ensuciais vuestros vestidos. Es acaso para blanquearlos antes de tiempo?»

Por lo demas el carácter de estos naturales es grave, reservado, lleno de astucia y solapado. Su ocupacion consiste en fabricar sus cabañas, hamacas y piraguas. No es mas apreciable su relijion que la de las tribus que habitan las márjenes del Oyapock. Estos indios creen en los buenos y malos jenios, ecsistiendo entre ellos una especie de brujos llamados *peis* ó *piaches*, que tienen, segun ellos, el poder de conjurar á los malos espíritus.

Cuando cae enfermo ó herido algun indio, manda llamar á un pei que acude al anochecer con sus correspondientes instrumentos de sortilejio. El principal de estos es una gran calabaza llena de guijarros y granos secos, atravesada por un palo que sirve de mango por un estremo y por el otro está adornado de plumas. Cuando llega el pei cerca del enfermo, empieza sus esorcismos dando una vuelta á la calabaza y dirijiendo al *Yowahan* una oracion que dura hasta media noche. Simula entonces una entrevista con el espíritu y sostiene algunos instantes un monólogo dialogado. Al cabo de dos sesiones como esta, da el pei su informe acerca de la herida ó enfermedad, y ordena algunos ingredientes cuya virtud conoce por acaso.

La profesion de pei es muy codiciada entre los Indios por la influencia que da, pero ni el talento ni la audacia elevan á nadie á esta altura, por ser un oficio hereditario cuya iniciacion está sujeta á mil ceremonias supersticiosas, una de las cuales es la de habituarse al jugo de tabaco hasta que no obre como emético. Tambien se prohibe al novicio el comer carne de animal de orijen europeo, pero así que es elejido pei, está ecsento de toda restriccion.

Las armas de estos indios son la maza, el arco, las flechas y una especie de cerbatana ó tubo de bambú con el cual lanzan flechas envenenadas. Estas flechas se hacen de la madera de un árbol llamado *cokarito;* son de unas doce pulgadas de lonjitud y algo mas gruesas que una aguja de hacer medias. Una de sus estremidades está impregnada de un veneno de la raiz llamada *woorara*, y la otra rodeada de un pedazo de algodon. Los indios arrojan estas flechas á la distancia de cien pies, y su herida es mortal. El veneno *woorali* es el mas activo y violento de cuantos emplean estas tribus errantes: el viajero Watertown nos ha dado la receta de él; compónese de la planta *woorali*, de una raiz amarga, de dos bulbosas, de dos hormigas cuya picadura da la una calentura y la otra hinchazon, de pimienta fuerte y últimamente de dos aguijones pulverizados de las serpientes *labaire* y *counacouchi*. Estos varios ingredientes se cuecen á fuego lento en un pote, hasta que el negruzco licor tome la consistencia de un jarabe. Este veneno es infalible, pues apenas ha penetrado en la piel, mata sin alterar el color de la sangre ni viciar las carnes.

Las habitaciones de estas tribus son unas chozas construidas en menos de una hora sobre cuatro estacas plantadas en tierra, y cubiertas por todas partes, con una abertura para entrar y salir. Los Arrowauks, mas industriosos que los demas Indios, tienen habitaciones mas espaciosas construidas con tablas perpendiculares y horizontales que cubren anchas hojas de árboles atadas con fibras de *nibbis*.

Estos pueblos van casi desnudos, con un simple delantal de corteza de árbol ó de fibra de coco: las mujeres van algunas veces con una ropa hecha de hilaza de algodon. El contacto europeo ha modificado ya algun tanto el traje primitivo. En los dias festivos se adornan los indios la cabeza con un sombrero cubierto de her-

mosas plumas. Las mujeres llevan igualmente adornos de plumas ó tiras de algodon en las piernas, en los brazos y en el cuello.

El alimento de estos Indios se compone de plátanos, bananas, raiz de cazabe y mañioc, pescado, tortugas de tierra y mar y de lagartos. Comen tambien la carne del mono cocida con pimienta de Cayena: su bebida habitual es un licor de mañioc fermentado. Algunos viajeros han acusado á estas tribus de antropófagas. Brancroft refiere que en la última insurreccion de los esclavos de Berbue, los Caribes ausiliadores de los ingleses, mataron muchos negros y se los comieron. El mismo autor manifiesta que los Caribes son los únicos indios que tienen este gusto depravado.

Las costumbres de estos indios son casi las mismas que las de los Oyampis, Galibis y otras tribus de la Guyana inferior. La poligamia les está permitida, pero rara vez la practican. No tienen mas que una mujer y no la dan ninguna rival como aquella no sea muy vieja ó asquerosa. El matrimonio de las muchachas se efectua así que han llegado á la edad de pubertad. El lazo nupcial no tiene largos preliminares. El novio ofrece á su futura cierta cantidad de pescados y de caza; si esta acepta, el casamiento se efectua en un festin. El parto ordinariamente es muy feliz; casi nunca está acompañado de accidentes graves ni de dolores muy agudos; la madre no necesita de nadie, y apenas acaba de parir cuando se la sumerje en el agua lo mismo que á su hijo, volviendo la India á su trabajo al siguiente dia. Por una costumbre asaz singular entre los Indios, sucede que al hallarse restablecida la mujer, tiene el marido que meterse en cama por fuerza, quejarse y aparentar que sufre como si fuera el que padece. Van todos luego á enterarse de su salud y felicitarle con cumplimientos que acepta, él como si realme fuese una parida. Dura esta farsa treinta dias, al cabo de los cuales se le hace bajar de su hamaca y le azotan poniéndole luego unas grandes hormigas en el brazo. Dicen muchos que sirve esto para engordarle despues de tan larga postracion, sobre cuya duracion andan algo discordes los viajeros, suponiendo unos que dura treinta dias esta ridícula comedia y otros que solo tres.

CAPÍTULO IX.

GUYANA INGLESA. — DEMERARY.

Solo permanecí un dia en Savanah-la Juive (Savanah la judía) y aprovechéme de una barca para bajar á Paramaribo, en donde me embarqué aquella misma noche para Demerary. Arribamos de noche, y cuatro dias despues, el 10 de agosto, nos hallamos á la vista de la colonia inglesa y de su capital Stabroek ó Jorje-Town.

Serian como las dos de la tarde cuando entramos en esta ciudad populosa y mercantil. Edificada en una altura llana y estéril y atravesada por canales en todas direcciones, Jorje-Town no era como Paramaribo una ciudad alegre y floreciente, pero en desquite tenia el aspecto de una plaza activa y negociante, de una Tiro industriosa y opulenta. Sus casas de madera, embellecidas de pórticos están perfectamente adornadas y con mucha simetría: son raras las que tienen mas de dos pisos; los techos de una madera roja, mucho mejor que la caoba, y en vez de ventanas abiertas las habitaciones tienen persianas ó celosías por donde entra el aire y se tempera. Hay muchos carruajes sumamente cómodos y lijeros, muy vistosos los mas de ellos y lujosos. Las casas están dispuestas de modo que no parece sino que se han imajinado espresamente para tener una ventilacion constante.

Desembarqué aquella misma tarde en un muelle atestado de cajones y fardos, en medio de un tropel de negros faquines y trabajadores, mandados por algunos criollos que en medio de aquel sol ardiente estaban resguardados de sus rayos, gracias á los anchos parasoles que sostenian encima de sus cabezas sus esclavos.

Jorje-Town, situado igualmente cerca de Demerary y Essequibo, ha llegado á ser el almacen jeneral de la Guyana inglesa. Su poblacion asciende á unas diez mil almas entre negros, blancos y de color; pocos paises presentan tanta mezcla de naciones europeas, pues allí se encuentra casi constantemente una turba de Franceses Españoles, Ingleses, Holandeses, Rusos, Alemanes, Daneses, Portugueses, Italianos, Americanos, judíos de todos paises etc. Es en suma una verdadera torre de Babel, un congreso de todas las naciones. La ciudad es bastante grande, pues tiene una milla de largo sobre media de ancho; las calles tienen aceras de ladrillos y están perfectamente alumbradas. Hay en cada una un canal navegable que se llena y vacía con la marea. Entre los edificios públicos merece particular mencion la casa del gobernador, y una hilera de edificios que sirven á la vez de aduana, de depósito de bolsa y tribunal de comercio. El mercado está muy bien provisto, pero sumamente caro.

Escepto en las Antillas, en ninguna parte se recibe al estranjero con mas benevolencia y agasajo. Un viajero es un objeto de disputa sobre quien se lo llevará, y desde el momento en que pone el pie en una casa, se le considera ya ni mas ni menos que como uno de la familia, comiendo con ella, durmiendo en la casa, y asistiendo á sus bailes y fiestas particulares.

Las cercanías de Demerary, sobretodo por la parte del rio, están pobladas de casas muy bonitas

y risueñas. Estas viviendas habitadas casi todas por Holandeses, los antiguos dominadores del pais, son en estremo cómodas y limpias y están pintadas de blanco, color favorito de esta nacion. Hállanse en medio de sus campiñas hermosos paseos de árboles que recuerdan los de Europa; y los negros que cultivan estas posesiones son tratados con mas dulzura que los de Paramaribo.

Tenia por fuerza que quedarme un mes en la Guyana inglesa, al cabo del cual una nave, que estaba entonces á la carga, debia transportarme á Cumana en Colombia. Aproveché pues este tiempo para hacer algunas incursiones en un pais tan vasto y fecundo: visité el pais de Esequibo habitado por la tribu de Indios mas industriosa que habia visto hasta entonces, y fuí tambien á ver el distrito de Berbice y su capital la Nueva Amsterdam.

El distrito de Berbice se estiende sobre el rio del mismo nombre entre el Corentino y el Abary por la costa del Océano. El rio Berbice, aunque ancho, tiene obstruida su embocadura por una barra que no permite el paso mas que á las naves que no calan mas allá de catorce pies. Este inconveniente será siempre un obstáculo para la prosperidad de la colonia.

La Nueva Amsterdam está situada en la orilla meridional del rio Canje. Es una isla salubre donde cada casa forma una especie de isleta rodeada de canales: estas casas de un solo piso, están rodeadas de galerías por donde el aire circula con toda frescura y libertad. Los plantíos son ricos y hermosos.

Acabado que hube estos viajes, restábanme aun tres semanas de permanencia en la Guyana inglesa. Ideando un recurso para llenar este período, la casualidad me ofreció un viaje instructivo y aventurero. Dos naturalistas ingleses iban á partir de Jorje-Town para esplorar á costa de la sociedad jeográfica de Lóndres el curso del Masaroni y algunos de sus afluyentes; pedí ser tercero, y fuí admitido.

Embarcámonos el 20 de agosto en una canoa escoltada por una piragua de caza. Íbamos muy bien provistos de toda clase de instrumentos para la esploracion y de algunas armas para en caso necesario: la tripulacion se componia de un capitan accawau y veinte y dos Indios de su tribu, los cuales eran pagados no con dinero, sino con un cuchillo, con una pieza de percal, ó cualquiera otra chuchería al dia, recibiendo doble especie el capitan. Toda aquella jente estaba ajustada para todo el viaje.

Hicimos noche la primera jornada en la isla de Cariá, á cerca de tres millas del último apostadero inglés establecido en el rio. A la altura de esta isla empieza el rio Masaroni á tomar su fisonomía especial, pues con dificultad pueden verse ambos bordes del rio por estar entrecortado su curso con islas elevadísimas: era Caria un antiguo apostadero holandés, cultivado en otro tiempo y hoy dia desierto. Encontramos mas allá una isleta habitada por una familia caribe, pasada la cual empiezan los rápidos raudales del Masaroni. El de Marimambo, que pasamos aquel mismo dia parecia en un todo á los saltos del Oyapock, toda nuestra tripulacion tuvo que saltar en tierra para poder sacar la canoa de aquel laberinto aguoso. Ocho raudales tuvimos que salvar en la primera jornada.

Una dificultad vino á ofrecérsenos en el campamento aquella noche. La palma era muy rara en las orillas del Masaroni y no teníamos nada para cubrir nuestras hamacas: fuénos pues necesario formar una tienda de campaña con la vela de nuestra canoa, pero la lluvia traspasó la tela.

Al siguiente dia, despues de un breve alto en Aramata, pequeño campamento indio, fuimos á vivaquear á Cupara. Ya empezaba á tomar un aspecto de regla nuestro viaje, gracias á la tripulacion. Al levantarnos por la mañana hallábamos ya pronto y caliente nuestro café, hecho en el mismo fuego donde los Indios hacian su sopa pimentosa. La costumbre de estos salvajes es la de comer bien por la mañana. Acabada esta primera comida, poco les importa ayunar el resto del dia con tal que puedan remojar la garganta con *pywori*, bebida compuesta de agua caliente y cazabe, de la cual abusan tanto que siempre es necesario llevar una abundante provision para ellos.

Empezaba nuestra jornada ordinaria á las siete de la mañana y acababa á las tres ó á las cuatro, segun hallábamos tarde ó temprano un puesto cómodo y seguro para acampar. Nuestro vivaque favorito era algun paraje de arena seca rodeado de árboles, pues allí se hallaba un espacio para pasearse, baño para limpiarse y ramas para suspender la hamaca. Mas valia esto que las cabañas indias siempre infectadas y llenas de mosquitos.

Seria muy difuso el entretenerme en contar todo lo que nos pasó dia por dia en este paseo fluvial, los peligros que amagaban sumerjir á cada paso nuestra débil barca, los continuos recodos del rio y el paisaje caprichoso y variado que se presentaba continuamente á nuestra vista.

Los primeros Indios que encontramos fueron los Accawaus. Comprámosles algunos manojos de *kairray*, especie de vid que produce una flor azulada y un grano parecido al haba, cuya raiz da de sí una especie de leche gomosa, poderoso narcótico que emplean los Indios para envenenar el agua donde vive el pescado. Machacan los salvajes esta raiz con un palo, haciéndola

macerar despues en un agua que se vuelve blanca y que vierten en el paraje donde quieren pescar. Apenas han echado aquella agua, cuando acuden todos los pescados á la superficie, siendo muy fácil entonces cojerlos con la mano ó flecharlos. Basta una sola raiz de estas para infestar un gran espacio de agua, y lo mas estraordinario es que el pescado no se resiente en lo mas mínimo del efecto del veneno. El pez llamado *pacou*, se pesca tambien por medio del *kairray*, del modo siguiente: escojen ordinariamente los Indios para pescar en el rio, los parajes donde crece con mas abundancia una yerba llamada *weya*, de la cual se alimentan los pacous; cierran entonces el espacio que consideran suficiente con piedras bastante espesas, dejando tan solo una abertura paraque pueda pasar el pescado. Dos horas antes de anochecer cierran la abertura que dejaron abierta con una tabla ó una piedra, de manera que quedan presos cuantos pescados entraron en el espacio cerrado, derraman entonces el *kairray* y aparecen encima del agua hasta que estraidos por los Indios, se salan y se dejan secar sobre las rocas. De este modo ví unos doscientos ochenta pacous de una vez.

El Masaroni forma en todo lo largo de su curso unas balsas dilatadas y tranquilas, consecuencia necesaria de los raudales del rio. Pasamos las que llaman de Cabony, Masawine, Pounouny y Acuva. Al llegar á este último punto pierde el rio el aspecto de archipiélago que le daban sus numerosas islas. Habiéndose despejado el horizonte, pudimos ver la *Tabla de Arturo*, primer punto visible de las montañas de San Jorje, gran cadena de la Guyana central. Habiendo entrado mas en el rio, notamos en él un aspecto de un ancho lago dominado por la *Tabla de Arturo*, verdadera montaña atlántica al lado de las tierras bajas y anegadas de la Guyana litoral. Pasamos aun muchas jornadas antes de llegar á la balsa de Corobuny, cuya vista no creo que tenga objeto alguno comparable en la tierra. El agua de esta balsa, aunque clara, presenta un color de chocolate, y las arenas que la rodean ostentan un claro obscuro de color de púrpura con algunas rayas blancas en medio que parecen sal. El paisaje en jeneral no tiene plano intermediario. De todo el circuito de la balsa, negro, en calma y rodeado de una linea de árboles uniforme, se eleva como una decoracion májica, una colina vertical de mil quinientos pies de elevacion, la cual, aunque algo lejana, parece que está continuamente amenazando caer en el lago para aplastar con él á los viajeros. En medio de estas murallas de rocas se levantan de trecho en trecho arrecifes de granito que disputan el paso á las embarcaciones. Mas allá empiezan las aguas á formar un color negro interrumpido solo por un banco de arena rojiza que cansa la vista.

En este banco de arena levantamos aquella noche nuestras tiendas; estábamos casi en frente del salto de Macrebah que aumenta el encanto pintoresco de tales sitios: precipítase el rio de una altura de cien pies á este lago tan apacible presentando un espectáculo tan imponente como majestuoso.

Del estanque de Corobung subimos hasta Coumarow, donde debíamos hacer nuestra última jornada. La cascada de Coumarow es una de las mas sorprendentes que puedan darse; el agua se arroja de una altura de cuatrocientos pies con tal furia, que atronaba nuestros oidos desde lejos, y una espesa espuma cubria un espacio de un cuarto de legua á la redonda. Este sitio tiene un aspecto sombrío y salvaje; por un lado se presentan selvas impenetrables, y por otro cadenas de montañas escalonadas. Agrégase á esto la cascada con su voz terrible y su inmenso mantel de espuma reflejando los colores del prisma solar.

En las balsas superiores hallamos una porcion de Indios pescando ó machacando *kairray*, espectáculo sumamente divertido, viendo á hombres, mujeres y niños ocupados en recojer pescado muerto. Nosotros por nuestra parte recojimos sin mucho empeño mas de doscientos pescados de todas dimensiones y clases.

Habian pasado diez y ocho dias desde mi salida de Jorje-Town, y temia en gran manera no encontrar ya en la rada á la nave que debia conducirme á Cumana. Despedíme pues de mis compañeros de viaje y alquilando una cama india, volví á bajar el Masaroni. Hice esta travesía con la rapidez de una flecha; pues treinta y seis horas despues estaba ya salvada la distancia; seguíamos la corriente del rio empujada por los raudales, pero con tal celeridad, que calculé que debíamos correr doce millas por hora.

Llegados cerca de la embocadura del rio, hallamos una poblacion de Warrows, cuyas chozas cubiertas nos ofrecian un asilo cómodo y seguro. Estas cabañas eran muy sólidas, pues descansaban sobre fuertes estacas clavadas profundamente en tierra y estaba el techo amarrado y compacto. Todo esto, aunque algo imperfecto, revela un instinto industrioso, pues los Warrows no emplean en estas construcciones nada de lo que hace las nuestras tan fáciles, como clavos, argamasa, etc.

Las costumbres de estos salvajes son casi las mismas que las de los demas Indios de que hemos hablado ya. En toda la Guyana domina el mismo carácter y el mismo tipo, modificado uno y otro por algunas diferencias poco notables. El uso del achiote, el instinto de limpieza, la des-

nudez primitiva, el alimento de pescado y de frutas, la sobriedad tras las orjias, vida afeminada é indolente, todo esto se nota tambien entre los Warrows.

Despues de algunas horas de alto en este pueblo, volví á emprender mi viaje y llegué á Jorje-Town el 15 de setiembre. Mi embarcacion no habia partido todavía, deteniéndose por asuntos particulares hasta el 19, lo que me dió el tiempo suficiente para ordenar mis recuerdos sobre la Guyana, completándolos con algunos documentos jenerales.

CAPÍTULO X.

GUYANAS. — RESÚMEN HISTÓRICO Y JEOGRÁFICO.

El descubrimiento de las Guyanas se debe á Colon. Despues de haber descubierto la Trinidad, vió á 11 de agosto de 1498 este continente americano, al cual dió el nombre indíjena de *Tierra de Paria*; pero algunos inconvenientes esperimentados en la embocadura del Orinoco le obligaron á abandonar su descubrimiento sin haberlo acabado.

Al año siguiente Alfonso Ojeda, Juan de la Casa y Federico Vespucio fueron mas felices que él y visitaron toda la costa hasta el O. Luego despues Diego de Ordaz tentó vanamente de establecerse allí. Vivamente rechazado por los indíjenas, inventó entonces la fábula del lago Parina, cuyas orillas estaban cubiertas de oro y de rubíes. Esta relacion hizo que Pedro de Ordaz y Gonzalo Jimenez fuesen allí con una porcion de Españoles que padecieron vivamente en aquellas soledades.

Sin embargo, Diego de Ordaz habia obtenido de Cárlos V el monopolio de una esploracion en el pais Dorado; fué pues allí, y despues de mil tentativas infructuosas acabó por fundar la ciudad de Santo Tomas á sesenta leguas de la embocadura del Orinoco, en la confluencia de Carony.

A la vista de las conquistas de los Españoles en el Nuevo Mundo, se despertaron las ambiciones rivales. Los Ingleses por su parte volvieron los ojos á la Guyana y á ese fabuloso Dorado que trastornaba tantas cabezas. Walter Raleigh apareció en 1594 delante de la isla de la Trinidad, quemó la ciudad de San José y se presentó en las bocas del Orinoco: despues de Raleigh siguió Haymis que no fué mas feliz.

En 1624 aparecieron los Franceses por primera vez en la Guyana. Algunos mercaderes de Ruan trataron de hacer productivas las llanuras de aquella isla: su ejemplo tuvo imitadores, y la compañía del cabo del norte envió plantadores á Cayena: desde entonces hubiera podido llegar á ser floreciente esta colonia sin las divisiones intestinas que la devoraron despues.

En 1669, este territorio, que llamaban pomposamente algunos la Francia equinoccial, pasó á manos de la compañía de las Indias occidentales, que apenas instalada tuvo que luchar con los Holandeses sus vecinos. La colonia de Surinam llegó á ser la antagonista implacable de la colonia de Cayena y en 1676 fué invadida y tomada por los Bátavos, aunque reconquistada despues por el mariscal de Estrées. Los Franceses quisieron sorprender á Surinam por via de represalias en 1688, pero fueron rechazados con pérdida. En la misma época los Portugueses fundaron su Guyana y su establecimiento de Macapa.

Seria sobrado largo seguir el movimiento progresivo de estas cuatro posesiones coloniales. Los Holandeses, mas industriosos, mas activos y mas perseverantes que los demas colonos, determinaron en breve una supremacía á su favor, supremacía que han conservado y conservan hoy en dia. El establecimiento francés se quedó hecho una aldea miserable é insignificante. En 1723 Cayena no contaba mas que 90 colonos, 125 Indios y 1.500 negros. En 1763 quiso Luis XV darla un impulso progresivo, á cuyo fin hizo transportar quince mil hombres á la Guyana francesa, cediéndoles en propiedad todo el terreno que media desde la balsa Cayena hasta el rio Kourou. Desgraciadamente los nuevos colonos, debilitados y afeminados por el clima mismo, quedaron diezmados por la fiebre, y de los quince mil hombres solo restaron doce mil: ciento veinte y cinco millones de reales se gastaron en esta espedicion sin que resultase nada de bueno de ella.

La Guyana ha sufrido muchos sacudimientos, hijos de la política europea. Los Ingleses han obligado á los Holandeses á cederles la mejor parte de su territorio y la misma Francia, despojada de su Cayena, no pudo recobrarla sino con la paz. Si esta paz continua, las Guyanas llegarán á ser la mejor flor de las coronas europeas á quienes aquellas islas pertenezcan, porque su suelo es rico, fecundo, bien regado, y no quiere mas que brazos y capitales.

Basta echar una sola ojeada sobre el mapa para ver la preciosa situacion de estas rejiones situadas entre el Orinoco y el rio de las Amazonas, y cuya comunicacion por el rio Negro y Cassiquiari forma una isla de cerca de 22 leguas de N. al S. y 325 del E. al O. Las Guyanas ademas están pobladas de cien rios que las atraviesan en todas direcciones.

Situadas las Guyanas bajo el ecuador, gozan de una temperatura cálida que refrescan sin embargo infinidad de bosques. Los dias son igua-

les á las noches, y la mayor variacion en el oriente y ocaso del sol, es de cuarenta minutos. Dos son allí las estaciones, una seca y otra lluviosa.

La Guyana se compone de dos partes: el litoral que es un terreno lleno, y el inferior donde empiezan las cadenas de montañas cuyo estudio jeolójico no está aun muy adelantado. El suelo puede dividirse en dos clases distintas, las tierras bajas y las tierras elevadas: estas últimas son las que mas han llamado la atencion de los plantadores. Incendiaron sus selvas y empleando la ceniza por estiércol, se obtuvieron felices resultados. Pero las lluvias arrastraron consigo muy en breve la primera capa de tierra vejetal y quedó el peñasco desnudo. Al cabo de algun tiempo se dió con la verdadera tierra fértil; desecáronse sábanas pantanosas é hiciéronse magníficos plantíos al abrigo de los elementos, cojiendo en abundancia la caña de azúcar, el café, cacao y otros jéneros intertropicales.

Los bosques de la Guyana abundan, como se ha visto ya, en magníficas esencias, madera de caoba, palo rosa y toda clase de resinas. Entre las plantas medicinales merece contarse el azafran, gayac, tamarindo, copahu, la zarzaparrilla y la ipecacuana; infinidad de palmeras crecen á lo largo de los rios, hallándose ademas en toda la superficie de estas islas cuantos árboles frutales puedan dar todas las demas rejiones de América y algunos de nuestra Europa, como el limonero el albérchigo etc. Hay ademas una infinidad de árboles silvestres cuyos frutos son en su mayor parte buenos, tales como el basileño, el pekea ó bala de cañon etc. etc. Las plantas útiles son tambien muy numerosas; cultívase el ignamo, la patata, el maiz, la tayora y otras. Últimamente, una infinidad de flores y plantas parietarias acaban de caracterizar la magnífica vejetacion de este territorio.

Los animales particulares de esta zona son el tapiz, el jaguar, una infinidad de monos de todas clases, los coatíes, los perezosos, los pecaries, los ciervos y los gamos. Los animales domésticos de Europa han podido aclimatarse en las Guyanas. En cuanto á las aves, pululan allí en especies magníficas. El avestruz de América recorre estas sábanas inmensas; buitres de los que pueblan las márjenes de los rios, espátulas, patos y pájaros trompetas, pavos reales de diferentes colores, tangaras, tucanes, colibrís, cutingas etc., y otras muchas especies que fuera largo enumerar. No es menos rica la nomenclatura de los pescados; el machoiran, el pez espada, las rayas, la acupa, el lobo y mulo marinos y muchos otros. Los mariscos son muy abundantes y esquisitos. En fin, entre los insectos debe citarse una plaga de incómodos músticos, hormigas de muchas clases, escorpiones y arañas azules.

CAPÍTULO XI.

COLOMBIA.— CUMANA.

Al cabo de cuatro dias de una constante y monótona navegacion, llegamos á la isla de la Trinidad, española por espacio de mucho tiempo y hoy dia inglesa.

Esta isla está situada en frente de la embocadura del Orinoco y tiene la forma de un largo cuadrilátero; los jeógrafos españoles la comparaban á un pellejo de buey. Tiene sesenta millas de E. á O. y cuarenta y cinco de N. á S. Entre esta isla y el continente se estiende el golfo de Paria que se disputan la mar y el rio, estanque impetuoso donde desemboca el Orinoco por muchas bocas. Esta continua efervescencia de las aguas hace casi innavegable este brazo de mar; los bancos de arena y las corrientes sub-marinas hacen de este paso una nueva Carybdis, de la cual huyen los navegantes. Esta es la famosa *Boca del Dragon*.

El puerto principal de la Trinidad es Puerto España (hoy dia Spanish-Town); está situado en frente de las bocas del rio, pero á una distancia de doce millas, cuando ya las aguas han perdido su viveza. Puerto España es una hermosa ciudad de cerca 10.000 almas de poblacion, con un magnífico muelle de piedra que se avanza dentro del mar. Despues de la bahía de Charagaramus, situada á tres leguas en el O., es la bahía mas segura de la isla.

El litoral de la Trinidad tiene pantanos y lagunas donde crece en abundancia el árbol llamado paletuvial. En la estacion seca estas lagunas se convierten en sábanas donde llevan á apacentar el ganado. Hay muchas tortugas de tierra de diferentes especies, cuya carne es tan delicada como nutritiva. Las aves acuáticas, las perdices, las gallinetas y las becadas abundan en estas lagunas, sin contar la infinidad de patos silvestres que pueblan aquellas aguas. Su vuelo llega hasta cubrir el sol. Costeando toda la parte oriental de la Trinidad, pudimos seguir el terreno de esta isla en todas sus pintorescas sinuosidades. De este modo doblamos la punta de Guataro, la de Mancenillier y la de la Galera que termina la Trinidad por la parte del N., yendo luego nuestro piloto á arribar al puerto de Cumana.

Hasta aquí habíamos esperimentado una brisa deliciosa de S. E., gracias á la cual no nos vimos muy sofocados por el calor. Solo la cámara era algo calurosa, pero no bajábamos á ella y nos subíamos nuestras hamacas encima

de cubierta. Era una navegacion hermosa, feliz y pronta.

Pero apenas hubimos atravesado la punta del norte de la Trinidad, cuando nos faltó repentinamente la brisa y las velas quedaron inmóviles. Todo fué una profunda calma; el mar dormia y la admósfera no daba señales de vida. En medio de un agua límpida y azul, venian los peces mayores saltando á flor de agua, cómo convidándonos á una pesca fácil y abundante, si hubiésemos querido divertirnos con ella. Aquellos glotones se arrojaban ávidamente sobre todo cuanto se echaba al agua: restos de aves, plumas, galleta, trapos, papel, todo era para ellos buena presa, y todo les parecia de una escelente dijestion.

De este modo estuvímos en calma sin poder llegar á Cumana, por espacio de tres dias. Apenas anduvimos seis millas en sesenta y dos horas. En fin al cuarto dia, habiendo soplado algunas bocanadas de viento al N. E., pasamos la punta occidental de la Trinidad. Cinco leguas mas allá de la isla de Chacacharreo, y á la altura de la boca del Dragon, sufrimos las consecuencias de una corriente que arrastraba nuestra goleta, impeliéndola hácia el S. Era la accion de las aguas precipitadas en esta abertura entre el continente y la tierra, de manera que tenian un movimiento alternativo del norte al mediodía y vice versa. La sonda en este paraje nos señaló cuarenta brazas de fondo.

De este modo dobló nuestra goleta los cabos Paria y Tres Puntas, cuyas cimas agudas y desiguales se elevaban á un cielo puro y azul. A unos pasos mas allá encontrámos los Testigos, grupo de escollos que apuntan á flor de agua y cuya superficie está cubierta de musgo y de algas. Estos fucaceos obstruian entonces el mar de tal modo, que parecia que navegábamos en un pantano.

Dejamos al S. E. el cabo Mala-Pascua, y el 5 de octubre por la mañana descubrimos la isla Margarita hácia el O. Seguimos nuestro derrotero entre ella y la isla Coche, que es una larga estension de tierra arenosa, desierta é inculta. El sol reverbera en la arena de sus riberas, y cuando pasamos cerca de ella á eso de mediodía, parecia que el suelo ondeaba y los árboles presentaban el aspecto de rotos por un fenómeno de refraccion y por una ilusion de óptica. Teníamos á nuestra vista el espectáculo del reflejo tal como se ve en los desiertos líbicos.

Eran como las diez de la mañana cuando en frente de la isla Cubaña (célebre en otro tiempo por la pesca de perlas), y al atravesar el cabo Macanao, punta occidental de la isla Margarita, vimos dos piraguas acosar nuestra goleta. Eran unos pescadores guayqueries que venian á ofrecernos pescados y frutas. Como quiera que carecíamos de víveres frescos, les compramos todo cuanto traian. Estos Guayqueries pertenecian á aquella tribu de Indios indíjenas que habita las costas de Margarita y los arrabales de la ciudad de Cumana. Ninguna raza de tierra firme, salvo la de los Caribes de Guyana, es tan hermosa como la de los Guayqueries, ni nadie como ella, honrada, valiente y fiel. El rey de España llamábales siempre en sus cédulas «sus caros, nobles y leales Guayqueries.» Van desnudos hasta la cintura, son de color bronceado, bien formados y con buena musculatura, de manera que cuando están parados, se parecen á una estatua de bronce. Construyen sus piraguas de un solo tronco de árbol, y cada una puede contener hasta veinte hombres.

Apenas se alejaron estas lanchuelas mercantes, cuando se nos acercó otra embarcacion. Era la piragua del práctico que debia guiarnos hasta el golfo de Cariaco, ancha bahía de Cumana donde podrian caber todas las escuadras del universo. En cuanto puso el pie á bordo el patron, dirijió la proa al S. S. E. y en breve vimos perderse en el horizonte las altas montañas de la Margarita. A la caida de la tarde del dia 6 de octubre divisamos las cimas de los montes de la Nueva Andalucía, doradas por los rayos del sol. Cumana con sus torres y castillo se presentaba á nuestra vista á través de una cortina de palmeras y cocos, bajo un aspecto variado y pintoresco. Era un magnífico panorama con mil escenas á cual mas vistosa, y cuyo lujo y magnificencia iban desapareciendo á medida que aumentaban las tinieblas: poco á poco iba envolviendo la obscuridad las bellezas de este espectáculo; los árboles se presentaban todos bajo un mismo color, el verdor de las colinas tomaba un aspecto sombrío, quedando en breve toda aquella naturaleza cubierta de sombras. Habiéndose mudado el viento y soplando por la parte de tierra, tuvimos que bordear hasta la aurora, y á eso de las nueve anclamos en el fondeadero situado en el golfo de Cariaco, frente del fondeadero del rio Manzanares.

Durante esta travesía, tuve ocasion de observar mejor que la víspera el conjunto de esta marina y su paisaje. Desplegabase ante nosotros la inmensa bahía de Cariaco, larga de treinta y cinco millas sobre seis de ancha. Este golfo es tan calmoso y seguro como un lago del Mediterraneo; nada de tormentas, vientos fuertes, ni de esos huracanes tan frecuentes en los mares de las Antillas. No hay mas escollo que el de *Rojo-oscuro*, á novecientas toesas de E. á O.; pero tan poco temible y tan profundo que hay embarcaciones que pasan por encima de él sin menoscabo.

En frente de nosotros sobre la playa, se estendia como una cinta el rio Manzanares, cuyos codos y recodos eran marcados á lo lejos por una doble hilera de jigantescos cocoteros. Toda la llanada que riega y fertiliza está cubierta de árboles y plantas de toda clase formando bosques espesos y selvas olorosas. Bajo un cielo azul y sereno veianse reflejar los rayos del sol en la palmera de las hojas plateadas, y en los grupos de cardones, planta americana, junto con la higuera de indias y el cacto cilindrico. La playa á su vez cobraba vida tambien poblandose de alcatraces (pájaros de aquellas tierras), garzotas y flamantes, que saludaban á la aurora con sus gritos y aleteos: mas cerca todavia de las habitaciones litorales, revoloteaban los buitres gallinazos (el chacal de las aves), buscando los cadáveres de los animales para cebarse en ellos.

La ciudad está situada en la llanura entre el rio y el mar, al pie de una colina y dominada por un castillo. Tal es Cumana, rodeada de tamarindos y cocoteros de una elevacion tan jigantesca que cada uno de ellos puede servir de asta de bandera. Salvo las márjenes del Manzanares y la llanada que fertiliza, cubiertas de árboles y verdura todo lo demas es triste é inculto. La colina de San Antonio, blanca, aislada y desnuda se compone de breñas con petrificaciones marinas, reflejando en todo el territorio un calor bochornoso. Por la parte del sur se desarrolla un vasto y negro horizonte de montañas, alpes calcarios de la Nueva Andalucia. Esta inculta cordillera del interior, comunica por medio de un valle cubierto de arbustos con los terrenos llanos y arcillosos de Cumana.

Apenas anclamos en el fondeadero en frente del Manzanares, cuando nos vimos rodeados de una veintena de piraguas de Guayqueries que se presentaron para conducirnos á la playa. Bajé á una de ellas y tomé tierra en el embarcadero contiguo á la batería de la Boca, mas allá de la barra del rio. Desde este paraje á la ciudad hay una distancia de cerca una milla que fuéme preciso andar á pie por medio de un llano arenoso. Al cabo de una hora llegué al arrabal de los Guayqueries, hermoso barrio construido de casas regulares y blancas. Recorrí rapidamente el arrabal, y despues de haber pasado el Manzanares por un magnífico puente de tablas, entré en la ciudad, donde preferí la interesada hospitalidad de una fonda, á la incomodidad de un alojamiento particular. Una larga permanencia en Cumana me hubiera arrebatado un tiempo muy precioso destinado á mis esploraciones del interior. Otras localidades mas importantes me esperaban.

Alojéme en la mejor fonda de la ciudad, segun el dicho del Guayquerie que me conducia. Llegado al umbral, ví al dueño sentado en su silla y fumando sosegadamente el cigarro: luego que me vió saludóme groseramente y llamó á una muchacha diciéndola: « Juanita, coloca á este caballero que acaba de llegar. » A la voz del dueño salió una hermosa niña de quince años, morenita, de ojos espresivos, cabello negro y facciones tan juveniles que la tomé por hija de la casa; pero habiéndome dicho ella misma que era mujer del dueño, me condolí de ver tan tierna criatura en poder ya de un hombre, y se me antojó un capullo destinado á marchitarse antes de abrirse.

La vivaracha Juanita me condujo á un cuarto aseado con vista al mar y á la tierra. Debiendo permanecer algunos dias en Cumana, traté de arreglar precio con mi posadera y fué sumamente barato; por ocho reales me daban alojamiento y una comida bien servida. Quedéme atónito al ver tanta baratura; pero despues supe que el mercado de la ciudad era abundantísimo y á muy poca costa, de manera que una libra de buey valia dos cuartos; el pescado no se pesaba, un cesto donde habia bien quince ó veinte libras se daba por dos reales. Los huevos iban casi dados y los cambiaban por pescado con los pescadores, de modo que hacian el papel del dinero.

Mi trato consistia en un almuerzo de pescado ú carne fiambre, con café, té ó chocolate. Al mediodía una comida opípara por la profusion de platos con toda clase de manjares y guisos, vino de España en abundancia, y todo esto por ocho miserables reales, precio que se consideraba allí como escorbitante, pues en una casa particular podia uno tener casi igual trato por la mitad. Salí á visitar la ciudad: su aspecto es pobre y descuidado: sus monumentos consisten en dos iglesias y dos conventos de frailes. El teatro es circular y abierto al aire libre como una plaza de toros, y es el único coliseo que puede haber en aquellas rejiones, porque el querer transportar los nuestros con sus techos, luces y apiñadas localidades, fuera lo mismo que querer asfixiar á los espectadores. Por lo demas ningun autor europeo ha penetrado aun en Cumana: es un pais vírjen para los cantantes secundarios de Italia ó de Francia, Con el tiempo quizás se derramen por estas rejiones como por las Antillas, y la América del Sur, donde mas tarde encontré á bandadas los actores de Europa.

La poblacion de Cumana ascendia en 1802 á 26.000 almas; pero hoy dia solo cuenta 12.000 habitantes. La jente es en jeneral cortés, atenta, grave, afable y sobria. Los jóvenes pasan rara vez á Europa á instruirse en nuestras escuelas; porque reciben en su patria una buena educacion. Aprenden la gramática castellana, el cál-

culo, la jeometría, el dibujo, el latin y la música. Esta juventud es mas quieta y aplicada que los demas criollos de América; observan muy buena conducta y tienen apego al trabajo. Las artes mecánicas, el comercio y la navegacion forman parte de la enseñanza que constituye la base de su educacion.

El comercio es el alma de la ecsistencia cumanesa. El comercio por menor lo hacen casi esclusivamente Catalanes, Vizcainos y Gallegos. Los mas numerosos son los Catalanes que se distinguen por su laboriosidad y economía. Ellos son los que han aprovechado producciones del pais descuidadas por los naturales antes que aquellos se establecieran en él: ellos son los que han enseñado á estraer aceite del coco y fabricar con él una bebida refrijerante; los que han formado cables para las embarcaciones con las fibras de muchos árboles y plantas, y tejido cordones y tela con la pita.

Visitado que hube el interior de la ciudad, fuí á ver el arrabal de los Guayqueries, acompañado de un negro que me servia de guia. Al pasar por el puente observé árboles muy curiosos en la orilla del Manzanares, distinguiéndose entre todos el guama cargado de flores muy bellas y de un color de plata brillantísimo. Bajé á la orilla del rio; sus aguas son claras y apacibles; los muchachos de Cumana pasan su vida bañándose, placer apetecido en aquellos climas: todos los habitantes inclusas las señoras y señoritas de distincion saben nadar. Van á bañarse en familia, y el baño es allí un ejercicio esencial de la jornada, tomándolo indistintamente por la mañana ó por la noche al claro de la luna. La buena sociedad acostumbra reunirse á esta hora en la orilla del rio donde tienen sus correspondientes sillas; allí conversan amigablemente servidos por los negros que les presentan de cuando en cuando limonadas y cigarros. El baño es un recurso en aquel clima donde llega el calor á 30 ó 33 grados. Por otra parte las aguas del Manzanares son tan quietas que no amagan el menor peligro para los nadadores; los pequeños cocodrilos y los capparis son inofensivos, sobretodo al hombre. Lo mas que se arriesga es alguna que otra serpiente de cascabel escondida entre las flores y plantas de las orillas del rio. Cuando este llega cerca del mar, se empantana y se hace innavegable hasta para las piraguas mas pequeñas.

Pasé el puente de tablas y llegué al arrabal de los Guayqueries. Este nombre de Guayqueries proviene, segun el sabio Humboldt, de una voz mal entendida. Al costear Cristóbal Colon y sus compañeros la isla Margarita, hallaron á unos indíjenas ocupados en pinchar pescados con unos harpones hechos de un palo puntiagudo atado en una cuerda. Preguntaron á estos salvajes en lengua haitiana cual era su nombre. Estos entendieron mal la pregunta, y creyeron que les interrogaban acerca de sus harpones, respondieron: *Guaike! guaike!* De aquí provino el nombre de Guayqueries aplicado impropiamente á una tribu de Guarunas.

Habia ido al arrabal de estos Indios con la idea de alquilar uno de sus barquichuelos para un pequeño viaje científico pues deseaba ver la isla Margarita tan poco frecuentada hasta la sazon, y desembarcar en la punta de Araya desde donde regresaria á Cumana haciendo la vuelta entera del golfo de Cariaco, medio por tierra y medio por mar. Ajusté mi travesía en diez duros y fijamos el dia 15 de octubre para partir. Empleé el tiempo que me quedaba en completar mis documentos sobre la ciudad y sus cercanías.

A mas del arrabal de los Guayqueries hay otros dos mas pequeños y menos importantes, que son el de Serritos y el de San Francisco. Visité á entrambos y llegué hasta el castillo de San Antonio que domina la ciudad. Queriendo ahorrar camino quise atravesar un bosque de cactos espinosos que tenia ante mí, pero apenas entrado en él me ví detenido á cada paso por sus punzas que me rompian los vestidos y rasgaban la piel. Estaba muy distante de creer que estos bosques de cactos espinosos llamados *Tunales* entraban en el sistema de defensa de la fortaleza. Interneme no obstante algo mas sin curarme de los silvidos de las víboras y serpientes de cascabel, hasta que viendo enteramente despedazados mis vestidos, determiné retroceder. Volvíme pues al castillo de San Antonio donde supe que los injenieros españoles plantaban estos bosques al rededor de las plazas de guerra, por el mismo principio de defensa que les hacia multiplicar los cocodrilos en los fosos de circunvalacion.

El castillo de San Antonio, edificado en una colina desnuda y calcarea, no se eleva mas que unas treinta toesas sobre las aguas del golfo. Domina toda la ciudad, cubriendo el llano hasta la cordillera de montañas. Por la parte del S. O. en el declive del peñasco, se ven las ruinas del antiguo convento de Santa María. Desde este punto elevado se estiende la vista en todas direcciones sobre la península é islotes adyacentes, así como por la bahía y sobre un inmenso horizonte. Las altas cimas de la Margarita se elevan por encima de la costa peñascosa de Araya y parece que se confunden con ella. Las isletas de Caraca, Pituita y Boracha, presentan formas bizarras y volcánicas, en tanto que las salinas que rodean el Océano, cansan la vista con sus reflejos calcareos.

Desde el fuerte puede dibujarse con mucha ecsactitud todo el litoral. Preséntase Cumana como sentada sobre un delta cuyo vertice es el

castillo. Todo este pequeño territorio está cubierto de mameas, achras, bananos y cocos que los Guayqueries cultivan en sus jardines. Descúbrese tambien desde allí todo el sistema zoolójico de aquella zona montañosa. La costa cubierta en otro tiempo por las aguas del mar, ha quedado en seco por la retirada gradual de aquellas. Acaso á la formacion del golfo de Cariaco, producto de una irrupcion marítima, se debe la creacion de las tierras que le rodean, y sobre las cuales se encuentran montecillos de jipso y brechas calcareas de reciente formacion. En uno de aquellos montecillos de jipso, que formaba sin duda en otro tiempo una isla del golfo, se halla puesta Cumana rodeada de sus espesos y vistosos bosques de árboles jigantescos.

A la caida de la tarde dejé el castillo de San Antonio. Tomé el camino de la playa cubierta á la sazon de paseantes que iban á respirar la brisa del crepúsculo, y la jente de color regresando de sus fatigas campestres se dirijia al arrabal de los Guayqueries. Todo este paisaje estaba animado y bullicioso formando singular contraste con el muro negro y elevado de las montañas del fondo. Bandadas de pájaros de vistoso y variado plumaje, daban á este cuadro un aire de grandeza orijinal y de armonía imprevista.

El aspecto sereno del cielo y de las aguas, en el territorio de Cumana, contrasta admirablemente con las sinuosidades de las montañas vecinas. Este contraste será muy fácil de comprender si se atiende á los trastornos á que está espuesta la Nueva Andalucía. Allí no reinan como he dicho ya los huracanes, pero se dejan sentir de cuando en cuando unos temblores de tierra horrorosos.

El golfo de Cariaco, segun la antigua tradicion de los Indios, fué abierto cuatro siglos ha por un violento sacudimiento que arrojó un mar entero á aquella concavidad. Los habitantes hablaron á Colon de este sacudimiento en su tercer viaje. En 1510 sobrevinieron nuevos sacudimientos; la mar inundó las tierras, y en las montañas de Cariaco se abrió una cavidad profunda de donde brotó una fuente de agua salada. En otros terremotos se derramó el Océano sobre tierras arables, y por fin en 1766, la ciudad de Cumana fué enteramente destruida, quedando reducida á escombros en muy pocos minutos. Fué necesario acampar en las calles con una lluvia abundante que fué á aumentar los desastres del suelo. Pero las aguas fertilizaron aquellos secanos, y los Indios lejos de asustarse por estas calamidades, se aprovecharon de ellas cultivando las tierras, y decian que el mundo antiguo no iba á desaparecer mas que para hacer puesto á otro mejor.

En el año 1797 se reprodujeron los mismos desastres. El terremoto fué tan espantoso que en uno ú dos minutos se volvió la ciudad de arriba abajo. Afortunadamente para los habitantes un temblor de tierra que precedió á la gran esplosion, les advirtió con tiempo para ponerse en salvo y retirarse á los campos en donde el peligro no era tanto. Los indíjenas presienten casi siempre hoy dia la catástrofe, y los animales la anunciaban con sus gritos é inquietud. Media hora antes de el de 1797 se percibió un fuerte olor á azufre cerca de la colina del convento de San Francisco, y viéronse algunas luces fosfóricas á lo largo del Manzanares cerca del hospicio de Capuchinos, y en el golfo de Cariaco por la parte de Mariguitar.

Por lo demas este terreno habia ya fijado la atencion del sabio Humboldt, y á consecuencia de esté ecsámen fundó su tesis sobre la correlacion que tienen estos temblores de tierra con las erupciones volcánicas. En cuanto á mí, otras ideas me sujirió aquella naturaleza tan llena de anomalías; y aunque no dejaron de hacerme fuerza sus observaciones, no tuve como él el poder y la enerjía para crear una hipótesis científica y pedir á la naturaleza cuenta de sus misteriosos trastornos.

CAPÍTULO XII.

ISLA MARGARITA. — PENÍNSULA DE ARAYA.

Proseguí durante dos dias mis escursiones en el campo de Cumana. Visité en una de ellas una risueña llanura situada cerca de los Guayqueries, con barracas de cañas cubiertas de argamasa, que eran las lecherías del pais. Las vacas que vi eran pequeñas y rechonchas, y su leche esquisita. Estos establecimientos son las propiedades de los criollos españoles, donde viven tranquilos y dichosos, contentándose con el producto de la leche de sus vacas y con los frutos de sus campos. Mas de una vez he visto las graciosas danzas campestres á la puerta de estas habitaciones y al son de los instrumentos del pais. La mas hermosa de estas escenas se me ofreció en una quinta de la llanada de Charas. Dos artistas indios sentados bajo un cobertizo, pasaban sus dedos por una especie de harpa fabricada en el país, mientras que un negro contrahecho marcaba el compas con una calabaza lleno de granos que producia casi el sonido de las castañuelas. Los músicos estaban blandamente tendidos sobre unas *batucas* especie de poltronas, asiento de forma anterior á la conquista de los Españoles.

Otra escena de distinto carácter y mas tierna me esperaba en las márjenes del rio Santa Catalina. Era tambien una danza, pero una dan-

za fúnebre. Algunos Indios y negros celebraban lo que ellos llamaban un *velorio*. Un niño recien muerto estaba colocado en una mesa á la puerta de la casa con una cruz de ébano en las manos cruzadas. La pobre madre lloraba en silencio al lado del cadáver, las demas mujeres estaban agrupadas al rededor suyo, y los hombres ejecutaban una danza fúnebre. La orquesta se componia de una flauta de caña y de un *curulao*, especie de tambor hecho del tronco hueco de la palmera y cubierto con una piel. Este velorio tenia una significacion enteramente alegórica. Cantaban y bailaban al rededor del cuerpo del párvulo paraque su alma fuese en derechura al cielo de donde bajara. Esta madre llorando al lado de su niño muerto y enfrente de aquellos hombres que saltaban y de aquella música disonante, la pena y la alegria, la muerte y la resurreccion, todo dejaba en el alma una impresion melancolica dulce á la par que vaga. Alejéme de allí muy conmovido.

Al dia siguiente partí con mi piloto guayquerí. Salió nuestra barquilla á las seis de la mañana y al mediodía mojábamos en Pampatar puerto de la isla Margarita. Esta costa parecia jeneralmente ingrata y triste; apenas divisamos algunos arbustos, uno que otro mulo y algunas cabras que parecian querer sacar de la tierra lo que esta no podia darles. Solo algunos hermosos colibris y trupiales, animaban algun tanto este cuadro de monotonía. Apenas tomé tierra en Pampatar, alquilé una cabalgadura y me fuí á la Asuncion, capital de la isla, situada en el interior de aquellas tierras.

La Asuncion es una villa pequeña pero bastante bien construida: los habitantes son activos é industriosos: tiene dos iglesias parroquiales y un convento Los demas puntos de la isla que merezcan citarse son Pampatar, hermosa y grande bahía con una fortaleza, y centro de un vivo comercio contrabandista con el litoral colombiano; despues Pueblo de Mar, rada situada á algunas leguas al O. de Pampatar, y Pueblo del Monte, puerto casi impracticable por un arrecife que cierra la entrada.

La isla Margarita fué durante mucho tiempo parte de la provincia española de Cumana; pero hoy forma parte de la república colombiana. La isla no tiene casi mas recurso que el contrabando, pues su cultivo produce apenas para la subsistencia de los habitantes: los principales productos son el maiz, el cazabe, los bananos, la caña de azúcar y el café, pero todo en muy pequeña cantidad. Las cabras y las ovejas dan una leche deliciosa á causa de las yerbas aromáticas que por allí pastan. No hay posadas en la isla; pero todas las casas tienen á mucho honor el recibir á un forastero. Tambien la pesca es un gran recurso en aquella isla; siendo tan abundante el pescado que con solo echar las redes un dia sacan para una semana. El mas comun es el llamado mulo de las islas Caribes, del cual se sala la mayor parte.

Las salinas fueran un objeto de lucro para la Margarita, si no se despreciara allí la sal por lo abundante que es. Un barril de trescientas libras valo cinco reales.

Esta isla se halla dividida en dos partes que se comunican entre sí por un istmo ó calzada natural que no tiene mas de cien pasos de largo sobre veinte pies de altura sobre el nivel del mar. El punto de mas elevacion es la montaña Macanao, cuya cumbre sirve de norte á los buques que quieren arribar al puerto de Cumana. La isla tiene diez y seis leguas marítimas de lonjitud y su poblacion asciende á 16.000 habitantes.

Al cabo de dos dias de permanencia en la Margarita no me quedaba ya nada que ver y reembarquéme en el mismo buque del patron Guayquerí, que debia dejarme en la punta del Arayo. La travesía se hizo de noche bajo un cielo magnificamente estrellado y con una brisa bonancible. Pasé la noche acostado en una piel de jaguar tendida en el fondo de la barquilla, y al despertarme con el alba, me hallé cerca de la punta del promontorio por la parte de la nueva salina. Lo que teníamos delante de nosotros, no era ni villa ni pueblo ni aldea; era una simple casa en pie en medio de una llanura desnuda, y á su lado un fortin con tres cañones. Esta salina una de las mas importantes que se conocen, y envidiada á la vez por Ingleses y Holandeses, no tiene en rededor suyo ni una miserable aldea. Solo hay algunas pobres chozas de pescadores, y la única casa está habitada por el inspector de la salina que pasa allí su vida lisonjeado con la idea de que está desempeñando funciones importantes.

La nueva salina de Araya contiene cinco receptáculos ó estanques cuya profundidad en jeneral es de ocho pulgadas. Llénanlos de agua del mar á fuerza de brazos: el continuo movimiento del aire favorece la evaporacion, de manera que á los diez y ocho ó veinte dias de haber puesto el agua en los depósitos, se hace la cosecha de la sal.

Ademas de esta salina, ecsiste otra mas antigua llamada la Laguna, la cual se halla abandonada. Visitéla aquel mismo dia con el objeto de inspeccionar las ruinas del castillo de Araya. Guiábame un Guayquerí: atravesé primeramente una llanura estéril y cubierta de arcilla muriatífera, luego dos montecillos gredosos, y últimamente un sendero estrecho rodeado de mar por una parte y de la otra por una fila de peñascos perpendiculares. Condújonos esta senda al pie del antiguo castillo de Araya reducido á escombros. Era un espectáculo triste é impo-

nente ver aquellas paredes y torreones derribados, cubiertos de yerbas y esparcidos por acá y acullá por la montaña; medio enterrados en las breñas y mezclados con los árboles; parecian mas que ruinas arquitectónicas, aquellos peñascos graníticos cortados en forma caprichosa, que solamente la naturaleza hace á su antojo, frontís de palacio ó cúspides de templos góticos. Despues de un corto ecsámen continuamos nuestro camino hasta una choza india donde debíamos hacer un pequeño alto para comer. Tenia esta choza un aspecto decente, y hallábamos en ella jente que nos recibió con la mejor voluntad ofreciéndonos pescado fresco, bananas y agua pura, tesoro inapreciable bajo la zona tórrida.

Esta choza formaba parte de una aldeilla situada en las márjenes del lago salado. Veíanse tambien las ruinas de una iglesia medio enterrada en la maleza. Cuando se demolió en 1762 el castillo de Araya, ecsistia allí un pueblo considerable, cuyos restos son aquellas modestas chozas. La demás poblacion abandonó el suelo natal y emigraron unos á Maniquariz, otro á Cariaco y muchos al arrabal de los Gueyqueries. Los pocos que insistieron en quedarse en aquellos sitios salvajes, viven en medio de las mayores privaciones que sufren por su organizacion indolente. Cuando les preguntan porque no cultivan un pedazo de tierra y no forman sus jardinitos, responden: « Nuestros jardines están en Cumana: cuando llevamos allí pescado, nos dan en cambio cocos, bananas y mañioc. » Este es el modo de vivir de casi todos los habitantes de Araya. La riqueza principal del país consiste en cabras monteses, las cuales tienen todas la marca de su dueño; y sucede que cuando uno mata una que no sea de las suyas la entrega al momento al propietario.

Encontré en el pueblo de la Laguna al zapatero celebrado por M. Humboldt en uno de los episodios mas orijinales de su viaje. Este zapatero era indíjena ó hijo de Español. Recibió á los viajeros en su casa con aquel aire de gravedad que caracteriza á los que se sienten fuertes por su valor intrínseco. Andaba descalzo, y en vez de dar vueltas á la lezna se empleaba en cazar; tenia un arco y flechas, las cuales tiraba bastante bien, quejándose de tener que usar las mismas armas que los Indios, por carecer de pólvora; esto era una degradacion para un hombre de su clase. Era ademas este honrado zapatero, el sabio del lugar; sabia como se formaba la sal por la influencia del sol y de la luna, conocia los síntomas de los temblores de tierra, los indicios por los cuales se descubren las minas de oro y plata, y las plantas medicinales que dividia como todos los Americanos en *frias* y *calientes*, estenicas ó astenicas, segun el sistema de Brown. Habia hecho el comercio en el país y sabia mil particularidades sobre la pesca de las perlasde Cubagua. No es decir con esto que estas perlas tuviesen algun mérito á sus ojos, pues despreciaba estos vanos adornos de la riqueza, y citaba á cada momento al humilde y piadoso Job de la Escritura que habia preferido las lecciones de la sabiduría á todas las perlas de la India. Este desinterés relijioso y filosófico, no era tanto que no desease vivamente poseer un asno que le trasladase las provisiones de bananas desde el puerto á su casa.

M. Humboldt no pudo deshacerse del buen zapatero, de este puritano de Araya, sin haber oido un largo discurso sobre la instabilidad de las cosas humanas, acabado el cual sacó el zapatero de la faltriquera unas perlas pequeñas y opacas, obligándole á aceptarlas. Despues le hizo escribir su nombre en sus tablillas, para hacer constar que un zapatero americano, pero de sangre castellana, habia dado á unos Europeos lo que ellos tienen en tanto aprecio.

Estas perlas abundan en los arrecifes que van desde el cabo Paria hasta el de la vela. La Margarita, Cubagua, Coche, la punta de Araya y la embocadura del rio La Hacha, eran para los Españoles en tiempo de la conquista, lo que el golfo Pérsico y la isla Taprobana para los antiguos. Pescábanse una grande cantidad de perlas de mucho precio en Europa pero al cabo de algun tiempo llegaron á escasear y hoy dia se han hecho muy raras y de inferior calidad. La concha de las perlas es de una constitucion mas delicada que la mayor parte de los demas moluscos acéfalos. El animal no vive mas que ocho ó nueve años, y solo al cuarto empiezan á formarse las perlas. Muchas veces es necesario recojer una inmensa cantidad de ostras para hallar una sola perla de valor; á veces se gastan diez mil conchas sin fruto alguno.

Despues de un alto de algunas horas en el pueblecillo de la Laguna, me puse en marcha para ir á dormir á Maniquarez. El camino era árido y abrasado por el sol. Pasé por delante del castillo de Santiago, construccion muy antigua y notable por sus hermosas piedras de corte y sillería. Hay allí una cisterna de treinta pies de profundidad que provee de agua dulce á toda la península de Araya.

Maniquariz es un pueblo célebre en aquellas zonas por sus productos de alfarería, cuya fabricacion ejecutada por las mujeres se remonta á los tiempos de la conquista. Sacan la arcilla de las inmediaciones; hacen con ella vasos de dos y tres pies de diámetro, y rodeándolos luego de malezas los cuecen al aire libre.

De Maniquariz volví á Cumana y me preparaba para hacer otra correría á Cariaco, cuando se me presentó una ocasion para hacer una es-

cursion favorable en el pais de los Indios Chaymas. Un naturalista español, Don José Figueroa, iba á hacer algunos estudios importantes de jeolojía é historia natural. Conocí á este sabio en la posada de la graciosa Juanita, donde era mi comensal y vecino de cuarto. Así es que estuvimos pronto de acuerdo.

CAPÍTULO XIII.

CUMANACOA. — VALLE DE CARIPE. — GRUTA DE GUACHARO. — CARIACO. — INDIOS CHAYMAS.

Salimos de Cumana el 25 de octubre al amanecer con el menor equipaje que pudimos, guiados por dos Indios y acompañados de dos bestias de carga. La mañana era hermosa, aunque algo nublada. Al salir de la poblacion tomamos la senda que va al Manzanares por el hospicio de los Capuchinos situada en un bosquecillo de arbustos. Vímos aparecer el dia desde la colina de San Francisco, y sacudir el campo las sombras que le cubrian. La ciudad y la rada se iluminaron de repente, y el sol matutino doró las flores que esmaltaban la llanura. Todo parecia sonreir á nuestra peregrinacion.

Pasado el cerro que domina á Cumana, nos internamos en los montes del interior, verdaderos Alpes americanos. La naturaleza tomaba otro aspecto en estas elevadas alturas, ofreciendo formas mas grandiosas y salvajes; solo de trecho en trecho se echaba de ver algun terreno cultivado ó alguna solitaria habitacion. Así que llegamos á las fuentes de *Quetepe*, empezamos á subir el *Imposible*, cadena de cerros áridos y escarpados, y baluarte de Cumana en caso de invasion. Toda su vertiente es un continuo arenal donde apenas se vé alguno que otro vestijio de vejetacion. Pero al pie del cerro empieza un bosque frondoso de cuspas, cecropias con hojas anacaradas, dortenias, higueras de América y naranjos silvestres. Las ramas de estos árboles se enlazan las unas con las otras de manera que forman bóvedas de mil colores y de toda clase de flores, donde abundan los pájaros mas vistosos de todas aquellas rejiones en numerosas bandadas.

Seguimos una hermosa alameda de bambúes al cabo de la cual estaba San Fernando, pueblecito de Chaimas de unos ciento veinte fuegos. Las cabañas de estos indios no estaban rodeadas de jardines, pero hallábanse en linea recta y cortadas tambien en ángulos rectos: las paredes eran de hojarasca con una capa de tierra de greda. Este villorrio depende de Cumanacoa, y como ella tiene un aspecto de órden y de comodidad. Cada indio cultiva su canuco; especie de campo particular cuyo producto basta para su familia y para pagar el culto de la iglesia.

En el camino de San Fernando á Cumanacoa se encuentra la choza de Arenas, célebre entre los sabios al principio del presente siglo. En efecto, en ella vivió Lozano, ese labrador Chayma que dió de mamar á su hijo durante cinco meses, alimentándole de leche dos ó tres veces al dia. Llegamos á Cumanacoa, que es el punto mas importante de todo este valle. Está situada la poblacion al pie de montañas arcillosas en un llano espacioso, y cuenta 2.300 almas de vecindario. Fundóla en 1717 Domingo Arias: su clima es templado, húmedo y lluvioso: la vejetacion monótona pero activa; el terreno es fértil y produce tabaco del mejor que se conoce.

Otro de los productos mas esenciales del valle es el indigo, cuya calidad es mejor que la de Caracas. Emplean para fabricarle dos cubas donde se deposita la yerba destinada para la *podridura*, y cuyo líquido cae en dos pilas contiguas al molino de agua: despues de haber fermentado suficientemente, queda guardado algun tiempo en *receptáculos* de donde se estrae ya perfectamente hecho.

Las montañas mas altas que dominan el valle son el Cuchivado y el Vuriquimini: al lado opuesto de esta última se halla el valle de Caripe, uno de los sitios mas deliciosos de estos contornos, y cuyo camino pasa por San Antonio y Guana-Guana, aldeas situadas en medio de llanos fertilísimos.

La mision de Caripe administrada por frailes aragoneses, era una especie de Eden plantada de verjeles rodeada de mieses abundantes. Ademas de su clima hermoso y templado, de la fertilidad de su suelo y de la bella perspectiva del pais, tenian los viajeros otro objeto que admirar allí el cual bastaba por sí solo para llamar la atencion de los curiosos. Tal era la *cueva de Guacharo*.

Este era el objeto que nos llevaba á Caripe. Detuvímonos un poco en la cabaña para tomar guias: llegados al pie de la sierra de Guacharo seguimos á lo largo el torrente que de ella se desprende y corre por debajo de una jigantesca bóveda de rocas y peñascos, alta de setenta y dos pies sobre ochenta de largo, coronada de genipayers y eritrinas. De esta inmensa caverna nace el rio cuyas márjenes están cubiertas en todo su curso de árboles y arbustos como si estuviese espuesto al calor del sol. La entrada es tan ancha que pueden andarse unos doscientos pasos por dentro sin necesidad de encender teas; internándose un poco mas se encuentra el *guacharo* que habita en la rejion obscura, especie de pájaro que los naturales miran como particular de la caverna; estan aves se esconden en las rocas á millares á la aprocsimacion del viajero, con un ruido estrepitoso y chillidos agu-

dos como los de la corneja. Sus nidos tienen la forma de un embudo, y están á sesenta pies de altura y encajados en las peñas.

Los indios aprovechan la grasa de este pájaro para estraer un aceite con el cual sazonan sus guisados. El tiempo de la caza es por San Juan. Reunidos entonces los indios en bastante número y provistos de buenas estacas, entran en la caverna y derriban cuanto nidos pueden. Los pájaros mayores defienden con teson su domicilio jirando al rededor de la cabeza del hombre con gritos espantosos, pero los hijuelos caen al suelo y se estrellan. De este modo se cojen muchos miles, cuya grasa derretida en vasijas de arcilla y conservada luego en botes, dura mas de un año sin volverse rancia. Tambien sacan los indios del vientre de estas aves unos frutos secos, llamados por ellos *semilla de Guacharos*, que sirven para cortar las fiebres intermitentes. Esta caza destructora no disminuye en lo mas mínimo el número de estos animales.

La caverna de Caripe es una de las mas uniformes y regulares que se conocen. La primera parte que pudiera llamarse su peristilo, tiene una altura de sesenta á setenta pies sobre una estension de cuatrocientos setenta metros. En toda esta parte corre el rio con una anchura de treinta pies. Un poco mas allá empieza la segunda parte de la gruta, donde apenas hay un indio que penetre por estar persuadidos de que allí moran las almas de sus antepasados. Aventurarse á pasar mas adelante, es esponerse á morir. Así es que á medida que se estrechaba la caverna, tuvimos que renunciar á seguir mas adentro por habérsenos negado redondamente á guiarnos los indios y era imposible continuar sin ellos: esta grosera supersticion ha hecho impracticable hasta ahora el total reconocimiento de la gruta.

Al regresar de Caripe tomamos el camino de La guardia y Santa Cruz de Cariaco. Atraviésase en este viaje el bosque de Santa María tan abundante en árboles preciosos como curacays, himeneas, palmeras, etc. No topamos en todo el bosque con ninguna fiera, pero en cambio hallábamos á cada paso monos de varias clases y pájaros muy pequeños. De los monos el mas interesante era el araguato *(stentor ursinus)* que se asemeja á un oso blanco pequeño; la cara de este mono es de un color azul obscuro y cubierta de pelos largos, pero bastante parecida á la cara humana. Sus ojos, voz y modo de andar son sumamente tristes; no juega ni retoza como los demas monos, está siempre quieto y conserva un aire melancólico y sombrio. Nada es tan gracioso como ver á estas bandadas de araguatos saltar por el bosque de rama en rama, y cuando la distancia es muy grande, suspenderse por la cola, bajar y volver á subir con una admirable prontitud. Cada bandada de estas tiene su mono jefe que guia á los demas, y aun los indios pretenden que este jefe dá la voz ó grito de mando para hacer las evoluciones.

Al salir del bosque de Santa María descubrimos la ciudad y golfo de Cariaco, pueblo que presenta á primera vista un aspecto risueño por la estrema limpieza y regularidad de las casas y plantios, pero en medio de todo esto hace la fiebre en él tan grandes estragos que la mitad de la poblacion está casi siempre en cama. Apesar de este azote se puede evaluar en 6.000 almas su vecindario, con un comercio muy estenso y una agricultura muy bien llevada. Estando á nuestra llegada en su mayor auje las calenturas, no quisimos hacer alto, y regresamos aquel mismo dia en una lancha á Cumana, donde llegámos á 15 de noviembre.

Los pueblos indios que hallamos en nuestro camino, pertenecian á la tribu de los Chaimas, tribu bastante notable y digna de que se fije en ella la atencion. Los Chaimas son de baja estatura, velludos, rechonchos, de espaldas anchas y pecho aplastado. Su color es bronceado, la frente pequeña y estrecha, los ojos negros, nariz aguileña y la barba redonda. El conjunto de su fisonomía es grave y melancolico. Su dentadura fuera muy hermosa sino se la ensuciaran con plantas ácidas para ennegrecerla.

No obstante los continuos sermones de los frailes misioneros, los indios prefieren mas ir desnudos que vestidos. A veces cuando tienen que ir al pueblo inmediato se cubren de una túnica de algodon que les llega hasta las rodillas, pero al volver á sus casas la arrojan lejos de sí por incómoda.. Las mujeres van tambien desnudas; regularmente son feas, pero tienen una mirada dulce y apasionada. Su cabello está peinado en dos trenzas; no se pintan ni se ensucian, consistiendo su único adorno en un collar de mariscos y de huesos de pájaro.

La vida de los Chaimas es sobria y tranquila: sus chozas limpias y bien arregladas con sus hamacas y esteras, sus tarros llenos de maiz fermentado, su arco y sus flechas. Cada choza tiene contiguo un conuco ó campo cultivado con bastante esmero. El trabajo mas pesado incumbe á las mujeres: al volver de los campos llevan estas sobre sus hombros una carga asaz considerable de bananos y otros frutos, mientras que el hombre solo lleva su machete para abrir paso por medio de los arbustos. Estos indios son jeneralmente torpes; aprenden solo el español y apenas pueden hablarlo de un modo intelijible.

No son los Chaymas los únicos indios aborijenes de esta parte de la América meridional. Cuéntanse ademas otras varias tribus tales co-

mo los Guayqueríes, los Pariagotos, los Quaquas, Araucas, Caribes, Cumanagotos y Guaraunos.

Todas estas razas tienen su carácter especial sobre un tipo jeneral. La mas numerosa es la de los Chaimas que ya hemos descrito; su número asciende á quince mil habitantes en los llanos y montañas. Tienen por vecinos á los Cumanagotos, á los Guaranos y Caribes. Estos últimos sobretodo, mas belicosos que los Chaimas hace mas de un siglo que llevaron la guerra á su territorio, quemaron sus caserios, degollaron á los habitantes y desolaron el pais. Han transcurrido cien años y apenas se han podido reparar estos desastres.

CAPÍTULO XIV.

LA GUAYRA. — CARACAS. — VIAJE A LOS LLANOS DEL ORINOCO.

Salí de Cumana el 30 de noviembre en un barco de cabotaje y desembarqué al cabo de seis dias en la Guayra, arrabal marítimo y depósito de Caracas, ciudad distante de allí unas tres leguas. La Guayra encerrada entre el mar y la montaña, en un espacio de 140 toesas, contiene una poblacion mercante de 5.000 almas diezmada cada año por los calores y la fiebre amarilla.

Pasando la altura que domina á la Guayra por un camino abierto en la roca, se entra en la playa de Caracas, capital del departamento de Venezuela.

Hasta aquí no habia podido mezclarse ningun recuerdo de historia reciente en mis esploraciones colombianas. La isla Margarita hubiera podido con todo recordarme su Arismendi, uno de los jefes mas activos de la revolucion contemporanea. Cumana su Marino y otros guerreros que se señalaron en la peninsula de Paria. Pero estos capataces no tomaron jamas la iniciativa en los movimientos políticos y militares. Recibian el impulso pero no lo daban. Caracas al contrario, era una ciudad enteramente histórica, donde era imposible desentenderse de los graves acontecimientos de las guerras locales. De Caracas, cuna de la revolucion colombiana, lanzó una junta en 1811 aquel manifiesto firmado por Domingo y Mendoza donde se echaba de ver el jérmen de la independencia futura del pais. Por allí pasaron Bolivar y Paez, vencedores ó vencidos, dueños hoy de la ciudad, y forzados mañana á huir ante las huestes vencedores del esforzado jeneral español Morillo, y buscar un asilo en las llanuras del Orinoco.

Ni un solo dia ha dejado de tener Caracas un carácter político. Belicosa y altanera, no ha cesado de disputar á Bogota el título de capital de los Estados colombianos. Quizás llegue dia en que todas esas rivalidades se confundan en un sistema de federalismo estable y tranquilo, y cansado el pais de guerras intestinas, quedé tan solo esa noble emulacion de intelijencias nacionales cooperantes todas hacia un fin comun. Entonces empezará la verdadera era de independencia, complemento del primer sacudimiento contra la metrópoli, fecunda en útiles resultados.

Situada Caracas en la entrada de la llanada de Chacao y á las márjenes del rio Guayro, goza de una primavera casi eterna: en la estacion seca, se mantiene el cielo puro casi siempre; pero en diciembre y enero, aparecen claras las mañanas y por la tarde se ven cargadas de nubarrones las montañas circumvecinas, los cuales elevándose con el viento vienen á descargar en fuertos aguaceros sobre el valle. La dulce temperatura de este llano se presta á todos los cultivos; prosperan en él la caña de azúcar, el cafetal y el cacao, todos los frutos de los trópicos, y algunos de los mas delicados de Europa, como el melocoton, el membrillo, la uva y la manzana.

Fundóse Caracas en 1566 por Diego Losada. Es capital del territorio de Venezuela, y, segun el último conso tiene cerca de un millon de habitantes. Bajo el dominio de los Españoles fué residencia de una audiencia y sede de un arzobispado. Las calles son anchas y cortadas en ángulos rectos, pero estrechas y tortuosas, siendo mas pintorescas que regulares. Las casas con terrados ó azoteas, hechas de piedras ó de ladrillos, tienen todas sus jardines con agua viva, lo que hace que tenga la ciudad un diámetro bastante considerable.

Si permanecí en Cumana mas tiempo del que creia fué por causa de la estacion de las lluvias que me detuvieron allí bien apesar mio, porque yo me habia vuelto ya un verdadero nómada, fastidiándome la permanencia en las ciudades y no gustándome mas que las sábanas y las soledades. Solo hallaba placer subiendo una montaña escarpada, bajando rápidamente un rio caudaloso, ó abriéndome paso con el machete á través de la espesura de la selva: tal era la vida que me esperaba. Mi cama iba á ser en adelante una hamaca tendida bajo el estrellado arteson del cielo raso, mi alimento fueron pescados en el rio y algunos frutos cojidos en el camino.

Salí de Caracas á fines de febrero de 1827 acompañado de dos guias, y me encaminé hácia el S. para atravesar la cadena montañosa que se despliega entre Baruta, Salamanca y Ocnmara. Debíamos ir desde allí á los llanos de Orituco, atravesar á Cabruto contigua á la

embocadura del rio Guarico y dirijimos hácia Calabozo.

En 12 de marzo entramos en los llanos por el pie de los montes de Ocumara. Veia por primera vez aquellas inmensas llanuras y su aspecto lúgubre y uniforme me entristeció el corazon. Parecíanme un lago dilatado donde la vista se pierde, ó un Océano cubierto de algas marinas. El horizonte era puro y encarnado á la caida del sol y la tierra iba á lo lejos á confundirse con el cielo. En toda la llanura cubierta de yerbas y plantas, no se veia un arbusto mayor ni un árbol para cobijar al viajero; solo alguna palmera sin hojas elevaba su pelado tronco como el palo de un navío en aquel mar de sábanas.

Internóse la caravana en este desierto donde el ojo mudaba á cada momento de horizonte sin echarlo de ver. Solo los guias podian conocer el camino en medio de tales soledades, por medio de algunas sinuosidades que venian de cuando en cuando á interrumpir su cansada monotonía.

Aunque los llanos del Orinoco se prolongan todo lo largo de este rio en una estension de 150 leguas, con una uniformidad que nada va á interrumpir, se ha dividido sin embargo el terreno, designándolo con nombres diversos, como llanos de Barcelona, de Caracas, Cumana y Valencia. Mas allá y hácia la parte del S. y S. S. O. están los llanos de Varinas, Casanara, Meto, Guaviara, Coguan y Caqueta.

Hallábamonos entonces en los llanos de Caracas. Hicimos apenas algunas leguas, cuando encontramos un *hato de ganado*, especie de grupo de cabañas aisladas, donde encierran los bueyes y corderos que pacen por aquellas llanuras. Estos rebaños están custodiados por unos hombres llamados *peones llaneros*, que van montados en ajilísimos caballos. Cada hato de ganado poseerá de siete á ocho mil cabezas entre bueyes, caballos, carneros etc. Apeámonos delante del primero de éstos hatos que encontramos para pedir un poco de agua y descansar á la sombra. Era mediodía, y el sol abrasaba la llanura: una arenilla fina y ardiente nos obstruia la vista penetrando en los ojos y hasta en la garganta. Diéronnos sombra bajo su techo los pastores y agua cenagosa de un pantano vecino. Son tan apáticos los habitantes, que apesar de haber agua clara á unos diez pies de profundidad, prefirieron medio morirse de sed, que escavar un pozo en la tierra. La vida de los llaneros alterna tambien entre seis meses de inundacion y seis meses de sequedad; en tiempo de esta última, cuando el agua escasea, van olfateándola por el llano los animales y así que uno la encuentra la anuncia con sus gritos de contento.

Despues de algunas horas de alto nos pusimos en camino. El sol era menos ardiente produciendo á medida que se acercaba al horizonte unos fenómenos de refraccion que dañaban á los ojos no acostumbrados á verlos. Por lo demas los únicos objetos que se ofrecieron á nuestro paso en esta peregrinacion eran los troncos de palmeras secas, los ganados de bueyes y la multitud de caballos salvajes. Gastamos tres dias enteros para llegar á Calabozo. A medida que íbamos internándonos en el llano y aprocsimándonos á las poblaciones, aumentaba el número de los ganados que pacian con entera libertad. Hallábamos de cuando en cuando rebaños de *matacanes*, especie de ciervos mas grandes que los de Europa y escelentes para comer. Su piel se parece á la del gamo, lisa, parduzca y salpicada de manchas blancas. Pacian tranquilamente estos matacanes, sin mostrar miedo á la aprocsimacion del hombre.

La vejetacion de estos llanos tan estériles se reduce á yerbas que no llegan á diez pulgadas en el interior, y á cuatro pies en las márjenes del rio. Tocante á árboles no se ven mas que la *palma de Cobijo*, vejetal de veinte á treinta pies de alto sobre diez pulgadas de diámetro, escelente madera de construccion, algunos bosquecillos de *palma real de los llanos*, *piritus* de anchas hojas, y palmeras moriches con hojas grandes y anacaradas, hermoso adorno de estos desiertos y productoras de un fruto muy apreciado por los habitantes de los llanos.

Llegué pues á Calabozo, pueblecillo célebre por las guerras de Paez y Bolivar, y muy rico en ganadería, pues solo en sus cercanías asciende á cien mil el número de cabezas que están paciendo. El principal comercio del pais consiste en cueros de los cuales se esporta una cantidad considerable. Los caballos de los llanos son de una hermosa raza descendiente de la tan afamada andaluza en España, aunque mas pequeños que los de esta y menos briosos. Van tan baratos en Calabozo que cuesta cada uno de dos á tres duros: lo mismo sucede con los bueyes cuya abundancia hace que vayan á un precio bajísimo.

Los lugares que rodean á Calabozo abundan en jimnota, especie de anguila eléctrica que ofrece curiosísimos fenómenos de organizacion. Para cojer uno de estos pescados se necesita rogar mucho á los indios que los temen: péscanlos con barbasco, especie de raiz que ensucia el agua y les emborracha; á veces se pescan tambien con caballos, pero entonces es menester reunir unos treinta, y obligarles á entrar en el agua, y las patadas de éstos cuadrúpedos atropellan á los jimnotes provocándolos al combate. Es sumamente curioso el ver estas anguilas amarillentas aparecer de repente en la

superficie del agua y mòrder la barriga de los caballos que van á turbar su reposo. Empéñase una lucha horrible entre los cuadrúpedos y pescados, lucha que los Indios procuran prolongar impidiendo á los caballos que salgan del lugar. Es tal la fuerza eléctrica de las anguilas, que muchos de los caballos caen ecsánimes en el campo de batalla, y otros pueden llegar apenas medio muertos á la orilla. En fin las serpientes acuáticas cansadas empiezan á amainar sus fuegos eléctricos y acaban por agotar todas sus fuerzas. Véselas sobrenadar en la laguna y entonces se las recoje.

Al tocar á la jimnota se siente en la mano una impresion mas violenta que si se disparase una botella de Leida. Basta poner los pies sobre uno de estos pescados para esperimentar durante un dia un vivo dolor en las articulaciones. Atribúyese á las jimnotas la falta absoluta de pescados en las lagunas de los llanos donde viven. Los lagartos, las tortugas ni las ranas no pueden suportar su vecindad. Cítanse muchos brazos de rios que ha sido preciso destruir, porque habiéndose avencidado los jimnotas, mataban á los mulos que se acercaban á beber de aquellas aguas.

Al cabo de algunos dias de permanencia en Calabozo, continué mi camino por el S. de los llanos, donde el suelo era mas polvoroso á causa de la grande sequedad. Ni un árbol se veía, viniendo de cuando en cuando á cegarnos una nube de polvo. Mas allá del Uriten empezó la *Mesa de los Pavones*, horrorosa soledad donde apenas se eleva la yerba algunas pulgadas. Una sola cabaña rodeada de aguas cenagosas se nos vino á ofrecer para hacer un alto. Mas adelante en las riberas del rio Guarico se halla una aldeilla fundada por los misioneros españoles, y pasando por fin este rio y acampando algunos dias en las sábanas del S. del Guayaval, llegamos á 28 de marzo á San Fernando, capital de las misiones de Uarinas. Allí debia terminarse aquella larga escursion por tierra, debiendo en consecuencia dejar los mulos para tomar las piraguas, y abandonar los llanos para seguir el curso de los rios.

Situado San Fernando sobre el Apuro, cerca de un confluyente considerable, hace un pingüe comercio de cueros, cacao, algodon y añil. En la estacion lluviosa suben las grandes embarcaciones por el Angostura hasta Uarinas para traficar en la provincia. Aprovechéme del regreso de una de estas barcas para bajar hasta Orinoco: era una lancha de construccion española, bastante grande y fácil de gobernar. Bastaba un solo piloto y cinco marineros para la maniobra; tenia en la popa una cabaña cubierta con hojas de palmera, capaz de contener una mesa y bancos. Habia tomado en San Fernando las provisiones necesarias para un largo viaje, y consistian en huevos, bananas, aves y caso. Pescamos en el camino por ser el Apuro, rio por el cual navegábamos, muy abundante en toda clase de pesca, y caza de muchos y variados pájaros, entre ellos una gallineta que es el faisan del pais. Completaban nuestro cargamento algunos barriles de aguardiente, vestidos, armas y municiones.

En la madrugada del 3 de abril, salidos apenas de San Fernando, vimos en la orilla izquierda del Apuro las cabañas de algunos Indios Yaruros que vivian de la pesca y de la caza. Esta tribu, poderosa en otro tiempo por el número y el valor, es hoy dia muy reducida y miserable. Los pocos habitantes que vimos tenian un aspecto de gravedad y nobleza que prevenia en favor suyo. Su carácter distintivo era la viveza del mirar y la severidad de su jesto. Eran mas morenos y mas altos que los Chaymas.

El primer alto despues de San Fernando es el *Diamante*, punto mas allá del cual habitan tan solo jaguares, caimanes y cabiais. Bandadas de pájaros obscurecian el sol. Mas abajo se ensancha el rio y una de sus márjenes es arenosa, en tanto que la otra está cubierta de árboles frondosos, selvas olorosas y bosquecillos de arbustos, formando todo un conjunto muy pintoresco. Por entremedio de estas espesuras, salen los jaguares y javalíes americanos á beber en el rio. Estos horrendos animales, en particular el caiman, echados panza arriba en las márjenes del rio, son mas inofensivos que temibles, aunque espantosos á primera vista por su larga cabeza, su boca infernal y su cuerpo escamoso. La lonjitud ordinaria del caiman es de diez y ocho á veinte pies y algunos llegan á los veinte y cinco. El estado habitual de este reptil es la apatía, pero cuando sale de ella hace un movimiento aterrador. Produce en su carrera un ruido seco causado por el choque de las escamas en la arena: su movimiento es casi siempre rectilíneo, aunque puede jirar sobre sí mismo. Cuando el hambre no le acosa es naturalmente pesado en su paso, pero si se arroja sobre su presa, es ájil y mañoso. Como escelente nadador, sube y baja rápidamente la corriente del rio.

El principal alimento de los caimanes del Apuro son los cabiais, especie de cerdos anfibios muy abundantes en aquellas márjenes. Estos pobres animales no tienen una hora de reposo, pues se ven continuamente atacados por los jaguares y caimanes; pero aunque diezmados por enemigos tan formidables, multiplícanse sin embargo de un modo prodijioso. Varias veces nos hallamos detenidos en nuestro cur-

so por cuadrillas de estos cerdos que nadaban en el rio con la cabeza levantada. En tierra se les vé sentados sobre sus patas traseras como los conejos y moviendo como estos el morro superior. Su carne, aunque huele á almizcle, se sala haciendo de ella jamones.

Los altos durante la noche se hacian en un paraje desierto ó en una cabaña aislada. En el primer caso no salíamos de la lancha, y en el segundo tendíamos nuestras hamacas bajo techo. Estas chozas indianas eran habitadas por mestizos, raza cruzada de sangre española, la cual conservaba algo de la intrepidez de los primeros conquistadores. Mal cuadraba su valor y su gravedad castellana con su estado miserable, pues iban muy andrajosos ellos y sus mujeres, y los muebles de sus cabañas consistian en una mesa y las hamacas.

Algunos dias despues de nuestra partida de San Fernando, visitamos la aldea de Guamos compuesta de unas veinte chozas cubiertas con hojas de palmera. Estos Guamos forman con los Achaguas, Guagivos y Otomacos, los nómadas de los llanos del Orinoco; todas estas razas son sucias y atrevidas, viviendo de la pesca y de la caza. La naturaleza del terreno que habitan influye sin duda en el jénero de vida que llevan, pues en aquellos llanos siempre inundados por el Apuro y el Meta, no pueden nunca dedicarse á las costumbres agrícolas y sencillas de los Piaroas, Macos y Maquisitares que habitan la parte montuosa de donde baja el Orinoco. Los Guamos que vimos se mostraron corteses y hospitalarios con nosotros: ofreciéronnos pescados y agua fresca, que aceptamos con mucho gusto.

Mas de una vez vivaqueamos en la playa; encendíamos entonces un gran fuego contra los jaguares, precaucion que los indios juzgan necesaria é infalible para evitar desgracias. Otras veces suspendíamos nuestras hamacas de las ramas de los árboles. Cuando llegaba la noche, toda esta naturaleza, donde solo reinaban las fieras, tomaba un tinte salvaje y lúgubre. Atraidos los caimanes por nuestros fuegos, venian á apostarse á cierta distancia en número de diez ó doce á hacer reflejar la llama en sus ojos vivos y lucientes. A veces acudian tambien los jaguares, mas bien inquietos que admirados de esta escena estraña para ellos. Por lo demas un silencio sepulcral reinaba hasta media noche, pero llegada esta hora resonaba todo el valle de gritos confusos y penetrantes, como si se hubiesen dado cita todas las fieras para interrumpir á una la quietud. Era imposible el poderse entender en medio de tanto chillido, silvido, bramido y rujido de tanta clase de cuadrúpedos y aves de rapiña. Cada arbusto tenia sus habitantes particulares, y en él pasaban á aquella hora sus escenas de amor y de odio. Imposible nos era poder pegar los ojos con aquella baraunda las primeras noches; pero las siguientes pudo mas la naturaleza y nos dormimos en medio de aquel estrépito. El único enemigo incómodo al cual no pudimos habituarnos, fué un enorme murciélago que venia á volatear cada noche al rededor de nuestras hamacas, picándonos algunas veces con sus dientes. Estos murciélagos son una especie de vampiros con su lengua aguda y endurecida.

Nuestros indios andaban muy solícitos en abastecernos de provisiones. Todas las mañanas pescaban toda clase de pescados, entre otros el caribe, pez ansioso de sangre, el cual ataca á los nadadores, mas temible por su ferocidad que por su tamaño, pues, largo apenas de cinco pulgadas, se abalanza al hombre hiriéndole con sus afilados dientes en los muslos, nalgas, pantorrillas, etc. La sangre que fluye de la herida, atrae una infinidad de estos carnívoros animalillos, de modo que en menos de un minuto se vé el agua cubierta de caribes que devorarian indudablemente al nadador si no se retirase cuanto antes á la orilla. El mismo caiman no inspira tanto horror.

Un poco mas lejos en las aguas del Caño de Manati, pescaron nuestros indios un lamantin, cetaceo de doce pies de largo, el cual pesaba unas ochocientas libras. Estos parajes son muy abundantes en esta clase de pesca, sobretodo el Orinoco, los rios Meta y Apuro y las dos islas de Carrizales y Conserva. La carne del lamantin es muy sabrosa, con un gusto de cerdo mas que de buey. Los Guamos y Otomacos, muy aficionados á este pescado, hacen una pesca muy abundante de él y salan lo que no pueden consumir. Suele decirse que el lamantin tiene siete vidas, porque es de mucha resistencia, y no muere sino despues de muchas heridas y palos en la cabeza. Los Indios sacan de él una grasa que llaman *manteca de Manati*, la cual sirve para sazonar los alimentos y alumbrar las iglesias. Su piel cortada en tiras, sirve de cuerdas y disciplinas para los desgraciados negros.

Por lo dicho se vé que tuve bastante que admirar en toda mi travesía del Apuro. En los diez dias que habian transcurrido desde que salí de San Fernando, se me presentaron demasiados objetos paraque tuviese lugar de ecsaminarlos todos. Mis observaciones no dejaban de tener sus riesgos. A veces en medio de un bosque nos hallábamos cara á cara con un jaguar que se prestaba de asaz mala gana al ecsámen del naturalista, ó bien topábamos con un caiman que inmóvil como una estatua de bronce, movíase de repente para enseñar al curioso indiscreto una doble hilera de dientes relucientes y agudos.

El 2 de abril dejamos el Apure para entrar en el Orinoco. Siendo muy rápida la corriente, sobretodo en el confluyente, fué necesario costear remando por la orilla. Al cabo de una hora de navegacion, cuando íbamos á dejar las últimas aguas del rio para entrar en el gran Orinoco, presentóse á nuestra vista un espectáculo grandioso. No era ya un rio cubierto á intérvalos por la sombra del bosque; no era ya aquella naturaleza animada por mil aves y cuadrúpedos de varias castas y colores; este espectáculo habia cesado enteramente. El mar estaba ante nosotros con sus líneas monótonas y unidas, con sus olas y sus brisas: un horizonte obscurecido se ofrecia á nuestra vista, y la playa era árida, solitaria y tan baja, que era difícil distinguir donde empezaba el agua ó concluia la tierra. Este espectáculo tenia su pompa y majestad.

Nuestra lancha tendió la vela á la brisa para remontar el Orinoco. El rumbo fué en un principio al S. O. hasta la playa de Guaricotos, donde hace un pequeño recodo hácia el S. hasta el puerto de la Encaramada. Este puerto, ó por mejor decir, este embarcadero es la cita ó punto de reunion de toda la poblacion indíjena que vive del comercio de la pesca. Vimos á nuestro paso las barcas encarnadas de los Caribes que iban en busca de huevos de tortuga. Estos caribes son la tribu mas poderosa de todas las del Orinoco. Su estatura es atlética y bien musculada; viven en todos aquellos bancos, tanto en los parajes húmedos como en los secos. En la zona de la Encaramada, se ven algunos indíjenas sedentarios, ocupados en la agricultura, unos como propietarios directores cultivando los campos por su cuenta, y otros trabajando como jornaleros en las propiedades de los mestizos. Fuí á visitar uno de estos campos situados á poca distancia del rio: tenia una casita baja y pequeña con un banco á la puerta; sus enseres consistian en un molino de azúcar donde esprimian la caña para estraer el licor del guarapo que hacian fermentar despues, y unas perchas para colgar la carne de ternera cortada en lonjas.

Desde la Encaramada fuimos á la Boca de la Tortuga, isla célebre en aquel pais por su abundancia de huevos de tortuga. Al llegar oimos una algazara de voces confusas, debidas á la grande afluencia de indíjenas reunidos allí para hacer la cosecha de huevos, y de muchos mercaderes criollos de Angostura que se dedicaban á este comercio. Habia en toda la playa un movimiento igual al que se nota en nuestras ferias de Europa, viéndose en ella confundidos Guamos, Otomacos, Guahibos y Chiricoas.

Las tortugas del Orinoco son de dos clases. La primera llamada *arrau*, es tímida y asustadiza, la cual no pasa mas allá de las cataratas del rio. Es bastante grande, de patas membranosas y anchas, de color gris por encima y anaranjado por debajo. Pesa unas sesenta libras y sus huevos son mayores que los del pichon. La segunda clase llamada *terakay*, es mas chica que la arrau y de color verde; no se reune en cuadrilla y pone aisladamente.

Estos animales ponen sus huevos en la estacion de las aguas bajas, hácia últimos de marzo. Por este tiempo se ven ya en el rio bandadas de arraus nadando hácia las islas privilejiadas para deponer su cria, sacando de cuando en cuando la cabeza para ver si tienen algo que temer de los hombres. Pero estos lejos de incomodarlos, los protejen estableciendo un cordon todo lo largo de la ribera en frente de las islas donde tiene lugar la combinacion: ni hombres ni piraguas pasan durante este tiempo. La hora de incubacion es de noche: las tortugas ponen sus huevos en la arena precipitadamente como si alguno las corriese y vuelven á sumerjirse en el rio, dejándolos allí apiñados en gran cantidad, despues de haber roto muchos en aquella confusion.

Acabados de poner los huevos, se empieza la cosecha bajo la direccion de un delegado de la mision que mide el terreno con un junco, señalando á cada uno cerca de un pie cúbico, donde desentierra el indio los huevos y los coloca en unos canastos llamados *mapiri*. Llévanlos despues al campo comun, donde los echan en unos tarros llenos de agua rompiéndolos y revolviéndolos con palas hasta que la fuerza del hervor hace sobrenadar la parte aceitosa, la que condensada despues se convierte en manteca de tortuga, muy empleada en el pais y preferida por los criollos al aceite de olivas.

Mas arriba de la Boca de la Tortuga, dejamos á nuestra derecha la embocadura del Arauco, célebre en los anales de la guerra de la independencia por los varios episodios que pasaron en él. Mas arriba todavía está la aldea de Uruana, distante doscientas léguas de las bocas del Orinoco. A esta altura el aspecto del rio cambia enteramente; sus aguas no corren ya entre dos tierras unidas como hasta allí; pero las altas montañas que le rodean le tienen como encajonado. Entre los desfiladeros que baña, el mas hermoso es el de Baraguan en la playa de Pararuma, sitio célebre tambien por sus cosechas de huevos de tortuga, y poblado en aquel entonces de tribus indias. Estas tribus pertenecen casi todas á las razas que habitan la zona media y la zona superior del Orinoco. Veíanse Macos, Salivas, Mariquitares, Carancucanas y Parecas, pueblos sencillos y fáciles de civilizar, al lado de los Guahibos y Chiricoas, siempre intratables y rebel-

des. En Pararuma empieza para los dos tipos indíjenas una especie de terreno neutral donde se encuentran y se toleran. Ninguno de estos indios tiene una cara agradable; andan cubiertos de tierra y grasa son sucios y sumamente indolentes.

Las pinturas son, digámoslo así, los únicos vestidos de los naturales. Cuanto mas ricos son estos salvajes, mas cubierto llevan el cútis de colores vivos y variados: cuando se quiere hablar de un Indio muy miserable se dice: « No tiene con que pintarse el cuerpo. » Esto significa el último grado de abyeccion. El color de mas precio para ellos es el encarnado; los Caribes se pintan solo la cabeza, pero los Salivas, el pueblo mas industrioso de todo aquel pais, se ensucian todo el cuerpo. Despues de este color llamado *chioa*, viene el achiote cuyo uso es tan frecuente en la Guyana. Las pinturas no son ni uniformes ni regulares, sino segun el capricho de cada cual. Ora imitan un vestido europeo con la casaca negra ó azul y botones amarillos, ora un traje galoneado de blanco y encarnado, ora en fin un capricho que no tiene conecsion con ningun traje conocido.

Pasado Pararuma, fuénos preciso mudar de embarcacion. Ibamos á entrar en las partes raudalosas ó cataratas del Orinoco, y escojióme mi guia una piragua con un toldo de hojas de palmera que me resguardaba del sol y de la intemperie. Partimos acompañados de seis remeros indios enteramente desnudos: sentáronse dos á dos en la parte delantera de la piragua, y entonaron un canto monótono remando al compás de él.

Pasó la piragua por delante de *Mogote* ó *Cocuyza*, antiguo fortin de los misioneros, cerca de la embocadura del Parmiari, y despues de haber atravesado el raudal de Marimara, llegó á una vasta bahía formada por el rio y llamada puerto de Carichana. Es un sitio de un aspecto salvaje: el agua refleja masas graníticas cubierta de una corteza de color de tinta. Carichana es una aldeilla habitada por Salivas, pueblo intelijente y dócil. Los alrededores de esta aldea son un llano muy fértil y una cadena de bosques que lo circunda. Florecen en este terreno el *jacaranda obtusifolia*, el paraguatan cuya corteza pinta de encarnado, el guaricamo con la raiz venenosa y el *serrape* cuyo fruto aromático se conoce en Europa con el nombre de haba de Tonco.

Mas allá de Carichana empiezan las rápidas corrientes del rio, entre las cuales merece citarse el raudal de Cariven. Despues de este raudal se encuentra la embocadura del Meta, el mas considerable afluyente del Orinoco y el que se asemeja mas al de Bogota y de la parte occidental de la Colombia. A la altura de las bocas del Meta hallamos en el rio muchas balsas atadas con juncos que atravesaban sin el menor obstáculo sin desunirse las cataratas mas peligrosas. Los Guahibos que las conducian no diferian mucho de los demas salvajes que habíamos visto ya. Tenian sin embargo un mirar mas vivo que los habitantes del bajo Orinoco; muchos de ellos tenian barbas, mostrándose muy ufanos de tenerlas.

Navegando de este modo llegamos á las cataratas de Aturés y Maypurés, que cortan en dos partes casi iguales el largo curso del Orinoco. Pasando las cataratas se encuentra una tierra desconocida, en parte montañosa y en parte compacta que recibe á la vez las afluyentes del Amazona y del Orinoco. Este pais ha sido fabuloso en todo tiempo. La voz antigua suponia haber en él cíclopes con un ojo en medio de la frente, la cabeza de perro y la boca encima del estómago.

El paso del Aturés y Maypurés por poco nos es funesto. Nuestra piragua atormentada de continuo en aquellos remolinos de espuma, por acaso no se nos fué á pique, pero la habilidad de nuestros indios nos libró de esta catástrofe.

La aldea de Aturés se halla poblada de indios Salivas, dóciles pero perezosos. La colonia fundada en un terreno fértil, hubiera llegado á ser floreciente en otras manos. Lo mismo sucede con el pueblo de Maypurés. En ambas partes la poblacion va disminuyendo progresivamente, y casi puede decirse que es jeneral, pues en todas partes donde la civilizacion europea ha querido suavizar á los indios, la muerte los ha diezmado, y tribus enteras han perecido casi todas. Las emigraciones á los bosques, el aborto de las mujeres que usan ciertas yerbas venenosas, todo ha contribuido á esta diminucion de los indios colonizados.

Al rededor de las casas de Aturés y Maypurés, divagan manadas de lechones salvajes y domesticados. Estos cerdos son de dos clases; la una mas pequeña se llama en indio *chacharo*, y la otra mayor se llama *apida*.

Cuando se han pasado las cataratas, se hace mas cansada y penosa la navegacion del Orinoco. Los caimanes se muestran mas atrevidos y mayores, y las plagas de mosquitos y demas insectos mortificadores vienen en mayor número á hacerle á uno casi insoportable la ecsistencia: introdúcense por entre los vestidos, por la boca, ojos, narices y orejas, dando unos martirios crueles: los mismos salvajes habitantes del desierto no se dan nunca los buenos dias sin preguntarse: « ¿ Como ha ido esta noche de mosquitos? » Los indios llaman *plagas de mosquitos*. « ¡ Qué feliz se debe ser en la

luna! » decia un Indio al padre Gumilla; « ¡ Tan clara y tan hermosa debe estar libre de mosquitos! » Nadie se ve esento de los aguijones de estos insectos. Los frailes españoles que habitan los bosques de Casiquiare tienen la piel pintada de picaduras. No se conoce preservativo para ellos. Las pinturas de los indios, el achiote, la grasa etc. disminuyen algun tanto el dolor, pero no preservan del aguijon del mosquito. Parece que el mejor modo de evitar la hinchazon consiguiente á las picaduras, es dejar al insecto que se sacie picando, pues de lo contrario, si se le mata ó espanta, sobre ser el dolor mas vivo, se irrita la herida y se hincha la parte picada.

Cerca de las grandes cataratas y contiguo á a embocadura del rio Caianiapo, se vé la caverna de Atarupe, hipojeo de una antigua puebla de Aturés. Encuéntranse en sus bóvedas subterraneas, esqueletos llenos de achiote y grandes vasijas de tierra cocida, que encierran las cenizas de familias enteras. Uno de los mas bellos paisajes de esta zona se descubre cerca de Maypurés desde lo alto de la pequeña montaña de Manini que se eleva en medio de la sábana. Este promontorio domina una laguna espumosa de mas de una milla de estension. Del seno de su álveoo se elevan enormes piedras, negras como el hierro. Cada uno de estos peñascos ó islotes está cubierto de árboles y flores, distinguiéndose el palmito, y el magnífico vadjiais con sus hojas lustrosas y rectas. Esta vejetacion grandiosa, la hermosa blancura de la espuma, los colores prismáticos que refleja, los arcos-iris que se forman y mueren sobre esta superficie, todo forma un golpe de vista muy bello, pintoresco y variado.

Los naturales de esas cercanías cultivan el plátano y el mañioc: son sobrios, dóciles y aseados: el uso de los licores espirituosos les es desconocido: su única bebida fermentada es la que produce el *seje*, palmera salvaje que crece en las márjenes del Árauco, muy productiva en flores y frutos. Échanse estos en agua hirviendo á fin de estraer el hueso, y hácese despues una infusion fria que dá un licor amarillento semejante en el gusto á la leche de almendra. El campo produce una especie de unona que los indíjenas llaman *fruta de burro*.

Segun nuestro itinerario, debíamos ir á parar á San Fernando de Atabapo por entre medio de una infinidad de rios y riachuelos, verdadero laberinto de aguas, cuyo estravío en medio de ellos nos hubiera sido funesto. Así es que tuvimos bastante cuidado en escojer los mejores pilotos del pais, ganándolos á fuerza de buenos salarios y con el cebo de una recompensa.

San Fernando de Atabapo á donde arribó nuestra piragua en 28 de abril, está situada cerca del confluyente del Orinoco, del Guaviare y del Atabapo. Este punto no fué fundado definitivamente hasta 1756, época de la espedicion de Iturriaje y de Solano. Antes de esta fecha tenian que estarse defendiendo continuamente de los ataques de los indios de las cercanías, á saber, los Manitivizanos, los Tamanacos, los Amarizanos y Marepizanos. La astucia y la fuerza lograron reducir á estos indómitos salvajes, cuyo jefe llamado Curutu comió en la mesa del jeneral español, quien le hizo cabeza de los colonizadores. De rey que era, llegó á ser alcalde de lugar, estableciéndose con los suyos en la mision de San Fernando de Atabapo. Los demas jefes siguieron su ejemplo, no obstante lo que el P. Gili uno de los misioneros decia á un sabio viajero: « Yo tenia en mi mision los cinco reyezuelos; de los Tamanacos, Avarigotes, Pareœas, Quaquas y Maypures. En la iglesia les hacia sentar juntos en un mismo banco, pero daba siempre la preferencia á Monaiti, rey de los Tamanacos, por haberme ayudado á edificar el pueblo.

Esta mision de San Fernando de Atabapo, no es en el dia sombra de lo que fué en su orijen. De seiscientos habitantes que habia en un principio, apenas quedan ahora cincuenta los que se ocupan en cultivar unas pequeñas plantaciones de cocos. Uno de los adornos mas útiles de esta campiña, es la palma pirijada, con el tronco espinoso, alta de sesenta pies y con hojas cortantes y puntiagudas. Sus frutos son amarillos interiormente, dulces y nutritivos, sumamente sanos y parecidos á la banana. Se hace de ellos una buena cosecha, casi tan abundante como la del mañioc.

El rio Atabapo, por el cual navegábamos, es un paraiso en comparacion del Orinoco. Sus aguas son límpidas y frescas; no hay ya mosquitos ni zancudos, y las orillas se ven cubiertas de palmeras de todas clases y dimensiones. Este contraste entre ambos rios no es singular, pues en todas estas rejiones se clasifican las aguas en negras y blancas; las primeras están cargadas de materias pútridas; las segundas son claras y limpias. El rio Atabapo lleva el agua negra: no se ven en él cocodrilos, pero si alguno que otro bava; hay muchos delfines y ningun lamantin. En los bosques no se ve ni el cabiai, ni el araguato, ni el zamuro, guachacaro, etc.; pero en cambio ecsisten enormes culebrones de agua especie de boas peligrosas para los nadadores.

Caminamos de este modo hasta la mision de San Baltasar, una de las aldeas mejor construidas que ví desde mi salida de Caracas. Las casas eran regulares y limpias, las plantaciones hermosas y bien cuidadas. Mas allá de esta al-

dea se entra en el rio Têmi, pero antes de llegar á él pasó nuestra piragua por en frente la *Piedra de la Madre*, roca granitica, á la cual está ligado un interesante episodio que apesar de haber sido contado en otra ocasion, es muy característico paraque lo omitamos aquí.

En una época en que se organizaron las batidas contra los indios para reforzar las poblaciones de las aldeas, entraron algunos criollos en la cabaña de una madre guahiba que tenia tres hijos, dos de los cuales no eran aun adultos. Fuè imposible hacer resistencia: el padre se habia ido á la pesca, y la madre no tenia mas recurso que la fuga. Corrieron tras ella alcanzáronla y la condujeron atada con sus dos hijos á San Fernando. Separada esta pobre mujer de su marido y de sus hijos mayores que habian seguido á su padre, no tuvo mas idea ni ansiaba mas que el poder escaparse. Intentólo varias veces ápesar de la distancia y de la destruccion de su cabaña por sus perseguidores; pero fué cojida cada vez y azotada cruelmente: no desmayó por esto; y habiendo repetido la tentativa, tuvieron que separarla de sus hijos para conducirla hácia las misiones del rio negro. Metiéronla en una piragua y la ataron en la popa, pero pudo romper sus nudos se echó á nado alcanzando la orilla izquierda del Atabapo, y llegada á tierra se internó en los bosques donde la siguieron sus perseguidores en cuyo poder volvió á caer hácia el anochecer. Estos la condujeron á la roca granítica que teniamos delante, la destrozaron á azotes con un vergajo de lamantin y la volviero á atar despues para conducirla á la mision de Jávita. Desde entonces tomó esta roca el nombre de *Piedra de la Madre*. Llegada que fué á Jávita, encerráronla en una casa de reclusion de la cual volvió á escaparse con el objeto de ir primero á San Fernando á buscar á sus dos hijos cautivos y llevárselos despues á las orillas del Guaviare. Era esta una travesía de cincuenta leguas en medio de bosques inundados y casi impracticables. El indio mas robusto no hubiera osado emprenderla; pero esta india los atravesó á riesgo de ser devorada y despues de mil trabajos pudo llegar á las cercanías de la mision donde estaban encerrados sus hijos. La fatalidad persiguió á la pobre Guahiba; apoderáronse nuevamente de ella y en vez de recompensar tanto denuedo maternal, la enviaron á morir lentamente lejos de sus hijos á una de las misiones del alto Orinoco. Allí se mató de hambre ella misma.

Hallábamonos entonces en el rio Temi cuyo curso estaba cubierto en ambas orillas por pirijaos y mauritias de tronco espinoso. Algunas veces saliendo de madre el rio se derrama por el bosque, de manera que para cortar las sinuosidades del Temi, nuestros Indios metieron la piragua en las sendas cubiertas de agua en medio del bosque. En uno de estos paseos vimos salir de un cesped rodeado por las aguas, una porcion de toñinas (especie de delfines), que huyeron á nuestra aprocsimacion arrojando agua por las narices. Sucedia á veces que habiéndonos internado en el bosque, costábanos trabajo el volver á entrar en el alveo del rio, y pasábamos una noche entera forcejando en aquella espesura.

La mision de Jávita es la primera que se encuentra subiendo el rio Temi. Está poblada de Poimisanos, Echinovis y Paraginis, ocupados casi todos en la construccion de piraguas. Estas lanchas son las mas de las veces un tronco ahuecado de sasafra, especie de laurel que tiene hasta cien pies de altura, resinoso, odorífico y casi incorruptible en el agua. Todo el bosque abunda en hermosas y variadas especies de árboles tales como *ocotcas*, *amazonias arboreas*, *curvanas*, *jacios*, *jacifates*, *guamufales*, etc.

La traslacion de una piragua por medio de un bosque es cosa sumamente delicada y dificil. Emplean para ello rodillos de madera que colocan debajo de la piragua, los cuales hacen rodar de atras á delante á medida que va avanzando la piragua. Se necesitan dos dias para conducir una piragua desde las aguas de Tuamini hasta las de Caño Pimichin, que desemboca en el rio Negro.

Mientras se ejecutaba la conduccion, pudimos recojer algunas particularidades acerca de los poblados de las cercanías. Notamos allí por primera vez una especie de culto relijioso, cosa que no habia visto hasta entonces, ya sea porque la casualidad no me hubiese favorecido, ya porque efectivamente no ecsistiese en el bajo Orinoco. Los pueblos de esta zona tienen su buen jenio *Cachimana*, y su mal jenio *Jolokiamo*, poderoso el uno y astuto el otro. Los ministros de esta relijion son unos indios viejos á los cuales está confiado el *botuto* ó trompeta sagrada, que hacen resonar en los dias de gran conjuracion. Para ser iniciado en los misterios del botuto, se ha de ser puro y célibe. Estas trompetas sagradas no son muy numerosas: la mas célebre está colocada en el confluyente del Temi, y su timbre es tan fuerte, segun los indios, que puede oirse desde el Tuamini a San Davide, esto es, á diez leguas de distancia. Los indios dicen que el grande Espíritu toca a veces la trompeta, y otras se contenta con permitir que la toque el sacerdote. Si alguna mujer se atreve á profanar con sus mirada, aunque sea por descuido, este objeto sagrado, incurre en la pena de muerte.

Para llegar á Caño Pimichin, tuvimos de atra-

vesar bosques infestados de culebras. Nuestros indios alumbraban la senda, escarbando en los zarzales; de uno de estos salió una enorme serpiente de cinco pies de largo, blanca en su parte inferior y verde en la superior.

El Pimichin donde acaban de botar nuestra piragua, es uno de los rios mas pintorescos y sinuosos de aquellas rejiones. Los indios le llaman riachuelo, aunque su alveo es tan grande como el del Sena. Llegar hasta el Pimichin, es como he dicho ya, sumamente dificil y ejecutado rara vez. En tiempos de inundacion no es necesario el viaje porque cubiertas de aguas las sábanas que median entre los dos grandes rios el Orinoco y las Amazonas, establecen fácilmente una comunicacion entre el Temi, Tuamini y Pichimini. Gracias á esta comunicacion y á la del Casiquiare, la Guyana no forma mas que una isla inmensa, y una piragua que entrase por las bocas de las Amazonas, podria salir por las del Orinoco, despues de una travesia de mil ó mil doscientas leguas.

Al entrar en el rio Negro se empieza á ver una mudanza en el color de las aguas. El rio tiene un tinte parduzco, y cuando la profundidad es muy grande, toma un color de café obscuro, color que no altera ni aun en los parajes donde recibe las aguas blancas de otros rios que desaguan en él. El primer alto en el rio Negro es en la mision de Marva, aldea poblada de 150 indios, que viven con bastante comodidad. Viene luego San Miguel de Davide, mas abajo del cual se echa un brazo del Casiquiare, rio célebre por haber sido el teatro de los contrabandistas y comerciantes de esclavos. Este comercio organizado en las rejiones del interior entre los Brasileños y los indios, fué por mucho tiempo la única causa activa de aquella guerra de esterminio que declararon los Caribes, hace medio siglo, á los demas pueblos del Orinoco. Los Caribes se batian para hacer prisioneros y venderlos despues como esclavos. Hoy dia que los compradores se han retirado, los proveedores han cesado la guerra.

De San Miguel á la isla Dapa hay una media jornada de navegacion. Esta isla tenia á nuestro paso algunos trozos cultivados y tres ó cuatro casitas donde vimos agrupados una treintena de indios de ambos secsos todos enteramente desnudos. Al acercarnos nosotros salieron á nuestro encuentro dos muchachas muy lindas, y nos ofrecieron tortas de cazabe y pasteles de pasta blanca llamados *vachacos*, hechos con hormigas machacadas y secadas al humo.

Al llegar á San Cárlos nos hallamos sobre la frontera. San Cárlos por la parte de Colombia y San José por la del Brasil, son los dos puestos avanzados de las potencias limítrofes en este ángulo de la Guyana alta. De este punto hubiera podido bajar á las posesiones portuguesas casi en tan poco tiempo como á los llanos de Colombia; pero habia determinado no entrar en el Brasil hasta haber esplorado enteramente la Colombia. Nuestra piragua se puso pues en camino para volver á alcanzar la embocadura del Casiquiare, que forma la confluencia del Orinoco y del rio negro, camino muy practicable en todo tiempo hasta en la época de la sequedad. En esta confluencia está situado el fuerte de San Francisco Solano, fundado en honor de uno de los jefes de la espedicion de los límites Está habitado por dos naciones indíjenas, los Pacimonales y los Chervichabenas. Las plantaciones de las cercanias parecian estas bastante descuidadas, y devastadas al mismo tiempo por los tucanes, ave ladronas y atrevidas que se meten en las habitaciones y devoran cuanto puede. Es falso lo que se ha dicho de este pájaro, de que por la singular estructura de su pico, tenia que arrojar al aire su alimento para poderlo tragar. El tucan, traga muy bien su presa sin necesidad de arrojarla y cojerla al aire. Solo para beber es cuando hace tales aspavientos con el pico, que los relijiosos decian que hacia el signo de la cruz y del benedicite. Las plumas de esta ave son un objeto de adorno para las damas del Brasil, y quizás fueron antiguamente uno de los atavios de aquellos pueblos que siempre nos pintan con diademas de plumas.

Despues de una penosa navegacion por el Casiquiare, llegó por fin nuestra piragua al último punto conocido en el Orinoco llamado la Esmeralda, límite de las tierras coloniales. La Esmeralda es una aldeilla de unos cien habitantes escasos, bastante aseada y situada en una magnífica llanura sombreada por un bosquecillo de mauritias. Tres lenguas indias se hablan en la Esmeralda; el idapaminaro, el catarepeno y el maquiritano. En el bajo Orinoco domina el saliva, el caribe, el otemaco, el tamanaco y el maypur.

Obtienese en la Esmeralda uno de los venenos mas activos que se conocen llamado *curare*. En la confeccion de esta sustancia se emplea mucho misterio y aparato, celebrándola como una fiesta, llamada por aquellos indios, *fiesta de las juvias*. Las juvias son el fruto de la planta de donde se estrae el curare. Precede á la fabricacion una orjia, acabada la cual y despues de haber descansado se preparan las calderas para hervir el jugo venenoso. Se estrae este de la corteza del arbol la cual se machaca en una piedra y se echa en la caldera. El veneno es de color amarillo. Basta una infusion fria despues de haber hervido, para quedar completamente hecho este terrible veneno del cual no se conoce aun el antidoto.

Acabado de obtener el curare, empieza la primera fiesta de las juvias. Celébrase siempre en las grandes cabañas donde hay preparados en dos hileras, monos asados y varias aves. Los indios tienen en mucha estima la carne de mono y celebran con ella sus fiestas. Estos antropomorfos, asados y colocados de aquel modo, parecen cadáveres de niños chamuscados en un incendio ó momias ennegrecidas por el tiempo. Este espectáculo, el mayor que tienen los indios, es muy repugnante para un Europeo. Parece que todos aquellos pueblos no ha mucho tiempo tenian costumbres antropófagas, las cuales con mucho trabajo se han podido desterrar.

Despues de haber comido ya mono, empiezan los indios sus bailes; pero solo los hombres participan de esta diversion, lo que aumenta su monotonía. Todos los indios jóvenes ó viejos dan vueltas en rueda, ora á la derecha, ora á la izquierda, con una gravedad ridícula. Los músicos soplan una especie de caramillo con cañutos cortos y largos, y al son destemplado de este instrumento, van marcando la medida con los pies.. Durante este tiempo las mujeres retiradas á un lado, solo toman parte cuando tienen que servir á los hombres algun pedazo de mono asado ó darles que beber algun licor fermentado, etc. Todos estos indios son idólatras y polígamos, las mujeres son muy poco consideradas, pero no obstante establecen entre ellas una especie de jerarquía doméstica.

Mas arriba de la Esmeralda se encuentran las bocas del Macova, y despues las tribus indómitas de los Guaicas y Guahibos que no permiten pasar mas adelante. En aquellas llanuras montuosas es donde coloca la tradicion las antiguas tribus de enanos blancos, que no son mas que las razas cruzadas de Guaicas y Guaribos, notables los unos por su pequeña estatura y los otros por su blancura. Estas tribus habitan las cadenas de montañas que empiezan en las fuentes de las afluencias superiores del Orinoco, rejion conocida en otro tiempo con el nombre de Parimo, donde dicen que estaba situado el famoso Dorado de Walter Raleigh y de los primeros conquistadores españoles. ¡ El lago Parimo y el Dorado! fábulas que se han transportado alternativamente á todos los montes y llanuras; cebo echado á todo pasto durante dos siglos á la ambicion humana y que acaso por sí solos han ocasionado el gran movimiento colonizador que arrastró á tantos Europeos hácia las rejiones americanas!

Dejamos la Esmeralda en 18 de marzo. La navegacion que íbamos á emprender, era como un juguete, porque como seguíamos la corriente del rio, no teníamos mas que dejarnos guiar por ella. Pasamos por delante de Santa Bárbara y de San Fernando con la rapidez de una flecha lo mismo que por las cataratas, las cuales pasamos casi insensiblemente, gracias á la habilidad de nuestros pilotos. Pararuana, Carichano y Uruana, puntos ya visitados, desaparecieron á nuestra vista. En un alto que hicimos en este último, tuve ocasion de observar de cerca á dos pueblos reunidos, bastante notables por sus usos y costumbres.

En estos Otomacos vi por primera vez jeofagos ó comedores de tierra. Sea por gusto ó por necesidad, los Otomacos se tragan una buena cantidad de tierra arcillosa sin que sufra menoscabo su salud. Esta tierra se prepara en *poyas* ó bolas, las cuales se comen á diversas horas del dia. Esta depravacion del gusto no es peculiar de los Otomacos, pues se encuentra tambien en los Guamos y en otras muchas tribus indias. Hasta en otros continentes se observa esta costumbre; los negros de Guinea comen con mucho gusto una tierra llamada *caouac*. Lo mismo sucede en Asia en el archipiélago Malayo.

Los Otomacos y Amarizanos tienen tambien una pasion funesta al polvo de *niopo*. Este niopo proviene de una especie de sensitiva hecha pedazos, humedecida y fermentada. Cuando empiezan á ennegrecerse los granos, se machacan y mezclan con harina de mañioc, haciendo despues unos bollos que cuecen al fuego. Esta masa se toma con placer en todo tiempo y lugar. Cuando entra un forastero en una casa, los dueños se la presentan como una prueba de amistad. Apenas hube entrado en la casa de un amarizano, cuando una muchacha me presentó el niopo, convidándome á tenderme en el suelo para comerle. Mis indios le aceptaron; en cuanto á mi quedéme en pie para presenciar la operacion.

Luego que pusieron el niopo pulverizado en un plato de barro, tomólo el dueño de la casa con una mano, cojió con la otra un hueso hueco de gallinazo, á través del cual aspiró por las narices una buena cantidad de aquellos polvos. A fin de que estos le produjeran una voluptuosidad mayor, se tendió el indio en el suelo y se embriagó con ellos. La cabaña donde pasaba esto, tenia un aspecto miserable y desnudo. Estaba cubierta con hojas de palmera, abierta por todas partes y dejando ver la indispensable hamaca suspendida del techo. Veíanse colgadas las flechas envenenadas, y en un rincon una madre dando de mamar á su niño en tanto que una vieja machacaba frutas de la palmera moriche.

El niopo no siempre obra como espasmódico y soporífero; pues á veces escita á los indios de tal modo que les dura la borrachera muchos dias. Entonces se matan y despedazan entre sí,

siendo muy comun ver cargado el rio de cadáveres, de resultas de estas orjias.

De Uruana á Angostura, el pueblo principal de todo el bajo Orinoco, empleamos doce dias de viaje por bosques y rios entre salvajes. Ya era hora que al monótono silencio de las soledades, sucediese el bullicio de una poblacion medio europea, medio criolla. Desembarqué en ella el 30 de mayo, alojándome en una casita pequeña, pero que comparada con lo que acababa de ver, me pareció un palacio.

Angostura está situada en la orilla derecha del Orinoco y pegada á una colina cuyo declive baja hasta media milla de la ribera. Las calles están bien alineadas y paralelas al rio; las casas son uniformes, de buena presencia y hechas de piedra la mayor parte. La mas grande y vistosa es sin duda la del gobernador que dá al Orinoco, situada en una plaza en la cual hay siempre algunas piezas de artilleria para defenderse de cualquiera agresion imprevista. Los demas edificios notables son la iglesia, el cuartel, el hospital, el cuerpo de guardia y la carcel. El resto pertenece á los mercaderes de Angostura que hacen el comercio de Europa y del alto Orinoco. Encuéntranse en esta poblacion, rom, vino, tabaco y queso, bien que algo caros. En la altura que domina la ciudad, hay un fuerte para defenderla.

La poblacion es rica, lujosa y gusta de los placeres y comodidades de la vida europea. Las mujeres son graciosas y bonitas, visten muy bien y usan la mantilla. Siguiendo la costumbre de todas las criollas de las colonias americanas, les gusta el fumar y ofrecen el cigarrito en las visitas. Tiene el cigarro entre ambos sesos su lenguaje de cortesia y de favor. En una mujer por ejemplo, es un acto de política el encender el cigarro y ponérselo en la boca.

Angostura, aunque tan distante de la Colombia central, fué uno de los principales teatros de la guerra de la independencia. Emancipada desde sus principios, esta plaza fué el punto de reunion de los convoyes de patriotas venezuelos que llegaron de Inglaterra en 1818 á bordo del *Indiano*, *del Dowson*, *del Príncipe* y de *la Esmeralda*. En ella se organizó tambien el pequeño ejército leal; pero desunido que fué á medirse con todas las fuerzas realistas en el Alto y Bajo Orinoco que hizo la campaña del Arauca y empeñó las batallas de Barcelona, Cumana, Calabozo, Ortiz, Villa-de-Cura, San Cárlos, Cojeda, etc., espediciones mas costosas que útiles, pero afortunadas todas si se considera que perpetuaban la guerra y trillaban la senda de los futuros triunfos.

No podia detenerme mas en Angostura, por cuanto no quedaba ya por hacer ninguna observacion esencial en aquel punto distante de todo itinerario. Dos medios habia para regresar á las ricas provincias colombianas; el uno consistia en principiar de nuevo mi peregrinacion á través de los llanos, y el otro en bajar el Orinoco en un ponton para pasar á Cumana, ó al Guayra, ó á Portobello.

Entretanto hacia varias escursiones á las cercanías de Angostura, y en las islas de aluvion que forma el Orinoco, ví muchos campamentos de Guaraunos, tribu la mas numerosa de cuantas ocupan los terrenos inundados. En la estacion de las lluvias los Guaraunos, lo mismo que los Warrows de la Guyana, habitan en carbets construidos con estacas. Estas chozas apoyadas en la palmera tienen una especie de plataforma fabricada con los tiernos renuevos de los cocos, en la que los naturales suspenden sus hamacas. La riqueza de estas tribus consiste en el gran número de palmeras que crecen en sus terrenos sumerjidos que les suministran juntamente comida y bebida. De manera que la ecsistencia de estos Guaraunos, cuyo número asciende á unos 10.000, está enlazada al parecer con la de la familia de las palmeras, de la manera que ciertas aves ó insectos viven de ciertas flores ó determinados árboles. Los Guaraunos son altos, robustos, bien formados y menos indolentes que los demas salvajes de la América meridional. Son sumamente aficionados al baile, y muy hábiles pescadores, para cuyo ejercicio mantienen una especie de perro bastante parecido á los mastines de nuestros pastores. Estos perros son los compañeros de los Guaraunos. Los Guaraunos son buenos, sociables, hospitalarios y de un carácter jovial, al paso que todos los Indios de los alrededores son tristes y melancólicos, y su lengua es dulce, armoniosa y rica. Su comercio se reduce á pescado, redes y canastas.

Despues de haber pasado cuatro dias en Angostura, no se habia ofrecido todavia ocasion alguna para un viaje marítimo; pero en cambio iba á partir una caravana para los llanos de Cumana. Aunque la vista de aquellos llanos comenzaba á parecerme sobrado monótona, el deseo de abandonar la cuenca del Orinoco pudo mas que la fatiga del camino. En consecuencia salí de Angostura el 8 de junio.

CAPÍTULO XV.

NUEVA BARCELONA.— TRAVESÍA HASTA LA GUAYRA. — CAMINO DE CARACAS Á VALENCIA Y DE VALENCIA Á MARACAYBO.

La primera parada importante que se hace desde Angostura á Nueva Barcelona está en el Cari, pueblo considerable de Caribes. Estos

indios, en otro tiempo nómadas y belijeros, forman en la actualidad un pueblo de pastores y de labradores, que entre todas las razas indianas posee la supremacía física é intelectual. La mayor parte tiene estatura colosal, pues varía de cinco pies y seis pulgadas á cinco pies y diez. Los hombres tienen un color rojo cobrizo y el cuerpo teñido de ronoto, y su pintoresco traje se ciñe á un pedazo de tela casi negro que desde lejos les hace parecer estatuas de bronce. Las mujeres andan casi desnudas, pues no llevan mas que el cuajuco de la anchura de un listoncito á lo sumo, y su mayor coquetería consiste en el empleo del achiote. Salir de su cabaña sin haberse bien almagrado, seria una neglijencia que en ningun modo puede tolerar el buen gusto caribe. Ambos secsos se rasuran los cabellos en la frente. Los caribes difieren igualmente de los demas indios por el tipo: su nariz no es tan arremangada, sus carrillos tampoco son tan proeminentes, sus ojos son mas negros y mas vivaces; su mirada es triste y su actitud severa.

Partimos de Cari y pasamos á la ciudad de Pao, y desde allí al puerto de Nueva Barcelona á donde llegué á 20 de junio. Nueva Barcelona es una linda y floreciente ciudad situada en el mar de las Antillas, entre Cumana y la Guayra. Su poblacion asciende á 5.000 habitantes, cuyo número es por consiguiente menor que el de Cumana; pero absorve cada dia una porcion del comercio de esta última ciudad á causa de su posicion central y ventajosa. Barcelona no tiene ningun arrabal indio, y en sus cercanías solo se encuentra una mezcla de Cumanagotos, de Palenqués y Piritus, de estatura pequeña, perezosos y muy propensos á embriagarse. En solos dos dias ví toda la ciudad, y á 22 de junio partí de ella á bordo de un paquebote. El 24 llegué á la Guyra, y el 25 á Caracas, desde donde continué mi camino á través de las tierras para ir á visitar el distrito de Valencia, único punto que me quedaba para recorrer de las dos grandes provincias de Maturin y de Venezuela.

El camino de Caracas á Valencia practicado al principio en un estrecho desfiladero, atraviesa por diez y siete veces el rio Guayra antes de llegar á la aldehuela de Antimano. Sin embargo en los puntos en que se allanan las colinas se muestran varias plantaciones ricas. Entre estos cultivos descuellan jeneralmente los cafetales, que tapizan todas las vertientes de los collados. Allende Antimano se desarrolla el sistema montañoso del Higuerote, que separa los dos valles lonjitudinales de Caracas y del Aragoa. La primera aldea que se encuentra en este último es la de San Pedro, terminada por las pequeñas granjas de las Lagunetas y de Garavatos, mesones aislados donde los arriero hacen alto y beben un trago de guarapo.

Desde las Lagunetas el camino desciende al valle del rio Tuy, en donde empieza un terreno rico y fecundo cubierto de pueblecitos, aldeas y cortijos que en su mayor parte llevarian en Europa el nombre de ciudades. Desde el E. al O. y en una distancia de doce leguas se encuentran la Victoria, San Mateo, Turnero y Macaraï, que contienen entre todas una poblacion de mas de 28.000 habitantes. El rio Tuy serpentea por aquellos llanos entre unos terrenos cubiertos de bananos y un bosquecillo de *hura crepitans*, de erythrinas y de higueras de hojas de nymfea. Agua ninguna es mas límpida y cristalina que la de aquella corriente. El cultivo de los llanos no está confiado á los Indios, y solo trabajan los negros en las esplotaciones rurales. En todas partes, al acercarse á las costas, se tropieza con la esclavitud.

En la Victoria nos encontramos con una encrucijada donde se cruzaban dos caminos. El uno, que era el que seguíamos, conducia directamente de Caracas á Valencia, y el otro á los llanos del Orinoco por Villa-de-Cura, los Reyes y Calabozo. La Victoria es un paraje populoso y rico, y en su territorio y en el de San Mateo se cosechan 4.000 quintales de trigo, á razon de 3.200 libras por yugada. Este producto es triple del que dan jeneralmente las tierras de Francia, y sin embargo los cultivadores del Valle de Aragua encuentran mas ventajoso plantar la caña dulce que el sembrar grano. Desde la cumbre de un monte que corona la Victoria, la vista se recrea con la perspectiva de varios jardines, quintas, pueblecitos y sotos de árboles silvestres. Por la parte del S. y del S. O. se estiende la montuosa cadena de Palma, de Guayraima, de Thayra y de Guiripa, que cubre los llanos de Calabozo. Esta cadena se inclina hácia el O. costeando el lago de Valencia en Villa-de-Cura, la Cuerta de Yusma y las alturas dentelladas del Guigue.

El camino, pasada la Victoria, es un verdadero jardin que conduce á Turmedo, Macaray, Cura y Guacara y termina en Valencia. Este prolongado valle de Aragua, tan fértil y risueño, desemboca en dos puntos, á saber: en el lago y en el mar, del que está separado tan solo por una cordillera fácil de atravesar. A medida que se avanza hácia la capital de la provincia, se estiende el cultivo y se acrecienta la poblacion. En Macaray el aspecto es jeneralmente mejor que en Turmedo, pero peor que en Cura y mucho mas que en Guacara. De esta suerte se llega á Valencia despues de haber costeado por mucho tiempo el lago que lleva su nombre.

El lago de Valencia, ó segun los naturales,

Tacarigua, es el producto de los numerosos arroyos que fertilizan el valle de Aragua. Su perimetro á poca diferencia es el mismo que el del lago de Neuchâtel, pero ofrece el contraste de dos naturalezas. La orilla septentrional, que se apoya en el valle de Aragua, está cubierta de un magnífico tapiz de verdor compuesto de campos de cañas dulces, cafés y algodoneros, cortados por caminos donde crecen el gaban de dia, el cinamomo y otras plantas; cada casa tiene su bosquecito de ceibas de grandes flores amarillas ó de eritrinas de flores purpureas. En la otra orilla, al contrario, solo se vé una llanura árida, terminada por una cortina de montañas tristes y sombrías.

La profundidad media del lago es de doce á quince brazas; pero en los puntos mas profundos tiene hasta unas cuarenta. La temperatura de las aguas en tiempo comun es de 23 á 24°. Este lago está lleno de islas cultivadas y feraces, habitadas por mestizos pescadores y pastores que nacen y mueren en ellas, muchas veces sin tocar siquiera en la tierra firme, de manera que para ellos sus islas son un mundo y el lago un Océano. El lago es sumamente abundante de pesca; pero sus especies no son muy delicadas. En estas islas crecen algunos vejetales que parecen serlas propios; cítanse entre ellos el papayo del lago y las tomateras de la isla de Cura. Estas tomateras, naturalizadas despues en toda la Colombia, dan un tomate redondo, pequeño y sabroso. El papayo del lago tiene el tronco mas alto que el papayo comun; pero sus frutos son mas pequeños, perfectamente esféricos y de suma dulzura.

Entre los afluyentes del lago de Valencia no pueden pasarse en silencio las aguas sulfurosas de Mariara que parecen reunir todas las virtudes de nuestras mejores fuentes termales. En la misma peña de donde manan, vejeta el *volador*, cuyos alados frutos ruedan como aspas de molino cuando se desprenden del pedúnculo. Sacudiendo las ramas del volador se ven caer al instante y casi simultaneamente una nube de esos frutos cuyas alas membranosas y estriadas se despliegan al caer y reciben la impresion del aire bajo un ángulo de 45°.

Circundada de montañas productivas y situada á poca distancia de su lago, Nueva Valencia es una ciudad vasta y populosa, á la que se llega por medio de un bellísimo puente de tres arcos, construido de piedras y ladrillos, que forma con la Glorieta los dos objetos mas notables de la ciudad. Sus calles son largas y anchas, sus mercados muy pintorescos y sus casas bajas, aunque elegantes. La poblacion, de unas 15.000 almas, es mas agrícola que comercial. Nueva Valencia sirve de depósito á las ricas cosechas del valle de Aragua, y las vierte en Puerto-Cabello, ciudad marítima del distrito. Puerto-Cabello es una mansion tan malsana como la Guayra, y no menos funesta á los Europeos que la habitan. No solo es invadida de vez en cuando por la fiebre amarilla, si que tambien ejercen en ella incesantes estragos las fiebres atáxicas. La causa mas poderosa de semejante insalubridad parece consistir en la proximidad de lagunas salobres. Puerto-Cabello es un apostadero no menos militar que mercantil, ya por su situacion casi inespugnable naturalmente, ya por las fortificaciones que á esta ha agregado la mano del hombre; y su puerto, que es el mejor del mundo, está dominado y protejido á lo lejos por una doble linea de castillos y reductos. No obstante fortificaciones tan formidables, no titubeó el ejército de los independientes, en 1823, en atacar la ciudad ocupada por los Españoles.

Llegado á Valencia á 27 de junio, salí de ella el 28 para Maracaybo, despues de haber doblado á alguna distancia su vasta laguna. Mi itinerario era por San Cárlos, Tocuyo y Mérida. El azar me proporcionó un compañero de viaje, en un jóven colombiano llamado Pablo. Este jóven estaba tan apasionado como yo por las bellezas naturales de su pais, y despues de haberme acompañado constantemente todo el tiempo que lo recorrí, nos despedimos en la frontera.

A eso de las doce del primer dia, que fué incómodo y monótono, llegamos á Tocuyo, verde oasis situado en medio de espaciosas sábanas. Algunas leguas mas lejos se estendian las vastas llanuras de Curabobo, célebre campo de batalla en que Bolivar y Paëz al frente de sus voluntarios colombianos pusieron en fuga á los Españoles mandados por Latorre. Por la tarde atravesamos, á la luz moribunda del último crepúsculo, aquella llanura cuyo nombre hará época en la historia del pais. Algo mas allá acaba la llanura y empieza la montaña.

En los siguientes dias no encontramos nada que llamase nuestra atencion. Dejamos á las espaldas á Tinaquillo, aldea compuesta de algunas casas bastante mezquinas, San Cárlos, ciudad de 6.000 habitantes, asolada por el último terremoto y rica en plantaciones de algodon, de café y de añil; Angara, aldea populosa, situada en un delicioso vallecillo y circuida de cultivos hermosos y productivos; Barquicimeto, que contiene todavía recientes señales de la gran sacudida que en 1812 echó á rodar sus casas por el suelo causando la muerte de 1.500 habitantes de los 6.000 que encerraba, y Tocuyo, especie de cabeza de aquel distrito de montañas y ciudad fronteriza de la provincia de Venezuela. Tocuyo fué fundada en 1545 por un ajente de la compañía de Welser: la meseta en que

está situada tiene unas tres leguas de lonjitud y remata al pie de un collado calcareo que corre del N. E. al S. O. Este espacio, bien que de corta estension, es tan feraz, que comunica á la ciudad cierta importancia agrícola, única que puede tener en su posicion apartada de las costas.

El camino de Tocuyo á Mérida, practicado en los vallecicos superiores de una cadena de los Andes, abunda en campiñas de una belleza imponente. Sus riachuelos arrastran oleadas de plata contra rocas graníticas, y estrelladas muchas veces en su curso se dividen en rápidas y espumosas líneas. Si á este movimiento de las aguas, á esa desigualdad del terreno y á esas masas soberbias que varían continuamente de aspecto se agregan los árboles mas frondosos y corpulentos de los Alpes ecuatoriales, podrá formarse una idea del espectáculo sin cesar variado de aquel camino pintoresco y dilatado.

De esta suerte fuimos recorriendo el valle de Caroche, semejante en muchas cosas al valle de Chamouny, en el cual se encuentran todos los cultivos que cubren las vertientes del Tirol y de los Pirineos, de los Karpatas y de los Apeninos, y hasta los desfiladeros que tanto aflijen á los montañeses europeos. Vimos ademas el Pampanito, Mendoza y otros muchos pueblos; pasamos el *Panamo*, esto es, el punto mas encumbrado de aquella Cordillera, y atravesando á Mucuchies y Mucuenbar llegamos el 13 de julio á la deliciosa ciudad de Mérida.

Mérida, fundada en 1558 bajo el nombre de Los Caballeros, está situada en una meseta de tres leguas de largo sobre una de ancho bañada por el riachuelo de Macujun. Su situacion, su solar y su temperatura, todo parece haberse reunido para transformar este pais privilejiado en un pequeño Eden, en un jardin siempre verde. Sin embargo un solo desastre ha anulado todas estas ventajas. Mérida fué destruida de todo punto por el terremoto de 1812. A una distancia de 500 millas una de otra, Caracas y Mérida fueron arruinadas en un mismo dia y á impulsos de la misma sacudida, siendo casi igual el desastre para la ciudad litoral y la del interior. De los 12.000 habitantes que encerraba Mérida, no sobrevivieron mas que 3.000, y aunque ha procurado desde entonces levantarse poco á poco de sus ruinas, sin embargo semejantes calamidades duran mucho tiempo! Siglos y siglos son necesarios para reparar los males causados en un dia. Mérida es la capital de un distrito y sede de obispado: en otro tiempo contenia cinco conventos y tres iglesias, mas en la actualidad solo manifiesta una iglesia y un convento.

El deseo de visitar á Mérida nos habia impelido mucho mas al S. de lo que era necesario para rodear el lago Maracaybo. Despues de un alto de dos dias en aquella deliciosa residencia tomamos la direccion del N. para llegar á la orilla del lago á la altura de Gibraltar. Llegamos en efecto á ese pueblo á 17 de julio y al momento pasamos á bordo de un barco que se hacia á la vela para Maracaybo.

El lago de Maracaybo forma un óvalo de 50 leguas de largo sobre 30 de ancho, con una circumferencia de 150 leguas. Este lago es un pequeño mediterraneo que comunica con un golfo la mitad menos vasto por medio de un canal de dos leguas de ancho sobre ocho de largo, y en él desembocan mas de veinte rios, entre los cuales se cuentan el Zulia y el Matacan, que son los mas considerables. Aunque abierto por la parte del Océano, sus aguas son dulces y potables, menos cuando la brisa marítima impele mucho las olas saladas hácia las aguas pluviales. Raras veces se esperimenta en el lago tempestad alguna, y solo cuando reinan los vientos impetuosos del N. E. se vé este pequeño mar encrespar sus olas bastante furiosas á veces para hacer zozobrar las embarcaciones. La marea sube á mucha altura en este lago.

Despues de tres dias de navegacion dimos fondo en Maracaybo. Maracaybo es una ciudad bien construida, vasta y poblada de 20.000 almas. Su situacion á la orilla del lago la constituye una ciudad mercantil, científica y literaria. Su sociedad es dulce, amable y comedida. Es capital del departamento de Zulia y contiene algunos fuertes, entre los cuales se ve el de Barra, que es el principal, varias escuelas, colejios y arsenales bastante buenos.

El aspecto de Maracaybo no nos parecia diferente del de Cumaná y de Caracas. Era una ciudad litoral relacionada casi diariamente con las jentes y mercancias del continente europeo. A 24 de julio salimos de ella en un costeño que debia pasar á Santa Marta. Este costeño era una goleta muy linda y velera, que en breve salió del golfo de Maracaybo por medio de un canalizo bastante peligroso cuando soplan con violencia los vientos del N. E. Despues de haber reconocido sucesivamente la Punta de espada, el Promontorio de las Gallinas y el Cabo Vela, dejamos á las espaldas la ciudad de La Hacha situada en el fondo de una ensenada que forma la costa, y llevamos el rumbo hácia Santa Marta en donde anclamos á 31 de julio.

CAPÍTULO XVI.

CAMINO DE SANTA MARTA Á BOGOTA POR EL RIO MAGDALENA. — MOMPOX. — HONDA. — PASO DEL SARJENTO.

Santa Marta está situada á la orilla del mar,

al pie de una peñascosa cordillera que se eleva gradualmente hasta la cumbre de la Nevada, á 12.000 pies de elevacion sobre el nivel del mar. En el centro del canal se vé una escarpada colina denominada el *Moro*, cuya cima es ocupada por una fortaleza. Desde lo alto de aquel baluarte, en el que parecen haberse aunado la naturaleza y el arte, se desarrolla un panaroma magnífico: por un lado se estiende una serie de bosques, de campos y jardines que terminan al pie de la alta cordillera, y por otro se ve el océano que parece remontarse al horizonte con sus aguas, al paso que por otra parte una fragosa costa prolonga sus altos acantilados como un malecon que contiene las olas que se estrellan en él.

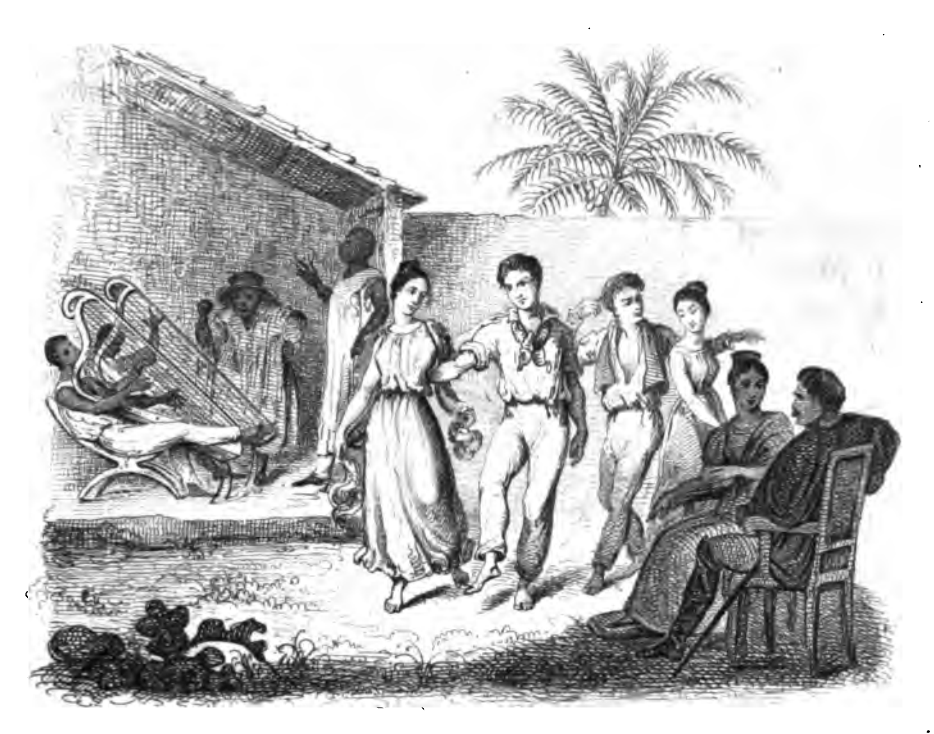
De todas las ciudades colombianas, Santa Marta es la que ha luchado con mas tenacidad en defensa del dominio español. Favorecida como puerto de mar, mucho mas que Cartajena, Santa Marta debia mucho á la influencia metropolitana, y su resistencia á una emancipacion local quizá debia atribuirse no menos á sus intereses que á sus convicciones. Sea como fuere, lo cierto es que cuando nosotros pasamos por ella, era una ciudad decaida y desacreditada. Sus ciudadanos mas ricos é influyentes habian perecido en la guerra reciente, ó se sustraian á la proscripcion por medio del destierro: así que de 5 á 6.000 habitantes á que ascendia su poblacion, solo contenia 3.000. Sin duda puede Santa Marta reparar sus pérdidas, pues con un buen puerto, á poca distancia de Cartajena y del rio Magdalena, gran canal interior de la Colombia occidental, puede llegar á ser bastante floreciente bajo el nuevo réjimen. La ciudad es vasta y contiene algunas iglesias bastante suntuosas.

Mi compañero de viaje, Pablo, tenia un pariente en Santa Marta, y me presentó en su domicilio. La casa era sencilla pero bastante linda para el pais. La pieza principal que hacia de comedor y en donde se recibian los visitadares, estaba situada al nivel de la calle y no tenia mas puerta que una cortina. Cuando entré yo, acababa de llegar para comer un padre franciscano, amigo y consejero de la casa. Sentámonos á la mesa: el ajuar, el servicio, todo era nuevo para mí que desde mucho tiempo comia en pie ó acostado bajo los árboles de la selva. Por primera vez eché de ver una multitud de utensilios domésticos: en un rincon habia una hamaca colgada para los estranjeros, en otro una silla apoyada contra la pared donde se sientan de ordinario los huéspedes, en la ventana varios cántaros para poner agua, jarros de plata, y otros vasos cubiertos para evitar que se deslizen en ellos los cucarachas, é inficionen el contenido, la botella de aguardiente llamada de las once, y un gran manojo de hojas de palmera suspendido del techo y puesto en movimiento por un esclavo negro para abanicar á los convidados (Pl. VI. — 4). Componíase la cena de dos platos, el uno de guisado y el otro de dulces; el segundo era mas apetitoso que el primero. Solo se bebia agua, pero no mas que una vez, que era al fin de la comida, despues de los dulces.

El obstáculo mas considerable que se opone á la prosperidad de Santa Marta será siempre la procsimidad de una ciudad marítima, su rival y superior. Situada en un brazo de la Magdalena, Cartajena, capital de la provincia, puede prosperar con mas facilidad que Santa Marta. Cartajena tiene un puerto magnífico, al que se entra por el canalizo de Bocachica dominado por dos fuertes. Es una ciudad imponente, pero triste y no tiene otro aspecto que el de un vasto claustro. Las casas están cubiertas por las azoteas salientes que parecen usurpar la influencia del aire y del sol á las calles que la cortan. Sin embargo no por eso deja de tener la ciudad algunas pretensiones monumentales; sus edificios ofrecen en varios puntos prolongadas galerías sostenidas por columnatas que son mezcla del arte griego y romano. Es verdad que sus habitaciones son poco elegantes y bastante mal amuebladas, pero cómodas y frescas. Aunque arruinada por varios sitios y una guerra costosa, Cartajena es todavía una plaza fuerte que con una guarnicion de alguna importancia seria inespugnable. Su poblacion asciende á 18.000 almas y casi no se compone mas que de hombres de color, en su mayor parte pescadores, marineros ó mercaderes. Los hombres de color llamados meztizos ó *zambos*, y que se encuentran casi en todas las ciudades colombianas, son jeneralmente industriosos y hábiles en los oficios que ecsijen una atencion paciente y minuciosa; mas en cambio ejecutan imperfectamente los trabajos que necesitan fuerza ó ajilidad en los músculos.

Las mujeres de color de la Colombia no difieren mucho de las de las Antillas. En jeneral son mas despejadas y vivaces, resultado de una mezcla de sangre india y española, sin que presenten esas facciones desagradables que caracterizan á las razas africanas, tales como la nariz arremangada, los ojos sanguinolentos, los contornos mal formados y fatigados en breve.

Aunque la hospitalidad que encontráramos en Santa Marta debia inducirnos á prolongar en ella nuestra permanencia, á 3 de agosto nos embarcamos en un vasto y anchuroso buque guarnecido de cortinas para protejernos contra los músticos. Navegando á lo largo de la costa nos encaminamos hácia las Cienegas, especie de la-



3. *Danse Créole à Cumana.*

3 Baile Criollo en Cumana.



4. *Intérieur de Salle à manger à S.te Marthe.*

4 Interior de un comedor en S.ta Marta



3. Bords de la Magdalena à Barranca.

3. Riberas del Magdalena en Barranca



4. Bote (Bateau) & Bateliers de Monpox.

4. Bote, y Barqueros en Monpox

guna situada á la orilla del mar y en la que desagua el rio Magdalena por cuatro bocas.

El litoral de los Cienegas, ni mas ni menos que toda la parte del territorio que se estiende desde Santa Marta á la Hacha, está habitada por indios Guahiros, pueblos independientes que los españoles no pudieron someter jamás. La poblacion de este distrito está evaluada en unos 40.000 habitantes. Esos Guahiros, bien armados, bien diciplinados y manejando el mosquete con tanta destreza como la emponzoñada flecha, han organizado un gran comercio ilícito con los negociantes ingleses de la Jamaica. Permutan mulas, carneros, perlas, palo tinte y pieles, contrarom, aguardiente, municiones y baratijas. Igualmente trafican con la ciudad de la Hacha. Sus caudillos ó caciques se distinguen por un traje de guerra que se compone de una piel de tigre adornada en sus ribetes de plumas de tucan.

Al llegar á la laguna de los Cienagas, quedamos sorprendidos al ver al gran número de aves que la cubrian ó jugueteaban por sus orillas. Levantábanse á bandadas los chor litos, las gallinetas y palmípedos de cinco ó seis especies diversas, ó se dejaban mecer por las oleadas del lago, al paso que en tierra se perseguian de uno á otro árbol tortolillas del tamaño de nuestros tordos y una especie de milano. La perspectiva del lago sembrado de verdes isletas era encantadora; estendíase en el primer plano la selva cuyas copas levantadas á veinte y cuatro pies de altura formaban como un mar aereo y verdeante que murmuraba al soplo de la brisa, al paso que en el segundo plano se encumbraban los nemorosos Andes. La imajinacion no puede formarse una idea ecsacta de la majestad que causa al observador la naturaleza de aquellas cordilleras ecuatoriales; fuerza es haberlas visto para imajinarlo.

Despues de una breve recalada ante Pueblo Viejo, situado á la orilla del lago, nos hicimos de nuevo á la vela para pasar á las bocas del rio Magdalena. A poca distancia de Pueblo Viejo, mi compañero de viaje me hizo observar una llanura en donde se habia empeñado en 1820 una batalla campal entre las tropas colombianas mandadas por el jeneral Cariñan, y un corto número de soldados españoles sostenidos por los indíjenas. Los colombianos alcanzaron la victoria, aunque á muy alto precio.

A 7 de agosto entrábamos en los canales que terminan en el lecho principal del rio Magdalena. El primero era el gran canal, profundo, vasto, cercado de árboles, animado por una multitud de flamencos, de garzas reales y de otras aves: en seguida vino el canal Clarin cuyas orillas parecen pobladas de monos; despues el cànal Abrito y por último el de la Soledad, derivacion directa del gran rio. A la entrada de aquel canal encontramos una multitud de pequeñas piraguas indianas, simples troncos de árbol ahondados, provistas de groseras velas y á veces de ramas para hacer sus veces. En la orilla de las cuatro bocas se hallaba una familia que levantaba su campo. Eran sobre las diez de la mañana, y para aprovechar la brisa que sopla desde aquella hora hasta las cuatro de la tarde acababa el Indio de desplegar su vela. Las mujeres concluian sus quehaceres domésticos; la una arreglaba en un rincon del barco los huevos de una iguana que habia despanzurrado, y la otra volvia de una vecina fuente con dos potes de tierra y su hija en el brazo. Las mujeres andaban todas cubiertas, pero el hombre no llevaba mas que el *guayuco* ó *pampanilla*, el *langouti* de los negros, el *calimbé* de los Guyaneses y el *maro* de los Oceánicos, simple pedazo de tela que los pueblos desnudos designan cada uno con una palabra diferente y al que convendria aplicar un nombre científico que supliese todos los demas (Pl. VII. — 2).

Como la corriente del canal de Soledad era muy poco sensible, remontámoslo con rapidez ya con la vela, ya con el ausilio de largos remos con los que nuestros gondoleros iban á buscar un punto de apoyo en el cieno. Nuestra barca montada por seis indios, marineros ó *bogas*, prácticos de aquellos parajes, era escelente, bien surtida de víveres y no mal defendida contra los músticos, á los cuales pertenece el curso de los rios. Preparados de esta suerte para la navegacion larga ó incómoda, alcanzamos el rio Magdalena á 10 de agosto en frente de Barranca-Nueva, poblacion considerable de 1.000 habitantes. En las playas de barranca volvieron á manifestarse esas lejiones de caimanes que habia olvidado casi del todo desde mi partida de las márjenes del Orinoco. Los caimanes del rio Magdalena son los mas gruesos y feroces conocidos. Cítase en el pais la historia de una jóven que habiendo ido al rio á sacar agua, un cocodrilo que nadaba á flor de agua le cojió la mano entre los dientes. Verdad es que echó á gritar, pero todos los ausilios hubieran sido sobrado tardíos y el animal se lo hubiera tragado infaliblemente sino hubiese recurrido al medio de defensa conocido de los indios. Hundió su dedo en el ojo del cocodrilo, única parte del cuerpo de este animal que sea vulnerable: vencido por el dolor, este cedió y no se llevó mas que el puño de su animosa víctima (Pl. VII. — 3). La memoria de los indios que habitan las márjenes de la Magdalena abunda sobremanera en semejantes anécdotas. Cítase entre otras la de un esclavo que habiendo vis-

to á su amo arrebatado por un caiman, precipitóse al rio armado de su machete y obligó al animal á soltar su presa.

Aunque el cocodrilo vive comunmente de pescado, sin embargo ataca al hombre con mas frecuencia de lo que se cree. Pretenden los indios que despues de haber probado carne, se desvive por ella; por cuyo motivo se han renovado muchas veces las desgracias acaecidas á los que se bañan; y no parece sino que las disposiciones carnívoras de semejantes animales se acrecientan todos los dias con su número. Los cocodrilos son tan sagaces y recelosos que con dificultad se consigue matar algunos. Las balas no hacen mas que deslizarse por su piel, y solo son mortales cuando dan en la garganta ó debajo del sobaco. Los indios les atacan con lanzas, ó bien los pescan, como á los tiburones en el mar, con garabatos provistos de cebo. Los ribereños de la Magdalena, que son bastante poltrones, estudian desde su infancia los movimientos del cocodrilo y comprenden por decirlo así el modo como deben atacar al animal. Los bogas, marineros del rio, saben prever sobretodo y conjurar sus tiros. Diríase que el pueblo entero ha sido educado en el miedo á los animales peligrosos. Cada localidad, para los indíjenas, se distingue por alguna aventura que refieren á los viajeros: aquí pretenden que una culebra mató á una mula y á un hombre, siendo así que es bien notorio que las culebras no son ponzoñosas; allí suponen que una mujer fué arrebatada por un caiman, y en otra parte que un niño fué devorado por un jaguar.

Pasada Barranca la brisa mancó, y nuestros bogas se vieron precisados á luchar contra la corriente con solo la fuerza de sus pagayas. Costeando el ribazo lo mas cerca posible, se agarraban con todas las ramas y troncos de árboles que podian servir de punto de apoyo á sus largos remos. Nuestra navegacion fué continuando por este estilo, variada por el aspecto del paisaje, por nuestros altos nocturnos y nuestros encuentros. A dos jornadas de Mompox tropezamos con el bote que hace el servicio entre esta ciudad y Cartajena: era un lindísimo batel pequeño, pero muy bien equipado, con un palo móvil y una sola vela redonda. En el acto de avistarlo se habia detenido junto al ribazo donde los bogas preparaban su rancho vespertino y construian sus toldos, especie de tienda poco elevada donde duermen al abrigo de los músticos (PL. VII. — 4).

Nosotros desembarcábamos igualmente al caer la noche, acostándonos en la arena ó bajo los árboles de la selva, ó en el interior de alguna aldea ó en casitas aisladas y habitadas por pescadores cuyo trabajo era apenas suficiente para alimentar á su menesterosa familia. De todas esas casitas hubo una, pasado Yurbetin, que nos llamó la atencion por su aspecto de órden y de actividad. Era una mera choza de bambúes y de hojas de palmera abierta por el lado superior y flanqueada de un apéndice superado igualmente de una techumbre. Toda la hacienda de aquel local se reducia á algunos árboles delgados, de mezquinas ramas y bananos cargados de algunos frutos. Habia bajo de la azotea un hombre que fabricaba un esparavel (*ataraya*) para la pesca; á su lado se veian dos mujeres, de las cuales la una brozaba en una piedra el maiz con que debian hacerse los *arepas* ó galletas, para cocerlas en seguida en una placa cálida, especie de panales de fabricacion indiana, y la otra preparaba unas hojas de *bijao*, el bihaï de los botánicos que en toda la Colombia sirve de papel de estraza. En otro lado estaba una vieja desgranando maiz al lado del ama de la casa que, sentada en una estera, amamantaba á un niño de diez y ocho meses sentado entre sus piernas. Habia por allí otros dos niños que jugaban con un coco en jerminacion. Este cuadro de familia me interesó tan vivamente, que no pude menos de dibujarlo con todos sus detalles (PL. VIII. — 1).

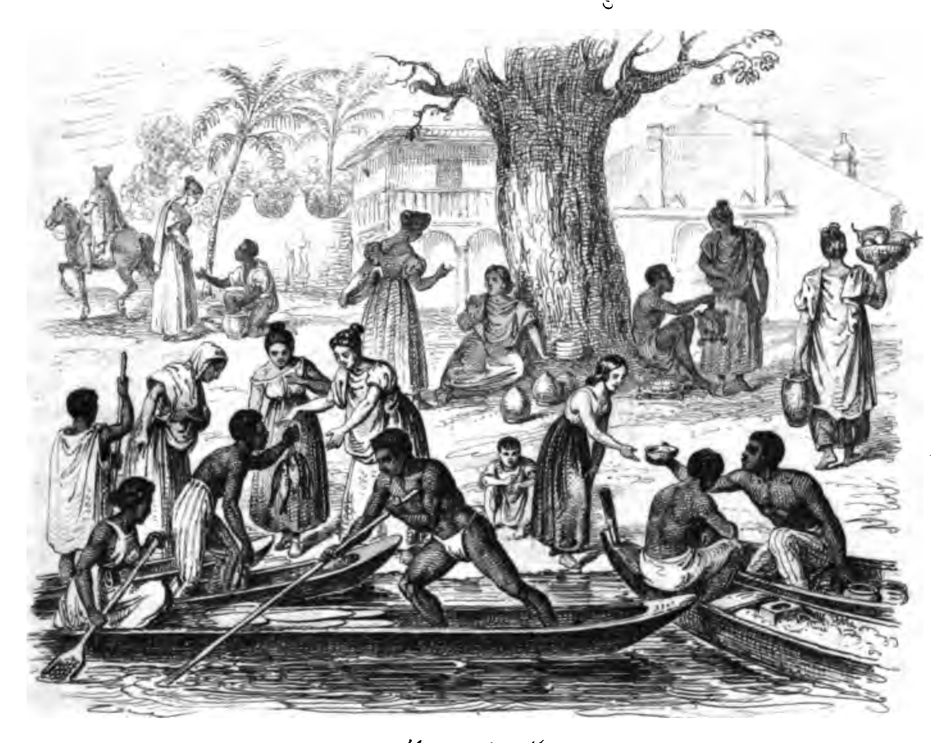
A veces, en los pueblos donde acampábamos por la tarde, nos aguardaba la sorpresa de un baile ó de un festin. En Sembrano nos alojamos en una casa de mestizos que improvisaron una danza para celebrar nuestra visita. Componíase la orquesta de dos jóvenes negros que no tocaban mal el violin, de otro jóven que batia con toda su fuerza el tambor, y de un mulato que se esforzaba en ajitar una varilla de acero en un triángulo. Su música no dejaba de ser agradable, y conservaba el compás con tanta perfeccion, que hubiera podido servir para una danza de Europeos. En cuanto la orquesta dió la señal, se presentó la compañía compuesta de varias jóvenes y lindas mulatas en una especie de esplanada de césped que servia de avenida al domicilio de nuestros huéspedes. La fiesta fué deliciosa, y los jóvenes valsaron y danzaron cual hubiese podido hacerse en Europa.

Durante aquella navegacion, nuestros bogas se detenian tantas veces como podian. El menor pretesto ó incidente era para ellos la ocasion de un alto. Ora creian vèr en tierra un banco de huevos de tortuga, y como se desviven por ellos, atracaban al ribazo para ecsaminar todo el terreno. Ora desembarcaban de nuevo para destruir los huevos de algun cocodrilo que veian en la playa, ó bien iban á cojer frutos ó á sacar agua de



1. Famille de Pêcheurs Indiens sur la Magdalena.

1 Familia de Pescadores Indianos del Magdalena.



2. Marché de Mompox.

2 Mercado de Mompox

alguna fuente. Nosotros no nos atrevíamos á echarles en cara semejantes dilaciones, por cuanto nuestra barca iba sobradamente cargada y nuestras jentes hacian un ejercicio penoso, y por otra parte las recaladas no eran del todo inútiles, puesto que nos procuraban víveres ó una bebida mas fresca que el agua de la Magdalena. No nos parecia tan necesaria la destruccion de los huevos de caiman; pero fué imposible hacerles desistir; porque, no hacian esta caza por nosotros, sino por ellos, á fin de anonadar á su adversario en su misma cuna. Sin embargo, no son estos los únicos enemigos que tienen los cocodrilitos, pues apenas nacidos en la playa, tienen que defenderse contra las garzas reales que los acechan, los cojen y se los llevan por los aires. Nada cabe mas curioso que ver los jóvenes caimanes, de algunas pulgadas de largo, abrir sus tragaderas ya guarnecidas de dientes y arrollarse de suerte que solo presentan al ave sus terribles colmillos. La garza real bate las alas, derriba al pequeño réptil, lo atonta y acaba con él.

Durante la travesía de Barranca á Mompox, llamóme particularmente la atencion la campaña de la isla de San Pedro, que no es mas que una selva densa y frondosa en la que se cruzan millares de aras de alas azules. Esta isla, enteramente de aluviones, podria ser de una fertilidad prodijiosa si la desarbolasen para cultivarla. Un poco mas allá se encuentra la aldea de Pinto, cuya poblacion de 300 almas no tanto se ocupa en la pesca como en la guarda dè ganados. Los enemigos mas formidables de los arrendatarios son los numerosos jaguares de las cercanías, que arrebatan las reses á la vista de las casas habitadas. A veces estos mismos animales recorren durante la noche las calles de los villorrios donde los perros anuncian su presencia por medio de plañideros ladridos. Al oir ladrar á los perros, suéltanse inmediatamente los mas fuertes dogos del pueblo, los cuales se echan furiosamente sobre la bestia carnicera, y en cuanto se han apoderado de ella la tienen prisionera hasta que vayan á matarla.

Los jaguares y los cocodrilos son los dos tiranos de las comarcas. Afortunadamente la naturaleza los ha dividido, porque se detestan y se atacan mutuamente con frecuencia. En tierra el jaguar es quien ataca al cocodrilo; pero en el agua sucede lo contrario. Cuando el jaguar sorprende á algun caiman aletargado al calor del sol ó dormido sobre la arena, se arroja sobre él y le muerde bajo la cola, que es blanda y adiposa. Viéndose sorprendido, el cocodrilo cede casi sin resistencia; pero si consigue acarrear á su adversario al agua, el jaguar es vencido, ahogado y devorado. El jaguar comprende perfectamente su inferioridad en el rio, pues cuando desea pasarlo prorrumpe antes en largos mujidos para amedrentar á los cocodrilos, que pudieran disputarle el paso.

Habíamos dejado sucesivamente en una y otra márjen del rio las aldeas y pueblecitos de San Agustin, Tenerife, Plato, Sembrano, Tacamocho; y vimos ademas á Talayqua antes de llegar á Mompox, uno de los depositos de la Colombia central y gran canal interior, que debe á su situacion jeográfica un desarrollo comercial y agrícola que toma todavia un incremento diario. Esta ciudad es el punto adonde van á parar las producciones de las provincias vecinas; sirve de primer escalon entre Cartajena y Santa Marta por una parte y Bogota por otra, y recibe de Antioquía, de Pamplona, de Cucuta y de Mariquito azúcar, oro en polvo, café, cacao y palo tinte. La poblacion se compone de unos 800 habitantes, entre los cuales se comprende una gran parte de negros, de zambos y de bogas ó marineros de la Magdalena. La ciudad no está mal construida, y tiene un muelle bastante bien conservado y una especie de calzada contra los derrubios del rio. Antes de la guerra, Mompox era una ciudad abierta; pero cuando en 1823 se vió amenazada por el jeneral español Morales, improvisáronse en ella algunas fortificaciones para ponerla á cubierto de un golpe de mano. Desde aquella época se han conservado un foso y algunos cañones como una salvaguardia en medio de las guerras civiles.

Mompox contiene algunas iglesias harto bien edificadas y unos cuantos conventos sin relijiosos. Échanse de ver en ella muchas calles anchas, hermosas y aseadas, y algunas con aceras. Las casas están construidas de manera que reunen toda la frescura y ventilacion tan deseadas en aquellos climas abrasadores: pero en cambio tienen muy pocas luces. Los mercados son muy concurridos y provistos; el principal está en el muelle, á la sombra de bellísimos árboles y en frente de la iglesia. Allí, al atracar á la playa, los barcos se transforman en verdaderos almacenes flotantes adonde van los ciudadanos á surtirse de víveres. Aquí se vé un boga que propone un fardo de pescado barachino seco; allí los cultivadores de la orilla opuesta que van á vender el uno maíz, el otro leche que llevan en calabazas: mas allá y al pie de un árbol, una mujer vendiendo vidriado, ó un niño procurando deshacerse de algunos galápagos por los que se desviven los naturales. Abundan en aquel mercado todo linaje de frutos, la carne fresca, la volatería y los vejetales; de manera que puede considerarse como el punto donde se abastece la poblacion que navega por

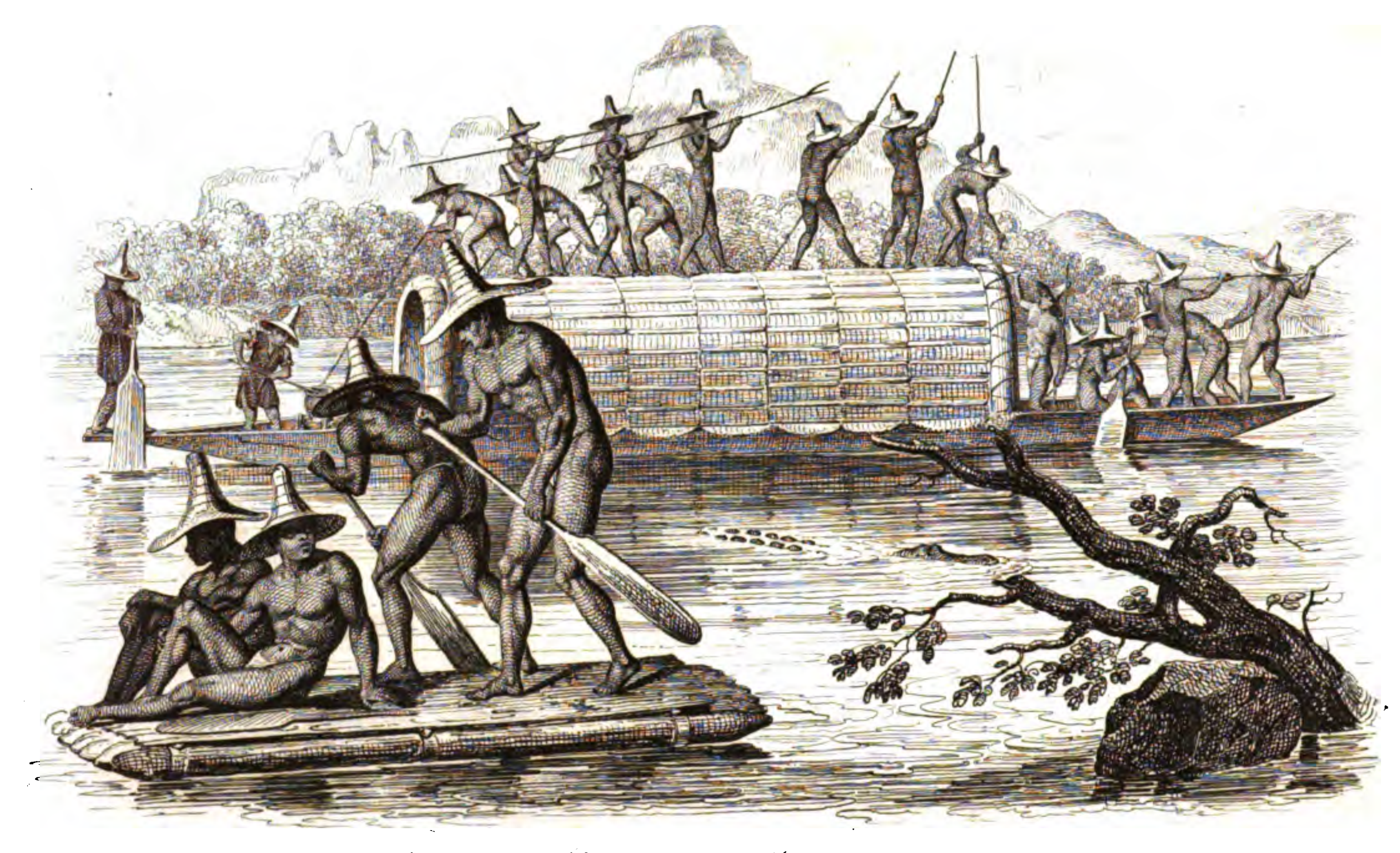
aquel rio (Pl. VIII.— 2).

Es tan cálido el clima de Mompox, que én él se duerme durante buena parte del dia. Pero al caer la noche, se sale y se reune la familia al umbral de las habitaciones, y no pocas veces permanece allí hasta el amanecer del siguiente dia. Antiguamente la ciudad estaba obscura toda la noche; pero hace algunos años que por un bando de policía se ecsije que cada habitante encienda una lamparilla de papel aceitoso. Así es que por la noche Mompox parece una ciudad china, si bien muda y silenciosa durante el dia, pero alegre y bulliciosa durante la obscuridad. Los vecinos confabulan puerta á puerta, ríense con el transeunte y viven en medio de una familiaridad dulce é injenua. Las facciones de ambos secsos serian agradables á no ser los enormes lamparones que tienen. Los Mompoxianos comen mucha carne de tocino, y en sus comidas solo se bebe agua. Tal vez debe atribuirse á esta doble circunstancia la enfermedad casi jeneral en la Colombia interior, y de que parecen adolecer todos los habitantes así jóvenes como ancianos, así blancos como de color.

Despues de una breve permanencia en Mompox, nuestro barco continuó en remontar el rio. En aquellos contornos la Magdalena es sumamente activa y animada: una multitud de piraguas y grandes almadías se cruzan con enormes *champanes*. Estos champanes son unos bateles, largos, anchos y chatos por cuyo medio se hace el comercio de las provincias interiores. Como el agua no es harto profunda allende Mompox para los barcos de quilla aguda, échase mano de estos pontones de quilla chata para el transporte de las mercancías. Los champanes tienen de cincuenta á sesenta pies de largo sobre veinte de ancho: su parte central está ocupada por la *carrossa*, especie de cama cubierta de hojas de coco sujetas con bambúes. En la popa hay una plataforma en forma de cola de golondrina, en donde se halla de pie el piloto dirijiendo el movimiento de aquella pesada mole, con el ausilio de una pagaya larga y ancha. En la proa hay otro piloto, el *barratero*, ú hombre de la barra, que contribuye igualmente con una gran pagaya al movimiento del champan. La tripulacion se compone de unos bateleros ó bogas, que con el cuerpo desnudo y la cabeza cubierta con un sombrero de paja permanecen en la punta de la carrossa, divididos en tres lineas iguales, salmodiando un eterno y monótono estribillo, é impelen uno tras otro el champan por medio de unos bicheros de diez y ocho pies de largo terminados por una horquilla de madera consistente. Estos bogas son indios, mestizos, ó zambos indo-negros. Al lado de aquellas masas enormes flotan unas almadías pequeñas formadas de troncos de *balso* reunidas por medio de enredaderas. Estas almadías llevan los bogas de refuerzo que se toman de cuando en cuando en las embarcaciones grandes para remontar la corriente en los puntos mas rápidos (Pl. VIII.— 3).

Estos champanes han conservado la forma y la construccion de los que encontraron los Españoles en aquellas comarcas á la época de la conquista; porque, sea que los vencedores se hubiesen opuesto á todo progreso en esta parte, sea que la indolencia de los naturales haya producido por si sola este resultado estacionario, lo cierto es que los champanes se parecen en todo á las primitivas embarcaciones de los indijenas. Estas embarcaciones, aunque tan imperfectas, cuestan mucho: un champan de dimensiones ordinarias no baja de 3.000 pesos en los astilleros de Mompox. Por una singularidad harto notable, se encuentra en China unos bateles grandes que llevan tambien el nombre de champanes, y que, lo mismo que los de la Colombia, tienen una plataforma alta donde permanece la tripulacion. Puede que de este hecho no tenga que deducirse ninguna induccion positiva, pero almenos no deja de ser harto singular.

La travesía de Mompox á Honda, bajo los rayos de un sol abrasador y á través de lejiones de insectos que no son menos intolerables, fué interrumpido, como todo el resto de aquel viaje, por altos largos, molestos y forzosos. Estábamos á merced de nuestros bogas, los menos dóciles de todos los hombres; porque si uno se incomodaba ó hacia uso de la amenaza, dejaban la barca sin tripulacion y era preciso suplicarles de rodillas para desarmar su cólera. No pudiendo mas, nos resignamos con nuestra suerte procurando utilizar aquellos frecuentes altos por medio de algunos estudios de historia natural. Armado de una escopeta, Pablo tiró á algunos pájaros y á algunos mamíferos para nuestras colecciones, y mató ó hirió un considerable número de monos, animales tan numerosos que parecen poblar todo el pais. Encontrábanse entre ellos muchas variedades del *saï* mono *capuchino*, *titis* y *viuditas*. Estos titis nos pareció que eran el saïmiri de los naturalistas: su cara es blanca con una manchita azulada en la boca y en la punta de la nariz. El tal mono es muy semejante á un niño; su espresion es cándida y maliciosa del mismo modo, y sus acciones tienen la misma veleidad. Cuando tiene miedo, al instante sus ojos derraman abundosas lágrimas; y cuando está contento, salta de gozo y hace unos jestos los mas orijinales y raros. Tímidos y delicados, los titis se domestican fácilmente en chozas indias situadas en



3 *Champan sur la Magdalena.*
3 Embarcacion en el Magdalena

el fondo de los bosques, pero si los trasladan á las llanuras, se ponen tristes y mueren. La viudita es un animal de pelo suave y lustroso. Su cara está cubierta de una máscara cuadrada, de un color blanco que tira á azul, y encubre la nariz, los ojos y la boca. Las orejas, casi desnudas y linditas, tienen un realce, y algunos han creido ver en los colores de algunas de sus partes cierta analojía con el luto que traen las mujeres, de donde procede su denominacion de *viudita*. Este mono tiene cierto aire dulce y tímido; rehusa cuantos alimentos le ofrecen y huye la compañía de los otros monos. Aunque al parecer tranquilo, se pone furioso al ver algun pájaro; en cuyo caso con la finura y la ajilidad de un gato se lanza al árbol, salta de rama en rama y degüella á su presa si logra cojerla.

De esta suerte fué pasando sucesivamente nuestra barca por delante de las aldeas de Peñon y de Morales que está poblada de zambos sumamente hospitalarios que fabrican mucho vino de palma, y llegamos á Vadillo un dia en que se celebraba una solemne fiesta relijiosa. Allí fuimos á una diversion pública, cuyo episodio principal consistia en un baile negro de movimiento dulce y lascivo. El primer alto que se hace despues de Vadillo está en San Pablo cuyo territorio montuoso no es ya tan rico. Desembarcados en la playa, encontramos tres ó cuatro docenas de huevos de tortugas, y, suspendidos de los árboles una multitud de nidos de aves de la especie de los *carouges* (algarrobas). Estos nidos están construidos de un modo singular, no tienen mas que un agujero en el medio, y apenas parecen unidos á las ramas: los pájaros toman muchísimas precauciones contra los monos, porque estos se desviven por sus huevos. Verdad es que yo deseaba adquirir alguno de aquellos nidos, pero el árbol en donde estaban tenia un tronco tan ancho, terso y liso, que ninguno de nuestros bogas pudo encaramarse á sus ramas.

A lo largo de aquella senda, y en una y otra orilla entre Morales, Vadillo y San Pablo, aparecen de trecho en trecho algunos cortijos ó casas aisladas pobladas de bogas que, despues de haber hecho por mucho tiempo el servicio del rio, se establecen en las márjenes y educan á su familia en este penoso ejercicio. Una casa de junco, construida en medio del bosque y rodeada de un pequeño cercado donde crecen algunos bananos, cañas dulces para su alimento y flores de que se adornan sus mujeres, es todo lo que constituye la fortuna de aquellos indíjenas. Los mas acomodados tienen un par de docenas de gallinas: un cerdo y una vaca arguyen entre ellos el colmo de la riqueza. Los comensales ordinarios de aquellas pobres familias son dos ó tres perros y algunos gatos: todos sus muebles se reducen á un molino de guarapo, un telar para las esteras, redes, dardos, una hamaca, sillas, calabazas y platos. No tienen mas armas que el machete y el hacha. Las provisiones se hacen al amanecer de todos los dias, en el campo de maiz que se encuentra lejos del rio, ó en el bosque á través del cual se abre un paso el dueño de casa para ir á cazar las fieras.

Aquellos ribereños viven en una situacion tanto mas precaria y miserable, cuanto mas nocivo es el ambiente y cuanto mas malas é impotables son sus aguas. Cultivan su campo, construyen sus piraguas, venden á los marineros de los champanes las sobras de sus cosechas, y procuran con su producto alguna mas comodidad á su infortunada familia. Estos menajes solitarios ordinariamente no cuentan mas que el marido, la mujer y algunos niños, los cuales mueren allí en gran número, y raras veces se ve algun anciano. El hombre y la mujer solo pueden resistir á tantas fatigas en la fuerza de su edad. La mujer no se ocupa solamente de las faenas domésticas, sino que tambien trabaja en los campos, al paso que el marido pesca y caza.

Allende San Pablo, el aspecto del pais se iba modificando, y ya se presentia la procsimidad de montañas cubiertas de nieve. Los caimanes eran menos numerosos en la ribera; el terreno estaba menos húmedo é inundado; la vejetacion cambiaba de carácter, y apesar del ardor de los rayos solares el agua parecia mas fria. El paisaje fué transformándose de esta suerte hasta Honda, cual para prepararnos á la naturaleza alpina del Sarjento y á los cultivos europeos de la llanura de Bogota.

Entre San Pablo y San Bartolomé se estiende la punta de Barbacoa, célebre por un encuentro sangriento que en ella tuvieron los españoles y los independientes; y allende San Bartolomé se ven sucesivamente la aldehuela de Garapaso y la roca de la Angostura. A poca distancia de este peligroso canalizo está el cortijo de Nari que domina á la Magdalena. Situado en un rio que lleva su nombre, á cinco jornadas de Medellin y al salir de la rica provincia de Antioquia, Nari es uno de los mas activos depósitos de toda aquella ribera. Las mercancías y los viajeros se cruzan allí de todos los puntos de la Colombia. Permútanse allí mismo los cacaos de los llanos de la Magdalena contra el oro recojido en las montañas. Pasado Nari, las márjenes del Magdalena son mas desiertos y silvestres: la selva se estiende hasta la orilla del rio y proyecta hasta él las ramas de sus majestuosos ceibas. En lugar de árboles invadidos por millares de hormigas, se ven estensos arcos formados de enredaderas y de folla-

je y bajo aquellas bóvedas todo es sombra y silencio, y no pocos guacamayos de vivos colores encuentran en ellas la calma de tan frescas soledades.

Buena-Vista y Guarama eran las únicas aldeas que me quedaban por ver antes de llegar á Honda. Buena-Vista está situada en un punto delicioso, y en un terreno interrumpido por vallecillos y collados, entre los cuales hay algunos que se levantan en la Magdalena como frondosos acantilados. Guarama ofrece tambien las mismas bellezas pintorescas, pero mas salientes, mas imprevistas y mas ásperas. En los alrededores se encojen los ramales de las Cordilleras; el rio se acanala mas y mas, arrastra piedras enormes que obstruyen su curso y tiene unas corrientes tan rápidas que tuvimos no poca dificultad en romperlas. Varias veces tuvieron que desembarcar nuestros bogas para halar en tierra por medio de la maroma. Entre estos pasos difíciles no debe dejarse en silencio el de la Guardería, especie de cabo arcilloso que hace un ángulo saliente en el rio. Bajo el abrigo de aquel promontorio dormian al sol una multitud de caimanes, mientras á su lado se veian algunas garzas reales y garzotas que siguen á aquellos anfibios.

A 30 de agosto llegamos á Honda. Situada en un valle rodeado de altas montañas, esta ciudad bastante insalubre experimenta calores sufocantes. Antes de entrar en ella se pasan dos puentes, el uno de ellos está echado sobre el Guali, torrente que engruesa las aguas del Magdalena. Los estribos de ambos puentes consisten en algunas rocas. El Guali ó Guili arrastra unas olas límpidas por entre una arena negra que las da el color de la tinta.

Capital de la provincia de Mariquita, Honda es una ciudad importante por su situacion. Antes de tener lugar el terremoto que maltrató en tanta manera las ciudades de la Colombia, era mucho mas considerable; pero actualmente aun hay muchas casas é iglesias en estado de escombros en que les dejó la catástrofe. Lo que subsiste en pie indica una ciudad que algun dia fué opulenta. Las calles están enlosadas y tiradas á cordel, el mercado bastante surtido, y á él van á abastecerse todos los indios de las cercanías. En las calles bajas se ven circular muchos mercaderes que van á vender sus artículos en la plaza pública. Los pescadores llevan en largas pértigas *bagres* que son una especie de pescados salpicados de manchas pardas entre los cuales hay algunos que tienen de cuatro á cinco pies de largo. Los labradores conducen asimismo algunos mulos cargados de una especie de maletas llamadas *petacas*, cuyo cofre de caña está cubierto de cuero sin adobar (Pl. IX. — 1). Por las calles se encuentran mujeres mestizas fumando sus cigarros ó detenidas para comprar sus baratijas, empleados de la aduana que acechan en las avenidas del mercado indios, zambos, jornaleros empleados en el desembarco de los fardos destinados á Bogota. La mayor parte de la poblacion está muy espuesta á lamparones, y su predisposicion á esta enfermedad es tal que cunde hasta entre los mismos perros. Mas arriba de Honda, el Magdalena no es ya navegable, de suerte que es preciso descargar los champanes.

El Magdalena, que íbamos á abandonar, nace en el lago Sapas, y en casi todo su curso á través de la Cordillera colombiana sigue casi siempre el mismo meridiano. Tres temperaturas bien distintas caracterizan la vasta linea que recorre de N. á S. Desde su desembocadura hasta Mompox, las brisas marinas que prevalecen, mantienen una saludable ventilacion en las aguas del rio: desde Mompox á Morales el ambiente está tranquilo, y sin algunos rocíos nocturnos los seres vivientes no podrian soportar de modo alguno los rayos caniculares. Desde Morales á las fuentes del Magdalena el sol es templado por la cercanía de los nevosos Andes, y el soplo de los vientos de tierra hace salubre la atmósfera. En todo aquel espacio, no se hace mas que cambiar de enemigos; los músticos del mar; mas arriba los mosquitos y los *jejenes*, mas arriba todavía los tábanos, que son unos insectos ávidos y zumbantes. Si uno desea bañarse, al momento acuden los caimanes, y si quiere descansar á la sombra de los bosques, en ellos habitan las serpientes. Para distraerse de semejantes inquietudes, apenas hay uno que otro hermoso campo de añil, de cacaos, de cañas dulces; pues fuera de esto solo se ven por donde quiera enredaderas y matorrales coronados por las copas encumbradas y monótonas del cocotero.

Íbamos á abandonar por fin con muchísimo gusto los músticos y el rio Magdalena. A la otra parte del rio estaban dispuestas ya nuestras mulas, y nos aguardaban en el domicilio del jefe de la aduana, punto de reunion de los viajeros. El 1 de setiembre por la mañana cabalgamos siguiendo el camino del monte. Aquellas mulas tienen sumamente el paso seguro; y si bien el que no está habituado á su andar no puede menos de temer al verlas seguir el borde de unos precipicios cuya simple vista da vértigos; sin embargo confortado desde luego no piensa mas que en admirar lo imponente de aquellos sitios. Una mula nunca pone el pie sino en las huellas que dejaron sus predecesoras en la misma senda: para ella todo está calculado de antemano, y en caso de necesidad podrian contarse muy bien los pasos que da de una á otra etapa en razon de la regularidad,



1. *Entrée du Marché de Honda.*

1. Entrada del Mercado de Honda



2. *Venta, entre Honda & le Sargento.*

2. Venta, entre Honda y el Sargento.

VOYAGE

VIAJE



3. Passage du Sargento.
3. Travesia del Sargento

constancia y fijeza de su marcha. Raras son las veces que tropieza, y mucho menos las que se echa al suelo; de ahí es que no tiene que hacerse mas que dejarle la rienda al cuello.

Despues de haber andado por algun tiempo á lo largo de las orillas del Magdalena, subimos la colina á través de copados bosques. Al primer raso llamó nuestra atencion un magnífico punto de vista: descubríamos toda la provincia de Mariquita con sus villorrios y casas blancas, y mas cerca de nosotros, como una cinta de plata cruzando aquel frondoso llano, el rio Magdalena que bañaba las apiñadas habitaciones de Honda.

Despues de una nueva tirada á través de los bosques, salvó la caravana el rio Seco, y llegó por la noche á la Venta Grande, posada semejante á todos los mesones, estacion intermedia entre Honda y el Sarjento. Apenas pudimos abastecernos en ella de algunas provisiones, un poco de *chicha* (cerveza de maiz) y de guarapo. Sin embargo á veces se da á los viajeros un tantico de *carne seca*, sebo, salchichones y algunos legumbres, tales como la raiz baracacha, mañioc dulce y calabazas llamadas *acianas*. El que quiere comer inmediatamente de estas provisiones, debe cocérselas él mismo. La venta Grande era una casa bastante pequeña, provista de una techumbre de bálago que sobresalia de suerte que formaba una especie de galería esterior. Hallábase en el interior una factoría flanqueada de la gran cabruda de chicha ó de guarapo, que sirve para el consumo de los acemileros que pasan, y para mayor comodidad del servicio se ha practicado una rejilla á través de la cual se da de beber durante la noche. Comunmente se ve tambien en el contador un plato lleno de pimienta y de ajo molido y mezclado con vinagre, en el que se empapa la galleta de maiz que se come bebiendo. Estas ventas están cuidadas por naturales ó mestizos, que viven sin mucha dificultad de las sobras del meson. Estando desocupados en su mayor parte, matan el tiempo fumando ó raspando una mala guitarra de calabaza muy comun en las ventas. Las dependencias de la casa consisten casi siempre en un cercadito plantado de bananos y de papayos, de los que cosechan los venteros algunos frutos y legumbres. Por lo demas, son unos alojamientos asaz pobres, donde, no encontrándose casi nada sobre que acostarse, se sirve de hamacas que se traen consigo en un gran saco de cuero (Pl. IX. — 2).

Pasada aquella venta, el sendero es á cada momento mas escarpado y penoso. A medida que subíamos se hacian mas y mas sensibles los síntomas de la rarefaccion del aire. La respiracion era mas breve y mas pesada. Toda aquella senda estaba atestada de acemileros que subian ó bajaban del monte. Muchas veces era preciso cruzarse en algunos puntos donde no parecia sino que el camino apenas podia dar paso á una caravana sola; pero las mulas, intelijentes y diestras, encontraban lugar bastante para deslizarse entre los precipicios y la serie de las cabalgaduras cargadas. En un sendero montañoso y á vista del pico de Tolima que se empinaba á lo lejos, llamó nuestra atencion una escena de la misma naturaleza: en el punto mas elevado del camino se veia un acemilero siguiendo su mula, sosteniendo la carga con su palo á fin de que no resbalase, al paso que á menor distancia descendian algunos buhoneros con sus mulos cargados de *mochilas* ó con sus bastos vacíos (Pl. IX. — 3). El acemilero iba cubierto de la *camiseta*, que es una especie de dalmática menos ancha que el poncho. Aquellos comerciantes del pais nos dieron una leccion sobre el modo de cabalgar y dirijir las mulas. Cuando el animal tenia que saltar, el jinete soltaba la brida y se agarraba al pomo del arzon de la silla. Esta estaba hecha á la española, con el arzon alto y ancho, y las barjoletas, *alforjas*, delante. El mercader llevaba una chamarra de piel de jaguar y calzaba espuelas. Entre dos simas que proyectaban entrambas algunos árboles hasta el medio del camino, era aquella escena verdaderamente curiosa y pintoresca.

Despues de haber subido hasta á 970 toesas de elevacion sobre el nivel del mar, volvimos á bajar el Sarjento por el recuesto que conduce á la aldea de Guaduas. Una verde pradera donde pacian algunos ganados, varias casitas rodeadas de cultivos y sombreadas de sauces, bosquecillos, arroyos límpidos y cristalinos; tal era el punto de vista de aquel vallecico interior, cuyo centro forma Guaduas. Esta ciudad es muy linda; contiene algunos edificios blancos y aseados y encierra una iglesia de bastante buen estilo y calles regulares. Comparado con los sitios agrestes de aquellos picos, este delicioso vallecillo es un ensueño, una ilusion, un pais encantado donde todo sonrie é inspira ideas halagüeñas.

Guaduas es una comarca compuesta de siete aldeas que pueden contar una poblacion total de 14.000 almas. Al pasar nosotros, el valle pertenecia casi todo al coronel Acosta, juez político del distrito, y mas bien padre que jefe de aquellos aldeanos. Él fué quien nos dió hospitalidad. En Guaduas empieza un tipo de poblacion que recuerda á Europa; las facciones son regulares, los talles elegantes, las formas flecsibles y delicadas, los ojos vivos, la boca rosada, y el tinte blanco y encarnado, don en realidad bastante raro en aquellos climas. Esta poblacion no es tan solo hermosa, sino tambien buena, amable y hospitalaria. Puede que sea

deudora de algunas de estas calidades á la feracidad del terreno que contiene pocos desgraciados ó indijentes. En el pequeño territorio de Guaduas se cosechan cuarenta mil arrobas de azúcar, de arroz, de bananas, de café y de naranjas. Desde mi llegada á este continente eché de ver por primera vez algunos carneros cubiertos de una lana blanca y sedosa y al parecer en nada inferiores á los nuestros de Europa, pues su carne era sabrosísima. A tres jornadas de Guaduas se encuentra la aldehuela de Palma que encierra algunas minas de oro, de hierro y de esmeraldas.

Merced al zelo é ilustracion de su propietario principal, el valle de Guaduas conoce ya los mas poderosos elementos de la civilizacion moderna. Su principal aldea contiene una escuela lancasteriana donde se da enseñanza gratuita á todos los niños de aquellas montañas. Hanse igualmente realizado otras muchas fundaciones por la familia Acosta, que ejerce en aquel pais una autoridad patriarcal y pone coto á cuantas diferencias se suscitan entre los montañeses, los cuales raras veces apelan de la sentencia á la jurisdiccion.

Allende Guaduas el camino continua casi al mismo nivel. Recórrense una serie de vallecillos y de colinas; se anda sobre los precipicios y se vadean torrentes impetuosos. La caravana atravesó el aldeorrio de Villeta donde se hallan algunos arrozales al lado de varias praderas. Las montañas circumvecinas abundan en osos. A una legua mas allá de Villeta se presenta el rio Negro, en cuyas escarpadas márjenes se ha echado un puente de bambúes de una estructura hermosísima. La parada nocturna está en el Curador, miserable posada donde llegamos á través de senderos casi de todo punto intransitables. El Curador da principio á uno de los grandes caminos de la capital orillado por ambos lados de mojones, en los que se ha señalado la distancia de Bogota y la elevacion del terreno sobre el nivel del mar. El camino está atestado de acemileros y de vaqueros. El acemilero sigue con la vista la marcha de su recua, sumamente atento á los pasos que da cada una á fin de que ninguna se desvie del sendero trillado. El vaquero guia sus bestias por medio de una soga que las sirve de freno. Sus bueyes sirven igualmente para la labor que para el transporte de las mercancías.

Despues de haber visitado á Villeta y una venta situada á novecientas toesas de elevacion sobre el nivel del mar, llegamos á Fucutiva, primera aldea de la llanura de Bogota.

En nada se parecia aquella meseta á la América ecuatorial; no parecia sino que nos encontrábamos en Europa. Un calor muy soportable habia sucedido á los fuegos ardientes de la linea: la llanura no estaba cubierta ya de cañas dulces, cacaos y cafés, sino de cebada, de trigo y de pastos pingües y ricos. Veíase acá un labrador dirijiendo la esteva: allá un pastor guiando á un ganado lanar. Cruzábanse en aquel sendero prolongadas hileras de mulas y de bueyes; estos cargados de granos, de carbon y de costales de frutas; aquellas llevando y trayendo de los valles inferiores naranjas, bananas y mangles. Los indios que circulaban por aquellos llanos iban cubiertos de capas y sombreros hechos en el pais.

La llanura de Bogota, situada á los 4° 30' lat. N. y á 1.370 toesas de elevacion sobre el nivel del mar, tiene ocho leguas de estension de N. á S. y diez y seis de E. á O. en una superficie sumamente llana.

Si hemos de dar crédito á una añeja tradicion local antes que las pueblas de los Muyscos se hubiesen establecido en aquellas tierras elevadas, habia esperimentado la comarca un espantoso cataclismo producido por la fuerza del rio que, no hallando salida hácia el valle, todo lo sumerjió, campos y poblaciones; de suerte que los habitantes tuvieron que refujiarse en las montañas, donde les apareció un hombre divino llamado Zhué ó Bochica. Este hombre hirió el suelo con su palo, abrió paso á las aguas del rio, y al momento se precipitaron estas por el salto de Tequendama.

La llanura de Bogota no está espuesta á ninguna de las plagas que asolan las comarcas bajas. En ella no se ven músticos, caimanes ni jaguares; mas en cambio influye sobre los recien llegados la gran rarefaccion del aire. No todas las temperaturas pueden sufrir impunemente esta súbita variacion de 15 á 20° ni este contraste de dos naturalezas y de dos atmósferas.

Los únicos árboles que crecen en aquel llano son los sauces y los manzanos. Las grandes y deliciosas esencias del valle han desaparecido ya; mas en desquite prosperan en él todos los cereales; el trigo, la cebada, el arroz cubren el terreno á una altura en que en Europa no se encontrarian mas que nieves eternas.

Despues de haber pasado el rio de Bogota por medio de un hermoso puente de piedra, columbramos á cosa de tres leguas de distancia la misma capital situada al pie de una cordillera que ciñe la llanura por el lado de levante. Desde aquella distancia se nos presentaba á la vista la aguja de la torre de la catedral y los techos de los conventos Guadalupe y Mentrura como los puntos mas salientes y mas visibles. La misma noche del 2 de setiembre llegamos á la ciudad y nos alojamos en una de sus mejores posadas.

Bogota fué fundada á 6 de agosto de 1538 por Quesada, que murió en ella algunos años

despues. Situada en una posicion admirable, fué tomando un incremento tan rápido que dos años despues de su fundacion la corte de España la elevó al rango de ciudad. Todo lo habia previsto en efecto el hábil Quesada, el cual, deseando preservar á la ciudad de los impetuosos huracanes del E. habíala construido entre dos montañas, calculando ademas que acaso con el tiempo llegará á ser constituida en plaza fuerte, semejante posicion le diese un círculo natural de fortificaciones contra el cual fuesen impotentes los ataques del hombre. A vista de Tolima, una de las cumbres del Quiudiu, y de los desfiladeros en uno y otro vertiente de aquella serie de montañas, qué situacion podia elejirse mas conveniente para una capital?

Actualmente Bogota tiene 3.000 metros de estension de N. á S. y 1.700 de E. á O. con 40.000 habitantes de poblacion. Sus calles son sin embargo angostas y sumamente sucias. En otro tiempo hubo un virey que decia: « Cuatro ajentes de policía hay en Bogota, á saber: los gallinazos, la lluvia, los asnos y los cerdos. » Estos cuatro ajentes de policía continuan barriendo y sacando las inmundicias de Bogota. Posteriormente les han agregado el servicio de algunos indios que limpian todas las calles por medio de chirriones.

El clima de Bogota ecsije algunas precauciones contra las súbitas mudanzas de la atmósfera. En el invierno se llevan unos vestidos calientes que apenas bastan contra la intensidad del frio. Durante unos seis meses el cielo está encapotado y la temperatura lluviosa. A estos suceden otros tres meses inciertos y variables, y otros tres de dias secos y serenos. Apesar de ser húmedo, el clima no es mal sano. Despues de una fiebre de algunos dias, resultado de una atmósfera rarefacta ó de un largo viaje á las llanuras, los Europeos se aclimatan con facilidad en Bogota. No les es tan fácil habituarse á una cocina cuya base es la carne de cerdo sazonada con ajo y á la bebida de la chicha y del guarapo. Las aguas de las montañas determinan con bastante frecuencia disenterías muy peligrosas. Las casas de Bogota son todavía en gran parte lo que eran en los primeros tiempos de la conquista, esto es, sin elegancia y sin simetría; pero posteriormente se han hecho algunos edificios nuevos que manifiestan ostensivamente una tendencia decidida hácia un progreso arquitectónico. Algunos canapés cubiertos de lienzo, mesitas, sillas antiguas de cuero, uno ó dos espejos y algunas lamparillas de plata suspendidas del techo: tal es el inventario de los enseres de aquellas casas. Las paredes están tapizadas á veces por algunas colgaduras ó groseras pinturas al fresco. Uno de los mas bellos monumentos de la ciudad es la catedral, edificada en 1814, que apesar de algunas incorrecciones en la fachada es un edificio muy notable por la pureza y armonía de las lineas de su nave. Verdad es que hay otras iglesias menos hermosas aunque igualmente ricas.

Ademas de las riquezas que entraña su seno, estas iglesias tienen rentas immensas. La ciudad contiene tambien doce conventos de hombres y mujeres que poseen considerables dominios, entre los cuales hay el de los dominicos y de los frailes de San Juan de Dios que son los mas bien dotados. En lo antiguo estos relijiosos poseian las tres cuartas partes de la ciudad, y el principal empleo de sus riquezas consistia en fundaciones de hospicios y de colejios que estaban contiguos á sus claustros. Los hospicios son bastante mal cuidados, mas no debe decirse lo mismo de los colejios que están muy bien construidos y situados, y en ellos se enseña el latin, la filosofía, las matemáticas y la teolojía.

El palacio del gobierno es igualmente rico y elegante. Hase renunciado á la antigua residencia de los virreyes, edificio de techos llanos y flanqueado de casas bajas y mezquinas. El palacio actual, construido en 1825, presenta un órden sencillo, pero noble, y cuenta muchas piezas suntuosamente amuebladas, donde viven los ministros con junto á oficinas. El palacio del senado es un ala del antiguo convento de los Dominicos, y el de los diputados es una de las casas mas grandes de la ciudad que á este objeto han arreglado. La revolucion que sorprendió á este estado no le permitió señalar un asilo conveniente á sus poderes políticos. Bogota contiene igualmente una Seca y un teatro: este ha sido edificado por un particular sumamente apasionado á las representaciones escénicas. El salon regular, pero obscuro, tiene muchas hileras de palcos cerrados con celosías. El patio, espacioso y con bancos, está dispuesto en declive de suerte que los espectadores tienen que permanecer en pie. Las piezas que en él se representan, pertenecen todavía á la infancia del arte dramático; la multitud aplaude con preferencia los dramas patrióticos, y por una singularidad muy notable, la satisfaccion pública se espresa en el teatro de Bogota del mismo modo que espresamos en Europa el descontento: silvan las piezas buenas.

Al levantarnos al dia siguiente empezamos al momento á recorrer la ciudad. Nuestra posada estaba á poca distancia de la plaza San Vitorino, una de las mas hermosas y mas animadas de Bogota. En el centro se ve una fuente, mole de arquitectura superada por algunos vasos esculpidos, y en uno de los lados se estiende la imponente y sombría fábrica de un convento.

(PL. X. — 1). Allí vimos algunos indíjenas que se encaminaban á sus faenas. Por ella caracoleaban á caballo un cazador de ciervos con el lazo en la mano; varios labradores picando á sus mulos cargados de provisiones; mujeres indias, habitantes de la llanura, regresando del mercado con sus alcabaces vacíos, y algunas criadas mestizas que iban á llenar los cántaros en la fuente.

Desde la plaza de San Vitorino nos encaminamos á la aduana en donde estaban detenidos todavía nuestros bagajes. Esta aduana es un edificio con arcadas bajo las cuales tiene lugar el ecsámen de las mercancías que van y vienen de algun otro punto de los Estados Colombianos. Como está situada en el centro de la ciudad, sus avenidas se ven siempre llenas de un tropel de jente que se empujan para ir á sus placeres ó á sus quehaceres. Durante nuestra breve permanencia vimos casi todos los trajes que se usan en Bogota, pudiendo observar á nuestro antojo todas las clases, condiciones y rangos. Por una parte se veian los esportilleros de la aduana llevando varios mulos cargados de almíbares destinados á hacer chica en odres de cuero. A mayor distancia venian unas señoras que iban á alguna visita ó á misa. El vestido de rigurosa etiqueta consiste en la saya, la mantilla ó el sombrero. La saya es un guardepiés de raso negro algo corto, terminado muchas veces con franjas de un pie y medio de largo; y la mantilla es una pieza de paño fino, azul celeste ó lápizlasuli, cortada en forma de semicírculo, y que se dispone de suerte que caiga de la cabeza sobre la espalda, á modo de un largo capillo de monja. Fuera de esto aquellas señoras llevaban sombreros de fieltro y zapatos de raso ó de piel. El calzado es la única circunstancia que distingue á las mujeres de elevada alcurnia, porque las plebeyas andan descalzas. Empero cuando su belleza ó un capricho de fortuna las encumbra á la clase que tiene el derecho de llevar calzado, están obligadas á usar de cierta economía, y hacerse *beatas*, es decir, tomar un traje en todo semejante al de las relijiosas, negro ó castaño, traje que les permite calzarse. Ademas de estas mujeres, señoras, beatas ó meras criadas, se veian algunos curas con manteo negro, cubiertos de un sombrero á lo Basilio; contaderos de las cercanías y mendigos, raza que pulula en Bogota, lo mismo que en todos los paises donde la caridad relijiosa sirve de pretesto y de estimulante á la haraganería y á la desidia. Nada cabe mas horrible que el aspecto de aquellos hombres cubiertos de llagas en su mayor parte y atacados de lepra ó de elefancia (PL. X. — 2). Entre las numerosas variedades de mendigos, se distingue la de los hermanos demandantes encorvados bajo el peso de sus alforjas, y la de los hombres que vestidos de negro y provistos de un cimbalillo están diciendo continuamente: « Rogad á Dios por los difuntos. »

Apesar de ser muy de mañana ya toda la poblacion de la ciudad estaba en pie. Los mercados, surtidos abundantemente de víveres, estaban atestados de una muchedumbre de todos los puntos de la llanura. Los paseos, apesar de sus setos de rosales, estaban desiertos; pero todas las calles hormigueaban de caballeros, paisanos ó militares. Muchos de aquellos caballeros iban á sus casas de campo ó á sus granjas situadas en los alrededores para ver el estado de sus arrendatarios indios, pasar cuentas, ordenar una plantacion ó dar prisa para la cosecha.

Verdad es que los artículos de Europa no son muy frecuentes y sí muy caros en Bogota; mas en desquite los productos de su territorio están á precios razonables. El pan es bueno, pero se come muy poco. Se toma chocolate tres veces al dia con un poco de queso y dulces. La comida consiste ordinariamente en carne de vaca, patatas, yuca y bananas, huevos estrellados, lentejas y carne de tocino. La bebida habitual es el agua, bien que algunas veces se bebe chicha y otras vino. Todos se sirven de cubiletes de plata, y despues de cenar se lavan las manos, fuman un cigarro y van á acostarse.

La costumbre de fumar está sumamente jeneralizada, aun entre las mujeres. Sin embargo, aunque estas no dejan casi nunca el cigarro de la boca, parece que se las prepara una reforma. Cuando la guerra de la independencia, hubo muchos matrimonios mistos por razon del gran número de voluntarios ingleses que llegaron al pais. « Nuestras Inglesas no fuman, y por esto las queremos » dijeron los rubios oficiales. Y estas palabras solas bastaron para poner el cigarro en el índice en toda la sociedad de las señoritas. Vivas y apasionadas, hermosas, blancas y bien formadas, no tienen en jeneral austeridad de costumbres ni inclinacion á lo serio. Pasan la vida entre los placeres y las prácticas de devocion.

Cualquier estranjero que visite la capital colombiana, no puede menos de hacer una escursion al salto Tequendama. Esta cascada se halla á cuatro leguas de la ciudad y está formada por el rio de Bogota que se despeña de la meseta al valle. A 12 de setiembre fuimos á verla. Hasta Soacha, linda aldehuela situada á medio camino, la campiña conserva el aspecto triste y silvestre de las cercanías de la capital; pero pasado este cortijo y al llegar á la granja de Canoas cúbrese el pais de casas y de plantaciones. A mayor distancia empieza en el lado



1. Place San Victorin à Bogota.

1 Plaza de San Victorino en Bogotá



2. Costumes de Bogota.

2 Trages de Bogotá

opuesto de la meseta una zona arbolada y pantanosa. El sendero era impracticable para las cabalgaduras; por cuyo motivo atamos nuestros caballos á un árbol y bajamos por una senda rápida y fangosa. Hasta entonces no habíamos visto nada aun, y solo oíamos el estruendo de la cascada. Despues de una media hora de marcha incómoda, la descubrimos por fin y era verdaderamente un espectáculo delicioso. Concíbase un anchuroso rio que se precipita de seiscientos pies de elevacion y se estrella por acá y acullá contra las rocas salientes de la montaña. Esta columna de agua y de espuma prismática en virtud del reflejo de los rayos solares, el arroyuelo que culebrea en seguida por el valle para engrosar la corriente del rio Magdalena, estos árboles suspendidos sobre la sima, esta verde campiña, este movimiento, este murmullo eterno y monótono, todo parece reclamar el silencio é inspirar la admiracion.

No es menos curiosa la maravilla del puente natural de Pandiu, formado de una piedra de veinte pies de ancho que reune dos montañas separadas por un angosto desfiladero. Cuando se tiende una mirada hácia el fondo del abismo, á cuatrocientos pies de profundidad, puédese ver una corriente que parece fugarse al seno del precipio. Los habitantes del pais penetran á las profundidades del abismo temblando de pies á cabeza, y los animales mismos parecen huir de ellas como de una tierra maldita.

Los alrededores de Bogota, á un radio de algunas leguas, están sembrados de pueblecitos y de aldeas. El E. y el O. de la llanura están consagrados á la agricultura; pero el N. y sobretodo la provincia de Socorro están poblados de industriales. Las aldeas mas insignificantes que se encuentran en el camino de Tunja tejen el algodon y fabrican vidriado; pero Tunja, que es mas rica y populosa, trabaja tambien la lana. Continuando el camino hácia el N. se encuentra Paita que tiene fuentes de agua sulfurosa cuyos vapores se condensan en tiempos secos y vuelven á caer en los pastos en sulfato de sosa. A mayor distancia se encuentra el lago de Tota situado en el páramo de Ramona, lago encantado y maldito, segun los indíjenas. En aquellas cercanías hay otro lago, que es el de Gustavita, cuya reputacion no es tan terrorífica. En aquella ensenada, que se halla á 9.000 pies de elevacion sobre el nivel del mar, segun la tradicion, el cacique del pais arrojaba todos los años riquezas inmensas de oro y de pedrerias. Añádiase ademas que, cuando la conquista, los naturales, viéndose perseguidos por sus tesoros, los confiaron todos al lago, su deidad tutelar. Estimulados por semejantes cuentos, los ajentes del capitan Cárlos Cochrane hace poco que han intentado desecar dicho lago, cuya operacion consumada en parte ha valido, segun quieren suponer, algunas estatuitas de oro á los empresarios. Aquel lago es un manantial de riquezas mucho menos seguro y fecundo que las minas de plomo, de sal y de cobre que se encuentran en toda aquella montuosa comarca.

Como no queria salir de Bogota sin haber hallado una idea almenos sumaria de la constitucion política de la Colombia, asistí á los debates de las dos cámaras, y leí aquel largo código en ciento noventa y un artículos que forma el derecho público del pais.

Los poderes son de tres clases: lejislativo, ejecutivo y judicial. El primero se compone de un senado y de un congreso de diputados. La formacion de una ley ecsije el concurso de las dos Cámaras, segun ciertas formalidades y en plazos asignados. Las provincias nombran á sus representantes, á razon de un diputado para cada 30.000 habitantes, que juntos componen una Cámara de ciento y cincuenta miembros. Para ser diputado es necesario tener un capital de dos mil pesos ó una renta de quinientos: solo pueden ser elejidos por la provincia en que habitan, y sus poderes duran cuatro años. La Cámara de los representantes tiene el derecho de citar en presencia del senado al presidente, el vice-presidente y á los ministros de la república.

Estos trámites, tan sencillos como son, segun se puede ver á primera vista, se han tomado en su mayor parte del mecanismo de la constitucion americana, la cual es igualmente una modificacion de la carta de Inglaterra. El presidente de la Colombia, lo mismo que el de la Union, reune al congreso, manda los ejércitos y puede oponer su veto en ciertos casos y conmutar la pena capital de concierto con los jueces.

Los recursos del nuevo gobierno consisten en impuestos parecidos á los nuestros. Productos de aduanas, monopolio de tabacos, derechos de aguardientes, correos, papel sellado, impuesto sobre fincas; tal es lo que constituye los principales ramos de la renta pública.

CAPÍTULO XVII.

CAMINO DE BOGOTA Á QUITO POR IBAGUE, NEIVA Y LA PLATA. — POPAYAN. — QUITO.

A 20 de agosto partimos de Bogota. Antes de salir del territorio colombiano, tenia yo que visitar todavia toda la parte litoral que se estiende de Bogota á Guayaquil. Entre estas dos ciudades, la una interior y la otra litoral, se es-

calonan muchos apostaderos entre los cuales se cuentan Ibagué, Neiva, la Plata, Popayan y Quito que son los principales. Las restantes paradas de la ciudad cási no ofrecen mas que aldeas, villorios ó ciudades sin importancia.

Para ir á Ibagué debe bajarse la meseta de Bogota por la parte de la Mesa. Cuando el camino llega perpendicularmente á esta ciudad, despliegase á la vista del observador un cuadro magnifico. Las altas cumbres de las cordilleras parecen nadar por un piélago de nubes; pero las montañas de segundo órden ponen de manifiesto los pormenores mas insignificantes de su figura, sus barrancos por donde salta el agua á borbotones, las selvas cuya cima es mojada por la espuma, al paso que la llanura serena y luminosa ostenta á lo lejos los cien matices de su vejetacion y las numerosas sinuosidades de sus corrientes.

Despues de la Mesa viene Tocaima situada en las mismas orillas del Bogota y célebre por las virtudes de sus aguas termales. Tocaima es la Bagth de la capital: los convalecientes, los enfermos y los inválidos van todos los años á Tocaima ó á Guaduas para bañarse en sus saludables termas. Los afectos escorbúticos y reumáticos, muy comunes en la meseta, solo se curan con mucha dificultad en razon de su clima frio que mantiene los poros siempre cerrados. Para semejantes curas es preciso ir á Tocaima. Las aguas minerales del pais contienen hierro y azufre. Su poblacion asciende á unos mil habitantes; pero en la estacion de los baños es casi duplicada.

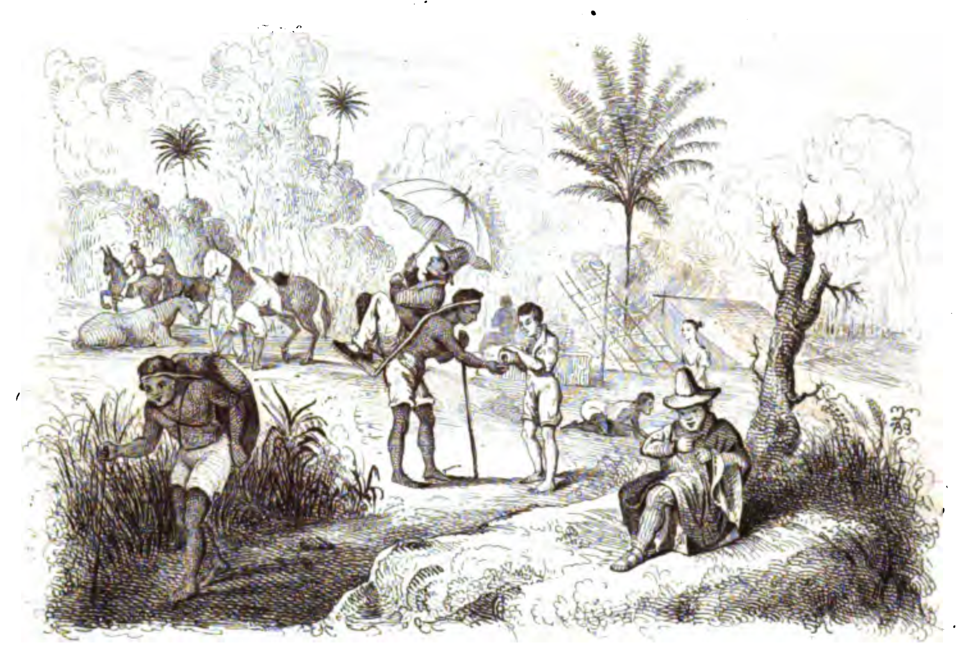
El siguiente dia llegamos á las márjenes del rio Magdalena que debiamos atravesar en el punto llamado *Paso de Llander*. Al otro lado del rio se alzaba en frente de nosotros la montaña del Tolima, cuya frente coronada de nieves perpetuas es el punto mas encumbrado de aquel ramal de los Andes que corre por Popayan y por el valle del Cauca hasta la provincia de Antioquia.

Dos dias despues llegamos á Ibagué, ciudad rica por su territorio y por su situacion á poca distancia de algunas minas auríferas. Apesar de los deseos de que estaba animado de presenciar aquella esplotacion, á fin de compararla despues á las que debian ofrecerme las montañas brasileñas, no tenia tiempo ni ocasion para comprometerme en la cadena de montañas que separa Ibagué de Cartago. Sobrevino empero un incidente afortunado que suplió esta parte de mi itinerario. Un mineralojista francés, de pasó para Ibagué, habia recojido en esta escursion los documentos mas preciosos que me hizo el favor de comunicar.

El camino entre Ibagué y Cartago pasa por el Quindiu, que conduce del valle de la Magdalena al Cauca atravesando la cordillera media. Aunque posteriormente se han adiestrado algunos mulos para este viaje difícil, vale mas conformarse á andar en carguero. Los portadores indios desempeñan este servicio que no implica idea alguna humillante. Atanse á las espaldas de aquellos hombres unas sillas muy lijeras por medio de fuertes correas, y el viajero repantigado cómodamente en ellas, salva las terribles gargantas y las marismas resbaladizas de tan larga cordillera. Por lo comun los cargueros llevan seis arrobas, y ocho algunas veces. Por doce ó quince pesos hacen igualmente el camino de Ibagué á Cartago que dura de diez á doce dias, y lejos de tener ninguna repugnancia á tan penoso oficio temen que se ejecuten en las montañas trabajos que les hagan perder el monopolio de transporte; por cuyo motivo se han opuesto constantemente á todo proyecto cuyo objeto consistiese en mejorar los caminos. El oficio de carguero se ha jeneralizado mucho, y no pocas veces se encuentran en las sendas escarpadas cincuenta ó sesenta viajeros caminando á carga de hombre. Es tan grande en aquellos climas la pereza de los blancos que cada director de minas tiene á su sueldo dos indios á quienes denomina sus caballitos. Todas las mañanas los ensillan, y de esta suerte semejantes cabalgaduras se hallan dispuestas á trasladar al amo de una á otra mina, y este cuando habla de aquellos indios emplea los términos que sirven para caracterizar los pasos de los caballos y de los mulos. Semejante transporte á carga de hombre ecsije cierta destreza de parte del que va montado en la silla. Un movimiento falso puede echarlo á un precipicio.

En aquellas montañas se hacen altos en los puntos llamados Contaderos, sitios ordinariamente llanos, con una fuente á poca distancia y un poco de yerba para las bestias (PL. X.— 3). Desde Ibagué á Cartago se encuentran cerca de sesenta contaderos de esta naturaleza. Las compañias de acemileros que se cruzan establecen tiendas provisionales con ramas y enredaderas cubiertas de bihaï. Estas tiendas construidas con mucha prisa son frescas y cómodas y muy raras veces traspasadas por la lluvia, por razon de que la hoja de bihai está esteriormente embadurnada de un barniz que la hace impermeable.

Allende aquellos pasos montuosos se encuentran las minas auríferas de la cordillera media, entre las cuales se ven las de Manuato, situadas al N. E. de la vega de Supia en la vertiente del rio Cauca, que son las mas ricas. El terreno en que están practicadas aquellas minas pertenece á la gran formacion de sienita y de grunstein porfírico que encierra los ricos



3. *Passage du Quindiu entre Ibague & Cartago.*
3. Paso del Quindio entre Ibagua y Cartago.



4. *Mines de la Vega de Supia.*
4. Minas de la Vega de Supia.

depósitos de oro de la província de Antioquía. La pirita aurífera descansa ordinariamente sobre la roca donde se halla mezclada con un poco de sorocque lapideo. El oro está diseminado en aquellas capas en partículas comunmente imperceptibles, y á veces muy visibles á simple vista. Para estraer el oro de la pirita, la pulverizan y lavan. En Marmato ó en la vega de Supia el obrador está situado en la pendiente de la montaña y se compone de un soportal donde pueden reunirse unos doce trabajadores. En el suelo hay un agujero circular guarnecido de piedras de pórfido inclinadas como las losas de un canalon y en ellas se broza la pirita que se ha sacado á pedazos de la mina (Pl. X.— 4). Despues de la operacion de la molienda del mineral, se procede á la del lavado. La masa del mineral se echa en un plato de madera llamado *batea*, y despues de haber limpiado la pirita con la mano, unas negras sumamente diestras en este trabajo imprimen á la batea un movimiento muy rápido de rotacion, por cuyo medio la parte de la pirita mas grave y mas cargada de oro se precipita poco á poco hácia el fondo del vaso. Para sacar todo el oro que ecsiste en el mineral son necesarios muchos lavados sucesivos; pero este trabajo es ejecutado casi tan solo por las mujeres, porque ecsije mas injenio que fuerza. Un contramaestre criollo preside al obrador. Estas esplotaciones son muy lucrátivas, pues todas las piritas de la Vega de Supia son auríferas, aunque la cantidad de oro que contienen varía mucho. A veces sucede que al romper un pedazo de pirita, se encuentran en él grupos de cristales de oro que pesan mas de media onza. Por desgracia los procedimientos químicos empleados para el trabajo del mineral están todavia muy atrasados y defectuosos; de manera que cuando las esplotaciones sean mas bien dirijidas, no cabe ninguna duda de que los beneficios serán tambien mas considerables.

Tales son las noticias que me dió el mineralojista encontrado en Ibagué. Una vez recojidas, continuamos nuestro camino hácia Neiva atravesando el delicioso vallecillo de Cuello, la ciudad de San Luis y el lecho sinuoso del Luisa. Apesar de los sofocantes calóres que reinaban, en cinco dias llegamos á Villa-Vieja, de donde pasamos á Neiva al dia siguiente: Neiva es una de las paradas mas importantes de Bogota á Guayaquil. Situada en las márjenes de la Magdalena, mantiene un comercio considerable de cacao, de cuyo artículo se cosechan unas dos mil cargas en toda la provincia. Neiva, Timana y sus dependencias contienen cerca de 70.000 habitantes. Timana, situada en una comarca montañosa, remite á Neiva una cantidad harto considerable de polvo de oro procedente del lavado de las arenas auríferas. Ademas de estos dos ramos de comercio, los negociantes de Neiva permutan con los indios Andaquis cera brillante y barniz que reemplaza para los muebles á la laca japonesa. Apesar de esta actividad industrial, Neiva solo contiene algunas casas cubiertas de hojas de palmera y calles sin empedrar. La poblacion es casi de color. En esta latitud la navegacion de la Magdalena se hace únicamente por medio de almadías ó balsas.

Los únicos asilos donde puede detenerse una caravana en todo el trecho que va de Neiva á Popayan, son unos *tambos*, especie de caravaneras construidas á espensas de las municipalidades mas vecinas. Estos tambos consisten en un soportal cubierto de bálago, donde los viajeros hallan un techo para la noche, pero ningun comestible para la cena. A veces hay tambos con un pequeño seto ó muro de piedras que los pone al abrigo de los ataques de los jaguares que infestan la comarca y penetran hasta el seno de las granjas para devorar al ganado. Para destruir aquellas fieras, los aldeanos forman en una pieza de terreno algo apartado una especie de cerca rodeada de estacas muy fuertes y plantadas en tres hileras, sin dejar otra salida abierta que la de una trampa que se cierra sobre el jaguar así que ha entrado. Para atraer al animal carnicero, se coloca en el interior del lazo un cerdo ó un carnero vivo. Otras veces los naturales van á la caza del jaguar con lanzas y perros. Estos son los primeros que atacan al enemigo, pero este mata á muchos; y cuando los hombres juzgan al tigre cansado de lidiar, se avanzan con los ojos clavados en él y presentando la lanza de manera que quede traspasado. Presiente el jaguar el peligro; marcha hácia los chuzos gruñiendo horriblemente y dando vueltas como un gato en torno de los cazadores: cuando se ve acosado por aquella pared de hierro, da una embestida y se halla comunmente traspasado antes de alcanzar á ninguno de sus enemigos. Si por lo contrario el jaguar no yerra el golpe, el hombre es su víctima; porque muy raras veces se puede librar con tiempo.

Llegados á las orillas de la Plata y en frente de la ciudad de este nombre, tuvimos que atravesar uno de aquellos puentes singulares, tan comunes en la América meridional. Antiguamente el puente de la Plata no era mas que una simple *tarabita*, compuesta de una maroma tirante atada en estacas de una á otra orilla, por la que se deslizaban los viajeros en un banquillo móvil suspendido de unos anillos corredizos y tirado por negros. Pero algunos años hace convirtieron aquella tarabita en un puente de beju-

búes de un solo ojo que forma una especie de escalera con escalones rebajados para la mayor comodidad de los que suben y bajan.

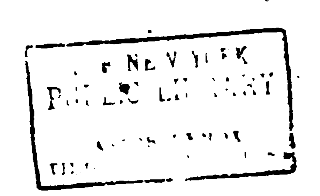
La Plata actual no es la antigua Plata edificada algunas leguas mas arriba en los primeros años de la conquista. La ciudad de este nombre en la actualidad es muy pequeña, pero linda y bien situada: al salir de ella se remonta el delicioso rio del País hasta que se llega al pie del Guanacas, paso abierto á través de la Cordillera oriental, entre la Plata y Popayan. A medida que nos aprocsimábamos al páramo, la vejetacion del valle se reemplazaba por plantas alpinas, y en la cumbre se lograban ver apenas algunos árboles achaparrados y cargados de musgo. El camino seria en muchos puntos impracticable si de trecho en trecho y en los sitios pantanosos no se hubiesen echado unas palancas donde las mulas ponen el pie. El ambiente del páramo era frio y vivo, y en el tambo de Corales donde hicimos alto, no pudimos menos de encender una grande hoguera, estando en setiembre y casi bajo el ecuador. Por lo demas el paso de aquellos páramos ofrecia á la sazon pocos peligros; pero sus cúspides en otras estaciones son testigos de funestas desgracias. En 1819 el jeneral Bolívar tuvo mucho que sufrir en el páramo de Bisba, y el de Guanacas, en donde nos encontrábamos entonces, vió perecer cuarenta y cuatro soldados y oficiales de un cuerpo ausiliar llegado de Europa para la guerra de la independencia. Nueve años despues del desastre se hallaban todavía los restos de aquellos desgraciados que blanqueaban en la parte opuesta de una quebrada.

Sumidos en tan tétricas ideas llegamos á Popayan. El aspecto del paisaje que lo circunda era realmente rico y delicioso y no podia menos de presentirse la procsimidad de una ciudad importante, la mayor que hubiésemos visto despues de Bogota. Popayan es superior á la capital bajo muchos aspectos: sus casas son mas bien construidas, mas oreadas y sobretodo mas alegres. La calle de Belen pasaria en Europa por suntuosa, pues todas sus casas, apesar de tener un solo alto, están alineadas y rodeada de andenes, y en toda su estension corre una línea igual de balcones abiertos. De las once iglesias de la ciudad hay algunas cuya arquitectura no carece de gusto y de arte. La seca y los hospitales tampoco tienen mal estilo; pero desgraciadamente al lado de unos barrios opulentos y aseados Popayan encierra otros atestados de escombros. La guerra reciente ha destruido mas esta ciudad que otra ninguna de la Colombia: diez y seis veces fué perdida y reconquistada; tan pronto española como independiente, pasó por todas las represalias de los partidos y por todos los horrores de la guerra civil. Situada entre Bogotá, la provincia de Pasto y las vecinas comarcas de Quito y junto al rico valle del Cauca, Popayan era el blanco contra que asestaban sus tiros los dos partidos y el campo de batalla en donde se daban cita. Algun tiempo despues complicó mas y mas la situacion de aquellas comarcas un nuevo elemento de discordia. Toda aquella Cordillera estaba poblada de negros ó de zambos á quienes las luchas de independencia sujirieron la idea de aspirar á la manumision especial de los hombres de color. En consecuencia formaron un congreso en la ciudad de Barbacoa, y para someter á aquellos esclavos á la obediencia fué preciso que los nuevos republicanos emplease la fuerza armada y tomasen por asalto la ciudad disidente. Apaciguada aquella primera revuelta, sobrevinieron otras muchas; y aunque al principio en corto número, los negros hicieron empuñar el mosquete á sus mujeres, y otro dia, mas animosos ya, penetraron hasta los arrabales de Popayan montados en corceles cuyos cascos habian cubierto con trapos de algodon. Apesar de esta precaucion, el tumulto les dió á conocer y fueron espulsados de los arrabales sin haber tenido tiempo de robar el ganado.

La poblacion de Popayan asciende á unos 7.000 habitantes, mestizos, indios, mulatos, criollos ó esclavos. Los indios se parecen mucho á los de Bogota, y su traje es el mismo, á escepcion del *montero*, sombrero semejante al de los mandarines chinos y pintado de diversos colores. Los criollos tienen las facciones españolas y su continente es grave y digno. Jeneralmente solo se cuentan dos clases entre ellos; la una compuesta de un corto número de familias ricas y de eclesiásticos, y la otra que comprende los pulperos y los mercachifles.

En los alrededores de Popayan no pueden pasarse en silencio, como objetos dignos de atencion, el rio Vinagre que se despeña formando anchurosas cascadas, estraño arroyo cuyas límpidas aguas tienen la acidez del vinagre, y el cráter de Puracé coronado constantemente con una densa humareda.

Al salir de Popayan en direccion á Quito, teníamos que atravesar uno de los parajes mas peligrosos de toda la colonia, que es el pais de Pasto. Aunque la guerra civil se hallaba entonces estinguida ya en aquel distrito, el fiero rencor de los habitantes les mantenia bajo el pie de sordas hostilidades que dejeneraban á veces en actos de violencia contra los viajeros. Apesar de las numerosas tropas acantonadas en el distrito, se citaban de vez en cuando viajeros asesinados y caravanas robadas. Era tan grande la miseria, que era capaz de enfurecer á una poblacion menos turbulenta. A lo largo del ca-





1. Vue d'un Pont et du Couvent de la Recoleta à Quito.

1. Vista de un Puente y del Convento de la Recoleta en Quito.



2. Vue d'une partie de Quito prise de la Recoleta.

2. Vista de una parte de Quito tomada de la Recoleta



3. La Quebrada de Jerusalem à Quito.
3 La Quebrada de Jerusalen en Quito.



4. Indiens de Mainas. 5 Indienne de Quito. 6 Zambas de Quito.
4 Indios de Mainas. 5 India de Quito. 6 Zambos de Quito
7. Habitant de la Campagne à Cheval.
7 Habitante del Campo a Caballo

mino solo encontramos por donde quiera escombros y ruinas: los villorrios estaban desiertos y los campos yermos é incultos.

Apesar de hallarnos aventurados en aquel camino, no nos aconteció ninguna de las desgracias que nos habian predicho. Despues de haber atravesado á Pasto, situada entre unos cráteres de azufre en una alta meseta, tomamos el camino de Quito adonde llegamos á 30 de setiembre. Pocos sitios hay mas raros y silvestres que el de Quito, antigua ciudad del Sol. La ciudad que conquistaron Benalcazar y Alvarado es una de las mas pintorescas que se pueden ver, ya se mire de lejos por la parte de la Recoleta y se abarquen de una sola ojeada sus torres que se encumbran como otros tantos jalones, sus casas y sus edificios levantados en las quebradas barrancas que hienden el solar en que está fundada (Pl. XI. — 2); ya se penetre en el recinto de sus murallas y se sigan las orillas de aquellos torrentes donde se cruzan algunos habitantes atareados, portadores de agua, mercaderes de tinajas, aldeanas embozadas en su rebozo, ó hidalgos con la capa echada á la espalda (Pl. XI. — 1).

Debíamos hospedarnos en casa de un tal Guzman, edificio de un solo piso rodeado de una galería descubierta y situado casi en la cima de la quebrada de Jerusalen. Es este uno de los puntos culminantes de la ciudad, el que entonces contaba menos casas y el barrio mas retirado y salvaje (Pl. XI. — 3). Apenas habíamos entrado en nuestro alojamiento, cuando nos vino á visitar la jente mas distinguida de la ciudad, y desde entonces comenzó entre nosotros y los moradores de Quito un combate de actos de cortesía que duró hasta el dia de nuestra partida.

Quito está edificada en el recuesto del Pichincha, cráter apagado, pero humeante todavía. Las calles hacen declive, solo son barridas por las lluvias, y la mayor parte van en direccion paralela ó transversal á las quebradas sobre las cuales la ciudad se halla, por decirlo así, á horcajadas. Al salir de la ciudad estos quebradas reunen todas sus aguas en un riachuelo profundamente acanalado.

Lo que mas llama la atencion al llegar á Quito, es el prodijioso número de sus conventos, ricos y suntuosos casi todos. El mas importante de ellos es el de San Francisco, monumento inmenso y de un órden bastante bello, con una iglesia opulenta, al parecer toda recamada de oro, de plata maciza y de piedras preciosas. Despues del convento de San Francisco debe citarse el de los Jesuitas, que encierra actualmente la universidad, la biblioteca y la imprenta. En el interior hay una losa de mármol donde se ven algunas inscripciones grabadas que recuerdan los trabajos de La Condamine y de sus célebres colaboradores. La imprenta no contiene mas que dos prensas, y la biblioteca solo encierra obras de teolojía. La fachada del convento de Jesuitas, toda de piedra, es de un trabajo esquisito: sus columnas, de treinta pies de altura, son de órden corintio y de un solo trozo de piedra blanca; pero las paredes interiores están ecsornadas de otras esculturas. La catedral no es tan suntuosa como los dos citados conventos: una de sus torrecillas construidas, segun dicen, sin plan ninguno, se inclina al lado de la iglesia. Al lado de estos monumentos debe mencionarse el convento de la Recoleta de la Merced, en donde se retiran los habitantes mas acomodados durante la cuaresma.

Durante nuestra permanencia en Quito, habia pasado ya la época de fervor relijioso, y el convento de la Merced tenia pocos pensionistas. No nos era dable visitar la ciudad en sus mejores dias, cuando las pomposas solemnidades de la iglesia animan las calles y ponen la poblacion en movimiento. Otro viajero mas afortunado, cuyas observaciones son no menos delicadas que precisas, M. de Raigecourt, ha estado posteriormente en Quito durante la semana santa y nos ha comunicado sus pormenores. Su narracion inèdita es sobrado interesante para que nos privemos del gusto de enriquecer con ella nuestro itinerario.

« Acercábanse las solemnidades de la semana santa, dice M. de Raigecourt, y decidimos no hacer escursion alguna por las cercanías hasta pasada la Pascua; pues que si la semana santa es imponente en Roma por el esplendor y la pompa de sus fiestas, quizá no es menos curiosa en Quito por la orijinalidad de estas. Aquel año se celebraba la Pascua á 11 de abril, y ocho dias antes de la víspera del domingo de Ramos se dió principio á las ceremonias que debian sucederse sin interrupcion durante toda la semana santa. Por la noche de aquel dia vimos pasar delante de nuestras ventanas cinco maniquíes ó figuras estrañas vestidas de blanco y precedidos de algunos niños entonando cánticos. Cada una iba cubierta de un enorme gorro en forma de pan de azúcar de cinco ó seis pies de altura, del que pendian por detras dos pedazos de tela ó cinta largas y estrechas que flotaban á veces hasta el suelo. El resto del cuerpo lo cubria una basquiña blanca, sujeta por un cinturon que llegaba hasta el tobillo. Estas figuras son llamadas *almas santas*, no sé porqué.

« El siguiente dia, domingo, fuí á la catedral á ver la bendicion de ramos. La iglesia estaba atestada de jentes que llevaban en la punta de unos palos largos enormes ramos de coco, ó troncos de cañas y de bananos. Las ho-

jas de estos últimos estaban trenzadas á veces de un modo muy injenioso. Sin embargo, como la ceremonia se hacia aguardar demasiado, me salí y fuí á San Francisco, adonde llegué en el momento en que entraba la procesion de los relijiosos de aquella órden cantando y llevando cada cual una palma en la mano. Precedian á un Cristo que al principio creí llevado en brazos; pero los movimientos singulares que le veía hacer me indujeron á ecsaminarle de cerca en el acto de estar detenida la procesion bajo las arcadas del convento, y descubrí, no sin sorpresa, que el portador del maniquí era un asno que embarazado con su carga, la hubiera sin duda echado al suelo, si dos hombres que estaban á cada lado no se hubiesen ocupado sin cesar en mantenerlo en equilibrio por temor de alguna desgracia.

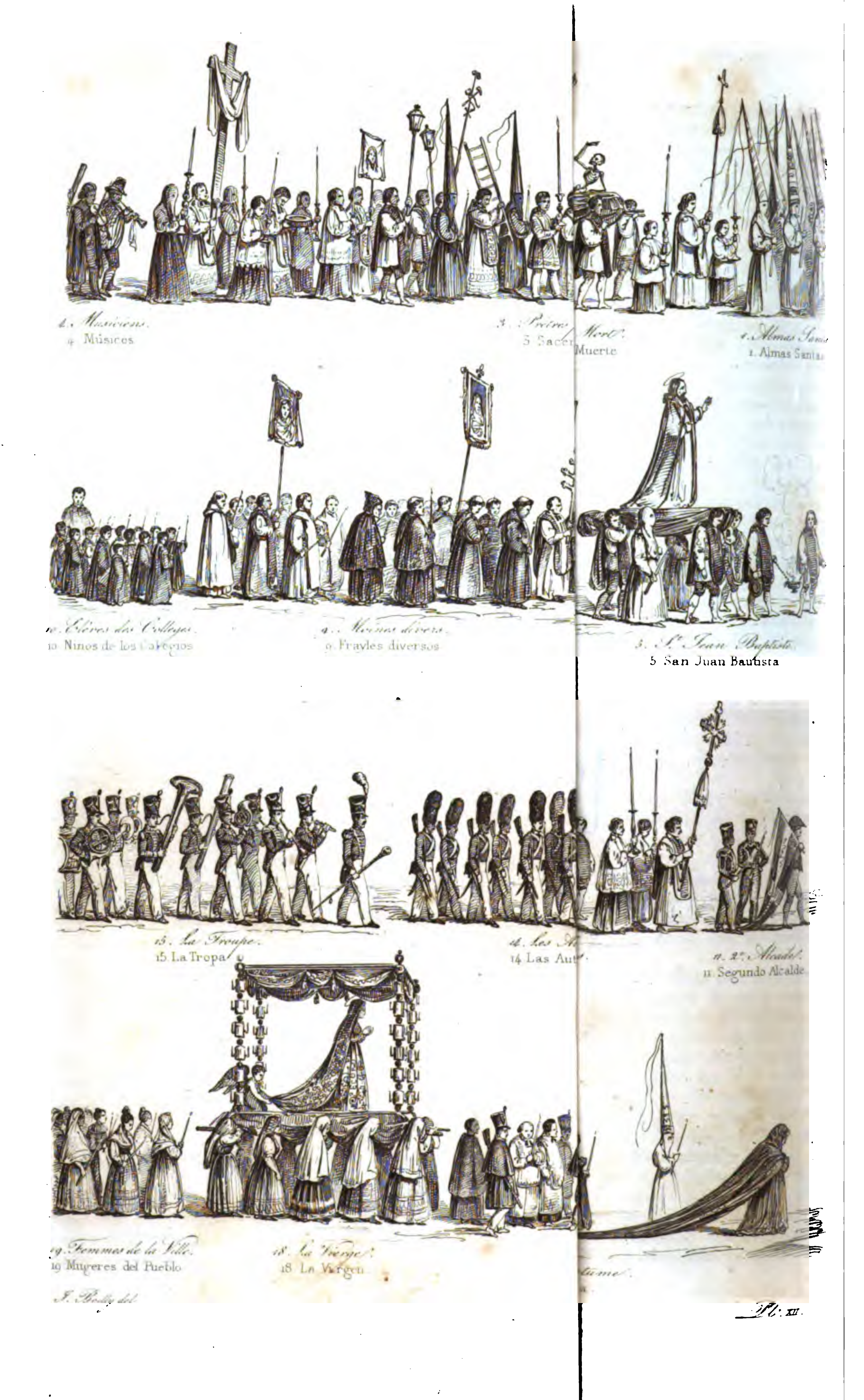
« Mas estraño fué el espectáculo que presencié en la iglesia de Santa Clara, dependiente de un convento de relijiosas en donde entré el mismo dia. Al través de las rejas observé á todas las monjas atareadas en torno de un asno, que hincaban las rodillas y proferian algunas oraciones, aunque no se celebrase á la sazon ninguna ceremonia en la iglesia. Yo no pude descifrar el enigma que presenciaba, sino suponiendo al animal destinado á desempeñar cierta parte en alguna procesion de la misma naturaleza de la que acababa de ver.

« Por la noche salió de San Francisco una segunda procesion mucho mas considerable que la primera, que pasó delante de mis ventanas desde las cuales pude ecsaminarla á mi sabor sin perder ninguno de sus pormenores. Abrian la marcha una porcion de individuos que llevaban unas linternas en la punta de largos palos, entre las cuales habia dos que precedian á todas las demas, que tenian la forma de estrellas. Seguian luego dos maniquíes, de los cuales segun me dijeron, el uno representaba á San Juan Evanjelista, y el otro á Santa Magdalena, y despues tres almas santas semejantes á las que llevo descritas, á escepcion de la del medio que descollaba sobre sus compañeras y llevaba una larga cola blanca sostenida por un niño vestido de ánjel y provisto de dos grandes alas. Aquellas tres figuras ajitaban sucesivamente unas sonajas que llevaban en las manos de suerte que el ruido fuese continuo. Seguíanlos un gran número de mujeres, entre las cuales reconocí á muchas de elevada alcurnia, formando dos hileras con un cirio en la mano cada una. Entre aquellas hileras se distinguian algunos frailes de San Francisco ocupados en mantener el órden: seguian inmediatamente tres almas santas, aunque la del medio, lo mismo que la primera, descollaba sobre sus compañeras que iban vestidas de negro y llevaban una larga espada al lado. En pos de ellas iban dos á dos los barberos de la ciudad, con la cabeza descubierta y vestidos con el traje pintoresco de las ceremonias solemnes que consiste en una especie de poncho estrecho plegado á lo largo, y en un calzoncillo corto sin medias ni zapatos.

« Llevaban dos á dos un gran incensario, ó mas bien, una gran de estufilla de plata suspendida de dos cadenas del propio metal. Los barberos iban seguidos de unas paribuelas inmensas de madera dorada, cobijadas por un palio y guarnecidas de lamparillas, de espejos y de imájenes de santos, sobre las cuales se ostentaba el Salvador cubierto de pies á cabeza con un vestido recamado de oro y con la cruz acuestas. En pos de él iba *don Simon Cireneo*, segun le llamaban los concurrentes, que en vez de llevar la cruz junto con el Salvador, segun costumbre, se contentaba con sostenerla con una mano. Este último personaje era de talla esbelta, llevaba una corbata que le llegaba á las orejas, un sombrero ladeado á lo majo, y eran sus vigotes poblados y formidables. Detras de las paribuelas, cuyos veinte portadores se encorvaban bajo el peso, seguian varias mujeres con el cirio en la mano; al subdelegado de policia con un fanal enorme, escoltado de dos frailes franciscos; Nuestra Señora de los Dolores, que era la misma que habia visto en el convento de San Francisco, ataviada con un hermoso vestido de terciopelo azul cuajado de estrellas de oro, y por último las dos Magdalenas que cerraban la marcha.

« De trecho en trecho habia cuadrillas de músicos que de cuando en cuando tocaban piezas tan desentonadas que solo pude compararlas á los sonidos que da entre nosotros la sinfonia de un saboyardo que hace bailar títeres. Aquella procesion seguia con lentitud una calle larga que hacia un poco de declive, y el efecto que producia no dejaba de ser bastante pomposo.

« Al dia siguiente tuvo lugar otra procesion, aunque no tan brillante como la de la víspera: componíase esclusivamenie de indios, sin sacerdote ninguno, y no ofrecia nada de particular. Presentóseme en casa un personaje enteramente vestido de violado de pies á cabeza, con el rostro cubierto y con una cincha de cuero á modo de ceñidor. Yo aguardé en silencio que me esplicara el motivo de su visita; pero se mantuvo modestamente en el umbral de la puerta sin proferir ni una palabra siquiera, y despues de haber llamado tres veces con una moneda sobre un azafata de plata que tenia en la mano se retiró sin decir oste ni moste. Presentóse otro y repitió la


4. Musiciens.
4 Músicos
3. Prêtres
3 Sacer
Mort.
Muerte
1. Almas Sa
1. Almas Santas
10. Elèves des Colleges.
10 Ninos de los Colegios
9. Moines divers.
9. Frayles diversos
5. St. Jean Baptiste.
5 San Juan Bautista
15. La Troupe.
15 La Tropa
14. Les A
14 Las Au
11. 2d. Alcalde.
11 Segundo Alcalde
19. Femmes de la Ville.
19 Mugeres del Pueblo
18. La Vierge.
18 La Virgen
tume.
J. Bouly del.
Pl. XII.

misma ceremonia. Despues supe que eran penitentes que hacian la colecta, de cuyo papel se encargan no pocas veces las personas mas distinguidas de la ciudad.

« El martes cayó una lluvia continua que hizo emplazar para el siguiente la procesion que debia tener lugar en aquel mismo dia. El miércoles, á las diez de la mañana, salió de la catedral por el órden siguiente: abria la marcha un considerable número de penitentes descalzos, la mayor parte con una soga al cuello y una corona de espinas en la cabeza; tras ellos iban un alma santa con una cruz en los brazos; dos santos cuyos nombres he olvidado; un jardin de los Olivos con un ánjel que consuela á Nuestro Señor; un *Ecce Homo*, á quien San Pedro parecia pedir perdon hincado de hinojos; un enorme crucifijo, un descenso de la cruz y por último la santa Virjen vestida con una magnífica ropa de terciopelo violado, bordada de plata cuya cola llevaba un anjel. Todas aquellas figuras estaban lejos de andar juntas segun acabo de enumerarlas, mediaban entre ellas las diferentes órdenes relijiosas que asistian á la ceremonia todas sin escepcion; los alumnos del colejio de San Fernando y San Luis, los primeros cubiertos con un vestido negro bordado de blanco, y los segundos con una ropa la mitad amarilla y la otra mitad encarnada, y cierto número de funcionarios y oficiales de todas graduaciones con cirios en la mano. En pos de la imájen de la Santa Virjen iban siete canónigos con la cabeza cubierta de un capuchon de tafetan negro y vestidos con unas sotanas de la misma ropa cuya cola tenia muchas varas de largo; cuatro grandes banderas negras con cruces rojas en las puntas precedian al obispo que llevaba el SS. Sacramento cubierto de un velo y cerraba la marcha. La muchedumbre que acompañaba la procesion se agolpaba continuamente á su paso á medida que iba desfilando, y mas de una vez me faltó poco para ser derribado por aquel piadoso apresuramiento».

« El jueves santo no salió ninguna procesion y en las iglesias no se celebró mas que una misa. Asi que estuvo concluida se levantó una urna, emblema del sepulcro en que encerraron al Salvador. Todos aquellos monumentos eran muy ricos y estaban decorados profusamente de espejuelos y maniquíes, especie de ornato que prodiga en todos ocasiones el buen gusto de los Quiteños. Entre otras cosas me acuerdo que ví en la iglesia de los Agustinos á Jesucristo cenando con sus apóstoles vestidos todos con casullas.

« La procesion del Viernes Santo sobrepujó en esplendor á todas las de los dias anteriores, y yo me habia propuesto no faltar á ella. Empecé por la mañana asistiendo al oficio que se celebraba en la iglesia de Santo Domingo, donde me ví precisado á recibir una bandera é ir procesionalmente á la urna á buscar la hostia consagrada para la comunion del sacerdote. La torpeza con que desempeñé aquel ejercicio, nuevo para mí, no pudo menos de ruborizarme, pero pronto me consolé al saber que el coronel Young, Inglés y protestante, se habia visto forzado, la víspera, á figurar en una ceremonia de la misma naturaleza con un cirio en la mano. Por la noche me fuí á la misma iglesia, de donde habia de salir la procesion; y entré en ella en el acto en que estaban cantando la Pasion. Detras del altar mayor ví tres cruces enormes: la del medio estaba desnuda, y en las otras dos estaban crucificados los dos ladrones, el uno blanco y el otro indio, por respeto sin duda á las diferentes castas. Reinaba en todo el recinto de la iglesia un silencio profundo; pero en el momento en que el predicador describió la llegada de Jesus al Calvario, oyóse el estruendo de los martillazos, y se vió atar á nuestro Salvador á la cruz. Al pintar su sepultura, dos sacerdotes subieron por medio de una escalera y desclavaron las manos del maniquí, mientras otros dos desataban los pies y sostenian el cuerpo: todos cuatro lo descendieron con lentitud y lo mostraron á la asamblea que echó á llorar; mas en el acto de volvérselo se agregó á los sollozos el tumulto de los bofetones que se dieron las mujeres á cual mas fuertes. Terminada esta doble esposicion, depusieron el cuerpo en unas parihuelas y la procesion comenzó á salir con el mayor órden.

« Abrian la marcha mil almas santas, entre las cuales habia algunas con gorros tan sumamente altos (Pl. XII. — 1), que llegaban á las ventanas del primer piso de las casas y á veces se enganchaban en ellas. Colgaban de aquel estraño tocado varias cintas de diversos colores que recaian sobre las espaldas del maniquí. Habia algunas cuya ropa terminada en una larga cola sostenida por un ánjel. En unas parihuelas que seguian inmediatamente habia otro ánjel á cuyas plantas se veia un esqueleto horroroso que representaba la muerte vencida por el Salvador (Pl. XII. — 2). Seguia despues una serie de curas en traje sacerdotal que llevaban los diversos emblemas de la Pasion (Pl. XII. — 3). El primero mostraba con mucha gravedad y á la altura de su barba un ancho cuchillo en cuya punta estaba pegada una oreja que figuraba la de Malcos cortada por San Pedro; llegaba despues un gallo en la punta de un palo, los treinta dineros de Judas pintados en un cuadro de madera, los dados en un azafate de plata y en otro los clavos, el martillo y las tenazas;

los mimbres que habian servido para los azotes, la caña y la túnica llevada en la punta de un largo palo á guisa de bandera. Este grupo singular iba seguido de una porcion de músicos enmascarados y vestidos con un traje violado, con sus instrumentos cubiertos de cendales en señal de luto y tocando piezas lúgubres análogas á las circunstancias. Tras ellos seguian nuestro Salvador (Pl. XII. — 7) con la cruz acuestas, y acompañado, lo mismo que antes, por *don* Simon Cirineo; el primer alcalde de la ciudad enlutado completamente, con sombrero emplumado y llevando al hombro una bandera negra, en la que habia pintada una cruz roja, que arrastraba por el suelo (Pl. XII. — 8). Detras de él iba una multitud de negros vestidos uniformemente con traje azul, de cuello y vueltas amarillas, pantalones de azul celeste con un galon amarillo y una escarapela del mismo color: todos eran considerados como parte de su casa. Veíanse tras ellos dos prolongadas series de frailes con un crucifico en la mano, que precedian á los alumnos de los colejios (Pl. XII. — 9 y 10) de que he hablado ya, vestidos con sus uniformes. A estos seguia el segundo alcalde de la ciudad con su bandera arrastrando como el primero (Pl. XII. — 11). En pos de él venia el féretro que contenia el cuerpo de Jesucristo, rodeado de muchos individuos con trajes de todos colores, armados de palos, sables, espadas, lanzas y con un farol en la mano (Pl. XII. — 12 y 13). Estos últimos representaban á los judíos que fueron al jardin de las olivas para prender á Nuestro Señor. Aseguráronme que este papel era tan odioso, que no encontrándose nadie en la ciudad que quisiera encargarse espontaneamente de representarlo, obligaban á verificarlo á los vendedores de especias y á los demas mercaderes de comestibles. En pos de los judíos iban todos los oficiales de la guarnicion con un cirio en la mano y las tropas dispuestas por pelotones (Pl. XII. — 14), llevando el fusil á la espalda, circunstancia que es una señal de luto en Quito, lo mismo que entre nosotros el arma á la funerala. Los oficiales que mandaban cada peloton no iban vestidos con tanta uniformidad como sus soldados; los unos llevaban gorra de cuartel y los otros sombreros de tres picos ó chacó. Por último la procesion la terminaban los relijiosos de la Merced, los canónigos, el obispo, la Santa Virjen vestida con una ropa de terciopelo bordada de oro y plata, cuya cola sostenia un paje, una multitud de mujeres con cirios en la mano y un peloton de soldados (Pl. XII. — 16, 17, 18 y 19).

« Reinaba un silencio solemne, interrumpido únicamente por los cantos relijiosos y la música, que hacia aquella ceremonia en realidad imponente é inducia olvidar el espectáculo á veces grotesco que presentaba en varios puntos. A la distancia mayor á que podia estenderse la vista, se columbraba una doble serie de luces que se movian con lentitud, con cuyo esplendor se disipaba la obscuridad de la noche. Un solo incidente sobrevino en medio de la marcha y rompió por un momento la gravedad de los devotos. Hallábase en medio de la calle un sumidero que estaba encubierto por la multitud. Cuando llegaron á aquel punto los judíos que seguian confusamente el féretro de Nuestro Señor, hubo muchos que desaparecieron súbitamente en aquel albañal con grande satisfaccion de algunos que en su ilusion los tomaban por judíos verdaderos y consideraron aquel accidente como un justo castigo del cielo. Sacáronlos del precipicio, y afortunadamente su caida no tuvo ningun resultado desagradable.

« Para dar una idea ecsacta del número de personas que ecsistian á aquella procesion, bastará decir que no bajan de cinco mil los cirios que se vendieron aquel dia en la ciudad. El jeneral Farfan (indio natural de Cuzco, y oriundo de familia antigua de caciques) me dijo que por su parte habia comprado de ellos por valor de doscientos pesos, y añadió que hubiera preferido dar aquel dinero á los pobres soldados que se hallaban en el hospital faltos de todo subsidio.

« El domingo de Pascua tuvo lugar la última procesion llamada de la Resurreccion; mas como salió á las cuatro de la mañana no pude ir á verla, aunque debió de ser mas ó menos semejante á las que acabo de describir.

« Yo he observado todas estas ceremonias con el mas vivo interés, sin espíritu de crítica ó de prevencion en su favor. Todo cuanto pueda decirse en pro ó en contra de la pompa singular y de los estraños espectáculos que las acompañan tan poco parecidas á nuestras costumbres actuales, todo se ha dicho ya. Sin embargo no dejaré de observar que si esta forma teatral dada al culto esterior tiende á hacer perder de vista los dogmas y la moral de la relijion, en sus principios debió de contribuir poderosamente á protejer la conversion de los indios, cuyo grosero espíritu tiene necesidad de imájenes sensibles. En la Colombia se la encuentra no solo en las fiestas solemnes, sino tambien en las ceremonias ordinarias. Cada misa tiene su lucencito teatral que suele consistir en la súbita aparicion de una santa Virjen, de un crucifijo ó de un viril rodeados de cirios encendidos cuando el sacerdote llega al altar. Comunmente se ejecuta esto por medio de un velo que se alza de golpe; pero á veces el tabernáculo se abre de par en par, ó bien jira sobre sí mismo presentando el lado opuesto.

« Los numerosos maniquíes que figuran en todas estas ceremonias están hechos por los indios,

y aunque el talento que despliegan en esta parte no merece grandes elojios, no puede decirse lo mismo de todos los objetos que salen de sus manos. Labran con mucha destreza, en una especie de nuez de coco cuya almendra es blanquísima, figuritas de santos y de animales y hacen unos muñequitos que pintan en seguida y que representan perfectamente los trajes del pais. »

Aquellos indios, de quienes habla M. de Raigecourt, son efectivamente los mas industriosos del pais, pero como la molicie de los criollos los aleja de todo trabaja manual, los mulatos y los negros esclavos forman con los indios toda la clase trabajadora. A ellos se debe la fabricacion de los paños, de las telas mas bastas, de los tapices y ponchos y sobre todo de aquel tejido impermeable de goma elástica que se fabrica en el distrito de Pasto y que hace poco se ha popularizado en Europa. Ademas de los indios de Quito, que tienen muchas circunstancias análogas con los de Bogota, se ven acudir otros á la ciudad, como son los de Maynas y de los valles del Amazona (Pl. XI. — 4). Su traje es en estremo pintoresco, pues consiste para entrambos secsos en una especie de túnica hecha de una tela de cuadros, que cubre el cuerpo desde el cuello á las rodillas y deja descubiertos los brazos y las piernas. Llevan la cabeza desnuda, y los cabellos rasurados algunas veces aunque por lo comun largos y lisos. Entre aquellos indios hay un corto número que llevan una azagaya: pero su arma mas ordinaria es una cerbatana de seis ó siete pies de largo, con la que arrojan á unos sesenta pies de distancia unas flechitas de madera fuerte con la punta emponzoñada. Aquellos indijenas van á permutar en los mercados de Quito las mas preciosas producciones de sus valles contra objetos de industria americana ó europea. Por lo que hace á los criollos acomodados de la ciudad, su traje difiere muy poco de los que llevamos descritos en el artículo de Bogota (Pl. IX. — 4).

Apesar de que Quito se halla á trece minutos de distancia de la linea ecuatorial, su situacion en una elevada meseta donde se sostiene el barómetro á veinte pulgadas de altura, le asegura, como en Bogota, una temperatura dulce y uniforme que solo varía de 10° á 18°. El dia y la noche son iguales. En su alrededor y segun las zonas crecen por una parte las plantas de Europa subiendo hácia los picos y hasta las hay que se remontan á poca distancia de las nieves perpetuas; y por otra bajan al valle, los productos de las latitudes mas calidas, escolonados por climas. Facil es de adivinar que la rejion intermedia que participa de la riqueza de las otras dos, es la mas risueña y variada. Numerosos rebaños, setos vivos de duranta y barnadesia, y campos espaciosos de trigos que inclinan sus espigas bajo la brisa, cubren toda la llanura. La sensacion que esperimenta el viajero es mucho mas viva por cuanto se halla situada entre montes nevosos ó ignivomes; allí está el Pichincha con su penacho humeante, allá la cordillera de colinas llamadas Panecillo, que parecen cortadas por la mano del hombre; acullá el Cayambé cuya cima atraviesa la linea equinocsial; mas lejos el Antisana que es el volcan mas alto que se conoce cuya erupcion sube á 3.000 toesas de altura; enfin cerca de Quito está la Ilinisa, la mas pintoresca de todas las montañas, cortada en dos picos piramidales á una altura de 2.700 toesas.

Tal es el sitio donde se halla Quito, ciudad de 40 á 60.000 habitantes. Las casas son de ladrillos de tierra blanca y algunas de piedra, con techos de tejas, y en las iglesias de azulejos. El lujo interior es bastante simple, pues unicamente adornan el salon destinado para las visitas decorandole con pinturas mal hechas. De estas hay muchas al fresco bastante groseras en todas las paredes, y cuadros piadosos hasta en los corredores de los conventos. Completan el mueblaje de las casas acomodadas de Quito, arañas colgantes, tapices del pais, mesas para escribir, camapés con asientos de seda ó de algodon y una cama dorada con damascos: entre las piezas de la casa se cuentan el vestíbulo, muy sucio, que sirve á veces de almacen de forrajes, la cocina, el dormitorio de los criados y el obrador ó cuarto de labor lleno de flores, en donde se retiran las mujeres. Los víveres son bastante caros en Quito, el buey es muy raro y el carnero poco usado, pero en cambio el chocolate y los dulces son escelentes y las patatas esquisitas. La bebida del pueblo es la rapsadura, especie de chicha que hacen los molinos de azucar de Ibarra, y los frutos y legumbres son las peras, manzanas, melocotones de varias clases, fresas, tunas, (*cactus opuntia*), aguapates (*palta*), guabas (*mimosa inga*), papayas y melones.

Por mas deseo que tuviese de hacer una escursion científica á la cima del Pichincha, no quise abusar de la condescendencia de mi compañero de viaje, deteniendome mas en Quito. Pero Mr. de Raigecourt tan perseverante en sus investigaciones debia suplir mi incompleto reconocimiendto, con el que hizo él en 1830 estando en aquella ciudad con un coronel colombiano aficionado tambien á las esploraciones jeolojicas. En efecto, salieron ambos de la poblacion por el lado de la Recoleta de la Merced y se hallaron al cabo de media hora en un círculo de picos nevosos. A su derecha por la parte del S. aparecian las cimas blanquecinas y jigantescas del Ilinisa, del Chimborazo y del

Cotopatri, mas cerca el Tunguragua, el Sinchulagua y el Antisana con su borda, que es el punto habitado mas alto del globo, y últimamente á la izquierda los ventisqueros de Cayambé. Mas arriba de este paraje empezaba la meseta del Pichincha, célebre en los fastos del pais por una accion decisiva que determinó la cuestion de la independencia republicana. Allí acampó el jeneral Sucre con sus colombianos, mientras que los Españoles acantonados en Quito trataban de defender esta ciudad. Un movimiento estratejico hizo que se hallasen ambos ejércitos uno enfrente de otro en la meseta de Pichincha donde se trabó una sangrienta accion y habiendo la suerte sido adversa á los Españoles, evacuaron definitivamente las provincias colombianas.

A eso de las once llegó Mr. de Raigecourt al pie del volcan á ciento cincuenta toesas del cráter. A esta altura el camino harto escabroso por cierto, estaba sembrado de piedrecitas volcánicas sumamente resbaladizas, y la admosfera rarificada llegaba á hacerse tan inaguantable que cuando el viajero llegó tenia atontados los oidos, su corazon empezó á desfallecer y ultimamente cayó desmayado á los pies del cráter. Vuelto en si ecsaminó aquellos sitios.

« El crater, dice me pareció inmenso en efecto, porque una nube se habia colocado justamente en medio. El declive, es, en lo que se alcanza á ver, bastante suave para poderse bajar, pero yo no me atreví á adelantar mas que unos cinco ó seis pasos por la dificultad de la ascension. El crater ecsala un olor fortísimo de azufre y se esperimenta un calor casi insoportable. Con todo, cosa incomprensible, habia muchos parajes donde la nieve no estaba enteramente derretida, y el termometro marcaba 5° bajo cero. »

« Un momento despues de nuestra llegada la nube que cubria el crater, tomó mucha mas estension envolviéndonos á nosotros mismos: al cabo de un cuarto de hora estábamos otra vez junto á nuestras mulas. »

CAPÍTULO XVIII.

CAMINO DE QUITO Á GUAYAQUIL. — EL CHIMBORAZO. — GUAYAQUIL. — COTOPAXI, CUENCA Y OTRAS CIUDADES HASTA EL MARAÑON.

Salimos de Quito el 6 de Octubre y fuimos á pernoctar á Callo, sitio célebre por el tambo del Inca, monumento de los tiempos primitivos convertido hoy en una *hacienda*. Apesar de las recomposiciones informes, se distinguen aun dos muros hechos de una especie de basalto de la forma de nuestros morrillos, cuyos pedruscos aunque sin un cimento visible estan perfectamente empotrados unos con otros. Algunos tienen tres pies de espesor y las puertas son mas estrechas por arriba que por abajo. Este templo del Inca que se atribuye á Huayna Capac, soberano del pais en la época de la conquista, tiene trazas de haber sido un edificio de forma cuadrada con treinta metros de lonjitud en cada faz. Aun se distinguen hoy en dia cuatro grandes puertas esteriores y ocho habitaciones de las cuales tres se reconocen aun muy bien. La simetria de las puertas, la regularidad de los nichos, el corte de las piedras, todo recuerda la arquitectura ejipcia en sus creaciones menos perfectas. Situado este edificio entre dos cimas nevosas del Catopari y del Ilinisa, debia tener allá en sus tiempos de esplendor, una prespectiva grandiosa y severa.

Mas allá del Tambo del Inca y en el camino de Tacunga, estaba cubierta la campiña de agabos, árbol precioso para los naturales del pais que sacan de él inmensos productos. El tronco de estos vejetales (alto á veces de treinta pies), reemplaza en las habitaciones la madera de construccion que es allí muy rara; su flor se confita, el fruto da un buen vinagre y las hojas machacadas entre dos piedras una especie de jugo alcalino que reemplaza al jabon en el blanqueo de la ropa. Tambien suele hacerse un aguardiente muy fuerte con este jugo destilado.

Toda esta rejion de la Colombia sufrió tanto como las provincias centrales por los violentos terremotos de 1797 y de 1812 cuyos estragos se ven aun en aquel suelo, y debiamos verlos tambien en Ambato, y Savoneta y otros lugarcillos. Vense en todos estos parajes murallas y paredes derruidas que nadie ha querido ni se ha atrevido á levantar despues.

Ambato, á donde llegamos el dia siguiente, es una ciudad pequeña situada casi al pie del jigante de todas aquellas cordilleras, el Chimborazo. Cuando entramos en el pueblo era la hora del mercado, donde no puede formarse idea de la cantidad de provisiones que afluian de todas partes del campo. La plaza estaba llena de indios vestidos del modo mas variado y pintoresco. Los hombres cubiertos del poncho, tenian los cabellos mas ó menos largos y las mujeres llevaban una camisa plegada ó una simple pieza de estofa atada con un cordon á la cintura. Celébrase el mercado en domingo, de modo que al acabar el trafico, pueda enseñarse el catecismo á los naturales ó reunirlos para el oficio divino. El valle de Ambato encajonado y risueño, tiene verjeles deliciosos y jardines rodeados de setos que se pueblan de graciosos colibris de un verde muy brillante, pájaros tan lindos, coloreados y diminutos, que se les tomara por mariposas.



2. Socabon ou Pont naturel à Guaranda:

2. Arcada ó Puente natural en Guaranda.



3. Maison de Savoneta:

3 Edificio en Savoneta



1. Vue du Chimborazo, prise du Tambo.

1. Vista de Chimborazo tomada desde Tambo

Despues de haber costeado el rio de Ambato, nos internamos en las montañas. Desde el Tambo, único alto y hacienda de aquel camino pudimos medir con la vista el Chimborazo, enorme masa granítica cuya cabeza blanca tiene un aspecto triste y severo. Figúrese una montaña de siete mil metros de latitud en su cumbre cortándose en una bóveda de un azul-indigo y nadando en una admósfera transparente, mientras que las tintas vaporosas parecen que tapan los planos inferiores del paisaje (Pl. XIII. — 1). De cualquier lado que volviesemos al rededor nuestro, no hallabamos mas que una naturaleza sombria y monótona. Solo algunas gramineas crecian acá y acullá junto al Tambo : esta vejetacion de las altas cumbres se divide en muchas zonas, perdiéndose las plantas leñosas á unos tres mil quinientos metros, y viniendo despues las plantas alpinas, las valerianas, las saxifragas, las lobelias y las pequeñas cruciferas con las gramineas cubiertas por intérvalos de nieve á medio derritir, y una alfombra amarillenta. Mas allá estan las criptogamas que tapizan las rocas fosfóricas, despues de las cuales se presentan los perpétuos hielos, termino de la vida orgánica.

Desde el punto en que estabamos, el Chimborazo no era relativamente mas elevado para nosotros que lo es el Mont-Blanc sobre el valle de Chamouny; pero el Tambo donde acampamos ascendia á unas mil quinientas toesas sobre el nivel del mar. Solo el que haya visto estos parajes, puede hacerse cargo del magnífico sistema de montañas que se ofrecio á nuestra vista desde que salimos de Quito, y que fuimos viendo hasta el páramo del Assuay. En una estension de treinta y siete leguas tuvimos al O. el Casitogua, el Pichincha, el Atacazo, el Corazon, el Ilinisa, el Carguairazo, el Chimborazo y el Camambay : al E. el Guamini, el Antisana, el Pasuchoa, el Ruminavi, el Cotopari, el Quelendana, el Tunguragua, el Capaurcu, montañas que á escepcion de dos ó tres son todas mas elevadas que el Mont-Blanc, y que lejos de taparse las unas á las otras se dibujan casi todas muy bien en el azul del cielo.

Absortos nos tenía este espectáculo de una naturaleza jigantesca, cuando un nuevo incidente vino á llamar nuestra atencion. Atravesaba la llanura un ganado de llamas de las cuales yo habia visto ya algunas esparcidas acá y acullá pero aisladas. Su aire listo y desenvuelto y su fisionomia intelijente me interesaron desde luego pero no pude estudiar la historia natural de tan útiles cuadrupedos hasta que estuve en el Perú su verdadera patria.

El dia siguiente despues de haber recorrido el Chimborazo durante algunas horas, salvamos el punto culminante del camino y bajamos á Guaranda ciudad populosa rodeada de campos cultivados. El territorio que nos condujo á ella está lleno de hayas y de pitas que sirven de limite á los campos y los defienden contra los animales dañinos. Producen estos valles una rica cosecha de patatas muy estimadas, de las cuales se transportan á Guayaquil cantidades considerables. Las casas de Guaranda están como en el Delfinado construidas con tierra embutida entre dos tablas. Solo un pequeño número está cubierto de tejas y las demas de bálago.

A una media legua de Guaranda nos hallamos casi sin pensar en uno de aquellos puentes naturales conocidos en el pais con el nombre de *socabon*, de los cuales los puentes de Pandi ó de Icononzo, arcos naturales que dominan un torrente de quinientas toesas de altura, habian podido darnos una idea : el socabon de Guaranda sin tener tanta importancia, no producia menos efecto á la vista. Cuando mas nos creiamos estar andando en una calzada, nos hallamos de repente con una barranca á cada lado del camino. El torrente habia socabado la montaña, abriéndose un camino en el peñasco. Nada anunciaba un puente, y sin embargo corria un rio á nuestros pies (Pl. XIII. — 2).

Desde el pié del Chimborazo hasta Guayaquil toma el paisaje diferentes aspectos. A las asperas bellezas de Guaranda suceden los llanos desnudos de San Miguel, luego empieza la pequeña cordillera de Angas rematando en una larga serie de espesos bosques que median desde la Playa á Guayaquil pasando por Savoneta. Nuestra caravana pasó rapidamente estas diversas distancias, y dejamos nuestras mulas en Savoneta para tomar una piragua que iba á bajar el rio de Guayaquil. Savoneta es el confin de aquellos bosques litorales donde se forman vastos pantanos durante la estacion lluviosa. Asi es que las casas estan un tanto elevadas sobre el suelo con galeria esterior (Pl. XIII. — 3) : hechas de cañas no sostienen mas muebles que algunas mesas, sillas y las hamacas de rigor. Estas se ponen en el esterior de la casa suspendidas del soportal formado por la galeria.

Nuestra navegacion hasta Guayaquil fué pronta y feliz. Despues de dos altos succesivos en Bodegas y en San Borondon llegamos á Guayaquil el 12 de octubre. En tiempo de la inundacion se sumerje todo el pais. Nuestro paso se hallaba cubierto de bosques verdes y floridos donde volaban bandadas de hermosas garzotas. Muchas habitaciones veiamos esparcidas acá y acullá en las márjenes del Guayaquil, en tanto que se cruzaban una infinidad de balsas cargadas de mercancias en todo el curso del rio.

El valle de Guayaquil ceñido de montañas cubiertas de bosques, presenta una serie de sitios

deliciosos. Al norte tiene un semicírculo de colinas con su tanjente hácia la cima llamada la *Polvorosa*, mientras que ambos arcos van á ocultarse y á morir en el arenal: en todo el valle tiene el rio una anchura doble que la del Tamesis cerca de Londres. De la cima de la Polvorosa donde habia en otro tiempo un arsenal que está abandonado hoy en dia, se estiende la vista sobre la ciudad y la campiña que la rodea. Es el observatorio mejor situado para abrazar todo el conjunto del pais, pero para cojer el aspecto jeneral de la ciudad es menester colocarse en el interior al lado del arsenal, donde toda esa fisionomia marítima y mercantil se presenta bajo su verdadero color (Pl. XIV. — 1). Si se buscan despues detalles curiosos y orijinales, se recorreran uno por uno barrios, calles y edificios, el puerto con sus naves ancladas, sus balsas de cañas, los jornaleros que llenan el muelle, las mercancias tan móviles como los hombres (Pl. XIV. — 2), las iglesias con su arquitectura pobre y caprichosa y sus magníficos adornos interiores, los palacios de las autoridades y las habitaciones particulares.

Las calles de Guayaquil son anchas pero mal empedradas y cubiertas de yerba en muchos puntos. Las casas son de madera, y en los barrios principales tienen balcones sostenidos por arcos que forman unos pórticos á cada lado de la calle bajo los cuales se pasean los transeuntes. Son aquellos balcones verdaderas galerias esteriores por correr en todo el rededor de las casas. Todos tienen sus cortinas que ajita la brisa del mar, de manera que son para las habitaciones un medio de ventilacion y un resguardo contra los rayos del sol. El esterior de aquellas casas es de una apariencia bastante mezquina. Las lluvias borran las pinturas esteriores, dejando manchadas todas las paredes. El barrio mas pobre es el de la Polvorosa; las casas son de cañas cortadas por el medio sin yeso ni argamasa que las cubra, con techos de hojas de banano silvestre, circunstancia que las asemeja mas á jaulas de pájaros que á habitaciones humanas. Los tabiques de todas las construcciones de Guayaquil son de tierra sostenida por cañas, modo de edificar que fué á la ciudad sumamente ventajoso, cuando el almirante Guisa, fué á bombardearla, pues sus balas cuyos vestijios se ven en todas partes, abrian un simple agujero en las tapias, en vez de destruirlas en su mayor parte si hubiesen sido de piedras. La ciudad está cortada en dos partes distintas por un magnífico bosque de cocoteros.

En Guayaquil como en todas las poblaciones de Colombia, se ven las costumbres españolas con aquellas modificaciones queimponen el clima, el habito y las ecsijencias locales. En Guayaquil son españoles de distinto modo que en Quito y Bogotá. La muelle flojedad que dan los ardores equinocciales y aquella dejadez que en vano se busca en las mesetas de las cordilleras, vuelven á aparecer en la ciudad litoral que abrasa el sol. Allí se mecen todo el dia en movibles lechos; las mujeres reciben sus visitas en hamacas y en vez de sillas ofrecen hamacas á los visitadores. La estacion de las lluvias cálida y malsana, deja apenas al cuerpo la facultad de la locomocion, y cuando sobrevieee el tiempo de la sequedad, una admósfera pesada y sufocante obstruye toda actividad al pensamiento y toda enerjia á los miembros. Dícese con todo que el termómetro no sube mas allá de veinte y siete grados.

Como pueblo maritimo, comercial y poblado de 22.000 almas, tiene Guayaquil astilleros afamados de donde salen una infinidad de naves que cruzan los mares americanos. Se la cita como el arsenal marítimo de la Colombia; tiene una escuela de navegacion y un colejio bastante concurrido, y las embarcaciones europeas abundan en la rada. En la misma entrada del puerto se eleva un peñasco que por su forma particular se llama *Amortajado*, pues mirado desde lejos parece un cuerpo tendido con los brazos en el pecho. En el golfo de Guayaquil y casi á la misma embocadura del rio está la isla de Puna, animada por mil castas de bellos pájaros y cubierta por varios bosquecillos, isla que forma con la costa una especie de ensenada donde están parados los barcos antes de remontar el rio.

Habia comprendido á Guayaquil en mi itinerario, á fin de embarcarme para un puerto peruviano; pero la suerte me burló, y refleesionando de nuevo, preferí empezar mis esploraciones brasileñas antes de visitar el antiguo pais de los Incas. Ya habia tenido ocasion de apercibir desde Quito muchas huellas de esta antigua historia local y muchas tradiciones que ascendian á los primeros dias de la conquista; pero Guayaquil debia darme una idea mas cabal. Era Guayaquil la antigua Tumbez, la Tumpis de Garcilaso de la Vega, residencia del cacique Huyana-Capac, cuando Pizarro llegó á aquellas tierras por primera vez en 1526.

De este modo mi mismo itinerario me obligaba á volver atras necesariamente. Para ir á la orilla del Marañon donde debia embarcarme para entrar en el Brasil, me veía forzado á volver á Quito, y en este segundo viaje pude ver el volcán de Cotopatri. Por senderos impracticables llegó nuestra caravana al pié de la cresta ignívome, haciendo alto en la pequeña aldea que lleva su nombre.

El Cotopatri es acaso el mas elevado de los volcanes de los Andes que hayan tenido irup-

ciones recientes. Su altura es de dos mil novecientas cincuenta y dos toesas, pasa de ochocientos metros la que tendria el Vesubio colocándole en la cima del pico de Tenerife. Con tal elevacion, el Cotopatri no es ni mas ni menos temible. Ningun cráter arroja tanta lava con esfuerzos tan convulsivos. La masa de lava que le rodea, formaria una montaña considerable. En 1738, se elevaron sus llamas á una altura de novecientos metros sobre el cráter; en 1744 se oyeron en Honda, es decir á doscientas leguas de distancia, los mujidos subterraneos de la montaña. El 4 de abril de 1768 la boca volcánica vomitó tal furia de cenizas, que el sol se interceptó en Ambato y en Tacunga, y los habitantes no podian andar sin faroles. En enero de 1803 la esplosion fué precedida de un estraño fenomeno. Las capas de nieves perpetuas que cubren la cima del monte, se fundieron casi repentinamente, dejando desnudas las paredes esteriores del cono, tan negras como las escorias vitrificadas. En el momento en que se verificó el fenomeno hacia veinte años que no se habia dejado ver, ningun humo, ni ningun vapor en la boca del cráter. Situado al S. S. E. de Quito, es el Cotopatri entre las cimas colosales de los Andes, una de las mas regulares y hermosas. Es un cono perfecto revestido de capas perpetuas de nieves que se deslizan sobre el azul obscuro del cielo. Este manto helado cubre tanbien las desigualdades del suelo, que ninguna masa pedregosa ningun ángulo saliente turban la perfecta armonia de este cono. Parece un pan de azucar de una blancura deslumbrante. Cerca de los bordes del cráter, se ven bancos de rocas que no se cubren nunca de nieves y aparecen á lo lejos como líneas de un negro obscuro. Ecsalaciones de un aire ardiente ó el declive resbaladizo de aquella parte del cono, esplican esta estrañeza. El crater parece envuelto en una murallita de basalto, que se percibe con facilidad cuando se llega at pie de la montaña. Súbese á esta con facilidad hasta el pie del cono volcánico, marchando sobre un terreno de piedras pomez donde vejetan algunos grupos de spartium supranubium. Mas allá y sobre el límite de las nieperpetuas es preciso detenerse, pero desde el punto accesible es fácil de cojer todos los accidentes del cono, los peñascos salientes, las cavidades y sobre todo las profundas hendiduras que en los días de erupcion llevan las escorias y la piedra pomez al rio negro.

Una de las rarezas mas característisticas de este cono regular, es una masa de rocas, medio enterrada en la nieve, masa llena de aspereza qun llaman los naturales la *Cabeza del Inca*. Una tradicion popular dice que esta roca aislada formaba en otro tiempo parte de la cima del Cotopatri, y qué el monte ignivome rechazó á la primera erupcion estos peñascos que formaban como el casquete del pico. Añádese que habiendo tenido lugar este acontecimiento cuando la invasion del Inca Tupac-Jupanqui, fué este fenomeno el presajio de la muerte del conquistador. Otros pretenden que la esplosion no se efectuó sino mas tarde, y en el momento en que el Inca Atahualpa fué ahorcado por los Españoles en Caxamarca. Llevando la cosa mas adelante, intentan establecer una conecsion entre este hecho y el de una montaña que arrojó cenizas contra los españoles en los primeros tiempos de la conquista cuando Pedro Alvarado se fué de Puerto Viejo á la meseta de Quito.

Despues de algunas horas pasadas en Cotopatri, volvimos á tomar el camino de Tacunga y hallámos mas allá de Ambalo la embocadura de dos caminos, uno de los cuales conduce á Guayaquil por el reverso oriental, y el otro á Cuenca y sobre el reverso occidental de las cordilleras. Habiendo tomado este último camino, llegamos á la moderna Rio Bamba, construida sobre la antigua que fué enteramente derribapor el temblor de tierra del 4 de febrero de 1797. La ciudad actual está situada en el llano de Tapi, abierta, árida y arenosa, casi sin agua, cubierta por intérvalos de pequeños monticulos cónicos con la base muy ancha. Rodeado Rio Bamba de bocas ignívomes se reconstruye lentamente: diriase que sus habitantes aun asustados de la catástrofe reciente, no amontonan las piedras mas que con el temor de verlas derribadas otra vez. El aspecto de la ciudad sepultada, justifica tales temores, pues es un espectáculo horroso, desolador é imposible de describir. La ciudad ha sido como arrancada de sus cimientos; ni una sola casa queda intacta. En el espacio de un cuarto de hora no se ven mas que paredes arruinadas, columnas caidas y trabajos de albañileria. Paredones enormes han sido arrancados y echados por tierra á grandes distancias. Bóvedas enteras están acá y acullá en aquel campo de duelo donde han perecido poblaciones numerosas. Los únicos objetos que han quedado en pie son dos arcos de una iglesia, los cuales han podido sostenerse gracias á otras ruinas que han ido á agruparse al rededor de ellos como apoyos y contrafuertes: estos arcos se sostienen, pero enterrados. Durante la catástrofe una parte de la montaña vecina arrancada de su base se precipitó sobre la desgraciada ciudad, completando asi esta escena de horror y de calamidad. Hoy dia que ya han pasado treinta y ocho años, puede aun formarse el viajero una idea de aquel desastre; la imajinacion puede hacer revivir aquella noche de angustias y duelos, aquella poblacion dichosa y

opulenta, sorprendida un dia por un sacudimiento, con aquellos gritos de hombres y mujeres, aquella larga agonia de los que se enterraban vivos, los dolores, las quejas, los jemidos de cuatro ó cinco mil individuos que morian todos en el mismo dia y en la misma hora. Estas reflecsiones oprimen tanto mas el corazon en cuanto la yerba crece en aquellos lugares y los rebaños van á pacer tranquilamente en los escombros de un pueblo.

De Rio Bamba nos dirijimos á Guamote; de donde pudimos ver el punto de partida de las dos ramas de Cordilleras, dirijiéndose la una al O. y la otra al E. Guamote es un lindo pueblecito situado en la meseta de una colina y en una isla que bañan dos rios: no contiene hoy dia mas que un pequeño número de casas hechas con cañas y una iglésia; pero al principio de este siglo poseia una poblacion aguerrida y numerosa. En 1793, con motivo de algunas medidas fiscales innecesarias y mal aplicadas, llamaron los indios de Guamote á las armas á todas las poblaciones de las cercanias. La rebelion fué terrible; pero duró poco, porque ahogada en su cuna, acarreó la ruina de Guamote, que fué destruida hasta sus cimientos. Hoy dia no ha podido aun reponerse de tan terribles represalias, de manera que en aquellas desgraciadas rejiones lo que no destruye la naturaleza, lo destruye el hombre; y lo que las convulsiones terrestres han perdonado lo derriban las convulsiones políticas.

En Alausi, pueblo de 5.500 habitantes, empiezan los bosques espesos que terminan en el Océano. Mas allá en Puma-Chaca, despues de aquella vasta meseta que se prolonga sobre las cordilleras de los 0° á los 5° de latitud austral, aparece una masa de montañas que semejante á un enorme dique, reune la cresta oriental de los Andes de Quito. Este grupo cuya base es de schisto micáceo está revestida de capas fosfóricas y se llama Paramo do Assuay. En los meses de junio y julio es este paso el asombro de los viajeros. Sorprendidos frecuentemente por las nieves, han quedado muchas veces sepultadas en ellas caravanas de hombres y animales. Pasando á una altura igual á la cima del Mont-Blanc, está espuesto este camino á tormentas mas tremendas que las que reinan en los Alpes y en los Pirineos. Para subir al Paramo de Assuay se atraviesa Puma-Llaca pueblo situado casi á la misma altura de Quito, y despues se sube hasta Salanag, pequeña meseta donde se hace un alto. De aquí se sube al de Piches y al de Litau, donde empieza el páramo, el punto mas alto y terrible á la par que peligroso de todo el camino. Muchas veces el frió solo basta sino entorpece los miembros é impide poder avanzar. ¿Que remedio queda? Es muy raro el salir del Paramo en la mala estacion sin tener un miembro helado. En el punto culminante de la meseta se encuentran dos estanques, el uno de ciento ochenta pies de largo cuya agua está á los 9° bajo cero del termómetro de Reaumur; el otro de mil cuatrocientos pies de largo sobre ochocientos de ancho. Cerca de estos lagos que no parecen habitados por pez alguno, se ven praderias bastante frondosas de gramíneas alpestres. Estos lagos sirven de límite al llano de Puyal, estéril, pantanoso, que por las huellas de las mulas solo ofrece un terreno gredoso é inconsistente.

A esta altura y en medio de semejante naturaleza se ven sin embargo restos imponentes de la magnificencia de los Incas. En el lado opuesto de aquellas cordilleras se dilata una calzada orillada de piedras labradas, verdadera via romana asi por sus proporciones como por su solidez. En un espacio de seis ú ocho millas de lonjitud, aquel camino conserva la misma direccion En sentir de muchos viajeros puede verse su continuacion cerca de Caxamarca, á ciento veinte leguas S. de Assuay, y aun hay muchos que han colejido de ello que se estableció un sendero por las cuestas de los Andes entre Cuzco y Quito. A alguna distancia de aquel camino y á unas dos mil toesas de altura, ecsisten entre yelos y nieve escombros de un palacio que se cree haber sido el del Inca Tapac-Yupangui, convertido actualmente en unos paredones que llevan este mismo nombre. Dificilmente se esplica la eleccion de aquel local para una quinta de recreo, á menos que la vista de los yelos y de la nieve durante ocho meses del año fuese un placer para el soberano que lo habitase.

Al bajar al páramo de Assuay por el lado del S. se descubre un monumento peruviano mucho mas importante, á saber el *Ingapilca* ó fortaleza del Cañar. Es una colina terminada por una plataforma, donde se alza á quinientos ó seiscientos metros de altura un muro construido con enormes piedras labradas que forman un óvalo regular cuyo eje mayor tiene treinta y ocho metros de lonjitud, el interior de aquel óvalo no es otrá cosa que un terraplen guarnecido de una vejetacion deliciosa. En medio del recinto se encuentra un edificio de siete metros de altura que no contiene mas que dos aposentos. Estas dos piezas lo mismo que todos los monumentos del Perú, no tenian ventanas en su orijen, pero al presente tiene dos. Sus techos inclinados, sea que pertenezcan á un recuerdo reciente, sea qué hayan sido construidos por los arquitectos primitivos, los hacen harto semejantes á casas europeas. Este edificio, que parece haber sido una especie de *casa mi-*

litar, es un pequeño fortin situado en el camino á modo de mercado, y en el que se encerraban los Incas por las noches cuando pasaban de Cuzco á Quito con una pequeña escolta, no contiene ninguna de aqvellas piedras enormes que se echan de ver en los monumentos del Perú. Acosta midió en en Tiaguanaco piedras de diez y ocho pies de lonjitud. Otro viajero midió tambien en el propio sitio otras que tenian de veinte y ocho á treinta pies de largo. Las mas largas que hay en el Cañar tienen solamente ocho pies, y no tanto las distingue la masa como la armonia de su figura, pues apenas puede observarse cimento en las junturas. Sin embargo hay algunas fábricas secundarias en el Cañar que ofrecian una especie de cimento de asfalto ó de betun. Las piedras del monumento del Cañar son de un pórfido hermoso de una gran duréza, qu se empotran con feldespato vitreo y anfibolia. Estas piedras lo mismo que las del palacio de la montaña, parecen estraidas de grandes canteras situadas á tres leguas de distancia cerca del lago de la culebrita. Están cortadas en paralelopípedos, cuyo lado esterior tiene una leve convecsidad y declive hácia los bordes, de suerte que las junturas forman pequeñas estrias que sirven de ornatos como las separaciones de piedras en las obras agrestes. Los Peruvianos han manifestado por do quier una estrema habilidad en el corte de piedras. En el Cañar para suplir á los gozues de las puertas, han ahuecado medias cañas curvas en el pórfido. Bouguer y la Condamine han visto en los templos de los Incas jetas de animales de pórfido, con anillos móviles de la misma piedra que les atraviesan las ventanas de la nariz. Esta arquitectura peruviana, lo mismo que todas las que hay en el globo, parece haberse apropiado enteramente al jenio y á los usos de aquel pueblo: es una arquitectura de montañeses, un órden, un estilo tal como se necesitaba en una tierra trabajada por los volcanes. Pilastras, columnas, arcos cimbrados, nada de esto debe ir á buscarse. Es el producto del arte tal como ha nacido en un pais de bosques donde el hombre ha imitado los foallajes y los pórticos de los árboles. Allí en medio de inmensas moles, la arquitectura los ha combinado con gravedad, sencillez y simetria. El caracter jeneral de aquellos edificios es serio; sus lineas, puras y el conjunto sólido y permanente.

Cerca del páramo de Assuay se ven otras ruinas. Al pie del collado que corona la fortaleza del Cañar hay unos pequeños senderos abiertos en la peña que conducen á una hendidura llamada en lengua quichua *Inti-Guaicu* (el barranco del sol). En aquel solitario punto y bajo un pórtico de copados árboles se levanta á cuatro ó cinco metros de elevacion una masa aislada de greda. En uno de los lados de aquella roca blanca hay trazada una serie de círculos concentricos, de un pardo obscuro, que representan la imájen del sol con rasgos medio borrados que parecen indicar dos ojos y una boca. Si se ha de dar crédito á los indijenas; es un monumento de creacion divina que nada absolutamente debe á la mano del hombre. Cuando el Inca Tupac-Yupangui marchaba á la conquista de Quito, los sacerdotes peruvianos descubrieron la escultura simbólica trazada en los flancos de la montaña y la consagraron á la veneracion del pueblo. De ahí nace sin duda aquella serie de monumentos en un tan corto trecho y en una zona tan ingrata.

Mas arriba y en un collado que domina á la Casa del Inca hay un pequeño monumento que parece haber formado parte de los jardines del palacio. Llámanlo *Ynya-Chungana* ó Juego de Inca; consiste en una simple masa de piedras que vista de lejos presenta la forma de un canapé, con un respaldo adornado de una especie de arabesco en forma de cadena. Al penetrar en el recinto ovalado, vese que el canapé no ofrece mas que un asiento, pero que la persona sentada abarcaba desde allí y de una sola mirada toda la perspectiva del valle de Gulan, en cuyo fondo corre un riachuelo, medio encubierto por grupos de *melastomos*, que se despeña por cáscadas estruendosas y espumantes. Fuerza es añadir sin embargo que en aquel punto donde el viajero no ve mas que una especie de atalaya perpendicular sobre un barranco encantador, los arqueólogos del pais ven una especie de juego peruano que consistia en hacer rodar bolas al rededor de una cadena ahuecada en el asperon. El punto mas bajo de la pared esterior corresponde á una abertura de la peña, gruta profunda donde la tradicion pretende que el Inca Atahualpa escondió antiguamente grandes tesoros.

Tales son los restos de arquitectura antigua que conserva el páramo de Assuay. Asi que se ha dejado aquella dilatada cresta para bajar al valle de Cuenca, la atmósfera se suaviza, mejóranse los cultivos y el paisaje toma un aspecto mas agradable y mas risueño. Pasado el alto de la Virjen se descubre á Delek, aldeilla poblada de indios, y se llega á la meseta de Cuenca situada á cerca de mil doscientas toesas de elevacion sobre el nivel del mar. En Cuenca la temperatura es casi siempre igual, pues apenas varía, de dia, de 12° á 15° y de noche baja á veces hasta 6°. Las lluvias duran en Cuenca menos tiempo que en Quito; y aunque son muy frecuentes durante los solsticios, son muy raras en los equinoccios; pues entonces el tiempo se clarifica y el sol fulgura

rayos nítidos y brillantes en medio de un cielo siempre azul.

Edificada en un llano arido y arenoso, Cuenca contiene calles tiradas á cordel, enlosadas en su mayor parte y regadas casi todas por arroyos de agua corriente. Las casas están construidas con ladrillos, son bajas y de un pobre estilo. Entre las iglesias solo hay una de alguna importancia, que es la del antiguo convento de jesuitas. La poblacion asciende á unos 20.000 habitantes y se compone en gran parte de plebeyos y comerciantes. Hay cuatro ó cinco mil indios que ejercen los oficios mas bajos. Los objetos de fabricacion local consisten en cotonadas, en sombrerería, dulces y quesos cuyo gusto es bastante parecido al del queso de Parmesan. Cuenca recibe de Pivra algodon y jabon; de Guayaquil arroz, sal, pescado, vino, aceite y loza de Europa; de Quito algunas telas indíjenas de las magníficas selvas de Soxa que forman el límite de la república actual y las mejores cualidades de quina que se conocen en el globo. En cambio esporta á todos esos paises los productos de su industria y de su territorio. El valle de Paute, donde se han descubierto minas de mercurio, depende de la ciudad de Cuenca. San Cristobal en el Supay, Urcu y Qualaceo dependen tambien de la jurisdiccion de Paute. En estos distritos, donde hay varias montañas, se cosecha cochinilla y oro; y á poca distancia en Guagual-Suma hay un collado en la que, segun se asegura, inmolan los indios de cuando en cuando algunos niños á los manes de sus incas.

En Cuenca me despedí del compañero de viaje hasta entonces tan fiel á mis gustos viajeros. Natural de la provincia de Antioquia, Pablo se saliera de su itinerario para seguir el mio y escoltarme en toda mi esploracion colombiana con muchísimo gusto. Así es que no sin sentimiento me separé de él. El mismo dia en que volvió á tomar el camino de Quito, emprendí la marcha en opuesta direccion, resuelto á seguir el itinerario de la Condamine por Tarqui, Jaen y el Marañon. Llegado el 30 de octubre á Tarqui, entré el dia siguiente en el delicioso valle de Yunguillas especie de invernadero cálido circuido de montañas y guarnecido de árboles frutales. Los naranjos, los limones, las bananas, las granadillas, y sobre todo los chirimoyas abundan en aquella Tempé. Al salir del valle, se pasa á vado el rio de *los Jubones* muy decantado en el pais por sus accidentes. Cerca del vado hay establecido un negro libre, cuyo único oficio consiste en pasar á los viajeros en un gran caballo.

Dos dias despues llegué á Zaruma, el primer pais de las minas que viera desde mi llegada; empero á juzgar por el miserable aspecto del lugar, no siempre enriquece el oro á los que van á desenterrarlo del seno de la tierra. Aunque asaz abundantes, las minas de Zaruma están casi abandonadas; porque como el oro que suministraban no era de calidad muy superior, hase renunciado poco á poco á estracciones costosas y difíciles para esplotar las riquezas mas fecundas y mas reales del terreno. Desde Zaruma á Loxa, se compone el camino casi enteramente de puentes de bejuco ó de vados. A cada momento se encuentran arroyos y torrentes que descienden del vertiente oriental de aquellas cordilleras. Loxa, donde pernocté á 15 de noviembre es una ciudad de caida, y de todos su antiguo comercio no le ha quedado mas que bosques de quina.

De Loxa á Jaen continuan las cadenas secundarias de la Cordillera oriental. El camino está interrumpido por estrechas gargantas que cortan de vez en cuando mesetas pantanosas. Aquel camino era en donde debian encontrarse ciudades de nombres tan sonoros como los que se ven en los mapas antiguos: Loyola, Valladolid y Cumbimana, fundados en los primeros años de la conquista. Desgraciadamente aquellas nobles ciudades solo ecsisten actualmente en las tradiciones de los corógrafos. Hay algunas que ni siquiera tienen una casa poblada de indios para señalar el sitio do estuvieron. Flotando en almadias y marchando montado en mulas alternativamente, llegué á Jaen de Bracamora, de donde pasé al embocadero de Chuchunga. Pero antes de confiarse al curso del Marañon y dar principio á un órden de impresiones nuevas, es útil tender una mirada retrospectiva y resumir las ideas sobre aquella comarca colombiana recorrida con tanta rapidez.

CAPÍTULO XIX.

JEOGRAFÍA É HISTORIA DE LA COLOMBIA.

Aunque la república fundada por el jenio de Bolivar y el sable de Paëz, parece haber sido separada en tres distintas por recientes escisiones, puédese continuar al presente manteniendo áquellos Estados en la situacion indivisa y en la comunidad de intereses que los hizo tan fuertes para la conquista de su independencia. Que la Colombia tenga tres capitales, Quito, Caracas y Bogota, que reconozca tres caudillos y tres leyes políticas, es una cosa momentaneamente, un incidente de los que acostumbran sobrevenir en la carrera de los reinos y de las repúblicas; mas cuando la afinidad de costumbres y de lenguas la situacion jeográfica, los antecedentes historicos y la conformidad de culto enlazan unos pueblos con otros, pocas escisiones ocurren que sean duraderas,

y es imposible que no se selle un nuevo pacto de union. La Colombia seguirá el curso de esta tendencia federalista; la razon eterna unirá de nuevo tarde ó temprano lo que las pasiones interinas han dividido. Este resultado me parece inevitable; y así es que en esta reseña de los Estados colombianos solo los hemos considerado en su organizacion unitaria y compacta.

La república de la Colombia está comprendida entre los 12° 30' lat. N. y los 6° 3' lat. S. y entre los 61° 5' y los 84° 43' lonj. al O. de Paris; tiene 470 leguas de N. á S. sobre una anchura muy variable, y su superficie es de 143.673 leguas cuadradas. Confina por la parte del N. con el mar de las Antillas; por la del E. con el Océano Atlántico, con la Guyana inglesa y con el Brasil; por la del S. con el Brasil y el Perú, y por la del O. y del N. con el Grande Océano y la república de Guatemala. Este vasto estado se compone de los paises que bajo el dominio español formaban el virreynato de Granada y la capitania jeneral de Caracas; el primero subdividido en provincias de la cordillera de Guayaquil hasta Mérida, inclusos Casanare y San Juan de los llanos; el segundo comprendiendo los distritos de Cumaná, Barcelona, Caracas, Varinas y la Guyana.

Ningun territorio ofrece mas que este la ocasion de estudios serios é interesantes. Por una parte se levantan cordilleras y mesas inmensas, y por otra se estienden sábanas tersas como un mar hasta la misma base de aquellas cordilleras. A su entrada en la Colombia, la de los Andes se divide en tres ramificaciones, entre las cuales hay una que es la occidental, que presenta algunas cimas nevadas que terminan á 7° 55' S. y no vuelven á manifestarse hasta el Chimborazo, al paso que las ramificaciones reunidas al centro del E. parten de las montañas arboladas de Loxa para formar mas allá de Cuenca el nudo del Assuay. Alli empieza otra division de los Andes, célebre por los trabajos de los astrónomos españoles y franceses que pasaron desde 1735 á 1741 midiendo un grado de un meridiano terrestre. Esta operacion se ejecutó por medio de alturas comparadas que tomaron en una y otra de las cordilleras que separa una llanura de seis á ocho leguas de ancho y 75 de largo. Alineados á una distancia tan mínima se presentan en la estension de aquella meseta, al O. el Cimborazo (2350 toesas) el Cotocachê (2570), el Itinissa, el Pichincha (2.191 toesas), el Corazon y el Carguairazo; al E. el Antisana (2.992 toesas) el Cotopaxi (3.070 toesas) el Tunguragua, el Cayambé, el Sanguay. Muchos de aquellos picos son volcánicos. La altura media de la meseta que corre al pie de aquellos colosos es de mil seiscientas á mil ochocientas toesas. De su mismo seno y entre el Ilinissa y el Cotopatri parte el nudo de Chifinche, dique estrecho, simple subdivision del valle y cresta que divide las aguas del Oceano Atlántico de las del grande Océano.

A mayor distancia, poco despues de haber pasado por Ibarra y en medio de las nevosas cumbres de Imbabura y Cotoeacha, las dos cordilleras se juntan en un solo grupo donde ecsisten los volcanes de Cambal, Chiles y Pasto. Allí y á mil seiscientas toesas de elevacion sobre el nivel del mar está la meseta de Pasto, el Tibet de la América Equinoccial. Al llegar á sus límites por la parte del N. se pronuncian de nuevo las dos divisiones de los Andes y forman mas lejos tres cordilleras que M. de Humboldt denomina cordillera oriental, que es la que corre al E. del rio Magdalena; cordillera central, que separa los dos valles del Magdalena y del Cáuca y cordillera occidental que se desarrolla al O. del Cauca. Esta última que llaman cordillera del Choco, la menos conocida de las tres, es poco elevada si se compara á las otras dos, aunque de un acceso dificil, y cortada por caminos escabrosísimos. El punto culminante de aquel sistema parece ser el pico de la Torre: en uno de aquellos límites se encuentra el istmo de Rapsadura, tan celebrado desde que un fraile creyó encontrar en él la division de la América en dos continentes.

La cordillera central que recorre la provincia de Antioquia cuenta muchas cumbres todavia inesploradas: á los 6 ó 7° de lat. se divide en dos masas, la una al E. entre el Magdalena y el Cauca, la otra al O. entre el Cauca y el Atrato, con el monte Santa Rosa por punto culminante de la primera y la sierra de Allibé de la segunda. A mayor distancia esta cordillera se sustrae á los cálculos jeolójicos. Una multitud de ramificaciones desordenadas corren confusamente hácia el N. hasta juntarse por medio de unas mesetas arboladas y pantanosas con las montañas del istmo de Panamá. Al E. de Popayan hay otro nudo de la cordillera central, que forma el eslabon de Guanacas y de Quindiu, por las mesetas de Malbasa, y los páramos de Guanacas, de Huila, de Iraca, de Tolima y de Ruiz, presentando en toda aquella estension algunos picos volcánicos como los de Sotara y de Paraçé y cerrando por la parte del N. la provincia de Popayan por medio de su union con el ramal del Choco. Esta porcion de la cordillera central encierra el punto mas encumbrado de los Andes Boreales, el pico de Tolima, situado á una altura de dos mil ochocientas sesenta y cinco toesas.

La cordillera oriental desnuda de crestas nevadas, al paso que las otras dos paralelas suyas ostentan sus blancas cimas, se eleva y en-

grandece á medida que estas últimas se allanan. Mas allá del quinto paralelo N., descuella sobre sus dos rivales separa los afluyentes del Meta de los del Magdalena, y se prolonga por los páramos del Chingasa, Guachenegue, Zoraida, Almorzadero (dos mil diez toesas), Laura, Cacota (mil setecientas toesas), Zambador y Porqueros hasta llegar á la sierra de Mérida. Hay otras ramificaciones intermedias, que se desprenden de la una ó de la otra cordillera, que forman entre las dos una serie de crestas transversales, como los montes Sarjento al E., y al O. los machones que salen de las moles graníticas de Mariquita y de Santa Ana.

Fuera de estas cordilleras, hay una que forma al parecer un sistema distinto aunque tiene un punto de union con la oriental: tal es la cadena del litoral de Caracas. Llegada á la sierra de Mérida, la cordillera del E. se continua por los páramos de Timotes, Niquitao, Bocano y las Rosas; en seguida empieza una depresion muy sensible, y hállanse algunas mesetas altas, como las del cerro del Altar, que unen los Andes del interior con la cadena costanera. En Barquesimeto comienza el nudo del nuevo sistema litoral; y la cordillera se ramifica al N. O. por la sierra de Coro ó de Santa Lucía; al N. E. por las montañas de Capaduce, de Puerto Cabello y de la Villa de Cura formándose el muro oriental de una vasta depresion circular cuyo centro es el lago de Maracaybo. Yendo en direccion al E. se encuentran en esta linea dos *eslabones* paralelos, á doce leguas de distancia uno de otro, unidos entre sí por la cresta llamada Alto de las cocuyas y por la Higuerota. En el eslabon septentrional se encuentra la cumbre mas alta de cuantas ecsisten al E. de los Andes, la Silla de Caracas (mil trescientas cincuenta y una toesas). Por lo demas, esta cadena costanera varia de nombre segun las localidades: así es que tan pronto la llaman montaña de Coro, de Caracas y del Bergantin como de Barcelona, de Cumana y de Paria.

A esta latitud y hácia el O., entre el golfo de Darien y el de Maracaybo se levanta repentinamente el grupo de Santa Marta, cubierto de nieves eternas y á tres mil pies de altura. Sin embargo, apesar de su elevacion, este grupo parece que solo está unido al agregado de las Cordilleras por pequeñas cuestas y algunas series de collados proyectados por una parte hácia Caracas y por otra hácia las márjenes del Magdalena. Lo mismo sucede con respecto al grupo de Parime, que se halla solo en la grande isla de la Guyana, agregado de crestas graníticas cortado por llanuras insignificantes.

Tales son las montañas de la Colombia. De sus nevadas cumbres descienden hácia los dos Océanos y al mar de las Antillas caudalosos rios y riachuelos deliciosos. Por la parte del Grande Océano, la cordillera está contigua al mar, y de consiguiente las corrientes tienen poquísima importancia, de suerte que apenas pueden citarse el Guayaquil, las Esmeraldas, el Paria y el San Juan. En el istmo de Panamá está el Chagres que desagua en el mar de las Antillas, en el cual desemboca igualmente el Cauca y el Magdalena, que despues de haber corrido por ensenadas casi paralelas, se reunen un poco mas abajo de Mompox para descargarse por muchas bocas en los Cienegas, en el golfo de Cartajena y en frente de la isleta de Gomez.

Del flanco oriental de los Andes se desprenden una multitud de arroyos, de rios y riachuelos que engruesan los dos rios-reyes, el de las Amazonas y el Orinoco. Desde el tercer paralelo N. hasta la frontera meridional de la Colombia, todas las corrientes desaguan en el rio de las Amazonas que corre desde aquel punto por el territorio de la República y recibe sucesivamente el Pastaza, cuyas aguas proceden del Assuay, el Napo que sale del Cotopaxi, el Putumayo que baja de la Ciénega de Sebondoy, lago alpino situado al N. E. de Pasto, y el Yupura que se forma al pie de la misma Cordillera. Con todo, empezando á esta altura, es decir, desde el tercero hasta el décimo paralelo N., la vertiente oriental de la Cordillera envia todas sus aguas al Orinoco. De esta suerte se forman y absorven sucesivamente en el gran rio el Ariari y el Guayavera confundidos en el Guaviare, el rio Meta que bebe las aguas del Pachaquiaro y del rio de Aguas Blancas; el Apure y sus numerosos afluyentes. Cuando estos tributarios llegan al Orinoco, el rio ha recibido ya del S. y del E. otros muchos. Descendido de los montes Parimos, el Orinoco corre primeramente en direccion al O., envia al S. el Casiquiare, su comunicacion con el rio Negro recibe el Ventuari, el Atabapo, el Meta y el Apure; pasa del O. al N. y en seguida del N. al E.; engruésase en esta nueva direccion con el Manapire, el Cauca y el Caroni; divídese á veinte y cinco leguas de distancia del mar en dos brazos, *Boca de los navios* y *Bocas chicas* subdivididos en once ó doce embocaduras cuya distancia mayor es de cuarenta y siete leguas marítimas. La *Boca de los Navios* es casi un brazo de mar. El canal navegable tiene 2.800 toesas de anchura.

Fuera de estos rios y riachuelos, la Colombia contiene varios lagos, entre los cuales no deben pasarse en silencio los de Guatavita, Tacarigua y Maracaybo ya citados. Este último es el mas importante de todos y forma una especie de mediterraneo en cuyo seno los indios habian construido antiguamente muchos villorios sobre estacas. De ahí procede el nombre de *Venezuela* (pequeña Venecia) impuesto prime-

ramente al lago y despues á toda la provincia. En una de las estremidades del lago hay una especie de faro natural formado por una mina de betun que se inflama al aire y que al anochecer guia las barcas del lago.

Bañado por tantos rios, interrumpido de altas y nevadas cordilleras ó de llanos terses como un espejo, ora cubierto de selvas, ora ofreciendo tan solo llanuras áridas, aquel vasto territorio presenta todos los climas, todas las temperaturas, la mayor parte de las razas animales y todos los jéneros de vejetacion. Desde los llanos hasta la cumbre de los Andes, los Colombianos cuentan *tierras calientes, tierras frias, páramos y nevadas*. A veces la misma montaña ofrece las mismas y diversas zonas. Cuando de las tierras calientes se sube hácia los Andes, á cuatrocientas toesas de altura el ambiente es ya mas templado; á seiscientas es fresco, á novecientas frio, y á mil doscientas, en los páramos, helado. Cuéntanse en la Cordillera cuatro estaciones, á saber; dos secas y otras tantas lluviosas: las primeras empiezan con los solsticios y las segundas con los equinoccios. Raras veces llueve en las estaciones secas; al paso que en las estaciones húmedas casi todos los dias llueve. El viento del S. es el del tiempo sereno, y el del N. del tiempo tempestuoso.

Toda la Colombia montañosa es rica en metales. No parece sino que todo el sistema de los Andes consiste en una masa cuya costra sola es terrosa ó porfírica, pero cuyo nucleo es de oro, de plata, de platina, de hierro, de plomo, de zinc ó de mercurio. La Nueva Granada contiene minas de oro en sus provincias de Quito, de Antioquia y sobretodo en la de Choco donde hay muchas vetas de suma riqueza que vierten anualmente, segun aseguran, en el comercio hasta 13.000 marcos de oro y una cantidad considerable de platina. Las minas de plata de Marquetones son abundantísimas. El Venezuela, aunque no tan rico, no deja de contener igualmente sus tesoros minerales; en casi todas las cordilleras se encuentra oro, plata, cobre, anfibolia, malaquita, hierro, alumbre, sal, kaolin, jade, petróleo y azufre, al paso que los torrentes arrastran esmeraldas, pantabres, diamantes, jacintos, granates y amatistas. Las minas de esmeraldas de Muzco son muy celebradas en el pais. No son menos apreciables y numerosas las producciones vejetales, segun ha podido verse en el decurso de nuestro itinerario. La llanada produce todas las plantas de los trópicos, la caña dulce, el cacao, el café, el tabaco y el maiz; las mesetas elevadas presentan campos de cereales y verjeles donde maduran varios frutos de nuestra Europa. Los bosques abundan en palo tinte y madera de construccion, y presentan en varios puntos algunos árboles singulares, entre los cuales debe citarse el palo de la vaca que parece equivalente al *ravenala* africano y de la cual mana por medio de una incision una leche sumamente buena; al paso que su fruto ofrece un alimento sabroso y saludable. Por lo que llevamos dicho, el reino animal nada tiene tampoco que envidiar á las demas comarcas, y aunque las tierras cálidas ó templadas son infestadas de fieras, como el jaguar y el caiman, en cambio pueblan ó animan los llanos mas incultos una multitud de animales útiles y mansos, como caballos bueyes y mulos. Las mesetas altas las habitan los los ciervos, osos, gatos monteses, llamas y vicuñas, y los valles encierran mil especies de avecillas, papagayos de todas clases, monos con diversos forros de pieles, serpientes peligrosas é insectos asaz dañinos.

Cuando Colon en 1498 descubrió esta tierra, que por una reparacion tardía ha recibido posteriormente su nombre, estaba poblada de tribus vagabundas, de las cuales ecsisten todavía algunas divididas, que tomaban juntas el nombre de nacion. Es harto sabido que Colon no tocó en la playa. Despues de haber reconocido el golfo de Paria y la *Boca del Dragon*, costeó la península de Araya y llevó nuevamente el rumbo hácia el N. En 1499 Ojeda y Américo Vespucio continuaron este reconocimiento hasta el Cabo de la Vela. En 1510 Ojeda y Nicuesa llegaron al golfo de Darien, y en 1513 Balboa penetró en el interior del pais, salvó por vez primera el istmo de Panamá, hincó la rodilla en la cima de la montaña desde la que descubrió el Grande Océano, bajó á la playa y se internó con su broquel y espada en el agua para tomar posesion del Océano en nombre del rey de España.

Entretanto los Españoles habian acudido en tropel á la tierra descubierta y se abandonaban al pillaje y al desenfreno: en vano intervinieron algunos eclesiásticos piadosos; en vano tomaron á los indios bajo su salvaguardia el evanjélico Las Casas y el sabio Juan Ampues, pues nada pudo contener el frenesí de unos aventureros poseidos estraordinariamente de la sed de oro y del alboroso de la conquista. La matanza de indijenas fué continuando no interrumpidamente y aun tomó un incremento cruel en la provincia de Venezuela cuando Carlos quinto la cedió á los Welzers, comerciantes de Augsburgo, como en satisfaccion de sus créditos. Los ajentes de aquellos Alemanes sobrepujaron á los Españoles en ferocidad; y desde 1528 á 1546 la suerte de los indios fué horrorosa. Algun tiempo despues recobraron una especie de libertad; pero los desgraciados, no creyendo en una paz duradera, prefirieron hacer una guerra de estermi-

nio á la dudosa mansedumbre de los conquistadores.

Tal era el aspecto de las costas en los primeros tiempos de la conquista. Hasta entonces la invasion europea quedara circunscrita en el litoral, y no se habia acometido empresa alguna contra las tribus del interior. En las mesetas de los Andes vivian unos indios mucho mas intelijentes y civilizados: los terrenos que formaron despues la provincia de Condinamarca estaban poblados á la sazon de Colimas, de Muros, de Guanos y de Muyscas: esta última tribu, la mas numerosa de todas, reconocia por primer caudillo, lejislador ó dios, á Bocachica ó Idacanza que fué el primero en reunir y civilizar á aquellos hombres enseñándoles el culto del sol. Este culto, segun dicen, tenia mucha analojía con la relijion tibetana.

El sumo pontífice de Iraca ó de Sagamozo, príncipe de los sacerdotes y señor de la nacion, era elejido por los caudillos de cuatro tribus, y vivia en un chunsua ó santuario adonde iba el pueblo para adorarlo. Al lado de este pontífice ecsistia un rey, anciano centenario, que tenia bajo su dependencia á los Zippas ó príncipes de aquellas Cordilleras. Esta tribu tenia algunas ideas vagas de las ciencias ecsactas; conocia el calendario atribuido á Bocachica y la division del año en veinte lunas, y tenia ademas períodos de quince años, cada uno de los cuales, que representaba una de las cuatro estaciones del grande año de sesenta años comunes, era inaugurado con el sacrificio de una víctima humana. Su dialecto, cuyo uso se ha perdido, era el dominante en el pais desde las victorias alcanzadas por los Muyscas.

Esta rejion industrial y belijera fué en la que penetró en 1536 el español Gonzalo de Quesada á la cabeza de seiscientos infantes y ochenta caballos para llevar á cabo su conquista. Verdad es que al fin del año lo consiguió; pero tambien lo es que sucumbió la tercera parte de los Españoles, ya en virtud de la intemperie del clima, ya por mano de los indios. Sin embargo Quesada se vió en cambio dueño de la comarca, y fundó en ella á la ciudad de Bogota donde falleció.

Hallándose dueños del pais, los Españoles procuraron consolidar en él su dominio. La dilatada guerra de la conquista diezmára las poblaciones indias, ó almenos las que habitan el litoral; yermos estaban los campos, falto de brazos el pais; de manera que tuvieron que hacerse venir negros de la costa de África, y en virtud de las mezclas sucesivas se creó en breve esa clase de zambos ó mestizos, nacida de indios y de negros en todos los matices y grados, clase que en la actualidad forma una de las fracciones mas importantes de la poblacion indiana. La raza puramente india se mantiene y acrecienta en las mesetas, y como es dócil y sociable, los Españoles la hicieron un instrumento de progresos agrícolas.

Estas provincias, subdivididas á la sazon en reino de Nueva Granada y capitania de Caracas, fueron gobernadas pacíficamente por la España hasta en 1781, en cuya época el Socorro, situado á los umbrales de la capital, se sublevó y marchó contra ella en virtud de un tributo oneroso. Aquel movimiento, apaciguado por el arzobispo, fué seguido en 1794 de una conmocion jeneral que fué como la reaccion de la gran sacudida que imprimió á todo el globo el poder de la revolucion francesa. Fué de tal naturaleza la marcha de los negocios, que llegó á poderse imprimir en Bogota la *Declaracion de los derechos del hombre*. Aquellos movimientos sordos fueron continuando y tomando incremento á los menores acaecimientos políticos, ya cercanos, ya remotos; á la conmocion de Caracas concitada en 1796 en virtud de algunas medidas de policia, en 1797 á una conspiracion militar sufocada en la Guayra, en 1806 á la tentativa de Miranda reprimida en el acto mismo de descubrirse, y en 1808, de un modo mucho mas decisivo, con motivo de la prision de Fernando rey de España, que Napoleon acababa de destronar. En esta última circunstancia la esplosion fué decisiva. Los antiguos vínculos que unian las colonias á la metrópoli no eran harto consistentes para resistir á un cambio de dinastía. Ademas del orgullo nacional gastado ya, se ponian en movimiento las antipatías relijiosas por una familia que no habia tenido muchos miramientos hácia la autoridad pontificia. Así es que en cuanto llegaron á Caracas los emisarios del nuevo soberano, estalló una insurreccion, y á las proclamas del rey José contestó el pueblo con el grito de *Viva Fernando!* En 1809 Quito proclamó á su vez su independencia; pero este movimiento fué comprimido, y aunque se reprodujo un año despues, no por eso ejerció ningun influjo en los paises altos. Solo en Caracas se consolidó la emancipacion. A 12 de abril de 1810 se publicó el manifiesto oficial de una junta revolucionaria que declaró la escision entre la España y la Colombia so pretesto que esta última deseaba ser fiel á su lejítimo soberano Fernando. Bogota contestó al llamamiento á 23 de julio con las armas en las manos. Arrestaron al virrey acusado de haber vendido la América á Napoleon, y lo remitieron con escolta á Cartajena. Cuando se dió cima á aquellas dos insurrecciones casi simultaneas, procuróse hacer una composicion y Condinamarca hizo proposiciones á Venezuela, pero cabalmente esta última comarca presentia ya otra ley política. A la junta su-

cedió un congreso que no queria aceptar los principios de la revolucion, y que á 5 de julio de 1811 proclamó la independencia de Venezuela. El acto estipulaba que no se reconoceria rey alguno, que solo se someterian á un gobierno representativo y por el mes de marzo el congreso abrió sus sesiones en Valencia en el valle de Araguas.

Sin embargo en breve se dió principio á la lucha: como los Españoles tenian todavia algunas tropas en el pais emprendieron la marcha contra los insurjentes. Alternaban las ventajas, cuando en 1812 sobrevino un terremoto que arruinó de todo punto la ciudad de Caracas, desastre físico que los sacerdotes transformaron en arma poderosa para difundir el terror por las poblaciones. El jeneral español Monteverde, favorecido por aquel terror pánico, pudo recobrar á Venezuela, y en consecuencia apenas quedaron algunos insurjentes bajo las órdenes de Miranda, que se vió forzado á firmar una capitulacion infrinjida casi en el mismo acto de concluirse.

Las represalias de los vencedores dieron márjen, el siguiente año, á una nueva esplosion. Esta vez la insurreccion fué acaudillada por Bolivar que solo habia figurado hasta entonces en Puerto Cabello bajo las órdenes de otro; Bolivar cuyo nombre debia cobrar nombradia con tanta rapidez siendo hijo del pais, oriundo de una familia de Mantuanoes, que aseguraban descender de los primeros conquistadores de América, hombre de actividad, injenio, valor é intelijencia, educado en la mejor universidad española, dedicado á estudiar la Europa y casado recientemente con la hija del marqués de Ustaritz, hombre de noble y suprema alcurnia. Nadie mas que Bolivar estaba dotado de las cualidades superiores con cuyo ausilio se obra sobre las masas. Ventajas del cuerpo, del alma y del corazon; estatura baja, pero robusta y proporcionada; ojos negros y llenos de fuego, nariz aguileña, facciones graves y serias; gracia en la conversacion, inspiraciones felices, chistes vivos y agudos; talento de observar y distinguir los hombres, desinterés, lealtad, entusiasmo, frugalidad y templanza, todas las circunstancias reunia Bolivar que constituyen á un hombre nada comun con la fuerza de voluntad de tocar el término, y la perseverancia en los medios sin los cuales nada puede la cabeza mas bien organizada. Tal era el nuevo caudillo de la revolucion colombiana que bajo su direccion tomó un caracter diferente, como fué la manumision de la América meridional. En cuanto se manifestó, se le unieron todos los jefes improvisados de aquella guerra de independencia como al único hombre que podia dar unidad á las fuerzas comunes. El jóven Marino que sublevara á Cumana, Rivas y Bermudez que estaban en la ciudad de Maturin, todos ofrecieron sus servicios al jeneralísimo que les deparaba la fortuna.

A 4 de agosto de 1813 entró Bolivar como vencedor en Caracas donde lo saludaron con el nombre de libertador de Venezuela. Por espacio de dos años lidió contra las fuerzas españolas, derrotó á Monteverde junto á Agua-Caliente y puso sitio á Puerto Cabello, defendida valerosamente por los Españoles. Si desde entonces hubiesen podido los independientes entenderse, el triunfo de su causa no era dudoso; mas el partido de los Colombianos era trabajado por divisiones intestinas. Los negros y los mulatos sublevados por los Españoles, se declaraban en contra de ellos; de manera que era preciso combatir á la vez escisiones intestinas y divisiones esteriores. No obstante, Bolivar opuso una obstinada resistencia hasta el dia en que le abandonó la fortuna bajo los muros de Cartajena. Derrotado en este punto, desemparó el teatro de sus victorias y se retiró á la Jamaica: por su marcha pareció perdida del todo la causa de los independientes. En consecuencia esperimentó la comarca horribles represalias: Cartajena se rindió; Marino, que mandaba el ejército independiente de la Nueva Granada, fué preso y pasado por las armas; Quito, conquistada por los Españoles, vió asesinar la quinta parte de los individuos de su guarnicion; Santa Fé, reducida por Morillo, nuevo jeneral llegado de España, hombre de valor y de intrepidez, fué teatro de sangrientas ejecuciones en que fueron inmoladas seiscientas personas, entre las cuales se cuentan el químico Cabal y los botánicos Caldar y Lozano. Este estado de cosas clamaba un vengador que llegó por fin.

Despues de haber podido sustraerse al puñal de un asesino, Bolivar se volvió á la Jamaica, desembarcó en la isla Margarita donde Marino y Arismendi resistian todavia, armando y espidiendo corsarios, que eran el terror de la marina española. Apesar de las fuerzas de Morillo, la insuficiencia de los recursos que ofrecia una provincia litoral, la rendicion de Cartajena y la sumision de casi todo el Venezuela, el partido independiente fué tomando creces y se unió por los esfuerzos de Bolivar y á la sombra de su nombradia. Juntáronsele nuevos caudillos, á saber: Brion cuya lealtad le valiera el título de ciudadano de Cartajena y la dignidad de gran almirante; Torres, Marino, Urdaneta, Zaraza, hombres activos y admirables por su jenio en el campo de batalla; José Cortés de Madariaga, consejero escelente, de un carácter noble y fiel á quien la revolucion naciente debió sus primeros recur-

ses; el escocés Mac-Gregor y una multitud de voluntarios ingleses, escoceses, alemanes ó franceses, algunos oficiales haitianos y dos batallones negros enviados por el presidente Petion; muchos indíjenas intrépidos y leales, y no debe pasarse en silencio Paëz, que á la cabeza de sus lanceros desnudos debia realizar en los llanos del Apure tantos prodijios de valor; Paëz, hijo de sus empresas y sucesivamente mercader, mayordomo y jeneral; Paëz el jefe de las tropas irregulares de la comarca, el jinete famoso que cargando contra el enemigo á la cabeza de sus indios, se mostraba el mas hábil entre ellos para el manejo de la lanza.

A estos ausiliares de Bolivar se agregaron luego los malcontentos del pais, echados á las llanuras del Apure por Samañon que estaba encargado de purificar el pais. Reiteráronse luego los envios de hombres, dinero y municiones que verificaba la Gran Bretaña, y Lopez Mendez, ajente muy leal que residia en Londres enganchaba soldados que iban á prestar su apoyo á las armas colombianas. El primer armamento compuesto de 5.000 soldados y de 3.000 marineros no fué muy afortunado, pues casi todos acabaron por el rigor del clima y las grandes fatigas: el segundo reclutado en Irlanda por el jeneral Devereux fue mucho mas feliz y prestó servicios mas positivos.

Favorecido Bolivar de esta suerte comenzó el curso de sus gloriosas campañas con fortuna á veces, y á veces tambien adversamente. La victoria de Barcelona dió la libertad á Venezuela á fines ya de 1816 y la batalla de Nutria señaló la presencia de Paëz en los límites de los llanos. A fines de 1817 los patriotas en número de 10.000, eran dueños del Orinoco y del Apure, tenian un pie en la Nueva Granada y guardaban la isla Margarita al propio tiempo que un gran número de los puertos del golfo de Paria. El principio del año 1818 fué menos feliz; pero por los últimos meses ya estaba casi terminada la question de independencia. Habiendo establecido Bolivar su cuartel jeneral en Angostura en donde abrió un congreso ya no se cuidó mas que de los asuntos militares y se dirijió rectamente á la Colombia central para ganar á últimos de 1818 la batalla de Sebanos la de Caxedo y luego la de Calabozo que le condujo hasta las puertas de Valencia: volvióse en seguida hacia la cordillera resuelto á atacar en el corazon la potencia española y llegando el 1.° de julio al valle de Sagamoso por el páramo de Chita derrotó 3.500 españoles, entró en Tunja en donde estuvo muy pocos dias, batió un nuevo cuerpo enemigo en Boyaca y dueño ya de Bogota fué proclamado presidente de la república Colombiana.

Pero esto no era mas que una independencia precaria mientras quedasen en el territorio tropas españolas y Bolivar no dejó de perseguirlas. La Torre que acababa de suceder á Morillo esperaba al jeneral colombiano en las llanuras de Calabozo, punto en que se dió una batalla decisiva para las armas independientes. Apenas se habia alcanzado esta victoria cuando el episodio de las cortes españolas dió plazo y espera á la América que sin entenderse con la metrópoli se mantuvo cara á cara con ella en un estado de indecisa neutralidad. Cuando mas tarde se verificó una reaccion contra las cortes en el continente europeo, Morales á quien se habia enviado para combatir contra la Colombia no pudo cumplirlo de modo alguno y vióse obligado á encerrarse en Maracaibo y por fin las últimas plazas del litoral enarbolaron una tras otras los colores de la independencia; pero antes el congreso de Cucuta habia arreglado ya la organizacion del pais. Una constitucion calcada sobre la de los Estados-Unidos limitaba los poderes del presidente, que hasta entonces habia sido una especie de dictador y fijaba de un modo seguro el derecho público de los Nuevos Estados.

La Colombia libre no podia creerse segura en su libertad mientras los españoles acampasen á sus puertas y la independencia del nuevo estado implicaba la emancipacion del Perú que estaba aun sujeto á la España. Bolivar y el jeneral Sucre dieron á su empresa este atrevido corolario. El paso de los Andes se verificó entre peligros sin cuento y las victorias de Junin y de Ayacucho acabaron un triunfo cuyo primer acto habia empezado en el valle de Pichincha, al pie mismo del volcan y con el cual quedó fundada la república peruana.

Segun la última organizacion la república de Colombia está dividida en doce departamentos que son: Condinamarca, Guayaquil, Asuay, Cauca, Magdalena, Boyaca, Zulia, Orinoco, Maturin, Venezuela é Istmo, divididos luego en cantones que se subdividen en cabildos ó municipalidades. En 1831 estos doce departamentos se separaron para formar la *Confederacion de los Estados-Unidos del Sud*, compuesta de las tres repúblicas siguientes: Nueva Granada cuya capital es Bogota, Venezuela que tiene por capital á Caracas y el Ecuador con Quito su ciudad primera. La poblacion total de estos diversos departamentos asciende á 2.800,000 habitantes, la mitad de los cuales son mestizos, la cuarta parte blancos-criollos, la octava indios, la 16ª negros libres ó esclavos y los demas europeos.

Estas diferentes razas están desigualmente esparramadas por todo aquel pais: los criollos mestizos, los criollos de pura sangre española y los europeos establecidos tiempo ha, no ofrecen di-

tintivo alguno que los diferencie de los que se ven en las otras antiguas posesiones españolas. Vese la misma hospitalaria gravedad, la misma dulzura digna y afable, las mismas costumbres, los mismos usos y hábitos. Caracteres nobles y hermosos que bien cultivados producirian mas y mas todavia! Desgraciadamente el clima, maxime en las zonas cálidas enerva las facultades físicas y condena al cuerpo á la neglijencia, que es el obstáculo mas grande para el desarrollo industrial y agrícola de un pais en cuyo favor ha hecho tanto la naturaleza. Apesar de esta antipatia por el trabajo manual fabrícanse en Colombia cueros, marroquies, paños, mantas de lana, telas y hamacas de algodon.

Los productos agricolas son mas ricos, y consisten en cacao, algodon, café, azucar, añil, tabaco, bueyes, mulos, caballos, cueros, maderas para ebanisteria, para tinte y construccion, quina, cañafistola, almendra de Juvia, zarzaparrilla, y otras plantas medicinales: añádanse luego vainilla, achiote, oro, plata, platina, cobre, petróleo y zinc que en todo ascienden á diez millones de duros poco mas ó menos. En cambio de estos jéneros recibe la Colombia camelote, casimir, paños, cotonadas, sombreros, zapatos de mujer, indianas, muselinas, medias, pañuelos, flecos, seda, hierro en barra, acero, plomo, vino, almendras, pasas, aguardiente y otros muchos artículos de gusto y ornato. Los principales puertos por los cuales se efectuan este comercio son la Guayra, Rio-Hacha, Cumana, Barcelona, Santa Maria, Cartajena, Chagrés, Portobelo, Panamá y Guayaquil. El inmenso tráfico de tal comercio produciria al tesoro de la Colombia importantes entradas, si no fuese un contrabando casi público que las anula. La taza de 18 á 30 % sobre las importaciones y de 12 % sobre las esportaciones produjo al principio cuarenta millones para el estado y hoy dia produce apenas la cuarta parte. Verdad es sin embargo que despues de largas guerras y en el ensayo de una ley nueva es imposible que las rentas de un pueblo se encuentren en estado satisfactorio. Para apagar lo atrasado de su deuda la Colombia tuvo que contraer en Inglaterra un emprestito de cuarenta millones de duros que aun acreditan los principales banqueros de Europa; pero si hay paz y prospera el comercio, este emprestito se satisfará porque los recursos de la Colombia son grandes y lo seran mas todavia.

El ejército colombiano tiene 32.000 hombres y se compone de infanteria, húsares, lanceros y artilleria. Hasta ahora no lleva uniforme mas que la guardia del presidente, los demas visten como mejor les acomoda; pero su traje ordinario consiste en una casaca y un pantalon azul. Los lanceros no tienen mas que la lanza; los húsares carabina y sable. Los oficiales llevan un vestido rojo y azul, un sombrero redondo ó de tres picos, y el todo tiene cierta analojia con el antiguo uniforme español. Completan el personal del ejército y no son su menor parte las milicias indias medio desnudas: si la Colombia es libre á ellas lo debe en gran parte por sus lanceros de Paëz, que yendo del todo en cueros cargaban contra sus enemigos en los campos del Apure. La marina casi toda se compone de marineros estranjeros.

En nuestra esploracion hemos recorrido parte de las ciudades mas importantes; vamos á ver ahora las que se hayan quedado á derecha ó á izquierda del camino.

En el departamento de Cundinamarca á mas de Bogota debe citarse tambien Muro que el doctor Roulin señala como el lugar en donde se crian las hermosas y abundantes esmeraldas conocidas en el comercio con el nombre de *esmeraldas del Perú*. Aquel sabio naturalista para probar la riqueza de esta mina dice que en 1620, es decir 56 años despues del descubrimiento habia pagado de derechos al gobierno español cerca de trescientos mil duros, y que el contrabando se habia hecho tan activo que hubo de cerrarse la mina. Vuelta á abrir empieza á dar otra vez productos. A mas de Tunja y de Honda, este departamento cuenta aun la Mariquita, célebre por sus minas de oro y plata, esplotadas por una compañia inglesa, S. Juan de los Llanos, que forma el límite de la provincia junto con las llanuras del Orinoco, Antioquia, sede episcopal y cabeza de un distrito, Inagué, Santa Rosa de Osos, notable por sus lavaderos de oro, y por último Medellin, ciudad importante por su poblacion, su colejio y por su comercio mas aun todavia.

En el departamento del Ecuador á mas de Quito se hallan Rio-Bamba, Ambato, Esmeralda célebre por su cacao, y Gualla-Bamba en donde empieza el camino cortado en la montaña y prolongado en ella un cuarto de hora poco menos.

El departamento de Guayaquil nada tiene digno de atencion mas que la capital y la isla Puna que ya hemos citado. El de Asuay en donde hemos visto á Cuenca con sus páramos, San-Jaen, Loja y sus bosques, tiene á mas á Zaruma, que debe mentarse por sus minas de oro y por las ruinas de la antigua ciudad de Chulucanas, situadas sobre la cresta de las Cordilleras, en los límites del Perú y que contienen calles muy alineadas con casas hechas de peñascos de porfido, escombros imponentes y mas que todos los de un monumento que los naturales llaman *baños del Ynca*.

En el departamento del Cauca á mas de Po-

PAYAN su capital que hemos visto ya, deben visitarse CALI, importante por su poblacion y su colejio, BARBACOAS y CARTAGO con sus minas de oro, ISCUANDE con las suyas de platina, S. BUENAVENTURA recomendable por su bahía y por último QUIBDO capital de la provincia de Choco, la mas abundante en platina. Esta provincia es la parte mas húmeda de la Colombia: las nubes apenas dejan que la dé el sol y llueve casi todo el año. En un terreno arcilloso de 260 hasta 2.072 pies de elevacion hállase oro y plata por do quier se escava, pero á pesar de estas riquezas allí el hombre es infeliz. Condenado á vivir en las márjenes de los rios y en chozas edificadas sobre estacas, se vé obligado á establecer una huerta sobre tablas y sostenerse de legumbres que él mismo cultiva. En una lonjitud de cien leguas, el Choco apenas contiene 20.000 habitantes, salvajes en su mayor parte.

PANAMÁ es la capital del departamento del Istmo, y está construida parte de paja y parte de madera. Contiene una catedral y un colejio: sus calles son angostas y sucias, pero las tiendas son las mas aseadas de cuantas se han encontrado en otras ciudades de la Colombia. La poblacion de Panamá ha sido ecsajerada por mucho tiempo, pero en realidad no escede de 10.000. El territorio, cenagoso y malsano, está inundado todo el año por lluvias que producen los vapores de ambos Océanos. En el propio istmo, aunque en el otro mar, está la aldea de CRUCES, situada en una posicion admirable sobre el Chagres, rio apacible y profundo. La aldea de Cruzes está circundada de frondosos bosques poblados de avecillas y mil especies de monos. El mismo departamento ofrece ademas á CHORRERA, NATÁ y LOS SANTOS, aldeillas de 4 á 5.000 habitantes, y PORTOBELLO, cuyo nombre ha gozado de cierta importancia en el mundo comercial, y de donde se hacia á la vela el galeon de Cádiz. Fuera de aquellos momentos de actividad marítima, Portobello ofrecia antiguamente y conserva todavia un aspecto triste y despoblado, por razon de su clima, que es uno de los mas nocivos del globo. Los españoles lo habian denominado la *Sepultura de los Europeos;* mas apesar de algunos trabajos para el saneamiento este litoral continua en su insalubridad y Portobello apenas contiene en la acutualidad 1.200 habitantes.

En el departamento de la Magdalena, ademas de las ciudades visitadas, CARTAJENA, MOMPOX, SANTA MARTA, RIO DE LA HACHA, encuéntranse OCAÑA, pequeña ciudad central que habian pretendido transformar en capital de la república; EL CÁRMEN, punto el menos insalubre de toda la provincia de Cartajena; TOLU, muy decantada por su bálsamo, y TURBACO, aldea india en cuyos alrededores se ven algunos volcancitos que arrojan materias cenagosas.

En el departamento de Boyaca, se nota BOYACA célebre por una derrota que esperimentaron en ella los Españoles en 1819; CHINQUIQUIRA; lugar de romería adonde se dirijen los Colombianos para adorar la imajen de la Virjen; SANTA ROSA, ciudad linda y bien construída; PAMPLONA, pequeña ciudad muy decaida; CUCUTA, célebre por el congreso de 1821; SOCORRO, ciudad industrial y activa que contiene 12.000 habitantes, de la que salieron á fines del último siglo las primeras chispas de revuelta; SAN GIL, MONIQUIRA, rica en minas de cobre; VELEZ donde se hallan los lavaderos de oro; PORE, arruinada por las últimas lides, y SAMAGOZ, ciudad antigua y decaida. Allí, es segun M. de Humboldt, donde se consumaba aquel sacrificio humano que tenia lugar entre los Muyscas para celebrar la abertura de un ciclo de quince años. Era la de un niño de las llanuras, arrancado del hogar paterno y designado con el nombre de *guesa*, esto es, errante. Educado en el templo del sol, el guesa debia pasearse desde la edad de diez á quince años, por los lugares que Bochica habia recorrido é ilustrado con sus milagros, y al acabar el año decimo quinto, lo conducian á la columna, especie de gnomon destinado á medir las sombras salsticiales y el paso del sol por el zenith. Los sacerdotes ó *xeques* seguian á la víctima, disfrazados como los sacerdotes de Ejipto y representaban á Bochica, dios de tres cabezas, como el Trimourti indio ó á Chia mujer de Bochica, ó bien á Famagota, símbolo del mal, con un ojo, cuatro orejas y una larga cola. Cuando aquella procesion alegórica llegaba á la columna ataban la víctima, y llovia sobre ella una granizada de flechas. En seguida le arrancaban el corazon, ofreciánlo á Bochica, el *Rey Sol*, y recojian su sangre en los vasos sagrados.

El departamento de Zulia casi no contiene mas ciudades que las ya visitadas: MARACAYBO, situada en un vasto lago, CORO y MÉRIDA. El del Orinoco, ademas de ANGOSTURA, ofrece las ciudades de VARINAS, GUANARE, MONTECAL, la mas poblada del distrito de Apure; CAYCARA, en cuyas cercanias hay rocas de syenito cubiertas de figures simbólicas y colosales y ESMERALDA, situada al pie de picos de granito que los Españoles tomaron por esmeraldas. El departamento de Venezuela casi no tiene otras ciudades de importancia que las ya mencionadas, CARACAS, GUAYRA, MAPACAY, MÉRIDA, VALENCIA y BARQUESIMETO. Nada tiene que decirse tampoco del de Maturín despues de haber hablado de CUMANA, ARAYA, MANIQUAREZ, CARIACO, PIRITU, CUMANACOA y BARCELONA.

CAPÍTULO XX.

Brasil. — Navegacion por el Marañon.

En que punto empieza el Marañon, cual es su curso principal, el que absorve los demas y el que conserva su nombre cuando los afluyentes pierden el suyo? Porqué razon tiene el rio tantas denominaciones en su curso, como la de Tanguragua en su nacimiento, segun unos; Ucayali, segun otros, y mas abajo la de Nuevo Marañon, en seguida la de rio Solimoës y por último la de rio de las Amazonas? Cuestiones son estas consignadas en los tratados de jeografía, sin que ningun escritor haya podido resolverlas con la doble autoridad de la esperiencia y del saber.

El Tanguragua, ó Nuevo Marañon, en que iba á embarcarme, sea ó no el brazo principal del rio de las Amazonas, nace en el lago Lauri (*Lauri Cocha*), situado en una meseta superior de los Andes peruvianos. Antes de ser navegable á la altura de Jaen de Bracamoros, corre unas cien leguas al N. N. O. entre dos Cordilleras. Desde aquel punto situado á unas veinte leguas de distancia del Océano Pacífico, se inclina hácia las llanuras orientales y desagua en el Atlántico despues de ochocientas leguas de curso, durante el cual atraviesa la América meridional en casi toda su anchura.

Chuchunga, adonde llegué á 22 de noviembre, es el embarcadero de Jaen. El único medio de transporte que allí encontré, fue una grande almadía de veinte y cinco pies de largo y diez de ancho, sin guardafoco, compuesta de grandes pértigas atadas entre sí por medio de enredaderas. Con una tripulacion de cuatro Indios me confié á aquella embarcacion frájil y mezquina. En los primeros dias de aquella peligrosa navegacion, no fué posible hacer ningun estudio; pues hallándome medio sumerjido y precisado á velar sobre mis cosas que de un momento á otro podian sumerjirse, apenas tenia tiempo de tender una mirada á la campiña, ya mucho menos montuosa y mas undulatoria. Veíanse por acá y acullá torrentes rápidos que desaguaban en el Marañon, y á veces en uno de ellos descubria algunos de aquellos puentes de enredaderas entrelazadas que pendian sobre el agua á modo de hamacas. Nada cabe mas curioso que ver á los Indios corriendo por aquellos caminos aereos con sus movimientos de oscilacion al soplo de la brisa, que describen una curva tanto mas pronunciada cuanto mas los han encorvado bajó el peso los naturales que los atraviesan.

A tres jornadas mas abajo de Chuchunga, el Marañon, engrosado por las aguas del Santiago y con doscientas cincuenta toesas de anchura, se encaja súbitamente entre dos peñascales perpendiculares y se encoje en una anchura de veinte y cinco toesas. No parece sino que ha ahondado el muro de las Cordilleras por no poder sobrepujarlo. Este estrecho, llamado el *Pongo de Manseriche*, se prolonga desde Santiago á San Borja, y tiene unas dos leguas de lonjitud. La velocidad de la corriente es de tal naturaleza, que con dificultad puede ecsaminarse lo que pasa á la vista. Tan solo se distingue, aunque confusamente, una larga y tortuosa galeria, angosta y profunda, zapada por las aguas y cortada por peñas prismáticas que amenazan derrumbarse sobre la madre del rio. En la cima de las paredes se ven algunos árboles que forman en la superficie de su corriente toldos de verdor y atajan el paso á la poca luz que llega de lo alto de la galeria. Es tan rápida la corriente en aquel corto trecho, que en menos de una hora se recorren las dos ó tres leguas que separan á Santiago de Borja. La Condamine calculó que su balsa en aquel punto tenia una velocidad de dos toesas por segundo. Poco faltó que el paso fuese fatal para el ilustre viajero, porque por espacio de algunos minutos la almadia fue detenida por una rama de árbol que las aguas habian sustraido á la vista de los marineros.

Allende Pongo de Manseriché, el Marañon se ensancha, se estiende y se despliega á sus anchuras en medio de una campiña pantanosa. No se presentan ya fragosos peñascales, montañas jiganteseas, bosques y desfiladeros interminables; no se ve ya tierra en parte alguna, sino tan solo un mar de agua dulce, un laberinto de lagos, de rios y de canales que penetran en todos sentidos á través de una floresta inmensa y que la hacen accesible.

San Borja es una pequeña mision india que encierra algunas pocas casas, sujetas á la autoridad de un caudillo mestizo. Toda la comarca vecina bajando el curso del Marañon, es de una fertilidad tan sumamente prodijiosa, que al andar por en medio de una vejetacion estrecha y apiñada es poco menos que imposible encontrar con un solo cascajo en el suelo. Cuando los indios de aquellos bosques van á San Borja y ven guijarros, los recojen como un objeto muy precioso, y no los tiran hasta algun tiempo despues en que reconocen lo comun que es este artículo.

A 28 de noviembre partí desde San Borja á la Laguna, una de las capitales de la mision de Maynas, y ví desaguar en el Marañon una multitud de rios y de arroyos, ya á su derecha, ya á su izquierda. Las corrientes de la derecha casi no tienen ninguna importancia; pero á la izquierda el rio recibe un poco mas abajo

de San Borja, el Marona que desciende de la cordillera colombiana, mas allá del volcán de Sanguay, y el Pastuca que formado al E. de Rio Bamba, cruza el pais ocupado por los indios Ibaros, pueblo indómito y salvaje. Pasado este punto se halla la confluencia del Huallaga y del Marañon. El Huallaga es una larga corriente que desciende de la Cordillera central del Perú y que el teniente ingles Lister Maw ha esplorado últimamente con sagacidad. En el punto en que se reunen los dos rios hay la villa de la Laguna, cabeza de la mision de los Chaymas.

En la Laguna cambié de embarcacion. Allí encontré ya botes formados de un tronco de árbol de cuarenta pies de largo y tripulados por ocho remeros. Un dia pasé en la Laguna, lugar el mas considerable de cuantos se encuentran en aquel camino. Los Maynas que la habitan tienen un aspecto salvaje; pero osado y altivo. Sus facciones nada tienen de desagradable, y los largos negros cabellos que les caen por la espalda les comunican cierto aire de grandeza y de dignidad. La vista de un Europeo llamó al principio su curiosidad y sus carcajadas; pero poco á poco se habituaron á aquel espectáculo y no hicieron mas estrañezas.

La mayor parte de aquella mision se compone de naturales subyugados y convertidos. Todos los domingos acuden de las vecinas selvas para oir misa en la capilla de la mision. Aquel dia lo es para ellos de solaz y de fiesta. Concluido el oficio, pasan el resto del dia bailando y bebiendo chicha.

El distrito de la Laguna produce maiz, zarza parrilla, bananas, yucas y cera. Los naturales crian pocos animales domésticos, y solamente alguna volatería. El rio les suministra pescado, tortugas y buey marino. La bebida de los habitantes del pais es la chicha, que fabrican indiferentemente con maiz, yuca, banana y *chunta*, grande nuez de coco encarnado. La mejor chicha es la que se saca del yuca y del maiz. El comercio de la Laguna se reduce á enviar cera, pescado salado y tortugas á Moyobamba en cambio de tucuya, y á Tabatinga, situada en las fronteras de los Estados brasileños, zarzaparrilla y aceite de buey marino en cambio de cuchillos, anzuelos, machetes, azadones y rocalla. Impórtanse á esta comarca muy pocas telas, pues los naturales van desnudos. El gobernador es el único que va cubierto de una holgada camisa de cotonada azul y de un pantalon de nankin inglés. Los indios que de él dependen forman cuatro ó cinco tribus que se dividen en los dos villorrios de la Laguna y de Santa Cruz. Este último, situado mas arriba en el Huallaga, es el primer apostadero del rio fuera del territorio peruviano. Santa Cruz contiene de treinta á cuarenta casas; la Laguna encierra unos cien habitantes, todos mucho mas dóciles á la voz del Padre, autoridad relijiosa del pais, á las órdenes del alcalde investido de los poderes políticos.

A 4 de diciembre partí de la Laguna con los dos botes que habia alquilado. Nuestras provisiones consistieron en algunos jarros de yuca picado para hacer chicha, bananas y pescado salado. Los botes llegaron en breve á la confluencia de los dos caudalosos rios, el Huallaga y el Marañon. Entrado de nuevo en el anchuroso rio, se encuentra una multitud de verdes islas que interrumpen su curso y hacen variar su rapidez. Por fin nuestros botes llegaron á Huarinas, distrito que produce bálsamo de *copahu*, zarzaparrilla, cera blanca, tabaco, yucas, bananas y maiz, pero que no cria ganados ni cerdos. En frente de Huarinas reconoció Lacondamine una tribu de Yameos de que no hace mencion ninguna Lister Maw. Segun la Condamine, es una raza pacífica, dócil y civilizada de poco tiempo á esta parte: su lenguaje sumamente curioso parece haber proscrito toda especie de vocales, y, lo mismo que muchos salvajes de la comarca brasileña, retenian hablando su respiracion, y las voces que articulaban eran de una lonjitud tal que en todos los demas dialectos se hubieran necesitado diez ó doce sílabas para traducirlas. Así el monosílabo *tres* se espresaba entre ellos por la palabra *poelarrarorincouroac*. « Afortunadamente añade la Condamine su aritmética no alcanza á mas. » Los Yameos, lo mismo que las antiguas tribus americanas, son muy glotones si les sobran los víveres; pero en cambio soportan el hambre con muchísima paciencia. Muelles y neglijentes, parecen enemigos de todo jénero de trabajo. La pesca y la caza subvienen á todas sus necesidades, pues nada quieren ni buscan que no sea por alguno de estos medios. Cuando reina la abundancia, se abandonan á un gozo escesivo y á risas inmoderadas. Sus armas consisten en una especie de cerbatana, por cuyo medio arrojan flechas emponzoñadas, hechas de madera de coco, en cuyo estremo hay un pedazo de algodon que llena ecsactamente el tubo. Raras veces ocurre que á treinta ó cuarenta pasos de distancia no toquen con aquellas flechas el objeto deseado; y la ponzoña con que saturan la punta es tan violenta que el animal herido muere en el espacio de pocos minutos.

La mision de Huarinas está circundada de algunos cultivos análogos á los que habíamos visto en la Laguna. Las cosechas, el comercio y los mercados son los mismos en ambas aldeas. Mas abajo el Marañon se encajona y se desprende de las islas que hasta aquel punto rompen su curso. La vejetacion del litoral parece abi-

larse igualmente y achaparrarse: no se ven ya los árboles corpulentos y colosales de los Andes, sino tan solo algunas gramineas, brezos arborescentes y arbustos coronados acá y acullá por algunas bellísimas palmeras.

La primera mision que se encuentra despues de Huarinas es San-Regis, que en nada se distingue de las precedentes. En ella troqué un par de tijeras por una tortuga enorme. San Regis contiene ademas un curato, una iglesia y unos sesenta habitantes que viven de yuca y de pescado. Pasado San Regis desagua en el rio de las Amazonas el Urayali, uno de los mas anchurosos afluyentes del Marañon, si es que no sea su brazo principal. Desde aquel punto el rio va tomando incremento y casi se transforma en un mar. La Condamine, que lo sondeó en aquel punto, asegura haber encontrado ochenta brazas de profundidad, apesar de distar todavia ochocientas leguas del Océano. Las sondas del teniente Lister Maw sin embargo no han dado resultados iguales, pues solo se encontraron quince, veinte ó treinta brazas.

Pasado San-Regis se encuentra la mision de Joaquin de las Omaguas, villorrio compuesto de unas cincuenta familias ocupadas en la pesca y en la salazon del pescado. Sea que aquel pueblo esté dotado naturalmente de actividad, sea que aquella fuese la época de un trabajo estraordinario, lo cierto es que en aquella márjen observé una aficion al trabajo que contrastaba con la indolencia de los naturales del Alto-Marañon. Tal vez era por razon de haber empezado la estacion de la pesca. Los campos circunvecinos se hallaban en muy buen estado de cultivo, y al rededor de las rancherías se observaban algunas aves caseras. Los Omaguas, que componen la parte principal de aquella mision, formaban en lo antiguo una tribu poderosa que ocupaba en las orillas del rio de las Amazonas seiscientas millas de estension. El nombre de Omaguas, ó cabezas chatas, procede de su antiquísima costumbre de aplastar entre dos planchas la cabeza de los recien nacidos, con objeto de dar al semblante mayor semejanza con la luna llena. La lengua de aquellos pueblos es armoniosa y de una pronunciacion fácil y sonora. A lo que parece, usan yopo como ciertas hordas del Orinoco por medio de una especie de pipa cuyo cañuto se divide en dos brazos á modo de una Y. La vejetacion del Marañon, empezando en San Joaquin de los Omaguas, ostenta una lozanía y un lujo prodijiosos. La especie de planta mas variada es la de las enredaderas, que son de cien especies; circundan las florestas con una redecilla de infinitos puntos verdes y ofrecen á veces, estrechas y apiñadas, cierto aspecto de órden y de regularidad que las asemeja á una red, aunque otras veces, sueltas y colgantes, parecen las jarcias de una embarcacion. Los indios fabrican con aquellas enredaderas maromas para sus piraguas, unas del grueso del brazo, otras mas delgadas y mas flecsibles. De todos los vejetales fluyen goma, resina, bálsamo de todo jénero, y asi mismo se estraen de ellos muchas especies de aceite. En algunos puntos de la comarca adyacente, los indios queman una goma copal que sacan de las hojas del banano, y otros emplean para el propio objeto ciertas simientes que ponen en el hueco de un palo agujereado, encienden la semilla y plantan el palo en la tierra, á modo de candelero. El árbol que produce el *caoutchouc* es muy comun en las márjenes del Marañon, y de él los indios hacen botellas.

Mas abajo de Omaguas, el Marañon toma un carácter mas grandioso, y en su canalizo principal es navegable ya para navíos de línea. En aquel punto la corriente hace unas cuatro millas por hora. A pocas leguas mas arriba de Omaguas hay la mision de Iquitos, situada en un terreno cubierto de plantaciones muy bien cuidadas y en la cumbre de un ribazo bastante alto. Esta mision contiene una lindísima iglesia precedida de un prado: fabrícanse en aquella mision unas hamacas muy celebradas en el pais. Un poco mas abajo de Iquitos se halla la confluencia del Marañon con el rio Napo, corriente caudalosa que desemboca en el gran rio tras un curso de ciento sesenta leguas. Antiguamente los Portugueses disputaban á la España la posesion de todos los paises situados al E. de aquel rio. Lo cierto es que su curso, poblado de razas indómitas y feroces, en realidad no pertenece á nadie.

Oran, en donde desembarqué el 9, es una mision situada á la orilla izquierda del rio, y cuyas cercanías estan infestadas de fieras. La misma mañana del dia en que la atracaron nuestros botes, un jaguar habia arrebatado un perro doméstico. Surcaban entonces la corriente muchas barcas pescadoras que iban á la zaga de algunos bueyes marinos. Los instrumentos de pesca me parecieron mucho mas perfeccionados que los de los pueblos del Alto Marañon; las sogas atadas en el harpon igualmente mas sólidas y mas bien trabajadas, y el harpon era de una madera pesada y consistente con un pedazo de palo lijero en la estremidad para hacerlo flotar á flor de agua.

Despues de Oran viene la mision mas importante de Pebas, donde atracamos á 10 de diciembre. Hallábase la playa atestada de Indios que parecian estar borrachos, y que acojieron nuestros botes con alaridos salvajes. Estábanse paseando por la orilla armados de lanzas y estacas emponzoñadas; pero algunos jestos de amistad y presentes de poquísimo valor calma-

ron su permanencia. El gobernador y alcalde de Pebas me pareció el sujeto mas importante que habíamos encontrado á lo largo del rio. Su distrito es bastante rico y produce cacao, zarzaparrilla, vainilla, cera, maiz, yuca, bananas y papayos.

El rio suministra gran variedad de pescados, los bosques son abundantes en caza. Asimismo se encuentran en sus profundidades jaguares, tapires, gamos y monos. Los indios de Pebas tienen muchas relaciones con los Omaguas, bien que su aldea no tenga un aire de actividad tan grande. Lister Maw los divide en Yaguas y Origones: los primeros, cuyos caractéres distinguidos parecen hacerlos oriundos de nobles familias peruvianas y hasta de la familia de los Incas, con semblantes bellos y espresivos, altos, y bien formados, cobrizos, con una cabellera mas clara que el resto de los indios, un ceñidor de corteza y los brazos y piernas adornados de largas hojas de *assa;* los Origones, mas negros, mas bajos, mas cenceños y menos distinguidos de semblante y estatura que los Yaguas, verdaderos aboríjenes de aquella comarca interior, porque los demas sin duda solo vinieron á ella en virtud de las revoluciones. Encuéntrase en Pebas la gran fábrica de veneno para las vecinas aldeas. Los Origones han cobrado cierta reputacion por el modo con que preparan aquel jugo mortal, que no parece diferir del *curare* de los llanos del Orinoco. Efectivamente, el veneno de los Origones tiene la misma violencia y la misma fuerza de actividad. Varias esperiencias manifestaron á la Condamine que nada habia perdido de su energía despues de dos años. MM. Reaumur y Hérissant dispararon unas flechas en Paris despues de cuatro años, y eran tan mortales como el mismo dia en que las templaron en el ponzoñoso jugo. El animal herido por una de ellas cayó en un paralisis convulsiva y murió al cabo de un minuto.

Pasado Pebas, solo se encuentran misiones insignificantes, como Cochichinas y Loreto, antes de llegar á los confines del Brasil. Durante tres dias de navegacion penosa y estéril en observaciones, el único encuentro que hicimos fué el de una grande almadía, harto semejante á las que yo habia visto ya en el rio de las Amazonas y el Magdalena; no eran mas que un agregado de mambúes atado uno con otro por medio de largas enredaderas, con muchas capas sobrepuestas de manera que la última formaba un piso enjuto, un poco elevado sobre el nivel del agua. Habia en ellas una tienda cubierta de hojas de palmera que servia para poner á cubierto las mercancías. Unos indios completamente desnudos dirijian aquella embarcacion informe y pesada (Pl. XV. — 1).

A 16 de setiembre llegué á Tabatinga, llamada tambien *Presidio de Tabatinga*, apostadero brasileño, limítrofe de las posesiones colombianas. Tabatinga, con su fuertecito desmantelado, está situada en la márjen septentrional del Marañon en la cima de un cerrillo arcilloso, en el punto en que el rio corre por un solo lecho encajonado y apenas ancho de tres cuartos de milla (Pl. XV. — 2). Un centinela llama y ataja el paso á los estranjeros que desean penetrar por aquella frontera. Sin dificultad podrá concebirse que sus ocupaciones son muy pocas. La policía de aquel apostadero corre á cargo de un comandante de puerto.

En otro tiempo Tabatinga tenia una importancia comercial que parece actualmente haber decrecido. Los edificios que datan de aquella era de prosperidad, se van arruinando. Un depósito fundado bajo el ministerio del marqués de Pombal, el fuerte con sus cañones llenos de orin, todo ofrece un aspecto de ruina y de decadencia. El mismo apostadero solo se compone ya de algunas casas habitadas por el gobernador, su pequeña guarnicion y el cura del lugar. Los pueblos indios viven en los bosques y solo van á Tabatinga cuando hay alguna fiesta, se da un baile ó se celebra un banquete.

Las tribus mas importantes son las de los Tecunas y de los Maxurunas; los primeros están acampados á orillas del rio Yavarí que desemboca á la derecha del Marañon; los segundos son mas salvajes y habitan unas selvas mas lejanas. En nuestra breve permanencia en Tabatinga, ví algunos de aquellos Maxurunas completamente salvajes, que tenian la nariz, las orejas y los labios agujereados; la cara guarnecida de plumas y de espinas de árbol y la frente listada de negro y de encarnado. Entre ellos se notaba un caudillo de aquella tribu de un semblante espresivo, con el pelo cortado de manera que al rededor de la cabeza dejaba un círculo de una pulgada de ancho, y la frente y las mejillas pintadas de fajas transversales (Pl. XVI. — 1). Los lóbulos de las narices, las orejas y el labio inferior los tenia atravesados por pedazos de concha; en sus labios habia muchos tallos de plantas como clavados en ellos, y del interior de su boca salia una larga pluma de guacamayo encarnado. Cuando le ví en la plaza de Tabatinga, estaba conferenciando con un caudillo de la tribu de los Muras, que habita las márjenes del rio Iça; cuyo caudillo no era menos deforme ni ataviado con menos estrañeza (Pl. XVI. — 1). Los Maxurunas llevan el pelo largo, y á veces se pintan el cuerpo de un color claro. Sus brazos están surcados profundamente de muescas que practican como ensayo ó indicio de sus fuerzas. Las costumbres de aquellos salvajes no son menos estrañas que su traje y sus facciones.

Entre ellos, la mujer recienparida no puede comer mono, y sí tan solo carne de hoco. Cuando nace un niño, le dan un nombre sin ceremonia ninguna; pero cuando le agujerean las orejas, los labios y las mejillas algun tiempo despues, toda la familia y aun la tribu entera celebran fiestas. Esta puebla, que es una de las mas potentes y numerosas del Marañon ó Salimoës-Superior, nunca ha sido subyugada por los portugueses ni por los españoles antes está infestando las orillas del Ucayalé y del Yavari que no ofrecen seguridad á los viajeros. Ocultos tras de un árbol, estos salvajes acechan el paso de los botes, los dejan comprometerse hasta poderlos alcanzar, y matando al piloto de una lanzada, se echan sobre la tripulacion á golpes de *tamacunos*, terribles clavas que en sus manos son un arma mortífera.

No son tan feroces é insaciables los Tecunas. Cuando hay una fiesta en Tabatinga, encamínanse allí en número considerable á bordo de sus piraguas, desnudos, engalanados con brazaletes en los brazos y rodillas, con charreteras y tocados de plumas, y un elegante ceñidor hecho de corteza de árbol. Las fiestas no son cortas, pues á veces duran hasta tres dias consagrados al baile y á copiosas libaciones de chicha. El azar me proporcionó una de aquellas fiestas verdaderamente curiosas. Despues de uno ó dos dias de orjía báquica, aquellos Tecunas aun se hallaron en disposicion de bailar. El motivo de aquella reunion era de arrancar, al son de la música y al compas de la danza, todos los cabellos de la cabeza de un niño de dos meses. Comenzó la fiesta con una horrísona música, á cuyo son se presentaron los actores: Abrió la marcha un hombre cuyo semblante estaba cubierto de una gran máscara en figura de mono, especie de cinocéfalo que representaba al diablo *Yurupari*. Los ribetes de sus vestidos, hechos de corteza de árbol, eran llevados por dos niñas indias. Venia en seguida una multitud de máscaras, unas jigantescas y semejantes á los *mamacombos* de los africanos; otras en figura de animales reales ó fantásticos, como peces, ciervos, aves, cuadrúpedos, caimanes y viejos troncos de árbol, y en pos de ellas una vieja diablesa, horriblemente fea, sucia, embadurnada de negro, jesticulando y marcando una música monótona en una gran concha de tortuga. Todos los actores de danza tan singular saltaban; daban brincos y echaban cabriolas á modo de cabritillos: no parecian sino unos endemoniados ó algunas de aquellas fantasmas creadas por el visionario Hoffmann en sus fantásticos ensueños. Sin embargo la imajinacion de Hoffmann era muy inferior á aquella realidad (Pl. XV. — 3). Semejante práctica de arrancar pomposamente los cabellos de un niño, no pocas veces hace morir al infante entre horribles dolores; por cuanto la accion dura á veces tres dias y tres noches no interrumpidas; práctica atroz que no puede ser justificada ni comprendida sino por una monomanía relijiosa.

Despues de una copiosa libacion de chicha sacada del aïpiri fermentado, el baile tomó un carácter menos confuso y terminó con una especie de paso guerrero que duró una ó dos horas; y en seguida cada uno fué á acostarse.

Visados ya nuestros pasaportes por el comandante de Tabatinga, dejamos este apostadero á 18 de diciembre, y llegamos el siguiente dia á San Pablo de Olivença. Hallábase en otro tiempo entre las dos misiones la villa de San José, en la actualidad destruida de todo punto y transformada en una vasta selva. La insalubridad del local ha hecho abandonar el establecimiento.

San Pablo de Olivença es uno de los sitios mas deliciosos de todo aquel litoral. Situado en un ribazo alto, á cien pies de altura sobre el nivel del mar, preséntase esta aldea en forma de anfiteatro en medio de vastas y frondosas praderas. Los desmontes de aquella mision ocupan una buena estension de terreno, y parecen anunciar alguna comodidad. Las casas, construidas en su mayor parte á lo europeo, no tienen mas que un alto. La iglesia es grande y suntuoso, y todo anuncia la procsimidad de países civilizados. Las mujeres de la mision van vestidas casi todas de telas de algodon. Los hombres tienen sus correspondientes cofres con cerrajas y llaves. Vense ademas en el pais espejuelos, tijeras y alfileres, procedentes de las permutas que hacen contra cacaos, de todo lo cual resulta cierto aspecto no acostumbrado de semi-civilizacion (Pl. XVI. — 2).

Los alrededores de San Pablo de Olivença están habitados por los Campivos, los Tecunas, los Culinas y los Araycas, que andan desnudos todos y se pintorrean el cuerpo de diversos modos. Las hijas de los Culinas son muy celebradas por su ajilidad en la carrera; y cuando llegan á la pubertad las acuestan en una hamaca suspendida del techo de la cabaña y espuesta á una continua humareda, donde olvidan á las jóvenes y las dejan sin alimento para hacerlas capaces de aguantar una casi estenuacion. No menos singulares son las costumbres que tienen los Araycas; pues entre ellos el jóven es quien ha de cazar mucho tiempo para su novia, para la que le está prometida desde la cuna, es el que antes de merecer la niña debe cuidar de su padre, mantenerle y sustentarle. La práctica mas curiosa que se cita entre los Campivos es la de estender á los niños en una cuna en forma de piraguas, y fijar su cabeza entre tablitas muy delgadas, á fin de darles por medio de la pre-

sion la figura de una mitra. Aquellos indios, lo mismo que los de las misiones del Alto-Solimotës, arrojan las flechas con una cerbatana; bien que por otra parte tienen unas costumbres pacíficas y leales y se muestran benéficos y hospitalarios hácia los viajeros.

Un dia de navegacion me condujo desde San Pablo á Iça, apostadero militar, donde por la noche celebraron nuestra llegada con una iluminacion, para la cual emplearon manteca hecha con sebo de tortuga vertida en cortezas de naranjas. A la luz de aquellos morteretes, doscientos indios escojidos de la tribu de los Passés ejecutaron una marcha militar, desnudos, con la cara pintada de negro y empuñando unas pértigas largas ó cerbatanas. Seguian á estos las mujeres y los niños; y á su vez los Yuris, otra puebla de las cercanías, se mezclaron con los Passés. Como no eran en tanto número, ejecutaron otras marchas alternando con los primeros corifeos. Ecsisten entre los Passés unos *payes*, ó hechiceros que gozan de un crédito casi ilimitado. Ambos pueblos habitan la parte inferior del curso del rio Iça, que nace al N. O. en la Cordillera. A unas cincuenta leguas mas arriba, lleva el nombre de Ponto-mayo, y en el acto de entrar en el Solimoës toma la denominacion de rio Iça.

En la misma zona y junto á la embocadura del Tocantin, se encuentran los Cauxicunas, conocidos por su costumbre de comer la carne de los cocodrilos. Hace algunos años que estos pueblos sacudieron el yugo brasileño y mataron á su misionero; por cuyo motivo esperimentan desde entonces cierto sentimiento de temor á vista de un estranjero. Estos pueblos andan desnudos y tienen el semblante chafarrinado de negro y de encarnado, y los brazos y las rodillas adornadas de cordones, de cortezas de árbol y de plumas. Sus chozas, construidas con hojas de palmera, tienen una forma cónica y una puerta sumamente baja. Toda la familia y los perros de la casa duermen confusamente en la pieza única del domicilio, pieza sombría, baja y ahumada. La comarca en que viven aquellos naturales encierra todo jénero de caza, á diferencia de las márjenes del Yapura, donde viven sus vecinos que se hallan espuestos á menudo á crueles miserias.

Desde Iça á Egas, embocadura de uno de los caudalosos afluyentes del Solimoës, el Yapura, se encuentran muy pocas aldeas y rancherías. Las dos orillas del rio, insalubres y nemorosas, están pobladas de animales silvestres que reinan en las profundidades de aquellos bosques. En tan dilatada cuanto sinuosa estension del rio solo merece mencionarse el pequeño apostadero de Forte-Boa, á la orilla izquierda del Solimoës. Llégase por fin á través de un pais inculto al villorrio de Casara ó Alvarens, agregado miserable de casas situadas en las márjenes de un riachuelo que desemboca en el Solimoës. Delante de aquel punto el Yapura se arroja al gran rio; mas apesar de los deseos de que me hallaba poseido de remontar las márjenes de aquel afluyente tan curioso para observado y seguir el itinerario de Spix y de Martius hasta la frontera brasileña, no tuve tiempo para verificar este reconocimiento. Por otra parte aquella comarca habia sido esplorada ya por los dos naturalistas alemanes con una paciencia tan sumamente minuciosa, que muy poca cosa hubiera podido añadir á su famosa empresa científica. Resumirémos aquí los principales puntos de un viaje que debe traducirse todavía, bien persuadidos de que no dejará de ser un servicio prestado á la Francia.

La embocadura de Yapura, situada casi en frente de la del Tefé, tiene cosa de una milla marítima de anchura. A medida que se va penetrando en aquel delicioso rio, se ven las orillas pobladas de selvas vírjenes. Spix y Martius penetraron por el Majonas, brazo lateral formado por una isla. Era aquella la época de las crecidas, y las aguas del Yapura, ordinariamente mas claras que las del Marañon, estaban á la sazon amarillas y cenagosas. Por lo demas, el aspecto litoral de las dos grandes corrientes era casi el mismo. El primer alto tuvo lugar en la embocadura del Tijuaca, desagüe del lago de Amona y en frente del Uranapu, rio caudaloso y profundo. Habia allí una factoría establecida para la pesca del manato y del *piracuru*. Estas factorías no son otra cosa que un cobertizo de hojas de coco y una gran andamiada de latas para hacer secar el pescado en una gran hoguera. En la época de la pesca, reina en aquel punto muchísima actividad. A veces es tan considerable su producto, que en el espacio de ocho dias se surten de provisiones para todo el año. Tienen unas calderas, dispuestas para hacer hervir el sebo, en las cuales utilizan hasta los mas insignificantes residuos de aquella esplotacion.

Al cabo de siete dias de navegacion, Spix y Martius llegaron á San Antonio de Marapi, aldehuela fundada desde hace unos cincuenta años y habitada actualmente por algunas tribus de los alrededores, como Passés, Yuris, Coërapas y Yumanas. Este apostadero se reduce á seis casas y una iglesia. Los Coërahas acampados en las cercanías tienen algunas ideas muy vagas de relijion: admiten la ecsistencia de un dios que todo lo ha creado para ellos, los rios, los bosques, el sol y las estrellas, y al cual adoran é invocan; pero no creen en la inmortalidad del alma y temen á la muerte, madre de la nada.

Los indios de Marapi se sirven de flechas emponzoñadas que arrojan con el ausilio de sus cerbatanas ó de sus carcajes siempre colgados de su cuello. Los arcos son de madera encarnada; ademas llevan una azagaya (*marucui*) y una clava (*cuidaraz*) cuya forma y ornamentos difieren segun las tribus, y un broquel hecho de una piel de tapir adobada ó del lomo de un caiman. Los mas ricos añaden una hoja de cuchillo. Deseando obtener algunas muestras de sus armas, Spix y Martius dieron á aquellos salvajes algunos objetos de vidriado é indiana y pañuelos. En la ensenada del Yapura no se encontraban bueyes, carneros ni cerdos; mas en cambio abundaba la volatería y los perros eran muy comunes.

Una tarde, al penetrar en una cabaña de indios, hombres, mujeres y niños enteramente desnudos, los dos naturalistas retrocedieron de terror al ver una serpiente horrible de escamas amarillas y verdes, de cuatro varas de largo y ostentándose derecha en medio de aquella habitacion como un comensal familiar y cariñoso. Al entrar los viajeros, aquel huésped singular se creyó obligado á darles algunas pruebas de urbanidad, y de consiguiente se les acercó dando brincos y bailando á la voz de un indio anciano; en seguida se arrolló y desarrolló, ora en un sentido, ora en otro, y despues de tan amigables demostraciones se retiró á un rincon de la casa, en un monton de heno y no se movió mas. No todas las moradas de indios tenian su serpiente, pues solo los brujos saben domesticar aquellos réptiles por venenosos que sean arrancándoles los ponzoñosos colmillos, y los emplean para curar mordeduras. Esta ciencia les induce á subyugar á los demas salvajes, no menos crédulos que supersticiosos.

Mientras corrió el Yapura de N. á S., la vejetacion de sus riberas pareció no ofrecer á los dos viajeros diferencias muy notables con la de las orillas del Salimoës; pero cuando el rio tomó la direccion de E. á O., manifestáronse algunas plantas que hasta entonces no se habian visto aun. Las especies que habia mas notables en los terrenos bajos y pantanosos eran la zarzaparrilla y el cacao.

Spix y Martius pasaron inmediatamente á la aldea de Malloca, situada en la orilla meridional del Yarupa, cerca del lago de Acunaui. Aquel lago tiene poca estension y sus aguas son de un color sombrío. Apiñábanse en una de sus ensenadas algunas chozas cónicas, habitadas de indios desnudos hasta la cintura, y eran Cauxicunas que pueblan toda aquella zona. Desembarcados en aquel punto, encontráronse los viajeros con un jóven indio, bien formado, hablando con bastante correccion la *lingua geral* é hijo del caudillo de aquella aldeilla, el cual acompañó á los estranjeros á una de sus cabañas espaciosas. La actitud de aquellos salvajes estaba demostrando cierta timidez, pero no hostilidad ni malevolencia. En consecuencia Spix y Martius penetraron sin ningun temor; mas, cual fué su sorpresa cuando, despues de haber entrado en la cabaña con algunos de sus bateleros, se encontraron repentinamente en una selva india, en presencia de treinta guerreros armados de arcos y de flechas, sentados en hamacas suspendidas de las paredes ó apoyadas en las estacas intermedias, componiendo una guarnicion formidable, inquieta, inmóvil, silenciosa, con el arco tendido, y dispuesta á disparar sus flechas contra los Europeos á la primera accion mal comprendida y al primer movimiento de retirada! Crítica era la situacion, aunque aquellos hombres no habian proyectado ninguna especie de emboscada sino por temor de algun ataque. La aparicion de muchos bateles en el lago les indujo á sospechar una invasion premeditada; á cuyo objeto propusiéronse combatirla con la astucia igualmente que con la fuerza, y su plan, segun echa de verse, no dejaba de tener una especie de habilidad estratéjica. Atraidos á un angosto callejon sin salida, en medio de guerreros sobre las armas, los Europeos hubieran sucumbido todos antes de combinar sus medios de defensa. La luz, el espacio, todo les faltaba: así que, todos hubiesen perecido bajo las flechas ponzoñosas. Comprendiendo Spix y Martius cuan equivocados estaban los salvajes acerca de sus verdaderas intenciones, conservaron toda su sangre fria en medio de aquel peligro, quitáronse las corbatas y las ajitaron en señal de amistad y de paz: á cuyos jestos el caudillo de aquellos guerreros hizo detener á sus jentes, adelantóse en persona, fraternizó con ellos y aceptó su botella de aguardiente, no queriendo habérselas en ningun modo con hombres inermes. Aquel jefe era un hombre de cinco pies y ocho pulgadas de altura, de pecho ancho, y formas atléticas que su desnudez hacia aun mas salientes. Al acercarse á los dos naturalistas, hizo un movimiento que podia considerarse como un abrazo y frotó contra su rostro su semblante embadurnado de achiote. Hasta entonces no habian observado tal muestra de afecto entre los indios de la clase ordinaria y despues de las primeras etiquetas el jefe de Cauxicuna interrogó á los dos viajeros por medio de un intérprete sobre el rey de Portugal y del Brasil, y se formó una idea tanto mas favorable de aquel monarca en cuanto se lo describieron como á un hombre de talla jigantesca. Por consecuencia de esta conversacion reinó la mayor armonia entre los naturalistas y los indios. El jefe en muestra de amistad les dió un arco de madera roja y un pa-

queto de flechas envenenadas. Sus vasallos jenerosos tambien á proporcion de sus haberes, regalaron tambien armas y frutos á los europeos que en cambio ofrecian á la tribu diferentes chucherias aceptadas con reconocimiento como eran anzuelos, collares, etc. etc. Entre los indios no habian mas que hombres; las mujeres y los niños, por precaucion probablemente, se habian reunido en una choza lejana. Mientras que los viajeros estuvieron en el interior de la choza las mujeres echaban gritos lamentables. Los hombres eran bastante bien hechos y su color muy subido; no se desfiguraban con pinturas y el lobadillo de sus orejas era muy grande. Como nunca habian visto blancos, de ahí provenia el interés que les causaba todo cuanto veian, así vestidos como adornos y dijes de cualquier especie. El menor jesto, la menor palabra les causaba una gran sorpresa; pero lo que mas les admiró fué ver que el doctor Spix anotaba el vocabulario de su lengua á medida que se le indicaba el valor y sonido de cada palabra. El jefe indio guardaba entre los suyos cierta majestad pues conocia los derechos de su título y hacia valerlos: cuando los naturalistas se despidieron no se movió de su sitio y encargó á su hijo que les acompañase hasta el puerto. Las cabañas de aquellos Cauxicunas eran las casas mejor construidas que habian visto hasta entonces Martius y Spix; tenian treinta pies de diámetro y veinte de alto, dos puertas cuadradas opuestas una á otra y de cuatro pies de altura y una abertura formada en el techo para dar entrada á la luz y salida al humo. Vueltos de su espedicion los viajeros acamparon en una isla donde hallaron una gran cantidad de huevos de una especie de lagarto (*iguana ó euphirus*), una capa de tierra y de hojas escondia aquellos huevos á unas cigüeñas muy golosas que sin embargo los descubrian y devoraban. Aunque estos huevos estuvieran ya empollados, los indios se los comen con gusto y se los disputan á las cigüeñas. Estas (*ciconia americana*) y algunas garzas reales (*ardea agretta*) eran los únicos pájaros acuáticos de aquellos sitios, y aun nos dijeron los indios que eran rezagados porque desde que habian crecido las aguas del Amazona debian haber pasado ya las cataratas del Yapura y vuéltose á las rejiones del N. Este hecho concordaba con las observaciones de M. d'Humboldt que ha manifestado que las aves acuáticas del Orinoco, despues del equinoccio de la primavera que es cuando crecen las aguas se van hácia el S. porque no encuentran ya bastante pasto en las márjenes del rio. Los viajeros prosiguieron así su viaje por entre las islas y á lo largo de la ribera septentrional del Yapura. Esta navegacion era muy difícil por la celeridad de la corriente, á veces por los muchos troncos de árboles ocultos debajo del agua, y otras por nubes de mósticos en medio de un calor sofocante bajo una atmósfera lluviosa sin embargo y casi siempre sin sol. Llegaron al pueblecillo de San Juan del Príncipe, situado sobre la márjen septentrional bastante elevada en aquel lugar que es el establecimiento portugués mas recóndito en aquel paraje: fundáronle en 1808 y se pobló de familias de Coretas, de Yuris y de Yamas salidas de los vecinos bosques. El fundador tuvo sin duda un pensamiento que se ha frustrado, porque los indios no han salido de la autoridad de sus jefes indíjenas mas que para pasar á la de un blanco ó mestizo cuyo poder arbitrario sobrado lejos de una dependencia civil ó militar le hace abusar de su predominio. Tras ese ajente superior siguen por lo comun el despotismo, la intriga, la escasez y una miseria profunda, plagas á las cuales prefieren los indios los azares de su vida errante y la calma de sus bosques. Aunque sujeto á fiebres el terreno fué bien escojido: allí habian fijado su morada los criollos brasileños: los Pablistas son sin duda los que mas tienen un instinto de colonizacion agrícola: el terreno de San Juan era para ellos un magnífico campo de esplotacion porque su fertilidad es verdaderamente increible: allí se ven raices de yuca de treinta libras y racimos de bananos de ciento.

Spix y Martius llegaron despues al sitio de Urivani donde fueron recibidos por el Taubixava Miguel, jefe yuri conocido por todo el Yapura. Hacia muchos años que llevó este jefe de las selvas de Paubos á un centenar de indios que tienen hoy dia grandes cabañas semejantes á las de los blancos. La mayor parte de las familias tienen ademas un vasto cobertizo abierto donde cada cual cuelga su hamaca, y se regala (segun su misma espresion) con el fuego que tienen debajo. Apesar de sus frecuentes comunicaciones con los blancos, son los Yuris unos verdaderos salvajes de los bosques, *indios domatos*. No tienen otros vestidos que el cinturon y el calimbé; cultivan la yuca, el banano, el coco y el achiote, pero en poca cantidad, lo que les basta para sus necesidades, y viven del producto de su caza y pesca, ambas muy abundantes.

Tambien vieron Spix y Martius los bailes de aquellos naturales. El que dirijia los pasos de los bailarines tenia un largo cilindro de madera en la mano izquierda, con el cual marcaba en el suelo el compás; de este modo acompañaba los movimientos de las comparsas, cubiertas todas de máscaras estrañas y echando grandes chillidos. Para aumentar algunos esta algaravia, tocaban unos tamborcillos de madera de panax mentoni. En fin en los momentos que exijian

enérjia; era dominada esta orquesta por el gran espontón del tubixaba cuyo sonido es agudo y penetrante. Al son de música tan estraña se ajitó una tropa de hombres vestidos de guerreros mandada por su jefe (el tubixaba). Formaron pasos militares y figuraron evoluciones. Ocultos detras de grandes adargas hechas de pellejo de tapir hicieron al principio algunos jestos amenazadores y lanzáronse despues sus dardos. No hay nada tan estraño y repugnante como el aspecto de aquellos hombres con sus músculos lucientes, sus jestos horrorosos y sus gritos redoblados. El modo que tenian de arrojarse los dardos con estrañas contorsiones y de ocultar detras del broquel su rostro pintarajado de achiote, contribuia á dar á este espectáculo un aspecto enteramente fantástico.

Cuando partieron los viajeros de Urivani eran conducidas sus siete barcas por sesenta remeros. De todos aquellos indios, solo los que habian venido de la Amazona tenian un color sano; los demas eran pálidos ó amarillentos, con lo cual daban un carácter mas repugnante á las pinturas de su cara. La mayor parte tenian un gran barrigon; los de edad avanzada revelaban algunos síntomas de obstruccion en el hígado y en el bazo, resultado de las frecuentes calenturas que desuelan las orillas del Yapura y contra las cuales no conocen ningun remedio los naturales, ni cuidan de preguntarlo á los blancos cuando pasan; solo oponen al mal una indolente enerjía. Este hecho debe acreditarse para destruir esas opiniones vulgares que atribuyen á los indios la facultad de poseer remedios muy eficaces contra las enfermedades. Apesar de su estado enfermizo trabajaron los remeros incesantemente, y las barcas llegaron en breve á la primera catarata llamada Cupati. A medida que se llegaba á ella eran mas bajas las orillas del Yapura y los bosques menos espesos. Por la tarde despejó su cima la sierra de Cupati, oculta hasta entonces en negros nubarrones; y al dia siguiente se dejaron ver aquellas montañas cuya altura es de seiscientos pies sobre el cauce del Yapura. Los flancos de esta cadena son escabrosos hasta en sus mas pequeñas sinuosidades. Acercábanse entonces los viajeros á la catarata, la cual dejaba oir un ruido sordo y atronador. El alveo del rio acanalado bajo la misma catarata, no tiene mas que 600 pies de elevacion. Parece que el Yapura ha apurado todos los recursos antes de encontrar una salida; pero encima de la catarata cubre toda la campiña revestida de una vejetacion compacta. Es un lago donde reflejan bosques magníficos; pero desde que logra ábrirse un canal en la roca se precipita el rio con una violencia estrema. El sacar del rio una embarcacion por aquel paso es muy difícil. Sin embargo los indios lograron hacer remontar sus piraguas con el ausilio de buenas cuerdas.

Una legua mas arriba de esta catarata, se presenta otra mas considerable aun, donde nos vimos precisados para poderla pasar, á alijerar nuestras piraguas de la carga. Todo fué llevado en hombros por los indios que subieron penosamente por aquellas inmensas rocas. Mas allá de este punto estaba situado el pueblo de Manacura, habitado por Yuris, pueblo guerrero que infecta sus flechas con omon, planta venenosa muy abundante en aquel territorio. Mas adelante todavía van bajando las orillas de un modo tan gradual y completo, que al llegar al pueblo de Miranhas (Porto dos Miranhas), las chozas de los naturales están casi al nivel del rio. Porto dos Miranhas, llamado así por los portugueses, es un pueblo mezquino construido en la orilla del rio. Las habitaciones diseminadas por el bosque no rompen la monotonía de ambas márjenes del Yapura por el poco espacio que ocupan; cincuenta indios poco mas ó menos acampaban en aquella aldea bajo la autoridad de un jefe, que siguiendo la costumbre de los jefes indios habia tomado un nombre cristiano, sin haber sido probablemente bautizado. Apenas llegaron á Porto dos Miranhas las piraguas de los viajeros, cuando las rodeó toda la poblacion prorumpiendo en descompasados gritos, y los condujeron á la presencia del jefe supremo. Llamábase este Juan Manuel y estendia su poder absoluto sobre todo el alto Yapura. Este hombre tuvo sin duda bastante audacia y valor para dominar su tribu y hacer en ellas esclavos lo mismo que en las vecinas. Para vender estos esclavos se habia dirijido á los blancos, y á fuerza de rozar con estos llegó á tomar algunos hábitos europeos. Así pues mostrábase muy orgulloso y contento de enseñar la camisa y el pantalon que llevaba, de comer en un plato de porcelana, afeitarse cada dia y cubrirse con un sombrero. Diferente de los indios que no pueden soportar ningun vestido, era su mayor placer el ataviarse para distinguirse asi de sus súbditos salvajes. Juan Manuel no sabia el portugues pero se espresaba bastante bien en lengua *jeral*. La actitud, la semicivilizacion y vestido de este jefe, contrastaban admirablemente con el embrutecimiento completo y asqueroso de aquellas hordas. Juan Manuel era un jefe de antropófagos que hablaban apenas su propia lenga, y no reconocian ni querian reconocer el dominio portugués: si eran vasallos y humildes servidores de Juan Manuel era por pereza, por orgullo y por egoismo.

Spix y Martius hablaron un rato con el jefe de Porto dos Miranhas y halláronle muy superior á los súbditos que mandaba. Los indios prorrumpian de cuando en cuando en grandes

cercajadas, aunque sin motivo alguno, con una viveza, una alegria y una locura que no se advierte en los demas indios. Estos Miranheros son la tribu mas numerosa y pujante de todo el Yapura. Dícese que ascienden á 6.000 cabezas: los bosques que ocupan tienen cincuenta leguas de estension. Sus tribus son diversas y multiplicadas; cada una de ellas tiene su dialecto sus jefes y sus usos. Rara vez están en paz entre sí.

Separáronse los dos naturalistas en Porto dos Miranhas. Martius cómo mas robusto y decidido, resolvió ir solo hasta los límites del territorio brasileño; Spix se quedó en Porto dos Miranhas, al lado de Juan Manuel. Antes de su separacion abatieron los indios un gran *yucaré uva* (*callophyllum inophillum*), y lo llevaron al puerto para hacer con el tronco una piragua. Levantaron un armatoste, colocaron en él el árbol y empezaron á reducirlo á fuerza de hachazos hasta el tamaño de una tabla. Arqueáronlo luego por medio del fuego que tenia debajo (PL. XVI. — 4), y en tanto los indios preparaban cazabe y bejus para proveer la piragua de Martius. Gracias á algunos presentes de cristaleria y telas pintadas la obra se redobló con calor. Las mujeres desempeñan todos los quehaceres de los hombres: solo ellas tienen algunas nociones industriales, arreglan las hamacas y las fabrican en tanta cantidad que se esportan hasta la provincia del rio Negro y Belem. Tambien son las mujeres las que cultivan la yuca y hacen el cazabe. Tienen ademas plantaciones de algodonales, hilan con la rueca el producto de este arbusto, y lo tiñen con el jugo estraido de diversas plantas. Machacan despues el grano, lo hacen hervir con agua y echándole pimienta hacen un guisote que se come. Obtienen ademas las mujeres por medio de la incineracion del *yukyra-uva*, y de muchos *spadix* de palmeras, una substancia salina que deja despues de su evaporacion un residuo reemplazante de la sal. Toda la volateria doméstica está al cuidado de las mujeres: los niños no participan de los cuidados caseros, pero recorren los bosques vecinos para recojer raices, frutos é insectos como hormigas, pescadillos, ranas y *lata potaba*, especie de yesca. Otra de las industrias debidas á las mujeres es la fabricacion de camisas de corteza de *turivi*, violentamente batida á mazazos, las cuales carecen de costuras. Con la corteza del turuvi negro, hacen ademas unos cofrecillos para guardar sus atavios, y el turum blanco lo emplean para cinturones que tiñen despues con color de tierra. Apesar de esta actividad industrial, casi siempre van desnudas las mujeres, sea que los vestidos les pesen, sea que no los encuentren cómodos.

Apenas llegaron los viajeros á Porto dos Miranhas cuando vieron acorrer de todos aquellos alrededores un tropel de indios salidos de los bosques y reunidos al sonido del *tròcano*, instrumento compuesto de pedazos de madera hueca con una abertura oblonga. Por medio del tròcano se reunen los indios de los campos, y se advierten entre sí de cuanto interesante ocurre. Segun la novedad, asi es el sonido. La guerra se anuncia por un toque distinto, la demanda de víveres por otro, y la llegada de forasteros por otro. Asi, apenas aparecieron las piraguas de Spix y Martius, cuando el tròcano de Porto dos Miranhas dejó oir á lo lejos el grito de: « llegan estranjeros »: esparcióse este sonido por una y otra orilla y el tubixaba, jefe de Miranhas, anunció que dentro de una hora todos los *mallocas* del país, sabrian el arrivo de los dos naturalistas. Este estraño telégrafo puede anunciar cualquier novedad á la comarca, sea de noche ó de dia y á cada momento. Semejante instrumento de una civilizacion perfecta, es un arma peligrosa y temible en aquellos pueblos salvajes, que ignorado por los europeos, puede reunir contra ellos treinta ó cuarenta tribus, en el momento en que creerian que tenian que habérselas solo con una. Martius y Spix se quedaron pasmados al saber la clase de instrumento que era este y los servicios que hacia. En los primeros dias de su llegada, y cuando el interés que les rodeaba tenia aun el atractivo de la novedad, no podian decir una palabra ni dar un paso sin que todos aquellos contornos lo supiesen por medio del tròcano; « El blanco come, » decia el tambor telegráfico: « el blanco duerme » : ó bien; « ahora bailamos con el blanco; » y asi lo demas. De este modo la curiosidad condujo desde el fondo del pais á un tropel de indios que nunca hubieran salido de sus guaridas sin esta novedad. Nada de agradable tenia para los dos naturalistas esta afluencia, cada dia creciente, de tribus antropófagas, que podia aumentar aun considerablemente: una palabra mal comprendida, una querella bastaban para poner aquello en conflicto y esponerles á ser muertos, asados y devorados. Recomendaron encarecidamente á sus jentes, que evitasen todo motivo de colision, y sobre todo que no suscitasen los zelos de aquellos que parecian guardar á sus mujeres con una estrema desconfianza. Era necesario evitar hasta la idea de un reproche y de un equívoco; pues la antropofajia estaba tan arraigada y admitida en aquellas tribus, que nadie lograba escapar ni procuraba hacerlo. El mismo jefe y su mujer, arrogante y hermosa india, confesaban candidamente haber comido carne humana y haber hallado su gusto esquisito.



3. Chute de Yapura, à Arara-Coara.
3. Cascada de Yapura en Arara Coara.



4. Construction des Pirogues, à Porto dos Miranhas.
4. Construccion de los Piraguas en el Puerto de Miranhas

La separacion proyectada tuvo lugar. Martius se volvió á embarcar en el Yapura y subió rio arriba, el cual habia bajado considerablemente. Las corrientes que obstruian el paso eran entonces un vardadero embarazo y casi un peligro. Parecia que los indios no remaban ya con su primera enerjia, de manera que era de creer que las picaduras de los *piouns*, especie de mosquitos que les atormentaban diariamente, les quitaban una porcion de sus fuerzas. La corriente con su impetuosidad, las fiebres que minaban la tripulacion y al mismo viajero, todo hacia este viaje, penoso, triste y peligroso.

Enfin, al cabo de ocho dias de navegacion, llegó Martius á la vista de *Arara Coara* (el agujero de la Arara), la catarata mayor del Yapura. En este paraje ha agujereado el rio una montaña precipitándose en una sabana de espuma por la abertura que ha hecho. Magnífico espectáculo es el ver la hermosa caida de aquellas abundantes aguas en medio del bellísimo paisaje y risueña naturaleza que la rodea (Pl. XVI. — 3). La altura de la caida es de 60 pies. A derecha é izquierda del cauce del rio se elevan peñascos graniticos tapizados de mirtos y psidios; y cuando acaban las rocas, empieza el bosque con sus bóvedas sombrias y eternas. No puede formarse una idea del horror de aquellos sitios que parecen estar aun en su estado de desórden primitivo. El aspecto de la rejion salvaje con aquella irregularidad, indica claramente que la mano del hombre no ha segado allí nada ni añadido lo mas mínimo á la vejetacion, que su huella no ha pisado aquellos andurriales y que jamas su presencia disputó la posesion de aquellas selvas á los pájaros y fieras que las habitan. En los sitios donde las márjenes del rio dejan lugar á la vejetacion, se ven esparcidas acá y acullá plantas tan espesas y crecidas que cualquiera las tomara por un tapiz de musgo. La cima del muro, alto de ciento veinte pies está cubierta de arbustos.

En esta cascada del Yapura tan pintoresca y horrorosa, se detuvo el viajero aleman. A la vista de semejante obstáculo parecia imposible toda navegacion. En este mismo paraje hicieron notar los indios un peñasco donde habia algunas esculturas gravadas por el tiempo y acercándose en el mismo instante hacia él todos los de la tripulacion con ademanes de un profundo respeto repitieron á la vez: « *Toupana! Toupana!* (Dios)! Esaminando algunos momentos Martius aquella roca, descubrió cinco cabezas, de las cuales cuatro estaban rodeadas de rayos y la quinta tenia dos cuernos: estaban tan ennegrecidas y borradas que era fuerza suponerlas de la mas remota antigüedad. Mas inmediato al rio, sobre un pedrusco chato y horizontal de unos nueve pies de altura, apercibió Martius algunas otras figuras que las aguas debian de tener cubiertas y estaban entonces casi enteramente borradas; eran diez y seis tan groseramente ejecutadas como las anteriores y representaban casi todas cabezas de jaguares, sapos y rostros humanos. Un viejo marinero indio de la tripulacion de Martius, aseguró á este que habia otras muchas semejantes en las cascadas del rio Mesai y del rio *Dos engaños;* él mismo vió algunas en Cupati.

Al dia siguiente de su llegada á Arara-Coara, fué Martius con los indios á dar un paseo al bosque vecino que afortunadamente estaba libre de mosquitos. El camino era áspero y escarpado, la vejetacion parecia distinta de la que se veia á lo largo del rio. En ninguna parte se dejaba ver la piedra, pues estaba cubierta por una espesa capa de estiercol. Subió Martius á algunos peñascos graníticos que formaban los dos espolones del rio en la parte superior de su vertiente y desde allí iba mirando á vista de pájaro el torbellino y quedaba el ojo fascinado con los májicos efectos de aquella masa de agua que se deslizaba como lava: las paredes graníticas estaban cortadas perpendicularmente como si se hubiese abierto la montaña por una catástrofe repentina. Los bordes del abismo estaban cubiertos de arbolillos y malezas; calculó Martius que toda esta meseta de la Arara-Coara no estaba mas elevada que á quinientos pasos sobre la confluencia del Yapura y Solimoes, donde apesar de ser tan nimia la elevacion tenian los vejetales un carácter particular. La presencia de tres especies de quinaquina indicaba la frontera de dos grandes rejiones botánicas, la del Brasil y la de la Colombia. Por lo demas dejando á parte esta barrera de espuma nada habia allí que indicase un límite ni el paso de un estado á otro. Aquellas lejanas provincias no estaban pobladas mas que de tribus salvajes enemigas de los europeos, y por tanto la autoridad de estos últimos es puramente nominal en dichas rejiones, pues sirven tan solo para especificar en los mapas la separacion de ambos estados.

Habiendo llegado de este modo á los límites del Brasil, dió Martius órden de retrogradar bajando por el rio, órden que fué acojida con gritos de alegria por la tripulacion india. Solo tres dias bastaron para volver á pasar aquella grande distancia y regresar á Porto dos Miranhas, donde Spix con el resto de la jente jemian bajo el azote de las fiebres. La piragua empezada antes de la partida del naturalista no estaba concluida. Juan Manuel se hallaba ausente, y esperábase su vuelta de un momento á otro. Martius y Spix apresuraron los trabajos de construccion y al cabo de diez dias estaba la piragua á punto de concluirse, cuando los

trócanos de las comarcas vecinas resonaron: era la señal del regreso. Una flotilla de piraguas apareció en efecto en el rio conduciendo al jefe y sus guerreros. Regresaban de una espedicion lejana trayendo consigo un rico botin de cazabe, bejus y hamacas. Seguian despues los prisioneros; su aspecto era sombrio pero no doloroso; los vencidos no ecsalaban ni quejas ni suspiros á pesar de ser impelidos por los vencedores de un modo atroz y brutal. Llevóse el botin á las cabañas de Miranhas, en hombros de los prisioneros. Acabado este trabajo les dejaron á todos pasearse libremente, á escepcion de un solo hombre sumamente robusto á quien ataron los pies por haber intentado escaparse: los prisioneros no habian comido nada en todo el dia y luego los repartieron entre los vencedores, que á su vez los vendieron al Tubixaba.

Por la tarde fueron los indios á entregarse al sueño, pero se levantaron al anochecer y fueron ante la cabaña de su jefe quien les regaló galletas y otras golosinas que les gustaban mucho. Los naturalistas presentes fueron convidados á tomar parte en esta colacion: habiéndose sentado Spix al lado de Juan Manuel enseñóle este la cabaña de los prisioneros y haciendo un jesto horroroso le dijo por medio de su intérprete que habia hecho muy buenos negocios en el curso de aquella campaña. Al decir estas palabras suponia que Spix habia bajado apresuradamente el curso del rio para llegar á tiempo de comprar prisioneros: pero quedóse sumamente sorprendido al ver que en cambio de algunas bagatelas le dió el viajero tantas hachas y cuchillos que bastaran para precio de sus prisioneros: no queriendo quedarse atras en jenerosidad, el jefe indio regaló al viajero á su vez dos muchachas y tres niños. No reusó Spix recibir aquellas pobres criaturas, pues todas hubieran perecido en Porto dos Miranhas donde ya la mayor parte de los prisioneros eran víctimas de las fiebres. Tres de aquellos niños sobrevivieron á las fatigas del viaje; Spix guardó el de mas edad y regaló los demas que murieron á poco: despues de una permanencia bastante larga en Porto dos Miranhas emprendieron ambos viajeros el camino de la Amazona; habiendo bajado algun tanto las aguas, esperimentaron alguna dificultad en pasar el paso de Cupati; pero salvado este único inconveniente entraron pocos dias despues en el gran rio.

Al unirse el Yapura con el Amazona ó el Solimoes, se presenta á la vista un admirable rio. Desde San Pablo de Olivenza que tenia ya una latitud considerable en un cauce tapizado de islas cubiertas de bosquecillos, á esta altura es muy raro que se distingan bien desde las dos orillas del rio todas las islas escalonadas en el Solimoes que parecen desiertas ó incultas: su vejetacion se presenta algo distinta de la de tierra firme, y las diversas familias de palmeras son muy numerosas y de mucha elevacion. El curso del rio de una celeridad muy variable segun la naturaleza de las corrientes y contra corrientes que le modifican, ordinariamente es de tres especies, la del medio del rio y la que se forma en cada uno de los bordes. La mayor rapidez es de seis millas por hora.

Despues de haber pasado la embocadura del Yapura donde hemos seguido á los dos sabios alemanes, se encuentra el pueblecillo de Egas llamado Tefe por los naturales, nombre de un rio, el cual está situado distante dos leguas de su union con el Solimoes. Egas es una de las estaciones mas importantes de aquella zona, y depósito del comercio con todo el Solimoes superior, y sus diversas afluentas; está bastante provisto de mercancías europeas, y aunque algo mas caras que en Para son mucho mejores que las que llegan del Perú y de la Colombia despues de haber atravesado los Andes. Este territorio es fertil y favorecido por la naturaleza.

En Egas es donde se halla en mayor número aquella clase de mercaderes llamados *Brancos* que no son mas que compradores y vendedores de esclavos, los cuales eluden la ley que declara libres á los indios establecidos en factorias en el interior del pais para continuar su trafico de carne humana. Cuando un Branco necesita indios sea para venderlos ó para quedarse con ellos, empieza asociándose con tres ó cuatro especuladores de la misma clase, con los cuales solicita la entrada de las misiones indias, es decir la facultad de subir por el Yapura donde se efectua el mayor comercio de esclavos. Obtenido el permiso arman los Brancos una flotilla de piraguas y se embarcan en el rio. En el sitio donde sospechan que hay una tribu oculta en las selvas, salen una noche de sus piraguas y se hacen guiar hácia la tribu para sorprenderla en sus hamacas. Esta especie de guerra de acechanzas tiene en contínua alarma á los salvajes. En vista de esto facilmente se concibe el motivo de la contínua vijilancia y toques de trócanos que nos refieren Martius y Spix. Los indios no tienen con los Brancos ni tregua ni descanso. Estos avaros especuladores los sorprenden en medio de sus fiestas bailando delante de sus fuegos, en sus orjias, y en su embriaguez de chicha cuando les obliga á tenderse en sus hamacas. Las armas de fuego preservan á los Brancos de las flechas de los naturales. Otras veces en vez de recurrir á espediciones personales y peligrosas, se aprovechan de las guerras de tribu á tribu y compran los prisioneros que hacen mutuamente aque-

llas, mediante algunos objetos de cristal y otras fruslerias. Hé aqui como se hace ese comercio de hombres, único que ofrece alguna ventaja en aquellas desiertas rejiones, y el que solo es capaz de atraer algunos comerciantes europeos.

La historia natural de las cercanías de Egas, parece que es la mas rica de toda aquella parte. Las grandes y pequeñas especies de animales son muy abundantes. En las selvas que circundan el Tefe se encuentra el tapir (*tapirus americanus*), el *maipuris* de Barrera, el *miborebi* de Azara; el *anta* de los españoles. De los *tapires* parece que hay dos clases: la una comprende los mayores que tienen las puntas de las orejas blancas y llegan á hacerse tan grandes como un buey, pero con patas mas pequeñas que este: tiene cuatro dedos en los pies delanteros y tres en los de detras. Cuando joven está desnudo y manchado como un gamo; pero á medida que crece desaparecen las manchas y se hace de un color castaño oscuro. Su cabeza es larga, estrecha y convecsa encima de la frente; los ojos pequeños y azules y las orejas semejantes á las del buey, si bien mas cortas y anchas. El tapir tiene una especie de trompa de cuatro pulgadas de largo: vive de yerbas y ramas de árboles y se sumerje algunas veces en el agua dejándose arrastrar por la corriente del rio. El tapir es fuerte pero inofensivo; no combate mas que cuando le atacan. El jaguar no se le presente nunca de frente; pero busca ocasiones de sorprenderle por la espalda. Aunque rechoncho y lento en apariencia despliega el tapir suma celeridad en la carrera cuando llega el caso.

Las márjenes del Amazona y del Tefe tienen como el Orinoco y el rio Magdalena sus razas de cocodrilos; pero no se muestran en gran número mas que en los parajes del rio donde hay aguas estancadas. Los jaguares ú onzas se distinguen en toda la estension de los bosques por su variedad de especies y magnitudes. Dícese que en la estacion seca arrojadas estas fieras de los bosques por el hambre van á las orillas de los rios para cazar la tortuga como pudíeran hacerlo los indios. Sea instinto ó imitacion saben volver á estos animales sobre su concha para devorarlos con mas comodidad. Hay mas, acabada su primera comida, dejan las demas en la misma posicion para que no puedan escaparse. De este modo tienen guardadas las provisiones para hacer otra comida.

Las serpientes de todas clases que infestan aquellos bosques han dado orijen á horribles y maravillosas tradiciones. Los indios contaron á Lister Maw que en ciertos lagos ecsistia una serpiente acuática, que no sufria que ningun ser alguno viviente habitase con ella en sus dominios y ella sola llenaba los lagos donde se albergaba, lagos que estaban vedados á todo el mundo, hasta á las piraguas de los naturales. Antes de aventurarse á entrar en un estanque donde se presumia encontrar á un habitante tan temible, los conductores de canoas tocaban la trompa ó hacian mucho ruido para asegurarse si habia alguna serpiente. Para dar mas crédito á su version fabulosa, invocan siempre los indios la autoridad del cura y dicen que yendo este á predicar á la montaña descubrió en medio del bosque las huellas de una serpiente cuyo volúmen era poco mas ó menos como el de un navío de linea. He aquí lo que dicen los indios que son los hombres mas crédulos del mundo. Las producciones del distrito de Egas son el algodon, el cacao, el azucar y la yuca. La zarzaparrilla no se encuentra mas que en su estado salvaje. En el pais se emplea la corteza de un arbol para sustituir al papel de fumar. Las casas de Egas son hermosas á primera vista; algunas de ellas recuerdan las habitaciones europeas, aunque jeneralmente su altura no escede mas allá de un piso. La casa del comandante del punto es la mas suntuosa de todas y tiene una galeria esterior de madera. La iglesia está construida con bastante solidéz. La poblacion total de Egas se compone de cuatrocientos habitantes la mayor parte blancos y mestizos. A la parte opuesta del espacioso estanque que se estiende delante de Egas, está sentado Nogueyra, otro punto comercial de tanta importancia como el anterior. En ambos establecimientos son las mujeres indias activas é industriosas, fabrican bebidas y hacen utensilios caseros con calabazas cortadas y barnizadas con una untura que ellas preparan. Arreglan ademas unas hamacas de algodon las unas, y las otras de una mezcla de paja y algodon.

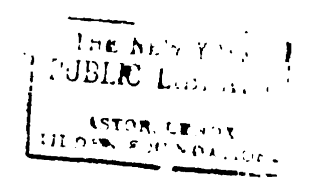
Despues de dos días de descanso salí de Egas y me embarqué en el Tefe, rio cuyas aguas son claras y profundas, dirijiéndome al Solimoës. De Egas á la Barra de rio Negro se encuentran muchas poblaciones indias que no ofrecen nada de particular. El aspecto del rio monótono y salvaje no es interrumpido mas que por las bocas de sus numerosos afluyentes, y los grupos de islotes que le obstruyen. El mas tributario de los que desembocan en este rio es el Puro que está situado hácia la izquierda. La playa mas importante es la de Goa Saratura, célebre por la pesca de los huevos de tortuga. Al pasar yo por ella hallábase esta pesca en su mayor actividad. Habíanse construido cabañas de hojas de palmera sobre la arena para alojarse los indios que habian acudido de aquellas cercanias, y los mercaderes de Para. Este reducido espacio mostraba el trabajo y la actividad:

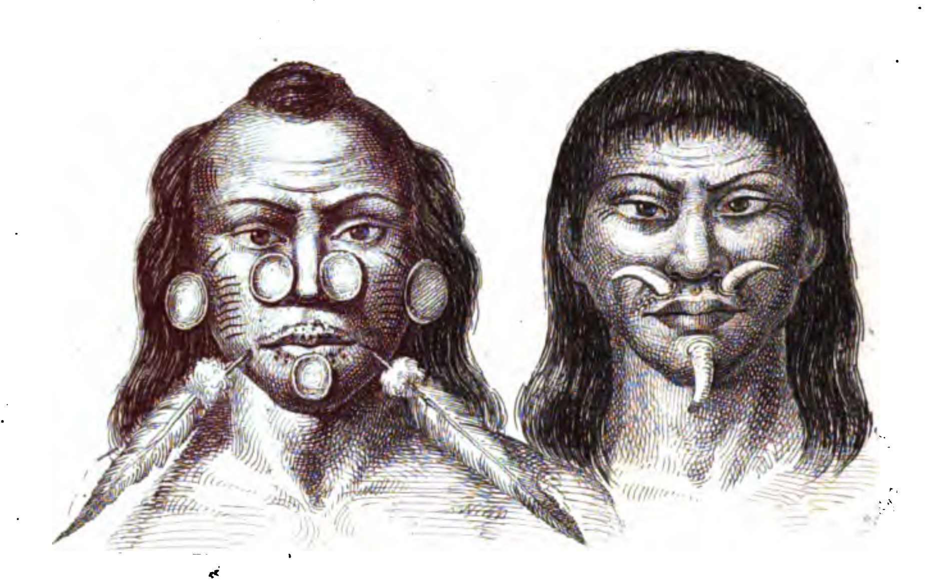
veíanse en un rincon de la isla montones de huevos recien desenterrados; mas allá llenaban de ellos las piraguas, ó los echaban á millares en unas enormes calderas de agua birviendo para estraer la grasa que sirve de manteca en el pais. Mas de 150 hombres, indios, mulatos negros y blancos, estaban ocupados en este trabajo.

En los meses de octubre y noviembre cuando las aguas han subido, abandonan el rio las grandes tortugas, para ir á poner sus huevos en unas islas arenosas. En esta época, el gobierno envia partidas de soldados encargados de vijilar aquellas islas privilejiadas, para que nadie turbe á las tortugas en la ovacion que constituye la mayor riqueza del pais. Los soldados impiden que los Muras y los insulares, se apropien inmediatamente los huevos puestos. Terminada la estacion de las posturas, se da conocimiento de ello al jefe de la provincia y entonces llegan de los parajes mas lejanos, jentes en tropel para recojer huevos. El jefe de la cosecha es el capitan de la playa que mantiene el orden, mide y distribuye á cada uno el terreno en que ha de trabajar y cobra el diezmo de los cosecheros. Concluida esta primera formalidad escava cada uno la porcion de terreno que le ha sido señalada hasta que encuentran los huevos bajo una ó dos capas. Este trabajo ecsije prontitud porque al cabo de ocho dias empiezan los huevos á corromperse: reúnenlos en montones de quince á veinte pies de diámetro sobre una altura proporcionada: luego al amanecer llenan con ellos unas piraguas perfectamente calafateadas y con unas horquillas de tres dientes los rompen y machacan despues con los pies. Como estos huevos tienen muy poca clara resulta de esta operacion una masa amarilla sobre la cual nadan partículas de concha. Derrámase agua encima abandonando esta mezcla á la coccion del sol de los trópicos, y en tres ó cuatro horas atrae el calor á la superficie la parte mas lijera que es la grasa, la que sacan con unas cucharas hechas de conchas de rio y la colocan en tarros de tierra. Esta operacion se repite tres ó cuatro veces en las piraguas al cabo de las cuales se ha estraido ya la mayor parte del aceite. Esta sustancia tiene enteramente el color y la consistencia de una yema de huevo batida: la hacen cocer á fuego lento en una gran caldera de hierro durante muchas horas, donde la revuelven, espuman y clarifican muchas veces, hasta que logran limpiarla de las partes verduzcas y principalmente de las fibras. La materia fluida que sobrenada entonces se saca otra vez y se la hace hervir de nuevo á un fuego mas lento hasta que no haya burbujas. Despues coagulada esta grasa adquiere la consistencia de la manteca de puerco y la colocan en grandes tarros descubiertos cada uno de los cuales puede contener unas sesenta libras. Estos tarros son los que cubiertos con hojas de palmera se venden en el comercio bajo el nombre de *mantees de tortuga*. Esta es tanto mas fresca cuanto mas prontamente se haya estraido y cuanto mas frescos eran los huevos. Cuando ha reposado suficiente tiempo pierde enteramente el olor de tortuga, pero siempre conserva un gustillo al que solo los indios pueden acostumbrarse. La de calidad inferior se emplea para el alumbrado.

Llegué el 8 de enero á la Barra del rio Negro, ciudad moderna situada á la derecha del rio y á dos leguas de la embocadura en el Solimoës. Aunque es punto muy considerable hoy dia y de mucha importancia en el distrito, no se empezó á construir hasta en 1807. Antes de esta época la capital de la comarca era Barcellos distante diez jornadas de aquella y en las márjenes del rio Negro. Desde entonces la fortaleza de Barra erijida tan solo para defender el confluente, pareció al senado una posicion mas céntrica y mejor, y de aquí es que se ha hecho la mejor poblacion del canton. Barra de Rio Negro tiene hoy dia 3.000 habitantes, y está construida en un terreno libre de las avenidas del rio, ecsenta de mosquitos y con casas á la europea, algunas de las cuales tienen hasta dos pisos. Se ha empezado ya la construccion de un hospital. La iglesia que dá frente al rio, es un edificio bastante bueno con una plaza delante de ella y el fuerte á sus costados. Hay ademas algunos talleres de mujeres para la fabricacion de algodones y cordajes, y algunos almacenes para los jéneros que vienen del interior. Dos puentecillos sobre el rio unen entre si todas las diversas partes que se componen de praderas artificiales; los flancos de las costas están cubiertos de plantaciones, mientras que selvas espesas llenan las honduras. La ciudad de Barra es el mercado principal de los indíjenas; allí van á cambiar los productos de su suelo por mercancias europeas. Los principales habitantes de la ciudad tienen sus haciendas que les proveen tambien de las correspondientes provisiones de café, algodon y zarzaparrilla, que cambian por otros artículos.

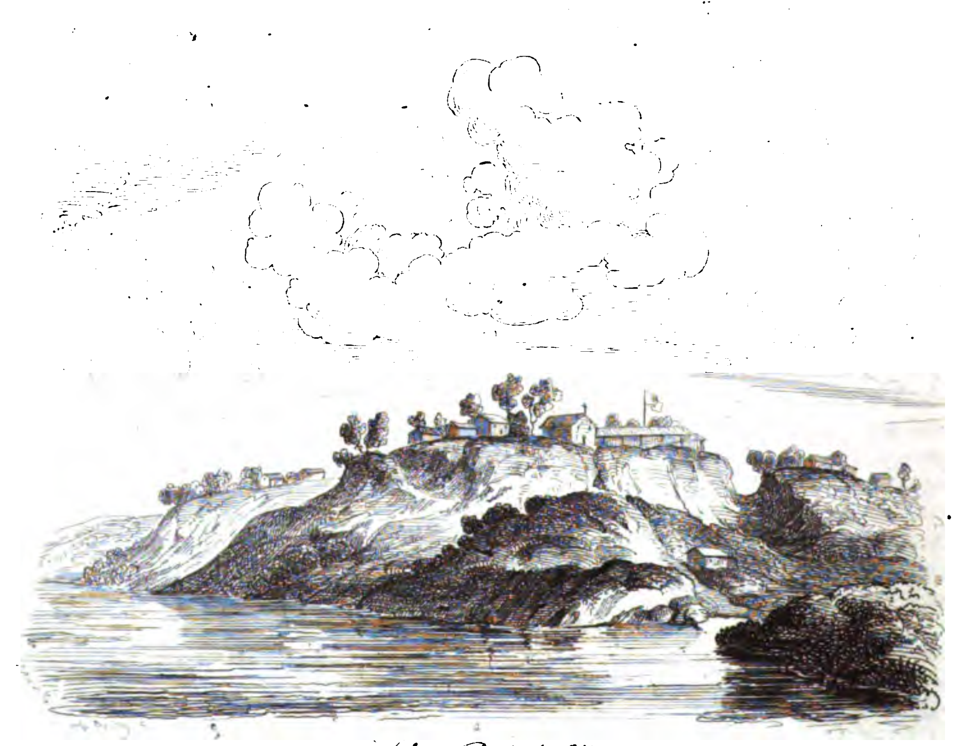
La guarnicion de Barra consiste en doscientos hombres de tropas regulares. Entre Barra y Barcellos hay escalonados una infinidad de puntos militares situados en las orillas del rio Negro y del Blanco su tributario. La poblacion total de ambos distritos se evalua á tres ó cuatro mil almas que viven diseminadas ó por familias. Las alturas del rio Blanco que cODean las provincias de la Guyana, sostienen tres ó cuatro mil cabezas de ganado. Se necesita cerca de un mes para subir al rio Negro; mas la cor-


PUBLIC
ASTOR, LENOX



1. Indien Maxuruna. — Indien Mura.

1. Indio Maxuruna. — Indio Mura.



2. San Paulo de Olivença.

2 San Pablo de Olivenca.

F. Boilly et de Sainson del.



1. Indien Mandrucu. – Femme Uainuma.

1. Indio Mandruca. Muger Uainuma.



2. Danse des Mundrucus.

2 Baile de los Manarucas

riente no es muy rápida, sobre todo cuando el Solimoës, se halla en la época de sus mayores avenidas.

A la altura de Barra de rio Negro, y sobre la orilla derecha del Solimoes, se encuentra la hacienda de Manacuru al rededor de la cual se agolpan chozas de indios que se distinguen perfectamente desde el rio. Están pobladas por Muras; Spix y Martius que desembarcaron en este punto refieren que estos salvajes salieron á su encuentro en número de unos sesenta, entre hombres mujeres y niños, para pedirles algunas botellas de aguardiente. El aspecto de estos salvajes es asqueroso pues tienen las caras untadas de negro y encarnado, y desfiguradas por tres colmillos de cerdo, que les salen por tres agujeros abiertos en el labio inferior (Pl. XVI. — 1). Al elevarse la luna empezaron los indios sus bailes y cánticos, teniendo sus palabras un tanto de caprichoso como su fisonomia. « He aqui tu diablo que quiere casarse conmigo » decian los hombres; á lo que respondian las mujeres : « Tu eres un hermoso diablo y todas las mujeres quieren casarse contigo » este baile continuó por muchas horas, puso de muy buen humor á los indios que acompañaban á los naturalistas, y acabó por mezclarse indistintamente unos con otros.

A los mismos Spix y Martius se deben nociones sobre el curso del rio Madeira por ante cuyas bocas pasé aquella misma tarde. Los infatigables viajeros remontaron este rio uno de los mas considerables afluyentes de las Amazonas, y cuya embocadura está ocultada en parte por una isla. La corriente de este rio era entonces muy rápida, el agua cubria las márjenes de tal modo que los árboles parecian salir del medio del rio, acarreando una porcion de ellos, circumstancia que la ha hecho dar el nombre de Madeira. Despues de cuatro dias de navegacion, llegaron Spix y Martius á la mision de Novo Monte Carmelo do Canoma, fundada en 1811 sobre la orilla de este nombre y poblada por Mandrucos. Todos los hombres que vieron eran de cinco pies y seis pulgadas, musculosos, de pecho ancho, color claro, facciones comunes, pero muy pronunciadas, dulces y benignas; llevaban el cabello corto y tenian el cuerpo pintado de líneas estrechas que empezando en el cuello se prolongaban hasta la estremidad del dedo pulgar del pie. (Pl. XVII. — 1) este pintarroteo tiene sin duda por objeto el darse un aire mas imponente y marcial. La guerra es para aquellos salvajes una costumbre y un placer, ninguna nacion vecina tiene el jenio tan belicoso. Tenian plantadas al rededor de sus cabañas muchas picas con cabezas de enemigos, y un gran número de esqueletos de Jaguares, Coalis, Pecaris y otros animales daban á la poblacion el aspecto de un vasto muladar. Las fuerzas de estos pueblos se conceptua de diez y ocho mil y hasta de cuarenta mil almas. Desgraciadas las tribus que se declaran enemigas suyas! las persiguen constantemente y con encarnizamiento tal que muchas de ellas han quedado aniquiladas. Cuando el Mandruco es vencedor no perdona á ninguno de sus adversarios; le derriba, le agarra por los cabellos, y con un cuchillo corto hecho de un pedazo de caña, separa la cabeza del tronco con admirable destreza. Esta habilidad en degollar ha hecho dar á los Mandrucos el nombre de *kai-quicé* (corta cabezas). Estas cabezas se embalsaman y conservan; despues el hombre que hace de ellas un horrible trofeo no se separa de ellas jamas. En la caza y en la guerra las lleva siempre consigo y las pone al lado de su hamac cuando se retira á dormir en su cabaña : segun todos los datos recojidos los Mandrucos pertenecen á la gran tribu de los Tupis.

Despues de haber pasado algunos dias en Canoma, Spix y Martius salieron para seguir el curso del Irariá que sale del lago de Canoma, para echarse en el Amazona donde llega bajo el nombre de Faro de Rama. Llegaron por la noche á la mision de los Maues, donde vivian aquellos indios mezclados con los Mandrucos. Este pueblo tenia un aspecto de órden y comodidad. En Villanova de Raynha ó Topinambaruna volvieron á ver los viajeros el Solimoës. Villanova de Raynha es un lugarejo compuesto de muchas hileras de casas, bajas casi todas, sin ventanas y cubiertas de hojas de palmera.

Pero antes de llegar allí yo habia visto ya la mision de Serpa, poblada de blancos, que consistia en algunas casas medio derruidas que se agrupaban al rededor de una iglesia. La miseria que parecia reinar en aquel paraje, proviene segun Lister Maw, de un mal sistema de conducta con respecto á los indios á quienes un tratamiento bárbaro y contribuciones desmedidas han alejado de aquel punto donde los meztizos se aumentan considerablemente. Añade este viajero como una observacion jeneral, que todo lo largo del camino los pueblos mas cercanos á las posesiones brasileñas y centros de autoridad son los mas despoblados de indios, en tanto que las poblaciones del interior donde el yugo de los blancos es benigno, tienen numerosas familias de indios y de indíjenas que viven quietos bajo la ley de un padre relijioso. De este modo la civilizacion en vez de haber atraido á los naturales, les rechazó al fondo de sus bosques.

Villanova de Raynha tenia una especie de aduana provincial por ser la última mision de la comarca del rio Negro. Dos cañones de hierro y treinta soldados velan por la defensa de

este puerto. A nuestra llegada vimos algunas barquillas ancladas en el rio. A una legua mas abajo de Villanova y en el mismo lado del rio se ven algunos edificios llamados la *Comandancia*, habitacion ordinaria del jefe de la frontera: cerca de alli pude ver algunas fábricas del pais: la primera era un alfareria que podia construir á la vez cuatro cientos tarros para manteca de tortuga. Mas lejos se hallaba un taller con fragua y yunque; mas allá todavia se veía un cobertizo donde se hacian pan de cazabe. A mi paso por allí ví unas veinte indias trabajando bajo la vijilancia de la dueña de la hacienda, mestiza activa y rica. La misma dueña estaba sentada en una de las estremidades del soportal con tres ó cuatro rastrillos por los cuales pasaba la yuca para hacer el pan; otras indias amasaban los panes y los llevaban al horno. Siendo hechos estos panecillos con la parte mas pura y mas blanca de la yuca, son considerados en el pais como un manjar de lujo y se usan con el café. El resto de la Yuca sirve para destilar una especie de aguardiente.

Al dia siguiente estaba en Ovidos situado sobre el terreno elevado en la embocadura del rio. Ovidos no tiene nada de particular, es una mision como todas las que hemos descrito ya, pero las bocas de Trompetas recuerdan un hecho histórico que no carece de interes. Dicen que fué allí donde Orellana el primer navegante que entró en la Amazona, habiendo tomado tierra para reconocer la campiña, fué atacado por los indios en cuyas filas combatian las mujeres. De aqui viene que se dió al rio el nombre de las Amazonas. (1) Ovidos es el punto mas occidental del rio donde se dejó sentir la marea. Ancho en este paraje de cuatro mil trescientos cuarenta y cinco pies tiene el Amazona una rápida corriente, y una profundidad que medida en sus orillas es de unos cien pies. Mas allá de Ovidos se ensancha aun mas el Amazona y llega á ser un laberinto de islas que se confunden con la tierra firme. Apenas se tiene tiempo de distinguir los grandes y regulares bosques y las plantaciones de cacao cultivadas con un cuidado que indica la vecindad de pueblos puramente criollos. Santaren donde llegamos al dia siguiente tiene ya el aspecto de tal, pues es un puerto á la vez aduanero y militar donde hay una fuerte guarnicion. Sin ser mayor que Barra de rio Negro Santaren está construido con mas regularidad y mas provisto de comodidades europeas. Las calles son anchas y cortas; las casas cubiertas con tejas y pintadas de blanco ó amarillo. La iglesia que está en arenal es grande, bien edificada y flanqueada por dos torrecillas; el cuartel y la casa del comandante estan en frente uno de otra. Santaren hace un pequeño comercio con Para por medio de goletillas, algunas de las cuales pertenecen á negociantes ingleses. Trafica igualmente con los pueblos del rio Topayos en cuya confluencia está situada la ciudad.

Una sola jornada nos bastó para ir de Santaren á Porto do Moz, sita en la confluencia del gran rio, y del rio Pequeño Xingu; es pueblo que no tiene mas que una sola calle de casas bajas, cubiertas con hojas de palmera (Pl. XVIII. — 1). Está alineado en la ribera en medio de plantios de árboles y rodeado de las mas variadas plantaciones. La poblacion de Porto do Moz se compone de indios y mestizos descendientes de los Tacuepes y de los Yurumas, tribus cuyas hordas andan todavia errantes entre el Tocantin y el Topayos. El Xingu tiene cerca de una legua de ancho en su embocadura en Porto do Moz. Enfrente y sobre la orilla opuesta está la villa de Almeirin ó Paru, una de las ciudades mas antiguas de las márjenes del Amazona. Sus habitantes actuales son oriundos de los Apamas y de los Aracajus: este paraje tiene hoy en dia un aspecto miserable. La montaña de Almeirin distante una legua del rio presenta una cumbre alta de ochocientos pies y coronada de un bosque de árboles mayores. Los flancos, así como los menores accidentes del llano que la rodea, están tapizados de un cesped magnífico. Es un paisaje lleno de frescura y de calma que interesa y encanta la vista.

Costeando siempre la orilla septentrional de el Amazona; vimos á Arroyolos donde el rio vuelve al N. E. para llegar á Garupa: sobre la orilla derecha es menester atravesar todo el rio es decir un brazo de mar. Las dos márjenes del Amazona están tan lejanas en este paraje que puesto en la una no se percibe la otra. Una infinidad de islas cortan el rio cuyo curso no está nunca libre de estorbos; estas islas que desaparecen bajo la inundacion no están habitadas, y los mismos pescadores las frecuentan poco por ser muy rara la pesca en esta parte del rio atormentada por las marejadas. En cambio los bosques de las islas de Garupa, están llenos de caza.

Mas allá de Garupa no se percibe ya la orilla izquierda del rio y pronto se deja el cauce principal para entrar en una serie de canales de agua salada que corta el Amazona en dos ramas: la principal por la parte del N. E. y la otra compuesta de mil ramas subalternas y engrosada con el hermoso rio del Tocantin formando la bahia de Para ó Belem para echarse despues en el Océano en una direccion casi paralela á la grande embocadura. Algunos

(1) Hemos seguido el gusto del escritor francés, que unas veces le llama Amazona y otras el rio de las Amazonas.

(*Nota de los T.*).



3. Villa de Porto de Moz.

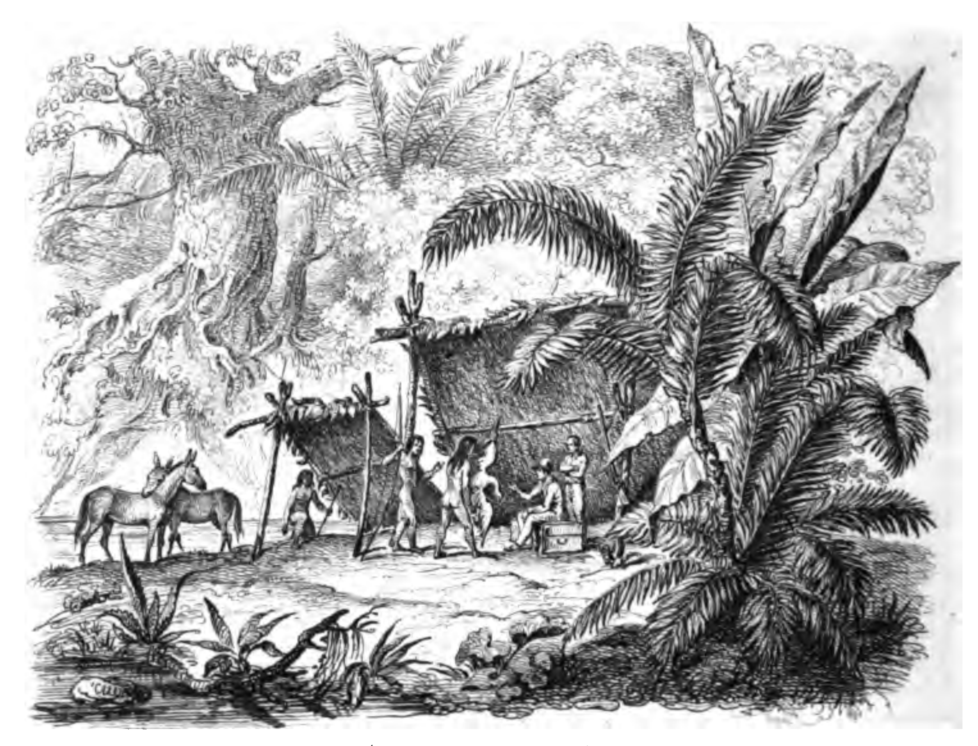
3 Villa del Puerto de Moz



4. Vue de Para, ou Santa Maria de Belem.

4 Vista de Para en Sta Maria de Belem

de Sainson del.



1. Halte dans une Forêt.

1. Descanso en un Bosque



2. Canot de Pêche des Indiens.

2. Balsa de Pesca de los Indios.

L. Boilly del.

jeógrafos modernos no han querido admitir que estos pequeños canales llamados taji puros sean una continuacion del Amazona; sea lo que fuere este movimiento de las aguas del rio ha formado una especie de delta, llamada isla de Marajo, isla muy grande pero inundada muchas veces y cortada por grandes balsas de agua. Es imposible dar una idea de los canales por donde el rio se divide hácia la parte del sur. Son tan variados y numerosos que los mismos indios se ven obligados á plantar estacas para poderlos conocer. El efecto de la marejada se hace sentir en todos aquellos canales cuya agua es salada; y en las tierras que despues deja á descubierto la inundacion, pueden descubrirse por intérvalos plantaciones de cañas de azucar, cultivo que se busca en vano en las rejiones del alto Marañon. El pueblo mas considerable de este itinerario es el de Breves situado sobre la costa S. O. Es una aldea de cuarenta cabañas esparcidas entre los naranjos y cocoteros; la del juez tenia paredes con claraboyas, y las otras solo consistian en un solo piso con la única abertura de la puerta, y cubiertos con hojas de palmera *ubussu*. Un simple cañizo portátil ó un enrejado colocado en la parte de donde viene el viento, preservan de las aguas pluviales. La palmera *ubussu* (*manicaria saccifera*), es la única del Brasil que tenga hojas enteras largas de veinte pies y ancha de diez. Su contestura es tan compacta que con un poco de cuidado puede uno de aquellos techos durar años enteros; por otra parte, sin duda alguna son preferibles á otro cualquiera á causa de la frescura. Las jentes que habitan estas cabañas parece que son dichosas, y aunque pobres viven contentas con una pobreza que no vá mas allá de sus necesidades y no raya en la miseria. Las habitaciones que se ven acá y acullá en el campo están construidas con esmero y con cierto lujo. Los propietarios son criollos establecidos en Para ó colonos acomodados.

Antes de llegar á Santa Maria de Belem, tuve que tocar en el punto de Limoeiro, situado en las bocas del Tocantin que es el brazo principal de aquella parte del Amazona, al cual parece absorver.

De Limoeiro nos dirijimos á Santa Ana, hermosa tierra que sostiene una crecida poblacion. En estas comarcas habitan los Indios Camutas, tribu belicosa cuyo jenio quisquilloso ha turbado mas de una vez la tranquilidad de Para. Mas allá de Santa Ana retrocede el cauce del rio y toma el nombre de *Igarape Merim*, que significa *paso pequeño*: y mas arriba de las bocas del Moju, anchas de un cuarto de milla, es la navegacion mas fácil y llevadera. Las bellas plantaciones y casas de recreo, y los campos de cañas de azucar, cubren todo el espacio de ambas márjenes durante un trecho de mas de doce leguas. En fin, despues de haber dejado Beja á la derecha, nuestro barco fué á amarrar á la rada de Belem el 28 de enero.

Santa Maria de Belem ó la Para fundada en 1616 por Francisco Caldeira, está situada en la orilla derecha del rio y enfrente de la grande isla de Onzas que forma la continuacion de una serie de islas mas pequeñas. (PL. XVIII. — 2). A una legua de distancia de la ciudad se eleva sodre una roca rodeada de agua, el fortin de Serra, que domina los pasos y reconoce todos los navíos antes de dejarlos penetrar en el rio.

La misma ciudad está defendida por dos fuertes, construidos ambos en roca viva pero poco elevadas. El arsenal se halla fuera de la poblacion á medio camino de la embocadura del rio Guama. Dícese que en él se han llegado á construir fragatas.

El principal edificio de Para es el palacio, vasta construccion alta de dos pisos con un balcon abierto, con esculturas esteriores y palmeras ante las ventanas. Habitan en este palacio casi todos los empleados superiores del gobierno; á espaldas del mismo se estiende una llanura donde las tropas van á maniobrar cada mañana. Contiguo al palacio se ven algunas bóvedas, principio de un teatro que empezó á construirse y se abandonó despues.

La catredal y las ocho ó nueve iglesias de Para son bastante hermosas, pero ninguna de ella tiene un caracter propio y distinto. Enfrente de la catedral está el palacio episcopal: la aduana, es un edificio ancho y cómodo: en cuanto á las casas particulares, son capaces y bien construidas: las calles son anchas y empedradas en algunas partes, pero poco concurridas, porque los criollos de Para son flojos, indolentes y poco industriosos. Los mujeres salen rara vez y cuando lo hacen es en hamacos suspendidas en perchas. Los propietarios mas ricos no habitan en la ciudad, sino en sus casas de campo situadas á corta distancia de la misma.

En Para casi no hay mercado regular. Las piraguas y canoas llegan por la mañana de los campos, sin dia ni hora fija, y venden á su llegada la cosecha de las cercanias. Hay dos ó tres carnicerias: el ganado y los caballos los traen de la isla de Marajo y de las pequeñas islas cicumvecinas donde se les encuentran en estado salvaje. Los caballos son medianos; cuesta cada uno sobre cinco duros y se esportan muchos de ellos para las Indias Orientales. Cuéntase como una curiosa particularidad acerca de estos caballos, que despues del paseo de la tarde, sus amos les dejan abandonados á ellos mismos y entonces van á pacer tranquilamente á los campos alfombrados cercanos á la ciudad; pero á

la mañana siguiente cada uno de ellos, sin necesidad de irle á buscar, se presenta en la puerta de su amo. El comercio de Para es escaso, por la falta de numerario. Las esportaciones se componen de cacao, bálsamo de copayba, zarzaparrilla, algodon, cueros secos, etc. Las importaciones consisten en algunos artículos de manufacturas europeas. Para es la poblacion de mas importancia en toda la rejion del Amazona, puerto de mar y capital de aquella parte del Brasil superior, conocida bajo el nombre de Provincia del Para que se divide en tres comarcas ó distritos que son el de Para propiamente dicho, el de Guyana que comprende el Rio Negro y el de Solimoës. Las divisiones administrativas tienen otras denominaciones y se componen de todo el pais del Rio Negro, Para y Marajo.

CAPÍTULO XXI.

Jeneralidades jeográficas sobre la rejion del Amazona.

Cuando apareció por primera vez Francisco Caldeira en 1616, sobre una de las ramificaciones del Amazona y fundó la ciudad de Belem, estaba ocupado este territorio litoral por los Tupinambas, que huyendo ante la conquista se retiraron á los paises que baña el rio del Tocantin. Aprovechándose desde allí de una diversion que les ofrecia un ataque holandés, se echaron, en varias embestidas, sobre el puesto recien fundado disputándolo á sus fundadores. Siguiéronse luengas turbulencias y duraron hasta 1621, época en que Benito Maciel arrojó á los holandeses establecidos ya en las márjenes del Amazona, dispersó á las tribus mas hostiles y atrevidas y rechazó á las demas hasta sus guaridas obligándolas á ir á pedirle la paz. Esta pacificacion valió á Benito Maciel el sobrenombre de pacificador del Maranham.

Desde esta época los gobernadores se sucedieron en Para, sea como gobernadores especiales de distrito ó como capitanes jenerales del estado de Maranham. En los primeros tiempos de la conquista, la esclavitud de los indios admitida en un principio como un hecho, se mantuvo como una costumbre. El jesuita Antonio Vieyra que fué el primero en predicar la emancipacion de los esclavos en Para y en Lisboa, no tuvo prosélitos mas que entre los relijiosos de su órden; y lejos de hacerse cargo las autoridades políticas del pais de las razones de interés y humanidad que reclamaban medidas menos acerbas, echaron á aquellos padres de la provincia en 1671. Pero en 1755, renovando el rey José una infinidad de edictos promulgados por sus predecesores en favor de los indios esclavos, ecsijió que el código de independencia no fuese una nueva palabra para ellos, y creó para los indíjenas una nueva era de fortuna y clemencia. Hechos libres los indios se constituyeron desde entonces en pueblas ó colonias tributarias, si bien vijiladas en sus trabajos por inspectores que ejercian el monopolio de sus cosechas: la emancipacion completa no se ha decretado hasta nuestros dias. Por lo demas, parece que no es una lejislacion liberal la llamada para ejercer una influencia decisiva sobre aquellos pueblos salvajes, porque el número de las tribus va minorando cada dia, y diriase que la raza de los mestizos gana todo lo que pierde la de los indios.

El aspecto de aquella vasta rejion varia segun las zonas; pero jeneralmente es un terreno llano, combado, cenagoso y fertil en todas partes. El clima es el de las tierras ecuatoriales, ardiente y refrescado apenas por algunas brisas del E. Una maravillosa vejetacion cubre las márjenes de todos los rios donde los árboles se elevan á una prodijiosa elevacion. Cristales, esmeraldas, granito, alguna plata, arcilla y plomo, tal es la riqueza mineral. Fuera muy difuso el detenernos aquí en citar todas las galas de la vejetacion; los bosques olorosos propios para la construccion; árboles balsámicos como el cumaru, el espaibar, el arbusto que produce la goma storan; el *merapinima*, compacto, pesado y pulido como una concha de tortuga; el *sucuba*, madera amoratada que dá un liquido vermifugo; el *assam* que produce un veneno sutil; el *jetacia*, cuya resina sirve para barnizar la alfarería y el *chirurba*, cuyas cenizas son escelentes para la fabricacion del jabon. De los frutos de aquella rejion, pueden citarse la naranja, la mangaba, la saraca, el ata, el abiu, el *inga*, el bacaba, etc. Solo se ven cocoteros en las orillas del mar. El castaño llamado del Maranham es particular de esta rejion. Uno de los árboles mas útiles de la provincia es sin contradiccion el caout-choue, de cuyo tronco se estrae, haciendo una incision, una especie de resina con la cual se fabrican tejidos impermeables. Los demas productos jenerales son la zarzaparrilla, la ipecacuana, la jalapa, el clavillo, el pechurim que parece á la moscada, el tapioca y el laurel de los Molucas. Ya hemos dicho cuales eran las principales especies del reino animal, cuando hablamos de las fieras del Orinoco, las cuales se encuentran todas en los bosques del Amazona: los pájaros, principalmente los aras presentan la misma riqueza en los colores é igual lujo de variedades.

La jeolojia de aquella inmensa rejion es casi insignificante; pero en cambio su hidrografía presenta un estudio vastísimo é incompletamente hecho hasta el presente. El rio de las Ama-

zonas, nacido en las montañas peruvianas, recibe por la derecha como hemos visto ya, el Javary que sirve de limite al Perú y al Brasil; el Jdtay ó Hyatahy; el Jurhua ó Hyarua; el Jefe que baña el pueblo de Egas; el Madeira que bajando de las montañas de la Bolivia recibe á su paso el Guaporé mas abajo de Matto-Grosso; el Topayos llamado Juruena en la parte superior de su curso, que atraviesa el pais de los Mandrucos; enfin el Xingu que salido de la meseta de Campos-Parecis, corta el pais de los Bororos, riega el Para, y baña á Souzel y Pombal; á su izquierda recibe el Iza ó Putumayo y el Yapura ó Coqueta nacido en las cumbres de la cordillera colombiana; el rio Negro que es el mas considerable de sus afluentes, y por el cual comunica el Amazona con el Orenoco; el rio Negro que nace de la Sierra de Tunuhy y lleva al gran rio sus inmediatos tributarios; el Cassiquiare y el rio Blanco; en fin, como últimos afluentes de esta parte, el rio das Trompetas y el Anaurapara que bajan de la vertiente meridional de la Serra de Tucumaque. Entre estos rios es menester clasificar el Tocantin que muchos jeógrafos niegan que sea un afluente del Amazona con cuyo rio comunica por medio de un canal de agua salada. El Tocantino, convertido en rio de Para cuando se echa en el mar, ó segunda boca del Amazona, se compone de la reunion de dos grandes ramas, llamadas la una el Tocantin, propiamente dicho y el Araguaya que debe mirarse como la rama mas importante. El principal del Araguaya es el rio das Mortes que recorre la provincia de Matto Grosso. Las fuentes del rio están en los primeros escalones de la Sierra dos Vertentes en la Provincia de Goyaz.

El Amazona tiene en toda su estension una corriente rapidísima cuya viveza aumentan una infinidad de islotes que forman en el cauce del rio una especie de archipiélago prolongado durante quinientas leguas, que deja apenas divisar en muy cortos trechos una y otra orilla. Estas islas se juntan y deshacen, aumentan ó disminuyen cada año, ya formando dilatadas islas cuando las aguas dejan mucho espacio en seco, ya dividiéndose en muchas pequeñas cuando el rio sube, ó minorando su número para ganar en estension.

Las embarcaciones que navegan en el bajo Amazona, se forman de un tronco de árbol de unos 50 pies de lonjitud, ahuecado por medio del fuego, con toda la latitud posible, reforzándolos de viquetas esteriores con tablas que sirven para levantarlos cuanto se quiera sobre el agua. Dase el nombre de piraguas á estas embarcaciones que navegan con timones y velas redondas. Para subir el rio se aprovechan del viento E. y para bajarlo de la marea y de la corriente.

El Amazona contiene muchos peces entre los cuales se cita el gorobuja, el perahyba, la dorada y el puraco que hincha la mano del que lo toca lo mismo que la torpilla. El mas importante de los anfibios es la Vaca marina, llamada así por la semejanza de su cabeza con la de este animal: es el mismo pescado que ya hemos descrito con el nombre de lamantin. Tiene una carne esquisita y se saca de él ademas un aceite muy bueno para los guisados. Este anfibio y el pirarucu forma el principal alimento de los indios; este último es un gran pescado muy bueno para comer y su lengua es un escelente raspador.

La isla mayor de todo el Amazona es Marajo donde los portugueses han creado una comarca. Esta isla situada entre el gran rio y el Tocantin, bañada al N. por el Occéano y por el canal de Tajipuru al mediodia, tiene unas treinta leguas de S. á N. y cuarenta de E. á O. Este territorio rico, fértil y abundante en ganados, no tiene mas inconveniente que las frecuentes inundaciones y el fenómeno del *pororoca* que tiene lugar en la embocadura del Amazona, fenómeno donde se reconocerá el *mascaret*, ó *rata aquatica* de la Gironda que Lacondamine vió y describió de esta manera:

« En los tres dias mas cercanos á las lunas llenas y nuevas, época de las mayores marejadas, en vez de emplear el mar seis horas en subir, solo gasta uno ó dos minutos. Facilmente se juzgará de que esto no puede efectuarse con tranquilidad; así es que se oye á una distancia de mas de dos leguas un ruido espantoso que anuncia el pororoca: á medida que se acerca aumenta el ruido y vese en breve una masa de agua de doce á quince pies de altura, despues otra, tras de esta una tercera y á veces una cuarta que se siguen de cerca y ocupan toda la latitud del canal. Esta masa marcha con una prodijiosa rapidez, destrozando y arrasando cuanto encuentra á su paso. Yo he visto en muchos parajes vestijios de tales estragos, grandes árboles desaraigados y el solar de un terreno arrebatado: por todas partes donde pasa queda tan limpio como si hubiesen barrido. Las canoas, las piraguas y las barcas no tienen mas remedio para preservarse del pororoca que irse á un paraje, donde haya mucho fondo. Hé ecsaminado detenidamente en muchos puntos las circunstancias de este fenómeno y particularmente en el rio de Guama cercano á Para, teniendo lugar de observar que no acontece sino cerca de la embocadura de los rios, y cuando las hondas crecientes encuentran en su camino algun banco de arena ó alto fondo. »

El litoral de la isla de Marajo sufre de cuando en cuando las consecuencias de este fenómeno, pero el interior se halla al abrigo de él. Las dos grandes corrientes de agua que atraviesan la isla salen de un lago interior: llámanles Anajat y Arary. Los naturales de esta isla, los Nengahybas convertidos por el jesuita Antonio Vieyra desde el siglo XVII, son marineros y pescadores. Estos pueblos tomaban el nombre de Iguaranas, de *Iguara* que significa piragua en lengua tupica. La capital de la isla es a Villa de Monforte ó Villa de Joannes, pequeña poblacion sin importancia y situada en un terreno pantanoso: citanse tambien el puerto de Choves sobre el Occeano, y las aldeas de Soure, Salvaterra y Monzaros. Ademas de esta isla tenia el Amazona antiguamente otras que contenian una numerosa poblacion, sobretodo los de Machiana y Caviana habitadas por los Aroas. Hoy dia estan desiertas estas islas; el hierro y las enfermedades han estirpado sus poblaciones.

Tal es el Amazona, que atrae en todo tiempo á los viajeros por la abundancia de sus aguas, su dilatada estension y la hermosura de sus márjenes. Es casi un título de gloria el haberlo bajado todo; y en nuestros dias es una mancha asaz penible que la ciencia y la historia de los viajes no tributen un recuerdo al que haya desempeñado esta mision. El primero que se arriesgó á tan larga navegacion fué el español Orellana que se embarcó en 1510 á 50 leguas al E. de Quito, siguió el Cauca y el Napo, entró en el gran rio y le bajó hasta el cabo Norte sobre la costa guyanesa. El fué quien dió á esta vasta carrera de agua el nombre poético que lleva en el dia, y él mismo el que aplicó á este inmenso hermodon del Nuevo Mundo la fábula homerica de las tribus de mujeres guerreras defendiéndose contra sus enemigos y peleando con un pecho cortado para manejar el arco con mas facilidad. Orellana pretende haber encontrado en el Bajo-Amazona una tribu de estas mujeres que le obligaron á toda prisa á guarecerse en sus piraguas. La opinion jeneral de hoy dia es que lo que ha dado lugar para crear esta ficcion es la vista de algunas indias ayudando á sus maridos á rechazar á los Europeos y defendiéndose ellas mismas con las armas en la mano.

Despues de Orellana apareció sobre el Orinoco Pedro de Ursoa, enviado en 1560 para buscar el lago Parima y el pais del Dorado. Pero el desgraciado Ursoa no llegó á ver las márjenes del Amazona, porque un soldado rebelde le asesinó en el camino y se hizo proclamar jefe de la espedicion, bajando despues todo el rio y señalando su paso con la devastacion y el asesinato. Intentóse largo tiempo el volver á emprender una espedicion que hasta entonces habia salido tan mal; y mucho tiempo despues, cuando se hubo fundado Belem, emprendióla Pedro Tejeira por órden de Raimundo de Noronha, gobernador de aquel punto. Partió pues de Belem Pedro Tejeira en 28 de octubre de 1637 con cuarenta y siete canoas tripuladas por mil doscientos indíjenas y sesenta soldados portugueses, lo que junto con las mujeres y los esclavos, formaba un total de dos mil almas. Esta colonia flotante despues de un sin número de miserias y fatigas por espacio de un año de navegacion, llegó por fin á Quito. Tras de estos viajeros de los antiguos tiempos, que mas que viajeros fueron unos militares espedicionarios, aparecieron en los siglos posteriores bombres decididos y laboriosos que navegaban por el Amazona, no para devastar sus márjenes sino para observarlas como en 1690 el padre Fritz que levantó el mapa del Amazona y del Napo, y en 1743 Lacondamine. En nuestros dias hemos tenido al teniente Lister Maw, y sobre todo á los sabios y pacientes naturalistas Spix y Martius, los primeros que han ilustrado con algunos pormenores las ethnolojía y la phytolojía del Amazona.

Las subdivisiones jeográficas de esta vasta rejion son, en la provincia del Para, el Para propiamente dicho, los estanques del Xingu y del topayo, y el pais de los mandrucos.

El Para própiamente dicho, contiene ademas de la ciudad de este nombre, la de Braganza llamada Cayta, en otro tiempo capital de la pequeña capitanía de este nombre y una de las ciudades mas antiguas de aquellos mundos que está situada á tres leguas del Occeano sobre el pequeño rio de Cayta. Está cortada en dos partes iguales por un puente, habitando los indios en la del norte. Cítanse tambien San José de Cerredello, Ourem sobre la orilla derecha del Guama, Vizia, antigua ciudad y rico depósito interior, en otro tiempo colocado sobre el rio Tocantin; Cintra sobre el Maracana; Collares villa mestiza á doce leguas de la capital, situada en una isla que está separada del continente por un pequeño canal; Villanova do Re, un poco mas abajo de la embocadura del Curuca, poblada en gran parte de indios cultivadores; Bayao, Pederneira ricas aldeas indias, y en fin Arcos, ciudad aborijena, sin contar una infinidad de caseríos aislados donde los indios han fundado pueblos que rodean cada dia de plantaciones.

El territorio del Xingu tiene localidades no menos importantes. La capital del pais que los jeógrafos modernos hacen depender de la comarca del Para es Villaviciosa cuyo nombre primitivo era Cameta, una de las ciudades mas antiguas de la provincia situada sobre la orilla iz-

quierda del rio Tocantin. Es el depósito esterior mas activo y mas rico de toda la provincia con doce mil habitantes entre europeos, indios y mestizos. Villaviciosa tiene hermosas casas y bellas iglesias. A esta altura el rio Tocantin forma una vasta basa de tres ó cuatro millas de ancho. A cinco leguas al N. E. está la isla de Ararahy de tres leguas de circumferéncia, tierra llana y estrecha que separa el rio en dos vastas bahías llamadas la una bahía de Marapata y la otra de Limoeiro. Treinta leguas mas allá de Villaviciosa sobre la orilla del Tocantin están los fuertes de Alcobata y de Arroyos, destinados uno y otro á la vijilancia de las piraguas que navegan en la provincia de Goyaz. Cítanse ademas Agarupa, Porto do Moz, del cual hemos hablado ya, Porlet, Melgazo situadas en las márjenes del lago Anapu, y Pombal ciudad que se hace de dia en dia mas floreciente.

El pais de Topayos habitado por muchas tribus indias, contiene entre otras poblaciones á Santarem, Souzel, ciudad mestiza situada en las gargantas montañosas del alto Xingu poblado de indios cazadores, pescadores é industriosos; Alter do Cham llamado primitivamente Hybirarybe, situado cerca de un lago junto á Topayos, á alguna elevacion sobre el nivel de la Amazona y enfin Avairo situado en la orilla del Topayos que aunque lleva el título de ciudad no es mas que un lugar de muy poca importancia.

El pais de los Mandrucos ofrece mas variedad de tribus indias á las cuales pertenece este territorio. Ademas de los belicosos Mandrucos de quienes ha tomado el nombre, cítanse tambien los Yumas, Pammas, Muras y Araras, pueblos que tienen cada uno sus costumbres, idioma, lugares y jefes particulares. Unos son enteramente salvajes y no dejan nunca sus bosques; los demas van á habitar en poblaciones donde se mezclan con los cristianos y adquieren gusto y cultura con los primeros tintes de la civilizacion. Los mas avanzados entre ellos empiezan á adoptar el uso de los vestidos, los demas andan enteramente desnudos y estan armados de arcos y flechas. Ya hemos visto quienes son los Muras y los Mandrucos: las demas tribus tienen casi las mismas costumbres. Las principales localidades de este pais son Villafranca ó Comau, ciudad mestiza edificada con alguna regularidad sobre un lago que comunica con el Amazona y el Topayo; Villanova da Raynha ya nombrada; Borba, pobre y pequeña villa situada en un llano verdoso que domina la orilla derecha del Madeira. Está distante treinta millas de la Amazona y la poblacion se compone de Aborijenes de diversas tribus con un corto número de europeos y mestizos. Esta mision ha mudado de lugar mas de una vez y ahora está contigua á una aldea considerable poblada de Muras no convertidos. Villa-Boin y Pinhel son tambien dos reducidas villas situadas en las márjenes del Topayo habitadas una y otra por indios.

La provincia de Solimoes limítrofe de la del Para puede dividirse en muchos distritos que toman su nombre de los rios que los riegan, como Puru, Coary, Tefe, Yurba, Yutahi, Yabari; Puru no tiene mas que un pueblecito, Crato, situado sobre el Madeira á una gran distancia mas allá de Borba. Este lugar poblado de indios y mestizos tiene alguna importancia agrícola y es uno de los puertos para las piraguas que llegan del Matto Grosso, siendo de esperar que llegará á ser con el tiempo una de las estaciones mas importantes de la provincia de Solimoes. Coary tiene por capital Alvellos sobre una ancha bahía á unas cinco leguas de las bocas del Coary. Sus habitantes descienden casi todos de las tribus de Cuamanis, Solimoes Yumas y Cuchiuras que acampaban en aquellas cercanias. Recojen cacao, copayba y zarzaparilla y fabrican ademas manteca de tortuga. Esta mision fundada por el hermano Antonio de Miranda ha sido puesta en el pie en que se halla en el dia por el hermano Mauricio Moreira. Tefe no ofrece de particular nada mas que la mision de Egas ya citada, cuyos moradores habitan con algunos mestizos, indios coretas, Cocurunas, Yumas, Yupinbas, Tamuanas y Achonaris. Yurba tiene por capital á Nojeira, villa mestiza situada en la orilla izquierda del Tefe enfrente de Egas y á tres leguas del Amazona. Albaren pertenece tambien á este distrito. Yutahi distrito poblado de Tecunas y de Puirinas tiene por capital á Forte-Boa de la que hemos hablado. Yabari, donde acampan los Maranhas Tecunas, Yuris, Mayurunas y Chimanas, cuenta las ciudades de las misiones de San Pablo de Olivenza y de San José del Tabatinga.

La provincia de la Guyana que forma la parte norte del pais de las Amazona se prolonga desde el rio Negro hasta el Océano y de la orilla N. del Gran rio hasta la Guyana francesa, confinando con el Orapoc y la cadena de los montes Tucumaques. Es en gran parte un pais desierto escepto en las dos orillas del rio negro y en las márjenes del Solimoes. Esta provincia tiene muy pocas ciudades importantes; está bañada por cuatro rios considerables, el Yapurá, el rio Negro, el Blanco, y el Das Trompetas, que bajan unos de las cordilleras colombianas y los otros de los montes Parimo ó Tucumaque; lo mismo que la del Solimoës está habitada casi esclusivamente por indios. El interior es desplobado y poco conocido; el litoral del mar y de los rios tienen solo algunas misiones, pobladas unas de europeos y mestizos y

otras de salvajes. La costa que se estiende del cabo Norte, al cabo Orange, se compone de tierras anegadas, donde es imposible plantear ningun establecimiento. Al N. del cabo Norte se halla la isla de Maraca que tiene seis leguas de latitud con un lago en el centro. Los pororocas devastan su costa oriental como la isla de Marajo. Subiendo el Amazona por la orilla N. se encuentran, como misiones principales, MACAPA, capital de la provincia situada en un elevado verjel con una iglesia, un hospital y casas cubiertas con tejas; despues VILLANOVA á orillas del rio Ananirapucu; MAZAGAO sentada en la barra del Mutuaca, pais de cultivos y de alfareria; ARBOYOLOS, en las orillas del Amarura; ESPOCENDE, sobre el Tubare, cuya situacion elevada domina el pais; ALMEYRIM, en las orillas del Paru; OUTEGRO, mision mestiza; MONTALEGRE, ciudad considerable y rica, situada en una isla de Gurupatuba; PRADO, en el Jurubui; ALEMQUEO, importante por su comercio y campiña, OVIDOR, la antigua Pauxis; SERPA, que es una pequeña isla del Amazona; FARO Y SILVES poblaciones mestizas y situadas junto á los lagos interiores.

La parte occidental de la Guyana portuguesa se compone de misiones que están colocadas en las orillas de las dos grandes corrientes de Yapura y de rio Negro. Con Spix y Martius, se ha visitado ya en el Yapura á SANT-ANTONIO DE MARIPI, SAN SOAO DO PRINCIPE ET PORTO DOS MIRANUAS. He aquí entretanto, lo que se halla subiendo por rio Negro.

Mas arriba de BARRA DO RIO-NEGRO, estacion importante del Amazona, se halla la parroquia de Ayrao con su iglesia dedicada á San Elias: mision fundada en la orilla derecha de rio Negro. Doce ó trece leguas mas arriba y en el mismo lado se halla tambien, MURA, mision algo hermosa y compuesta de mestizos atravesados de Europeos, y tribus indianas, entre las cuales se cuentan los Carahyobys, los Aroaguis, los Cocuanuas, los Manaos y los Ennas. Diez leguas mas arriba y aun en la misma ribera derecha, esta la parroquia CARSOEYRO, compuesta de indios Manaos, Parauuos y Maranacuacenas, sobre la cual el rio Negro recibe al rio Blanco, su mayor tributario. Luego se halla la mision de POYARES y la de BARCELLOS, en otro tiempo capital de esta provincia y antigua residencia de sus gobernadores, sitio algo abandonado, y cuya poblacion se compone de comerciantes, pescadores y cazadores. Á diez y seis leguas de Barcellos está MORAYRA y THOMAR, ambas misiones de mestizos, aunque esta es algo mas pequeña, por cuyos alrededores divagan los belicosos Manaos, colonia indiana que casi siempre ocupa el pais que hay entre Uariva y la Chiuss. La relijion de estos pueblos, como la de todos los indios de quienes hemos podido adquirir alguna noticia, admite dos dioses ó dos principios, el bien llamado *Mauary*, y el mal que llaman *Sarauhe*. El idioma de esta tribu es el mismo que se usa en todo aquel radio. Mas arriba de Thomar se halla LAMALONGA, habitado por los Manaos, Bares y Banibas, SANTA-ISABEL habitada por los Uapes; MACARABY ocupada por los Carios; CALDAS, en donde viven mezclados Bares, Macus y Meppuris; SAN-JOAO NEPOMUCENO, SAN-BERNARDO, NAZARETH, lugares de menos importancia donde se hallan Ayrmeys, Barecus, y Meppuris; SAN-GABRIEL, cerca las cataratas del Crocoby, mision de indios Bures; SAN-JOAQUIN DO COAMU, en cuya altura el rio Negro tiene una infinidad de escollos y malos pasos; mas lejos todavia se ven SAN MIGUEL y SANTA-ANNA, poblados ambos por indios Banibas, y por último se halla SAN-JOSE DOS MARABITANAS, colonia de indios Marabitanas, último punto portugués en estas fronteras, situado á poca distancia del Cassiquiare, que establece la comunicacion entre el Amazona y el Orinoco. Desde Para á San-José, los marineros cuentan quinientas leguas, y ellos emplean, por lo regular, tres meses.

En las orillas de rio Blanco, se hallan las parroquias de SANTA-MARIA, de SAN-JUAN-BATISTA, de NOSSA-SENHORA DO CARMO, de SAN-FELIPE, de SANT-ANTONIO, de SANTA-BÁRBARA, de SAN JOAQUIN, lugares fronterizos á trescientas cincuenta leguas de Para. Los pueblos de estas misiones son indios que se albergan en chozas cubiertas con hojas de palmera. Entre los hermosos pájaros particulares del rio Blanco, no puede dejar de citarse el *gallo da serra* cuyo plumaje es magnífico, de un fino color de naranja, con un penacho que se cierra y abre como un abanico, saliendo desde el pico hasta el principio del cuello. El color del penacho es el mismo del pájaro, teniendo á mas una admirable guarnicion de color de rosa. Los gallos da serra son rarísimos y por lo tanto difíciles de hallar.

Tal es la reseña de las diversas tierras del Amazona, territorio inmenso y poco conocido, que, tres siglos despues del descubrimiento, está esperando, todavia ahora, que la ciencia europea le envie sus Colones y la política sus Franklins.

CAPÍTULO XXII.

DESDE PARA Á MARANHAS.

Durante mi permanencia en Para, pude observar de un modo bastante completo esta ciudad, tan esactamente descrita ya por los dos

célebres viajeros tantas veces citados, Spix y Martius.

El rio que corre delante de Para entre la tierra firme y la isla de Marajo, tiene cerca de tres leguas de ancho. Esta ciudad vista desde la rada y situada en una playa espaciosa é igual, parece no consistir mas que en dos calles paralelas que están detras de una llanura de impenetrables bosques, por los que ha sido preciso buscar el lugar que ocupan las misiones. Desde este punto de vista, los dos monumentos que se presentan son la Lonja y la Aduana, situadas junto á la orilla y casi al centro de la linea de casas. Por la parte de detras se elevan los dos campanarios de la iglesia de la Merced; mas lejos el cimborio de la iglesia de Santa Ana y al N. San Antonio, convento de capuchinos que remata la perspectiva. Al estremo meridional se estiende la vista hasta el castillo y el hospital militar que están contiguos al seminario y á la catedral con sus dos campanarios. Mas hacia el interior se vé el palacio del gobernador, edificio magnífico construido durante la administracion del hermano del marques de Pombal.

Al llegar á la ciudad se ve que en su interior no desmiente lo que promete su aspecto esterior. Las casas, hechas cuasi todas de piedra, están, ó alineadas en ángulos derechos, ó forman anchas plazas. Ninguna ventana presentan en la fachada y por lo regular no tienen mas que un piso. Uno de los edificios que mas llaman la atencion es la catedral, construccion admirable aunque de poca elevacion, cuyas capillas están adornadas con cuadros de pinturas portuguesas de bastante mérito. El antiguo colejio de los Jesuitas y su seminario hacen honor al jenio emprendedor de esta órden tan poderosa en otro tiempo. La iglesia sirve ahora de hospital.

El conde de Arcos cuya carrera política empezó en Para, mandó hacer unos desaguaderos en este punto por la parte del E. por medio de unas zanjas, estableciendo en seguida en el lugar enjuto un paseo público, único que hay. Esta idea fué planteada veinte años há, y desde entonces la quesera (*bombax ceiba*), el árbol del pan (*artdcarpus incisa*) el manquier, (*mangifera indica*) y el mirobolan (*spondias mirobolanus*) han vejetado de tal modo, que han llegado á ser unos árboles hermosos. Se cree que la salubridad que reina en Para es debida á esta especie de parque. Esta ciudad, aunque situada en un terreno bajo y á 1° 23' de lat. austral, no sufre las enfermedades que aflijen á las Guyanas, ni aun la fiebre amarilla que es la plaga de todos los demas pueblos. Las únicas enfermedades que se conocen provienen del mal alimento y atacan solamente á las clases mas infelices del pueblo, cuya comida ordinaria consiste en cazabe medio fermentado, pescado y carne salada, prefiriéndolo siempre á cualquier otro manjar, que (por lo regular) no es tan de su gusto.

El pescado se prepara en la isla Marajo, en donde se cria tambien mucho ganado mayor. Los bueyes son llevados vivos á Para ó bien en cecina y salados. En esta isla baja y pantanosa cuyos habitantes se ven en la precision de andar siempre con el agua hasta la rodilla, cuando menos durante medio año, son atacados muy amenudo por cocodrilos é inquietados por músticos; por cuyo motivo la carne del ganado no es tan sabrosa ni sana, añadiéndose á esto el enviarles á Para en unos barcos cargados de víveres, á donde llegan medio muertos de hambre. La bebida que usa la clase baja es el aguardiente de azucar; y la de la clase fina el vino de Portugal.

En 1820 el pueblo de Para constaba de 24.500 almas. Como esta ciudad es una de las mas modernas del Brasil en su construccion, asi es que se hallan en ella muchos mas criollos de sangre europea que en las otras ciudades al paso que apenas se hallan negros ni mulatos, por no haber empezado la introduccion de esclavos de la costa de Africa á este punto, hasta el año 1755, época en que José primero publicó su decreto de manumision de los indios. Por la ciudad y alquerias vecinas se hallan muchos *Anjicos*, colonos venidos de las Açores. Otros descienden de Portugal que fueron á establecerse en el Brasil, cuando su soberano en 1769 fué abandonado en Mazagao, junto á la costa de Maroc, y estos ocupan á Mazagao y Macapa, ciudades al N. del Amazona.

La jente del campo ó *rosseiros* se distinguen de los ciudadanos por sus costumbres y usos que solo se observan en las provincias meridionales del Brasil. Los rosseiros se atribuyen con mas ó menos derecho el título de *brancos* (blancos) aunque se vé bien en ellos una mezcla muy grande. Mas abajo hay los *cafusos* ó mestizos que nada absolutamente tienen de *blanco*, y viven escampados por los alrededores de la ciudad, ya sea en las orillas del rio Para, ya por la parte del N. en los pequeños lugares de la isla Marayo. La última clase se compone de negros é indios; de los cuales los últimos son libres y segun el epiteto local, no civilizados, sino solamente pacíficos (*indios mansos*).

Los innumerables negros é indios que hay en la provincia de Para, han conservado todos el carácter de sus razas. Silenciosos, tranquilos é indolentes, no piden mas que aguardiente y mujeres. Para satisfacer todas sus necesidades les basta tener un pedazo de tierra de cultivo en derredor de su cabaña y alguno cerca-

no abundante en pesca. Toda otra clase de civilizacion les repugna y mas huyen de ella que la desean. Penetrados de que la civilizacion entre los demas, no se presenta bajo otra forma que la de un alistamiento ó impuesto, es facil de comprender porque no han buscado desde el principio tal bien. Estos indios abundan mucho mas en la provincia de Para que en ninguna otra. Por la ciudad se hallan muchísimos así como suelen ser muy pocos en las poblaciones del mediodia. En su lugar hay en estas muchos negros esclavos, que son pescadores, faquines, marineros y pilotos para las navegaciones de rio, empleándoles tambien en el arsenal y en los trabajos públicos. El conde de Villaflor llegó á organizar un batallon de infanteria indiana que maniobraba con bastante ecsactitud

La jente blanca de Para se distingue, por su actividad, franqueza, probidad, carácter serio y tranquilo y jenio bondadoso. Menos aficionados á la música que los Brasilleños del medio dia, encuentran mas gusto en los estudios serios. En Para, capital de la provincia, viven todas las autoridades que la representan. El arsenal y los astilleros están bajo el cuidado de un intendente de marina. De aquí es de donde salen todos los buques con que se refuerza cada año la escuadra del Brasil, pues que la madera de los bosques vecinos á este punto es mas compacta y resistente que la de las otras provincias. Para, aunque es el principal astillero de la república no tiene fortificaciones para protejer este punto. Una pequeña armada que guardára las bocas del rio haria las veces de castillos y reductos que la librarian de los ataques por mar. Lo que la proteje con mas seguridad que los trabajos de defensa, es la dificultad en el paso y el estar las tierras vecinas, llenas de pantanos y fosos, por cuyo motivo casi no se puede desembarcar.

El mercado de Para ofrece una multitud de objetos de esportacion, los cuales vienen del país llamado vulgarmente Sertão, y que comprende principalmente las ciudades de Cameta, Garupa, Santarem y Barra do Rio-Negro. La ciudad no se anima hasta que llegan del Alto-Amazona los barcos cargados de ricas mercaderias.

Cuando se ha pasado la linea de los jardines en donde crece el árbol de la nuez moscada, el clavo, la canela y otros árboles aromáticos de la Malaisie, las cercanias de Para presentan un aspecto, en jeneral, de un campo lleno de bosques y lagos. Se ven muy pocos caminos y si tan solo algunos senderos abiertos al través de los estanques. Por lo regular las casas y alquerias están cerca del agua, siendo de este modo, los únicos medios de comunicacion en este tejido de rios, riberas, riachuelos, canales y estanques. Los colonos de Para, indios y mulatos, están tan acostumbrados á esta ecsistencia acuática, que pasan facilmente el rio por su embocadura, sobre una piragua formada en el tronco de un árbol. Ni el tener que andar muchas leguas, ni el movimiento de la marea, ni la fuerza de la embocadura, ni la furia de la corriente les intimida. Si la piragua se vuelca procuran volverla y vaciarla y si es posible se van nadando hasta la costa. Regularmente estos barquecitos (*montaria*) están atados á la proa de los barcos costaneros, y sirven para penetrar en los desaguaderos que se hacen por las orillas.

Nada mas rico ni majestuoso que la campiña que rodea á Para. Una hilera de nópalos, constantemente verde, adorna no solamente las márjenes del Occeano, sino que estendiéndose por el interior, se prolonga desde la embocadura del Amazona y del rio de Para hasta la villa de Cameta, junto al Tocantin y desde este punto, despues, por parte del O. hasta Garupa y por todas las islas bajas del archipiélago de Para. A medida que se va alejando del Atlántico, los árboles y las playas van desapareciendo y la campiña que caracteriza el Amazona se presenta, se engrandece y por último queda desarrollada hasta sus límites. El verdor igual y algo obscuro de estos árboles vá cambiando poco á poco guardando en su centro, otro verdor mas variado y fino ya por la multitud de magníficas flores, ya por las encorbadas cimas de las palmeras *jubati* (*sagus tædigera*). Una multitud de chorlitos colorados se anidan en las puntas de estas palmeras, volando continuamente de una parte á otra y mostrando en este fondo verde sus alas de color de fuego.

La Ilha das Onças está separada de Para por un brazo de rio, ancho de ochocientas brazas y profundo por los lados de cuatro á cinco y por enmedio de tres y media ó mas. Cuando la marea baja, las dos ni son fuertes ni peligrosas, pero cuando sube, mayormente por los vientos del S. y del E. las pequeñas embarcaciones corren peligros de perderse. El agua es bastante turbia y llena de particulas de arcilla de modo que los navios no abordan en estas aguas sino en caso de mayor fuerza. La superficie de la isla, toda ondeada, está llena de riachuelos que se resienten de los movimientos de la marea. La isla no se presenta en forma de montaña, sino como un ramo verde que sale del mar. La caña del azucar y el arroz prosperan mucho en este punto.

Los bosques húmedos que están en derredor de Para están infestados de *carabatos* (*acarus racimus*) y de *macuins* que son de la clase del *trombidium*. Este insecto áptero del mismo mo-

do atormenta á los hombres que á los caballos. Los *cupins*, especie de hormigas blancas ó termitas (*termes fatale*) causan grandes daños al pais, penetrando por las casas y devorando cuanto encuentran.

La hormiga negra pequeña (*formica destructix*) llamada *guguyogu* tan comun en las tierras del trópico de América, se cria en la tierra en cavernas ó agujeros de una estension estraordinaria. Spix y Martius mandaron escavar un bancal de ananas que era devastado por estas hormigas y hallaron que una sola colonia ocupaba un espacio de ciento noventa pies cuadrados. En los dias que mas luce el sol y mayormente despues de los dias lluviosos, se las ve salir de repente á millares. Las que no pertenecen á ningun secso se quedan por los árboles, y mayormente por los naranjos que los tronchan con voracidad; y las aladas machos y hembras (llamadas por los indios *icans*) se levantan por el aire en espesos grupos en el acto de la copula y se echan en seguida sobre los árboles mas lejanos, cuyas hojas devoran en pocas horas. Contra las primeras se emplea el agua hirviendo y contra las segundas un humo narcótico cubriendo el fuego con hojas de árboles y yerbas. Aunque son de una forma muy estraña estas hormigas, sin embargo los indios las tienen por un manjar esquisito; las recojen, las frien en una sarten y se las comen. Sorprende ver á menudo algunos naturales, agolpados en un hormiguero con una larga caña vacia, tragándose las hormigas que van subiendo por este tubo hasta la boca. La mordedura de todas estas hormigas es dolorosa y solo hay una venenosa que es la *tanibara* (*alta cephalotes*), hormiga negra de dos cuernos, mayor que ninguna otra, la misma que los Portugueses llaman *tocanteira*, y los indios *tapiahi* y *guibuquibard* (*cryptocerus acutus*).

Estas hormigas acostrumbran á poner sus nidos cerca del mar y sobre los nopales. Los nidos son de una substancia muy dura, arreglados con mucho enredo, del grandor de la cabeza de un niño y de un color obscuro casi negro. Los colocan en la parte superior de los árboles, sirviendo asi de medida para la mayor elevacion del agua. Cuando una corriente muy subida los desbarata, estas hormigas se forman en grupos por la cima del árbol, de donde caen cuando se sacude el tronco. No muerden ni ofenden como la *tapipitenga*, hormiga negra, ni como otras que hay de color de orin mas pequeñas que todas (*formica omnivora*) las demas.

Muchos árboles parecen estar distinguidos por la naturaleza á servir de vivienda á las hormigas. El *tococa* entre otros, árbol pequeño que tiene en la parte superior de sus hojas una especie de apiñamiento ó espesura en donde hacen sus nidos inumerables compañias de hormigas coloradas; asi como las ramas mas elevadas del triplaris americano que abrigan tambien una infinidad de estos insectos. ¡ Desgraciado el que pretende cortar alguna de estas ramas! Asaltado por un ejercito de imperceptibles enemigos se halla al punto cubierto de llagas y pústulas.

Todos los insectos, menos brillantes en esta parte septentrional del Brasil que en las provincias meridionales, se hallan en número mas considerable por los alrededores de Para, asi como otros muchos animales. La multitud de sapos y ranas que se hallan por las cercanias de los rios, corrientes y pantanos, es increible. Cada mes aovan nuevas especies y por poco que se dejara con tanquilidad á estos animales pronto cubririan é infestarian el pais. El mar y los rios son abundantísimos en pesca, pero la clase de pescado mas buscado y esquisito que puede hallarse es el pirarucu, del que ya hemos hablado. El mayor de estos peces pesa de unas sesenta á ochenta libras y se prepara como el bacalao.

Las ranas aovan en tanta abundancia, que á veces cuando la marea está baja, se ven bancos enteros de huevos. Los caimanes y las aves acuáticas grandes se los disputan para comerselos, lo que tambien hacen los indios, aunque los hallen á medio salir, en cuyo caso les dan el nombre de *juins*. Muchas veces navegando, los marineros se paran, arriman el barco á la orilla, llenan desta freza la delantera y volviéndose á meter en él, rompen los huevos, los pasan por entre los dedos y los guisan con manteca de tortuga.

Una de las partes mas pintorescas de los alrededores de Para es la que baña el rio Guama. Por una parte se ven impenetrables bosques que se estienden del N. al S. de la ciudad, en cuyos lugares solitarios y de espesos bosques muestran algunos arboles sus troncos jigantescos como son sapucayas (*leythis*) el pao d'alho (*cratava tapia*) y los bucaris (*simphonia noccinea*) cuyo tronco tiene cincuenta ó sesenta pies de circumferencia y ciento en la parte de donde salen las raices. Lo que contribuye mucho al desarrollo de esta campiña es el ardor de los rayos del sol y la humedad de que está continuamente embebida la tierra. Estos colosos de madera parecen ser los despotas del bosque, absorviendo la vejetacion de clase inferior. Muchas veces se hallan en estos espesos bosques espacios de mucha estension sin un árbol de forma pequeña, ni un arbusto. A lo mas se ven, aunque muy pocas veces, algunas gramineas ó una pequeña liliacea que tiene las flores parecidas á la espaldilla ó lirio de San Juan, y aun lo que mas abunda es una especie de bro-

meliáceas y aroideas entre las cuales se distingue el *dracontium polyphyllum*, planta conocida por las manchas de su tallo, parecidas en gran manera á los colores que tiene la culebra cascabel. Algunas ramas penden de los árboles en largo follaje que se enreda con la corteza y están llenas de carayata. Llama la atencion tambien una especie de sapuycaya por su corteza de un color obscuro, fuerte, parecida á una estopa y que cuelga en largos pedazos. Los indios se cubren con ella para preservarse de los insectos. Otra especie hay del mismo jénero que tiene la corteza compuesta de largos filamentos muy duros, y que machacada ó ablandada sirve para calafatear los navios y otra á mas, llamada *couratari*, que tiene una corteza mezclada de un tisu muy fino y un encarnado bajo. Con mucho cuidado los indios procuran arrancarle en grandes pedazos y se sirven de ella para hacer cigarros.

Por los alrededores de Para se hallan muchos árboles de caoutchouc ó goma elástica á cuya sustancia llaman los del Brasil *seringeira*. Este arbol tiene el tronco alto y delgado y la corteza de un color gris amarillo, áspera por debajo y lisa por encima. Algunas veces mana de ella, mayormente si se la agujerea, un jugo lechoso que se endurece al salir formando una especie de cordones pendientes, de un color gris obscuro, del grandor de una pluma de oca y largos de algunas varas. Cuando se hace la operacion en ramas delgadas, estos filamentos forman como unos tubos elásticos los que sin duda han hecho conocer á los naturales del pais el uso mas propio que pudiera hacerse de esta substancia; pues los indios forman de ella jeringas y tubos para pipas. Los que ahora se cuidan de recojer y preparar esta goma son los cultivadores aislados y los mestizos pobres, por cuyo trabajo se les dá el nombre de seringeiros. Aunque el arbol de coutchouc abunda en el Estado del Grande Para y en toda la Guyana francesa, la cosecha mas importante de goma elástica viene de la capital de la isla de Marajo. Durante una gran parte del año y especialmente en los meses de mayo, junio, julio y agosto, los serinjeiros hacen una abertura á lo largo en los arboles y ponen debajo pequeños moldes hechos con arcilla roja y de un diámetro de diez y ocho pulgadas. Si el arbol es vigoroso y sano, los moldes se llenan en veinte y cuatro horas y su forma ordinaria es la de una pera, del mismo modo que la vemos en Europa, tomándola por la forma del cautchouc. Algunas veces los seringeiros varian la forma del molde, haciendo con el caoutchouc diferentes y hermosas figuras; á veces imitan los frutos del pais, peces, monas, jaguares, lamantins y hasta cabezas humanas. Paraque el jugo que cae en pedazos mas delgados quede seco mas pronto y no se corrompa, se preparan los moldes con humo hecho de la combustion lenta del fruto crudo de la palmera ouasm (*attalea speciosa*). El color natural del caoutchouc es blanco sucio; pero este humo le hace tomar otro gris obscuro, en el cual le conocemos, lo que contribuye á hacerle mas consistente y compacto. Cuando quieren arreglarse telas impermeables, se pasa por un lado una lijera capa de este suco lechoso y despues se pone á secar al sol. Con esta preparacion hacen capas y surtús, en los que no penetra ni la lluvia, ni el rocio, pero en cambio se tiene que son muy incómodos en verano, porque impiden la evaporacion del cuerpo. La milicia del pais usa unos capotes fabricados de este modo.

La agradable perspectiva que ofrece esta vejetacion es fácil de retener y pintar, lo que no es lo mismo en cuanto al sistema jeolójico del pais, que no tiene este verdor, ni la tierra es bastante fecunda para producirlo. Las rocas que hay en derredor de Para están regularmente cubiertas de una ó dos fuertes capas de mantillo por las partes mas secas y de arcilla por los lugares bajos y húmedos. En Pederneira y en Castello á una legua de la ciudad por el norte, Spix y Martius observaron un amalgamiento de greda ferrujinosa en pedazos de forma irregular, que se hallan á flor de tierra, de donde se estrae para construir casas, y en especial para los cimientos y pilares. Sin duda se halla tambien por toda la costa y en la isla Marajo. En el interior de la comarca de Para, esto es, hácia el S. entre el rio Garupi y el rio Tury-Assu es muy probable que se halle tambien otra formacion mas antigua como es el micaschisto. En Para se ven ricas muestras de oro que provienen de aquel punto, hallándose partículas de este metal mezcladas con una especie de cuarzo blanco. En las orillas del Para y en todas sus corrientes se hallan depósitos considerables de arcilla encarnada (*tabatinga*) ó gris y muchas veces estos depósitos están cubiertos con una capa de fango de rio mas ó menos duro, de cinco ó seis pies.

Una de las alquerias mas ricas y mejor arregladas de las cercanias de Para es el ingenio de Yacuarary que fué visitado por Spix y Martius. Se viene á parar en tal punto pasando por la embocadura del Guama desde donde se vá, por la costa meridional de la bahía de Goajara á la embocadura del rio Majo, ancho de setecientas brazas. Durante dos horas y media la corriente de este rio se sostiene muy ancha entre sus dos orillas llenas de bosques, pero en la confluencia del Acara se estrecha algun tanto y su anchura no tiene mas entonces que trecientos pies. Un poco mas arriba de este pun-

to hay el ingenio de Yucuarary. Esta alqueria habia sido en otro tiempo la casa de recreo *(casa de recreio)* y granja de los jesuitas de Para. Todavia se cultiva en este punto la caña de azucar pero no el cacào porque la tierra arcillosa y blanca no es bastante buena para tal cultivo. A no ser esta planta, lo demas todo sale muy bien en aquellos campos. Los encargados de la labor son negros esclavos, porque los indios huyen ó se prestan muy mal para este servicio, pues prefieren sus pescas y el cuidado de sus prados.

Estos indios habitan en gran número las islas bajas que forman las bocas del Tocantin, del Majo y del Iguaripe-Mirim. Ocupan tambien dos hermosas aldeas, Villa de Conde y Beja, ambas fundadas por jesuitas que aglomeraron en tales puntos tribus de Tupinambas, de Rhengahybazes, de Mamayamazes, aborijenes de estos cantones y posteriormente de Tocluguarazes, descendientes del alto Tocantin. Desde entonces, estas tribus, mezcladas juntamente, han confundido sus tratos y sus dialectos primitivos. Hoy dia, los medio civilizados hablan portugues. Estos indios, pescadores en su orijen y casi habitantes del rio en sus pequeñas piraguas *(igaras ubas)*, han aceptado y sufrido la civilizacion europea que iba á establecerse en su territorio, mientras que los indios cazadores del continente, se han negado siempre al progreso de los blancos y persistido en su estado salvaje. Despues de mucho tiempo estos han desaparecido de esta costa. Las dos aldeas Villa de Conde y Beja se llamaban en su principio Mortigura y Sumauna. El nombre primitivo que los jesuitas daban á sus misiones era *(aldeas ó misoës)*, nombre modesto y sin pretension. Despues de su espulsion, las aldeas se llamaron *villas* aunque una gran parte de sus habitantes las abandonaron. Los nombres antiguos, que jeneralmente eran indios, se cambiaron en nombres portugueses, de tal modo que seria difícil ahora hallar señales de los primeros fundadores.

Despues de este reconocimiento detallado de la ciudad de Para y sus alrededores, pensé llegar á las provincias del Brasil meridional. Un costanero debia hacerse á la vela para Marcuhào el 15 de febrero; me preparé para el viaje y dejé la capital de la rejion del Amazona. Mi barco, que calzaba pocos pies de agua, no tuvo ningun trabajo en salir de los pasos del rio Para, tan peligrosos y difíciles para los grandes navios. Como el canal es estrecho, de profundidad desigual y variable, y las orillas cubiertas de bosques monótonos y uniformes, se ofrecen muy pocos puntos dé reconocimiento á los pilotos. Los indios que son los prácticos del rio se dirijen por medio de ceibas de una dimension colosal, que les hacen el mismo servicio que las valizas naturales. Por lo demas, cuando un navio se encalla no por esto es el caso de gravedad, pues que siendo el fondo de un fango muy blando, con una pequeña oleada, que muy pocas veces va con furia, la quilla se saca de peligro. Solo es preciso que á menudo se alijere el navio esperando que la alta marea le ponga boyante. Para entrar y salir del rio se aprovecha el movimiento de la marea. El reflujo, como en todas las aguas del O. dura una hora mas que el flujo.

Pasamos por delante del fuerte de Barra, pequeña isla en donde la policia brasileña libra á los navíos unos pases de entrada y salida, y por delante de Mosqueira de donde se llevan á Para las piedras para construir: algunos frondosos bosques habian ocupado en otro tiempo estos lugares, en donde se ven ahora anchos espacios llenos de edificios. Los mas bellos están en el canton de Capoëira, pueblo de indios y mulatos de los cuales se distinguen las casas al traves de enramadas de plátanos, guayabos y naranjos silvestres. Mas lejos se ensancha el canal empezándose á ver la isla de los Guaribas, que está llena de nopales de poca elevacion; y por otra parte la punta de Carmo, en donde el rio va estendiéndose mas y mas. En este punto ya casi parece un mar; el agua es verde y fosfórica aunque no es salada todavia; arrimándose siempre hacia el O. aparecen los bancos de arena en el N. de Salinas que sirven de indicacion ó aviso á los marinos. En esta altura, se deja al S. E. la punta de Taiba, á fin de evitar el escollo de San-Joào y se carga á la vela hacia el cabo Magoari, punta avanzada de la isla Marajo. Por los navíos que van á Europa, en este punto acaba la navegacion fluvial; pero por los que van hacia el S. es preciso ganar todavia el cabo Tijiocca que traza casi de parte á parte un arrecife peligroso. En la punta de Alalaya, mas al E. y en la otra parte de Salinas, hay un paraje en donde se paran los navíos cuando tienen necesidad de piloto. Un cañonazo basta para llamarle. Cuando se vá costeando se despliega como una tira de tierra baja que domina, en primer término el Morro-Piravo, y mas lejos la Sierra de Gurupy; ambos, puntos de reconocimiento al engolfarse: entre estas montañas hay la bahía de Caïte.

La isla de San-Joào larga de mas de siete leguas y situada al N. O. de la entrada de la bahía de Tury-Assu, es una tierra baja, llena de bosque é inhabitada, aunque abunda en agua muy buena por todas partes y tiene en la costa del N. O. una rada muy segura para los navíos pequeños. Esta bahía es muy grande. El rio Tury, que marca el límite entre las provincias de Maranhào y Para se trunca

en esta bahía, pero el tener su embocadura junto á esta orilla, en la aldea del mismo nombre, impide que los navíos de muchas toneladas penetren en su puerto. Apesar de la fertilidad del territorio, el comercio de esta aldea es aun de poca importancia. Segun dicen los criollos, el rio Tury es el que tiene escollos de mas consideracion, de todos los rios comprendidos entre el Paranahiba y el Amazona. Ya sea por salir de montañas cuyas rocas son mas antiguas que la piedra de la costa ó porque sus corrientes bajan de montes llenos de bosques poblados de indios independientes é inaccesibles á los Brasileños marítimos se han descubierto recientemente algunas minas de oro, teniendo por soroque una especie de cuarzo blanco, siendo tan abundante que el gobierno de Para ha tratado de hacer contruir algunos edificios para su esplotacion.

Entre el rio Miarim, y el rio de Para, á lo largo de las costas del Atlántico y en particular en las corrientes de rios considerables, se descubre un vasto pais, casi no conocido y del cual Spix y Martius han recojido algunas nociones curiosas, por boca de las autoridades eclesiásticas que son las que estan mejor enteradas de tal materia. En este punto hay muy pocos ó casi ningun establecimiento portugués. La campiña, de una fertilidad admirable, está casi desierta. Los colonos, como hallen de que vivir en los pueblos marítimos nunca se internan mas adelante. En las orillas del rio Guama es en donde se ven mas fazendas, de cuyas parroquias la mayor parte es habitada por blancos venidos de las islas portuguesas. En el rio de Cupin se hallan muchos mas indios, y á tres leguas del mar, en el rio Caïté, se halla tambien Villa-de-Caïté ó Braganza, punto el mas importante de este canton, con 2.000 blancos á poca diferencia. Villa de Gurupy, último pueblo de esta provincia es una aldea miserable poblada de indios y puesta junto al mar. Por el interior solo se halla Cercedello, en la orilla oriental de Gurupy y lo demas no es conocido. El camino que va de Para á Maranhão no está muy apartado de los puntos indicados y solo pasan por él una vez que otra los mensajeros de la administracion.

Continuando nuestra navegacion vimos mas allá el rio Tury, la bahía de Caballo de Velba y el morro de Itacolomi, montaña cónica en la entrada de la rada de Cuma, detras de la que empieza el rio de Maranhão. A esta altura es en donde los navios toman ordinariamente un piloto, cuya ejercitada práctica puede solo hallar los puntos de reconocimiento en esta costa uniforme y baja. Los vientos favorecen constantemente la entrada y salida de las embarcaciones. Todo el trabajo se cifra en observar con cuidado los movimientos de los diversos bancos de arena, los canalizos y las épocas de marea, para pasar sin impedimento y hacer parecer no tan mala esta costa de lo que es. En cuanto á nosotros, nuestro capitan costanero dirijió con astucia su lijero navío hácia el canal del rio y algunos dias despues de haber salido de Para, dimos fondo en frente la capital de la provincia de Maranhão.

CAPÍTULO XXIII.

PROVINCIA DE MARANHAO.

San-Luis de Maranhão, una de las ciudades de cuarta clase del Brasil por su poblacion y riqueza, está situada en la costa occidental de una isla que forman las dos corrientes ó mas bien las dos bahías de rio de San-Francisco por la parte del N. y del rio Bacanaya por la del S. La ciudad ocupa la parte septentrional de una lengua de tierra que forma uno de los estremos de la isla. El barrio mas antiguo y rico de San-Luis llamado el Baïro de Praia-Grande está situado en la orilla y ocupa un terreno bastante desigual. Las casas altas de dos ó tres pisos son hechas la mayor parte de piedra cortada y están bien distribuidas por su interior. Las calles, todas escabrosas y en parte montuosas, ó no estan empedradas ó lo están muy mal. La casa del gobernador es un edificio bastante pobre, compuesto de una larga fachada, falta de la dignidad y elegancia necesarias. El antiguo colejio de los jesuitas, la casa de la ciudad y las cárceles públicas, forman los otros lados de la plaza, en donde se hallan. Mas adelante en el interior hay el segundo barrio, Baïro de Nossa-Senhora da Conceição, consistiendo en pequeños edificios rodeados de jardines y plantios entre los cuales se ve la gran caserna llamada Campo de Urica. En otro tiempo se llevaron de Lisboa cornizas y relieves esculpidos para todos los edificios publicos, pero al quererlos poner en planta hallaron que no pegaban muy bien con aquellas construcciones tan sencillas y se vieron obligados á suspender el plan como que todavia están arrinconados tales adornos. A mas de las dos iglesias principales, la ciudad tiene otras tres, dos capillas, las iglesias de cuatro conventos, la del hospital y la militar. Muchos de estos templos han sido construidos á espensas de ricos artesanos lo que prueba las grandes fortunas de tal clase.

Las fortificaciones de Maranhão desdicen mucho de la importancia de la plaza. La guarnicion que las ocupa es muy debil é incapaz de resistir á un ataque formal. El fuerte de San-Marcos es una torre cuadrada, en una altura, á la entrada del puerto; como que mejor podria

tomarse por un faro ó vijia que por una obra de defensa. Desde este punto se pueden señalar los navios que entran en los pasos ó salen. Por la parte del mar se ven ademas algunos otros fuertes pero por la de tierra no hay ninguno, lo que será seguramente por considerar las rocas y bancos de arena suficientes, parapetos naturales que defiendan á Maranhâo por este punto.

La poblacion de Maranhâo comprendiendo la ciudad y sus dependencias, será de unos 30.000 habitantes, entre criollos, portugueses y negros esclavos. La provincia entera constaba en 1815 de 210.000 almas. Los indios puros ó mestizos son muy pocos. Los habitantes blancos de Maranhâo son muy conocidos por sus maneras y esquisita limpieza. La riqueza del pais, el deseo de imitar las costumbres europeas, lo que ha ocasionado la construccion de una multitud de casas inglesas y francesas de mucho gusto, y sobre todo la libertad, la perfecta educacion y el trato fino y dulce de las mujeres del Maranhâo, ha contribuido á hacer que esta ciudad sea uno de los puntos mas agradables del Brasil. Las señoritas del pais casi todas educadas en Portugal, demuestran en sus casas el gusto del trabajo y del órden, y cierta habitud de reserva y economia, cosa que por lo regular no tienen los criollos; así es que se puede decir que han arreglado ellas las costumbres de esta ciudad, tomando cierto ascendiente doméstico en los hombres, mas dulce de sufrir que de combatir. Sus esclarecidas virtudes dan una prueba bien lejítima de esta parte de poder ó influencia. A los jóvenes se les envia á los mejores colejios de Francia ó de Inglaterra.

Conociendose que el clima de Maranhâo era demasiado caliente, han probado fundar escuelas, que ahorren á los jóvenes el trabajo de ausentarse de sus casas; así es, que por tal opinion', jeneral en el Brasil, se han trasladado en las ciudades de Olinda y de San-Pablo las universidades, en donde se profesen las ciencias abstractas y serias. En Maranhâo hay un gimnasio y otras escuelas inferiores. Ciertas relijiosas agustinas que, sin hacer voto pueden volver á ser del siglo, prestan grandes servicios para la educacion de las jóvenes, enseñadas en el mismo lugar.

San-Luis situado á 2° 29' de lat. S. en un clima ecuatorial, no tiene otra cosa para hacer suportables los constantes é insufribles calores que las brisas del mar y de tierra.

La temperatura regular del año es de 21° á 12° de Reaumur y seria mas alta, si los vientos del norte no refrescasen algun tanto la atmósfera. La estacion lluviosa empieza en la isla por enero, mas tarde de consiguiente que en los paises del interior y dura hasta junio y julio, con una violencia casi continua, á chaparrones y acompañada de violentos relámpagos y truenos. Cerca de la linea y rodeada de bosques plantados en tierra pantanosa, aunque está á 250 pies sobre el nivel del Occeano, sin embargo es saludable y pasa por tal en toda la América meridional. Las viruelas son el único mal endemico que tiene, sin que se conozca ninguna otra clase de epidemia. Solo está infestada de una infinidad de músticos y mosquitos que andan por el rededor de los pozos y canales naturales cuando quedan secos por causa de la marea baja. Tiene tambien la isla mucha abundancia de piedra ferrujinosa, de la que ya hemos hablado. El oxido de hierro que contiene, dá á algunos manantiales un gusto de acero, aunque no se le reconoce ningun principio de gas acido carbónico. El aspecto jeneral de la isla nada tiene de particular; altos y espesos bosques, en los que abunda muy poco el coco, adorno tan comun en todos los pueblos de la costa del Oceano situados entre los trópicos.

A poca distáncia de la capital se hallan dos ciudades de indios cuyos habitantes descendientes de Tupinambas y Mannajos, son muy poco civilizados. Gobernados por jefes indijenas no pagan mas que pequeños tributos y se ocupan en la pesca, en hacer esteras y vasijeria ó se alquilan por marineros en los navios costaneros. Todos son cristianos y forman una parroquia.

En la orilla izquierda del rio Miarim y al norte de Maranhâo se halla en tierra firme la villa de Alcántara, segunda ciudad de la provincia y en otro tiempo capital de la jurisdiccion de Cuma, bajo el nombre de Tapolin-Tapera. En parte presenta una especie de anfiteatro en las orillas del mar y en parte se estiende por el interior en un verde valle. Alcántara tiene muchas casas nuevas de piedra. La poblacion se compone de 8.000 habitantes, todos cultivadores activos é industriosos, que residen la mitad del año en sus casas de campo para cuidar del plantío y cosecha de algodon. Junto al mar se prolongan algunas marismas que los majistrados tienen arrendadas, por el insignificante valor de 1.000 reis, (6 frs. 25 c.), sus salinas separadas del mar por unos estrechos diques tienen cuatro ó cinco pies de profundidad. De junio á agosto se las deja penetrar el agua salada, que se evapora despues hasta el diciembre. Entonces se recoje la parte de salina que hay y sin limpiarla se empaqueta en una especie de cestos hechos de hojas de palmera. El producto anual es de 15 á 20.000 fanegas de sal, de la que, parte se consume en la provincia de Maranhâo y parte es enviada á Para.

Alcántara no está como San-Luis rodeado de bosques espesos; pero tiene por su circunferen-

en algunos prados cubiertos por algunos puntos, de arboledas. Algunas palmeras de tronco inclinado llenas de punzas y algunas pitas floridas adornan las faldas de las cuestas y hacen mas hermosa la vera del bosque. Innumerables rios llegan á formar en el pais una especie de canal natural que cruzándose por los prados van á parar al mar por medio de setos de nopales y se ensanchan, formando estanques que abundan en pesca cuyos lugares suelen frecuentar bastante los indios. Muchas veces estos lagos estan cubiertos con una leve capa de tierra, llena de verde hierba y de flores abiertas; pero, desgraciado del viajero que seducido por tan hermoso cesped, intenta entrar en él! desgraciado de él si penetra en el esmaltado tapiz! Apenas ha puesto el pie cuando aquel prado se desprende y empieza á flotar como una nueva Delos. Entonces el viajero empieza á bogar por medio de las ramas blancas del *arum (caladium liniferum)* inclinadas sobre el agua á manera de varillas de ébano cubiertas con sus grandes hojas puntiagudas. El viajero no piza ya tierra firme, sino que se halla en un puente movedizo formado por los rastrojos y gramineas, sobre el agua limpia. Feliz aun entonces si los caimanes no se irritan de ver revuelta su morada!

Estos singulares prados semovientes, conocidos en el pais bajo el nombre de *Tremetaës ó Balsedos*, son producidos por el sucesivo depósito de partículas de tierra, retenidas por la marea que se hace sentir hasta en los mas pequeños riachuelos y mas adentro del pais por la reunion y la erupcion de manantiales subterráneos. Esta abundancia de agua es, segun se ha visto, el carácter particular del manantial del Amazona, en donde ella hace desarrollar una campiña indescriptible por su magnificencia. El nombre indio de los prados de la provincia de Maranhâo es *Pari* (plural *Parizis*), cuya semejanza con los *Beriberis* ó sávanas de la Florida, merece la atencion de los filólogos. Estos parizis se estienden á cierta distancia del norte de Alcántara y en torno de la bahia de Cuma, por lo que se las llama *Pericuma*. En medio de unos bosques naturales que hay en la otra parte del rio Tury-Assu, vuelven á hallarse estos parizis, que sirven de punto de reconocimiento á los pocos viajeros que siguen el pesado camino de San-Luis á Para, al traves de los campos, andando por el Sud y Sud-oeste hasta las orillas del rio Pindaré.

El puerto de Alcántara no tiene mas que tres ó cuatro brazas de profundidad, por cuyo motivo no entran en él mas que barcos pequeños. Casi tampoco tiene punto de navegacion directa, como que es preciso hacerla por medio de la capital que sirve de escala en aquel lugar. Los alrededores de la ciudad estan llenos de moreras blancas, que provienen de una prueba que quiso hacerse de introducir ó criar gusanos de seda, cuya tentativa se malogró á causa del clima. Los insectos nacieron bien, pero poco á poco el calor les fué estenuando y á la tercera jeneracion los huevos quedaron infecundos, como que ha sido preciso renunciar á tal jénero de riqueza.

La isla de Maranhâo limita por la parte del sud con el rio Mosquito, largo de cinco leguas poco mas ó menos. Este brazo de mar cuya anchura por algunos puntos no pasa de 300 pies une la bahía de San-Marcos por el oeste con la de San-José que está al E. En la bahía de San-Marcos es en donde termina el rio Bacanya, nombre que se dá á la embocadura del Miarino. Una canoa conduce hasta la *fazenda* de Bacanya, en donde se hallan caballos para ir á la fazenda de Arrayal, y en cuyo punto hay las fábricas de curtir pieles, bastante provistas de pieles de ciervo y cueros de buey; que se ablandan por medio de sesos de buey y javon fino. En estas provincias se fabrica tambien mucho jabon para diferentes usos.

Habiendo llegado el dia señalado para mi marcha, dejé esta ciudad el 1° de marzo, siguiendo una ruta al través de las provincias interiores. Desde este punto debia pasar á Bahía. Algunos ricos portugueses de Maranhâo, hombres de estudio y saber no se atrevian á hacer tal viaje. Embarcados en Bacanya, por el rio Mosquito llegamos á las bocas del Itapicuru, despues de haber pasado por canales pantanosos parándonos en la bahía de San-José. Subiendo por el Itapicuru observamos en sus orillas una infinidad de alquerias y casas de campo que pertenecen á la parroquia de Itapicuru-Grande, en cuyo punto un comandante ecsamina los pasaportes de los viajeros. En otro tiempo tenian los portugueses en la orilla derecha de este rio el pequeño fuerte de Calvario ó de la Vera-Cruz, destinado para contener á los indios; pero en el dia está arruinado y la frondosa arboleda á vuelto á ocupar el lugar que se le habia quitado para su construccion. Frente de este lugar se estiende una cadena de rocas que hace bastante mal á las navegaciones, como que es el punto mas peligroso de la corriente del Itapicuru. Los pilotos (*passadores*) han de poner mucho cuidado en dirijir los navíos cargados al pasar por las puntas de los escollos cuya anchura es de un tiro de fusil. En el Pal-Simâo, lugarejo compuesto de algunas casas esparcidas, se vuelven á reembarcar. Los carmelitas descalzos de Maranhâo tienen en este punto una hermosa casa de campo en donde los esclavos fabrican vasijeria, tejas y ladrillos. Tambien se cultiva el algodon y se crian rebaños, aunque tan solo para las necesidades de la casa.

El relijioso que lo administra ejerce su poder durante tres meses.

La parroquia vecina, San Miguel, es rica y vasta. Los habitantes son mestizos, menos unos trescientos indios Tapajaros y Cabys-Cabys que se ocupan en pescar y navegar; descendientes de las tribus de este nombre y que hablan solo la lengua jeneral ó la guarani y portuguesa.

Itapicuru-Miarim está situado en una cuesta de la orilla derecha del rio y aunque de poca apariencia, hace un gran comercio con la capital. En otro tiempo se llamaba Feira; pero entonces era un simple mercado de ganado á donde iban los Sertanejos á vender los bueyes de Piauby y de Maranhão y á comprar en cambio las telas de algodon, la quincalla, la loza, la vasijeria y los vinos y licores de Portugal. La marea de Itapicuru sube hasta este punto.

Varias veces durante el curso de nuestra navegacion dejamos nuestros barcos por la noche para acamparnos en la orilla inmediata. En el punto que nosotros escojiamos, nuestros salvajes improvisaban una cabaña con hojas, pieles y ramas y nos preparaban en seguida la comida delante de un grande fuego. (Pl. XVIII. — 3). Algunas veces muchos de ellos cazaban para nosotros y nos traian algunos gruesos *sigamas*, pájaros de la casta de las gallinaceas (*opisthocomus cristatus*); caza poco montaraz que matan ellos con muy poco trabajo y que la cambian con mucho gusto por carne salada. Por la noche estos animales hacen unos gritos tan penetrantes que á nadie dejan dormir. Las orillas de estos rios abundan tambien en iguanas, á los que persiguian nuestros bateleros con mucho ahinco. Esta comida para ellos es muy esquisita.

Pasado el Itapicuru-Miarim la navegacion es muy pesada y costosa. A cada instante, los barcos tocan en los bancos de rocas ó tropiezan con árboles flotantes. Los patrones viejos dicen que los fondos altos y los pasos peligrosos se han aumentado mucho desde que se ha separado la corriente de su antiguo borde; cuyos terrenos, muy movedizos, van bajándose gradualmente. El lecho del rio está compuesto de piedras areniscas ó guijarros. El rio, tortuoso y lleno de ángulos, tiene unas corrientes tan violentas que á veces echan á los barcos en las rocas sin que en tal caso se puedan guiar ni preparar para evitar el estrago.

Mas abajo de la corriente del rio Codo que viene del O. y cuyas orillas estan pobladas de indios salvajes, el pais tiene entre los bosques de las orillas, grandes prados, llenos de hermosas arboledas y palmeras que se prolongan algunas veces unidas y verdes desde el E. al O. Por el N. el bosque se estiende desde la orilla del rio hasta una distancia de tres ó cinco leguas.

Las tierras bañadas por el Itapicuru estan llenas de plantios de algodoneros de una fecundidad increible. Sus cápsulas blancas y lanosas que se muestran juntas por espacio de muchas leguas parecen un dilatado manto de plata. Sobre la línea en medio del insufrible calor parecen un campo de nieve que ondula por la brisa. Las otras producciones no tienen en estas tierras nada de hermoso, brillante ni util. Los verjeles de plátanos llegan hasta el borde del rio, retratándose en la corriente desde lo alto de sus elevadas orillas. El Itapicuru corre, en efecto, entre dos muros de roca que parecen servir de estribos á la llanura. Muy amenudo el rio tortuoso y rápido, tiene tan poca agua que es preciso alijerar los barcos que suben por él. En Coxeira-Grande es preciso sufrir esta incomodidad. En otros puntos el rio engruesa, sube y hasta saliéndose de madre llega á arrancar de raiz los árboles que adornan las rocas que le rodean.

Llegamos tambien á Caxias, en otro tiempo *Arrayas das Aldeas-Altas*, una de las aldeas mas florecientes del Brasil. Cuéntanse en su término (*termo*) mas de 30.000 habitantes. Este distrito debe su prosperidad al cultivo del algodon, que ha tomado un desarrollo muy grande desde que se fundó á fines del siglo último la sociedad de Maranhão y de Gran-Para, cuyo objeto no fué otro que dedicarse al mejoramiento de los cultivos interiores. Mas de la mitad del algodon que produce la provincia se envia de Caxias á la capital. En los últimos años el número de pacas ha ascendido de 25 á 30.000, pesando cada una cinco ó seis arrobas (150 libras). El algodon de Maranhão es el que se prefiere para las manufacturas comunes y las indianas.

Dos tribus de igual orijen habitan por aquellos alrededores; los Aponegi-Crus y los Macama-Crus. Se les llama tambien Caraoñus, á quienes muchas veces se ve llegar á Caxias y pasearse por la ciudad enteramente desnudos. Sus jefes les mandan desde los bosques situados entre el rio Miarim y el rio das Alpercatas, á fin de obtener vestidos, hachas, cuchillos y otras bagatelas de los blancos, en cambio de lo que traen ellos panales de cera, plumas de pájaros de hermosos colores, arcos y flechas trabajadas con bastante primor. Estas visitas tan frecuentes suelen proporcionar buenos productos entre los indijenas y los colonos que acostumbran á sacar provecho. Desde los primeros años de este siglo ha sido establecida la paz entre los portugueses y los indios libres de esta provincia, como que para mantenerla, se colman de regalos y buenos productos á los que hacen sus escursiones hasta Caxias ó se les indemniza de su viaje con toda especie de pre-

sentes de tabaco, telas pintadas y aguardiente. Estos indios son bastante hombres de bien, sus miembros de los mas vigorosos, tienen un aire lijero, un andar seguro y sus movimientos son mas firmes que los de cuantos salvajes hemos visto hasta ahora; su talle es jeneralmente alto y el trato de los mas jóvenes suele ser muy agradable y franco. Sus ojos pequeños, la nariz chata y corta, la frente salida y abultada, ya dan á conocer al instante los caracteres distintivos de las razas americanas. Solo los mas viejos están desfigurados por los agujeros que se hacen en el labio inferior y por la dimension del lóbulo de las orejas que tiene dos ó tres pulgadas. Los agujeros del labio estan llenos de unos cilindros de resina, de un color amarillo brillante ó de un blanco de alabastro, largos de dos ó tres pulgadas y que pueden quitarse facilmente. Los lóbulos de las orejas cuando los dejan cuelgan hasta la espaldas, aunque por lo regular acostumbran á llevarlos recojidos en la parte superior de la concha. El cutis de estos hombres es de un color bronceado y reluciente lo que es señal de salud en los indios; cuando la piel toma un tinte mas claro es señal de que estan enfermos ó que han cambiado su rejimen ordinario.

No se cree que ninguna tribu india de la provincia de Maranhao use ó gaste pinturas para el cuerpo. Solo por la noche cuando danzan á la luz de las antorchas, se pintan la cara de negro y encarnado. Sus facciones toman un aspecto de frenesí y de ferocidad. Uno de ellos para convidar á sus camaradas á la danza, toca con un *boré*, gran trompeta, hecha de caña, que hace un sonido muy agudo, mientras que otro responde con una especie de ahullido monótono que es repetido enseguida por la turba de indios. Entonces se da principio á las zancadas, cabriolas y contorsiones que toman el nombre de danzas. Los figurantes blanden sus armas de un modo amenazador, ahullan y se tuercen como si fuesen espiritados. El que lo viese creeria presenciar una escena de convulsionarios y endemoniados. Casi todos los indios que vimos llevaban una especie de calzonzillos de tela de algodon, y durante la danza algunos los cambiaban con una especie de suspensorios usados en los pueblos del Brasil septentrional. Las pocas mujeres que se ven en los puntos españoles van vestidas con bastante decencia y por lo regular no toman parte en la danza.

La lengua de los Aponegi-Crns y la de los Carañus parece ser la misma, como que Spix y Martius no han hallado ninguna diferencia entre una y otra. Esta lengua que tiene una multitud de sonidos guturales se articula lentamente con cierto tono particular y un movimiento de fisonomia muy estraño. La analojia de estas lenguas y usos da una prueba de la afinidad de aquellas tribus.

En otro tiempo, los Tupinambas ocupaban desde el rio Muny hasta rio Para, pero ahora no quedan mas que algunas hordas esparcidas por la isla de Maranhâo en los contornos de Alcántara y en los pueblos que hay por las orillas del Itapicuru y tambien suelen hallarse algunos en Montâo ó Carara, junto al rio Pindaré. Entre ellos los Mannajos que viven independientes en la otra parte del nacimiento del Miarim, entre este rio y el de Tocantin. En varios cantones las familias se han reunido para formar pueblos, cuya lengua atestigua la decencia de la gran nacion de los Tupinambas, cuya casta en otro tiempo tan numerosa, está ahora reducida á 9.000 indios medio civilizados. Estos pobres salvajes, de ponerse en contacto con los europeos, no han ganado mas que enfermedades endémicas, como son las viruelas. Los indios salvajes y no sumisos se creen unos 80.000 cuyo número es sin duda ecsajerado. Los Maranhotes dan á los indios libres de su provincia los nombres de Timpiras, Gamellas, Bus, Xavantes, Chebs y Cupinharos; pero es difícil averiguar si estos nombres pertenecen á tribus distintas ó si son solamente una diferencia insignificante, si señalan la variedad de una misma familia ó forman una sola de otras varias. Este problema ethnolójico durará mientras que las disposiciones hostiles de estos salvajes no dejen el campo libre para hacer las observaciones con mas tranquilidad y frecuencia. Hasta ahora todas las tentativas de los Portugueses para que estos indios pasen una vida sedentaria y social han sido vanas. Los Gamellas hanllegado á abandonar los pueblos formados en Canyari, como que las únicas nociones que se han recojido acerca de ellos, se debená los reconocimientos militares que los Brasileños han hecho en este territorio ó á la aparicon de alguno de los salvajes en los puntos civilizados.

Los Timbiras se dan á si mismos nombres que acaban en *crans* y se dividen en tres clases: Timbiras de *mata* (de bosque). Timbiras de *canella fina* (depiernas delgadas) y Timbiras de *boca forada* (del labio inferior agujereado). Los primeros llamados en su idioma Sacommecrans, habitan en los espesos bosques que hay entre el rio das Balsas y el Itapicuru, á donde no ha podido penetrar todavia ningun blanco. Los Timbiras de camellafina van errantes por las llanuras, incultas en parte, del Alto Miarim, del Alpercactas y del Itapicuru. Los Portuguese en su estilo figurado, dicen que su velocidad en correr es tanta como la de una flecha. Llevan la parte inferior de las piernas adornada con tiras de algodon pintado, muy apretadas; lo

que tienen puesto desde su juventud, pensando que este es el medio de tener las piernas delicadas ó hermosas.

Los Timbiras de boca forada se subdividen en Aponegicraas (Ponegicraas), Ponicrans, Purecamecraas, (Ponecamecrans) y Macamecrans ó Caraoñus. Sus aldeas son en gran número; unos entre el Grajahu y el Miarim y mas al O. hasta Tocantin y otros entre las colonias antedichas.

Los Gamellas, Acobos en su lengua, habitan al N. de los lugares sobredichos en los espesos bosques que hay entre el Tury-Assu y el Pindaré. Salvajes como los Botocudos, llevando una especie de disco de madera en el labio inferior, son el terror de los colonos á quienes atacan pillan y degüellan. Estas violencias para ellos no son consideradas mas que como justas represalias. Cuando los portugueses intentaron esterminarlos, tanto por las vias permitidas, como no les dieron como á regalo magníficos vestidos infestados del virus de las viruelas. La horrible plaga se esparció por la tribu, causando tanto estrago, que los pobres salvajes se vieron obligados á matarse unos á otros á flechazos para acabar de sufrir. Los Acobos ó Gamellas son muy poco amados de las otras colonias que se unen con los blancos siempre que tienen algun enemigo. Sin duda estos Acobos son una tribu idéntica á la de los Bus, que viven en la cordillera occidental de la provincia de Maranhâo pasando alguna vez á la de Para.

Los Tenembas son otra fraccion de la tribu de los Bus. Dícese que su piel es blanca, particularidad que se atribuye igualmente á los Cayacas, pequeña tribu que habita entre el Miarim y el Guayaba y que se abstiene de todo contacto con las otras, descendientes de unos holandeses, que espulsados de la isla de Maranhâo, se vieron obligados á buscar un asilo en el interior de los bosques de América.

Todo cuanto se sabe de los Cupinharos es que habitaban en lugares solitarios en la orilla derecha del Tocantin. Los Chebs son las tribus mas septentrionales y viven en número de seis tribus en los pequeños pueblos, entre el Tocantim y el Cupin, manteniéndose de la caza, de la pesca y del cultivo de los campos de yucas y plátanos. Son muy diestros en quitar de los árboles los enjambres de abejas salvajes y en separar la miel de la cera. Cuando está hecha la cosecha; van á venderla á los colonos vecinos entrando á las ciudades, enteramente desnudos. Para la danza y la guerra se arreglan el cuerpo y adornan sus armas con plumas de todos colores y cordones llenos de dientes de animales y relucientes granos del seleria. Como son guerreros y en mucho número, algunas veces se dividen los pueblos y se hacen la guerra mutuamente. El mas intrépido y hábil es el jefe mientras dura la lucha, mandando al son del boré y teniendo sobre sus guerreros el derecho de vida y muerte; pero restablecida la paz cesa su poder, siendo tan solo su distincion militar un hacha de piedra con mango corto. Los Chebs conocen el uso de las flechas emponzoñadas, aunque su principal es una maza de madera muy pesada. Sus ataques se hacen con cierta estratajema; pues calculan, previenen y conocen el arte de diversiones y retiradas falsas. Sus prisioneros son libertados pocas veces. El robo y el asesinato están prohibidos entre ellos: al ladron se le castiga en proporcion de lo que ha robado, y los parientes de la víctima ejercen contra el asesino la venganza de sangre, ó sea la pena del talion. Los Chebs son muy buenos nadadores, como que pasan los rios mas grandes puestos sobre balsas de palmera buriti; algunas veces tambien bajan de este modo los de la provincia de Maranhâo para traer á los colonos la cera y el bálsamo de copaku. Las diversiones de estos indios empiezan ordinariamente al ponerse el sol, continuan durante el lucir de las estrellas y duran muchas veces hasta el dia. En tiempo de la cosecha es cuando se efectuan los casamientos, siendo los Chebs mucho mas zelosos de la castidad de sus hijas que de la de sus esposas. Cuentan el tiempo por las faces de la luna, y cuando esta se cubre de nubes durante la estacion lluviosa, el período se prolonga por otro espacio de tiempo mas. Hasta aquí no han cuidado aun de obviar este inconveniente. La sucesion de noches y dias, las estaciones secas ó húmedas, los relámpagos y truenos no son para ellos mas que efectos mecánicos y se cuidan poco de averiguar las causas. La idea de un Ser supremo tampoco les preocupa de un modo bastante grave, pero en lo que creen y temen mucho es en brujas.

Tales son las tribus indianas que se hallan en las diversas líneas que rodean á Caxias, cuyo punto por sí solo es muy importante, aunque no se comunica con Maranhâo mas que por el Itapicuru. Los caminos que van de una casa á otra siguiendo la corriente del rio, no son muy practicables mas que para la jente de á caballo. Las acémilas no los pueden seguir á causa de las impenetrables malezas y de los bosques pantanosos.

Pasado Caxias, el Itapicuru forma un ángulo, en cuyo punto es preciso tomar mulas para llegar á la provincia de Piauhy. El Itapicuru, como casi todos los demas rios de estos paises, tienen aun ciertos manantiales misteriosos que ningun brasileño ha reconocido jamas. Desde Caxias, el Itapicuru corre hasta el mar por el N. E. y es navegable casi en todas las estaciones; pero desde su orijen hasta Caxias no es

navegable á causa de las rocas, siguiendo una direccion enteramente hácia el N. y á poca diferencia paralela á la de su vecino el Parnahiba.

Seguimos nuestra ruta al través de un bosque, en medio del cual se ven á trechos algunos pedazos cultivados y casas habitadas por los colonos. Llegamos á Parnahiba, uno de los rios mas considerables, situado entre el San Francisco y el de Tocantin. El Parnahiba forma el límite entre la provincia de Maranhão y la de Piauhy. En el punto por donde lo atravesamos estaba el agua en una anchura de cerca doscientos pies, de un color amarillo, sucia y llena de materias en descomposicion y que apesar de esto es la única que tienen para beber los de la orilla. En las quintas que hay por la parte superior se criaba en otro tiempo mucho ganado, pero en el dia no se cuidan mas que del cultivo del algodon.

El Parnahiba baja por el S. O. de la provincia de Piauhy, atravesando una llanura pantanosa cubierta de bosques de palmeras carnauva y buriti, mostrando una corriente libre y sin cataratas. Los brasileños no lo tienen muy conocido mas que hasta la confluencia del rio das Balsas, por motivo de no haber llegado mas adelante las colonizaciones y descuajes. En la otra parte habitan hordas llamadas Acroas y Gogues. En la parte superior del Parnahiba se navega en piraguas, y en la parte inferior en balsas hechas de troncos de buriti. Por su corriente, jeneralmente recta y profunda, pasan naves de trescientas á quinientas toneladas que van á cargar en San-João de Parnahiba, único puerto marítimo de la provincia de Piauhy, cueros secos, paños, carne salada, tabaco y algodon que produce la provincia. El puerto de Parnahiba, de poca profundidad y poco frecuentado por este motivo, está situado á cuatro leguas del mar, en el punto en donde el rio se precipita por seis embocaduras diferentes.

Despues de haber traspasado el Parnahiba llegamos á la fazenda Sobradinha en la provincia de Piauhy, despues de la que, por la parte del S., aparece el pequeño arrayal de San-Gonzalo de Amaranto al pie de una *serra* (collado) arenosa, alta de cuatrocientos pies, cuya aldea consiste en algunas pobres cabañas y una capilla arruinada. Hace unos cincuenta años que un comandante de Oeiras, habiendo vencido á muchas tribus indianas que infestaban los distritos superiores, desterró á mil quinientos, enviándoles á las orillas del Parnahiba paraque formasen aldeas lejos de sus residencias primitivas. Los Glicos se colocaron al N. de Mercedes; los Oeïras y los Timbiras al O; los Acroas y Gogues en San-Gonzalo de Amaranto, cuyas tres últimas tribus son muchas veces señaladas por el nombre comun de Pamelos. Ahora solo han quedado unos ciento veinte cuyo orijen es confuso. Las enfermedades y las viruelas han arrebatado un gran número de indios; otros se han escapado para volver á sus primitivos hogares, como que todas las casas que quedaron presentaban un triste aspecto de desórden, suciedad y miseria. Este es el espectáculo que ofrecen á poca diferencia todas las aldeas indianas, en donde casi por fuerza se ha querido reunir una porcion de hombres habituados á la vida errante, poniéndoles por jefe un soldado borracho. La colonizacion agrícola ha salido mejor, de modo que se han obtenido mas felices resultados repartiendo entre los indios, plantíos ó fazendas, mientras que en las aldeas andan en un embrutecimiento completo. Reunidos en los pueblos se debilitan, pierden su enerjía física con el contacto casi mortal de algunas enfermedades europeas, los hombres enferman, y las mujeres se vuelven estériles, con lo que todo es dejeneracion y pérdida.

Los Gogues habitan las comarcas situadas entre el S. O. del Parnahiba, el rio do Somino y el Tocantin, llamado por ellos Kautzchaubora. Los Acroas, sus vecinos del N., se subdividen en dos tribus que hablan un solo idioma, diferenciándose bastante del de los Gogues. Los Acroas. Miarim no han sido todavía reducidos y son, como los Acroas-Assu, menos groseros y belicosos que los Timbiras. Sus armas son el arco y flechas algunas veces emponzoñadas.

Despues de haber dejado San Gonzalo de Amaranto subimos á la Serra y hallamos por la parte meridional un pais escabroso que está en seguida de la serra de Mocambo, de donde bajan una multitud de riachuelos que lo riegan. En este punto hay muy pocas casas de campo, y los caminos son intransitables. Ni un cobertizo se halla para pasar la noche, como que es preciso estar al raso. Dejando á la derecha la serra de Mocambo se hallan de repente una especie de mesetas formadas por algunas montañas arenosas, á manera de terraplenes. Esta calidad de terreno se halla tambien, sobretodo entre los sitios reales de Gameteïra y de Mocambo. Mas lejos la tierra está dividida toda en valles; los estanques son menos comunes y por algunas partes se ven arboledas de buritis (*mauritia flexuosa*), aricurio (*attalea compta*) y carnauvas ó palmeras de diferentes tallos y formas. En seguida se pasa el Caminda, que es aun de poca consideracion con respeto á las orillas del Uhuma; llegando desde luego al Olhod'Agoa, montaña que es preciso subir por un camino escarpado y difícil, la cual es compuesta de piedra arenisca mezclado con venas de cuarzo bastantes abundantes en oro. En los primeros tiempos de la conquista, algunos aven-

tureros probaron de hacer la esplotacion en este punto, así como en todas las demas montañas auríferas, pero ya sea por falta de trabajadores, ó por no querer hacer desembolsos, se ha habido de renunciar á esta clase de trabajos.

Una legua mas lejos se ve Oeïras, capital de la provincia de Piauhy separada en 1774 de la de Maranhâo. Oeiras, aunque tiene el nombre de capital, no es mas que un conjunto de casas hechas de tierra con las paredes blanqueadas. Esta aldea no tiene mas que algunas calles tortuosas y está regada por el riocho da Mochoa y el de Poma-Vergonha, que corren unidos una legua mas abajo hácia el Canuido, cuyos riachuelos tienen un agua limpida, aunque algo salitre. El calor es fuerte en estos contornos, elevándose por el estío á 29 y 30°. La estacion lluviosa empieza en octubre y acaba por abril, siendo los meses mas secos julio, agosto y setiembre. El viento mas frecuente es el del S. El clima es sano y el uso habitual de la carne fresca contribuye mucho á mantener la poblacion en un buen grado de salud, aunque la estacion lluviosa causa algunas calenturas intermitentes. La poblacion de la parroquia asciende á 14.000 almas y la de la provincia á 71.300.

Oeiras está á doscientas leguas de Bahía y á ciento de Maranhâo. Entre los habitantes de esta ciudad interior no se halla aquel toque de instruccion que se observa en las ciudades marítimas, pero en cambio se halla cierta sencillez en las costumbres, mucha afabilidad y buena hospitalidad. Oeïras, aunque es la principal ciudad del pais, no llega á ser por civilizacion y riqueza como Parnahiba, cuya posicion junto al mar la hace el punto mas floreciente de esta provincia. La situacion de Oeïras no le permite servir de escala para los distritos interiores, á causa de estar algo apartada de las corrientes navegables. El algodon, el tabaco, el sebo y las carnes saladas de la provincia, se cargan en el Parnahiba ó en el Itapicuru. Oeïra no es punto agradable, lleno de sitios de pintorescos y hermosas perspectivas; algunas montañas de piedra rojiza, ya formando riberas escarpadas, ó estendiéndose en mesetas cubiertas de arbustos en diferentes formas ó de plantíos de un verde gris, es lo único que aquí se ve y á lo lejos en sus verdes y profundos valles algunos tortuosos y lindos riachuelos que corren, pareciendo un manto de plata.

Al salir de Oeiras se viaja entre colinas llenas de bosques por unos valles cubiertos de palmeras carnanvas sobre las que revolotean hermosos y gritadores guacamayos azules. A menudo se hallan las orillas del Caninda. En el vecino pueblo de Itba el terreno está impregnado de sal comun y salitre. Entre las fazendas de Campo-Grande y de Castello se divisa una parte de la Serra-Imperial. Estas dos fazendas, así como la de Pocoës de Baixos, hacen parte del dominio del Estado, que posee otras treinta aun en el Piauhy. Su fundacion se debe á un portugués de Mafra, que en sus escursiones contra los indios reconoció que las tierras de esta provincia eran muy buenas para la cria de ganados. Despues de la muerte de este hombre, los jesuitas heredaron estas granjas, con la obligacion de fundar otras nuevas y consagrar sus productos para obras pias. Despues de algunos años cuando fueron espulsados estos relijiosos, sus bienes fueron devueltos al gobierno, que halló tres granjas mas de lo que habia concedido. El ganado que se cria en este punto es muy bueno y los caballos son regulares. Las rocas son de granito hasta la Serra-Branca que es de greis blanco ó amarillento. A cierta distancia se hallan algunos hermosos prados, y en los puntos en donde es mas elevado el terreno algunos bosques de catingas. Los campos de Santa-Isabela están cubiertos de grupos de carranvas, de matorrales de boj y de joas aisladas. Este árbol que se parece por su tronco y ramaje á nuestro filo, hace sombra á una porcion de pastos por donde se apacentan los bueyes. Por los rios y estanques andan una infinidad de garzas reales, ánades y otros pájaros acuáticos. Por el camino y hácia la izquierda es imposible no observar el Topa, montaña de piedra blanca ó de color encarnado obscuro que elevándose por terraplenes termina en un lomo que llega del E. al O. Un gran número de cactos, acacias, sensitivas y totimias dan una apariencia de jardin á estos campos de arena blanca, entapizados de gramíneas y flores.

Se llega tambien á la serra dos Does-Irmaos, que forma parte de la vasta cadena de montañas que en un trecho de unos cinco grados de latitud, separa la provincia de Piauhy de las de Pernambuco y de Bahía situadas mas al E. Las noticias que se han podido adquirir sobre esta cadena son incompletas y vagas, resultando de la confusion de nombre, otra confusion sobre el estado de situacion de cada lugar. El punto medio está marcado en la mayor parte de los mapas portugueses por *Serra Ibiapaba* (fin del pais); denominacion que en su principio solo se daba á su estremidad N. E. en la Seara. Los Sertanejos de Pernambuco y de Parahiba llaman á la parte principal Serra Borborema ó Bronburema, y otros dan este nombre solo á la parte de N. E. que establece el límite entre la Serra y el Rio-Grande do Norte. Desde el E. al N. se dirijen jeneralmente algunos riachuelos laterales y en parte auríferos, de los que salen los pequeños rios de estas dos pro-

vincias. El punto meridional y mas importante de todos, es la Serra Araripé ó dos Cayriris que forma el límite mas septentrional del rio de San Francisco.

Esta vasta cadena se dice estar formada de granito y otras rocas primitivas. Las cimas mas elevadas terminadas en mesetas de bastante estension, parecen ser de 6° y 7° de latitud. Las montañas de este canton muy ramificadas y de poca estension, están jeneralmente cubiertas de bosques, y los valles que las separan presentan una alfombra de gramineas vellosas y punzantes y de malezas. La temperatura de este pais montañoso es mas inconstante que la de los puntos orientales; el cielo es menos puro, y la lluvia y los rocíos son muy frecuentes. La estacion húmeda comienza, no en setiembre como en las provincias del S. y mas prócsimas al mar, sino por enero y dura hasta el abril. Durante este período todo es verde y florido; pero desde agosto á setiembre, el pais es un desierto abrasador. Este clima y terreno se estienden por la parte de O. desde la meseta de Seara y por la parte septentrional de la provincia de Piauhy. Los Sertanejos llaman á este clima y á la vejetacion que se desarrolla por su influencia, *agreste*, por oposicion á *mimoso*, en donde hasta las gramineas se diferencian. El mimoso domina por la falda oriental de las montañas, sobretodo por la comarca ó Sertâo de Pernambuco en la orilla izquierda del rio de San Francisco, cantones que por su baja posicion, su superficie igual y quizá la naturaleza de su jeognosia, tienen un clima mas constante, mas seco y mas caliente. Ambos zonas, la *agreste* y el *mimoso* tienen en ciertos periodos, como cada diez años por ejemplo, sequedades que todo lo desolan; en cuyo caso la tierra se abre en anchas grietas, la campiña se estenua y perece y los animales y bestias mueren de sed y hambre. Los autores portugueses hacen mencion de una sequedad que empezó en 1792 en la provincia de Seara y no acabó hasta 1796.

La Serra dos Doës-Irmaos es el punto de donde salen todas las aguas de esta cordillera. Aunque el terreno de cada vertiente sea diverso, la campiña no ofrece ningun contraste notable. Por algunos puntos de la provincia de Piauhy se halla una tierra compacta y arcillosa y en parte de un color de ladrillo, mezclada con fracmentos de cuarzo azulados, negruscos y rojizos, cuyos trozos presentan varias celdillas en su interior. En los Goyaz son muy frecuentes las piedras llamadas *batatas*, las que se consideran como indicios ciertos de que ecsiste oro en tal punto.

La Serra dos Doës-Irmaos, que separa la provincia de Piauhy de la de Pernambuco, está atravesada por un pequeño desfiladero (*joqueiro*) de poca elevacion ancho de sesenta pies entre los collados bajos, que están llenos de cactos muy grandes. Este sitio, bien poco pintoresco por sí mismo, parece no estar muy conforme con el nombre (monte de los Dos Hermanos) que le han dado los injenuos Sertanejos. Consiste en una ancha meseta, de cuyo punto salen las corrientes del Cainda y del rio San Francisco, pasando desde allí á la provincia de Pernambuco por medio de una leve falda, cuyos flancos están llenos de árboles y arbustos. La altura de la cima de los Dos Hermanos es de 1.250 toesas sobre el nivel del mar. Toda esta montaña, surcada de torrentes, presenta en algunos puntos, promontorios agudos y salientes cuya tierra es de micaschito, que en la superficie tiene muchas veces una arena blanca y fina, sobre la que se hallan flores de formas delicadas y gramineas de un verde claro. Hállase tambien en el mismo paraje el gneis y el granito. La tierra es seca y presenta alternativamente catingas y praderas. Mas lejos corren muchos riachuelos que van á parar al rio Pontal y que durante la sequedad quedan enjutos como este pequeño rio. El pais es desigual y escabroso, y por varios puntos tiene largos y antiguos fosos que se llenan de agua, cuando es muy fuerte la crecida del rio San Francisco. Los bordes de estos fosos, así como los de los rios, están cubiertos de árboles espinosos y de plantas sarmentosas en mucha abundancia, lo que se llama *alagadisso*. Por los puntos en donde la tierra se eleva entre bosques, se ven prados de un verdor fresco y variado. Las yerbas son mas lisas, finas y tiernas que en las provincias del Brasil meridional. Estos son los verdaderos campos llamados *campos mimosos*, por donde los colonos hacen apacentar sus innumerables rebaños. La leche no es tan crasa y sabrosa como en la estacion húmeda.

Aquí da principio el Sertâo de Pernambuco que se estiende entre el rio Grande y el Pontal, corrientes de la izquierda de San Francisco, prolongándose paralelo á este rio hasta á sus cataratas, y tomando direccion hácia el O. y el N. O. cuyo pais es tambien seco y cálido, de modo que el pequeño número de riachuelos que le riegan quedan sin agua todos los años en el triste tiempo de la sequedad. Para el uso de los colonos aislados y caravanas que andan por el pais, se arreglan, una que otra vez algunas cisternas, que quedan agotadas en seguida. A menudo la mitad de los caballos y rebaños que se mandan á este punto desde Piauhy, mueren de sed y hambre antes de llegar á San Francisco. Este territorio, que por su naturaleza se diferencia de los que le rodean, forma ahora la subdivision política llamada comarca do Sertâo do Pernambuco.

El alimento y las ocupaciones de estos Sertanejos y de los que viven mas al N. ejerce una influencia admirable sobre su carácter, costumbre y organizacion física. Su cara ovalada y robusta da señal de su vigorosa salud. Alegres, francos, bondadosos, laboriosos y robustos, tienen un aire de resolucion y fuerza, propio tan solo de los pueblos de las zonas templadas, cuya particularidad es efecto de su vida activa y ocupada. Obligados á cuidar y mantener numerosos rebaños, á librarles de los ataques de las bestias feroces, estos pastores han mostrado en esta vida el valor y fuerza que ecsije. En cambio, aislados de todo contacto con los hombres civilizados, son injenuos y sencillos, poco instruidos y sin deseo de serlo. Así es que hay mucha diferencia de la sencillez del habitante de Piauhy y de su jenio torpe y prosaico á la sutileza de imajinacion, rica y poética del habitante del pais de las minas (*mineiro*).

Dejando esta comarca se llega á Rejisto de Soazeiro en las orillas de San Francisco, cuyo punto es el mas frecuentado de cuantos se hallan en el Sertâo de Bahía y en el que se hace el comercio con el Piauhy y el Maranhâo. Todo el ganado que vá á Bahía y que á veces asciende al número de veinte mil cabezas, pasa por este Rejisto, así como las mercancías europeas y los negros esclavos que van á trabajar en los plantíos del interior. En este punto está establecido un portazgo que lo arrienda el gobierno. El rio se pasa con una barca de vela quelle va los pasajeros á Joazeiro.

Joazeiro pertenece á la provincia de Bahía, y consiste en un arrabal ó pueblo de unas cincuenta casas y doscientos habitantes que debe su orijen á la mision en otro tiempo establecida en este vecindario, y su importancia actual al camino de Piauhy que atraviesa el San Francisco, límite de las provincias de Fernambuco y de Bahía. Las aguas del rio son bajas en tiempos de sequedad: de ordinario comienzan á engrosarse á fines de enero, continuan subiendo por espacio de dos meses y baja en algunas semanas dejando sus fragosas orillas empapadas en una humedad que comunica una actividad increible á la vejetacion. El ribazo, que los Sertanejos denominan *vazante*, tiene de diez á veinte pies de altura, y á veces está muy apartado del lecho fluvial que, durante el derrubio, presenta una anchura de una á dos leguas y forma una multitud de islas y penínsulas. Cuando yo pasé, el rio San Francisco no tenia mas de 2.000 pies de una á otra márjen, y sus aguas tenian un gusto muy poco grato al paladar y eran sucias, aunque algo mas verdes que en la parte superior. Los caimanes y los pirañas, peces no menos peligrosos que aquellos réptiles, son igualmente muy raros: los primeros se hallan en los estanques que hay esparcidos por entre la arboleda á lo largo del rio. Encuéntranse en él poquísimas boas; los peces mejores solo descienden en numerosas bandadas hasta Cento-Cé, y las nutrias son poco comunes. A orillas de este rio encontré varios pescadores indios: aquellos pueblos usan un modo de pesca bastante singular que consiste en disparar sus flechas contra los peces que perciben á través del agua donde dejan bogar sus piraguas con lentitud (Pl. XVIII. — 4).

Las márjenes de San Francisco en el paralelo de San Joazeiro no son tan animadas, tan ricas ni tan bien cuidadas como las que se encuentran mas al S. Las cosechas se ven destruidas frecuentemente por un calor continuo ó una repentina inundacion, de suerte que los habitantes de esta provincia, naturalmente descuidados y flojos, cuentan mas con los recursos que les llegan de *Minas Geraes*. Las producciones indíjenas consisten en cuero, sebo, carne salada, un poco de tabaco, y con peculiaridad en sal que se recoje en las cercanías del rio. La poblacion es muy pobre, y no hay otras personas acomodadas que los propietarios, en cuyas tierras se han establecido algunos terratenientes (*agregados*). Sin embargo estos últimos no dejan de tener los mismos defectos de los ociosos y de los ricos: abusando de la facilidad con que se procuran cuanto necesitan, son jugadores y disolutos y se cuidan muy poco de sus negocios.

La navegacion por el rio San Francisco se hace en parte en bateles aislados, y en parte en piraguas atadas transversalmente unas á otras. Al remontar solo llega hasta Malhada, Salgado y San Româo en Minas Geraes; mas al descender se estiende tan solo hasta Porto da Vargem-Redonda, en un espacio de cincuenta leguas, y no puede prolongarse mas por razon de una cadena de rocas calcareas que empieza á interponerse durante doce leguas entre la corriente que en jeneral es muy estrecha, profunda y entrecortada de cascadas, la mas considerable de las cuales es la de Paulo Alfonso. Hay sin embargo algunos puntos practicables, bien que la navegacion no interrumpida no continua de nuevo hasta en Aldea-Caninda, á mas de treinta leguas O. de Villa de Penedo; situada á siete leguas mas arriba de la embocadura del rio en el Océano. Entre Vargem-Redonda y Caninda las mercancías deben cargarse en mulas; pero esta interrupcion en el viaje es tan perjudicial al comercio, que solo tiene lugar directamente de Penedo á Caninda y no sucede en manera alguna en la parte del rio situada mas allá de las cataratas. Las comarcas vecinas á aquella parte de su cur-

so reciben casi todas sus mercancías por tierra de la villa de Caxoeïra. Si se ha de dar crédito á muchos testigos oculares, estos obstáculos á la navegacion podrian ser destruidos en gran parte almenos, y sin duda acarrearán esta mejora los progresos de los trueques.

Los alrededores inmediatos de Joazeiro son llanos y monótonos. El suelo, compuesto de una tierra ó de una arena roja y gredosa mezclada de granos de granito, está cubierto de diversas plantas y especialmente de maries (*geoffroya spinosa*), árbol de unos quince pies de altura, y de manqués blancos de Sertanejos (*hermesia castaneæ folia*) árbol muy semejante al sauce. A lo largo del rio hay esparcidas algunas pequeñas alquerías, separadas por largos cercados de tablares y setos espinosos. Ordinariamente velan por su custodia enormes perros. En medio del rio se halla una (*ilha de Fogo*), de la que se levanta una roca granítica de forma piramidal. Hay unos puyas de cinco pies de elevacion y adornados de hermosos ramos de flores que comunican al paisaje un carácter singular. En diversos puntos de la ribera se encuentra una almendrilla cuyos guijarros están unidos entre sí por medio de un cimento de tierra rica en alabandina. El granito se encuentra á mas de una legua de radío, y en todas las cercanías no se ve ningun vestijio de depósito salino que constituye la riqueza del pais.

No tuvimos tiempo suficiente de ir á aquellos depósitos para observarlos de mas cerca; pero Spix y Martius, mas afortunados, habian hecho una escursion al rio Salitre, afluyente del San Francisco, donde se recoje mucha sal en muchas quinterías distantes cuatro leguas del rio. Para llegar allí, debe tomarse la direccion del O. atravesando selvas poco elevadas y abriéndose paso en medio de la frondosa vejetacion del agadizo. Al salir del terreno granítico se encuentra dolomia amarilla-blanquizca dispuesta en capas poco elevadas sobre el nivel del suelo, que descansa sobre micaschisto y schisto arcilloso; por último la ensenada de donde trae su orijen el rio Salitre está circuida de collados de piedra calcarea primitiva. Hay unos hoyos, en su mayor parte artificiales, en donde conservan el agua mezclada de una tierra de un amarillo encarnadino, fina, suave al tacto é inmiscuida de restos vejetales y morrillos. En seguida se abstiene la sal por evaporacion. La situacion de la sal se estiende al S. en la hoya de San Francisco hasta la villa de Urubu, en una lonjitud de mas de tres grados de latitud y en una anchura de veinte á treinta leguas; al E. mucho mas allá de la Serra das Almas, y al O. hasta quince leguas de San Francisco. En las honduras de aquel lado, y con peculiaridad despues de las lluvias, se observan eflorescencias salinas que tapizan un terreno árido, cubierto solamente de árboles desmirriados y arbustecillos. La sal se pone en sacos de piel de buey, cada uno de los cuales pesa unas cuarenta libras.

En Carnoïbas, á unas cuatro leguas de distancia de Joazeiro, se deja el terreno donde crecen los carnauvas y la hermosa vejetacion que acompaña á esta palmera, y se entra en un pais seco y muerto, comunmente llano é interrumpido apenas por dos montecillos. En el terreno que se abaja suavemente al N. O. casi no se observan mas que cascajos rollizos de granito. En Riachineho se estiende un anchuroso valle enteramente arbolado y mas delicioso que el resto de la comarca.

Despues de cuatro nuevas jornadas de camino llegamos á Villa-Nova da Raynha ó Jacobina Nova, miserable pueblo aislado en medio de aquellos llanos. Dia vendrá en que la sequía acarreará la muerte de sus desgraciados moradores. Este pueblo está situado al pie de la sierra de Tiaba cuya cumbre se eleva á 1.200 pies sobre el nivel de la base. Este monte es granítico y cubierto de árboles cuya corpulencia se acrecienta á la par de la altura. Antes de llegar á esa garganta, el agua es ya muy rara, y la tierra se cubre de tallos de enforbios; pero en cuanto se acaba de pasar, encuéntranse cisternas llenas, y las hendeduras de la roca contienen asimismo manantiales ó depósitos de agua. En tiempo de sequía, esta zona es mas favorecida que la otra. Sin embargo todos sus arroyos quedan secos igualmente: el rio de Peixe y los demas rios no ofrecen mas que lagunajos aislados de los que no puede sacarse agua; su aridez es escesiva, la vejetacion seca y deshojada y el ambiente cálido y apenas respirable.

En estos momentos críticos, uno de los manantiales mas abundantes de la comarca es el de Corte, que consiste únicamente en una hendija de doce pies de profundidad que se abre en la masa granítica. Para recibir el agua que mana de ella gota á gota, es preciso internarse con una calabaza. Antes de abrir esta hendija se ven cada dia mas de treinta mujeres ó muchachos empujándose para recojer la cantidad de agua necesaria para el menaje. Sin embargo, cuando la sequía es escesiva y las filtraciones dan demasiado poco, el juez del lugar se constituye ante la preciosa fuente para mantener el buen órden y procurar que cada uno descienda á la peña cuando le toque por turno. Los hombres se dirijen igualmente al mismo punto armados de un fusil para sostener en caso de necesidad los derechos de sus familias; y todo cuanto pueden hacer en este caso aquellos desgraciados es impedir que mueran de sed. En cuanto



V. Bailly del.

1. Étang des Oiseaux près du Rio San Francisco.
1. Estanque de las Aves cerca del rio S. Franco.



2. Villa de Caxoeira.

2. Villa de Caxoeira.



3. Palanquin à Bahia.

3. Palanquin en Bahia

á los ganados, no hay que soñar en ellos, pues no tienen ningun abrevadero. En Gravata el agua de las cisternas se hace salobre, por cuyo motivo las mulas no quieren beber de ella; y para burlar la sed de las pobres caballerías, las dan de azúcar. En este ingrato desierto las raices del imbú (*spondias tuberosa*) ofrecen un gran recurso. Su direccion es horizontal, y forman en la superficie de la tierra unas hinchazones á veces del tamaño de una cabeza de niño. Estas hinchazones son huecas y preñadas de agua. En cada uno de aquellos depósitos encontramos una media á poca diferencia de un líquido unas veces límpido y cristalino, otras veces de un tinte ópalo y muy potable, apesar de un sabor resinoso harto desagradable.

Este desolado pais se estiende desde el *rio* do Peixe hasta Feira da Conceição. Allí empiezan de nuevo las quinterías y sus cultivos, las casas de campo, las ventas siempre mas multiplicadas á medida que se aprocsima á la ciudad de Caxoeïra situada en las márjenes del rio Paraguaçu.

Al avistar de nuevo aquellas aguas, aquel verdor, aquella riente campiña, ensánchanse los pulmones y se dilata el ánimo, cual si jamas se hubiese debido verlos. Juntamente con la vejetacion vuelven á manifestarse los huéspedes que la animan. Por acá y acullá y en el fondo mismo de los bosques aparecen súbitamente estanques solitarios que solo reflejan en su linfa las altas copas de los árboles circunvecinos. En las orillas de aquel agua solitaria juegan á sus anchas millares de todo linaje de aves, garzas reales blancas y grises, jabiros, fenicópteros, flamencos, garzotas y otros pájaros, todos tan bulliciosos y tan variados de forma y de aspecto y reunidos en número tan prodijioso, que parece verdaderamente un cuadro májico de la creacion (Pl. XIX. — 1).

Llegamos por fin á la villa de Caxoeïra, situada al pie de una serie de collados en las márjenes del rio Paraguaçu. Veíanse algunos monumentos mas importantes que los de las ciudades interiores que anunciaban ya la cercanía de la costa, y comunicaciones prontas y seguras con la gran ciudad de Bahía. En frente de Caxoeïra se halla el Porto Feliz, lugar bullicioso y poblado, y que no cuenta mucho mas que como una porcion de la ciudad. Caxoeïra es rica y floreciente: contiene una iglesia dedicada á Nuestra Señora del Rosario, un convento de carmelitas, un hospital de San Juan de Dios, una fuente y dos puentes de piedra sobre los riachuelos de Pitanga y de Caqueuude, corrientes poco caudalosas que sirven para dar movimiento á muchos injenios de azúcar. Porto Feliz contiene asimismo dos iglesias: las casas de una y otra márjen del rio son de piedra, y las calles son enlosadas. En este punto se embarca mucho tabaco y algodon para Bahia. El Paraguaçu que sirve para este transporte no es muy navegable pasado Caxoeïra. La marea que llega hasta aquel punto, encuentra un poco mas arriba un monton de rocas que impide la navegacion por la parte superior de su curso (Pl. XIX. — 2).

El camino que va de Caxoeïra á Bahia es delicioso, risueño y atraviesa varias comarcas cultivadas y abundantes de todo jénero de recursos. Con el reflujo se hace la travesía en pocas horas. A 15 de abril llegamos á Bahia.

CAPÍTULO XXIV.

Bahia.

Bahia ó San Salvador, situada en la costa oriental y casi á la entrada de la bahía de Todos los Santos, es una ciudad arzobispal, la mas rica, la mas floreciente y mas comercial del Brasil, despues de Rio Janeiro. Por espacio de mas de dos siglos ha sido la residencia de los gobernadores jenerales de la comarca; pero en 1763 el gobierno fué trasladado á Rio Janeiro con el título de vireinato.

Bahia es el gran depósito de todos los productos de sus diferentes comarcas y de los de las provincias vecinas. Su lonjitud de N. á S., inclusa la poblacion Bom-Fim que la termina por el lado del N. y la de la Victoria que la acaba por el del S., es de unas cuatro millas. Divídenla en dos partes, ciudad alta y ciudad baja: la mas alta y la mas vasta está situada en la cima de un delicioso collado, y la otra se estiende en su misma base por la parte de occidente. La última parte de la ciudad se denomina Praya, por razon de que se prolonga á lo largo de la bahia. No tiene mas que una calle, y en ella están concentrados todos los establecimientos comerciales, los almacenes de mercancías y los vastos depósitos llamados *trapiches*, en los que se amontonan las mercaderías de los alrededores, el azúcar, el tabaco, el algodon y los otros objetos de esportacion, como la harina, los granos y los legumbres que se distribuyen al pueblo. La ciudad baja está dividida en dos parroquias, Nossa Senhora del Pilar y da Conceiçao; la segunda tiene una iglesia muy bonita, cuya fachada ha sido construida con piedras llevadas de Europa, y cuyo interior está hermoseado con mucha riqueza. A poca distancia hay los astilleros y el arsenal de la marina.

La ciudad alta (*cidade alta*) se halla en una eminencia rápida y escarpada. Su situacion es verdaderamente deliciosa. El valle con sus *hortas* ó quintas de recreo, una vejetacion lozana,

aguas corrientes, una rada tranquila y espaciosa, varias embarcaciones ancladas ó á la vela, todo fija las miradas y escita la admiracion del observador. Las casas tienen ventanas con celosías y balcones. Cuando se anda por las calles, á cada paso se tropieza con palanquetas llevadas por negros. Estas palanquetas son á menudo de una elegancia muy refinada, con una cúpula superada de plumas, esculturas doradas en relieve y cortinas de muselina ó de seda bordada. Las mas ricas son las de las señoras que se acurrucan en ellas en muelles cojines y se hacen trasladar de esta suerte de una á otra casa. (PL. XIX.— 4). Estas palanquetas, que llaman tambien *cadeiras*, son un mueble absolutamente necesario en todas las casas acomodadas, y su lujo se cifra en la elegancia del baldaquino, en la riqueza de las cortinas anubarradas, y en el brillo del traje de los negros que las llevan. Ecsisten sin embargo algunas cadeiras de alquiler que hacen en Bahia las veces de nuestros peseteros y de nuestros birlochos de Europa. Por cuatro pesetas llevan de uno á otro estremo de ciudad.

La ciudad alta no es como la ciudad puramente comercial: en ella se siente mucho mas la vida holgazana y de ricote, verdad es que no contiene tantos depósitos, pero sí mas cafés, mas tiendas inferiores que almacenes por mayor, mas carnieros, panaderos, boticarios y fruteros.

La carne es escelente en Bahia: los frutos asimismo muy suculentos y variados, entre los cuales se encuentran naranjos sin pepitas (*ambiyos*), mangles, higos, guayabos, pitangas, sandias, ananas que venden las negras ocupadas en la confeccion de confituras que desempeñan á las mil maravillas. Esta porcion de la ciudad está dividida en seis parroquias, con las iglesias de Nossa Senhora de Victoria, San Pedro, Santa Anna, San Antonio, San Sacramento y San Salvador que es la catedral. Bahia contiene asimismo un hospicio para los pobres, una casa de huérfanos y un gran número de capillas magníficas, que son el objeto de la solicitud constante de los habitantes. Las calles de la ciudad están habitadas por respetables vecinos ú oficiales que con el bolsillo en la mano, vestidos de rigurosa etiqueta y el sombrero quitado salen al encuentro de los transeuntes, y les piden una limosna para el sosten del culto. Así es que los únicos edificios suntuosos son las iglesias y conventos. Los jesuitas tenian en otro tiempo un colejio magnífico, situado en el barrio mas hermoso de la ciudad, que está trasformado actualmente en hospital y escuela de cirujía. El palacio del gobernador es tambien un edificio notable; por un lado dá á la bahía, y en el otro tiene contiguo la casa-consejo. La fachada dá á la *Praça da Parada*. El palacio arzobispal tiene dos lados, el uno de los cuales mira al mar, y comunica con la catedral que es de una espaciosa nave.

Bahia contiene una zeca, un capitan de marina, un tesorero, un tribunal civil y un gobernador. Antes de suceder las últimas conmociones políticas, tenia ademas un juzgado eclesiastico y una junta del tesoro compuesta de cinco diputados: el canciller, el almirante, el *procurador da corea* (fiscal jeneral); el tesorero y el *escribano* (jefe del tesoro); todo presidido por el gobernador. Su organizacion administrativa es completada por una junta consultiva de comercio. Las escuelas públicas tienen profesores bastante distinguidos, que enseñan matemáticas, idiomas griego, latino, etc. Bahia contiene tambien una biblioteca pública, una fábrica de cristales, algunas imprentas y un seminario.

La ciudad está defendida del lado del mar por diferentes fuertes, entre los cuales no debe pasarse en silencio el de San Marcelo, de forma circular, con dos baterias situadas en el centro del anclaje. Por la parte de tierra hay un lago espacioso y profundo que sirvió por mucho tiempo de foso y en el cual vivian enormes caimanes. La ciudad fué tomada por los holandeses en 1634, y bombardeada en 1636 por el príncipe de Nassau que igualmente se apoderó de ella.

El arrabal del E. encierra el hospital del Lazareto (antigua quinta de los jesuitas) que contiene la mas hermosa plantacion de pimientos de todo el Brasil. El arrabal de Bom-Fim, ha tomado su nombre de un lindo oratorio situado en una posicion agradable. A unas dos millas E. se encuentra la parroquia de Nuestra Señora de Penh (llamada vulgarmente *Tapagipe*) en el estremo de una península donde los arzobispos tenian una *horta* y en la que se halla al presente el astillero mas importante de Bahia. Esta peninsula es un promontorio delicioso amenizado y refrijerado por la frondosidad de unos magníficos cocoteros.

En el arrabal de Victoria se encuentra la iglesia de Nuestra Señora de Gracia, donde se puede ver el sepulcro de doña Catalina Alvarez, hermana de un caudillo indio, y esposa de Diego Alvarez Correa, el Caramuru. Esta mujer acompañó á Correa á Europa, permaneció en ella por algun tiempo, y visitó la corte de Francia donde escitó el mas vivo interés. Habiéndola bautizado en Francia, recibió el nombre de la reina Catalina renunciando al de Paraguaçu, que es precisamente el nombre del rio de que hemos hecho mencion.

La sociedad de Bahia es dulce, afable, comedida y muy celebrada en el Brasil por sus finos modales. La clase alta tiene todas las costum-

bres europeas con el esceso de lujo inherente á la vida criolla. El lujo se ha introducido igualmente en las clases mercantiles y proletarias. Así los hombres como las mujeres andan siempre con mucho aseo, bien que no visten con mucha riqueza, pues los hombres llevan unos fraques al estilo inglés, y las mujeres una basquiña, la camisa bordada y la capa que las envuelve casi del todo. Las mujeres de las clases inferiores salen comunmente muy poco, y no siempre son admitidas á la mesa de sus maridos. Sus ocupaciones consisten en hacer un encaje grosero; pues las faenas domésticas, sencillas y nada penosas, corren á cargo de las negras, sin esceptuar la comida, que siempre es sazonada con pimienta.

La poblacion de Bahia ha sido evaluada en 120.000 almas, cuyas dos terceras partes son negros. Esta aglomeracion de razas africanas en el mismo punto ha sido tan frecuentemente peligrosa á los amos de Bahia, que sin cesar están vijilando con cuidado esta parte turbulenta de la poblacion. Antiguamente los asesinos eran muy frecuentes y casi siempre quedaban impunes; pero á principios de este siglo se organizó una severa policía para la represion de los crímenes y la persecucion de los malhechores. Numerosas patrullas, compuestas de soldados blancos, mulatos y negros, recorren la ciudad paraque no se alteren el órden y la tranquilidad públicas.

Los negros son en jeneral mucho mas bien tratados en el Brasil que en las colonias francesas é inglesas. Rescátanse con harta frecuencia, y aun recobran su libertad sin rescate alguno, bajo ciertas condiciones previstas. A veces sus amos no les obligan á trabajar en persona, sino tan solo á entregar la cantidad de 240 rejs (unos siete reales) sobre su trabajo; lo cual no deja de ser una esplotacion gravosa é inmoral. Los negros libres son muy numerosos en Bahia; y como pueden optar muchos empleos, hay muchos que son industriales, militares, y eclesiásticos. El estado mayor del rejimiento negro se compone de individuos comedidos, bien educados y de gallarda presencia. Los mulatos tienen casi los mismos derechos que los blancos; son admitidos á todas las reuniones y llegan á ser muchas veces funcionarios distinguidos en la carrera de la administracion ó de la majistratura.

El comercio de Bahia es rico é importante, y por mucho tiempo estuvo casi reconcentrado en manos de algunas casas inglesas influyentes por sus capitales como por su crédito. Sin embargo, al presente la concurrencia ha destruido esta especie de monopolio. El principal objeto de esportacion es el azúcar, de que salen anualmente unos ochenta mil cajones de cuarenta arrobas cada uno. Este azúcar es de dos clases, el blanco y el moreno (*branco* y *bruno*). Los azúcares de la nueva cosecha llegan á Bahia en los meses de noviembre, enero y febrero, y los meses mas favorables para la compra son de enero á mayo. El mejor azúcar de Bahia viene del territorio de Reconvaco. Los hay de dos especies, á saber: los que se recojen al rededor de la bahía, en el interior (*dentro*), y los mas blancos que se cosechan fuera de la bahía y á lo largo de la costa (*foras*). El tabaco suministra igualmente cuantiosos cargamentos á las embarcaciones estranjeras que dan fondo en la bahía. En el interior, pesa sobre este artículo el monopolio, y solo es libre para las esportaciones. El tabaco llega á los mercados de Bahia desde enero á marzo, por medio de las ciudades de Caxoeïra y Santo Amaro; amontónanlo en los depósitos del gobierno y es objeto de la vijilancia mas escrupulosa. El algodon es tambien un producto de los paises interiores que se permuta en Bahia contra manufacturas de Europa. Los nuevos algodones llegan en febrero, y su calidad varía segun los distritos. La cantidad mas considerable y mas buena del que se vende en Bahia se cosecha en la comarca meridional de la provincia de Pernambuco. El algodon del esterior es preferible al del interior por la finura y la lonjitud de la lana; pero llega tan cargado de materias estrañas, que solo lo compran con mucha cautela. Apesar de este inconveniente, el algodon del esterior vale siempre tres ó cuatro reales mas por arroba que el algodon del interior. La mayor parte de este último llega de Villa-Nova do Príncipe, en la comarca de Jacobina, de donde lo despachan á carga de macho y de caballo hasta Caxoeïra, y de allí á Bahia en grandes bateles. El arroz, los cueros adobados, el palo tinte, el melote, el aceite de pescado, el café, diversas drogas y un poco de rom constituyen asimismo una parte de sus principales esportaciones.

Bahia no es solamente uno de los mas ricos y mas activos mercados de la América meridional, sino tambien una residencia salubre, templada, sin ninguna de estas enfermedades endémicas que desolan la zona intertropical y circuida de un ambiente puro y refrijerado por el soplo de las brisas terrestres como marítimas. Las costumbres locales se resienten del influjo del clima, y la vida que allí se pasa es muelle y poco activa. Los habitantes de Bahia andan vestidos lijeramente y matan una parte del dia recostados en hamacas columpiadas por los negros ó en esterillas frescas y suaves. El tabaco, el café, el juego, la conversacion, los refrescos y los dulces amenizan la larga duracion del dia.

Nada es comparable al animado espectáculo

que ofrecen el puerto y la rada de Bahia, especialmente en la víspera de alguna festividad. Son de ver entonces los millares de barquichuelos procedentes de veinte ó treinta leguas de distancia, con el movimiento de los muelles, los concentos de los negros con sus fardos acuestas y la muchedumbre que puebla el muelle, los pretiles, la calle de la Praya y sus vastos depósitos! La entrada de la bahía tiene al pie de cuatro millas de ancho, y solo la parte oriental ofrece un seguro asilo á los buques de mayor porte. Cada año entran y salen mas de dos mil buques; las importaciones se evaluan en veinte y nueve millones, y las esportaciones en cuarenta.

Cuando la mar está tranquila, se va en algunas horas de Bahia á la isla de Itaparica, la mas considerable de la bahía, y cubierta de cocos magníficos. En otro tiempo se veian en la playa que se halla en frente muchas calderas en las que se derretia el sebo de las ballenas cojidas en los vecinos mares. La misma playa estaba atestada de huesos, vértebras y craneos de estos cetaceos sin órden ni concierto, que hacian de ella un osario que inficionaba la atmósfera. Todo aquel comercio, que no ecsiste ya, parecia haber tomado alguna estension, y los armamentos de los brasileños para aquella pesca habian surtido resultados satisfactorios.

CAPÍTULO XXV.

De Bahia al pais de las minas.

Despues de haber permanecido en Bahia una semana, partí de ella á 24 de abril con algunos comerciantes que pasaban al pais de las Minas por razon de sus negocios. Viéndonos de nuevo en el Paraguaçu, visitamos sucesivamente á Maragogipe con sus hermosas plantaciones de cañas dulces, y en Caxoeïra, ya visitada, rico depósito que contiene 1.000 casas y 10.000 habitantes.

En Caxoeïra se deja el rio, por cuanto cesa de ser navegable, y se toman cabalgaduras. En solos dos dias de camino se llega á la aldea de Tapera á través de un pais populoso y bien cultivado. Para pasar á la villa da Pedra-Branca es preciso salirse un poco del camino, y se llega á ella por medio de veredas angostas, practicadas á través de collados nemorosos. Al cabo de algunas horas de camino aparecen dos series de cabañas de tapia en torno de una iglesia tambien de tapia. Pedra-Branca es un establecimiento que solo data de unos treinta años y habitado por Cariris y Sabuyas, tribus que antiguamente vivian en las vecinas selvas y que al presente componen una comunidad de 600 almas; las cuales, si bien se parecen bajo muchos aspectos, distinguense sin embargo una de otra por ciertas diferencias en sus idiomas. Estos indios son de una estatura regular y harto desvalida, pero no muy robustos, y, á diferencia de los demas indijenas, no se desfiguran en manera alguna. Naturalmente desidiosos y neglijentes, matan el tiempo tirando con una cerbatana ya contra los ratones campesinos, ya contra los pájaros, ó contra los animales silvestres; y aun á veces se ocupan en matar y arrebatar el ganado de los colonos sin pensar siquiera en el castigo en que incurren. Obedecen á los majistrados blancos con la mayor repugnancia; cultivan apesar suyo y contra sus fuerzas el maiz y el plátano: prefieren entretejer redes, hamacas y cestas ó hacer vidriado. De la fermentacion de la harina de mañioc sacan una bebida bastante agradable que denominan *canoughi*.

Hasta Tapera puede viajarse por una deliciosa llanura; pero pasada esta aldea el pais empieza á ser árido é ingrato. En Rio-Seco comienza una comarca montuosa, mas y mas quebrada á medida que los terrenos sé elevan hasta llegar á la rejion granítica de todo punto carente de agua. Las aldeas que se encuentran desde entonces están faltas de todo recurso, y no pueden suministrar nada de comer ni beber. En aquella zona ingrata se hallan sucesivamente Maraces y Yacari, cuyo rio aseguran arrastrar un agua que comunica calentura; súbense despues muchas montañas graníticas bastante encumbradas y se llega luego á Olho d'Argoa donde los hombres y los animales tienen mucha dificultad en poder apagar su sed en tiempo de sequía.

De esta suerte se recorren las veinte leguas que separan la aldea de Simoro de la de Maraïos. La Serra de Simoro, cuya elevacion es de 3.000 pies, puede considerarse como la última ramificacion de la Serra de Montequeïra, y forma la línea de division entre las partes altas y las tierras bajas de la provincia de Bahía. Por el lado del O. el clima es mas húmedo y mas inconstante que por la parte del E. Aseguran que en la pendiente oriental de esta cordillera se han encontrado diamantes; pero lo cierto es que el terreno ofrece granito, esquita anfibolójica, esquita arcillosa y diorito de schisto. Estas peñas se muestran á la superficie del suelo, donde se hallan cubiertas de una capa de seis á diez pies de una arena mezclada con arcilla y una marga gredosa. Este último terreno es el único susceptible de alguna fecundidad; por cuyo motivo habrá mucha dificultad paraque el cultivo pueda estenderse en este distrito, y paraque la poblacion no permanezca en un estado mas estacionario que en las comarcas mas favorecidas. En él solo se ven

por intérvalos algunas fazendas mezquinas y aisladas, y por lo comun no tienen otra fuente que una charca ó una miserable cisterna (*cazimba*). Los árboles, poco elevados y de nudosas ramas, y los numerosos grupos de cactus ofrecen un aspecto semejante al de los catingas.

En medio de aquel pais semejante á los Alpes, descúbrese el valle del rio Simoro como un misterioso oasis. Este límpido torrente corre por él entre dos márjenes cubiertas por una vejetacion de plantas bajas y rastreras.

A mayor distancia se pasa una alta montaña denominada la Serra das Lagas, en cuya cima ecsiste una fazenda que lleva el mismo nombre. En aquella cima, chata y casi aplanada, se traslucen por acá y acullá algunas capas abundantes de mineral de hierro. Estas riquísimas minas situadas en el camino de las provincias interiores y á una distancia considerable de la costa de donde sacan todos sus hierros, podrán con el tiempo dar márjen á una esplotacion importante y fructuosa. Sin embargo, en la actualidad esta riqueza es del todo ignorada ó desconocida.

El pais montañoso, árido y arbolado, se estiende hasta Contas. En todo este territorio hay grandes trechos cubiertos de palmeras (*cocos schizophylla*), entrecortados de bosques de aricuris (*cocos coronata*), otro coco con cuyo tronco fabrican los colonos en tiempo de escasez un pan muy poco nutritivo. El que no haya visto con sus propios ojos la miseria de aquellos Sertanejos y la frescura con que saben contentarse con los mas despreciables alimentos, nunca podrá concebir que una poblacion se decida á alimentarse de un pan confeccionado con troncos de árbol.

El aspecto de Villa do Rias das Contas disipa un poco la afliccion que causa tanta penuria; pues es un lindo pueblecito de 900 habitantes. Como el clima es muy poco favorable á las empresas agrícolas, los moradores se ocupan con preferencia de la esplotacion de las minas y de un trabajo de trueques intermedios entre la costa y los distritos interiores. Esta poblacion descuella por la finura de sus modales, su instruccion y la comodidad en que vive; de manera que comparada con los miserables distritos que acabamos de recorrer, Villa das Contas era un Eliseo. La elevacion de su solar le da un clima casi siempre templado. Por la mañana el termómetro estaba á los 14°; á la una de la tarde á los 23° y al ponerse el sol á los 20°. La estacion de las lluvias empieza por lo comun en octubre y en noviembre.

Villa do Rio das Contas está á cosa de una legua de Villa-Velha, de que está separada por una montaña que llaman Serra do Rio das Contas, ó Villa-Velha, ó bien do Brumado. Esta montaña se eleva á mas de doscientas toesas sobre Villa-Velha, y sus rocas arguyen la presencia de algunas minas metalíferas. La base de la montaña es selvosa, y á media altura bajando hácia Villa-Velha se vé el rio Brumado despeñándose por una cascada de 150 pies á un delicioso valle. Las rocas auríferas de estas montañas, aunque muy mal esplotadas, hace sin embargo largos años que han retribuido á los mineros sus penosos trabajos. Igualmente se encuentran varias pepitas del precioso metal en la linfa de los rios y de los arroyos de las cercanías. Los granos son gruesos y muy puros, y á veces se han encontrado pepitas que pesaban hasta ocho libras. Al presente la esplotacion se continua con la mayor constancia y felicidad en el arrayal Matto-Grosso, á dos leguas N. de Villa-Velha.

Esta cordillera es una prolongacion de la Serra de Montiqueïra que se estiende por la parte del N. O. á grandes distancias bajo diversas denominaciones. El morro Rotondo, uno de los ramales que proyecta al N. O., contiene las fuentes del rio Brumado, de cuyas aguas han sacado los habitantes una anjite tan hermosa y transparente, que la han tomado mucho tiempo por esmeralda. En muchos puntos de los alrededores de Villa-Velha, especialmente en el rio Sant-Antonio y sus cercanías, hanse encontrado á la superficie de la tierra ó mezclados en la arena fragmentos de animales fosiles.

Villa-Velha es uno de los mas antiguos pueblos del Sertão de Bahia, siendo asimismo uno de los mas florecientes antes del descubrimiento de las minas de oro en las vecinas montañas; mas desde aquel suceso lo han ido abandonando poco á poco para establecerse en las cercanías de las esplotaciones auríferas. El pueblo está situado en el rio Brumado, límpido torrente que corre con rapidez para desaguar en el rio das Contas. El valle de Villa-Velha es el punto mas feraz de todos aquellos contornos: en él ecsiste un buen número de quinterías y en sus alrededores pace un rebaño numeroso que se cria en los prados ribereños del torrente.

Al salir de Villa-Velha con direccion al O. se atraviesa la Serra de Joazeiro, país árido y abrasado. Las fazendas no ofrecen ningun recurso, y con dificultad suministran algunos puñados de maiz. Las hambrientas mulas ramonean cuanto encuentran, y á veces, á falta de otra cosa mejor, roen las hojas de una suerte de alcaparra, cuyo jugo les acarrea una enfermedad. Este camino fatigoso dura tres dias, pero al fin se llega á Villa-Nova do Principe ó Caïtete, situada en un pais enriquecido por las plantaciones de algodon. Ademas de la cosecha local Villa-Nova do Principe recibe las de algunos distritos de Minas Geraës, que vierten en aque-

lla sus productos, cual en un depósito de venta pronta y fácil. Villa-Nova do Príncipe es casi la ciudad fronteriza del pais de las Minas. Hanse descubierto recientemente en una vecina montaña, la Serra de San Vicente, indicios irrecusables de la presencia del oro, bien que todavía no se ha dado principio á su esplotacion. En cambio se prosigue con cierta actividad un comercio de magníficas amatistas de un tinte obscuro que se han encontrado á diez leguas de Villa-Nova do Príncipe y en el camino del rio Pardo. Los compradores son los mercaderes de piedras finas de Minas Geraës que han agregado este nuevo artículo á sus precios corrientes.

La Serra de Caïtete no ofrece el aspecto desolado de las eminencias que habíamos recorrido hasta entonces. Vístese de una vejetacion lozana y esplendorosa; sus vallecillos son frondosos y arbolados y cortan la Serra da Gameleira que hay en frente; cordillera de un carácter mas árido y mas agreste. Despues de haberla subido se llega finalmente á las cumbres de la Serra dos Montes Altos, montes graníticos y punto de union de todo aquel sistema. En sus cimas se han descubierto masas enormes de tierra que contienen salitre. Sin embargo esta tierra es poco esplotada, por razon de que el salitre está sujeto en el Brasil bajo el peso de un monopolio, y aquellas crestas montañosas se hallan demasiado apartadas de las manufacturas reales de polvos. Bájase de los Montes Altos por una serie de eminencias cuyas cimas aplanadas y sucesivas forman un paisaje de un aspecto monótono que fatiga la vista. Sus flancos están taladrados en varios puntos por barrancas profundas, ya sumamente fragosas, ya inclinadas en suave declivio, ora cubiertas de tierra vejetal y de cactos, ya desnudas enteramente de vejetacion, cual para completar el aspecto silvestre y el tinte obscuro de aquellas montañas. Despues de cinco dias de camino, que se emplean solamente en subir y bajar, se llega á una llanura de ferrujinoso asperon, donde no se encuentra mas agua que la de las charcas y de las honduras de las peñas. Esta agua es tan turbia, amarga y viscosa, que los animales no la quieren probar, y los hombres no la beben sino disolviendo en ella un poco de azúcar. Allende este punto, se entra en un llano calcareo y á veces pizarroso, cubierto de cactos y de árboles espinosos.

Llégase finalmente al límite del Sertão de Bahia. En todo el territorio que se atraviesa pasadas las pingües llanuras de Caxoeïra no hay nada que temer en cuanto á recursos; porque las fazendas son numerosas, y en ellas se encuentra todo lo necesario para el sustento de los hombres; empero si no se toma la precaucion de conducir muchas mulas de recambio; puede que el viajero tenga que verse desmontado en medio de la ruta, por cuanto las etapas del camino están comunmente faltas de agua y de forraje, y si los animales llegan á fallecer, como ocurre con frecuencia, vese abandonado á merced de la benevolencia y de la jenerosidad de los Sertanejos.

De todas las poblaciones situadas en las márjenes del rio San Francisco, la mas desacreditada por su insalubridad es Malhada adonde llegamos. Este punto es considérado como un destierro por los soldados, de manera que si van allí, es con la idea de sufrir y con el deseo de abandonar aquella atmósfera morbífica: por cuyo motivo la guarnicion se compone de un corto número de individuos pálidos y macilentos, y los habitantes mismos yacen en un estado de emancipacion y de dolor. Como Malhada está en el camino principal de Bahia, de las provincias de Goyaz y de Mattò-Grosso, vense pasar por ella de veinte á treinta caravanas de mulas anualmente. Su peaje y el del rio Pardo, que es mucho menos productivo, son los únicos que ecsisten entre las provincias de Bahia y de Minas Geraës.

A poca distancia de Malhada, y al N. de la confluencia del Carynhanha y del rio San Francisco, está situada la aldea mas meridional de la provincia de Pernambuco, que se prolonga al O. de este rio como la de Bahia al E. La sal y la educacion del ganado constituyen la riqueza de aquel vasto distrito que se estiende entre el rio y las provincias de Piauhy y de Goyaz. El comercio del ganado es sobretodo muy activo en Carynhanha y en Malhada.

Acompañado de uno de los miembros de nuestra caravanita, hice una escursion al Carynhanha, cuyo curso sirve de linde septentrional á la provincia de Minas Geraës. Este rio baña el pie de las montañas que forman la ramificacion mas occidental de la cadena calcarea que acompaña el rio San Francisco, pero que bajo este paralelo se aparta mucho de sus bordes. Estas montañas ofrecen peñascales sueltos, cuadrados é inclinados hácia el O., ora cubiertos de bosques por do quiera, ora áridos y surcados de honduras y de profundos barrancos del modo mas estraño y singular (Pl. XX. — 1). Elevadas como las paredes de un malecon en las márjenes del rio, encumbran pintorescamente hácia las nubes sus asperezas irregulares.

En tanto que estaba yo ecsaminando detenidamente aquella roca calcarea sembrada de cristalizaciones de piritas sulfurosas, ofrecióse á nuestra vista un animal harto semejante á una comadreja, que se iba alejando con lentitud cual para trepar la montaña. Cojí una piedra para ti-



1. *Montagnes Calcaires sur le Carynhanha.*
1. Montanhas Calcareas sobre o Carynhanha.



2. *Famille de Botocudes voyageant.*
2. Familia de Botocudos em viagem.

rársela, cuando poniéndose de pie y ensanchando los muslos arrojó sobre mí un flúido verdoso, tan fétido é insoportable, que perdí el uso de mis sentidos y me encontré en la absoluta impotencia de perseguir á aquel animal. Habíase impregnado de tal suerte en mis vestidos una hediondez asquerosa y penetrante, que fué absolutamente imposible hacer uso de ellos. Este animal era un *juritataca* (mofeta ó *mephitis phædus*), cuyo licor proyectado en aquellos términos puede causar la ceguera. Aunque este animal es muy comun en el Brasil, es sin embargo muy dificultoso para los naturalistas el procurárselo, porque los perros una vez escarmentados de su singular arma defensiva no se atreven á perseguirle: los Sertanejos no tienen ningun cuidado de un animal por otra parte muy inocente.

Pernoctamos debajo de un gran joa, único árbol que en aquella árida comarca conserva sus hojas durante la sequía. El joazeiro (*zyzyphus joazeiro*), como lo llaman los habitantes, tiene una copa frondosa, ancha y redondeada que comunica un carácter particular á los paisajes de los distritos interiores de Bahia, Pernambuco y Piauhy, donde es vejetal muy importante para el pasto del ganado. Su fruto, que madura en los fuertes calores, contiene una pulpa viscosa que sucede al herbaje de un modo casi esclusivo. Una mala cosecha de estas bayas seria una calamidad para los rebaños.

Despues de haber abandonado las márjenes del San Francisco para dirijirse á la provincia de Goyaz, se camina durante seis dias por un desierto sin rancherías y sin moradores. Al anochecer hacíamos alto, atábamos las piernas de los caballos y de las mulas, soltándolos en seguida paraque paciesen á sus anchuras, y al rededor del bivaque encendíamos grandes hogueras para alejar á las fieras. Por lo demas el pais era muy delicioso. Por espacio de cuatro dias caminamos á lo largo del rio Formoso, que en verdad no desmentia su nombre, pues sus cercanías reunian todas las bellezas de un pensil. La direccion de esta corriente es al E.; desciende hácia el rio San Francisco, y mas allá descubrimos las fuentes del Yugueri, afluyente del Carynhanha. Llegados al Contagem de Santa María, apostadero fronterizo de la provincia de Goyaz, encontrámonos al pie del vertiente oriental de la Serra de Paranam, en un profundo valle adonde se llega por un sendero escarpado y pedregoso. La cordillera se estiende á lo lejos por el lado del N. donde separa los afluyentes del Tocantin de los del rio San Francisco.

El vâo ó vallejon del Paranam está regado por un gran número de límpidos arroyos, y sembrado de pequeñas alquerías situadas entre sotillos y bosques enteros de cocos. El valle de Paranam, lo mismo que toda la provincia de Goyaz, no es muy populoso, por razon de que no contiene minas de oro. En él no se hace otra cosa que criar ganado y caballos, que son los mejores de toda la provincia de Goyaz. El valle de Paranam dista unas cien leguas de Porto Real en el Tocantin, donde este rio comienza á ser navegable, y desde donde puede irse al Para en quince ó diez y ocho dias.

Este viaje por agua es muy peligroso, pues en él se está espuesto al contajio de las fiebres y á los ataques de los indios. Entre las numerosas tribus que se encuentran, no deben pasarse por alto los Xerentes, que son numerosísimos y pasan plaza de antropófagos. Añaden ademas que matan y se comen á sus padres cuando envejecen, por razon de su sobrada debilidad para procurarse la subsistencia. Cuando sorprenden una alquería, á nadie perdonan y destazan todos los caballos de cuya carne gustan sobremanera. Su residencia habitual está entre el Araguaya y el Tocantin.

La nacion mas fuerte y numerosa del N. de Goyaz es la de los Copopos, y del S. la de los Chavantes, enemigos suyos irreconciliables. Los Copopos viven en las márjenes del Tocantin y del Araguaya, pero hacen escursiones hasta los cortijos del rio das Balsas en la provincia del Maranhâo. Muchas de sus aldeas han sido ya medio civilizadas, circunstancia que en nada ha disminuido la fuerza de su tribu. Tras unos meses de vida sedentaria, los nuevos colonos caian de nuevo casi todos en el estado salvaje. Estos indios son altos, y de un color casi claro. Aunque intrépidos y robustos, solo atacan á sus enemigos de dia, siendo así que los Copopos prefieren sorprenderles de noche. Sus armas son el arco, unas flechas de seis pies de largo y una maza de cuatro pies cuya parte superior es adelgazada como un remo; y para ejercitarse en el manejo de esta arma dan lides de diversas especies, entre las cuales hacen una que consiste en llevar un gran madero de dos ó tres quintales de peso, que ajitan y arrojan corriendo. El jóven que no puede salir con ello ha perdido todo derecho para casarse. Estos naturales velan escrupulosamene sobre la castidad de las muchachas, y aseguran por este medio la de los hijos, apesar de que no tienen reparo en permitir á los mas osados guerreros acercarse á sus novias. La infidelidad de las mujeres es entre ellos castigada de muerte, y, como en otras muchas tribus brasileñas, los cuidados domésticos y la educacion de los niños pesan enteramente sobre aquellas. Los Chavantes sobresalen en los trabajos manuales, y si no fueran tan altivos é indóciles, saldrian oficiales escelentes. Sumamente diestros en to-

dos los ejercicios corporales é intrépidos nadadores, manifiestan en sus maneras cierto aire de franqueza y de dignidad que contrasta vivamente con la timidez é incertidumbre de los demas salvajes. Las mujeres en especial tienen unas facciones injenuas y agraciadas. Parece que no les es enteramente desconocida la idea de otra vida, y confian que despues de la muerte irán á mejor pais. Ninguna especie de culto se observa entre ellos, á menos que se tengan por tal las fiestas que celebran en los plenilunios de marzo y de abril. A veces estos indíjenas trafican con los viajantes que navegan por el Tocantin y el Araguaya; en cuyo caso truecan productos de su territorio, como son la cera, la miel y las plumas contra objetos de quincalla, aguardiente y otros artículos. A veces se ven acudir con el mismo objeto los Carayas, tribu pequeña é insignificante del interior, que cultivan el ananas, el banano, el maiz y el mañioc con cuya raiz hacen una bebida fermentada. En la estacion de las lluvias habitan el pais elevado, y en tiempo de sequía campan en las márjenes de los rios.

Deseando protejer á los viajeros contra las hostilidades de los indios y aglomerar para los mismos algunos recursos á poca distancia, el gobierno ha tomado muchas medidas que no han obtenido todavía ningun resultado decisivo. Con efecto, entre otras cosas ha fundado una compañía que debia establecer puertos y depósitos de víveres y objetos mercantiles, para anonadar en parte los obstáculos que impiden en ciertos puntos la navegacion interior. Sin embargo, por feliz que haya estado el gobierno en concebir esta idea, ha sido ahora infortunado en su ejecucion. En 1809 mandó igualmente edificar una ciudad en la confluencia del Araguaya y del Tocantin; pero este proyecto ha tropezado con tantos obstáculos, que en la actualidad solo ecsiste en jérmen. El comercio de Goyaz con el Para no es harto importante para que puedan ser frecuentes las comunicaciones por los rios, de lo cual resulta que Bahía conserva casi el monopolio de las relaciones que se han organizado por tierra.

La capitanía jeneral de Goyaz es una vasta meseta atravesada por una cordillera que proyecta muchos ramales. Su clima es al parecer muy análogo al de Minas Geraës; su atmósfera está serena casi siempre, y su temperatura es igual y constante. La estacion lluviosa comienza en noviembre y concluye en abril; las lluvias y las borrascas son mas comunes en las montañas que en las llanuras. En las épocas correspondientes al estío de Europa, los paises elevados esperimentan jeneralmente algunos frios que perjudican mucho á los bananos, á las cañas dulces y á los algodoneros. La mayor parte del territorio ocupado por los colonos brasileños no contiene selvas de árboles corpulentos como la costa. Durante la estacion seca los bosques están bajos y deshojados, y se ven inmensas llanuras herbosas. Críanse allí muchos bueyes, caballos y cerdos, pero pocos carneros, apesar de serles muy conveniente el terreno. En las comarcas del interior cosechan bastante azúcar, tabaco y rom para el consumo de los habitantes; pero en los de la costa y con peculiaridad en las cercanías del rio San Francisco estos objetos tienen que ir á buscarse al esterior. La esportacion del algodon, de telas groseras de coton y de cueros de buey y de ciervo es muy poco importante. La principal riqueza de la provincia consiste en sus minas de oro, que son la causa principal que ha atraido á sus habitantes á residir en ella. Las minas, apesar de la rebaja que ha habido en sus productos, dan todavía resultados satisfactorios, y si fuesen mas bien esplotadas, los producirian aun mas ventajosos.

En Contagem, en el valle de Paranam, el calor es á veces estraordinario. Al mediodía está la atmósfera á los 30 ó 31°, y al poner del sol á los 18 ó 20°. En aquel valle profundo y estrecho, la reberveracion de las rocas y el humo producido por el incendio de las yerbas hacian mala su morada; por cuyo motivo retrocedimos y nos dirijimos al E. salvando el Paratinga que desagua en el Uruguay, afluyente del San Francisco. Allende este rio, el pais toma un aspecto delicioso, mezclado de frondosos bosques, vastas praderas, límpidos arroyos y grupos majestuosos de cocos burites. Abundan en aquellos bosques los tapires y los animales monteses; pero eran tan poco feroces que los vimos muchas veces correr y pasturar cerca de nuestro bivaque. Las fazendas son bastante raras en aquella rejion, y sus colonos prefieren criar ganado.

De vez en cuando atravesábamos praderas pantanosas que descargaban sus aguas al Carynhanha. Este rio trae su orijen del O. en el Matto Grosso, y mantiene en el pais estanques harto considerables, entre los cuales hay los llamados *Sete-Lagoas* (los siete lagos) que vimos de paso. El agua de aquellos estanques es potable; pero los que se bañan en ellos, sienten en su piel una comenzon insoportable. Ignórarase si esta propiedad singular resulta de las partículas salinas y de las sustancias vejetales que contiene. Estos estanques sustentan un número considerable de boas y de caimanes, y á la sombra de los jarales se echan de ver algunas boas arrolladas sobre sí mismas á manera de maromas. Antes de atravesar estos peligrosos estanques, se toma la precaucion de dar agudos gritos á fin de amedrentar á todos aquellos formidables réptiles.

Allende este punto, el camino continuaba á lo largo de dos series de colinas, prolongacion de la Serra das Araras que se encuentra á corta distancia. Asegúrase que esta cordillera contiene diamantes. Este nombre de Serra das Araras ha sido aplicado á muchas otras montañas del Brasil. En seguida se desciende por una vasta llanura que va declinando insensiblemente hácia el rio das Pedras, arroyo circuido de palmeras y bellísimos árboles. Allende otro arroyo se estiende un terreno desigual cuyas prominencias están cubiertas en parte de malezas, al paso que las honduras ofrecen praderías esmaltadas de flores y adornadas de grupos de palmeras y grandes plantas pegajosas. Los Sertanejos llaman *vanedas* á aquellas suertes de prados. Eran los primeros bosques de palmeras á cuya sombra podia pasearse cualquiera á pie enjuto sin temor á los caimanes ni á las boas. A medida que nos íbamos aprocsimando al rio San Francisco, los valles eran mas vastos y mas frondosos, y su aspecto duró hasta Porto Salgado, una de las localidades mas interesantes de la comarca.

Salgado es la capital de una parroquia que tiene cuarenta leguas de largo sobre veinte de ancho, y cuya poblacion asciende á 20.000 habitantes. Estiéndese por las márjenes del rio San Francisco hasta el rio de Carynhanha, comprende dos sufraganeas, San João dos Indios y San Gaetano de Japorí, y depende de la jurisdiccion civil de Sabara situada á ciento cincuenta leguas de distancia. Salgado no es cabeza de distrito, ó termo, apesar de tener dos jueces ordinarios, sino un *jusgado*. Atribúyense á esta ciudad mas de cien años de ecsistencia, y su fundacion se debe á los Paulistas, atrevidos colonizadores. Su nombre es el de uno de sus creadores, y no se deriva, como podria creerse, de la calidad algo salobre de sus aguas ni del comercio de sal que actualmente se hace en ella. La ciudad se compone de unas ochenta casas, separadas todas una de otra. Las mas deliciosas son habitadas por labradores acomodados, y se apiñan todas en torno de una plaza cuadrada en cuyo centro se levanta un poste superado de una esfera que señala la ecsistencia de una justicia. En uno de los lados de la plaza se ha construido una iglesia bella, regular y bastante espaciosa. A espaldas de la ciudad se estiende un campo muy estrecho, entrecortado de lagunas, y mas allá se alzan algunos montecillos formados en su mayor parte de capas de piedras horizontales y muchas veces perpendiculares, entre las cuales crecen unos árboles dispuestos de un modo muy estraño.

Las montañas que se ven á espaldas de Salgado dibujan el valle del rio San Francisco. Allende la aldea, la llanura forma una especie de abra cultivada y cubierta de rancherías y de injenios de azúcar. Las tierras en que se hacen las plantaciones son húmedas y bajas, y no las dejan descansar mas de un año. Cuando la yerba ha crecido un poco, la pegan fuego y las cenizas sirven de abono para nuevas siembras. Las propiedades son muy estimadas en aquel pais. M. Auguste Saint-Hilaire ha manifestado que mientras una legua cuadrada de territorio en las riberas del rio San Francisco no vale mas que de 100 á 200.000 reïs (2.400 á 5.000 rs.), un cuarto de legua de buena tierra situada cerca de Salgado no vale menos de 500.000 reïs (12.000 rs.). Antiguamente los cultivos consistian en algodon, y los mercaderes iban á buscarlo hilado ó tejido en groseras telas, dando en cambio á los habitantes los diferentes objetos que podian estos necesitar. En la actualidad no se plantan ya algodoneros en las cercanías de Salgado; pero de las dos riberas del rio San Francisco se estrae la sal de que están impregnadas. Las tierras, arenosas y secas, no producen muchos artículos necesarios al consumo. Los habitantes no tienen maiz, habichuelas ni azúcar; pero la sal les indemniza de todo, pues para ellos es un manantial de riquezas inagotables. Cárganlo en barcos y en piraguas, y remontando el rio lo deponen en todas las fazendas ó aldeas del rio San Francisco, y reciben en cambio todos los jéneros que necesitan, yendo de esta suerte hasta la confluencia del rio das Velhas. La suma producida por estos cargamentos de sal escede siempre á la de los objetos que reciben, y con los artículos necesarios á su subsistencia y á su bienestar se llevan una suma de dinero mas ó menos fuerte. Cuando no esportan la materia preciosa, se la piden de todas partes, de Cormigas, de Cotendas y de una gran parte de la provincia de Goyaz. Los habitantes de Salgado están muy acomodados, de suerte que muchos de ellos poseen cinco, seis, diez y hasta treinta esclavos. Toda aquella poblacion, puesta al abrigo de la necesidad y de la indijencia, es jovial, risueña, caprichuda é injeniosa. Por la noche se reunen para hacer un poco de música ó para asistir á alguna representacion teatral ejecutada por aficionados, y mas comunmente para jugar á los naipes ó al *gamao*. El personaje mas importante del lugar es el capitão do Sertão, hombre rico sin duda y dueño de un capital que ascenderá almenos á ochocientos mil reales. Sin embargo, este capitão no habita en un edificio que pueda dar una grande idea de su fortuna y de su título, bien que no deja de ser una de las mejores del pais, por la cual puede juzgarse de las demas. Hace algunos años que su casa no tenia mas que un piso bajo, cuyo techo servia de plafon. En la pieza principal no se veian otros

muebles que unos bancos de madera, algunos taburetes cubiertos de cuero, una larga mesa inmóvil y en la que se comia, y un gran cántaro lleno de agua adonde iban todos á sacarla con un coco de cobre guarnecido de un prolongado mango. El coco de cobre era un emblema característico de opulencia. Veíanse fuera de esto como otros tantos signos de riquezas un bellísimo cobertor de seda y algunas sillas de caña procedentes de Bahia, que á doscientas leguas de distancia podian considerarse realmente como objetos de sumo lujo.

La posicion de Salgado es buena, no solo bajo el punto de vista agrícola, si que tambien por la salubridad que se encuentra tan pocas veces en aquellos distritos interiores. Como las aguas del San Francisco nunca inundan sus riberas, de ahí es que los habitantes no están sujetos á las fiebres que asuelan casi toda la comarca ribereña. Asegúrase que Salgado encierra muchos ancianos centenarios; y así es que teniendo tantas ventajas Porto do Salgado pulula en blancos. La vejetacion de los alrededores de este pueblo es mas risueña que la de los distritos montañosos que se han recorrido antes de alcanzarlo. En ella se ve el *cagaitëra (mirtus dysenterica)*, el *raiz de tici*, árbol lacticinoso y purgativo (*iapara opifera*) y el *unha de anta* (leguminosa). En un pais que carece enteramente de médicos, casi todos los hombres de avanzada edad son botánicos y naturalistas: así es que los ancianos son muy á propósito para indicar al viajero las plantas útiles de la comarca. Entre las plantas medicinales que nos enseñaron no debe pasarse en silencio un arbusto denominado *tipi*; cuya raíz, segun dicen, es escelente para los dolores internos, y, lo mismo que el tronco, tiene el propio gusto que algunas de nuestras cruzadas mas escitativas. Piron menciona este tipi, y dice que de su corteza se saca un mucílago con el que frotan con muy buenos resultados los miembros de los adultos que sienten dolores vagos en las articulaciones. Piron, sin describir el tipi, se contenta con decir que es un arbolillo, *frutex arborescens*; mas esto basta para probar que el tipi no es un aroide sin hojas, como juzgaba el célebre Jussieu. Encuéntranse asimismo en Salgado algunos *urubus reys* (buitre-rey), del que se cuentan tantas maravillas, que se domestican fácilmente y comen carne cruda ó cocida. El urubu-rey es el rey de los buitres de Buffon (*sarcoramphus popa*). Preténdese en el pais de las Minas que se une con una numerosa bandada de buitres negros ó urubúes, y que estos le consideran con una suerte de superioridad; añadiendo que estos últimos nunca tocan el cadáver de ningun animal antes que le haya probado su caudillo. El buitre-rey come los ojos, y sus súbditos devoran el cuerpo. Sin embargo, es inútil decir que todo esto no es mas que una patraña propalada para dar pasto á la credulidad, fábula que no ha tenido otro resultado para los hombres de saber que hacerles dudar por mucho tiempo de la ecsistencia del urubu-rey, apesar de que actualmente está bien demostrada.

Porto do Salgado, escala intermedia de San Romão á Joazeiro, llegará á ser cuanto antes una ciudad de primer órden. Al presente es ya el camino ordinario de los Sertanejos de Minas Geraës, que encuentran esta senda mucho mas fácil y espedita hácia el puerto de Bahia que el transporte á carga de macho hasta Rio Janeiro. En cambio el habitante de Minas recibe la sal de las salinas del rio y las mercancías de Europa. San Romão, situada en la confluencia del rio San Francisco y del rio das Velhas, puede considerarse como el primer puesto del rio: á cuatro leguas S. de este pueblo su curso es interrumpido por el salto de Pirapora, que es considerable. Los barcos llegan de allí á Salgado en cuatro ó cinco dias, con solo el ausilio del timon y raras veces de una vela. Las embarcaciones que hacen esta travesía son largas, estrechas y sin puente, sin mas que un pequeño camarote en la popa y tres ó cuatro marineros que componen toda la tripulacion. La navegacion mas activa tiene lugar despues de las lluvias, mas durante la riada es poco segura y peligrosa.

El rio San Francisco, que hemos citado tantas veces, trae su orijen de una magnífica cascada dicha *Caxoëira da Casca d'Anta* (cascada de la corteza del anta, árbol del tapir; *drymis latanensis* de los naturalistas) que cae á los 20° 40' de la serra da Canastra, situada al O. de la comarca del rio dos Martes, y recibe estos diversos afluyentes en la provincia de Minas Geraës. Su curso es obstruido hasta llegar al rio das Velhas; pero desde este rio hasta Vargem-Redonda, no sufre interrupcion alguna en una estension de trescientas cuarenta leguas, doscientas leguas de Salgado á Joazeiro, ciento cuarenta leguas de Joazeiro á Vargem-Redonea. En este último punto se descubre un inmenso caxoeïra, escollo que ha recibido el nombre de Paulo-Affonso, y que hace la navegacion impracticable por espacio de unas veinte y seis leguas. Continua en seguida su curso y no es interrumpido hasta su desembocadura en el Océano, obstruida de bancos de arena y situada á los 10° 50' lat. S.

Durante un curso tan dilatado é irregular, el San Francisco riega tres provincias brasileñas. Desde Carynhaha hasta el mar, toda la ribera izquierda pertenece á Pernambuco, y la derecha á Bahía. Encuéntranse en aquella sucesiva-

mente varias ciudades, como Rio Grande, Santo Antonio donde se hallan algunas salinas, Pilâo Arcado de Cabrado, Villa da Assumpçao poblada por indios civilizados desde mucho tiempo y administrados por dos jueces, el uno portugués y el otro indio; Porto da Vargem-Redonda, situada cerca de la caxoeïra de Paulo-Affonso, Porto das Piranhas y Villa do Penhedo hasta donde llegan los barquichuelos conocidos en el pais bajo el nombre de *sumacas*. La ribera derecha contiene la aldea de Morrinhos, que aun pertenece á la provincia de las Minas; Malhada y Paratica, situadas en la provincia de Bahia, los villorrios de Urubu, Xiquexique, Cento-Cé, Joazeiro, Santa Maria y Villa da propia, situada en frente de Villa de Penhedo.

A medida que el San Francisco se acerca al mar, la comarca que recorre es mas arenosa y mas seca. Desde la provincia de las Minas hasta su embocadura, no recibe mas que cinco rios. Las aguas del San Francisco tienen un curso majestuoso y lento que riega un dilatado valle encajonado, á una ó dos leguas de su lecho, entre dos mesetas á que los habitantes dan el nombre de Serra.

El San Francisco, como todos los rios de un curso considerable, tiene avenidas periódicas: empieza á engrosarse en noviembre y continua creciendo hasta febrero para decrecer en marzo. Como sus márjenes son poco elevadas, toma con frecuencia una prodijiosa anchura ó inunda todo el pais á un radio de cuatro ó cinco leguas. En algunos puntos se escapa por la tanjente y se entra en unos canales naturales de derivacion llamados en el pais *sangraduras*, corriendo en seguida á través de colinas calcareas hácia el interior del pais y cubriéndole de una innumerabilidad de islas. Entonces la rapidez de la corriente es tan grande, que en el espacio de doce horas un batel hace veinte y cuatro leguas sin otra fuerza que el curso del rio. Esta inundacion, lo mismo que la del Nilo, suministra anualmente á aquel territorio la suma de riquezas que en él se recojen, y sobretodo es muy favorable al cultivo del azúcar, para lo cual se escoje un terreno fino, negro y aguanoso, conocido bajo el nombre de *macapé*. Son tantas las ventajas que sacan los naturales de esta avenida, que todos los estragos y peligros que de ella resultan á menudo les son del todo indiferentes. La prontitud de la crecida les fuerza á veces á abandonar sus domicilios en medio de la noche y refujiarse á los distritos elevados. Sin embargo, mayor es el aprieto en que se ven los fazenderos que crian cabras y ganados; porque no es sobrado fácil sacarlos de los puntos aun no cubiertos por las aguas y donde permanecen no poco tiempo espuestos al ataque de los caimanes y de los jaguares. Para salvar el ganado no hay otro medio que recorrer muchas millas con riesgo de ser arrojado á la copa de los árboles y á la punta de los peñascos, y de ser derribado por los troncos flotantes ó tener que defenderse contra horríficos réptiles que cansados de nadar procuran empingorotarse á bordo de los barcos para descansar un poco. En cuanto se han retirado las aguas, empieza otra plaga: tal es la de los cadáveres de animales y vejetales en putrefaccion que inficionan el aire y difunden el jérmen de enfermedades violentas y crueles. La mayor parte de los habitantes de las riberas del San Francisco están sujetos á unas fiebres intermitentes y seguidas de obstrucciones crónicas. Los niños y los estranjeros sufren mucho mas de estos males endémicos que los hombres de una edad madura. El remedio mas acreditado consiste en un vomitivo tomado á cada acceso quinto ó sesto. Por lo comun toda la poblacion del litoral no tiene la fresca tez ni el aspecto robusto de los Sertanejos. Estos últimos tienen mucha repugnancia en permanecer largo tiempo en las márjenes del rio, y la esperiencia ha acreditado que su temor no carece de fundamento.

Los terrenos comunmente inundados llevan en el pais el nombre de *Alagadissos*, y de ordinario son indicados por los bauhinias de pequeñas hojas y las sensitivas de flores odoríferas. Cuando empieza á sentirse la sequía, esta vejetacion desaparece, hasta las yerbas se marchitan y no se ven otras flores que las de algunos árboles que, como nuestros almendros y nuestros albérchigos, florecen antes de echar hojas. En los meses mas cálidos del año, esto es, en agosto y setiembre, el suelo está lleno de un polvo fino que abrasa la planta de los pies; levántase de la tierra un vapor escarlatino á manera de velo, y la arena de la playa agrega á todas estas circunstancias el ardor de una reverberacion alcalina. Entonces comienzan las lluvias, que, si bien poco abundantes al principio, aumentan gradualmente; los campos reverdecen, los árboles se guarnecen de hojas y los campos se esmaltan de flores. Estas lluvias no son continuas, sino intermitentes, y despues de algunas semanas, la inundacion hace progresos.

En frente de Porto do Salgado, y á algunos centenares de pasos de la márjen opuesta del rio, está el Rejo do Salgado, y á espaldas del mismo Salgado se halla la Serra del propio nombre, que consiste en una cordillera arbolada, de cuya cima se descubre todo el valle bañado por el rio. Copâo, aldea de las cercanías, está situada á orillas de un estanque habitado por miles de aves de toda clase. El que no haya visto este punto, no puede formarse una idea del número de avecillas que animan aquel pai-

saje pantanoso. En medio de una selva frondosa hay otro estanque, cuyo aspecto es muy diverso, pues en él no se oyen estas voces multiplicadas que ensordecen en los bordes del primero. Obsérvase por lo contrario un silencio mortal, sin que turbe aquella soledad ninguna voz humana ni los ahullidos de ningun animal. El predominio de este estanque pertenece á los caimanes y piranhas, el mas voraz de los peces de agua dulce de la comarca. El piranha (pez-diablo, *myletes macropomus*) no tiene miedo al caiman, antes le acomete do quiera que lo encuentra. Igualmente embiste al hombre y al jaguar, apesar de ser un pez aun no del tamaño de una carpa, con un colmillo armado de dientes triangulares y afilados. Los piranhas de aquellos rios, lo mismo que los del Orinoco, andan siempre reunidos en numerosas bandadas, se desviven mucho por carne, y dan unos mordiscos prontos y muy profundos: así que se sienten tan poco como la cortadura de una navaja. Las fieras del Sertão conocen la enerjía de las armas de estos peces y no se fian á las aguas que habitan. La nutria es el único animal que por la densidad de su forro está al abrigo de sus ataques. Por lo demas, los piranhas son muy sabrosos, y sus espinas no tienen esa tenuidad incómoda que hace el pez de agua dulce no muy bueno de comer. Cójenlos con sedales provistos de un pedacito de carne ó de pescado, y á veces de un simple jiron de paño encarnado. Esta especie se pesca en grandísima cantidad, no solo en el San Francisco, sino tambien en los lagos cenagosos que se encuentran á alguna distancia de sus riberas. Ademas del piranha, estos rios presentan el surubi, el matrinchão, el pacu, el traira, el maudi, el jondia, el curina, el acari, el piabanka y el curmerlan, cuya mayor parte se comen secos ó salados.

Capão de Cleto es otra fundacion paulista, creada en el territorio de los indios Chieriabas que protejieron la colonizacion y fueron sus primeras víctimas. Capão es un apostadero enteramente criollo. Los indios se han retirado á San João dos Indios, y la han transformado en una aldea donde se han mezclado con los negros mestizos.

La vejetacion de los alrededores de Capão ofrece pocas especies nuevas y notables. Al rededor de los lagos lodosos de sus cercanías se observan algunos bauhinias de pequeñas hojas, el *golfo*, planta de unas florecitas azules dispuestas en forma de espigas, y en la vejetacion mas elevada el *quiruiri* (*myrtus quiruiri*), cuyos frutos comen en el Sertão, árbol frondoso de la familia de los mirtaceas de ramas muy unidas, y que á cinco ó seis pies del suelo presenta ya una copa redondeada. Saltaban en aquellos estanques los piranhas, al paso que recorrian sus bordes algunos jabirus, patos de muchas especies, garzas reales grises y flamencos. Sobre todas estas aves descollaba la hermosa especie *culheirera* (*platalea ayaya*), ave cuyo cuerpo de un rosado tenue es mas subido en la estremidad de las alas, de cola corta, cuello revestido de un plumion blanco, cabeza desnuda de plumas y cubierta de una piel amarillenta y un pico que tiene la forma de una espátula. Vese tambien una especie de zancudos que los habitantes del pais denominan *guaranas*, y unas garzas reales grises que constituyen una especie notable ya por su tamaño, ya por su fuerza.

Dos dias permanecimos en Porto do Salgado, al cabo de los cuales (30 de mayo) abandonamos las márjenes del San Francisco para subir á la meseta de Minas Geraës situada á los 550 pies de elevacion sobre el nivel del mar. Los Sertanejos de esta vertiente pretenden, quizá no sin fundamento, que el terreno de sus collados es propio para el cultivo de la vid, porque las uvas maduran en ellos dos veces anualmente, en julio y en noviembre. Todos los demas frutos producen igualmente á pedir de boca, para lo cual contribuye indubitablemente no menos un clima seco y uniforme que la feracidad del terreno. Las lluvias caen sin interrupcion desde el diciembre al mayo, durante cuyo período reinan los vientos del N.; á diferencia de los otros meses en que sopla el E. Por lo comun el del N. O. acarrea las lluvias favorables á la vejetacion, al contrario del viento de N. E. que es el precursor del frio y de las borrascas. En suma el pais elevado es mucho mas saludable que las riberas del San Francisco, y la vejetacion cambia igualmente de carácter, de forma y de continente.

El primer paraje notable que se echa de ver en este camino es Contendas, territorio desierto todavía á mediados del siglo XVIII, y en la actualidad populosísimo y con probabilidad de serlo mucho mas á causa de la sorprendente fecundidad de las mujeres. Compónese Contendas de unas doce casas apiñadas en un morro, sobre las cuales descuella una pequeña iglesia bastante mal cuidada. Los alrededores están cubiertos de bosques que son *catingas*, especie de florestas desnudas de follaje en la estacion mas cálida. Contendas no es cabeza de partido, ni una parroquia, sino tan solo una mera sufraganea. La parroquia es Morrinhos, que posee una de las mas hermosas iglesias de la provincia de las Minas.

A Contendas sucede Formigas, sufraganea de la parroquia de Itacambira. Este aldeorrio se compone de algunas casas de tapia, y sus moradores no gozan de sobrado crédito en la comarca. Verdad es que la calificacion de pillos

y ruines de que les tildan, tal vez es una calumnia de sus vecinos; pero puede asegurarse almenos que son poco hospitalarios. Atribúyense á este pueblo ochocientos moradores y doscientas casas edificadas al rededor de una plaza regular terminada por una iglesia. La mayor parte de estas casas son muy reducidas, casi cuadradas, bajas y cubiertas de tejados. Formigos es uno de los puntos mas importantes de la parte oriental del Sertão, que hace un comercio considerable en ganados, cueros y peletería. En las cercanías hay unas grandes cavernas donde se esplota el salitre y se encuentran algunos restos de animales jigantescos. El ganado lanar, vacuno y cabrío y los caballos van á Bahia, el salitre á Rio Janeiro y Villa Rica, y los cueros sirven de embalaje á los comerciantes del pais ó bien se despachan para Minas Novas. Las mercancías europeas que subvienen al consumo de Formigas se sacan en su mayor parte de Bahía. En los alrededores de Formigas ecsisten varias fazendas importantes á causa de los numerosos rebaños que crian. En estos distritos abundan mucho los injenios de azúcar y se cultivan ademas con feliz écsito los albérchigos, el mañioc y el maiz. La sequedad impide casi del todo el cultivo del arroz.

Allende del arrayal de Formigas, el terreno comienza á elevarse, y se atraviesa la Serra de Sant-Antonio, rama del Cerro do Frio. Este ramal forma la línea de division entre las aguas del rio Verde-Grande, afluyente del rio San Francisco, y el del Itacambira que desagua en el Jiquitinhonha. Para llegar á esta nueva zona, debe recorrerse una comarca ó *termo* entrecortado de valles y colinas, y desigual en toda su superficie. Los moradores de este termo de Minas-Novas se ocupan casi esclusivamente de la educacion del ganado. Las alquerías son pocas y miserables; mas en cambio tienen *curraës* ó cercados donde se reunen los animales de cuando en cuando. Estos cercados son tan espaciosos y en tanto número, que no parece sino que los rebaños deben de ser muy considerables; pero la falta de comercio impide que este indicio sea un barómetro ecsacto de la riqueza de los propietarios. No hallándose harto indemnizados por el trabajo agrícola, los Sertanejos andan en pos del oro y de los diamantes, y sus investigaciones les dan resultados mas prontos y mas imprevistos.

La Serra de Sant-Antonio ofrece dos mesas paralelas. La mas encumbrada presenta el aspecto de una serie de fuertes. Hasta los 2.000 á 3.000 pies de altura, el terreno está cubierto de la especie de vejetal llamado en el pais *taboleiro*; peso á mayor elevacion son muy raros así los árboles grandes como los arbolillos.

Fuímos continuando nuestra ruta por aquellas encumbradas crestas. En Porto dos Angicos encontramos el Jiquitinhomba, que fué preciso atravesar para alcanzar la meseta limitada de una parte por este rio, y de otra por el Arassuhay. Esta meseta se prolonga por el lado del N. E. hácia su confluyente; su elevacion es de 2.000 pies á lo sumo sobre el nivel del mar, y en su superficie no se echa de ver otro relieve considerable de terreno que una serie de colinas que constituye la linea de division de las aguas entre ambos rios.

En Porto-dos-Angicos estábamos en el mismo confin del pais de los Botocudos, y antes de penetrar en las selvas donde están acampados en estado salvaje, solo quedaban por atravesar dos villorrios de Minas-Novas, San Joaquin y Xacara. Este es pues el lugar mas á propósito de hablar de estos salvajes, los mas célebres del Brasil, y ecsaminados tan minuciosamente por el príncipe de Neuwied.

Los Botocudos, llamados antiguamente *Aimures* ó *Amlores*, son á lo que se cree la tribu mas considerable de cuantas derivan de los Tapuyos. Añádese que en tiempos muy remotos estos indios se vieron forzados á separarse de los hombres de su raza, y se internaron en las montañas, donde tomaron unas costumbres mas feroces que ninguna de las tribus indianas que pueblan esta zona. Al principio del establecimiento de los portugueses en el litoral, descendieron en tropel pasando á degüello y devorando hasta sus prisioneros. Los mismo Tupinaës y los Tupiniquins los consideraban entonces como salvajes, y desde entonces se granjearon tal reputacion de barbarie y de embrutecimiento, que se ha conservado hasta nuestros dias. Actualmente los Botocudos son mucho mas numerosos, andan errantes por los confines de Porto Seguro y de Minas Geraës, y moran con preferencia las riberas del rio Doce y del Belmonte ó Jiquitinhonha. Este rio, que limita la provincia de Porto Seguro, corre con lentitud y soberbia, y antes que desagüe en el Océano atraviesa todo un pais de selvas frondosas y primitivas. Allí es donde habitan los Botocudos, así llamados por los europeos, en razon de la gran semejanza que tiene el singular adorno de que cargan sus orejas y sus labios, con el tarugo de una pipa que en portugués se llama *botoque*. Verdad es que no son tan numerosos como los ha hecho aparecer el miedo á los colonos; pero están diseminados en una inmensa estension de terreno, y no podrian oponer ningun obstáculo real á una civilizacion bien guiada y bien entendida.

Los Botocudos, ni mas ni menos que la mayor parte de los indios, andan completamente desnudos; tienen unas piernas y muslos pequeños y musculosos, pero el pecho y espaldas an-

chas, el cuello corto, la nariz arremangada y los juanetes prominentes. Traen los cabellos, siempre negros, rasurados sobre las sienes, de suerte que solo dejan un mechon redondo en el sincipucio. Este es precisamente el tocado de los capuchinos. Aunque sumamente sucios, tienen una fisonomía mas franca que las demas tribus indianas. Tienen unas arrugas nacidas del mucho reir muy profundas, lo cual manifiesta su disposicion á divertirse; y como juzgan que las piernas amuchachadas dan una idea de belleza y aun de utilidad, estrechan fuertemente las de sus hijos. La mayor injuria que hacérseles puede, es decirles que tienen piernas gruesas y ojos grandes.

Lo que mas caracteriza á los Botocudos de ambos secsos es el uso horrible de atravesarse el labio inferior y el lóbulo de las orejas para introducir en los agujeros enormes ruedecillas ó discos de madera que acrecen con la edad. Estas cabezas de Botocudos con sus labios cargados de pedacitos de madera, semejantes á damas de ajedrez, con sus ojos grandes, sus cabellos cortados en mechones; no inspiran ciertamente una idea muy ventajosa de las razas primordiales que poblaban el continente americano (Pl. XX. — 3).

Para fabricar las ruedecillas con que se adornan, emplean los Botocudos la madera de tiernos *barrigudos* (*emburés* en su idioma). Cuando el niño empieza á crecer, le agujerean la oreja y el labio y le introducen en ellos un pedacito de madera, al principio de corta dimension, pero cuando la llaga está cicatrizada, lo sustituyen con un pedazo mayor. Esta ruedecilla, acrecida poco á poco, adquiere hasta tres pulgadas de diámetro. El disco de madera introducido en el labio no despedaza las carnes hasta que tiene una pulgada de diámetro; pero en este último caso es preciso colgar toda aquella parte del rostro, afectando una situacion horizontal. Verdad es que en este estado el individuo puede realzar bastante su labio para darle una posicion oblicua; mas no puede aplicarlo contra sus dientes, y ni siquiera podria aderezarlo á no ausiliarlo el mismo pedazo de madera en que se apoya. Quitado el disco, el labio cuelga hasta mas abajo de la barba. Las mujeres son mas agraciadas y mas lindas que los hombres, pero se desfiguran de la misma manera, lo que las da un aspecto desagradable. Aunque los Botocudos llevan este disco desde la infancia, nunca se habituan del todo á él; pues este apéndice antinatural les incomoda mucho para comer y beber.

Entrambos secsos se pintan de encarnado ó de negro. Para lo primero echan mano del achiote, y para lo segundo del janipaba. Las mujeres y los niños sobretodo se complacen en chafarrinarse el cuerpo con una especie de simetría. Unos traen moscas solamente, otros placas irregulares, otros ciertas fajas que se estienden en varios sentidos, y otros se pintan de achiote toda la parte superior del rostro hasta en medio de las mejillas.

Los Botocudos son de una ajilidad inconcebible, y viven casi siempre en estado nómada, ora emigrando por tribus, ora por familias. Nada cabe mas curioso que el verlos llevándolo todo consigo, abriéndose paso á través de los bosques ó comprometiéndose en los vados de un rio. El hombre no tiene mucho que hacer en todas estas emigraciones, pues toda su carga consiste en empuñar las armas con una mano y llevar la caza con la otra; siendo asi que la mujer no solo lleva en un ancho saco todo el ajuar de la familia, si que tambien tiene que llevar acuestas ó en la mano todos los hijos de tierna edad (Pl. XX. — 2).

En todas estas forzadas romerías á través de las tierras, los Botocudos buscan un paraje donde les ofrezca la naturaleza recursos abundantes. Por lo comun, establecen su campo en las márjenes de algun rio. Parece que no reina entre ellos ninguna autoridad regular: su nacion está dividida en tribus de cincuenta á cien guerreros, sin contar las mujeres y los niños. Cada tribu es del todo independiente, y tiene su caudillo particular, cuya dignidad es electiva. El mando se confiere al mas bizarro, y muchas veces sucede que sin aguardar que lo elijan, se proclama el mismo. Estos jefes tienen un poder casi absoluto, pero en un círculo harto reducido. Su cargo consiste en conducir á los hombres á la guerra, y apaciguar las contiendas, que jeneralmente son causadas por algun lance mujeril. Cuando están en campaña, los jefes se distinguen por el modo particular con que se pintan el cuerpo; pero en cualquiera otra ocasion no traen distintivo alguno, siendo iguales á sus vasallos. Cada jefe posee cierta estension de bosques donde puede esclusivamente cazar y cojer frutos. La violacion de este territorio de parte de una vecina tribu es un insulto que equivale á una declaracion de guerra. Cuando los Botocudos han cazado, al caudillo toca repartir la caza; mas si él ha cazado en persona, la deja á la discrecion de sus súbditos. Los pájaros están reservados á las mujeres.

Así que una tribu cualquiera acaba de llegar al punto en que quiere detenerse, las mujeres encienden fuego por medio de un pedazo de madera tierno bastante largo con una cavidad donde se coloca perpendicularmente otro pedazo de madera mas duro que se hace jirar con rapidez entre las palmas de la mano. Entretanto otras mujeres aplican debajo y á una distancia corta una porcion de estopa hecha de la corte-



3. *Indiens Botocudos.*
3. Indios Botocudos.



4. *Rancho près de la Serra de Caraça.*
4. Rancho cerca de la Sierra de Caraza.

za de un árbol llamado en portugués *pao d'estopa*. Esta maniobra dura hasta que se hayan desprendido algunas chispas que peguen fuego á la corteza. La construccion de las cabañas no cuesta mucho á estas pueblas. Los Botocudos se ciñen á clavar en tierra, unos al lado de otros, grandes troncos hojados de coco, cuyas estremidades forman una especie de bóveda á dos pies de altura. Sin embargo, cuando tienen que hacer una parada muy larga, edifican chozas de una duracion menos precaria, por medio de estacas fijadas al suelo, que entretejen de hojas al rededor y que coronan de una techumbre de grandes hojas de *paltioba*. En el interior de aquellas cabañas no se encuentra ya la hamaca de las demas tribus indianas, sino un lecho de estopa donde yace acostado continuamente el jefe de familia sin ocuparse ni entretenerse en nada, á escepcion de la caza y de la pesca, y haciendo pesar sobre las mujeres toda la fatiga de los cuidados domésticos. Al lado del padre de familias se ven sus armas y diferentes utensilios, nacidos de su industria, ollitas fabricadas de un modo sumamente grosero, calabacinos para conservar el agua, una especie de cubilete formado de un pedazo de caña hueco por dentro, sedales de pescar hechos con las hebras de bromelia ó del embira; un hacha nefrítica untada de cera y fijada entre dos pedazos de madera; flautas de caña, una corneta fabricada con la coraza de un armadillo y una grande red donde la mujer transporta el ajuar de la familia, y en la que se amontonan ademas confusamente algunas bagatelas de Europa, puntas de flecha, hacecillos de estopa, achiote y jenipaba, conchas de caray, gruesas bolas de cera, objetos de trueques con los portugueses, collares y otras baratijas despreciables. Las armas de estos salvajes son notables por su forma como por su elegancia. Los arcos, de seis ó siete pies, son de madera de *pao d'arco*, muy alta, de hermosas flores amarillas, y muy comun en las márjenes del rio Belmonte. Esta madera, cuando está trabajada, adquiere un tinte de un rojo amorenado que nunca llega á ser como el negro lustroso de la palmera airi empleada para el mismo uso en la alcaidía de Minas Geraës. Las flechas que se fabrican con cañas están guarnecidas de plumas de hoco, de jacutinga y jacupecha. Estas flechas tienen comunmente seis pies, y son de dos especies, las mas empleadas para la caza y terminadas por un pedazo agudo de mambú; las otras que sirven para la guerra, terminadas por un pedazo de madera. Estas últimas son las únicas emponzoñadas. Las cabañas son llamadas por los portugueses ranchos, y su reunion se denomina *ranchería*.

Los Botocudos son cazadores escelentes; descubren el rastro del animal ó lo atraen imitando su voz, y raras veces lo yerran cuando están á tiro. La pesca se hace á flechazos como en el Orino y en la Amazona, despues de haber adormecido el pez por medio de raices venenosas.

Nada es comparable á la voracidad de estos salvajes: á un hambre insaciable juntan una prodijiosa capacidad de estómago. Traida la caza al campamento, no hacen mas que soflamarla y la devoran en seguida medio cruda. El príncipe de Neuwied asegura que han encontrado un dijestivo incógnito en nuestra Europa, y consiste en batanarse mutuamente el vientre cuando han atracado bien. La época mas feliz del año para ellos es el tiempo de la sequía, que es el de la madurez de los sapucayas y de los cocos.

Los Botocudos no pasan ningun cuidado por su salud. Cuando sudan á mares, se meten en el agua mas fria, y toman con ella el jérmen de violentos catarrales. Su vida nómada y el abuso de las mujeres no les dejan llegar nunca á una edad avanzada. Fallecen jóvenes, pero no tienen ningun temor á la muerte. Cuando un Botocudo está enfermo, sus parientes y sus amigos circundan su cama y le lloran despues de muerto. Los cadáveres se sepultan con los brazos cruzados sobre el pecho y los muslos juntos sobre el vientre; y como dan á las sepulturas muy poca profundidad, las rodillas despuntan sobre la tierra cuando empieza á rebajarse. En torno del hoyo hay una especie de pabellon compuesto de palos verticales y horizontales que sostienen un toldo de follaje. Como están en la creencia de que el alma del difunto debe venir á corretear al rededor de la hoya, procuran cuidadosamente barrer el camino y adornar, para complacer al muerto, al pabellon del sepulcro con pelo de varios animales y plumas de las aves que traen de la caza.

Las hijas de los Botocudos se casan antes de ser núbiles, bien que las dan por esposos á niños impúberes. Cuando dos niños están de acuerdo, los enlazan en medio de fiestas y bailes; y en caso de divorcio los muchachos permanecen bajo las alas de su madre hasta que son adultos, pues en este caso viven con su padre. Los Botocudos conocen y respetan el lazo de familia; mas no son tan escrupulosos en órden á la fidelidad conyugal. Nada es entre ellos mas comun que el adulterio; pero el marido castiga con todo rigor á su mujer sorprendida en fragante, y en desquite la mujer puede castigar el marido cojido con otra mujer.

Cuando los Botocudos están conmovidos profundamente, cantan un ritmo lento y monótono. Sus cantares son roncos, sordos, inarticulados, y para ellos no tienen mas que tres notas. Mientras el cantante los salmodia, ajita sus

bresos en todos sentidos. Tambien conocen las consejas, y tienen unos relatores á quienes escuchan en torno de una hoguera, por la noche, despues de cenar. En las ocasiones mas solemnes pronuncian proclamas guerreras. Todas las canciones que han podido comprenderse no son mas que una serie de voces sueltas y triviales. Una de ellas dice: « Sale el sol; vieja, pone algo en tu olla paraque yo pueda comer é ir á la caza. » Otra: « Botocudos, vamos á matar pájaros, cerdos, tapires, ciervos, ánades, hocos, monos, macucos etc. » Por último, una tercera: « Botocudos, los blancos están enojados; su cólera es grande; marchemos pronto; mujer, toma la flecha; vamos á caza de blancos. »

Los Botocudos, osados, fieros é intrépidos, perdonan rara vez las injurias que se les hacen. Propenden mucho á la guerra, y se la hacen casi constantemente de tribu á tribu. Los caudillos que desean acrecentar el número de sus tropas, arrebátanse unos á otros las mujeres y los hijos. Los Botocudos de Jiquitinhonha no temen como han querido suponer, á los Botocudos mas salvajes del interior á quienes hacen la guerra los portugueses.

Los Botocudos no son al parecer tan aficionados al baile como los demas indios. El único que se les conoce consiste en un estrecho semicírculo de hombres y mujeres, en el que cada uno apoya los brazos sobre el cuello de su vecino. Entonces una vieja agachada entona con una voz tiritadora una cancion á que responde la alegre turba bailando y cantando juntamente. Dan zancadas casi sin doblar las piernas. Los bailarines colocados en los dos estremos del semicírculo no tienen mas que una pierna en tierra; pues la otra la cruzan con la de su vecino, de tal suerte que cada individuo baila sobre un solo pie.

Los Botocudos parecen no tener otro culto que el de los seres bienhechores y maléficos. Los segundos, llamados *janchous*, se subdividen en diablos superiores é inferiores; Tipapakijin es el gran janchou. El príncipe de Neuwied asegura que la luna es el cuerpo celeste que mas respetan.

La lengua de los Botocudos es complicada y difícil de comprender. M. Augusto Saint-Hilaire ha dado de ella un vocabulario que si bien es poco estenso, pero que es suficiente para dar una idea de este idioma.

De toda esta parte septentrional, pais de los Botocudos, Santo Domingo es el último pueblo de Minas Novas, y puede ser considerado como el principal depósito de los algodones que se remiten á Bahia, por razon de estar situado en el camino de Conquista y á seis leguas solamente de Tocayos, donde se embarcan los fardos procedentes de la cosecha en el Rio Grande do Belmonte. Atraviésase primeramente el Arassuahy, y mas al S. el rio Piauhy. En la parte superior del curso de este rio se esplotan algunas canteras de diversas piezas preciosas, entre las cuales se aprecian con peculiaridad los *chrisoberils* blancos cuya pureza los hace semejar al diamante. Todo el valle del rio Arassuahy está lleno de esplotaciones de la misma naturaleza y es sumamente arbolado y fecundo. Despues de haber pasado el Morro da Agoada-Nova se encuentra en Quartel do Alto-dos-Boys un destacamento de dragones encargado de protejer aquel distrito contra las incursiones de los Botocudos.

En los alrededores de Tocayos, en las márjenes del Jiquitinhonha y cerca de la isla de los Pinos *(Itha do Pao)*, se ven algunos Machacolis, pueblo indíjena que, como los Malalis, los Monochos y los Macunis, huyen el encuentro de los Botocudos, encarnizados enemigos suyos. Estos Machaculis se habian establecido al principio en Caravellas, donde procuraron dedicarles á esplotaciones agrícolas; pero como son tan neglijentes como la mayor parte de los indíjenas americanos, no pudieron habituarse en manera alguna á un trabajo tan constante y penoso. En consecuencia tomaron de nuevo el camino de sus bosques, y en 1801 contrajeron domicilio cerca de Tocayos donde viven aun en la actualidad en número de ciento cuando mas; siempre indolentes y asimismo poco resignados á una ecsistencia sedentaria. Al cultivo de los campos anteponen la pesca y la caza. Su aldea principal se compone de diez ó doce casitas construidas sin órden ni concierto y semejantes á las de los Macunis. Estas casitas son pequeñas, cuadradas y cubiertas de trozos de corteza de varios árboles ó de hojas de palmera. Algunas son de tapia, y otras no ofrecen mas que hojas de palmera pasadas entre las pértigas que las sirven de armadura. Las mujeres de los Machaculis no traen otro vestido que una simple basquiña; el jefe lleva un calzoncillo, y el resto de la tribu anda casi desnudo. Verdad es que los Machaculis están medio civilizados, y que hace medio siglo que viven entre los portugueses; pero no tienen la costumbre de los Macunis de criar cerdos y gallinas, y solo han establecido en el Jiquitinhonha unas pesquerías formados de cañizos semejantes á los que tenemos ya vistos. Los Machaculis ciñen su cultivo al plantío de las patatas, que hacen cocer así que las sacan de la tierra, y que no ecsijen las mismas preparaciones que el maiz y el mañioc. Y no las arrancan todas de una vez, sino á medida que las van necesitando. Las mujeres de los Machaculis hilan el algodon formando un cor-

dencillo muy fino del que se sirven para fabricar hamacas. Rateros, falsos, pérfidos y ambiciosos, los Machaculis tienen algunas cualidades que compensan todos estos vicios. M. Augusto Saint-Hilaire, que los observó con sagacidad y constancia, refiere á propósito una interesante anécdota. « Antiguamente, le decia en malísimo portugués una mujer machaculi, hilaba dia y noche para Luciena Texeira (propietaria de las cercanías), y me habia dado un hermoso cuchillo que los Botocudos me han robado; pero he perdido á mis dos hijos y no puedo hilar. » Al proferir estas palabras, esta mujer dejaba caer sus brazos sobre sus nalgas é imprimia en su semblante la espresion del mas amargo dolor. Lo mismo que los Malalis, los Macunis y los Monochos, los Machaculis hablan con la garganta y no tienen en su pronunciacion ninguno de los chorros de voz que caracterizan á los Botocudos.

La tribu que mas afinidad tiene con los Machaculis es la de los Macunis, que se ha establecido recientemente en la aldea de Alto-dos-Boys. Alto-dos-Boys (altura de dos bueyes) está situado en un morro que domina á un profundo valle. Compónese la aldea de casas separadas unas de otras y dispersas por acá y acullá: son pequeñas, bajas, casi cuadradas y sin ventanas, y están cubiertas de largas hojas de palmeras *areranga* y *catulé* que las hacen impenetrables á la lluvia. Estas casas son habitadas por Macunis, que fueron bien observados por M. Augusto Saint-Hilaire, quien vió en los umbrales á tres ó cuatro indias agachadas cubiertas de una grosera basquiña de algodon, y con una cabellera negra y espesa que les caia sin la menor ondulacion sobre las espaldas de un hollin subido. Esta aldea poblada de Macunis es un apostadero militar harto importante que contiene un edificio mas vasto y mas alto que aquellas hutas miserables que sirven de caserna á los soldados, y la casa del comandante construida por el mismo estilo, que solo se distingue de las casas de los indíjenas por sus dimensiones.

Los Macunis no difieren por sus facciones de los demas hombres de su raza, pues tienen como ellos los cabellos negros y bien poblados, toscos y lisos, la cabeza abultada, los carrillos prominentes, la nariz arremangada, el pecho y las espaldas anchas, los pies pequeños y las piernas y muslos amuchachados. Su tez es amarilla como la de los otros indios; mas cuando van desnudos toman un tinte bronceado. Las mujeres son mal formadas y no tienen gracia en el andar, pero su fisonomía no carece de atractivos. La lengua de esta pueblo es fácil, á escepcion de sus complexos, que á veces se complican de tal suerte que su intelijencia no es poco difícil.

La mayor parte de estos indios son bautizados; pero el cristianismo ha dulcificado poco sus costumbres. Bien que unidos y casados por un sacerdote, tienen muy poco miramiento á la fidelidad conyugal; puesto que por el presente mas insignificante los maridos dividen los derechos que tienen sobre sus mujeres, y estas por su parte ceden á la primera proposicion. Hablando en general, estos pueblos se abandonan á un libertinaje precoz: á veces se ven padres que venden á sus hijas de ocho años de edad á hombres que les dan el título de esposos.

Como se ha enseñado á los Macunis á trabajar la tierra, cultivan por su cuenta ó se alquilan á los colonos de las cercanías y aun muchos sirven como soldados. Los hombres y mujeres en jeneral son industriosos y sumamente diestros, pero perezosos é inconstantes, toman y dejan su trabajo y conservan siempre este carácter de indivision que distingue á las pueblas americanas. Comen su maiz antes que esté en sazon, y consumen en un mes las provisiones de todo el año. Si crian gallinas, las matan todas de una vez; mas si son cerdos, no aguarden que la hembra para, sino que la despanzurran para devorar á sus hijos.

Los Macunis son cazadores hábiles; desde la tierna edad acostumbran á los hijos á tirar sobre los ratones y forman de esta suerte su punto de vista y su mano. Profesan un profundo respeto á las costumbres de sus mayores, gustan de confabular entre sí por la noche y hablar de sus padres derramando lágrimas á su memoria. Los hombres tratan á las mujeres casi como esclavas, castigándolas por las menores faltas. Sin embargo las mujeres preparan el alimento, van á buscar las maderas para encender fuego y hasta construyen las cabañas cuando los maridos están ocupados en grandes cazas. Verdad es que los hombres siembran el maiz, pero las mujeres están encargadas del cultivo de las patatas. Por lo comun lleven sus fardos sobre la cabeza por medio de un cordon que pasa sobre el hueso frontal. La fabricacion del vidriado y de los sacos tejidos de algodon y de una especie de cecropia corre tambien por cuenta de las mujeres. Uno de sus mas grandes placeres consiste en seguir á sus maridos cuando emprenden grandes cacerías; acompáñanles asimismo cuando se ajustan como jornaleros con los vecinos colonos. Las mujeres no hacen sus camas en la misma aldea, sino en el fondo de los bosques adonde las acompañan las mas ancianas de la tribu. Cuando bautizan á los niños, les imponen nombres de santos y un apellido portugués. Los niños andan desnudos hasta la pubertad. Hace poco que los hombres han aprendido á llevar un calzoncillo y á veces una camisa, y las mujeres una basquiña y una almilla, bien que por lo comun andan desnudas hasta la cintura.

Los Macunis se cortan el pelo al estilo de los europeos, aunque muchos, así hombres como mujeres, tienen los cabellos largos como antes y separados en la coronilla de la cabeza. Píntanse con un pedazo de madera tenue y alisado, puntiagudo por un lado y terminado por otro en forma de espátula. Los hombres se agujereaban antiguamente el labio inferior para pasar por él un pedazo de madera corto y algo menos grueso que un cañon de pluma; pero actualmente han renunciado ya á este uso. Por lo que hace á las mujeres, procuran horadarse las orejas y suspender de las mismas un pequeño disco de madera.

Los muebles de las casas macunis consisten en algunos canapés rústicos *(jiraos)*, ollas dispersadas por acá y acullá, flechas y arcos, plumas de guacamayos suspendidas del plafon y una férula de madera destinada á correjir á las mujeres. Estos salvajes no comen indiferentemente toda especie de caza, pues desprecian muchos cuadrúpedos y entre ellos el mirmecófago. La caza, el mañioc y las patatas bastan á su alimento. Su cocina es bastante delicada, el aguardiente da márjen á una de sus mas vivas pasiones y el baile á uno de sus mas grandes placeres. Sin embargo su danza solo consiste en un monótono saltillo acompañado de cantos groseros que no tienen casi ningun sentido. Cuando estos naturales caen enfermos, no tienen otro remedio que la ipecacuana; los parientes circundan el lecho del enfermo, sollozan, pero no le administran ningun cuidado.

Estas ciudades y pueblos ocupan las márjenes de Jiquitinhonha ó Rio Grande do Belmonte, que es la corriente mas caudalosa de Minas-Novas. Las fuentes del Jiquitinhonha están á poca distancia de Tijuco, en el sitio denominado *Pedra Redonda*, pero este rio no empieza á ser navegable hasta la altura de Tocayos, aldea situada á noventa y seis leguas de distancia del mar, esto es, treinta y cuatro de Tocayos á San Miguel y sesenta y dos de San Miguel á las bocas del rio. En toda esta estension, su curso es interrumpido en varios puntos por escollos que dificultan la navegacion y que precisan á las piraguas á descargar y aun á recurrir al acarreo por tierra. Para ir de San Miguel á Belmonte donde desemboca el rio, se necesitan ocho dias, y de diez y ocho á veinte para remontar de Belmonte á San Miguel. La ciudad de Belmonte, situada en la confluencia, es un aldeorrio mezquino y arruinado que fundó, hace unos sesenta años, una tribu de indios de los cuales solo ecsiste actualmente un corto número. Todo Belmonte no consiste mas que en cincuenta casas cubiertas de bálago, seiscientos moradores, una iglesia y algunas calles tortuosas y obstruidas por el musgo. Los habitantes en su mayor parte viven de la pesca, y aunque se llaman mutuamente *Camacas* y han conservado muchas costumbres análogas á aquella tribu aboríjene, les dan el título de *Meniens*. Sumamente diestros en los trabajos manuales, fabrican sombreros de paja, cestos, redes de pescar y esteras de cañas con tanto primor, que es muy difícil reconocer esteriormente las hebras entretejidas. Belmonte está solamente á treinta y seis leguas de Bahia adonde puede irse en veinte y cuatro horas si reina un tiempo favorable.

Desde Belmonte á San Miguel, el Jiquitinhonha atraviesa el pais de los Botocudos, cuya circunstancia inspiraba en otro tiempo serias inquietudes por la seguridad de esta navegacion. Sin embargo en la actualidad parece haberse desvanecido semejante inquietud, puesto que el mismo San Miguel está ocupado por Botocudos y forma una especie de apostadero semi-portugués y semi-indio. Este nuevo estado de la comarca debe tarde ó temprano atraer la atencion sobre una colonizacion que promete felices resultados. Desde San Miguel hasta el Océano, el pais está cubierto de selvas vírjenes que pueden suministrar madera para toda clase de construcciones. La tierra, pingüe y fecunda, produce en abundancia algodon, maiz, arroz, albérchigos y legumbres. La caña dulce produce igualmente á pedir de boca, y se han hecho algunos ensayos de cafés que no han dejado de dar escelentes resultados.

San Miguel está edificada en la ribera derecha del Jiquitinhonha. Compónese la aldea de una série de casitas sobre las cuales descuella un edificio mayor que sirve de caserna al comandante y á los soldados de la division. El paisaje de San Miguel es encantador: el Jiquitinhonha, anchuroso é imponente, ofrece en su márjen izquierda montañas arboladas y frondosas, al paso que en la derecha y en frente de la aldea se estienden algunos terrenos muy bien cultivados. El rio forma un recodo un poco mas arriba de San Miguel, y se desarrolla formando un lago muy oblongo orillado por todas partes de montañas cubiertas de la mas lozana vejetacion.

Desde San Miguel á Fanado ó Villa-do-Fanado el sendero atraviesa unos *catingas* donde crecen cactos de diferentes formas, los unos semejantes á arbolillos por su tronco verdegay, recto y espinoso, de cinco *lados* y de cuatro pies de altura; los otros mas parecidos al *cactus opuntia*, pero cuyos tallitos, colocados entre las articulaciones, son menos espesos y mas óvalos. Vense en otras partes estensos bosques deshojados, ó florestas decoradas todavía de la mas lozana vejetacion y redondeadas en forma de emparrados. De esta suerte se atraviesan muchos apostaderos pequeños, compuestos las mas de

las veces de una sola casita hasta que se llega á la aldea militar llamada Quartel de Texeira. Como el curso superior del Jiquitinhonha se cuenta entre los rios diamantinos y está puesto, como todo el distrito de los Diamantes, bajo el imperio de una ley rigurosa y especial, hanse escalonado desde Tocayos á Quartel de Texeira varios destacamentos de soldados encargados de oponerse al contrabando de las piedras preciosas. Estos soldados deben impedir que nadie busque de ellas en el lecho del rio y en la embocadura de sus confluyentes.

Pasado Quartel de Texeira tomamos á la izquierda para pasar á Boa-Vista, apostadero situado en el rio de Arassuahy que desagua en el Jiquitinhonha un poco mas abajo de Tocayos. Antiguamente sacaban oro de la madre de este rio; pero sea por su profundidad, sea por falta de esclavos, hase renunciado ya á esta clase de trabajo para ocuparse de las esplotaciones agrícolas. En la madre del mismo rio ecsisten igualmente piedras preciosas, como los *chrisolitas;* pero su estraccion ofrece las mismas dificultades que la del oro.

Desde Boa-Vista se pasa á Sucurin, sufraganea de Agoa-Suja. Sucuriu está situada en el recuesto de un morro cuyo pie baña un riachuelo de este nombre. Nada cabe mas triste y ruinoso que el aspecto de esta aldea: las casas no son mas que de sesenta á ochenta, y tan pequeñas y desaseadas, que no parece sino que debe de reinar en ellas la miseria y la indijencia. La iglesia, en vez de estar separada de los edificios circunvecinos, se pierde en medio del pueblo. Todos los alrededores están cubiertos de *corascos* semejantes á nuestros montes tallares. El rio es angosto y arrastra unas aguas cenagosas que contienen diversas especies de peces sabrosísimos.

Los habitantes de Sucurin fueron atraidos á este punto por el deseo de hallar oro. Con efecto, parece que los terrenos superiores deben haber suministrado mucho en otro tiempo; pero como el trabajo ha tropezado cada dia con mas dificultades, se ha renunciado á ello. Así que, apenas se ve á nadie actualmente que vaya á buscar pepitas en el arroyo que corre delante de la aldea. En cambio la poblacion se ocupa mucho del cultivo y de la fabricacion del algodon.

Desde Sucurin á Chapada, el camino es tan variado y pintoresco, que recuerda los paisajes suizos y tiroleses. Chapada es un poblachon animado y populoso, que está en el camino de las caravanas que se dirijen á Rio Janeiro. Desarróllase en la cresta de un morro oblongo que se estiende casi de E. á O. y está dominado por todas partes por otros morros que forman como un círculo en torno de la aldea. Este pueblo tiene ciento sesenta casas y una iglesia situada en una vasta plaza. Las casas son bajas y cubiertas de tejas, y la poblacion actual asciende á unos 600 individuos mulatos en su mayor parte, que se ocupan toda la semana en los trabajos agrícolas y solo comparecen á la aldea los domingos y dias festivos. El arroz y los albérchigos constituyen la riqueza principal de este pais. Verdad es que antiguamente se recojia mucho oro; mas en nuestros dias se han abandonado los lavados para buscar otros mas ricos y productivos. Sin embargo, el que tiene que esplotarse en Batata, en los contornos de Chapada, tiene vetas muy ricas. En él se presenta el oro formando venas, ora esparcidas hasta la superficie de la tierra, ora en pedazos que pesan hasta once libras.

Villa-do-Fanado, ó Villa-do-Bom-Succeso, que viene en seguida, está situada en una meseta muy convecsa que se levanta entre dos arroyos. Cuando se llega de Alto-dos-Boys, recórrese la mas larga de sus calles, en cuyas estremidades hay dos iglesias construidas entre dos hileras de casas. Esta ancha calle está cortada por otras en todas direcciones, al paso que en la falda del morro hay otras dos principales diverjentes que dan á la ciudad la forma de una Y. Muchas de estas calles han sido enlosadas en toda su lonjitud. Las casas son pequeñas, no tienen mas que un piso bajo, y sus ventanas son cuadradas, pequeñas y están separadas unas de otras. En ninguna se ven vidrieras, pero la mayor parte tienen celosías y finísimas esteras hechas de mambúes. En la construccion de aquellas casas casi no entran mas que algunas piezas de madera destinadas á sostener los techos.

La principal riqueza de Villa-do-Fanado consiste en los cultivos de algodones que cubren su territorio. Su poblacion asciende á unas 2.000 almas. Esta ciudad fué fundada por los Paulistas que pasaron á ella en 1727 dirijiéndose á las márjenes del rio Piauhy, cuyas riquezas eran tan decantadas. Llegados á las riberas del rio Fanado, aquellos aventureros encontraron en ellas mucho oro, cuya circunstancia indujo á aplicar á la corriente la denominacion de Bom-Succeso. Fundóse al principio en sus riberas un simple arrabal que á 2 de octubre de 1730 fué erijido en ciudad bajo el nombre de *Villa da Nossa-Senhora do Bom-Succeso;* pero la denominacion antigua ha prevalecido, y actualmente se llama todavía Villa-do-Fanado.

El pais de Minas Novas, cuya capital es Fanado, fué descubierto y esplotado por este mismo tiempo. Linda al N. con los de Urubu y de Rio-das-Contas, al S. con el de Villa-do-Principe, al O. con el de Barra y al E. con selvas inmensas y los estribos de la cordillera paralela al Océano. Este pais puede dividirse

en cuatro rejiones muy distintas, la de los bosques, la de los *carrascos*, elevada y fria, la de los *catingas*, propia para el cultivo de los algodoneros, y la de los campos, la mas cálida de todas y la mas propicia á la cria de los ganados. El termo de Minas Novas tiene unas ciento cincuenta leguas de largo sobre ochenta y seis de ancho, y comprende una poblacion cuyo número no es conocido con ecsactitud, pero que varía, segun los autores, de 20 á 60.000 habitantes.

Este pais era poblado en su oríjen, como indica su mismo nombre, de mineros y fregones de oro; pero hace algunos años que los habitantes han reconocido que no era el oro lo que constituia la verdadera riqueza de su territorio, y en consecuencia se han consagrado al cultivo de la tierra que les indemniza mucho mejor de sus trabajos. Las parroquias de Fanado, de Agoa-Suja, de Santo Domingo y de Chapada suministra cosechas magníficas de algodones que alguaas manufacturas locales comienzan á trabajar. La poca cantidad de oro que se recoje todavía en el termo de Minas Novas, y con peculiaridad el del rio de Arassuahy es de un color hermosísimo, y jeneralmente es de 24 quilates. La Serra Diamantina ha suministrado ya muchas piedras preciosas, y aun se cree que sus vetas no están del todo agotadas. Los riachuelos Calhao, Americanas y Jungo presentan piedras preciosas de un verde nacionte ó de un verdemar, *crisolitas*, topacios blancos y algunos de otros colores, granatas, turmalinas encarnadas y verdes, y unas *pengas d'agoa* (gotas de agua) muy parecidas á los diamantes, pero que no son mas que pequeños topacios blancos arrastrados en los casquijos de los rios. Cerca de Penha y de Soâo ecsiste el mineral de hierro; las cavernas del Sertâo suministran salitre á las fábricas de pólvora de Villa-Rica y de Rio Janeiro; en la fazenda de Tabua se encuentra azufre y antimonio en la meseta de Altos-dos-Boys.

El ambiente es puro y las aguas escelentes en todo el termo de Minas Novas. Este termo estaba antiguamente aislado en todo el Brasil y situado á una distancia considerable en el interior; pero en nuestros dias las comunicaciones han sido facilitadas por el reconocimiento completo del curso del Jiquitinhonba destinado á representar un papel importante en el comercio de las provincias que baña. Los habitantes del termo son en su mayor parte mulatos, poco ricos y poco instruidos.

Fuera de las divisiones establecidas, el territorio de Minas Novas es de dos especies distintas, á saber: los *matos* ó bosques, y los *campos* ó paises descubiertos. De los primeros, unos pertenecen á la vejetacion primitiva, otros al cultivo del hombre. Entre ellos deben comprenderse las selvas vírjenes (*matos virjens*), los *catingas* que se deshojan todos los años; los *carrascos*, selvas compuestas de arbolillos distantes tres ó cuatro pies unos de otros, y los *carrasqueiros*, mas elevados que los carrascos, que forman una especie de transicion entre estos últimos y los catingas. A esta vejetacion primitiva deben referirse los *capões*, especie de selvosos oasis que se levantan por acá y acullá en medio de los campos. En cuanto á los bosques plantados por la mano del hombre, hay los *capoeiras*, que se sustituyen poco á poco á las plantaciones hechas en las selvas vírjenes, y son reemplazados á su vez por los *capoeiroes*, cuando no las someten á cortas regulares.

Llámase campo todo lo que no es mato ó variedad de mato. El campo es natural (*campo natural*) cuando jamas han cubierto su suelo los bosques, y artificial cuando es el resultado de alguna tala.

Los campos naturales tienen en varios puntos algunos árboles nudosos y desmirriados; pero este accidente nada tiene que ver con su carácter. Llámanse *jeraës* ó pastos *jeraës* los pastos jenerales ó una grande estension de tierra cubierta de herbaje.

Hablando en jeneral, los catingas son donde prosperan las plantaciones de algodoneros. Para formar un campo de estos arbustos, primeramente se pega fuego á los bosques que cubren el suelo, y despues de haber hecho algunos agujeros á cinco ó seis palmos de distancia uno de otro se pone una simiente en cada uno. Mientras se siembra de esta suerte el algodon, se planta el maiz. Estos trabajos tienen lugar en el mes de octubre; mas si las lluvias empiezan á caer con tiempo se ejecutan mas pronto. En el primer año los algodoneros ya reproducen y duran cinco ó seis años; su enemigo mas peligroso es una oruga que roe sus hojas. Concluida la cosecha se cortan los troncos hasta ponerlos al nivel del suelo, á fin de que el espigon tenga menos madera que nutrir. La cosecha dura unos tres meses; comienza en mayo y concluye en agosto. Cuatro arrobas de algodon con las simientes bastan para suministrar una arroba marina limpia de paja y polvo. Para hacer la cosecha se dejan abrir y desecarse las cápsulas, y en seguida se tiran los cuatro paquetes de algodon que contienen sin desprender el pericarpio. Este método es vicioso, como lo manifiesta la cantidad de algodon que queda en el suelo despues de concluida la cosecha; parte de esta se emplea y fabrica en el pais, y de ella se hacen telas y frazadas. La que se despacha en lana la enfardan en una especie de sacos ó cajas (*boreacas* ó *bruacas*) hechos con uno ó dos cueros de buey cosidos entre sí con unas tiras igualmente de cuero; la parte vello-

se debe siempre quedar fuera, y como es preciso reducir estos fardos al menor volúmen posible para disminuir el embarazo del acarreo, sometenlos á la accion de una especie de prensa que los hace muy compactos y cerrados. En Bahia sacan el algodon de los sacos de cuero, y lo venden separadamente; pero en Rio Janeiro al contrario, lo venden en los mismos sacos, para los cuales deducen ocho libras de tara.

Este es el cuadro de Minas Novas, tal como nos lo han trazado los sabios MM. Augusto Saint-Hilaire, Spix y Martius y el príncipe Neuwied. El primero de estos viajeros recorrió esta comarca en todas direcciones, y no á otro que á él somos deudores de las noticias mas completas. En una larga mansion que hizo en Villa do Fanado hizo diversos reconocimientos en las cercanías, y ademas de las ciudades que figuran en nuestro itinerario visitó Santo Domingo circuido de plantaciones mas deliciosas y prósperas que pueden verse. El algodonero produce mucho en esta comarca, pero no tiene que ver con el maiz que da hasta doscientos por ciento. Santo-Domingo, fundada en 1728 por unos aventureros paulistas, fué asimismo en los tiempos del descubrimiento un distrito aurífero. M. Augusto Saint-Hilaire visitó ademas la aldea de Agoa-Suja situada en las márjenes del Arassuahy y formada de una sola calle adornada de casitas bajas, cuadradas, cubiertas de tejas y construidas en su mayor parte de adobes. Lo mismo que Santo-Domingo y otros muchos apostaderos, Agoa-Suja fué edificada por unos aventureros que iban en busca de oro. Los habitantes construian diques para contener en su alveo las aguas del Arassuahy y lavaban la arena aurífera de la parte del arroyo que quedaba en seco. En nuestros dias la única ocupacion de los naturales se reduce á cultivar la tierra; así que pasan toda la semana en el campo, y solo van á la aldea el domingo para oir misa.

Para entrar desde Villa-do-Fanado en el Sertão, no habia seguido M. Augusto Saint-Hilaire nuestro mismo itinerario; sino que caminó unas veinte y seis leguas hácia el S. S. E. paralelamente al curso del Arassuahy y atravesó San-João para llegar á las fraguas de Bom-Fin. De este modo visitó sucesivamente á Piedade, Vareda, Culao, José-Caetano, San-João y Arassuahy, aldeas semejantes entre sí, con sus treinta, cuarenta, cincuenta ó cien casas, dispuestas por el mismo estilo de las que hemos visto ya, y con una poblacion ocupada en los lavados de oro ó en la estraccion del mineral, ó consagrada al cultivo del algodon y del maiz. La única circunstancia que amenizó aquel espectáculo algo monótono, fué la que ofrecieron al viajero las fraguas de Bom-Fim, situadas á unas dos leguas de distancia de Arassuahy.

En las cercanías de aquellas fraguas no presentaban los morros en sus cúspides anchas *chapadas*, sino que terminaban en crestas cubiertas de gramínea sobre las que descollaban de trecho en trecho algunos árboles. En Bom-Fim comienza cierto aspecto de riqueza industrial, y sus fraguas constituyen uno de los mas hermosos establecimientos de la provincia de las Minas. Bajo el inmenso soportal se ven unos martinetes y hornillos á la catalana destinados á fundir el hierro. El metal se trabaja en el establecimiento, y en él se hacen hachas, segures y herraduras. El mineral se estrae de una montaña situada á una legua de las fraguas; pero hay unos carros arrastrados por bueyes que pueden llegar hasta el mismo minero. El mineral asoma á flor del suelo, es de un grano enorme y debe de producir mucho. Si las comunicaciones fuesen mas fáciles y diesen mas actividad al despacho, podrian fundirse de cuarenta á cincuenta arrobas de hierro diariamente. El establecimiento emplea ochenta individuos, parte de los cuales son esclavos.

CAPÍTULO XXVI.

DISTRITO DE LOS DIAMANTES.

Despues de una breve permanencia en Villa-do-Fanado, nuestra caravana continuó su larga y fatigosa marcha. Su itinerario estaba trazado á través de la comarca conocida bajo el nombre de *Distrito de los Diamantes*, tierra sagrada y sacrosanta, cuyos guijarros eran privilejiados todos y formaban la herencia esclusiva del soberano del Brasil. Nadie penetra en aquel santuario mas que con una autorizacion especial, y siempre permanece en él bajo el yugo de una vijilancia perpetua.

La línea aduanera del distrito de los Diamantes estaba para nosotros en el puente del rio do Manzo, afluyente del Jiquitinhonha, donde hay una guardia de milicianos que nos impidió pasar adelante hasta que el gobernador dió el permiso competente, única circunstancia que podia hacer levantar la consigna. Merced á este salvoconducto, llegamos á Tijuco.

Esta ciudad está edificada en la pendiente de un morro, á cuyo pie y en un estrecho valle corre un arroyo que lleva el nombre de Rio de San-Francisco. Las calles de Tijuco son anchas y limpias, pero mal enlosadas, y en su mayor parte forman declive. Las casas son de adobes, cubiertas de tejas, blancas en su esterior y jeneralmente bien conservadas; las paredes interiores son limpias, los techos artesonados y pintados y las piezas guarnecidas de taburetes de cuero *crudo*, de sillas con respaldo, bancos y mesas. Todas las casas tienen su correspondiente jardin plantado

de bananos, de naranjos, de duraznos, de higueras y de un corto número de pinos. Igualmente se cultivan flores y legumbres.

Tijuco contiene siete iglesias principales y dos oratorios pequeños, pero adornados con gusto y de suma limpieza. Encierra asimismo muchos establecimientos públicos, una caserna, una cárcel y una contaduria (*contadoria*), residencia de la antigua *Junta diamantina;* pero de todos estos edificios el único que merece mentarse es la *Contadoria,* cuya fachada, harto regular, tiene de cincuenta á cincuenta y cinco pasos de lonjitud. Allí es donde trabajan los empleados y donde se halla la caja del tesoro. Esta residencia es la del gobernador, pero el intendente tiene otra adornada de la galería mas hermosa de toda la provincia.

Bébense en Tijuco aguas escelentes de unos pequeños manantiales que nacen en el morro. Estos manantiales alimentan las fuentes públicas y particulares. Tijuco está muy surtida de mercancías europeas, la mayor parte de fábrica inglesa: contiene algunas tiendas donde se venden sombreros, objetos de mercería, de quincalla, de loza y muchos objetos insignificantes de puro lujo. Desgraciadamente el transporte á carga de macho encarece todos estos objetos, de suerte que disminuye mucho su consumo.

Los alrededores de Tijuco presentan un terreno tan árido y tan ingrato, que es preciso pedir víveres á quince ó veinte leguas de distancia para subvenir al consumo de los moradores y de los negros empleados en el lavado de las arenas. A cada momento se ven entrar en la ciudad caravanas cargadas de provisiones. Asi es que los artículos de primera necesidad están á precios mas altos que en todas las demas ciudades del interior. El mañioc, el maiz, el arroz, todo está á unos precios ecsorbitantes, y no poca dificultad hay en procurarse forrajes y leña.

Situada á los 18° 14' S. y á los 3.715 pies de elevacion sobre el nivel del mar, Tijuco goza de una temperatura dulce, pero variable. El termómetro no pasa jeneralmente de los 27°, y el término medio es de 21°. Los meses de octubre y de noviembre son los mas cálidos y los mas borrascosos del año. A mediados de enero sobrevienen unos quince dias de buen tiempo que se han denominado el *veranico*. Merced á este clima casi siempre templado, Tijuco no conoce las enfermedades que asuelan las zonas cálidas.

La vejetacion de los jardines de Tijuco recuerda la de Europa y presenta la mayor parte de sus árboles frutales, al paso que hay mucha dificultad en reunir los de las zonas tórridas. Cultívanse igualmente en esta tierra con muy buen écsito las patatas, como tambien el espárrago, no por otro motivo que por la elegancia de su follaje. Esta vejetacion ofrece una circunstancia bastante singular, y es que los albérchigos pierden sus hojas en el mes de setiembre para florecer algun tiempo despues y vestirse en seguida de un follaje nuevo. Los manzanos, los perales y los membrilleros renuevan sus hojas y florecen á la misma época que los albérchigos, pero jamas, segun se dice, están deshojados del todo. Así es que al pasar á otro hemisferio, estos árboles han cambiado las faces de su vida vejetal, y adoptado, por decirlo así, las habitudes de las especies indíjenas.

Los moradores de Tijuco son urbanos, atentos, muy altos y mas instruidos que los de todo el resto del Brasil. En la ciudad reinan la elegancia y el buen gusto, y sus mendigos no son en tanto número como los de Villa-Rica y de Villa-do-Principe. Los blancos son por lo comun muy vijilantes (*feitores*) en la estraccion de los diamantes, mercaderes, propietarios y mancebos de escritorio; mas las jentes de color ejercen diferentes oficios. Un oficial de carpintero gana cerca de ocho reales diarios, ademas del sustento, y los maestros el doble. Así que un oficial libre tiene algun dinero reunido, compra un esclavo.

Durante la breve permanencia que hicimos en Tijuco, tuvimos facilidad de recojer las noticias mas vastas sobre la estraccion y el comercio de diamantes que hicieron por tanto tiempo célebre este distrito. Antes de estos últimos años, la comarca Diamantina era una rejion misteriosa sobre la que andaban en voga muchos cuentos; y como se ecsajeraban sobremanera los recursos que encerraba, habíanse ecsajerado tambien las precauciones que debian tomarse para impedir su acceso. El distrito está rodeado por un fuerte cordon de dragones portugueses, de suerte que apenas mediaba un intérvalo de cinco ó seis millas de una á otra guardia. Cuando se presentaban algunos viajeros para salir de aquel sagrado recinto, todo se lo rejistraban indistintamente, sus maletas, sus bagajes y hasta sus mismas personas. Aun hacian mas, pues si llegaban á sospechar que algun viajero se ocultaba algun diamante en la boca, detenian la caravana por espacio de veinte y cuatro horas.

Actualmente no es tan rigurosa la vijilancia; y no sé si por haber disminuido la riqueza local ó por haber calculado que los gastos del cordon aduanero superaban el valor de las piedras recojidas, lo cierto es que todo el mundo entra y sale con mucha mas libertad en el distrito de los Diamantes.

Este distrito, uno de los mas elevados de la provincia de Minas Geraës, es un territorio incluso en la comarca del Cerro-do-Frio. El descubrimiento de este pais cuyas riquezas quedaron ignoradas por mucho tiempo, se debe á Bernardo Fonseca Leco. Las brillantes piedras del Cerro Frio fueron recojidas durante cosa de un

siglo para servir únicamente de fichas para jugar. En 1729 un tal Lorenzo de Almeida remitió á la corte de Lisboa algunos de estos guijarros transparentes que se atrevió á calificar de piedras preciosas, y entonces fué cuando se descubrió en breve la importancia de aquel producto.

En virtud de un decreto de 8 de febrero de 1730 los diamantes fueron declarados propiedad real; pero se dió permiso á cualquiera para ir en busca de ellos, y cada negro empleado en semejante trabajo fué sometido á una tasa de 20.000 á 30.000 reïs (500 á 700 rs.) segun la riqueza del sitio esplotado. Sin embargo como el gran número de estracciones produjo una súbita rebaja en el curso de las piedras preciosas, prefirióse en 1735 á esta suerte de capitacion arrendar por la cantidad de 138 cuentos de reïs anuales (mas de tres millones de reales) con la condicion de que los arrendadores no podian emplear mas que seiscientos negros en el trabajo. Este sistema de arriendo subsistió hasta en 1772, y el arrendamiento fué renovado seis veces.

Al tomar posesion de su cargo, el marqués de Pombal resolvió cambiar un sistema de que tanto habian abusado los concesionarios; pero este ministro cayó de uno en otro esceso, del despilfarro de una hacienda á todo lo mas odioso del monopolio. Por esta época el distrito de Tijuco fué erijido en Estado distinto, y se encargó á una administracion real la esplotacion de sus minas, prohibida hasta entonces á los particulares. Nombráronse tres directores residentes en Lisboa, tres administradores en el Brasil y un intendente jeneral investido de las mas amplias facultades. De él salian todas las órdenes relativas al gobierno de la provincia, y en sus manos estaban concentradas la policía y la administracion de justicia. Podia desterrar de su jurisdiccion á cualquiera que le hiciese sombra y aun confiscar sus bienes si llegaba á juzgar que los adquiriera en virtud de un comercio fraudulento. A este intendente jeneral de los diamantes estaban subordinados el *oidor* ó fiscal, especie de procurador real encargado de velar en el consejo por los intereses del gobierno; los oficiales de la administracion, los tesoreros (*caixos*), los tenedores de libros (*guarda libros*), los mozos de escritorio y los escribanos (*escrivães*), los cuales se reunian todos en una asamblea jeneral que habia tomado el nombre de *Junta real dos diamantes* (Junta real de los diamantes).

Establecido que fué este nuevo órden de cosas, hízose un empadronamiento riguroso de los habitantes de la provincia; y cualquiera que no declarase con evidencia su orijen y los medios que tenia para subsistir, era despachado. Si acaso queria introducirse á hurtadillas, incurria por la vez primera en una multa y seis meses de prision, y si hacia lo mismo por segunda vez lo deportaban á la costa de Angola donde permanecia seis años. Los esclavos mismos eran empadronados y sujetos á la mas severa vijilancia; y si llegaba á descubrirse alguno que no estuviese inscrito en los rejistros, condenaban á su amo á tres años de deportacion, y en caso de reincidencia á diez años. La misma pena se aplicaba á las esclavas.

Los trabajos relativos á los diamantes se confian al cuidado de administradores particulares cuyo número varía segun las necesidades del servicio. Cada administrador tiene bajo sus órdenes cierto número de esclavos cuya reunion forma lo que se llama una *tropa*. De estos administradores particulares dependen unos *feitores* (inspectores ó interventores) que hacen ejecutar las órdenes de la junta y zelar á los negros durante su trabajo.

Los puntos donde se establece un lavado de diamantes y donde se mantiene una *tropa* de negros, se llaman *serviços* (servicios). Los negros empleados en ellos pertenecen á particulares que les ajustan en la administracion. En 1776 el número de estos trabajadores ascendian á seis mil, pero en la actualidad solo hay algunos centenares de esclavos á lo sumo que continuan la esplotacion. El alimento de estos negros consiste en *alqueira de fuba* (harina de mañioc) y en judías, á lo cual añaden un poco de sal con un pedazo de *tabaco de cuerda*. Aunque el trabajo del lavado es sumamente duro y peligroso para la salud, los esclavos lo prefieren á todos los demas ya con la esperanza de poder robar alguna piedra, ya con el deseo de descubrir alguna que les ponga en estado de obtener su libertad.

Con efecto, desde el orijen de la esplotacion se estableció que un negro fuese comprado y manumitido así que hallase un diamante del peso de una *oitava* (3 gramas, 6 decágramas, ó 17 quilates y 1/2). Cuando ocurre esta circunstancia, inmediatamente la administracion suspende el trabajo, hace vestir al esclavo, le paga á su amo y le restituyen á la libertad con cierto ceremonial. Sus camaradas le coronan, le festejan y le llevan en hombros con aire de triunfo. Si el valor del diamante no llega á ser equivalente al precio de su rescate, continua trabajando para la administracion hasta que complete la suma. Por los diamantes que aun no pesan tres cuartos de *oitava* hasta los de dos *vinteis* inclusive, los negros reciben algunas recompensas que están en razon del valor y del peso del diamante: un cuchillo, un sombrero, una almilla etc.

Si bien hay establecidas recompensas, sin embargo hay tambien castigos. Sentados en sus si-

llas desde donde velan á los esclavos, los feitores empuñan ordinariamente un largo palo de cuya punta pende una larga tirilla de cuero de que echan mano para castigar al negro que no cumple con su deber. Cuando la falta es grave, es tambien mas severa la pena: atan al culpable en una escalera, y dos de sus camaradas le asientan en los riñones y en las partes carnudas sendos golpes de *bacalhao*, látigo compuesto de cinco tiras de cuero. Los administradores son los únicos que tienen derecho para ordenar esta pena; mas si se conforman á los reglamentos no mandan dar mas de cincuenta palos.

Tal es el modo con que se procede en el lavado y en la busca de los diamantes. Cuando se han estraido del fondo del rio y amontonado cierta cantidad de *cascalhao*, ó casquijo de diamantes, abren un hoyo de unos dos pies de profundidad y lo llenan de agua. En este hoyo hay un banco de madera en que se sientan los negros para ecsaminar y sacar el casquijo. Por su parte los feitores se colocan en unas sillas altas desde donde están observando á los negros sin perder el mas leve de sus movimientos. Si llegasen á dejarse rendir por el sueño, serian despachados inmediatamente. Delante de ellos se alinean los trabajadores, cada uno con una suerte de plato hondo de madera, de unas quince pulgadas de circumferencia. El negro llena este plato de cascalhao y lo ecsamina con toda escrupulosidad: primeramente tira los guijarros mas gruesos, imprime á su gamella un movimiento rápido de rotacion, la mete en el agua á cada instante para echar todo el casquijo y deja tan solo en ella la arenilla. Si en esta arenilla percibe una piedra brillante, la toma entre el pulgar y el índice, levántase de su banca, la muestra al feitore con cierta satisfaccion y la deposita en una gamella grande ó *batea* colocada en medio del pórtico comun (Pl. XXI. — 1).

La mayor dificultad consiste en impedir á los negros robar diamantes cuyo valor conocen; por cuyo motivo los feitores aplican todo su conato á la mas escrupulosa vijilancia. Cuando los negros han concluido, les hacen jirar su gamella, tender los brazos y separar los dedos para mostrar que no se llevan nada. Sin embargo como podrian muy bien ocultar durante el lavado algun diamante entre los guijarros, si se quedasen en los mismos canales, para ir á buscarlo despues, les obligan de cuando en cuando á pasar de un canal á otro. Ademas les hacen palmotear, y al fin del trabajo les ecsaminan la boca con los dedos y les someten á una visita rigurosa. Durante el lavado, los negros jeneralmente van desnudos, y cuando se sospecha de algun esclavo haberse tragado algun diamante, lo meten á la cárcel y le obligan á dijerir tres guijarros; si son espulsados sin que haya aparecido diamante alguno, le sueltan. Apesar de todas estas precauciones no pasa dia que no se cometa algun hurto. Jamas ha habido en Europa ningun fullero que haya tenido la destreza y la habilidad de aquellos negros para robar á los mismos ojos de los feitores las piedras que echan de ver. Cierto dia quiso un intendente cerciorarse por sí mismo del grado á que llegaba esta industria; á cuyo objeto hizo venir á un negro que gozaba entre sus mismos compañeros de una gran reputacion de habilidad, puso él mismo una piedrecita en medio de un monton de arena y de guijarros en uno de los pórticos del lavado, y prometió la libertad al esclavo si á su presencia sacaba la piedra sin ser visto. El esclavo se puso á trabajar, y el intendente le siguió con los ojos sin perderle un instante de vista. « Pero bien! donde está la piedra? dijo el intendente al cabo de algunos minutos. —Oh! repuso el esclavo, si los blancos cumplen sus promesas, desde este momento soy libre. » Y diciendo esto sacó de su boca la piedra designada y la mostró al intendente.

Para disminuir el número de semejantes latrocinios, hase puesto en vigor una rigurosísima penalidad contra los esclavos cojidos infraganti. Cualquier esclavo convencido de haber robado diamantes era castigado con la vida; pero desde luego se vió que este castigo solo redundaba en perjuicio del amo: así es que en la actualidad no hacen mas que azotarle y sujetarle á los grillos durante un tiempo mas ó menos duradero. Estos esclavos condenados á los grillos forman un grupo separado que emplean en los trabajos mas duros.

Apesar de esta vijilancia y penalidad, en todos los lavados del distrito reina el contrabando mas criminal. Cuando las piedras eran mas abundantes, ecsistian una especie de contrabandistas reunidos en partidas que iban á esplotar los arroyos del interior donde estaban seguros de hacer una cosecha brillante. Mientras el grueso de aquellas masas trabajaba en este lavado prohibido, algunos de sus individuos estaban de centinela en un sitio elevado, y si llegaban á columbrar que algunos soldados se acercaban á aquellas gargantas, inmediatamente lo advertian á todos sus camaradas, y estos se retiraban al fondo de unas montañas inaccesibles. De ahí es que aquellos hombres fueron apellidados *grimpeiros* (enredadores). Empero desde que los diamantes no son tan comunes, apenas se ven algunos negros aislados que se dedican á la ingrata faena de escarbar las orillas de los arroyos. El daño que causan estos enredadores no es en realidad tan considerable como el tráfico secreto de los *contrabandistas* que compran á los negros los diamantes robados ú ocultos durante el



L. Lavage des Diamans.

L. Lavadero de Diamantes.

L. Bailly del.

VOYAGE
VIA. 2

trabajo entre los dedos de los pies, en las orejas y en los cabellos. Estos contrabandistas se encargan ademas de hacer salir del distrito de las minas los diamantes hurtados. Apesar de la vijilancia de los soldados que guardan las fronteras, consiguen pasar felizmente el cordon aduanero, y ocultar su vedada mercancía en medio de los balones de algodon, por cuyo medio llega con facilidad á Bahia ó á Rio Janeiro. A veces se dedican al contrabando los mismos feitores, y esto con tanta mas facilidad cuanto que pueden hacer entrar á sus propios negros en los *serviços* donde están empleados. Esta complicidad de parte de unos hombres que les son superiores ha sido la gran razon que desde su oríjen ha inducido á los negros al latrocinio. Las brillantes proposiciones de los contrabandistas han echado el resto. La vida de aquellos especuladores es muy arriesgada, pues solo pueden ir á los serviços de noche y por senderos desconocidos; y al llegar á las cercanías destacan algunos negros que por medio de una retribucion hacen sus dilijencias clandestinas, yendo luego á buscar á aquellos de sus camaradas que tienen algo que vender. Los diamantes son pasados, y los negros reciben su valor á razon de unos sesenta reales por *vintin*. En Tijuco estas mismas piedras valen ya unos ochenta reales, y ciento en Villa-do-Principe, fuera del distrito de las Minas. Este beneficio seria insuficiente para los contrabandistas si no hiciesen otro mas considerable con las piedras mas gruesas, por razon de que los negros las pasan sin aumentar la tasa y las revenden á precios mucho mas altos.

El contrabando ha tenido el doble inconveniente de hacer ilusorio el monopolio y aumentar las estracciones en una proporcion ruinosa para el valor de las piedras. No falta quien haya acusado de peculado á los empleados subalternos de la administracion; pero esto parece increible si se atiende á las innumerables precauciones de que se ha rodeado el gobierno. Al fin de cada dia, todos los feitores vijilados por el inspector llevan á casa del administrador particular la gamella que contiene el producto del dia. Este cuenta los diamantes encontrados; manda inscribir su número y su peso á un feitore que llaman *listario*, y los hace meter en un bolsillo que debe traer siempre consigo. Al fin de cada mes, se depositan los diamantes en el tesoro, y los tesoreros los ecsaminan, los repesan y los notan en un libro con el nombre del serviço y la fecha de la entrega. Cada año se remiten á Rio Janeiro todos los diamantes que han podido reunirse durante los doce meses de estraccion. Antes de ser despachados, ciernen las piedras por el tamiz y las clasifican en doce partijas de diversos tamaños. Estas partijas se envuelven en un papel, las depositan en unos sacos, y el todo se mete en una caja á la que ponen su sello el intendente, el fiscal y el primer tesorero. Concluido esto, mandan la caja con escolta á la capital del Brasil.

Se ha calculado que desde 1807 á 1817 el distrito de los Diamantes podia haber suministrado de diez y siete á diez y ocho mil quilates, cuya esplotacion costaba hasta un millon de cruzados (mas de 10,000.000 de reales), suma reducida despues á poco mas de un millon. La casa Hope y Compañía de Amsterdam fué por mucho tiempo su única consignataria á causa de ciertas deudas que tenian que satisfacerse; pero actualmente estos productos, una vez fuera del distrito de los Diamantes, pueden consagrarse al comercio en toda la Europa. La junta de Tijuco casi no hizo mas que esplotar las cercanías de esta ciudad y en especial los rios de Jiquitinhonha y Rio Pardo; pero en muchas montañas y corrientes de los alrededores se encuentran de semejantes piedras. En ninguno de aquellos puntos se encuentran diamantes en su primitivo quijo, ni menos este mismo quijo en parte alguna. Sin duda será poco consistente, pero probablemente se habrá desleido por las aguas, y los diamantes desprendidos y arrastrados por los guijarros habrán formado el cascalhao. Verdad es que no faltan algunas señales que indican la presencia de los diamantes, pero estas señales son en jeneral muy poco ciertas y casi siempre es preciso recurrir á los ensayos del lavado. Por lo demas, esta esplotacion se hace cada dia mas y mas ingrata cuanto difícil. Los terrenos y los arroyos mas ricos han sido escarbados en toda su estension, puestos en seco y atestados de residuos del lavado. Al presente, para llegar al cascalhao deben quitarse densas capas de arenas y de roquedos. A veces el cascalhao no se saca del lecho de los arroyos, sino de los terrenos circumvecinos. Para poner en seco las corrientes poco caudalosas, se valen de mineros de una noria harto semejante á las que se emplean en Europa.

La esplotacion de los diamantes por cuenta de la corona ha durado al pie de sesenta años, sin dar jamas beneficios equivalentes á los gastos enormes que para ella debian sufragarse. Hace poco tiempo que se ha reconocido lo oneroso de este medio, y en consecuencia el Brasil acaba de renunciar de nuevo, por lo que á este distrito hace, al monopolio real, para entrar en el sistema de adjudicacion y de arriendo.

CAPÍTULO XXVII.

MINAS-GERAES.

Despues de haber hecho un alto muy breve en Tijuco, pusímonos de nuevo en camino á prin-

cipios de junio en direccion á Villa-Nova-do-Principe. Este camino era ya mas animado y seductor que los de Minas-Novas, del Sertão y de la provincia de Bahia. De cuando en cuando sobrevenian algunas caravanas que se cruzaban con la nuestra en aquellos montuosos desfiladeros. Estas cuadrillas viajeras tenian á veces un aspecto muy pintoresco y singular. Los habitantes de las Minas, con su fisonomía morenita y caracterizada, con sus anchos sombreros, sus pantalones estrechos y una capa echada á las espaldas ó rollada en el pomo del arzon; las mujeres en traje de amazona con unos sombreritos lijeros y hermosos; los mendigos y los ringles escalonados de mulas y caballos de carga llevando mercancías de Europa ó algodones procedentes de Minas-Novas; todo esto, variado á cada momento, empezaba á distraer las incomodidades del viaje y parecia anunciar la procsimidad de ciudades mas populosas y de una civilizacion mas antigua (Pl. XXI. — 2).

De esta suerte atravesamos muchas poblaciones poco importantes antes de llegar á Villa-do-Principe, capital de la comarca de Cerro do Frio que se divide en dos términos, el Cerro-do-Frio propiamente dicho y Minas-Novas.

La fundacion de Villa-do-Príncipe data solamente de unos cien años. Sus morros circumvecinos entrañan mucho oro que atrajo al principio algunos pocos habitantes cuyo número ha tomado un incremento sucesivo. Está situada á orillas de un arroyo que denominaron *Cuatro-Vinteis*, por razon de que la primera *batea* de arena que sacaron de su lecho suministró cuatro vinteis de oro, es decir, unos cuatro reales. A 14 de enero de 1714, Villa-do-Principe fué erijida en ciudad, bajo el gobierno de D. Blas Balthasar, y en el espacio de un siglo fué prosperando gradualmente hasta llegar al estado en que en la actualidad se encuentra; tuvo setecientas casas y una poblacion de dos á trescientos individuos. Verdad es que los lavados no son tan ricos como en otro tiempo; pero de cuando en cuando se encuentran aun pedacitos de oro que pesan 90,100 y hasta 200 *oitavas* (de 324 á 720 gramos). Este oro tiene un color hermosísimo, y si bien está hecho á vetas, por lo comun lo hallan esparcido por la tierra gredosa de que se componen los morros vecinos.

Villa-do-Príncipe, edificada en la pendiente de un morro prolongado, se eleva en forma de anfiteatro, ostentando por una y otra parte jardines, iglesias y praderas que se mezclan y varían el punto de vista. La ciudad se divide en dos partes; pero la oriental, que es la mejor, contiene la *camara* (casas consistoriales), la intendencia y las iglesias principales. Las calles no son muchas, pero la mayor parte están enlosadas; las casas son enjalbegadas casi todas, y en su esterior muestran puertas y ventanas pintadas de gris jaspeado. Las unas tienen un alto, pero otras se componen solamente de un piso bajo: las primeras están rodeadas de la *baranda* ó galería casi jeneral en las colonias españolas y portuguesas. Cada habitacion tiene su jardin y sus ventanas que dan al campo. Sin embargo, los muebles de aquellas casas no armonizan con su aspecto esterior, pues apenas hay algunas que contengan varias sillas antiguas de jacaranda, de respaldo alto, y cuyo asiento se reduce á una tabla cubierta de cuero, sin que se vean en ellas ninguna papelera, ni cómoda ni armario. Los únicos edificios que deben mencionarse consisten en algunas iglesias parroquiales, porque la intendencia y las casas consistoriales apenas ofrecen el aspecto de casas de campo.

Villa-do-Principe contiene algunas posadas ó tiendas. Los comestibles están muy baratos; de manera que los habitantes podrian vivir con cierta comodidad, si el escesivo lujo de las mujeres no alterase á veces la economía interior de sus menajes. No se conoce en Villa-do-Principe ninguna de nuestras recreaciones europeas: en ella no se ve ni un café, ni un paseo, ni un gabinete de lectura, ni una biblioteca pública ni un museo. La única diversion es la de la caza, y especialmente la del ciervo que se hace á caballo: para lo cual tienen unos perros indíjenas llamados *veadeiros*, que parecen semejarse al lebrel y al galgo corredor, animales de pelo leonado, de cuerpo oblongo, cola puntiaguda y orejas cortas, pero colgantes. Asegúrase que en los alrededores de Villa-do-Principe hay cinco variedades de ciervos, entre los cuales hay una llamada *catingueiro*, que debe este nombre al olor que ecsala y por el cual es conocido de los perros. Sus astas tienen de dos á tres pulgadas y media de lonjitud; no son ramosas, sino de tres lados, con otros tantos ángulos romos, casi rectas, pero van disminuyendo desde la base á la estremidad de suerte que remata en punta.

En Villa-do-Principe puede comenzar á tomarse una idea de la esplotacion y de la fundicion del oro, que constituye la riqueza de aquellas provincias. Los distritos de las minas de oro, lo mismo que los de los Diamantes, tienen su jurisdiccion y sus leyes especiales.

La primera restriccion impuesta á los colonos de estas comarcas es la de la estension del terreno que se les otorga para el cultivo. Por *carta de sesmaria* (título de posesion) el gobierno solo concede media legua de largo de terreno, sean cuales fueron los medios de que se vale el *adjudicatario* para esplotar, y aun esta concesion no implica el derecho de escarbar el terreno con ánimo de buscar vetas auríferas, porque para esto se requiere un título particular que



2. *Habitans de la Province des Mines.*

2. Habitantes de la Provincia de las Minas.



3. *Indiens Puris dans leurs Forêts.*

3. Indios Puris en sus Bosques.

solo puede conceder el *guarda-mór* y que lleva el nombre de *data*. El jefe de todos los *guarda-móres* es un *guarda-mór geral*, cuyo título es hereditario en la familia de un rico paulista que antiguamente hizo abrir á espensas suyas el camino de Rio Janeiro á Villa Rica.

Para esplotar esta concesion sea cual fuere, hay dos medios de mineracion. Estos dos medios consisten en la mineracion de montaña (*mineraçao de morro*) y la de cascalhao (*mineraçao de cascalhao*), conocidas entrambas bajo el nombre jenérico de *Lavra*. En la mineracion de montañas se reconocen dos formaciones, una de arena, y otra de piedras. El oro se encuentra en la superficie ó en el interior de los morros ya en polvo, ya en granos y en pepitas, ya en capas poco densas y mas ó menos considerables, y raras veces en pedazos de un gran volúmen. Encuéntrase diseminado en su quijo comunmente de hierro, ó dispuesto en vetas que descansan sobre un lecho llamado *picarra*.

Para estraer las sustancias auríferas, se emprende un trabajo á cielo raso, consistiendo en cortar los morros perpendicularmente al terreno hasta encontrar el oro que entrañan; ó bien se abren pozos ó galerías para seguir las vetas en el interior de las montañas. Estraidas que son estas materias, las desmenuzan para ejecutar la operacion del lavado. Sin embargo esta operacion no es indispensable para el cascalhao, que consiste en una mezcla de arena y de guijarros conteniendo pepitas de oro.

El lavado es el único método que emplean los brasileños para separar el oro con las materias de que está mezclado, sea cual fuere la naturaleza de estas materias. Sus procedimientos, que son poco numerosos y están fundados sobre el peso específico del oro y su delgadez habitual, consisten en hacer acarrear por el agua las sustancias que acompañan este precioso metal por ser menos graves y mas voluminosas que él. Para obtener la separacion completa del metal y de las materias heterojeneas, deben contarse tres tiempos de detension en la operacion del lavado: primero la separacion del oro de las sustancias mas groseras por el impulso de alguna corriente; segundo un segundo lavado en otro canal que llaman *apurar as canoas*; tercero la rotacion en una *batea*, especie de gamella en la que se desprende el oro de las últimas sustancias que le son estrañas.

Estos procedimientos de lavado eran y son todavía casi los únicos usados en el Brasil. No obstante el baron de Eschwege habia intentado introducir y naturalizar otro. Colocaba las tierras auríferas en una especie de zarzo dispuesto en declive y formado de pequeñas tablas paralelas que retenian los guijarros y la arena gruesa, y dejaban bastantes intérvalos entre sí para que las pepitas de oro pudiesen escaparse con el agua que se derramaba sobre el zarzo. De esta suerte las partes terrosas se desleian en el agua y el oro caía en el fondo de la cuba. En seguida se vaciaba esta agua por una abertura lateral dirijiéndola á un plano inclinado revestido de una tela de lana donde se recojia el poco oro que escapaba á la operacion anterior. Los últimos residuos de estos lavados sucesivos son esplotados todavía por los pobres llamados *faiscadores* que sacan de ellos las menores pepitas.

El oro recojido se entrega á las intendencias provinciales que lo pesan y funden. Antiguamente circulaba en el pais el oro en polvo; pero fué necesario prohibirlo por razon del fraude que en él se mezclaba. Entonces fué preciso que los mineros llevasen las cantidades pequeñas de oro á las casas de permuta ó á la intendencia de la provincia adonde va á parar todo definitivamente. La intendencia nunca recibe menos de ocho octavas, valor de unos doscientos cuarenta reales. Cuando llega el metal, el tesorero lo pesa, é inscribe en un papel volante el nombre del propietario y el peso de su depósito, poniendo aparte el quinto del rey. El oro restante se entrega al fundidor, el cual lo coloca en un crisol, mezclando con él un poco de limaduras de hierro. En el espacio de diez minutos el oro es fundido y descompuesto por la presencia del sublimado corrosivo, vertido despues en un molde aceitoso, y en seguida retirado y sumerjido en el agua. Cuando está resfriado, se entrega el riel á un segundo ensayador (*adjudande ensayador*), y este graba en una de las estremidades las armas de Portugal y en otra una esfera armilar, superando el todo del milésimo. El ensayador en jefe toma de nuevo el riel, comprueba su título, lo graba con un punzon y pone al lado la R sacramental. Esta operacion concluye con una certificacion acompañada de todos los requisitos, y el resultado consiste en dejar en las cajas del gobierno el 20 p % sobre el quinto que se reserva á la entrada, el 18 p % sobre el monedaje y el 2 p % por la irregularidad con que se practica el contraste. Así es que el contrabando encuentra muchas ventajas en la esportacion del oro en polvo, y apesar de la mas activa vijilancia todos los años se sustraen considerables valores al repartimiento fiscal.

Las esplotaciones del oro se hacen en casi toda la provincia de Minas Geraës; pero las mas ricas se hallan en Villa Rica ú Oro Preto, en Villa-do-Principe, en Campanha, en Santa-Barbaca, en San-Joâo del Rey, en Paracutu, en Peirera, en Inficionado, en Catas-Aldas de Mato Dentro, etc. Estos productos, aunque en otro tiempo muy ricos, solo dan resultados medianos, y todas aquellas ciudades ó

pueblos, tan florecientes á la época de su fundacion, ofrecen en la actualidad cierto aspecto de abandono y de decadencia. Hubo un tiempo en que para pintar la abundancia que entrañaba la comarca, se decia: « Arrancad una mazorca de yerbas en *Minas Geraës*, y vereis caer de ella pepitas de oro. » Nada es comparable en efecto á la facilidad con que los primeros mineros se procuraban el precioso metal. Empero las vetas auríferas se iban agotando mas y mas cada dia, y ademas la situacion de las tierras en que se buscaba oro por medio de las escavaciones arrebataba por mucho tiempo á la agricultura unos terrenos que hubiesen sido propicios á toda clase de productos. Los mineros despilfarraron sus tesoros con la misma facilidad con que los amontonaban sin pensar en el porvenir, y creyendo haber dado con un manantial inagotable de riquezas. A medida que se iba estrayendo de la tierra, el oro iba á enriquecer á los comerciantes de Lóndres y de Lisboa, y se encontraba muy poco en la comarca que le habia ocultado en sus entrañas.

Entretanto no se hacia mas que revolver el terreno sin cultivarlo. En lugar de aquellos campos cuya fecundidad simétrica atrae las miradas del observador, la provincia de Minas Geraës ofrecia cierto aspecto de luto y desolacion. La tierra estaba atestada de cenizas, carbones y ramas enormes medio consumidas, y erizada de troncos ennegrecidos y descortezados, verdaderos esqueletos vejetales que contrastaban con la majestuosa belleza de los vecinos bosques.

Toda la provincia de Minas Geraës, situada al E. de la Serra de Mantiqueïra y de la cordillera que la continua hácia el N., estuvo antiguamente cubierta de bosques que guarnecian su terreno undulatorio y sumamente interrumpido. Cuando se ha recojido un corto número de cosechas en esta parte del Brasil, vese repentinamente invadida la tierra por un gran helecho llamado *pteris*, al que sucede una graminea viscosa, pardusca y fétida, denominada *capim gordura*, ó yerba *do grasa*. Esta graminea se hace en breve dueña del terreno, sofoca toda la vejetacion restante y se arma de un poder tal, que el hombre mismo se retira ante ella. Donde se levantaban árboles jigantescos entretejidos de agraciadas enredaderas, solo se ven llanos inmensos de *capim gordura*, cuyas semillas prenden en el vestido del hombre y el pelo de los animales. « *He una terra acabada*, es una tierra perdida, » dijo entonces el labrador. Parece que esta graminea solo hace unos cincuenta años que ecsiste en la provincia de Minas Geraës, y sin embargo en tan corto espacio de tiempo se ha enseñoreado casi de todo el territorio. Cuando esta graminea ha invadido un campo, los habitantes crean otro inmediatamente pegando fuego á los bosques. Este deterioro marcha á pasos tan ajigantados, que empieza á ser algo horrible para el porvenir del pais. En algunas ciudades fundadas en medio de los bosques se hace ya sensible la falta de bosques, de manera que no podrian ya esplotarse algunas riquísimas minas de hierro por falta de combustibles.

Estos vastos campos incultos de los que podrian desterrarse las plantas parásitas con la mayor facilidad, no son la causa única de la jeneral decadencia que se echa de ver en el interior de la provincia de las Minas. El aspecto de miseria que ofrece, depende tambien de la degradacion en que caen fácilmente los edificios construidos de tapia. En las Minas todo el mundo es su propio arquitecto. Para edificar una casa se fijan en tierra á poca distancia unos de otros algunos pedazos de madera tosca del tamaño del brazo á poca diferencia, y por medio de algunas enredaderas se atan con aquellos unas pértigas transversales muy juntas, de tal suerte que forman como una jaula que llenan de tierra. Los techos se componen de los troncos y hojas de una graminea que pertenece al jénero *saccharum* y que los colonos denominan *sape*. Estas pobres chozas están divididas interiormente por unos tabiques delgados. A buen seguro que un método tan breve para hacer tan mezquinas fábricas contribuye mucho á hacer nómadas á los colonos. Si sus habitaciones fuesen mas sólidas y mas cómodas, no las abandonaran con tanto desinterés y hallaran procedimientos de cultivo muy compatibles con una larga mansion en un mismo sitio.

Los Mineiros, habitantes de las Minas, viven mas bien en los campos que en las ciudades, ya en los distritos auríferos, ya en los distritos agrícolas. Casi nunca van á las aldeas mas que el domingo, y los dias de trabajo sus casas están cerradas. La poblacion habitual de las aldeas está compuesta jeneralmente de jentes de color, taberneros y operarios. Naturalmente sobrios y estraños á las necesidades á que dan márjen nuestros climas, no tienen otro placer favorito que el de tenderse descuidadamente y no hacer nada. Con tal que tengan harina para el dia, algunos albérchigos y un pedazo de calabaza, en vano se les ofrecerá dinero para que trabajen. Sus únicas diversiones consisten en una especie de torneo (*cavalhadas*) que se celebra por Pascua de Pentecostes, y en un baile nacional importado de África (*la batuca*), que apenas es decente nombrar. Por otra parte industriosos, aplican á sus labores un cuidado y una destreza que harian honor á los mejores artistas europeos. En los dias ordinarios, las comidas tienen lugar con una rapidez de que es imposible formarse idea; mas en las fiestas co-

mo bautismos y nupcias, se están sentados á la mesa bebiendo por mucho tiempo; pero estos grandes banquetes consisten en una enorme cantidad de carnes rociadas solamente de vino. El uso demanda que siempre que se toma el vaso se brinde á la salud de alguno de los concurrentes, á lo que se responde con un saludo: empiézase por el amo de la casa, y se pasa á las personas de mas categoría. Así es que muchas veces un solo vaso de vino sirve para muchos brindis, y entonces se anuncian sucesivamente las personas á quienes se desea honrar.

La provincia de las Minas está habitada casi toda por colonos, mulatos y blancos. Solo en los confines de la comarca y en el pais limítrofe de la provincia de Espiritu Santo se encuentra la tribu de los Malalis, semicivilizados como los Macunis y los Machacunis de que hemos hablado ya, y los Coroados de quienes hablarémos despues. Estos Malalis habitan la comarca del rio Vernelho ceñida por una parte de los Botocudos de Espiritu Santo, y por otra por la parroquia de Villa do Príncipe. La capital del territorio que ocupan es Passanha, aldea muy rica que cultiva el centeno y el maiz. La aldea de los Malalis se denomina aldea de San Antonio y está situada en medio de unos bosques vírjenes casi impenetrables á los rayos del sol. Fundada en 1817, ha tomado en el espacio de algunos años un acrecimiento bastante rápido. En la actualidad el recuesto de todos los morros que rodean el pueblo está sembrado, y mas cerca de sus domicilios han plantado *aypis* (habichuelas) y *jacatupés*, planta amariposada, cuya raiz tuberosa se come cocida bajo la ceniza ó en el agua. Las casas, en número de quince ó veinte, se reducen á unas piezas de madera clavadas en tierra, revestidas de esteras de bambúes y cubierta de una graminea de hojas amarillas, anchas y largas. El interior, tapizado de esteras, es bastante aseado.

Los Malalis son de pequeña estatura, pecho y espaldas anchas, piernas y muslos amuchachados, cuello poco oblongo, cabeza abultada y redonda, cabellos negros, lisos y poblados, ojos grandes, carrillos preminentes, nariz arremangada, boca grande, y quijadas salientes.

Aunque la lengua de los Malalis difiere mucho de la de los Monoxos y de los Coroados que habitan la misma zona, quieren suponer que su oríjen es comun. Aseguran que los Panhamas, los Malalis, los Pendis, los Monoxos y los Coroados son oriundos del mismo padre y que antiguamente formaban una sola nacion, pero que despues se dividieron en pueblos distintos por razon de haberse metido entre ellos la discordia. Segun ellos, los Monoxos, ó *Munuchus*, comenzaron la guerra entre los Botocudos y las diversas naciones de oríjen idéntico. Añaden que esta guerra tuvo lugar porque las mujeres de los Monoxos solo sacaban al mundo hijos machos, y que para continuar la raza fué preciso robar las mujeres de los Botocudos, lo cual dió márjen á una lucha inveterada. Este cuento es casi lo mismo que el episodio de las Sabinas.

Los indios de San Antonio, bautizados en su mayor parte, son casados por el cura de Pasana; cumplen ecsactamente con sus deberes relijiosos, oyen misa y van á confesar, pero todo esto mas bien parecen hacerlo maquinalmente que por efecto de una conviccion sincera y razonada. Uno de estos Malalis lleva el nombre y título de Capitan, pero este capitan no es mas que el humilde servidor de los portugueses que son los verdaderos caudillos de esta puebla. En los alrededores de la aldea ecsiste una casa que pertenece á todo el pueblo y que no es habitada por nadie, donde se congregan los mas ancianos respetables y ventilan las cuestiones que interesan á la tribu. Esta costumbre es la única que sobrevive á todas las antiguas. Aunque los Malalis no hablan otra lengua que la suya, saben sin embargo el portugués: sus vestidos consisten en un calzoncillo de tela blanca y en una camisa que llevan á manera de blusa. Las mujeres traen unos enaguas de tela y una simple camisa. La agricultura y la caza constituyen la ocupacion principal de estos naturales dulces, tímidos y cariñosos. Uno de los platos favoritos de estos indios es un grueso gusano blanco que se encuentra en el interior de los bambúes cuando florecen (*bicho do taquara*). Los indios cuecen estos gusanos y de ellos sacan una especie de sebo fino y delicado con el cual aprestan los alimentos. A lo que parece, este alimento es harto malsano, aunque en desquite maravilloso y cabalístico. Con efecto, los *bichos dos taquaras*, reducidos á polvo, no solamente son una especie de panacea contra las heridas, sino tambien un medio de conseguir un sueño estático que dura muchos dias. M. Augusto Saint-Hilaire fundado en las tradiciones recojidas en aquellos mismos paises, refiere que cuando la fuerza del amor causa insomnios á los naturales se comen algunos de estos gusanos despues de haberlos hecho secar sin quitarles el tubo intestinal, y quedan simados en una profunda modorra. Al despertar cuentan ensueños prodijiosos y aseguran haber visto selvas brillantes y haber probado frutas sabrosísimas. Sin embargo antes de comer el bicho do taquara, los naturales le quitaban la cabeza por considerarla como una ponzoña muy peligrosa. « Yo solo he visto entre los Malalis, añade M. Augusto Saint-Hilaire, los bichos dos taquaras disecados y separados de sus cabezas; mas en una herborizacion que hice en la isla San Francisco con mi Botocudo, encontró este jóven un gran número

de gusanos en floridos bambúes, y se puso á comerlos en mi presencia. Partia al animal; quitábale con mucho cuidado la cabeza y el tubo intestinal y chupaba la sustancia muelle y blanquecina que quedaba en la piel. Apesar de mi repugnancia seguí el ejemplo del jóven salvaje, y encontré en aquel plato singular un sabor sumamente agradable que me recordaba el de las cremas mas finas. De manera que si las relaciones de los Malalis son ecsactas, como no puedo dudarlo, la propiedad narcótica del bicho do taquara reside tan solo en el tubo intestinal, puesto que el sebo circumvecino no produce accidente ninguno. Sea como fuere, yo he sometido á M. Letreille la descripcion que he hecho del animal en cuestion, y este profundo etimolojista lo ha reconocido por un insecto que probablemente pertenece al jénero *cossus* ó al jénero *nepial*. »

En cuanto se halló nuestra caravana á punto de abandonar Villa-Principe, tenia recojidas y ordenadas todas mis observaciones. Atravesamos sucesivamente Conceiçâo, Gaspar-Soarez, Coçâo y Labara, allende la cual encontramos la Serra de Caraca, una de las sierras mas pintorescas de la provincia. Al mismo pie de la Serra habia un *rancho*, desde donde se desplegaba enteramente á nuestra vista el sistema jeneral de aquellas montañas. Este rancho era el punto de reunion de los viajeros que se preparaban para salvar ó que acababan de bajar la montaña. Cuando nosotros pasamos por allí, acababa de llegar una caravana cargada de algodones: varios negros, unos acostados, otros agachados en torno de una gran hoguera, hacian los preparativos de la cena, al paso que otros herraban las mulas ó las apacentaban. Habia un cobertizo donde preparaban las hamacas para la noche, y algunas negras que procuraban despachar sus provisiones (Pl. XX. — 4).

Salvada la Serra, entramos en el territorio de Villa-Rica, ú Oro-Preto, tan célebre en la historia del Nuevo Mundo, y al siguiente dia llegamos á aquella ciudad decaida como todo el resto de la provincia. La mayor parte de los viajeros que han pasado por Villa-Rica, especialmente los hombres científicos, han hecho mencion del nombre del baron de Eschwege, industrial y mineralojista á la vez, caballero erudito y bondadoso, cuya casa estuvo siempre abierta á los propagadores de la civilizacion y del saber. El nombre del baron de Eschwege, coronel al servicio de Portugal, es inseparable del de Villa-Rica.

Villa-Rica contiene al pie de dos mil casas, aunque poco habitadas. Cuando las minas suministraban oro en abundancia, habian acudido á Oro-Preto de todos los puntos del globo una multitud de emigrados; de suerte que en aquellos tiempos de prosperidad llegó á encerrar mas de veinte mil habitantes. Sin embargo al presente su poblacion apenas asciende á ocho mil.

Villa-Rica está situada en unas colinas que forman parte de la cordillera de Oro Preto, cordillera que se estiende á lo largo de un arroyuelo que baña sus bases. Las casas, dispuestas en manzanas desiguales, siguen los movimientos de aquel terreno sinuoso, y la mayor parte de ellas ofrecen un aspecto harto mezquino. Entrecortadas de jardines largos, estrechos y mal cuidados donde ostentan su verdor sombrío el naranjo y el café, aquellas casas no dan una idea muy alta de la riqueza é importancia de Villa-Rica. En aquella ciudad, situada en medio de unos morros áridos y silvestres, todo arguye una decadencia y un abandono graduales; todo es triste, sombrio y melancólico. Las calles que se estienden en la parte de la ciudad bañada por el Oro Preto, están enlosadas y se comunican entre sí por medio de puentes de piedra, entre los cuales hay uno, que es el mas suntuoso y moderno, que fué construido por el baron de Eschwege; la calle mayor corre un trecho de media legua en el vertiente de la montaña; las casas son de piedra y de dos altos, cubiertas de tejas y enjabelgadas casi todas. Los edificios públicos mas notables son diez capillas particulares, dos iglesias parroquiales, la *tesorería*, el coliseo esplotado por una compañía de cómicos ambulantes, la cárcel, donde casi no se encierran mas que los asesinos, y sobretodo el palacio, residencia del gobernador, situado en la cumbre de una colina y artillado que domina parte de la ciudad y desde el que se descubre una perspectiva magnífica sobre toda la comarca. Ecsisten ademas en Villa-Rica unas casas consistoriales, edificio de muy buen gusto, en el que se entra por medio de una escalinata á lo italiano, una caserna construida con mucha sencillez, un hospicio civil mantenido por los hermanos de la Misericordia, un hospital militar mucho mejor conservado, una manufactura de pólvora y una fábrica de loza.

La poblacion de Villa-Rica no difiere de la que se encuentra en todas las colonias de la América meridional. Los hombres se dan á los placeres y al juego, y las mujeres gastan sumas enormes para sus afeites.

Aunque situada en el interior de las tierras y casi oculta por los desfiladeros que la circundan, Villa-Rica es un mercado bastante concurrido así por los paulistas como por los portugueses. La poblacion de todo el distrito de las Minas, evaluada en medio millon de habitantes, afluye en ella de todas partes. No hay jénero de comercio que no tenga allí sus factores y sus casas, y todos los caminos del interior y del litoral van á parar á ella. Comunica con San Pablo por me-

dio del camino de San Pablo; con Bahia por San Romão, Tijuco y Malhada, y por este mismo camino se penetra hasta las provincias de Goyaz y de Matto-Grosso; pero sus relaciones entre Rio-Janeiro y Villa-Rica son mas frecuentes y sus comunicaciones mas fáciles. Semanalmente sale de la ciudad una caravana hácia el litoral con las producciones de la comarca, algodones, cueros, piedras preciosas y barras de oro para traer en cambio sal, vino, telas, pañuelos, espejos, quincallería ó esclavos comprados para el lavado de las minas.

Los alrededores de Villa-Rica no parecen ofrecer grandes recursos agrícolas, por razon de lo seco y montuoso del terreno. En desquite sus riquezas metalúrjicas son muy importantes. Casi todos los metales se encuentran en ellos: el hierro que se halla en riquísimas moles en la mayor parte de las cordilleras que orillan el rio San Francisco; el cobre cerca de Fanado, el cromo y el manganesia en el Paraopeba; la platina junto á Gaspar-Soarez; el mercurio, el arsénico, el bismuto, el antimonio en las cercanías de Villa-Rica, sin contar el oro, uno de los recursos mas poderosos del pais. Hemos visto ya en Villa-Príncipe el modo como se esplota aquel mineral, cuyos procedimientos y lavado no difieren de los de Villa-Rica.

Los indios que habitaban la provincia de Villa-Rica han sido espulsados en poco tiempo por los colonos procedentes de todos los ángulos del Brasil para la esplotacion del oro. Antes de aquella época se contaban en ellas varias tribus de Caroados, de Carospos, de Puris, de Botocudos, de Macunis, de Malalis, de Panhamas, de Menhams y de Paraibas; mas en la actualidad todo ha desaparecido. Apenas se observan de vez en cuando en la parte oriental de la capitanía algunas cuadrillas destacadas de Cayapos. La mayor parte de estas tribus han reconocido la autoridad portuguesa; y las únicas pueblas peligrosas son algunos de los Botocudos, caníbales que habitan la parte inferior del rio Doce. En los contornos de Villa-Rica, y á seis jornadas de distancia acampan varias tribus de Coroados, de Puris y de Caropos, que han visitado sucesivamente el príncipe de Neuwied, Spix y Martius.

Spix y Martius partieron de Villa-Rica para ir á visitar las márjenes del rio Xipoto, uno de los brazos del rio da Pomba. Pasaron á Marianna, situada en un vallecillo cegado casi del todo por el continuo derrumbamiento de las rocas desprendidas de las cumbres del Ribeirão do Carmo. Marianna es una ciudad de unos 4.800 habitantes y se compone de casitas regulares, lindas y bien alineadas. Hasta 1745 fué sede de obispado y residencia del cabildo de Minas Geraës. En la actualidad Villa-Rica es la metrópoli del distrito.

Desde Marianna pasaron los viajeros á la aldea de Santa Anna-dos-Ferros, que recientemente han denominado Barra do Bacalhao. En aquel punto el arroyo del Bacalhao, y poco despues el rio Turbo engruesan el rio Piranga, y acrecentados despues uno y otro por el Ribeirão do Carmo, toman el nombre de rio Doce. Santa Anna consiste en un corto número de casas pobladas de mulatos y negros. El siguiente dia los viajeros pasaron á la Venda das duas Irmas, y caminaron á través de un pais montañoso y arbolado. Densas nubecillas encubrian la copa de los bosques y comunicaban á aquel paisaje un aspecto harto parecido al de nuestras selvas de Europa en un dia nubloso de otoño. A medida que los viajeros penetraban en la Serra do Mar, los senderos eran mas angostos y fragosos; y apenas las mulas encontraban en ellos donde poner el pie, apesar del poco espacio que necesitan.

Allende aquella comarca montuosa y en una llanura selvosa, Spix y Martius encontraron algunas casas indias, entremezcladas de habitaciones de negros y de mulatos. Era una aldeita de treinta casas, rodeada enteramente de impenetrables selvas, á escepcion de algunas porciones aisladas donde se habia dado principio á algunos desmontes.

Todas aquellas colonias ó aldeas dependian á la sazon de un director jeneral que tenia bajo sus órdenes una multitud de inspectores subalternos. Los indios subyugados se denominaban *indios aldeados*. Los inspectores debian contenerlos y vijilarlos, procurar por todos los medios posibles mantenerlos reunidos, y empeñarles á esplotar los terrenos circumvecinos. Para suavizarles esta nueva condicion, las aldeas fundadas recientemente estaban ecsentas por mucho tiempo de todo linaje de contribucion.

En el momento en que Spix y Martius llegaron á aquel distrito, los indios caroados se ocupaban en el interior de los bosques en la cosecha del ipecacuana. En unas selvas sombrías donde casi no puede entrarse sin escolta y bajo unos toldos que jamas han penetrado los rayos solares, se encuentran numerosas plantas medicinales, entre las cuales hay la célebre raiz del ipecacuana cuyo uso es tan comun en Europa; la raiz del ipecacuana pertenece á un pequeño arbusto *(cuphalis ipecacuanha)*, que crece siempre por grupos en la parte mas alta de la Serra do Mar. La cosecha se hace en el mes de abril, época en que la planta tiene sus bayas casi en sazon, y corre á cargo de los indios y negros esclavos inmediatamente despues de la estacion lluviosa. Como entonces la tierra está blanda, es mas fácil estraer de ella las raices. Sin inquietarse por la propagacion futura de la planta, arrancan los indios todo cuanto encuentran, de suerte que transcur-

rido cierto tiempo el vejetal será sumamente raro. Cuando las raices están arrancadas, las atan en haces que se hacen secar al sol para venderlas en seguida á los acemileros vecinos ó á los mercaderes que vienen á este objeto desde los campos de los Goytacazes ó de Rio Janeiro. El precio de la raiz es muy subido en el sitio de la estraccion; por unos doscientos reales dan una libra, y aun los indios aceptan como contravalor algunas mercancías, como aguardiente, quincallería y pañuelos de algodon. En aquellos bosques refirieron á Spix y Martius que los salvajes conocian las virtudes del ipecacuana, del ave *irara*, especie de arvela que, segun decian, acostumbra mascar la raiz y las hojas del arbusto, cuando despues de haber bebido del agua malsana de algun torrente desea vomitar. Sin embargo á buen seguro que es esta una de las muchas tradiciones fabulosas que los portugueses han tomado de los indios ó que se fraguaron ellos mismos cuando los indios no suministraban bastantes. Los bosques vecinos á estas aldeas contienen ademas otras plantas medicinales menos célebres, pero igualmente eficaces, el *anda-aça*, el *bicuiba (myristica officinalis)*, el *piriguajo butua*, salsa, raiz preta, *(chiococca anguifuga)*, cuyo uso es tan conocido de los portugueses como de los indios. Uno de los vejetales mas magníficos de aquellas selvas es el *sapacuya (lecythis ollaria)*, de cien pies de altura, redondeado en majestuosa bóveda y sumamente delicioso en la primavera cuando sus hojas se sonrosan y en la estacion florida cuando entreabre sus hermosos cálices. Su nuez, rodeada de una corteza espesa, es del tamaño de una cabeza de un niño.

Spix y Martius llegaron finalmente á la aldea de Morro-Grande poblada de Caropos. A su llegada una parte considerable de la colonia, poco habituada sin duda á semejantes visitas, se fugó precipitadamente hácia las hutas y se acostó en sus hamacas. Los naturalistas penetraron en aquellas, pero solo vieron algunas mujeres ancianas, pues los hombres permanecieron fuera de la casa, sumidos en el silencio é inmovilidad y vueltos de espaldas. Entretanto observaban el interior de sus chozas: tienen quince pies de altura y treinta de ancho, están construidas sobre el suelo y apoyadas en los ángulos sobre cuatro estacas. Las puertas son de hojas de palmera. Obsérvanse en la choza diversos hogares, que parecen pertenecer cada uno á una familia especial. La humareda sale por la puerta ó por las claraboyas del techo, y al rededor del cobertizo están distribuidas las hamacas suspendidas de estacas. Algunas vasijas de tierra, canastas de hojas de coco llenas de patatas, raices de mañioc, *cujas* ó vasos para beber, platos pintados con jenipaba un tronco de árbol ahuecado para picar el maiz; tales son los enseres y provisiones que ofrecen aquellas cabañas. Las armas de los hombres, que son arcos y flechas, cuelgan de la pared. En la cabaña del jefe se echa de ver un cuerno por cuyo medio comunica órdenes en el bosque, y anuncia una fiesta ó la llegada de algun estranjero. Obsérvanse ademas como instrumentos y artículos de ornato la *maraca*, pedazo de concha que, lleno de maiz, da un sonido semejante al de las castañuelas; mazorcas y vendas de pluma de papagayos magníficos. Por último vagan libremente en torno de las casas algunos monos y tortugas que parecen ser sus comensales.

La mayor parte de aquellos salvajes iban desnudos. Solo habia unos cuantos que traian una especie de taparabo, y otros que llevaban en el cuello collares de rocallas ó granos rojos y á veces de dientes de mono. Los niños iban pintarajados de encarnado y azul; pero esas pinturas no eran indelebles, pues se borraban de manera que pudiesen ser reemplazadas fácilmente por otras.

Las mujeres de los Caropos parecieron en jeneral á nuestros naturalistas muy poco aficionadas á sus maridos; porque seguian con preferencia á los negros, que así eran para ellas verdaderos chichisbeos. Los indios por lo contrario despreciaban á las negras y las consideraban como á inferiores.

La comarca en que está situada esta aldea, se compone principalmente de gneiss ó de gneiss, granito sobre el que se estienden espesas capas de arcilla encarnada. Dícese que en las montañas se han descubierto señales de vetas auríferas, y que los torrentes arrastran fragmentos de cuarzo, de cristal de roca y algunos amatistas. Las cosechas de las cercanías consisten en maiz, mañioc, habas y algodon.

A unos cien pasos de la aldea de los Caropos se hallaba la aldea de Cipriana poblada de Coroados. Cuando Spix y Martius se acercaron á ella, las casas estaban desiertas, pues los habitantes amedrentados las habian abandonado. Hiciéronles ver que no debian tener ningun miedo, y en consecuencia volvieron á presentarse para celebrar una fiesta proyectada desde mucho tiempo y que debia tener lugar el dia siguiente.

Los preparativos de aquella fiesta consistian en la confeccion de una especie de licor *(eivir, vira, vinassa)* obtenido por medio de la decoccion del maiz. Para esto algunas mujeres picaban el maiz en un tronco hueco, y otros lo trasladaban á una vasija de tierra para someterlo á la ebulicion. En seguida vijilaban la coccion y la fermentacion de esta bebida espirituosa; y mientras las mujeres se dedicaban á estos trabajos, los hombres estaban acurrucados y entre-



2. Cabane de Puris.
2. Cabaña de Puris.



3. Aldée de Coroados.

gados al ocio en torno de un gran fuego (Pl. XXII. — 3).

Por la noche se oyó en los bosques el sonido de una especie de corneta; á cuya señal fueron acudiendo sucesivamente todos los indios de las cercanías, ya uno á uno, ya en cuadrillas, y cada uno con su familia y sus bagajes cual si se tratase de alguna emigracion muy lejana. A medida que iban llegando, reuníanse al rededor del vasto depósito que contenia la preparacion fermentada. Sin decir oste ni moste tomaban asiento en torno de la tina comun, saludando apenas á sus vecinos con un movimiento de labios y con una inflecsion inarticulada. Congregados que fueron todos, sobrevino uno como caudillo que se colocó al lado de la cuba. Tenia con la mano derecha la maraca que llaman *gringerina*, y en cuanto empezó á ajitarla con estrépito llevando al propio tiempo el compas con su pie derecho, púsose no tanto á bailar como á caminar en cadencia y como en tres tiempos, ejecutando un canto lento y monótono con la vista clavada constantemente en la tina. Cuanto mas repetia su canto, mas espresion y acento tomaban su mirada y su voz. Los demas permanecian inmóviles, miraban al jefe de hito en hito, y de cuando en cuando daban un grito que parecia ser un coro (Pl. XXIII. — 1). Despues de aquel baile circular, cuyo objeto parecia consistir en librarse de malos espíritus, tomó de manos de su vecino el vaso para beber, lo llenó y lo vació al son de la gringerina. En cuanto hubo apurado la primera taza, ofreció otra á todos los asistentes, y en seguida echaron á bailar sin dejar por eso de llenar y apurar tazas. Al fin de la fiesta los salvajes, no pudiendo sostenerse por sus propias piernas, cayeron unos sobre otros y quedaron sumerjidos en un profundo sueño del que no despertaron hasta al otro dia.

Junto á las aldeas de Caropos y de Coroados, Spix y Martius vieron unos Puris que el príncipe de Neuwied habia estudiado ya antes que ellos, en su viaje á los campos de los Goytacazes y al rio Doce. Segun las observaciones de aquellos sabios, los Puris son de baja estatura y de complecsion fuerte y rolliza. Todos van enteramente desnudos, á escepcion de unos pocos que han podido procurarse algunos pedazos de tela ó que llevan calzoncillos cortos que les han dado los portugueses. Los unos traen el pelo rasurado, otros solo se cortan el cabello sobre los ojos y la nuca, y algunos tienen la barba y las cejas rasadas. Sus pinturas de achiote las tienen en la frente ó en el cuerpo. En su pecho cuelgan unos collares compuestos indistintamente de granos negros y fuertes ó dientes caninos de monos, de jaguares, de gatos y de otros animales carniceros. Cuando estas tribus se marchan á sus bosques, los hombres traen en la mano los arcos y las flechas, al paso que las mujeres llevan en pos de sí los niños y los pocos enseres domésticos (Pl. XXI. — 3). A veces los hombres se ciñen al rededor de las sienes un pedazo de piel de mono. Las doncellas traen tambien vendas á veces; y las mujeres en jeneral tienen un cordon ó lazo de corteza ceñido en torno de los puños y de las coyunturas para adornar estas partes y hacerlas mas adelgazadas.

Los Puris, los Coroados y los Caropos parecen pertenecer á la misma raza de hombres: son cuadrados, rechonchos y muchas veces carnudos. Su cabeza es abultada y redonda, su rostro ancho, sus carrillos por lo comun prominentes, sus ojos negros, pequeños y á veces oblicuos, su nariz corta y ancha y sus dientes blanquísimos. No obstante hay algunos que se distinguen por sus facciones muy pronunciadas, su nariz aguileña y sus ojos sumamente vivaces, agradables entre un corto número, pero sombríos, graves y hundidos en la mayor parte. El color de la tez es mas ó menos cobrizo, segun la edad, y amarillo en los niños y los mulatos. En las enfermedades el tinte toma un punto azafranado, y muy raras veces se encuentran albinos.

El temperamento de aquellos salvajes es mudo y flemático y todos sus goces son puramente físicos.

Sus cabañas ó *couaris* son de la mayor sencillez, pues solo consisten en dos troncos de árboles á los que se ata con enredaderas una percha transversal, de los cuales suspenden una hamaca trenzada con *embira*, corteza de una especie de *cecropia*. Del lado de barlovento han procurado aplicar grandes hojas de palmera guarnecidas de hojas de heliconia ó pattioba. Bajo estas chozas pequeñitas, los hombres matan la mayor parte del dia tendidos muellemente en sus hamacas, al paso que las mujeres hacen asar al fuego algun mono *barbado* muerto en los vecinos árboles (Pl. XXII. — 2). Los portugueses de los alrededores de Parahiba han querido suponer que los Puris eran caníbales, pero solo se fundan en un *me han dicho*, en cuyo apoyo no han presentado hasta aquí ningun hecho positivo.

No se sabe si estos indios tienen algunas creencias relijiosas jenerales y definidas. El príncipe de Neuwied asegura que adoran á un ser poderoso y superior bajo el nombre de Tupan; Spix y Martius pretenden que mas bien creen en las constelaciones, en el sol y sobretodo en la luna. Segun estos últimos, parecen conjurar el principio del mal bajo diferentes formas, como la de un lagarto, de un cocodrilo ó de un jaguar. Su principal ajente de conjuraciones es un

pajé, especie de brujo por el estilo de los que hemos encontrado ya bajo diversos nombres entre aquellas hordas primitivas. El pajé es á la vez el sacerdote y el médico; pues administra los remedios y practica las evocaciones májicas. Con todo fuera de este doble círculo de atribuciones, el pajé ejerce sobre los salvajes muy poca autoridad; y en cuanto cesa de ser adivino y médico, vuelve á entrar en el seno de las categorías ordinarias.

Los vínculos de la familia están muy relajados entre los Puris. Raras veces sucede que el caudillo se digne inmiscuirse en las contiendas domésticas, y no ecsiste precedencia ninguna entre el primojénito y el hijo segundo, ni entre el hijo. El jefe de la tribu es ordinariamente una especie de capitâo elejido por los portugueses; pero cuando están de guerra, su jeneral es el cazador mas diestro, esto es, el que ha muerto mas jaguares. Cuando están acampados, todos disponen y mandan, y si bien alojan bajo una misma choza varias familias, los enseres se distinguen perfectamente, y el derecho individual de propiedad es casi siempre respetado. Los víveres son puestos en comun; y sin embargo en el acto de la particion dan márjen á pocas disputas. Solo los zelos ocasionan luchas de que son víctimas ordinariamente las mujeres.

Cada uno toma tantas mujeres como puede mantener, y las deja cuando se le antoja. Apesar de tan indefinida tolerancia, se ven entre ellos no pocos monógamos. Las mujeres son madres muy pronto, y no raras veces se ven madres de cuatro hijos á los veinte y un años, bien que por lo jeneral sus hijos no pasan de este número. El matrimonio se celebra con muy pocas formalidades: el novio hace algunos regalos á los padres y se lleva á su amada.

Los hombres solo se dan á la caza; pues los cuidados domésticos y la esplotacion agrícola corren por cuenta de las mujeres, que son unas esclavas verdaderas del hombre. La injusta reparticion del trabajo es una circunstancia jeneralmente observada entre todas las tribus americanas.

Como estos indios están sujetos á un réjimen bien arreglado, raras veces enferman, y de ordinario llegan á una edad muy avanzada. Cuando se sienten indispuestos, encienden una gran hoguera al lado de su hamaca, se acuestan y aguardan. Si el mal toma un carácter mas grave, llaman al pajé, el cual prueba fumigaciones y fricciones con ciertas yerbas, ó meramente con saliva, soplando, gargajeando y apretando con la mano la parte lastimada. Practica ademas la abertura de la vena y la escarificacion.

Cuando fallece un indio, lo sepultan en su tienda. Ponen el cuerpo en un féretro, ó bien lo envuelven en malas telas de algodon; lo entierran, y en seguida así hombres como mujeres van á palatear la tierra prorumpiendo en gritos y lamentaciones. A lo que parece, pronuncian sobre la tumba, reciente todavía, una especie de oracion fúnebre.

La vida ordinaria de aquellos indios es del todo insignificante y monótona. Por la mañana el Puri va al bosque, interin se ocupa su mujer de los cuidados domésticos; en seguida come y descansa, ó se baña. Los manjares que busca con preferencia son el tapir, el mono, el cerdo, el armadillo, el paca y el aguti; pero come igualmente el cuati, el gamo, los pájaros, las tortugas, el pescado, y en tiempo de carestía se contenta con serpientes y larvas.

Los Puris tienen poquísimas diversiones; pues lo que se llama sus bailes no es mas que un paseo que dan caminando el uno en pos del otro, con sus hijos que tienen entrelazados y que se enlazan en seguida uno con otro de un modo muy placentero. De esta suerte describen un círculo casi perpetuo al rededor de una gran hoguera (Pl. XXII. — 1).

Tales son las tribus observadas en las cercanías de los campos de los Goytacazes por el príncipe de Neuwied y por Spix y Martius. No se reducen empero á esto solo las esploraciones del primero de estos viajantes; pues á él se debe el conocimiento del curso del rio Doce en todos sus pormenores mas minuciosos (Pl. XXV. — 3), la hoya del portazgo de Ilheos, cuyo aspecto es tan pintoresco (Pl. XXV. — 4). Igualmente estudió en aquellos parajes las costumbres de muchas tribus, entre las cuales se cuentan los Patachos y los Camacanes que ya por sus facciones, ya por sus usos, ya por su idioma, se semejan á las numerosas tribus que hemos visitado ya y que recuerdan por la construccion de sus chozas (Pl. XXVI. — 1), por el carácter de sus fisonomías (Pl. XXVI. — 2), y por sus bailes nacionales enteramente monótonos y fastidiosos (Pl. XXVI. — 3).

A fines del mes de julio salimos de Villa-Rica y nos dirijimos hácia la capital. En primer lugar atravesamos Boa-Vista; despues el villorrio de Capao, y por fin Oro-Bramo, aldea de unas cincuenta casas con una iglesia que parecia apoyada á una montaña verde y feraz. En Queluz cesaron los bosques y comenzó un pais llano y despejado. Es Queluz una ciudad pequeña que forma parte de la comarca del Rio-das-Mortes. Edificada sobre una cresta encumbrada, domina el camino y produce desde lejos el efecto mas pintoresco.

Viene en seguida Barbacena, célebre en el pais por el número de las mulatas agraciadas que se encuentran. Barbacena es una linda ciudad que



1. *Réjouissance des Coroados.*

1. Fiestas de los Coroados.



2. *Convent de San José à Rio de Janeiro.*

2. Convento de Sⁿ José en Rio Janeiro.

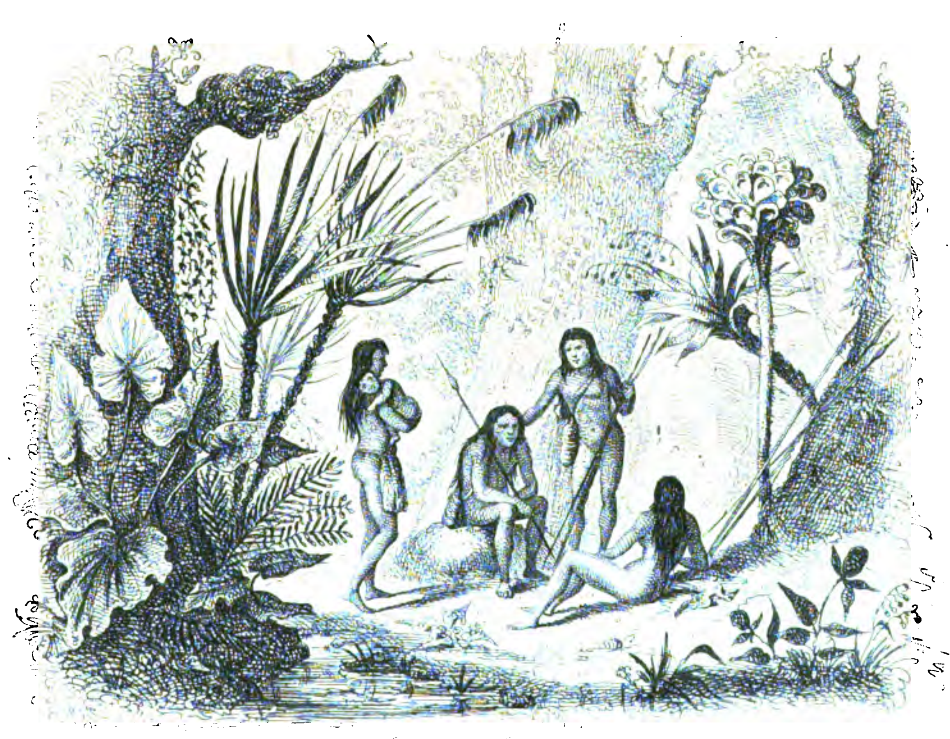
J. Boilly del.

VIAJE



1. Cabanes de Patachos.

1 Cabañas de Patachos



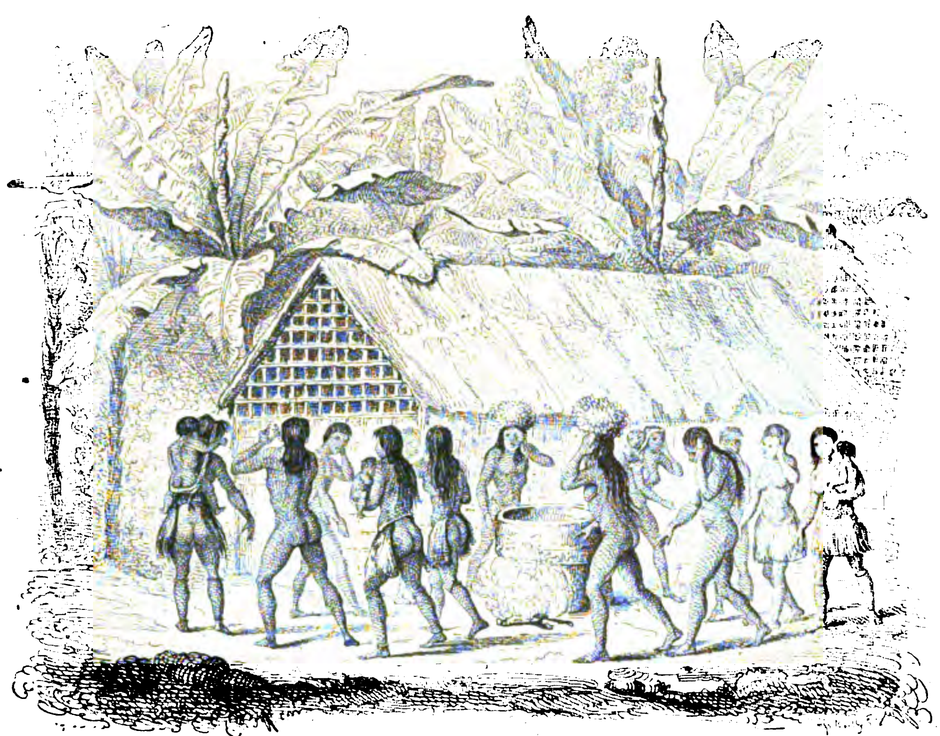
2. Groupe de Camacans.

2 Grupo de Camacanes

J. Boily del.

VOYAGE

VIAGE



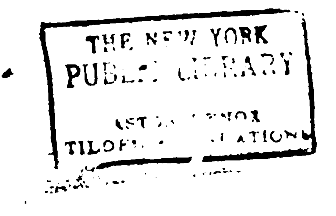
3. Danse des Camacans.

3. Baile de Camacanes



4. Capitao do Matto.

4. Capitan do Matto


THE NEW YORK



VIAJE

Danse des Puris.

(Baile de los Puris.)



3. Navigation sur le Rio Doce.
3. Navegacion por el Rio Doce.



4. Navigation sur les Rochers d'Ilhéos.
4. Navegacion por las Peñas de Ilhéos.

sorprende la vista habituada á la mezquindad de los aldeorrios del interior, y contiene actualmente 2.000 almas de poblacion. Barbacena está construida sobre dos collados oblongos y tiene la forma de una T. Contiene dos calles principales, anchas y alineadas, una enlosada en toda su lonjitud y otra solamente en el anden. Las casas son pequeñas y blancas; la mayor parte no tienen mas que un piso bajo, pero no hay ninguna que no tenga su jardinito. Barbacena encierra cuatro iglesias, muchas tiendas guarnecidas con harta suntuosidad, muchas ventas y algunas posadas.

En Registro-Velho vimos deliciosos cultivos, realzados aun mas por la aspereza del pais circumvecino. El propietario Manuel Rodriguez ha introducido en este distrito algunas innovaciones de economía agrícola, y ha alcanzado hacer fabricar en su casa la lana de sus rebaños. En ella se cultiva tambien el lino con un écsito no menos afortunado; pues al cabo de tres meses se obtiene una cosecha abundante. Sin duda ninguna no podrá menos de estrañarse como el gobierno no procura alentar y protejer un cultivo tan útil; pero en aquellos remotos climas se hace muy poco caso de las esperiencias mas fructuosas.

Desde Villa-Rica hasta Rio Janeiro todo el camino solo presenta una que otra ciudad Pasamos á Ribeirâo, pequeño alto de acemileros que escita el recuerdo de un episodio referido por M. Augusto Saint-Hilaire, y que da una idea bastante ecsacta de la suerte de los negros del interior.

« Siguiendo el curso de un arroyo, dice el sabio naturalista, llegué á una plantacion de maiz. El humo que se levantaba en medio del campo argüia alguna casa de negros, y de consiguiente me encaminé á ella y encontré una de las barracas que acostumbran construir los negros de la provincia de las Minas cuando tienen que acostarse en el campo. Estas barracas están hechas con unos palos que, clavados oblicuamente en tierra, se juntan en su parte superior como los cabrioles de un tejado, y están cubiertas de hojas de palmera echadas comunmente sin órden alguno. Todos los enseres de aquellos albergues miserables se reducen á algunas ollas de tierra y vasos hechos con calabazas cortadas de por medio. Delante de aquel á que habia llegado, encontré un negro sentado en tierra que comia pedazos de armadillo asados sobre ascuas; al instante puso algunos en media calabaza, juntó con ella un poco de *angú* y me los ofreció con la mayor gracia del mundo. Díle gracias y entablamos conversacion. « Sin duda deberá V. entristecerse en medio de los bosques. — No, porque nuestra vivienda no dista mucho, y por otra parte me doy al trabajo. — V. es de la costa de África: seguramente deseará á veces su pais natal. — No porque este es mucho mejor; y como era todavía imberbe cuando vine aquí, heme habituado á la vida que llevo. — Pero como se ve V. reducido á la esclavitud, nunca puede obrar á su antojo. — Es cierto que no es esto muy satisfactorio; pero tengo un amo bondadoso que me da de comer en abundancia y no deja de cultivar un pequeño campo. Los domingos trabajo para mí; planto maiz y *mandubis (arachis)*, y me reditua algun dinero. — Es V. casado? — No, pero me casaré cuanto antes, porque el hombre solitario nunca puede estar contento. Mi amo me ofreció una criolla, pero no la quise, pues los criollos desprecian á los negros de la costa. Tendré otra mujer que mi ama acaba de comprar, que es de mi pais y habla mi lengua. » Saqué una moneda; díla al negro y se empeñó á todo trance en hacerme aceptar algunos pedacitos y un cohombro que fué á buscar en su campo de mandubis.

« Otro dia, añade M. Augusto Saint-Hilaire, hice la misma pregunta á un negro viejo que, encargado de vender maiz á los viajeros en una venda lejana, pasaba una vida tranquila y libre. » Es acaso posible, me contestó, olvidar de todo punto el pais natal? Cuán insensato eres! replicó vivamente su mujer, por ventura no vol verian á vendernos si regresásemos á nuestra patria? »

Hemos mencionado esta opinion de los negros sobre la esclavitud, no tanto para justificarla en teoría como para manifestar con cuanta frecuencia han ecsajerado los libros y los discursos de tribuna, la condicion de los esclavos. Sin embargo, no por esto deja de ser el tráfico una de las plagas que desparecerán cuanto antes á impulsos del progreso de las ideas.

En Matthias-Barbosa encontramos la primera linea de aduanas de la provincia de las Minas, y la segunda en Simâo-Pereira. Esta doble visita tan inútil como vejatoria, pues el menor daño que causa es no impedir nada. En presencia misma de los aduaneros ofrecen oro en polvos de contrabando. Lo mas positivo que hay es el precio ecsijido por los pasaportes.

Acabábamos de abandonar la provincia de Minas-Gerães recorrida en su lonjitud mayor con infinitas fatigas. Esta provincia fué descubierta á fines del siglo XVII por Marcos de Azevedo, que remontó el rio Doce y el rio das Caravellas. Algunos años despues Fernando Diaz Paës solicitó y obtuvo el favor de ir á ella á hacer descubrimientos; en 1695 vino Rodrigo Arsâo, y despues de él algunas partidas de paulistas que abandonan su patria para ir en busca de oro. Entonces fué cuando se fundó á Villa-Rica, y casi al propio tiempo á Marianna, Sabara, Caëte, San-Joâo-del-Rey, San José y Cerrodo-Frio.

Sin embargo en breve acudieron partidas de aventureros, y se empezó en la misma comarca una guerra que duró hasta la llegada de D. Lorenzo de Almeida á quien puede considerarse como al pacificador del pais. Posteriormente se fueron sucediendo catorce gobernadores hasta la revolucion que desmembró el Brasil del Portugal.

La provincia de Minas-Geraës confina al N. con la provincia de Fernambuco y con la de Bahia; al E. con la de Espiritu-Santo; al S. con las provincias de Rio Janeiro y de San Paulo y al O. con la de Goyaz, y presenta casi la forma de un cuadrado perfecto. Está dividida en dos partes muy desiguales por una dilatada cordillera que se prolonga de S. á N., cubierta de bosques por el lado del E. al paso que la parte occidental no ofrece en jeneral mas que algunas dehesas. Está orillada y entrecortada de rios imponentes y numerosos, entre los cuales no deben pasarse en silencio el Jiquitinhonha y el Rio-Grande.

El territorio del distrito de las Minas entraña todo jénero de riquezas, minas de oro, de hierro y de plomo, pastos muy pingües, selvas copadas y campos feraces. La poblacion, diseminada en tan vasto territorio, solo asciende sin embargo á unos 500.000 habitantes, esto es, diez individuos por legua cuadrada. Esta provincia se halla dividida en cinco comarcas: al S. las de Rio-das-Mortes y de Villa-Rica; al E. la de Cerro-do-Frio; al S. la de Sabara, y al O. la de Paracata.

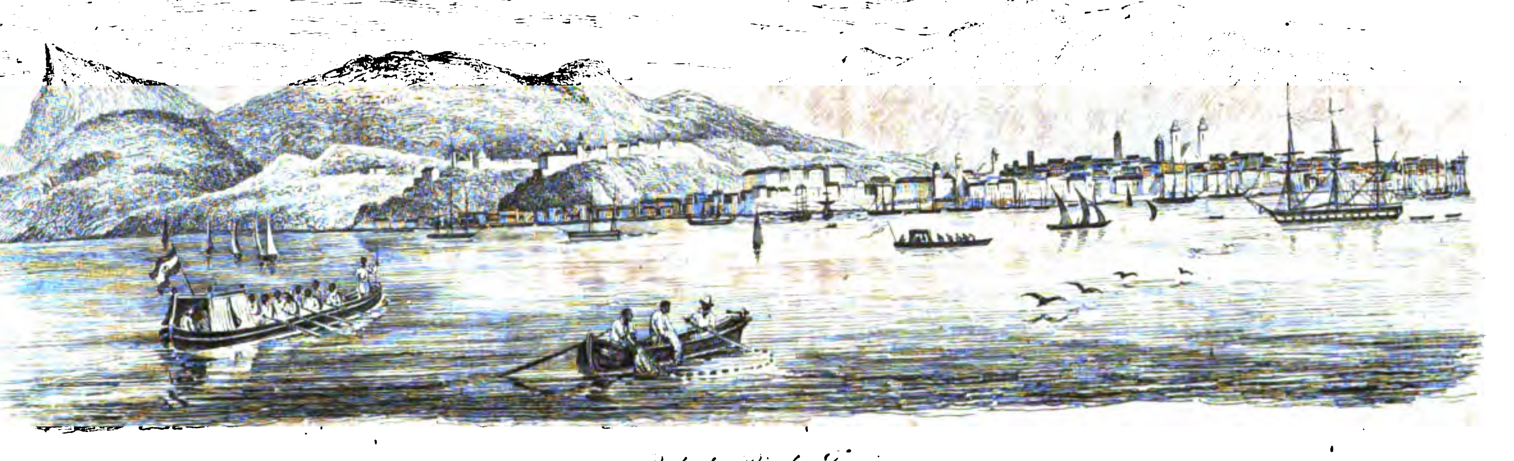
En la provincia de Rio Janeiro donde entrábamos á la sazon, el terreno cambia de golpe de naturaleza y de perspectiva. En aquella zona, lo mismo que en una parte del Brasil, se prolonga en la orilla del mar una cordillera de montañas coronadas de selvas vírjenes; y por la parte del N. E. y paralela á la primera, aunque mas elevada, se ve otra cordillera separada de una cordillera marítima por un trecho de treinta á sesenta leguas. Esta cordillera divide en dos partes muy desiguales la provincia de las Minas y separa las aguas del rio Doce y del rio San Francisco para ir á perderse en el N. del Brasil. El espacio comprendido entre las dos cordilleras es cortada por otras montañas que en jeneral se dirijen del E. al O. dejando entre sí valles profundos y cubiertos de copados bosques. Al O. de la cordillera occidental muda el aspecto; los collados suceden á las montañas, y las selvas vírjenes son reemplazadas por los pastos y las dehesas. Como el camino describe diferentes curvas, el curso del Parahiba está separado del punto de la cordillera oriental donde empiezan los pastos naturales por un trecho de veinte y una leguas.

En breve llegamos á la venda que se halla cerca de aquella corriente. Las vendas no son otra cosa que una especie de mesones donde colocan las mercancías en mesitas alineadas alrededor de las paredes ó atadas á las carreras. Lo mismo que en todas las tiendas, el mercader está detras de un contador que se halla delante de la puerta, y desde allí distribuye á los bebedores el *cachaca*, especie de mal tafia que tiene el gusto del cobre y del humo. No hay en las vendas silla ninguna de suerte que todos comen en pie. Son un punto de reunion para los negros esclavos que van allí á consumir en orjías los percances de un trabajo estraordinario ó el fruto de sus frecuentes raterías.

El Parahiba, que salvamos al otro dia, es el único rio considerable que corre por la provincia de Rio Janeiro. Nace á poca distancia de la ciudad de Parati, y al pie de veinte y ocho leguas de la capital; corre entre la Gran cordillera y la cadena paralela á esta y desemboca en el mar, en el estremo de la provincia, mas abajo de San Salvador de Campos de Goytacaces. Este rio se pasa en una barca, porque si bien el camino de Villa-Rica á Rio Janeiro es el mas frecuentado del Brasil, todavía no ha asomado á las mientes de nadie echar un puente sobre el Parahiba.

Pasada la Gran cordillera comienzan los injenios de azúcar. La propiedad de un trapiche es en la provincia una especie de título de nobleza, y el que posee tales derechos á la consideracion pública es llamado *senhor d'ingenho* (propietario de un injenio de azúcar). El senhor d'ingenho es de ordinario un personaje que lleva una chupa de indiana y un pantalon mal atado; pero si sale de sus dominios debe presidir á su traje la mas rigurosa etiqueta, llevar botas bien limpiadas, espuelas de plata, una silla á todo lujo y un paje negro con una especie de librea.

A medida que el viajero se acerca á Rio Janeiro, el camino es mas animado y concurrido, en términos que se presiente ya la cercanía de la gran ciudad. A cada paso se encuentran vendas y caravanas de Mineiros envueltos en torbellinos de polvo, á lo largo de los dos vertientes de la cordillera marítima. Desde un meson apellidado *Bemfica* que corona su cúspide, pudimos abrazar toda su perspectiva. Aquellas montañas forman parte de la inmensa cordillera que naciendo en la parte septentrional del Brasil se prolonga en una direccion paralela al mar, atraviesa las provincias de Espiritu Santo, de Rio Janeiro, de San Paulo y de Santa Catharina, y que al entrar en la de Rio Grande de San Pedro describe hácia el O. una ancha comba para terminar en las misiones del Uraguay. Esta cordillera, que puede considerarse como el baluarte avanzado del Brasil, puede defenderlo fá-



3. Rade de Rio de Janeiro.
3. Rada de Rio Janeiro.

cilmente de una invasion, y está cubierta de unas selvas vírjenes magníficas que son la primera curiosidad que ofrece el Brasil al estranjero recien llegado. Nada es con efecto mas sorprendente que las grandiosas proporciones de aquellos vejetales, sus contornos, su figura, su follaje y su aspecto grave y silvestre. Al penetrar bajo aquellos toldos helados y solitarios, el viajero se siente poseido apesar suyo de temor y de respeto. Nada recuerda allí la fatigosa uniformidad de nuestros bosques de abetos, de encinas y de alerces; pues cada árbol, por decirlo así, tiene su forma, su follaje y su verdor. Las mas apartadas familias crecen y se entretejen entre sí. Los bignoneas de cinco hojas vejetan al lado de los cœsalpinias, y las flores doradas de la cañafistola caen en lluvia sobre helechos arborescentes. Los ramos cien veces divididos de los mirtos y de los eujenias hacen resaltar la elegante sencillez de las palmeras, y entre las sensitivas de hojuelas lijeras échase de ver el cecropia mostrando sus anchas hojas como candelabros. Los árboles altos y rectos, entre los cuales hay algunos cuajados de espinas, no se visten de flores obscuras como nuestras hayas pero muchas veces ostentan córolas ricas y brillantes. La acacia-vera pende en racimos dorados; los voquisias encumbran sus tirsos de hojas singulares, y las bignoneas árboles ofrecen sus córolas amarillas y purpúreas como las de las dedaleras. Vense en otros puntos especies rastreras en Europa que adquieren repentinamente una fuerza y un empuje estraordinario de vejetacion. Las borrajineas se hacen arbustos; las euforbiaceas llegan á ser árboles corpulentos, y hay compuestos que dan sombra. Sin embargo lo que constituye la belleza mayor de aquellos bosques son las enredaderas, que se entretejen y ensortijan al rededor de los árboles. Estas enredaderas son *bignoneés*, *bauhinias*, *hipocrateas* y *aroideas*. Muchas veces se encumbra á una altura projestuosa un *cipo d'imbé*, aroïde parásita que culebrea en torno del tronco de los mas corpulentos árboles. Su tallo proyecta hojas que tomando la forma de romboides lo semejan á la piel de una serpiente. Hay otro árbol, el *cipo matador* ó enredadera mortal, que tiene un tronco tan recto como el de los álamos de Europa. Algunas de aquellas enredaderas parecen serpientes undulatorias, y otros se festonean en arabescos ó se enroscan sobre sí mismas en anchas espirales, colgando á modo de franjas, que arrastran por entre los árboles ó pasan de una rama á otra, de modo que vienen á formar una especie de red larguísima con las ramas, hojas y flores, cuyos infinitos y diferentes tejidos no se puede conocer donde empiezan ni acaban.

De cuantos bosques vírjenes hay en el Brasil, pocos son tan bellos como los de las cercanías de Rio Janeiro. Esta magnificencia proviene sin duda de la abundancia de agua que tiene, mas que ninguna otra parte. Estos bosques abrigan en sí algunos animales venenosos, como las serpientes, siendo al mismo tiempo el asilo de una multitud de otros inocentes, como son ciervos, tapires, agutis y muchas especies de monos, como el *macaco barbado*, cuyo ahullido se parece al ruido que hace un viento fuerte. Un sin fin de pájaros se posan y revolotean por tales lugares, entre los cuales es muy digno de notarse, el que los Mineiros llaman *ferrador* y los del Brasil *araponga*, ave que muda el plumaje varias veces durante su vida; cuando es jóven tiene un color verde ceniciento, quedando á medida que entra en edad, blanco como nuestros cisnes. Así que emprende el vuelo hace un ruido como de un martillazo dado en un ayunque, seguido por una especie de limamiento de hierro. El grandor de este volátil es á poca diferencia como el de la merla.

Vuelan y zumban por estos lugares solitarios, millares de insectos dignos de la observacion del naturalista, ya por la singularidad de sus formas, ya por la vivacidad de sus colores. Las flores están continuamente cubiertas de mariposas, las que forman sobre los riachuelos una especie de nubes ondulantes de oro, púrpura y azul.

De Benifica se pasa á Agasru, lugarejo situado junto al rio del mismo nombre. Durante esta travesía se va descubriendo poco á poco la rada de Rio Janeiro, que es una de las mas vastas, hermosas y seguras que puede haber en el mundo (PL. XXIII. — 3). Se llega en seguida á Porto-da-Estrella, en donde se hallan barcas cómodas que conducen á los viajeros hasta Rio Janeiro. Estas barcas son construidas con mucha pulidez, y tienen un toldo que las cubre en parte.

Con una de estas embarcaciones, entramos en 10 de agosto, en la capital del Imperio del Brasil.

CAPÍTULO XXVIII.

RIO JANEIRO.

En Rio Janeiro volvimos á hallar la Europa; sus impresiones, sus hábitos y sus costumbres. No era ya esta la América primitiva que habia buscado. Palacios, iglesias, calles magníficas, millares de navíos, un inmenso jentío; he aquí lo que se me presentaba en Rio Janeiro.

Rio Janeiro ó San Sebastian ocupa la parte N. E. de una lengua de tierra que forma como un paralelógramo irregular, cuya punta oriental es la Puenta-do-Calabozo, y la septentrional el Armazem-do-Sol, frente la cual hay la pequeña *ilha das Cabras*. La parte mas antigua y mejor de la ciudad está construida entre estos dos puntos, á lo largo del rio, en la direccion de N. O. á

S. E. y en la forma de un paralelogramo algo oblicuo. La tierra llana se levanta solamente en el estremo septentrional, formando cuatro colinas, tan juntas al mar, que apenas dejan lugar para una calle en lo largo de la orilla. Por el S. y S. E. la ciudad está rodeada de diversas montañas y por el promontorio del Corcovado, colina llena de bosques. La antigua ciudad, dividida por ocho estrechas y paralelas calles, confina con el Campo-Santa-Ana que la separa de la ciudad moderna, construida despues de la llegada de la corte, y cerrada por un puente que hay sobre un brazo de mar en el cuartel del S. O. llamado de *Bairro-do-mato-Porcos* y por el arrabal de Catumbi en el palacio imperial de San Cristováo situado en el N. O. La iglesia de Nossa-Senhora-da-Gloria forma una punta que sale de la cima del Corcovado y que parece estar colocada sobre la bahía. La ciudad tiene de grande cerca una media milla. Las casas, estrechas y bajas, son construidas la mayor parte de trozos de granito, ó de madera en los pisos mas altos, y cubiertas con tejas. El pavimento de la ciudad es de granito. Algunas plazas colocadas á cierta distancia suplen la monotonía que pudiera presentar.

Las montañas de la parte del N. E. están llenas de caseríos, como son el colejio de los Jesuitas, el convento de los Benedictinos, el palacio episcopal y el fuerte de Conceiçao. Todos estos monumentos, vistos desde el mar, son de un efecto imponente, aunque en cuanto á la arquitectura son rústicos y sin gracia alguna. Entre las iglesias se distinguen, la de la Candellaria, de San Francisco-de-Paulo y el convento de San José (Pl. XXIII. — 2) que son hechas bajo planes mas modernos y graciosos. El establecimiento de la corte en Rio Janeiro ha hecho dar un largo paso al arte, y la capital no ha podido menos de conocer este nuevo impulso. La mas bella construccion es sin duda el acueducto, acabado en 1740, que conduce el agua de los torrentes del Corcovado hasta á las fuentes de la ciudad, de las cuales la mas hermosa es la de Largo-do-Passo, situada en el mismo muelle y en frente de un palacio, en la que van á hacer provision de agua fresca los navíos surtidos en la rada, mientras que los mulatos y negros, se colocan á miles en este lugar para embarcar y desembarcar las mercaderías (Pl. XXIV.— 1).

La bahía de Rio Janeiro es una de las mejores ensenadas del mundo y la llave de la parte meridional del Brasil; fué fortificada de un modo bastante completo el dia siguiente de haber entrado en ella Duguay-Trouin á toda vela, burlando los fuertes, para rescatar la cinda. La primera obra de defensa es el fuerte Santa Cruz, construido sobre el Pico, montaña escarpada y situada en una lengua de tierra al E.; se ven en seguida las baterías de San Juan y de San Theodorio, situadas en la parte opuesta y en el N. del Pan-de-Azúcar. La corriente, de 500 pies de estension, está guardada por los cañones de un fuerte colocado en una isla baja y llena de rocas que se llama *Ilhado-Sagem*. En el interior se ven todavía los fuertes Villegagnon y de la isla de las Cabras; y por último y mas puesto en el interior, el fuerte de Conceiçáo y las baterías de Monte. El pequeño islote de Beta-Fogo queda cubierto por las lineas de Praya-Vermelha.

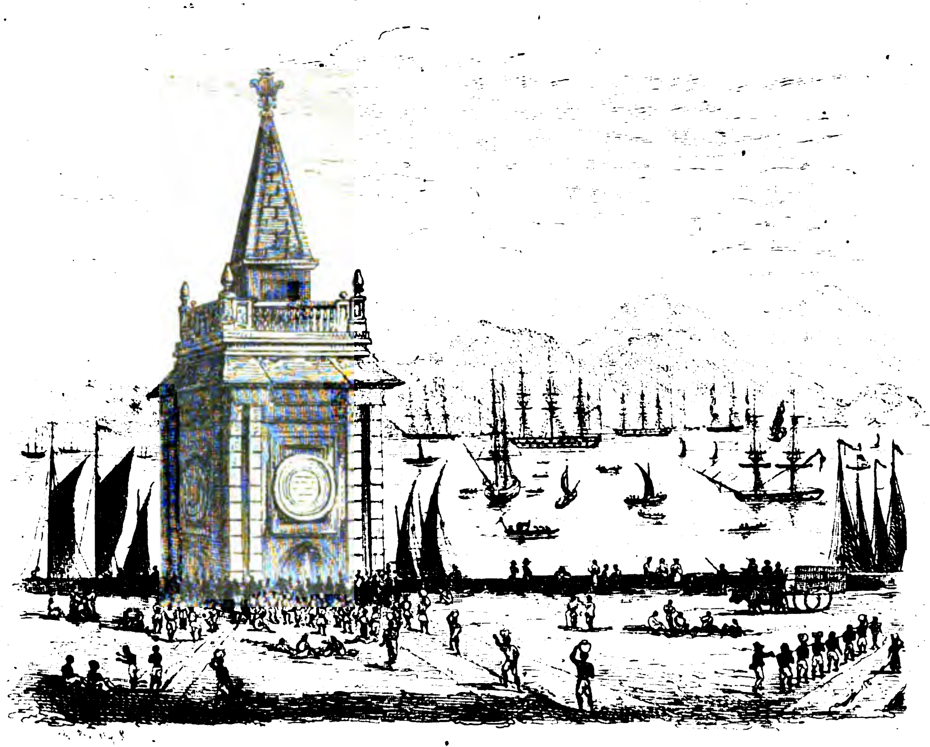
Difícilmente podria darse una idea del grande comercio de Rio Janeiro. El muelle, la lonja, los mercados, las calles que están junto al mar, todo está continuamente lleno de comerciantes, de marineros y negros. Los diversos idiomas de esta multitud, la variedad de hábitos, los cantos de los negros que llevan fardos y cajas, el traqueteo de sus carros llenos de mercaderías y arrastrados por bueyes, los contínuos saludos de los fuertes y de los barcos que llegan, el ruido de las campanas que llaman á la oracion los gritos de la muchedumbre, todo contribuye á dar á esta ciudad un aspecto confuso, bullicioso y orijinal.

La mayor parte de los habitantes de Rio Janeiro está compuesta de portugueses, de brasileños blancos ó de color; como que difícilmente pudieran hallarse en la ciudad americanos de orijen. Antes de ser esta ciudad la capital de un reino, constaba de 50.000 habitantes; pero en el dia, sin ecsajeracion, puede contarse este número triplicado. La llegada de una porcion considerable de portugueses en el séquito de la corte, la multitud de ingleses, franceses, alemanes é italianos que aumenta de dia en dia, unos comerciantes y otros trabajadores, es lo que ha causado este progreso súbito y considerable; de todo lo que se ha seguido la comodidad, la riqueza y el lujo, resultado de un comercio y de una industria que se estiende cada dia mas.

Todo lo que constituye un pais civilizado, á saber, colejios, cátedras, periódicos, librerías, gabinetes de lectura, universidades, estudios, academias, todo se ha improvisado, por decirlo mejor, en Rio-Janeiro. Un clima dulce y templado y la salubridad del aire atrae muchos visitadores de todos los puntos del globo.

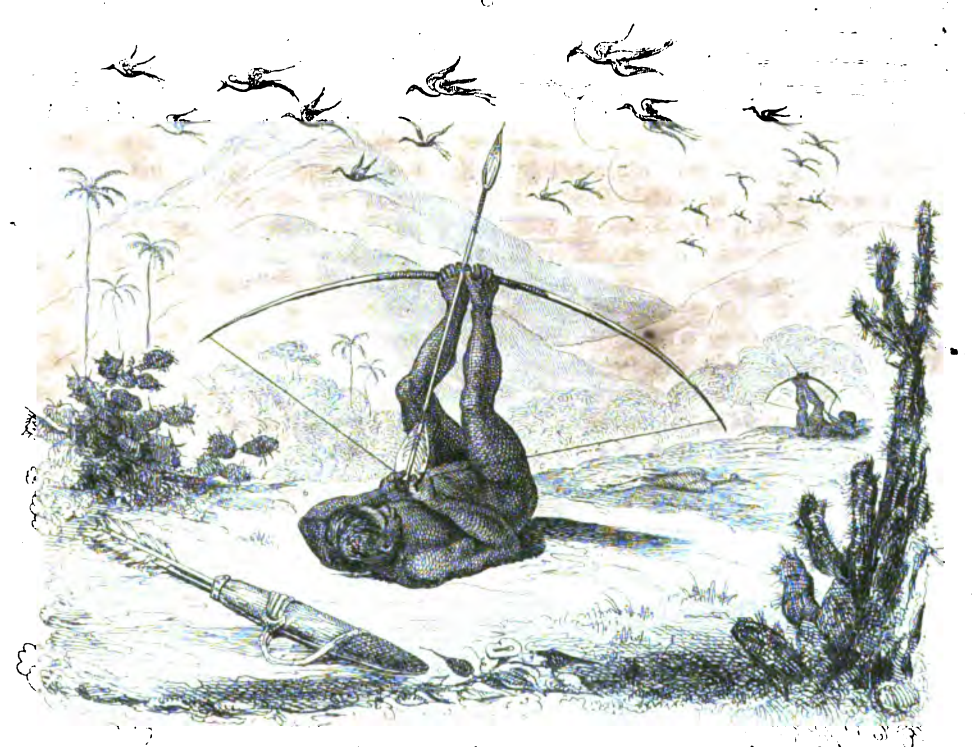
Desde que el comercio de Rio Janeiro ha quedado independiente de la metrópoli, ha aumentado prodijiosamente. Las importaciones europeas abastecen de todo lo necesario y parecen destinadas á crear otras nuevas por lo variadas y abundantes que son. Se calcula que asciende á veinte mil el número de negros que el comercio de tráfico va á buscar á las costas de África.

Los artículos de esportacion del comercio de Rio Janeiro son muchísimos y variados; los mas principales son el azúcar, el café, el algodon, los cueros, el tabaco, el rom, el aceite de ballena, la ipecacuana, el arroz, la madera de



1. Fontaine Largo do Passo.

1 Fuente Largo do Passo.



2. Caboclo chassant au Jabiru.

2 Caboclo cazando al Jabiru.

... del.

VOYAGE
VIAGE.



3. Cascade du petit Tijucé.
3. Cascada del pequeño Tijuca.



4. Route de Mandioca à Parahiba.
4. Camino de Mandioca à Parahiba.



1. Pont sur le Rio Parahybuna.
1. Puente sobre el Rio Parahybuna



2. Fazenda de Sabambaya.
2. Fazenda de Sabambaya.

Pernambuco, el cacao, el añil, etc. El total de estas esportaciones asciende á mas de tres millones de pesos fuertes.

Si es verdad que la ciudad de Rio-Janeiro ofrece un grande interés comercial, sus alrededores no son menos curiosos y dignos de ser observados, tanto por la parte jeolójica como por lo que toca á la historia natural. Entre las escursiones que hicimos es preciso citar en particular la de Tijuco, peregrinacion que no puede menos de emprender todo viajero que visita el Brasil. Para hacerla se sale de rio por el camino de San Cristobal que se deja en seguida á la derecha, dando la espalda á la bahía. Cuando nosotros pasamos por este lado, el camino estaba lleno por una y otra parte, de una vejetacion de cactos, lantanas, bongainviliar cordial y turneforcias, sobre las que mostraban sus floridas cabezas las pitas. Por estos deliciosos senderos se viene á parar en medio de un lugar verde y montañoso, desde donde se precipita la cascada. Es imposible poder llegar en el mismo dia al lugar de la escena. Por costumbre se hace alto, ya sea en una venta ó plantío ó en donde mejor place al viajero, y al dia siguiente al rayar el alba se viene á parar en frente de la cascada. Este salto de agua nos recuerda los de Nápoles y Tivoli, adornos de unos paises parecidos á este, aunque tal vez menos ricos. Un viajero moderno, M. de Raigecourt lo compara con el de Gavarni, aunque bajo un punto de vista no tan grande. Dice el viajero: « Este es un pais como el de Gavarni, que presenta una hilera de rocas coronadas de verde y de donde cae el agua por diversos despeñaderos. » M. de Raigecourt no vacila en preferir este grande salto de agua al de la pequeña Tijuco, por ser menos ruidoso, mas sencillo, pero adornado con mucha mas gracia. He aquí como lo describe. Nosotros subimos por un pequeño rio que nos condujo á un valle mas estrecho y solitario que el que acabábamos de dejar. Las montañas estaban mas juntas y las bajadas eran mucho mas rápidas; el torrente bramaba por intérvalos, pero casi no se veia por la multitud de hojas que en forma de un denso velo le cubria. Despues de haber caminado un cuarto de hora, aquella especie de cortina se deshizo de repente y vimos el rio como saltaba en forma de cascada precipitándose en una sola masa perpendicular de una altura de sesenta pies. Un sendero rodeaba la cascada, en cuyo lugar hay una casilla que perteneció á un artista francés, llamado M. Tanuay (Pl. XXIV. — 3).

Esta escursion á Tijuco fué el principio de un reconocimiento en jeneral hasta Parahiba. Despues de habernos parado todo un dia en la cordillera, nos dirijimos á Mendioca, y de repente se nos presentó como por accidente á la vista, un pais variado por una porcion de cerros desiguales y llenos de árboles que tenian á cierta distancia algunas posadas, en las que se podia pasar todo el dia, ó comer solamente, segun era cada una (Pl. XXIV. — 4). Se encuentran tambien algunos pedazos de tierra mas llanos en donde volvimos á hallar *Cabodos* (indios civilizados) que estaban en aquellas montañas para la caza del jabirú. Es muy curioso el modo como se colocan estos indios para tal ejercicio; á fin de no espantar la caza, se ponen vueltos de espaldas en tierra preparan el arco con fuerza y con la ayuda de sus pies y en seguida disparan las flechas contra los pájaros que pasan por sobre de ellos, alcanzándoles á veces á una altura prodijiosa (Pl. XXIV. — 2). En seguida pasamos á visitar algunas fazendas que á poca diferencia ofrecen el mismo aspecto y son del mismo modo (Pl. XXV. — 2) y tomamos de nuevo el camino de Rio Janeiro á donde llegamos tres dias despues de nuestra salida.

CAPÍTULO XXIX.

SAN PAULO.

Pronto estaba para marchar de Rio Janeiro en 1° de setiembre, despues de haber permanecido tres semanas en esta ciudad. Resuelto pues, á dejar el Brasil para ir á la provincia de San Paulo, aproveché la compañia de un naturalista aleman que se dirijia á esta ciudad. Montados en dos mulas y escoltados por dos guias, dejamos á Rio Janeiro el dia siguiente á las siete de la mañana. Conociendo la escabrosidad del camino que íbamos á emprender, no tomamos mas que los bagajes necesarios. Todas las noches que no hallamos ni fazenda ni venta por el camino, pernoctamos la noche al sereno abrigados con cueros de buey, y nuestras mulas metidas en una especie de cerco ó atadas de modo que no pudiesen escapar, pacian por el vecino prado, mientras que nuestros criados nos preparaban una cena frugal. Por entre aquellos prados tan abundantes en agua, llegamos á Santa Cruz, sitio real, á cinco leguas y media de Campinho. Por el camino hay una porcion de terreno cubierto enteramente de arena de granito. El bosque menos alto, pero mas hermoso, que la ocupa, se parece, por su mucho verdor, á una enrramada de laureles, agradable y no menos sorprendente por la variedad de guirnaldas de flores que se estienden por todas partes.

Santa Cruz, pequeño lugar de quinientas almas, no ha sido ciudad hasta ahora de poco tiempo á esta parte, cuyo título ha adquirido por un favor real. Está situada en una pequeña eminencia arenosa y rodeada de prados. A escepcion del castillo real no se ven en ella mas que tiendas; por sus alrededores apacentan una multitud de

ganados, de los cuales hay mas de mil que son negros. La mayor parte de este ganado proviene del que se trajo al principio de Portugal; pero en lugar de mejorar la raza y juntarla con la del vecino estado de Buenos Ayres, que está en un alto grado de hermosura y vigor, se la ha dejado dejenerar y perder poco á poco. Nuevamente se ha querido naturalizar en Santa Cruz una colonia china, pero ha tenido que retirar ahora y desistir de tal prueba. La agricultura y la horticultura están tambien en Santa Cruz en un decaimiento indescriptible, pues solo se ve un jardin botánico, que es de propiedad real en un lugar apartado.

De Santa Cruz pasamos al través de una llanura pantanosa á la fábrica de azúcar de Toquahy, en torno de la cual la arboleda presenta un punto de vista magnífico. Una pequeña iglesia, colocada en una eminencia que domina el valle en donde encontramos una especie de pico verde (*piens garrulus*), pájaro que solo se halla en los campos y que avisa al viajero con un chillido muy penetrante. A menudo se encontraban tambien en las colinas mas llenas de plantío algunas habitaciones de los plantadores que se dedican á cultivar el café y la caña de azúcar. En estas colinas sembradas á espacios continua tambien el gusto ó lujo en la vejetacion, lo que caracteriza á toda esta cordillera marítima. Los mirtos, las ruliaceas, las sutamineas y orchideas son los que mas abundan en estos bosques, que, como los de Serra-da-Estrella, están situadas á una elevacion de 2,500 á 3.000 pies sobre el nivel del mar.

Desde la fazenda de Santa Rosa, dependencia de Santa Cruz, el camino va haciéndose mas difícil á causa de los pantanos y torrentes. Los valles estrechos están llenos de bosques densos, por entre los cuales se desliza un riachuelo hermoso y claro. Puede decirse que empieza aquí una rejion enteramente solitaria, en la que apenas se halla una que otra cabaña.

Villa de san João-Marcos y el Retiro no son mas que dos paradas de poca importancia; en esta se pasa la noche al sereno. Nada mas hermoso que ver un campamento en estos bosques desiertos y majestuosos; por la noche cuando el araponga hace cesar sus fuertes y agudos gritos, empieza el ruido monótono de las langostas junto con la vocinglería de las ranas, que parece el redoblar de un tambor, los gemidos del capreira y el lamento de una especie de cabra. Estas voces tristes y lamentables llenan el alma de terror, mientras que mil luces parecen inspirarle pensamientos de brujas; sobre nosotros el brillante firmamento y sus constelaciones australes, y á nuestros pies una multitud de insectos luminosos como á piedras preciosas. Entre los varios sonidos que oimos se distinguia sobre todos el melodioso canto de una especie de merla que remedaba con mucha sutileza todos los tonos de la escala musical.

En la Fazenda-dos-Negros, observamos la segunda cordillera de montañas en donde nace el Parahiba que se compone de dos corrientes, la del Paratimuga y la del rio Turbo, que es menor. Esta no interrumpida serie de montañas, lo mismo que la primera, es toda de granito, que se corta por varias partes y pasa al estado de Queis.

Por varias direcciones de Fequezia-de-Bananal que está al pie de las montañas, las masas de rocas forman un camino de tres ó cuatro direcciones hecho por los minadores y que tiene una inclinacion de cerca treinta grados. El granito se compone de piedra arenisca y de suica plateada de cuarzo blanco y feldespato blanco ó rojo. Este lugar, aunque bastante desierto, nos pareció cultivado con mas gusto que todos cuantos paises habíamos visto hasta entonces. Los colonos europeos probaron de cultivar el cáñamo en él y les produjo un buen resultado; pero es de temer que no se estienda mucho esa prueba, á causa de la preferencia que dan los brasileños á los tiuos de algodon sobre los de los de gilo.

En Morro-do-Formozo, montaña parecida á la cordillera de Rio por su forma redonda, tocamos los límites entre el territorio de Rio-de-Janeiro y de San Paulo. Bajando de este lugar al valle interior, el camino se dirije á lo largo de unas montañas, mas hermosas y pobladas. La bella campiña y sus diferentes cultivos llaman en seguida la atencion del viajero.

Despues de tres dias de viaje, se llega á Santa Anna-das-Areas pequeño pueblo elevado, poco tiempo ha, al rango de ciudad. Hace unos veinte años que solo residian en ella algunos colonos, pero ahora cuenta ya algunas casas hechas de greda y una iglesia bastante buena. En el vecindario de los Areas se halla una porcion considerable de indios, resto de las numerosas tribus que ocupaban toda esta rejion, antes que los guerreros paulistas hubiesen conquistado la cordillera marítima. Estas tribus indíjenas ó andan esparcidas por los bosques que hay en esta cordillera ó juntas con los negros y mulatos, viviendo ahora en un estado de media civilizacion con los colonistas. Todos estos indios han conservado algunas costumbres holgazanas é indolentes de sus pasados; trabajan lo menos posible y prefieren pillar los ganados de los colonos, que tener el trabajo de criarlos ellos mismos. Los plantadores llaman á estos indios medio civilizados *Caboclos*, cuyo nombre se conoce bien que es moderno. Los nombres primitivos han desaparecido, á menos que se aplicara á esta parte de tribu indiana, el nombre de Coroados.

En Santa-Anna-das-Aeras se nos presentó un

capitão do matto, especie de jefe medio portugués y medio mulato, que tenia en el pais la doble autoridad de una influencia personal y de una investidura portuguesa (Pl. XXVI. 4). Grande fué su alegria al ver estranjeros que llegaban de la capital del Brasil y que podian hasta darle noticias de la remota Europa, por cuyo motivo, tuvimos muy buena acojida. Quiso saber en que estado se hallaban nuestras mulas y nos ofreció otras para un caso de necesidad y para reemplazarlas si no podian prestar su servicio.

Nuestro camino se dirijia hácia el S. y sobre las crestas de aquella elevada cadena de montañas, el que dejamos para internarnos solamente en el sombrío y profundo valle de Tacasava, por donde se veian diversas caravanas que se dirijian á los mercados de Rio Janeiro con volatería. Pocos recursos ofrece la campiña que rodea á esta capital, pues tienen que ir á buscar las provisiones muy lejos. Los mismos paulistas activos é industriosos, no reparan en hacer cien leguas mas de camino, para poder ir á vender sus jéneros en los mercados de Rio.

Los siguientes dias marchamos aun por entre las montañas, en las que da gusto ver á cierta distancia, los hermosos campos de maiz, yuca y caña de azúcar. Por fin, despues de haber dejado la última cima de esta cordillera, entramos en el largo y delicioso valle de Parahiba. Desde este punto salen dos caminos; uno, que nosotros seguimos, que vá de San Paulo á Rio Janeiro y otro que se dirije hácia Minas-Geraës. A poca distancia se halla el pueblo de Lorena ó Guaypacare, aldea de unas cuarenta casas que nada de importancia ofrece, apesar de sus alrededores fértiles y de estar situada entre San Paulo y las minas Geraës. El comercio que se hace en San Pablo consiste en mulas, caballos, sal, carnes saladas, quincalleria y otros objetos trabajados, en cambio de lo que la provincia de Minas Geraës dá el oro, las piedras preciosas y el algodon. En Lorena presenta otro aspecto la agricultura; los bosques desaparecen y empiezan á verse campos. En lugar de montañas hay unas colinas, en las que se crian las estrañas flores negruzcas de *jarinha (aristolochia vigens)*, ó ipomea banca *(ipomea krusensternii)*, que son dos flores jigantes que se levantan de entre las setos formados de hermosos y espesos tejidos de mirtos y euforbias.

La *ambrosia artemisiæfolia* se encuentra tambien en espesos matorrales en las orillas del Parahiba. Esta llanura es el punto mas fértil de todo el territorio de San-Paulo. Las cosechas de tabaco forman la riqueza de Lorena y Guaratniqueta, situada dos leguas mas allá, en una larga sávana que riega el Parahiba. Una circunstancia bastante singular, contada por Spix y Martius, nos hizo conocer que los aboríjenes de esta comarca, tienen algunas nociones vagas de astronomía. Guaratniqueta en lengua indiana significa el lugar en donde está el sol en aquel punto; y efectivamente el trópico de capricornio puede señalarse á poca diferencia, á una legua de donde está situado el pueblo.

Desde este punto el camino se dirije al S. O. atravesando el valle de Parahiba. A nuestra derecha habia una hermosa cadena de colinas plantadas de habas, maiz, racimos de yuca y tabaco, y por la izquierda se estendia el valle hasta tocar con la otra cadena de la Serra de Manttgueira, á cuyo delicioso pais no le falta mas que ser poblado. Es dominado por la capilla de Nossa-Senhora Apparecida, en donde reside el capitão mor. Esta capilla edificada sesenta años atras, parte en piedra y parte en arcilla, está adornada por su interior con hermosas pinturas al fresco y al oleo, y acostumbra á ser el punto de reunion de muchos peregrinos por las fiestas de Navidad, adonde suelen ir montados, llevando en grupa á sus esposas. Las costumbres de estos plantadores son como su vida sencilla y laboriosa; el sombrero con alas anchas que les libra de la lluvia y del sol, el poncho, la chupa y pantalon de calicó negro, unas altas botas sin lustre, atadas á la rodilla por medio de una correa y una hebilla y un largo cuchillo con mango de plata, son los atributos que distinguen al viajero paulista. Las mujeres van cubiertas con largos y anchos surtus de paño.

El primer pueblo que se halla despues de Guaratinqueta es Pendambongaba, aldea situada entre tres rios, á saber: el Parapitinga, el Agoa-Preta y el Ribeirão da Villa, consistiendo en algunas pequeñas cabañas acampadas por una colina, y en muy mal estado. Taubaté que se halla en seguida, está en una colina inculta á tres millas del S. E. de Pendambongaba y domina una llanura que contiene algunos matorrales, esparcidos á cierta distancia unos de otros. A la derecha del camino se distingue sobretodo, el convento de Franciscanos por su avenida plantada simétricamente de palmeras. Aunque Taubaté consiste solamente en una calle, sin embargo es una ciudad de las mas principales de la provincia y cuya fundacion es mas antigua que la de la capital. Taubaté en sus primeros tiempos fué la patria de un gran número de aquellos aventureros que iban á Minas-Geraës al descubrimiento del oro.

Las casas de Taubaté no suelen tener mas que un piso; las paredes son de madera, enyesadas con una arcilla hecha de paja y heno, cubiertas ademas con una especie de greda que se halla en las orillas del rio. Los muebles de estas habitaciones no son de mucho lujo; algunos bancos de madera, una mesa, un cofre y una ca-

ma que consiste en un jergon de paja ó en un cuero de buey sostenido con clavijas. Los taubatenos acostumbran á servirse tambien muchas veces de hamacas. El aspecto de esa ciudad ya da á conocer el estado de su riqueza y felicidad; las mujeres se ganan la vida con trabajos manufactureros. Por sus alrededores se hacen algunos vinos que sirven para esportar.

Hácia el S. de Taubaté atraviesa el camino el valle de Parahiba, siguiendo por unas colinas llenas de bosques cubiertas de helecho de enclástomos y aroideas. No es menos abundante la llanura en señaladas especies de insectos y pájaros, entre otros el *cerambyx longimanus*, especie de tyrannus de nueva forma y el *cuculus gira*. Se pasan de largo las ventas de Campo Grande, de Saliva de Campo, de Paranangaba y el pueblo de San José, para poder llegar mas pronto á la pequeña ciudad de Jacani, en donde volvimos á hallar el Parahiba, cuya corriente formaba una curva de bastante estension; sin embargo este rio era aun de poca importancia, á causa de las muchas cataratas que lo atajan por varias partes.

Los habitantes de Jacareni pueden dividirse en dos clases los *Cafusao*, mezcla de negros é indios, y los *Mamelucos* que participan de indios y blancos. Unos y otros padecen de paperas y las tienen tan enormes que no se puede dar una idea. La causa de esta diformidad, parece ser la misma que ocasiona en Europa, pues que por las partes elevadas de ese territorio ninguno se halla que lo tenga y si solo en los que habitan los valles profundos y húmedos del Parahiba. Las habitaciones de Jacareni son hermosas y limpias y el alimento ordinario del pueblo es el maiz, que lo prefieren al yuca. Los negros de este pais usan de la goma arábiga como á preservativo de la papera.

Tres millas despues de Jacareni se halla Aldea-da-Escada, detras de la cual hay un convento de Carmelitas que en otro tiempo fué poblado, pero hoy en dia está desierto. En la aldea viven unos sesenta indios dirijidos por un sacerdote, representante político y relijioso á la vez. Estos indios son restos ó vástagos de varias naciones mezcladas y dispersas posteriormente por la provincia. Su fisonomía no tiene atractivo alguno, y su complicado idioma parece semejarse algun tanto al guarani, si hemos de creer á los historiadores, hallaremos que vivian antiguamente en este territorio los Goyanazes, tribu segun dicen, compuesta de Tamoyos y Carios y distinguida porque sus miembros ó individuos vivian en las grutas subterraneas y no mataban á sus prisioneros como hacian sus vecinos. Dicen á mas que los Goyanazes eran una raza robusta y belicosa como sus hermanos del N. los Goytacazes. Si es verdad que los indios de Aldea-da-Escada son descendientes de los Goyanazes, se puede decir muy bien que han dejenerado. Nos paramos todavia en Tarumma, rancho solitario, en una llanura atestada de bosquecillos, desde donde pasamos al pueblo de Moggy-das-Cruzes, que está ocupado por Cafusas, mezcla de negros y indios, cuya complecsion es bastante robusta; tienen por lo regular la cara oval, los huesos de los carrillos abultados, aunque no tanto como los indios, la nariz chata, los labios aplastados, aunque no tanto como los indios y el cabello espeso y muy largo.

Las montañas de Aldea-da-Escada son las últimas de la cordillera marítima. Una pequeña arboleda une por esta parte el promontorio de esta cadena con la de Mantibueira. La agricultura va sucesivamente demostrando su riqueza, combinando las formas de los bosques de las montañas con las delicadas bellezas de los campos y de los aguazales. Vense plumerias y otras plantas en flor, espléndidas hamalias, elevadas rejias con sus corolas de púrpura que hacen la delicia de aquel pais, dan cierto aspecto á este distrito, como de una tierra encantadora.

El último pueblo que se halla antes de llegar á San Paulo, es Moggy-das-Cruzes, cuyos habitantes tienen ya las formas algo diferentes de los paulistas. Entre bosques y prados, se divisa al instante la casa de campo llamada Caza-Pintada y á una distancia de cerca tres leguas se ve San Paulo, cuyos monumentos se van distinguiendo y conociendo, á medida que se va acercando; la casa del gobernador, en otro tiempo colejio de jesuitas el convento de los Carmelitas y el palacio episcopal. A 20 de setiembre entramos en San Paulo cuya ciudad situada en una altura, domina la grande llanura del Piratinunga. Su construccion que, como en Rio, no ha sido alterada por el estilo moderno, la hace pasar por una de las mas antiguas ciudades del Brasil; sus calles son anchas y limpias y las casas casi todas tienen dos pisos. Casi ninguna hay que esté edificada con ladrillos ó piedras, sino con una especie de tierra pisada. La casa del gobernador es de buen gusto, aunque está muy descuidada. El palacio episcopal y el convento de las carmelitas son grandes y hermosos edificios; la catedral y algunas otras iglesias son vastas y regularmente adornadas. Se cuentan tres conventos en la ciudad, uno de franciscanos, uno de carmelitas y uno de benedictinos, con dos monasterios de Señoras y dos hospitales. El teniente coronel Muller ha mandado construir fuera de la ciudad un circo para las corridas de toros y tres puentes de piedra sobre los dos riachuelos Tamandatahy é Hihagabahady que se reunen un poco mas arriba de la ciudad.

Si se recorren los Anales del Brasil se vé de cuanta importancia es San Paulo por donde los



1. La Batuque à San-Paulo.

1. La Batuca en San Pablo.



2. Costumes de San-Paulo.

2. Trajes de San Pablo.

F. Bailly del.



3. Charruas civilisés.

3 Charruas civilizados.



4. Bogres, Indiens des environs de San-Paulo.

4 Bogres Indios de las cercanías de San Pablo.

padres Nobrega y Anchieta probaron en 1552 convertir al cristianismo á una tribu de Goyanaces que vivia tranquila con su cacique Tebireca, y que despues de grandes esfuerzos llegaron á fundar en el interior del Brasil el primer establecimiento eclesiástico. Bien pronto, por la salubridad del clima y buen natural de los indios, se aumentaron los habitantes de la pequeña colonia y apenas pasó un siglo que ya se veia á los Paulistas emprender los negocios mas arriesgados. Mientras que Portugal parece ser vasallo de España, se les ve no solamente conservar su independencia, sino aun mas, pasando por todo, tomar la iniciativa de la guerra en las provincias españolas mas remotas; ó movidos por la sed del oro y de los diamantes ir á la conquista de aquellos distritos en donde lo pueden encontrar.

De esta vida aventurera resulta que los Paulistas quedaron en medio del Brasil como una ecepcion caracterizada y que San-Paulo forma mas bien una pequeña república, bastante parecida á las repúblicas haitianas de la edad media, turbulenta como ellas y en contínua guerra, mayormente con el pequeño estado de Tambaté que es su rival. Los Paulistas orgullosos de tales antecedentes, quieren diferenciarse de sus colonos Brasilenses, que jamás han tenido impulsion ni enerjía propia. Hace dos siglos que los paulistas eran unos verdaderos tunantes y piratas de tierra firme; por cuyo motivo, no es estraño que los jesuitas del Paraguay hayan hecho tan mala pintura de ellos, pues que es bien sabido el encarnizamiento con que devastaron por mucho tiempo la república del Brasil. La civilizacion les ha hecho cambiar basbastante; sin embargo conservan su antiguo carácter, una franqueza brusca, una inclinacion decidida á la cólera y á la venganza y mucho orgullo; todo lo que les hace diferenciar de sus vecinos. Por otra parte, se dice que son hospitalarios, servidores, activos é industriosos, virtudes suficientes para hacer tolerables sus defectos á la vista de los estranjeros. Prescindiendo hasta cierto punto del orgullo que tienen como recuerdo de las empresas de sus antepasados, parece ser justo que tengan en el pais que habitan el doble derecho de conquista y de alianza, siendo así que la mayor parte de los colonos está mezclada con familias indianas, formando de este modo una raza mista entre los dos continentes. Es fácil de distinguir el color del rostro de los Paulistas que no han querido mezclarse con los indios, pues son mas blancos que los mismos criollos portugueses del Brasil septentrional. Los mamelucos varian muchas veces de color, pasando por lo regular del café al amarillo claro; pero sus ojos negros y pequeños, su mirar desconfiado, y tener los carrillos algo prominentes y altos revelan al instante que son de descendencia indiana. El carácter distintivo de los paulistas en jeneral se conoce en su trato áspero, en tener un jenio independiente y vivo, y una vista llena de fuego y centelleante, efecto de la fuerza y ajilidad de sus músculos, como que se les considera por los habitantes mas robustos del Brasil. Pasma el ver la facilidad con que doman los caballos y su destreza en cazar el ganado con el lasso. La fatiga, el hambre, la sed, nada les abate ni les arredra, siendo aun, hoy en dia, los colonizadores del Brasil mas atrevidos en sus empresas; á ellos se les debe el nuevo descubrimiento hecho en los distritos de Matto-Grosso y en Cuyaba, del mismo modo que se deben á sus antepasados los del distrito de Minas-Geraës.

Las mujeres de San Paulo tienen la misma sencillez y el mismo carácter espansivo que los hombres. La jente distinguida usa una conversacion alegre, sin afectacion, animada y agradable, sin faltar á la cortesía. Sus maneras no son serias y su modo de hablar es el mismo que hay en todas las demás partes del pais, en donde lo han conservado sin cultura y en un abandono tal, que repugna con el pulido lenguaje de la metrópoli. El talle de las mujeres de San Paulo, aunque es poco esbelto, sin embargo no deja de ser gracioso. Su fisonomía es agradable, viva y alegre, aunque no suelen estar tan pálidas como las de los otros puntos del Brasil, de modo que pasan por las mujeres mas atractivas del pais. Su traje medio portugués y medio indio realza mas sus cualidades naturales (Pl. XXVII. — 2). Los mestizos, ya sean de blancos é indios ó de indios y negros, son muy aficionados á la *battuque*, danza traida del África (Pl. XXVII. — 1). Esta danza que se hace en los paises medio civilizados, y en la que se ven unos cuadros obscenos que solo pudiera tolerarlos la barbaridad mas grande, no es la menos favorecida en el Brasil por toda clase de personas, pues es la única, contra la que han sido continuamente vanos todos los esfuerzos de la relijion.

Los habitantes de San Paulo llaman jeneralmente *Bogres* á las diversas razas de salvajes que les rodean. Tuve ocasion, en uno de mis paseos fuera de la ciudad, de hallar algunos de aquellos indios que se hacen temer de los colonos por su valor y astucia (Pl. XXVII. — 4); de los cuales si alguno llega á civilizarse sale un escelente trabajador, pues han dado pruebas de su intelijencia.

Los Paulistas tienen en jeneral una imajinacion ardiente y un espíritu de invencion, como que entre ellos se hacen estudios clásicos que siguen conformes con el progreso de las ideas del siglo.

San Paulo junto con las parroquias de su dependencia se compone de 30.000 almas, de las cuales la mitad forma el pueblo blanco ó reputado tal, y la otra mitad el de color. Toda la

jurisdiccion de San Paulo en 1815 constaba de 215.000 almas, en cuyo número es preciso contar cierta porcion de negros esclavos que recibe cada año la provincia.

En San Paulo no se ha conocido aun el gusto del lujo europeo, al paso que es mucho en las ricas ciudades marítimas del Brasil. Prefieren la comodidad á la elegancia y el antiguo vestir á las variables formas de la moda; por lo que, no es estraño que en el país existan muebles viejos del tiempo de la conquista, antiguos cristales de Nuremberg y tapices muy usados. La pasion por el juego que fanatiza á todas las colonias españolas, es mayor que la pasion del canto y del baile. En San Paulo hay una plaza de toros y una especie de teatro, en el que los mulatos hacen algunos juegos de su invencion imitando á la escena francesa. El canto, mas en moda por la ciudad, cuenta algunos aficionados bastante distinguidos, tanto de hombres como de mujeres.

La principal riqueza de la provincia de San Paulo consiste en la cria de rebaños. Por sus vastas llanuras se apacientan numerosos ganados de bueyes caballos ó mulas. De 17.500 millas cuadradas, que es lo que encierra la jurisdiccion, no se cuentan mas que 5.000; esto es, cerca las dos séptimas partes, cubiertas de bosques; de modo que quedan en campos ó pastos 12.500 millas cuadradas. A medida que los habitantes van aumentando, toman estas tierras un nuevo valor y no será estraño que con el tiempo produzcan sus riquezas un centuplo de beneficio. En el dia la mitad de los productos de la jurisdiccion se necesitan para vivir y lo demás se esporta. Los géneros coloniales como son tabaco, algodon, café, azúcar, rom y cueros van á Europa directa ó indirectamente por la via de Rio Janeiro. Lo que mas se cultiva es el maiz, aunque en cambio se hace una pobre cosecha de yuca. Los habitantes de esta provincia tienen por malsana la harina de yuca, así como concibieran por tal el maiz los habitantes del norte. Una parte de estos productos de San Paulo se envia á Rio Janeiro para el consumo de esta ciudad. El azúcar y el arroz van á Buenos-Aires y á Montevideo; las carnes secas ó ahumadas se esportan para Fernambuco, Ceara y Maranhâo. Goyaz y Matto-Grosso reciben de San Paulo entre otros artículos la sal y el arroz.

Santos es el único puerto de esta provincia que sostiene un comercio directo con Oporto, Lisboa y las islas portuguesas. Aunque está lejos unas doce leguas escasas de San Paulo, sin embargo está separado por la alta cordillera marítima, de modo que esta distancia multiplicada por los obstáculos que tiene, equivale á unas sesenta leguas poco mas ó menos. El camino que conduce á las cumbres del Cubatâo (nombre que se da á esta cordillera) se eleva, por diferentes puntos, á una altura de 3.000 pies sobre el nivel del mar. Son tan escarpadas y difíciles de transitar estas montañas, que las mulas no pueden subirlas, como que para transportar las mercaderías por tales alturas es preciso dividir las cargas en pequeños lios, pues sino su transporte no puede efectuarse á menos que sea con enormes gastos. Los otros dos puertos Paranagua y Cananea son de poca importancia. El primero dista de San Paulo unas cincuenta y ocho leguas y el segundo unas sesenta y siete, y ambos sirven para abastecer el distrito de Curitiba, que es en donde la provincia tiene verdaderamente los pastos. Sus esportaciones, como las de Santos se componen de harinas, cueros, carne seca y *matte* ó té del Paraguay, cuyo último artículo es muy usado entre los pueblos de la parte meridional de esta provincia y se prepara con hojas secas y pulverizadas de una especie de helecho.

La industria manufacturera de San Paulo está á poca diferencia al nivel de su comercio. En esta ciudad se tejen lanas bastas para vestido del pueblo bajo y sombreros de fieltro comun. Los criadores mas ricos curten grandes partidas de cueros ó los salan para esportarlos. En lugar de la corteza de roble usan la corteza de *rhizophora mangle*. El obispo de la provincia, D. Mateo de Abreu Pereira, ha probado de poner en su jardin algunos gusanos de seda, que le han producido muy buenos resultados. Si las moreras surten efecto, como es de desear, será probable que este negocio se desarrollará mucho mas. Otro cultivo hay que pudiera producir mucho aun, si se aprovechase, y es el de la cochinilla. Efectivamente el *cactus coccenifiller*, insecto particular de esta planta, se halla en abundancia en la provincia de San Paulo, sobre todo en los prados en donde toca mucho el sol. La aversion que tienen los habitantes á todo trabajo algo pesado, paraliza en algun modo la propagacion de esta planta.

A mas de las producciones particulares del pais como son guayabas, quabirobas, grumbijamas, sabuticabas y caobas, obtienen los cultivadores la sandia, la naranja, el higo y otros frutos de Europa. La cereza, el albérchigo y las manzanas jamás han salido bien. Se ha probado tambien de plantar el nogal y el castaño que han dado muy buenos resultados: lo que ha sido muy al contrario con la cepa y el olivo que raramente producen fruto. Ya sea porque las afecte mucho á esta latitud, la diferencia de estaciones, se conoce por el estado de lozania de las flores ó de la madurez de los frutos; así es que parece no estar muy conforme esta diferencia para la formacion de las florestas. Tanto aquí como en la línea, los bosques son muy grandes sin

que en nada pueda conocerse el tiempo que tienen.

La parte jeognóstica del pais ofrece muy poca variacion. La primera tierra que se halla es un banco de piedra ferrujinosa, en el que se hallan algunos fracmentos de cuarzo blanco, en parte redondos y en parte angulares mezclados con un mármol de arenisco. Mas adentro se encuentra el gueiss, muy parecido al granito, y con el que se hacen los empedrados de las calles de la ciudad. Por arriba y abajo se hallan tambien algunas capas de almalaga de color de ladrillo y de ocre amarillo; cuya composicion es tan estensa, que todavía se halla por varios puntos en Minas Geraës, conteniendo en su mayor parte gran porcion de oro. El metal se ve diseminado por entre las partes interiores de la roca en granos mas ó menos fuertes, mas ó menos perceptibles á la vista, segun su mayor ó menor tamaño. Aunque indistintamente se ve y encuentra en toda la masa de las rocas, donde con mas frecuencia se halla sin duda ninguna es en el terreno ferrujinoso. Estas minas acababan de ser esplotadas, no solo en los puntos mas inmediatos, sino tambien en las montañas de Jaragua situadas á dos millas del S. de San Paulo. Antes habia en esta ciudad una máquina muy parecida á la que hay en el distrito de las Minas y un establecimiento público para las pruebas del mineral; pero en el dia todo el material es transportado á los nuevos distritos.

El clima de San Paulo es uno de los mejores que hay en el mundo. Situado en el trópico quizá pudiera ser causa de que la provincia sufriese el calor que hay en esta zona, pero la elevacion de esta meseta que cuenta doscientos pies sobre el nivel del mar, sirve mucho para templar las incomodidades de una latitud tan próxima á la linea. La temperatura regular del año es de 22° á 23° del termómetro centígrado. Cierto rocío blanco cubre la tierra durante el invierno, no en San Paulo, pero sí en sus alrededores. La estacion lluviosa empieza, tanto en la costa como en Rio Janeiro, por el mes de octubre y noviembre y dura hasta el abril; por el mes de enero es cuando mas llueve y cuando se ven nevadas una vez que otra las cumbres mas elevadas. La posicion ecsacta de San Paulo es de 23° 32' de lat. S. y 48° 59' de lonj. O.

La jurisdiccion de San Paulo, arreglada en tiempo de Juan V en 1710, comprendiendo parte de la de San Amaro y de San Vicente; ha sido nuevamente dividida en dos comarcas, la de San Paulo y la de Paranagua, pero hace diez años que la comarca de Ilu fué separada de San Paulo por haberse aumentado la poblacion. Por la parte del S. se ha trasladado la residencia de las autoridades de Paranagua á Curitiba, situado mucho mas abajo. El jefe de cada comarca es el ouvidor, á escepcion del distrito en donde reside el gobernador, este ouvidor está no solo al frente de la administracion judiciaria, sí que tambien al de la direccion de los negocios civiles, teniendo al mismo tiempo el principal voto en la *junta da real fazenda* (administracion de rentas). En los negocios relativos al tesoro se le agrega un majistrado superior, como á fiscal de la corona. En San Paulo existe una organizacion municipal muy parecida á las que hay en Portugal. Los miembros de este tribunal son nombrados por los ciudadanos y consisten en un juez *(juiz da comarca)*, algunos asesores *(vereadores)* y un secretario *(thesoureiro)*. La direccion de las instituciones relijiosas corre á cargo de la municipalidad.

En estos últimos años se ha hecho lo posible para aumentar la fuerza armada de la provincia de San Paulo. La tropa de línea consiste en un rejimiento de dragones y uno de infantería, que están distribuidos por las costas, por la capital y por diferentes puntos del interior, particularmente en las fronteras de las aduanas y en direccion á la parte en donde viven las tribus salvajes. Hay ademas otra milicia regular que forma una fuerza de tres rejimientos de caballería y ocho de infantería. Esta milicia sirve para el interior, y tambien para el esterior si hay necesidad.

Cerca de San Paulo hay la fundicion real de Ipanensa, en donde se elabora el mineral estraido de las montañas; está construida en una eminencia en forma de anfiteatro, junto al rio Ipanema, que remata en un lago. En derredor de este depósito de agua, como á primer término hay fértiles llanos consistiendo el segundo término en montañas de mineral Arasojova (*Guarasajova*) que llegan hasta el valle con direccion al N. O. Las hermosas casas que se ven en grupos por toda la colina y los edificios bien fabricados que llegan hasta la falda, contribuyen á dar un aspecto agradable y activo al pais.

El pueblo de Ipanema debe su orijen á unos depósitos de mineral de hierro; tesoros que han estado por mucho tiempo ocultos y desconocidos en sus montañas. En 1810 tuvo lugar esta fundacion, cuando el emprendedor ministro, conde de Linhares envió á este punto una compañía de mineros suecos que empezaron, plantando sus talleres de madera en las orillas del Ipanema y construyendo algunos hornos. Todavía ahora viven en el mismo lugar y dirijen el trabajo. En la prueba del mineral y en las demás operaciones de la fundicion se practica el método sueco. La falta de hornos grandes, la dificultad de transportar el metal en grandes volúmenes, y la demanda de artículos elaborados han obligado á los especuladores á fabricar la mercadería en el mismo lugar, haciendo herradure, clavos, cerraduras, llaves etc. Los directores suecos han probado de hacer ejercitar en este trabajo á algunos negros y mulatos que han salido muy

hábiles é intelijentes en la materia; como que se puede decir que se ha dado un impulso grande á esta esplotacion, cuyos resultados han sido muy provechosos desde su principio. En lugar de obradores de madera se ven en el dia edificios hermosos y sólidos, grandes hornos y una multitud de pequeños que están en contínuo movimiento; los fuelles son movidos por la fuerza del agua y para el carbon y los demás objetos elaborados hay grandes y espaciosos almacenes.

La montaña que produce esta cantidad tan considerable de mineral empieza á elevarse á un cuarto de milla del establecimiento por parte del O. y se prolonga del N. al S. haciendo como un promontorio de una legua de estension. Su elevacion sobre el Ipanema es de cerca mil pies, y está cubierta de un denso bosque, en el cual se oyen todo el dia los chillidos del mono gris. Cuando se ha subido á la cumbre se hallan de repente grandes montones de iman que atrae á una altura de cuarenta pies y por todas partes se ven astillas de mas ó menos magnitud. Estas masas de roca parece que están unidas y solamente si alguna vez demuestran alguna cavidad, se ve salir una especie de barro de iman mal ocsidado. Esas grandes moles no causan el menor movimiento á la aguja pendiente, así como bien al contrario los pequeños pedazos, que producen un grande efecto. Esta clase de iman es compacto ó mezclado con venas de ocre anaranjado y se pone en contacto inmediatamente con una especie de cuarzo amarillo y una argamasa arcillosa, que se halla en varios puntos al pie de la montaña, así como tambien en Ipanema.

Tales fueron los resultados de la permanencia de una semana en San Paulo y de algunas escursiones por sus alrededores. Á este tiempo contaba ya siete meses de viajes al través de las inmensas comarcas del Brasil, que para seguirlas seria preciso que el viajero pasase toda la vida en ellas, pero determiné dejarlas porque otras tierras me llamaban mas la atencion. En San Paulo me hallé indeciso sobre el rumbo que habia de seguir en mi viaje. Volver á Rio Janeiro hubiera sido emprender un viaje estéril y monótono. Ir á Santos era esponerme á no hallar proporcion para Montevideo, y por otra parte no tenia muchas ganas de navegar. Por fin resolví pasar al pais de las Misiones del Paraguay, por tierra, viaje que pocos observadores habian hecho. Alquilé mulas, tomé un guia y me puse en camino el 1° de octubre. Hallé uno tras de otro los pueblos de Itapetininga, Castro, Pitangui, San Miguel y Tauha, en donde ví los Charruas civilizados ó Piones (Pl. XXVII. — 3), raza que yo debiera observar mas despacio aun; pero llegando á rio Negro subí por él hasta rio Paranal, tocando de este modo á la frontera mas septentrional de las Misiones.

Despues de haber llegado dudé por un momento hácia que parte debia dirijirme. ¿Habia de entrar en seguida, atravesando el Paranal, á la provincia de las Misiones por las montañas de Tapiz, ó tomar otro camino que me dirijiese en parte á la provincia de Rio-Grande-do-Sal y á la del Uruguay, únicas del grande imperio que se estendian á mi vista? Este último camino era mucho mas largo, pero ofrecia á mi curiosidad una variedad de objetos y me mostraba aun ecsistentes, junto á uno de los mas caudalosos rios del Uruguay, algunas de aquellas misiones enteramente destruidas en otras partes. Poco faltaba paraque no me decidiera á prolongar mi viaje por las provincias de Rio Grande y del Uruguay, ó almenos hasta la altura del rio Piratini. Por fin me dirijí hácia el S. subiendo por la orilla del Paranal. Pasé sin detenerme la Serra-Bítoumas, y llegué á Uruguay sin otro encuentro que el de los indios pacíficos, punto en donde este rio, por su estrecha corriente, no es aun conocido sino con el nombre de Pelotas. Quise seguir este rio desde el punto que me hallaba hasta su oríjen, pero pronto desistí en vista de una espedicion tan repentina y seguí tranquilamente mi itinerario. Llegando al territorio de las Misiones destruidas de Rio-Grande-do-Sul, volví al O., pasé por el Uruguay-Pita, y tomando Serra-Geral vine á parar por último, no lejos del rio Yacui y Estancia de San Miguel en la provincia de Uruguay. Acabo aquí de todos modos mi itinerario por el Brasil, pues que pisaba ya una tierra que en otro tiempo habia sido de España: y en verdad, mas es española que portuguesa.

De este modo puse fin en estas tierras á mi larga peregrinacion por el Brasil, sin ver todavía algunas cosas. Dejé por ver las principales provincias, y en cuanto á las otras cuyos habitantes son tan injeniosos, pensé que cuanto podia decir de ellas se hallaria á poca diferencia en el estado ó sumario jeneral de la comarca.

CAPÍTULO XXX.

JENERALIDADES HISTÓRICAS Y JEOGRÁFICAS SOBRE EL BRASIL.

Aunque por orgullo nacional los portugueses atribuyen el descubrimiento del Brasil á su compañero Pedro Álvarez Cabral, sin embargo, este honor no debe ser disputado al célebre piloto español Vicente Yantez Pinzon, compañero de Colon en su primer viaje. Pinzon partió de España en diciembre de 1499, dirijió la ruta mas al S. que no habia hecho Colon y se arrimó por un 8° de lat. S. á una tierra que él llamó Cabo Consolacion, que parece no puede ser otro que el cabo de san Agustin, situado á veinte millas cerca el S. de Pernambuco. En vano quiso Pin-

zon hacer la ceremonia de tomar posesion en nombre del rey de España, pues los salvajes no le dieron tiempo y mas adelante cuando quiso desembarcar mas arriba hácia la parte del N., los indíjenas se opusieron á su desembarque con lanzas y flechas.

Despues de Pinzon compareció Pedro Álvarez Cabral que habia visto las costas del Brasil en su viaje á las Indias. En esta travesía, deseando librarse de las calmas que comunmente reinan en la costa de Guinea, Cabral tomó la ruta hácia el O. Hallándose á unos 17° de lat. S. observó una especie de yerbas flotantes que le dieron á conocer que no estaba muy léjos de tierra, de lo que se convenció al ver una ancha montaña flanqueada por otras mas pequeñas. Como se estaba entonces en la octava de pascua, Cabral puso el nombre á esa cumbre de Montaña Pascual. Á 3 mayo de 1.500 desembarcó en Porto-Seguro que consagró á Santa Cruz. Efectivamente levantó una cruz junto al mar y dióle por nombre *Terra-Nova-da-Veracruz*, bajo cuyo nombre lo usa Camoëns en sus cantos. Halló que el pais producia en mucha abundancia, el palo tinte, tan estimado posteriormente en Europa, y á donde fué enviado el primer cargamento en 1515 por Juan Diaz de Solis, poniendo por nombre á tal madera palo de Fernambuco.

Siguieron á los primeros aventureros una multitud de marinos atrevidos y espertos; Coellio, D. Alfonso Albuquerque y Juan Diaz de Solis que estaba en esta costa en 1509, acompañado del célebre piloto Pinzon. Solis hizo su segundo viaje en 1515 por órden del rey de Castilla con encargo de ir á las grandes Indias por el S. de América, pero no pudo pasar mas allá del rio de la Plata, al que puso el nombre de *Solis*, y en cuya costa murió asesinado, y, segun dicen los historiadores, devorado por una colonia de antropófagos.

En esta época se concibió la idea de fundar en tal tierra algunos establecimientos mas duraderos. En 1516, Cristovâo Jacques entró en la bahía de Todos los Santos con una escuadra de caravelas y halló dos navíos franceses que estaban anclados, á los cuales se juntó, estableciendo en seguida una casa de comercio en el canal que separa la isla de Itamarica del continente para poder facilitar de este modo el palo tinte á Portugal.

En 1526, un portugués al servicio de España llamado Diego García, dió fondo en la bahía de San Vicente, volviendo en seguida hácia las bocas del Uruguay, en donde halló los navíos de Sebastian Cabot el cual era nombrado por Cárlos Quinto almirante de Castilla, con la obligacion de ir desde España á las islas Molucas, siguiendo la costa de la América del S.

Entretanto, en 1531, la celebridad de las colonias españolas hacia temer á los portugueses que ese poder rival les enredaria los derechos adquiridos por parte de Alejandro VI; por lo que, Juan III se decidió á enviar hácia el Nuevo Mundo una armada imponente bajo el mando de Martin Alfonzo de Souza, el cual reconoció el cabo de San Agustin y costeando vino á dar fondo en la bahía de Todos los Santos, en donde armó dos embarcaciones francesas; bajó á Porto-Seguro para hacer provisiones, penetró por la primera vez en la bahía de Santa Lucía; á la que mudó el nombre por el Rio-Janeiro (Rio de Enero), siguió la costa americana hasta San Sebastian en donde habia ya una factoría muy pujante, visitó el Rio de la Plata y la bahía dos Santos, y por fin tuvo cuidado de no separarse de estas tierras, hasta dejar en ellas bien asegurado el poderío portugués. Todo le salió bien en esta espedicion, menos una prueba de reconocimiento interior, en la que cien hombres enviados para el descubrimiento fueron destrozados por los indios Carijos.

La primera época de la ocupacion fué señalada por los combates de los aventureros franceses. Cuando los portugueses tuvieron asegurada la paz en diversos puntos, pensaron organizar políticamente la comarca, dividiéndola en jurisdicciones que fueron dadas en clase de feudo á los mejores vasallos de la corona. Los nueve primeros donatarios, segun el historiador Juan de Barros, fueron: Juan de Barros, Coelho Pereira, Francisco Pereira, Figueredo Correa Campo Tournibo, Fernandez Couthino, Pedro de Goes, Martin Alfonso de Souza y Lopez de Souza. No hallándose limítrofes la mayor parte de las jurisdicciones, sucedió que estas concesiones no tuvieron mas que un valor precario y nominal, pero poco á poco se fueron juntando, ayudando y socorriendo unas á otras. Se trató de cultivar algunos terrenos, y como hiciesen falta á los conquistadores los trabajadores indíjenas, enviaron á buscar negros en la costa de Guinea. Se fundó San Salvador, actualmente Bahia y se conquistó el territorio circumvecino á las colonias indíjenas. En esta era de progreso, fué cuando se presentó en el mismo lugar una espedicion francesa bajo el mando de Durand de Villegagnon, cuyo jefe hugonote fué á Rio Janeiro á construir una ciudadela que todavía conserva su nombre y un establecimiento de mucha consideracion. Por desgracia el mal jenio de este jefe y las disensiones intestinas destruyeron en sus principios á la naciente colonia. El tercer gobernador del Brasil con ayuda de los misioneros Nobrega y Anchieta, en 1566, espulsó á los franceses de la tierra que habian conquistado y se apoderó del fuerte de Villegagnon, su último punto de defensa. Otra colonizacion acampada en la isla de Maranham se presentó al punto con

las mejores apariencias; pero luego que lo supieron los portugueses reunieron todas sus fuerzas y persiguieron con tanta obstinacion á la pequeña guarnicion francesa que se vió obligada á salir de este segundo puesto y abandonar el Brasil á sus primeros posesores; pero algun tiempo despues, cuando la Francia quiso reparar una injuria real en Rio Janeiro, el bravo Duguay-Trouin recuperó en un solo dia de victoria todo lo perdido en esta serie de reveses y derrotas.

No fueron solamente los franceses los que disputaron la posesion de este rico territorio á los portugueses. La Holanda tambien le dirijia espidiciones mas formidables y mas felices. En el reinado de Felipe IV, una armada bátava se apoderó de Bahía; pero situados en la ciudad conquistada, desunidos entre sí y hostigados continuamente, los vencedores se vieron obligados á capitular bien pronto. Mas adelante en 1630, los holandeses desembarcaron aun en las costas de Fernambuco, se fueron apoderando poco á poco de Olinda y de Recif, en donde se fortificaron, y siguiendo del mismo modo el rededor de la comarca ocuparon todo el río San Francisco hasta Maranbam, lo que duró hasta el reinado de Juan IV, que reconquistó todo el Brasil á los holandeses, haciéndolo uno de los puntos mas poderosos de su reino.

Entonces fué cuando se organizó la colonizacion de un modo duradero y real, poniéndose en planta desde luego el sistema colonial con sus restricciones, aunque no con mucha prisa á causa de los accesorios funestos que le acompañaban en diversas colonias españolas. Hízose, pues algo despacio, y siguiendo un sistema de monopolio que iba activándose màs y mas, de modo que el comercio de la metrópoli absorvió el comercio local, constituyéndole su esclavo. Perdiendo los estranjeros este negocio, resultó que el Brasil se fué agotando para enriquecer á los comerciantes de Lisboa. Sus habitantes, siendo así que no les faltaba hierro, sopena de morir en las costas de Guinea, se veian obligados á pedir los instrumentos aratorios á Portugal; y teniendo tambien grandes salinas era preciso ir á buscar la sal á las compañías europeas, que se la hacian pagar á un precio exorbitante.

Este sistema no solamente fué para los del Brasil un principio de desunion, si que tambien de ruina. Por conservar su influencia en las provincias ricas, los portugueses procuraron dividirlas entre sí pintándoles diversos puntos de utilidad. Cada distrito tenia su linea de aduanas, su milicia, su déspota, su naturaleza y su calidad de impuestos. No solamente el Brasil sino tambien una multitud de provincias del mismo estaban sin union ni fuerza.

En tal estado de cosas, compareció en 1808 al Brasil, Juan VI, espulsado de Portugal por los franceses, por cuyo suceso una gran parte del sistema colonial perdió su fuerza. El Brasil ya no dependió mas de la metrópoli, siendo por sí solo un Estado ó imperio mas poderoso que ningun reino de Europa. Abriéronse las puertas al estranjero, modificáronse las restricciones impuestas á las producciones locales y se arregló de cierto modo la agricultura y el comercio.

Por desgracia todas estas reformas se hicieron con precipitacion, sin unidad ni homojeneidad. El conde Linhares, primer ministro, era hombre de sanas y útiles ideas, pero quiso hacer todas estas innovaciones demasiado aprisa. Rodeado de charlatanes que no veian mas que la teoría de una reforma, aventuró algunos planes que ninguna probabilidad tenian de que se efectuasen, olvidando al mismo tiempo aquellos que eran fáciles de realizar; de modo que el bien que se hizo en tal época fué estéril y por fuerza habia de ocasionar la desgracia futura. Cuando Juan IV dejó el Brasil para volver á Lisboa el mal existente era mucho mayor que el bien.

Despues de su marcha se suscitaron los zelos entre las jurisdicciones y el nuevo soberano, D. Pedro, nombrado emperador constitucional del Brasil, el cual á pesar de su gravedad y benevolencia, no pudo llegar á neutralizar los odios ni á calmar los rencores. Rodeado de ministros necios é intrigantes, jamás supo librarse de su influencia y mala voluntad.

Bajo el mando del nuevo emperador, el Brasil jamás estuvo tranquilo ni fué feliz. La guerra impolítica y desastrosa de Rio de la Plata, las piraterías de Cochrane, y los trastornos de algunas provincias contribuyeron á mantener la patria en un estado de desórden é incertidumbre. Un espíritu de division iba minando sordamente las provincias y parecia que todo debia ir á parar en un desconcierto político. En vano D. Pedro quiso restablecer su popularidad cuando se casó con una jóven princesa alemana, descendiente de los Beauharnais, haciendo una pomposa entrada por la provincia de las Minas. Desde este dia, instigado con malos consejos y por partidos ecsijentes, ya no fué mas dueño de su puesto, y algun tiempo despues se vió obligado á retirarse á causa de una insurreccion que se iba haciendo formidable. Partió del Brasil á 13 abril de 1831 dejando á su hija un trono bien poco seguro.

En el pais en donde pasaron estos sucesos políticos, habia en tiempo de la conquista algunas tribus salvajes de las que solo hemos adquirido noticia por medio de falsas tradiciones, inventadas por los portugueses; pero durante el curso de nuestro reconocimiento hemos visto sus restos y cuales son sus nombres, sus costumbres

y sus leyes. Sin embargo aun se sabe menos lo que eran en su orijen.

Cuando Pinzon y Cabral llegaron á estas costas eran dueños de ellas los Tupis, de la palabra *Toupan* (Trueno), grande tribu que acababa de ganar aquel territorio á los Tapuyas. Los Tupis se subdividen en una multitud de tribus, de las cuales parecen ser las mayores los Tupinambas y los Tupiniquins. Los Tupis eran, como los actuales americanos, de un color gris bronceado y no tenian pelo en el cuerpo; sus cabellos eran negros y brillantes, cortados en forma de corona del mismo modo que los Botocudos; llevaban los labios pasados y guarnecidos de anillos, el cuerpo pintado con el fruto del janipaba, la cabeza adornada con plumas de aras azules, encarnadas y amarillas, y el cuello recargado de sartas de diferentes granos. Tanto hombres como mujeres iban siempre desnudos y se arrancaban las pestañas; diferenciándose solamente en que las mujeres se dejaban crecer la cabellera, se prendian de las orejas algunos mariscos largos y redondos, se pintaban con mucho cuidado la cara y el cuerpo y llevaban un brazalete hecho de pedacitos de hueso blanco en forma de escama.

Las armas de los Tupis eran el arco *(pao d'arco)*, flechas largas y bien trabajadas, clavas de madera colorada ó negra y un pequeño escudo hecho de la parte mas dura de la piel del tapir. Sus instrumentos consistian en una especie de grande trompa (janubia) que servia para hacer llevar el paso á los guerreros, y en una maraca destinada para las hechicerías y ceremonias relijiosas.

Errantes y vagabundos, los Tupis nunca llegaban á estar seis meses en un mismo lugar; formaban una especie de pueblo que á veces llegaba á tener el número de quinientos ó seiscientos individuos. Las cabañas que componian este burgo ó lugar tenian unos sesenta pasos de largo, consistiendo cada una de ellas en un ancho aposento que servia para toda una familia. Cada habitacion estaba junta á un pequeño campo, y todos sus muebles eran algunos vasos de tierra muy comunes.

Los Tupis se mantenian de la pesca y la caza y de la carne ó pescado salado. Todas sus salsas consistian en el zumo del yuca apretado cuya operacion de diversos modos, aun se usa en el dia. Para la bebida fabricaban tambien del mismo yuca una especie de licor espiritoso.

Los Tupis, así como las demás colonias que hemos descrito no reconocian otros principios que el bien y el mal. Creian en otra vida, en donde las almas de los guerreros disfrutaban de unos divinos banquetes, así como tambien en que ciertas brujas ó fantasmas inspiraban la fuerza, soplándoles al oido con su maraca.

Aunque se permitia la poligamia entre los Tupis, sin embargo tenian cierto respeto en sus enlaces á los mas próximos grados de parentesco, como son madre, hermana é hija. Así que nacia alguna criatura, el padre le aplastaba la nariz con el dedo pulgar, le lavaba con mucho cuidado y le pintaba de negro y encarnado. Si era muchacho, le hacia un pequeño arco, una flecha y una maza ó clava y le decia; «Sé valiente para poder vengarte de tus enemigos» y en seguida le ponian el nombre de un animal, de una planta ó un arma.

Los funerales se hacian por medio de ciertas ceremonias. Las mujeres abrazándose entre sí y moviendo las unas sus manos sobre las espaldas de las otras decian: «Ya murió el que nos hizo comer tantos prisioneros.» Despues de haber durado estos lamentos por espacio de medio dia, abrian un hoyo redondo y profundo de cinco ó seis pies y enterraban el cadáver en él, atándole los brazos y los pies en torno del cuerpo.

Imposible seria dar á conocer la clase de gobierno que tenian los Tupis, á no ser unos consejos ó reuniones, en donde todo se decidia por unanimidad de votos. El homicida era castigado con pena de muerte; entregaban el asesino á los parientes del muerto y estos le ahogaban en seguida. Cuando algun motivo de ofensa habia pasado de una tribu ú otra, se pedia un combate, cuyo choque algunas veces era entre ejércitos de diez mil hombres. En estos combates se procuraba siempre hacer mayor número posible de prisioneros á fin de hacerles servir desde luego para sus execrables festines. Los prisioneros señalados para tales convites eran tratados con dulzura hasta que llegaba el momento fatal, en cuyo caso les daban á cada uno una porcion de piedras y pedazos de cántaras y les decian; «Véngate, antes que mueras», y el infeliz tenia facultad para tirar todos aquellos proyectiles á sus servidores que se cubrian con las pieles de tapir; luego el ejecutor se le acercaba con la maza y le decia: «¿Eres tu el que se ha comido á nuestros parientes y amigos? — Si, responde el prisionero, y si me das la libertad, te devoraré aun á ti y á tus compañeros. — Pues bien! mis compañeros y yo, que somos tus señores, te vamos á devorar.» O asestándole un gran golpe de maza en el craneo le hace caer muerto al instante, luego hacen tajadas del cuerpo, lo salan, como si fuese carne de venado y se lo comen. Los huesos de los brazos y de las piernas sirven para hacer pífanos y los dientes para collares de guerra.

Estos pueblos eran por lo regular, generosos, intrépidos y fieles á sus juramentos. Su lengua, que hablan todavía los indijenas de las orillas del mar, es segun parece, un dialecto del guarani, cuyas radicales se hallan en un espacio de cerca

sesenta grados. En su alfabeto le faltan algunas letras como son *f*, *h*, *v* y *z*. Los nombres substantivos ó adjetivos son indeclinables y jamás admiten plural.

Entre las subdivisiones de los Tupis, se contaban todavía, en tiempo de la conquista, los Carijos, que ocupaban la costa del S. de San Vicente de la isla de Santa Catalina; los Tamoyos que llegaban hasta Angra-dos-Reys; los Tupinambas, los Tupiniquins, los Tupinoës que ocupaban la parte marítima del Brasil central, los Tayabeces y los Cahetes, los Pitagoanes que estaban acampados entre el Rio-Grande y la Amazana; los Aymores, los Puris, los Coroados y una multitud de otras tribus de que ya hemos hablado. Se ha visto bien que la variedad de tribus no ocasionan ninguna mudanza en las costumbres, en los hábitos ni en las leyes de la fisonomía, pues en medio de la diversidad de las colonias del Brasil, se observa una especie de uniformidad que resulta de los caractéres iguales. Si en lugar de crear infinitas subdivisiones, la ciencia etnolójica pensase en reunir ó formar grandes familias apenas se hallarian dos ó tres en el Brasil que diesen lugar á nomenclaturas especiales.

El Brasil se estiende en sus límites actuales desde las bocas del Oyapock por los 4° de lat. N. hasta la otra parte de Rio-Grande-do-Sul por 34° 30' de lat. austral, y del cabo de San Roque sobre el Océano Atlántico por 37° hasta la orilla derecha de Oavari, rio de las Amazonas, por los 71° 38' de lonjitud del Brasil es de 930 leguas, su anchura de 825 y su superficie de 375.485 leguas cuadradas. Su forma es la de un triángulo irregular confinando por S. E. y N. E. con el Océano Atlántico y por el N. con la Guyana francesa y la Guyana española. Por el O. confina con las repúblicas colombiana y peruviana y con las provincias de Rio de la Plata.

Esta estension de 1.300 leguas de costa presenta una multitud de escelentes puertos y magníficas bahías. A escepcion de los escollos de Abrolhos, que son muy conocidos por los navegantes, la costa es casi siempre segura. Entre un gran número de islas se ve la de Santa-Catalina en el S. y en el N. la de Fernando-de-Noronha situada á bastante distancia.

El punto céntrico de las montañas del Brasil parece estar en el 19 paralelo y 45 meridiano. Despues de este punto, se prolonga una cordillera paralela á la costa por la parte del N. de la que se aparta mas ó menos al bajar hácia el 13 paralelo. Esta cordillera ó Serra, tiene, en su parte mas elevada, el nombre de Cerro-do-Frio y Serra-da-Lappa. En seguida al E. de esta cadena se estiende otra menos elevada y paralela á la costa que ella misma forma en algunos sitios. Esta es la Serra-do-Mar, ó cordillera marítima que se continua mas al S. por la Serra-de-Parananga La Grande-Serra ó Serra-do-Espiniaço por ninguna parte llega á elevarse á la altura de mil toesas; puesta detras de los *campos geraës* da principio á un gran número de otras hileras que se prolongan por diferentes direcciones, tocando algunas de ellas mas ó menos á la grande cordillera de los Andes. Los terraplenes ó montañas cultivadas del interior tendrán una altura, á poca diferencia, de 450 á 500 toesas.

Las montañas del Brasil, un poco mas elevadas, separan el terreno de la Amazona del de la Plata. Los arroyos de la derecha del rio Madeira, uno de los principales tributarios de la Amazona, son el Topayo, el Xingu y otros torrentes de la cima de los Parexis, en donde salen el Paraguay y sus principales arroyos de la izquierda. La mayor parte de tales corrientes son auríferas. Del centro de las montañas y cumbres interiores, sale por E. el Tocantin y por el S. el Paranal y el Uruguay. El rio de San Francisco, uno de los principales del Brasil y que casi le pertenece esclusivamente, nace en Caxoeïra da Casa-d'-Anta junto á la Serra de Canastra. Desde Bahia á Rio Janeiro se halla todavía el Rio Grande y el Rio Doce sin contar una porcion de riachuelos de poca importancia. Hállanse tambien una multitud de lagos muy pequeños. El Xarayes no es mas que el producto de las riadas del Paraguay. El lago dos Patos, en la estremidad meridional del pais, comunica con el lago de Mirim y ambos desembocan en el Océano.

La mayor parte de estas montañas del Brasil son formadas de granito y encierran en diferentes puntos gran abundancia de cal. Ya hemos hablado de las riquezas minerales del Brasil, de su oro y plata; resta pues hablar del reino vejetal que no es menos rico. Una multitud de nuevas especies se encierran en estos bosques vírjenes, en donde apenas ha entrado un hombre, y todavía los botánicos pueden hacer brillantes cosechas de ellas. La madera de construccion, la de tarecea ó embutidos, la de ebanistería y de colores; los árboles que producen un agradable licor; los que dan la goma elástica, el bálsamo de Copaiba, la goma elemi; el brasilete, el palo tinte, la corteza del tabaluga y del sapucuya; tres especies de quina, infinitas palmeras, la zarzaparrilla, el ipecacuanha, la higuera infernal y otras plantas medicinales; la caña de azúcar, el café, el algodon, el añil, el tabaco, la cepa, el olivo y la higuera. El reino animal no es menos hermoso y variado. Pájaros sin número, serpientes, cocodrilos, insectos de mil colores, mamíferos y peces.

El Brasil cambia de clima muchas veces en esta vasta estension. Segun la diferencia de latitud que ocasiona estas variaciones, es el nú-

mero de terrenos que se elevan en diferentes puntos. En el S. del trópico empieza el invierno por mayo y acaba por octubre, desde el trópico al cabo de San Roque, la estacion lluviosa, en las costas divididas por la grande cordillera, dura de mayo á agosto y el viento que entonces domina es el S. O. El interior es mas modificado por las alturas y por diversas circunstancias y solo llueve entre octubre y abril. El frio no se hace sentir sino en los cantones mas elevados, por ejemplo, en las corrientes del rio San Francisco en donde hiela desde junio á julio. Al norte del cabo San Roque, en los países regados por el Amazona y hácia los límites de los Guyanes, las lluvias duran de octubre á mayo.

El Brasil, en la época del sistema colonial, no era accesible mas que á los misioneros; así es que estuvo mucho tiempo sin conocerse como ahora; pero en 1808 algunos observadores de las naciones mas ilustradas del globo, pareció que se habian dado cita en tal punto. Maw, Roster, el príncipe Maximiliano de Neuwied, el baron de Eschwege, Augusto Saint-Hilaire, Spix y Martius, Walsh, de Raiggecourt, de Orbiguy y otros muchos han traido unos despues de otros, la luz de las ciencias naturales en este pais, que no hace mucho ha empezado solo á probar las riquezas.

En 1823 se contaban en el Brasil unos 4,000.000 de almas en un terreno de 385.000 leguas cuadradas; formando aun los negros esclavos la tercera parte de este número. Los productos del imperio son estimados en 45 millones de francos. El ejército regular es de 24.000 hombres y la milicia de 50.000, comprendidos los hombres de color.

La division oficial del Brasil está al presente, en provincias y comarcas. Se cuentan diez y ocho provincias, subdivididas cada una en otras muchas comarcas ó distritos. En nuestro itinerario hemos hablado de las provincias mas importantes y ricas; solo nos falta ahora que ver en suma, las otras bajo el aspecto geográfico; porque en cuanto á los caracteres ethnológicos son á poca diferencia los mismos. Así pues, pasando por alto las provincias de Rio Janeiro, San Paulo, Minas Geraës, Bahía, Pernambuco, Maranhâo, Piauhy y Para, nos quedará solo para hacer la recapitulacion de Santa Catalina, San Pedro, Matto-Grosso, Goyaz, Espiritu Santo, Sergipe, Alagoas, Parahiba y Rio-Grande-do-Norte.

La jurisdiccion de San Pedro, que es la mas meridional del Brasil, es tambien una de las que mas ha favorecido la naturaleza. Sus habitantes son robustos y valientes, poco aficionados á la hermosura del arte, pobres y hospitalarios. El clima de esta zona es tan templado como el de Europa y todos los frutos de nuestros verjeles vegetan tambien en él. La capital de la jurisdiccion, Porto-Alegre, está construida de modo que parece se avanza por sobre el lago dos Patos. Algunas veces hiela en Porto-Alegre, y el *minaura*, viento del S. O. que pasa por la grande cordillera de Chili, viene de vez en cuando á refrescar vivamente la atmósfera. Situado á 30' 2' S. Porto-Alegre, debe considerarse como el último punto en donde se recoge el yuca y el azúcar en la América meridional. A un grado y medio de distancia de este lugar no pueden crecer los árboles del algodon. Rio Grande está en una posicion mas ingrata y triste que Porto-Alegre. Por cualquier parte que se mire, no se ven mas que aguas, pantanos y arenas. No muy lejos se halla el pueblo de Francisco-do-Paulo, en donde se hallan fábricas para salar carne. Por el rededor de Rio Grande se ven los perros llamados *ovelheros*, que defienden á los carneros contra los ataques de los perros salvajes.

La principal poblacion de la provincia de Santa-Catharina está situada en una isla del mismo nombre. Esta ciudad hermosa está rodeada de verdes árboles. El canal que separa la isla de la tierra firme está guarnecido por la orilla de unas colinas de diversas formas, que puestas con cierto orden admirable, presentan cada una un aspecto brillante y particular. El azul del cielo no es tan subido ni resplandeciente como el de Rio Janeiro: pero casi siempre se muestra sereno, como que puede decirse que es el mismo cielo de nuestra mas bella zona meridional. Sobre el continente á trece leguas mas al S. empieza otra naturaleza y otra temperatura. La entrada de Santa Catalina está protegida por dos fuertes. La ciudad contiene 6.000 almas, y casi todos son comerciantes ó marinos retirados.

La provincia de Matto-Grosso ha estado cerrada por mucho tiempo á los estranjeros. Comprende una parte del Paraguay y del país de las Amazonas, pero casi se hace inhabitable por la multitud de bosques impenetrables que ocupan su mayor parte. En muchos de sus valles abundan el oro y los diamantes. La capital de esta provincia es Matto-Grosso, ciudad importante por el oro que se recoge en ella y cuya poblacion consiste en 6.000 almas. Todavía existe Cuyaba con 10.000 habitantes y un obispo. Esta vasta provincia, tan poco conocida de los europeos, está habitada en parte por tribus indígenas, entre las cuales se pueden citar los Payaguas y los Guaycurus tan formidables para los portugueses, y los Bororos, cuya raza parece ser muy extensa. Los Guaycurus ó indios de á caballo han dado que sentir muchas veces á las tropas portuguesas. Su afan era dividir en-

tre sí el dominio de los campos, mientras los Payaguas procuraban solo hacerse dueños de los rios. No hace mucho tiempo que los Portugueses han llegado á destruir á estos infatigables enemigos.

Limítrofe de Matto-Grosso, la provincia de GOYAZ está separada de las Minas Geraës por un cerro, que por uno de sus extremos da orígen al Tocantiu y por otro al rio San Francisco, y que separa las aguas de este rio de las del Paranal. Para llegar á la capital de la provincia de Goyaz, Villa-Boa, se atraviesa un desierto y algunas dehesas, ora en descubierto, ora sembrado de árboles achaparrados. « Cuando abundaba el oro en estas comarcas, dice M. A. de Saint-Hilaire, establecióse en Villa-Boa una capitania jeneral y un ouvidor con una nube de empleados, y se construyó un edificio para la fundicion del oro; pero las minas se han agotado ó almenos no podrian esplotarse actualmente sino con el ausilio de muchos brazos, y la distancia de la costa no permite á los habitantes encontrar como los mineros otra fuente de riquezas en el cultivo de las tierras. Viéndose en la imposibilidad de pagar el impuesto, abandonan sus rancherías, retíranse á los desiertos y en ellos pierden hasta los elementos de la civilizacion, las ideas religiosas, la costumbre de contraer matrimonio legítimo, el conocimiento de la moneda y el uso de la sal: así es que un país mucho mas grande que la Francia se agota para enriquecer á algunos empleados indolentes, y los mismos escombros de Villa-Boa no son otra cosa que ruinas sin recuerdos. Posteriormente le han dado el nombre de Goyaz; pero siempre prevalece en el país la denominacion antigua. » Entre las otras localidades interesantes de la provincia de Goyaz, no debe pasarse en silencio el distrito de los Diamantes, trecho considerable situado á lo largo del Rio Claro, afluyente derecho del Araguay; Natividade, pequeña ciudad mas floreciente por su agricultura que por sus lavados, y Agoacuente, célebre por el monton de oro encontrado en su territorio, de cuarenta y tres libras de peso y el mas hermoso que se ha conocido hasta el dia.

Las provincias de Espíritu-Santo, Sergipe, Alagoas, Parahiba, Rio-Grande-do-Norte, fuera de lo que acabamos de describir, nada mas ofrecen de particular. Los datos estadísticos y geográficos no tienen alguna importancia sino en cuanto se refieren á las localidades de primer órden, ya por su importancia propia, ya por cualquiera circunstancia accidental.

Bajo este punto de vista, todo el Brasil se ha desarrollado á nuestra visita con sus costumbres antiguas y modernas, sus razas indígenas que cejan gradualmente ante la civilizacion y sus razas civilizadas que se funden, se cruzan y se transforman. Empero resta ahora saber cual será el porvenir de este imperio ultramarino, y la fórmula política y social que prevalecerá para el progreso y el bienestar de la humanidad. Esta es la cuestion mas difícil de desentrañar en razon de los confusos elementos que mutuamente chocan y se combaten todavía.

CAPÍTULO XXXI.

PROVINCIA DE LAS MISIONES.

A medida que nuevos obgetos se presentaban á mi vista, iba aerecentándose mi curiosidad, y conocia que las reflexiones dando orígen á comparaciones, hasta involuntariamente, entre tantos obgetos distintos, iban formando mi alma.

Cuando abordé á las Antillas encontré por todas partes muestras irrefragables de la decadencia casi próxima del sistema colonial moderno, procedente de la inevitable emancipacion de los esclavos, sin que fijara en ello mi atencion; ruina de los colonos, pero triunfo para la humanidad.

Habia visto en las Guyanas francesa, inglesa y holandesa, tan fértiles y tan poco conocidas aun, cuanto puede la industria sostenida por la perseverancia y la inutilidad de sus esfuerzos sin esta circunstancia.

La Colombia y el curso del Orinoco habíanme ofrecido la imágen de una emancipacion diferente de la emancipacion política, que para dar algun fruto solo aguarda la mayor instruccion de sus jefes, y por parte del pueblo el aumento del número de brazos destinados á abrir en aquellos ricos países caminos apropiados para doblar sus productos, garantizando su espendicion por medio del comercio.

En el inmenso imperio del Brasil acababa de reconocer al lado de los elementos de una política con harta frecuencia tan presuntuosa como rígida, todos los recursos que pueden ofrecer á una administracion previsora unas ventajas naturales que no se encuentran en ningun otro territorio.

Un expectáculo nuevo iba á descubrírseme en lo que me quedaba por ver en la América meridional; la Union de la Plata, la primera provincia que se emancipó del yugo europeo, pero tan dividida ya en sus miembros, las repúblicas de Chile y de la Bolivia, que parece han comprendido mejor la libertad, á juzgar por la paz de que gozan despues de tantas tormentas; y por fin, la república del Perú, tan fértil en recuerdos grandes; sin hablar de las regiones perdidas, y por lo mismo tan dignas de explorar, que se extienden por el mediodia del continente americano hasta el estrecho de Magallanes, cuyos habi-

tantes conocidos con el nombre de Patagones han dejado de ser monstruos sin perder nada de originalidad.

Entré á fines del año 1827 en la provincia de las Misiones hácia el norte por la estancia de San Miguel.

Desde mucho tiempo yo viajaba ya por el territorio de los Guazanis, los primeros pueblos que los jesuitas sometieron al imperio de la religion cristiana; nacion la mas numerosa á la par que mas extendida de todas las de la India, que ocupaba en la época de su descubrimiento todo el Brasil, las Guyanas, extendiéndose tal vez hasta la Colombia, que se hallaba desde el S. por los alrededores de Bnenos Aires hasta los 30° de lat. N. en los Chiquitos y por parte de muchas otras naciones, ó formando mas bien una sola nacion pero dividida en hordas independientes y con diversos nombres, lo que explica la confusion que en su censo existe en los primeros historiadores de la América, cuando la época de la conquista.

Se ha notado que los Guazanis de las regiones sometidas á los portugueses, vendidos muchas veces por sus dueños en union con los negros de África se hallan actualmente embrutecidos y oprimidos como á salvajes; al paso que los que poblaban los países españoles, subsisten aun en gran parte libres como en los tiempos primitivos, no habiendo sido vendidos.

Los Guazanis libres vivian generalmente en los bosques en donde se alimentaban con miel, frutas silvestres, aves, monos y otros animales, con maíz, judías, batatas, mandioca ó manioc; diferenciándose de las demás naciones en que formaban acampamentos permanentes en los sitios en que se refugiaban en vez de ser nómades como ellas.

Su idioma muy distinto del de las demás naciones americanas, pero él mismo sin embargo para todas sus ramas, se oye en todo el Brasil, Paraguay, Perú y otras muchas regiones; lo que es la prueba casi mas evidente de la universalidad de su imperio en el continente de la América meridional.

Comparados con los demás indios con relacion á su físico, parecen ser de estatura mas baja, mas anchos de espaldas, mas gruesos y mas disformes, de los cuales se diferencian por tener un poco de pelo y de barbas, á menudo sombríos, tristes y melancólicos; estado que no depende en ellos tanto de un hábito de su carácter, como del modo con que se les trata; porque hay algunos muy alegres, que llegan á hacer chocarrerías.

Temian á las otras naciones y huian de ellas, pasando generalmente por poco belicosos y casi tan pronto vencidos como atacados por sus vecinos mas turbulentos, aunque iban armados con arcos de seis pies de largo y con flechas de cuatro pies y medio, con la *macana*, especie de maza, y con el *bodoque*, especie de honda; pero bajo la dominacion de los jesuitas manifestarón todo lo que pueden la disciplina y el sentimiento de honor en los hombres menos civilizados.

La parte septentrional de la provincia de las Misiones está caracterizada por vastas selvas pobladas de toda especie de árboles y especialmente de helechos, excepto los bosques de naranjos plantados por los europeos y del todo homogéneos; al paso que en el mediodia, como despues he tenido ocasion de observarlo, solo se encuentran bosques de todas suertes y sobre todo de palmeras, yatais y corondais, dos de los árboles mas notables de esta familia, á lo largo de los rios y entre las numerosas lagunas que cortan el país.

Andando á lo largo de uno de estos bosques y siguiéndolo bastante de cerca, de los cuales el mas considerable lleno de una multitud de hordas indias se extiende á lo lejos de ambas orillas del Uruguay y del Pazana, divisamos un corto número de indígenas reunidos en el extremo del bosque ocupados en asar en una grande hoguera algunos trozos de carne de vaca, á corta distancia de una choza formada de arqueados fijados en el suelo y cubierta con pieles de buey. Estaban todos enteramente desnudos; las mujeres parecian muy poco aseadas; una jóven llevaba tres líneas azules desde la frente hasta la punta de la nariz, en señal de nubilidad, y los hombres tenian un pedazo de madera largo de cuatro á cinco pulgadas sobre dos líneas de diámetro en el labio inferior. Era esto el *barbote*, señal ó adorno comun á muchas otras naciones indias que se pasa á los niños dos ó tres dias despues de su nacimiento para no quitarse ni aun en la muerte. Estos hombres parecen graves y tristes, pero eran bien formados, mas altos que los españoles, con una fisonomía franca y el pelo muy largo. Adelantóse hácia nosotros con aire fiero y orgulloso, desde el momento en que nos divisó, uno de ellos que parecia ser de los mas influyentes, blandiendo una lanza con la cual hubiérase dicho que se preparaba para atravesarnos; pero al momento conocimos que estaba embriagado de aguardiente y de chica, suerte de hidromiel del cual he hablado ya. Al mismo tiempo que algunas mujeres ó doncellas se adelantaban con el obgeto de detenerle, percibí que todas tenian cortados uno ó dos dedos de cada mano y que otras tenian los surcos de alguna lanzada en los brazos, pecho ó costados, en señal de luto, como mas tarde supe. Semejante encuentro no estaba destituido de interés para mi, aunque fuese muy poco agradable, cuando uno de los indios que me acompañaban me dijo que eran unos *Charruas*, nómades cuando la conquista de Maldonado en

Uruguay, asesinos de Juan Diaz de Solis, al que no se comieron aunque lo hayan dicho todos los historiadores españoles, seguramente con el fin de ensalzar la gloria de los primeros conquistadores. Esta nacion de las mas guerreras y numerosísima, en la época del descubrimiento, fué la primera en oponer los mayores obstáculos á los establecimientos españoles. Rechazada hácia el N. en 1724, en tiempo de la fundacion de Montevideo, se incorporó en parte con las Misiones de los jesuitas del Uruguay, y en el dia se encuentra reducida á un corto número de guerreros que conservan aun aquella impetuosidad que hacia tan terrible su ataque, á la par que aquella índole de estratagema y prudencia que las distinguia en sus marchas y emboscadas y en sus fingidas huidas. En cuanto á sus costumbres domésticas he sabido que se casan muy jóvenes, que consienten en el divorcio, y que el adulterio solo es castigado con algunas puñadas que administra á los cómplices la parte ofendida, con mayor ó menor liberalidad, seguramente en razon de la mayor ó menor gravedad de las circunstancias. Los entierran con sus armas, lo mismo que muchas naciones belicosas; y en señal del luto de su padre, los hijos adultos se pasan largas cañas desde el puño á la espalda por la parte esterior del brazo, sometiéndose al mas riguroso ayuno. Dicho luto dura de ocho á diez dias y probaria con el uso del barbote que no se hallan destituidos de toda idea de religion; porque seguramente algo de religioso hay en la importancia que á su observancia dan, no exigiéndolo de ellos por otra parte ley alguna positiva. Tambien se ha dicho, con demasiada lijereza, que tal vez estaban faltos de leyes y de jefes, pues además de tener sus caciques que los guian en la guerra, se reunen en consejo los jefes de la familia para deliberar sobre los intereses generales, lo que segun creo, puede muy bien considerarse como una especie de aristocracia patriarcal.

Poco ávidos de permanecer por mucho tiempo en semejante compañía, nos apresuramos á dejar nuestros peligrosos vecinos y proseguimos rápidamente nuestro camino. Habíamos entrado por la estancia de San Miguel, la Reduccion mas oriental de las siete que subsisten todavia, cedidas á los portugueses por los españoles, en virtud del tratado de los límites de 1750, y que al principio dependian de la capitanía de Rio-Grande-do-Sul, pero que posteriormente recibieron un gobernador. En 1801, época en que las conquistaron los portugueses, no excedian sus habitantes de 14.160. Sucesivamente pasamos por el lugar conocido con el nombre de Puerto S. José y por las Reducciones de S. Miguel, S. Luis y S. Nicolás que se hallan á poca diferencia en un mismo plano, con edificios fabricados de tierra, formando calles muy rectas y provistas de una especie de tejadillos ó techumbres que las protegen de la lluvia y del calor. Muchos de sus habitantes poseen el idioma español y el portugués. Casi todos son inteligentes en diversas artes mecánicas, y fabrican la lana y el algodon. Solo se esporta de ellas el mate ó té del Paraguay. En tiempo de los jesuitas, se encontraban allí escuelas establecidas por reales órdenes, en las cuales se enseñaba la lectura, la caligrafía y la lengua española.

Se reputa á S. Miguel como la capital de la provincia, habiendo reemplazado bajo este respeto á S. Nicolás, mas próxima al Uruguay y de la cual dista unas veinte y cuatro leguas á corta diferencia.

Cerca de S. Nicolás pasamos el Uruguay del modo acostumbrado en el país, en el cual no se encuentran puentes ni barcas. Afortunadamente nuestra gente, acostumbrada á viajar por el país y que conocia sus recursos tan bien como sus inconvenientes, se habia provisto de pieles de buey. En poco tiempo las unieron por sus cuatro ángulos, dándoles la forma que un viajero moderno compara con mucha gracia á la de un papel de envolver mazapanes. Al punto colocaron en ellas nuestros bagajes y fué preciso aventurarme con ellos en una de aquellas estrañas embarcaciones, poniéndose á nado, por medio de una larga correa, algunos de ellos mas ágiles y mas vigorosos (Pl. XXVIII. — 1). Poquísimo me gustaba este modo de viajar; pero tuve que hacer de la necesidad virtud!, y tocando finalmente la ribera opuesta, llegamos sin nuevo inconveniente á las desiertas ruinas de Sta. María la mayor, fundada en 1626 por los jesuitas. ¡Triste y doloroso espectáculo aunque estaba ya prevenido, oprimióseme el corazon al llegar allí. Por otra parte sabia que distábamos poco de los *Tupis*, nacion mas temible aun, aunque agrícola, que la de los Charruas que acabábamos de dejar; pues estando de contínuo en guerra, no perdonan sexo ni edad. Recordaba haber leido que en enero de 1800 habia llevado la destruccion entre Sta. María la mayor y su vecina Mision de la Concepcion, recuerdo nada propio para tranquilizarme, unido á que los Tupis habian sido en todos tiempos los aliados de los Paulistas ó *Mamelucos*, perseguidores los mas encarnizados de los jesuitas y sus establecimientos. Ya no estaba alegre al llegar á Mártires, en Sta. Ana, que ahora pertenece al Paraguay y que sirve de límite entre esta última provincia y la de las Misiones. No cesábamos de recorrer bosques de naranjos y de melocotones que dispuestos, en otro tiempo en forma de hileras, sirvieran de avenidas á aquellas graciosas habitaciones, cuyo sitio indicaba á menudo la cruz, y abandonado del todo actualmente. Llegamos por fin á



1. Passage d'une Rivière au Paraguay.

1. Paso de un Rio en el Paraguay.



2. Chasse aux Canards au Paraguay.

2. Caza de Patos en el Paraguay.

de Sainson del.

VOYAGE

VIAGE

Loreto, fundacion seglar de Nuflo de Chavez, quien en 1555 reunió allí algunos Guazanis, estableciendo lo que se llamaba una *encomienda*, la que fue cedida á los jesuitas en abril de 1911 y trasportada en 1686 en el paraje en que hoy solo se encuentran sus restos. Era esta la primera de las reducciones, y bajo este concepto me interesaba mucho.

Cerca de allí debíamos atravesar el Parana para entrar en el Paraguay: en consecuencia hizo alto nuestra caravana. Mientras que nuestra gente se adelantó para ocuparse de las disposiciones necesarias para nuestro paso, examiné las cercanías. En el mismo sitio en que floreciera la mas antigua de las Misiones jesuíticas recordé cuanto habia leido sobre el orígen, revoluciones y caida prematura de aquella famosa república cristiana, obgeto de tantos escritos, sin que quizás, se hubiese podido comprender nunca perfectamente lo que de ella debe creerse tanto en bien como en mal, en razon de la divergencia de opiniones que de sus fundadores se han formado.

Habia ya mucho tiempo que, en acometimientos sucesivos, se habian establecido los españoles en el Paraguay subiendo por el Uruguay mucho mas allá del punto en que entonces me encontraba. En 1588 habian hecho ya muchos progresos en la provincia de Guayra (Paraguay) los jesuitas Ortega, Filds y Salonio; pero en sus primeros trabajos previeron ya una fuerte oposicion de parte de las autoridades civiles y militares, por la demasiado activa solicitud con que constantemente protegian á sus indios contra la tiranía de los últimos. En 1609 y en 1610 despues de haber fundado á Loreto y á S. Ignacio-Mini, los PP. Cataldino y Maceta concibieron la primera idea de la república cristiana, por la que se apresuraron á pedir el consentimiento y sancion del rey Felipe III. Este príncipe aprobó el proyecto, al cual pusieron luego trabas los seglares, temerosos por los progresos de los nacientes establecimientos, y que ya no les fué posible contener; pues desde 1613 fue preciso enviar nuevos misionistas en socorro de los PP. Cataldino y Maceta á quienes apuraba ya el número de neófitos.

No tardaron á unirse nuevos males á la oposicion sistemática de los seglares, cuya pasion exaltada, atribuia, sin reserva, á los jesuitas todos los reglamentos hechos en la corte de Madrid para librar á los indios del servicio personal de las *encomiendas*, á saber, los frecuentes ataques de los habitantes de Villa-Rica y sobre todo de los habitantes de San Paulo, que aunque cristianos, no se hacian escrúpulo alguno de robar los Indios de las Reducciones, para venderlos luego en los mercados lo mismo que si fueran animales de carga.

Tantos obstáculos que vencer solo servian para inflamar mas el zelo de los héroes del cristianismo; y no menos diestros que activos, viviendo en perfecta armonía entre sí, sosteniéndose con habilidad contra los demás regulares, que eran todos rivales suyos, y muchos de ellos sus enemigos, oponian constantemente nuevos medios para triunfar, á dificultades nacientes al mismo tiempo. Pocos años despues de la formacion de sus primeros establecimientos, tenian ya veinte y nueve Reducciones en el Guayra, en el Paraguay y en el Parana, nacientes todas y débiles, es cierto, pero que á pesar del abandono de la mayor parte de gobernadores enviados por la corte de España para protegerlas, se encontraron pronto en estado de sostener una verdadera guerra con los indios no convertidos. Estos fueron rechazados muchas veces victoriosamente por los neófitos, vengadores de la muerte de muchos de sus Misionistas; porque el zelo de los fundadores empezaba á obtener la sancion del martirio. Por desgracia, privados del apoyo de sus naturales protectores, se hallaban mas débiles contra los repetidos ataques de los terribles Paulistas, aliados de los Tupis y otras tribus no menos bárbaras. En 1631 fuéles preciso abandonar todas las Reducciones, sin exceptuar las mas florecientes, y la iglesia del Guayra vióse pronto reducida á doce mil almas, de las cien mil que la formaban. Una alternativa de buen éxito y de reveses señaló desde entonces, el destino de la república cristiana. Apenas caia una Reduccion por un lado, que se elevaban otras en diversos puntos, y algunas veces en el mismo suelo á pesar de las incesantes guerras, en que los cristianos eran á su vez vencidos ó vencedores; pero está probado por documentos auténticos que desde 1628 á 1630, han quitado y vendido como esclavos los Paulistas mas de 60.000 habitantes de las Reducciones.

Sin embargo, el mismo momento que estas parecian tocar á su ruina, llegaban al contrario, á su mayor esplendor. La experiencia finalmente habia dado á conocer lo que podia esperarse de los neófitos armados y disciplinados. Los jesuitas habian conseguido para ellos el uso de las armas de fuego. Desde 1641, los neófitos no temian ya á los terribles Paulistas. Reunidos contra ellos en número de 4.000 solamente, les mataron en una de sus invasiones 12.000 hombres con gran número de sus ausiliares. Las Reducciones vueltas á construir ó multiplicadas en número de veinte y dos, estaban tranquilas el año siguiente, ya casi gobernadas en regularidad, y gracias á la intrepidez y talentos militares de los neófitos, les fueron devueltos pronto mas de 2.000 cautivos que les habian quitado los mamelucos.

Al paso que triunfaban de este modo, amenazaban nuevas desgracias á sus jefes espirituales, tan perseguidos ya. Los jesuitas habian sido rechazados de San Paulo desde 1640, á consecuencia de una revolucion excitada contra ellos por los breves del Papa poco favorables á los brasileños, y sobre todo á los Paulistas. La enemistad de D. Bernardino de Cárdenas, obispo electo del Paraguay por sorpresa, y al cual no habian querido reconocer, no tardó á serles mucho mas fatal. Despues de haberse visto expuestos por él y por los demás enemigos, á muchas calumnias facilmente destruidas, tuvieron que combatir persecuciones mas directas. Fueron expulsados ignominiosamente de la Asuncion, y perseguidos con encarnizamiento por D. Bernardino, que no dejaba de cargarlos con recriminaciones reconocidas sucesivamente por falsas y calumniosas.

Pero la política y la guerra habian de servir á los progresos de la república cristiana, tan bien como la religion. En 1680, los portugueses habian fundado á las órdenes de D. Manuel de Lobo, la colonia del Santo Sacramento, en la orilla septentrional del Rio de la Plata. D. José de Garro, gobernador de la provincia de este nombre, por la España, reclamó contra aquella usurpacion de un territorio español, como él la miraba. No habiendo hecho caso D. Manuel de sus reclamaciones, recibió D. José del gobierno la órden de atacar la nueva colonia. Reunió algunas tropas, y pidió 3.000 hombres de las Reducciones, que se le enviaron con prontitud, bien armados y bien disciplinados. Estos neófitos contribuyeron poderosamente á la toma de la ciudad, el 6 de agosto del mismo año, con su valor y sangre fria; accion que no tardó á esparcir su reputacion como guerreros, por toda la América meridional: y el 7 de mayo fué firmado el tratado provisional, en virtud del cual el rey de Portugal cedia á la España la colonia del Sto. Sacramento, consintiendo además, en restituir á las Reducciones 300.000 indios y los animales qne se habian llevado los habitantes de San Paulo.

Estaban en paz los jesuitas desde que cesaron las persecuciones de Bernardino de Cárdenas. Otras enemistades los expusieron á nuevas desgracias. Tenian en favor suyo, en Europa, al rey y su consejo, los obispos y todos los hombres mas capaces de apreciar sus trabajos; pero en América, todos los que se veian arruinados con sus familias, por el establecimiento de las Reducciones, cuyos progresos sucesivos les privaban del servicio de los Indios, les eran enemigos desde mucho tiempo. Los mas ricos propietarios estaban siempre en mayor ó menor relacion con los jefes eclesiásticos y civiles, así como con las órdenes regulares, enemigas secretas de los jesuitas. De todo ello resultaba un concierto de enemistades contra estos, que á pesar de su paciencia, destreza, talentos y valor, debia acabar por arrastrar su ruina, la que parece denotaban ya las nuevas persecuciones que les hizo experimentar el odio tan ciego como inveterado de D. Juan de Antequera y Castro. Este magistrado habia sido enviado por la real audiencia de la Plata para restablecer el órden turbado en el Paraguay. Sus intrigas é injusticias lo pusieron todo en combustion, levantando una parte del pueblo contra la otra y envolviendo en la proscripcion de cuanto habia de honrado en el país, á los jesuitas, cuya influencia temia sobre todo. Todo el Paraguay se convirtió abiertamente en una revolucion por él y para él. Su misma muerte en un patíbulo, sucedida á los 5 de julio de 1731, no hizo mas que etxender la insurreccion, dandole un carácter mas grave. Los jesuitas fueron arrojados de nuevo el 19 de febrero de 1732, de su colegio de la Asuncion. Necesitóse para reducir á los insurgentes nada menos que el empleo de la fuerza. Batidos por todas partes, redújoles finalmente al silencio la muerte de sus jefes; y una vez establecido el órden, ya no se pensó en América sino en indemnizar por todos los medios á los jesuitas del daño que les habian ocasionado las calumnias y violencias, cuyo blanco eran desde tantos años.

Hacíaseles justicia en el Nuevo Mundo: pero no sucedia lo mismo en Europa, donde se aumentaban incesantemente sobre su cabeza las preocupanes y los odios. Una memoria presentada á Felipe V por un eclesiástico francés, desde 1716, no recibió otra contestacion del rey, que una cédula del 12 noviembre del mismo año, confirmándoles todos sus privilegios. Reproducida en 1732 fué acogida por algunas personas, dando lugar á un verdadero informe que tomó en nombre del rey D. Vasquez de Aguero, el cual por medio de otra memoria del P. de Aguilar, provincial del Paraguay, y con algunas otras relaciones no menos favorables, refutó victoriosamente todas las calumnias dirigidas coutra los padres, á quienes sobre todo se acusaba de malversaciones financieras.

De todas las diligencias practicadas hasta entonces resultó, que desde 1631, existian veinte Reducciones pobladas por 70.000 indios. En 1715 habia treinta, tanto en el Parana como en el Uruguay, pobladas por 26.480 almas; en 1717 las treinta Reducciones reunidas contaban 121.160; en 1730 se hallaban 29.500 familias, presentando un efectivo 133.700 personas; y en 1737, fecha de la memoria justificativa, el número de familias quedaba reducido á 23.000 á causa del hambre, de las enfermedades y deserciones, como lo atestiguan los catálogos de los párrocos, firmados bajo juramento.

Segun esto pareceria que la época de la prosperidad de la mayor parte de las Misiones del Uruguay y del Parana, que constituian lo que se llamaba la *república cristiana del Paraguay,* fue en el año 1730 y siguientes (mitad del siglo XVII), coincidiendo con la época de la grande insurreccion del Paraguay. De las treinta y seis poblaciones que la componian, solo habia veinte y nueve de orígen puramente jesuítico; porque Loreto, San-Ignacio-Mini, Santa Maria-de-Fé y Santiago, fundadas por los conquistadores antes de la llegada de los Padres, solo habian sido instruidas posteriormente, gobernadas y civilizadas por ellos. De las veinte y nueve poblaciones que realmente se debian á ellos, las diez y nueve fueron fundadas en el tiempo de veinte y cinco años, desde 1609 hasta 1634, justamente en el intervalo durante el cual los portugueses de San Pablo atacaban y perseguian mas á los indios, lo que ha dado márgen á que, con razon ó sin ella, se dijera que en la conversion de estos últimos entraba el terror á lo menos tanto como la persuasion íntima, y de 1634 á 1746, en el espacio de doce años no hubo mas que una fundacion. Sus tres últimas que eran las de San Joaquin, San Estanislao y Belen, datan de los años 1746, 1749 y 1760. La situacion geográfica de estos últimos establecimientos los destinaba á unir las Misiones del Paraguay y del Parana con las de los Chiquitos, segunda república cristiana no menos extendida y floreciente, sino lo era mas, fundada de 1693 á 1745, y que como ella cuenta sus héroes y sus mártires, en las personas de los PP. José de Arce, caballero de Blande, Agustin Castañares; pero partiendo de la mitad del siglo XVII ningun vestigio se encuentra en la historia de progresos reales en la una ni en la otra; al contrario. En 1750, despues de largas disputas, la España cedió á Portugal las siete misiones jesuíticas de la márgen oriental del Uruguay, en cambio de la colonia del Sto. Sagramento. Al punto se insurreccionaron en todos los puntos las poblaciones indias para oponerse á la ejecucion de un tratado que les obligaba á pasar de un territorio que habian recibido *de Dios y de sus padres* á una region desconocida y malsana. Hasta llegaron á sospechar que habian sido vendidos á los portugueses por los mismos jesuitas, hasta entonces sus amigos protectores; pero esta resistencia tan desesperada como inútil no les sirvió sino para entregarlos mejor á sus enemigos. Perecieron en esta cruel guerra un gran número de ellos, á pesar de los talentos de su valiente jefe Sope Tyarayn; y los que pensaban someterse, habiendo escapado al hierro enemigo, veíanse obligados á expatriarse. Esta guerra habia aumentado mucho las preocupaciones contra los jesuitas. Se les miraba, fingíase mirarlos como autores de la revuelta. Sin embargo, en 1761 quedó á un lado el tratado de los límites, con la subida de Carlos III al trono de España. Volvieron á entrar los jesuitas en posesion de sus antiguos derechos; pero los mismos medios que habian empleado para defender sus rebaños, no habian hecho mas que envenenar contra ellos el odio antiguo de las órdenes regulares, zelosas secretamente de su buen éxito. Aunque no les faltasen defensores en las cortes de Madrid y de Lisboa, habia pasado su reinado y su influencia, minada desde tan largo tiempo por las mas atroces calumnias, debia de ceder en ambas cortes por la fuerza de las circunstancias é intrigas de sus adversarios. En 1760 fueron expulsados del Brasil ignominiosamente y ocho años despues....

Sentado en una grande piedra que podia haber sido muy bien la angular de la iglesia de Loreto, rodeado de algunos libros que nunca abandonaba en mis correrías, llegaban aquí mi lectura, mis reflexiones y extractos, cuando me encontré bastante súbitamente con un pequeño anciano vestido con el antiguo traje de Castilla, cubierta la cabeza con un enorme sombrero, y envuelto en un *poncho*, especie de camisa abierta por los lados, de uso universal en el país; acostumbrado ya á las maneras del país, me levanté cuando le ví acercárseme, y quitándome el sombrero, le dije: «Señor, la bendicion! — La tiene Vd. para siempre» me contestó. Luego sin otro cumplido añadió al momento y recorriendo mis libros con la vista: «¿Lee Vd. la historia de nuestros buenos padres? — bien caballero, muy bien! —¿Y por casualidad no seria V. filósofo? — Bien puede uno serlo, señor, le repliqué bastante admirado, y leer la historia de los padres. — Sin duda, sin duda, pero Vds. los europeos, y sobretodo los franceses no conocen á nuestros Padres Jesuitas.... Escúcheme Vd. con atencion, yo voy á dárselos á conocer á Vd. y sentándose á mi lado repuso con mas calma:

«¿Ve Vd. estas ruinas, caballero? en ellas he nacido. La piedra en que estamos sentados formaba parte de la iglesia en donde me bautizaron. Aquí vivieron y aquí han muerto mi padre y mi abuelo Ignacio Amandau, uno de los tres caciques, que con sus colunas de neófitos entraron primero en la plaza del Sto. Sagramento el 6 de agosto de 1680, y que dieron á entender al digno jefe del campo D. Antonio de Vera Música, que sin duda era conducir sus hombres á una muerte cierta, poniendo al frente de su ejército con el pretexto de destruir el fuego de los portugueses, los cuatro mil caballos sin jinetes de que se componia su caballería. Mi padre ha sido por mucho tiempo corregidor de la poblacion, teniendo el honor de dirigir la palabra á monseñor el obispo de Buenos Aires, D. José de Peralta, cuando este prelado visitó nuestras Reducciones en 1743, por órden del rey Felipe V.

Contaba yo entonces seis años, habiendo nacido en 1737. D. José me dió su bendicion, prediciéndome que yo llegaria á ser algo. El gabinete de Madrid no dejó tiempo para cumplirse su vaticinio. Habia empezado yo mis estudios en la mision, completándolos en el colegio de los Jesuitas de Córdova. Á pesar de mis pocos años, fuí elegido á los veinte y cinco, corregidor de Loreto, en sustitucion de mi padre. En 1768 habia ya seis años que ejercia sus funciones, cuando la expulsion de los jesuitas y la destruccion de su sistema. Nada menos habian necesitado que el valor de los mártires y una paciencia celestial, para ganar, conservar y reducir á la obediencia y al trabajo á unos hombres naturalmente feroces, inconstantes y perezosos. ¿Habian de esperar ver derribada en un dia la obra de tantos años de abnegacion de sí mismos y de dolorosos sacrificios? Todavía se ocupaban en hacer florecer las misiones creadas en el Paraguay y en el Parana; al O. en el Tucuman y en los Chiquitos; al S. en los Pampas de Buenos Aires y en Chile, sin hablar de las del Perú y de las Amazonas. Sin duda proyectaban ya otras, y pensaban todavía en los medios de extender sus beneficios, cuando ya estaba resuelta su pérdida por el gabinete de Madrid y consejo de Indias. Llevóse el negocio con el mayor sigilo; D. Francisco Bukarely, encargado de la ejecucion y sucesor de D. Pedro Cevallos, hizo su entrada en Buenos Aires á principios de 1767. Temia D. Francisco y tomó la precaucion bastante inútil de llamar á su lado á los corregidores (yo estaba con ellos) y un cacique de cada Mision para disponerlos para el cambio. Supiéronlo ellos por el camino, dirigiéndose por órden suya á Buenos Aires, lo que no les impidió ir hasta allá, á donde llegaron el 13 de setiembre, afligidos, pero sumisos como sus párrocos, contra quienes habian empezado ya á ejecutarse las órdenes del consejo en la noche del 9 al 10 de julio. No fue necesario el uso de las medidas de rigor que se habian tomado: ¿de que nos hubiera servido la insurreccion? Los jesuitas de Córdova llegaron á últimos de agosto en número de mas de ciento á la ensenada, y unidos pronto á este puerto por los de Corrientes, Buenos Aires y Montevideo, se hicieron á la vela á fines de setiembre, mientras que los otros estaban en camino con igual destino. Todos fueron indignamente tratados en la travesía. El marqués Bukarely partió de Buenos Aires para las Misiones el 14 de mayo de 1768, con un ejército, encontrando por todas partes la misma desolacion, la misma calma y sumision á las órdenes del rey. En cuanto á mi, caballero, esta es mi opinion acerca nuestros padres. No pretendo negar que entre ellos se hubiesen mezclado algunos intrigantes; pero si, digo, que la mayor parte, religiosos de buena fé, solo pensaban en servir á Dios y á los hombres. Yo, indio sencillo, nunca he comprendido nada de la política europea. Dícese que los jesuitas en Europa han sembrado siempre la discordia por todas partes, han asesinado los reyes é intentado apoderarse del supremo poder. Si esto es exacto se ha obrado bien persiguiendo y castigando á los jesuitas europeos; pero nuestros Padres de América solo han ejercido su autoridad con hombres incapaces de gobernarse por sí mismos, y jamás han asesinado á nadie; ¿habíase de hacérseles reponsables de las faltas ó de los delitos de sus hermanos de Europa? Y aun cuando hubiese habido en sus hechos alguna ambicion, bueno es sin duda ser ambicioso para el bien de la humanidad.»

Parecia muy agitado el anciano, yo le escuchaba con la boca abierta; hizo una corta pausa y volviendo á tomar el hilo de su discurso:

«¿Pero como éramos gobernados entonces?... Perdóneme Vd. estos detalles, cuyo recuerdo me gusta todavía; lo que le diré á Vd. de una de nuestras Reducciones, debe entenderse con respeto á las demás; porque, exceptuando algunas disposiciones locales era perfecta la uniformidad entre ellas, y era esto una ventaja.

«Estaba encargado en nombre de la compañía, un *superior de las Misiones*, de vigilar á todos los jefes de las poblaciones. Comunmente habia dos jesuitas en cada Mision: un *cura*, administrador de todo lo temporal, y un *vicario* subordinado suyo, encargado de lo espiritual. Era este último, lo mas comunmente, un misionista recien llegado de Europa, ó un jóven sacerdote que habia acabado sus estudios de teología en el colegio de Córdova, especie de seminario, en donde se proveian las Misiones de sujetos capaces. El gobierno interior pesaba especialmente sobre los misionistas, lo que era preciso; porque ¿qué podíamos hacer nosotros los pobres indios ignorantes y bárbaros? Pero sin embargo, habia diferentes oficiales elegidos por nosotros mismos: un cacique ó jefe militar encargado de la administracion del ejército, y un corregidor como en las ciudades de España, encargado de la de justicia; *regidores y alcaldes* para la policía interior. Un magistrado llamado *fiscal* llenaba las funciones de censor público y un *teniente* ó sustituto del cacique velaba por los niños. La primera infraccion de las leyes era castigada con una reprehension por parte de los misionistas; la primera recidiva con una penitencia pública; y la segunda con el látigo.

«Todas las aldeas estaban construidas en un plan uniforme, y las calles tiradas á cordel. La plaza del mercado estaba en el centro frente de la iglesia, como aquí; y en ella se encontraban tambien el arsenal, los almacenes, los talleres, graneros y la habitacion de los misionistas, que

no era la mas descuidada., como facilmente creerá Vd. Los cementerios estaban igualmente cercanos á la iglesia, plantados de palmeras, naranjos y limoneros en calles; y á alguna distancia de cada Reduccion se elevaba cierto número de capillas, cada una de las cuales correspondia á la entrada de una calle de aldeas, y á la cual conducia una fila de hermosos árboles. Estaba dividido el lugar en muchos cuarteles, cada uno de los cuales tenia su vigilante.

« Las tierras dependientes de la Reduccion estaban divididas en muchas porciones, cultivadas cada una de ellas por una familia; porque no es exacto, como se ha creido ó como se ha querido creer, que nadie poseyese propiedad alguna; pero habia campos comunes que todos los cultivaban, y que llevaban el nombre de *posesion de Dios*, y cuyos frutos estaban destinados al sustento de los enfermos, á los gastos de la guerra, al alivio de la comunidad en tiempo de la carestía. Empleábanse tambien á veces para satisfacer el tributo que por familias se pagaba al rey de España.

« Cada Reduccion contaba dos escuelas. En la una se enseñaban las letras; en la otra, la danza y la música. La música y la danza estaban en uso hasta en las ceremonias religiosas. Los PP. no podian olvidar que sus primeros buenos resultados eran debidos al cántico de los cánticos, cuya armonía llamaba hácia ellos á los primeros neófitos, y debian aprovecharse del género de aptitud que especialmente encontraban en nosotros; porque si no tenemos mucha imaginacion somos á lo menos excelentes imitadores. Así habia en todas partes talleres para las artes y oficios mas útiles, para el dorado, pintura, escultura, platería, relojería, herrerías, carpinterías, fábricas de lienzo, fundicion, etc. Nosotros trabajábamos con perfeccion, acostumbrados como estábamos á estas artes desde nuestra mas tierna infancia. En efecto, sin tratar de los trabajos de agricultura en que eramos felices bajo la direccion de nuestros Padres, edificamos y adornamos., con sus dibujos, algunas iglesias, que por la mayor parte no habrian temido se las comparase con las del Perú y aun de España; pero á pesar de los cuidados prodigados para la educacion general, se escogian de entre el pueblo á los niños que anunciaban disposiciones particulares; y reunidos bajo el nombre de *congregacion*, recibian una educacion particular, propia para formar sacerdotes, magistrados y guerreros.

« Llevaban las mujeres por vestido una túnica blanca, sostenida por un cinturon, con los brazos y piernas desnudas, sin otra cubierta en la cabeza que sus cabellos sueltos por las espaldas. Los hombres usaban el vestido castellano, cubierto durante el trabajo, de una túnica de lienzo blanco; el cual era de color de púrpura para los que habian merecido alguna distincion. El tañido de la campana era para todos el señal del trabajo y del reposo. Las mujeres trabajaban en sus casas, se las distribuia, todas las semanas cierta cantidad de lana y algodon, que estaban obligadas á devolver todos los sábados, pronta para convertirse en lienzos y en hilados; ocupándolas tambien á veces en los trabajos del campo. Habia una *casa de asilo*, á donde se retiraban las viudas y las mujeres sin hijos, en ausencia de sus esposos. Casábanse los jóvenes en muy corta edad; pero los dos sexos estaban separados, hasta en el templo.

« Las Reducciones eran á menudo provocadas por los españoles, por los portugueses ó indios no convertidos; y la necesidad habia obligado á nuestros padres á enseñar el arte de la guerra á sus pacíficos ciudadanos; pero, aunque pronto llegaron á ser en él inteligentes, no se aprovechaban á lo menos de sus talentos para conquistar nuevos países, ni para enriquecerse con los despojos de los vencidos. Los Misionistas, á duras penas, habian obtenido de la corte de Madrid permiso para armarse. Pronto tuvieron pólvora y cañon, una milicia aguerrida, fatal muchas veces á los mismos europeos. Cada poblacion mantenia un cuerpo de caballería, armado de un sable, la lanza y el mosquete; y un cuerpo de infantería que usaba las armas primitivas, la macana, el arco, la flecha y la honda; y además, la espada y el fusil. Pasaba revista á las tropas en la plaza el corregidor todos los lunes, las mandaba hacer el ejercicio, y las adiestraba en las evoluciones por combates simulados, en los que hasta era preciso dar el toque de retirada, para evitar algunos accidentes.

« Lo que sobre todo caracterizaba á las Misiones, era el brillo y el lujo que desplegaban nuestros padres en el culto y ceremonias religiosas. Habian conocido ya que era preciso estimular por la vista á imaginaciones naturalmente lentas y aletargadas. Nuestras iglesias resplandecian con el oro, la plata y pinturas; y en los dias solemnes, el piso estaba sembrado de olorosas flores y rociado con esencias. ¡Que interés presentaba el ver, todas las mañanas, los niños de ambos sexos dirigirse á ellas, desde el alba, al sonido de la campana para orar, y despues de la puesta del sol, por la noche, para asistir al catecismo! Pero en los domingos y dias festivos, ¡que asistencia y que piedad! Hasta admiraba á nuestros visitadores.... No es raro encontrar, en sus relaciones sobre la piedad de los neófitos, reflexiones nada ventajosas á los antiguos cristianos. Las visitas de los obispos, demasiado raras, á causa de las distancias y de la dificultad de los caminos, eran recibidas en las

Misiones con una mezcla chocante de aparato guerrero y religioso. Toda la milicia estaba sobre las armas en el camino, sembrado de flores, y adornado con arcos triunfales de verdor. Las mismas ceremonias, el mismo afecto, é igual sumision se mostraban en las de los gobernadores y comisarios reales, solo con algun mayor fausto militar. Pero especialmente la festividad del titular de la iglesia y la del Santo Sacramento eran aquellas en que nada se descuidaba para desplegar un suntuoso lujo, que borraban la decencia y sincera devocion, cuyo principal ornamento constituian. Tales son caballero las instituciones que extirparon á la larga, una multitud de vicios demasiado arraigados entre nosotros, la lijereza, la inconstancia, la embriaguez é incontinencia, sustituyendo á ellos en las Misiones las virtudes opuestas; ¡ triunfo inaudito seguramente, que solo puede obtener la religion! ¡ Y que despues se repute como á un crimen el que nuestros padres hubiesen tomado tantas precauciones para prohibir la entrada en sus establecimientos á los españoles, y en general á los extranjeros, que solo podian permanecer tres dias en ellos; y el que los rodeasen de profundos fosos, guarnecidos de empalizadas, proveyéndolos de puertas y cerrojos, y guardándolos con la mayor vigilancia! Y aun cuando, ¡ por nuestra Señora de Loreto! no hubiese alguna exageracion en aquellos informes ¿no habian adquirido el derecho de impedir á los lobos que entrasen en su redil?.. Se ha dicho que interceptaban todas las relaciones con el soberano, gobernadores, obispos.... Mera calumnia, que no hay necesidad de refutar. Su gobierno, se ha dicho tambien, que era enteramente arbitrario; pero se confiesa que disfrazaban su despotismo con fiestas, bailes y torneos, con la moderacion del trabajo impuesto, y alimentando y vistiendo bien á sus esclavos. De buena fé, caballero, ¿ es eso despotismo? Nuestros verdaderos tiranos son los que derribaron este magnífico edificio. Desde la revolucion de 1768, habia perdido yo el destino de corregidor de Loreto; pero seis años de desempeño de funciones municipales me habian puesto en estado de comparar las cosas antes y despues de ella. Los frailes mendicantes que reemplazaban á nuestros curas podian tener buenas intenciones; pero ignorantes y rudos no comprendian sus intereses ni sus necesidades; y en cuanto á los administradores civiles, atendian mucho mas á sus propios negocios que á los nuestros, robándonos y empobreciéndonos á cual mas. Seguramente la division de los poderes era buena en teoría; pero nada valia su práctica, porque continuamente habia choques de autoridades entre sí. Despues de un largo ensayo de este mal gobierno, y hecha con nosotros la prueba de sus inconvenientes, quisieron sustituirle la propiedad y libertad individual, que tampoco valia mas para nosotros, y finalmente, bajo unos jefes que no sabian disponer los ataques, ni defendernos; desgraciados en nuestros hogares, vímonos sorprendidos alternativamente por los brasileños, los españoles y los paguayas, y últimamente expuestos á la rapiña de las tropas del doctor Francia, bajo la supuesta proteccion de Artigas. Yo ví á los últimos llevarlo todo por órden suya á sangre y fuego en el país, y robarnos hasta las campanas.... De esta suerte se consumó la ruina de aquella república cristiana, verdadera realizacion, en política, de la república de Platon (1), que poco podia esperarse hallar algun dia en nuestras llanuras; y en moral, la ejecucion mas completa que puede darse en este mundo de los preceptos del Evangelio. »

Vinieron á anunciarme los compañeros de viaje que me aguardaban las canoas que habian ido á buscar en la opuesta orilla, y que era preciso partir. Su llegada puso fin al discurso del anciano, que yo me habria guardado bien de interrumpir. Levantóse el buen indio, me acompañó hasta la ribera en donde quiso asistir al embarque de nuestros bagajes y á mi partida; y al instante que yo subia en mi canoa, tomóme afectuosamente la mano, me la apretó con fuerza, y me dijo saludándome profundamente: « ¡ Adios, caballero, feliz viaje! ¡ Dios le preserve á V. del doctor Francia, y acuérdese V. en sus oraciones, del último corregidor de Loreto! » Y se alejó.

La provincia de las Misiones, considerada geográficamente, es una larga faja de terreno que se extiende en direccion N. E. y S. E. limitada al N. por el Parana y al N. E. por la vasta selva en cuyas cercanías habia encontrado yo á la familia de los Charruas. Báñala en la frontera oriental el Uruguay, que la separa del imperio del Brasil, y á la parte de O. tiene por límites naturales, al N. la laguna Ibera, y mas al S. el *Rio Miriñai* que, saliendo de esta laguna, va á perderse en el Uruguay, siguiendo desde su nacimiento hasta su desembocadura, una direccion N. y S. casi perpendicular á este último rio. El Rio Miriñai con el *Rio Agopey* forman el curso de agua interior mas notable de toda la provincia. En este inmenso territorio florecian aquellas quince hermosas Reducciones de entre el Parana y el Uruguay, de las cuales acababa de recorrer algunas. La mas septentrional era *Corpus*, tal vez insiguiente de las memorias, la residencia mas agradable de

(1) ¿No se diria que nuestro buen corregidor habia leido á Montesquieu? Por otra parte es bastante notable que los mejores escritores del siglo XVIII, sin exceptuar á Voltaire, estén contestes en hacer el elogio de la república del Paraguay.

la provincia, y la mas meridional *Yapeyu*, donde poseian los jesuitas un colegio magnífico. Entre ellas se hallaba *Candelaria* situada en la orilla izquierda del Parana, y que en algun tiempo fué la capital de la república cristiana. Ahorro á mis lectores la nomenclatura de todas las demás residencias, con mas justo motivo, cuando hasta el sitio que ocupaban, á lo menos muchas de ellas, ha llegado á ser en el dia el objeto de controversias geográficas que no presentan un interés general; pero no pueden dejar de notarse las infinitas *estancias*, ó pesebres, diseminadas por los jesuitas en todo aquel terreno, para el servicio de sus Reducciones. Aunque faltas de sal, sustancia tan útil para alimentar á sus animales, aquellas estancias no dejaban de ser por esto un manantial de inmensas riquezas para sus propietarios. Puede dar de ellas una idea la sola estancia de Santa Tecla, que en el tiempo del apogeo de los jesuitas, alimentaba hasta 500.000 cabezas de ganado.

El suelo de las Misiones produce muy pocas plantas raras ó útiles, que le sean propias, pero no obstante se notan pertenecer á esta clase, el *curiy*, especie de pino, cuya semilla comen los naturales, plantado en la provincia por los jesuitas; el *ybaro*, de que habian formado una larga calle hasta la fuente de su poblacion de los Apóstoles porque sus frutos podian servir á las indias de jabon; un árbol llamado *incienso*, cuya resina es realmente una especie de incienso muy fino, del que se servian para las iglesias; el *palo santo* (sasafrás), tambien muy odorífero; y finalmente el famoso *aguaraibay*, que se encuentra en abundancia en toda la provincia, pero especialmente en las márgenes del Uruguay, árbol alto cuyo tronco es algunas veces ancho como el cuerpo de un hombre y cuya resina, que se obtiene de sus hojas mediante la ebullicion, se tiene con razon ó sin ella, por una panacea ó remedio universal.

Despues de una hora de navegacion á corta diferencia, empleada en luchar contra una corriente bastante rápida, abordamos por fin á la orilla opuesta. Ya me hallaba en el Paraguay.

CAPÍTULO XXXII.

PARAGUAY.

¡En el Paraguay! No estaba libre de un sentimiento de temor secreto al llegar á esta tierra misteriosa, objeto desde largo tiempo de tantas hipóteses aventuradas; esta tierra tan nueva aun para la curiosidad de la Europa, y cuyo menor atractivo no es, seguramente, el carácter del hombre singular que en ella gobierna, de este Napoleon en pequeño, cuya vida no parece ser otra cosa que la parodia de la de aquel terrible dominador de la moderna Europa.

Apenas desembarcamos, recogimos nuestros bagajes y nos pusimos en camino, costeando de cerca las márgenes del hermoso Pozana, al cual nada dañaban en mi espíritu, los recuerdos todavia recientes del Orínoco y del Marañon; quizá menos variado en accidentes, porque corre constantemente por estériles llanuras, pero no menos imponente por la masa de sus aguas. Por desgracia yo me encontraba en él en la época que este rio inunda sobre todo los campos que riega; lo que no dejaba de complicar algo las dificultades del viaje.

Acercábamonos á Itapua, primer lugar que habiamos de encontrar en el país, cuando fuimos detenidos bruscamente por una docena de hombres con levita azul, pantalones blancos y sombrero redondo, armados con sables, pistolas y carabinas, y acompañados de algunos otros bastante mal equipados, con vestidos campesinos y lanzas. Pidieron en un tono imperativo nuestros pasaportes, y sin aguardar contestacion, nos rodearon y condujeron al comandante militar de Itapua, mas pronto de lo que hubiéramos llegado solos nosotros mismos. Era un destacamento de las numerosas *guardias* de que ha cubierto el dictador las márgenes del Paraguay, del Parana y del Uruguay, para impedir la salida de su imperio, que se asemeja bastante á la cueva del leon de la fábula; porque todo entra en él pero nada sale. No permite que salgan los naturales, por temor de que á su vuelta, no traigan ideas liberales que pudieran perjudicarle; á los españoles, porque los mira como á rehenes; á los extranjeros para servirse de ellos como á unos terceros para con las potencias europeas. No se le ocultan los inconvenientes que hay en conceder la entrada á los últimos; pero estos inconvenientes son mas que compensados por la exactitud con que vela sobre ellos. Ha establecido por todas partes una policía de las mas inquisitoriales y de las mas vejantes la que ejerce por medio de todos sus empleados. Hasta se encarga muchas veces de ejecutar por sí mismo sus decretos; pero estaban particularmente encargados de ellos los alcaldes en las ciudades, y los comandantes en el campo; los cuales tienen bajo sus órdenes á unos *celadores* que todo lo ven y observan con una sagacidad sorprendente y un zelo ejemplar, tanto de dia como de noche. Además tiene á su disposicion una especie de policía secreta de que voluntariamente se encargan algunos aficionados. Para mayor seguridad, ha suprimido el correo, dejando no obstante en pie á los dependientes, tanto para la expedicion de los despachos oficiales, como para percibir los portes de las cartas particulares, que subsisten del mismo modo que antes. Por este medio se

procura el dinero y se halla asegurado de todas las cartas que salen ó entran. Las abre sin el menor escrúpulo, deteniéndolas ó enviándolas, segun le convenga ó nó su contenido; por lo que no se toman el trabajo de sellarlas. Por fin no puede salirse del país ni recorrer su interior sin pasaporte, librado exclusivamente por el dictador para la salida, y para el viaje por los comandantes.»

En virtud de esta última medida fuimos detenidos; al punto que entré en casa el comandante, padecí todos los trabajos imaginables para contener la risa al verle cubierto de una larga bata de indianas, vestido *oficial*, especie de uniforme que, á imitacion del dictador, usan los comandantes y alcaldes y en general todos los empleados, sin quitárselo jamás ni aun para montar. Este comandante parecia ser muy bello sujeto; excusó del mejor modo que supo á su gente, por el modo tan brusco con que habian cumplido con su cargo; luego, despues de haber revisado mi pasaporte brasileño díjome que me habia de aguardar algunos dias en la frontera para que volviese un mensajero que iba á mandar á la Asuncion, para instruir al dictador de mi llegada y saber si era de su gusto que yo atravesase el país en calidad de viajero con que me anunciaba. «Por otra parte, añadió, haré todo lo posible para que el tiempo no le parezca á Vd. demasiado largo. La circunstancia de ser Vd. francés, no es á mi vista un motivo de reprobacion, como para muchos de mis compatricios; al contrario.... Yo y dos ó tres personas mas, que pronto conocerá Vd. queremos mucho á los franceses.... »

El dia siguiente me condujo el bueno del comandante á casa del cura y á la del alcalde de Itapua, á quienes invitó á pasar la noche en la suya con el *señor francés*. Yo tenia ocasion de examinar la poblacion á medida de mi gusto, que era de las primeras fundaciones de los jesuitas, pues que data de 1614, pero no estaba situada entonces en el paraje que ocupa. Todas las habitaciones, como en todos los pueblos jesuíticos, están cubiertas de tejas y sus paredes de ladrillos cocidos, y el todo, por otra parte dispuesto en calles y plazas como en Europa, á diferencia de las aldeas y parroquias, cuyas casas están diseminadas por el campo, excepto un pequeño número de agrupadas al rededor de la iglesia, como las del cura, del mercader, del droguero y del herrero, que al mismo tiempo tiene una especie de taberna *(pulperia)* de las mas pobres.

En el curso de este paseo, me divirtió mucho el ver á los niños ejercitarse en el campo, en lo que se llama la *cimbra*, arco de dos cuerdas reunidas en su centro por una piel, encima de la cual á modo de flecha se pone una esfera de tierra cocida que se despide tendiendo el arco, de modo que vaya á dar contra los pájaros con suficiente fuerza para aturdirlos ó hasta para matarlos; lo que ejecutan los naturales con una precision y destreza extraordinaria, pudiendo responder las mas de las veces de la mitad de sus golpes á lo menos.

«La aldea que acaba de ver Vd. me dijo mi huésped á nuestra vuelta, no cuenta mas que mil cuatrocientos habitantes: pero situada en el Parana, entre el territorio de las Misiones por una parte y el Paraguay por la otra, podria adquirir una importancia comercial, como llave del comercio para el norte y el mediodia. Hasta ha procurado Su Excelencia establecer allí una especie de factoría en 1822, con la que esperaba conciliar el interés de su aislamiento político con el del comercio cuya necesidad conocia; pero las trabas que él mismo ha puesto á las operaciones no han tardado á echarlo todo á perder y el proyecto ha sido abandonado. Por otra parte M. Bonpland ha procurado ponerse en comunicacion con Su Excelencia dos veces distintas por Itapua... —¡M. Bonpland! le contesté interrumpiéndole; ¿lo conoce Vd? — Mucho, y no ignora Vd. que es prisionero de su Excelencia desde 1821; pero podrá Vd. ver á su digno compatricio, porque pasará V. por cerca del lugar que habita. Su Excelencia le acusa de haber mantenido relaciones con sus enemigos en la época del paso de Artigas, ocultando por otra parte sus malos proyectos con la formacion de un establecimiento para preparar la yerba del Paraguay. En consecuencia envió cuatrocientos hombres, los cuales despues de haber destruido el establecimiento condujeron á muchos prisioneros, y con ellos á M. Bonpland, á quien señaló para su residencia á Santa María de Fe, de donde no puede alejarse mas que algunas leguas. » E inclinándoseme al oido como si temiera que alguno le oyese. «Creo, prosiguió en tono mas bajo, que Su Excelencia se engaña. M. Bonpland se halla muy distante de las miras políticas que se le suponen. Si ha entablado relaciones con los jefes de las Misiones, es porque de ellas dependia enteramente el buen éxito de su establecimiento. En todo caso, para apoderarse de un hombre solo, no era preciso degollar á una partida de indios, y herir á M. Bonpland con un sablazo en la cabeza, cuando no oponia la menor resistencia; no era preciso robar sus efectos, conducirle con hierros en los pies hasta Santa María y olvidar que en el camino ha cuidado por sí mismo á los soldados de Su Excelencia que habian sido heridos en la expedicion.... » Interrumpió la comunicacion confidencial del bravo comandante la llegada del cura y del alcalde, que ya me trataban como antiguo amigo.

Pronto circuló por la pequeña reunion el *mate*

de plata; ya se sabe que se da este nombre á la infusion de la hoja de la *yerba del Paraguay*, reducida á polvo que tiene alguna analogía con el té, y que en casi toda la América meridional es un objeto de primera necesidad para todas las clases, en todos los estados de la vida. Se echa primero en la taza la yerba con el azúcar; se derrama encima agua caliente, y cada uno á su vez lo aspira con un tubo de plata que designan con el nombre de *bombilla*. El comandante además hizo servir aguardiente de caña de azúcar, y el fuego de este ardiente licor, unido al de los cigarros que nos presentaban encendidos las doncellas de la casa, despues de haber aspirado ellas mismas algunas bocanadas, parecia comunicarse ya á todas las cabezas. Hablaban muy recio, hasta se gritaba un poco en casa del comandante de Itapua, cosa apenas creible en un país en que la prudencia es á menudo un negocio de vida ó muerte. Verdaderamente yo hubiera podido envanecerme de la confianza de aquellos buenos sujetos, si se hubiesen mostrado algo mas sobrios. Yo era francés, decian; yo era incapaz de venderles. El cura llenaba de invectivas al dictador por haber abolido las corporaciones religiosas, manifestando para los sacerdotes el mas profundo desprecio y un odio inveterado. « Quizás, padre, decia el alcalde, debia hacerlo con mas comedimiento; pero Vd. convendrá en que nuestros Padres lo tenian bien merecido por sus desórdenes. No ignora Vd. por ejemplo, que el prior de los Dominicos, se vanaglorió de tener veinte y dos hijos de distintas mugeres....— Pase, dijo el cura; pero ¿que son un obispo y su vicario, un capítulo, algunos curas y solo cinco monasterios para la administracion espiritual de un país como este? y luego ¿porqué reunir en su persona el gobierno temporal y espiritual? Así pues, ¿qué ha resultado de esto? somos entretanto los esclavos de Francia. Nos nombra y nos revoca como le acomoda; y hasta ha introducido modificaciones en el culto; ya no hay fiestas, ni procesiones, excepto la de la festividad del Señor... Añada V. pues, padre mio, dijo el alcalde, que ha abolido tambien una multitud de groseras supersticiones, como las imitaciones grotescas de la Pasion, la fiesta del asno etc., en lo que ha hecho muy bien. Si alguna cosa encuentro á menos, es que se tome tan poco cuidado por la instruccion pública. —Quéjese Vd. de ella, replicó el sacerdote; ¿no tiene Vd. la enseñanza mútua en sus escuelas primarias, á donde se halla obligado Vd. á enviar á sus hijos, los cuales á la edad de seis años á menudo han de hacer para ir á ellas muchas leguas á caballo, entre la ida y la vuelta? Es verdad que no hay escuelas de niñas, y que es raro encontrar aquí un hombre independiente que sepa leer y escribir; pero ¿quien sabe? podria muy bien entrar en las miras del dictador, el tenernos á todos en la mas crasa ignorancia. Los Paraguyas naturalmente están dotados de ingenio; son mansos, hospitalarios y generosos; tienen patriotismo y tal vez con mayor instruccion, se guiarian con mas dificultad en vez de que sirviéndose de su lijereza y de su indolencia, cansados de arbitrariedades, y quitándoles el comercio, animándoles al desórden con el desprecio de la religion, se constituye su amo mas fácilmente.... — Un momento, padre, replicó el alcalde.... Todos esos males, en que convengo, han tenido sin embargo su compensacion. Si la moral se ha deteriorado entre el pueblo, la civilizacion progresa en la clase superior. Abolida la inquisicion y el despotismo de los sacerdotes, ha ganado en ella el gusto por la instruccion. En el dia, en las pensiones particulares que la capital contiene, nuestros jóvenes de ambos sexos no leen mas que libros llenos de una piedad miserable; y si Su Excelencia no reanima estos establecimientos, á lo menos que no les ponga trabas. Finalmente la frecuente llegada de extranjeros nos ha puesto en relacion con el siglo; y nuestras mujeres sobre todo, que en general nos son superiores con respeto á la inteligencia, ayudan mucho á este movimiento. No trato de nuestra hacienda; Su Excelencia conserva demasiado bien el secreto para que sea posible apreciar sus recursos. Todos nosotros, funcionarios públicos, sabemos que nuestros honorarios no arruinan el tesoro; los trabajos de utilidad general tampoco le cuestan mas caros; y los diezmos, la *alcabala* (1), el impuesto de las tiendas, el de las casas de piedra de la capital, los derechos de entrada y salida, los del papel sellado, de las postas, multas y confiscaciones, el derecho de herencia y el producto de los bienes nacionales; todo esto reunido, merced al órden que en ello ha puesto, debe producirle cierta suma; pero señores, aun cuando el gobierno no fuese muy rico con todo eso, nos quedan el mate y la madera de construccion; nuestra agricultura va mejorando, nuestra industria fabril toma un grande vuelo, y nuestro comercio puede restablecerse. Entreveo una próxima era de dicha para el Paraguay. Esperémoslo todo del tiempo y.... ¡de la libertad! iba seguramente á añadir el bueno del alcalde, cuyo patriotismo iba exaltándose á ojos vista.... « ¡Bien señor alcalde, muy bien! exclamó á su vez el comandante; pero ¿nada tiene el estado militar? Olvida Vd. que en la actualidad contamos con cinco mil hombres de tropa de línea y cerca de veinte mil de milicia, cuando en tiempo de los Españoles solo teniamos tropas de la última especie. ¿No sabe Vd. que en el arsenal

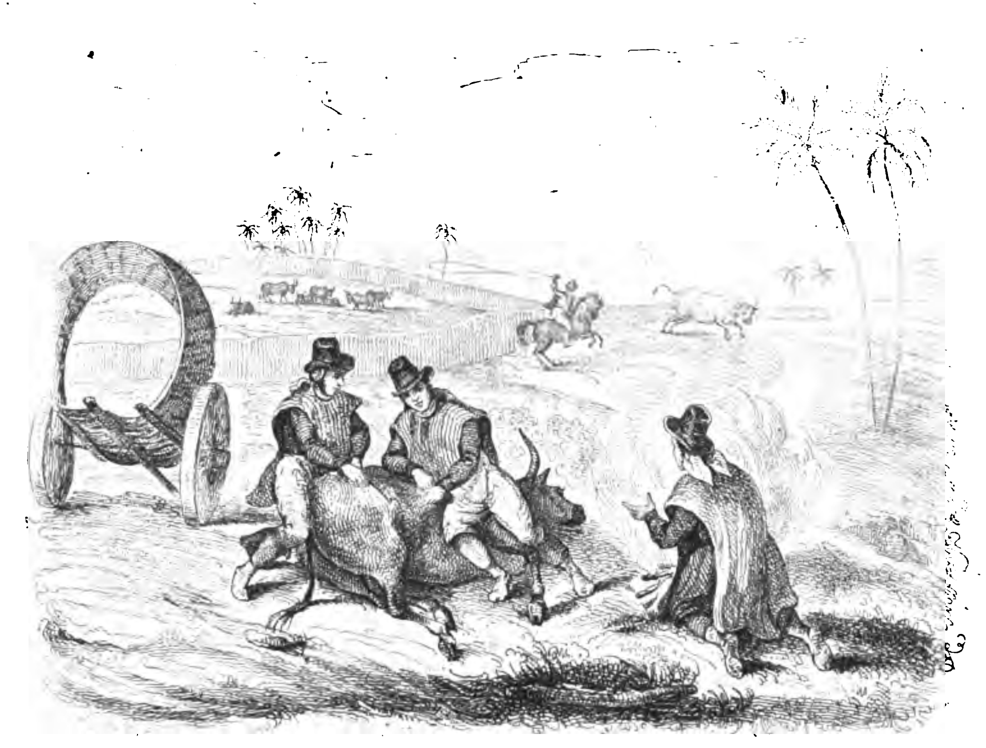
(1) Derecho del 4 p $\%$. sobre todas las mercaderías vendidas, tanto por mayor como por menor, asi como sobre los objetos cedidos por los particulares.

tenemos mas de doce mil fusiles y carabinas, igual número de sables y pistolas, infinitas lanzas, de cincuenta á sesenta cañones, tanto en la capital como en las fronteras? Convengo en que no siempre es muy militar nuestro uniforme aunque maniobremos bastante bien y ejecutemos medianamente el ejercicio, ya sé que nuestra disciplina, severa hasta rayar en crueldad, no impide que vivan nuestros soldados en el mayor libertinaje, al cual, como Vd. sabe, gusta con harta frecuencia á Su Excelencia incitarles; pero no nos falta valor y exactitud en el servicio. Es verdad que nuestra milicia mal armada, mal disciplinada, nunca adiestrada en las maniobras ni revistada, no presenta tantas garantías, y algunos pretenden que con tan débiles recursos no pudiéramos resistir á enemigos exteriores aunque solo fuesen en número de tres ó cuatro mil; pero señores, ¡por mi santo patron! créanme Vds., en caso necesario sabríamos defender (señalando su escarapela encarnada, azul y blanca) nuestros colores nacionales y sostener la divisa en nuestras banderas: *¡Libertad ó muerte!*

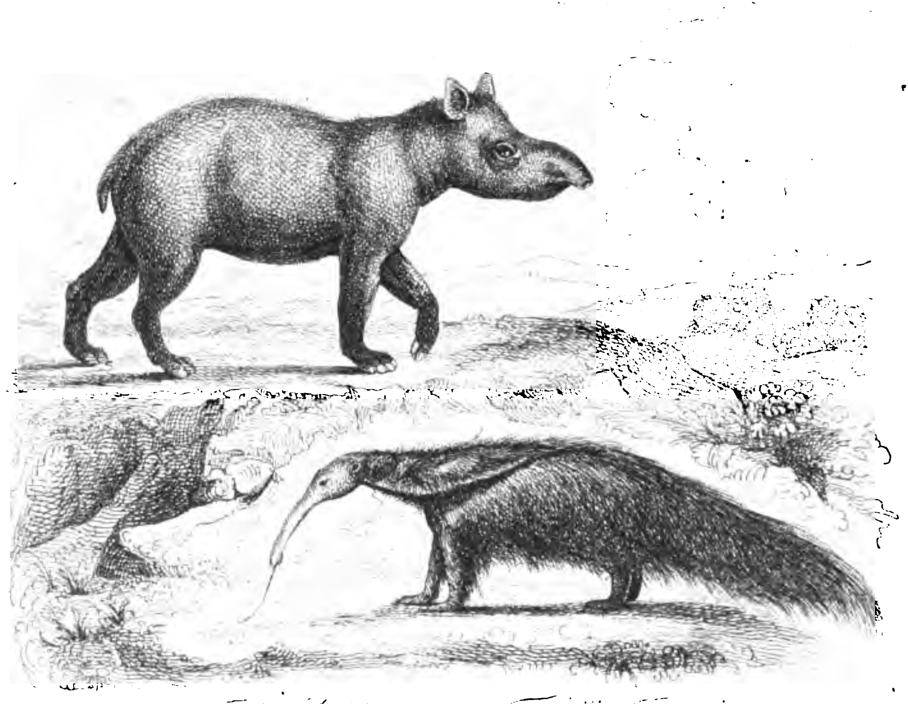
Aplaudieron mucho el cura y el alcalde este grito del jefe militar; pero durante su discurso se habian sin embargo entibiado algo seguramente, porque parecian sorprendidos y hasta alarmados por el atrevimiento con que habian hablado. Tranquilizélos pronto; cuando hubieron partido me dijo el comandante: «El señor alcalde no lo ha dicho todo acerca la administracion del doctor Francia, que en suma concentra en él todos los poderes. El *ministro de hacienda* no es mas que su primer empleado; el *fiel de fecho*, especie de secretario de estado, escribe las respuestas que él le dicta, sus secretos y sentencias. De igual suerte dispone de los alcaldes que á un tiempo son jueces civiles y criminales, jueces de paz y comisarios de policía; del *fiel ejecutor*, inspector del mercado, y encargado de comprobar los pesos y medidas; y por fin, *del defensor de menores*, encargado de la tutela general, comprendiendo la de los esclavos. El Paraguay está dividido como en otro tiempo, en una veintena de círculos ó comandancias, de las cuales cada una tiene su jefe, á la vez comisario de policía, juez correccional y juez de paz, con celadores ó agentes inferiores de policía bajo sus órdenes, uno por partido ó porcion de círculo. La parte del país llamada las *Misiones* (la que Vd. va á atravesar), en una extension de mas de seiscientas leguas cuadradas, en la ribera derecha del Parana, al S. E. de la Asuncion, tiene su administracion algo distinta; contiene las ocho poblaciones de indios que establecieron en ella los jesuitas, y algunos blancos que han fijado allí su residencia desde la expulsion de los jesuitas y sometida toda á un subdelegado ó teniente del gobierno, al que obedecen los comandantes encargados del gobierno de los blancos como en lo restante del país y los administradores que rigen á los indios ocupados en el fondo del terreno, explotándolo en provecho del Estado. En cuanto á las leyes, de derecho son las mismas que en tiempo de los españoles; pero desde la declaracion de la independencia andando de excepcion en excepcion, no ha habido de hecho, otras que la voluntad de los succesivos gobernantes: solo las conoce Su Excelencia, y lo mas á menudo son ignoradas del pueblo á quien pertenecen y hasta de los jueces que deben hacerlas regir; casi todos estos son de los mas sencillos, escogidos de las clases inferiores del pueblo. Su Excelencia tiene sus razones para ello. Las causas civiles ó correccionales comunmente son remitidas á los alcaldes ó á los comandantes de los círculos; pero las criminales pasan directamente á Su Excelencia quien decide segun su capricho, sin haber oido al acusado, ó lo remite antes á uno de los alcaldes, castigando como á crímen de estado todo acto ó palabra que le parezca atentar á su autoridad, ó á la del menor de los empleados. Por otra parte juzga por sí solo á los militares, á los que segun los casos manda fusilar sin piedad ó perecer á palos. «¿Y pueden Vds. vivir bajo el mando de semejante hombre? — ¿Que quiere Vd.? repuso el comandante. Se pasea todas las tardes á caballo, rodeado de guardias; á su paso debe estar todo cerrado por las calles, y el imprudente que se atreviera á mirarle seria fusilado inmediatamente; pero por esto no es menos amado de los habitantes. Todos se descubren por respeto al pronunciar su nombre, é imaginan que oye todo cuanto se dice en el país, creyéndole brujo la mayor parte de ellos.»

Despues de lo que acababa de oir, y mi paseo por la mañana solo podia retenerme en Itapua la voluntad del dictador. Finalmente, á los cinco dias volvió el expreso con la autorizacion pedida. Ya no pensé mas que en marcharme despues de haber aumentado el número de caballos y el séquito en la perspectiva de un largo viaje, despues de haber dado las gracias á mi digno huésped y á sus amigos por su acogida y de haberles repetido la palabra de portarme con prudencia y de no comprometerlos.

Dirigímonos hácia San Cosme, poblacion fundada por el jesuita Formoso en 1634. En el dia solo presenta de notable su situacion, cerca de Parana, frente la isla de *Apuipé*, la mayor del rio y cercana al inmenso *estero y bañado* de Ñembucu, terreno enteramente anegado y cubierto de juncos, como se encuentran en grande número por toda aquella parte. En el camino habíamos de atravesar cinco ó seis afluentes del grande rio, operacion lenta y bastante difícil en especial cuando están altas las aguas; pero la pelota, de que he hablado ya, hizo esta otra



3. Marque des Bestiaux au Paraguay.
3. Marca de los ganados en el Paraguay.



4. Tapir d'Amérique. 5. Fourmilier Tamanoir.
4. Tapir de America. 5. Hormiguero Tamanoir.

vez su oficio. En cuanto á nuestro carro de bagajes, á medida que llegábamos al borde de uno de los arroyos, se le descargaba y ponia en el agua, remolcándolo dos caballos que unciamos á él por medio de una larga correa, guiándolo un hombre montado en uno de ellos, al paso que otro se colocaba en pie detrás del carro para servirle de contrapeso y mantenerlo en equilibrio, cuando la fuerza de la corriente lo inclinaba á derecha é izquierda (Pl. XXVIII.— 1). De este modo en el país se pasan todos los pequeños rios.

Nada habia de detenernos en S. Cosme, y proseguimos nuestro camino, costeando muy de cerca el estero de Ñembucu, cubierto de una innumerable cantidad de patos, á los cuales no dejamos de pasar por el filo del acero con mis hombres; porque empezábamos á experimentar la necesidad de economizar nuestra provision de *charque* ó *tasajo* (carne desecada) alimento principal de los habitantes de aquellas regiones. Habia tan considerable número de ellos que un fusilazo era suficiente para hacer caerlos á docenas; por lo que pronto estuvimos surtidos de provisiones por largo tiempo; pero algunos de mis indios que no tenian fusil, los cazaban con tan buen éxito, por medio de tres bolitas, adaptadas al extremo de otras tantas largas correas, que lanzaban sobre los patos, haciéndolas dar vueltas, para enlazar sus alas, y obligarlos de este modo á caer á sus pies, sin poder desenlazarse (Pl. XXVIII. — 2).

En Santiago, dejamos el borde del estero que hasta entonces habiamos seguido y empezamos á internarnos por el país, adelantando hácia el N.

Al llegar á Santa Rosa vi confirmado lo que me habia dicho el comandante de Itapua. El nombre de M. Bonpland era de los mas populares, y era de ver como todos los vecinos de la poblacion querian acompañarme al *Cerrito* situado entre Santa Rosa y Santa Maria de Fé y al cual habia escogido para su habitacion. Antes de ir á él, quise, con el fin de formarme una idea del antiguo esplendor de las Misiones jesuíticas, visitar los restos de la de Santa Rosa, formada en 1698, de una porcion de la de Santa Fé. Era tal el brillo de su templo, que robado por distintas veces por algunos gobernadores del Paraguay y por algunos administradores suyos, luego despojado mas recientemente por el dictador, del oro y de la plata que aun le adornaban, no deja por esto de merecer un rango distinguido entre los mas hermosos y mas ricos del país. En cuanto á su prosperidad agrícola, contaba Santa Rosa mas de ochenta mil cabezas de ganado, sesenta años atrás; en la época de la revolucion, apenas le quedaban diez mil. Este sitio y por otra parte, la época en que yo me encontraba en él, no eran á propósito para continuadas observaciones sobre la agricultura. Dejélas pues para otro tiempo y para otras localidades; pero notando en todas las vacas y bueyes que habia por todo el camino, que era igual la señal como mostrando pertenecer á un mismo propietario, debia tomar apuntes con ardor, de los detalles que recogia sobre el modo como se verifica aquella singular toma de posesion, la marca de los animales, que se conoce en el país con el nombre de *hierra;* detalles que reasume del mejor modo posible un pasaje del viaje de M. d'Orbigny en la América meridional. El autor, despues de haber pintado un toro que van á marcar, perseguido por el caballero que arma el terrible é inevitable lazo, representa al pobre animal echado por tierra finalmente por los esfuerzos combinados del hombre, del lazo y de los demás, que acostumbrados á tan arriesgada profesion, lo mantienen echado é inmóvil, sujetándolo los unos por la cola, otros por las astas, y otros finalmente, cargando sobre él con todo el peso de su cuerpo. Acude entonces el marcador, que le aplica el hierro ardiente, en las nalgas en medio de las costillas, ó bien en la espalda. » Esta señal, añade, consiste comunmente en la letra inicial del propietario, adornada con flores destinadas á hacerla distinguir de todas las que podrian parecerle; y en todas las provincias las distinguen, hasta de lejos, con extraordinaria sagacidad, los habitantes del campo que tienen llena la memoria de todas aquellas señales (Pl. XXVIII. — 3). »

Igualmente divertíme mucho observando, durante el camino, las maneras de los hormigueros (*myrmecophaga, Linn.*) animales de la familia de los edentados, de cuerpo, cola y cuello muy gruesos, con una cabeza en forma de bocina, y la lengua filiforme y desmesuradamente larga. La introducen en los hormigueros, y por medio de la sustancia glutinosa de que se halla cubierta, sacan las hormigas de que se alimentan; de donde les viene su nombre. Conócense dos especies; el *tamandua* ó *ñurumi*, la mayor, habita los sitios bajos, y hasta segun se dice, se defiende del jaguar. Cuando se vé sorprendido, se echa de espaldas, le aprieta con sus patas, húndele en los costados sus terribles uñas de cuatro á cinco pulgadas de longitud, y si muere, muere por lo menos vengado cruelmente. Se han visto tamanduas de cerca cuatro pies y medio, sin comprender la cola, que tiene mas de dos. La otra especie, el *pequeño tamandua* ó *caguari*, no tiene menos de dos pies, ni mas de tres y medio, inclusa la cola. Mas pequeña, pero mas ágil que la otra, se distingue además por su cola prensil que le permite colgarse en los árboles (Pl. XXVIII. — 5).

Dirigíme con ardor al *Cerrito*; pero no pude ver al propietario, ausente momentáneamente. Víme reducido á contemplar con sentimiento la residencia de aquel digno misionista de la ciencia, ilustre coloborador del ilustre Alejandro de Humboldt, cuyas huellas habia encontrado recientemente en mi exploracion de las márgenes del Orinoco.

Vivia allí M. Bonpland, entregándose á trabajos de agricultura; pobre, porque apenas bastaban para su subsistencia los recursos del terreno; pero querido y respetado de todos los habitantes á los que sabia hacerse sumamente útil, tan complaciente como instruido, tanto por los prudentes consejos que permitian darles sus conocimientos universales, para sus diferentes trabajos, como por los especiales socorros que como médico les prodigaba. Padecia yo por su desdicha, pensando lo triste que habia de ser para un hombre de sus alcances una existencia entera pasada lejos de sus parientes y amigos, sin mas sociedad que indios medio salvajes, y empleados del dictador, que no son mucho mas civilizados. No ignoraba que le habian sido mas perjudiciales que útiles algunas tentativas hechas en distintas ocasiones para su libertad, y abandonando su mansion, formaba votos seguramente bien sinceros para que, víctima de un capricho, viniese pronto uno de nuevo para restituirlo á la libertad y á las ciencias.

Allí, noté por la primera vez mas especialmente, en el mismo suelo que la produce, á la famosa yerba del Paraguay, y cuyo modo de usarla se ha visto ya.

La yerba del Paraguay (*psoralea glandulosa*, Linn.), es la hoja de un árbol silvestre de la altura de un manzano mediano, pero que lo podan cada dos ó tres años para cultivarlo, de modo que en este estado solo se presenta bajo la forma de una espesa mata, con un tronco del grosor del muslo y cuya corteza es lisa y blanquizca; sus flores son polipétalas, dispuestas en racimos de treinta á cuarenta cada uno; y las semillas muy lisas de un color rojo violado y semejantes á las de la pimienta. Cuando ha adquirido todo su desarrollo, sus hojas que no caen en el invierno, son parecidas á las del naranjo. Son elípticas, de cuatro á cinco pulgadas de largo sobre la mitad de anchura, espesas, de un verde mas subido en su parte superior que en la inferior y unidas por un pecíolo corto y rojizo. Para hacerla propia para el uso á que se destina, es necesario tostarla primero lijeramente, pasando la misma rama por las llamas y concuasarla finalmente, á fin de conservarla en depósito con una fuerte presion; porque no tiene buen gusto, si se empléa inmediatamente. Es aperitiva y diurética. La parte del pais mas favorable á este vegetal parece ser la inmediata á los montes de Maracayú, situada á los 25° 25' de lat. austral, al E. del Paraguay; á lo menos de allí la sacaron los indios para darla á conocer á los españoles y de allí se ha esparcido por lo restante del país, con tal rapidez que de 12.000 quintales que se recogian en 1726, llegó su extraccion, segun refiere Azara, á 50.000 hácia el fin del mismo siglo y á principios del siguiente. El mismo viajero dice que la dividen en dos clases, la una llamada *escogida* ó *suave*, que se consume en el Paraguay y provincias del Rio de la Plata; la otra dicha *fuerte*, que se exporta á Chile y al Perú.

De vuelta del Cerrito, di inmediatamente á mis hombres la señal de partir. Deseaba vivamente llegar á la Asuncion, primer término necesario de mi viaje al Paraguay; por lo que no me detuve en Santa María de Fe, Mision tan floreciente en otro tiempo, de orígen seglar, fundada por Juan Caballero Bazan en 1592, y una de las que han experimentado mas revoluciones, en el trascurso del tiempo.

En un alto que hicimos por la noche en los húmedos y poblados bordes del Tebiquari-Guazu, ví cazar mis indios al famoso *tapir ó anta (tapir americanus)*, conocido en el país con el nombre de *mborebi*. Dícese que su piel resiste el choque de las balas. Los antiguos españoles fabricaban con ella cascos y corazas. Está caracterizado, por otra parte, por un largo cuello, mas grueso que su cabeza, y por un hocico prolongado, cuya forma recuerda la de la trompa del elefante, por su extremada contractilidad (Pl. XXVIII. — 4). Es de los animales mas voraces, pues llega á comer el lienzo, aunque en estado de libertad solo hace uso de vegetales. La carne es buena, y es muy fácil de coger, porque los tapires solo salen por la noche. Mátanlos á fusilazos, cazándolos al salir el alba, con perros corredores. Este animal, cuando jóven, tiene de particular que se presenta manchado de blanco, como un gamezno.

Las particularidades locales que encontré á cada paso en el camino, despues que atravesé el Tebiquari-Guazu, que separa las Misiones del resto de la Provincia, casi no tenian otro mérito á mi vista que el de acercarme á la capital, así pues atravesé friamente á Caapucu ó los largos árboles; Tipari, no lejos del Estero Bellaco; Ita, la mas antigua de las poblaciones de los Carios ó Guaranis, vencidos por Juan de Ayolos en 1536; Garambaré; Ipané, antiguamente *Pitun*, poblacion formada de indios guaranis, huyendo de los Mbayas, y expuestos á menudo á los ataques de los indios del Chaco; Frontera y Lambaré. Sin embargo, á medida que avanzábamos, reconocia con interés, en la acumulacion de lugares habitados, indicios ciertos de la proximidad de una grande ciudad, lo

que hacia un contraste chocante con la falta de poblacion relativa de los inmensos territorios que habia recorrido desde Itapua hasta las últimas Misiones situadas al N. del Parana.

Por fin llegué á la capital. Mi primer cuidado fue el de aprovecharme de una carta de recomendacion que me habia dado mi huésped de Itapua para un jóven cordovés, en casa de cuyo padre se habia alojado Francia en su juventud, durante su permanencia en la universidad, lo que no le impedia que se hubiese asegurado del hijo, despues de haberle confiscado todo lo que habia traido al Paraguay. « Hace ya muchos años que estoy aquí, me decia aquel desgraciado jóven, lejos de mi país y de mi familia, y Dios sabe cuando y de que manera saldré, si algun dia lo consigo. Ni aun puedo alimentar la esperanza del buen resultado de una tentativa desesperada, sobre todo despues del desgraciado éxito de la de M. Escoftier, del condado de Nice, el cual pasando de la Asuncion al grande Chaco, atravesando al Paraguay á mediados de 1823, fué detenido algunas leguas mas abajo de Ñembucu. Uno de sus compañeros de fuga murió de la mordedura de las serpientes que pululan en estas salvajes regiones, él mismo con los que le sobrevivieron corrió el peligro de verse envuelto en uno de esos incendios que por todas partes fraguan los indios ó el rayo; mil veces estuvo á punto de que lo prendieran los naturales; y falto de armas por imprevision ó por otra causa, faltó poco para que con aquellos no muriera de hambre; aun habia tomado el único camino que ofrecia alguna probabilidad de feliz suceso; porque del lado del este, y del sud, no puede pensarse en ello, por estar erizados de guardias, lo mismo que por el del norte, no menos guardado y defendido, por otra parte, por un desierto de ciento cincuenta leguas. » Semejante discurso hubiera podido entibiar el ardor de mi romería al Paraguay; pero ya habia tomado mi partido; y en todo caso, ¿cómo retroceder? El pobre muchacho prestóse á servirme de *cicerone* y de guia por la ciudad, que demasiado bien conocia.

La Asuncion situada en el borde oriental del rio Paraguay, á los 25° 16' 40" de lat. S. y 60° 1' 4" de long. O. de Paris, empezó por un fuerte que en 1538 construyeron Mendozo y Salazar. Erigida en obispado el 1° julio de 1547 fue la sola capital de todas los establecimientos españoles en aquellas regiones, hasta el 16 de abril de 1620, en que habiendo sido erigida en obispado Buenos Aires, á su vez, creyó la corte de Madrid haber de separar políticamente la provincia del Paraguay de la del Rio de la Plata. Entonces pasó Buenos Aires á ser la capital de la última, y Asuncion la de la otra.

El rio Paraguay, en frente de la Asuncion, está rodeado de altas y escarpadas rocas, en las que ha sido preciso, para facilitar su acceso, practicar á distancias una especie de desembarcaderos. Azara, midiéndolo en este punto, en una época en que sus aguas estaban mas bajas que nunca, encontró que su latitud era de 1332 pies de Paris. Á muy corta distancia mas abajo, desemboca en él el Pilcomayo, uno de sus afluyentes occidentales mas considerables y que, teniendo su orígen en una de las provincias de la república de Bolivia, atraviesa una gran parte del Chaco; circunstancia que podrá ser con el tiempo de las mas favorables para el comercio del Paraguay, si algun dia, llegando á poblarse aquellos inmensos territorios de europeos, cambia por otra parte el Paraguay su sistema actual de aislamiento por otro de naturaleza diametralmente opuesta.

Con respecto á los monumentos, nada tiene la ciudad de notable. En tiempo de Azara, que la da 7.088 habitantes, aun poseia un colegio fundado por los jesuitas en 1783, para aquellos que no podian ir á estudiar á su grande colegio de Córdova. Enseñábanse en él las letras, la filosofía y la teología. Francia lo suprimió en 1822. Tenia muchos conventos, uno de la Merced ó de padres Mercenarios, que ha convertido en parque de artillería; uno de los Recoletos, que ha cambiado en cuartel para los soldados; y el de Santo Domingo, situado en la márgen del rio, del que ha hecho una iglesia parroquial, en reemplazo de la Encarnacion, derribada por órden suya. La ciudad en forma de anfiteatro está por otra parte edificada con mucha irregularidad, en un suelo arenoso cuya pendiente es á menudo muy rápida. Sus calles eran estrechas, tortuosas y de longitud desigual; pero en cambio, rodeadas de naranjos cuya sombra era tan útil como agradable á los habitantes, en medio de las ardientes arenas en que estaban construidas. En 1821 Francia hizo derribar gran parte de los árboles, demoler fachadas y casas enteras, para abrir nuevas calles y ensanchar las antiguas. Las casas estaban aisladas, entremezcladas de árboles y jardines; y las plazas llenas de yerbas. Por todas partes corrian arroyos que se extendian en pantanos. Tan déspota como ignorante, trazó lineas ridículas, ordenó nivelaciones imposibles, colmando arbitrariamente los manantiales, derribando á un lado, edificando por otro en terreno movedizo una multitud de fábricas, que pronto se llevó el huracan, en calles no empedradas, de donde quitaban las aguas en una noche, los escombros que para igualarlas se habia puesto en ellas por espacio de quince dias; todo esto sin tratar nunca de indemnizar á los propietarios, obligados muchas veces por otra parte á demoler sus

habitaciones á sus expensas. Despues de cuatro años de practicar tan bello sistema, quedaba por hacer casi todo ó por volver á empezar en la capital del Paraguay, que á mi llegada se parecia bastante á una ciudad despues de algunos meses de bombardeo.

Bajo un régimen como el del doctor, habia un establecimiento que no podia dejar de interesarme: trato de las cárceles. Hay dos clases de ellas en la Asuncion: la pública es un edificio de cien pies de largo, que no tiene mas que un piso bajo, distribuido en ocho piezas, y un patio de unos doce mil pies cuadrados. En cada una de las piezas viven de treinta á cuarenta detenidos, sin distincion de color, rango, edad ni posicion social; el amo y el esclavo, el acusado y el culpable, el salteador de caminos y el deudor insolvente, el asesino y el patriota; todos mal alimentados, sucios, sin ocupacion, amontonados las doce horas de las veinte y cuatro en un local reducido, sin ventanas ni ventilacion, con un calor mayor de treinta y seis grados. El patio está embarazado con pequeñas cabañas, donde permanecen los presos que no encuentran lugar en los aposentos. Esos son los menos desgraciados. Parte de ellos condenados á las obras públicas, salen todos los dias, amarrados á una cadena de dos en dos, llevando el grillete en los pies ó los grillos, que á veces pesan mas de veinte y cinco libras. A estos en parte los alimenta y viste el Estado: los otros viven de su trabajo ó de limosnas. Las mujeres habitan tambien en el grande patio, donde pueden comunicar con los hombres, y como ellos, llevan los hierros, sin que sea parte á eximirlas de ellos la misma preñez. Los SS. Rengger y Longchamp, que visitaron estas cárceles algunos años antes que yo, celebran la humanidad del valiente Gomez, obligado por el dictador á velarlas, despues de haber gemido en ellas por espacio de algunos años como prisionero de Estado. Los infelices tratados como tales son mas dignos de lástima que los demás. Sus cárceles son los cuarteles, y consisten en celdillas sin ventanas ó en calabozos húmedos, en los que solo puede permanecerse en pie en medio de la bóveda. Incomunicables siempre, cargados de hierros y con guardas de vista, no existe para ellos relacion alguna de familia; el alimento es el mas despreciable, sin ser socorridos en caso de enfermedad, á no ser alguna vez en su última hora, y aun solo de dia. Tantos trabajos no son suficientes. Aun hay la confiscacion de bienes, que no es de los menores recursos del tesoro público, y que solo el dictador pronuncia comunmente contra aquellos que han sido declarados traidores á la patria, pero que se aplica igualmente á veces por crímenes menores. Un comerciante preso de resultas de una disputa que tuvo con un oficial de la aduana, vió confiscarse todos sus bienes, por haber tenido la imprudencia de ofrecer mil piastras al Estado, para rescatar su libertad.

Uno de los edificios mas notables de la ciudad es la habitacion de los antiguos gobernadores, construida por los jesuitas poco tiempo antes de su expulsion, para servir de retiro á los seglares, durante ciertos ejercicios espirituales. Su forma es casi cuadrada, aislado por anchas calles que á este efecto ha hecho abrir el dictador, y provisto de dos galerías, de los cuales una exterior da al grande mercado, y la otra interior á un vasto patio. En él es donde vive Francia.

En frente, en la plaza, se encuentra un árbol, á cuya sombra deben colocarse todos los sugetos que piden audiencia, para que por sí mismo pueda juzgar viéndolos por las ventanas, si ha de recibirlos ó no, lo que despues de aguardar por mas ó menos tiempo, les comunica un oficial encargado de llevar sus órdenes á los que piden su gracia.

Cuando la junta de Buenos Aires, despues de haber sacudido el yugo de la España, quiso hacer reconocer sa autoridad en el Paraguay, en octubre de 1812, experimentó resistencia al principio por parte de sus habitantes; pero las nuevas ideas no tardaron á implantarse en él. En 1811 algunos oficiales criollos llegaron á convocar un congreso que depuso al gobernador, reemplazándolo por una junta limitada al principio á gobernar en nombre de Fernando VII, pero que pronto proclamó la indepencia del Paraguay. D. José Gaspar de Francia era secretario de esta jnnta con voz deliberativa.

Nació Gaspar de Francia en la provincia de las Misiones. Generalmente se le cree oriundo de una familia portuguesa, pero el quiere ser de orígen francés. Sus padres lo habian enviado á Córdova donde, despues de felices estudios, fue recibido de doctor en teología; pero de vuelta á su casa, prefirió ejercer la profesion de abogado. Encomíase el valor y probidad que desplegó en esta carrera, lo mismo que su desinterés, que le obligaba á contentarse con un módico patrimonio; pero desde su juventud, manifestó esa inflexibilidad de carácter y una tendencia á la hipocondría, que mas tarde, habian de hacer de él un tirano y un tirano caprichoso. Sus talentos á lo menos relativos le abrieron presto la carrera de los negocios. Miembro al principio del *Cabildo* (consejo municipal), solo apareció en la junta para luchar con unos colegas tan perversos como ridículos. En la secreta conviccion de su impericia, convocaron los últimos un nuevo congreso en 1813, el cual no menos ignorante que la junta, queriendo á toda costa establecer un gobierno republicano, nombró para jefes del Estado, con el título de cónsules, al ex-secretario de la junta revolucionaria y á su

ex-presidente, D. Fulgencio Yegros, que debian alternar en el desempeño de la autoridad. Desde el año siguiente, ya no existia el consulado, y Francia era dictador del Paraguay por el término de tres años, con la pension de 9.000 piastras, de cuya pension no quiso admitir mas que la tercera parte. Tal vez entonces no habia en el congreso, ni aun en todo el Paraguay, diez personas que supiesen verdaderamente lo que era un dictador. No tardó en saberlo el pais; habíase hecho nombrar dictador perpetuo por el congreso de 1817, compuesto todo de hechuras suyas. Quitóse la máscara cuando hubo llegado al término de su ambicion, contenido por Artigas un momento, despues de haberle vencido y hecho prisionero, mostróse incesantemente el hombre mas cruel y mas desconfiado no recibiendo sino con dificultad las personas que por furor de su enemigo se habian visto obligadas á buscar un asilo en el Paraguay, relativamente tranquilo. Entonces fue cuando estableció el singular sistema de administracion de que se ha hablado mas arriba, maltratando á todos los que le eran sospechosos, sin exceptuar ni aun á los miembros de su familia; mandando cortar los cocoteros mucho mas allá de sus límites, estableciendo en todas sus fronteras del norte y del oeste numerosas guardias para combatir ó sujetar á los indios que lo inquietaban en aquellas direcciones, y trasportando por fuerza á los vencidos á la capital ó á las Misiones para mezclarlos con los blancos; política atroz sin duda, pero que en el hecho era por otra parte la mejor que habia de seguirse con ellos. Una conspiracion contra él, descubierta en 1820, fué ocasion para él de sangrientas é innumerables ejecuciones, que durante muchos años envolvieron en el terror á los españoles proscritos, igualmente que á los nacionales y criollos. Parecia que los únicos que queria exceptuar eran los extranjeros, y ya se ha visto de que modo les trata.

Los curiosos detalles que nos han transmitido los SS. Rengger y Longchamp sobre el modo como emplea un dia, completan este bosquejo de su historia. Despues de haber descrito su residencia en la ciudad, tal como lo he hecho, dicen: « Vive en ella con cuatro esclavos, á saber: un negrito, un mulato y dos mulatas, á los que trata con mucha dulzura. Los dos primeros le sirven á un tiempo de ayudas de cámara y de palafreneros; una de las mulatas es su cocinera, y la otra cuida de su guardaropa. Su vida diaria ofrece una grande regularidad; rara vez lo sorprenden en la cama los primeros rayos del sol; en el momento que se levanta el negro le trae un braserillo, una taza y una marmita llena de agua, que calienta en su presencia. Entonces prepara por sí mismo el dictador con todo el cuidado posible, su mate ó té del Paraguay; habiéndolo tomado se pasea por el peristilo interior que da al patio, fumando un cigarro que tiene la prevision de desarrollar antes para ver si contiene alguna cosa dañosa, aunque le hace los cigarros su propia hermana. A las seis llega el barbero, mulato sucio, mal vestido y borracho, pero el único miembro de la facultad á quien se confia. Si el dictador está de buen humor se complace en conversar con él, y muchas veces se sirve de este medio para disponer al público á sus proyectos, es su gaceta oficial. Despues se dirige vestido de una bata de indiana, al peristilo interior que hay al rededor de todo el edificio, y paseándose por el recibe á los particulares admitidos á audiencia. Entra de nuevo en su gabinete á eso de las siete, en donde permanece hasta las nueve. Entonces entran los oficiales y demás empleados para darle relacion de los negocios y recibir sus órdenes. A las once, el *fiel de fecho* trae los papeles que han de remitírsele, y escribe dictando él hasta el mediodia. A esta hora se retiran todos los empleados y el doctor Francia se pone á la mesa. Su comida es muy frugal; ordenándola siempre él mismo. Cuando vuelve su cocinera del mercado con su compra la coloca delante la puerta del gabinete de su señor, el cual sale y pone aparte todo lo que destina para sí. Despues de la comida duerme la siesta, toma luego su mate y fuma un cigarro con las mismas ceremonias que por la mañana. Trabaja despues hasta las cuatro ó las cinco, que llega su escolta para el paseo; entra entonces el peluquero peinándolo mientras que ensillan su caballo: hecho esto, visita el dictador las obras públicas ó los cuarteles, sobre todo el de la caballería en donde se hizo disponer un aposento. En sus paseos, aunque en medio de su escolta, va armado no solo de sable, sino tambien de un par de pistolas de dos cañones. Despues de haber vuelto á casa al anochecer se pone á estudiar; y á las nueve toma la cena, que se compone de un pichon asado y un vaso de vino; si hace buen tiempo pasea otra vez por el peristilo exterior, de donde comunmente solo sale muy tarde. A las diez da el santo y seña, y volviendo á entrar cierra por sí mismo todas las puertas de la habitacion.»

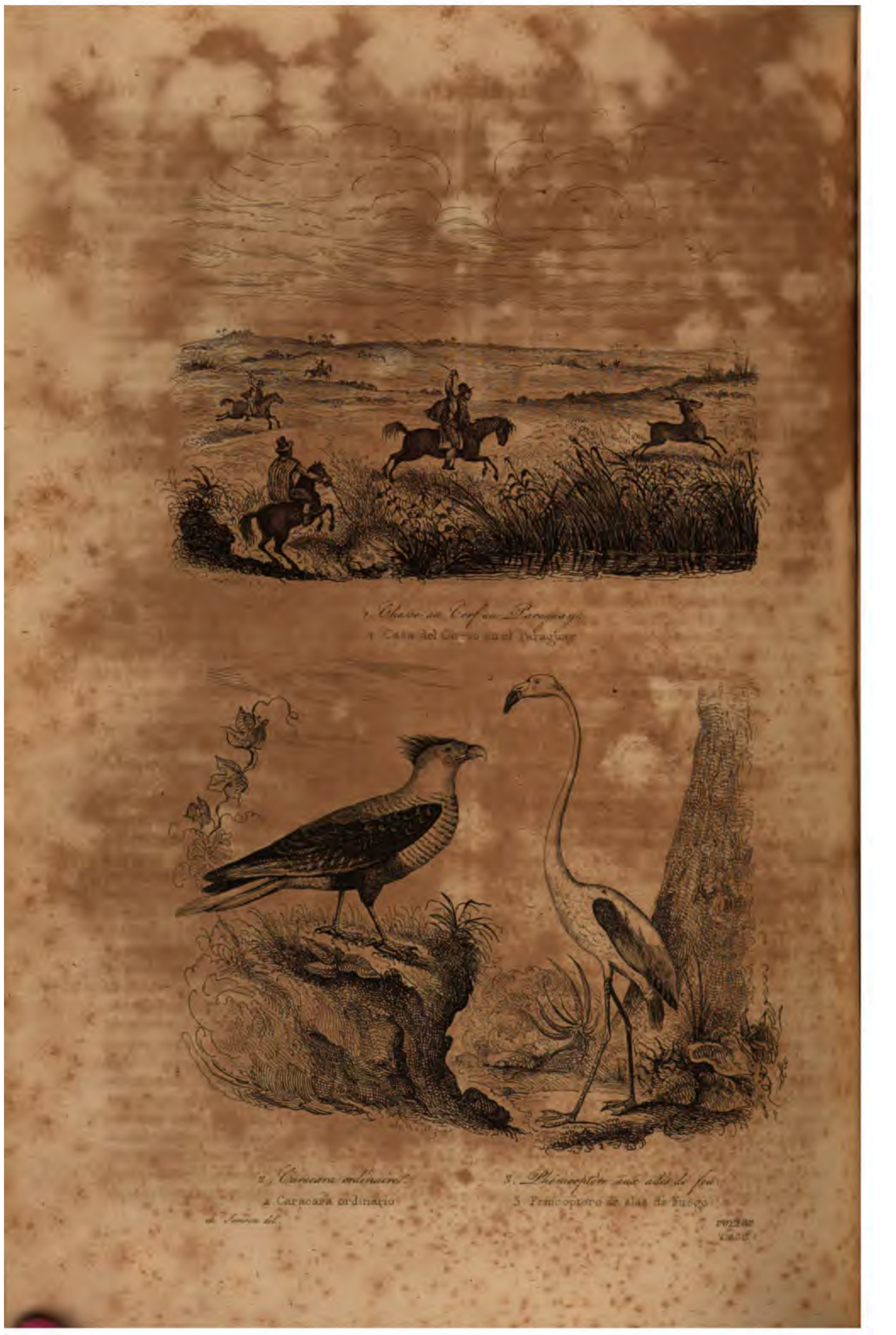
Los mismos viajeros lo describen espiritual, pronto en penetrar, muy instruido, á lo menos comparativamente, libre de una multitud de preocupaciones, desinteresado siempre, á pesar de su índole variable, y á veces hasta generoso; por otra parte, tuteando casi á todo el mundo, aunque excesivamente zeloso de su autoridad y de los miramientos debidos á su persona.

Despues de muchas sesiones infructuosas debajo del árbol oficial, fuí admitido finalmente al honor de serle presentado para pedirle permiso para continuar mi viaje. Fiel á las instrucciones

que habia recibido, solo me acerqué á él á una distancia de seis pasos á lo mas, hasta que me hizo señal de que pasase mas adelante, y entonces me detuve á la de tres pasos con los brazos extendidos á lo largo del cuerpo, y las manos colgando y abiertas, porque teme que se escondan ermas en ellas. Tenia setenta años, y se le hubieran hecho poco mas de sesenta; es de mediana estatura, tiene una fisonomía regular, ojos negros y vivos, expresando siempre la desconfianza; el vientre abultado y delgados los muslos. Hablóme como á todo el mundo, con una afectada altanería, que se trocó en un tono mas sencillo, despues de algunas preguntas sobre mis proyectos á las que contesté con sencillez. Hablándome de Napoleon, su objeto favorito, no se olvidó de comparar al discípulo de Briena con el estudiante de Córdova, al subteniente de Tolon con el secretario de la junta revolucionaria, al héroe del 18 brumario con el colega de Yegros, y por fin al dictador del Paraguay con el dominador de la Europa, cuyo gobierno militar admiraba deplorando su caida y vituperando, por otra parte, vivamente á la Francia por haberse dejado preocupar por la Inglaterra acerca el reconocimiento de las repúblicas de la América meridional, lo que miraba como una grave falta política. Por otra parte profesaba las mejores simpatías por la causa de aquellas repúblicas, que se decia pronto á defender con respeto á todos y contra todos. Relativamente á sus derechos bajo ciertos conceptos. «Tu debes respetarme, me dijo, lo mismo que á tu rey y todavía mas; porque puedo hacerte mas bien y mas mal que él.» En cuanto á sus ideas particulares acerca la religion se entretiene algunas veces con las supersticiones de que ha buscado sustraer el país. «Cuando yo era católico, dijo un dia á cierto comandante, que le pedia la imágen de un santo para colocarla por patron en un fuerte construido de nuevo; cuando era católico pensaba como tu; pero ahora conozco que las balas son los mejores santos para guardar las fronteras.» Y contándome, riendo, la historia de una pobre mujer que le habian enviado de Curuguaty con un inmenso rosario, acusada por bruja: «Ya ves de que sirven á esta gente los sacerdotes y la religion; es para creer mas bien en el diablo que en Dios.» Entonces me preguntó cual era la mia, añadiendo despues como última palabra sobre esta materia: profesa la que quieras; sé cristiano, judío ó musulman; pero no seas ateo.» Al fin de la conferencia en que hablaba á menudo con bruscas sentencias, habiendo tenido ocasion de recordarle su noble conducta con el hijo de una casa de Córdova, á quien habia nombrado por secretario suyo, reconocido á los servicios que en su juventud recibió de ella, creí poder aventurar algunas palabras en favor de mi pobre cordovés tratado de modo muy diferente. Frunció las cejas, no me contestó y me despidió con la frase que parece dirigir por cortesía á todos los extranjeros que admite á su audiencia. «Haz aqui lo que te guste; nadie te hará el menor daño; pero no te mezcles nunca en negocios de mi gobierno.»

Me retiré y me dispuse para continuar mi viaje. Solo me faltaba visitar por haberlo visto todo en la Asuncion el cuartel de los Payaguas ó Payaguayos, situado en un extremo de la ciudad. Tenia mucha curiosidad para mí, el observar los restos de una nacion fuerte y poderosa que habia dado su nombre al rio Paraguay, llamado al principio Payaguay ó rio de las Payaguas, nombre adulterado despues por los españoles y que dieron á todo el país, viviendo en medio de su primitiva ignorancia, en el seno de una civilizacion muy adelantada, pero que relativamente no dejaba de serlo mucho. No agrícolas, pero sí marinos y excelentes en este punto, armados de su largo y agudo remo, reinaban por él en todo el Paraguay cuya entrada defendian contra todas las demás naciones. Hicieron á los españoles una constante y encarnizada guerra desde el momento de su llegada, haciéndoles en el oeste tanto mal como los Tupis en el norte y los Charruas en el mediodia. Reconciliáronse con ellos sus dos hordas en 1740 y en 1790, sea por estratagema ó por prudencia, y les fueron muy útiles en seguida, tanto en paz como en guerra por su valor y por su industria. Esto en cuanto á su historia; por lo tocante á sus costumbres, habia visto ya á muchos de aquellos payaguas de estatura mediana de cinco pies cuatro pulgadas bien formados, llevando el barbote de que he hablado ya, superficialmente pintados de varios colores, con los brazos y tobillos adornados de anillos, con garzotas en la cabeza, y cubiertos de una especie de manta hecha de algodon que saben tejer sus mujeres. Habia visto á una payagua recien parida y para la cual habian formado sus amigas con sus vestidos, desde su casa al rio una especie de pasadizo, por el cual se habia arrojado al agua con su niño. Todo esto era ya bastante curioso, pero queria verlos en su casa y estudiar sus íntimas costumbres. Mi cordovés, que hablaba su idioma con perfeccion me condujo á su cuartel.

Introducido en sus habitaciones, especie de chozas, vi á los hombres enteramente desnudos. Las mujeres tienen las tetas prolongadas artificialmente de modo que dan de mamar á sus hijos colgados por detrás del cuello, por encima de sus espaldas ó por debajo de los brazos. Tambien vi algunas doncellas que pintaban su cuerpo con cierto artificio y con mayor ó menor coquetismo. Es muy raro en los Payaguas el di-



1. Chasse au Cerf au Paraguay.

1. Caza del Ciervo en el Paraguay

2. Caracara ordinaire.

2. Caracara ordinario

3. Phénicoptère aux ailes de feu.

3. Fenicoptero de alas de fuego

vorcio ; y cuando se efectua la mujer se lleva los hijos y todos los muebles á su familia, no conservando el hombre mas que sus vestidos y sus armas, que consisten en la macana, en arcos de siete pies y flechas de cuatro y medio. Acababa de morir un payagua, aunque uno de sus mas acreditados médicos le hubiese chupado el estómago por mucho tiempo, para sacar de él la enfermedad. Alquilaron un hombre para enterrarlo y vi que tienen un extremado cuidado de los sepulcros, barriéndolos, cubriéndolos de cabañas y de campanas ó vasos de barro adornados de pinturas. Los hombres nunca llevan luto, pero las mujeres lloran á su padre ó marido por espacio de dos ó tres dias. Tienen una especie de infierno lleno de calderas y de fuego y un paraiso poblado de plantas acuáticas. Su primer padre fué el pez *pacu ;* el de los europeos un dorado, de donde procede la blancura de tez que los distingue, y el de los guaranis un sapo. No tienen mas que una fiesta solemne comun á todas las grandes naciones, y que celebran públicamente en el mes de junio en la Asuncion misma. «Es un espectáculo, decíame mi guia, que mil veces ha de evitarse, aunque se dirija á él la multitud. Solo figuran en él los jefes de familia con exclusion de las mujeres y de los célibes. El dia antes, grande tocador, del modo mas extraordinario que puede darse; el siguiente todos se embriagan, y luego se hacen mutuamente muchos cortes durante todo el dia por los brazos muslos y piernas, atravesándose la lengua, igualmente que otra parte mas delicada y frotándose el rostro con la sangre que fluye de la primera, al paso que reciben la de la segunda en un agujerito practicado en el suelo con el dedo; todo esto sin pestañear y sin dar una queja ni un suspiro; pero terminada la ceremonia se hallan tan débiles, cuando no malos, que en muchos dias no pueden trabajar, de donde se origina á veces la falta de sustento para sus familias. « ¿Y que objeto tiene tan extraña ceremonia ? » ¿Quien lo sabe ? contestó mi cordovés. »

Ya estaba cumplido mi mayor deseo.... Habia visto á Francia ; me embarqué en el rio Paraguay para subir al fuerte Borbon con el fin de coordinar mis últimas investigaciones con las antecedentes, y dejé la Asuncion deseando mas de lo que esperaba, no volver á encontrar en ella á mi infeliz *cicerone* de Córdova.

Aunque con viento favorable, iba lentamente nuestra *chalana* (especie de lancha) porque además de la dificultad de la corriente, habíamos de bordear sin cesar para pasar por los canales, á menudo bastante estrechos, que forman las numerosas islas que obstruyen el curso del rio, pasando lo mas comunmente por el lado oriental, que con preferencia queria ver, y reservando para la vuelta la inspeccion de la orilla opuesta. Á medida que avanzábamos iban escaseando mas las señales de la civilizacion ; presto no tuvimos á la vista mas que las aguas del rio, las escarpadas rocas de su orilla y las frondosas selvas de las islas que la cubren, y que por la noche resuenan con los lúgubres rugidos de los jaguares de que se hallan llenas ; y de dia con los menos siniestros acentos de las aves de ribera de todas especies que cubren los terrenos pantanosos y habitan en los juncos ; aves que todas presentan la imágen de una naturaleza siempre animada, pero entre ellas se distingue particularmente al brillante fenicóptero (*phœnicopterus ignipalliatus*, de Orb.) del órden de los zancudos, y vulgarmente llamado *flamenco*, tanto mas notable como que es mas raro en esos parajes ; el fenicóptero caracterizado por tener las piernas de una altura extraordinaria, con un cuello no menos delgado y largo coronado de una cabeza sumamente pequeña. Es por otra parte de un color gris ceniciento el primer año ; adquiere uno de rosa muy vivo en el segundo, y en el tercero se adorna con un bello color de fuego claro que le distingue en la edad adulta, de donde proviene segun algunos su nombre vulgar. Esta ave particular vive en los pantanos, de conchas, insectos y huevos de pescado que coge sirviéndose de su cuello : construye un nido de barro en medio de los juncos, sobre el que sube con las piernas separadas para empollar los huevos, porque su conformacion no le permite hacerlo de otro modo (Pl. XXIX. — 2).

Solo tomamos tierra en *Ipita*, último lugar ribereño que hay hasta Villa-Real de la Concepcion, y situado al extremo septentrional del grande estero de Aguaracaty, el tercero que encontré en el camino de Itapua, y que no es de los menos importantes del Paraguay. Atraidos pronto al campo por un movimiento extraordinario, no tardamos en conocer que se trataba de cazar á un *guazu-pucu* que habian hecho levantar en el estero una veintena de hombres del lugar, quienes lo perseguian á todo galope con sus lazos ó largas correas, esa arma tan temible é infalible en manos de la mayor parte de los habitantes de aquellas regiones, dados desde la infancia á aquel ejercicio. Pusiéronse tambien mis indios, como ardientes aficionados que eran á estrechar al pobre ciervo, el cual á pesar de la lijereza de su carrera y de sus estratagemas, cayó pronto con las astas enredadas en los lazos con que se le cargaba por todas partes ; porque los cazadores habian rodeado la parte del pantano en que el apurado animal esperaba encontrar un refugio. Esta caza es viva y animada, pero no destituida de peligro ; porque cuando se halla fatigado el animal, se pone furioso á veces, defendiéndose con valor con sus astas que tienen catorce pul-

gadas de largo, y él mismo mas de cinco pies sin contar la cola (PL. XXIX. — 1). Se cuentan en el Paraguay cuatro especies diferentes de ciervos designados todos bajo el nombre genérico de *guazu*. Se distinguen por su talla y por su vivienda; así, despues del guazu-pucu, que solo se encuentra en sitios pantanosos, vienen el *guazu-ti*, que solo vive en las llanuras descubiertas; el *guazu-pita* y el *guazu-bira*, retirados ambos en el fondo de los mas espesos bosques. Solo emplean el lazo para la especie mayor, con motivo de su fuerza. En cuanto á las pequeñas para apoderarse de ellas basta bolearlas, es decir lanzarlas unas bolas atadas en largas correas, con cuyo medio se les hace caer. La primera es bastante rara, pero las demás son comunes.

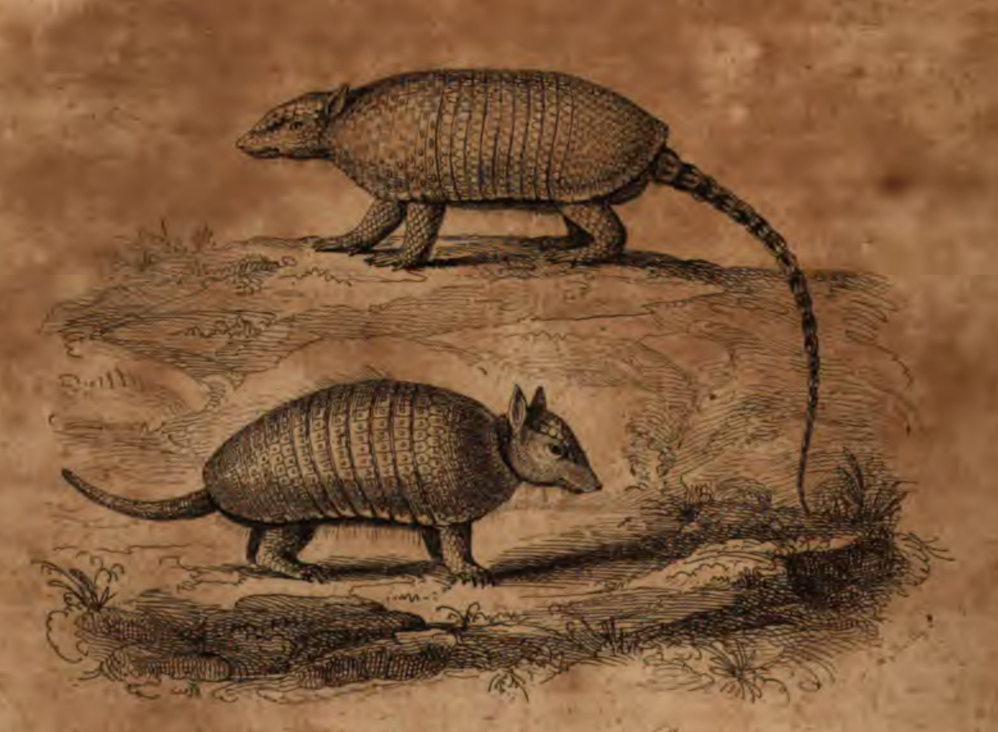
Ningun otro incidente notable ocurrió en mi viaje hasta Villa-Real de la Concepcion, á no ser el encuentro que tuvimos en el confluente del rio Jejuy en el Paraguay, con algunos individuos pertenecientes á una de las ocho hordas de la nacion Guana, esparcidas por los alrededores, en las dos orillas del grande rio. Esta nacion, mas social que las demás, se distingue tambien por el cuidado con que ejerce la hospitalidad con los extranjeros; y el modo como fuimos acogidos por ellos nos obligó á detenernos un poco. Condujéronnos los guerreros á sus chozas de forma cilíndrica, colocadas todas en medio de una plaza cuadrada, construidas de ramas de árboles y cubiertas con paja sin bóvedas, ni ventanas, ni otras aberturas que la puerta. Se barren con esmero todos los dias; los guanas son comparativamente amables pero flemáticos. Lo excelente de su vista y demas caracteres físicos los aproximan á las demás naciones. Tienen la costumbre de arrancarse las cejas, pestañas y el pelo, y llevan el barbote. Las jóvenes son muy aseadas, manifiestan mucha amabilidad y excesivo coquetismo; pero una vez casadas se vuelven orgullosas y no hacen gala de mucha fidelidad; las mujeres se casan á los nueve años; los hombres nunca antes de los veinte, y tambien mucho mas tarde. Fuí testigo de un casamiento suyo, cuyas ceremonias son de las mas sencillas. El jóven hace una corta dádiva á la niña pidiéndola á su padre, despues de lo que la futura esposa y sus padres establecen condiciones acerca el modo como será tratada, acerca lo que hará ó dejará de hacer en la casa; si tendrá muchos maridos, cuantos y el número de noches conyugales que á cada uno de ellos concederá, etc. Las mujeres son muy inclinadas al divorcio y los hombres zelosos. Segun su sistema de educacion, los padres no tienen autoridad alguna sobre sus hijos; pero no dejan de reprenderles dándoles á veces algunos bofetones. Todos los niños que han llegado á la edad de ocho años salen para la campiña en procesion una mañana en ayunas. Vuelven á casa por la noche con el mismo órden, observando el mayor silencio; y entonces las viejas los pinchan y atraviesan los brazos con un hueso punzante, lo que sufren sin la menor queja; luego las mujeres les dan á comer maíz con avichuelas; costumbre extraña que involuntariamente recuerda la sangrienta fiesta en que los antiguos espartanos azotaban á sus hijos al rededor del altar de Diana, para acostumbrarlos á ser sufridos. Independientemente de algunas fiestas de familia, que todas son caprichosas, los hombres celebran aquella solemne que he descrito hablando de los payaguas; pero su mayor placer es el de embriagarse siempre, como todos los salvajes. El último rasgo que ha de añadirse al cuadro de las costumbres domésticas de los Guanas, es que las madres entierran á sus hijas en el acto de su nacimiento, « para que sean mas buscadas las mujeres, dicen, y para hacerlas mas felices. » Extraña explicacion por cierto, de la inconcebible barbarie y no menos cruel uso que tienen las mujeres Mbayas, vecinas suyas, de procurarse el aborto, haciéndose dar grandes patadas en el vientre, y hasta pisotear por las ancianas. En cuanto á la política de los Guanas, es de las mas sencillas, sin dejar por esto de ser peor. Cada tribu se halla gobernada comunmente por un cacique hereditario, lo que no excluye absolutamente el principio electivo; no atacando jamás á nadie en tiempo de guerra, pero defendiéndose con valor, dando la muerte á todos los varones de mas de doce años, y adoptando á los niños y mujeres, como hacen los Charruas.

Mientras estaba con los Guanas, tuve una fortuna verdaderamente digna de un mejor naturalista. Encontré en medio de los bosques, al tatú grande, ó tatú gigante, el mayor de esos singulares animales, tan famosos por las armaduras de que se halla cubierto su cuerpo, y de los cuales cuenta Azara hasta ocho especies distintas, de las que una (la del *tatú-mataco*) se arrolla como una pelota, cuando tiene miedo, reuniendo la cabeza, cola y las patas, con la esperanza de escapar de este modo á las persecuciones de sus enemigos. Los españoles designan á los tatúes con el nombre genérico de *armadillos*, en razon á la armadura que los cubre. La carne de la mayor parte de ellos es comestible; así es que los habitantes del país los cazan con perros ejercitados en ella. El tatú gigante es muy raro. El que ví tenia treinta y ocho pulgadas de largo, y cincuenta y seis y media comprendiendo la cola; bastante vigoroso para llevar un hombre en las espaldas. Dicen que en el país que habita, es preciso enterrar los cadáveres á mucha profundidad, y guarnecer las huesas con gruesos troncos de árboles, para



4. Indiens Tobas.

4. Indios Tobas.



5. Tatou Pebal. 6. Tatou Encoubert.

5. Armadillo Peba. 6. Armadillo Encoubert.

que no los desentierre y devore. Los tatúes abren madrigueras como los conejos; pero no tienen otro medio de defensa. Dícese que nunca beben y que viven de gusanos, insectos, hormigas y hasta de carne podrida. Pasan todos por muy fecundos (PL. XXIX. — 4).

Nada podia detenerme en Villa-Real; y continuando mi navegacion por el Paraguay, que saliendo de aquella ciudad, se estrecha sensiblemente, avanzamos con la posible rapidez hasta el fuerte Borbon donde no habia de detenerme mucho. Era este fuerte el término de mi viaje hácia el N. del Paraguay; por lo que, hallándome ya tan cerca de la frontera septentrional del país y tocando á Matto-Grosso, provincia del Brasil, donde nada llamaba mi curiosidad de un modo especial, solo pensé en retroceder y en volver á bajar el rio, costeando únicamente la márgen opuesta. Seguramente, me hubiera gustado reconocer por mi mismo, el punto de union comercial y político del imperio de Francia con el imperio brasileño, por Cuyaba; pero para obtener semejante resultado, hubiera sido preciso resolverme á desviarme por un tiempo casi indefinido, en la laguna de la Cruz á los 19° 12' de lat. S. que confina con las inmensas lagunas de Jarayes, que tambien habria sido necesario recorrer en parte, y no me sentí con suficiente valor para arrojarme á ellas por el solo placer de ver los Guatos, sus fieles habitantes, que nunca salen de ellas, evitando toda comunicacion, y sin trato alguno con cualquiera que pudiese ser. Por otra parte (¿ lo confesaré?) habia visto ya muchos salvajes; aun iba á ver otros muchos; y sea por inconstancia ó por cansancio, estaba impaciente por volver á entrar en la civilizacion. La parte E. del Paraguay, á lo largo de la orilla occidental del Parana, estaba demasiado lejos, y separada del puerto en que me hallaba por desiertos demasiado practicables para que ni aun pensase en explorarlos. Por lo mismo deseaba mucho volver á la Asuncion despues de haber admirado la famosa cascada de Canendiyu ó el *salto de la Guayra*, en el mismo Parana, cerca del trópico de Capricornio, á los 24° 7' 27'' de lat. S. una de las curiosidades naturales mas notables del país, y tal vez del mundo, en su clase; pero entre los de mi séquito, habia un viejo indio muy inteligente que en otro tiempo habia acompañado á D. Félix de Azara en todos sus viajes, y cuya conversacion vino felizmente á llenar el vacío que las circunstancias dejaban en el mio. « Para ver la cascada decíame este hombre, hubiera sido fuerza dejar el Paraguay, al confluente del rio Jejuy, subir por este último hasta el Curuguaty, y por el mismo rio Curuguaty hasta el pueblo del mismo nombre. Desde allí, hay treinta leguas de camino para llegar al Parana, por el Gatemy, cuyos bordes están cubiertos de bosques y habitados por indios peligrosos; navegacion por otra parte muy penosa, á causa de los escollos que á menudo embarazan el curso de este rio, lo que muchas veces obliga á llamar las canoas ó á llevarlas en las espaldas. Habiendo llegado al Parana, hay tres leguas aun hasta la catarata, que se pueden hacer por el rio ó á pie, á lo largo de un bosque sin ave alguna, pero en el cual se encuentran algunos jaguares bastante á menudo. Finalmente se llega a. la catarata, cuyo ruido se percibe á la distancia de seis leguas. » El narrador se animaba á este punto de su descripcion. Efectivamente, ¡ que sublime espectáculo ha de ser el de una masa de agua de 2.100 toesas (cerca de una legua marina) de ancho, reducida de repente á treinta y que corre por un plano inclinado de cincuenta grados, á la altura de cincuenta y dos pies! El vapor que se eleva sube por el aire como una coluna, donde se divisa á muchas leguas de distancia, dibujando los mas brillantes y mejor caracterizados arcos iris. La cascada de Tequendama, que habia visto á cuatro leguas de Santa Fe de Bogotá, parece al principio mas imponente, porque tiene 681 pies de altura; pero esto es todo; al paso que aquí se prolonga lo mas grueso de la cascada, treinta y tres leguas mas abajo, hasta el rio Iguazu ó Curibita, á los 25° 41' de lat. S. espacio sembrado enteramente de abismos y escollos, en donde se acumulan las aguas chocando entre sí, de modo que hace absolutamente imposible la navegacion por el rio en todo este intervalo. Una vez se hubo lanzando mi hombre por las cascadas y *saltos*, era inagotable su relacion; hablábame del salto del rio Tiete ó Añembi, uno de los mayores afluentes orientales del Parana á los 20° 35' de lat. S.; del salto del Iguazu ó Curibita, que se precipita á dos leguas de su confluencia en el Parana, de 171 pies de altura perpendicular, en una longitud de 656 toesas, con un ruido, vapores é iris parecidos á los del salto del Guayra; y por fin del salto de Aguaray, á los 23° 28' de lat. S., el cual por no ser mas que un débil afluente del Jejuy, no tiene menos de 384 pies de altura perpendicular.

Hago gracia á mi lector de los demás saltos de mi algo prolijo geógrafo, y me apresuro á empezar con la rapidez posible, mi retrógrada navegacion á lo largo de la orilla occidental del Paraguay, deteniéndome rara vez en las costas no hospitalarias del grande Chaco, region inmensa muy mal conocida todavía, y que es muy difícil de explorar por lo poco sociales que son sus numerosas naciones indígenas, designadas comunmente con el nombre de Guayadores. Esas tribus han reusado constantemente casi todas

adoptar la civilizacion y el cristianismo, que en todos tiempos los jesuitas han ensayado importar en ellas.

De todas esas naciones la mas distante hácia el N. se extiende hasta el fuerte Borbon, por ambas orillas del rio, bajando hácia el sud hasta el rio Pilcomayo. Es la nacion de los Mbayas, nacion belicosa y conquistadora, terror de los españoles, desde su llegada al país. Desde 1661 hasta 1796 y mas tarde estuvo mil veces á punto de exterminar los antiguos dueños y los nuevos moradores del Paraguay, penetrando con las armas muy á menudo por todos sus puntos. Estaba dividida en tiempo de Azara, en cuatro hordas que presentaban á la sazon un efectivo de cerca cuatro mil guerreros. Se parece en algunos hábitos á las demás naciones de aquellos países; pero la distinguen de ellas algunos rasgos que aproximan sus costumbres á las homéricas, como el de sacrificar, por ejemplo, los caballos de un jefe sobre su sepulcro. Las jóvenes mbayas nunca comen carne, siendo prohibidos ciertos manjares á las mujeres, que solo mantienen un hijo y una hija, dando la muerte á los demás. En honor de sus padres, tienen los mbayas un luto de tres ó cuatro lunas, señalado con la abstinencia de carnes y el silencio. Se reputan por la mas noble nacion del mundo, y desprecian á los europeos. Segun su cosmogonía, crió Dios todas las naciones tan numerosas como son en la actualidad; y habiendo formado despues un mbaya y su esposa, con el fin de indemnizarles de haberlos olvidado en el reparto de la tierra, mandóles un caracara para decirles, de su parte que hiciesen la guerra á todas las naciones y matasen todos los varones adultos, adoptando las mujeres y los niños. De semejante proscripcion exceptuan á los Guanos, constantemente amigos suyos, aliados y esclavos espontáneamente, á los que tratan con mucha dulzura. El mbaya mas pobre tiene siempre tres ó cuatro esclavos para cuidar del arreglo de la casa y del cultivo de los campos, al paso que el dueño se reserva la caza, la pesca y la guerra. Como guerreros, es singular su táctica. Nada se resiste á su ataque, despues de una descarga general, si se tiene la imprudencia de contestarles con otra, como lo experimentaron muchas veces los españoles. En número igual, ni aun temen las armas de fuego; pero no saben proseguir un buen éxito ni consumar una victoria. He sido testigo de una especie de fiesta triunfal en que las mujeres mbayas celebran el valor de sus esposos, acabando siempre con batirse entre sí á puñadas probablemente para ostentar el suyo.

Como no habíamos de luchar, como en la ida, con la corriente del rio bajamos rápidamente hácia el sud, secundados por buenos remeros los cuales no impelian aun el buque con la prontitud que reclamaba mi impaciencia. Reconocí á nuestra derecha la isla considerable formada por dos brazos distantes del Pilcomayo que desaguan ambos en el rio Paraguay, la superior un poco mas arriba del Ipita, de que ya he hablado, y la inferior algo mas abajo de la Asuncion. En aquella isla viven los Enimagas, parecidos á otras tribus indias, pero que difieren de los Mbayas, por ejemplo, cuyos dueños dícese que fueron en otro tiemoo, en que sus mujeres no se procuran el aborto. Pero el hacerse mas difícil la navegacion con las muchas islas que ya habiamos visto, me anunció que no estábamos muy distantes de la capital.

Mi primer cuidado, así que arribamos, fue informarme de mi amigo, el cordovés; el infeliz estaba allí aun. El segundo que di, fué para tomar mis medidas con el objeto de obtener el permiso para salir del país. Nada diré no obstante, de la nueva conferencia que tuve con el dictador, con este motivo, y cuyo resultado no dejé de aguardar con inquietud; porque el viento soplaba de la parte del N. E.; y en su consecuencia, en este último caso, segun su costumbre, estaba muy indispuesto el dictador. Sin embargo me adelanté tomando todas mis disposiciones para el caso de buen éxito; porque cuando se parte, es fuerza salir no solo el mismo dia, sino á la hora prescrita, por temor que se revoquen las órdenes. Con este fin me habia alojado lo mas cerca posible del rio; y desde mi corredor, que daba al matadero, veía enteramente las operaciones, mediante las cuales los cortantes abastecen á la ciudad de las provisiones necesarias. Supóngase un vasto espacio cubierto de polvo en verano y de lodo en invierno, y en el cual despues de cogidos con los lazos los animales, se les mata, desuella y corta en el acto, no descuartizándolos como lo practicamos nosotros, sino haciendo divisiones longitudinales, en sentido de las costillas. Pónenlos despues en carros para trasportarlos á los mercados, cubiertos siempre de polvo ó de barro. Los huesos y demás partes tenidas por inútiles quedan abandonados en el mismo sitio sin otra precaucion, lo que convertiria á todas las ciudades (porque en todas hay la misma costumbre) en un foco de infeccion y de enfermedades si la naturaleza mas previsora que los hombres no hubiese proporcionado el remedio á esa inconcebible negligencia, con las inumerables bandadas de aves de rapiña, entre las cuales se distinguen los urubúes y los caracaras, que se reunen al rededor de las habitaciones, para buscar su alimento. Extraigo del S. de Orbigny, que ha hecho un particular estudio de las costumbres de aquellas aves, los principales ras-

gos que los distinguen. Pertenecen todas al género de los *cathartes* ó *barrenderos*, llamados así á causa de la naturaleza de los servicios que prestan á los habitantes de las ciudades americanas; pero sin embargo difieren mucho entre sí, aunque se aproximen por sus costumbres. El *urubu* ó *iribu* (*cathartes urubu*, Vieill.), especie de buitre, nace blanco, y solo se reviste del color negro, que es el del adulto, á los tres años. No tiene parte de habitacion distinta, y se encuentra por todas partes. Tal vez sean este y el caracara las mas comunes de todas las aves de rapiña. Hasta se hallan á centenares reunidas en un solo cadáver. En algunas ciudades, reconocidas á los servicios que les prestan, ha de pagar cincuenta piastras de multa (250 francos) cualquiera que mate un urubu. Puede permanecer ese pájaro por mucho tiempo sin tomar alimento alguno; pero cuando se le ofrece ocasion, come con voracidad; por otra parte nunca ataca los animales vivos satisfecho con los que enceentra muertos en el campo, provocando su alimento si se ve perseguido despues de haber comido, seguramente para retardar las persecuciones de su enemigo. Es de los mas atrevidos, hasta el extremo, segun dicen, de disputar su presa al mismo jaguar. No es menos manso, lo que explicaria como se puede domesticar; de lo que hay muchos ejemplos. Un olor de putrefaccion unido al del almizcle da á conocer su presencia hasta en sitios en que no se le ve. En cuanto al caracara (*polyborus vulgaris*, Vieill.), manso como el urubu pero mas ó menos segun las especies, lo representa M. de Orbigny como parásito constante del hombre salvaje ó civilizado, siguiéndolo en sus viajes, en sus aldeas y ciudades, y en sus establecimientos agrícolas, y burlando en todas partes los lazos que le tiende la repugnancia que inspira, especialmente á los colonos (*estancieros*) cuyos corrales devasta matando los corderitos. El color dominante en el adulto, sobre todo en la especie mas comun, parece ser el blanco (Pl. XXIX. — 2).

Solo me ocupaba un pensamiento, un deseo, el de abandonar el Paraguay; y el trascurso de los dias que aguardaba y se sucedian tan lentamente para mí, desde mi vuelta á la Asuncion, me ofrecia algunas distracciones á veces en el expectáculo, sino agradable, á lo menos muy curioso, de los encarnizados combates, á que despues de la salida de los carros, se entregaban aquellos salteadores aéreos en los cadáveres del matadero, á quienes habia despojado del último pedazo de carne, en menos de un minuto.

Muy fastidiado, impaciente y hasta inquieto, entregábame un dia entero á tan hermosa ocupacion, cuando mi Cordovés, de ordinario tan melancólico, se precipitó de improviso en mi casa. « ¡ Ya estoy, ya estamos libres ! exclamó con entera satisfaccion; ¡ me veo libre, ya estamos en libertad ! *¡ Viva el excelentísimo señor !* repitió quitándose el sombrero. Pero ¡ partamos, marchémonos al momento ! » Mostróme entonces bajo una misma cubierta, 1° una órden del dictador que ponia á su disposicion doble carga de yerba, facultándole para llevársela en el acto; 2° el permiso para mí para embarcarme con él. « ¡ Viva Francia ! » exclamé á mi vez; y dos horas despues, vogábamos hácia el S. á toda vela.

Costeamos siempre la orilla occidental, para no permanecer á la vista de los guardias, en el caso de que un capricho del dictador nos hubiese querido hacer retroceder; pero finalmente tranquilizados, á medida que nos alejábamos de la Asuncion deseé hacer un nuevo alto en el Chaco, para tocar por última vez aquella tierra que probablemente no habíamos de volver á ver; porque habiendo llegado á Corrientes estaba trazado mi itinerario por el interior. El bueno del Cordovés tuvo la complacencia de condescender á mi voto; pero apenas hubimos desembarcado, cuando detrás de un corto número de árboles, descubrimos unos pocos salvajes de cuclillas al rededor de una lumbre, donde parecian muy ocupados en su cocina, que era de las mas sencillas; porque se contentaban con asar algunos tasajos de carne encima de las brasas. Era un reducido número de aquellos Tobas, una de las mas célebres naciones del país entre las que ilustraron su nombre por las luchas que sostuvieron con los españoles, desde la época del descubrimiento hasta nuestros dias, en que son aun bastante temidos, sin ser ni con mucho tan peligrosos. Nuestra gente se estremeció á su vista, queriendo absolutamente volver á la orilla para embarcarse de nuevo; pero ya no era tiempo. Estaban entregados á la caza de una especie de roedor, llamado *giya*, cuyas pieles cosidas les sirven para formarse unos ponchos. Esas pieles son tambien para ellos un importante artículo de comercio, con cuyo medio se abastecen en Corrientes, donde se les ve de cuando en cuando, de los objetos fabricados que han llegado á serles precisos, hachas, navajas, etc. Dice Azara que usan un barbote semejante al de los Payaguas; pero no vi la menor señal. El color bronceado, ojos inclinados y las mejillas salientes, no los distinguen de las demas tribus del Chaco, que presentan todos los mismos rasgos. Por otra parte son poco sociales é indolentes hasta el último grado, sin dar muestras de actividad sino cuando se trata de caza. Pintados como hombres terribles, me parecieron muy apacibles; pero sin trabajo creeria, segun me han dicho, que son del to-

do intratables en la embriaguez. El arco las flechas y la maza son sus armas mas comunes, así como las bolas de que se sirven con mucha destreza. Extraños á toda navegacion, aunque habiten en las cercanías de los lagos y orillas de los rios, esencialmente cazadores. Son poco industriosos; pero poseen una especie de alfarería á su modo, sabiendo sus mujeres fabricar ciertos tejidos y sobre todo los de sus ponchos. M. de Orbigny, que ha visto sus habitaciones en la poblacion que poseen en frente de Corrientes las señala como si indicaran un grado de civilizacion mayor que las de los demás indios. Presentan la forma de largos zaguanes construidos con cañas, cubiertos con un solo techo en cañas tambien, y que sirven de retiro á muchas familias. Diezmados sucesivamente por sus guerras con los españoles, por sus combates con los Bocobis, tribu que fue siempre mortal enemiga suya, y por el bárbaro uso del aborto voluntario, establecido entre ellos por mucho tiempo; de muy poderosos que eran, cuando la llegada de los españoles, están reducidos en el dia á un número muy poco considerable relativamente, y esparcido con largos intervalos, entre el Pilcomayo al norte y el rio Vermejo, hácia el sud (Pl. XXIX. — 4).

Todavía hablábamos de los Tobas, cuando llegamos á Ñembucu, último punto de alguna importancia del Paraguay por aquel lado, y notable por construirse en el embarcaciones pequeñas; el país vecino suministra excelente madera de construccion. El Cordovés, temiendo siempre por su libertad, recobrada de un modo tan imprevisto, no tomaba tierra sin que temiese encontrarse con alguna órden penosa; pero sin embargo decidióse á ello: llamábanlo allá imperiosamente algunos negocios, y yo sin estar mas tranquilo, no sentia reconocer, en las inmediatas cercanías de aquel punto, la extremidad occidental del grande estero, cuyo principio viera en San Cosme. Supe que los mismos Paguayas que habia visto muy tranquilos en la Asuncion, habian cometido allí por mucho tiempo grandes robos, envolviéndose con pieles de jaguares, con cuyo medio sembraban en los mercados el terror entre sus moradores, á los que despojaban despues á su gusto; lo que determinó á Francia, en 1820, á trasportarlos á la capital. Una vez terminados los negocios, nos apresuramos á volver á embarcar.

Habiendo llegado algo mas abajo, en frente del confluente de este último rio con el Paraguay, al contemplar tan hermosa corriente de agua, medio tan natural de comunicacion entre el Perú, Paraguay y Buenos Aires, no podia dejar de deplorar el triste resultado de las pasiones de los europeos, que impidiéndoles unirse para aprovecharse de ella, la han hecho enteramente inútil para sí, hasta el dia. El fondo del rio es alternativamente de piedra y de arena. Su profundidad varia al infinito, pero hasta en la estacion de sus inundaciones, en las que sus aguas se extienden mucho por la derecha y por la izquierda, hay siempre la suficiente para que no se detengan las embarcaciones en medio de su curso, siéndoles fácil evitar los troncos de los árboles y los árboles enteros que arrastra, inconveniente bastante raro por otra parte. Solo hay dos islas por todo el rio, una grande y otra mas pequeña ancha de media milla, llenas ambas de bosques. Las corrientes cuyo número, sin embargo seria difícil determinar así como su intensidad, pueden vencerse con la vela, el remo ó el vapor. Las márgenes están cubiertas de sauces, algarrobos, palmeros, y otros árboles del país, mezclados y confundidos; extendiéndose por ellos vastas llanuras pobladas de bosques á derecha é izquierda, á distancias mas ó menos considerables. Las diferentes tribus indias que habitan en sus bordes no son igualmente pacíficas; pero la infarioridad de sus armas las hacen poco temibles; y tratándolas bien, entendiéndose en especial con los caciques, no solo nada deberia temerse de ellas, sino que aun se pudieran aguardar y recibir grandes servicios, porque conocen perfectamente todo el territorio. Las mas notables de aquellas tribus son con los Tobas que he descrito, los Aquilotes, los Pitilagas, Bocobis, cuyo número total valua Azara á dos mil guerreros, distribuidos en cuatro hordas principales, y que pinta como fieros, belicosos, viviendo sin agricultura, de las vacas y carneros que crian y de los que roban á los españoles del Paraguay, de Corrientes y Santa Fe. Las vastas selvas que cubren la mayor parte del país bastarian por si solas para proveer la mitad del mundo de madera de construccion, igual en valor á la que produce el Paraguay, sin hablar de los palos para la tintura, de las plantas medicinales, de las gomas, bálsamos, patatas, raíces, melones, azúcar, cacao y una multitud de otras producciones que se encuentran en inmensa cantidad. En una palabra la providencia parece haber reunido, en aquel suelo privilegiado, todo cuanto puede ser necesario, útil ó agradable al hombre. La abertura del Vermejo no dejaria de ser tan ventajosa para la América, como lo fué para la Europa el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza. Efectivamente para las repúblicas americanas fuera un objeto de la mayor importancia, aunque no hiciera mas que ahorrarles la larga y penosa navegacion del cabo de Hornos; afianzando el progreso de su comercio, agricultura é industria, remachara de este modo el primer anillo de la cadena social. Aunque los interesados en ello, no hayan hasta el dia estado de

inteligencia, la historia ha consagrado sin embargo el recuerdo de algunos esfuerzos ensayados con estas miras: el viaje de Mastorras, gobernador de Salta, de los coroneles Axias y Cornejo, en 1790: el viaje del coronel Espinosa, y la tentativa de Azara. Mas recientemente, habiéndose formado en Salto una asociacion, para reconocer el curso del rio, encargó esta empresa á una comision, la cual partió en el dia 28 de julio de 1825, y se vió detenida por el dictador, despues de haber cumplido su encargo en el Paraguay, en donde á mi partida estaba aun, sin haber podido tener comunicacion alguna con sus principales, en todo aquel intervalo. Finalmente solo se hablaba entonces en el país, de la reciente aventura del intrépido Soria. El desgraciado habia hecho una de las mas atrevidas tentativas que jamás se hayan intentado, á fines de 1826, por cuenta de la misma compañia. Esto era dirigirse por el agua, desde Salta, situada cerca de los Andes, hasta Buenos Aires, atravesando las inmensas llanuras del grande Chaco por el Vermejo, hasta el Parana. Estaba á punto de conseguirlo, despues de haber luchado con obstáculos sin cuento; solo le quedaban diez ó doce leguas de navegacion en el Paraguay para llegar á Corrientes, término de los azares de su noble empresa, que á todo el mundo interesaba.... Mas Francia decidió otra cosa. El infortunado fue arrestado por los guardias, y actualmente se halla preso todavía en el Paraguay.

Por fin, la llegada á una grande isla que parece señalar el confluente del Paraguay con el Parana, así como el cambio de direccion de las corrientes, nos dieron á conocer que entrábamos en este último rio, y que nos escapábamos del dominio de Francia; un momento despues, ya nos hallábamos en Corrientes, y abordando allí, creí renacer para mí la libertad.

Ántes de continuar mi viaje y de describir mis correrías por la República Argentina, reasumo aquí, en pocas palabras, algunas generalidades geográficas é históricas, destinadas á completar, en lo posible, el boceto que he dado de ese país interesante.

El Paraguay propiamente dicho, considerado en su conjunto, segun las mejores cartas geográficas que de él se han trazado hasta el dia, presenta la figura de un paralelogramo irregular. Es fácil determinar sus límites orientales y occidentales, pues lo ha hecho la misma naturaleza, poniéndolo entre los dos grandes rios Paraguay y Parana, que lo rodean á derecha é izquierda corriendo ambos del N. al S. casi paralelamente el uno al otro; inclinándose el segundo, sin embargo en direccion horizontal cerca de la altura de 27° de lat. S. desde Itapua á Corrientes, en direccion de E. á O. para limitarlo al mediodia, separándolo de este modo de las provincias septentrionales de la República Argentina. En cuanto á sus límites de la parte del N. son algo mas difíciles de determinar, por depender enteramente de los convenios humanos que han variado constantemente y varian aun, en razon de los caprichos de la política. En 1781, se pusieron segun las bases del tratado preliminar de S. Ildefonso (1777), por los comisarios españoles y portugueses nombrados al efecto, á los 16° de lat. S.; pero despues las sucesivas usurpaciones de los brasileños los han hecho retroceder mucho hácia el S.; porque actualmente en los mapas se colocan en el rio Mondego, muy al mediodia del lago Jarayes, aunque realmente el límite político se halla al N. de ese mismo lago, de modo que la extension de la provincia brasileña de Mato-Grosso ha aumentado con el territorio situado entre este último punto y el lugar llamado Miranda, situado en frente del Mondego, uno de los afluentes del Paraguay, diferencia de unos cuatro grados, en provecho de la usurpacion portuguesa.

De todos modos, puede valuarse aproximadamente á diez mil leguas cuadradas la superficie que no presenta mas que una llanura contínua y sensiblemente horizontal, salvo tal vez algunas colinas que no tienen mas de noventa toesas de altura; y hácia el E. á los 16°, algunos vértices extensos y redondeados, que parecen depender del sistema general de la pequeña cordillera del Brasil. Tal es, en efecto, su *horizontalidad*, que segun dice Azara, juez competente en la materia, el Paraguay no tiene un declive de un pie por milla marina, entre los 16° 24' y los 22° 57'. Las rocas de las pequeñas montañas y de las colinas, por lo general, son arenosas y no calizas. Se elevan del terreno unos peñascos que algunas veces tienen cinco ó seis toesas de alto, y hasta hácia el oriente en una superficie considerable, no hay bastante tierra vegetal; por lo que no se encuentran allí árboles; pero en el Chaco y al Oeste del Paraguay y del Parana, ya no se experimenta tal inconveniente. El interior del suelo contiene pizarras, piedras de chispa, de amolar, piedras de iman, cornalinas, muchas arcillas de diferentes colores, pero nada de cal ni yeso; observaciones aplicables todas, por otra parte, á las provincias mas meridionales hasta Buenos Aires y aun mas al sud; lo mismo que las siguientes particularmente sobre la historia natural del país; lo que advierto de antemano, en la esperanza de mis incursiones ulteriores, para evitar repeticiones.

Semejante constitucion geológica hará comprender sin trabajo de que modo, en todas aquellas regiones, las aguas llovedizas ó las que derraman los Andes se distribuyen en riachue-

los y rios mas ó menos considerables, pero de los cuales muy pocos desaguan en el mar. Debe haber igualmente muchos lagos muy extensos y por lo general poco profundos, así como *esteros* ó *bañados* sin cuento, de los cuales ya he indicado ó visto algunos de los mas notables. Entre los últimos distínguese el famoso lago de Jarayes, formado sobre todo por las lluvias que caen en la provincia de Chiquitos, en noviembre, diciembre, enero y febrero; este lago varia de forma como de extension, lo que depende de la mayor ó menor abundancia de la lluvia; tiene de largo un centenar de leguas y unas cuarenta de ancho, no siendo navegable en punto alguno. Por otra parte, no es el manantial del Paraguay, como daria á creerlo una preocupacion esparcida con bastante generalidad; al contrario, su orígen en parte es debido á aquel rio; sin embargo, es fuerza decir, que aun es muy mal conocido.

Poco hay que añadir á lo que he dicho acerca el sistema de los rios del país. Tan fácil seria como cansada una árida y larga nomenclatura de las corrientes de agua secundarias, de las cuales, sin embargo, he dado ya á conocer las principales; pero no es indiferente reasumir algunos apuntes sobre los de primer órden. Así despues de haber reconocido el orígen del grande Parana, entre los 17° 30' de lat. S. en la frontera de la provincia de Minas-Geraes, en el Brasil, diré que formando en su union con el Uruguay, lo que se llama el *Rio de la Plata*, evalua Azara la masa de sus aguas, quizás con alguna exageracion, á diez veces la del Paraguay. Es mas rápido y violento que este último, porque viene del Brasil, en donde los terrenos generalmente son mas inclinados. Sus aguas, por otra parte, son excelentes, y su mayor crecimiento se verifica en diciembre; pero no es navegable en toda su extension, á causa de sus cataratas y arrecifes. El Paraguay, al contrario, que empieza en la Sierra del diamantino á los 13° 30' de lat. S., y cuyas aguas no dejan de ser tan buenas, sin peñas por todas partes, y siempre con bastante fondo, es navegable por goletas desde los 16° hasta su confluente con el Parana. Su crecimiento periódico tiene lugar desde fines de febrero á los de junio, y su disminucion se verifica en el mismo espacio de tiempo. Sus aguas se extienden mucho por ambos lados de sus orillas, durante las avenidas, pero su altura varia muy poco. Es de advertir que por otra parte es aplicable á un crecido número de rios americanos, una curiosa observacion de M. de Orbigny, acerca la causa de los diferentes colores de las aguas en aquel país. « En el tiempo de las lluvias, dice, comunican su principio colorante á todo el curso de aquellos rios unas sustancias térreas, separadas por las aguas y arrastradas por la corriente, las cuales se encuentran aun en tiempo de las avenidas en una parte del curso del Parana, mas abajo de su union en el Paraguay, que acarrea las aguas coloradas del rio Vermejo y del Pilcomayo, al paso que mas abajo de aquella reunion, sus aguas solo son amarillentas. »

El termómetro de Farenheith en la Asuncion sube á los 85° en verano, comunmente; á 100, los dias de mucho calor; y á 45°, los frios. Siempre hace frio, cuando soplan los vientos del sud ó del sudeste, y calor, cuando reinan los del norte. Los vientos comunes son los del este y del norte: el del sud no sopla casi mas que la duodécima parte del año; cuando se dirige hácia el sudeste, el cielo está en calma y sereno. El del oeste se hace sentir muy raramente. Los huracanes son tambien muy raros en el país, pero se ha conservado el recuerdo del que tuvo lugar el 14 de mayo de 1799, que derribó en parte la aldea de Atira, cercana á la Asuncion, mató á treinta y seis personas, volcó algunos carros y causó muchos graves accidentes.

La atmósfera del Paraguay es muy húmeda; pero por un fenómeno muy notable, á lo menos relativamente al estado de cosas bajo el mismo respeto en nuestra Europa, aquella humedad en nada influye para la salud, como tampoco la proximidad de los pantanos, lagunas y terrenos inundados, cuyas aguas, aunque verdes, no son del todo insalubres.

Si el Paraguay es uno de los mas sanos países del mundo, es tambien de los mas fértiles. Sin duda tiene sus vegetales y animales nocivos como las demás regiones de América; pero quedan compensados los inconvenientes reconocidos por ricas ventajas. Así pues, de dos especies de *mandioca* ó *maniab*, (*iatropha manihot*, Lin.) que no se encuentran mas allá de los 29°, el zumo de la una es un veneno; peró la otra, de raíces blancas, es un maná para el suelo que la produce, sirviendo de pan en todo el país; al paso que las diferentes especies de maíz, las patatas dulces ó *batatas* (*convolvulus batatas*, Lin.) son un abundante y precioso alimento. En otro tiempo suministraba el Paraguay trigo á Buenos Aires; lo contrario sucede en el dia. El trigo ya no se cultiva en el Paraguay, ó por lo menos es poco beneficioso su cultivo para merecer ocuparsé de él; pero en las provincias meridionales, (por ejemplo, en Montevideo y Buenos Aires), es un artículo de consideracion no siendo aun muy constante su cultivo en la costa de la Plata, porque sus moradores no comen pan, y casi no se ocupan mas que en la cria de ganados y en el comercio de cueros. Á principios del siglo XVII habia aun dos millones de pies de sarmientos en los alrededores de la Asuncion; pero actualmente apenas se

bellarian algunas perras. Los habitantes en general, prefieren el aguardiente á toda bebida fermentada. El tabaco, cultivado desde los 29°, era muy productivo para el Estado cuando estaba declarado de contrabando, pero en el dia que su comercio es libre, solo es ventajoso para los cultivadores. Esto en cuanto á las plantas cultivadas. Respeto á los silvestres, ya he señalado las maderas del Paraguay como constituyendo una de las principales riquezas. Son mas compactas, mas sólidas y menos combustibles que las de Europa; y Azara, pretendiendo que su vegetacion no es variada, á causa de los llenos, no deja de señalar un considerable número de especies diferentes, tales como el *tataré*, el *yberaro* ó *lapacho*, el *yondubay* ó *espinillo* (acacia espinosa), el *urundey-iray*, el *timbo*, el *tatayba* (moral silvestre), y muchos otros, propios todos para construcciones navales y trabajos de ebanistería. Pueden indicarse como plantas de adorno, el *papamondo*, el *higueron*, los *tunales (cactus*, Lin.*)* ó higueras de pala, y el lirio de los bosques. Entre las plantas tintoriales, la *algarrobilla* suministra una especie de tinta; el *cebil* ó *curupay* se emplea á modo del zumaque, para curtir los cueros; otros dan diferentes grados de encarnado. El famoso *caoutchouc* ó goma elástica, que ha llegado á ser tan útil á la industria, y que habia visto en los bordes del rio de las Amazonas, se halla en el Paraguay en los del Gatemy, en los 23 y 24° de lat. S. con el nombre de *Mangaysy*. No puedo terminar mejor esta lista que señalando, entre las riquezas del país, á los *cazaguatas*, distribuidos con abundancia, por las selvas, en donde parece haberlos colocado la Providencia como fuentes naturales para alivio del viajero sediento, vertiendo cada una de ellas por su entreabierta corola, una cantidad mayor ó menor de excelente agua fresca, pura y clara siempre como el cristal.

Pasando de los tesoros de la botánica á los de la zoología, no los encontré menos variados desde el terrible *jaguareté* (el jaguar), jefe de la numerosa familia de los gatos de América, hasta el *anguyamini* (raton), del cual se cuentan once especies distintas, viviendo casi todas en los campos y solo rara vez ostentando las costumbres de los nuestros. En el intermedio, ¡qué cuadrúpedos, pájaros, insectos, y reptiles peligrosos, dañinos ó simplemente importunos; ó por el contrario, alimentando al hombre, compartiendo sus trabajos y amenizando su morada! Ya he dado á conocer algunos de los mas singulares. No puedo hacer casi mas que nombrar algunos otros: el famoso *micure (didelphis*, Lin.*)*, *sariguo* ó *filandro*, notable por la bolsa en donde recoge sus hijuelos, cuando les amenaza algun peligro; el *capibara* (cabiai), animal tímido que vive en los lugares inundados, el *aparea* ó lechon de Indias; el *caraya* ó mono vocinglero, llamado así á causa de sus gritos, animal triste y pesado, que descarga sus excrementos, por miedo, encima del que lo ataca; el *cay*, otra especie de mono, alegre, vivo y petulante. Los caballos, que han llegado á ser silvestres, habitan las llanuras á millares, desde los 30° lat. S. Los caballos domésticos recorren libres los campos, y se ha visto en el Paraguay dar una yegua y su pollino por dos reales. Los asnos no tienen valor, ni tampoco uso; pero las vacas y bueyes, tanto silvestres como domésticos constituyen una de las principales fuentes de la riqueza del país, lo mismo que las ovejas, guiadas por ciertos perros llamados *ovejeros*, cuya educacion es un deber de los colonos. Ya he hablado de algunas aves, pero aun no he citado el *ñandú*, avestruz de América que á pesar de la rapidez de su carrera (porque casi no vuela mas que el de África) escapa rara vez de las bolas del diestro cazador. Las culebras y víboras se designan con el nombre genérico de *boy*. Las primeras no muerden ó no son peligrosas sus heridas. Existe una especie grande de serpiente que nada perfectamente y llega á adquirir, segun Azara, diez pulgadas y media de longitud; esa serpiente es el objeto de absurdas acusaciones, como de comerse un hombre, un ciervo con sus astas, una vaca entera, de ser adorada por los indios, de atraer su presa con el aliento y otras necedades del mismo órden. Entre las víboras, la *ñacanina*, de cinco ó seis pies de largo, es no obstante la menos peligrosa de todas; la *quiririo ó vívora de cruz*, cuyo nombre se deriva de la figura que adorna su frente, es ya mucho mas temible, introduciéndose en las casas y hasta en las camas; pero la mas terrible es la *ñandurié*, de un pie de largo y del grosor de una pluma, cuya picadura mata infaliblemente, en pocos momentos al desgraciado que alcanza. Sobre todo se distingue entre los reptiles saurios, el *yacaré* ó *caiman (alligator*, Com.*)*, habitante tímido de los lagos y de los rios, y que á la menor alarma se zambulle en el agua, temible no obstante y temido á causa de la fuerza de sus terribles mandíbulas; el *iguana*, el *teyuguazu*, y despues el *teyu-hoby* ó lagarto verde. Son tambien notables los tábanos y moscas de gusanos, azote del ganado; los mosquitos en su estacion, y los *niguas* siempre desesperacion del viajero no aclimatado aun. Ciertas hormigas son el terror de las criadas, por consumir sus frutas, carne y azúcar; entre las numerosas especies de ellas, hay una rojiza que puede considerarse como análoga de la famosa *hormiga blanca* ó *termite* de la Guinea. Azara dice haber visto hundirse en un hormiguero de esta especie á una de las

mulas de su equipaje, de suerte que á veinte pasos solo se le veía la cabeza. He visto uno de sus voladores enjambres cubrir un camino de tres leguas. La mayor parte de las avispas, de las que se cuentan hasta nueve especies, producen todas unas picaduras horribles; viven algunas en sociedad, y otras enteramente aisladas. En los grandes bosques, en la cima de los árboles, anidan muchas especies de abejas que no dan picaduras; pero la miel de una de ellas, dícese que ocasiona un fuerte dolor de cabeza y embriaga; al paso que la de otra produce convulsiones. Para concluir los inconvenientes de una region, cuyo mal ni bien no he querido ocultar, debo decir, finalmente, alguna cosa de las langostas, que invaden y devastan el país como una verdadera plaga de Egipto en el mes de octubre, en épocas variables, pero á poca diferencia cada dos ó tres años. Cambian de piel tres veces, hasta en febrero, ocupando entonces considerables espacios de terreno; viniendo probablemente del grande Chaco, abandonan finalmente el territorio, sin saberse adonde van; pero despues de haberlo arrasado todo en su paso. Los habitantes del Paraguay dicen seriamente *que todas las veces que les llega un obispo, tienen langostas;* reflexion poco interesante, y que cito porque pinta sus costumbres.

Creo que, sin temer demasiado ser desmentido, podria afirmarse que no hay ciudades en el Paraguay, exceptuando la capital; porque ¿ que son por ejemplo, *Curuguaty, Villa-Real de la Concepcion* y *Villa-Rica del Espíritu-Santo*, las solas poblaciones que parecen poder aspirar á semejante título? Verdaderamente no son mas que pueblos grandes.

No he podido conseguir mas que algunos datos vagos acerca la poblacion total del país. El solo hecho sobre el cual no puede quedar duda alguna, bajo este respeto, es que es poco considerable, con relacion á la extension de terreno que ocupa. El censo formado en 1786 no ascendia á 100.000 almas; en 1801, Azara segun las operaciones del catastro, lo valua á 170.832; y Rengger, unos veinte años despues lo hace ascender á 200.000, sin asegurarlo no obstante, añadiendo que el mismo gobierno lo ignora; Rengger lo forma de blancos, de sangre puramente española, de criollos, indios, mestizos ó mulatos y de negros, clases que todas difieren en inclinaciones y trajes, pero que tendré ocasion de examinar y describir mejor, observándolos en la república argentina.

¿ Qué diré ahora de la historia particular del país? Casi toda ella por lo que toca á los antiguos tiempos es la misma que la que he descrito de las Misiones, y en cuanto á los tiempos modernos la completa naturalmente la de Francia, que se acaba de leer; pero es un hecho bastante curioso, que quizás no ha sido observado aun, y que no deja de ser digno de atencion, la especie de paralelismo que parece guarda el impulso de los descubrimientos en el país, y que en algun modo determina la direccion natural de los dos rios, que abrazan tanto por la derecha como por la izquierda, la region que forma su objeto. Así, por un lado Juan de Ayolas en 1537 sube por el Parana hácia el O., por las huellas de Sebastian Gaboto; penetra por el rio Paraguay hasta el puerto de la Candelaria, cerca del sitio en donde el año despues, se echaran los fundamentos de la ciudad de la Asuncion, y acaba asesinado en él por los Payaguas; pero sin desanimar su suerte á otros intrépidos aventureros, penetran el Paraguay, en los años siguientes, Irala y Fernando de Ribeira; y desde 1546, se halla abierto y conocido el paso del Marañon por el Guapay. Por otra parte, nuevos exploradores militares ó eclesiásticos penetran por el Parana hácia el E. La fundacion de la ciudad de Ontiveros, llamada despues Guayra, y mas tarde Ciudad-Real, establecida en 1554, cerca del salto del Canendyu, por D. Garcia Rodriguez de Vergera, manifiesta los esfuerzos de los intrépidos conquistadores para extenderse y establecerse en una direccion diferente de la que ya se habia reconocido. Una vez dado el impulso, los esfuerzos aunados de la religion y de la política, contribuyen pronto á multiplicar, en ambos puntos á un tiempo, los descubrimientos y establecimientos. Las luchas que desde entonces tienen lugar entre los jefes espirituales y los administradores civiles, suspenden sus progresos, de cuando en cuando, pero jamás llegan á detenerlos enteramente. Añádase que el mero interés local de aquellas interminables divisiones, cuyos rasgos sobresalientes se han visto, sin embargo, en otra parte, se aniquila y desaparece del todo ante la simpatía que de un modo tan natural excitan en nuestro ánimo los grandes acontecimientos del principio del siglo XIX, los cuales conducen á la emancipacion general de toda la América española, y determinan casi á un mismo tiempo, en 1810, la excision de su primera confederacion republicana. De ahí, el Paraguay, tal como existe actualmente para nosotros y tal como he querido pintarlo, independiente en el nombre, esclavo en realidad, adormecido en sus cadenas que remachó el temor, y al cual, ciertamente sin quererlo y sin saberlo tal vez, ha hecho Francia el mayor servicio que puede prestar un déspota á sus pueblos, el de revelarles sus fuerzas, convenciéndolos de ello íntimamente. Entre tanto, si posible es juzgar por el curso natural de las cosas y por la marcha mas sencilla de las ideas, realizándose, de este ó del otro modo, la emancipacion del Pa-

raguay; ¿que llegará á ser, despues de verse de todo punto libre? No se reunirá con el Brasil, del cual lo alejan para siempre un antiguo odio nacional; tampoco se unirá á la Bolivia, de la que lo separan inmensos desiertos; sino que se apoyará en la confederacion del Rio de la Plata, á la que se dirige por su situacion geográfica, y por los antiguos recuerdos de comun nacionalidad, y por el desagüe de sus rios Parana, Paraguay, Vermejo y Pilcomayo. Saludable por su clima, rico en bellas producciones, cuyo valor multiplicarán sin trabajo los progresos de su civilizacion y de su industria, restablecerá pronto, extendiéndola igualmente, sus relaciones de todo género; de este modo se justificarán, sin nuevos trabajos y sin otras conmociones, las esperanzas lisonjeras y justas de mis dignos huéspedes, el bueno del alcalde y el bizarro comandante de Itapua.

CAPÍTULO XXXIII.

REPÚBLICA ARGENTINA. — PROVINCIAS DE CORRIENTES Y DE ENTRE-RIOS. — REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

Encantado por haber visitado el Paraguay, lo estaba aun mas por haber salido de él. Ya habia visto la Asuncion, la primera capital de la América española, en aquellas regiones. Entretanto el principal objeto de mi curiosidad era Buenos Aires, que despues de muchos obstáculos, la habia sucedido en este título, en aquellas mismas colonias, atormentadas por tantas revoluciones políticas. Ansiaba pues muchísimo pasar á las provincias meridionales; pero el cuadro de investigacion que me habia propuesto, no estaba completo por la parte del norte. Quedábanme por hacer muchas pesquisas, y muchas excursiones en el seno de la provincia á donde llegaba, de aquel inmenso territorio que deberia al parecer ser negado á los hombres, por las aguas de que en gran parte se halla cubierto la mayor parte del año; especie de Holanda en expectacion en cuanto á las poblaciones que con el tiempo podrán sacarla de la nada. Esta misma singularidad daba otra á mi vista; y con riesgo de perderme por los juncos de la provincia de Corrientes, con riesgo de anegarme en sus pantanos, resolví recorrer las partes mas importantes con todo el cuidado posible.

La ciudad de Corrientes, su capital, no es tan interesante por lo que es como por lo que pudiera llegar á ser. Su fundacion asciende al año 1588. Se halla edificada en un terreno llano y arenoso bajo el cielo que participa del de la zona tórrida y del de la templada; y aunque las calles estén tiradas á cordel, ofrece mas bien el aspecto de una aldea grande que el de una ciudad; por otra parte medianamente poblada, por hallarse esparcidos por los campos la mayor parte de sus habitantes, los cuales se entregan á la agricultura, á lo menos casi todos. En tiempo de Azara no poseía Corrientes mas de cuatro mil almas; y creo que actualmente podrá su poblacion efectiva llegar á cinco ó seis mil; pero su situacion geográfica, considerada bajo el aspecto comercial es muy ventajosa y solo puede compararse con la de la Asuncion. Efectivamente es de las mas céntricas: colocada en el extremo N. O. de la provincia, Corrientes se unirá á un tiempo con el Paraguay por su proximidad, cuando este se halle otra vez abierto al comercio; por el rio Negro con el grande Chaco, cuando haya penetrado en él la civilizacion; por el Parana superior con el Brasil, si algun dia deja este imperio de ser hostil á las colonias españolas. Ahora está unida á las provincias meridionales de la República Argentina por el Parana inferior; y al Perú por el rio Paraguay y sus afluentes. No obstante, siempre hallará Corrientes un obstáculo para los progresos de su industria y comercio en la excesiva indolencia, mejor diré en la excesiva pereza, que hasta la ambicion de fortuna estimula dificilmente. Es un defecto en ellos que no vayan unidas para intereses de este género, las virtudes, que es fuerza reconocer en los mismos, tales como su apacibilidad, paciencia, sobriedad y benevolencia para con los extranjeros; por lo que reina entre los *Correntinos* un silencio de muerte. La mayor parte creen haber llegado al colmo de la felicidad humana, cuando despues de un paseo á caballo, están seguros de encontrar un sitio para dormir la siesta durante el intenso calor del dia, para beber su mate, fumar un cigarro y dormir todas las noches al abrigo de los mosquitos, para encontrar el dia siguiente la misma ociosidad y los mismos placeres.

Semejante género de vida no entraba en mis inclinaciones; por otra parte solo habia de visitar algunos monasterios insignificantes y una iglesia parroquial en una ciudad desprovista de toda suerte de monumentos que puedan interesar al viajero por un solo momento; y solo hubiera permanecido en ella por muy corto tiempo, si no me hubiese detenido algun tanto, el sincero cariño que me manifestaba el bueno del Cordovés, á quien habia acompañado. Aquel buen jóven me dió á conocer muchos paisanos mios que residian en aquella ciudad, los cuales en adelante facilitaron mucho mis relaciones en el país.

Sus consejos é instrucciones no dejaron de serme muy útiles, desde el dia en que los encontré. Dispuesto á proseguir su navegacion para volver á su casa no quiso abandonarme sin

haberme enriquecido con parte de los frutos de su experiencia.

« Es sensible, me dijo cierta dia, desarrollando en mi presencia una grande hoja de papel que me dijo ser el boceto de un mapa del Parana que habia trazado para su uso, es sensible que no pueda V. seguir el curso del rio desde Corrientes hasta Buenos Aires, en una extension de mas de trescientas leguas por costas; pero tiene igualmente su interés el viaje que V. proyecta por el interior, y quiero suplir en lo que pueda, todo cuanto podria V. echar menos bajo este respeto. Nada notable presenta la derrota por el Parana hasta quince ó diez y ocho leguas del sitio en que desemboca el rio de Santa Lucía en él, y que infaliblemente encontrará V. en sus correrías por el centro; pero partiendo de este punto, empiezan á obstruirlo mucho algunas islas semejantes á las que ha visto V. por el Orínoco, el de las Amazonas y el rio Paraguay; carácter comun á todos los grandes rios de la América. Por otra parte es de notar que desde el salto del Guayra, que se le ha descrito á V. hasta Corrientes, y desde Corrientes hasta Buenos Aires solo se halla turbada por un salto que se halla cerca de la grande isla de Aguipé, que V. ha visto en el Paraguay, en frente de San Cosme. Á setenta ú ochenta leguas de Corrientes, se encuentra uno frente del territorio de los famosos Abipones del grande Chaco, que por tanto tiempo fueron el terror de los españoles, y que á mediados del siglo XVIII, en 1745, segun creo, causaron las mas serias alarmas en la ciudad de Corrientes, despues de haber tratado peor aun á la de Santa Fe. Igualmente sembraron mas tarde el desórden y destruccion por las cercanías de mi ciudad nativa, y por mucho tiempo fueron el terror de los Europeos establecidos en esas regiones, no menos que algunas otras tribus que ha encontrado V. Estos Abipones, actualmente solo existen por el recuerdo de sus atrocidades: su raza se halla enteramente destruida. Algo mas abajo de aquel punto, vuelven á aparecer las mas hermosas islas, adornadas con elegantes árboles como el timbo que V. conoce ya, el *sangre drago*, conocido en Europa con el nombre de sangre de dragon, y el que llamamos nosotros *palo de leche*, á causa de la sustancia latericia que destila. Despues de haber pasado por algunos puntos poco importantes tales como Caballu Cuatia y Feliciano, se divisa á la izquierda, en el campo y á bastante distancia, la casa de un portugués, cuyo propietario se ha hecho célebre, por todo el país, por el valor y destreza con que ataca á nuestro terrible jaguar; y mas allá del *Arroyo de las Conchillas*, en cuyos bordes abundan los caracaras, los urubues y las cotorras, se llega por fin á la Bajada, capital de la provincia de Entre-Rios, ciudad bastante considerable, que tal vez cuenta 3.000 habitantes. Su puerto es muy animado, especialmente con relacion al silencio que reina en todo el resto del viaje, entre aquellas desiertas costas, cuya calma las mas veces solo se halla interrumpida por los gritos de las aves de ribera, y en especial por el grito regular del *chaá* (kamichi moñudo), que sirve de reloj á nuestros marinos. Entonces se siguen por mucho tiempo los altos barrancos que cercan el rio á lo largo de la provincia de Entre-Rios, y se llega á la *isla de los pájaros*, donde abundan buenos pescados llamados *dorados*; me acuerdo de haberme mordido cruelmente en ella una *palometa*, pescado que tiene los dientes cortantes, que no es de los menores inconvenientes de nuestros ríos, y que muchas veces impide bañarse con seguridad. Algo mas abajo se percibe, en la orilla derecha, el pequeño pueblo del Rosario, notable por ser el último sitio habitado de la provincia de Santa Fe, por aquel lado. Despues de haber salvado la *Vuelta de Montiel*, grande recodo que forma el rio, y pasado por delante de *San Nicolas de los Arroyos*, se entra en el *Baradero*, brazo del Parana, muy estrecho, en donde se naufraga á menudo, á causa del poco fondo; pero esos naufragios son poco temidos de nuestros marinos, por ser muy blando el limo y fácil desembarazarse de él. Las *barrancas*, costas muy escarpadas, se presentan luego, y por fin se llega á *las Conchas*, en donde se encuentran en número considerable, algunas islas cubiertas de naranjos y albaricoques silvestres. Los frutos de esos árboles, aunque amargos, forman un considerable artículo de comercio para Buenos Aires, por los distintos modos como los preparan para comerlos y por la especie de licor que se exprime de ellos; pero sobre todo se emplea su madera para la lumbre, y de este modo se hace de ella un consumo enorme en la provincia y especialmente en la capital. V. sabe que esos dos árboles son enteramente exóticos; pero se han aclimatado en América perfectamente y ha visto V. ó aun verá muchos, hasta por el norte. Presúmese que fueron importados á mediados del siglo XVIII. Tambien se encuentran allí bastantes laureles y *seibos*, árbol espinoso, con flores de un encarnado brillante, que ya habrá visto V. á menudo y que es uno de los mas bellos adornos de nuestros paisajes. Entonces se entra en un nuevo canal llamado *las Palmas*, y se prosigue por una orilla plantada de sauces hasta S. Isidro, para desembarcar finalmente en la *Boca*, término comunmente del viaje. »

Mi honrado Cordovés, acababa apenas su demostracion y lo escuchaba yo atentamente, con los ojos fijos en su carta geográfica, cuando vino á distraernos de repente un extraordi-

nario murmullo que se oia en la calle. Saqué la cabeza por la ventana, y vi adelantarse, con paso grave y tardo, unos tras otros, algunos indios medio desnudos, con un poncho á las espaldas y una pieza de lienzo al rededor de la cintura. Llevaban dichos salvajes en el lóbulo de las orejas un enorme pedazo de madera, seguramente muy pesado por los estirones que sufrian aquellos en términos de descender hasta los hombros. Tenian ademas un barbote de forma particular, que consistia en una lámina de madera semicircular, introducida diametralmente por el labio inferior, de modo que parecian tener dos bocas. « Estos son Lenguas me dijo el Cordovés. Sin duda vendrán, como hacen de cuando en cuando, á pedir á Su Excelencia el gobernador alguna gracia ó algun tratado de comercio, que tambien probablemente se les negará, como tantas veces ha sucedido, por la falsa política de nuestros jefes europeos, los cuales de este modo se privan de los inmensos recursos que pudieran ofrecerles relaciones y alianzas repetidas con las diferentes tribus indias del grande Chaco, al que de este modo se abririan, en vez de tenerlo cerrado siempre con su opuesta conducta. Esos Lenguas divagan por el Chaco, á corta distancia del territorio de esta ciudad. Son actualmente muy débiles, pero en otro tiempo eran temibles, distinguiéndose, con respecto á la guerra, por sus costumbres análogas á las de los Mbayas, que ha visto V. al noroeste del Paraguay, y respetados entonces, porque se les temia, presumidos, vengativos, implacables, solo vivian de la caza y de la rapiña. Es fuerza que al encontrarse dos Lenguas derramen algunas lágrimas, cuyas ceremonias están en muchas tribus existentes. Fuera una grosera descortesía encontrarse dos Lenguas con los ojos enjutos. Un hecho particular á esta nacion, es que al morir uno de sus miembros, varian su nombre los demás, con el fin de engañar á la muerte, la cual, segun creen, tiene la lista de todos los vivientes, y cuando vuelva ya no sabrá por cual empezar. »

No estaba todavía bien fijado mi plan de viaje por el interior, y como los naturales del país eran los mas propios para fijar mi incertidumbre en este concepto, introducia las mas veces este objeto en mis conversaciones con ellos. « Señor francés, deciame cierto dia un rico correntino, si quiere V. ver lo mejor que hay en el país, solo conozco una derrota por hacer.... Es la del norte, casi paralela al Parana, hasta la frontera mas oriental de la provincia, pasando por el pueblo de Guaycaras, en donde verá V. en medio de pequeñas lagunas, una treintena de casas, resto de la antigua Mision fundada allí por los jesuitas en 1588, y completamente arruinada por ese maldito Artigas. De allí pasa V. por lo que nosotros llamamos *las Ensenadas*, terrenos que forman una comandancia, y que están llenos de pequeños lagos, donde debe prevenirsele á V. que hay muchos *yacarés* (caimanes), como por otra parte en todos los de este país, en términos que en las cercanías de Caacaty se han muerto últimamente muchos millares en menos de quince dias, en una caza que por órden de Su Excelencia el gobernador se les ha dado. Estos pequeños lagos, lo mismo que todas nuestras lagunas, se hallan entrecortados por algunos bosquecillos, en donde se encuentran muchas palmas *pindos*, del mas agradable efecto; y en ellos se ven en abundancia, auras, urubúes y caracaras, pero nunca otras aves. Pasando despues por San Cosme, distante once leguas de Corrientes, cabeza de partido de la comandancia de las Ensenadas, luego por el Yataity, en donde hay algunos yatais, pero infelices y mal conformados, llega V. á Itaty, en el Parana. Los alrededores de este pueblo son bastante hermosos y ricos; pero, fundado, segun se me ha dicho, en 1588 por los jesuitas, y en otro tiempo muy floreciente, en tanto que ellos lo administraron, ha caido en el dia en el mayor estado de miseria. — No le dirá á V. el patron, me dijo por lo bajo con aire maligno un francés de la comitiva, que el mismo se enriqueció, en parte á expensas de aquel infeliz pueblo, comprando á poco precio los techos de troncos de palmeras de la mayor parte de las casas para volver á venderlas en Corrientes bien caras.... Pero adelante. — Sin embargo, Itaty, prosiguió el correntino, encuentra aun un medio de subsistir con su industria en la fabricacion de ciertos útiles de barro, que forman las indias, y de las cuales se hace un comercio considerable en toda la provincia. Luego atraviesa V. muchos puntos, entre otros Iribucua, situado en los barrancos que cercan el rio y en cuya cima se presenta una vista magnífica, cosa á que Vds. los franceses dan mucha importancia; y finalmente llega V. á *Barranqueras*, aldea situada tambien en el borde del Parana, hácia el N., último lugar habitado al N. E. de la provincia. Allí, por consiguiente, deberá acabar su viaje, á menos que quiera V. llegar á la laguna de Ibera, distante aun mas de quince leguas, ganando *Yatebú* ó Loreto, primer pueblo de las antiguas Misiones. Allí se encuentran aun algunos débiles restos de la administracion de los jesuitas, en cuanto á las formas; pero haciendo casi todo lo que quieren, desde que solo son vigilados imperfectamente por los curas de Caacaty, los indios casi se han vuelto otra vez salvajes. Para alcanzar la laguna, es preciso ir aun hasta San José-Cue, en la orilla occidental. Es la antigua capital de las estancias

de los jesuitas en aquel lado, y en ella especialmente se proveían de ganados para todas las Misiones comarcanas; pero en el dia solo se encuentran en él zarzas, yatais enanos ó rastreros, que los indios llaman *Yatais poni*, y antiguas calles de melocotones y naranjos ocultos en parte por las grandes yerbas, prueba de un esplendor que ya no existe, como por otra parte lo indica la palabra *cue*, unida al nombre de la ciudad y que significa *que fue*, en el idioma guarani. Ese lugar pertenece en el dia á la provincia de Corrientes, como todos los terrenos situados al oeste del Ibera, y se halla situado al N. O. de la laguna : el Ibera, á lo largo del cual, por la parte oriental, se extiende la provincia de las Misiones, que V. ha atravesado; el Ibera, que casi no es navegable en parte ninguna. — Si, interrumpió el francés, que ya habia hablado conmigo; y hasta bajo toda probabilidad, no habitado en el centro, á pesar de todos los cuentos que con ello forman los indios; porque ¿es posible que jamás hayan podido vivir los hombres en una superficie inundada de mas de doscientas leguas de extension? Es preciso decir tambien á mi compatriota que se ha exagerado mucho la longitud de aquella laguna, la cual, si hubiésemos de creer á las antiguas cartas geográficas, cubriera por si sola todo el norte de la provincia. Este error procede, seguramente, de haberla confundido con la *Maloya*, situada mucho mas al O., y de la cual se halla separada por los esteros que dan orígen á los rios de Santa Lucía y Bateles, así como por inmensas llanuras entrecortadas por pequeños lagos, y bosquecillos de diversas especies, y cubiertas por vastas plantaciones de yatais, en su mayor parte. — En cuanto á la vuelta, señor francés, replicó el propietario correntino, fuera un paseo bastante lindo volver con prontitud por el camino de Loreto á S. Miguel; atravesando luego en Serdon el rio de Santa Lucía, casi por frente de Caacaty, pronto estaria V. en ese pueblo, y allí.... — A mi vez, Señor Pedro Alvarez, replicó M.... que ya habia tomado la palabra. V. sabe que debo ir á mi quinta de Yataity-Guazu, para la cosecha del tabaco; y de allí á S. Roque por las pieles que el año pasado vendí á Alonso Garcías; gustaria mucho hacer este viaje en compañía del Señor. — Luego, dirigiéndose á mí. — Caro compatriota, continuó, ¿que dice V. á mi propuesta? Quiere V. ver esteros, bañados, cañadas, rios.... Si le gusta á V. mi oferta, le mostraré tantos que pronto tendrá V. llena la cabeza. Parto pasado mañana.

Dos dias despues, muy de mañana, y el mismo dia en que se embarcara mi querido Cordovés, á quien habia dado afectuosamente mi último adios, atravesé á caballo, con M.... el *pantano* de cosa de media legua de ancho que rodea casi toda la ciudad de Corrientes, haciendo bastante difícil su acceso; pero sin dañar en nada la salud de los habitantes; porque las aguas del país, por estancadas que sean, tienen la propiedad de no despedir nunca miasmas deletéreos, uno de los fenómenos mejor demostrados, por inexplicable que parezca segun las leyes ordinarias de la física. — Solo hay un camino que conduzca directamente á S. Roque, decíame andando mi compañero, y no es el que nosotros llevamos; porque este conduce á Caacaty, primer término de nuestro viaje. Cuando uno quiere ir primero á S. Roque, se dirige por el S. casi paralelamente al curso del Parana, al través de las *Lomas*, territorio formado por pequeñas colinas, únicos montes de aquella region, y cubierto de hermosas casas aisladas, en donde se cultiva la caña de azucar, el manioque y el maíz. De allí, vadeando el *Riachuelo*, pequeño afluente del Parana, se llega á unos llanos áridos y cubiertos de ganados, en donde pueden cazarse á medida del gusto los ciervos y ñandúes ó avestruces americanos, que á buen seguro habrá ya visto V. muchas veces. Despues se pasa la *Cañada del empedrado* y el rio del mismo nombre, llamado así á causa de las piedras que tapizan su cauce; luego otro rio, en seguida el *Ambrosio*, en cuyos bordes no es muy cómodo hallarse con pesadas carretas, por el barro de que se hallan cubiertos. Vienen despues las *Islas*, grupos de árboles esparcidos por una campiña descubierta entrecortada por lagos de agua clara cubiertos por millares de patos, y llégase finalmente á la orilla de la *Cañada de las Cebollas*, muy profunda y ancha de tres leguas, que por lo mismo es preciso atravesar bien, y á menudo con el agua á la cincha del caballo. Por fin se llega al rio de Santa Lucía, cercado de palmeras carondayas con hojas en forma de abanico, y despues de haber atravesado ese rio, cuyo paso comunmente se verifica en pelota, uno se halla en S. Roque, que ya verá V. pero á donde llegaremos por otro camino. — Todavía hablaba mi paisano, cuando llegamos á la *Laguna Brava*, famosa por la supersticiosa tradicion de un carro de bueyes arrastrado en el agua por el mismo diablo, en donde dicen los moradores, que se oyen de vez en cuando los mugidos de la yunta. Pasando pronto el *Riachuelito*, y costeando despues los bordes de la *Cañada de los Sombreros*, llegamos á las Galargas, que mi compañero me dijo ser el primero de los cinco *puestos*, especie de sufragáneas de las estancias, que habiamos de encontrar por el camino al través de la Maloya, á donde íbamos á entrar, antes de llegar á Caacaty ; *Ave Maria*! exclamó llamando á la puerta de una pobre cabaña cubierta de paja.

Sin pecado concebida contestó una voz dentro. Abrióse, y vi á un hombre de cierta edad, medio guarani, medio español, poncho, túnica, calzones, pelo colgado y de color de hollin. Pepito, amigo mio, voy á Caacaty. El Señor francés y yo venimos á tomar el mate en tu casa. *La bendicion señor* dijo volviéndose hácia mi. *La tiene V. para siempre* respondile; y terminado el mismo ceremonial con dos ó tres niños ó niñas, un anciano y una mujer de mediana edad, éramos ya conocidos. Sentámonos en unas astas de buey; tomamos el mate, sin pan; bebimos leche, substancia excelente entre los moradores de la Maloya, y habiendo dormido la siesta sobre una piel de buey, nos pusimos de nuevo en marcha. A cada paso tropezaban los caballos, y hasta les era fuerza nadar á veces en una cañada de trescientas leguas de extension, llena de altos juncos, de los cuales una especie particular (*andira-quice* de los guaranis y *cortadera* de los españoles), cortante como una navaja, hiere atrozmente las piernas, si no se tiene la precaucion de rodearlas de algunas pieles, sin hablar de otros juncos menos dañosos, pero tan altos que sobrepujan las mayores carretas é interceptan la vista por todos lados. Hay en ella ciervos pequeños y grandes (*guazu-ti, guazu-pucu*), tábanos, é innumerables mosquitos en los grandes calores, y sobre todo en enero, el mes mas caluroso del año. En medio de todo eso, tres ó cuatro estancias, mas ó menos bien dispuestas, cuyos habitantes, siempre en el agua, alimentándose solo de carne seca y aves acuátiles, disputan de contíuuo su vida á los jaguares.... Y, con todo ¡ ellos son felices ! ¿Qué nos falta? decia á M. de Orbigny uno de aquellos pobres diablos. ¿No tenemos de que subsistir?

Llegamos finalmente á Caacaty. Estaba rendido de cansancio; pero la favorable acogida que nos hicieron los habitantes del pueblo, amigos todos de mi patron, restauró mis fuerzas completamente.

El pueblo de *Caacaty* (madera fétida), fundado en 1780, no está poblado de indios como los otros, sino de españoles y descendientes suyos. No hay mas que siete ú ochocientos vecinos; pero son todos de la mas pura sangre, parientes por la mayor parte, y viviendo del modo mas íntimo. Las mujeres de Caacaty son las mas lindas del país, y bajo este punto de vista hasta gozan de cierta reputacion por toda la extension de la provincia. Por otra parte, está dispuesto como todos los demás, con una plaza oblonga, donde se encuentra la iglesia, con las casas bajas, pequeñas y cubiertas de troncos de palmeras. Políticamente, es uno de los mas importantes puntos de aquella region; y sin disputa, la principal comandancia, reuniendo todas las autoridades posibles, pues que en él se hallan un jefe militar, un alcalde, jueces anuales, elegidos por el pueblo, un párroco y su vicario. Bajo el aspecto comercial es tambien de los mejor situados, como punto de depósito, porque distando solo treinta leguas de Corrientes, se halla por otra parte en el canton mas fértil, que se extiende por la izquierda, entre la Maloya y el rio de Santa Lucía, por la derecha, desde el Parana al N. hasta el mismo rio al S. E., conteniendo además, del N. al S. muchos pueblos, S. Antonio de Burucuya, que toma su nombre de las pasionarias que en el se encuentran; Saladas; las Garzas, fundado primitivamente por los Abipones; Bella-Vista y Santa Lucía, cerca del confluente del rio de este nombre con el Parana. Todos esos pueblos, tal vez solo aguarden, para trocarse en ciudades opulentas, los beneficios de una política mas diestra, mas equitativa y mas conforme con las necesidades del hombre en sociedad en el siglo XIX, tanto por lo que toca á sus miras como en sus esfuerzos. En medio de aquella semi-civilizacion cuya chocante imágen me presentaba un lugar poco importante, debió de admirarme en especial, la cordialidad, la franqueza y hospitalidad de los campesinos de todo el norte de la República Argentina, virtudes que contrastan todas, del modo mas sorprendente, con las costumbres del mediodia, bajo este respecto, y aun mas tal vez, con la relajacion extremada, por todas partes, de toda suerte de costumbres, en todas las clases, en las cuales lo grosero de sus palabras y maneras, induciria á creer en el olvido de todo pudor, en ambos sexos indiferentemente. He observado siempre este fenómeno en toda la América meridional, sin haber podido hallar nunca explicacion ninguna algo plausible, en cuanto al órden físico y moral.

Ocupado mi paisano con sus negocios en el pueblo, dejóme muchos dias para mis observaciones, admirando alternativamente tantas virtudes y escandalizado por tantos vicios. El dia anterior á nuestra partida, diónos un espléndido banquete uno de los principales habitantes en el que figuraron un cerdo asado entero, una cabeza de buey entera tambien, maíz bajo todas las formas, y los granos de la misma planta asados en parrillas, en forma de pan; queso por todas partes, un grande vaso de leche por postres que pasaba de mano en mano al rededor de la mesa, y la sopa ó *locro*, servida casi á la mitad de la cómida. Por la tarde, grande concierto, en el que oimos á una orquesta de indios casi completa, ejecutar muchos aires nacionales con sus instrumentos peculiares; entre otros, á un viejo ciego, que tocaba una especie de doble flauta de caña, con tanto entusiasmo como pre-

cision. ¡ De este modo, tenia imperio la música en un ignorado pueblo del Nuevo Mundo, en el seno de estériles pantanos! ¡ De este modo un Tulú trasatlántico admiraba á un novel auditorio, en el momento mismo en que, quizás, en el otro hemisferio se preludiaban los acentos que cuanto antes habian de extasiar á los *dilettanti* de la grande ópera de Paris!

Saliendo de Caacaty, nos dirigimos hácia el S. y llegamos presto á la quinta del *Tacuaral* (bosque de bambúes). Admiré en él el número de esos inmensos bambúes que no tienen menos de treinta pies de alto, y que se emplean especialmente para fabricar los mástiles de algunas lijeras embarcaciones destinadas para navegar por el Parana. Sirven tambien para andamios, para cubrir los techos, para construir ciertas balsas de vigas llamadas *angadas*, que en ciertas épocas trasportan las mercancías de Corrientes á Buenos Aires.

Llegamos finalmente al *Yataity-Guazu* (grande bosque de yatais), pueblo magnífico, cuyas cercanías están cubiertas y adornadas con hermosas palmeras yatais, de copas redondeadas, de un verde azulado, y con largas hojas encorvadas á modo de surtidor. Tambien advertí en él cierto número de *ibopahi (ficus ibopahi)*, árbol parásito, que se prende muchas veces á las palmeras, y acaba por aniquilarlas, desarrollándose rápidamente bajo su apoyo.

Mi compañero se hallaba en su casa. Hizome los honores de sus posesiones como propietario inteligente á la par que discreto. Mostróme al principio su casa, cubierta, como todas las demás, con hojas de palmera y dividida en dos cuerpos de edificio, de los cuales servia el uno de habitacion para el dueño y su familia, y el otro contenia los almacenes y cocinas. Habia en el patio, una grande *ramada*, especie de enrejado elevado á unos veinte pies por medio de cuatro estacas. Llégase á el por una suerte de escalera; durmiendo allí toda la familia, en los grandes calores, á cielo descubierto, en pieles de buey, para preservarse de los mosquitos, que jamás se elevan á una mediana distancia del suelo. Además hay un corral para los ganados, cerrado solamente por postes de madera fijos en el suelo. Pero los objetos de mi exploracion mas interesantes fueron los cultivos locales, á los que daba M.... tanta preferencia, por ser los artículos mas importantes del comercio de la provincia. Quiero hablar del tabaco y de la caña dulce. Hácese con la última, reduciéndola á jarabe, una suerte de melasa llamada *miel de caña*, que gusta mucho en Buenos Aires, en donde se hace de ella un consumo considerable. Tambien se fabrica con la misma, por medio de la fermentacion y destilacion, un *aguardiente de caña*, licor que con mucha facilidad produce la embriaguez, y muy estimado de todas las clases. En cuanto al tabaco, que los Guaranis llaman *peti*, se cultiva en toda la provincia. Un campo de tabaco se compone con frecuencia de terrenos cubiertos primero de yatais, cortados y separados sus troncos. Basta cultivar lijeramente la tierra desembarazada de este modo sembrando en ella las semillas. Cuando han adquirido cinco ó seis pulgadas, se los planta por filas, y para poderlos coger, es necesario que cada hoja tenga de diez á doce pulgadas de largo y empieze á ponerse amarilla. Reúnense entonces las hojas en sartas, ó haces de seis, que se hacen secar por diferentes medios y en especial colgándolas en unas cuerdas por debajo de zaguanes dispuestos para este uso; tómanse despues muchos de aquellos hacecillos, atándolos juntos por los cabos y por el medio, dándoles la forma de un cilindre adelgazado en punta en ambos extremos, de este modo se forma lo que llaman un *mazo*. En este estado, los trasportan en carros á Corrientes y de allí á Buenos Aires, de donde pasan al comercio con el nombre de *tabaco del Paraguay*. El gobierno español se habia reservado su monopolio en 1748, y entonces su comercio producia muy poco; pero siendo libre, desde la emancipacion, es en la actualidad muy floreciente. La cosecha se hace en el verano, especialmente en los meses de enero y febrero. La de M.... siendo algo tardía aquel año, tuve ocasion de ver las singulares compras á que dió lugar. Hasta la vendió en pie á algunos mercaderes, que por aquella época recorren los campos, y pagan de este modo al fiado el precio de las mercaderías que entregan á los propietarios, sin que jamás haya ningun descuento, ni fraude de una ú otra parte. La venta se realiza siempre fielmente, despues de haber discutido cada uno sus intereses en el mismo campo ó *tabacal*, dando el mercader su mayor valor á los géneros, y el propietario encomiando la anchura y longitud de su tabaco.

Terminado el asunto de la venta, partimos sin descanso para el rincon de Luna, estancia situada mucho mas al S. Costeamos al principio el rio de Santa Lucía, hasta á un puesto llamado Aguirre, en donde nos fue preciso atravesar aquel rio ó mejor los pantanos que por aquella parte lo forman. Tomé de esto ocasion mi guia para explicarme, como sugeto instruido y buen observador, esa singular hidrografía, cuyo primer ejemplo algo sorprendente tenia á la vista. — El curso de nuestros grandes rios, decíame, y hasta el de un grande número de los pequeños, está formado por pantanos llenos de juncos ó *esteros*, que tienen á derecha é izquierda, los *bañados* ó llanos descubiertos poblados de plantas acuáticas é inundadas

en tiempo de lluvias; de suerte que no es raro encontrar aquí rios que, sin ser navegables, tienen no obstante á menudo de dos leguas y media á tres de ancho, y que es preciso vadear sin puentes ni barcos, lo mismo que hacemos con este, con el agua á las cinchas del caballo. Así el rio de Santa Lucía, despues de haber empezado á mas de cuarenta leguas al E. de Corrientes, en ciertos esteros de los bordes del Parana, cerca de las Barranqueras, y atravesado diagonalmente toda la provincia en direccion S. S. O., solo empieza á tomar la forma de un rio europeo algo mas arriba de S. Roque, y va á perderse, en la misma forma, en el Parana, á los 29° de lat. S. Lo propio á poca diferencia sucede con el rio Batel, ó *Bateles*, y con el *Corrientes*, que toman su nacimiento en el Ibera. Ambos siguen la misma direccion, desembocando juntos en el Parana, hácia los 30° lat. S. despues de haberse confundido en un inmenso pantano, que comunica con el grande rio. Atravesando alternativamente cañadas y bosques de yatais, luego el *Batelito*, uno de los brazos inundados del mayor, y entre los cuales se encuentra el Rincon de Luna, acabamos por llegar, en medio de hermosas llanuras cubiertas de yerbas, á la habitacion de ese Rincon, pasando por su capilla, edificada por los jesuitas, primeros propietarios de aquel establecimiento. El Rincon de Luna, que debe su nombre á uno de sus antiguos dueños, se halla casi en el centro de la provincia y se extiende por la longitud de mas de veinte leguas, sin que nunca tenga mas de una de ancho.

No se encuentra por otra parte, en toda aquella extension de terreno, mas que la estancia propiamente dicha, la capilla de que acabo de hablar, y algunos *puestos*. La riqueza del sitio consiste en seis mil cabezas de ganado, tanto vacas, como bueyes y toros, doscientos caballos y ochocientos ó mil de ganado lanar. Aturdióme todo aquel movimiento, y así se lo manifesté á mi guia. — Guarde V. su sorpresa para el mediodia, me dijo; aquí no vé V. mas que una estancia muy reducida. Cerca de Buenos Aires verá V. otras que cuentan hasta treinta y sesenta mil cabezas de ganado, y que nada presentan de extraordinario; porque hay muchas que llegan á tener doscientos mil.

El Rincon de Luna es dependencia de la comandancia de *Yaguaretecora*, cuya capital se halla situada á algunas leguas al N. E. del Rincon, entre el Batel y el Ibera, y su nombre deriva, el *corral del Jaguar*, de la inmensa cantidad de aquellos animales que en el se encuentran, lo que facilmente explica su residencia en sitios pantanosos y poblados de bosques á la vez, que son su habitacion acostumbrada. El titular de esa comandancia, uno de los mas famosos *lazadores* del país, se hallaba entonces en el Rincon, de visita ó de paso; y la ocasion era la mas favorable para recoger y reasumir las nociones en lo posible mas precisas acerca el tirano de los desiertos americanos. El *yaguarete*, jaguar (*felis onça*, Lin.), que los españoles llaman *tigre*, presenta casi iguales caracteres exteriores que la pantera de África, en cuanto al color y forma de las manchas que adornan su piel. Dícese que es absolutamente indomable, mas feroz que el leon de América ó *puma* (coguardo) y mas fuerte que él, hasta el punto de poder arrastrar un caballo ó un toro hasta su guarida, y aun de atravesar un rio cargado con su presa; porque es excelente nadador. Cuando no encuentra cosa mejor, se alimenta de pescados que coge por la noche, dejando caer en el agua su saliva, que le sirve de cebo; y los saca con la pata, arrojándolos sobre la orilla á su espalda. Aseguran que es de todo punto inaccesible al temor. El número de sus enemigos puede sorprenderlo, pero nunca intimidarlo, hallándose animado ó hambriento; porque, desde el momento que su apetito está satisfecho, no ataca ya especie alguna de animales, pequeños ni grandes. Se asegura que alguna vez se ha atrevido hasta á subir por la noche al puente de buques que navegaban por los grandes rios. El comandante de Yaguarecora sabia demasiadas anécdotas acerca el particular, para dejar de contarlas en su conversacion; pero no se limitó á ello, y despues de habernos referido, como generoso rival, las hazañas del Portugués del Parana, que segun dijo, desafiaria á todos los yaguaretes del mundo, con su cuchillo en la derecha y su piel de cuero arrollada al rededor del brazo izquierdo, nos propuso dar el espectáculo del jaguar en regla para lo que tenia tomadas sus medidas, habiéndose llevado algunos de los mejores perros *tigreros* de su casa, á los que juntaron los suyos muchos de los sugetos que se hallaban presentes.

Al dia siguiente muy de mañana, estábamos de caza, él, el *capataz* del Rincon, mi paisano, yo y muchísimos *peones* ó criados de la estancia, bien montados todos y armados hasta la cabeza. Nos dirigimos por el S., hácia una selva de las mas agrestes. Apenas hubimos andado un cuarto de legua, cuando se detuvieron de repente los caballos, erizando las orejas y haciendo los mayores esfuerzos para retroceder; señal cierta de lo que llamaba el comandante uno de los mas felices encuentros. Efectivamente, levantóse pronto del medio de las altas yerbas, á mediana distancia de los mas adelantados de entre nosotros, un jaguar hembra rodeado de cuatro hijuelos, cuyo retiro parecia querer encubrir. El intrépido comandante lanzóse contra el animal, apretando los ijares del

caballo, y á pesar de su resistencia, haciendo voltear al rededor de la cabeza su lazo extendido enlazó á uno de los pequeños jaguares, en un abrir y cerrar de ojos; y apoyándose en la silla, arrastrólo lejos de su madre, rodeada ya por los perros á algunos pasos de distancia, deteniéndola de este modo. El animal, cuyo furor aumentara con el robo de su cachorro daba horribles rugidos. Ya habian pagado con su vida dos de los mas jóvenes tigreros, bajo las garras del monstruo, la imprudencia de haber traspasado los límites del círculo, lo que nunca hacen los mas experimentados tigreros; y la escena, habiendo pasado á ensangrentarse, tomaba por momentos un carácter mas serio. Uno de nuestros mejores caballeros acababa de ser desmontado de su asustado caballo, y yacia aturdido con la caida á alguna distancia; cuando el jaguar, lanzándose contra el corcel, púsole una pata en las crines, asióle de las narices con la otra, le torció el cuello en menos de un momento, extendióle sin vida á sus pies, animado en apariencia con aquel feliz suceso, y desafiando, con ojos encendidos, á la sarta de perros que proseguia ladrando. No habia un minuto que perder. Alejóse felizmente el pobre diablo á toda prisa, el cual habia tenido mas miedo que mal. Apretóse al animal de mas cerca, descargáronsele algunas balas, casi á quema ropa, de las cuales una lo dejó finalmente tendido por tierra; y aun sin vida, parecia amenazar. Era un espectáculo horriblemente bello, pero pude reconocer que los mas resueltos cazadores no se acercan sin temores bien fundados á aquel terrible contrario, cuya altura y energía fueran, en caso de necesidad, una de las pruebas de lo que se han engañado los naturalistas que han creido al organismo animal inferior en América á los demás continentes. Medido aquel yaguarete; no tenia menos de cincuenta y cinco pulgadas de largo y un cuarto, sin comprender la cola, que independientemente de los pelos casi tenia veinte y cuatro.

Partimos mi compatricio y yo para S. Roque, al otro dia de esa partida de caza, que debió de ser ruidosa en el país; y atravesando el Batelito, en seguida un llano sembrado de lagos y yatais, llegámos por fin, á aquel pueblo fundado á mediados del siglo XVIII, el cual presenta como Caacaty, una plaza prolongada, á uno de cuyos lados se encuentra la iglesia. No hice en él un largo descanso; y sin embargo, aunque muy bien recibido, gracias á M.... hube de conocer, en el tono y maneras de los habitantes llenos de gravedad y orgullo, que iba acercándome al mediodia. En especial escandalizóme el furor con que todas las clases pasan la mayor parte del tiempo jugando al monte; en términos que creo que un correntino, para satisfacer pasion tan deplorable, jugaria todo cuanto posee, su mujer, sus hijos, su misma persona y el caballo, lo que todavía sea tal vez mas. Si pues en S. Roque ó sus cercanías, nunca se ven borrachos, no es raro ver hombres sirviéndose de su navaja, para restablecer el equilibrio de sus bienes; y esto especialmente, entre los pastores, clase la mas grosera, habituada, desde su infancia, á entregarse sin el menor escrúpulo á toda la violencia de sus pasiones.

En sentir de los naturales, mas interesados que otro en encomiarme el país, habia visto ya todo lo que hay verdaderamente interesante en la provincia de Corrientes. En consecuencia, me dispuse á atravesarla rápidamente, para ganar la república oriental.

La provincia de Corrientes se extiende aun mucho al S. de San Roque, hasta el rio Guayquiraro ó *rio de los Bocios*, nombre que proviene seguramente del considerable número que hay de ellos, y cuya enfermedad explicaria bien ó mal, quizás, la calidad de sus aguas, como en tantos otros parajes. Sea de esto lo que fuere, ese rio forma el límite septentrional de la provincia de Entre-Rios, que me quedaba por recorrer; pero despues de lo que sabia de ella, nada podia llamar particularmente mi curiosidad. No obstante, es interesante, á lo menos á la vista, por su inmenso bosque de Montiel (*monte grande del Montiel*) que se extendia á lo largo del Parana, al O., y del rio *Gualiguay grande*, al E. Tambien lo es por las aguas que la fertilizan, y que regándola en todos sentidos, nutren los hermosos pastos á los cuales deberá su prosperidad agrícola, cuando las heridas de una guerra reciente hayan sido cerradas por una poblacion de veinte á treinta mil almas, tan corta en comparacion de la inmensa extension del territorio. Bajando hácia el S., podia llegar á la Bajada, capital de Entre-Rios; y de allí, atravesar la provincia, hasta Paysandu, verdaderamente la cuarta de las Mesopotamias de América que habia recorrido; pero para llegar allá, ¡ cuantos desiertos tenia que pasar! ¡ cuantos rios, bañados y esteros habia de atravesar!... ¡ Y habia ya visto tantos! Tomé el partido de dirigirme á la *república oriental del Uruguay*, por un camino tal vez mas corto, y en todo caso menos húmedo. Bastante era haber de atravesar aun nuevos desiertos, en donde no habia de encontrar mas que algunos puestos y miserables pulperias, los pantanos de Corrientes y un número grande de arroyos, para llegar á *Curusu-Cuatia* (la Cruz Pintada); y de ahí, á duras penas alcanzar la capitanía de Mondosovi, notando sin embargo por el camino el Salto grande del Uruguay, á los 31° 12' de lat. y el Salto Chico, á los 31° 23' 5'' de lat., mas allá de los cuales es libre la navegacion del rio



1. *Miliciens de la Bande Orientale.*

1. Milicianos de la Banda Oriental.



2. *Vue de Montevideo.*

2. Vista de Montevideo.

A. d'Orbigny del.

VOYAGE

VI. 1 ...

hasta las Misiones, para embarcaciones medianas. Ese trayecto muy monótono me condujo al pueblo de Paysandu, situado en la orilla izquierda del Uruguay, y el primer sitio habitado de la república oriental. El lector me agradecerá que le trasporte de una vez allí, para ahorrarle el tedio de un viaje gratuitamente enojoso.

Llegado que hube, no era el mismo país. Siempre rios y en mucho número; llanuras en todas partes, pero no planas con la uniformidad de aquellas que acababa de recorrer; y en vez de bañados, cañadas y esteros interminables, terrenos secos, provistos de altas yerbas y arbustos sembrados de cuando en cuando, los cuales, aunque de un efecto muy agradable, en nada podian compararse con las ricas perspectivas de las palmeras que habia dejado pasando de una á otra orilla.

Por otra parte, no podia entrar en ocasion mas propicia. Acababa de terminar la guerra entre Buenos Aires y los Brasileños, para la posesion de Montevideo. D. Manuel García, enviado de Buenos Aires, habia concluido el tratado en virtud del cual las tropas de esta república y las del emperador del Brasil habian de evacuar el territorio de la Banda oriental. Aquel tratado separaba completamente la provincia de la República Argentina, daba un nuevo curso á sus destinos, formando de ella un estado particular, con el nombre de *República oriental del Uruguay*.

Tal era el estado de los negocios á mi llegada á Paysandu. Este no es mas que una aldea, formada de una docena de *ranchos* (chozas) esparcidos por acá y acullá, edificada en el Uruguay, que tendrá allí de ciento ochenta á doscientas toesas de ancho. Todo se hallaba en agitacion, como de costumbre en las revoluciones políticas, que necesariamente ponen en movimiento todas las pasiones. Por todas partes no habia mas que reflexiones y comentarios en contradiccion acerca los negocios; y por todas partes, y en todos los caminos mezclábanse los gritos de *¡ viva la patria !* al murmullo de los pasos de las tropas extranjeras que empezaban ya su retirada en ejecucion del tratado. Bajé á una *pulperia*, una de aquellas miserables tabernas en donde apenas puede hallarse mas que un abrigo y aguardiente, aunque sea una dicha encontrar semejantes asilos, despues de haber andado una extension considerable, sin ver casi alma viviente. Á mi llegada presentábase en ella un destacamento de milicianos de la nueva república, verdaderos *gauchos*, con otro uniforme que habian reunido al cuchillo, al lazo y á las bolas, la carabina y el sable, llevándolas comunmente detrás del caballo; sombrero redondo con plumas; chaleco azul adornado con una especie de casaca con mangas, con vivos y collarin encarnados, cinturon rayado, *chilipa*, suerte de túnica bajo la cual hay el calzoncillo, guarnecido con largas franjas. Esos hombres que en algun modo viven á caballo, van muchas veces con los pies y piernas desnudas, siempre al aire libre, durmiendo en sus caballos ó por el suelo, sin mas cubierta que su poncho, ni otra cama que el *recado* ó silla de madera y cuero con que cubren los caballos en sus correrías, alimentándose especialmente de *charca* ó carne seca, y peleando con valor pero sin órden, especie de cosacos del Nuevo Mundo (Pl. XXX. — 1). Tales eran los guerreros que combatieron á las órdenes de jefes esforzados, los Lavalleja, los Fructuoso Rivera, tres años por la independencia de su país y acababan de conquistarla. Descansaban aquellos valientes de sus fatigas, bebiendo el aguardiente con su mate, que por corros les distribuia el jefe, y de que me vi obligado á tomar mi parte, so pena de ser acusado de no saber vivir. Para que nada faltase á los placeres del descanso, uno de ellos tomando una guitarra, mueble que uno está seguro de encontrar siempre en una pulperia por pobre que sea, púsose á cantar una suerte de romances tan tristes y monótonos, que mas tarde he oido cantar á los peruanos llamados *yarabis*. Por ellos supe que quedando ya levantado el bloqueo de Montevideo y libres todos los caminos, no habia de encontrar obstáculo alguno en el decurso de mi viaje, lo que me alegró tanto mas cuanto tenia la esperanza de llegar mas presto á Montevideo. Queria ver aquella ciudad como capital que es, dirigirme despues á Maldonado, punto el mas importante de todos los que se hallan al E. de la república y recorrer de este modo la costa meridional, la sola que sea interesante conocer bajo el punto de civilizacion; presentando únicamente lo restante agrestes desiertos qne atravesar. Hice conocimiento con algunos mercaderes que iban á Montevideo por interés de su comercio. Alquilamos en comun algunos carros que llenamos de géneros y bagajes, y púsimonos en camino bien armados: porque el término de la guerra no nos aseguraba lo bastante de la posibilidad de algun encuentro desagradable. Este modo de viajar es bastante uniforme. Cada carro cubierto de pieles de buey y montado en grandes ruedas sin llantas con el centro de estas de madera es conducido por un hombre que guia una yunta de seis bueyes por medio de un largo bambú. Comunmente se parte al rayar el dia, y se anda hasta las diez ú once de la mañana. Entonces se hace alto cerca de algun sitio sombrío, al borde de un arroyo, de un lago para dejar pasar el mayor calor del dia. Se come y se hace la siesta, se fuman algunos cigarros, se ocupa uno ó no hace nada, segun la inclinacion de cada cual hasta las tres ó las cuatro. Llegado

que ha esta hora se uncen de nuevo los bueyes; se ensillan los caballos, y uno se pone otra vez en marcha hasta las diez ó las once, para tomar finalmente el descanso de la noche, acostándose hasta la mañana siguiente, los unos dentro de los carros, los otros debajo y los conductores al suelo desnudo.

Tuvimos que atravesar muchos arroyos hasta el rio Negro, el principal de la república que la recorre del N. N. E. al S. S. E. para desaguar en el Uruguay, en Santo Domingo Soriano. Llegado que hubimos al rio Negro, atravesamos de N. á S. el rincon de las *Gallinas*, en donde el 24 de setiembre de 1825, el intrépido Fructuoso Rivera, á la cabeza de 250 orientalistas, venció á 700 brasileños mandados por el coronel Jardin, y les hizo mas prisioneros que soldados tenia él mismo; primer buen resultado, seguido pocos dias despues (el 12 de octubre) de la batalla de Sarandi á unas veinte leguas de Montevideo y en la que 2000 caballos escogidos al mando del jefe brasileño Ventos Manuel, fueron completamente derrotados por igual número de patriotas, á las órdenes de D. Juan Antonio Lavalleja.

Despues de haber pasado el rio Negro, justamente frente de su confluencia en el Uruguay, llegamos á Santo Domingo Soriano, uno de los mas antiguos establecimientos de la provincia, y edificado en 1566 por españoles que llegaron á reunir en él á unos indios Chanas, habitantes de las islas que en la comarca cubren el rio. Encontré allí el hermoso Uruguay, cuya desembocadura iba pronto á contemplar, dos veces mas ancho á lo menos que en el punto en que lo habia atravesado en la provincia de las Misiones. En cuanto al pueblo nada de notable presentaba; y obligados á atravesar arroyos á cada paso, lo que es tan pesado como fastidioso, no volvimos á encontrar habitacion alguna hasta las *Vacas*, aldea triste, compuesta de barracas de lodo cubiertas de cañas, y cuyo abrigo era muy poco á propósito para indemnizarnos del cansancio; pero un vasto mar se extendia á mi vista. Tenia delante de mi parte de aquel inmenso estuario del Rio de la Plata que forman las aguas reunidas del Uruguay y del Parana, con sus canales y bancos de arena tan temidos de los buques. Entramos luego en unos llanos enteramente horizontales en donde habia abundancia de *espinillos* (acacias espinosas) con copa redondeada, y en las cuales anidaban una infinidad de anumbis y cotorras. Sus agudos gritos nos persiguieron hasta el pequeño rio de San Juan, en cuya desembocadura construyó Sebastian Gabote en 1526, un pequeño fuerte que algunos años mas tarde destruyeron los Charruas, lo mismo que la ciudad fundada posteriormente en el mismo sitio. Es allí tambien donde este célebre aventurero acogió al único hombre que escapó de la carnicería dei infortunado Solis en su segunda expedicion de 1515.

Llegamos finalmente á la *Colonia del Sagramento*, la primera de las tres ciudades de aquella costa que, mandando el Rio de la Plata en toda su extension, prometia á la naciente república una prosperidad que solo podia asegurar la paz. Fundada en 1680 por el gobernador portugués de Rio Janeiro, fue arruinada el 7 de agosto de 1680 por el gobernador español de Buenos Aires; y desde entonces empezó entre portugueses y españoles esa larga continuacion de contestaciones, cuyo resultado ha sido cambiar en ciento cuarenta y nueve años catorce dueños, hasta el instante en que, en virtud del tratado de don Manuel García, acababa finalmente de ser cedida á la nueva república. Su puerto es el menos ventajoso de los tres; pues pequeño y poco seguro es bastante mal abrigado por la isla de San Gabriel y algunas otras menos considerables contra los peligrosos vientos del S. O. al S. E.; pero su situacion no deja de hacer de ella una plaza de comercio importante.

Mas allá de la colonia se extienden hermosas llanuras undosas y matizadas de verde, de cuyo seno se elevan de cuando en cuando masas de granito, de altura y extension considerables muchas veces, cuya existencia, suerte de fenómeno geológico muy notable, parece caracterizar todos los terrenos de aquel camino hasta Montevideo. Por todas partes no hallábamos otros seres animados que bandadas de urubúes, los cuales en todos sitios siguen las huellas de los viajeros para alimentarse con los restos de sus comidas. Por los peñascos y zarzales que rodean el *arroyo del Rosario*, vimos muchas de aquellas terribles avispas, cuya picadura es mil veces mas cruel que la de las nuestras; y poco faltó para no apestarnos un *zorrillo*, especie de mofeta (*viverra mephitis*, Gusel.), pequeño animal con el pelo negro, con rayas blancas, de paso grave y lento, y exterior el menos ofensivo; pero desde el instante en que se le atormenta derrama un licor cuyo olor fétido dicen se da á sentir por una legua á la redonda. Casi estábamos por felicitarnos de esos pequeños contratiempos del viaje, que destruian algo su excesiva monotonía, pero tambien alguna vez procurábamos hacerlo mas agradable, ya corriendo detrás de las bandadas de nanbúes que se levantaban del medio de las altas yerbas al ruido de nuestros pasos; ora cazando los tinamúes (perdices del país) que tambien servian á veces para renovar ó proveer nuestra mesa. Hay de dos especies, las grandes y las pequeñas. Las mayores (*inambu guazu* de Azara; *tinamus rubescens*, Temm.) son muy difíciles de coger, porque anidan en los cardos ó alcachofas silvestres de que se halla cubierto el

país. En cuanto á las pequeñas, estúpidas en términos de creer que no se las ve, despues de haber metido la cabeza en medio de la yerba, se dejan coger por un hombre montado y armado con una pértiga, en cuyo cabo hay un pequeño lazo que se les pone sin que intenten evitarlo. Cógense las grandes con perros diestros para este género de caza (*perdigueros*); pero hay un enemigo mas terrible para ellas, que es el *aguaraguazu* ó grande zorra de los guaranis (*canis jubatus*, Cuv.), especie de lobo rubio con crines negras, animal bastante raro, pero notable por su excesiva lijereza y por el modo con que persigue á los tinamúes, de que parece mantenerse especialmente.

El miserable pueblo de San José no nos presentaba mas que casas cubiertas con cañas, y solo es notable por la grande victoria que en él alcanzó Artigas contra los españoles, el 28 abril de 1811. Esta y la de *las Piedras* conseguida por el mismo jefe contra los realistas el 18 de mayo del mismo año, algo al N. de Montevideo, fueron las que mas contribuyeron á afianzar la independencia de las provincias del Rio de la Plata. Hubiera podido merecer con ella aquel guerrero el reconocimiento de sus conciudadanos, si su triunfo no hubiese sido tantas veces manchado antes y despues con la sangre y el pillaje.

Mas allá de aquel pueblo, despues de haber pasado el rio de San José, del cual toma el nombre y cuyas márgenes están cubiertas de bosques, tuvimos el desagradable espectáculo de un grande número de esqueletos de animales esparcidos por toda la llanura, y que altamente demostraban los desastres de la guerra. De 1810 á 1820 toda la banda oriental estaba, al contrario, cubierta de toros silvestres, en términos que los viajeros muchas veces podian apenas abrirse paso al través de sus innumerables manadas; pero es tal la maravillosa fecundidad de aquel suelo, que á pesar de aquella abominable matanza las estancias del país se hallan aun abundantemente provistas, y suministran sin trabajo lo necesario para el consumo y comercio que nunca ha dejado de ser el principal recurso de aquella region.

Despues que hubimos llegado á la orilla del rio de Santa Lucía, bastante considerable para que hubiésemos de pasarlo en pelota, nos detuvimos con el objeto de descargar los carros y hacer todos los preparativos necesarios. Los bosques que cubren ese rio se extienden contra lo comun mucho por la derecha y por la izquierda de su curso. Son tan vastos que el monte de Santa Lucía ha adquirido celebridad en un país en que los árboles solo se divisan de cuando en cuando en medio de las llanuras. Nuestro camino nocturno fue esta vez alumbrado con una innumerable cantidad de lampiros (*lampyris*, Lin.), ó luciérnagas, cuyas luces parecian dispuestas por escalones en todo el trayecto hasta el horizonte mas distante, y representaban del mejor modo aquella fosforecencia marina que en ciertos puntos admira á los navegantes.

Nada tengo que decir del miserable pueblo de Santa Lucía que atravesamos sin detenernos en él, y que nos condujo á los dos arroyuelos llamados *Canelon grande*, *Canelon chico*. No lejos de estos arroyos se elevan los campanarios de la ciudad de *Canelones*, triste, pobre y de las peor edificadas, aunque por las circunstancias, cuando los portugueses ocuparon Montevideo, tomase el rango de capital y sirviera de residencia al gobernador. Anunciábannos su proximidad innumerables manadas de caballos, esparcidos por los campos. Nos hallábamos entonces á ochenta leguas de las Vacas; y dos dias despues entrábamos en Montevideo, despues de haber atravesado peladas llanuras cuya monotonía nada variaba hasta el mas remoto horizonte.

Mis dignos huéspedes de Corrientes y Caacaty me habian provisto de muchas cartas de recomendacion para diversos comerciantes y otros sugetos notables de Montevideo y Buenos Aires. El resultado de una de ellas fue procurarme un camino por mar tan agradable como fácil para Maldonado, de donde habia de volver despues por tierra á Montevideo, completando de este modo aquel rodeo con menos gasto y con la mayor comodidad posible. Dejé por consiguiente para mi vuelta la exploracion detallada de la capital; y embarcándome en la lancha que habia de conducirme á bordo de una pequeña goleta mercante, tuve ocasion de ver la ciudad desde el fondeadero. Se halla situada en un pequeño promontorio, y sus casas blancas con un solo piso en forma de anfiteatro, entremezcladas de árboles y jardines, presentan á cierta distancia con sus techos con azoteas y sin chimeneas un golpe de vista bastante pintoresco. Al O. se levanta el *Cerro*, coronado por un fuerte, el cual ha dado su nombre á la ciudad porque en razon de su altura relativa, que sin embargo no pasa de cien toesas por encima del Rio de la Plata, sirve de punto de reunion para los navíos; y por la parte opuesta domina en el horizonte una grande iglesia (Pl. XXX. — 2). La rada de Montevideo es bastante ancha para convertirla en una especie de mar abierto, limitado entre las puntas del *Cerro* y del S. E. al O., y la de la *Caleta* al E. Su fondo está cubierto de dunas y generalmente es bastante bueno para el anclaje; pero todos los dias va colmándose de limo y amenaza llegar á ser inútil en poco tiempo. Por otra parte los buques que defiende de los vientos del N. y del N. E. no están tanto al abrigo de los del S. O. (pamperos), que son los mas peligrosos, como demasiado lo atestiguan á vista de to-

do el mundo los vijías colocados en diversos puntos de su recinto, donde se han perdido grandes embarcaciones.

Embarquéme el dia prefijado, y despues de una travesía que nada ofreció notable, hicimos aguas el dia tercero en la rada de Maldonado, entre la isla Gorriti y la tierra, donde se hallan abrigados los buques pequeños, al paso que los mayores hacen aguas afuera. Algo al S. E. de Gorriti se halla otra isla llamada de los *Lobos*, compuesta casi enteramente de peñascos desprovistos de verdor. La rada de Maldonado se halla limitada al O. por la punta de la *Ballena* formada por rocas bastante altas, y por la del *Este* al S. E. Su recinto tiene de una á otra punta mas de legua y media. La ciudad se halla situada á una legua de distancia de su puerto; del fondo se percibe un campanario que domina la bahía; lo restante se halla oculto por dunas bastante altas. Sentada en un terreno llano y arenoso, se extiende Maldonado por frente de una colina de 250 pies de altura sobre el nivel del mar. Sus principales edificios forman una hermosa plaza en cuya parte del N. se halla una grande fonda; y por la del S. una iglesia no terminada, cuando ví la ciudad, pero que prometia ser magnífica. Lo restante de la plaza está formado por casas comunes; y todas las calles adyacentes están tiradas á cordel, aunque por otra parte no presentan nada de particular.

Considerada Maldonado bajo el punto de vista pintoresco, parece distinguirse no tanto por sí misma como por sus cercanías, las cuales ofrecen al lado de colinas de granito cargadas de tierra vegetal, campos cubiertos de trigo, que en la estacion recompensan los desvelos del labrador con una cosecha literalmente décupla de la sembradura. Se cita como especialmente digna de ocupar la atencion del viajero, la famosa montaña llamada el *Pan de Azúcar*, situada á larga distancia al O. de la ciudad, y por cuyas cercanías se desliza un arroyuelo que conserva el nombre de Solis, porque en 1515 se empaparon sus orillas con la sangre de aquel desdichado viajero, á quien debe la Europa el descubrimiento del grande rio llamado despues de la Plata.

Maldonado, cuyos cimientos se echaron en 1724, no tomó el título de ciudad sino mucho mas tarde, en 1786, y fácilmente se creerá que ha debido sufrir mucho, tanto por sus contínuas guerras con Portugal y España como por las revueltas intestinas de que ha sido presa desde su orígen, casi sin intermision alguna. Su principal recurso parece haber consistido siempre, y consiste aun, en el comercio de pieles de buey y de lobos marinos, que suministra en abundancia la isla de los Lobos, situada por fuera de la bahía y de la cual he hablado ya. Es fácil tambien hacerse cargo de los infinitos daños que deben de haberle causado los últimos acontecimientos, cerrándole á la vez todo medio de dar salida á sus géneros; pero ciertamente que con la paz volverá á adquirir sus ventajas proporcionándole otras nuevas.

Pronto pensé en volver á Montevideo; pero ahorraré al lector, cansado ya de seguirme por aquellas llanuras, la minuciosa relacion de esa última correría que me conducia á un punto céntrico, el único quizás y sin quizás de toda aquella costa mas digno de atencion. Me limito á decir que por el camino de Maldonado á Montevideo se anda primero por el solo terreno que hay alto en la comarca, que hace parte de la cresta que con el nombre de *Grande Cuchilla* forma el principal núcleo de las dilatadas llanuras de aquellas regiones. Su extremidad meridional es la *Punta Negra*, que presenta sobre el nivel del agua, un frontispicio de trescientos cincuenta pies de altura perpendicular, terminado por tres vértices separados que lo distinguen de los demás puntos del sitio. Sus cortes se distinguen á la distancia de mas de dos leguas por el lado del E. Extiende del E. al O. diferentes ramales que dividen las aguas nacidas en sus partes superiores, aunque menos elevadas que la misma cresta. Abandonando esas alturas, entra el viajero en una llanura cortada por muchos arroyuelos, pero destituida de bosques. Dirígese el camino al rededor de la bahía de Santa Rosa, peligrosa para las embarcaciones cuando sopla el viento S. E., precipitando en ella la masa de aguas del océano. Á medida que uno se acerca á Montevideo, el monte que le da su nombre y que constantemente se halla á la vista domina todo el paisaje, aislado, sin pilares, independiente de toda cresta, especie de centinela del grande Plata, y que puede considerarse como posicion militar de la mayor importancia.

Montevideo, que al principio llevó el nombre de *San Felipe*, se halla edificada en una pequeña colina de roca primitiva, compuesta de gneiss hojoso, lleno de mica laminar negra y de turmalina. Está rodeada de murallas y fosos, báñala el mar por todas partes, excepto por la tierra. Su forma es oblonga, defendida por muchos fuertes, uno en su entrada, edificado por Zabala en 1724; otro en la orilla del mar llamado *San José*, y otro en el oriente sin hablar del de los Ratones, construido en la pequeña isla del mismo nombre, á la entrada de la bahía; ni del que hay en el Cerro, indicado ya, y cuyo severo aspecto templan las hermosas llanuras naturales que lo cercan. Las calles de Montevideo son anchas, tiradas á cordel y rodeadas de casas construidas todas ellas de ladrillos, y muy bajas por la mayor parte; pero empiezan á construirse otras con muchos pisos. Por otra parte la ciudad

nada tiene casi de notable, en monumentos públicos, exceptuando una hermosa iglesia llamada la Matriz, cuyas torres cubiertas de azulejos ocupan uno de los lados de una plaza, en cuyo frente hay otro edificio dispuesto de suerte que á la vez pueda servir de cabildo y de cárcel. En tiempo de sequía se experimenta la falta de conduccion de agua, hallándose casi á la distancia de una legua el manantial que provee de ella á la ciudad. Los habitantes beben la de lluvia recogida en cisternas construidas al efecto en los patios interiores de las casas, la cual es pura y muy buena. Tambien hay pozos en la orilla del mar, de donde se transporta en carros para el servicio de la ciudad. Las sustancias animales no están caras; sobre todo se encuentra el buey en abundancia. El radio de sus cercanías es de dos leguas, y su interior presenta á cada paso el asqueroso espectáculo de carnes crudas, las cuales abandonadas en los caminos públicos sirven de pasto á inmensas bandadas de gallinas de mar y de aves de presa, y en el estío á millares de mosquitos, de los cuales es bien difícil preservarse.

Montevideo cuenta en el dia unos quince mil habitantes. Su poblacion, antes de la guerra era de veinte y seis mil almas; se halla situada astronómicamente entre los 58° 33' 25" de long. O. de Paris, y los 34° 54' 8" de lat. S., y á cuarenta leguas de Buenos Aires.

Es Montevideo ciudad de mucho comercio, el cual se extiende á una multitud de artículos diferentes, y cuya principal llave ha sido siempre Buenos Aires; por eso, á mi llegada estaban aun atestados los almacenes de todos los comerciantes de la ciudad. á causa de la interrupcion de relaciones con esta última desde el principio de la guerra; pero dejábase entrever la esperanza de un próximo despacho que, empezado apenas, habia producido ya los mas felices resultados para los especuladores.

Los vecinos de Montevideo son deudores á sus frecuentes comunicaciones con los extranjeros de sus costumbres afables y corteses pues se muestran muy sociales, cuando no se hallan dominados por preocupaciones políticas y religiosas. Su exterior previene mucho en favor suyo. Las mujeres muy amables naturalmente, muy espirituales y vivarachas, tienen á veces en el andar y en la postura un aire de orgullo, que ha hecho que algunos viajeros las acusaran de afectacion en sus ademanes, lo que facilmente se las perdona por la gracia con que realmente sostienen la conversacion y acogen á los extranjeros.

El clima de Montevideo es húmedo; el tiempo es malo de cuando en cuando en los meses de invierno (junio, julio y agosto), y el frio comunmente intenso. En verano, con frecuencia turban la serenidad del aire espantosos truenos, precedidos de terribles relámpagos que causan muchas veces averías en las embarcaciones, y que son seguidos á menudo de lluvias bastante fuertes para destruir las cosechas. El calor es muy incómodo, y los mosquitos, de que se hallan llenos los aposentos, aumentan esa molestia en especial á los sugetos no aclimatados.

Las cercanías de Montevideo son gratamente variadas por pequeñas colinas y largos valles regados por hermosos arroyos; pero es raro ver animado el paisaje por el cultivo. Casi no se ven otras cercas que las de los jardines de los principales comerciantes, y casi no se ven bosques en parte alguna.

En los alrededores hay muchas quintas de extension considerable, con plantaciones de toda clase de árboles frutales de Europa, que hasta son mas numerosos que los del país, de modo que paseándome por medio de almendros, naranjos, ciruelos, albérchigos, manzanos, higueras y granados, por poco hubiera creido hallarme sucesivamente en Provenza ó en Normandía, con la condicion, no obstante, de no tocar sus frutos que son malos ó de mediana calidad, exceptuando las manzanas y naranjas. Esas casas de campo tienen mucha extension; pocas hay que cojan menos de dos leguas de largo y una de ancho; y cuando no se hallan naturalmente separadas las propiedades por una cadena de colinas, un arroyo ó un valle, se las distingue á falta de madera, por filas de piedras de una forma particular. Antes de la guerra ofrecian las quintas de los ricos á sus propietarios, embelesadores retiros en sus jardines llenos de flores y frutas; todo ofrecia en ellas el sosiego y la dicha; pero muchas de ellas han sido robadas, saqueadas, y muchos de sus ricos propietarios se ven reducidos á la mas dura indigencia; y tal hombre, que algunos meses antes poseía cien mil cabezas de ganado, hubo de comprar á treinta sueldos por libra para su sustento, aquella carne que otro tiempo abandonaba á las aves de rapiña, no matando sus animales mas que para aprovechar sus pieles.

Esto es cuanto tengo que decir de Montevideo al cual solo he debido considerar actualmente bajo el aspecto descriptivo. La historia política de la nueva república, cuya capital pasa á ser, solo empieza este mismo año (1828), era de su independencia. Aun no existen acontecimientos para ella, y en cuanto á los hechos anteriores, pertenecen ó á los antiguos anales del dominio español en aquellas regiones, ó bien á los mas recientes de la emancipacion de la América, que mas tarde me propongo revelar. Aquí me despido pues de la república oriental del Uruguay, separada del imperio del Brasil por las aguas del Cuarey y del Yaguaron, y aun de un modo mas

seguro por el indeleble recuerdo de los males con implacables enemigos la han afligido; y haciendo votos por su futura prosperidad, salgo de Montevideo con el paquebot con el objeto de dirigirme á Buenos Aires, adonde gracias á la prudencia de un hábil piloto, llego sano y salvo, despues de haber atravesado sin el menor contratiempo los numerosos bancos y escollos de toda suerte, que en parte obstruyen el estuario del rio de la Plata.

CAPÍTULO XXXIV.

REPÚBLICA ARGENTINA. — PROVINCIA DE BUENOS AIRES.

La América meridional española tiene dos centros, dos focos, dos Paris en una palabra, de donde la civilizacion está destinada á esparcirse con el tiempo por toda su superficie; el uno en la orilla del grande océano, Lima, que describiré en mis excursiones por el seno del antiguo imperio de los Incas; el otro en el litoral del Océano Atlántico, que es Buenos Aires, el cual voy á describir, despues de haber participado al lector mis observaciones principales acerca ol grande rio que domina; porque no me perdonaria mi silencio sobre el de la Plata, habiéndole hablado del Orínoco y del de las Amazonas, que quizás lo igualen bajo ciertos conceptos, pero que en ninguno lo aventajan.

Ya he dicho que llegué sin el menor contratiempo á Buenos Aires; lo que no sucedió sin experimentar mis temores mas de una vez. En mi primera navegacion habia recorrido de Montevideo á Maldonado, y poco habia que acababa de atravesar en otro sentido el inmenso estuario de la Plata, formado por las aguas del Parana y del Paraguay reunidas, juntándose á ellas las de sus inumerables afluentes, desde su orígen hasta su desembocadura, estuario cuya extension no tiene semejante en el mundo, pues que en la abertura tiene mas de cincuenta leguas de ancho; pero su agua es muy dulce hasta algunas millas de Montevideo, y á veces es potable allí mismo. El rio está muy cargado y lleno de limo amarillo. Difícil seria que así no fuese, atendido el considerable número de terrenos diferentes en que rueda en el inmenso espacio que recorre, y cuyos principales matices ha de tomar. Ambas márgenes son muy bajas especialmente hácia el S.; y por la parte del N. lo son menos y están rodeadas de peñascos, aunque por esto es difícil tambien distinguirlas á alguna distancia. El canal de la isla de los *Lobos*, que ya habia visto algo al S. O. de Maldonado, el de la isla de Flores al O. de Montevideo, las peñas de que se halla sembrado en toda su extension, su fondo, y finalmente sus bancos de arena, entre los cuales se distinguen especialmente el de *los Ingleses*, el de *Ortiz* y el *Indio*, casi en frente de Montevideo en la costa de Buenos Aires, no son los únicos obstáculos que experimentan los navegantes. Quizás han de temer tambien en esos sitios los vientos del S. O. tan impetuosos, llamados pamperos, los cuales barriendo por intervalos las vastas llanuras de los Pampas, de los cuales toman nombre, se precipitan sobre la Plata con tal violencia que la proximidad de la tierra no es parte á detener. Esos pamperos se parecen á los *tornados* de las Indias occidentales; pero son mucho mas duraderos. Los marinos temen su furia, que rara vez calma sin haber causado grandes averías á los buques que hay por el rio, haciéndose sentir alguna vez á lo lejos en el océano. Á consecuencia de esos diferentes peligros; tienen la costumbre las embarcaciones que suben por el rio, de anclar en todos los sitios á donde llegan, y sea cual fuere el tiempo, solo se adelantan con muchas precauciones. Á veces preceden á los pamperos algunos truenos que advierten á los marinos que atiendan á su seguridad, refugiándose en algun puerto cercano.

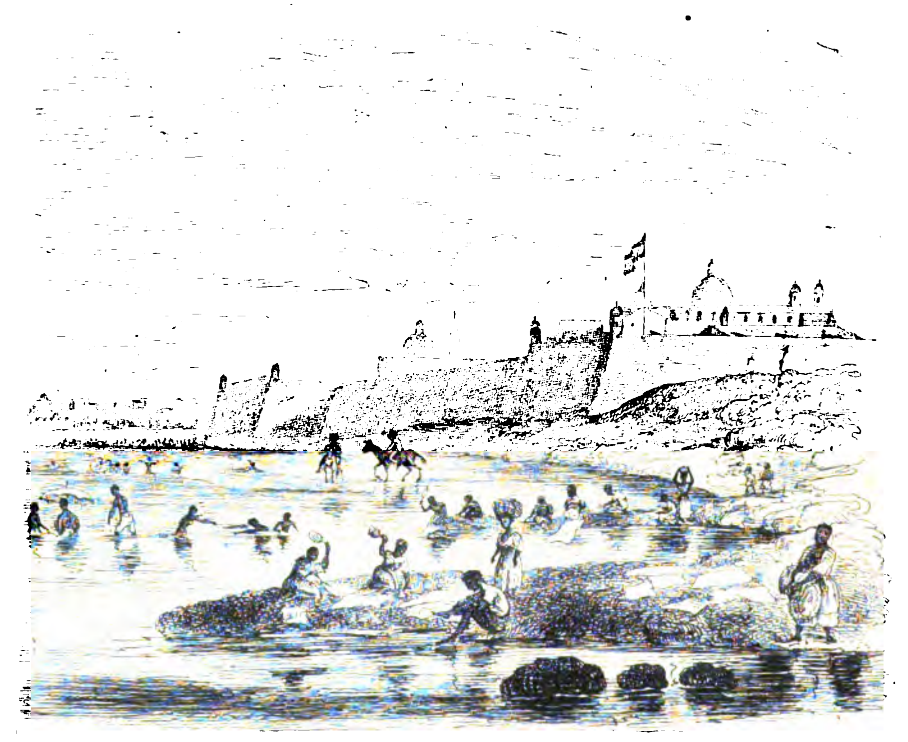
Hállase situada Buenos Aires en la costa meridional del Rio de la Plata, á mas de sesenta y seis leguas de su desembocadura. Está edificada en una costa elevada de quince á veinte pies por encima del rio, nivel que generalmente tiene el país detrás del rio. En el borde de este al mediodia de la ciudad se deprime la costa con rapidez, dejando entre ella y el agua un pantano muy variable en anchura; por la parte del N. se abaja tambien, siendo por lo comun menos extensos los lagos en ella.

El puerto de Buenos Aires; situado en frente de la ciudad, está dividido en dos partes, la una llamada *las Balisas* y la otra *el Amarrado*. En las Balisas (puerto interior) es malo el ancoraje en términos, que cuando hay tempestad llegan muchas veces á encallarse á los buques; y no pueden descargarse las pequeñas embarcaciones. Están formadas las Balisas por un grande banco de arena, que impide á los navíos que necesitan mucha agua el acercarse mas de dos ó tres leguas. Comunmente tienen dos brazas de fondo; pero á causa del banco hasta los pequeños buques no pueden tomar mas que la mitad de la carga, antes de pasar al Amarrado (puerto exterior), en donde es excelente el anclaje y de los mas seguros. El agua es dulce siempre en ese sitio. Habian levantado cerca del centro de la ciudad una tosca mole de piedra de doscientos metros de longitud, ciento de anchura y seis de alto, en la cual mantenia la administracion de aduanas un empleado encargado de velar que no se perpetrara el contrabando; pero llevóse un pampero aquella obra hace unos diez años. Por



3. Débarcadère de Buenos-Ayres.

3. Desembarcadero de Buenos-Ayres.



4. Vue du Fort de Buenos-Ayres.

4. Vista del Fuerte de Buenos-Ayres.

otra parte, los viajeros desembarcan siempre cerca de la costa en donde estaba, y sus efectos deben transportarse á la aduana; pero el agua está tan baja á menudo, que rara vez pueden las lanchas aproximarse á tierra, y hay siempre buen número de carros destinados á conducir á la orilla á los viajeros que llegan. ¡Alguna vez aquellos han de adelantar bastante por dentro; porque cuando soplan los vientos del N. ó del N. O. se halla rechazada el agua hasta tal punto, que en semejantes circunstancias han podido andarse tres leguas y mas partiendo de la costa. Hasta me refirieron que hace algunos años que durante un fuerte viento del N. desapareció del todo el agua no dejando á los ojos de los sorprendidos habitantes otra perspectiva que la de un inmenso horizonte de cieno y arena. Esto pudo suceder porque por aquella parte tiene el rio diez leguas de ancho, sin tener mas que tres brazas su fondo en la mayor profundidad, exceptuando la costa de la Colonia en donde se halla un estrecho canal de tres, cinco ó seis brazas. Lo contrario sucede con el viento del E., siendo violento, pues levanta siempre las aguas de Buenos Aires; de modo que en las borrascas, sube el agua hasta el pie de las casas situadas en el *Bajo* (el paseo), y así es que con un pampero llegó un navío á entrar en un almacen; de este modo esos vientos, segun su direccion, abajan ó levantan alternativamente el rio de siete pies mas ó menos. Añadíase á esto que un dia se vieron retiradas las aguas á tres leguas de la costa permanecer en este estado durante todo el dia, volviéndo á tomar despues gradualmente su nivel ordinario; de cuyo fenómeno no veo pueda darse una razon satisfactoria.

Á buen seguro, quedé tan sorprendido como lo habian quedado muchos otros antes que yo, del singular modo de desembarcar usado en el país, viendo llegar á mucha distancia de la orilla junto á la lancha que me habia conducido con mis compañeros de viaje, los lijeros carros que llegaban para llevársenos con sus grandes ruedas y con dos caballos, de los cuales montaba uno un gaucho con ademan fiero (Pl. XXX. — 3). Un viajero, quejándose de la poca solidez de aquellos carros construidos de cañas y abiertos por detrás, deplora tambien que uno esté expuesto á mojarse en ellos antes de llegar á la orilla. Añade que arrastrado de aquel modo lentamente al través de las aguas por la costa, parece el que llega un reo que va á salir de este mundo, mas bien que un viajero entrando en una grande capital. Menos descontentadizo ó de mejor índole no me pareció á mi tener la ceremonia un carácter tan lúgubre. Solo estaba en mi ver en ella un triunfo; parecióme el partido mas prudente; y tomé con orgullo posesion del país, haciendo que me indicaran al momento en la calle de la Victoria, la casa de un rico comerciante para quien tenia cartas de uno de sus corresponsales de Corrientes.

Fuera bastante indiferente al lector la relacion circunstaciada del modo con que me recibió D. José García. Este digno porteño (nombre con que se distinguen particularmente los vecinos de Buenos Aires en el país) presentóme al instante á su esposa y familia, compuesta de un hermoso muchacho de unos veinte y cinco años, oficial del regimiento de los *colorados*, y de dos encantadoras niñas, de las cuales la mayor contaba diez y ocho años y la otra diez y seis. Bebimos un mate con bombillas de plata en una bella taza del mismo metal. Recibí una graciosa sonrisa de la vivaracha Juanita, la mas jóven de las hermanas, mientras que la grave y noble Teresa ejecutaba en un piano de Pleyel una tocata de Adam. Preguntáronme que era lo que deseaba ver. Riéronse algo de mi embarazo en hablar el español con pureza, que no habia podido cultivar en medio de aventuradas correrías; interesáronse mucho por mis investigaciones, y prometieron ayudarme en las que iba á hacer por el país. Se halla V. en su casa, caballero, díjome D. José García, y daré las gracias á mi antiguo amigo D. Pedro Gomez por haberme dado ocasion de ser útil á V. Yo me creia aun en medio de mis caros huéspedes de Barranqueras y Caacaty, por lo tocante á franqueza y cordialidad, bien que con maneras mas graciosas y elegantes; ¡en tanto es cierto que las virtudes del corazon igualan todas las clases entre los hombres! Al dia siguiente, el jóven oficial se habia apoderado de mi, empezando en su compañía mis paseos por la ciudad, que con ella exploré las mas de las veces.

Pasaba Buenos Aires antes de la época en que ha llegado á ser residencia de un virrey por la cuarta ciudad de la América meridional; pero desde aquella época apenas cede en nada á la misma ciudad de Lima. Se halla edificada con regularidad y presenta la forma de un cuadrado largo de tres cuartos de legua y ancho de media, dividida en cierto número de *cuadras* separadas entre sí por calles que se cortan en ángulos rectos, las cuales son rectas y anchas. No siempre están empedradas en el centro, pero ambos lados ofrecen aceras, desgraciadamente demasiado estrechas para no dejar de ser incómodo su paso, mayormente siendo en muchos puntos altas de dos ó tres pies mas que la calzada. Las dos principales son la calle de la Victoria, que ha recibido este nombre despues de la revolucion porque antes tenia el de calle de San Benito, y la de la Santa Trinidad. La primera, que casi atraviesa toda la ciudad, está habitada por la clase alta. Casi todas las casas están bien edificadas en aquella calle y en algunas

otras próximas á ellas, construidas de ladrillos, blanqueadas cuidadosamente, con espaciosos patios, empedrados alguna vez con mármoles blancos y negros, y en los cuales extienden toldos para preservarlos de los ardientes rayos del sol. Tienen además azoteas con pavimentos de piedra, y la fachada á menudo adornada con un pórtico de estilo español, decorado con frecuencia con las armas de los primeros propietarios. Las ventanas están defendidas con una reja de hierro, que las comunica cierto aire de cárceles. La mayor parte tienen balcones cerrados con celosías, en los cuales cultivan flores cuyo perfume embelesa el olfato, y cuyo brillo alegra la vista como los claveles trasplantados de Europa, pero que en Buenos Aires adquieren un maravilloso desarrollo; y entre las flores indígenas, el *ariruma*, especie de jacinto amarillo del mas suave olor; la *diamela*, que quizás sea la reina de las flores de América, la *peregrina*, enteramente inodora, pero cuyas brillantes corolas, matizadas de blanco y colorado, la harian digna de ocupar nuestros magníficos jardines, y muchas otras no menos agradables, que mis jóvenes huéspedas regaban muchas veces con sus propias manos, ora en el mismo balcon, ora en los dos jardines entre los que se hallaba situada su casa, como la mayor parte de las de los pudientes de la capital. Cada jardin está regado por el agua que acarrea el rio de la Plata, y de la cual se recoge una corta cantidad en un depósito de que se hallan provistos todos ellos. El agua estancada de este modo es en extremo pura, pero tan fria que su uso, dicen, puede ser peligroso. Es menester añadir en honor de la verdad, que describo ahora el hermoso cuartel, la *Calzada Antin* de Buenos Aires; porque el resto de la ciudad y los arrabales, habitados sobre todo por los mestizos y por los negros, tienen un aspecto muy sucio y miserable.

La poblacion total de Buenos Aires se halla actualmente valuada en sesenta mil almas, de las que pueden contarse tres mil poco mas ó menos, que son españoles de sangre pura. Es preciso advertir que aquí solo hablo de los indígenas; porque si hubiesen de contarse los extranjeros que ascienden á unos treinta mil entre ingleses, portugueses y españoles, franceses, alemanes, europeos del norte de América, orientales, brasileños, etc., se obtendria una suma de noventa mil almas. Un viajero inglés que acompañaba en clase de comisario general la armada inglesa enviada en 1807 contra Buenos Aires, al mando de Samuel Auchmuty, la divide en muchas clases. Nombra primero la de los comerciantes, que por la mayor parte acusa de ignorar los conocimientos prácticos necesarios para su profesion, dejándose conducir, bajo este respeto, únicamente por la rutina; y si hemos de creer su relacion, la razon mas poderosa que tendrian para oponerse, como lo han hecho por tanto tiempo, á la libertad del comercio fuera la secreta conviccion de su propia impericia. Si muchos de ellos han amontonado riquezas de consideracion, seria esto debido en gran parte á multiplicados actos de hipocresía religiosa que les habian proporcionado la proteccion de las familias opulentas; porque se ha notado que los antiguos cristianos españoles, mas francos y sinceros, han necesitado mucho mas tiempo para enriquecerse. Entre los comerciantes inferiores, los que mas ganan son los *pulperos*, almacenadores y tenderos. Los pulperos expenden por menor el vino y aguardiente, velas de sebo, morcillas, sal, pan, madera, manteca, azufre etc. Sus tiendas, (*pulperias*), ocupadas ordinariamente por los ociosos y malvados, son muy comunes. Los almacenadores venden objetos de barro y de vidrio, drogas y diferentes productos de la industria nacional por mayor y menor. Los tenderos tienen ropas de lana, sederías, algodones de toda especie, sombreros y otros artículos análogos. Muchos de ellos hacen fortunas inmensas; sobre todo aquellos que negocian con las provincias que llaman de arriba, Córdova, Tucuman, Salta y otras, por medio de jóvenes que envian por ellas como corredores ó factores. La segunda clase de habitantes de Buenos Aires se compone de los propietarios y hacendados, la mayor parte criollos; porque pocos europeos emplean sus fondos en edificios ó tierras antes de haber reunido una fortuna suficiente para su subsistencia, lo que nunca tiene efecto sino cuando se hallan ya entrados en edad; de suerte que sus propiedades pasan al momento á poder de sus herederos. Los meros terratenientes sacan tan poco beneficio de sus posesiones, que sus proveedores se hallan generalmente á descubierto con ellos; inconveniente que hasta la revolucion ha debido atribuirse á la mala legislacion ó al defecto de leyes sobre la agricultura, pero que la paz y una administracion mejor dirigida podrán remediar eficazmente, tarde ó temprano. En el número de los terratenientes deben contarse los labradores, llamados *quinteros* ó *chacarreros*, los cuales cultivan el maíz, trigo y otros cereales; pero se hallan tan empobrecidos y oprimidos, que á pesar del importante nombre con que se les designa y la incontestable utilidad de su trabajo, solo ocupan un rango inferior en la sociedad. Paso lijeramente la tercera clase compuesta de artesanos, tales como los albañiles, carpinteros, sastres y zapateros, los cuales aunque trabajan mucho y reciben buenos salarios, rara vez llegan á verse ricos. Los jornaleros son comunmente hombres de color; los amos, por la mayor parte genoveses y siempre extranjeros; porque los espa-

ñoles desprecian aquellas ocupaciones, y su orgullo no les permitiria trabajar en compañía de negros y mulatos. Muchos hombres de la clase inferior viven de esos oficios y otros análogos, como horneros de cal, leñadores, fundidores, zurradores, etc. Los ganapanes constituyen un cuerpo muy numeroso; permanecen en las calles prontos á cargar y descargar los carros y llevar los fardos, pero son tan perezosos y corrompidos que nunca se puede contar con ellos. Cuando tienen algun dinero beben y juegan; y no teniéndolo buscan la ocasion de pillarlo con la sutileza que les es propia; verdaderos *Lazzaroni* del Nuevo Mundo, azote de la sociedad, solo muy tarde se ha pensado en tomar algunas medidas prudentes, las cuales por de pronto no pudieron producir todo el efecto que de ellas se esperaba. Los funcionarios públicos componen la cuarta clase; pero los españoles europeos no ocupan ya las plazas del gobierno, verdaderos destinos de solo nombre, cuyos posesores solo eran útiles al país por el dinero que por él esparcian; y desde la emancipacion han ejercido los indígenas todos los destinos públicos, excluyendo de ellos á todos los demás. Los que componen el ejército forman la quinta clase, cuyos jefes antes de la llegada de los ingleses eran muy ignorantes, y los soldados mal instruidos, mal pagados é indisciplinados; pero todos posteriormente probaron que no les faltaba el valor; y nadie duda que con el tiempo no adquieran los talentos y virtudes que aun les faltan ahora ya que en vez de derramar su sangre por amos egoistas é indiferentes á su suerte combaten para sí mismos y para una patria. Componen finalmente la sexta clase los eclesiásticos, entre los cuales han de distinguirse los seculares, á quienes recomiendan sus luces y virtudes, de un resto de monjes cuya crasa ignorancia y grosera supersticion solo sirven para turbar las almas débiles y para atormentar la gente honrada; pero el gobierno republicano ha paralizado ya para siempre su influencia.

El comercio de Buenos Aires consiste especialmente en la exportacion de cueros y sebo; cuyos artículos ocupan muchos brazos para recogerlos en los Pampas. Es tambien un ramo importante del comercio la vaca seca ó *tasajo*. Igualmente exportan con frecuencia mulas al cabo de Buena Esperanza y para las Indias occidentales. Las importaciones de Inglaterra consisten especialmente en lana de Halifax, de Huddersfield, Leads, Wakefield, etc.; en algodones de Glasgow, Paisley, Manchester, etc.; en hierro labrado de Shetfield y de Birmingham, y en vajilla de Worcester, de Statfordshire. Las mercaderías francesas, indianas y chinas tienen tambien fácil venta y consumo.

La salubridad del clima de Buenos Aires, tan bien indicada por el mismo nombre de la ciudad, es proverbial. Situada entre los 34° y 35° de lat. S. Buenos Aires goza de una temperatura muy semejante á la que tienen las regiones meridionales de Europa. En un invierno de los comunes solo se hiela lijeramente el agua durante tres ó cuatro dias, pasando por riguroso si se manifiesta por mayor tiempo. Los vientos son tres veces mas fuertes en ella que en la Asuncion, capital del Paraguay. El de oeste apenas conocido en aquella, es muy frecuente en Buenos Aires. Son menos impetuosos en el otoño, pero mas fuertes y mas duraderos en la primavera y en verano, en cuya época levantan nubes de polvo bastante densas á veces para llegar á oscurecer el sol, y muy incómodas á los habitantes cuyos vestidos, aposentos y muebles ensucian. Los mas impetuosos son los que van del S. O. al S. E. Los últimos acarrean lluvias siempre en invierno, pero no en el verano. Ya he tenido ocasion de hacer notar que en todo el país es muy húmeda la atmósfera, sin que se resienta de ello la salud; pero este inconveniente se hace sentir especialmente en Buenos Aires, en donde se halla siempre mojado el piso de los aposentos situados al mediodia. Las paredes expuestas en el mismo punto están cubiertas de musgo, y ese lado de techos provisto de espesas yerbas altas de tres pies, de modo que han de limpiarse cada dos ó tres años para oponerse á que el agua fijándose y filtrando las atraviese. Es raro que los vapores se condensen lo bastante para formar nieblas; por lo que el cielo casi siempre está claro y sereno. Solo se acuerdan de haber visto nevar una vez en Buenos Aires, y esto en muy poca cantidad. La nieve produce en los vecinos el mismo efecto que la lluvia en los de Lima, los cuales habiendo salido de su país se admiran de verla porque allí no llueve jamás. La mas cierta señal de lluvia es la aparicion de una faja en el horizonte, hácia el oeste al ponerse el sol. Un fuerte viento norte anuncia la lluvia para dos ó tres dias despues. Puede tambien contarse con ella cuando brillan los relámpagos en el S. O., cuando se experimenta un calor sufocante y cuando desde Buenos Aires se distingue la costa opuesta. En toda estacion, pero particularmente en estío, son copiosas y frecuentes las lluvias acompañadas de tempestad. El fulgor de los relámpagos se sucede sin interrupcion, pareciendo el cielo de fuego. Es peligroso el rayo, sobre todo si las borrascas, muy semejantes á las que afligen á Montevideo, vienen del N. O. Consérvase el recuerdo de una que tuvo lugar el 20 de enero de 1793, durante la cual cayó treinta y siete veces el rayo en el centro de la ciudad de Buenos Aires, matando á diez y nueve personas.

En las calles de Buenos Aires hay mas vida y movimiento que en ninguna otra ciudad de la

América meridional, de lo que quedé admirado la primera vez que salí con el hijo de mi huésped. Numerosos carros groseramente construidos con sus chilladoras ruedas de enorme circunferencia, aunque no sean del todo redondas, conducidos por hombres medio salvajes casi tan brutales como los animales que guian; comisionistas negros, mulatos ó indios, cargados con balas y cajas de mercaderías; señoras en elegantes carruajes ingleses ó franceses, tirados por caballos del país, pepueños pero vigorosos; otros caminando para hacer sus compras ó visitas; capellanes y monjes; negociantes y militares; mendigos con licencia ó sin ella, apareciendo todos muy afanados; sin hablar del sempiterno tañido de las campanas (están siempre abiertas las iglesias de Buenos Aires), tan insoportable para los oidos no acostumbrados á aquella armonía; todo este movimiento, todo este ruido comunica á la poblacion una fisonomía particular, y cierto aire de ciudad grande, que no dejaba de tener algun valor para un parisiense recien salido de las lagunas del Paraguay y de Corrientes.

Mi nuevo guia me acompañó primero á la aduana, adonde habia de ir para reconocer y reclamar mis efectos, los cuales, como de costumbre, se habian puesto en ella mientras yo entraba en la ciudad por el lado opuesto. Ese edificio que solo es recomendable por su situacion en la orilla del rio, es del todo propio para su uso bajo este respeto. El terreno sobre que descansa no tiene mas de doce pies de elevacion sobre el nivel de la orilla; pero está dispuesto de modo que no pueden embarcarse ó desembarcarse los cargamentos ni los viajeros sino con el ausilio de carros, los cuales antes de llegar al agua han de seguir un plano inclinado en extremo rápido. Para suavizar su pendiente, ata su lazo un hombre montado detrás del carro, esforzándose con toda la fuerza de los ijares del pobre animal, en disminuir la bajada hasta el muelle, servicio que hace sucesivamente á todos los carros en el mismo camino. Estos carros deben recorrer despues en las mismas aguas un trecho á veces considerable para alcanzar las lanchas cargadas, con el fin de trasportar á su vez lo que contienen hasta los buques. Construidos de madera del Paraguay, son muy solidos y montados en unas ruedas de ocho pies de altura, pero por esto no se hallan menos expuestos á la humedad los géneros y efectos conducidos de este modo. El paso llega á ser impracticable con el mal tiempo; y por otra parte no es raro ver la yunta, conductor y cargo mismo tumbar todos antes de llegar á la embarcacion. ¿No hay motivo para admirarse de que en una ciudad tan comercial no hayan pensado aun en los medios de subvenir á tamaños inconvenientes?

De allí debia ir á arreglarme con la policía, cuyas oficinas se hallan en la plaza mayor; mas cuando nos dirigíamos á ellas, mi amigo Lorenzo, deseando economizar tiempo al viajero, quiso acompañarme á ver el fuerte, situado exactamente al frente hácia el mediodia en el borde del agua. En calidad de militar, estaba allí en su elemento; pero como por otra parte no estaba falto de instruccion, recogí de su boca en nuestras diferentes correrías una multitud de preciosas particularidades acerca el actual objeto de mi curiosidad.

« He aquí nuestra fortaleza, me dijo; presenta la forma de un cuadrado perfecto provisto de obras en todos los cuatro ángulos, rodeado de un foso seco en tres de sus caras. Hácia el S. comunica con la plaza mayor por un puente levadizo. En las avenidas las aguas azotan los muros; pero comunmente queda libre un tránsito entre sus murallas y el rio. Detrás de él se divisan los templos de San Francisco y Santo Domingo (PL. XXXIII. — 2). Como V. puede conocer, el fuerte está bien equipado y domina el anclaje de las Balisas, pero en secreto le confieso á V. que no deja de parecerme bastante mal colocado ó y con alguna destreza, suponiendo que hubiese bastante agua, podria una flota enemiga causar mucho daño á la ciudad sin que la incomodara mucho el fuego de la fortaleza. Es verdad que por la parte del rio es poco temible un ataque, defendiéndolo los obstáculos naturales que opondrán siempre á una sorpresa por mar los bancos de arena y el poco fondeadero del rio de la Plata. Cuando lo tomaron los ingleses en 1806, encontraron unas cuarenta piezas de artillería de diferente calibre y dos mil fusiles. Comunmente es poca la guarnicion; y en caso necesario se hallan prontos á reunirse á las tropas organizadas 3.000 milicianos de las provincias. Sirve de residencia al presidente de la república y en su recinto se hallan las oficinas del gobierno. Allá bajo el pie del fuerte, ve V. algunas mujeres sentadas en el agua con un paño en las espaldas para peinarse y una umbela sostenida por una esclava negra. Son mujeres que toman los baños por la mañana; pero en otro tiempo, por la tarde una hora antes de ponerse el sol hasta la noche, hubiera V. visto allá bañándose toda la ciudad, confundidos hombres y mujeres, despues del baño se paseaban estas últimas por la orilla para secar sus largos cabellos sin que nadie se escandalizara de ello: esta era la costumbre, y tanto en el Nuevo Mundo como en el Viejo Mundo, la costumbre es la ley comun. Todo esto está modificado, y en el dia tenemos baños arreglados en el interior de la ciudad; pero aun es preciso confesar que no son muy limpios ni muy bien construidos. Ve V. tambien aquí cerca centenares de lavanderas ocupadas todos los dias, excepto los de grande festividad en la-



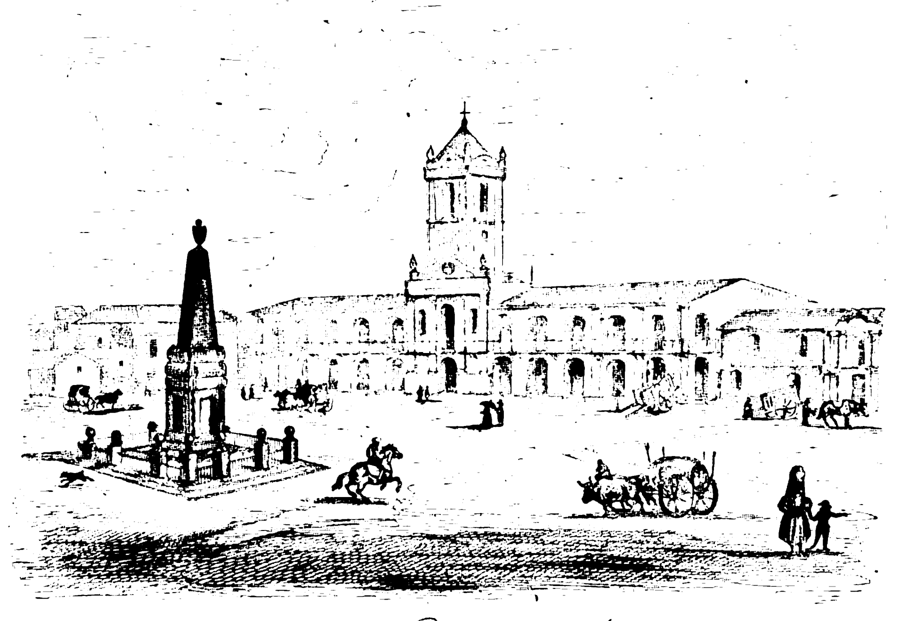
2. Église de Santo Domingo.

2. Iglesia de Santo Domingo.



3. Costumes des Porteñas à la Promenade, au Bal et à l'Église.

3. Trajes de las Porteñas en el Paseo, en el Baile y en la Iglesia.



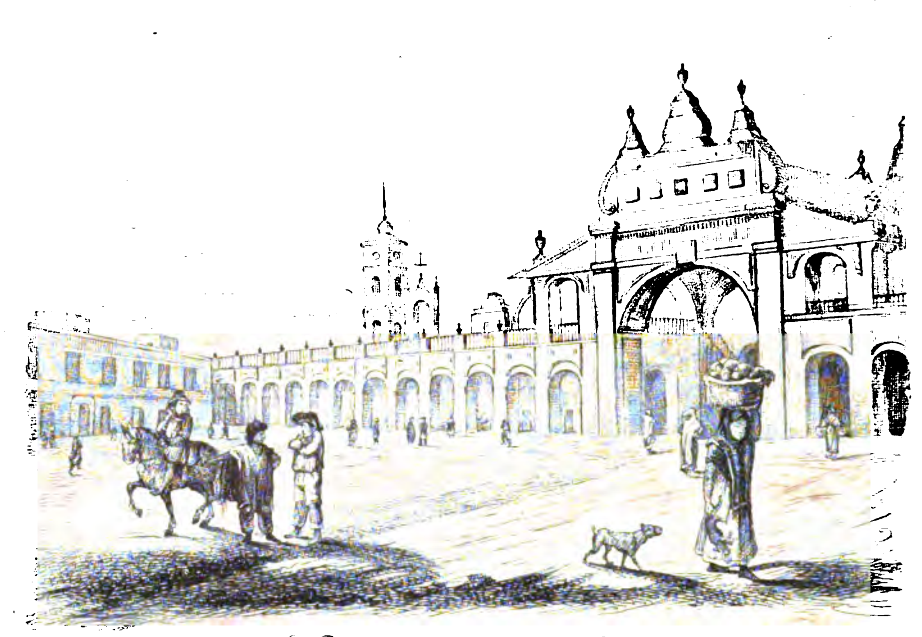
1. Place de la Victoria à Buenos-Ayres.

1. Plaza de la Victoria en Buenos-Aires



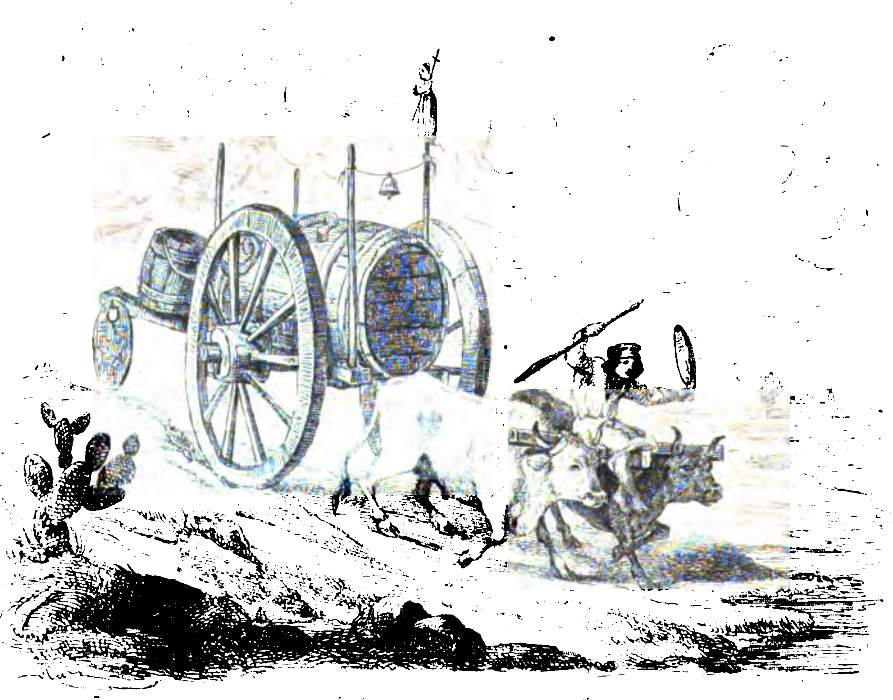
2. Lecheros (Marchands de lait).

2. Lecheros



3. Vue de la Recoba à Buenos-Ayres.

3. Vista de la Recoba en Buenos-Aires.



4. Aguador (Marchand d'Eau).

4. Aguador

var su ropa sin jabon, hiriéndola con fuertes golpes de maza, en pequeños huecos naturales, llenos siempre de agua, que rodean la verde orilla; pero dirijámonos hácia el S., y hácia la *plaza*, adornada por dos de nuestros principales monumentos. »

Aquella plaza, perfectamente cuadrada, se halla en frente del puerto. Dirigiéndonos á ella, encontramos un pesado carro, tirado por dos bueyes, entre los cuales estaba sentado, en el mismo yugo, un hombre con los cabellos caidos, cubierta la cabeza con un gorro, con las piernas desnudas y armado con una especie de mazo de madera. « Es un aguador, me dijo Lorenzo. El tonel en que conduce el agua está colocado en el carro, y sujetado con cuatro estacas, á una de las cuales en otro tiempo no dejaba de atar una imágen de su patron. Sírvese del mazo para conducir los bueyes, golpeando sus astas: la campanilla colgada entre dos de las pértigas anteriores advierte su llegada (Pl. XXXI.—4). Tenemos aquí gran número de estos aguadores cuya industria nos es tanto mas útil como que los pozos, auque numerosos, solo dan agua salobre, que nada vale para la cocina. Sin duda padeciera V. viendo con que barbarie tratan á los pobres animales la mayor parte de esos miserables, á quienes deben sin embargo su existencia; y es de desear que se trate presto de emplear los recursos de la hidráulica para abastecernos con menos gastos y de una manera mas humana, de una de las primeras necesidades de la vida. Pero ya nos hallamos en la plaza de Victoria. — ¿Cuál es, dije, aquel largo edificio de ladrillos blanqueados y de construccion morisca, que ocupa toda la parte oriental de la plaza, con sus arcos que sostienen una galería adornada de vasos gigantescos y en cuyo centro se abre una especie de arco triunfal? — Es la *Recoba*, nuestro palacio real, guarnecido con tiendas en ambos lados. En su estado actual, tiene ciento cincuenta metros de largo y cosa de veinte y uno de ancho (Pl. XXXI. — 3). Empiezan á continuarla de nuevo, por la parte del S. por donde no ve V. mas que medianas tiendas de pequeños mercaderes; pero la falta de fondos ha obligado hasta el presente á diferir la ejecucion del proyecto. En frente hay el *Cabildo*, cárcel y residencia del poder judicial en la actualidad. Se halla adornado de pórticos, como V. ve; construido tambien al gusto morisco, pero de un modo mas sencillo que la *Recoba*; y note V. en él, independientemente de su doble hilera de arcos y de la torre cuadrada que lo domina, un balcon de hierro de lo alto del cual arengaban en otro tiempo los oficiales municipales á los ciudadanos en casos solemnes (Pl. XXXI. — 1.); finalmente ve V., en medio de casas particulares bastante hermosas, parte de nuestra iglesia catedral. — ¿Y cuál es aquel obelisco cuadrangular que se levanta en medio de la plaza, rodeado con un cercado de hierro que sostienen doce colunas áticas, en cuya parte superior hay una esfera? — Ese monumento, que tendrá treinta pies de altura, dijo Lorenzo, no es seguramente muy notable con relacion al arte; pero V. vá á juzgar con que título es precioso para todos los amigos de la libertad. » Acercámonos á él, y leí una inscripcion que recuerda la célebre jornada de 9 de julio de 1816, en la que los representantes de las provincias unidas del Rio de la Plata proclamaron su independencia. Un coro de jóvenes viene á cantar todos los años, el dia del aniversario de este suceso, al pie de este obelisco el himno patriótico del país, compuesto por D. Vicente Lopez. Esta fiesta se celebra tambien con juegos, iluminaciones, bailes, trompetas, revistas, y evoluciones, en medio de la multitud de nacionales y extranjeros, que llegan de todos puntos para tomar parte en ella. El dia de la festividad del Señor, es tambien la plaza el teatro de una solemnidad de otra naturaleza, la procesion del *Corpus Cristi*, en la que despliega el catolicismo todo el fausto de su culto.

Pasaba muy bien el tiempo en casa de mi digno huésped. Paseábame todo el dia á mis anchas, tan pronto solo, tan pronto con Lorenzo; y todas las tardes nos encontraban reunidos al lado de las señoras, en el salon donde comunmente habia mucha gente; porque D. José García tenia muchas relaciones. Desde la tarde de mi primera excursion, encontré volviendo á entrar, á todas las señoras sentadas en el balcon. Por otra parte pasan en él la mayor parte del tiempo: allí toman el café ó chocolate, y hasta tocan la guitarra; porque á pesar del predominio de las costumbres inglesas y francesas en el país, aun se encuentran algunas huellas de las antiguas costumbres españolas. Muchas de las señoras de Buenos Aires tienen una preciosa voz, y si por la noche se recorre la ciudad, á menudo se goza del placer de un concierto gratis. Al otro dia, habia de acompañar á mis huéspedas á una *tertulia*, lo que no me impidió ponerme en camino muy de mañana, para gozar del espectáculo de la *pesca á caballo* que tiene lugar por la tarde en invierno, y en verano muy de mañana.

Á cosa de un cuarto de legua de la ciudad, por el norte, encontré á muchos *lecheros* que se dirigian á ella montados todos, para las provisiones del dia. Llegan por lo regular de las estancias ó quintas situadas á media y hasta á una legua de las cercanías, llevando su leche á cada lado de su cabalgadura, en una suerte de ollas de barro, estaño ú hoja de lata, en número de cuatro ó seis, y que contienen en unos sacos de cuero atados á la silla y enlazados con un pedazo de madera (Pl. XXXI. — 2). La mayor

parte de esos lecheros son los hijos de los colonos, mal vestidos y horriblemente sucios, pero alegres, malignos y vivos; muchas veces se les sorprende llenando sus ollas en el rio, despues de haber bebido parte de su leche, ó jugándose el precio, cuando vuelven de la ciudad; en una palabra, son unos verdaderos pícaros, de quienes puede decirse en algun modo, que han nacido á caballo, tanto se les adiestra en aquel ejercicio. En efecto, casi todos son muchachos de diez años, tan pequeños, que se ven obligados á trepar por el caballo con el ausilio de un estribo que casi llega al suelo. Colócanse entre los jarros; y en esta incómoda posicion, galopan á rienda suelta, desafiándose de este modo entre sí.

Entreteniéndome con sus juegos, pronto llegué al sitio de la escena que buscaba, iluminado por los rayos del sol naciente, tal como unicamente se presenta en el clima de Buenos Aires en el verano. Se hace un enorme consumo de pescado en esa ciudad, y es muy notable seguramente el modo de pescarlo. Se dirigen los pescadores al rio con un carro cubierto de pieles tirado por bueyes, y con dos caballos, el uno de los cuales va cargado con las redes. Por lo comun para cada pesca son necesarios cuatro hombres. Montan dos de ellos á caballo, adelantándose de este modo hasta el agua, marchando de frente costeando por tanto tiempo como pueden, sin dilacion; haciendo nadar á veces sus bridones y montando entonces en sus espaldas. Cuando creen hallarse á bastante distancia, vuélvense de espaldas, guian el uno á la derecha, el otro á la izquierda, desplegando así las redes, de las cuales sujeta un cabo cada uno de ellos, en una extension de setenta y siete á noventa y siete metros; y volviendo de esta manera á las costas, arrastran la red por mucho tiempo hasta el borde del rio, en donde llenan su carro de todos los pescados que encuentran (PL. XXXII. — 2).

Deseando no dejar nada por ver en un país cuyos hábitos son tan distintos de los de Europa, quise visitar tambien un matadero de la ciudad. Hace algunos años que no habia mas que cuatro, uno en cada extremo y dos en los cuarteles. Actualmente hay muchos; mas el que vi está situado en el S., y el arrabal en que se encuentra es muy pintoresco, estando llenos los patios de las casas de naranjos y limones que sobrepujan á sus paredes; jardinitos plantados de los mismos árboles, higueras y olivos, comunican á este lugar un aire de civilizacion que contrasta mucho con el aspecto del próximo llano á una ó dos leguas de distancia. Otro contraste no menor presenta con esa perspectiva el campo de carnicería, que al llegar al matadero tenia á mi vista. Ya habia visto el de la Asuncion en el Paraguay; pero este se halla en una escala mucho mayor, correspondiente á su grande ciudad. Cada matadero tiene muchos corrales, que pertenecen á distintos cortantes. En ellos se encierra á los animales conduciéndolos del campo; y cuando quieren matarlos, los hacen salir uno á uno y los desjarretan con tanta destreza que es preciso haberlo visto para tener una idea justa; echados de este modo en el suelo, se les degüella facilmente. De esta suerte se matan tantos como se quiere; y despues de haberlos desollado, cortan toda la carne destinada para la venta, abandonándo lo restante á las aves de rapiña y á piaras de cerdos, que se mantienen siempre en aquel punto y solo se alimentan con cabezas é hígados de buey (PL. XXXII — 1). Pero esto seria entretener demasiado al lector con un objeto muy repugnante, mayormente habiendo de hablarle aun de otro mucho mas agradable.

Los mendigos forman una plaga de la que no se ve libre la capital de los argentinos *lo mismo* que la de los franceses. Siendo tan abundante todo lo necesario á la vida, y mucho mas *subido* el precio del trabajo que en muchos otros puntos, parece que deberia verse Buenos Aires exenta de aquel azote; pero la indolencia y pereza de ese pueblo explican facilmente esta contradiccion. No trato de los mendigos comunes, tales como los ciegos y cojos, plantados en la puerta de las iglesias, y que sin cesar asaltan á los que pasan con su lamentable grito; *¡ Por el amor de Dios!* Tampoco hablo de los *mendigos privilegiados*, que con el hábito religioso y una larga alforja en el hombro izquierdo, van pidiendo, en mengua de la humanidad, de puerta en puerta y *por el amor de Dios*, el alimento de que tal vez prive una madre á sus hijos, para con él gratificar á los buenos padres; pero lo que mas me sorprendió, fueron los *mendigos á caballo*, autorizados por la *policía mendiga*, y obligados de algun tiempo á esta parte, á llevar un cartel en el pecho, con esta inscripcion y un número. ¡ En uno de ellos vi el nº. 85 ! Llevaba un poncho verde, una túnica encarnada, pantalones blancos; y en el arzon de la silla, una piel de carnero teñida de azul. Extendia un rápido sombrero, en donde llovian *los reales* de los buenos porteños, recorriendo las calles rodeado de haces de velas de sebo, pedazos de carne, sacos de manioque, *etc.* (PL. XXXII. — 3). Estaba enojado al entrar en casa de mi huésped, en donde se rieron de mis reflexiones europeas sobre esa aprobacion legal de uno de los vicios de nuestras sociedades.

En la comida nos sirvieron un surubi, especie de siluróideo. Este pescado parecido *á un sollo* está caracterizado por los largos mostachos, pesa comunmente de diez á treinta libras, *aunque* á veces varan en la orilla algunos que no pesan menos de setenta á ciento. La aparicion de *esto*



T. Bouly del.

1. Matadero (Boucherie publique.)

1 Matadero

VOYAGE

VIAGE



2. Pêcheurs à la Seine sur la Plata.

2. Pescadores en la Plata.



3. Mendigos (Mendians).

3. Mendigos

manjar hizo recaer la conversacion en mi excursion de aquella mañana, valiéndome por parte de mi huésped, una disertacion en regla acerca la ictiología culinar de la Plata, cuya conclusion no era demasiado favorable á su patria. «Nuestros pescadores, decia, cogen mucho pescado comunmente; pero solo esta especie puede calificarse de buena, y aun comparándola con lo restante; porque aquí, por lo general, es el pescado muy inferior en calidad al que se coge mas abajo, en Montevideo por ejemplo, cuya agua es clara y profunda, y no baja y cenagosa como la de Buenos Aires. Así, nuestra *boga*, especie de carpa, el mas comun de todos, y que pesa de tres á cuatro libras, blandujo, lleno de espina, solo es bueno salado y seco; *el dorado*, parecido al salmon, pero mas pequeño, tiene los mismos defectos que la boga; el *mugil gris* no es muy delicado; el *manguruyu* solo es notable por su enorme peso de mas de cien libras; el *armado* es mas curioso por la armadura de que está cubierto, á falta de dientes, que por el gusto agradable. Muchas veces ha oido hablar V. de nuestra *palometa* cuyos dientes desgarran como los del tiburon; y solo conozco, en el que acaban de servirnos, el *pejerey*, especie de plateado por su forma y color, que valga algo verdaderamente. La experiencia ha demostrado que internándose mucho mas arriba por el rio, seria muy fácil proveerse de esos excelentes pescados de especies absolutamente distintas que abundan en el Parana; pero las mas de las veces, el fausto de la mesa parece consistir en Buenos Aires en la profusion de la comida; y se hace tan poco caso de la calidad de los manjares, que los colonos no se toman el trabajo de cultivar frutas buenas y buenas legumbres; porque se prefieren los comestibles comunes á precio bajo, á efectos mejores que habrian de pagarse mas caros.» El bueno de D. José García, quizás era demasiado descontentadizo; porque muchas veces he oido encomiar por delicados gatrónomos, los pescados de Buenos Aires.

Fuímonos á la *tertulia*. Por lo general, son muy agradables las tertulias y enteramente sin etiqueta, lo que forma su principal encanto. La conversacion es siempre muy viva y animada, gracias á la natural alegría de las porteñas, á la excesiva movilidad de su imaginacion y á su índole, en general bastante romántica. La música instrumental (el piano y la guitarra) y el canto varian tambien sus placeres; pero especialmente, forma el baile su principal objeto; el baile, en donde se despliegan las mas graciosas danzas europeas, el petulante vals aleman, la contradanza francesa, la española, que parece ser la favorita, y otros bailes nacionales, como el *montonero* (minué), que á la gravedad de su género une el encanto de las figuras españolas de su complicada contradanza, muy difícil de ejecutar bien. Al entrar saluda V. á la señora de la casa, lo que constituye la única ceremonia de estilo; puede V. retirarse sin otra formalidad, de modo que así tiene uno en su mano el visitar una docena de tertulias en el decurso de una noche, uso muy análogo, como se ve, al de Paris. Las maneras y conversacion de las señoras son muy sencillas y graciosas. Las delicadas atenciones que muestran por los extranjeros han hecho que alguna vez se las acusara falsamente de excesiva libertad, acusacion que las ha determinado á recibirlos con menos franqueza en su amistad. Sin embargo, ese abandono sienta bien á las orgullosas y vivas porteñas, de talle elegante y noble, que no perdonan tan facilmente á un extranjero su poca destreza y embarazo en tomar un ardiente mate, ó en desempeñar su parte en un grave montonero, cuyas figuras enreda del todo. Nada tenia que temer yo bajo este punto, bajo el patrocinio de mis dos encantadoras introductrices; y por otra parte ya habia adquirido algun conocimiento de las costumbres locales, recorriendo muchas grandes ciudades de la colonia; pero habia no obstante entre ellas alguna diferencia. En el norte, parece prevalecen aun algunas costumbres españolas, á lo menos en gran parte, en un considerable número de poblaciones; aquí al contrario, facilmente creerá un inglés encontrarse en Londres, y aun mas facilmente un francés en Paris Los sastres y las modistas son todos ingleses ó franceses. Sobre todo lo son los trajes para ambos sexos, y siempre al último gusto, con algunos meses de atraso, porque al menos han menester el tiempo necesario para la tavesía. Mi tertulia era muy concurrida y de las mas brillantes. Un enjambre de mujeres, jóvenes todas y á cual mas lindas, rebosando todas de lozanía y elegancia, se oprimian en un salon adornado con espejos, ricos tapices y brillantes muebles, y en el cual sobresalia un magnífico piano, mueble indispensable actualmente en toda casa bien puesta.

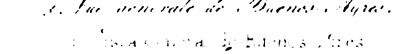
No eran las menos notables las dos hijas de mi patron entre tantas beldades rivales; pero ya no hay mantillas, ni antiguas basquiñas andaluzas.... En el dia el cuerpo á lo Maria Estuardo, vestido de raso color de rosa, guarnecido de flores; mangas henchidas quizás en *gigots*; collar y el inseparable abanico.... ¡El abanico! especie de cetro que jamás abandona una porteña, especie de talisman, cuyo poderío tal vez no sospechen aun nuestras señoras; y el mas lindo piececillo del mundo, oprimido por unas medias de seda blancas, por un zapato de la misma ropa, modelado adrede en las mas famosas zapaterías de las dos capitales de la civilizacion europea. Sin embargo, siempre hará que se distinga una porteña de todas las mujeres del resto

del mundo un adorno especial; un adorno á que atienden tanto como á la vida, y casi me atrevo á decir mas que á ella: es un inmenso peine, que parece un grande abanico convexo, mas ó menos precioso, y mas ó menos adornado, segun su rango y bienes; pero que la sigue por todas partes: solamente se difieren y varian los acompañamientos, con las horas y circunstancias. ¿La señora porteña vá á la iglesia? El peine.... pero con una gasa negra y un grande velo del mismo color, con que se cubre las espaldas, pecho y brazos.... Tiene su libro de oraciones en la mano, y seguida de un criado negro, en traje de groom, el cual lleva una alfombra en el brazo para arrodillarse su señora, porque no hay sillas en las iglesias de Buenos Aires. ¿Vá la señora al paseo? El peine.... y además un velo grande de blonda bordada, especialmente con las mangas abiertas y colgando, dentadas, vestido con *gigots*, brazaletes, y el pañuelo en la mano. Su traje de verano es el peine, con cofia, un corto vestido blanco, chal azul y pañuelo amarillo. En invierno, siempre el peine; pero junto á un velo de color de rosa, una cachemira blanca que cubre todo el talle, un pañuelo de cualquier color y borceguíes (Pl. XXXIII. — 3). Aquí me detengo para que no usurpe por mas tiempo mi diario de viajes, los derechos de un periódico de modas; y termino mi revista, haciendo notar que la señoras de Buenos Aires, generalmente, parecen querer mucho en sus vestidos el brillo y variedad de colores. Tambien es de notar que la mayor parte de las mujeres de ese país están bien, y que muchas de ellas son de una exquisita belleza. Su color comunmente es de una deslumbrante blancura, contrastando con el ébano de su hermoso cabello. su nariz es aguileña, su sonrisa llena de dulzura; sus grandes ojos negros, que hacen tan justamente célebres las damas españolas, tienen una expresion, que rara vez se encuentra en los climas septentrionales. Finalmente se distinguen por la gracia y magestad en el andar, bailando y andando siempre bien, sin la menor muestra de afectacion. Los hombres, ahora solo hablo de los de la primera clase tienen tambien sus ventajas y buenas calidades. Los *señores* de Buenos Aires, buenos mozos, visten con tanto gusto como los de Paris y Londres. Sus maneras nada tienen de afectadas, ni de afeminadas. Todos los jóvenes son buenos jinetes y gustan hacer gala de su destreza en guiar un hermoso corcel andaluz. Son valientes, liberales y desinteresados. Se les echa en cara no obstante el orgullo y arrogancia; defectos que si no pueden excusarse enteramente, por lo menos se explican por el hecho de haber contribuido á destruir la tiranía española en el Nuevo Mundo, con todos los habitantes de las demás repúblicas de la América meridional. Sus vecinos les dan un apodo que corresponde á poca diferencia á nuestra palabra fanfarron, *pinturero*. Parece tenérseles una antipatía que explica bastante la superioridad de su talento y de sus luces respeto de los habitantes de todas las demás repúblicas.

La sociedad, generalmente es agradable en Buenos Aires. Cuando se ha sido presentado en regla en una casa, puede irse á ella á todas horas; pero las de tertulia y de buena compañía son las de la noche. He dicho á todas horas; lo que me recuerda que describiendo el movimiento general de la ciudad debia de atender á una observacion que seguramente no habrá escapado á la atencion de los viajeros; esto es, que en Buenos Aires, como en muchas otras ciudades de los países cálidos, y aun del mediodia de Europa, hay tres épocas del dia en que toma la ciudad una fisonomía del todo distinta; muy animada desde la salida del alba, cuando los mercados, calles, plazas, tiendas y muelles están cubiertos ó llenos, hasta las dos; casi muerta de las dos á la cinco, durante la siesta, en cuyo tiempo se suspenden los negocios, y las plazas están desiertas y las puertas cerradas; y de las cinco hasta la noche, mas ó menos tarde segun la estacion, saliendo de su letargo para volver á tomar su actividad de la mañana, pero con distinto carácter; porque ya no es la misma actividad del pueblo, la comercial, manufacturera, fabril, industrial, en una palabra; sino mas bien, á pesar de las ideas republicanas que predominan en casi todas la clases, la actividad aristocrática, la de las visitas, de las compras y placeres, en especial para la que se ha convenido en llamar gente de buen tono, la buena sociedad. Esta es la hora del paseo por la *Alameda* ó *calle de álamos*, bastante impropiamente dicha así por no encontrarse en ella mas que *ombús;* la Alameda que sirve tambien de desembarcadero, y que se continua con *el Bajo*. El Bajo es el sitio mas agradable de la ciudad por la frescura y pureza del aire que en él se respira y por la diversidad de objetos que se presentan en la rada, en donde la vista se extiende á lo lejos; punto de reunion de todos los paseantes nacionales y extranjeros que en él se cruzan á pie, en carruaje ó á caballo, rivalizando, hombres y mujeres, en destreza, gracias y coquetismo. Es ciertamente un espectáculo de los mas originales; y no sé que puedan ofrecer mas variedad, mas movimiento y encanto, los bellos dias del *Corso* de Roma y de Nápoles, de *Hyde-Park* en Londres, ó de los *Campos Elíseos* de Paris.

Aunque ya hubiese visto algunos de los monumentos de la ciudad, solo tenia una idea vaga é incierta de su conjunto. Deseaba pues vivamente llenar este vacío en mis observaciones; porque seguramente cuando uno llega no puede formar-





1. Vue générale de Buenos Ayres.

Vista general de Buenos Ayres

se una idea muy ventajosa. Realmente por la parte del rio difícilmente se encontraria otra cosa que una línea de media legua de largo, formada por edificios blancos ó de color de ladrillo, desenvolviéndose de un modo uniforme por una costa excesivamente plana, y cuyo color contrasta con el del agua, que es de un verde negro. Esta línea apenas está interrumpida por unas diez cúpulas pue dominan lo restante, anunciando ya una grande ciudad (Pl. XXXIII. — 1). Pero el punto desde el cual se presenta Buenos Aires con mayor ventaja, es el llamado la *Plaza de toros*, el cual permite abrazar toda su longitud desde el rio hasta su extremidad del norte mas retirada. Sobre todo de allí es muy fácil juzgar del carácter general de los edificios de la ciudad, los cuales presentan el mayor contraste por el color blanco ó rojizo que los distingue, segun que sean de piedras blanqueadas ó de ladrillos conservando su color natural, y que mezclados con un corto número de árboles plantados de cuando en cuando en el interior de la ciudad ó á su alrededor, producen un efecto muy original. Igualmente se puede juzgar muy bien del paralelismo de las *cuadras* y de las diferentes *calles* que las circunscriben. Esa plaza está situada en la extremidad septentrional de la ciudad, prolongada en forma de un ancho arenal, en donde forman la parada las tropas y tienen un cuartel. En otro tiempo babia en ella un anfiteatro cuyo nombre derivaba del uso á que estaba destinado, porque en verano se daban en él, todos los sábados y dias festivos, corridas de toros al gusto de las de España. El edificio era de ladrillos, coronado en su parte superior y en todo su alrededor, de palcos destinados á la clase alta, y presentaba por debajo, á seis pies del suelo, una hilera circular de gradas, las cuales solo estaban separadas del campo del combate por un cercado de tablas atravesado con gran número de galerías, por donde escapaban los combatientes cuando se veian demasiado apurados. El precio de la entrada era de tres reales por persona, sacando el gobierno un considerable producto con la explotacion de estos juegos bárbaros. El general Rondeau ha distinguido su directorio, mandando demoler el anfiteatro, lo que no dejó de descontentar á gran parte de los vecinos de Buenos Aires, aunque aquellos egercicios hubiesen mas de una vez sido seguidos de accidentes serios; sin hablar de la sangre humana á menudo derramada en aquellas luchas siempre encarnizadas, la caida de parte del edificio mató ó hirió, en 1793, mas de quince espectadores. Esos juegos sin embargo no se hallan enteramente abolidos, ¡ tan poderosa es la fuerza de las costumbres nacionales! pero solo tienen lugar en anfiteatros provisionales construidos con tablas; y siempre en *Barracas*, pueblo de las cercanías de que hablaremos mas tarde. Tambien hacen furor en Buenos Aires las riñas de gallos, lo mismo que en el resto de América. Á la puerta de todos los individuos pertenecientes á las clases mas pobres, se ve siempre un gallo de riña atado por la pata. Tendré ocasion de describir las corridas de caballos que se dan en los Pampas; diversion enteramente inglesa, muy favorable en el país para procurarse caballos facilmente.

Parte de las tropas de sir Samuel Auchmuty penetró en la ciudad por la plaza de toros en 1807, despues de haber forzado la entrada del lado del campo; pero al llegar á ella, el general Witelock encontró el anfiteatro y todas las casas de su alrededor convertidas en otras tantas fortalezas, cuyos fuegos no pudo acallar hasta la noche, despues de haber establecido en el mismo anfiteatro su cuartel general, en donde se firmó con Liniers, la vergonzosa convencion que quitó la ciudad de manos de los ingleses.

Tambien hay en aquella plaza un edificio de dos *altos*, lo que es bastante comun fuera de la ciudad. Este es notable por haber servido por mucho tiempo de cabeza de partido al establecimiento inglés, formado allí con el objeto de proveer á las colonias españolas de esclavos africanos. El *asiento* ó contrato para proveer á estas, acordado en su orígen en Francia en 1702, fue trasportado á Inglaterra en 1713, en virtud del tratado de Utrecht. La compañía del mar del S. se habia obligado á suministrar cada año, á lo menos cuatro mil ochocientos negros, durante el término de treinta años, plazo en que espiraba su empeño. Durante los cinco últimos años habíase fijado este número; pero en el decurso de los veinte y cinco primeros, tenia el derecho de introducir tantos como tuviese á su disposicion. La misma estaba autorizada tambien para establecer factorías para la venta de sus negros en Cartagena, Panamá, Veracruz y Buenos Aires. Además podia alquilar tierras en el Rio de la Plata, en la comarca de sus factorías, y cultivarlas con sus negros é indios pagados al efecto. La guerra que estalló en 1739 entre Inglaterra y España, puso fin al goce de los beneficios del asiento para la compañía del mar del S. Por la paz de Aix-la-Chapelle, en 1748, fue devuelto aquel comercio á la compañía, la cual mediante una indemnizacion, hizo gracia de los cuatro años que habia de gozarlo aun, cediendo sus derechos á particulares, en cuyas manos no hizo mas que decaer, no tardando á hallarse reducido á nada. He creido que no seria destituida de interés para algunos de mis lectores, la relacion abreviada de estas frias especulaciones de las ideas actuales y de los últimos actos del parlamento, acerca la emancipacion de los negros de las colonias.

Despues de haber visto, de lo alto de la casa

histórica de que acabo de hablar, las cúpulas y agujas de las diferentes iglesias de la ciudad, en número de doce ó quince, bajé y volví á recorrer el interior para ver las principales. Primero vi Santo Domingo, célebre por los acontecimientos militares cuyo teatro fue veinte y un año antes. El 29 de junio de 1806, los ingleses, habiendo sorprendido y tomado el fuerte, fueron desalojados de él en 12 de agosto del mismo año; pero el 3 de julio del siguiente, habiendo desembarcado á diez leguas par la parte del E., al mando del general Witelock, se acercaron á la ciudad por el lado del S., y el 5 probaron atravesarla, para apoderase de la fortaleza; grande imprudencia que solo puede explicarse con la excesiva impericia de su comandante en jefe. He seguido el camino de mas de una legua que habian de recorrer en medio de un terrible fuego que salia de todas las azoteas y ventanas, convertidas de repente en otras tantas fortalezas mil veces mas formidables que la que intentaban alcanzar y conquistar de nuevo. Llovian sobre ellos á lo largo del camino proyectiles de toda suerte; agua de los pozos hirviendo, cenizas de los hornos derramadas por la cabeza de los enemigos con el fin de quemarlos y cegarlos; piedras y ladrillos de las casas, toda suerte de muebles pesados, con el objeto de aplastarlos. Mujeres, niños, ancianos, criados, todos estaban armados para la comun defensa; animados seguramente por el fanatismo contra los herejes, no menos que por el amor al país; y finalmente (lo que con trabajo se creerá), fue tal la pérdida de los ingleses, que de doce mil que eran al desembarcar no llegaron mas que mil doscientos ó mil quinientos á Santo Domingo. En vano se parapetaron en la iglesia. Cien de ellos, que fueron arrollados y obligados á rendirse, iban á ser pasados por las armas; y solo debieron su salvacion á la restitucion de un rico crucifijo de oro, que reclamaron los habitantes. En el templo se conservan aun las señales de las balas que durante este combate lo acribillaron, y en el se colgaron entonces, en señal de triunfo, las banderas de los vencidos. Ocupa, con el convento de dominicos de que dependia, toda una *cuadra*. Construida con ladrillos rojizos, arruinada y con una sola torre, no tenia cosa notable mas que su órgano y su cúpula (Pl. XXXIII — 3). El presidente Rivadavia, despues de haber suprimido la órden de los dominicos, ha colocado en el convento una especie de museo, apenas naciente cuando yo lo vi, pero que puede enriquecerse. Solo consiste aun en una coleccion de minerales, piezas anatómicas é instrumentos de física, que el director con grandes gastos ha hecho remitir desde Francia. He sabido despues que habian reunido en él muchos animales del país y un grande número de ejemplares de geología, é igualmente una serie de medallas antiguas y modernas, cuyos objetos permiten ya empezar con fruto algunos estudios de historia natural y de numismática; y no dudo que dentro poco aquel interesante establecimiento haya tomado un aumento, digno hasta de la atencion de los extranjeros, si se ha dejado al cuidado del Sr. Cadmis Ferraris, su primer conservador, hombre tan celoso como instruido. No debo olvidar decir que enfrente de Santo Domingo se encuentra una casita de la mas modesta apariencia, pero ilustre por ser la habitacion particular del presidente Rivadavia, funcionario que debe reputarse ciertamente como el verdadero regenerador de la patria, y cuyo solo defecto sea quizás el haber venido algunos años demasiado pronto y haber querido introducir reformas para las cuales no estaba aun enteramente en sazon el pueblo que de ellas debia gozar. Buenos Aires está lleno de instituciones suyas y de sus recuerdos. Las reclamaciones contra su gobierno de una mayoría turbulenta le obligaron á dejar imperfecta su obra. En julio de 1827 hizo su dimision y embarcóse para Francia. Al principio del siguiente año creyó poder volver á sus hogares, feliz con vivir en la obscuridad en el seno de su familia; pero quedaron frustradas sus esperanzas, y una autoridad asustadiza le obligó á volver á abandonar el país, para ir á terminar sus dias, en su avanzada edad, á la nueva república del Uruguay, en el rincon de las Gallinas, á la márgen del Uruguay. Es menester añadir que aquella casita de un sabio se encuentra, lo mismo que la iglesia de Santo Domingo, en una calle que actualmente lleva el nombre expresivo de *calle de la Reconquista*.

Prosiguiendo mi revista de los monumentos religiosos, llego á la catedral, que se halla en el norte de la plaza de la Victoria. Este edificio, muy notable ya, lo fuera mas aun si estuviese concluido; pero la guerra con el Brasil ha obligado á interrumpir los trabajos de la fachada, que formará un pórtico con colunas del mejor efecto. El monumento fue empezado por órden de Rivadavia, bajo la direccion de un arquitecto francés. El interior es sencillo, pero se ve en él un altar de elegante construccion, notable por sus adornos, y que ocupando el medio de la nave, se halla iluminado de dias por una hermosa cúpula, cuya concavidad se halla dividida en cuadros adornados con pinturas al fresco, que representan, lo mismo que las del coro, los actos de los apóstoles, asuntos los mas propios para la conversion de los indios. La historia nos enseña que antes que el gobierno de Buenos Aires estuviese separado del gobierno del Paraguay, no habia mas que un obispado, cuyo sitio era la Asuncion; pero á principios del siglo XVII, el aumento de la poblacion hizo indispensable una segunda silla eclesiástica, que se estableció el 12

de mayo de 1622, bajo el reinado de Felipe III. Desde esa época hasta 1810, hubo en Buenos Aires diez y ocho obispos; y con la muerte del último, dirigió y aun dirige actualmente los negocios espirituales, un senado eclesiástico.

Es menester señalar tambien, entre las otras iglesias, la de la Merced y la de S. Francisco, que son hermosas fábricas, con sus cúpulas y altos campanarios en el estilo de los de la catedral. La iglesia de S. Francisco está magníficamente adornada, enriquecida con dos torres pintadas y barnizadas, y con una cúpula recien restaurada. Se ve en ella un cuadro de la Cena, de un artista del país, uno de los indios de las Reducciones, y que pasa por una obra maestra. Se halla fabricado con plumas cuyo color imita la escultura y la pintura, solo por el artificio con que están aproximadas y reunidas. El convento que depende de ella es el único que ha conservado Rivadavia en toda la ciudad, la cual en otro tiempo estaba llena de ellos; porque el antiguo de la *Recoleta* se ha convertido en cementerio, y el de la *Residencia*, cuya iglesia está coronada con una cúpula que domina toda la ciudad, se ha destinado para hospital de hombres. Menos severos han sido para las mujeres; han conservado tres conventos, que aun están en completo ejercicio.

Entre los edificios de otra naturaleza que recuerdan, mas ó menos el nombre de Rivadavía su fundador ó apoyo, merecen distinguirse la Universidad, la Escuela normal y algunas instituciones particulares. Á cierta distancia de la plaza de la Victoria, se encuentra tambien otra vasta fábrica, una de las mas notables de Buenos Aires sin contradiccion, bajo el aspecto arquitectónico; porque se halla construida al gusto moderno y coronada con un techo inclinado. En su vasto recinto comprende el antiguo colegio de los jesuitas con su iglesia, la sala de la cámara de los representantes, que es pequeña, pero muy propia para el uso á que se la ha destinado, y la biblioteca pública, que ocupa cinco ó seis salas y contiene unos veinte mil volúmenes, la mayor parte raros y preciosos. El núcleo de esta coleccion se debe á la munificiencia de un monje; pero sucesivamente ha ido enriqueciéndose con libros pertenecientes á los jesuitas, con los que se recogieron en los diferentes monasterios, en la época en que se suprimieron, y con las dádivas de los particulares. Contiene aquella biblioteca obras de todos objetos y en todas las lenguas de las naciones cultas de Europa. Especialmente se encuentran muchas obras francesas. Rivadavia nada ha descuidado para hacerla lo mas útil que pudiera á sus conciudadanos; y como hay todos los periódicos, ha llegado á ser una especie de gabinete de lectura.

Los locales de diversiones públicas son muy pocos en Buenos Aires. Los cafés no presentan muy buen aspecto, y no son comunmente muy frecuentados á causa del espíritu de partido que con frecuencia se manifiesta en ellos, y que mas de una vez ha ensangrentado las calles de la capital. Ya he hablado del principal paseo que se halla en el muelle, de la plaza de toros, que hoy se llama el *Retiro*, y en donde todos los domingos van á oir la música del *cuartel de los negros*, quienes con el título de *batallon de los defensores de Buenos Aires*, han prestado al país los mayores servicios y concurrido eficazmente con su valor á la conquista y sosten de su independencia. Tambien hay un lindo jardin público, especie de Tívoli, el *parque argentino* y el jardin de la *esmeralda*. El teatro, ese punto de reunion tan encantador para un francés, habia de llamar mi atencion; es bastante agradable el de Buenos Aires, pero sobre todo me interesó mucho, independientemente de los sainetes nacionales, la representacion del *Jugador* y el *Paso del puente de Arcola*. La sala que solo es provisional y que aguarda la conclusion del verdadero teatro, el *Coliseo*, en la plaza de la Victoria, nada absolutamente notable presenta en cuanto á la arquitectura; los hombres están cómodamente sentados en el patio en lunetas numeradas; las señoras ocupan exclusivamente los puestos descubiertos de las primeras galerías y el anfiteatro de las segundas, cuya entrada está rigurosamente prohibida á los hombres. De semejante disposicion resulta un aspecto severo á la par que gracioso, de que no ofrecen ejemplar nuestras reuniones dramáticas de Europa; y si se quiere tener una idea completa de las porteñas en todo su estado de brillantez es preciso verlas en el teatro. No volveré á hablar de su tocador tan brillante, rico y variado; nada diré del juego de su abanico, pues en él constituyen toda su gloria; he hablado ya de sus peines mónstruos; pero debo añadir que segun Mr. Isabelle, viajero que ha recorrido el país algunos años despues que yo, la magnitud de esos peines ha aumentado de un metro de ancho.

Ya empezaba á conocer la ciudad; pero aun no habia recorrido sus cercanías. Mis relaciones con mi bondadoso huésped no dejaron de ofrecerme ocasiones tan buenas como agradables. Señaló su familia para mi lo que se llama una partida de campo. Fuímos todos á su quinta, una de las mas hermosas de la comarca, muy poco distante y al S. E. de la ciudad, junto al lindo pueblo de Barracas, cuyo nombre deriva de los almacenes, tanto públicos como privados, que en él ha edificado el comercio sucesivamente. Se halla situado aquel pueblo en una altura unida y arenosa, y su proximidad á la ciudad lo convierte los dias festivos, sobre todo en la buena estacion, en punto de reunion de la gente de tono

de la capital, la cual se reune en él á pie, en carruaje ó á caballo, como lo hacen nuestros elegantes de Paris en el bosque de Boloña. Además Barracas tiene para el pueblo otro atractivo con las corridas de toros, que aun se dan en él despues de haberse proscrito de la capital. Nuestras señoras enteramente francesas no llegaron como se nos habia anunciado al dia siguiente de nuestra llegada á la quinta; pero no faltamos Lorenzo y yo de ir allá. Mi calidad de extranjero me excusaba.

El anfiteatro provisional construido para aquella funcion estaba á nuestra llegada lleno de una considerable multitud de personas de ambos sexos y de todas clases, adornadas con sus mejores vestidos, pero sin otra distincion que la que proporciona la superioridad de las riquezas; porque el humilde gaucho y su esposa, si se ofrece, se colocarán sin ningun cumplimiento al lado del presidente de la república y su esposa. Este estado, debido enteramente al triunfo de las ideas republicanas, tiene algo de satisfactorio; pero lo es menos ver la autoridad de las leyes y de la humanidad protestar inútilmente contra una costumbre, que solo tiene en su favor la tan recusable sancion de su duracion y antigüedad. Se lidian los toros uno tras otro; y en algunas ocasiones ha habido hasta veinte muertos en el decurso de una sola tarde. Ábrese una puerta, lánzase un toro silvestre, aguijoneado hasta el extremo, dando saltos por la arena, golpeándose los ijares con la cola y echando humo por las fauces. Detiénese entonces buscando un enemigo; opónensele dos picadores á caballo, armado cada uno de ellos con una larga pica, ocho ó nueve corredores á pie, y un matador, que solo aparece cuando se trata de acabar con el toro. No tarda en animarse la escena, precipitándose el animal tan pronto sobre uno de sus enemigos como sobre el otro. Es fuerza que el picador sea tan vigoroso como ágil para evitar los inesperados golpes que aquel le dirige á menudo; porque vi el caballo de uno y el toro, ambos con las patas delanteras en el aire, sostenidos un instante por la sola lanza del picador, el cual habia hecho ladear el toro, atravesándole por la espalda. Llegan despues los corredores, arrojándole en el cuello y en las espaldas dardos armados con artificio, hasta que cegándole la furia, solo dirige sus golpes á la ventura; cuando de este modo lo han provocado y atormentado por algun tiempo, aparece el matador, llamado á grandes gritos para darle la muerte, con un pedazo de lienzo carmesí en la izquierda y una larga espada en la derecha; fija en él sus miradas el toro, lanzándose encima de la tela al verla; ladéase el diestro matador, y despues de haber repetido lo mismo algunas veces, aguarda el toro agitando el paño por la última vez, y clavando la espada en su costado lo tiende á sus pies. Entonces al murmullo de los aplausos se precipitan en la arena cuatro gauchos á caballo haciendo vibrar sus lazos por el aire, enlazan el toro por las astas y piernas, y por medio de una larga correa fijada en las cinchas del caballo arrastran el cadáver del animal fuera de la arena, en medio de las nubes de polvo. Aparece otro toro y experimenta la misma suerte; á veces es muerto un hombre con aplauso de los espectadores, y con mucha frecuencia se ven los caballos con el vientre abierto. En la corrida de que fuí testigo hubo muchos heridos, y uno dió la vuelta por la arena, sembrando sus entrañas. Alguna vez tambien, cuando un toro muestra mucho valor, piden los espectadores por su vida; pero esto solo es una dilacion, porque su mismo esfuerzo lo condena á nuevos tormentos y á la muerte en la próxima representacion. Supe que esta vez hubo diez y seis toros muertos en aquella tarde; pero confieso que la catástrofe del primero habia satisfecho mi curiosidad. No tuve ánimo para aguardar los otros y juntéme con las señoras que se paseaban tranquilamente por la risueña pradera en medio de la cual estaba situada su quinta, fábrica de la mas elegante construccion, y cuya blancura contrastaba con el verdor de sus cercanías. Sentada en las márgenes del rio, al cual da el aspecto de verdadero mar su extension, se halla rodeada de campos y prados, y se levanta en medio de limones, naranjos é higueras. Igualmente se ven en ella viñas, olivos, todos los frutales de nuestros climas y todas nuestras legumbres. Las quintas situadas en los bordes de la Plata, por lo general presentan menos sombra que las otras, pero como se hallan encima del rio, y pasa por debajo el camino mas frecuentado, son mucho mas animadas y tienen un aspecto mas satisfactorio. Comunmente están rodeadas de anchos fosos plantados de pitas ó de una especie de peral espinoso formando excelentes cercados, que son los mejores que oponerse pudieran á los intentos de los indios y de los gauchos (Pl. XXXIV. — 1). La sola especie de árbol indígena que se encuentra en esta parte del país, es un árbol bastante triste, especie de *ficus*, cuyo tronco es tan voluminoso, que á alguna distancia se le tomaria por una porcion de bosque. Su hoja es larga, de un hermoso verde, análogo al de la hoja de laurel de Portugal; y la estructura del tronco es tan singular, que fuera bastante difícil dar una justa idea de ello: pudiera compararse á una col de color amarillo. Este árbol, de que he hablado ya mas de una vez sin describirlo, es el *ombú*, inservible como madera de construccion, pero que se cultiva mucho porque sirve de adorno y da mucha sombra. Un ombú solitario, encontrado aquí y allá por la llanura, es muchas veces pre-



Une Quinta (Ferme) sur les bords de la Plata.

Una Quinta en las Orillas de la Plata.



2. Marchande de Galettes. 3. Blanchisseuse. 4. Marchd. de Gâteaux. 5. Marchd. de Chandelles.

2 Revendedora de Buñuelos 3 Lavandera 4 Mercader de Tortas 5 Revendedor de Velas

F. Breton del.



6. *Dames Havanaises dans leur intérieur.*

6. Señoras de la [illegible] Casa.



7. *Marchand de Balais.* 8. *Marchand d'Oranges.*

7. Mercader de Escobas. 8. Naranjero.

cioso al viajero, al cual indica el camino.

Una vez lanzado en mis excursiones comarcanas y aprovechando los privilegios acordados por la indulgencia de mis huéspedes al viajero, adelantéme hasta el pueblo de los Quilmas, situado al E. de Barracas, á tres leguas de la ciudad: se distingue por sus montecillos y numerosas *chacras* ó quintas de labor al mismo tiempo que de pastos, á diferencia de las *estancias*, en donde se ocupan en la cria de ganados. Todo el trayecto que separa los dos pueblos está plantado de sáuces y duraznos silvestres, cuyos frutos son para el país un objeto considerable de comercio y cuya madera sirve de leña. Mas allá, la region es seca y árida. No habiendo mas que siete leguas de distancia, tuve deseos de adelantarme por el E. hasta la *Ensenada de Barragan*, que en otro tiempo servia de puerto á Buenos Aires, la cual está formada por el riachuelo de Santiago, y puede admitir buques de doce pies de fondo. Su entrada es estrecha, pero el anclaje bueno. Los navíos reales hacian escala en ella antes de la fundacion de Montevideo; y aun mucho tiempo despues, los mercantes que habian depositado su cargo en Buenos Aires iban á esperar el de retorno; pero en el dia está totalmente abandonado, y solo se encuentran algunos pobres ranchos ó cabañas y dos ó tres casas con azoteas. Los ingleses desembarcaron en él en 5 de julio de 1807, cuando su segundo ataque contra Buenos Aires.

En otra correría, cuya direccion era enteramente opuesta hácia el S. O., pero siempre por el borde del rio, vi sucesivamente á San Isidro, la Punta y las Conchas. El primero es un lindo pueblo, que sirve lo mismo que Barracas y sus cercanías, de residencia en el verano á muchos ricos porteños. En la Punta, situada á mas de una legua al O. de San Isidro se hunde enteramente el barranco, abandonando bruscamente el borde del agua; por detrás en cuanto puede extenderse la vista, el país es llano, pantanoso y cubierto de zarzales y *espinillos* (acacias espinosas), de que se envia en abundancia á Buenos Aires para servir de lumbre. Toda esa region está llena de jaguares. El pueblo de las Conchas está á mas de media legua de la Punta en la parte mas llana del país, al borde de un arroyo que desagua en el rio Lujan, un poco antes de desembocar este en el Parana. Pueden llegar hasta este sitio las embarcaciones de muchas toneladas y en él descargan sus géneros todos los que bajan por el rio viniendo del Paraguay, dirigiéndose despues á Buenos Aires; práctica muy poco cómoda, porque supone la necesidad de un largo trasporte por tierra; pero que justifica la mayor seguridad del puerto.

Tocaban ya á su fin mis estudios sobre Buenos Aires con el tiempo que habia destinado; y observando las altas clases en los brillantes salones en donde entraba libremente, merced á mis huéspedes, no habia descuidado las costumbres del pueblo, cuyos salones son las calles, las plazas y mercados. En efecto allí es donde han de verse, tanto en Buenos Aires como por todas partes; pero en esta ciudad es menester cierto valor para observarlo bien, porque es horriblemente sucio, excepto en los dias de fiesta. Los *changadores* ó faquines, los *carretilleros* ó carreteros, que á cada paso se encuentran, y que saludan á los extranjeros con los mas groseros epitetos no están mucho mas mal educados que nuestros cocheros de fiacre y nuestros mozos de cordel; pero ahora solo trato de los individuos que ejercen una industria positiva y determinada, como por ejemplo esa lavandera que anda diestramente, con la pipa en la boca, llevando en la cabeza una especie de piragua de madera (batea) en cuya concavidad hay su fardo de ropa, y en la mano izquierda, el vaso para hacer su mate entre dia. Quizás la haya visto muchas veces con la criada en la mano al pie del fuerte, en donde se reunen todos los dias las mujeres de su profesion (Pl. XXXIV. — 3). Mas lejos reconozco un vendedor de velas. Cuando anda, trae en la espalda izquierda una especie de arco sin cuerda, hendido en algunos puntos para colgar en equilibrio gruesos haces de sus géneros; pero cuando reposa, fija en el suelo una especie de horquilla de madera que tiene en la mano derecha, y muestra sus velas, aguardando á los parroquianos (Pl. XXXIV — 5). Aquel que trae en los hombros ó en la mano, escobas de cañas ó plumeros de plumas de avestruz, es el vendedor de escobas (Pl. XXXIV. — 7). Ahora viene, torciéndose su boca á puro gritar, el ídolo de los niños: ¡ Ya se acaba, quien me llama, pastelito ! Delante de él una suerte de tablero cuadrado, en el que trae sus pastas; con un mazo de plumas en la mano, para preservarlas del polvo (Pl. XXXIV. — 4). Á su lado andará de cuando en cuando una rival tal vez mas feliz, la vendedora de tortas con un cesto en la cabeza lleno de sus tesoros (Pl. XXXIV. — 2). En esotra calle cercana, el vendedor de naranjas tiene tambien su mérito con los sacos de cuero llenos de la fruta que trae á ambos lados de su caballo (Pl. XXXIV. — 8). Habíanme hecho adquirir mis paseos por el mercado algunas nociones de economía local, las cuales sin ser indiferentes, no pueden no obstante ser acogidas sin precaucion, porque han de variar mucho, segun las estaciones y circunstancias: así me vi pronto en estado de luchar con mi huésped sobre erudicion culinar, elogiándome la excelente carne de que se halla provista Buenos Aires, y aplaudiendo mas de una vez el haber encontrado á menudo en su mesa tatúes ó armadillos, ó por lo menos ciertas especies de ese animal, cuyo sabor puede compararse al del gorrino ó del conejo. El

tatú pasa como caza en toda la América meridional; y es verdaderamente un plato delicado, cuando está gordo. Los indios los traen á la ciudad, de mas de cuarenta leguas de distancia. La volatería está muy cara, y un par de pollos á veces se paga al precio de un buey; pero en recompensa, abundan en el mercado las perdices ó tinamúes, en los tres primeros meses que siguen á la cuaresma, antes que se pongan malos los caminos; pues mas tarde, es difícil procurárselas, porque solo se encuentran á cierta distancia de la ciudad. Todas las legumbres están caras, lo mismo que las frutas, excepto las peras. Los almendros y ciruelos florecen, pero nunca fructifican. Las aceitunas se desarrollan bien; las peras son buenas; pero las cerezas no valen nada. Hállanse algunas manzanas de mediana calidad. Crecen bien todas las legumbres comunes, excepto las patatas, que encuentran demasiado fuerte el terreno. Quéjanse mucho de la leche que es tan difícil de encontrar pura como en Paris, y no menos cara. En cuanto á la manteca de cerdo, jamás la hacen los naturales, y su *manteca*, de la que se sirven en vez de aquella, no es mas que la grasa del buey.

Ya tocaba el momento fijado para mi partida; y por mas atractivo que tuviesen para mí los paseos siempre instructivos, era aun mayor el de mis conversaciones con mi huésped y su familia en su casa, pues completaban mi instruccion, á la que contribuian no poco la viva Juanita y su hermana, mas grave, pero no menos amable. « ¿ Qué piensa V. decíame la loquilla, de la señora Isabel, que vió V. el otro dia en casa de su Excelencia el gobernador? ¿ No es verdad que es muy bonita? Y cuando sale con su madre, sus ocho hermanas, las cuatro primas, las tres tias y sus criadas, andando en hileras por las aceras, ¿ no se las tomaria por una procesion? ¡ Qué lástima que sea tan coqueta! — ¡ Oh, hermana mia! decia Teresa. — En cuanto á la señora Toribia, que tanto le habló á V. ayer del Palacio Real, es preciso que sepa V. que recorre todos los dias las tiendas.... — ¡ Hermana! ¡ hermana! decia Teresa. — Hay aquí la misma moda que en Londres. Hace V. desplegar y deslucir las mas bonitas ropas de Lyon, Manchester ó Paris; y luego se marcha V. sin comprar. Pero lo mas agradable es, que algunas de esas señoras tienen la mayor destreza para hacer pasar á sus criadas una pieza de aquellas ropas ó cualquiera otra cosa que les guste, cuando los dependientes se hallan vueltos de espalda. — ¡ Hermana! ¡ hermana! decia Teresa, ¿ á qué viene decir esto? — ¡ Y porque no ha decirse, siendo así! Por otra parte, ello no fuera mas que una venganza: porque los tales señores son unos bribones.... y *Á pícaro, pícaro y medio*. Y los tres reíamos á cual mas. Pasaba eso un dia muy de mañana, en un bonito salon adornado con papel de tapicería, ricas alfombras, espejos, etc. Apoyábase con descuido la señorita Juanita en pie en un brillante zócalo, que sostenia un hermoso jarro de flores. Llevaba un vestido listado de persia, rosa y blanco, y tomaba su mate, con los largos cabellos flotando por las espaldas. Su hermana sentada en frente, con el pelo trenzado á derecha é izquierda, con el vestido verde; muy sencillo todo pero muy gracioso. Tal es el traje de mañana para las señoras de Buenos Aires. Cerca de la puerta, un negrito en pie, con la cabeza y pies descubiertos, pantalon listado, aguardando con los brazos cruzados las órdenes de sus jóvenes señoras; y yo en clase de tercera persona, gozando de aquel lindo cuadro, y prometiéndome ofrecer con el tiempo su boceto á mis lectores europeos (PL. XXXIV. — 6). Concluiré con dos palabras sobre la distribucion de una casa de Buenos Aires. Las de los ricos tienen hasta tres patios; primero, ó patio de honor, de recibimiento, empedrado á veces en mármol, y por donde entran el equipaje del dueño, ó el de los amigos que le visitan; patio segundo, en el cual permanecen los criados; y el corral para los caballos. Entre las piezas que componen los aposentos, dispuestos las mas de las veces en forma cuadrada al rededor de los patios, se distingue el salon, mas largo que ancho, por su extension y por la riqueza de sus muebles, debidos á la industria inglesa, norte-americana ó francesa; sillas, candelabros, piano, alfombras, vasos, etc. En el dormitorio de los dueños, una inmensa cama, situada á veces en el centro; sofá, cómoda, etc. No obstante, se encuentra aun la primitiva sencillez en la porcion de edificio que ocupan los niños y criados; cuatro paredes blanqueadas, una cama de campaña cubierta de cuero, una mesita y un vaso de agua, forman todo su mueblaje. Casi todas las casas están construidas bajo un mismo plan, presentando igual disposicion, se hallan todas amuebladas de un modo análogo; pero es inútil decir que el lujo es proporcionado siempre á la posicion social y á la fortuna de los habitantes.

Llego ya al fin de mis observaciones sobre Buenos Aires, cerrándolas con una reflexion general que sirvió de texto á mi última conversacion con mi digno huésped D. José Garcia, la misma víspera de mi partida para la Patagonia, reflexion que naturalmente me sugeria la vista del sitio. « He notado, le dije, que adoptan Vds. pronto las innovaciones útiles procedentes de Europa, y que comunmente son vulgares para Vds. muy antes que nuestro espíritu rutinario las haya popularizado en su cuna. — Es efecto de nuestra revolucion, contestó D. José. Somos nuevos aun para los goces que se reservaron exclusivamente nuestros tiranos, y los acogemos con avidez, lo mismo que el niño que se lanza sobre los juguetes de

que se ha visto privado, sin perjuicio de hacerlos pedazos una hora despues con el fin de poseer otros; porque somos algo niños, nosotros los porteños; pero el tiempo nos sazonará; y muchos cambios ha habido en nuestro estado social, á pesar de los obstáculos que se han atravesado para su mejora. La libertad de obrar y pensar que precediendo la revolucion, debia acarrearla y garantizar sus resultados; la libertad de comercio, que ha obligado á los naturales á poner en práctica su actividad é inteligencia; las escenas de la guerra y de la política, acumuladas en un mismo punto en esos últimos años, todas estas causas reunidas han despertado por fuerza el genio nacional, adormecido por tanto tiempo. La generacion venidera podrá decirse nacida para un nuevo órden de cosas. Extiéndese por el pueblo la masa de las ideas demasiado apegado aun á antiguas preocupaciones, muy difíciles de desarraigar del todo, pero de las que no es ya un ciego esclavo. Por todas partes se leen los periódicos y manifiestos del gobierno, que los párrocos tienen órden de dar á conocer con regularidad á sus respectivos rebaños, lo que sucesivamente obliga al mismo gobierno á consultar la opinion pública para toda medida importante. No es raro encontrar al mismo campesino que poco antes no salia nunca del estrecho círculo de sus asuntos domésticos, comprar un diario, dirigiéndose á la ciudad, y si no sabe leer, pedir al primero que halla que supla su ignorancia. No lo dudo, nuestra civilizacion ha debido especialmente los inmensos progresos que ha hecho de 1820 á 1827, á la demasiado corta administracion de Rivadavia; á ella será deudora de los que aun puede hacer, si no los detiene para el porvenir, la vuelta á los antiguos errores, de lo que nos vemos tan amenazados. Por todas partes se observa el espíritu de mejoras. Hasta aquellos que tienen mas prevencion contra la revolucion, no pueden dejar de conocer lo que hemos progresado, y V. mismo lo ha observado ya. Nuestras costumbres, nuestras maneras y vestidos, nuestro modo de vivir han mejorado mucho por efecto de nuestras relaciones con los extranjeros, y con la libre introduccion de sus vestidos, especialmente de los de Francia, Inglaterra y América del norte. Á pesar de los antiguos recuerdos, todo nos separa de la madre patria, que solo se ha manifestado como una madrastra para nosotros. Hanse establecido fuertes prevenciones contra todo lo que es español. Muchos de nosotros llegan á ofenderse con este nombre, identificándose con preferencia con los naturales. — Me han admirado, á mi llegada, las formalidades sin cuento que es preciso cumplir con la policía de Vds.; visitar la oficina de marina para refrendar el pasaporte; cambio de este despues de refrendado en la policía central; visita al cónsul de la nacion á que uno pertenece, para obtener un salvo conducto; luego al alcalde, etc. ¿Es compatible todo esto con la índole de un gobierno libre? — Todas esas formalidades son resto inevitable de los abusos del antiguo régimen; y por otra parte, la libertad no excluye las precauciones; pero tambien habrá observado V. que nuestros celadores ó alguaciles no son mas importunos que los gendarmes de Vds. Algo hay de bueno en la institucion de los serenos; que corresponden á los *watchmen* de los ingleses; y aun ha hecho V. justicia á la reserva y decencia con que llenan sus funciones los empleados de nuestras aduanas. Ha debido procederse con cuidado en la reforma de los distintos ramos de nuestras leyes municipales, y del modo con que se ejecutaban las mismas. Se ha disminuido considerablemente el número de impuestos, y es mas directa la responsabilidad de los funcionarios. Se ha mejorado mucho el órden judicial, y casi todas las leyes que no se hallaban en armonía con los principios de un gobierno libre, han desaparecido del código. Así pues, no mas bárbaras cargas impuestas á los naturales; la odiosa *alcabala* (V. el Paraguay, pag. 203) y demás vejámenes han sido modificados, haciéndolos mucho menos gravosos al pueblo. La esclavitud y el tráfico de los negros se han proscrito para siempre; se han abolido todos los títulos de nobleza, so pena de la pérdida de los derechos de ciudadano, é igual suerte ha experimentado la ley de mayorazgos. »

« — La agricultura de Vds., añadí, se halla aun en la infancia; y excepto algunos puntos comarcanos á la ciudad, en donde se ha mojorado mucho, ¿cómo podia suceder de otra manera, con tan escasos medios de explotacion como esos de que disponen Vds? — Es muy cierto; y este hecho es tanto mas sensible, cuanto ha dotado la naturaleza á nuestro suelo de una maravillosa fertilidad; porque muchos de nuestros labradores, aun á pesar de la grosera reja, que emplean para escarbar la tierra en vez de cultivarla, no recogen menos de cincuenta fanegas por acre, en las buenas cosechas. Sin embargo no deja de ser Buenos Aires tributaria de los Estados Unidos y Chile por parte del trigo que consume. Nuestros labradores llegan á descuidar el cultivo del maíz, tan fácil y lucrativo. En compensacion, nuestros cormercio é industria encuentran un poderoso estímulo en la disminucion del precio de los géneros extranjeros, y en el aumento de valor de los productos del país. Ya ha visto V. el comercio del mate en grande actividad en el Paraguay y en la provincia de Corrientes, lo que forma uno de los principales recursos. Este comercio tambien existe en Buenos Aires, aunque mucho menos activo; pero sacamos grande partido de la fundicion de sebos y fabricacion de una jabon de una especie particular, que se endurece mediante una ceniza con base de potasa producida por la inci-

neracion de dos plantas abundantes en Buenos Aires, en la provincia de Santa Fe y en la de Entre-Rios. Ese jabon tiene la propiedad de limpiar la ropa en frio, sin lejía, cuando no sea muy fina. Otro ramo de nuestra industria muy importante, y del todo peculiar al país, es el que V. ha visto explotado en nuestros saladeros, en el camino de Barracas y en Barracas mismo. Consiste en salar la carne, para hacer el *tasajo*, alimento de uso universal en la mayor parte de la América del S., y de que se hacen exportaciones inmensas al Brasil, Cabo Verde y á la Habana. Tambien se salan á veces las pieles, para conservarlas; pero lo mas á menudo son *estaqueadas*, es decir secadas al sol, en donde las extienden á algunas pulgadas del suelo por medio de estacas, operacion bastante delicada, de cuyo éxito depende la calidad del producto. Ya conoce V. que nuestro comercio se habrá resentido mucho de las guerras con el Brasil; pero pronto puede y debe la paz asegurarlo y extenderlo, especialmente si nos aliamos con la Bolivia, y si los proyectos desde tanto tiempo formados para la navegacion del Pilcomayo y del Vermejo, que ha visto V. en el Paraguay, se vuelven á emprender y realizar. Sobre todo ha variado mucho el espíritu del pueblo en lo que concierne á la religion. La católica no ha dejado de ser la del estado; pero en Buenos Aires se encuentran muchos que abogan por la tolerancia universal, en los círculos y entre los escritores. La mayor parte de jefes de la administracion profesan esas ideas liberales; y á pesar de la parte ignorante y supersticiosa del pueblo, y del clero regular, enemigo declarado de esa opinion, y que hace todo lo posible para oponerse á ella, fuerza será que prevalezca tarde ó temprano, porque cuenta con las clases ilustradas, que siempre reconocen en la persona del papa al gefe espiritual de la iglesia, pero que no le atribuyen título alguno para intervenir en los negocios temporales. Era en otro tiempo muy considerable el número de religiosos y religiosas en Buenos Aires, relativamente á las demás partes del dominio español. Todos han disminuido mucho desde la revolucion, y en especial gracias á Rivadavia, que como V. no ignora, de todos los conventos solo ha conservado el de los franciscos. Hasta se habia formado una ley que absolutamente prohibia hacerse fraile ó monja: lo que era tal vez ir demasiado lejos, en un país como el nuestro; así pues ha sido preciso retirarla, porque contenia un nuevo género de intolerancia; y vuelta á presentar despues con algunas modificaciones, y sancionada en el estado, por la opinion pública, ha producido á poca diferencia, igual efecto al que de la primera se esperaba. Pocos jóvenes se dedican actualmente á la teología, desde que se abrieron nuevas carreras á su ambicion; al paso que en otro tiempo la profesion del sacerdocio era casi la única que pudiesen abrazar los hijos de familias algo ilustradas. Otro de los objetos de que mas se ocupó la atencion pública, fue reformar la educacion de la juventud, inmediatamente despues de haber conquistado nuestra independencia á fuerza de armas. Antes de la revolucion nos quejábamos de todas las trabas posibles que para la educacion habia; nos quejábamos de que, lejos de favorecer las instituciones públicas fundadas al intento, se hubiese impedido en la capital el establecimiento de muchas escuelas, de suerte que nuestros jóvenes se veían obligados á ir á instruirse al extranjero. Ya ha visto V. nuestra Universidad, debida á los desvelos de Rivadavia, fundada por él en 1820, además de veinte escuelas de primera educacion esblecidas al mismo tiempo en la capital, y de una escuela del mismo género para cada distrito del campo. Por desgracia fue demasiado corta su vida política para concluir y consolidar su obra. Inmediatamente despues de su espontánea dimision, han debido buscar en otra parte nueva recompensa á sus talentos, todos los hombres de un mérito distinguido que habia llamado de Europa; y solo el tiempo podrá darnos á conocer lo que hemos de esperar de la nueva organizacion de nuestras escuelas nacionales, bajo un plan enteramente análogo al de la Universidad de Francia. Á pesar de tantos reveses, aun hemos ganado mucho, hasta en esta parte tan importante de la administracion pública; y sin que sea una ciudad literaria, puede presentar Buenos Aires un número bastante crecido de hombres instruidos, el cual fuera sin duda mucho mayor, sin las restricciones de la libertad de imprenta. Tambien se encuentran seis librerías, otras tantas imprentas, que han publicado muchas obras excelentes, y particularmente la del doctor Funes, el venerable historiador de nuestro país; y si no tenemos diez y siete periódicos, como los habia dos ó tres años atrás, por lo menos todavía nos quedan seis, de los que, á la verdad, deben rebajarse los tres que paga el gobierno que muchos de nosotros se atreven á calificar de *obscuro*. »

Esas reflexiones de un hombre tan imparcial como ilustrado, reasumian para mi el estado político y moral de la República Árgentina. Junto con mis observaciones personales sobre su estado físico y su régimen administrativo, completaban lo suficiente la idea que yo deseaba tener de ella; por lo que juzgué poder proseguir mi viaje por el sur que me faltaba ver, antes de acabar de explorar lo república. Estaban hechos los preparativos desde mucho tiempo. Habia de embarcarme en la Juanita, buque de D. José, que iba al Cármen para cargar sal para Buenos Aires, al efecto de mantener los saladeros; fácil me seria, despues de haber explorado las cercanías, volver del Cármen por tierra á la capital. Ya no

me faltaba mas que despedirme de mi huésped y su familia, sin renunciar á la esperanza de volverlos á ver: al dia siguiente, muy de mañana, estaba ya á bordo, fuera del Amarrado, dirigiéndome á la Patagonia.

CAPÍTULO XXXV.

REPÚBLICA ARGENTINA. — PATAGONIA.

Tal vez no exista país de que se haya hablado tanto y que sea menos conocido que la Patagonia: se ha mirado por espacio de mas de dos siglos y medio, como patria de una raza de gigantes, que solo ha existido en la imaginacion de los primeros viajeros, demasiado bien secundada en sus delirios, por la credulidad de unos, por la ignorancia de otros y por la falta de censura de todos. Es curioso ver la divergencia y contradiccion de opiniones que han tenido lugar en ese espacio de tiempo, sobre una mera cuestion de hecho, tan fácil de resolver en apariencia. Presentada en efecto por Magallanes, subsistió sin servir de objeto de duda para nadie hasta 1762, época en que Bernardo Ibeñez de Echavarri, autor muy juicioso y reputado por muy verídico entre los españoles, presentó por primera vez el negocio bajo el punto de vista mas verosímil, lo que no impidió que el comodoro Byron y su equipaje hiciesen renacer las viejas ideas, que apenas pudieron desterrar la autoridad de Wallis y de Carteret, en 1766, y la de Bougainville en 1767, apoyadas como estaban en el amor de lo maravilloso que tantos errores ha consagrado y perpetuado. Pero finalmente, otros escritores empezaron á darla terribles golpes, oponiendo el testimonio de una larga experiencia. Entre los últimos, merecen notarse, como mas fidedignos, en razon de las luces que adquirieran, los jesuitas Dobrizhoffer y Falconer, ambos misionistas de la América meridional, durante diez y ocho años el uno, y cuarenta el otro. El primero, reasumiendo las opiniones de muchos autores acerca el orígen de los patagones, y citando lo que dicen los primeros navegantes de las dimensiones de los huesos encontrados en las costas, y que habian reputado por humanos, procura demostrar que pertenecen los huesos á una grande especie de animales terrestres ó marinos, y concluye con estas palabras; « Créase por otra parte, de esos huesos todo lo que se quiera; pero no se concluya de ellos que sean gigantes los patagones, á mi modo de ver. » El segundo, reconociendo que generalmente los indios patagones tienen grande talla, declara no haber oido hablar nunca de una raza gigantesca, y explica las exageraciones consagradas por la costumbre, añadiendo que los naturales de esa region nunca se comunican con los extranjeros mas que por medio de los mas altos. Pero para servirme de las mismas expresiones del Sr. d'Orbigny, en uno de sus escritos publicados en Francia despues de su regreso de América: « El gigantesco fantasma de aquellos famosos patagones de siete á ocho pies de altura, descrito por los antiguos viajeros, se ha disipado para mi. He visto hombres muy altos por cierto, relativamente á las demas razas americanas, pero que, sin embargo, nada de extraordinario tienen, hasta para nosotros; porque sobre mas de seiscientos individuos observados, el mas alto solo tenia cinco pies y once pulgadas francesas, y creo poder valuar su estatura media en cinco pies cuatro pulgadas. Quizás dió márgen al antiguo error su modo de cubrirse con grandes vestidos forrados de pieles. En todo caso, no hay duda que los patagones son la nacion que vieron los primeros navegantes; porque ellos mismos me han asegurado que todos hacian viajes á las costas del sur, y que en la punta de América no conocian otra nacion que la que habita en la Tierra del Fuego.

Pero no es el solo interés de curiosidad el que inspira la Patagonia, fundado en la observacion de una constitucion física y costumbres nacionales mal conocidas aun. Es mas bien un interés político, basado en la real importancia de aquella region para la provincia de Buenos Aires, cuando los proyectos de colonizacion que se meditan, y cuando los establecimientos que se han fundado ó que se fundan en ella todos los dias, se hayan realizado ó recibido el fomento de que les ha hecho ó puede hacerlos susceptibles la naturaleza de los sitios.

Esta importancia puede considerarse bajo dos puntos de vista; primero, bajo el de las ventajas que por sus producciones naturales presenta el país, las cuales sin ser muy variadas no dejan de ser preciosas en razon de su abundancia: la sal sobre todo, esparcida por todos los puntos del interior, y el aceite de los elefantes marinos, abundantes en las costas, tan á propósito para reemplazar en el comercio la ballena, que es mucho mas difícil procurarse y mucho mas costosa, sin hablar de la inmensa cantidad de ganados que cubren parte de la provincia, y cuya conversion en tasajo forma una fuente de riquezas tan fecunda como inagotable para toda la República Argentina. Considerada en segundo lugar bajo un punto de vista mas general, parece destinada la Patagonia por la naturaleza, para unir con el tiempo las repúblicas occidentales de la América meridional con las orientales del mismo continente; y para unir los estados oceánicos del Perú, Bolivia y Chile con los atlánticos del Uruguay y de la Plata. Efectivamente, el Sr. de Humbold ha señalado el golfo de San Jorje ó la bahía de San Julian, como uno de los puntos mas propios para establecer una eficaz y constante co-

municacion entre los dos océanos, dirigiendo de este modo con inmediata y directa ventaja de la América meridional, la cuestion entablada por la septentrional para el proyecto de corte ó colonizacion del istmo de Panamá; y aunque solo debiese mirarse como una ingeniosa especulacion esa idea atrevida de un grande observador de la América, siempre seria cierto que es en extremo fácil comunicar las costas de la Patagonia con las de Chile por los afluentes del Rio Negro, que desagua en el Océano por los 41° de lat. S. en el sitio en que han fundado el pueblo de Cármen, cuya posicion con el tiempo puede hacer de ella el centro de todas las relaciones comerciales que se establezcan en el país.

La primera nocion que se tiene de la Patagonia es debida á los navegantes. Los puntos que se exploraron primero fueron las costas orientales y meridionales, desde el cabo de San Antonio, al mediodia del grande desague de la Plata, hasta el cabo de la Victoria inclusive, en la extremidad mas occidental del estrecho de Magallanes. Este nombre recuerda involuntariamente la memoria del aventurero, que descubriendo el paso del Océano atlántico al mar Pacífico, consumó tan felizmente á principios del siglo XVII (1620), la grande revolucion geográfica que habian empezado Cristóbal Colon y Vasco de Gama con tan buen éxito á fines del XV, con el descubrimiento del continente americano el uno, en 1492, y el otro doblando el cabo de Buena Esperanza en 1498. Entonces dejó de ocultarse á todos el lazo que unia á los dos mundos, tan misterioso hasta aquel tiempo; entonces abrióse el globo entero á la curiosidad de los apóstoles de la ciencia y á la ambicion de los especuladores; desde entonces no hubo mas secretos para el geógrafo, para el naturalista ni para el filósofo, y no es indiferente observar que por particucular recompensa de la Providencia, el primer rayo de luz que llegó á iluminar el universo salió del fondo de aquellas heladas regiones. Desde Magallanes han podido contradecir ó rectificar algunos de sus errores, los navegantes que sucesivamente han explorado las mismas costas; pero todos han confirmado la mayor parte de sus datos generales. El viaje de Magallanes, conforme en sus principales resultados con las investigaciones y descubrimientos de sus sucesores, es uno de los mas bellos monumentos que haya elevado á la geografía el ingenio humano. Así los Cook, Wallin, los Winter, los Narborough, los Carteret, los Byron y los Bougainville, nada han dicho que positivamente esté en contradiccion con las aserciones de su inmortal antecesor. Su misma divergencia acerca la grande cuestion de la estatura de los patagones, justifica las dudas cuyo objeto ha sido por tanto tiempo. Por cierto ya no creemos en aquel gigante del bueno del caballero Pigafetta, historiador de Magallanes; en *aquel hombre tan alto, que nuestra cabeza*, dice con sencillez, *apenas llegaba á su cintura;* y que encuentra el caballero en el buen puerto de San Julian, á los 40° 41' de lat. S. No creian mas que nosotros Winter, Narbarough y Bougainville; pero Byron, Wallis, Carteret, Cook y Forster lo creyeron; mas estos hombres instruidos pudieron hacerse ilusiones sobre este objeto de muy buena fe; ¿y porque no pudieran haber tenido á la vista individuos de estatura verdaderamente gigantesca? En cuanto á lo demás de las observaciones de Magallanes, es curioso ver su completa conformidad con las de los otros navegantes. Interesante es seguirle desde el rio de la Plata, rectificando el antiguo error que creía en ese rio en la existencia de un canal de comunicacion con el mar del Sur; encontrando en puerto Deseado, como se hallan aun en el dia, pinguines *(aptenodita demersa*, Lin.*)* que Pigafetta llama *ocas*, y vacas marinas ó focas *(phoca ursina* Lin.*)* que designa con el nombre de *lobos*. Describe perfectamente el *guanaco (camelus huanacus)*, animal extraño, con cuyas pieles van vestidos siempre los *gigantes*. No deja de designar tan perfectamente el avestruz americano, el *nandú (struthio rhea*, Lin.*)*; y la descripcion que da de las costumbres, de los hábitos que pudo ver en el país, es muy análoga á la que hacen los modernos observadores. Arriba el 21 de agosto al rio de Santa Cruz, á los 50° 40' de lat. S., que Cook ha colocado en un solo grado mas abajo; permanece dos meses en él, despues de haber sufrido una violenta borrasca, y toma posesion del país en nombre del rey de España. Ese puerto, bueno y seguro en aquella época, parece haber cambiado despues de carácter; porque el buque español *San Antonio* lo encontró impracticable en 1746, á causa de la acumulacion de arenas, aunque hubiese servido de descanso á Loaysa en 1526, y en 1780 á los hermanos Nodales. El 21 de octubre llega Magallanes al cabo que llama de las *Once mil Vírgenes*, en donde se abre un estrecho de ciento diez leguas marinas, cuyo descubrimiento ha de inmortalizar su nombre. Allí vió montes muy altos y cubiertos de nieve, siendo su descripcion conforme tambien con las de sus sucesores; pero en la actualidad ha desaparecido la fecha de los mapas, y el 28 de noviembre, habiendo partido del cabo de la Victoria, así llamado del nombre de uno de sus buques, el victorioso navegante tomaba posesion del grande Océano, el cual oía en esa direccion por primera vez el estampido del cañon europeo. Su escuadra, á la vuelta se componia de cinco buques, *el San Antonio, la Concepcion, Santiago, la Trinidad y la Victoria*. Entró solo el último el 8 de setiembre de 1522 en el puerto de San Lúcar, del que habian salido todos el 20 del

mismo mes de 1519; el *Santiago* habia naufragado en el mismo estrecho de los patagones, en donde se separó *San Antonio* de la flota volviendo á España al mando del traidor Estevan Gomez: y de los tres restantes habia sido quemada la *Concepcion* por sus mismo equipaje, cerca las islas Marianas; y la *Trinidad* abandonada en Tidor (Molucas), á causa de una corriente que no se habia podido descubrir. Mis lectores me perdonarán sin duda estos detalles en razon del interés que va unido á una expedicion tan importante como mal conocida generalmente. Volviendo á mi objeto, y reasumiéndome geográficamente acerca el litoral oriental de la Patagonia, segun lo que de él han dicho los mas acreditados viajeros, observo en general que aquella costa, extendida de los 36° 41' á los 52° 20' de lat. S., corre del cabo de San Antonio al *cabo Blanco*, en direccion del S. O.; del cabo Blanco al rio de los *Gallegos*, en direccion S. S. O., cortada ahí por muchos golfos; y del rio de los Gallegos al *cabo de las Vírgenes* en direccion S. E., terreno bajo, peligroso para las embarcaciones hasta los 44°, muy elevado desde los 44° hasta la bahía de San Julian; de esta al puerto de Santa Cruz, bajo, sin fondo, y con poca orilla; y finalmente del puerto de Santa Cruz al rio de los Gallegos, medianamente alto; muy bajo luego hasta el cabo de las Vírgenes, donde vuelve á levantarse de nuevo. En cuanto al litoral meridional ó estrecho de Magallanes, cortado sumamente en toda su extension, ofrece puertos por todas partes, de los cuales muchos son seguros, buena agua, bosques, pescado y conchas en abundancia; el *apium dulce*, la coclearia y otras plantas antiescorbúticas; y sin los vientos contrarios y los huracanes á que se halla frecuentemente expuesto, ofreceria en dictámen de Cook, por razon de tantas ventajas, un paso muy preferible al del cabo Hornos, en donde sin compensacion alguna no puede contarse mas que con grandes frios, lluvias y corrientes.

Por vagos ó inciertos que sean los conocimientos geográficos de las costas de ese país, lo son aun mas los que se tienen de su interior. El primer viaje por tierra data del principio del siglo XVIII, sin que pueda indicarse su fecha con precision. Atribúyenlo á Saavedra, gobernador del Paraguay, el cual despues de haber conquistado el Parana y descubierto el Chaco, habria penetrado por tierra hasta el estrecho de Magallanes; preso por los indios con su gente, luego milagrosamente librado de su yugo, hubiera vuelto al país, y en un segundo viaje habria puesto en libertad á sus primeros compañeros de cautiverio. Esa expedicion, que hace sospechosa la falta de toda suerte de detalles, tiene impreso un sello novelesco que no permite darla entera fe; pero siempre de ella puede concluirse que Saavedra es el primer español que atravesó el país. Junto con esa relacion se encuentra en noviembre de 1703, la continuacion de una mision fundada en *Nuestra Señora de Nahuelhuani y de la Laguna* á los 42° de lat. S. al S. de *Sieu Leuwu*, en los Puelches y los Poyas, frente la isla de Chiloé. El fundador de aquella mision fue cierto P. Nicolás Mascardi; sus continuadores fueron el P. Felipe de la Laguna y su compañero el P. Jose Maria Sessa; esto es todo lo que de ella dice la historia. Mas tarde penetró dos veces el rio Negro D. Basilio Villarino desde su orígen hasta su desembocadura, pereciendo, segun Ignacio Nuñez, asesinado por los indios en 1783. Despues solo se hallan las parciales exploraciones de D. Justo Molina en 1805 y de Luis de la Cruz en 1806; pero puede suplirse, á lo menos en parte, el silencio de la historia por el trabajo del P. Falconer, citado ya, y que tiene en su favor el haber permanecido por mucho tiempo en el país.

Este era el estado de los conocimientos sobre la Patagonia y la idea teórica que de ella habia formado por mis lecturas, en el momento en que me embarqué para visitarla. Era á fines de agosto de 1829, y habia tomado mis medidas para llegar á mi destino casi en la época de la pesca de los elefantes marinos en la bahía de San Blas, siendo muy curioso ver esa pesca, uno de los trabajos mas importantes del país. Ahorro al lector los detalles náuticos que no le divirtieran mas que á mi, y le diré sencillamente, que á beneficio de un viento favorable, salimos pronto del estuario de la Plata, viendo pasar sucesivamente á nuestra vista el pueblo de los Quilines, la ensenada de Barragan, la punta del Indio, defendida por arrecifes, la de las Piedras, que presenta los mismos obstáculos, y en fin el cabo de San Antonio, que algunos geógrafos miran como la punta meridional de la desembocadura del rio de la Plata. Ese cabo es de forma redondeada y en su proximidad se encuentran las *arenas gordas*, temidas de los buques. En esa costa hay pequeños lagos salados, cenagosos y poblados de jaguares; luego detrás tres hileras de dunas, mas allá de las cuales se extiende un país fértil que servia de pasto á muchos caballos silvestres y que se llama el *Rincon de Tuyu*, por razon de la naturaleza del terreno de la region inmediata, de cuarenta á cincuenta leguas al N. O. El primer lugar notable al S. del cabo de San Antonio, es el cabo de los *Lobos*, cuyo piso es bajo y las cercanías cubiertas de profundos pantanos de dos leguas de anchura. En otro tiempo estaba poblada toda su region de caballos silvestres que atraían á ella los pueblos meridionales. Junto al mar, á unas cinco leguas del cabo de los Lobos, hay el *mar Chiquito*, especie de lago de cinco leguas de largo sobre una de ancho, cuyas aguas

son saladas. Recibe muchos riachuelos procedentes de los montes vecinos que son poco elevados, pero que no obstante se distinguen en el mar á distancia de veinte leguas, á causa de la perfecta horizontalidad de los campos en medio de los cuales se hallan. Esos montes no forman cadenas continuadas, sino eslabones interrumpidos frecuentemente y cortados por algunos torrentes. Empiezan á levantarse casi perpendicularmente á seis leguas del mar, extendiéndose entonces á cuarenta hacia el O., cubiertos de yerba, teniendo manantiales en sus faldas que bajan por los torrentes, praderas en forma de anfiteatro, en la cumbre de algunas, donde pudieran encontrar abundante pasto rebaños numerosos. Toda esa region, muy propia para el cultivo, no tiene bosques, pero fuera fácil poblarla de ellos; y en ella se encuentra abundancia de pequeños lagos, entre los cuales se distingue *el Cabrillo*, cubiertos todos de infinitos patos.

Hasta entonces habíamos costeado la orilla; pero partiendo de ella ganamos la pleamar, y no supe mas del país hasta mi destino, que lo que me dieron á conocer mis compañeros de viaje, los cuales mas de una vez habian tomado tierra en él. Por lo que, hácia el S. del mar Chiquito se encuentra lo que llaman el *País del Diablo*, nombre que nada satisfactorio anuncia para el sitio; vienen luego los *Cerros de los Lobos* ó colinas de los lobos marinos, llamadas así por la abundancia de animales de esta especie que hay en ella; al paso que en los bosques cercanos se encuentran pumas, pero pocos jaguares; y mas abajo, hasta el rio *Colorado*, son muy altas las costas, viniendo despues bancos de arena en extremo bajos. Pasamos por delante la Bahía blanca, la desembocadura del Colorado, por delante de la bahía de San Blas que mas tarde habia de visitar; y finalmente entramos en el rio Negro, en donde tuvimos que arrostrar aquel banco de arena tan temido de todos los marinos. Penetramos por el rio y acabamos por anclar delante de Cármen sin haber dejado de correr el peligro de dar de costado, lo que últimamente sucediera á muchas embarcaciones, lo que no se realizó, merced á la destreza de nuestro piloto y al cambio inesperado del viento, que nos impelia con mucha mayor fuerza de lo que hubiéramos querido. Pronto quedé instalado en el fuerte, en donde tenia amigos D. José García. Llegaba á ser para mi un nuevo centro de observaciones, y me proponia desde allí corroborar diferentes conocimientos por tierra ó por mar en todas las direcciones, para cerciorarme en lo posible de los hechos que aun no conocia mas que por los libros y por la conversacion. De este modo, por la parte del S., aprovechándome de la navegacion de algunos pescadores de lobos marinos que recorren aquella costa todos los años, me adelanté hasta el puerto de San Julian, pasando por todos los puntos intermedios, desde el cabo Blanco, tierra muy elevada y enteramente llana. Vi de esta manera, bajando siempre, el golfo y puerto Deseado que puede reconocerse por un islote blanco que se halla en la entrada, y en donde, observado de lo alto de un monte inmediato el país, es seco, hendido y falto de árboles, no presentando mas que matorrales y zarzas, peñascos y piedras calizas. Ese puerto convendria para invernadero de toda suerte de navíos; pero como se halla desprovisto de agua dulce fuera bastante difícil permanecer en él por largo tiempo. En cuanto al puerto de San Julian, situado á los 49° 12' de lat. S. no desagua en él rio alguno; y aunque las embarcaciones mayores puedan penetrar en él hasta legua y media, independientemente de que es difícil su entrada, pocos ó ningunos son los recursos que se encuentran para establecimientos porque no hay agua en verano, y en invierno no se recoge mas que la de los arroyos que forma el deshielo de las nieves; y porque el país, en extremo estéril, no presenta un árbol para cortar, y no tiene otra madera que para la lumbre. Por otra parte, ese puerto ha sido el término de mis correrías por el mediodia por no tener ocasion de ir mas lejos; pero felizmente va á suplir mi silencio el viaje de los buques ingleses la *Adventure* y el *Beagle*, encargados en 1826 y en 1827 de la exploracion del estrecho de Magallanes. Partieron al efecto esas embarcaciones de Maldonado, á toda vela para la costa de Patagonia, en donde no tomaron tierra hasta el 26 de noviembre de 1826 en el puerto de Santa Elena, situado á los 45° de lat. S. Hay en él buen anclaje para muchos buques; pero se halla expuesto á una fuerte oleada del S. O., y las embarcaciones experimentaron una mar terrible, que estuvo á pique de echarlas sobre unos peñascos de que solo estaban separadas por una distancia de ciento y veinte brazas. El país comarcano es de esterilidad horrible: no puede distinguirse en él la menor señal de vegetacion; parece reinar un caos universal, y en tierra solo se oyen los gritos de las zarcetas y el mugido de las olas en las negras peñas que rodean la costa, tan desierta y árida, que un buque que hubiese naufragado no hallaria recurso alguno. Numerosas manadas de guanacos silvestres parecen ser los solos dueños, y fácilmente dejan aproximarse á ellos, dice el narrador, aunque no siempre sea facil tenerlos á tiro de mosquete. Algunos avestruces, el armadillo de ocho fajas, lechuzas, águilas y diferentes especies de aves marinas dividen con ellos aquel triste imperio.

Dejaré ahora hablar casi siempre al autor, deteniéndome no obstante en los solos puntos de su relacion que puedan presentar interés general,

como cuadro de costumbres y lugares.

« Dímonos á la vela el 4 de diciembre. La tierra primera en que anclamos fue el cabo de Bello Tiempo, en donde á pesar de su nombre tuvimos fuertes huracanes por la parte del S. O. Esta tierra no es tan montuosa como el puerto de Santa Elena; pero por el mar presenta un aspecto tan triste y desierto. El interior del país parece verdear y hay mucho césped cerca de la costa, pero abrasado por el sol. Veíanse innumerables ganados de guanacos esparcidos por las lejanas llanuras. Las morenas águilas, sorprendidas á la vista del hombre, volteaban sobre nuestras cabezas, pareciendo hallarse prontas á precipitarse sobre nosotros. Allá se encuentran abundantes zarzas cargadas con un fruto encarnado que embalsama el aire con uno de los mas agradables aromas. En todo el país no se halla la menor huella de ser humano. Toda esta parte de la costa de la Patagonia, desde el puerto de Santa Elena al cabo de las Vírgenes, presenta el mismo aspecto silvestre; en el espacio de cerca mil millas no se veria un árbol ó una mata, y toda la costa presenta el mismo carácter en la entrada septentrional del estrecho de Magallanes. Llegando á la altura del cabo de las Vírgenes, vimos distintamente un banco de peñascos que se adelanta en medio del mar á la distancia de cosa de una milla. Este cabo, dicen, se parece al cabo San Vicente en España.»

« Desde aquel fondeadero divisamos por primera vez la Tierra de Fuego que se levantaba en el horizonte. El primer terreno que hiere la vista al entrar en el estrecho es el monte Dinero, muy parecido al Cerro de Montevideo tanto en la forma como en la altura.»

Vientos opuestos, acompañados de fuertes lluvias y de un cielo nebuloso, retienen por muchos dias á los buques en la bahía de la Posesion la tierra mas inmediata al cabo de las Vírgenes, y permiten notar, hácia el norte, cuatro montañas cónicas que sir Jhon Narborough ha denominado *Agmond y sus hijos*, y que tambien ha querido llamarlas *Orejas de Asno*, á causa de la semejanza que tienen con la parte superior de la cabeza de este animal.

El paso de lo que se llama el primer *Goulet*, la parte menos ancha del estrecho, pues que la Tierra de Fuego y la costa de la Patagonia no distan allí una de otra mas que de cuatro á cinco millas á lo mas, es tambien uno de los puntos mas difíciles de esa derrota, y obligó á los navegantes á otra tentativa que no tuvo feliz éxito hasta el 28. Aquella tierra es bastante elevada, pero nada tiene de pintoresca. Los guanacos son en ella muy salvajes y escapábanse desde el momento que veían á los buques junto á la orilla.

Los navegantes nada notable hallan hasta la bahía de San Gregorio, en donde echan el áncora el 1° enero 1827. « Es excelente el anclaje, enteramente á cubierto de los fuertes vientos, que en aquellos puntos soplan constantemente del S. O. al O. S. O. ó S. S. O. La costa es de un aspecto mas agradable que ninguna de las que habíamos visto desde el cabo de las Vírgenes, sombrías todas y desiertas. De cuando en cuando, se percibe una cordillera de montañas cubiertas de verdor; pero las mas de las veces, precipicios oscuros y resquebrajados, amenazadores peñascos, faltos de toda vegetacion, cubren ambos lados del país.

« Por la tarde, brilló un grande fuego detrás de la punta que avanza hácia fuera del cabo San Gregorio, y al otro dia por la mañana, vimos ir y venir por la costa dos hombres montados que parecian invitarnos á que bajáramos. » El autor describe la primera entrevista que tuvieron con los indios él y sus compañeros. « Los dos primeros con que dí, fueron un hombre y una mujer, sentados tranquilamente en la orilla. Parecia el hombre tener cuarenta y cinco años y la mujer cuarenta: distinguíase él por una ancha y larga cabeza, cara aplanada, juanetes de la cara muy salidos, sin cejas ni barba, nariz chata con las ventanas muy abiertas, pequeños los ojos, negros y hundidos; y pelo muy negro y esparcido. Llevaba al rededor de la cabeza una estrecha correa de piel de guanaco colorada, sujetando con ella una pluma de avestruz que flotaba sobre su espalda derecha y que, no obstante estar atada, colgaba tambien por su rostro y hasta por encima del pecho. Su color era de un negro aceitunado ó mas bien de un aspecto oleoso y cobrizo. Parecia muy robusto. Su talle era de unos seis pies tres pulgadas (medida inglesa) y la boca notablemente grande; los labios carnosos y salientes; los ángulos de la boca excesivamente contraidos, lo que unido á cierto mirar atravesado que tienen todos, como reconocí mas tarde, le comunicaba un aire feroz que no inclinaba enteramente á entablar conocimiento con él, y que casi me hacia echar á menos el hallarme sin armas. La mujer parecia mas amable, lo que me decidió á ofrecerla un pedazo de bizcocho que tomó con el índice y pulgar, y se puso á roer con toda la gracia y delicadeza de una jóven colegiala. No ofrecí al hombre, mirándole con el fin de ver si se ofenderia del olvido. No pareció reparar en ello. Entonces le alargué algunos pedazos que tomó con indiferencia con la palma de la mano y que introdujo en la boca en un abrir y cerrar de ojos, devorándolos con evidente satisfaccion. Los dientes de ambos indios eran unidos y blancos, y el ruido que hacian comiendo se parecia bastante al de un molino de café en el acto de servir.

« Pronto llegaron otros patagones á galope con algunos individuos de l'*Adventure*, en núme-

ro de veinte, y entre ellos muchos jóvenes de ambos sexos, vestidos solo de pieles de guanaco y que tenian cierto aire español. Esos jóvenes salvajes parecen poseer muy bien el arte de pillar; porque no tardaron en rodearme, viéndome desembarazado de todo el tabaco que habia traído á la orilla. La mayor parte tenian un ademan mujeril siendo difícil distinguir la diferencia de sexo; solo tenian los hombres mas anchos los hombros y un exterior mas grave. Eran imberbes todos. Entre ellos se hallaba uno que llamábamos *la jóven María*, de un exterior mas gracioso y que no tenia el color aceitunado de los demás. La jóven María parecia haber cautivado todos los corazones. Todos los collares y botones, todo el tabaco era para ella, y como señalada muestra de distincion, le habian puesto al cuello una medalla acuñada en Inglaterra, con esta inscripcion: «*L'Adventure y el Beagle, buques de S. M.*, 1827.» Estaba siempre alegre la jóven María, y mostraba una dentadura cuya blancura y uniformidad hubieran honrado los talleres de nuestros mas célebres dentistas. La jóven María babia encendido los corazones de algunos de la tripulacion; pero mas tarde descubrióse que la jóven María era.... un hombre.

« Muchos de aquellos indios tenian pintada la parte superior ó inferior de los ojos con tierra de un colorado negruzco; otros traían una línea blanca en las mejillas y cejas. Su estatura variaba de seis pies diez pulgadas á seis pies y tres. Algunos llevaban botines que solo llegaban al tobillo del pie, dejando á descubierto los dedos. Sus espuelas son muy curiosas. Están formadas por dos pedazos de madera de unas cinco pulgadas de largo, distantes de dos pulgadas entre sí, y con puntas de hierro en vez de rodajuelas. Sujétanlas en el pie por una correa de guanaco, que atada por detrás de cada palito, pasa por el dorso y la fija en el tobillo.

« Al rededor de la cintura traen colgadas tres largas correas atadas juntas, en cuyos extremos se hallan otras tantas bolas de granito cubiertas de cuero, de que se sirven para cazar los caballos silvestres y avestruces. El modo de usarlas ha sido descrito muchas veces. Las mujeres montan como los hombres, y sus sillas, que solo tienen un corto número de ellos, absolutamente se parecen al *recado* de los gauchos, formado de un pedazo de madera encorvado en disposicion de adaptarse al dorso del caballo, á poca diferencia como un baste, y con un agujero en cada lado destinado á recibir la correa del estribo. Extienden dos ó tres pieles encima, hallándose sujetado todo con unas anchas cinchas por debajo del vientre del caballo. Las riendas son de cuero, el freno de madera, fijo en la cabeza del caballo por medio de una tira de piel de guanaco. Los estribos son de forma triangular, tambien de madera, atados á las cinchas por tiras de piel, y anchos solo lo necesario para recibir tres dedos. Los caballos que casi son de la talla de los *poneys* ingleses, son muy mansos; hácenlos correr mucho, lastimándoles los ijares de un modo atroz.

« En la tarde del mismo dia, aprovechando la marea, nos hicimos á la vela para el segundo Goulet, formado por la isla de Nassau y el cabo Gregorio. Este segundo Goulet tiene cerca de trece millas de largo sobre cuatro ó cinco de ancho. Los navegantes españoles le han dado el nombre de *San Simon*, los ingleses el de *San Bartolomé*. Anclamos en la extremidad oriental de la isla Isabel, alta y áspera, pero muy plana en su vértice; sin árboles, pero verdeando en muchos puntos. El 5 enero, volvímos á hacernos á la vela con un viento O. favorable para pasar por entre la isla Isabel y la de los Pinquines, paso que generalmente es mirado como el mas peligroso de todo el estrecho. Pronto dejamos atrás la isla Isabel, y arribamos á la Punta Negra. Allí empieza el país poblado de bosques, y la costa, hasta la Bahía de agua dulce, está cubierta de frondosas selvas, contraste tan chocante como agradable para nosotros, despues de los desnudos y áridos desiertos que hasta entonces habíamos visto. Yacian esparcidos por la orilla algunos centenares de troncos de árboles arrancados por el viento. En la Bahía de agua dulce, que se halla en la costa de la Patagonia, hay una rada muy abierta, pero de buen anclaje, á cosa de milla y media de la costa. Los diferentes pantanos que rodean la orilla están llenos de excelentes ocas, patos, zarcetas y agachadizas. Las ocas son las mayores y mas provistas de plumas de todo el estrecho, con plumitas negras, sembradas de puntitos blancos. Pesan de ocho á diez libras. En la noche del último dia de nuestra residencia en aquel sitio, vimos á siete habitantes de la Tierra del Fuego, costeando una punta en sus canoas.

« Eran de corta estatura, no excediendo el mayor de ellos de cinco pies dos pulgadas, y todos, hombres y mujeres, parecian muy miserables. Los cueros de vaca marina que formaban sus solos vestidos, flotaban por el aire á pedazos al rededor de sus ennegrecidos y oleosos cuerpos. Sus cabellos, rígidos y negros, parecidos á ballenas, colgaban sin órden por su cara y hombros, y á duras penas se hallarian hombres reducidos á una condicion mas triste. Devoraban con ansia algunos trozos de vaca marina enranciada.

« La costa, desde la Bahía de agua dulce hasta el puerto *Famine*, hácia el cual nos dirigíamos, presenta siempre el mismo aspecto, el de impenetrables selvas. La tierra no es muy alta, no divisándose la costa de la Tierra de Fuego desde la de la Patagonia sino con mucho trabajo.

En nuestra derrota al puerto Famine, asaltáronnos oleadas sumamente violentas, y con grande gozo anclamos en este puerto el 6 de enero. La tierra es la mas alta que hasta entonces habíamos visto. El puerto Famine ha tomado su nombre de uno de los navegantes que nos precedieron. En 1584 los españoles formaron un establecimiento, y de cuatrocientas personas que lo constituian, solo sobrevivieron tres ó cuatro, muriendo las otras materialmente de hambre. Se hallan en abundancia la espina blanca y el madroño, pero muy pocas plantas; se encuentran tambien muchas almejas, pero no tan grandes como las que dice haber visto Byron. Es un puerto excelente por la madera y el agua. Hácia la parte S. O. de la Bahía, hay muchos árboles altos que parecen haber luchado siglos enteros con los vientos, de los cuales algunos están enteramente carcomidos y otros perfectamente conservados. Por lo tocante á las aves, vense algunas zarcetas, alciones, azores, buitres, gavilanes, diferentes especies de lechuzas, de fulicas, cuervos y zorzales, muchos pájaros mas pequeños y abundancia de pescado. Las redes de *l'Adventure* hicieron en él una pesca milagrosa. Algunos plateados que se sacaron de un tamaño y brillo extraordinarios, pesaban mas de tres libras cada uno. »

El 15, dejando á *l'Adventure* anclado en el puerto Famine, tuvo que hacerse á la vela *el Beagle* para continuar la mision de explorar el estrecho hasta la entrada occidental. La navegacion por la punta *Santa Ana* (cabo *Shut up* de Byron, *San Isidro* de los españoles) y por la bahía de San Nicolás, mal ancoraje con las cercanías muy tristes, no le ofrece nada interesante hasta el cabo Holland, á donde llega despues de haber hecho muchos rodeos y sondado algunas veces por prudencia. Ese cabo es muy alto y ancho, y la costa de la Tierra de Fuego empieza á tomar un aspecto frio y desierto. Los montes que rodean la orilla son muy elevados; los del interior lo son mas aun y están cubiertos de nieve; y cuando la atmósfera está cargada y tempestuosa, lo que sucede á menudo, la perspectiva no es mas agradable. En el cabo Holland, encontróse *el Beagle* bastante al abrigo de los vientos reinantes del S. O. Por aquel lado, la costa de la Patagonia es muy montuosa y cubierta de árboles, y el canal ancho de cinco ó seis millas. El 20, *el Beagle* se hallaba á la altura del cabo *Forward*, promontorio muy alto tambien. La costa está cubierta de frondosos bosques, y de árboles que se elevan hasta el vértice de las montañas. El interior es muy alto y cubierto de nieves perpétuas. Advierto como hecho geográfico bastante importante, que el cabo Forward, situado casi en medio del estrecho de Magallanes, es realmente la extremidad mas meridional del continente americano, bien que, segun el dictámen del mayor número, ocupa ese lugar el cabo Hornos, aunque se halle situado al lado opuesto de la Tierra de Fuego. Del cabo Forward llega *el Beagle* al puerto *Gallant*, uno de los mas seguros y mejores del estrecho, poseyendo un anclaje excelente, y abrigado de todo viento por las tierras del contorno. Desde el cabo Gallant de donde sale el 21, hasta *la Providencia*, encuentra *el Beagle* una costa llena de elevados montes cubiertos de nieve, mezclados con negras rocas cavernosas ó cónicas, entre las cuales se muestran alternando árboles y peñascos del aspecto mas salvaje. El cabo Providencia presenta el ancoraje bastante bueno; pero es peligrosa la entrada del puerto, especialmente en tiempo malo, á causa de las rocas que se perciben por encima del agua.

Acababa de recorrer la expedicion cerca de doscientas cincuenta millas de costa con viento casi siempre contrario, lluvias y frios continuos.

Era menester todo el valor del capitan para no renunciar al cumplimiento de su mision; el 31 enero se decide á adelantar hasta el cabo Pilar, que aun distaba treinta y cinco millas, y esto á pesar de los vientos contrarios y de la violencia de las oleadas del grande Océano, pero rechazado á pesar de sus esfuerzos, se ve obligado á volver al cabo de la Providencia, despues de haber sufrido algunos temporales y de haber hecho agua muchas veces. El 1° febrero, el cutter del *Beagle* fue enviado para buscar algun puerto, volviendo al cabo de los seis dias. Habia reconocido en la tierra del fuego *el puerto de la separacion*, á donde llegó el *Beagle* el 15 del mismo mes, y tuvo ocasion de hacer muchas observaciones interesantes ácerca un campamento de los naturales. « Fijan estos circularmente en el suelo un grande número de largas ramas de árboles, entre las cuales dejan un terreno de quince pies á corta diferencia; nuevas ramas arqueadas van á reunirse con las extremidades superiores de las primeras, cubriéndolo en seguida con pieles de becerro marino y ramas, con el fin de calentar su interior é interceptar la entrada del aire. Encienden lumbre en el centro, sentándose en torno los habitantes, en medio del humo, que no pueden evitar, por no haber abertura alguna en el vértice de la choza, la cual no tiene otra salida que la puerta, siendo la misma tan baja que es muy difícil entrar ó salir de otro modo que arrastrándose con las rodillas y manos. »

Al otro dia, habiendo tomado tierra los ingleses, fueron bastante felices para llegar á una de las chozas, al mismo tiempo que los indios preparaban su comida é iban á tomarla. Habian recogido grande cantidad de almejas y otros mariscos que asaban á toda prisa. Uno de ellos, tomando una de las mayores almejas que le parecia

bastante cocida ya, la pasó por su boca una ó dos veces, como para enfriarla, ofreciéndola con particular gracia á uno de los marineros, sin mostrarse ofendido en lo mas mínimo por la acogida de su cumplido. Un indio admitido á bordo del buque, manifestó mayor curiosidad que los patagones; miraba con ansia en torno suyo, ora dirigiendo la vista al puerto, ora á las maniobras. Presentósele un vaso de Porto, que pareció tomar con el mayor placer, lo mismo que té, azucar y grog. Igualmente devoraba, can suma avidez, vaca, bizcocho y otros víveres, no mostrando menos aficion al sebo de las sondas.

Durante su permanencia entre estos indios, vióles la tripulacion construir una cama. Estaba formada de muchos trozos de una suerte de corteza, en cuyos bordes practicaban muchos agujeros, para unirlos atándolos por medio de tripas de becerro marino. La naturaleza parece haber dotado á aquellos pueblos de destreza y perseverancia; porque han menester un trabajo largo y difícil, para construir esas canoas, sin otras herramientas que conchas de almeja. Entre los muchos árboles que forman los bosques de ese puerto, el mas alto es el álamo que llega á veces á tener veinte y cinco ó veinte y seis pies, pero que comunmente es torcido. Pudiera emplearse para la construccion de pequeños buques. Tambien abunda otro cuyas hojas son parecidas á las del laurel, y que llega hasta la altura de treinta pies. Finalmente se hallan matas de flor blanca de ocho á diez pies de alto, muy fuertes, y el madroño, cuyo tronco y ramas crecen con irregularidad.

El 20 febrero, volvió á hacerse el buque á la vela, hallándose pronto en medio de un archipiélago que en ningun mapa está señalado. Parece que los navegantes anteriores habian descrito muy mal aquella costa, desde el cabo Providencia hasta el de la Victoria. Esas peñas siguen la direccion E. S. E. por el S. y al O. S. S. O. Despues de haber procedido á todas las observaciones necesarias para fijar exactamente su latitud, aparejó el 27 desde el puerto Martes para su regreso; porque estaba cumplida su mision. Navegando á lo largo de la costa del norte, entró en una inmensa bahía en la que se encuentra buen anclaje, y á la cual dió el nombre de *cabo Parke* el capitan del *Beagle*. Es una rada abierta, cuyos lados presentan tres islotes bajos, y muy llanos. El lado septentrional es poco profundo, á grande distancia, ofreciendo el interior del país muchas tierras inundadas, cataratas y muchas lagunas. Parece haber escapado á todos los navegantes no hallándose indicada en ningun mapa geográfico. Habiendo bajado á la costa algunos de la tripulacion, despues de haber atravesado una selva, encontraron una grande cascada, y mas allá de ella una llanura abierta, provista en ambos lados de altos montes cubiertos por árboles de toda altura, blancos los unos por su antigüedad, y adornados otros con un rico y brillante verdor. Reinaba en aquella soledad un silencio de muerte, interrumpido solo por el ruido á la sazon débil de la cascada. Encontraron los ingleses agua dulce muy buena. Volviendo á la orilla, divisaron las ruinas de un *kraal* ó pueblo abandonado, en donde creyeron reconocer algunos indicios de antropofagía, pero sus conjeturas por lo menos me parecen controvertibles. Despues de haber permanecido por algun tiempo en el cabo Temur, uno de los peores anclajes del estrecho, llegaron el 1° marzo al cabo Vpright, otro de los mejores que en él puedan encontrarse. Dieron la vuelta al puerto que es muy espacioso, y que fuera un excelente punto de reunion y de los mas seguros para las pequeñas embarcaciones. Vense allí muchas aves mayores que ocas. Sus alas son muy cortas, de suerte que no pueden levantarse mas arriba del agua; pero cuando esta se halla turbada, se mueven en la superficie con un ruido y agitacion tal que las haria comparar á buques de vapor. Se hallan tambien en ese puerto, algunos bellos álamos y hermosos pinos.

El 3 marzo, encontró el *Beagle* á una lancha ballenera montada con seis hombres, la cual pertenecia al schooner *El príncipe de Sajonia Coburgo*, su capitan Brisbane, que habia naufragado el 19 diciembre en la bahía *Furia*, á la entrada septentrional del canal Bárbara (Tierra de Fuego). Pintábase la situacion del capitan Brisbane como sumamente peligrosa, por aumentar todos los dias el número de los naturales que manifestaban ya intenciones hostiles; pues esos hombres se pretende sean mansos cuando no se conocen con suficientes fuerzas, pero es del todo distinto su carácter en el caso contrario. Apresuróse entonces el capitan del *Beagle* á llegar al puerto Gallant, desde el cual envió un oficial en la ballenera á *l'Adventure*, para prevenirla su retardo; despachando otro con alguna fuerza, en el cutter y en la chalupa, con el fin de que fuera á buscar al capitan náufrago en el puerto Furia, distante diez y siete millas del Gallant. Á la mitad del canal Bárbara, dieron los últimos con muchos indios que con sus canoas se esforzaron á llegar con presteza hasta las embarcaciones inglesas, al paso que otros, desde la cima de los peñascos y puntas de tierra cercanas á la orilla, dieron un grito de guerra saludándolos á su paso con una lluvia de saetas y dardos; lo que fue un motivo de mas para apresurarse á socorrer á los náufragos, á los cuales encontraron por otra parte en buen estado de defensa. Á su vuelta hallaron aun á muchos indios, pintados la mayor parte de encarnado y de blanco, cuyo aspecto era tan miserable que apenas tenian forma humana; esos, al contrario de los primeros, se mostraron muy dóciles, cediendo gustosos á los eu-

ropeos, en cambio de navajas, collares, etc., lanzas, arcos, flechas y dos de sus perros, que se parecian á zorras por su afilada cabeza, largas orejas, y poblada cola, diferenciándose de ellas en el color que es de un gris sucio.

Dejó el *Beagle* el puerto Gallant el 10 de marzo, juntándose el mismo dia con *l'Adventure*, en el puerto Famine, despues de una ausencia de cincuenta y cuatro dias.

Partieron los buques del Famine el 7 de abril. Nada notable encontraron hasta el 10, en las inmediaciones de la bahía Gregorio; pero por la madrugada de aquel dia, cubrian la orilla los fuegos de los patagones. «Estaban montados algunos de ellos, agitando grandes cueros en el aire, como si nos invitaran á que bajásemos. Se hallaba entonces la orilla provista á lo lejos de naturales, pudiendo encontrarse reunidas en ella de tres á cuatrocientas personas, entre hombres, mujeres y niños. Seguramente estarian reunidas para una feria; porque habia como expuestas á todas las miradas, plumas de avestruz en grande cantidad, pieles de guanaco y de otros animales. Casi todos los indios estaban á caballo, estando echados en medio de los que se hallaban en pie, grandes perros, en número de unos ciento cincuenta, distribuidos en diversos grupos, ó corriendo á lo lejos por la llanura en manadas de veinte ó treinta. Era aquella mezcla de indios salvajes, perros y caballos, un espectáculo muy original, dispuestos los primeros, en cuyo número se hallan los niños de teta, en círculo al rededor de grandes hogueras, en donde hacian cocer carne de caballo. Muchos de ellos, jóvenes aun, no eran mal parecidos en clase de patagones; pero los viejos eran los seres mas horrorosos que puedan darse bajo forma humana.»

El historiador del viaje describe el encuentro que tuvo con una porcion de patagonas, de las cuales la mas vieja, de unos veinte y cinco años, no hubiera parecido mal, sin los largos cabellos ásperos que colgaban en desórden hasta su cintura. Encontrólas ocupadas en preparar la comida al rededor de un grande fuego. Su natural galantería le indujo, á pesar de cierta repugnancia, á aceptar su parte, pero el temor de verse pronto despojado enteramente por sus hermosas huéspedas, muy dispuestas á cobrarse su hospitalidad, pillándole parte de los efectos que llevaba encima, le decidió á huir á galope, con direccion al campamento general. «Consistia este en quince ó veinte chozas, formadas con estacas y pieles, muy semejantes á las tiendas de nuestros mercados; estaban cerradas por tres lados, abiertas por delante, y distantes entre sí unos nueve á doce pies. Até mi caballo á los postes de la primera; entré en ella, y vi sentada una mujer en un rincon, la cual amasaba juntas aquellas tierras de diferente color, encarnado, negro y blanco, que usan para su adorno; dándoles á poca diferencia la forma, espesor y longitud de una varilla de lacre. Parecia muy alegre, riendo con otra mujer. Hallábanse colgados al rededor de la cabaña diferentes productos de su industria, y especialmente bolas mucho mayores y mejor fabricadas que las de los patagones de la orilla. Por fuera de esa choza y de las demás, desiertas todas, porque no vi en ellas mas que las dos mujeres y un anciano, se hallaban colgadas algunas cabezas y espaldas de gamos, que parecian recien muertos y reservados para la mesa.»

Aquí termino los extractos y análisis del viaje de *l'Adventure* y el *Beagle*, que nada mas presentaria interesante al lector acerca la Patagonia; y dejando á los dos buques ingleses que prosigan su derrota hasta Montevideo, en donde entraron el 24 de abril de 1827, me despido de ellos para volver á mi permanencia en Rio Negro. No obstante, trasladaré de él una observacion última sobre el admirable contraste que presentan las dos entradas oriental y occidental del estrecho de Magallanes: la primera, por lo general, ofrece en ambos lados tierras tan planas como altas son en la segunda, en las dos orillas opuestas. Pudiera deducirse de sus apuntes sobre la Tierra de Fuego, particularmente en las cercanías del puerto Furia, que se halla cortado este país por canales ó rios cuyos diversos ramos forman numerosas islas en donde no se arraiga planta alguna agradable, en los cuales no brilla el menor verdor; pero otras notas presentan á la Tierra de Fuego como formada por un gran número de islas, tanto al E. como al O.; bajas estas, pequeñas é inundadas siempre; altas, montuosas y con bosques las otras. El suelo es estéril por lo general, pero solamente por falta de cultivo, y á fuerza de cuidado pudiera fertilizarse; porque se hallan muchas plantas de especies muy varias, especialmente oreoselinos y una especie de berros, mirados como excelentes antiescorbúticos. Se encuentran tambien en muchos puntos el álamo, la haya y otros altos árboles eminentemente útiles. Igualmente hay agua potable, y si se descubriera un puerto seguro quizás presentaria, en clase de establecimiento, mayores ventajas que las islas Malvinas ó Falkland, provistas de un solo puerto bueno, *la Soledad*, en el cual aun no puede entrarse sino cuando los vientos soplan del N. ó del N. E.; erigidas en colonia por la Francia en 1760, las Malvinas fueron cedidas á España en el reinado de Carlos III, por cinco ú ochocientos mil dollars, pasando despues al dominio de la Inglaterra, como todavía lo están actualmente. Esas islas muy numerosas, pero pequeñas, excepto dos, y muy pantanosas todas, producen con mucho trabajo cebada, guisantes, habas y lechugas; con respecto á aves, pinguines

y abutardas; en cuanto á cuadrúpedos, vacas, cerdos y caballos; por otra parte se hallan faltas de madera, de la que han de proveerse en la Tierra de Fuego.

Los habitantes de esta, son sin contradiccion los mas feos y menos inteligentes de todos los de la América meridional. Bougainville y Cook los pintaron como incapaces de discernir nada y como los mas indiferentes de todos los indígenas de las tierras australes; asercion que pudiera convertir en duda una de las precedentes observaciones. Su color se parece al de orin mezclado con aceite. Su estatura media es de cinco pies y de ocho á diez pulgadas; pero son mal formados. Cúbrense solo con pieles de ganado, de las que están tambien construidos sus calzados. Se adornan con brazaletes de hueso y con conchas, ataviando su cabeza una especie de redecilla de hilo pardo. Las mujeres van vestidas como ellos, exceptuando una suerte de delantal que tienen la costumbre de usar; los rasgos distintivos de su tocador son el blanco de que se rodean los ojos, y las lineas horizontales negras y coloradas que cubren lo restante de su cara. La industria está muy poco adelantada. Viven en groseras cabañas, de forma cónica, formadas con postes fijos en el suelo y cubiertas con hojas y heno, con una abertura que sirve á la vez de puerta y chimenea. Los arcos y flechas constituyen sus solas armas. Las fabrican con destreza; pero rara vez se sirven de ellas para proveer á su subsistencia, porque viven especialmente de mariscos cuya pesca es debida á las mujeres; las cuales siguen la marea en su descenso y arrancan las conchas de las rocas para ponerlas primero en un cesto, de donde las meten en un saco que á este efecto, traen en los hombros. Se supone que han de sufrir frecuentes carestías; porque en el país solo hay focas y perros, que divagan en grande número por las costas de la Patagonia, de donde facilmente han podido ser trasportados á las de la Tierra de Fuego. En cuanto á su estado moral y político, se les han reconocido supersticiones que suponen el abuso de algunos principios religiosos ¿pero cuales son esos principios? No tienen gobierno aparente y viven muy unidos. Banks y Bougainville los tienen por muy desgraciados; y no obstante (esta observacion es igualmente aplicable á los habitantes de la Patagonia) parecen satisfechos de su suerte. Desde que son conocidos esos pueblos, no parecen haber cambiado. Envueltos en sus pieles de guanaco y acostumbrados desde su infancia á las privaciones, recorren libremente los desiertos, sin conocer otras leyes que su voluntad, y gozan en medio de sus salvajes soledades de un contento y dicha de que no pudieran formarse idea los habitantes del mundo civilizado. ¿Á qué hemos de atribuir ese fenómeno? ¿Será al mismo hecho de su absoluta independencia?

De los patagones del mediodia paso á los septentrionales, al norte y sur de Rio Negro, en donde pronto completó su cargamento de sal, *la Juanita* que allá me habia conducido; aquel mineral se halla en abundancia en los lagos de agua salada del interior de las tierras en los cuales se cristaliza todo el año, pero especialmente durante la estacion seca. Por otra parte, era preciso que deseara muy vivamente verlo y observarlo todo por mi mismo, en lo posible, en esa salvaje region, para decidirme á prolongar mi permanencia en el Cármen, llamado *patagones* en el país. Dificil fuera imaginar otra residencia mas triste: represéntese uno encima de una colina enteramente pelada, ó bien ofreciendo solo algunos raros y tristes brezos por toda vegetacion, un reducto señalado apenas por algunas troneras y la bandera que en él se levanta; y algo mas abajo, en la pendiente inclinada hácia el rio, de quince á veinte casitas rodeadas con algunas empalizadas construidas con el fin de tener los caballos y ganados; de cuando en cuando, en ambas márgenes, un corto número de malos árboles que parecen crecer á pesar suyo sobre un terreno ingrato, haciendo mas visible la excesiva desnudez del resto del paisaje, en todas direcciones y hasta el mas lejano horizonte.... Ese es el Cármen, á lo menos tal como se presenta del lado del oeste; porque por el opuesto se goza la vista de una vegetacion mas animada, pero toda trasplantada y simplemente europea. Tal es en el dia el sitio que con el tiempo puede llegar á ser la capital de la Patagonia (Pl. XXXV.—1). Sin embargo, sean cuales fueren sus inconvenientes con relacion á la parte pintoresca, no deja de ser preciosa esa poblacion, en razon de hallarse en el centro entre Buenos Aires y los puntos meridionales del país, por encontrarse mucho mas cerca del cabo de Hornos; y no hay duda que habia de ser muy incómodo á los españoles un establecimiento extranjero en aquel punto. Por esto determinóse el virey de Buenos Aires, seguramente, á adelantarse á las demás potencias á fines del siglo XVIII, empezando la colonizacion de los bordes de Rio Negro, el mayor de todos los rios de la Patagonia, aunque á buen seguro se haya exagerado mucho el número ó importancia de sus afluentes; puede atravesarse el continente por el Rio Negro con barcas, hasta la altura de Valdivia, en la parte meridional de Chile. Pronto se reconoció que era mucho mas propio para un establecimiento de este género el Cármen, que los puestos de San Julian y el Deseado, desprovistos enteramente de madera, y de agua. El Rio Negro se ha visto tambien bastante favorable para suministrar á Buenos Aires su sal y jamones; y si despues ha decaido, á consecuencia de las



1. Village du Carmen, sur le Rio-Negro.

1. Aldea del Carmen en el Rio Negro.



2. Indiens Pampas.

2. Indios Pampas.

guerras de la revolucion, es de creer que llegando de nuevo á ser el objeto de los desvelos del gobierno, que parece querer ocuparse de él mas que nunca, pronto recobrará su antiguo esplendor y prosperidad que no podrá dejar de crecer en seguida. No obstante hemos de pensar que cualquier tentativa de establecimiento útil en Rio Negro será sin resultado, mientras no se abran comunicaciones regulares con Buenos Aires y Chile; con Buenos Aires, por medio de buenos caminos al través de los Pampas; y con Chile mediante la navegacion del rio. Ya han empezado á llenarse esas miras, con la contruccion de muchos fuertes mas allá del rio Salado, primer límite meridional de la provincia, y especialmente con la de los fuertes de la Independencia y Bahía Blanca, á ochenta leguas y á mayor distancia de la capital, ensanchando ese mismo límite en la misma proporcion. El resto ha de ser obra del tiempo y del patriotismo de los jefes de la república. En el interin el rio ofrece á los habitantes de la naciente colonia el inmenso recurso de sus excelentes pescados, tan varios en especies, entre otras de sus truchas y pejereyes, abundantes en medio de los pantanos que forman las avenidas del rio; de sus lampreas, considerables en número en su desembocadura, de enero á abril; sin hablar del bagro, de la merluza ni del lenguado, que pululan en el mar vecino.

Cuando llegué al Cármen, todo se hallaba aun en inquietud á consecuencia de un reciente ataque de los puelches, aucas y de los tehuelches ó patagones, los cuales apenas acababan de levantar la especie de sitio que habian puesto al fuerte. Los colonos estaban siempre alerta; y á pesar de la superioridad de sus armas, tal vez les hubiera sido difícil el triunfar de sus enemigos, sin la alianza con algunos caciques sus vecinos, quienes les prestaron el ausilio y apoyo de las tribus que tenian á sus órdenes, tribus muy mal disciplinadas, pero que por su conocimiento del terreno, no dejaban de hacer á los europeos los mayores servicios. Muchos de ellos venian al fuerte con frecuencia, y yo iba aun mas á menudo á sus campamentos que no estaban muy distantes, deseoso de instruirme acerca su estadística, y de estudiar sus costumbres, buscando su sociedad.

Reuniendo todas las nociones que pude recoger, veo en primer lugar segun Falconer, que todos los habitantes de la Patagonia se distinguen por dos denominaciones genéricas, llamándose *moluchos* ó *puelches*, con respeto á su situacion geográfica. Los moluchos ó *guerreros*, parecen residir mas particularmente por la parte del O., desde el extremo del antiguo Perú hasta el estrecho de Magallanes. Esos son los aucas ó araucanos de los españoles, divididos en tres naciones diferentes; los *picunches* ú *hombres del norte*, que se extienden desde Coquimbo hasta Santiago de Chile y aun algo mas al S., los mas altos y esforzados moluchos; los *pehuenches*, que toman su nombre de la abundancia de pinos que en el país se encuentran, y que se extienden desde el de los picunches hasta los 35° de lat. S. Esas dos naciones estuvieron por mucho tiempo en guerra con los españoles, la cual los diezmó, igualmente que el uso de licores fuertes y las viruelas, y finalmente los *huilliches* ó moluchos meridionales que se extienden por Valdivia hasta el estrecho. Mas insiguiendo siempre al autor citado, los mas interesantes y mejor conocidos de ambos pueblos patagones son, á buen seguro, los que moran en las partes orientales de la region, los puelches, que tienen los moluchos al O., al N. la República Argentina, al E. el Océano atlántico, y el estrecho de Magallanes al S. Esos pueblos lo mismo que sus vecinos del occidente, se hallan divididos en muchas tribus principales, que se distinguen sobre todo por su situacion geográfica, y entre las cuales se advierten los *taluhetes* al N., los *diuihetes* al O. y al S., á lo largo del rio Colorado, el segundo del país; debilitados todos por las guerras: los últimos viven del pillaje que hacen en las tierras de la República Argentina y son los pampas de los españoles. Entre el rio Colorado y el Negro, hay los *chechelmetes*, nómadas por costumbre, pacíficos por índole, pero atrevidos y activos en el combate; finalmente los *tehuelches*, designados propiamente en Europa con el nombre de *patagones*, habitan en un país montuoso, cortado por profundos valles y regado por grandes rios. Algunas de sus hordas ocupan ambas márgenes del Rio Negro; otros, que los españoles llaman *serranos*, viven realmente con mas particularidad en los montes; no poseen la agricultura y se alimentan con la carne de los guanacos, de las liebres, avestruces y yeguas; son altos, bien formados, honrados y oficiosos, pero inconstantes y belicosos; divagan sin cesar para procurarse víveres y abandonan todos los años sus lagos, pantanos y rios para llegar, en caso necesario, hasta el territorio de Buenos Aires, distante tres ó cuatrocientas leguas de su país.

Ese era el estado de los conocimientos geográficos que tenian los antiguos sobre el país de los patagones, pero las observaciones mas recientes solo permiten ya citarlo como un recuerdo. Mr. d'Orbigny ha demostrado que en el dia todas las naciones predichas se reducen á tres bien distintas; primero, los tehuelches ó patagones, qne habitan desde el estrecho de Magallanes hasta el rio Negro; segundo los puelches, que se extienden desde el rio Negro hasta el Colorado, y algunas veces hasta Buenos Aires; tercero y últimamente las numerosas tribus de los araucanos, conocidos en el país con los nombres de pampas, pehuenches, huilliches, etc., en razon de los diversos lugares que ocupan.

Azara, preocupado siempre con sus injustas ideas contra los pueblos salvajes de América, niega á los indios patagones, que no ha visto, lo mismo que á la mayor parte de los que ha tenido ocasion de ver, toda religion y gobierno, como si no supusieran uno y otro la misma supersticion y la existencia del cuerpo social; pero observaciones mas exactas y mas imparciales rectificarán ese error y llenarán ese vacío.

Se ha llegado á encontrar en el sistema religioso de los patagones, un colorido poético y sorprendentes rasgos de analogía con el antiguo politeismo de los griegos; rasgos que casi harian perdonar al P. Lafiteau el haber soñado tantas ficticias relaciones entre los pueblos mas ignorantes del Nuevo Mundo y el mas culto del antiguo.

Su teología es maniquea. Admiten dos seres superiores, uno bueno y otro maligno. El primero segun las tribus, es *Toquichen*, gobernador del pueblo; *Soychu*, pesidente del país de los licores fuertes; *Guayava-Cunny*, señor de la muerte, secundado por otras divinidades bienhechoras, de las cuales preside cada una á una familia, y que moran en sitios desiertos, cavernas, lagos y colinas. El principio malo es el *Gualichu*, es *Huecuvu*; el que da vueltas hácia fuera, el cual tiene á sus órdenes muchos espíritus malhechores que divagan por el mundo; es el principio y causa de todos los males de la humanidad.

¿Qué diremos de la cosmogonía de los patagones? No es menos brillante ni menos extraordinaria. El mundo es la obra de sus divinidades buenas, las cuales los han armado, y lo han hecho salir todo de profundas cavernas á donde deben volver á entrar algunos despues de su muerte. Las estrellas son indios ancianos que cazan á los avestruces en la via láctea, y cuyas virtudes recompensa la voluptuosidad de una embriaguez eterna; las nubes son montones de plumas de los avestruces que han cazado.

En cuanto á su culto, tienen adivinos de ambos sexos, que les sirven de sacerdotes, profetas y augures á la vez; los hombres han de tomar vestidos de mujer y profesar el celibato, á lo cual no se hallan obligadas las mujeres. Se encuentran escoltados siempre, durante su vida, por dos de aquellos malos espíritus de que he hablado ya, y cuyo número ha de aumentar muchas veces, despues de su muerte. Su vocacion se anuncia por convulsiones y paroxismos de epilepsia. Sin haber oido probablemente hablar nunca de la varita de avellano, y de la varilla mágica, esos Cagliostros de la América austral pretenden ver dentro del seno de la tierra; pero muchos de sus antiguos partidarios empiezan ya á no creer en semejante poder. Yo les vi con ojos centelleantes, el pelo erizado, la boca espumosa, con un pequeño tambor, una calabaza llena de guisantes, con sacos y otros instrumentos, conjurar la enfermedad en la cama del enfermo; ó bien sentados en una suerte de trébedes, inspirados como las Calcas ó Pitonisas, anunciar victorias ó derrotas al pueblo reunido; pero, en premio del influjo debido al terror y la supersticion, y como para expiar la autoridad que se arrogan sobre un tímido populacho, los vi tambien caer víctimas, despues de la muerte de sus caciques y despues de graves calamidades públicas.

Uno de los caracteres mas notables de las ideas religiosas de esos pueblos, es el respeto para con los muertos. Sus exequias van acompañadas de muchas ceremonias. En algunas naciones, desde el momento que un hombre ha dado el último suspiro, forma el esqueleto una de las mujeres mas distinguidas de la tribu, separando las carnes y entrañas con particular destreza; luego lo entierran hasta el instante de colocarle en el sepulcro de sus antepasados. En otras, (por ejemplo los patagones) se limitan á sepultarlos con mucho fausto. Durante la ceremonia, algunos indios dan vueltas al rededor de la tienda, groseramente pintados de negro, con cantos tristes y lúgubres, golpeando el suelo, para atemorizar al Gualichu. Luego van á visitar á la viuda ó viudas y parientes del difunto, se desgarran el cuerpo en su presencia con espinas, dando muestras de un violento dolor, pero no enteramente desinteresados; porque reciben en recompensa presentes mas ó menos ricos, segun los bienes de la familia. Ciertas hordas sepultan los muertos en huesas cuadradas de cinco pies de profundidad, y los entierran con sus armas, cubriéndoles con sus mejores vestidos; segun Falconer, esas costumbres mortuorias han cambiado en una mujer anciana que tiene á su cargo el velar por los muertos; á este fin, abre los sepulcros asegurándola sus funciones el respeto de todos sus compatricios. Todos los años, se hacen libaciones sobre los túmulos, en honor de los difuntos. Los patagones meridionales han modificado algo esos usos. Los caballos de un jefe, y aun de cualquier difunto, son muertos en su tumba, á fin de que pueda montarlos para llegar al *alhue mapu* (país de la muerte).

Muy curioso era para mi encontrar en el S. de la América meridional, esa costumbre homérica, que habia visto practicar á los mbayos del Paraguay. En 1746, la tripulacion de un buque español de que he hablado ya, habia descubierto á treinta leguas al O. del puerto de San Julian, un sepulcro de patagones en el cual habia tres esqueletos y algunos caballos muertos. He visitado tambien una de aquellas tumbas. En el centro de un foso de un pie de profundidad y de treinta y seis á cuarenta y dos de circunferencia, habia amontonadas en forma cónica, zarzas y cueros, á la altura de doce ó quince pies. El

vértice del cono estaba enteramente cubierto de matas y pieles, con dos pequeñas banderas coloradas encima. En torno y por fuera del foso habia colocadas, de cuando en cuando, muchas banderas del mismo color; pero lo mas notable, eran las efigies de dos caballos construidas con pieles, colocadas junto al mismo foso y por fuera de él, con la nariz de una de ellas sostenida por un palo. Al examinar esa tumba, un anciano indio se me acercó con el aire mas inquieto, lanzando un fuerte y sentido grito, en el tono mas variado, que prosiguió hasta el momento en que me vió abandonar el sitio.

Solo traen el luto las mujeres, el cual dura el término de un año. Durante todo ese tiempo, á mas de que, siendo arrojados al fuego todos los efectos del difunto en su sepulcro, se encuentran muchas veces, lo mismo que sus hijos, reducidas á la mayor desnudez, se hallan obligadas á guardar el mas severo retiro, á pintarse de negro, sin poder lavarse nunca, y abstenerse de ciertos manjares. Además les está prohibido casarse durante el año de viudez, siendo castigados los vínculos que formasen en aquel tiempo con la muerte de los dos culpables.

Si de la tumba del Patagon, me remonto hasta su cuna, encuentro costumbres no menos curiosas en ese país relativamente á los infantes. Entrando un dia en una cabaña, como á menudo me sucedia, acompañado de una especie de gaucho que me servia de intérprete, vi á una mujer de avanzada edad, que tenia dos hijas, de las cuales la mayor era madre. La mas jóven, sin duda para ayudar á su hermana, mecia sobre sus rodillas á un niño con ojos vizcos, parecido á un papion al cual le hubiesen afeitado la cabeza; como hacia las veces de nodriza, tomaba con frecuencia al niño en brazos, presentándolo á la vieja india, y parecia divertirse mucho viéndola reir y hablar con el infante, lo que hacia la pobre mujer con tales gestos que hubiera dado miedo á un niño europeo. La jóven madre al momento que percibió que observaba á su hijuelo, me hizo sentar á su lado haciendo todo lo posible para darme la idea mas favorable de su solicitud; se apresuró primero á desembarazarlo de las pieles que lo envolvian para ofrecerlo enteramente desnudo á mi admiracion, luego, despues de repetidas expectoraciones y otras abluciones, se puso á llenar las funciones de nodriza; frotóle repetidas veces, lo que causaba al pobrecito convulsiones semejantes á las de una rana agonizante; envolvióle en algunas otras pieles, acabando por colocarlo en una especie de cuna parecida á aquellas de que se sirven los indios de la América septentrional.

Púsose en seguida á hacer su tocador, dividiendo su cabello en dos grandes trenzas que colgaban sobre sus espaldas, á derecha é izquierda. Tomó unos pendientes, formados de una lámina de cobre cuadrada ancha de dos ó tres pulgadas, unos brazaletes y un collar de granos de vidrio azul celeste, cubrióse el tobillo con adornos semejantes, se revistió de una especie de delantal que la colgaba hasta las rodillas, y colocó encima, sujetándolo al rededor del cuello con una especie de alfiler ó de varita de cobre, un manto de pieles de pequeñas zorras, que son las mas estimadas que emplean esos pueblos para construir sus vestidos; porque para el mismo fin se sirven de pieles de *yaguana* (suerte de hediondo), de mofeta y guanaco, que cosen juntas. La jóven madre probablemente seria una elegante, porque empleó bastante tiempo en vestirse; luego salió sin mas ceremonia, despues de haber suspendido el niño á sus espaldas en la cuna donde descansaba. Entendí que iba á cumplir algun deber exterior ó quizás á hacer una visita, y permanecí en compañía de sus padres con completa libertad para inspeccionar todo lo de la choza. Habia colgados en torno, entre otros objetos, muchos mantos de estambre, tejidos y pintados de diferentes colores, y una suerte de calzones ó delantales de cuero triangulares, para el uso del esposo. Tambien vi todas sus armas; porque era uno de los famosos guerreros de la tribu. Consistian en una especie de casco, una cota de malla, formada por cuatro dobleces de piel de tapir, á prueba de flecha, y aun de bala segun unos, lo que me parece increible; luego en un escudo cuadrado de piel de buey; finalmente en arcos y flechas, cuya punta era de hueso, y en lanzas de doce á quince pies de largo. Al lado de las armas colgaban muchas suertes de *bolas*, de las cuales una aislada, servia de arma de guerra unida á una pequeña correa; dos reunidas, cubiertas de cuero y atadas á una tira de piel de nuevo á diez pies, se usaban indiferentemente en la guerra y en la caza. Habia otras tres destinadas solo para la caza. En este último caso, las dos son menores, y la otra mas gruesa se halla unida á una cuerda de tres pies de largo. Todas esas armas son ciertamente inferiores á las nuestras; sin embargo, manejadas con la destreza que da á esos pueblos la larga costumbre de servirse de ellas, no han dejado de ser mas de una vez funestas á los españoles, segun me lo atestiguaba el último ataque del fuerte del Cármen.

No les falta á los patagones en tiempo de guerra una suerte de táctica bastante hábil, aunque por cierto menos profunda y sabia que la nuestra. Tienen caciques á quienes reconocen por jefes, cuyo poder, aunque hereditario, es muy precario y muy débil. Los jefes no pueden cargar á sus súbditos impuesto alguno y han de pagar todos los servicios que de ellos reciben.

Toda su autoridad, fundada en su elocuencia, no es mas que un poderío de proteccion y de justicia. No tienen responsabilidad alguna y exigen muchas veces buena paga de los reclamantes. Por otra parte, consisten sus funciones en dirigir los movimientos generales de la tribu, los viajes, altos y campamentos, las cazas y las guerras. En ocasiones importantes, de las cuales pueda depender la suerte de la nacion, se sirven de las luces de un consejo, formado por los notables y adivinos. Cuando la venganza de una injuria, la necesidad de procurarse víveres ó simplemente el deseo del pillaje (por ser estas las causas mas comunes de las hostilidades en esos pueblos), arman á una tribu de consuno con las vecinas, eligen todas un jefe (*apo*), al que obedecen los caciques de cada una de ellas. Si solo se trata de meras correrías de cincuenta á sesenta hombres, que se distribuyen en campos volantes, toman menos precauciones, y solo piensan en sorprender las quintas aisladas para apoderarse de los ganados y moradores. Pero en las expediciones en regla, son necesarios otros cuidados. Acampan comunmente á treinta ó cuarenta leguas de distancia de los enemigos. Siempre se adelantan al cuerpo del ejército algunos corredores ó batidores, tan prudentes como diestros, con el objeto de reconocer el terreno y de señalar los sitios débiles y aquellos adonde deben dirigirse especialmente las fuerzas. El ataque se ejecuta algunas horas despues de media noche, cuando se supone al enemigo sumergido en un profundo sueño. Matan á los hombres, llevándose las mujeres y niños. Hasta las indias siguen al ejército expedicionario; y en semejantes ocasiones, no es raro verlas montar á caballo, con la cabeza cubierta con una especie de sombrero de paja en forma de yelmo; combatiendo y robando tambien como los hombres. Consumada la victoria, aléjanse á toda prisa para dividir el botin, cuyo reparto nunca se efectúa sin disputas y riñas.

Las guerras de los indios de esas regiones con los españoles no dejan de ser demasiado célebres, por la sangre que costaron á ambas partes y por el odio encarnizado cuyo objeto fueron, y son actualmente, entre los indígenas y los colonos extranjeros. Desde mediados del siglo XVIII, han podido permanecer interrumpidas; pero nunca han cesado del todo. En el dia aun tienen en estado de alarma agresiones siempre inminentes al gobierno de Buenos Aires, el cual en vano ha opuesto sus mejores tropas y mas diestros generales á sus turbulentos vecinos, vencidos muchas veces, pero nunca sometidos. Esas guerras de exterminio empezaron en 1738. Un cacique tahuete, llamado Mayu Pilguya, pereciera víctima de la ingratitud de los españoles, á quienes habia servido por mucho tiempo contra sus compatricios. Vengáronle estos mismos, atacando y pillando algunas haciendas cercanas á Buenos Aires. Esas hostilidades dieron lugar á crueles represalias por parte de los españoles; y las atrocidades de los colonos determinaron por fin un alzamiento general de las naciones indias, las cuales atacaron á un tiempo á los españoles, desde las fronteras de Córdova y Santa Fe hasta la boca de la Plata, en una línea de mas de cien leguas. Nuevos combates, nuevas derrotas de los europeos. Los furores de la guerra, apaciguados por algunos años, se reanimaron con mayor encarnizamiento que nunca en 1767, provocándolo los españoles. Mas prudentes despues de nuevas pérdidas, se ven reducidos estos en el dia á tomar contra sus temibles adversarios medidas de defensa, mas bien que una actitud ofensiva, cuyo riesgo ven finalmente demostrado.

Cuando acababa de recibir de boca de mi intérprete, los detalles estratégicos á que habia dado lugar la inspeccion del arsenal patagon, volvió á entrar la jóven, seguida de un hombre armado con flecha; probablemente volvia de cazar, porque traía dos grandes armadillos en la espalda. Sus cabellos estaban reunidos por detrás, levantados en punta, y atados muchas veces encima de la cabeza, con una ancha faja de lienzo teñido y cargada de adornos. Llevaba la capa de guanaco; el rostro estaba pintado de colorado y negro, lo que atestiguaba su rango y fortuna. Parecia muy enojado. Entendí por su aire de autoridad y por lo que me dijo el intérprete, que era el dueño de la cabaña, y que reñia á su esposa por haberle comprometido en algun negocio; porque en la Patagonia rara vez el marido castiga á su mujer; al contrario, la defiende en público, aun cuando haya cometido alguna falta; pero en particular no la escasea los reproches. El casamiento para los patagones es un verdadero mercado. En efecto, las mujeres se estiman y compran alguna vez á precio bastante caro en brazaletes, vestidos, caballos y otros objetos á los cuales dan mucho valor. El número es ilimitado; todos pueden tener tantas como les es dable comprar y mantener. Las ceremonias del casamiento son ningunas ó muy sencillas. Tan pronto los padres conducen á la novia á casa de su esposo, como este va á buscarla á casa de los primeros; y comunmente permanece fiel una mujer al hombre que ha tomado por esposo; pero siendo esas alianzas á menudo meras especulaciones por parte de los padres, sucede muchas veces que la mujer abandona el lecho conyugal para seguir el objeto de un primer amor, con el cual es fuerza entonces entablar una demanda ó entrar en composicion. En caso de infidelidad cogida infraganti, siempre es castigado el amante; pero por lo general, son poco suceptibles los Patagones en el artículo del adulterio. Lo mismo

que en todas las naciones salvajes, se hallan obligadas las mujeres á grandes trabajos. Casi solo se hallan dispensadas de cazar y pelear; y aun hemos visto que este último cuidado no siempre les es extraño. Por otra parte, queda para ellas todo lo restante. Nutren y traen á sus criaturas consigo; cuecen los comestibles; ponen y limpian las tiendas; cargan y descargan los caballos; llevan las armas de sus maridos, sin que las libre de esos penosos trabajos enfermedad alguna ni el embarazo; solo las esposas de los jefes ó las mujeres ricas pueden tener esclavos que con ellas los dividan. He visto algunas en los mercados, cargadas con el producto de la caza, utensilios de cocina, armas y toda suerte de provisiones, sin que ningun hombre tomase nunca la menor parte en su trabajo. Eso no siempre es debido á indiferencia, á crueldad; es por pundonor, por una preocupacion del nacimiento, de una falsa dignidad, que entre ellos, lo mismo que entre todas las naciones americanas, envilecen al sexo débil en provecho del nuestro, y siempre se opondrán á que los indígenas abracen enteramente, bajo este respeto, nuestros usos y costumbres.

Además de las nociones que habia adquirido con diferentes incursiones por el país, acerca las costumbres públicas y privadas de los indios, habia visto el partido que saben sacar los industriales europeos de las salinas naturales del país, recogiendo en provecho del comercio, la sal esparcida por todas partes con tal abundancia. En los bordes del rio Negro, habia sido testigo de una de aquellas abominables matanzas de ganados descritas por Mr. de Orbigny, y en las que en un solo establecimiento, y por intereses de comercio, se da muerte hasta á diez mil cabezas de ganado á la vez, con el fin de salarlas y convertirlas en tasajo. Nada mas me quedaba por ver en el país que la pesca, ó mejor caza, de los elefantes marinos; con este objeto, hube de dirigirme á la bahía de San Blas, algo al N. del Cármen; pero como nada mas me detenia ya en ese lugar, tomé mis medidas al mismo tiempo para continuar desde allí mi camino al norte por tierra, volviendo de Buenos Aires.

El elefante marino (*phoca leonina*, Lin.) macho tiene de quince á veinte pies, y la hembra de ocho á diez. Se ha dicho falsamente que pasa gradualmente, en razon de la edad, del color perdusco al azulado, y de este al atezado arrimándose al negro; pero lo cierto es que al contrario pasa del gris al azulado. No tiene orejas, á diferencia de la especie llamada *otaria*; pero se halla provisto de largos mostachos. Su ojo es saliente y muy grande; las aletas anteriores están dotadas de mucha fuerza, y el hocico (en el macho) termina en una trompa arrugada de cerca un pie de largo, que se hincha cuando se irrita el animal; de la cual proviene el nombre de *elefante marino*, que le han impuesto Peron y otros naturalistas ingleses. En los primeros ocho dias, crecen los pequeños, se dice, cuatro pies; pesando ya unas cien libras; y al cabo de algunos años, han llegado á su talla ordinaria. Parece que solo viven de veinte y cinco á treinta años. Gustan de las islas desiertas y selváticas, permanecen en tierra ocho meses y solo se hallan en los arenales. Son muy inteligentes y susceptibles de domar y afeccionarse á su dueño. En la estacion de los amores, se entregan los machos á sangrientos combates para la posesion de la hembra, que comunmente da á luz uno y rara vez dos hijuelos en cada gestacion.

La bahía de San Blas, á donde iba, es llamada por los españoles *Bahía de todos los santos*, y mas justamente por los marinos, *Bahía de todos los diablos*, con motivo de los violentos vientos á que se halla uno expuesto en ella. Está situada en los 40° 40' de lat. S., y formada por muchas islas de las cuales la mayor, que tendrá cuatro leguas de largo, es la de los Gamos. Mucho tiempo antes de llegar á ella, fuimos sorprendidos mis compañeros y yo por horribles gritos, semejantes á los mugidos de toros furiosos, lo que nos anunció que habia comenzado la caza; porque es ese el grito que arrojan los elefantes marinos cuando se ven atacados. Habiendo llegado, tuve á la vista un desagradable espectáculo que no deja de tener algo de espantoso. Habia un grande número de esos colosos anfibios presa de otros tantos europeos, los cuales les hundian largas lanzas en el vientre, al paso que algunos indios introducian en el cuello de otros pedazos de madera hechos ascua, matándoles facilmente de este modo; porque á pesar de su terrible aspecto y de lo enorme de su mole, son por lo comun apacibles, mansos y poco temibles, haciendo siempre mayor ruido que daño.

Su carne es insípida, aceitosa, é indigesta y negra: solo puede comerse la lengua, y yo he comido sin fastidio. Tienen muchas veces de seis á diez pulgadas de grasa, la cual derritida se convierte en aceite de que se hace mucho uso en el comercio; dícese que es superior al de las ballenas, y por otra parte se obtiene mucho mas facilmente, especialmente desde que esos cetáceos han abandonado el banco del Brasil para refugiarse, en las aguas de las Malvinas, ó mas hácia al S., á donde van á perseguirlos no mas que en una estacion del año, á causa del aislamiento de esas costas, desprovistas de puertos. Los ingleses y americanos han conservado, mientras han podido, el monopolio de ese precioso artículo de comercio, ocultando á la Europa los resultados; pero desde 1820, Mr. Constant Gaultier, de Saint-Malo, lo dió á conocer á la Francia, por medio de una feliz expedicion; y todo lo que al presente

ha de temerse, es que cazada á la vez por los americanos, ingleses y franceses, tarde ó temprano quede enteramente destruida la especie de los elefantes marinos, por numerosa que pueda ser. Igualmente abundan las cercanías del rio Negro y todas las costas de la Patagonia en otras dos especies de focas; los *leones marinos*, ó focas con melenas (*phoca jubata*, Gmel.), suerte de otaria cuyo macho tiene el cuello lleno de pelo mas espeso y rizado que el resto del cuerpo. Mátanlos á fusilazos y no á lanzadas, porque no permiten que se les acerque como los elefantes; pero como tienen poca gordura y su piel no es buena para ningun uso, casi no les dan caza. En cuanto á la otra especie, la de los lobos marinos, se distingue en lobos marinos de un pelo y en lobos marinos de dos. Los primeros tienen un pelo gris claro cubierto por un plumon que los hace preciosos. Sus costumbres son las mismas que las de los leones, y los matan á palos. La piel de los segundos es poco estimada.

Estas son las nociones recogidas hasta la actualidad y difundidas por las vias comerciales; pero las observaciones recien hechas con esos diferentes animales probarán pronto que quizá por un error poco excusable, se hallan especies distintas en seres que solo difieren por el sexo.

Del rio Negro al Colorado hay diez dias de camino; pero habíamos pasado muchos en San Blas. En ese trayecto, solo vimos llanuras áridas, y no hallamos mas que avestruces y guanacos. Nuestra caravana estaba formada por muchos de esos gauchos, hombres medio salvajes, medio civilizados, que se encuentran por todas partes en la América española viviendo siempre á expensas de los demás, sin mas ley que su capricho y sin otra pasion pue la del juego y bodegones. Tambien teníamos indios aucas entre nosotros, los cuales viajaban con sus mujeres y niños, conduciendo las bestias de carga con los bagajes de todos, y los animales de provisiones: andaban todos, se detenian y cazaban alternativamente bajo la direccion del *vaqueano* (guia), personaje de los mas importantes en esas circunstancias; porque de sus luces y prudencia depende el buen éxito de aquellos largos viajes al través de las interminables llanuras, en donde no hay camino trazado.

El rio Colorado toma nombre del color de sus aguas. Si el rio Negro es el primero de la Patagonia, es ciertamente el segundo el Colorado. Tiene su orígen en las cercanías de Mendoza; y puede concluirse, por el itinerario de una expedicion ordenada en ese rio en 1828 por Mr. Parchappe, ingeniero francés al servicio de la República Argentina, que se compone de dos brazos principales, de los cuales uno procede directamente del vertiente de los Andes á cuyo pie se encuentra Mendoza. Esos datos son enteramente contrarios á los que han consagrado de un modo uniforme todos los mapas conocidos hasta el dia y todos los geógrafos. El rio Colorado tiene de comun con el Negro un fenómeno que á ambos los hace semejantes al Nilo; esto es, el de inundar periódicamente los inmensos llanos que recorren.

Del Colorado nos dirigimos hácia el monte llamado Sierra Ventana, el cual dista cuatro dias del camino. Descúbrese esa montaña, en el mar á mucha distancia; es idénticamente la misma que el pretendido *Monte Hermoso*, que distinguen los mapas, colocándolo en el mismo borde del Océano, al paso que dista de él mas de doce leguas.

Llegamos finalmente á la Bahía Blanca, situada á cuarenta leguas marínas al N. del Cármen y adonde iban á establecerse muchas de las personas que componian nuestra caravana. El año anterior (1828), Mr. Parchappe habia fundado allí un establecimiento militar destinado á difundir y consolidar en esos agrestes sitios, casi desiertos aun, la influencia de la República Argentina; pero estaba yo lejos de creer que en ellos encontraria á un amigo. Así pues, al acercarnos al nuevo fuerte ¡ cuál fue mi sorpresa, viendo á la cabeza del destacamento que se adelantó para reconocernos, al hijo de D. José García, el bueno de Lorenzo, á quien no creía abrazar hasta Buenos Aires!... Pero habia cambiado de uniforme. No llevaba ya el casco negro bordado por arriba de amarillo, la blusa encarnada con collarin negro, el pantalon gris y el sable con vaina de hierro (Pl. XXXV. — 4); ya no era colorado. « Ese cuerpo, me dijo despues de los primeros cumplidos, ya no existe. Habia sido formado á propósito para combatir á los indios; pero desde que han cesado ó suspendido sus agresiones, lo ha licenciado el gobierno, y V. me encuentra aquí colono, ú mas bien defensor de la nueva colonia; mis servicios pudieran aun serle por mucho tiempo necesarios, porque los pícaros que nos rodean no parecen vernos extender y fortificar mas y mas de dia en dia con mucho gusto suyo, por un país del cual hemos de confesar tienen sobrada razon en reputarse como legítimos poseedores. »

La exploracion de la bahía y sus alrededores, por lo general bastante áridos, habia de ser menos desagradable para mi en compañía de ese amigo; por lo que no tardamos á salir juntos al campo. Partimos del fuerte, situado en medio de una fértil llanura, en la orilla izquierda y á cinco cuartos de legua de la boca de uno de los pequeños rios que desaguan en la bahía. Esa solo es conocida de muy pocos años; y no la indican las cartas geográficas mas modernas, excepto las de Brué. Descubierta por los pescadores que persiguen en todas aquellas costas á los numerosos anfibios que por ellas se encuentran, solo se ha hecho un reconocimiento oficial en nom-



3. Chasse à l'Autruche.

3. Caza del Avestruz.



4. Soldat Colorado.

4. Soldado Colorado

5. Indienne du Sud.

5. India del Sur

bre del gobierno de Buenos Aires en 1804 y 1805. Habia acampado en la comarca un cuerpo de indios pampas, y no podia dejar escapar una ocasion tan á propósito para compararlos con sus hermanos del Rio Negro, sobre todo acordándome de que se les habia visto á la cabeza de todas las coaliciones formadas contra Buenos Aires, desde el orígen de esa ciudad hasta 1704, época en que por primera vez hicieron las paces con los españoles.

CAPÍTULO XXXVI.

REPÚBLICA ARGENTINA. — PAMPAS.

Próximo á entrar en el territorio propio de los indios pampas, voy á trasladar algunos conocimientos generales sobre la historia é industria de esos pueblos, los cuales naturalmente servirán de introduccion á los datos que he recogido por mi mismo acerca sus costumbres y país.

Desde 1535 hasta 1794, disputaron los indios pampas su territorio á los fundadores de Buenos Aires con un vigor, perseverancia y valor admirables. Abandonaron el puerto los españoles, despues de considerables pérdidas; pero volvieron luego, edificando de nuevo la ciudad. Siendo entonces mas fuertes en caballos, no pudieron los pampas resistirles, y se retiraron hácia el S., en las regiones que habitan aun. Vivian en ellas como antes, cazando los tatúes, las liebres, ciervos y avestruces, que se hallaban en abundancia; pero se habian multiplicado mucho los caballos silvestres, y principiaron á darles caza para alimentarse con ellos. Despues de los caballos, se multiplicaron tambien los demás animales de carga; pero nunca pensaron los indios en comerlos. De esto resultó, que no oponiéndose nada á su multiplicacion se extendieron por el S. hasta el rio Negro, á los 41° de lat. S.; y con la misma proporcion, hácia el O. hasta las cercanías de Mendoza y la cordillera de Chile. Los moradores de esas regiones viendo llegar el ganado hasta ellos, se pusieron á matarle para su alimento; cuando tenian provision abundante, vendian el exceso á los demás araucanos y aun á los presidentes de la audiencia. De este modo fue menguando el número de animales en aquellas regiones del occidente; pasando todo el resto hácia el E. y reuniéndose en el país de los Pampas. En consecuencia, se establecieron muchas naciones indias del vertiente oriental de las grandes cordilleras y de la Patagonia donde era mas abundante el ganado, y se aliaron con los pampas que poseían ya muchos caballos. Los recien venidos condujeron gran número de esos caballos como tambien animales rumiantes, vendiéndolos á los demás indios y á los españoles de Chile. De este modo destruyeron el resto de ganados silvestres; á lo que les ayudaron los habitantes de Mendoza y Buenos Aires, los cuales se entregaron á ello con ardor, tanto para procurarse víveres como para tener las pieles y el sebo. Viéndose faltos de sus ganados los pampas y sus amigos, los cuales formaban el solo artículo de su comercio, empezaron á mediados del último siglo, y aun mas tarde, á hurtar los animales domésticos de las tierras y cercados de los habitantantes del distrito de Buenos Aires. Siguióse de ello una sangrienta guerra; porque los indios no satisfechos con pillar el ganado, mataban á los hombres, se llevaban consigo las mujeres y niños, haciéndolos esclavos y mas bien criados. Durante esa guerra, incendiaron muchas casas y dieron muerte á millares de españoles. Devastaron muchas veces el país, cortaron por largo tiempo las comunicaciones entre Buenos Aires, Chile y el Perú, y obligaron á los españoles á cubrir la frontera de Buenos Aires con once fuertes, en los cuales pusieron una guarnicion de setecientos caballos, sin contar la milicia. Las mismas precauciones se tomaron en los distritos de Mendoza y de Córdova. Habíanse reunido para esta guerra muchas naciones indias; pero siempre eran los pampas los primeros y los mas numerosos. Se habian establecido á mas de veinte y cinco leguas al sudeste de Buenos Aires; en el dia se extienden por todas las llanuras del país; pero muchas tribus llegan á él de mucho mas lejos y aun de las partes meridionales de la Patagonia.

Los pampas tienen todos los caracteres físicos de los indios de la América, del norte al sur; pero con su comercio con los europeos no han variado tanto como sus hermanos del norte. Tal vez con demasiada lijereza se haya creido que no tenian el vicio de embriagarse, y quizás se haya tambien exagerado mucho la superioridad industrial que se les concede hasta sobre los descendientes de los españoles, á los cuales proveen de muchos objetos necesarios y aun de muchos de lujo. De este modo, por ejemplo, fabrican los pampas excelertes ponchos de lana, tejidos con tal arte, que resisten las mas fuertes lluvias. Están adornados con dibujos muy originales y teñidos con colores poco brillantes, pero muy sólidos, y de mejor uso que los mas ricos y costosos que se fabrican en otras partes con ropas de algodon. Ese vestido, de uso universal, y de que mas de una vez he tenido ocasion de hablar, se compone de dos porciones de tela de siete pies de largo y anchas de dos, cosidas juntas en el sentido de su longitud, excepto en el medio, en donde dejan una agujero bastante grande para poder pasar la cabeza. Tambien fabrican los pampas, con mucha destreza y buen resultado, to-

da suerte de obras de piel, como canastas, cestos, látigos y riendas, á menudo de suma elegancia en especial esos dos últimos objetos; estribos de palo, muy sencillos unos y enriquecidos otros con grabados en relieve; plumeros de plumas de avestruz; mueble que se encuentra en todo aposento en Buenos Aires, de grandes plumas grises los comunes, de plumas blancas los mas elegantes, las cuales son mucho mas raras y se tiñen de diferentes colores, para hacerlas figurar en los mas magníficos salones. Para uso de los campesinos, fabrican botas con la piel de las patas de caballo (*botas de potros*). Separan ese cuero por arriba del muslo hasta encima de la rótula despojándolo de su pelo. Entregan esas botas secas y fuertes; pero antes de servirse de ellas, las suavizan con grasa. Tambien venden los indios pieles de distintos animales silvestres peculiares á su país, recibiendo en cambio aguardiente, mate, azúcar, higos, uvas, tabaco, navajas, confituras, etc. He visto muchas veces tener su despacho esos industriosos comerciantes en pulperias de Buenos Aires, en donde se venden por mayor los diferentes productos de su industria para ser expendidos al por menor á los habitantes. Los pampas como los demás indios se tiñen; pero solamente el rostro. Su cabello es largo y espeso; tan pronto con la punta hácia arriba, como sostenido con descuido en la frente y al rededor de la cabeza, mediante una faja tornasolada, lo que no se opone á que caiga por la frente y por el rostro en forma de mechas tiesas, de un modo mas pintoresco que agradable. Las mujeres lo dividen en dos mitades que hacen caer en forma de cola apretada por las orejas y espaldas, á lo largo del brazo. Usan pendientes, collares y otras joyas, afectando de este modo una especie de lujo y coquetismo, sin ser mucho mas limpias que las demás indias, ni mucho mas reservadas; y aun pasan todavía por mas fáciles. Los hombres van casi desnudos en la guerra, en la caza y por sus cabañas, á menos que haga frio ó que estén en la ciudad: entonces envuelven la parte inferior de su cuerpo con una especie de jubon (*chilipa*) de lienzo blanco, con listas pardas ó cargado de adornos mas ó menos raros, de color oscuro, y se cubren los hombros con un poncho dispuesto en forma de capa, ó bien como una faja (PL. XXXV. — 2).

Para completar mis observaciones sobre los trajes de esas naciones meridionales, faltábame el de los puelches. Mas tarde vi á una familia de esa nacion, que vivia en las cercanías de Bahía Blanca: el adorno ó mejor el vestido de una jóven india de esa familia se componia de tres partes bien distintas, una fijada en la cintura cubriendo la parte anterior del cuerpo; otra que atada por debajo de los brazos descendia hasta los pies; siendo la tercera una especie de manto sujeto con una aguja de plata, que cubria los hombros: esas ropas eran de lana tejida por los mismos puelches (PL. XXXV. — 5).

Tanto en la caza como en la guerra, solo se sirven los pampas de bolas, cuchillos, sables sin vaina, comprados ó permutados en Buenos Aires, y de lanzas de diez ó doce pies de largo, cuya asta de caña está adornada en su extremo con un haz de plumas de avestruz, y armada con un hierro que la hace temblar con su peso. Son famosos por la destreza en lanzar las bolas; arma tan formidable en sus manos, que en la época de la conquista, enlazaron en una batalla y dieron muerte á D. Diego de Mendoza, hermano del fundador de Buenos Aires, y nueve de sus principales oficiales que lo rodeaban á caballo, con gran parte de sus soldados. Atando manojos de paja encendida á bolas que lanzaban aisladamente, llegaron, como dicen, á incendiar muchas casas y aun buques de Buenos Aires.

Los actuales pampas no son menos diestros que sus abuelos en lanzar las bolas, y yo mismo fuí testigo de su habilidad en este género. Cargado de cartas y cumplidos de Lorenzo para su familia y amigos de Buenos Aires, habia por fin dejado la Bahía Blanca; acercándome siempre al término de mi viaje, me veía próximo á llegar al fuerte de la Independencia, situado mucho mas al N., cuando de repente manifestóse un grande movimiento en nuestra caravana, habiéndose adelantado al galope, con el lazo extendido y volteando al rededor de la cabeza, nuestros pampas, al mismo tiempo que nuestros gauchos. Habian visto avestruces, y nunca percibe un pampa ó un gaucho cualquier animal en el campo, sin experimentar la imperiosa necesidad de perseguirlo y alcanzarlo (PL. XXXV. — 3). Ya habia visto muchas veces á los gauchos cazar los avestruces con toda la destreza imaginable; pero esta vez, manejaron los cazadores indios sus bolas con tal habilidad, que en un momento habian tomado y despojado de la piel y plumas á tres ó cuatro de aquellas aves cuya piel sirve para componer una suerte de bolsa, y con las plumas forman escobas y adornos para la extremidad de las *picanillas* de los carros y de las lanzas indias. Solo se come la carne de la pechuga del avestruz, que es muy tierna, crasa y de un sabor bastante agradable. El avestruz de América ó *nandú* (*struthio rhea*, Lin.), que los portugueses del Brasil llaman impropiamente *emen*, nombre que realmente solo pertenece al casoar, es la mitad menor que el de África. Está menos provisto de plumas y se distingue por los pies que tienen tres dedos, todos ungulados. Su plumaje es gris, y pardo en el dorso. Es muy comun en las márgenes del rio de la Plata, en los llanos de Montevideo y

én los Pampas de Buenos Aires. Nunca entran los nandues en los bosques, prefiriendo siempre los terrenos pantanosos y las orillas de los arroyos que desaguan en los grandes rios, en donde se les encuentra á pares, ó en manadas de treinta y aun en mayor número. En las regiones en que no se caza á esas aves, se acercan á las quintas sin asustarlas la vista de los caminantes; pero en aquellos países en que son perseguidas, son muy silvestres y tímidas. Corren con tal celeridad, que solo pueden darles alcance los mejores caballos y los mas diestros jinetes. Despues de haberlas cogido, ha de acercárseles con precaucion; porque, incapaces de servirse del pico para herir, se valen de él para morder con una fuerza que rompiera una piedra. No pueden volar, cuando huyen dirigen las alas atrás; pero para volverse ó huir el cuerpo, abren una de ellas presentándola al viento, con el fin de acelerar la corrida. Los avestruces son fáciles de domar cuando jóvenes. Recorren los aposentos y calles, y se alejan por el campo á veces á la distancia de una legua, seguros siempre de encontrar un asilo. Son muy curiosos, deteniéndose delante de las ventanas y de las casas para ver lo que pasa en ellas. Los alimentan con yerbas y carne, y en el estado silvestre son especialmente herbívoros. Tambien tragan monedas, pedazos de metal y piedrecitas. Se cree que nunca beben; pero nadan muy bien, atravesando facilmente los rios y pantanos, cuando se ven perseguidos. Su número disminuye á proporcion del aumento de poblacion, porque á pesar de la misma dificultad de matarlos á fusilazos ó de perseguirlos á caballo, y aunque sea imposible cogerlos con lazo, cada uno busca apoderarse de sus huevos y destruir los polluelos. En el mes de julio, estacion de sus amores, da el macho un grito bastante parecido al mugido de una vaca. Los primeros huevos se encuentran á fines de agosto y los primeros hijuelos en noviembre. La cáscara del huevo no es tan gruesa como la de los avestruces de África, y es de color blanco mezclado con amarillo. Los cabos son casi de igual tamaño, y el mayor diámetro es de cinco pulgadas y tres cuartos. Los campesinos recogen todos los que hallan, tanto para comerlos, como para venderlos; es una comida excelente. No se sabe á punto fijo el número de huevos que en cada puesta producen. Azara dice haber visto una hembra sin macho, que habia puesto en tres dias diez y siete huevos, que habia diseminado por diferentes sitios. Se dice que dos hembras de un solo distrito deponen sus huevos en un solo nido, y que solo los empolla un macho. Afirma Azara, segun observaciones propias, que una sola ave los incuba y toma los mayores cuidados para con los pequeños, sin ausilio de otra. Además, se pretende que si los toca alguien, los aborrece el ave, y que los aplasta con sus patas, si se ve observada durante la incubacion. Tambien es comun opinion que el macho cuida de separar un corto número que rompe despues, cuando están para nacer los hijuelos, con el fin de que saliendo de la cáscara los otros, encuentren el alimento que han de suministrarles las moscas reunidas al rededor de los huevos rotos.

El fuerte de la Independencia, á donde llegamos, se halla á unas ochenta leguas de la capital, y al pie de las montañas del Tandil, las cuales forman, segun Mr. Parchappe, con las del volcan del E. y las del Tapalquen al O., un sistema orológico evidentemente unido al de la Sierra Ventana, que habia visto ya mas al S. de la Sierra Huamini. Antes de llegar á él, habia recorrido sucesivamente, partiendo de la Sierra Ventana, unas llanuras arcilloso-calcáreas, regadas por riachuelos mas ó menos salados; montañas enteramente calizas que deben su nombre de *Sierra de la Tinta*, ó de los Colores, á los ocres que los indios van á buscar en ellas para pintarse el rostro ó teñir los cueros; finalmente un hermoso valle por el cual corre el pequeño rio de Chapaleufu.

Los montes del Tandil son poco altos, pero se distinguen por cumbres graníticas rojizas, desnudas y rasgadas, que contrastan con el risueño verdor de las cercanas llanuras, en donde no se encontraria una piedra ni un solo guijarro, y sus gargantas arrojan á torrentes numerosos arroyos que hacen mas imponentes y tristes el silencio é inmovilidad de las pantanosas aguas del llano.

El nombre de *Grupo del volcan* parece ser corrupcion de un nombre local que significa *abertura*, porque en efecto esa cordillera abre un paso del N. al S. á las anuales emigraciones de los pueblos salvajes; solo tiene volcánico el nombre. Ese grupo, el del Tandil y el del Huamini, se dirigen á la vez, aunque separados, hácia el cabo Corrientes, á cuya altura van á espirar todos, formando de este modo el límite meridional de la cuenca de los Pampas propiamente dichos; pero es fuerza explicarse y entenderse acerca la idea, muy vaga aun, que comunmente se tiene de esas vastas llanuras, idea que procuraré rectificar y fijar, apoyado en las observaciones de Mr. Parchappe, á quien una permanencia de muchos meses en aquellas regiones ha puesto en estado de reconocer mas de un error sobre sus caracteres físicos y geológicos, así como acerca su extension real.

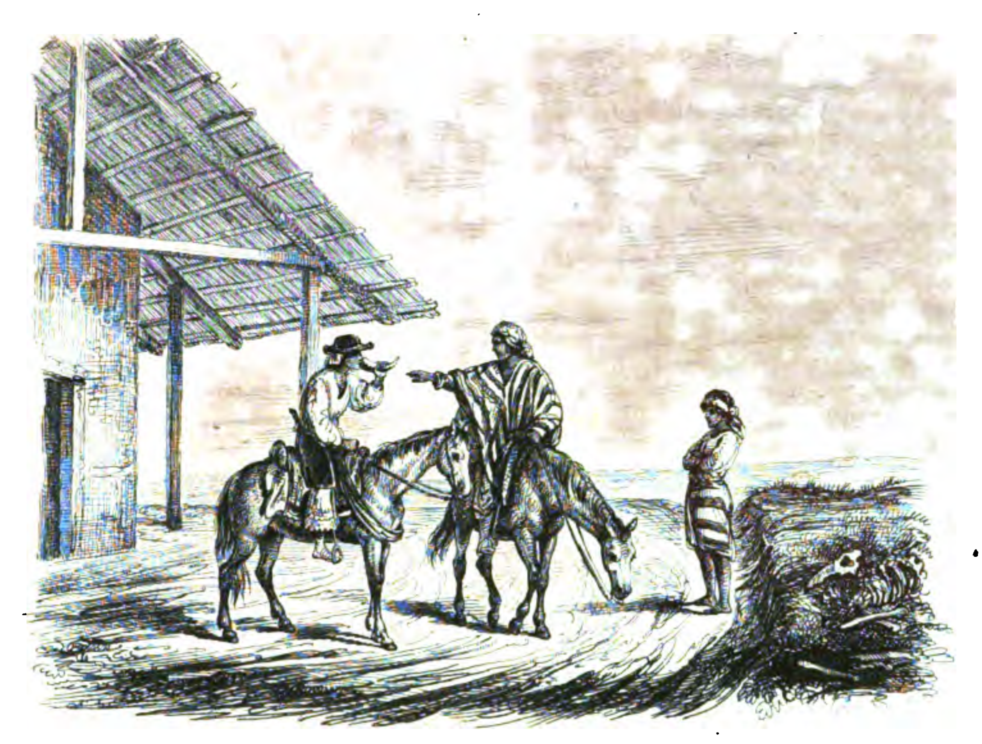
Segun aquel observador, la palabra *Pampas* que significa *llano, llanura rasa,* se hubiera aplicado á una superficie de terreno muy considerable, y no todos los Pampas fueron un terreno absolutamente llano y cubierto de pastos. Segun

él, los propiamente dichos, terrenos esencialmente arcillo-calizos, estarian por todas partes rodeados, excepto en el N. y E., por terrenos silíceos cubiertos de árboles enfermizos y espinosos, los cuales, á pesar de la opinion generalmente adoptada, distan mucho de extenderse de las regiones cálidas de las palmeras hasta los hielos del estrecho de Magallanes. En esos límites, los Pampas propiamente dichos, presentan hácia el N., entre el rio de la Plata y el Salado, y aun mas al S., eminencias bien pronunciadas, pero que desaparecen á medida que se adelanta hácia la region austral; esos pequeños cerros ó mamelones, llamados *medanos* ó dunas por los habitantes españoles, tornasolan en el verano, por su color amarillento, en la alfombra uniformemente verde y sin árboles, en medio de la cual se levantan: en la estacion de las lluvias se agrupan formando islotes en la llanura inundada, como las cuestas egipcias en tiempo de las avenidas del Nilo. «De lo alto de aquellas pequeñas eminencias, dice M. Parchappe, el ojo recorre, con una especie de terror, la vasta soledad que le rodea. En ese silencioso y triste paisaje, ni un árbol, ni una sola mata se dibuja en el azul del cielo. En vano buscaria el ave perdida por la inmensidad del llano encontrar una rama para su reposo, ó el mas pequeño follaje que le sirviera de asilo: la naturaleza pareceria enteramente inanimada, si no se cernieran algunas cigüeñas por encima de esos campos, y si de cuando en cuando los gamos y avestruces no dejasen percibir su cabeza por encima de los pastos.»

Ya nos hallábamos á quince leguas del Tandil, y merced á lo horizontal de la llanura, aun lo teníamos á la vista al S., al paso que se extendian por delante de nosotros, en un horizonte sin límites, extensos pantanos formados por los arroyos que descienden de los montes del mediodia, los cuales en ninguna parte encuentran curso. Llegamos en fin al *Kaquel* en donde empiezan los lugares habitados; porque, hasta entonces, no habíamos tenido otro camino trillado que el que conduce al fuerte. Ya encontrábamos, de cuando en cuando, algunos *ranchos* (cabañas), algunas *pulperias*, ó bodegones, como se encuentran en todos los sitios que no son enteramente desiertos. No habíamos llegado todavía al límite del cultivo; y de tan lejos como podia extenderse la vista, solo divisábamos el llano, cuando vino á ofrecérsenos uno de esos miserables y sucios agujeros, que, tal como era, diónos gran placer sin embargo, porque á lo menos ibamos á ver otras figuras humanas que las de nuestros compañeros de viaje. No era pulperia de las menos bien provistas: habia en ella abundancia de aguardiente, cigarros, cebollas, etc. En cuanto á pan, solo se encuentra y aun no siempre, en las inmediatas cercanías de la ciudad, y todavía distábamos mucho de ella. Una pulperia se compone de dos aposentos, uno de ellos sirve de tienda, y el otro de habitacion. Se hallan por lo comun edificadas sobre una colina, sirviendo de rótulo, un harapo de color, colgado de un bambú. Algunas veces las pulperias ocupan el lugar de postas, y mantienen un número considerable de caballos que pacen en torno de ella, al pie del cerro. Cuando llega un viajero, deja su caballo; el huésped, provisto de un lazo, se lanza sobre el suyo, pronto siempre detrás de la cabaña, corre á la pradera en la que pacen los otros, coge uno, pónele la silla, y lo entrega al viajero, el cual entonces á galope tendido, va tres ó cuatro leguas mas lejos, hasta el nuevo punto de detencion. Allí tuve ocasion de observar el descuido é indolencia de los habitantes del país (PL. XXXVI. — 1). Los huesos que vi delante de la puerta pertenecian á algun animal muerto en el mismo sitio y que habia experimentado la putrefaccion á olfato del huésped, sin que pensara en desembarazarse de aquel desagradable objeto; á cada paso la vista del extranjero da con espectáculos tan repugnantes, no solo en aquellos desiertos, sino tambien en las avenidas que conducen de una á otra ciudad; lo que se explica por la costumbre que tienen muchos viajeros de dejar morir de hambre á sus caballos, cuando los han puesto fuera de servicio el cansancio y los malos caminos. Es tal la pobreza de las pulperias, que los viajeros previsores llevan debajo la silla una tajada de buey sin cocer que á veces se ve sobresalir de la grupa del caballo, la cual durante los calores del verano no tiene necesidad de cocer mucho cuando llega el jinete á su parada. Esa costumbre, por desagradable que parezca, es universal entre los gauchos; y es sabido que se halla tambien entre algunas tribus tártaras del Asia central.

Además de las estancias, siempre mas numerosas, y en las cuales se crian inmensos rebaños de rumiantes, en medio de praderas apacentadas sin cesar; además de los ranchos ó cabañas, que por momentos se hacian menos raros, nos anunciaban la proximidad del rio Salado, antiguo límite de la provincia de Buenos Aires, los campos de cardos que ya divisábamos á menores distancias. Son ya muy numerosas las estancias hasta veinte leguas al S. del rio Salado; pero se multiplican al infinito en el trayecto que separa ese rio del de la Plata.

Llegamos finalmente al rio Salado, que debe su nombre tan prodigado en la geografía de la América meridional, á lo salado de sus aguas, solo potables para los animales. Ese rio es tan bajo en casi todo el año, que apenas es sensible su curso; pero á principios de octubre, se



1. Pulperia sur le Chemin des Pampas.

1. Pulperia en el Camino de las Pampas.



2. Une Estancia à San Pedro.

2. Una Estancia en San Pedro.

J. Boilly del.

VOYAGE.
VIAJE.

hincha considerablemente y sale de madre durante dos ó tres meses; semejante en esto á todos los demás rios del país. Despues de haberlo pasado sin mucha dificultad, aunque nos halláramos á fines de noviembre, atravesamos los inmensos campos de cardos que rodean todos los caminos y ocultan al viajero la presencia de los rebaños de que se hallan cubiertos por todas partes aquellos terrenos tan fértiles. Ellos presagian la mayor proximidad de la civilizacion; porque invaden siempre con preferencia el dominio del hombre. Con algunas leguas mas, tocábamos ya la capital. Jardines á la europea, ricos verjeles que se elevaban por todas partes, infinitos albérchigos, de los que alimentan la lumbre en Buenos Aires, me daban á conocer el término de mi viaje, y solo podia fijarse mi vista, por el horizonte en los primeros campanarios de la ciudad. ¿Qué añadiré? Dejando mis bagajes detrás con la caravana, demasiado lenta para mi impaciencia, salté encima del mejor caballo de la multitud; y salvando con un galope el trayecto que me separaba de la ciudad, encontré por fin de nuevo á mis queridos huéspedes de la *calle de la Victoria*.

Nada diré de mi nueva permanencia en Buenos Aires, que ningun incidente notable señaló, excepto mi visita á una de las mas importantes estancias de las cercanías de la ciudad. No queria separarme de la capital de la República Argentina sin haber adquirido con precision algunos conocimientos sobre el modo de criar los ganados en un país dedicado enteramente á ese ramo de la agricultura. Un rico estanciero que comerciaba con D. José García, me suministró los medios. Fuí pues á pasar algunos dias en su estancia, situada en una de las mas ventajosas posiciones, en las márgenes del rio; era semejante en un todo á aquella cuyo dibujo me habian proporcionado en mi viaje á Montevideo (Pl. XXXVI.—2). Esa estancia, establecida á diez y seis millas al N. de la colonia, sobre el riachuelo de San Pedro, contiene tres edificios. Sirve el uno de habitacion al capataz ó intendente y á los gauchos de servicio; el segundo es la cocina, que sirve tambien de asilo á los esclavos negros; y el otro, que es el mas vasto, tiene en el centro un aposento amueblado con decencia, que lo ocupa el propietario cuando visita el establecimiento; á cada lado se extienden vastos almacenes para la conservacion de las pieles, sebos y otros productos.

Á lo lejos, por las llanuras del rededor, pacen millares de bueyes y caballos; y el rico propietario, que habita la ciudad, confia la intendencia á un capataz, secundado por algunos gauchos y esclavos, subordinados suyos.

El oficio de esos hombres consiste en señalar los ganados y caballos en cierta estacion del año, operacion de la cual ya he dado cuenta (V. Paraguay, pág. 205) y que se hace todos los años en el mes de junio ó de julio. Solo hago notar ahora, con objeto de esa marca, que nunca varia, de modo que hay muchas estancias que desde dos siglos emplean la misma; cuando un extranjero vende un caballo, hay la costumbre de exigirle que represente la de su animal, como prueba del derecho que tiene para deshacerse de él. Tambien han de castrar los mismos dependientes á la mayor parte de novillos; solo reservan el número rigurosamente necesario para propagar la raza, destinando á los otros al trabajo en clase de animales de tiro, ó para engordar, con el fin de suministrar su carne á los saladeros, y sus cueros y sebo á los curtidores y á los vendedores de velas. Además están encargados los empleados de dar á caballo, de cuando en cuando, la vuelta por los límites del establecimiento, al efecto de reunir todas las reses que pudieran haberse descarriado. Finalmente, en invierno y en la primavera, degüellan los numerosos ganados, para tener las pieles y sebo, y para hacer el *tasajo* ó buey seco. La primavera es la mejor estacion para el sebo, por ser sumamente ricos los pastos antes de los calores del verano, que abrasan todo el país. Entonces se hallan los bueyes en el mejor estado posible. Durante el estío enflaquecen algo, engordando despues á medida que adelanta el invierno y que las lluvias renuevan las yerbas. Hacen secar las pieles con mucho cuidado, extendiéndolas en pértigas, plegándolas por medio cuando están secas, y almacenándolas. El tasajo es la parte que hay entre la grasa y las costillas; córtanla á largos y delgados pedazos que empapan de sal y agua, haciéndolos secar al aire.

No son abundantes las ovejas cerca de la ciudad, aunque en otro tiempo fuesen numerosos los rebaños, cuyos huesos empleaban para la lumbre. Pretendese que todas las iglesias están construidas con ladrillos fabricados de huesos de ovejas quemados. Se hallaban esos animales en tan grande cantidad, que segun el estado sumario de un extranjero residente en Buenos Aires, solo se vendia un rebaño de tres mil cabezas de ganado lanar á razon de *un medio*, ó seis sueldos por cabeza.

Concluido el ajuste, matábanlos en el acto, dejándolos podrir en el mismo sitio, hasta tener el tiempo necesario para despojarlos de su lana. Era este todo el partido que creian poder sacar de aquellos tres mil cadáveres. Se han publicado leyes para prohibir que se hicieran servir para la lumbre los huesos de las ovejas; pero es tal la fuerza de las preocupaciones de que esos animles son objeto, que ahora mismo se ofenderia el mas ínfimo mendigo de Buenos Aires de que se le ofreciera un carnero; actualmente, raras veces

se ve su carne en la mesa de las casas acomodadas, aunque se alimenten de ella los extranjeros y las clases inferiores. En la primavera es comunmente muy buena, aunque sean pequeños y no pesen casi mas que de treinta á cuarenta y dos libras.

Las ovejas solo están guardadas por perros llamados *ovejeros*, cuyo zelo y destreza he admirado muchas veces. Todas las mañanas guian el rebaño del corral á los campos, permanecen con él todo el dia, impidiéndole que se desvie y defendiéndolo contra cualquier ataque. Á puesta de sol, lo conducen de nuevo al pesebre. No es necesario que sean de la raza de los mastines; pero si que sean corpulentos. Ya he dicho en otra parte que su educacion es uno de los deberes de los colonos. Los quitan á su madre antes que se hayan abierto sus ojos, y les dan á mamar la leche de las ovejas, sin dejarlos separar del corral al principio; pero les permiten salir con el rebaño, desde el momento que pueden seguirlo. Por la mañana cuida el pastor de dar, antes de salir, abundante comida y bebida á su perro, sin cuya precaucion pudiera el animal hambriento conducir el rebaño al mediodia. Además se le pone un collar de carne, que come cuando quiere, con tal que no sea de carnero, porque aseguran que no la tocaria, por hambre que tuviese.

En el sur hay un considerable número de perros silvestres, todos muy vigorosos. Viven en sociedad; á menudo se reunen muchos para perseguir juntos una yegua ó una vaca, al paso que los otros matan un pollino ó una ternera; de este modo causan grandes daños en el ganado. Para poner término á semejante destruccion; envió uno de los gobernadores de Buenos Aires un destacamento de soldados, que mató muchos; pero de vuelta de aquella expedicion, viéronse los soldados motejados con el apodo de *mata-perros*; impidiendo que se renovara aquella caza, la ridiculez que desde entonces la acompañó.

Se ha observado que los perros criados por los españoles y mulatos, participan con los de los indios de la antipatía de sus dueños; los primeros se arrojan encima de un indio en el acto de acercárseles, atacando los otros á todos los españoles y mulatos que encuentran.

Los habitantes de las estancias, y en general los pastores de esas regiones, son tan poco civilizados como los indios; y su modo de vivir ha vuelto casi salvajes á los españoles que lo han adoptado. Están sus habitaciones en el centro de las estancias; y casi en todas ellas se hallan reemplazadas las puertas y ventanas por pieles de buey.

Tiene cada rebaño un capataz, con un sustituto por cada millar de cabezas de ganado. Comunmente aquel es casado; pero solteros sus dependientes, á menos que sean negros, hombres de color ó indios convertidos y desertores de sus tribus. Nunca acompañan esos pastores á sus rebaños por los campos, como lo hacen los de Europa. Se limitan á ir con ellos una vez por semana, seguidos de cierto número de perros, y galopan en torno de sus respectivas estancias, dando muchos gritos. Corre entonces el ganado, que pace libre por las cercanías, reuniéndose en un solo punto llamado *rodeo*, en donde lo detienen por algun tiempo para dejarlo volver luego á sus pastos. El objeto de esta operacion es impedir á los animales que se aparten del dominio de su propietario. El mismo método siguen con los caballos, que reunen, no en el rodeo, sino en el corral de la quinta. Emplean los pastores lo restante de la semana, dedicándose á los trabajos del interior de la estancia, ó en adiestrar sus caballos, y lo mas comunmente en no hacer nada.

Como esos pastores viven á cuatro, diez y aun treinta leguas de distancia el uno del otro, y como las capillas son en corto número, rara vez ó nunca van á misa; á menudo bautizan por sí mismos á los hijos, ó retardan esa ceremonia hasta la época de su casamiento, por ser entonces indispensable. Cuando asisten á la misa, la oyen á caballo, fuera de la iglesia ó de la capilla, cuyas puertas permanecen abiertas. Desean todos ser enterrados en tierra santa, no faltando nunca en hacerles este servicio los padres ó amigos del difunto; pero viven algunos tan lejos de toda iglesia, que por lo general abandonan el cadáver en los campos, cubierto solo con piedras y ramas de árboles, hasta que no quedan mas que huesos, en cuyo estado se entrega á los sacerdotes para que le den sepultura. Otros hacen pedazos el cuerpo, separan con un cuchillo las carnes de los huesos, y los llevan á un eclesiástico, despues de haber tirado ó sepultado lo restante. Si no es mayor de veinte leguas la distancia, cubren el cadáver con los vestidos que usaba en vida, poniéndolo en un caballo, con los pies en los *estribos*, sosteniéndolo con dos palos en forma de cruz colocados detrás, de suerte que al verle, se le creeria vivo aun; y en ese estado lo presentan al ministro de la parroquia mas cercana. En las cercanías del Salado tuve un encuentro semejante; y no supe de que habia de admirarme mas, de la barbarie de aquella extraña costumbre ó del sentimiento tan vivo y tan verdadero que supone y sanciona. « ¡ Pobre Juanito ! decíame el sencillo conductor de esas extrañas exequias.... Era mi mejor amigo. Eso se lo debia yo; porque hizo otro tanto con el tio y padre mios. »

En caso de enfermedad, piden el parecer de la primera persona que encuentran, siguiendo cuantas prescripciones reciben, con la mas ciega confianza. Consultado un dia Azara por un anciano, acerca un dolor de cabeza, pensó que lo mejor que podia decirle era que se hiciese sangrar dos veces, persuadido de que en aquellos desiertos,

no se hallaria nadie que pudiese ejecutar aquella operacion : « Por la tarde, dice aquel viajero, vino el hombre muy colérico, á quejárseme por haberse negado á prestarle aquel servicio un oficial que me acompañaba. — Quizás, le contesté para calmarle, haria V. mejor con ir á acostarse al momento ; lavándose los pies y cortándose las uñas, porque son tan largas que probablemente no han sido nunca cortadas ; y esta es probablemente la causa del mal de V. — Siguió mis consejos al pie de la letra, se encontró bien, inspirándole esa circunstancia tanta confianza en mis talentos médicos, que seis meses despues me escribió para consultarme sobre la enfermedad de su hijo, el cual, decia sin otros detalles, padecia de una hernia segun unos, y segun otros, de una calentura maligna. »

En su cabaña, no tienen estos pastores otros muebles que un barril para poner agua, una asta para beber, algunos asadores de madera para la carne y una tetera de cobre para hacer hervir el mate. Algunos ni tetera tienen ; y cuando quieren preparar un caldo para un enfermo, cortan la carne á pedazos y la echan en una asta de buey llena de agua, que colocan en un monton de ceniza. Otros poseen una caldera y una taza, una ó dos sillas ó un banco, y alguna vez una camita formada con una piel de vaca unida á cuatro estacas fijas en el suelo ; pero por lo general, solo tienen por cama una piel tendida por tierra. Nunca comen vegetales, los cuales segun ellos, solo son buenos para los ganados, y no hacen uso de comida alguna preparada con aceite. Solo se alimentan con vaca asada con un asador de madera que hunden en el suelo por la parte del viento, inclinándolo sobre las brasas encendidas. No hacen uso de sal, ni tienen horas fijas para sus comidas. En lugar de enjugarse la boca, pasan por ella el dorso de un cuchillo, enjugándose los dedos por sus piernas á botas.

Los capataces, propietarios y todos aquellos á quienes se lo permite la fortuna, llevan una blusa, calzones ó pantalon blanco, sombrero, zapatos, un poncho y botas cortas de cuero de caballo ó de gato silvestre. Como no tienen barberos, se afeitan ellos mismos, raras veces en verdad y con el ausilio de un cuchillo ; por lo que todos tienen la barba muy larga. Las mujeres andan con los pies descalzos y son muy desaseadas. Su vestido comun solo se compone de una camisa sin mangas, atada por un cinturon al rededor del cuerpo. Es muy raro que tengan otra para mudarse. Vánse al márgen de un arroyo, se despojan de su única camisa, la lavan y extienden al sol; y cuando está seca, se la llevan y vuelven á la casa. No saben coser ni hilar ; todo su trabajo consiste en barrer la casa, encender lumbre para asar carne y hervir el agua para el mate. Las esposas de los capataces ó de los que tienen algunos bienes son algo mas aseadas.

Como la gente del campo no tienen vestidos para variar, se los quitan cuando llueve, los colocan con el fin de tenerlos secos debajo la piel que cubre la silla de su caballo, volviendo á ponérselos cuando deja de llover, sin dárseles nada de mojarse ; porque su piel, dicen, queda seca al momento ; lo que no sucede con los vestidos. Si van de camino y han de cocer la comida en tiempo de lluvia, sostienen dos de ellos un poncho en posicion horizontal, encendiendo un tercero lumbre debajo.

Apenas cuenta un niño ocho dias, que su padre ó hermano lo toman en brazos y se ponen á cabalgar con él por los campos, hasta que da gritos; entonces lo lleva á la madre para que le dé el pecho. Esas excursiones las repite á menudo hasta que puede el niño montar por sí mismo un rocin bien manso. Esta es toda su educacion ; y como no se halla sometido á violencia alguna, y no ve mas que lagos, rios y desiertos, en donde solo encuentra hombres aislados, persiguiendo desnudos á los animales carniceros y á los bueyes, no se sujeta su voluntad á ningun freno, detesta la sociedad de los sugetos que no conoce y permanece extranjero siempre al amor del país y á todas las costumbres de la vida social. No aprende nada absolutamente, ni la obediencia. Acostumbrado desde la infancia á dar muerte á los animales, nada es para él la vida de un hombre ; llega á ser muchas veces asesino, aun sin motivo alguno, y siempre con sangre fria y sin cólera, porque es desconocida esa pasion en unos desiertos en donde hay tan pocas ocasiones de manifestarse.

Esos pastores son todos robustos y vigorosos, en especial los mestizos ó los que son oriundos de las mezclas de españoles con los indios. Nunca dejan escapar un sollozo cuando se hallan malos, hasta en medio de los mas atroces dolores. No tienen apego á la vida, caminan al suplicio can la mayor calma, y reciben un golpe mortal, sin proferir una sola queja. Un mulato descontento de un mestizo, amigo suyo, va á encontrarle y le dice, sin apearse del caballo : « Amigo mio, estoy enfadado contigo, y vengo para darte la muerte. » Pídele el mestizo la causa de su descontento, la expone el otro friamente, sin levantar la voz ; se apea en seguida y mata al mestizo.... pasando semejante escena en presencia de muchos testigos, de los cuales ninguno parece sorprendido.

Acostumbrados á no hacer siempre mas que lo que quieren, se resisten mucho á entrar en clase de criados. No pueden comprender que pueda uno sujetarse á un amo ; y aunque sean bien pagados y bien tratados, lo abandonan en el momento que quieren ; sin despedirse de él, ó á lo mas diciéndole : « Me voy, porque hay ya

mucho tiempo que estoy con V. » Promesas, reproches son inútiles; no contestan y nada puede hacerles desistir de su proyecto.

Son sumamente hospitalarios. Alojan y mantienen á todo viajero que se dirija á ellos, y apenas piensan en preguntarle adonde vá ó quien es, aunque hubiese de permanecer con ellos por muchos meses. Nacidos y criados en un desierto, y teniendo muy pocas relaciones con sus semejantes, no conocen la amistad y están inclinados á las sospechas y al fraude. Cuando juegan á naipes, sentados en los talones, con las riendas del caballo debajo de los pies, para que no se aleje, tienen un puñal ó una navaja pronta siempre, fijada á su lado en el suelo, para asesinar al otro con el cual juegan, si sospechan que tiene el intento de engañarlos. Juegan con la mayor calma todo cuanto poseen. Si ha perdido uno su dinero, se quita la camisa, si vale la pena; dando la suya comunmente el que gana á aquel que pierde, si no vale nada, para no acordarse uno ni otro de poseer dos.

Se hallan naturalmente dispuestos los gauchos á robar caballos y objetos de poco valor, pero nunca nada precioso. Gustan mucho de dar la muerte á los animales silvestres, y tambien matan á los domésticos sin necesidad. Aborrecen todo trabajo que no pueden desempeñar á caballo. Apenas saben andar, no haciéndolo nunca á pie, cuando pueden evitarlo, aunque solo sea para atravesar la calle. Cuando se reunen en la pulperia ó en otra parte, permanecen montados aunque se prolongue la conversacion por muchas horas. Tambien van á caballo para pescar, para echar y quitar las redes; y para sacar agua de un pozo, atan la cuerda á su silla levantándola sin apearse; finalmente si tienen necesidad de argamasa, la hacen amasar por los caballos.

El uso que tienen de ir á caballo, casi desde su nacimiento, los hace incomparables jinetes, tanto para mantenerse en la silla, como para ir continuamente á galope, sin fatigarse nunca. En Europa pudiera hallárseles faltos de gracia; pero el modo de mantenerse á caballo los preserva del riesgo de perder un solo momento el equilibrio ó de verse desmontados, tanto al trote como á galope, á pesar de las coces del caballo, de que se aparte, ó que se encabrite. Casi se diria que el animal y el caballero no hacen mas que un solo cuerpo, aunque solo consistan sus estribos en unos sencillos triángulos de palo tan pequeños que no pueden admitir mas que el extremo de los dedos del pie. Si cae su caballo corriendo á rienda sueltan, están seguros de no hacerse daño alguno; caen sobre sus pies sin abandonar la brida. Se sirven de las bolas con la misma destreza que los pampas, tan famosos en ese ejercicio.

Á duras penas se imaginaria hasta que punto saben reconocer los caballos y animales en general. Diga V. á uno de aquellos hombres: « Hé aqui doscientos caballos ó mas, que me pertenecen; yo te los confio y me responderás de ellos. » Los mirará por un instante atentamente, y aunque sea á muy considerable distancia del sitio en que pacen, le será suficiente una ojeada para reconocerlos sin perder ninguno. No son menos hábiles en juzgar á primera vista del mejor vado de los rios, y en guiar derecho hasta el punto necesario á una caravana ó convoy, tanto de noche como de dia, por medio de una llanura desnuda, sin caminos trillados, sin árboles ó sin señal alguna que pueda tener lugar de aquellos.

En otro tiempo se hallaba, desde los 30° lat. S., una abundancia inmensa de caballos silvestres, reunidos en manadas de muchos millares, y no era raro viajar tres semanas seguidas por un mismo llano sin dejar de verse rodeado de ellos, de manera que era difícil á veces abrirse paso por en medio sin hallarse con el riesgo de ser pisoteado por aquellos. Cuando esos caballos veian algunos otros domados, se formaban en coluna cerrada, los rodeaban echando á correr, ó galopaban á sus lados, acariciándolos y acabando con llevárselos, sin que mostrasen los otros la menor repugnancia. Corrian con una velocidad increible, cuando se los perseguia, chocaban con todo cuanto los detenia en su fuga. En los años de sequedad se ponian furiosos, y muchas veces se estrellaban unos contra otros, precipitándose todos á un tiempo en los lagos ó pantanos que con harto trabajo habian podido encontrar.

Ahora no se encuentra en todo aquel desierto un solo caballo silvestre; pero los hay muchos domésticos, y la facilidad de procurárselos explica, sin justificarla, la crueldad con que se les trata. Á veces los obligan á andar tres ó cuatro dias seguidos, sin darle de comer ni beber, y nunca los ponen bajo cubierto. Los caballos padres se disputan las yeguas, que se reparten entre sí lo mismo que los caballos silvestres; aisla cada uno de ellos su serrallo, en torno del cual vigila sin cesar defendiéndolo con los pies y con los dientes. Divagan todos esos caballos libremente por el campo, sin que los propietarios tengan otro cuidado que el de reunirlos una vez por semana en vastos corrales, para acostumbrarlos á que no se aparten de sus tierras.

Las antecedentes observaciones acerca las costumbres y trajes de los habitantes de las estancias, unidas á mis estudios sobre la naciente civilizacion de los salvajes que pueblan esa region de N. á S. y á los conocimientos que habia recogido en el seno de las ciudades, acababan de completar mis nociones sobre la República Argentina. No pensaba pues mas que en buscar ideas ó impresiones nuevas por otras regiones. No

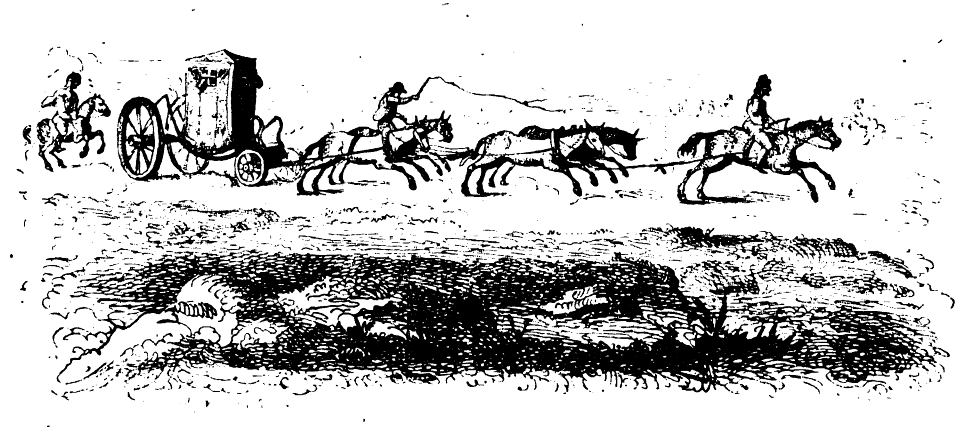


3. Course de Chevaux dans les Pampas.
3. Corrida de Caballos en las Pampas



3. Arrieros, Muletiers de Mendoza.

3. Arrieros de Mendoza.



4. Chaise de Poste dans les Pampas.

4. Silla de Posta en las Pampas.

obstante fuéme preciso, por algunos meses, aguardar en Buenos Aires, una ocasion favorable para ir á Mendoza, de donde queria pasar á Chile; porque no es muy comun atravesar los Pampas por mera curiosidad, y era demasiado lento para mi el paso de las carretas que sin cesar van de Buenos Aires á Mendoza. Algunos dias antes de salir de la capital argentina, fui á una de esas corridas de caballos á las qne son tan apasionados los porteños, pero que distan mucho de poder compararse con las de Inglaterra y Francia. Sus caballos no están criados á propósito, y no atienden á su estatura ni peso; basta que entre los dos no sea la desproporcion muy notable.

No conocen los jockeys, ó á lo menos no los emplean. Montan los caballos de corrida al pelo, sin látigo ni espuelas; y solo los conducen por una brida desprovista de freno. No hay local designado para las corridas; se ejecutan comunmente á lo largo del ánden, cerca de la ciudad, en donde se hallan muchos terrenos llanos y destituidos de pantanos. No es raro ver muchos hombres á caballo, para asistir á las corridas, en las cuales se hacen apuestas bastante considerables (Pl. XXXVI. — 3).

Llegó finalmente el momento de mi partida, para el 1° de marzo. D. José García, que queria ser siempre mi ángel tutelar, me cargó de cartas de recomendacion para todos sus corresponsales de Mendoza, Chile y Paris. Me hubiera acompañado al cabo del mundo; y tambien tuve la dicha de ser el mensajero de las lindas señoritas para algunas amigas suyas de Lima. Habia de tener por compañero de viaje á un mendozino que estaba de vuelta para su casa. Habíamos alquilado una especie de carruaje ó silla de posta bastante parecida á las que, bajo el reinado de Luis XIV ó Luis XV, podian tener el mérito de estar construidas sobre un nuevo modelo. Los vidrios que en otro tiempo guarnecian las portezuelas estaban, por la mayor parte, reemplazados por manojos de paja ó por algunos viejos ponchos, destinados á impedir que la lluvia inundase el interior. Estaba montada esa máquina sobre ruedas de inmensa circunferencia, propias para hacerla rodar con mayor comodidad y mas facilmente por los numerosos pantanos que habíamos de hallar por todo el camino. Esas ruedas, cuyas llantas estaban atadas con solidez unas con otras por medio de tiras de cuero de buey, se hallaban tambien provistas de pieles en todos sentidos para libertarlas de los infinitos choques que habian de experimentar en las cortaduras de los caminos. Nada digo de los jaeces que se hallaban en perfecta armonía con lo restante (Pl. XXXVII. — 1). Nuestra comitiva se componia del mendozino; de un *peon* ó criado, que nos servia á un tiempo de guia y de cochero; y de tres jóvenes gauchos de mal aspecto, llevando un poncho de lana en las espaldas, un pañuelo de madrás al rededor de la cabeza, con un sombrero de fieltre en forma de pilon de azucar, y botas de potro, con el pelo por dentro y que dejaban los dedos de los pies á descubierto. Además, habíamos de alquilar dos postillones en cada parada. En cuanto á nuestros bagajes, los conducian dos caballos, y no nos olvidamos de un par de colchones, que habia sido fuerza llevarnos; porque sabia mi compañero de viaje, y empezaba á saber yo mismo, que en aquellas semi-salvajes regiones, no se puede contar con otras comodidades que con las que uno mismo ha sabido procurarse. Llegado el dia de la partida, quisieron mis huéspedes que lo pasase aun en su compañía; resolvióse pues que me aguardaria el carruaje en la primera posta, distante de allí siete leguas, y que con un guia iria á reunirme con él á caballo. En efecto, por la noche me hallaba en camino. ¡Bajo muy extraños auspicios empezaba yo mi viaje por un país que miraba como perdido! De noche, en un caprichoso caballo, que corria á galope, tan pronto con agua hasta las cinchas, tan pronto por un seco césped, yendo á sus espaldas; y por guia, un gaucho que cantaba siempre no interrumpiendo sus cantos sino para gritar: ¡Adelante! ¡adelante! yendo él mismo á todo correr, sin cuidarse mucho de si le seguia, lo que de grado ó por fuerza era preciso hacer, á trueque de verme abandonado para siempre. De este modo corrimos mas de dos horas; finalmente llegamos á la casa de postas. Yo estaba muerto de cansancio y muy mojado, á pesar de mi poncho; porque llovia á mares mucho tiempo hacia.

Bajé á la puerta de una miserable cabaña en la cual se habian acostado ya mis compañeros. Salia la luz de un zaguan inmediato que servia de cocina, al rededor de los tizones de un fuego medio apagado, estaban tendidos unos gauchos. Hallábase mi compañero encima de un colchon: no habia en la choza, mesa ni silla. Las paredes eran de un barro negro y llenas de agujeros bastante anchos para recibir, en caso de necesidad, una pieza de artillería de grueso calibre. Presentaba la cabaña un aspecto miserable bastante á propósito para aliviar mi cansancio y mal humor. Los habitantes de la América meridional guardan un sueño tan fuerte que una vez se hallan en la cama, nada menos seria preciso que un terremoto para despertarlos; por lo que ni tan solo pensé en pedir la cena, y desapareció mi guia, despues de haber despavilado la única vela de sebo que ardia en la pared, dejándome descansar en el colchon del modo que me fuera posible. Desarrolléle, lo extendí encima de una piel de buey, coloquéme en él, durmiéndome pronto, quieras que no quieras, abatido por el frio y muerto de hambre.

Al otro dia, al rayar el alba, nos anunció la áspera voz de un gaucho que ya era hora de marcharnos. Nos levantamos al momento, y despues de haber dirigido la colocacion de nuestros fardos para el viaje, tomamos el mate, durante lo cual me describió el mendozino la porcion de camino que recorriera el dia anterior. Es horriblemente malo aquel camino saliendo de Buenos Aires, y no hubiera dejado de volcar en el un carruaje europeo; de lo que se habia librado el nuestro, gracias á su construccion. Las dos ó tres primeras leguas son cultivadas en parte y los terrenos están circuidos de perales espinosos y pitas; tambien se ven *montes* ó bosques de albérchigos que son casi los únicos árboles de las cercanías de Buenos Aires. Presto desaparece todo señal de cultivo y de habitacion, á no ser de cuando en cuando algun solitario *rancho*, especie de choza de cieno, hecha con una mezcla de césped y de tierra impermeable. Es silvestre el país y cubierto de altos cardos, al paso que el camino esta cortado por pantanos, llenos por lo general de esqueletos de animales que perecieron en el acto de atravesarlos, ó de huesos echados allí á propósito para dar alguna solidez al mismo camino. Á medida que se adelanta, mejora el país; la tierra se halla cubierta de pastos, aun en la estacion de sequía, que prestan abundante alimento á inmensos rebaños. Es la parte mas interesante hasta Mendoza, estando revestido el terreno en muchos puntos del mas hermoso trébol; y los albérchigos reunidos, diseminados de vez en cuando por las colinas, comunican al paisaje la apariencia de uno de nuestros parques de Europa.

Habiendo tomado el mate y pagado por adelantado al director de postas, como está en uso, habiéndonos saludado con el cordial: *¡ Vaya V. con Dios !* ataron nuestros postillones al carruaje un cabo de su lazo, el otro el arzon de la silla, y dando todos juntos un grande grito, partieron á galope. Nada anima mas que el viajar con presteza, y al sentirme arrastrar al través de los llanos con la celeridad de unas cuatro leguas por hora, olvidé los trabajos de la víspera empezando á conocer que no iban tan mal las cosas.

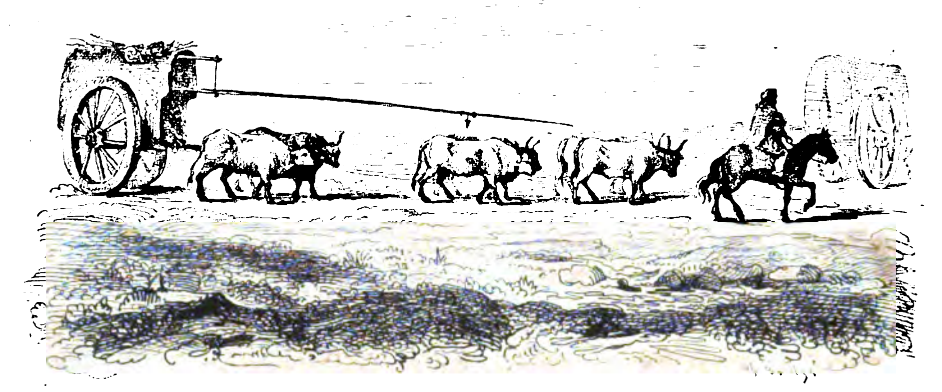
El aspecto del país es el de una llanura árida; sin ninguna casa, sin un árbol ni una mata; por todas partes altas yerbas y pantanos; pero era tan rápida nuestra carrera, que pronto alcanzamos la primera posta, á seis leguas de distancia, en la que únicamente habia un corto número de miserables chozas, con cosa de una docena de hombres, mujeres y niños, sucios todos y cubiertos de harapos. Estaban los caballos en el corral, el cual era circular formado con pértigas fijadas en el suelo. Llegando á galope, se separaron tan pronto los postillones del carruaje que rodó ese algunos instantes sin caballos. Desató entonces cada uno su lazo, entrando en el corral para escoger la cabalgadura. Provistos de este modo de nuevos caballos en algunos minutos, nos hallamos pronto de nuevo en camino á galope. Á las diez entrábamos en el hermoso pueblo de Lujan, en donde habíamos de almorzar en casa del alcalde que era conocido de mi compañero de viaje.

Paramos delante de la casa del alcalde, el cual se hallaba sentado en el salon con su esposa que tañia una guitarra acompañando á otra señora. Fuimos cordialmente recibidos y sirvióse al momento el almuerzo; consistia ese en un plato de gallinas, una *masamora*, huevos, café, chocolate, diferentes vinos y excelente pan blanco. Tenia yo mucho apetito, despues del ayuno de la noche anterior, y honré la comida, especialmente el primer plato, excelente aunque algo extraño, compuesto de pollos asados con arroz y acompañados de batatas, tomates, huevos y cebollas. En cuanto á la masamora, consiste en maíz tan blanco como la nieve hervido con habas, excelente comida tambien para un paladar algo gastado; porque está condimentada con pimienta, sal y vinagre. Sirvieron tambien carne asada, plato favorito de los pampas, al uso del país.

Nos paseamos por el pueblo cerca de un cuarto de hora. Contiene mas de ochocientos vecinos y tiene una iglesia y una cárcel que son los mayores edificios; despues de estos es el mas importante la casa del alcalde. Tenia el digno magistrado un pequeño almacen de géneros coloniales lienzo y ratoneras.

Luego de habernos despedido de nuestro huésped, salimos pasando sucesivamente por diferentes puntos compuestos solo de casas de barro, teniendo una piel de buey en forma de puerta, y cuyos desaliñados habitantes son el verdadero retrato de la indolencia. Á veces nos veíamos obligados á aguardar que condujeran los caballos del pasto al corral, á donde entraban galopando, como en una carga de caballería, haciendo resonar el eco con sus relinchos. Tienen aquellos caballos el exterior mas silvestre, no siendo nunca tocados mas que para recibir una brida y un *recado*. Dejan crecerles las crines y cola; y como nunca tienen cuidado de sus pies, toma su pezuña toda suerte de formas. Cuando han ido á pacer en medio de zarzas, se hallan sus crines en tal estado de desórden que parece vuelvan de una orgía de brujos; son briosos, y aunque solo se alimentan de yerba, resisten el cansancio.

El primer puesto importante adonde llegamos se llama arrecife. Es una mansion bastante bonita, provista de una pulperia y de una batería con dos culebrinas, en una plataforma, destinada á rechazar los ataques de los indios. El huésped que parecia muy sentimental, se entretenia en tañer una guitarra, aguardando los viajeros, cuyo ins-



1. Charrettes en Marche.

1. Carretas en Marcha



2. Halte de Charrettes.

2. Alto de Carretas.

A. Bouly del.

VOYAGE
VIAGE

trumento tocaron casi todos los paisanos. La música de los pampas es melancólica y monótona; pero en aquellos agrestes desiertos, no carece enteramente de gusto, á falta de otra.

Cerca de él, encontramos una de esas largas caravanas de carretas, que han menester cerca de seis semanas para llegar de Buenos Aires á Mendoza, y que en ese camino forman el único medio de trasporte para los géneros pesados y embarazosos. Dos de ellos van atados al timon de la carreta, y los otros cuatro andan de dos en dos, á ambos lados, á considerable distancia de los primeros. De este modo, han atravesado dos pares el pantano y llegado á tierra firme, al paso que el tercero se halla aun en medio del agua. Todos estan atados por las astas entre sí, por dos largas correas que rematan en el timon de la carreta. No se sirven de riendas. Los guia el *picador* con maravillosa destreza, por medio de un bambú de unos treinta pies de largo, suspendido por delante de la carreta y sostenido con equilibrio en el interior. Ese bambú, armado con un aguijon en su extremo, es bastante largo para llegar al par mas delantero y se llama *picana*. Otro aguijon menor llamado *picanilla* baja perpendicularmente encima del par del medio. En cuanto al par posterior, lo dirige el conductor con un pequeño aguijon que tiene en la mano. La menor negligencia en guiar una carreta, cuando atraviesa un pantano, pudiera acarrear los mas graves inconvenientes; porque llegando á enredarse las correas con las piernas delos bueyes, los harian caer; y entonces corria la carreta el riesgo de naufragar. Á veces tienen los pántanos dos ó cuatro pies de profundidad; y en este caso, cuando cae uno de los bueyes, no tiene el conductor otro recurso que servirse sin piedad de su aguijon, hasta que el animal salga del apuro con un golpe del collar ó caiga para no volver á levantarse. Entonces cortan las correas, abandonando al pobre animal. El cuerpo de la carreta esta cubierto de pieles con el pelo hácia fuera: encima hay la provision de leña, y detrás un gran jarro de barro lleno de agua; porque en aquel desierto, no se halla madera ni agua. Esas caravanas son á veces muy numerosas, y como constantemente van las carretas en hilera unas tras otras, alguna vez en número de quince, veinte ó mas, seguidas por bueyes de refresco y de provision, escoltándolos algunos hombres á caballo, se concibe que han de abrazar una línea de terreno de bastante extension. El convoy es dirigido por un capataz que va sin cesar galopando dela cabeza á la cola, para asegurarse de que se guarda el debido órden (Pl. XXXVII. — 1).

Por la tarde del 23, nos asaltó una de aquellas borrascas tan imponentes en el país. El horizonte tomó un aspecto de los mas temibles, pues parecia que las nubes iban á estrellarnos con su peso, mientras que los relámpagos tan peligrosos, pero tan bellos, iluminaban todo el paisaje, no con destellos intermitentes, como en Europa, sino con un solo rayo de luz, dirigiéndose tan pronto horizontalmente, como tomando una direccion perpendicular, y viniendo en seguida á estrellarse contra el suelo. Tronaba de un modo horrible; y apenas hubimos llegado á la casa de postas, cayó el agua á torrentes, penetrando por mil aberturas el débil techo de césped de nuestro albergue. Pasamos muy mala noche, como puede creerse. Es muy notable el cambio que produjo en la atmósfera aquella lluvia. Antes de la tempestad, ni un soplo de viento, y marcaba el termómetro 88°; bajó pronto despues á los 60°, y experimentamos un fuerte frio, que con harto trabajo pudimos vencer.

Aquel dia habíamos corrido veinte y cuatro leguas, y nos hallábamos en el *arroyo del medio*, en donde termina la provincia de Buenos Aires y empieza la de Santa Fé.

El dia siguiente, partimos muy tarde para dejar que se secara el camino. Habíamos pasado muy mala noche, atormentándonos sin cesar toda especie de insectos, de que me hallaba cubierto al despertar, entre los cuales se distinque la *binchuca*, especie de chinche que tiene cerca de una pulgada de largo. Un naturalista, amigo mio, me dijo mas tarde haber reconocido, con el ausilio del microscopio; que esos insectos de los Pampas eran negros y blancos y listados como las zebras.

Á pesar de nuestro retardo, estaba inundado el país en muchos puntos y los caminos eran sumamente penosos y resbaladizos. Los arroyos estaban tan llenos que era peligroso su paso. Entrábamos en los Pampas, uno de los países mas silvestres del mundo.

Ya hé descrito los Pampas, esas inmensas llanuras que se extienden tan lejos como puede llegar la vista, sin ofrecer ninguna variedad en el terreno al nivel de su superficie. Están poblados de altas yerbas y cardos bastante elevados en verano, para dar al país el aspecto de un carrascal; pero como estábamos en otoño, habian desaparecido todos aquellos vegetales, mostrándose la tierra cubierta á trechos con sus tallos. El césped comun es largo y fino, y no crece en forma de copas espesas, como en Europa, sino de alfombras muy arrimadas entre sí. El menor llega á la altura de cuatro pies, y está lleno de mosquitos que fatigan atrozmente al viajero. El paisaje es sumamente monótono, no presentando un solo matorral en que pueda detenerse la vista; no se ven otras casas que las de postas, situadas á la distancia de cuatro leguas una de otra y construidas con *adobes*, grandes ladrillos de arcilla secados al sol. Tienen por techo ramos de árboles encorvados, traidos de muy lejos y cubiertos de lar-

go musgo mezclado con fango. Las cabañas destinadas especialmente para los correos y viajeros, son construidas de un modo semejante, teniendo en vez de puerta, una piel clavada en un marco, que dista mucho de reemplazar la parte que suple. Á veces se hallan un par de sillas viejas y dos asientos cubiertos con pieles de buey para servir de banco; eso aun es de lujo, y por lo comun el viajero no tiene mas que el cenagoso suelo para hacer su cama, ó un banco de barro pegado á la pared, que al mismo tiempo le sirve de mesa y de asiento.

Los moradores de esa parte del país forman una raza grosera, bárbara, del exterior mas odioso, descrita ya con el nombre de gauchos, moradores cristianos de los Pampas, mezcla de la sangre de los blancos con la de los indios, enemigos mortales de los aborígenes y armados siempre contra ellos. Poco tengo que añadir á lo que de ellos he dicho ya en muchos parajes y especialmente describiendo las estancias. Se han visto sus costumbres, vicios, virtudes, su destreza á caballo y su maravillosa disposicion para todo género de caza. El techo de sus pobres cabañas estrechas, pequeñas, costruidas de arcilla y á veces cubiertas solo con pieles, es de paja y cañas, abierto en el medio para dejar paso al humo. Sirven de asiento algunos pedazos de madera ó el esqueleto de la cabeza de un caballo ó de un buey. Una mesita, de cerca diez y ocho pulgadas de alto, para jugar á los naipes; un crucifijo colgado en la pared, y á veces una imágen de san Antonio ó de otro santo, constituyen el solo adorno de su albergue; y son su único lujo algunas pieles de oveja, en las cuales duermen las mujeres y los niños. El gaucho en su casa duerme cuando se halla solo, ó juega si se halla con sociedad. Si llueve, se reunen confundidos en su choza, la familia y los huéspedes, los perros, los cerdos, la volatería; y como el humo que exhala el hogar llena la mitad no se parecen mal á las sombras de Osian las figuras que se dibujan en medio de aquella negruzca atmósfera. Alguna vez hay cerca de la choza un corto número de árboles frutales. Las mujeres usan camisas de algodon grosero, jubones de franela ó de una ropa azul; sus brazos y cuello permanecen desnudos; cuando salen á caballo, llevan unas fajas ó chales de colores vivos y sombreros de hombre de paja ó de lana. Montan y manejan el caballo con la misma destreza que los hombres. Sus ocupaciones son cultivar el maíz, que sirve de pan, y sandías y cebollas, y tejer franelas groseras y ponchos. El uso del tabaco es comun á los dos sexos. Lo fuman en cigarros, que envuelven con un papel, ó con una hoja de maíz. Sus utensilios de cocina son comunmente de barro, y los platos de madera. En tiempo de los españoles, era mas raro el hierro que la plata, porque no hay minas del primer metal explotadas en la América meridional; pero, despues de la revolucion, se han visto saqueados estos habitantes por tantos diferentes partidos de montoneros é indios, que la plata casi ha desaparecido. Los gauchos son muy apasionados al aguardiente, pero raras veces se entregan á un completo estado de embriaguez. Ya se ha visto cuan vengativos son; así pues cuando se hallan reunidos, tienen la costumbre de atar los cuchillos en señal de paz para denotar que no tienen la intencion de batirse; pero cuando están embriagados ó pierden en el juego, recurren inmediatameute á su arma favorita. Yo ví á dos *peones* nuestros echarse inopinadamente el uno encima del otro, como dos fieros animales, por una nonada; herirse peligrosamente, recibiendo el uno una profunda herida en el codo, y teniendo el otro casi separado el pulgar de una mano, antes que hubiésemos podido separarlos. Un viajero describe un gaucho montado, como el mejor emblema de la independencia. « Su alta frente, su digno y gracioso aire, los rápidos movimientos de su fogoso corcel, todo concurre á ofrecer en él el bello ideal de la libertad, » dice Samuel Haigh. Enhorabuena; ¿ pero no habria algo de exagerado en ese cuadro ? Yo me atrevo á creer que el hombre que no reconoce freno alguno, nunca puede ser mirado por verdaderamente libre.

Aunque el país parezca muy árido y poco interesante á primera vista, es mucho mas fértil de lo que se creeria; consiste en un mantillo negro de muchos pies de profundidad; y el clima es tan favorable que los productos de las demas regiones pudieran aclimatarse con muy buen resultado. Los pastos dan alimento á inmensos rebaños, los cuales encuentran suficiente agua en los muchos torrentes y lagos que cortan el país. Lo que le falta, es una poblacion bastante activa para cultivar la tierra y bastante numerosa para resistir las incursiones de los indios, que de cuando en cuando penetran por él por la parte del norte y del sur sembrando la desolacion, llevandose el ganado y degollando á los habitantes. Los caminos solo son unos senderos trillados á fuerza de andar por ellos; y como no ofrecen carriles profundos, se puede viajar con rapidez. Los correos por lo general emplean ocho ó nueve dias, para ir de Buenos Aires á Mendoza, distante cerca de trescientas cuatro leguas francesas; cuyo trayecto, dicen ha sido hecho por unos ingleses, en menos de dos tercios de este tiempo, lo que me parece algo increible.

Abundan los pampas en animales y aves notables. Se ven en todas direcciones, ganados de cervatillos que huyen de la presencia y ruido de los viajeros; pero como los naturales desprecian su carne, tienen esos animales la vida mas feliz en lo posible. No sucede lo mismo con los aves-

truces, muy abundantes tambien en el país, y cuya caza he descrito ya. Abunda toda la region en *pumas*, (coguardos ó leones de América), muy inferiores en corpulencia y fiereza á los leones africanos, á los cuales por otra parte en nada se parecen. Se encuentran muchos jaguares, junto á las orillas de la Plata. Los gamos á poca diferencia tienen la talla de los de Europa, y ya he hablado de los armadillos. Observé mucha variedad de aves; porque además de las grandes y pequeñas perdices ó tinamúes, tan numerosas que los caballos casi las huellan con los pies, hay cisnes, ocas, patos, agachadizas, lechuzas, tórtolas, loros y una multitud de pájaros. No hay pueblo ni choza en donde no se mantenga gran número de perros, cuyos ladridos juntos convierten á veces los sitios habitados en un infierno para el viajero; rara vez ladran por la noche; pero cuando empieza uno, lo imitan los otros, y es un tumulto para no entenderse nadie. Son muy corpulentos y querellosos, sin que tengan mucho valor. Se atemorizan facilmente, y nunca atacan á un hombre de frente; pero tienen la costumbre de morder los caballos por detrás. Es falso que en los Pampas haya perros silvestres que se alojen en agujeros, cazen en manadas y vivan de ganado ó animales salvajes; por lo menos no se ven en parte alguna.

La tierra por todas partes está cubierta de langostas, de las cuales tienen algunas mas de cuatro pulgadas inglesas de largo. Estan provistas de alas; y cuando salen de debajo los pies de un caballo, se las tomaria por pájaros. Tambien hay muchos lagartos; todo el país, desde Buenos Aires hasta San Luis de la Punta, está minado por decirlo así, de un animal que participa del conejo y del tejon. Ese animal, gris en el vientre, con mostachos y largas orejas, cola tambien larga y con las patas cortas, se llama la *biscacha* (*calomys biscacha*, Isid. Geoff. y d'Orb.). La biscacha hace peligrosos los caminos, sobre todo de noche; porque las conejeras que se fabrica son tan anchas y profundas que casi está seguro de caer un caballo, si pone el pie encima de una; por otra parte son animales inocentes y tímidos, que no se alejan mucho de su retiro y nunca salen antes de ponerse el sol, lo que hacen para comer; y se los ve á centenares triscando al rededor de sus aberturas y haciendo un ruido semejante al gruñido de los cerdos. De dia rara vez se les ve, á menos que sea á la entrada de sus nidos. Á los naturales les gusta mucho su carne, porque están sumamente gordos; así pues los cogen facilmente por poco que se alejen; pero se defienden por largo tiempo de los perros. Es muy singular ver muchas veces de dia, á la entrada de su conejera, dos perros que parecen estar de centinela con toda la gravedad posible. Nunca pude saber que conexion puede haber entre las biscachas y sus guardias de corps; pero he notado que los puntos del camino que mas frecuentan están cubiertos, por lo general, de una especie de melones silvestres, amargos al gusto. ¿Crecen con preferencia en el asilo del animal, ó bien gusta este de establecerse cerca de aquella planta rastrera? Esta cuestion no se halla aun decidida.

Termino estas reflexiones generales sobre los Pampas por algunas notas que podrán ser útiles á los viajeros que los visiten despues de mi. En los Pampas, se parecen mucho los dias, y la sola diferencia que hay entre ellos, es que en algunos parajes solo hay para comer aquello de que uno se ha provisto. De cuando en cuando, se encuentra bastante pan de trigo y de maíz, y vaca, pero como no todos se contentarian con ello, aconsejo al viajero que se provea de jamones, lenguas saladas, salchichones y otros comestibles que puedan conservarse. No será desventajosa tampoco una provision de galleta. Por poco que á ello agregue chocolate, café, sustancias fritas y algunas botellas de vino, podrá esperar disminuir en algo el fastidio del camino; y como no siempre es fácil alquilar un carruaje propio para trasportar todos esos objetos, podrá suplirlo con una vaca. No olvide el viajero una cama de campaña y una frasquera, particularmente si anda á caballo, y si viaja en carruaje, y desconfie por todas partes de los directores de postas; porque casi todos son unos bribones, que no piensan mas que en engañar á los viajeros; presento esta observacion no solo como fruto de mi experiencia personal, tengo tambien en favor mio el testimonio de Miers, digno de crédito por su exactitud y larga permanencia en el país. Hago observar, valiéndome tambien de la misma autoridad, el excesivo desaseo de los habitantes, cuya principal ocupacion consiste, en la mayor parte del dia, en desembarazarse mutuamente de una multitud de insectos que se me perdonará no designe de otra manera. Tambien hago notar la grosera ignorancia de esos hombres, entregados á la mas ridícula superstición, generalmente dispuestos á apropiarse lo ajeno, no reconociendo mas Dios que el dinero, ni otro culto que la investigacion de los medios de procurárselo, y desconfiados hasta el punto de no entregar nada antes de haber recibido el precio. Es fuerza declarar tambien á sus alcaldes ó jueces de paz como á los mas odiosos tiranos que se puedan hallar. Sostienen casi siempre las pulperias de las poblaciones, reservándose el monopolio de todo el comercio que se puede hacer; alientan á sus subordinados en todos los vicios que pueden atraer consumidores á su tienda, y excitan todas las disputas y malas inclinaciones de las que esperan algun provecho; por lo que es muy grande su influjo y todavía son mas sus medios de dañar.

Abunda el país en altas yerbas y cañas, has-

ta el Arroyo del medio, á donde habia llegado, el cual se halla á cincuenta y ocho leguas de distancia de Buenos Aires; pero partiendo de allí, es mas fértil, cubriéndose de matas y arbustos, de los cuales muchos son árboles frutales trasplantados, albérchigos, ciruelos, almendros, etc. Desde el Arroyo del medio hasta la Esquina de Ballesteros, son detestables todas las casas de postas. La parte de terreno comprendida en ese intervalo ha sido siempre el principal teatro de los combates entre los indios salvajes y los gauchos; por lo que están fortificadas las casas esparcidas por aquella línea con el fin de resistir á los sangrientos ataques de los indios.

Estas fortificaciones merecen tambien mentarse por la extrañeza. Hay un círculo de perales espinosos muy apiñados, suerte de árbol que se eleva á la altura de veinte y cinco á treinta pies, especie de cactus de hojas anchas (*cactus opuntia*) cuyo primer nombre deriva de su fruto, aunque se parezca poco á la pera. En aquel recinto se refugian á la menor alarma los habitantes de la aldea. Á veces aquellas obras están rodeadas de un foso. Nada pueden hacer los indios, no estando armados mas que con bolas, largas lanzas y sables; los gauchos que por lo comun tienen fusiles, hacen fuego con seguridad detrás de sus fortificaciones vegetales; en donde nunca pueden alcanzarlos caballos ni hombres.

Me dijeron que los indios á veces se acercan mucho al foso, dando agudos gritos como para desafiar á sus adversarios, y galopan al rededor, haciendo montados toda suerte de juegos gimnásticos. Los caballos de los indios son juzgados por los mejores de aquellas llanuras, siendo los pastos del sur mas ricos que los del norte. Cuidan mas de ellos que los gauchos, y tienen un modo mas expedito, no solo de domarlos, sino tambien de adiestrarlos para los servicios que de ellos aguardan. En dos dias, un gaucho doma un potro; pero en tan corto tiempo, un indio lo doma y adiestra para la carrera y el combate, sin valerse de otro medio para hacerle dar vueltas, detener ó correr, que el freno de los gauchos ó rienda, parecida á la cuerda que pasan nuestros postillones por la boca de los caballos, para conducirlos al abrevadero. Nunca montan los indios á las yeguas, que están reservadas para propagar la raza y para criar; siguen á galope á todos sus salvajes dueños en las expediciones de saqueo, los cuales de este modo pueden sosprender al enemigo, sin que nunca hayan de temer hallarse faltos de víveres. En tiempo de los españoles, estaban guarnecidos con cañones algunos de los fuertes que acabo de describir; pero aquellos son tan viejos y mal conservados, si aun existen, que su uso fuera arriesgado para la guarnicion. En suma son muy insuficientes aquellas fortificaciones, cuando los indios son numerosos; y como prefieren las sorpresas nocturnas, alcanzan por lo comun su objeto, y con frecuencia destruyen toda una aldea y su poblacion en una sola noche. Cuentan los gauchos horribles historias de las atrocidades cometidas por sus vecinos salvajes, demasiado confirmadas por las negras ruinas de las cabañas que cubren toda aquella línea del país; pero rara vez dejan de desquitarse ambos partidos, no dejando nunca los gauchos de degollar á todos los *malditos indios* que caen en sus manos. Yo vi en una cabaña, en Candelaria, á dos niños indios que habia perdonado y adoptado un gaucho compasivo, despues de haber muerto sus padres en una escaramuza de los Pampas. Jugaban á la puerta con los hijos de su padre adoptivo. Tenia el mayor cerca de siete años; estaban ambos completamente desnudos, del color del zumaque, y sumamente feos; sus piernas eran cortas y torcidas; parecian sus largos cuerpos hinchados como los sapos; caía en desórden su negro pelo sobre sus ojos mas negros aun; y no creo haber visto nunca dos pequeños monstruos mas horribles.

El primer sitio que encontramos de alguna importancia despues de haber atravesado el arroyo del medio, fue el puesto de Demochades, que por su falta de limpieza justificaba mas que ningun otro punto del país uno de mis asertos anteriores. Encontramos en él la caravana de carretas que habíamos visto cerca de Arrecife; ya la habíamos divisado, pero sin oir el chirrido de las ruedas, que á veces se percibe á la distancia de media legua, no menos que aquel sempiterno *¡ vamos !* con que los conductores, estimulan á los bueyes, llamándolos á todos por su nombre. En efecto, estaban las carretas solas en medio de la llanura; pacian los bueyes á la ventura por las cercanías; y los conductores y toda la *peonada* preparaban la comida al pie de las carretas ó dormian. Era ese alto semejante á los de todos los convoyes de aquel género, los cuales por lo regular se detienen cada seis horas (Pl. XXXVII. — 2).

Llegamos por la noche á un puesto militar en el cual fuímos bastante felices en encontrar albergue, habiendo sido abandonada la casa de postas, el *Arroyuelo del sauce*. Encontramos en él á unos cien hombres vestidos con antiguos uniformes y ponchos, agrupados en un largo edificio construido de arcilla, al rededor del cual habia un banco de la misma materia, teniendo colgados en las paredes sus sables, carabinas, etc. Nos regalaron aquellos señores con el canto nacional de la república, que repitieron con ellos en coro nuestros peones y gauchos, despues de lo cual nos fuímos á acostar. Apenas habia cerrado los ojos, que sentí minado ya mi colchon, el cual estaba extendido en el piso, por los ratones á los que probablemente impedia que saliesen de su madriguera. Abriéronse paso finalmente, y

presto les oí correr por todas partes, roer mis vestidos y botas; despues de haberme medido el mismo rostro, asió uno de ellos el dedo gordo de uno de mis pies, del cual á buen seguro se hubiera apoderado, si yo no me hubiese opuesto á ello. Al otro dia, encontramos todos nuestros efectos en el mayor desórden, de los que habian arrastrado los mas lijeros á mucha distancia, como las corbatas y pañuelos. Los ratones constituyen otra de las plagas del país, y son tan numerosos y familiares en todas aquellas provincias, que me dijo un viajero haber muerto algunos desde la cama á pistoletazos, costándole mucho trabajo el sustraer de su voracidad las colecciones de historia natural.

En la mañana del 25, atravesamos uno de los países mas áridos y desiertos en los que no se veía otra cosa que césped, cardos y avestruces. La primera posta á donde llegamos habia sido abandonada, hacia ya mucho tiempo. En este caso, el sugeto que ha suministrado los últimos caballos está obligado á trasportar á los viajeros á la casa mas próxima; pero se le paga doble jornada.

El dia siguiente llegamos á la *Cruz alta*, luego á la *Cabeza del Tigre*, y finalmente á la *Esquina de Lobaton*, puntos fortificados todos al modo del país, y mas ó menos célebres por los ataques de los indios. El último sobre todo, situado en la provincia de Córdova, fue defendido y salvado, algunos años antes de mi paso por él, en enero de 1833, de los furores de una *indiada* ó ejército de los indios; un coronel de las tropas del Tucuman y un francés, atrincherados solos detrás de sus murallas de cactus, asombraron de tal modo á los sitiadores con la exactitud de sus fuegos, que los obligaron á ceder. Despues de haber luchado tres horas, se retiraron los indios con la pérdida de tres de los suyos y gran número de heridos, sin haber podido, á pesar de sus continuos esfuerzos, abrir una brecha en el fuerte que defendian los dos valientes que formaban la guarnicion.

Á cuatro leguas mas lejos, vadeamos el rio *Saladillo*, cuyas márgenes están adornadas con agradables sauces, los cuales dan al país un interés que se acrecienta aun por la falta de vegetacion desde algun tiempo. Es bastante profundo el torrente; sus aguas son cenagosas y saladas, como lo indica su nombre, que toma de uno de los grandes lagos salados que abundan por el país en todas direcciones; pero especialmente se encuentra al S. E. de la guardia de Lujan, distante cerca de cien leguas de Buenos Aires, la grande laguna de *Salinas*, á donde cada año enviaba la ciudad en otro tiempo una expedicion para hacer acopios de sal, obteniéndose esta por la evaporacion al sol. Mucha gente empleada en aquel género de explotacion no tenia otro medio de subsistir. Se saca tambien la sal de lagos mas pequeños situados mas abajo de Lujan, en direccion del grande lago; y sus bordes están poblados de plantas propias para suministrar la sosa al comercio y á la química. Siendo muy escarpadas las márgenes del Saladillo, nos vimos obligados á hacer un rodeo de algunas leguas para hallar un vado por donde lo pasamos, lo que no dejó de tener sus dificultades, á causa de lo elevado del terreno: y como la casa de postas de Barrancas habia sido abandonada, nos fue forzoso llegar el 28 hasta Zanjon, la mas agradable y cómoda poblacion que encontramos desde nuestra partida de Buenos Aires. Llegamos el mismo dia á *Fraile muerto*, que puede llamarse la capital de los Pampas; pero ¡ qué capital! Contiene cerca de cincuenta cabañas de fango, construidas sin la menor regularidad, y pobladas á poca diferencia por doscientos habitantes; sin embargo, por débil que parezca aquel punto, es demasiado formidable para que los indios se atrevan á atacarlo, y aun se acuerdan de las lecciones que alguna vez han recibido.

Nos hallábamos siempre en la Pampa; y por lo mismo, encontrábamos ya de cuando en cuando, algunos pequeños árboles. Los llanos estaban mas ó menos cubiertos de ganados que aliviaban el fastidio y cansancio del viajero, distraían nuestra vista de la aridez del país, siéndonos aun mas preciosos por la ventaja que nos proporcionaba su leche cuando teníamos la dicha de llegar á tiempo para aprovecharla. Ordeñan las vacas por la mañana; pero no dan suficiente leche para poder ordeñarlas dos veces al dia. Estaban ya demasiado adelantadas las mieses y la estacion para poder reconocer los progresos de la agricultura. Con todo no podia dejar de sorprenderme la manera ingeniosa como conservan la cosecha en un granero de los Pampas, por medio de cuatro estacas clavadas en tierra y cubiertas por un techo. Entre ellas extienden dos pieles de buey cosidas juntas, mientras son húmedas aun; luego amontonan el trigo, tanto como pueden, cosiendo esas pieles y dándolas la forma de un elefante; invencion muy ingeniosa para preservar los granos de la humedad y defenderlos de los insectos.

Nada notable encontramos hasta la *Esquina de Medrano*, adonde llegamos el 20. Se entra en ella por una grande sala artesonada con cañas colocadas al lado unas de otras, lo que da á la casa un aire de limpieza que falta á las otras cuyas salas no tienen artesones, al paso que al rededor de sus techos cuelgan telerañas á modo de guirnaldas, sin que nunca hayan de temer que las quite la escoba. Se halla edificada la casa en muy agradable situacion, y sus alrededores están plantados sobre todo de acacias espinosas ó algarrobos, cuyas ramas barren la tierra. Sacan mucho partido los habitantes del fruto de aquel árbol;

cuando está maduro se parece á una larga vaina amarilla que se tendria por una haba francesa. Crece en forma de largos racimos y de un gusto muy dulce. Se hacen con él diferentes suertes de confituras y una especie de pan viscoso que no me pareció muy agradable. En la Esquina de Medrano se encuentra la separacion de los caminos del Perú y Chile; el primero se dirige á la derecha por Córdova, Tucuman y Salta, y el segundo (el que seguíamos nosotros) por San Luis y Mendoza.

Aquí dejamos el camino cubierto de césped de los Pampas; estaba lleno el país de helechos, y de colinas pobladas de árboles. Ya no podíamos correr tanto, porque las mulas y carretas habian abierto profundos carriles en el terreno. En algunos sitios, nos ofrecia el paisaje una selva de algarrobos sembrados acá y acullá, y en otros, se agrupaban del modo mas pintoresco algunos haces de árboles.

En la *Punta de agua*, no nos faltaban víveres, pero si habitacion. Cansado de comer carnero asado, bastante duro para lastimarnos los dientes, quise probar el *hervido*, especie de caldo ó sopa compuesta de una tajada de vaca, hervida en agua clara con cebollas, pedazos de calabaza y mazorcas de maíz tierno; ese plato bastante sabroso cuando se añade mostaza, sal y pimienta, tiene el inconveniente de exigir muy larga preparacion. El 30 y 31, tomó el país el aspecto mas silvestre; elevándose por todos lados en el horizonte colinas escarpadas, en donde se veía muy poco verdor. Divisamos una línea azul de montañas que se llama la *Sierra de Córdova*, las cuales situadas cabalmente á la direccion del camino, obligan al viajero á dar un largo rodeo para evitarlas. Allí vimos muchos guanacos, demasiado lejos para poder distinguirlos bien pero cuya aparicion nos anunciaba la proximidad de otra naturaleza. Íbamos siempre mas lentamente, con motivo de la dificultad de los caminos.

El 1° de abril, el mismo aspecto é iguales obstáculos; de cuando en cuando habíamos de atravesar los cauces medio secos de los arroyos que salen del pie de la cordillera. El camino era sumamente dificil; los carriles eran tan profundos que no podia irse, sin riesgo, de otro modo que al paso. Los terrenos menos elevados estaban cubiertos de un arbolito semejante á nuestra verbena, pero cuyo olor no es tan agradable como la de Europa; ese arbusto, de mas de cuatro pies de altura, es tan espeso, que con harto trabajo pueden los carruajes abrirse paso por ellos.

Despues de haber atravesado á duras penas el *Rio cuarto*, que es efectivamente el cuarto de los rios grandes que se encuentran desde Buenos Aires, llegamos al lugar de Barranquitos, larga hilera de casas con un excelente verjel y un grande aposento para alojar á los viajeros. Una fuerte y copiosa lluvia que cayó ppr la noche, retardó mucho nuestra partida al otro dia. Aproximábamones sensiblemente al pie de los montes; y de lo alto de una eminencia cercana, gozé de la agradable vista de un considerable número de colinas, cortadas por hermosos valles. ¡Cuál hubiera sido la belleza de aquel paisaje si la mano del hombre hubiese cultivado aquella region, á la cual ha dotado la naturaleza del doble beneficio de un suelo rico y de tan hermoso clima! El sol que animaba con sus mas vivos destellos aquel silencioso sitio, oscurecióse pronto, y de nuevo cayó una lluvia que resonaba por entre las colinas de granito y las salvajes rocas precipitadas de los montes al fondo de los valles. Nos apresuramos á buscar un asilo en la casa de postas de Achiras, colocada en una situacion muy pintoresca á ciento ochenta y seis leguas de Buenos Aires. Presenta el país que la rodea inmensas moles de granito esparcidas confusamente por todas partes y adornadas á veces con bonitas casas verduzcas, dominadas por peñascos gigantescos protegidos con la sombra de los arbustos. Se parece la casa á todas las otras; se halla en un desfiladero y posee un verjel rodeado de desnudos peñascos. Estaba lleno de hermosas higueras, cuyo rico y negruzco follaje hacia resaltar mas y mas el alegre verdor de los manzanos y perales encorvados con el peso de sus frutas, al paso que algunas vides, cargadas con racimos de uvas, colgaban en forma de festones. Los corrales para el ganado estaban formados por gruesas piedras amontonadas en círculo. Tienen en esa region un método enteramente particular de secar los duraznos para la provision de invierno, y que posteriormente vi practicar en Chile, en donde forma esa conserva un artículo de comercio bastante considerable. Mondan esas frutas, las extienden al sol para hacerlas secar en la cumbre de los peñascos, luego las ensartan en palos de once pulgadas de largo, con el objeto de conservarlas.

Dejamos Achiras al dia siguiente por la mañana; y despues de haber viajado al través de una region llena de piedras, llegamos á una llanura desembarazada, en la que mucho tiempo habia que veíamos andar á una larga hilera de mulas que no tardaron en detenerse á alguna distancia. Es muy comun hallar á estos animales cargados con higos y vino, y que continuamente van de Mendoza á Buenos Aires, de donde exportan algunos géneros europeos. Á veces van en número de dos ó trescientos llevando todos á cada lado de un grande baste de paja, un pequeño barril con flejes de madera, cubierto con una piel que se coloca como la de un tambor, mientras es tierna, y que despues á medida que se va secando le sirve de refuerzo. Viajan esas mulas en dos, tres ó cuatro hileras, atadas las unas á las otras

por la nariz y por la cola. La de delante lleva colgado un cencerro para guiar la marcha. Esos grandes convoyes rara vez se ven acompañados por mas de tres ó cuatro hombres que van todos detrás de la recua, á excepcion de uno solo que precede á la mula conductriz. Cuando alguna de ellas se muestra rehacia acostrumbran taparle la cabeza con un viejo poncho (Pl. XXXVII. — 3).

Me acerqué á la caravana para examinarla mejor. Habia en el suelo cerca de cuarenta cargas colocadas en círculo casi á tres pies de distancia una de otra. Estaban cubiertas todas con un baste de paja, parecido al techo de una casa. Encendian lumbre los arrieros en medio del círculo para hacer su cocina, al paso que las mulas pacian con libertad por el césped, prontas siempre á reunirse al son de la campanilla de la *madrina*. Las sillas y algunos malos vestidos extendidos por el suelo, forman la cama del arriero, el cual con su poncho, duerme al aire libre, como todos los gauchos propietarios y colonos de aquellas provincias. Compré á aquella gente algunos higos que llevaban metidos en sacos de pieles cosidas unas con otras y un poco de vino, que es bastante bueno, pero muy caro, por causa de la dificultad del trasporte, lo que no impide que se venda mucho en todas las ciudades de provincia, igualmente que en Buenos Aires.

La casa de correos de *Portezuelo*, que hallamos en seguida, se encuentra en posicion muy curiosa, en medio de una pequeña hondonada y en mitad de la cuesta de un alto monte de roca: su verjel de higueras y duraznos formaba un contraste tan sorprendente como agradable con la desnuda superficie de la peña.

Dejámos á Portezuelo para llegar al *Morro* que dista de él siete leguas. Estaba cubierta la tierra de césped; pero de cuando en cuando hallábamos grupos de aquella linda verbena carmesí cuya presencia nos anunciaba la proximidad de San Luis. A medida que nos internábamos, iba elevándose el terreno, y finalmente llegamos á un pico mas alto que todos los otros de la cordillero. Ese era el Morro, montaña en forma de pilon de azúcar, erizada de peñascos y perforada con cavernas, que puede tener de cinco á seiscientos pies; última cima de la sierra de Córdova, por la parte del S. Afirman los gauchos que nunca deja de encolerizarse en el acto que en ella aparecen indios y aun extranjeros; pero á pesar de esto permaneció muy tranquila á nuestra llegada; aunque no debió de estarlo tanto algunos años mas tarde, cuando en febrero de 1833, la *indiada* que habia sido rechazada tan vergonzosamente por dos valientes en la Esquina de Lobaton, encontró al pie del Morro, en un hermoso llano sembrado de arbustos y completamente unido, una columna de cordoveses, fuerte de quinientos hombres á lo menos, que venció y derrotó despues de haber dado muerte á ochenta infantes. Añádese que esa incursion costó cuatrocientos hombres á la provincia, mas de treinta mil caballos, sesenta mil carneros y un número indefinido de bueyes y mulos. Mas tarde, Ruiz de Obro hizo pagar caro su sangriento triunfo á los vencedores pampas. Fueron á su vez completamente batidos y reducidos al último apuro; pero se vengaron de esta nueva victoria, infructuosa para los españoles por falta de union y de concierto, lo que siempre tendrá lugar en aquellas provincias, cuyos jefes nunca pueden estar de acuerdo. Hasta *Rio quinto*, hubimos de atravesar un país cubierto de algarrobos y cortado continuamente por valles. Llegamos á las cuatro á la casa de postas de Rio quinto, edificada en un hermoso valle atravesado por el rio, á la sazon muy bajo, el cual corre per un inmenso cauce cuyas orillas son sumamente escarpadas, y se convierte sin duda en un torrente temible, cuando se deshiela la nieve de la cordillera. Como lo indica su nombre, es el quinto rio de alguna importancia que se encuentra desde Buenos Aires.

Dejando el Rio quinto la mañana siguiente, nos vimos obligados á superar un alto cerro de piedra, lo que exigió mucho tiempo, y por el cual hubimos de bajar tambien. Por espacio de algunas leguas, se parecia el camino á aquel que habíamos recorrido la víspera; pero cerca de San Luis, se manifestaba mas abierto; semejante á los Pampas, consistia en una larga y continua llanura, cubierta de altas y secas yerbas, verdes empero por su parte inferior. Entramos por la tarde en una region muy montuosa, llena de arbustos y espino-majuelos, llamada la *tierra de san Luis*. Dos leguas antes de llegar á la ciudad á poca diferencia, se pasa por un notable desfiladero entre dos montañas cuya entrada sombrean algunos arbolitos, y que conduce á un pequeño valle en el cual se distingue un edificio de alguna importancia, adornado con una lujosa hilera de columnas, frente á una armazon de madera. Al dirigirse al pie de una colina, descúbrese la ciudad, ó mas bien el sitio que ocupa, porque siendo muy bajas las casas, se hallan casi del todo ocultas entre los plantíos de higueras. Deseando nuestra gente que hiciésemos una entrada brillante en la capital de la provincia, se puso en órden y nos hizo atravesar á galope muchas calles llenas de miserables casas construidas de lodo, aunque dispuestas en forma de *cuadras*, como para que mereciese el título de ciudad. De este modo llegamos á la casa de postas, en medio de todos los habitantes que salian para mirarnos. Era la posta muy sucia, con bancos de barro por todos muebles, medio derribados por la volatería, la cual al parecer tenia su residencia en el aposento, y por eso seguramente le disgustaba mucho nues-

tra llegada. Las paredes fueron blanqueadas en otro tiempo; pero cuantos sugetos habian visitado ese punto, tal vez desde el último siglo, habian escrito en ellas el nombre y fecha de su paso en caracteres mas ó menos inteligibles.

Está situado San Luis de la Punta en un fértil valle, al pie de una fila de colinas. Es ese el solo punto de alguna importancia que se halla en el camino de Buenos Aires á Mendoza. San Luis es la capital de la provincia del mismo nombre; la cual despues de haber formado parte del antiguo vireinato de Buenos Aires, y luego de las provincias unidas del Rio de la Plata, ha quedado independiente con la tácita disolucion de aquella confederacion.

Consiste principalmente el comercio de San Luis en ganados y en pieles, y se hallan en él algunas tiendas provistas de artículos pertenecientes á la industria europea. Su comarca presenta una flora mucho mas variada, extensa y rica que muchas otras provincias. Se cuentan entre los árboles el algarrobo, el *chañar*, muchas mimosas, *el quebracho*, siempre verde, con hojas romboideas y puntiagudas. Tambien hay grande cantidad de algunas especies de *orquídeas* y otras plantas parásitas mas conocidas en Buenos Aires con el nombre de *flores del aire*, porque, sin tener metidas en la tierra sus raíces, basta atarlas á los hierros de las ventanas y balcones para que vivan por muchos años. En los alrededores de San Luis crece en abundancia el *cactus tuna*, en el cual pulula el precioso insecto llamado cochinilla.

Los habitantes no están mucho mas adelantados que los gauchos de los Pampas, por lo que toca á sus maneras y á la civilizacion; pero tienen mejor aspecto que los moradores de los llanos. Sin embargo no puedo pasar por alto que los acuse un viajero de muy grandes jugadores é incontinentes en la bebida. Aplica indiferentemente su acusacion á los dos sexos y sobre todo á las casadas las cuales, dice, ni aun aguardan que se las provoque. Añade que está habitado San Luis por un pueblo ignorante, intolerante, supersticioso, fantástico, que se cree superior á toda la humanidad. He permanecido muy poco en San Luis para que pueda tener mi opinion tacante á lo dicho; pero en cuanto á la misma ciudad, es ciertamente una de las menores en su rango de la América meridional. Apenas se hallaria en ella una casa decente en la apariencia y que no indicara la miseria. El mercado tiene el aspecto mas triste que se pueda imaginar. Dos iglesias muy bajas, un pobre *cabildo* (casas consistoriales), la cárcel y un convento, edificado todo de barro y desplomándose, forman los principales monumentos. El fuerte que no está distante, consiste en un cuadro bastande extendido, construido con cieno y adobes ó ladrillos secados al sol, y armado con algunas piezas de artillería. La mayor parte de las casas tienen vastos jardines, cercados con tapias y que contienen muchos árboles frutales. Ví en ellos gran número de álamos y cipreses. Ninguna de las casas está blanqueada. La ciudad ocupa mucho terreno, pero no parece muy poblada; segun Miers, no contiene mas de tres ó cuatro mil almas. Otro viajero solo hace ascender su poblacion á mil quinientos habitantes. Suminístrales el agua de que se sirven para beber un arroyo que distribuyen en las cuadras mediante pequeños canales. El pueblo se alimenta de vaca, maíz y toda suerte de frutos entre las cuales es preciso notar los melocotones, melones, uvas é higos. Estos últimos, secados al sol encima de algunas capas de cañas, constituyen la principal provision para el invierno.

Insiguiendo á Miers, toda la madera empleada en la construccion de las casas y demás usos es procedente de Chile, llegando al través de los Andes; por lo que es sumamente cara. Llévanla en vigas de unos doce pies de largo, atadas á ambos costados de un mulo, de modo que los dos cabos se hallan á la altura de la cabeza del animal, al paso que los otros dos arrastran por el suelo; de lo que resulta que durante el viaje se desgasta gran parte de la madera y llega á su destino habiendose acortado considerablemente.

Empezábamos ya á hallarnos cansados y estábamos impacientes por llegar á nuestro destino. En consecuencia, partimos de San Luis lo mas pronto que fue posible. Nada de particular tengo que decir de los diferentes parajes que hubimos de atravesar hasta la Represa, cuyo director de postas, que conocia perfectamente las diferentes tribus indias, dióme algunos detalles tocante á ellas, que no hubiera podido recoger facilmente en otras fuentes. Los primeros indios de los Pampas solo vivian de la caza y no tenian idea alguna de la agricultura; pero en los últimos años, las felices expediciones que hicieron á las provincias del E. les han proporcionado comparativamente la comodidad, procurándose con ellas inmensos rebaños y caballos. Así pues no cuentan exclusivamente para su subsistencia con los caballos silvestres, avestruces, gamos, zorras, etc., cuya difícil caza solo presenta recursos precarios; sus establecimientos han llegado á ser mas fijos, aunque no hayan renunciado á sus antiguos hábitos del pillaje; por lo que no permanecen por mucho tiempo en un mismo sitio; escogen con preferencia aquellos parajes en que han acampado ya otras tribus; de lo que procede que especialmente se encuentren en las márgenes de los rios, á la distancia de veinte ó treinta leguas, una serie de esos campamentos indios, llamados *tolderías*, cuyas habitaciones consisten simplemente en pieles extendidas sobre tres estacas dispuestas en triángulo, al modo de las tiendas

de los jitanos que se hallan en algunos países de Europa.

Finalmente llegamos al *Rio Desaguadero,* cuya profundidad varia segun las estaciones. Cuando nosotros lo pasamos no era muy peligroso, no tenia mas de cien pies de anchura y tres de profundidad. Nuestros gauchos se pusieron á nadar, atravesándolo nuestro carruaje, merced á sus grandes ruedas. En el estío tiene por lo menos quince pies de profundidad, y no puede atravesarse sino por medio de una especie de barca ó mejor de puente de lanchas.

Nos hallábamos entonces en medio de lo que propiamente se llama en el país la travesía ó el desierto, que no tiene menos de veinte leguas de ancho en aquella direccion. Es una llanura extendida al pie de la cordillera, llanura perdida y arenosa, muy impregnada de sal, y que parece no puede producir naturalmente pastos ni vegetal alguno útil al hombre, parecida en esto á la mayor parte de los terrenos del África septentrional. Lo que hay singular, es que un suelo completamente estéril puede llegar á ser de una fertilidad admirable, por medio del riego. Es fuerza que la sustancia salina de que por todas partes está saturado sea el agente mas poderoso de la fuerza vegetativa. Durante todo el trayecto experimentamos mucha sed; pero al llegar á la otra orilla del Rio Desaguadero, nos sentimos animados y alentados con la idea de que ya entrábamos en territorio de la provincia de Mendoza.

El 7 de abril, vimos por primera vez la cordillera de los Andes. Nadie puede imaginar el efecto que produce en el viajero el aspecto de esa espantosa barrera de montañas. Estaban esos colosos enteramente cubiertos de nieve, y eran tan altos que para verlos nos era fuerza inclinarnos hácia atrás. Parecian pertenecer á un mundo diferente; porque solo se distinguia su cima, estando sumamente claro el cielo encima, al paso que el horizonte se hallaba algo oscurecido á lo lejos y por abajo.

En el decurso de la jornada empezamos á reconocer alguna apariencia de cultivo; y algunos cercados regados acá y acullá. Los álamos indicaban la inmediacion de Mendoza; pero casi toda nuestra atencion estaba absorvida por el imponente espectáculo de la cordillera que dominaba siempre sobre nuestras cabezas.

Llegamos por la tarde á la casa de postas de *la Dormida*, situada en un terreno alto y arenoso que rige el rio de Tunuyan. El país que al dia siguiente atravesamos estaba cultivado en parte, y todas las casas adornadas con calles de álamos las cuales, bien que de un efecto bastante monótono, no dejan de recrear la vista en una region desprovista casi enteramente de árboles.

Multiplicábanse los cultivos mas y mas; con frecuencia encontrábamos cercas de fango de cuatro pies de altura, formadas de tablas de madera, entre las cuales se desliza la tierra humedecida. Todo se ejecuta con el riego; porque sin el socorro del arte, la naturaleza no produciria absolutamente nada.

Señalaba y distinguia la casa de un rico colono, en la cual nos detuvimos en el puesto de *Retamo*, cierto aire de prosperidad y de lujo. En ella hallamos un espacioso salon, con un aposento en ambos extremos, y por detrás una galería cubierta, en la cual conservaba el propietario su cosecha en cueros cosidos entre sí. Colgaban de cordeles, en el techo de los aposentos, magníficos racimos de uvas moscateles, á los cuales facilmente se creerá que no permanecimos indiferentes. La fachada de la casa, adornada con un pórtico y pilares de madera con una cornisa encima, daba al camino; sombreábanla dos calles de hermosos álamos de los cuales recibia cada uno en sus raíces las aguas de un canal separado.

Al otro dia por la mañana, á cosa de una legua de Retamo, volvimos á entrar en la travesía y de nuevo perdimos la vista de todo cultivo. Solo de cuando en cuando, nos anunciaba una habitacion un grupo de árboles. Mas bien ha de atribuirse la esterilidad del país á la falta de moradores que á la de agua; porque está enteramente atravesado por el rio Mendoza, que es muy considerable. Dos leguas antes de llegar á la ciudad, apareció segunda vez el cultivo, acompañándonos hasta la ciudad misma. Pronto fueron mas numerosas las casas: por todas partes, se veian grandes vides y altas y frondosas higueras, cuyos extendidos ramos y espejo follaje ofrecian un abrigo contra los rayos del sol. Atravesaban á menudo el camino algunos canales de riego, continuándose aquel por medio de puentes de madera, anchos lo bastante para que pudiese pasar por ellos un coche ó una carreta. Encontramos á muchas paisanas de Mendoza montadas á caballo; llevaban sombreros de hombre, y estaban sentadas en sillas del país que las llaman *sillones*. Á medida que íbamos adelantando, aumentaba el número de gente á caballo; y nos indicaban la proximidad de una grande ciudad los grupos de mulas y carretas, siempre mas numerosos. Entramos finalmente en Mendoza el 8 de abril de 1829, á eso de las seis de la tarde, y fuímos arrastrados á galope, como de costumbre, á la puerta de la casa que ocupaba mi compañero de viaje en el centro de la ciudad. Tenia mucha necesidad de descansar; con todo ya estaba levantado en la madrugada del dia siguiente, aguijoneado por la curiosidad, y habia recorrido ya en parte mi nueva residencia.

Mendoza, capital de la provincia de este nombre es una hermosa ciudad situada en medio de viñas, á 2.600 pies sobre el nivel del mar, al

pie de la grande cadena de la cordillera de los Andes. Esta línea de gigantescos montes corre del N. al S. tan lejos como puede extenderse la vista, con sus cúspides que reflejan durante todo el dia el brillo de un cielo despejado y azulado siempre, y atravesando por la noche con su plateada blancura el oscuro azul que anima á veces la luna con su luz inconstante. Millares de arroyuelos, despeñándose de las montañas, fertilizan los llanos situados al pie, y conducen sus claras y rápidas aguas por todas las calles y jardines de la ciudad.

Construida esta en forma de *cuadras* ó rectángulos de extension igual, se parece exteriormente á todas las ciudades españolas ya descritas; pero es de una limpieza suma. El solo paraje notable de su interior es la plaza, en la cual se halla un edificio bastante mezquino que sirve de cabildo. En el centro de la plaza rodeada de álamos, hay una fuente de cobre bastante limpia, de la cual se levanta un surtidor cayendo en un receptáculo que provee la ciudad.

Mi compañero me ofreció un asilo en su casa hasta mi partida para la Cordillera. Era aquella una de las mas agradables, provista de espaciosas galerías, ricos salones y de todo cuanto proporciona la comodidad en una casa opulenta. Estaba amueblada al gusto francés ó inglés combinados. Apenas se hubo esparcido la nueva de la llegada del dueño, cuando acudieron sus amigos en tropel para felicitarlo.

Era la tertulia muy numerosa. El baile y la música empezaron casi inmediatamente, y pasóse la noche en medio del gozo. Sorbetes, natillas, dulces, vinos, licores, fueron presentados á la redonda, y encantóme el modo tan franco como amistoso con que se trataban las señoras de Mendoza. Despues de haberme retirado en un aposento de dormir de los mas elegantes, puede creerse la satisfaccion con que gozé del mas completo reposo en una buena cama rodeada de un rico mosquitero, cuando desde tanto tiempo solo habia encontrado en los Pampas, en medio de camaranchones llenos de humo, el cenagoso piso por lecho y telarañas por cortinajes. Al otro dia vino á anunciarme una linda mulatilla que me esperaba la familia de mi huésped para el desayuno. Era el servicio de porcelana francesa del mejor gusto, y sirvióse el café, té, chocolate, con comidas mas sustanciosas, pollos, arroz, beefsteaks, frutas y vino.

Por la tarde di un paseo á caballo por los alrededores de la ciudad. Admiróme en esa excursion, una hermosísima *alameda* ó paseo público, orgullo y adorno de Mendoza. Consiste en cuatro calles de bellos álamos tiradas á cordel, paralelas á la Cordillera, y en ella se goza de una magnífica vista de aquellos montes. En uno de los extremos del paseo hay un templete de arquitectura griega, que consiste en un elegante friso sostenido por muchas columnas. Se sube á él por algunas gradas que hay en frente del paseo; y está construido de ladrillos y cal imitando la piedra. En el lado opuesto hay otro templo, pero de estilo mas pesado. El paseo está continuamente aseado y frecuentado todas las noches por los habitantes, que toman en él helados, frutas y otros refrescos comprados en el mismo sitio. Durante el dia, forma un retiro encantador defendiendo con el follaje de los altos árboles á los paseantes de los fuegos de un sol abrasador.

Tambien noté las vides de uvas blancas y negras de que está rodeada la ciudad. Conducen pequeños canales el agua al pie de los sarmientos plantados formando líneas paralelas á la distancia de cinco pies, separados como otro tanto entre sí y á los cuales dejan crecer hasta la altura de cuatro pies. Se fabrican con ellos en la vendimia vinos tintos y blancos, lo mismo que aguardiente. El blanco es mas tolerable; y pudiera llegar á ser excelente, con algun mayor cuidado y destreza de parte de los que lo elaboran. Llamaron igualmente mi atencion los verjeles y jardines que poseen casi todas las casas de la ciudad.

El dia siguiente, fuí convidado para un grande baile que daba un hermano de mi huésped, y en el que pude ver á los habitantes mas distinguidos de la ciudad en suntuosos trajes, lo que no tiene lugar en una mera tertulia. Era el baile muy brillante, y muchas las señoras, lindísimas la mayor parte; desgraciadamente desfiguradas todas por un bocio, enfermedad á que están sujetos todos los habitantes de la provincia, y aun mas particularmente, segun me dijeron, los de Salta y de Santiago del Estero. Se atribuyen comunmente las paperas al uso del agua de nieve que desciende de la Cordillera; pero hábiles médicos, haciendo observar que muchos países en donde se bebe de esta agua no tienen paperas, las explican por la presencia de ciertos miasmas atmosféricos. Bajo otro aspecto, puede mirarse á Mendoza como una de las ciudades mas sanas del mundo. El aire es sumamente puro. Merced á la proximidad de los montes, no fatiga tanto en ella el calor como en muchos otros puntos; sin embargo hace mucho durante casi todo el año. De observaciones generales comparadas resultaria que el promedio del calor ha sido en el verano, á la sombra, dos horas despues del mediodia, de unos 90° de Farenheit. Comparativamente son muy frescas las noches, y en invierno, frias y acompañadas de heladas.

Los mendozinos son apasionados por el baile. Luego que ha pasado el calor del dia, y que ha concluido la siesta, se reunen para bailar; y todo el mundo danza, sin excepcion de edad. En el baile á que asistí, estaban colocadas las damas en hileras al rededor de la sala; los señores estaban

en pie en el centro ó conversando con ellas. Empezó con algunos minuetes á los que siguieron danzas españolas y algunas del país. Duró muchas horas; despues del cual, se anunció la cena, y pasaron las damas á una sala contigua en donde las aguardaba un suntuoso banquete, servido enteramente á la europea. Tomó su parte cada una de ellas, al paso que casi todos los hombres se quedaron en pie detras de las sillas. Hubiérase echado de ver á uno de aquellos señores dirigiendo algunas cariñosas palabras al oido de su bella, mientras otro, quizás menos sentimental, recibia mas sólido alimento de la punta del tenedor de su dulcinea. Llegaron despues muchos *toasts* á la patria, á la libertad, á la igualdad, á los derechos del hombre, etc. Luego empezó de nuevo el baile prolongándose hasta muy tarde.

No se hallan de acuerdo los mas recientes viajeros acerca la poblacion efectiva de Mendoza; porque la hacen ascender á seis, doce, veinte, treinta ó treinta y ocho mil almas; cálculos de los cuales los primeros parecen demasiado bajos, y demasiado exagerados los últimos; quizás no se arriesgaria mucho en tomar un término medio entre los dos extremos. Los mendozinos mas bien son agricultores que industriales. Truecan los productos de sus tierras y ganados por géneros fabricados que reciben de Buenos Aires, de Córdova y de los indios del sur. Algunas sederías y algodones que directamente llegan á Chile de la China y de Bengala son importados por el camino de los montês; pero este género de comercio ha perdido considerablemente su importancia, desde que se han abierto relaciones directas con Valparaiso por el cabo de Hornos, lo mismo que en razon de la poca seguridad de los caminos de tierra, porque no es menester mas que un puñado de descontentos ó indios armados, para interceptar inmediatamente todas las comunicaciones. La yerba del Paraguay forma tambien otro ramo de comercio entre Mendoza y Chile. En fin se fabrica en Mendoza un jabon mediano, parte del cual es exportado. El gobierno de la provincia es libre y administrado por una asamblea representativa, que el pueblo elige todos los años, y que envia dos diputados al congreso general celebrado en Buenos Aires.

La fortuna y el comercio generalmente estãn concentrados allí, lo mismo que en todas las otras partes de la América meridional, entre un corto número de familias. Hay algunas casas pertenecientes á la clase superior, pero no son opulentas. En el resto de la poblacion, muchos han adquirido alguna fortuna; nadie parece hallarse en la indigencia, y casi todos los habitantes poseen algunas porciones de terreno, que con un trabajo moderado proveen á todas sus necesidades, á causa de la abundancia de toda clase de artículos y de la sencillez de sus inclinaciones. Algunas casas despliegan mucho lujo por la extension de los aposentos destinados para las tertulias, por el brillo de su alumbrado y por la riqueza de sus muebles. Se halla muy generalizado el gusto por la música; pero la imposibilidad de perfeccionarse en este arte limita los talentos de los mejores músicos á la ejecucion de algunos fáciles fragmentos de guitarra y piano, y de algunos cantos muy sencillos. En Mendoza solo se halla un reducido número de bibliotecas particulares; generalmente hay poca instruccion, y algunos rasgos de grosera ignorancia que se obsevan en la conversacion, admiran tanto mas al extranjero por el contraste que forman con el elegante exterior y corteses maneras de los sugetos que hablan.

Acúsase á los mendozinos de ser altaneros, hipócritas y caprichosos; pero en cambio se les reconoce apacibilidad y sentimientos de benevolencia para con sus inferiores de cualquier clase que sean. Son sencillos en sus maneras y muy hospitalarios; y aunque faltos de educacion y de luces, manifiestan rectitud en el sentido, juicio sano y franqueza tal, aun en las clases mas pobres, que hacen muy agradable á los extranjeros su trato.

Despues de cuanto acaba de leerse, puede ya imaginarse que pasaba yo muy bien el tiempo en Mendoza, en medio de sus amables habitantes, bailando, cazando, yendo á caballo ó paseándome por la Alameda con mujeres encantadoras, y respirando las deliciosas brisas que todos los dias bajan de las altos vértices de la nevada cordillera. Mas empezaba á sentir ya que las delicias de Mendoza me habian harto tiempo detenido; y decidiéndome á guisa de un valiente, despues de haber hecho nuevos preparativos para un viaje de otra naturaleza, me puse en camino el 14 de abril, con ánimo de arrostrar las nieves y precipicios de la Cordillera.

CAPÍTULO XXXVII.

REPÚBLICA ARGENTINA. — GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Quizás la República Argentina, despues del imperio del Brasil y la Colombia, sea el mas vasto territorio de la América meridional civilizado ó que empieza á civilizarse ya. Aquella república, á juzgar tan solo por la inspeccion de los mapas, tiene por límites, al O., la cordillera de los Andes y la república de Chile; al N., la república de Bolivia y el Mato-Grosso del Brasil, incluso el Paraguay, cuya independencia no ha reconocido aun, y que por consiguiente, diplomáticamente, puede mirarse como si aun formara parte de él; al E., las provincias meridionales del Brasil y el rio Uruguay, que la separa de la nueva república de Montevideo; y en la misma direc-

cion, el Océano Atlántico, desde el Rio de la Plata hasta el Negro al S., cuyas aguas la separan de la Patagonia india; porque aunque pretendan los argentinos extender su dominio hasta el estrecho de Magallanes, es preciso reconocer que su verdadero imperio se halla limitado con este último rio, aun suponiendo que aseguren suficientemente su poder en aquel país sobre las naciones indígenas esparcidas por el seno de los Pampas de la Patagonia septentrional, algunos fuertes aislados y establecimientos nacientes todavía. Pero ¡ cuántos cambios y revoluciones han experimentado las diferentes porciones de aquel territorio, desde la conquista española hasta nuestros dias, sin considerar al principio la cuestion mas que bajo el punto de vista simplemente geográfico !

Cinco fueron primitivamente esas provincias: Buenos Aires ó Rio de la Plata, el Paraguay, el Tucuman, las Charcas, y el Potosí, sometidas hasta 1778 bajo la jurisdiccion del virey del Perú; pero en aquella época, quedaron erigidas en vireinato separado, del cual llegó Buenos Aires á ser la capital.

Al principio del siglo XIX, tomando el vireinato de Buenos Aires el nombre de *Provincias Unidas de la Plata*, se dividió en veinte provincias distinguidas en altas y bajas, en razon de su situacion. Once eran las primeras, á saber: Mojos y Chiquitos, Apalobamba, Santa Cruz de la Sierra, la Paz, Cochabamba, Carangas, Misque, Paria, Charcas, Potosí y Atacama; las segundas en número de nueve, á saber: Tarija, Salta, el Paraguay, el Tucuman, Córdova, Cuyo, Entre-Rios, Montevideo ó la Banda oriental, y Buenos Aires.

En 1825 nuevos cambios. Se separó el alto Perú de la Union de la Plata, formando con parte de las provincias de aquella union la república de Bolivia. Anterior ó posteriormente á aquella época, se separaron tambien de la Union otras tres provincias de la Plata; el Paraguay en 1811, para existir bajo la dependencia del doctor Francia; Montevideo, ó la Banda oriental, en 1828, para constituir la *República oriental del Uruguay;* Tarija, en 1831 ó 1832, para reunirse á la Bolivia.

Finalmente los territorios de la antigua *Union de la Plata* que quedaban á la República Argentina fueron y son distribuidos aun en la actualidad de modo que presentan una distribucion territorial en provincias, reconociendo por ley segun las circunstancias, la autoridad política del congreso reunido en Buenos Aires, y al cual envia cada una, gobernándose por sí misma, mas ó menos diputados encargados de discutir y sostener sus intereses generales ó particulares, que no siempre se hallan en armonía con los de toda la república, de lo que resultan, á cada instante y por todas partes, turbulencias cuyo término fuera difícil prever.

Estas quince provincias son Buenos Aires, Santa Fe, Entre-Rios, Corrientes, Misiones, San Luis, Mendoza, Tucuman, Santiago del Estero, Salta, Jujuy, San Juan, la Rioja y Catamarca.

Una ojeada por el mapa manifestará que, desde Buenos Aires, siguiendo el curso del Parana, hasta la Esquina, desde la Esquina hasta San Luis, y finalmente de este hasta Mendoza, en direccion occidental, se prolonga al S. una vasta extension de país llano, sin árboles, y que no produce mas que un corto césped; país cubierto de numerosos lagos que se encadenan entre sí al través de un terreno arenoso, y cuyas aguas, procedentes de muchos rios, se pierden y son absorvidas en medio de aquellos mismos arenales. En el extremo N. O. de esa superficie se halla, en el espacio de treinta mil millas cuadradas, un terreno plano muy saturado de sustancia salina, sin mas vegetacion que selvas de árboles espinosos y de pequeñas matas entremezcladas con numerosos pantanos y lagos salinos, que alimentan á los dos grandes rios de agua dulce de Mendoza y San Juan. Esos lagos se llaman *Guanacache* y se descartan de la sobreabundancia de agua por un canal llamado el rio Desaguadero, que se pierde por sí mismo en el lago Bebedero, cerca de San Luis.

Ya he descrito esa region salina, llamada la *Travesía* ó desierto de Mendoza. Sobre muchas mesetas mas elevadas que se extienden entre las montañas de Córdova, sobre las de Santiago del Estero, encima de las de la Rioja, del Tucuman, y en muchas otras provincias septentrionales, existen terrenos que por la falta completa de agua no producen otra cosa que zarzales y arbustos espinosos, los cuales son tambien muy salados. Casi toda la superficie de aquellas provincias es de la misma naturaleza, excepto en las estériles ramificaciones de los montes, cuyas profundas gargantas presentan de cuando en cuando pequeñas corrientes que pueden alimentar á los habitantes, en un país en que son tan difíciles las comunicaciones. Estos terrenos planos y estériles se llaman tambien *travesías*. En esas provincias solo se encuentran un corto número de valles que puedan cultivarse; y todo aquel país, confinante al N. con el rio Dulce, al O. con la Cordillera (espacio de mas de cien millas cuadradas), apenas presenta un solo punto en que pueda uno pensar en fundar un establecimiento. Á excepcion de Santiago del Estero, de Tucuman, San Juan, Mendoza, San Luis y Córdova, que se hallan en la extremidad limítrofe de aquel inmenso distrito, solo se encuentra en su interior una ciudad, la Rioja; y á excepcion del rio Dulce, del de San Juan, del Mendoza y del Tercero, que forman los límites, solo se halla un rio de agua dulce, el Anqualasta, que alimenta á Rioja, siendo no obstante muy poco

considerable, y no tardando á perderse en algunos pantanos y lagos salados, en medio de aquel inhospitalario desierto. Son muy costosas y fastidiosas las comunicaciones al través de aquellos salvajes desiertos á causa del excesivo calor, de la frecuencia de los pantanos, de la falta de casas y postas, y especialmente por carecer de agua dulce, todo lo cual es muy incómodo para los viajeros: por eso es creible que permanecerán desiertos aquellos terrenos hasta que estén mas pobladas las partes mas fértiles del continente, lo que solo puede ser obra del tiempo. Es sumamente difícil apreciar justamente la poblacion de las diferentes provincias de la República Argentina, porque los cálculos parciales que podrian servir para el censo general, son exagerados por la mayor parte, ó demasiado bajos; y además varian en razon de las épocas en que pudieron ser recogidos los datos por diferentes viajeros, cuya exactitud no siempre puede ser bastante comprobada.

Lo mismo que en el resto de la América, pertenecen los habitantes á cuatro razas que difieren entre sí, tanto por sus costumbres como por su constitucion. La primera es la de los *indios* ó *americanos*; la segunda la de los *blancos* ó *europeos*, entre los cuales se llaman *criollos* los nacidos de padres españoles, y que se dividen tambien en blancos moradores de las ciudades, reproduciendo mas ó menos en sus costumbres las de la madre patria, y en blancos habitantes de los campos, divididos en dos clases bien distintas, la de los agricultores (por la mayor parte indios convertidos), y la de los pastores (gauchos y peones). Viene en tercer lugar la raza de los *negros*, trasportados de África como esclavos; y finalmente los de sangre mezclada designados por el nombre genérico de *hombres de color* (pardos sambas), y de los cuales hay muchas especies, entre otros los *mestizos*, mezcla de sangre india y blanca; los *mulatos*, mezcla de sangre africana con la india ó europea; aun ha de hacerse aquí mas de una distincion, por ejemplo, entre el mulato propiamente dicho, oriundo de un europeo y una negra, el *cuarteron* ó cuarta parte de negro, fruto de la mezcla de sangre mulata con europea, y el *salto atrás* (tres cuartos de negro), producidos todos por la mezcla de sangre negra con sangre mulata.

Es difícil fijar el número de los habitantes de la República. El concienzudo escritor, Miers, lo mira como exagerado constantemente, y no ascienden segun su cálculo, á mas de 150,000 en su totalidad los de las cinco provincias de Buenos Aires, Mendoza, San Juan, San Luis y Córdova, que otros cálculos han valuado á 271 y hasta á 438,000. Añade que aun ha sido mas exagerada la poblacion de las provincias mas septentrionales, lo mismo que sus recursos, riquezas, producciones y naturaleza del país; lo que atribuye el mismo autor al interés que tuvo siempre la corte de Madrid en ponderarlo todo, bajo este respeto, para excitar la ambicion de los españoles. Por otra parte, si hemos de creer á Ignacio Nuñez, moderno escritor del país, cuyo carácter diplomático le habrá proporcionado ocasion de sacar los datos de las mejores fuentes, podrá ascender el número de 411 á 450,000 almas, en cuyo cálculo no figura la poblacion de la provincia de Buenos Aires, estimada en 250,000 en un censo hecho en 1815; en 140,000 por un viajero moderno, y en 85,000, por Miers, en el año 1819 y siguientes.

Nada tengo que añadir á lo que ya dije de las provincias de Buenos Aires, Entre-Rios, Corrientes, de las Misiones, lo mismo que de las de Montevideo y del Paraguay, antiguas dependencias suyas, las cuales han sido el principal objeto de mi atencion y de mis investigaciones. Acabo de recorrer las fronteras meridionales de las provincias de Córdova, de San Luis y de Mendoza; por tanto solo me queda algo que desear relativamente á la de Santa Fe, la cual es por otra parte, de mediana importancia, pues en ella casi no se ocupan mas que de la cria de caballos y bueyes, y aun estos solo existen en ella en muy reducido número.

Hubiera querido visitar los amables habitantes de la provincia de San Juan, que manifiestan grandes disposiciones para progresar en la civilizacion, y que pasan por ser los que siguen de mas cerca que todos los demás á los porteños en la marcha de la reforma social. Se dedican con buen éxito al cultivo de sus numerosas viñas, y á la fabricacion de vinos y aguardiente, que remiten en abundancia al Potosí, Buenos Aires, Santa Fe y á la República oriental del Uruguay. La provincia es sumamente fértil, pues el trigo produce en ella comunmente el ciento por uno. Alimenta altos y hermosos árboles, y excelentes olivos; tiene rebaños de bueyes y de caballos, aunque no sean tan buenos los pastos como en otros puntos. Es de las mas favorecidas de la naturaleza en lo que toca al oro y á la plata, y posee á tres ó cuatro leguas de la capital una mina de oro con el nombre de *Jacha*, que ha reunido en aquel punto una poblacion bastante considerable. El viajero Miers, en razon de la belleza y salubridad del clima, que compara al de Mendoza, é igualmente á causa de la fertilidad del terreno, mira los alrededores de San Juan como los mas propios para la fundacion de una colonia agrícola de europeos, aun á pesar de las preocupaciones de los habitantes.

Hasta ahora la provincia de la Rioja es de las menos considerables; pero además de la cria de ganados, en que se ocupan mucho sus habitantes,

posee una famosa mina llamada de *Famatina*, situada á treinta y cinco leguas al O. de su capital, y de la cual extraen en abundancia, oro, plata y otros metales preciosos.

Es notable Santiago del Estero, bastante extensa y fértil, por ser la lengua vulgar del campo el mismo *quichua* de los antiguos Incas. Hay en esta provincia la costumbre particular de ir á buscar trabajo en las otras, á dos, tres, y algunas veces á cuatrocientas leguas de su residencia, reproduciendo bajo este punto de vista las costumbres de los auverneses y de los saboyardos; muy perezosos é inaplicados en sus hogares, se manifiestan en todas las demás partes laboriosos y activos; pasan por los mejores cosecheros de la Union, y acaban como los cosmopolitas europeos, por volver á entrar en su territorio con el producto de su trabajo. La provincia produce miel, cera, salitre, muchos árboles y sobre todo algarrobos. Una célebre mina de hierro nativo, situada en el grande Chaco, en las cercanías de Santiago del Estero, ha suministrado con la regular explotacion que de ella se ha hecho, una ocupacion útil y lucrativa á los habitantes de aquella parte de la República Argentina.

Poco considerable Catamarca, pero eminentemente agrícola, se distingue por la cria de los bueyes, carneros y caballos. Su algodon, aun en Francia, se ha considerado como el superior que quizás hay en el mundo, y pudiera llegar á ser para el país el objeto de un comercio considerable. La abertura de la navegacion del Vermejo fuera de las mas ventajosas, á causa de su proximidad á Salta, á la cual especialmente aprovecharia esa importante operacion.

Salta forma la última provincia de primer órden en el camino de Buenos Aires al Perú, y es interesante por los hermosos valles que forman en ella diferentes ramas de las cordilleras, por el lindo rio que tiene cerca, por sus magníficas selvas, ricas en toda suerte de madera, por sus nutritivos pastos y por los ganados que alimenta, en especial los rebaños de vicuñas y mulos, que forman el principal objeto de su comercio exterior; recomiéndase además por sus minas de oro y plata, de cobre, hierro, azufre, alumbre y vitriolo; finalmente por el carácter hospitalário que anima á sus habitantes y por los sufrimientos que ha experimentado con la guerra de la independencia, á cuyo frente en algun modo la habia colocado su posicion geográfica, y de la cual no han podido preservarla sus mismos valientes defensores con el precio de su sangre, durante quince años de lucha y encarnizadas reacciones.

Jujuy, la mas septentrional de las provincias argentinas, rica en toda suerte de ganados, de que hace grande comercio con el Perú, no abunda menos en algodon, trigo, maíz, cebada, patatas y otras legumbres, en azúcar, miel y excelentes lanas; posee fecundas minas de oro, y distinguióse en la guerra de la independencia; mas bajo este respeto, es ciertamente mas notable el Tucuman, enclavado en medio de todos los distritos que acabo de nombrar. Mereció el hermoso título de *Sepulcro de la tiranía* por la brillante victoria que en él obtuvieron de los españoles en 1812 sus dignos ciudadanos: hase colocado á la cabeza de todos los movimientos revolucionarios, que por todas partes han apoyado sus valientes falanges; y finalmente en su capital publicó el congreso general de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, en 1816, su declaracion de absoluta independencia. Se encomian la afabilidad y dulzura de los habitantes y su amor al trabajo, elogio tanto mas lisonjero, como que en este último punto, es muy rara esa virtud en América. Se ensalza tambien la suma fertilidad de la provincia, en la cual se recoge en abundancia arroz, maíz, alfónsigos, tabaco, naranjas, melones y cebollas de exquisito gusto y de tamaño monstruoso, patatas que pesan hasta siete libras, árboles de tal circunferencia, que algunos apenas pudieran abrazarlos diez y seis hombres dándose las manos. Sus quesos llamados *Tafu* se venden muy caros en Buenos Aires. De una de las seis cadenas de montañas, en medio de las cuales está situada la capital, descienden diez y seis rios que fertilizan su territorio y cuya reunion constituye el rio de *Santiago del Estero*.

Terminaré mi rápida revista con algunas notas adicionales sobre la provincia de Córdova. ¡Con qué gusto no hubiera visitado su célebre capital, sobre todo con la esperanza de volver á encontrar á mi buen *cicerone* de la Asuncion del Paraguay! ¡Cuán agradable hubiera sido para mi visitar con él lo que subsiste de aquella famosa universidad, antorcha intelectual por tanto tiempo de la América meridional! Pero dominado por otras ideas y arrastrado á otro fin, fue preciso que renunciára á ese viaje; me limito pues á extractar de algunos viajeros fidedignos los rasgos mas característicos de aquel interesante país. La ciudad de Córdova fue fundada en julio de 1575. Está pintorescamente situada á ciento setenta y cinco leguas de Buenos Aires, en medio de montañas y colinas, cuya proximidad no permite verla hasta que uno ha llegado á ella. Considerada la ciudad bajo el punto de vista material, es bastante notable; está edificada en forma de cuadrados rectangulares, como todas las ciudades españolas. La mayor parte de las casas están construidas con cantos rodados, sacados del fondo del rio Primero que la riega. Las calles no están empedradas, y siendo el suelo muy arenoso, es el aire pesado y malsano. Algunos edificios públicos son de estilo morisco, aunque pesados y groseros, á juzgar de ellos segun nuestro gusto;

pero la ciudad no deja de ser la mas notable de la república, despues de Buenos Aires. En tiempo de la dominacion de los españoles, era Córdova una plaza muy importante, sumamente poblada, componiéndose su poblacion de los hombres mas inteligentes de que pudiera gloriarse cualquiera de las ciudades coloniales españolas. Su universidad habia sido fundada para la educacion de los criollos mas distinguidos. Reinaban en ella los jesuitas con toda su gloria; era el centro de su poder, de su influjo y de sus especulaciones. Poseía un obispado que contribuía mucho á su celebridad. Su principal comercio era el de los mulos, que enviaba á la grande feria anual de Salta. Los trabajos de explotacion de las minas de aquellos inhospitalarios cerros costaban un número increible de aquellos animales, y se dice que la provincia de Córdova no remitia menos de ochenta mil todos los años; pero los acontecimientos de la revolucion pusieron fin á aquel tráfico; los capitalistas españoles interrumpieron la explotacion de las minas y retiraron los fondos que para ella habian depositado. Desde entonces todo á degenerado en la ciudad, habiendo cambiado las fortunas y caido en manos de sugetos ignorantes y tiránicos, que no sabian mas que abusar de un influjo y poder debidos á la sola intriga. Es Córdova la patria del dean Funes que publicó en 1818, en Buenos Aires, una obra apreciable sobre aquella ciudad, el Tucuman y el Paraguay. Hay en la provincia un número considerable de *haciendas ó estancias*, en las cuales se crian y mantienen muchos ganados. Los habitantes son apacibles. Los ingleses hechos prisioneros en Buenos Aires en agosto de 1806 se congratularon por haber sido recibidos en ella con la mayor humanidad. Está regado el país por muchos rios, distinguidos solo por el órden numérico, partiendo del oeste hasta Buenos Aires, y de los cuales el *Tercero* es el mas considerable, y comunica con el de la Plata, por lo que será muy provechoso al país que se facilite la navegacion, para el interés comercial de todas las provincias occidentales. En estos últimos tiempos, ha adquirido la provincia de Córdova otra suerte de celebridad con la parte mas ó menos activa que ha tomado en la guerra civil que destrozara la República Argentina; guerra causada por las encarnizadas rivalidades de los dos partidos, unitario y federal, desde últimos de 1828, época de la cesacion de la guerra con el Brasil. En el llano de *la Tablada*, medio arenoso, medio cubierto de pastos entrecortados de torrentes y collados, y al norte de Córdova, dióse el 20 de junio de 1829 la famosa batalla, en la que los federales, á las órdenes de Bustos y Quiroga, fueron completamente vencidos por el general la Paz, comandante de los unitarios.

Expongamos ahora rápidamente las revoluciones políticas de que fueron teatro las provincias del Rio de la Plata desde su orígen hasta nuestros dias, refiriéndome en casi todo á su capital; porque en América, lo mismo que en otras partes, la historia de las capitales es casi siempre la de los estados á cuyos destinos presiden.

Buenos Aires recibió su nombre de su fundador, D. Pedrò Mendoza, en 1534, debiéndolo á la salubridad de su clima. Los primeros colonos fueron muy desgraciados. Quemaron los pampas la ciudad, y despues de haber experimentado esta el hambre y todos los males que consigo trae esa calamidad, abandonaron la plaza los españoles en 1539. De 3,000 hombres que habian abandonado la España con D. Pedro para la conquista de la Plata, apenas llegó la cuarta parte á la Asuncion, en donde se refugiaron los restos de la colonia. En 1542, tentóse otro armamento y se probó edificar de nuevo la ciudad, pero las hostilidades de los indios hicieron abortar aquel nuevo designio. Buenos Aires fue abandonado otra vez. Solo en 1580, llegaron finalmente á realizar su tercera tentativa de fundar una ciudad, en el sitio escogido por Mendoza, los españoles que ya se habian establecido en Santa Fe, bajo las órdenes de Juan de Garay. Acordándose los naturales de que ya habian talado las obras de los españoles por dos veces, los atacaron de nuevo é incendiaron las tiendas y cabañas provisionales de los colonos; pero fue muerto su jefe y ellos derrotados. Antes que se hallasen estos en estado de volver á la carga, tenia la ciudad una guarnicion y fortificaciones capaces de resistir á semejantes enemigos. Pronto empezó esta á prosperar; y el buque que se hizo á la vela para Castilla con la noticia de su reconstruccion, traía un cargamento de azúcar y las primeras pieles que ha suministrado á la Europa el ganado silvestre que ya cubria el país, y que pronto hizo variar enteramente las costumbres de las tribus de las cercanías. Treinta años despues, no se contaba menos de un millon de cabezas de ganado conducidas de los alrededores de Santa Fe en el Perú: hasta tal punto se habian rápidamente multiplicado por las ilimitadas llanuras del Tucuman y de la Plata. Habian sido introducidos en aquella parte de la América del sur mucho tiempo antes de aquel año de 1580; ¿pero por quién y en qué época? La historia no conserva de ello el menor recuerdo.

En 1620 habia adquirido Buenos Aires bastante importancia para que fuese erigida en obispado; desde entonces contó esa ventaja como la Asuncion del Paraguay, primera capital de los establecimientos españoles en la Plata, que gozaba ya de ella desde el año 1547. Montevideo, Maldonado y las demás ciudades

de la Banda oriental quedaron comprendidas en su diócesis. En 1700, sus habitantes eran en número de 16,000. Ya se ha visto que en 1778 las provincias de la Plata, hasta entonces subordinadas á la jurisdiccion del virey del Perú, fueron erigidas en vireinato separado. Los nuevos reglamentos de comercio adoptados entonces contribuyeron no poco á la prosperidad siempre mayor de aquella importante ciudad.

Los primeros comerciantes de América, no queriendo mas que oro y plata, estimaban en poco las regiones que no abundaban en aquellos preciosos metales. Temiendo que la introduccion de las mercancías en el Perú por la derrota de Buenos Aires perjudicara la venta de los cargos de las flotas y galeones que enviaban á Panamá, solicitaron y obtuvieron del gobierno la prohibicion de todo comercio por el rio de la Plata. Reclamaron fuertemente contra semejante medida aquellos para quienes era mas dañosa; y en 1602, obtuvieron permiso para exportar por el término de seis años, en dos navíos que les pertenecian y por su cuenta, cierta cantidad de sebos, pieles y tasajo, pero únicamente en los puertos del Brasil y de la Guinea. Al espirar el plazo de aquel permiso, solicitaron que se prolongase indefinidamente con extension á toda especie de géneros y derecho de exportacion á los puertos de España. Opusiéronse á ello con todas sus fuerzas los consulados de Lima y de Sevilla. Sin embargo, en 1619, los habitantes de las orillas del rio de la Plata quedaron autorizados para equipar dos navíos, con tal que no excediesen de cierto porte. Se les impusieron muchas otras condiciones; y para impedir todo tráfico con el interior del Perú se estableció en Córdova del Tucuman una aduana que percibia el derecho de cincuenta por ciento sobre todas las importaciones. Esa aduana estaba encargada tambien de impedir la trasmision del oro y plata del Perú á Buenos Aires, aun en pago de las mulas suministradas por esta última ciudad. Pasado el término del nuevo permiso, prolongólo indefinidamente una órden de 1622; y con el fin de aumentar la prosperidad del país, se estableció en Buenos Aires, en 1665, una audiencia que fue abolida como inútil en 1672. Tal era el estado de las cosas, aunque de cuando en cuando algunos individuos obtuviesen el permiso de exportar mercaderías, cuando finalmente en 1778 se permitió al Rio de la Plata, entregarse á toda suerte de comercio, aun con el interior del Perú. Antes de esa época, apenas se habian visto doce ó quince navíos autorizados para el comercio colonial de toda la América española meridional, y rara vez hacian mas de un viaje en tres años. En 1796, de solo España arribaron setenta y tres navíos á Buenos Aires, con cargamentos valuados á cerca tres millones de piastras, y se vieron partir setenta y seis de Buenos Aires, de los cuales salieron cincuenta y uno para la metrópoli, catorce para la Habana y once para la costa de África. El valor de las exportaciones era de unos cinco millones y medio de piastras, de los cuales mas de cuatro millones en oro y plata.

En los años que siguieron, la guerra sobrevenida entre la Gran Bretaña y la España produjo cambios sensibles en el estado de la colonia de la Plata, y fue tal la estancacion del comercio, que los almacenes de Buenos Aires y de Montevideo estaban cargados de cueros y otras producciones del país, al paso que los géneros europeos subian á precios exorbitantes ó llegaba á ser imposible procurárselos á ningun precio. Supieron los habitantes de los Estados Unidos prevalerse con mucha habilidad de aquella situacion de los negocios; y por medio de un comercio de contrabando, abierto por connivencia con el gobierno español, prosiguieron en suministrar á los habitantes de aquellas provincias los géneros europeos, tomando á la vuelta los productos del país, hasta la época en que los azares de la guerra pusieron momentáneamente á Buenos Aires en poder de los ingleses.

Rindióse Buenos Aires el 28 de junio de 1806 á las tropas inglesas capitaneadas por sir Home Popham y por el general Beresford. La poca actividad é incapacidad del virey, el marques de Sobre-Monte, han sido severamente censuradas por el dean Funes, historiador de Buenos Aires; en efecto, no parece que este administador hiciese el menor esfuerzo para defender aquella importante ciudad del reducido ejército de los ingleses, ó para volver á quitarla de las manos de los vencedores. Estaba reservado este honor á D. Santiago Liniers, de nacion francés, el cual en aquel entonces habia capitaneado uno de los buques de guerra españoles. Ese oficial, en ausencia del virey que se habia retirado á Córdova, se puso á la cabeza de todas las tropas que pudo reunir en las dos márgenes de la Plata; y el 12 de agosto atacó á la ciudad por muchos puntos con tan feliz exito, que el general inglés se vió obligado á volverse con todas sus tropas. Este acontecimiento puede contarse como una de las principales causas de la revolucion, que posteriormente separó esas provincias de la madre patria; porque indignado el pueblo de Buenos Aires de la conducta de su virey, quiso absolutamente revestir á su libertador del poder civil y militar, con el título de capitan general.

En el interin, llegaron nuevos refuerzos ingleses del cabo de Buena Esperanza, de donde habia salido la primera expedicion; y sir Home Popham, despues de haber hecho una inútil tentativa sobre Montevideo, tomó posesion de Maldo-

nado. Entonces preparó el gobierno inglés un armamento destinado á asegurar la conquista, con el fin de no abandonar las tan importantes ventajas comerciales que se prometia de la posesion de ambas orillas de la Plata. En febrero de 1807, tomaron á Montevideo por asalto las tropas de sir Samuel Auchmuty. El mes de mayo siguiente, llegó el jeneral Whitelocke á la cabeza de un armamento considerable, y el 15 de junio, recibieron un nuevo refuerzo al mando del jeneral Crawfurd. Con estas fuerzas, valuadas á ocho mil hombres (que otras relaciones hacen ascender á doce mil), se resolvió obrar inmediatamente contra Buenos Aires; pero los ingleses tan pronto como hubieron entrado en la plaza, se vieron asaltados de todas partes por un vivo fuego de mosquetería. Estaban cortadas las calles por profundos fosos, guarnecidos de cañones; y de las ventanas, lo mismo que de lo alto de las casas, estaban expuestos los asaltadores á los mortíferos efectos de una lluvia de granadas, ladrillos y piedras. En otra parte he descrito ya esas memorables barricadas americanas. Parece se habia meditado la expedicion sin contar con la naturaleza del país, ni con el carácter de sus habitantes, y que fue mal conducida. Mas de un tercio del ejército inglés quedó muerto, herido ó prisionero en el desastroso ataque del 5 de julio, sin ventaja ninguna: el dia siguiente concluyóse un armisticio seguido de un convenio, por el cual quedó estipulado que los ingleses evacuarian la Plata en el término de dos meses, y que serian recíprocamente canjeados los prisioneros de ambas partes. Los ingleses perdieron igualmente con esa especulacion á Montevideo, que facilmente hubieran podido defender, y que les habria asegurado una excelente escala de comercio.

En el año 1808 tuvieron lugar grandes acontecimientos en Buenos Aires. La invasion de la madre patria por los franceses y el cautiverio de la real familia no fueron conocidos hasta el fin de julio, época en que se presentó un emisario de Napoleon con despachos para el capitan general, que reunia los poderes militar y judicial. Reunió Liniers los principales oficiales civiles, y se abrieron las cartas que habia traido el enviado leyéndolas en su presencia. Segun el dean Funes, fuera imposible pintar la indignacion que hizo experimentar al bravo francés un procedimiento que tendia á hacerlo cómplice de la mas execrable traicion; pero puede uno preguntarse si no conocia el contenido de los despachos, y no probarian lo contrario las exclamaciones de cólera con las que se asegura que interrumpió la lectura. Otras relaciones presentan su conducta, como igualmente solapada y ambigua diciendo que su solo objeto era mantenerse en el poder. Así es que se dice que no tuvo en cuenta la terminante órden que anteriormente habia recibido del consejo de Indias, de proclamar á Fernando por sucesor de su cautivo padre, y que por un momento afectó sostener las pretensiones de la reina de Portugal y del Brasil, la cual ofrecia su proteccion á los habitantes de Buenos Aires. En prueba de su falta de firmeza, dícese que intimada por el general Whitelocke la entrega de Buenos Aires, la hubiera ejecutado sin duda, si el jeneral Elío, gobernador de Montevideo, no se hubiese opuesto á ella enérgicamente. Los honrosos antecedentes de Liniers me parece hacen menos admisible esta última version; pero sea cual fuere la que se adopte, lo cierto es que el emisario francés recibió la órden de volver á embarcarse inmediatamente, y que fue proclamado Fernando VII en medio del mayor júbilo. Pronto depuso á Liniers, desterrándolo á Córdova como traidor, una nueva junta central, elegida bajo la influencia de Elío. Fue puesto este á la cabeza del ejército, y fue nombrado virey el marqués Cisneros, en el verano de 1809.

Los rigores del nuevo virey, que al principio fomentaron el espíritu de independencia, no eran otra cosa que la estricta ejecucion de las órdenes procedentes de España. La deportacion á Europa de algunos ciudadanos sospechosos, y la prision de algunos otros, causaron en el pueblo mucha efervescencia, la cual á la llegada de las desastrosas nuevas recibidas de la madre patria, se trocó en sedicion. « Se unió, dice el dean Funes, cierto número de valientes en secreto para estirpar la tiranía, y exponiendo su reposo, su fortuna y vida, formaron el plan de la revolucion que siguió.... En la toma de Buenos Aires, añade, por la expulsion de los ingleses, habíamos ensayado nuestras fuerzas, y nos habíamos convencido de que podíamos librarnos de las trabas de la infancia. Creímos que habia llegado el tiempo de sacudir el yugo de una madrastra decrépita. Inclinónos tambien á semejante medida la presumida intencion de Napaleon de perpetuar el gobierno que habia establecido en España. » Á últimos de mayo de 1810, juzgó necesario el tímido Cisneros, para restablecer el órden en la ciudad, convocar una junta deliberativa compuesta de los pricipales habitantes, los cuales en calidad de agentes del pueblo, eligieron un poder ejecutivo con el título de *Junta provisional y gubernativa de las provincias de la Plata*. Esta junta compuesta de nueve personas, incluso el presidente, fue instalada oficialmente el 25 de mayo, y cada miembro prestó separadamente juramento de obediencia á Fernando VII.

Sin embargo los españoles europeos veían con disgusto que se dispertaba en un pueblo que habian por tanto tiempo menospreciado, una energía que amagaba privarlos de sus empleos é influjo. Elío favorable al principio á la causa de la patria, Concha goberaador de Córdova, el virey

de Lima y los gobernadores del Potosí y de Charcas, se declararon todos contra la revolucion y se prepararon á luchar contra la capital. Liniers levantó un ejército con el mismo objeto, pero abandonado por sus soldados, fue preso en las inmediaciones de Córdova, con muchos de los principales enemigos de la revolucion por aquella parte, siendo condenados todos á la pena capital, á excepcion del obispo Orellana. Reconocidos por culpables Cisneros y los miembros de la *audiencia*, por cómplices en el complot, fueron desterrados á las islas Canarias. El mayor general Córdova, Sanz, gobernador del Potosí, y Nieta, presidente de Charcas, sufrieron la muerte. Era Elío el solo contrario temible que subsistiese en el nuevo órden de cosas. Habia sido investido de la autoridad suprema por la regencia de España, y declaró rebeldes á los miembros de la junta.

Desavenencias entre Buenos Aires y Montevideo acarrearon una guerra civil que causó el mayor mal á la última de esas dos ciudades, tan rica y floreciente por largo tiempo. Habia sostenido en ella su ascendiente por algun tiempo el partido afecto á España, á pesar de una tentativa que hicieron los criollos para sacudir el yugo de la madre patria. Finalmente, en 1810, tuvieron principio verdaderas hostilidades entre ambas ciudades. El gobierno de Buenos Aires excitó á la revolucion al pueblo de la Banda oriental y puso cerco á Montevideo, cerco que abandonó y volvió á poner sucesivamente, durante muchos años, segun que era feliz ó desgraciado en su lucha con los realistas españoles de las provincias superiores. En todo ese intervalo, se suspendieron casi enteramente las relaciones de Montevideo con el interior, y es fácil concebir cuanto debió de sufrir su comercio. Pero aun no habia llegado aquella ciudad al término de sus degracias: pocos meses despues del establecimiento de un gobierno republicano en Montevideo, no tardó en caer la plaza en poder del famoso Artigas y sus bandidos, habiendo tenido que abandonar por primera vez el sitio las tropas de Buenos Aires. Aquel hombre extraordinario, oriundo de una honrada familia de Montevideo, pero criado desde la cuna con las costumbres salvajes de los pastores, se asoció temprano á una tropa de bandoleros y contrabandistas que infestaba el país, y contra la cual vióse finalmente obligado el gobierno español á armar un cuerpo del ejército. Ganado con el ofrecimiento de una completa amnistía y un grado, pasó Artigas al lado de las tropas españolas, llegando de este modo á ser enemigo de sus antiguos camaradas de robo y de asesinato; dióles tal caza, que consiguió librar de ellos la comarca. Al principio de la guerra civil entre Buenos Aires y su ciudad natal, habia llegado al grado de capitan al servicio español; pero en 1812 tuvo algunas diferencias con el gobernador de la Colonia del Sacramento, abandonó á los realistas y se dirigió á Buenos Aires, donde lo recibió con los brazos abiertos el patriota gobernador y admitió gustoso sus servicios. Habíase dado el mando de las tropas republicanas á D. José Rondeau, oficial americano. Juntósele Artigas á la cabeza de sus gauchos, y deshizo muchas veces á los realistas, en especial en la batalla de las Piedras, que se dió en mayo de 1811, en la que quedaron prisioneras con su jefe las tropas españolas que defendian la Banda oriental. Habiendo los vencedores recibido refuerzos de Buenos Aires, pusieron sitio frente de Montevideo. Incapaz Elío de sostenerse solo por mucho tiempo, imploró el socorro del gobierno brasileño. Enviáronsele cuatro mil hombres; pero pareciendo arrepentirse luego de su llamamiento, hizo proposiciones de paz á la junta. En noviembre de 1811, quedó estipulado que las tropas de Buenos Aires evacuarian la Banda oriental y que los portugueses se restituirian á sus hogares. Pronto se rompió el tratado. Habia Elío sido reemplazado por D. G. Vigodet, el cual con un refuerzo de tropas llegadas de Europa, se puso en estado de renovar la lucha; pero en diciembre de 1812, fue puesto de nuevo el sitio por las fuerzas de Rondeau y de Artigas reunidas. Por fin manifestó su verdadero carácter el jefe gaucho: despues de haberse hecho culpable de muchos actos de insubordinacion con el general en jefe, pasó á ser del todo intratable. Habia convocado Rondeau una junta, al efecto de nombrar diputado para un congreso nacional y un gobernador de provincia. Alzóse Artigas, anuló los actos de la junta; y hallando inútil su oposicion, abandonó á Rondeau en un momento de peligro, replegándose con sus guerrillas en las llanuras. Llevóse además las municiones de guerra y de boca destinadas á los sitiadores; y en el momento en que la guarnicion estaba á punto de capitular, se interceptó una carta con la cual invitaba Artigas al gobernador para poner á la plaza bajo su proteccion, y á hacer causa comun con él contra Buenos Aires.

El gobierno de este país, habia experimentado diversos cambios. Habiéndose juzgado insuficiente una junta activa de tres miembros, una asamblea convocada el último dia de 1813, habia confiado el poder ejecutivo á un supremo director asistido de siete consejeros, y de los cuales fue el primero Gervasio Posadas. Ofreció este una recompensa á cualquiera que entregase á Artigas como desertor, medida que no tuvo otro resultado que exasperar al rebelde y arrastrarle á que diese su declaracion de independencia. Sin embargo proseguia el sitio de Montevideo; y haciéndose escasas las provisiones en la ciudad, por haber deshecho los republicanos una flotilla

realista y bloqueado el puerto, rindióse el fuerte en junio de 1814, bajo la condicion de que la guarnicion pudiera embarcarse para España. Con desprecio de la capitulacion, fueron distribuidos los prisioneros, en número de 5,500, en las provincias interiores: solo Vigodet recibió permiso para embarcarse. Algunos meses despues fue desmantelado Montevideo, trasportadas á Buenos Aires todas las municiones y artillería, y se retiró la guarnicion. Ocupóla Artigas inmediatamente y tomó el título de *jefe de los orientalistas*. Reconocieron su autoridad la ciudad de Santa Fe y la provincia de Entre-Rios. El pueblo de Buenos Aires temia una guerra civil: como Artigas se hacia poderoso y terrible, vituperáronse las medidas de rigor que se habian tomado contra él. Posadas dió su dimision en enero de 1819, y le sucedió el coronel Alvear por intriga, á pesar de las tropas que no querian reconocerlo. Quedaba siempre Artigas dueño apacible de la Banda oriental, lo mismo que de Montevideo: cuando al fin quisieron los republicanos enviar algunas tropas para volver á apoderarse de la fortaleza que habian abandonado de un modo tan extraño, batióles Artigas. Habiendo sido perdido á la vez aquel importante territorio para la corte de España y para el gobierno de Buenos Aires, y hallándose bajo el dominio de un verdadero salvaje, no podia presentarse mejor ocasion para la corte imperial de Rio Janeiro, para la ejecucion del proyecto que de mucho tiempo habia formado de extender su frontera meridional hasta el rio de la Plata. Á fines de 1816, el general Lecor, á la cabeza de 10,000 hombres entró en la Banda oriental, contestando á las representaciones del gobierno de Buenos Aires; que él no tenia pretensiones hostiles contra su territorio, pero que la region que invadia se habia declarado independiente. No pudiendo Artigas sostener la campaña contra los portugueses, sin el ausilio de Buenos Aires, se sometió, despues de algunos resultados parciales, al ejército invasor. Se reunieron al pendon de las Provincias Unidas muchos habitantes de la ciudad y un regimiento de *libertos*.

Habian sucedido al coronel Alvear, vergonzosamente destituido por la sospecha de haber animado los proyectos de invasion del gobierno brasileño, muchos jefes sucesivamente derrotados por las opuestas facciones, Rondeau, Ramon Balcarce; finalmente convinieron los partidos en referirse á un soberano consejo de representantes, reunido en Tucuman el 25 de marzo de 1816. En él fue elegido supremo director D. Juan Martin Puyredon, que gozaba de la mayor estimacion entre sus conciudadanos. Al mismo tiempo redactó el congreso el 9 de julio de 1816 una declaracion solemne de independencia, en la cual se calificó la nacion de *Provincias Unidas de la América meridional*. Hablando con propiedad, la existencia política de la república, data de la promulgacion de aquella acta. Entonces se despacharon enviados extraordinarios á las diferentes cortes de Europa, para obtener el reconocimiento de la independencia del estado.

Iba á ser esta declaracion el manantial de nuevos combates para la naciente república. Existiendo esta de hecho desde el año 1810, habia luchado hasta entonces contra el partido español, en la mayor parte de las provincincias occidentales; apenas se hubo pronunciado definitivamente, cuando se levantaron de su seno dos partidos rivales, como para detener sus progresos. Era el uno el de la Union, que comprendia la parte mas ilustrada de la poblacion: representando las necesidades lo mismo que las nuevas ideas, deseaba dar al estado formas de gobierno análogas á las de los Estados Unidos de la América septentrional, y constituir un cuerpo nacional análogo tambien, animado de un mismo espíritu, dejando á cada una de las provincias en su individualidad. El otro, eco de las antiguas ideas, de la ignorancia y del fanatismo, contaba con la inmensa mayoría de los gauchos y la mayor parte de los habitantes del campo; por otra parte sus representantes eran hombres, casi todos valientes, pero tan groseros como egoistas, y capaces de sacrificarlo todo á las miras de su ambicion. El primero, además de Buenos Aires que por mucho tiempo constituyó su centro, estaba sostenido por el Tucuman y Santiago del Estero, á las cuales, aunque debilmente, se unian San Juan y Catamarca; estaba apoyado el segundo por Santa Fe, Córdova, la Rioja, San Luis y Mendoza, al paso que Entre-Rios, Corrientes y Misiones, guardaban una especie de neutralidad, prontas á ponerse al lado del mas fuerte, y que Salta y Jujuy parecian no tomar parte en la lucha. Tan pronto vencidos como vencedores, los fautores de ambos partidos no tardaron en envolver á todo el estado en los horrores de una guerra civil, empezada casi en el mismo orígen de la república y no extinguida aun; sin hablar de otros gérmenes de disension lanzados entre aquella desgraciada nacion por la política extranjera: de suerte que desde 1816 hasta la época en que yo visitaba el país, se le habia visto constantemente presa del doble azote de la guerra interior y exterior.

Finalmente, fue tomado Montevideo por los portugueses en 1817. Cinco años despues (1821), una acta de incorporacion, arrancada por la violencia, reunia la Banda oriental al Brasil, con el nombre de *Provincia Cisplatina*. En aquella misma época, en Buenos Aires, el sistema de union obtenia un triunfo, por desgracia demasiado corto, y prometia grandeza y prosperidad al estado bajo la sabia administracion de Bernardino Rivadavia. Ese funciona-

rio, que era á buen seguro la mas alta capacidad política de aquel entonces en el continente de la América meridional, fundaba á la vez, al propio tiempo que la representacion republicana, la inviolabilidad de las propiedades, la publicidad de los actos del gobierno, la instruccion pública, la administracion de justicia, la libertad de la prensa, el estado militar, las relaciones exteriores y el crédito; al paso que por su influjo reconocian la república los Estados Unidos y la Inglaterra. Nuevo Pelópidas, el bizarro D. Juan Antonio Lavalleja, natural de Montevideo, partia de Buenos Aires (15 abril 1825) con treinta y dos orientalistas, para libertar su país del odioso yugo de los portugueses; y pronto aseguraron el triunfo de la justicia sobre la usurpacion heróicos combates, de los cuales he notado los principales en el mismo teatro de la guerra. No tardó Buenos Aires en abrazar el partido de los orientalistas, despues de haber agotado todos los medios posibles de conciliacion con los portugueses, y empezó la guerra con el Brasil en diciembre del mismo año. Parecia deber ser nacional aquella guerra; y sin embargo las otras provincias poca ó ninguna parte tomaron en ella; pero abrió á los héroes argentinos una carrera nueva de gloria en diferentes batallas, de las cuales la última, la de *Ituzanizo*, ganada por D. Cárlos Alvear, el 20 de febrero de 1827, y seguida de la ocupacion de las Misiones del Uruguay por el general fructuoso Rivera, determinó al emperador D. Pedro á renunciar á unas pretensiones que tan mal sostuvieron sus armas. Por un tratado del 4 de octubre de 1828, reconoció la independencia de la Banda oriental, la cual entonces, separándose de la Union, tomó el título particular de *República oriental del Uruguay*. Yo habia sido testigo de aquel acontecimiento y de sus inmediatos efectos, cuando mi viaje á Montevideo; poco antes, el digno Rivadavia, separado por los buenos resultados del federalismo, obligado á hacer su dimision, se habia desterrado voluntariamente, para no ser testigo en su patria de males que no estaba en su mano prevenir. Habia disuelto el congreso nacional, y la federacion triunfaba en la persona de Quiroga, Bustos y Rosas, designado el primero por la voz pública con el odioso dictado de tigre de la Rioja, á causa de sus crueldades en su ciudad natal; el segundo menos guerrero que ambicioso; y el tercero, el primer gaucho, ocultando su desmesurada ambicion con apariencia de desinterés y generosidad. Los buenos sucesos siempre mas positivos de los federales amenazaban destruir sin ningun respeto ni consideracion todo cuanto quedaba aun de las brillantes instituciones de Rivadavia y demás partidarios ilustrados y leales de la union. Lopez y Rosas habian bloqueado á Buenos Aires, Quiroga y Bustos sorprendido á Córdova, cuando el general la Paz, llegó el 20 de junio de 1829, para atacar y vencer á los últimos bajo los muros de aquella ciudad, en la famosa batalla de la Tablada, lo que retardó la ruina entera del sistema, sin impedirla, porque en 1831, vió Quiroga á su vez triunfar su causa con la derrota y captura de su rival.... Pero la exposicion de esos hechos, posteriores á mi viaje, seria ajena del cuadro que tengo trazado, y no ofreceria por otra parte, mas que el espectáculo bastante triste de nuevas desgracias que causaron á la república en 1832, la invasion y desastres de los indios, hábiles en prevalerse de las turbulencias para devastar las provincias, riéndose de los vanos esfuerzos de Rosas y de los demás jefes, mucho mas adictos á sus intereses particulares que á los intereses generales.

En dos palabras voy á reasumir esta sumaria exposicion de la historia de la República Argentina y las lecciones que de ella se pueden sacar; y este resúmen puede tambien aplicarse á todas las otras repúblicas de la América meridional. Erigida con el convencimiento de sus derechos mas sagrados, que sancionaron los sacrificios de sus mas gloriosos fundadores, fue detenida aquella república en medio de sus progresos por la ignorancia y mala fe de intrigantes mas ó menos diestros, llamados luego despues para regirla; y no podia evitar su ruina, sino volviendo á los principios de desinterés y honor de que se hallaba rodeada en la cuna.

CAPÍTULO XXXVIII.

PASO DE LA CORDILLERA. — CHILE.

Antes de abandonar la República Argentina, habia recogido, al lado de los habitantes del país, todos los datos que podian ilustrar y guiar mi inexperiencia en el paso de la Cordillera, y creo de mi deber comunicar á los viajeros que me seguirán por aquel camino el resultado de mis observaciones, para ahorrarles mas de un error.

El camino mas comun de Mendoza á Santiago de Chile, es el que yo seguí y voy ahora á describir; pero hay muchos otros, entre los cuales se distinguen el de *la Dehesa*, que atraviesa la principal cadena de la Cordillera, junto al pico del Tupungato, y por el cual se desciende al valle de la Dehesa, uno de los afluentes del Mapocho, que baña á Santiago; el paso de *los Patos*, que atraviesa la principal cadena situada al N. del volcan de Aconcaña, y baja por una serie de torrentes; camino que abunda en pastos y en agua, pero que tiene el inconveniente de obligar á subir cinco rápidas cuestas y de ser mucho mas largo; lo que hace que casi no lo sigan mas que los

arrieros que comercian entre Aconcaña y San Juan; el paso de *Portillo* que dicen ser de los mas cortos y cómodos, llamado así por ser tan estrecho el desfiladero por el cual se penetra hasta él en la Cordillera, que solo permite el paso de una mula cargada; atraviesa puntos comparativamente fáciles, y no exige mas de tres dias para recorrer ochenta leguas de Mendoza á Santiago; pero á menudo se corre el riesgo de verse sepultado en la nieve, si tiene uno la desgracia de ser sorprendido por temporales. Jamás se atreveria una recua de mulas á pasar por aquel camino, y el viajero que la curiosidad obligase á tomar ese paso, deberia decidirse á recorrerlo solo. Es luego el mas célebre el paso llamado de *Planchon*; pero es raro tomarlo, y casi solo es conocido de los que hacen el comercio con los indios pampas. Por fin, el paso de *Antuco* conduce directamente á la parte meridional de Chile; es mas cómodo que ningun otro para las relaciones comerciales, y puede llegar á ser preferido como mas favorable, ó mejor el único abierto para las carretas, si algun dia llega la paz á establecerse sólidamente entre las diferentes provincias: por otra parte, se halla medio para evitar en aquel camino los riesgos á que expone siempre la proximidad de los indios.

Personalmente no habia de escoger yo entre esos diferentes caminos; porque anteriormente estaba ya trazado mi itinerario, por el deseo que tenia de ver las famosas minas de Uspallata, ó á lo menos de formarme una idea de los sitios en que se hallan situadas.

La primera inquietud que experimenta un viajero inexperto, cuando llega á Mendoza, es la de saber lo que ha de practicar para continuar cómodamente su viaje. Vencerá todas las dificultades procurándose un arriero de los que hay allí siempre en gran número aguardando que se les ocupe; pero al ajustarlo procure no ser engañado, porque ninguno de aquellos señores tiene escrúpulo de pedir á los extranjeros mucho mas de lo debido. Mis amigos me ahorraron aquel embarazo. Del principio de noviembre hasta fines de mayo, es decir en tanto que es fácil atravesar la Cordillera, el precio ordinario es de ocho piastras (cuarenta francos) por mula empleada tanto por silla como por bagaje. El arriero se obliga á tomar un refuerzo de animales ó reemplazar los que no pueden concluir el viaje, y á procurar á sus costas todos los peones necesarios. La concurrencia podrá ahorrarle verse sorprendido, si el viajero sabe manejarse. Si no hay otra cosa puede servirle de lecho un recado y sus dependencias; pero es mas conveniente hacerse traer un colchon que va al dorso de una mula en una especie de funda llamada *almofres*, y que al instante está colocado, despues de descargado por los peones á la llegada al alojamiento. Un poncho sirve tambien mucho; pero es preferible un grande redingote para preservarse del fresco de las noches y de las madrugadas; puede bastar de dia, hasta en las partes mas elevadas de la Cordillera. Antes de abandonar á Mendoza, importa sobre todo abastecerse de provisiones para el viaje, porque es preciso persuadirse de que, durante ocho dias por lo menos de un camino muy malo de ciento y siete leguas recorrido al paso, no hay la menor probabilidad de procurarse nada; exceptuando el momento de llegar, no se encuentra un lugar habitado.

Los objetos mas necesarios al viajero son toda suerte de víveres y utensilios de cocina, un poco de vino ó aguardiente, un par de cuernos ó *chifles* propios para contener vino y agua, un par de grandes *alforjas* atadas á la silla, muy útiles para trasportar una multitud de objetos; cueros de buey para cubrir las diferentes cargas; finalmente una cantina, objeto de primera necesidad cuando se viaja por la América meridional.

El arriero, durante el viaje, sirve comunmente de cocinero. Su primer cuidado, cuando se llega al alojamiento, consiste en hacer tomar la delantera á un peon para encender lumbre, encargo que desempeña con la mayor destreza, inflamando con un cigarro un monton de excrementos del ganado, cubierto con pedazos de madera.

En los viajes por la Cordillera se han de preferir siempre las mulas: tienen el pie mas seguro que los caballos, son mucho mas cautas, se espantan menos en caso de peligro, y soportan con mas paciencia el cansancio y la falta de alimento. Los caballos se lastiman mas facilmente los pies, andando por las angulosas piedras que cubren los senderos, y no tardan en no poder andar mas.

Por término medio, se andan trece leguas por dia en la Cordillera, lo que atendido el estado de los caminos no deja de ser bastante. La distancia directa entre Mendoza y Santiago solo es de cuarenta leguas; pero á causa de los rodeos, la estiman á ciento y siete, que comunmente hacen los arrieros en ocho dias.

Hasta ahora, solo he hablado del paso de la Cordillera en los momentos en que los caminos no están cubiertos de nieves; pero de junio á setiembre, el viaje es mucho mas cansado, largo y penoso. En esa estacion, entrambos vertientes de la Cordillera y la cumbre están cubiertos de nieve tan densa, que las mismas mulas no pueden pasar por ellas, en cuyo caso es fuerza hacer mucha parte del camino á pie, llevando uno mismo en sus espaldas las provisiones, silla y bagajes, si de antemano no se han alquilado peones para aquel servicio, lo que exige enormes

gastos. Desde el establecimiento de casas de comercio extranjeras en Chile, ha pasado á ser mas frecuentada en invierno la travesía de la Cordillera por mensajeros y viajeros. Tambien la atraviesa el correo todos los meses por lo comun, yendo y volviendo ; pero los españoles temen demasiado el frio para exponerse á las fatigas de semejante viaje : en efecto, es muy penoso recorrer por la nieve tan largo espacio de terreno. Lo que tal vez hace padecer mas aun es la inflamacion de los párpados, causada por la reflexion de la luz en la brillante blancura de la nieve, y que en los intervalos de buen tiempo, aumenta además con la inmediata reflexion de los rayos solares. Al acercarse un temporal, es siempre prudente apresurarse á llegar á la *casita* mas cercana, con el riesgo de permanecer detenido en ella durante ocho ó quince dias y hasta tres semanas, lo que sucede á menudo á los correos. ¡ Qué angustias las de los infelices viajeros, cuando en semejante situacion disminuyen sus víveres ó llegan á faltar del todo! Un viajero moderno, Mr. Th. Pavie, en uno de sus interesantes bosquejos de la América meridional, describe un terrible cuadro de los trabajos que hay que experimentar en esa travesía. Trepar con esfuerzo por pendientes mas ásperas y rectas á cada momento, resbalar á cada paso, luchar á la vez con un frio glacial, la fatiga y la *puna*, opresion cruel, acompañada de tos, enfermedad local y que generalmente se atribuye al exceso de una marcha siempre subiendo y que solo es efecto de la rarefaccion del aire ; atravesar temblando una *ladera* ó pendiente peligrosa siguiendo los pasos del *vaqueano*, que alguna vez tiembla tambien.... ¡ qué pruebas! Triste silencio, respiracion cansada y entrecortada, sudor frio en la frente, sollozos del infeliz cuyo pie se desliza ó que siente faltarle el terreno ; y sobre las cabezas de todos esos hombres que luchan llenos de dolor con los elementos conjurados, el fiero dominador de los aires, el condor, con las alas extendidas, volteando al rededor de los peñascos inmediatos, pronto á echarse sobre una presa que cree segura.... ¡ Quién no se sintiera conmovido por el espectáculo de ese infeliz correo de Chile, á quien la costumbre de hacer tales correrías no impide caer desvanecido en brazos del europeo, al cual servia de guia un momento antes !... Las subidas son muy cansadas, pero todavía lo son mas las bajadas, excepto para los correos y peones, quienes las hacen deslizándose á poca diferencia como se ejecuta en algunas partes de nuestros Alpes europeos. Con un cuero, forman una especie de rastra en la cual se coloca un hombre con su silla, y su bagaje ó fardo, despues de atado todo fuertemente al rededor del cinto, por medio de una correa ; déjase luego arrastrar por la pendiente con su propio peso, y dirige su corrida ó disminuye la fuerza de ella, cuando es demasiado rápida, hundiendo su largo cuchillo en la nieve. En la Cordillera no se conserva blanda por mucho tiempo, como en los países situados bajo latitudes mas frias. Luego de haber caido, derrite el sol la superficie, la cual en aquel estado de semifluidez, se infiltra por las masas porosas situadas mas abajo, y helándose de nuevo, llega á ser un cuerpo tan sólido, que se necesita nada menos que los fuegos de un sol casi vertical para hacerla desaparecer de los montes. Finalmente, parece se reunen todos los inconvenientes contra el paso de la Cordillera en invierno. Entonces no cuesta menos de trescientes cincuenta piastras (2750 francos), mientras que en las otras estaciones, con igual bagaje, no cuesta mas que veinte ó treinta piastras (100 ó 150 francos) ; añádase que en invierno no puede uno ponerse en camino sino despues de ciertas disposiciones que lo retienen muchas semanas, ya en Chile, ya en Mendoza.

La época en que yo me ponia en camino habia de evitarme muchas de aquellas inquietudes ; pero no tenia tiempo que perder, y quizás habia ya retardado demasiado. Debia pasarla en compañía de algunos mercaderes, de los cuales iban unos á Santiago y otros mas lejos. Componíase nuestra caravana de una treintena de mulas y de todos los arrieros ó peones destinados á guardarlas.

Saliendo de Mendoza, aunque se halla esta ciudad situada enteramente al pie de la montaña, no sube inmediatamente el camino. Tuerce al rededor de la falda de la sierra por el espacio de unas doce leguas, entrando entonces en la region montuosa. Ese trayecto es la continuacion de la *travesía ;* arenas áridas, sin una gota de agua, sin un árbol, bajo el cual pueda el viajero encontrar por un momento un asilo que lo defienda de los ardientes rayos del sol. Acercándose á los montes, cambia enteramente de aspecto el país ; el terreno se hace pedregoso y lleva el evidente sello de los torrentes que lo desgastan en todos sentidos, cuando se derrite la nieve de la Cordillera ; la superficie del terreno está cortada por muchos cauces secos, llenos de guijarros y de arbustos arrancados de raiz. ¡ Cuál ha de ser la violencia de esas aguas en la época del deshielo de las nieves, si estas son las huellas que por todas partes dejan de su paso ! Los principales de aquellos torrentes son los de Villa Vicencio, de la Higuera y de Canota. Á medida que nos adelantábamos, las colinas al principio bajas, se elevaban poco á poco formaban un valle mas estrecho siempre, que por fin nos condujo á la posta de Villa Vicencio, junto á la cual hay manantiales de agua termal del mismo nombre, bastante célebres en el país. Esos baños naturales están situados en un lindo y pequeño anfiteatro rodeado por todas partes de altas montañas, y al



1. *Habitations de Villa Vicencio*

1. Casuchas en Villa Vicencio

2. *Pont naturel de l'Inca*

2. Puente natural del inca.

de Sainson del.

cual solo se llega superando un peñasco sumamente escarpado; son excavados en la toba y tienen unos ocho pies de diámetro con dos de profundidad. Del fondo de cada uno de ellos corre un pequeño manantial que solo consiste en un hilo de agua. Esos manantiales son en número de cinco, de los cuales cada uno presenta diferente temperatura. El agua no tiene ningun sabor ni olor particular; pero escapa de ella un gas que parece ser el ácido carbónico. Ese sitio, elevado á 5, 382 pies sobre el nivel del mar, y de 2, 780 sobre el terreno de Mendoza, nada tiene notable en sí; pero para el viajero presenta la ventaja de ofrecer un punto de vista nuevo. Por otra parte, solo consiste en dos casitas, en las cuales no encontramos alma viviente, y en un corral para los caballos: á alguna distancia de las chozas se hallan las ruinas de antiguos edificios que servian para la explotacion de una mina de plata del Paramillo (Pl. XXXVIII. — 1). Aun se habla en el país de una señora que despues de un embarazo bastante adelantado, quiso partir de Mendoza para Chile, creyendo poder llegar allá antes de su parto. ¡La infeliz mujer contaba bien su tiempo! En Villa Vicencio se vió acometida de los dolores del parto, y permaneció allí tres semanas, devorada por una ardiente calentura, sin el ausilio de médico alguno; sin embargo pudo ser trasportada en brazos á una silla de manos, atravesando el país perdido que he descrito, hasta Mendoza. Hízose el trayecto en veinte y cuatro horas; pero á su llegada, estaban extenuados los que la habian llevado, y el marido de la parida tenia la planta de los pies enteramente desollada por haber ayudado á llevar la carga.

Dejando el torrente de Villa Vicencio, entra uno en un estrecho valle cubierto de algarrobos, verbena, cactus y una especie de dipsácea, parecida á nuestro cardo de los tintoreros, abundante sobre todo en un sitio que los arrieros llaman en consecuencia *Cardal*, y que les sirve de alto, lo mismo que muchos otros del mismo género. Las montañas son tan altas y escarpadas, que el sol, que sale á las cinco para las llanuras, no brilla en aquellos valles, sino hasta las ocho de la mañana. Atravesamos muchos puntos, el *Cerro dorado*, llamado así por el color del sol que lo ilumina; la *Angostura*, situada entre vértices de dos á trescientos pies de altura; *el Alojamiento de los Hornillos*, que debe su nombre á que su miserable casita, en el dia abandonada, servia en otro tiempo para la explotacion de las minas de San Pedro.

Aquí empieza la subida del Paramillo, nombre de una larga y estrecha cadena que se extiende entre Mendoza y el llano de Uspallata. La cumbre de la primera altura nos presentó una vista de las lejanas llanuras, en medio de las cuales distinguíase facilmente á Mendoza, á la distancia de unas trece leguas en línea recta; sin embargo, recrea poco aquella vista, porque casi solo consiste en una cuenca azulada que sin interrupcion se extiende tan lejos como pueden llegar los ojos. El viento, en aquellas eminencias, es penetrante, y el suelo seco y pedregoso, de suerte que es nula á casi nula la vegetacion que en él se descubre.

Á medida que nos adelantábamos, eran mas rápidos los montes y cubiertos de precipicios, suspendidos á veces en el mismo sendero. Admiraba la sagacidad de las mulas y la sangre fria con que escogian el sitio mas seguro, para sentar los pies. Á menudo se detenian como para reflexionar el modo como evitarian una hendedura ó tocar una peña opuesta: sosteniéndose firmes sobre sus patas traseras, adelantaban las anteriores para asegurarse de si podian alcanzar el punto que tenian á la vista. Á veces torcian el camino bruscamente, y era preciso subir por un sendero en zig-zag, que las huellas de las mulas habian convertido en una especie de escalera. El efecto de la subida y bajada por esas escalas es de los mas singulares, tomando las cabezas de las mulas direcciones del todo distintas, á medida que siguen por los diferentes ángulos del camino, aunque en realidad tengan todas el mismo destino. No obstante, es tan gradual la marcha, y el animal que le lleva á V. parece tan cierto de su accion que no se experimenta un solo momento de temor, excepto cuando uno intenta echar una ojeada hácia atrás por el camino que ha recorrido. Añada V. á aquel espectáculo, los incesantes gritos de los arrieros animando ó riñendo á sus animales, que por todas partes repiten los ecos de los desnudos montes.... Escena mas fácil de concebir en todo que de pintar con perfeccion.

El color general de aquellos montes es rojo; y mirándolos con atencion, parecen compuestos de una especie de granito de ese tinte, cuando son mas rasgados y despojados de tierra.

Habíamos llegado al primer grupo de montañas, llamado *las Sierras* por los habitantes, por oposicion á la Cordillera ó cadena mas elevada de los Andes, cubierta de nieve por lo general. Pásaba entonces el camino al través de un terreno muy alto, subiendo y bajando sin cesar, y andábamos de nuevo entre dos filas de negros montes totalmente desprovistos de vegetacion. En muchos parajes, estaba el valle embarazado con inmensas moles de peñas, que habian precipitado los huracanes ó los terremotos. Las colinas fueron luego menos considerables y mas raras, y nos hallamos en un valle salvaje llamado la llanura de *Uspallata*, que sirve de límite entre la cadena de montañas que acabábamos de atravesar y la Cordillera que á nuestra vista se elevaba hasta las nubes. Esa llanura

tendrá cinco leguas de ancho y setenta de largo. Se halla en una situacion muy pintoresca, teniendo tres de los lados flanqueados por montañas, cuyas cumbres se coronan de nieves perpetuas. Habiendo llegado á Uspallata, quedó frustrada mi esperanza de ver las minas de ese nombre, que tambien se llaman de *San Pedro*, y que están situadas algo mas hácia el norte. Las circunstancias no me permitieron separarme de la caravana; pero uno de mis compañeros de viaje y otras personas muy instruidas me pusieron en el caso de satisfacer la curiosidad del lector, tanto sobre aquella mina en particular, como sobre las minas de la América meridional en general.

El mineral de San Pedro es una galena argentífera. La montaña que lo contiene parece ser una pizarra parda endurecida. Su principal abertura está situada al lado suroeste, muy cerca del vértice que forma el punto mas alto de la cadena del Parama.

Segun Miers, juez de los mas competentes en la materia, se cometeria un error grande creyendo á los chileños poco ejercitados en el arte de explotar las minas. Son al contrario, muy diestros y muy excelentes mineros. Extraen el mineral con mucho mayor baratura que los otros, por procederes groseros, es verdad, pero muy económicos, y que solo los cambiarian con mucha dificultad y mucha pérdida: tan aferrados están á sus antiguos usos. El capitalista que suministra al *minero* ó propietario de la mina los fondos necesarios para su explotacion toma el nombre de *habilitador*. Una regular legislacion fija los derechos y privilegios de cada uno; y de las disposiciones que contiene puede concluirse, que si bien el segundo corre la probabilidad de ganar mucho en caso de buen éxito, parece con todo mas favorable la situacion del primero, pues no experimenta pérdida alguna, porque estas corresponden todas á su asociado.

La clase de los mineros difiere poco de la de los peones agricultores: igual descuido, igual indiferencia á todo, el mismo amor al juego. Alquílanse sus servicios por un tiempo aplazado; pero es de su cuenta el gasto de sus vestidos; todos sus gustos, como tabaco, licores fuertes, etc., se los proporcionan en la pulperia del maestro minero. Solo trabajan á la salida y puesta del sol, haciendo en el mediodia una siesta de dos horas, como los peones ordinarios; no trabajan absolutamente en los dias festivos que se multiplican al infinito.

En las minas de la América Merdional, no se baja á los trabajos por una abertura perpendicular, sino por una galería inclinada tan estrecha y baja, que los mineros casi se ven obligados á arrastrarse sobre las rodillas cuando quieren introducirse en ellas. Extraen el mineral á fuerza de picos; pero cuando la peña muy dura se resiste á la fuerza de los instrumentos, la hacen saltar con pólvora, en cuya operacion son muy expertos los naturales del país. Los minadores se llaman *barreteros*, y á los peones que trasportan el producto afuera se les da el nombre de *capacheros*, derivado de la especie de cestos de cuero empleados en conducirlo á la abertura de la galería. Entonces por medio de mulas lo bajan al pie de la montaña, donde es recibido en tubos de cuero para ser trasportado al sitio destinado para fundirlo y purificarlo. Los detalles de los medios empleados para tostar el mineral, reducirlo á polvo, amalgamarlo, destilarlo, fundirlo y purificarlo, pertenecen á la metalurgia y no son propios de este lugar.

Hase demostrado aritméticamente que el total producto de las minas de la América meridional era anualmente muchísimo mas considerable antes de la revolucion que despues; y las causas principales de la disminucion sensible de este ramo de ingresos, se atribuyen á la retirada de los capitales de muchos especuladores amedrentados por las alternativas de la guerra, á la falta de cosechas que arruinó á los propietarios de minas precisados á subvenir á las necesidades de sus trabajadores, y al tráfico ilícito de moneda.

El valle de Uspallata ha estado habitado, y todavía se observan en él los escombros de una aldea considerable y las paredes de tapia que formaban los cercados. Es muy probable que los moradores de aquella aldea eran los mineros empleados en la explotacion de las minas antiguas. En la actualidad solo se echa de ver una miserable choza donde ordinariamente se pernocta. Vése asimismo un pequeño edificio de ladrillos redondo y cónico, con una abertura en su punta para dar paso al humo; pero no se sabe si era una habitacion ó una máquina para fundir los metales. Por último, en las cercanías hay un cuerpo de guardia donde hay algunos soldados mantenidos por el gobierno de Mendoza, y donde examinaron nuestros pasaportes y bagajes, porque allí termina su territorio.

Al otro dia, 17 de abril, continuamos nuestra marcha. Teníamos á la vista una mole perpendicular cuyo acceso parecia imposible. Sin embargo era preciso subirla á todo trance: así que, despues de haber rodeado algun tiempo por el valle y atravesado dos ó tres torrentes que en la estacion de las lluvias desaguan en el rio de Mendoza, llegamos al primero de aquellos celebrados pasos.

Aquel paso, llamado *Ladera de las cortaderas*, gira sobre los sinuosos flancos de la montaña, bajando y levantándose alternativamente. Por lo comun el lado de la montaña se halla en un estado de descomposicion, de que resulta un gran número de fragmentos angulosos arrastrados por las lluvias, y cuya acumulacion forma un plano in-

clinado de un declivio bastante rápido, en mitad del cual está trazado el sendero, cuya anchura no baja de cinco pies. Las cabalgaduras tienen el instinto de caminar siempre por el borde, á fin de evitar el choque de su carga contra los ángulos de la montaña; pero es imposible no experimentar cierto temor al verse con las piernas colgando sobre una sima, al paso que la montaña, compuesta de materias desmoronables y suspendida de cuando en cuando sobre la cabeza del viajero, parece que va á desplomarse sobre ella, ya con el derrumbamiento de toda su masa, ya con el de sus materiales. En el flanco de la montaña y á trechos hay algunas cruces clavadas en tierra, que anuncian el paradero de algunos infortunados que han perecido de aquella suerte. Ocurre no pocas veces faltar el piso bajo el pie de los mulos, pero estos examinan el estrecho sendero con mucha calma y precaucion, y tientan diestramente el terreno poniendo un pie antes que otro. Verdad es que al verse así suspendido sobre el precipicio, se ve tentado uno á tomar las riendas para dirigir la cabalgadura; pero este acto seria muy imprudente, y la experiencia ha demostrado ser mucho mejor abandonarse á su discrecion.

Salvado aquel paso, entramos en el lecho enjuto de un torrente que, si bien muy debilitado, se oía bramar á alguna distancia á través de las montañas, muy cercanas en aquel punto, que empinan sus magestuosas frentes hasta las nubes. Allí pernoctamos despues de un dia de tanta fatiga; y estando prontos á arrostrar los nuevos peligros, á que debíamos vernos expuestos en aquellos fragosos caminos al través de las montañas, emprendimos de nuevo la marcha al siguiente dia por la mañana hácia la famosa *Ladera de las jaulas*, segundo de aquellos pasos tan temidos. Sin embargo, este segundo paso es verdaderamente aterrador; pues aunque es de la misma formacion que el primero, pero el camino trazado por las mulas estaba cortado en tres puntos, y no tenia mucho mas de nueve pulgadas de ancho, de manera que era preciso girar en torno de los ángulos salientes de la montaña en el trecho mas angosto posible; y como las mulas tenian que caminar sobre puntas, no podian menos de redoblar sus precauciones. Aquel paso no es tan ancho como el de las Cortaderas; la senda es mas sólida, pero mucho menos rápida; y su denominacion se deriva de que la muralla de rocas suspendida sobre la cabeza está llena de grandes cavidades que podrian contener un gran número de personas.

Antes de llegar al tercer paso, atravesamos una parte pedregosa, célebre en el país por una historia maravillosa que cuentan los arrieros. En ella se echa de ver una mole cuadrangular, dividida por dos hendiduras verticales en cuatro secciones distintas, y separadas una de otra. Esta es la *Piedra del Inca* donde el emperador del Perú, en las visitas que la hacia cada tres años, verificaba algunas ceremonias religiosas. Cuando la caida del imperio de los Incas, un poder misterioso partió aquella piedra, y sus diversas partes se aproximarán y juntarán de nuevo así que aquel se restaure.

Asegurábannos que el tercer paso, denominado *Ladera de las vacas*, era tan sumamente malo, que nos seria de todo punto imposible salvarlo con nuestras cabalgaduras. En consecuencia nos apeamos y nos pusimos á caminar siguiendo cada uno su mula. Con todo, en mi concepto no es este de mucho tan terrible como los otros, pues no es tan elevado ni largo, bien que tal vez mas difícil de bajar en razon de su rapidez excesiva que obliga á las mulas á acelerar su marcha. Yo no sé como se arreglaria si en mitad de tan angostos senderos se tropezase con un convoy que marchase en sentido opuesto, porque ni hay lugar suficiente para cruzarse ni para retroceder. Sin embargo es forzoso confesar, á fin de advertir á los futuros viajeros, que se han exagerado mucho las dificultades y los peligros de aquellos pasos.

El valle que acababamos de atravesar está cuajado de cascadas deliciosísimas y torrentes que se despeñan de lo alto de las montañas. El agua de aquellos torrentes es excelente y clara como el cristal, pero sumamente fria. Los arrieros, al atravesarlos, sumergen en ella un cuerno de buey atado á un bramante y de esta manera apagan su sed sin detenerse.

En el extremo de aquel valle gozamos de una agradable perspectiva del lado oriental de la Cordillera. Está limitada por el pico de Tupungato que pasa plaza de ser el punto mas encumbrado de los Andes de Chile, y que nos parecia remontarse cónicamente sobre las vecinas cumbres. Algunos viajeros le tienen por mas elevado que el Chimborazo de Quito, que tiene 21,500 pies sobre el nivel del mar; pero este aserto es una exageracion manifiesta, si hemos de dar crédito á Miers que le da una altura de 15,000 pies.

En la *Punta de las vacas* se desarrollan tres valles divergentes: el de las *Vacas* que acabábamos de recorrer y que sigue la direccion del S. O.; el de *Tupungato* que va directamente al S. y el de *Cuevas* que es el que nosotros seguíamos en la direccion O. N. O. En breve tiempo llegamos á la primera *casita* llamada de *las Vacas*. En cada uno de los dos vertientes de la Cordillera hay muchas casitas como estas que fueron edificadas por O'Higgins, virey de Chile, padre del famoso director de este nombre, para ofrecer un asilo á los correos que atraviesan la montaña en todas las estaciones del año, y muchas veces á pie durante muchas leguas á

causa de la caida de las nieves. Aquellas casitas están construidas todas bajo un mismo plan; y no son otra cosa que un pequeño edificio de ladrillos cimentados con yeso, circunstancia bastante notable en un país donde las mejores casas son de ladrillos secados al sol y juntados con barro. Consiste en un solo aposento de unos doce pies cuadrados; el techo es abovedado y elevado de unos seis pies sobre el nivel del piso á fin de que la nieve no abstruya su entrada. Súbese por medio de una escalera construida de ladrillo como el resto. Antiguamente las casitas tenian puertas; pero en la actualidad están arruinadas, y sus escaleras se hallan por su mayor parte en muy mal estado, lo cual puede atribuirse á los estragos de los terremotos, no menos que á la negligencia de los moradores. Cuando su fundacion, estaban surtidas de charque y otros víveres secos y carbon, que encerraban en unas cajas cuya llave obtenian los viajeros con ciertas condiciones. Estas casitas han sido la salvacion de un gran número de viajeros, siendo así que antes de su establecimiento muchos fueron víctimas de las borrascas de nieve que aun actualmente son muy de temer de una á otra casita; pero en su estado actual aquellos edificios presentan el aspecto mas miserable y ruinoso.

Llegamos finalmente al *Puente del Inca*, tan decantado en toda la América. Aunque solo dista algunos centenares de pasos del camino real, debe saberse que está allí, para que los guias acompañen á él, por cuanto estas gentes profesan una indiferencia absoluta para todo, en términos de no comprender siquiera el mérito que en sí contienen las maravillas de la naturaleza.

El puente del Inca es un arco natural echado sobre el rio de las Cuevas cuyas orillas no habíamos dejado de seguir desde nuestra salida del valle de Uspallata. Encúmbrase aquel arco á ciento cincuenta pies de altura sobre el nivel del agua; es muy sólido y compacto, describe una curva elíptica harto regular, y se halla cubierto en parte de estalácticas que cuelgan graciosamente en blancas espirales de cosa de un pie de longitud (Pl. XXXVIII. — 2). En el acto de atravesar el puente natural, se echa de ver su sensible inclinacion de izquierda á derecha. Mucho se ha disputado sobre su formacion y acerca de los materiales de que se compone. Á mí me parece ser el resultado de un aluvion, porque está formado en su tercera parte de un antiguo depósito aluvial que el rio ha contraminado, y en las otras dos terceras partes de una toba yesiza que ha acabado por unirse con la formacion primordial. En sus cercanías hierven muchas fuentes cálidas; á algunos pasos de distancia se alza una mole pedregosa de doze pies de altura y semejando á un pan de azúcar, en cuya punta hay un hoyo con un manantial de agua salada que está en incesante ebullicion. En línea recta al mismo puente y sobre su nivel hay otras fuentes mas cálidas aun, que, lo mismo que las anteriores, son sumamente purgativas. El país, considerado en su conjunto, presenta todos los caracteres del mas activo volcanismo.

Aquel dia observamos numerosas manadas de guanacos, animales que por esencia pertenecen á los Andes, en toda la extension de esta cordillera, hasta el Perú. Estos animales son las gamuzas de aquellos Alpes americanos; pero no son tan numerosos como los nuestros. Son en extremo silvestres y solo se dejan ver desde muy lejos, en los escarpados flancos de las montañas, donde se sustentan de las yerbas secas que crecen por acá y acullá en aquellos áridos senderos. Cuando los amedrentan, trepan las alturas con una facilidad sorprendente y se sustraen pronto á la vista del observador. Cázanlos á caballo, con jaurias ejercitadas en perseguirlos y amaestradas en reunir cuantos pueden alcanzar en unos vastos cercados naturales formados de rocas de pórfidos, inaccesibles á los mismos guanacos. Nosotros vimos uno de aquellos cercados en un sitio denominado *Parrales de Pavo*, á algunas millas de la casita de las Vacas. Cuando los guanacos han caido en aquel garlito, son muy fáciles de coger. Su carne es sabrosa y de muy buen gusto; pero solo son perseguidos por su piel, de manera que abandonan su cuerpo á discrecion de los perros.

Llegamos finalmente al pie de la *Cumbre*, cima la mas levantada de aquella parte de los Andes. Hallábamonos en la casita de las Cuevas, á 10,044 pies de elevacion sobre el nivel del mar. Al dia siguiente por la mañana debíamos partir de nuevo; porque los arrieros acostumbran pasar la Cumbre por la mañana tempranito ó por la tarde, para evitar ciertos vientos muy fuertes que soplan sobre la cadena principal desde las diez hasta las cuatro. Al otro dia, en ocasion en que nos estábamos preparando para subir, haciendo un desayuno compuesto de cebollas y vino, que se consideran como preservativos contra el frio y la rarefaccion del aire, vimos una cabalgada de mulas que atravesaban la Cumbre sobre nuestras cabezas, y así pudimos medir el camino que debíamos hacer; parecíanme á la verdad pequeños insectos. El declivio de la Cumbre es largo y fastidioso, á causa de los interminables rodeos que hace el camino; pero, digan cuanto quieran los viajeros que la han subido, no hay en ella precipicios ni peligros. El único inconveniente está en que se gasta diez veces mas tiempo del necesario para correr un camino trillado en línea recta sobre el flanco de la montaña. Despues de dos horas de marcha llegamos á la cima; y enton-

1. *Pont suspendu de [illegible].*

1. Puente colgante del [illegible].



2. *Hôtel de la Monnaie à Santiago.*

2. Casa de Moneda en Santiago.

ces me encontré á 1,876 pies sobre el nivel de las Cuevas, y á 11,920 de altura sobre el nivel del mar.... Pero ¡ qué contraste ! En lugar de la inmensa perspectiva que me habian descrito y que me habia forjado allá en mi fantasía, en lugar de aquellos llanos espaciosos y fértiles del Chile, cuyo risueño aspecto debia extasiarnos, alejábase á nuestras espaldas el valle que abandonaba, profundo, desolado, solitario, y á mayor altura se empinaban picos informes y coronados de nieve que se remontaban en líneas espirales hácia las nubes, y á mi presencia se conglomeraban sin órden ni concierto montañas enormes unas sobre otras, al parecer mas agrestes que cuantas habíamos atravesado hasta entonces. El descenso, mas rápido y quebrado que la subida, parecia deber conducirnos al fondo de un pozo sombrío. El ambiente nos pareció helado y el viento nos cortaba la cara. Hay muchos viajeros, que durante todo su viaje á través de la Cordillera, se envuelven por librarse del contacto del aire, y con especialidad por defender sus ojos del reflejo de los rayos solares sobre la nieve. Yo he oido decir que algunas personas llegan á Chile casi ciegas y pasan muchos dias en aquel estado, con los labios tan sumamente hinchados que apenas pueden reconocerse. Mis compañeros y yo salimos quitos con mudar mas ó menos la piel.

El lado de la Cumbre que teniamos que bajar estaba cubierto de nieve, y la ausencia total del sol hacia mas melancólica la natural tristeza de la escena. Como se compone de rocas sumamente fragosas y casi verticales, el descenso era aun peor que la subida; pero el sendero bastante bien trillado.

Á las tres llegamos á la base de la montaña de la parte de Chile. Siempre bajábamos con rapidez, y así es que llegamos á la laguna del Inca, de la que se cuentan maravillosas consejas, entre las cuales descuella la de que no tiene fondo. Siempre está llena y nunca derrubia, á pesar de recibir las aguas de torrentes inmensos, lo cual hace suponer la existencia de alguna boca subterránea.

Pernoctamos en el *Ojo de agua*, donde descubrimos dificilmente un espinoso peral y algunos brezos con los que pudimos encender lumbre. El Ojo de Agua toma su nombre de una fuente que nace junto al camino por el que habíamos bajado, y los arrieros lo conocen por la especie de berro que recogen. Cinco leguas mas lejos estábamos en otro punto donde comienza el territorio chileño, y que es una posicion militar que hallamos abandonada; y en un cercadito que de él dependia, nuestros peones descubrieron algunos albérchigos cuyos frutos devoraron, á pesar de no estar todavía en sazon.

Desde aquel punto el valle toma un aspecto menos agreste, y al momento se observa la proximidad de un país mas habitable. La altura de las montañas decrece gradualmente; sus flancos comienzan á cubrirse de verdor, y ya se ven mayor número de perales espinosos cargados de sus flores escarlatas. Á los cambrones del valle suceden brezos floridos y árholes, entre los cuales se distinguen algunos sauces y el *cactus peruvianus*, cuyos ramosos tallos se encumbran perpendicularmente hasta treinta pies de altura, armados de espinas bastante grandes para que los naturales hagan con ellas alfileres y agujas.

Á 27 de abril nos despertamos á los gritos de una especie de papagayo verde y amarillo, de cola larga; el primer ente animado que veíamos despues de los guanácos y de los condores, desde nuestra entrada en la Cordillera; por la mañana salvamos el *Salto del Soldado*, así llamado por la aventura de un desertor del ejército libertador de San Martin, que se precipitó al torrente desde su escarpada márgen y se sustrajo á sus perseguidores. Á mediodia dejamos las cordilleras que habíamos seguido desde Uspallata, y en breve echamos de ver algunos pobres *ranchos*, poblados de gentes todavía mas pobres, que nos anunciaron entrar de nuevo en la civilizacion. Hallábamonos en el dilatado valle de Aconcagua que toma su nombre del volcan que lo domina por el lado del N. y en donde se observan dos ciudades, la *Villa Vieja* ó San Felipe, situada en el centro del valle, y la *Villa Nueva* ó Santa Rosa. Santa Rosa, que es adonde llegamos entonces, está edificada en cuadras, con una plaza donde está la catedral, el cabildo y otros edificios públicos, y si bien es pequeñita, pero aseada, alegre y regular. Antes de entrar en ella, pasamos por última vez el rio por el *Puente de cimbra*, puente indio de madera suspendido por unas tiras de cuero de buey ó *lassos*. Su piso está formado de una especie de cañas particular de Chile. Todos los puentes colgantes de hierro que vemos en Europa están construidos segun el plan de aquellos puentes lijeros (Pl. XXXVIII. — 3). Estos puentes, en el acto de pasarlos, oscilan y vibran á cada paso, aunque son segurísimos porque nunca los cargan mas que con el peso de una mula con su carga y el peon que la dirige.

Á las once de la mañana del 22, salimos de Santa Rosa para continuar nuestro viaje á Santiago de donde solo distábamos unas veinte y dos leguas. El país estaba seco, desierto y atestado de colinas que continuamente estábamos subiendo y bajando, sin que apenas se percibiesen de cuando en cuando algunos ranchos solitarios, en cuyo alrededor habia algunas vacas y cabras macilentas que no podian encontrar un alimento suficiente en las hojas y ramas de algunos acacias achaparrados. No sin sorpresa observaba algunos terrenos incultos circuidos de piedras amontona-

das, como si valiesen algo. El aspecto de la comarca desmentia absolutamente cuanto habia oido decir de la belleza y de la fertilidad del país.

En ocho leguas mas entramos en el valle de Chacabuco, tan decantado por la victoria que alcanzó en él el general San Martin sobre el ejército español. Á fines de 1816 era San Martin gobernador de Mendoza, donde los ejércitos aliados de O'Higgins y de Carrera habian sido derrotados en Rancagua en el Chile. San Martin reunió sus restos diseminados que pasaban por Mendoza, y juntándolos á otras tropas reunidas en las cercanías, vióse en seis meses al frente de cuatro á cinco mil combatientes con los cuales acometió la empresa de arrebatar el Chile á los españoles. La ejecucion de su proyecto comenzó á 17 de enero de 1817. Invadió el territorio de Chile por unos puertos casi inaccesibles, por medio de una marcha tan larga, difícil y desastrosa, que sus tropas tenian que arrostrar á un tiempo el frio, el hambre y todas las privaciones posibles. Las tres divisiones del ejército marchaban todas á un mismo fin sin tener ninguna noticia una de otra, y á 12 de febrero se juntaron en las alturas que dominan la cuesta de Chacabuco. Los realistas, mandados por el general Marcos, se habian retirado á la llanura á fin de mover con mas comodidad su caballería, en la que confiaban mucho, y allí se formaron en batalla; y si bien eran casi iguales en número con los republicanos, pero se hallaban mucho mas bien equipados. Atacólos San Martin; en el espacio de algunas horas los derrotó completamente, y al otro dia el ejército patriota entró triunfante en la capital.

Pernoctamos en un miserable rancho cuyos hospitalarios moradores nos cantaron el himno nacional de Chile en el teatro mismo de la victoria, al paso que tres mozas juntando sus voces á las del coro amasaban á fuerza de brazos el pan hecho de harina mezclada con manteca.

Al siguiente dia 23 llegamos á la pequeña y miserable aldea de Colina, junto á la cual hay unos baños alimentados por dos fuentes, una alcalina y otra sulfúrica. El número de personas que encontrábamos en el camino se iba acrecentando á cada paso, y la frecuencia de los saludos entre los transeuntes y nuestros arrieros nos manifestaba que en punto á urbanidad compiten los chileños con cualquiera otra nacion. Por primera vez eché de ver, que en el campo Santiago lleva el nombre de *Chile*. Este nombre produce un efecto singular sobre el viajero, cuando le preguntan: « ¿ Va V. á Chile ? ¿ Cuánto hay de aquí á Chile ? »

Al doblar una colina á unas dos leguas de Santiago, observamos los campanarios que se alzaban en medio de plantaciones de álamos. Las avenidas de la ciudad por la parte de Colina no tienen nada de pintoresco ni menos hacen concebir de ella una idea favorable; pero yo debia suspender mi juicio hasta mas amplios informes. Por otra parte, ¿ despues de haber permanecido tanto tiempo en medio de desiertos silvestres, acaso no era ya mucho encontrarme entre vivientes? Cruzé los arrabales formados de casas de tapia, entre las cuales se veían algunas exornadas de divisas de diferentes colores; en seguida pasé un puente de piedra de cinco ojos construido por el padre del general O'Higgins, y llegué á casa de uno de los habitantes para quien llevaba algunas cartas. Estaba su domicilio al extremo opuesto de la ciudad, en la plaza de la Moneda, en la Cañada, en uno de los mejores barrios. Encuéntrase efectivamente en aquella plaza la Casa-Moneda, edificio el mas suntuoso de la ciudad, que ocupa toda una cuadra: está construido enteramente de ladrillos, y en sentir de los chileños no tiene igual en el mundo. Consiste en tres patios cuadrangulares en cuyo alrededor hay las oficinas y los aposentos de aparato. La fachada se compone de una serie de columnas gruesas superadas de una cornisa maciza coronada por una larga balaustrada de mal gusto. En el centro hay un pórtico flanqueado de pilastras arrimadas á la pared y que no sostienen nada. En cada lado del cuadrángulo, cuya entrada principal da paso á las distribuciones interiores, se elevan igualmente dos grandes columnas salientes á las puertas, colocadas sobre menguados pedestales, que no sostienen otra cosa que unas cornisas sin elegancia y se avanzan allende el arquitrabe del portal mayor. Á juicio de los arquitectos, todo aquel conjunto no tiene nada de elegante; pero si se pone en parangon con los otros edificios del mismo género de la América, aquel inmenso agregado de ladrillos, obra maestra de los artistas de España, no carece de cierto mérito (Pl. XXXVIII. — 4).

Santiago fue fundada en 1541 por Pedro Valdivia, y está situada en una vasta y fértil llanura regada por los rios Maypo y Mapocho. El trecho que cubre es mucho mas considerable de lo que parece á primera vista, atendido el número de sus habitantes; cada edificio ocupa una vasta extension de terreno, porque fuera de que no tiene mas de un alto en razon de los terremotos, tiene delante un dilatado patio y á sus espaldas un jardin y un corral. Las paredes tienen cuatro pies de grueso y están construidas con adobes blanqueados, cuya circunstancia les comunica cierto aspecto agradable. El techo está cubierto de ladrillos ó de tejas encarnadas, y las ventanas que dan á la calle tienen una reja de hierro muy bien pintado y á veces dorado. Cada casa tiene una puerta muy grande que es su única entrada: algunos de los aposentos delante-



1. Plaza de Santiago.

de Sainson del.

VOYAGE
VIAJE

ros están alquilados como tiendas; pero tambien puede entrarse por otra puerta mas pequeña en aquellas tiendas, que están separadas del cuerpo principal.

La ciudad de Santiago no comprende tanta extension como Buenos Aires, pero su aspecto es sumamente agradable. Las calles anchas están hermoseadas de andenes cómodos y enlosados con unos guijarritos redondos que se sacan del fondo del rio; y como hay unas acequias de unos tres pies de ancho alimentadas por el Mapocho, que corren por las calles, resulta que estas están siempre limpias. Las acequias riegan igualmente los jardines, que en las casas principales son vastos, bien dispuestos, adornados en el centro de fuentes de piedra y plantados de naranjos, de granados, de vides, de tiles y de árboles y flores indígenas. La vegetacion es siempre lozana en Santiago, por cuanto apenas hay invierno allí y la nieve se queda poquísimo tiempo en el suelo.

Lo mismo que las demás ciudades españolas, está dividida en cuadrados rectángulos y regulares. La parte S. E. de la ciudad está separada del arrabal de la Cañadilla por medio de un camino de ciento y cincuenta pies de ancho denominado *la Cañada*. El rio Mapocho corre por defuera, al O. y al N. de la ciudad, y la separa del arrabal de la *Chimba*, con el cual comunica por el puente que pasé á mi llegada. Al S. O. y al extremo de la Cañada hay otro arrabal apellidado *Chuchunco*. La ciudad contiene nueve calles principales y está cortada transversalmente á la Cañada por otras doce calles; de suerte que los límites actuales de la ciudad abrazan mas de ciento y diez cuadras. El barrio de la Cañadilla comprende por sí solo los dos tercios del mismo espacio, y los otros dos tienen á poca diferencia la misma extension que la Cañadilla.

Al penetrar en el interior de la ciudad, encuéntrase primeramente y casi en el centro la plaza, que ocupa el espacio de una cuadra entera (PL. XXXIX. — 1). Al N. O. se ven la residencia del director, el palacio del gobierno, la cárcel y la audiencia. Al S. O. se levantan la catedral y el antiguo palacio episcopal ocupado actualmente por el estado mayor. Al S. E. se encuentran tiendas pequeñas situadas en groseros pórticos, cuyo piso superior está dividido en casas particulares y casas de juego. El lado N. E. está ocupado enteramente por casas particulares entre las cuales se distingue una posada bastante bonita, llamada meson de Inglaterra, donde alojan de ordinario los viajeros que no tienen conocidos en la ciudad.

El palacio es un edificio harto suntuoso de dos altos dispuestos al rededor de un gran cuadrángulo. En el primer piso hay el arsenal, la tesorería y otras oficinas; pero en el segundo hay el salon de audiencia y las oficinas de muchos ministros de estado. El director vive en el piso bajo donde ocupa unos cuartos suntuosamente amueblados. El *presidio* contiene una cárcel, la audiencia y el cabildo. Todos estos edificios, construidos en el peor estilo de la arquitectura mora, son de ladrillos enyesados y blanqueados, y solo hay dos pedestales de las pilastras que sean de pórfido rojo.

La catedral es el único edificio de piedra de la ciudad; y si bien no está concluida todavía, lo hecho promete ya un monumento bastante suntuoso, aunque algo grosero. El palacio episcopal y los demás edificios de la plaza se van arruinando, y no seria extraño que al primer terremoto se viniesen al suelo. En el centro hay una fuente de cobre, alimentada por el rio por medio de un acueducto subterráneo, que suministra á toda la ciudad el agua que distribuyen en toneles trasladados á carga de mulo.

Entre los grandes edificios que existen junto á la plaza, no deben pasarse en silencio el *Consulado* donde se reunen el tribunal de comercio, el senado y el congreso nacional; la aduana, que es vastísima y muy bien apropiada á su objeto, y el teatro, que es un edificio mezquino cuyo salon puede contener ochocientas personas. Nada tengo que decir de las representaciones escénicas, sino que son en mi concepto las espectadoras las que constituyen el objeto casi exclusivo de su ornato.

La ciudad está dividida en cinco parroquias. Todas las iglesias parroquiales son de una arquitectura grosera; pero las de los conventos son muy bonitas. Distínguense entre ellas la del convento de Santo Domingo, que está en la calle del mismo nombre, y la de los jesuitas, notable ya por las pinturas de que está exornado su interior, ya por su torre de madera, construida de esta materia para que resista mas á los terremotos. Hay cinco conventos, entre los cuales se cuentan dos de jesuitas, que sirven actualmente de colegio nacional y de biblioteca pública, y tres de franciscanos. En todos los conventos hay unos corredores ó claustros de estilo gótico adornados de retablos de santos y de mártires. Cada fraile tiene su celdita, sin otros muebles que un jarro de agua, una imágen del Salvador, otra del patron, varios libros de devocion, una mesa y una silla. El convento de San Francisco situado en la Cañada, es muy bello y muy espacioso. Los patios de aquellos conventos están adornados de palmeras y de cedros altísimos, y contienen un gran crucifijo de madera cuyo pie está atestado de cabezas de cadáveres, y á cuya presencia los frailes van á hacer penitencia y á macerarse. Hay además cinco monasterios de frailes y nueve comunidades de monjas pertenecientes á diversas órdenes.

En el ángulo oriental de la ciudad se ve la colina de Santa Lucía donde los españoles habian construido un fuerte que domina la ciudad ; pero se echa de ver á la legua que aquel fuerte fue construido , no para defenderla , sino para reducirla en caso de insurreccion. Allende aquella colina y á la orilla meridional del rio , se extiende el *Tajamar* ó paseo público , cuya longitud es de cosa de un tercio de legua , siempre muy concurrido , ya por la mañana , ya por la tarde , segun las estaciones , aunque las reuniones de la tarde son las mas brillantes. Á la izquierda hay un fuerte parapeto de ladrillo , que protege la ciudad contra las inundaciones del Mapocho. Á la derecha hay un banco para las personas que quieren tomar el fresco sentadas, mientras muchos paseantes pasan delante de ellas entre una doble serie de álamos de Italia ; á espaldas y mas á la derecha se ven algunas tiendas de confiteros y *chinganas*, establecimientos que semejan las casitas de campo de las barreras y de las cercanías de Paris , y que son el punto de reunion de todas las clases del pueblo. En ellas hay algunos cantantes que acompañan sus acentos con el harpa ó algun otro instrumento particular al país, ó que ejecutan siempre el mismo baile (el *zapateado*), sin que jamás ocurra nada reprensible entre las actrices y los espectadores. Las señoras de Santiago asisten por algunos momentos á aquellas escenas y parecen gustar de ellas ; mas el sentimiento de su dignidad las llama en breve al Tajamar donde las están aguardando para cuando deseen retirarse , los cochitos de dos ruedas tirados por una mula (Pl. XXXIX. — 2). El director Bernardo O'Higgins dió principio en 1817 á un nuevo paseo en casi toda la extension de la gran Cañada , al extremo opuesto de la ciudad. Desde aquella calle se ven á un tiempo el fuerte de Santa Lucía , y por delante el gigantesco Tupungato que descuella sobre la cordillera de los Andes. En la Cañada siempre hay algunos mercaderes de frutas que se ponen al abrigo de los rayos solares bajo una tienda, peones que descansan de sus faenas , y bestias de carga que trasportan al mercado madera y mielga (Pl. XXXIX. — 3).

Hay en Santiago tres mercados , entre los cuales hay uno , que es el principal , que es permanente y está situado en el Bassoral , plaza grande al pie del puente , porque los demás son amovibles y se celebran en los dos extremos de la Cañada. Nadie va al mercado para surtirse de víveres , porque todo lo que los habitantes necesitan lo llevan de calle en calle á carga de caballo ó de macho , sin exceptuar siquiera la mielga para los caballos , de cuyo artículo se hace un consumo considerable , por cuanto no hay una casa solamente que no mantenga un caballo. Este forraje crece en los terrenos regados de las cercanías : en ninguna parte del Chile se cosecha heno ni crece avena. Á veces dan á los caballos paja y cebada.

La poblacion de Santiago puede valuarse en cuarenta á cuarenta y cinco mil habitantes, inclusos los de los arrabales. Divídense en dos clases bien distintas : la una se compone de los ricos que poseen todas las tierras , el comercio y las plazas administrativas ; y la otra se compone de comerciantes secundarios , artesanos y peones. Todos se distinguen por su comedimiento, por su dulzura y por sus atenciones hácia los extranjeros que detienen á veces en la calle para invitarles á entrar en sus domicilios.

Su modo de vivir está muy lejos de ser magnífico , pues su alimento principal consiste en sopas y *ollas*. El pan es excelente en Santiago, merced á la buena calidad del trigo de Chile, y á pesar del mal método que se emplea en prepararlo. Por la mañana los Santiagueños toman mate y chocolate ; á las dos comen , y en seguida van á dormir la siesta hasta las cuatro ; por la noche vuelven á tomar mate y cenan con algo caliente. Nunca hacen sobremesa; son templados y sobrios , y se contentan con fumar un cigarro despues de comer. Algunas familias mas distinguidas han adoptado las costumbres europeas , singularmente en lo que concierne á las horas de la comida.

Los frailes tienen muy buena vida ; son comedidos , amables y tolerantes , y al parecer poco ó nada les importa hacer prosélitos. Con dificultad se encontrarian actualmente en Santiago de esos sacerdotes rígidos y sombríos que consideran y tratan como enemigo á cualquiera que no profesa su misma religion. Por lo menos esta es la idea que me han permitido formar de los actuales religiosos las breves relaciones que con ellos he tenido , y juzgo como algo exagerada la opinion de Miers que considera que no han hecho progreso ninguno en esta parte.

Los hacendados son los habitantes mas ricos de Santiago , y entre ellos hay algunos cuyos dominios , comunmente situados en los fértiles valles de Aconcagua , de Maypo , de Rancagua , de Melipilli y en los contornos de la ciudad , dan una renta considerable. Desde la revolucion , el alto comercio ha tomado una nueva direccion y ha pasado casi del todo de las manos de los hombres del país á las de los extranjeros. Las clases inferiores son muy pobres ; pero en cambio tienen poquísimas necesidades , y la dulzura del clima ni mas ni menos que la feracidad del suelo al paso que disminuyen el número de los indigentes , atizan su natural indolencia y hacen que el aspecto general de la ciudad no sea el de la actividad.

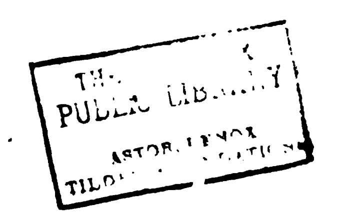
Los señoritas de Santiago son amables y comedidas. Sus diversiones no difieren mucho de las

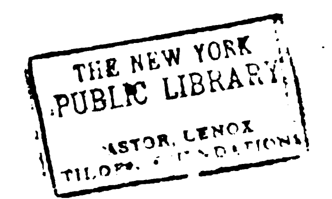


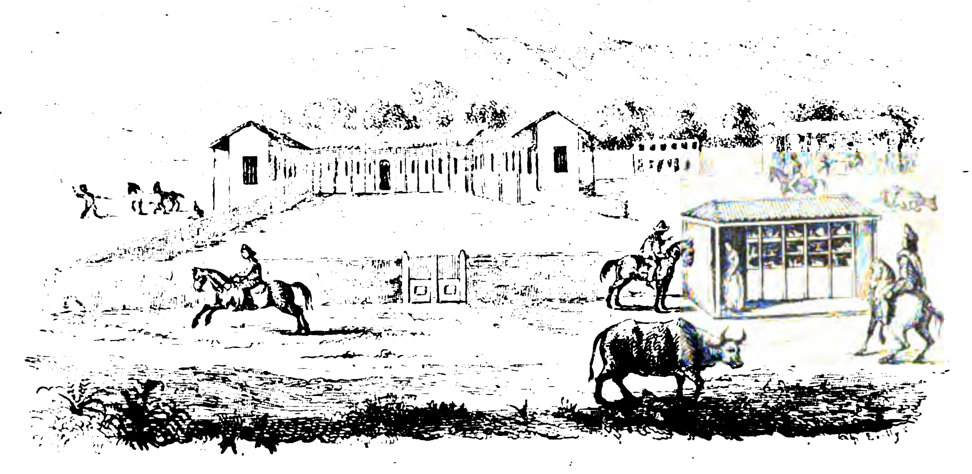
2. Paseo (Promenade) de Tajamar à Santiago.
2. Paseo de Tajamar en Santiago



3. La Cañada à Santiago.
3. La Cañada en Santiago.


PUBLIC
ASTOR, LENOX
TIL





1. *Une Hacienda (Métairie) au Chili.*

1 Una Hacienda en Chile.



2. *Jeux des Indiens le Jour de la Fête Dieu.*

2 Juegos de los Indios el dia de Corpus.

de Sainson del.

VOYAGE

de las damas de Buenos Aires que están algo mas familiarizadas con las maneras europeas. Bailan, puntean la guitarra y tocan el piano; sus salidas son agudísimas y su conversacion llena de ocurrencias agradables; pero sus conocimientos son muy limitados, á pesar de que su penetracion es mucha, y pueden muy bien contarse todas las que tienen aficion á la lectura. Por lo regular no he visto en su biblitioteca otras obras que el Don Quijote, Gil Blas, las Novelas de Cervantes, Pablo y Virginia, algun compendio de historia y uno que otro libro de devocion. Sin embargo he conocido á algunas asaz familiarizadas con la literatura francesa ó inglesa y que hablaban y escribian estos dos idiomas con mucha facilidad.

Las diversiones de los Santiagueños no son muchas; pues fuera del paseo por el Tajamar, lo que al parecer les gusta mas son las corridas de caballos al extremo de aquel paseo, y sus tertulias semejan á todas las que habia visto ya anteriormente.

Tal era poco mas ó menos el estado de la capital de la república chileña á la época en que la vi. Réstame hablar de los usos y costumbres nacionales. Primeramente haré mencion de los juegos que celebran los indios el dia de una fiesta religiosa que en buenos términos es una fiesta católica romana impregnada de los antiguos usos aborígenes, borrados casi de todo punto en la actualidad en la república. En este punto sin embargo se ha conservado la costumbre antigua, sin que haya habido otra innovacion que la de sustituir la Vírgen María á una de las divinidades indianas. El cacique abre todavía la marcha de la procesion con las insignias de unas funciones que no ejerce ya. Sale de su domicilio acompañado de los aldeanos, precedido de un individuo que lleva una bandera adornada de cintas, y seguido de una orquesta compuesta de dos cajas viejas y de una media docena de flautas de madera. Al llegar á la iglesia en tan grotesco traje, imploran las bendiciones de la Vírgen saludándola con una sinfonía, y en seguida se dirigen á una tienda vecina delante de la cual plantan la bandera, aunque el cacique procura entenderse anticipadamente con el amo de la taberna para espantar á toda la cuadrilla. Danzan en torno de la bandera, y estos regocijos groseros se renuevan durante tres dias enteros (Pl. XL. — 2).

En las cercanías de Santiago hay una hacienda que dió márgen á muchas é interesantes observaciones sobre el estado de la agricultura. Las haciendas de Chile no tienen otro fin que el de reunir el carácter de las estancias y de las chacras de la República Argentina, bien que esencialmente difieren de ellas así en sus formas como en sus distribuciones. Estos establecimientos están divididos en muchos patios, entre los cuales hay uno donde desgranan el trigo haciéndolo pisotear circularmente por los caballos, y otro que hace las veces de matadero y sirve para la preparacion del tasajo. En frente hay el alojamiento del administrador, con sus almacenes, sus graneros y la tienda donde despachan sus productos por menor, y á sus espaldas se extienden la viña, el jardin y la huerta. Por lo comun las haciendas presentan un cuadrado perfecto (Pl. XL. — 1). Examiné con particular interés las bodegas espaciosas, bien cuidadas y atestadas de ollas de tierra cuyo exterior está fortificado con unas pieles que se extienden mojadas y que se dejan secar. Junto á las bodegas habia dos tinas de piedra de unos dos pies y medio de profundidad, seis de anchura y doce de longitud, donde depositan la uva y la písan. En seguida recogen el mosto en aljibes y despues en cubas, y con él hacen dos especies de vino: el uno acerbo y desabrido por no haber recibido mas que una fermentacion imperfecta, llamado *chica*, nombre comun á una bebida hecha de la hez de la cebada y maíz germinado, como tambien á otros licores fermentados. Esta primera especie de vino se conserva muy pocos meses, y las clases inferiores lo beben con abundancia. La otra especie es mas difícil de hacer, sin que por eso sea mucho mejor; es espeso, soso y desabrido, pero se conserva muchos años. La uva es excelente en Chile, y así la mala calidad de los vinos solo puede atribuirse á la poca habilidad de los manipuladores. En muchas casas destilan aguardiente de uva, de que los campesinos consumen una cantidad prodigiosa.

La agricultura está muy poco adelantada en Chile. Los únicos instrumentos que en ella se emplean para preparar la tierra se reducen á un arado sencillísimo arrastrado por dos bueyes, que un hombre solo puede dirigir si se quiere, el legon y un azadon: hace poco tiempo que se ha introducido el uso de la azada. Escárdase con un hueso de oveja, y un fogote de espinos cargado de piedras y tirado por bueyes hace las veces de rastrillo: lo demás á excepcion del riego, está abandonado á la discrecion de la naturaleza. No se conocen los abonos, y es costumbre recibida dejar descansar las tierras cultivadas cada cuatro ó cinco años. El clima de Chile es seguramente muy favorable, las cosechas son por lo regular abundantes y el fruto da muy poco trabajo, pero segun Miers, la prodigiosa fertilidad del terreno ha sido muy exagerada.

El trigo y la cebada, que son los únicos cereales cultivados en Chile, se cortan con una hoz de hierro. La cosecha se agabilla y coloca en una especie de narria grosera, y se traslada por este medio á la era donde la hacen

pisotear por los caballos. En seguida ahechan el trigo desgranado, lo reunen en un monton y lo tiran muchas veces al aire con unas horcas de madera. Preparado de esta suerte el trigo no resulta muy puro, y la harina está llena de casquijo; pero todo esto importa muy poco á los chileños.

Despues de haber recorrido bastante Santiago y su comarca, deseaba vivamente ir á ver á los famosos araucanos, á quienes ha ilustrado el poema tan poco conocido entre nosotros de D. Alonso de Ercilla. Esta sola circunstancia hubiera sido suficiente para un poeta que ansiase conocer la nacion en que escogió sus héroes el cantor de *La Araucana;* pero yo, como observador curioso, queria estudiar las costumbres de este pueblo mal conocido; única nacion americana que ha combatido constantemente á los europeos, sin ser vencida, ó que almenos á sabido librarse de su yugo, presentado cara; fenómeno bastante singular, digno de la atencion de un viajero filósofo.

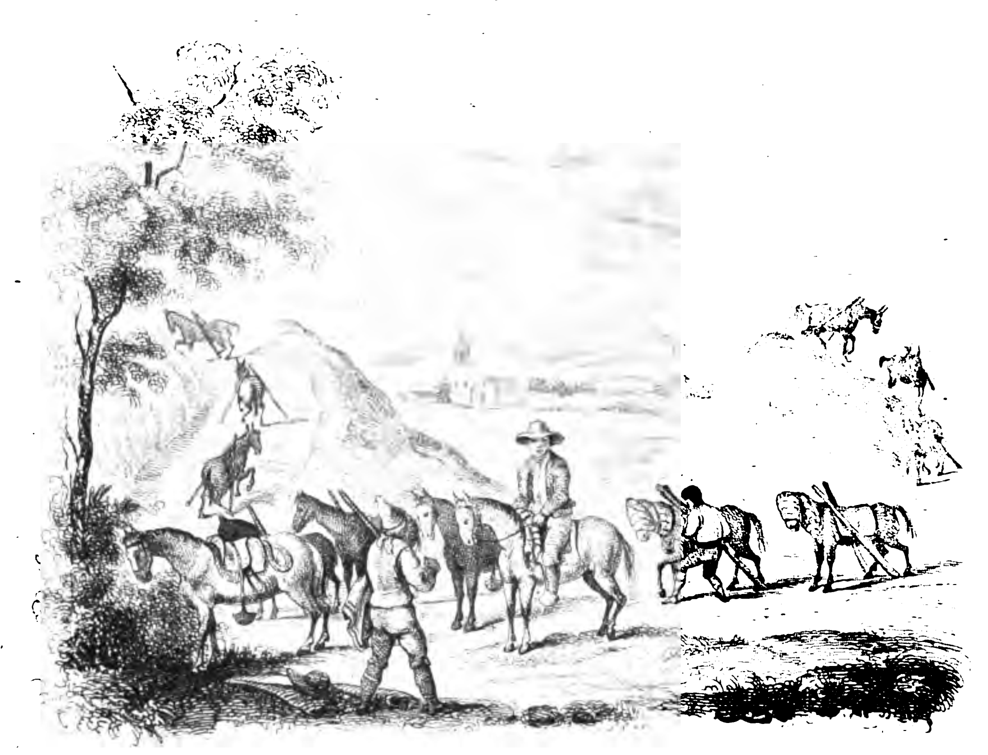
Si se mira el mapa, se ve en efecto Chile dividido en dos partes muy distintas; Chile propiamente dicho, al N., y Chile indio al S.; el primero sujeto desde la conquista al gobierno de Santiago, y el segundo, en poder todavía de los indios aborígenes, que puede llamarse muy bien independiente, pues tiene sus jefes particulares y se rige por sus leyes y costumbres. Los limites de estas dos grandes divisiones nunca han estado marcados con exactitud, aunque el rio Biobio se considera en general como línea de demarcacion, por no haberse podido sostener nunca los españoles en el S. de este rio, cuyas orillas coronaron de fuertes y de puestos nilitares.

Chile propiamente llamado así, se divide en tres grandes jurisdicciones ó intendencias, divisiones que, aunque políticas, parecen ya hechas por la misma naturaleza, pues cada una de ellas se distingue de las otras por el clima, recursos y ventajas diferentes. Al N. se halla la de Coquimbo, en medio la de Santiago y al S. la de la Concepcion, subdividas todas en trece provincias, de las cuales dos están al N., Copiapo y Coquimbo; siete en el centro, Quillota, Aconcagua, Santiago, Melipilli, Rancagua, Calchagua, Maule; y cuatro al mediodia, Chillan, Itata, Rere y Cuchaguay.

Entré en este país por la provincia de Aconcagua, una de las siete subdivisiones de la jurisdiccion de Santiago, cuya provincia presenta una cultivada campiña y es seguramente el punto mas bello y fértil de la jurisdiccion central de Chile; lo que debe á las dos corrientes de agua, de bastante consideracion, que la riegan bajando por la Cordillera; el Putaendo que viene del S. reuniéndose con el Aconcagua junto á San Felipe ó la Villa Vieja, capital de la provincia, regularmente construida y situada un poco hácia el O. de Santa Rosa. Aconcagua abunda en verjeles, viñedos y alfalfa, y como las propiedades estan divididas entre muchos dueños, la poblacion está bastante bien distribuida. Los cantones vecinos de la Cordillera, aunque están cubiertos de nieve tres ó cuatro meses al año, sin embargo son muy propios para la cria de ganado, á causa de los excelentes pastos que hay por las mesetas y lomas del terreno. Hállanse tambien algunas lavaduras de oro de poco valor, pero ninguna mina de plata; aunque en cambio la vegetacion es muy rápida; las viñas producen excelentes uvas y hay abundancia de aceitunas; de las que con un poco mas de cuidado é industria, los habitantes podrian sacar un provecho considerable, aunque su elevacion de cerca 2,000 pies sobre el nivel del mar y el estar tan cerca de la Cordillera, las expone á las heladas, que no se conocen en la costa á la misma latitud. Aconcagua ha experimentado ya las ventajas de la revolucion.

La provincia de Santiago es una continuacion de la llanura de Aconcagua, aunque no es tan fértil, ni tan cultivada por la falta de agua.

Hace algunos años que la agricultura progresa bastante, á causa de algunos manantiales que hay entre los qué se distinguen el Maypo y el Mapocho; de los cuales, el último sirve para los trabajos de labor y para los jardines que hay en derredor de la ciudad metropolitana, en donde se hallan tambien muchas quintas, viñedos y haciendas de grande importancia. Despues de haber recorrido escrupulosamente todos los pueblos circunvecinos y de haber visitado muchas minas de oro de poca importancia, de las cuales la principal es la del valle de Dehesa, y otras minas de plata, entre otras la de Renghio junto á Chacabuco, solo me quedaba para ver el importante puerto de Valparaiso. Dos caminos diferentes conducen por tierra, desde Santiago á esta ciudad. En el camino mas meridional, que tiene treinta y siete leguas de largo, se halla Barrancas, lugar llamado así, porque sirve de canal á las aguas del Maypo en la estacion lluviosa; la cadena ó Cuesta de Prado, elevada 2,543 piés sobre el nivel del mar; Bustamante, una de las mejores casas de posta de Chile, otra segunda Cuesta, la de Zapata, menos alta que la precedente; Casa Blanca, que los de Chile honran con el nombre de ciudad, aunque no es mas que una miserable colonia, desde el terremoto de noviembre de 1822 que destruyó todos los edificios; y por último la Cuesta de Valparaiso (1,260 pies sobre el nivel del mar), cuya bajada, bastante rápida, conduce al *Puerto*. Habiendo llegado un dia hasta el pie de la cadena de Prado á siete leguas al oeste de la capital, volví á hallar un convoy de mulas que trasportaban barras de



3. *Transport du Fer au Chili.*

3 Trasporte del hierro en Chile



4. *Volcan d'Antuco.*

4 Volcan de Antuco

hierro á Valparaiso, cosa bastante original y que ya habia visto otra vez en la Cordillera, en el trasporte de madera de construccion (PL. XL. — 3). El segundo camino, mas hácia el N., tiene la ventaja de presentar solo una cuesta para subir en lugar de tres, aunque mas alta que ninguna de las otras, pues tiene 2,700 pies sobre el nivel del mar. Se halla en seguida Polpayco que tiene unas canteras de yeso muy abundantes; mas lejos el pueblo de Tiltil, en donde se muele y amalgama todo el mineral de oro que se saca de las minas vecinas; en la otra parte, sobre una montaña llena de frondosos bosques, de donde se precipitan mil manantiales deliciosos, cuya reunion forma uno de estos lavaderos de oro tan comunes en Chile, se ve el Asiento Viejo, en donde todas las bellezas de la naturaleza contrastan con la porquería, la miseria y la pereza de los habitantes. Aquí es en donde empieza á ser mas áspera la Cordillera, desde cuya altura se descubre un inmenso país que termina en los llanos del Océano Pacífico. Obsérvase tambien por esta parte el rico valle de Limache, fecundo en frutas y legumbres y poblado por los colonos mas opulentos de Chile; viniendo á parar por último é Concon, seis leguas al N. de Valparaiso. Ambos caminos pasan por en medio de la provincia de Quillota, situada al O. del Aconcagua, siguiendo á lo largo de la costa que riega el único rio, llamado Concon, y separada de la jurisdiccion de Coquimbo por el rio Chiapa. Acostumbra á llover en este punto menos por la parte del norte que por la del mediodia, y la costa, en general, es mas fértil que en el interior. Se hallan tambien, además de Valparaiso, Quillota, junto al mar, sobre el Rio Concon, y Petroca que está mucho mas lejos y á la otra parte. La provincia tiene algunos pequeños puertos, de los que podria sacarse un gran partido, y posee algunas minas de oro.

Si no hubiese tenido que ver el principal puerto de la república, hubiera seguido uno de estos dos caminos, pero para no retardar y para evitar los gastos de un doble viaje desde Valparaiso á Concepcion y desde Concepcion á este puerto, de donde tenia que volverme por tierra al Perú; hubiera preferido internarme é ir por la parte meridional de Chile, á fin de poder hallar en esta direccion mas ancho campo para observaciones interesantes. Una vez tomada mi determinacion, me junté con algunos comerciantes que se volvian á Concepcion, de modo, que despues de haber pasado un mes en Santiago, estaba ya en camino para la Araucana.

Apenas se sale de la capital, cuando se entra en las llanuras de Maypo; cuya carretera durante algun tiempo sigue paralela al canal de Maypo, el que, empezado por el gobierno español y acabado en 1819, corre de N. á S. por toda la Cordillera, en una extension de cerca nueve leguas. Los efectos de esta creacion industrial, han sido fertilizar la árida llanura por donde ella atraviesa; como que puede decirse, que desde esta obra se han hecho buenas para el cultivo tres partes mas de tierra. La llanura de Maypo, tan preciosa por su industria no es menos célebre en los anales políticos de Chile, por haber sido teatro de una sangrienta batalla que en ella se dió en 5 de abril de 1818, entre las tropas realistas mandadas por Osorio y las tropas patriotas guiadas por San Martin. Despues de un combate encarnizado, la victoria de San Martin fue completa y aseguró la independencia del país.

Melipilli ó San José de Logroño es la capital de la mas pequeña de las siete provincias de la jurisdiccion central, siendo solo notable por su situacion marítima, al O. de la de Santiago, y por las ricas haciendas que están en torno de su pequeña aldea de San Francisco del Monte.

Al dejar el Rio Maypo, se entra en la provincia de Rancagua, que tiene dos lagos, uno de agua dulce, famoso por la hermosura del paisaje que le rodea, por el buen pescado que en él se halla y por la multitud de cisnes y flamencos que habitan en sus aguas; el otro está situado junto á la costa y abunda en buena sal, cuyo artículo de comercio es de consideracion. Las minas de oro de Algüe, no lejos del primer lago, son tambien muy ricas. La capital de la provincia llamada Rancagüa ó Santa Cruz de Triana, que hallamos en nuestra ruta, está situada sobre el rio Cachapoal, que la separa de la provincia de Colchagua: un poco hácia la derecha, en una quiebra de la Cordillera, hay los baños de Cauquenes, situados en una posicion la mas romántica, sobre una llanura muy estrecha, al borde de un precipicio por cuya falda corre el Cachapoal á una profundidad de cien pies. Por lo que me contaron mis compañeros de viaje sentí tener que marcharme sin ver estos baños. Las colinas que dominan la altura, estan cubiertas de árboles, y mientras que en invierno las cumbres de las eminencias mas elevadas estan cargadas de nieve, en el valle, la temperatura, bajo un cielo despejado, es cálida y agradable. Estos baños se componen de cuatro principales fuentes, que van á parar en diferentes depósitos naturales, de cerca cinco pies de longitud, á la temperatura de 100° y mas; aunque son demasiado calientes para que se pueda estar en ellos sin dolor, sin embargo, los enfermos aguantan por fuerza todo el tiempo que los médicos ordenan. Son muy frecuentados durante al estío y muy buenos para los reumatismos y otras enfermedades semejantes.

Atravesamos la provincia de Cochagua, situada al S. de la precedente, sin que tuviera ocasion de hacer en ella ninguna observacion particular, á no ser sobre su grande fertilidad, de-

bida sin duda, á los numerosos rios que la riegan por N. y S. Abunda en maderas de construccion, mientras que las provincias situadas al N. del rio Maypo, están enteramente desprovistas, y posee muchas haciendas ricas en trigo y en viñedos. Pasamos tambien por San Fernando, su capital, sin detenernos en ella, y por el pequeño pueblo de Curico (*provincia de Maule*), cerca de cuyo punto se sale de la Cordillera por el paso de Planchon. Nos convenia llegar hasta Talca, la capital, y destino de mis compañeros de viaje; cuya ciudad está situada en un pequeño valle cerca el rio Claro. Esta ciudad no tiene mas de 1,000 habitantes, pero sus alrededores están bien cultivados. La provincia, en general, posee inmensos recursos y casi toda es buena para el cultivo. Tiene un rio del mismo nombre que ella, uno de los mas importantes de Chile y que recibe un gran número de riachuelos. En su embocadura hay un pueblo llamado Maule, que desde la revolucion ha progresado considerablemente, sin duda por la habilidad con que sus habitantes construyen barcos, propios para trasportar á Valparaiso las maderas para carpintería que son muy buenas y se venden bien. El clima del país es de los mejores para la vegetacion. En invierno llueve mucho y mas á menudo que en las provincias septentrionales, lo que, junto con la abundancia de manantiales de que está provista, le ahorra el trabajo tan costoso del riego. Tiene muchos bosques y yo he visto, sobre todo cerca del rio, diferentes árboles muy frondosos y de muy buena calidad. El principal producto del país consiste en ganadería. Antiguamente se fabricaba mucho tasajo, pero en el dia este ramo de comercio está muy decaido, así como el del famoso queso de Chanco que se exportaba al Perú y hasta Buenos Aires. Muchos maulinos me hicieron observar una diferencia notable entre su exterior y el de los chileños del N. Tienen en efecto la tez mas negra, menos pelo en la barba y esta menos puntiaguda, los ojos mas unidos y la frente mas baja. Estos son los verdaderos promaucienses, descendientes de esta raza que los Incas del Perú jamás han podido someter, del modo que lo han hecho con los habitantes mas dóciles de *Chilimapu* (Chile septentrional). Se cuenta que los maulinos han conservado tambien el carácter de sus antepasados; son mas duros y salvajes que los otros chileños, que desconfian siempre de ellos, aunque para hacer inmensos progresos, no les faltan sino brazos y medios mas fáciles de comunicacion.

Llegamos hasta la provincia de Chillan, la mas septentrional de las cuatro de que se compone la jurisdiccion del S; es pequeña, pero muy fértil; está cubierta por el E. con una cadena de montañas altas, y se extiende por el O. en llanuras muy bien regadas por el rio Itata y sus arroyos. Nada habia que me precisara á quedar en la capital de esta provincia, ¿ pero podia dejar de aprovechar la ocasion de hacer, en estas tierras clásicas del volcanismo, una excursion hasta el volcan de Antuco, yo, que habia visitado ya tantos, sin haberme acercado todavía á ninguno?

Procuré arreglarme con algunos bravos del país, que conocian perfectamente la lengua y las habilidades de los indios salvajes, que podíamos volver á hallar en esta nueva ruta. Me despedí de mis compañeros de Santiago, que seguian directamente su camino hácia el mediodia y volví hácia la derecha con mis guias. Acortamos el camino lo que fue posible, gracias al conocimiento que ellos tenian del terreno; y despues de haber atravesado algunos pueblos insignificantes y un grande rio (el rio *Laxa*), no tardamos mucho en conocer, por el cambio de aspecto de los lugares y la dificultad en el camino que aumentaba durante nuestro viaje, que íbamos á entrar en los Andes y á subir á sus mas elevadas cumbres. Por fin, subimos el *Ruscué*; torrente impetuoso, que en la creciente obstruye todas las comunicaciones, y venimos á parar en frente de un volcan, que se presentaba á nuestra vista con toda su magnificencia; parándonos en el pueblo de Antuco, objeto principal de nuestro viaje.

El valle de Antuco que ocupa la parte habitada y de mas elevacion de los Andes, se extiende por O. y E. en una longitud de cerca siete horas de camino y otras tantas de latitud. El rio Laxa lo separa en dos partes cuasi iguales. Presenta una infinidad de bellezas naturales y el mismo pueblo es lo mas romántico que puede verse, situado al pie de sus altas murallas adornadas de verdor. Cuando yo lo visité, se hallaban á la sazon en él muchos pehuenches desterrados de su país, de los que pude recoger algunas noticias acerca sus colonias.

Toda la hermosura del paisaje es nada, en comparacion de la magnificencia que presenta el volcan, que no está apartado del pueblo mas que algunas horas y que se ve rodeado de montañas mas pequeñas. Una humareda casi continua sale del cráter. El aspecto de este pico es nuevo cada dia; ya sea que su cima se colore por los rayos oblicuos del sol, ya que parezca amenazar al cielo, ya porque la llama de su cráter penetra las nubes durante la noche é ilumina la nieve que le rodea por todas partes, disputando su resplandor con el de la argentada luna (PL. XL. — 4).

El mas hermoso punto de la parte elevada del valle, es el *Pico de Pilgue*. Apenas se ha subido á la mitad de su altura, que se llega á unos prados, en donde se ven crecer juntas las plantas peculiares de los Alpes, y las que pertenecen á los trópicos, con su vegetacion lozana y vigorosa, en-



2. Fort de Taun-Lauru.
2. Fuerte de Taun-Lauru.

3. Basaltes de Taun-Lauru.
3 Basaltes de Taun-Lauru.

EN AMERIQUE,
EN AMÉRICA

Pl. XII.

tre las cuales se distingue el lirio del valle de los antucanos (*azucena del campo, gravilia odoratissima*). Á medida que se va entrando en el valle de Antuco, van hallándose menos bellezas y se ven desarrollar poco á poco los caracteres del mas terrible poder volcánico. Las rocas se despojan de su verdor y se calcinan, presentándose á la vista altas murallas de lava. Se distingue desde allí *Silla Velluda*, uno de los picos mas altos de los Andes del sur, que está rodeado de basaltos y lavas, aparentando mil figuras fantásticas; y el torrente salvaje (el *Tvun Leuvu*) que se presenta como para privar al viajero que se acerque á la alta balaustrada de montañas por donde corre. Á peticion de los habitantes, el gobierno ha mandado construir en este punto un fuerte, en el que ha puesto una pequeña guarnicion. Forman el pico, por la izquierda una montaña y un precipicio, por la derecha el torrente salvaje, y por delante una pequeña colina sobre la que hay una esplanada bastante capaz para encerrarse la guarnicion en el interior de una empalizada; todo lo que da á este fuerte muy poca importancia (Pl. XLI. — 2).

El Tvun Leuvu, por el que no se puede pasar sin mucho miedo en tiempo de la creciente, no llega á tener por aquí veinte pasos de ancho. Su agua, siempre turbia (*Tvun Leuvu* significa en lengua pehuenche, *Rio Túrbido*), causa á los soldados violentos cólicos. Si alguno quisiese vadearlo hallaria bien pronto la muerte, porque á algunos pasos mas abajo se abre un abismo inmenso, en donde se precipita con furia, para mezclar sus aguas con las del Laxa. La caida debe tener unos ciento cincuenta pies, cuya altura no seria tan extraordinaria en los Andes, si no fuese que el torrente se precipita en una sola masa, sin dejar perder ni una gota de agua por las negras rocas que le rodean.

Yendo desde este punto á las estrechas orillas del Laxa, se halla un hermoso baluarte de basalto que se extiende como una alta muralla hasta el fondo del valle, en donde le cubren los árboles. Las columnas no son del todo perpendiculares y no tienen mas allá de dos pies de altura. En algunos puntos salen de un centro comun ó están amontonadas sin órden. Su extraórdinaria dureza se conoce por su brillo metalico y resisten á los golpes del martillo. Sin ningun intermedio, se ven junto á estos basaltos las lavas que caen esparcidas por cuasi toda la montaña, desde el fuerte hasta el pie, formando unas tablillas de media pulgada á tres pulgadas de diámetro y de mas de un pie cuadrado de superficie. Las lavas de pizarra parecen ser los primeros productos del volcan, pues se encuentran entre los basaltos (Pl. XLI. — 3).

Todos los años parten del pueblo de Antuco tres ó cuatro caravanas, compuestas de muchos centenares de mulas cargadas, que penetran por los Andes para comerciar con los indios, los que se hallan en ciertos puntos señalados desde mucho tiempo. Las caravanas traen trigo, maíz, quincallería y bujerías de vidrio, recibiendo en cambio de los indios, sal y ganados. Este comercio es en verdad bastante bueno, pues por tres anillos de hierro (*argollas*) que sirven para atar el lazo al arzon de la silla, el negociante indio da muchas veces dos caballos ó una vaca preñada.

Para subir al volcan gastamos tres horas de penosa marcha, porque despues de haber andado cincuenta pasos, nos habíamos de parar para tomar aliento y resbalábamos muchas veces quince pies atrás, á causa de la rápidez de la pendiente. Llegamos por fin al último punto, en cierto paraje del cráter, en donde nadie habia estado antes que nosotros. La cumbre del volcan consiste en un pequeño llano circular, en medio del cual se eleva como una muralla de cincuenta pies, una eminencia cubierta de lavas. Despues del pico de Tenerife y el Cotopaxi, el volcan de Antuco es sin contradiccion el mas escabroso de todos cuantos picos se conocen. La altura total del cráter, en su parte mas elevada, es de tres mil ciento ochenta pies.

Mi curiosidad estaba satisfecha y solo pensaba en volver á los lugares habitados. La bajada fue larga y peligrosa, y no hallando nada que pudiese llamar la atencion, desde el valle volví á tomar la ruta que conduce á Talcahuano, una de las ciudades fronterizas de Chile, pero estaba solo con el muletero y mozo de á pie indispensables, pues que mis intrépidos guias desde Antuco se habian vuelto á Chillan. Volví á pasar el Ruscué y el Laxa, despues de lo cual, tuve que hacer una larga y penosa travesía, llena á cada paso de materias volcánicas, y que se supone con razon haber sido un lago en otro tiempo, por donde vine á parar á *Yumbel*, capital de la provincia de Rere, ciudad muy pequeña, que mas bien es un pueblo, rodeada de una muralla cuadrada y flanqueada por un baluarte que tiene en cada ángulo, con lo que ha sostenido con ventaja algunos sitios contra los indios. El pequeño pueblo de Rere, que se halla en seguida, está orgulloso de poseer una palmera de tres pies de diámetro y unas hermosas campanas, en cuyo metal la piedad de los habitantes ha gastado mucha plata y mas de veinte libras de oro puro. En la hermosa hacienda de Gualqui, en las orillas del Biobio, tuve ocasion de penetrarme nuevamente de la preciosa tolerancia con que los sacerdotes chileños de ahora saben conciliar, singularmente para ellos y para sus fieles, una hipocresía tan poco ilustrada con este genio hospitalario, que hace que sus habitantes se miren como deudores de aquellos á quienes hospedan; carácter honorable, que algunos viajeros descuidados, segun

creo, han casi desconocido. Tuve que pasar en seguida á lo largo del Biobio, el rey de los rios de Chile, que tuve la ocasion de admirar por la primera vez, por un camino muy difícil, á cuya izquierda se elevan unas montañas llenas de bosques que se llaman los desfiladeros *(angostias)* de Gualqui, camino tan estrecho, montuoso y resbaladizo, que en la estacion lluviosa hay peligro mil veces de perderse las caballerías. Pero, ¿qué era esto para mí, cuando venia de la cumbre de los Andes y acababa de bajar del Antuco? Nada mas que unas verdaderas Termópilas, en donde dos hombres decididos bastan para hacer retroceder á un ejército; y es preciso añadir, en honor de los chileños del sur, que jamás se halla un ladron. Este es el último punto notable hasta Talcahuano á donde llegué despues de tres ó cuatro dias de marcha, desde que nos volvimos del volcan.

Talcahuano, rodeada de montañas por todas partes, es una ciudad de poca consideracion en cuanto á sí, tan pequeña y tan caprichosamente construida, que á buen seguro no llegaria á dársele el nombre de aldea en Europa. Se compone de dos calles paralelas, de una plaza bastante espaciosa, que sirve para el mercado, algunas casas, cuya mayor parte no son mas que cabañas, y una pequeña iglesia (Pl. XLI. — 1). En 1825 no pasaba de 1,500 á 1,600 habitantes, pero su posicion geográfica y la seguridad de su puerto le auguran un distinguido rango en el porvenir, sino como ciudad mercantil, almenos como escala de Concepcion. Está situada en una especie de isla que está junta á Concepcion por una lengua de tierra, á la que cubren algunas veces las crecientes del Biobio, quedando momentáneamente á manera de isla. Llena de puentes y de arbolado por algunos puntos, descuella al oriente con la bahía de su mismo nombre. Tiene un poco mas de una milla geográfica desde N. á S., y apenas media milla de ancho.

La bahía de que acabamos de hablar es uno de los mejores puertos de Chile, como que en cualquier punto de ella están con mucha seguridad los navíos. La isla de Quiriquino la libra de los vientos del N. y un banco de arena la divide en dos partes. Por la embocadura del rio Andalio que entra á la bahía por el S. se hallan algunas hondonadas, aunque no son peligrosas. El movimiento que reina en ciertos momentos es verdaderamente curioso, cuando la cruzan una multitud de pequeñas canoas en todas direcciones, sin mas ayuda que su única vela, que muchas veces no es mas que una tela grosera, ó el poncho con que se cubren los pescadores de estos países, y guiadas la mayor parte por indios verdaderos de los de tez quemada, que viven en habitaciones anfibias *(caletas)*; cuyas habitudes forman en todo un pueblo á parte. En la orilla del mar hay un pequeño fuerte que está en bastante mal estado; y á poca distancia de la parte mas escarpada de aquella especie de isla, hay otra batería de seis cañones de hierro *(fuerte de Galvez)* dispuesta de manera que cruza sus fuegos con los del fuerte.

Cuando se suben las montañas que rodean á Talcahuano, se llega á un terreno muy interesante para los botánicos; pasando en seguida á las areniscas orillas de la bahía de San Vicente, que es tan peligrosa, como es segura la de Talcahuano. Por estos parajes se hallan una infinidad de animales marítimos. Toda esta costa servia en otro tiempo de morada á las otarias y leones de mar, en cuya caza se emplea una porcion de gente del país. En 1828 siete barcos extranjeros cruzaban por estas aguas sin otro objeto, desde el ecuador al cabo de Hornos. La otaria de las costas de Chile tiene de ocho á diez pies, y está cubierta de una piel parda sin pelo.

Á tres leguas de Talcahuano por el S. E. se halla la ciudad de Concepcion, á donde se va por una llanura estéril y del mas triste aspecto. Concepcion es la segunda ciudad de Chile, la rival de Santiago, la capital de la tercera jurisdiccion chileña, y en particular de la provincia de Puchacal ó Penco, y rica en minas de oro, entre las que se distinguen las de Quillacoya, á cinco leguas de Gualqui, provincia muy fértil antes de la revolucion, pero arruinada despues por la guerra y por las incursiones de los indios. Tal vez Concepcion estará reedificada desde mi viaje, pero cuando yo la vi conservaba todavía los señales de desolacion que le causaron las hordas de bandidos, y los diversos partidos que se disputaban la victoria. Muchos años pasarán antes que tome de nuevo su primer brillo. Se llega á la ciudad sin que por nada notable se conozca que está cerca, pasando por una larga hilera de casas destruidas, cuyas ruinas tienen un hermoso carácter de arquitectura. Para seguir el camino es preciso atravesar por algunos lugares incendiados, en cuyo punto se reunen en todas direcciones las avenidas de la ciudad. No se ha visto perspectiva mas triste que el aspecto de miseria que reina entre tantos edificios imponentes, por cuyas puertas y ventanas se dejan entrever aun los adornos dorados y las pinturas al fresco ennegrecidas por el humo. Los habitantes están dispersos, y la destruccion ha hecho que ni aun los árboles que aquellos habian plantado lleguen á dar fruto. Sus jardines tan hermosos, apenas se podria distinguir en donde existen, si entre las ruinas no se hallase de vez en cuando algun hermoso y florido arbusto. Yo hallé en uno, plantado sin duda por algun amante de la botánica; el *piñal, pehuen (pinus araucanus*, Mol.; *dombeya chilensis*, Lam.), especie de *araucaria*, árbol que reune las propiedades del pino, del thuya y del



1 Vue de Talcahuano au Chili.
2 Vista de Talcahuano en Chile.



1. Le Pinal.

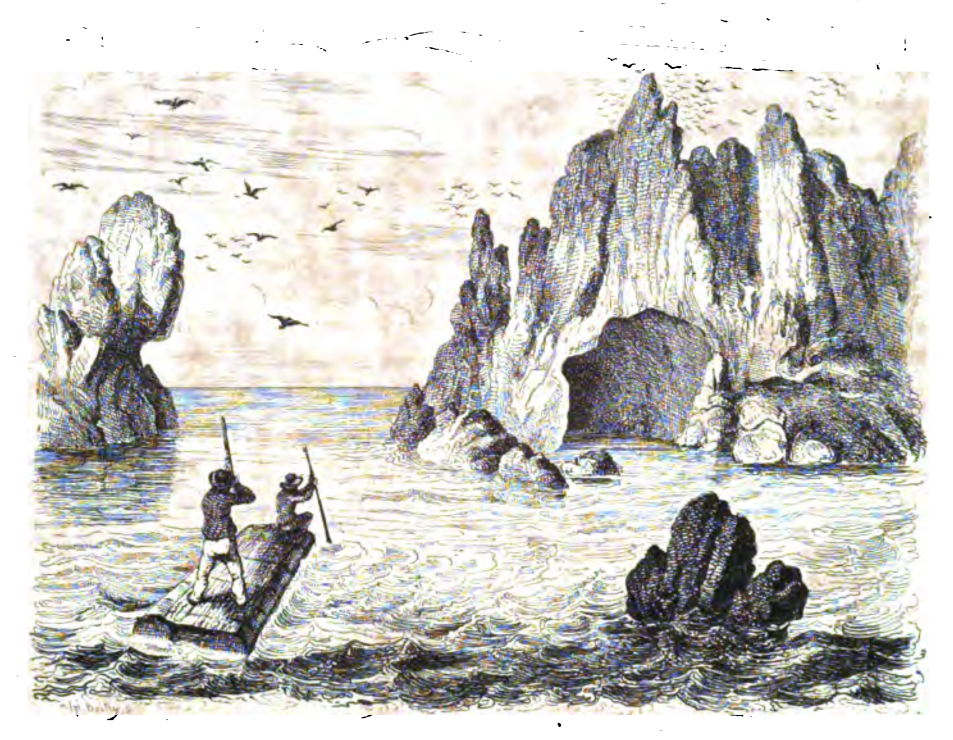
1. El Piñal.



2. Pehuenches pillant un Village.

2. Pehuenches Saqueando una Aldea.

de Sainson del.



3. Chasse en balsas sur le Biobio, au Chili.

3. Caza en balsas en el Biobio, en Chile



4. Valparaiso vu du Chemin de Santiago.

4 Valparaiso visto desde el Camino de Santiago

castaño. Lo habia visto ya en la cadena de los Andes, y crece particularmente en todas las provincias de la Araucania. Algunas veces llega á una altura de ochenta pies, teniendo de circunferencia ocho; es muy conocido por la singularidad de su fruto; su madera es amarilla y espinosa y sus hojas tienen en el centro un fruto parecido á la piña, que los indios comen con mucho gusto, del mismo modo que nosotros las castañas (PL. XLII.— 1).

En otro tiempo Concepcion era tan populosa como Santiago. Las primeras familias de Chile formaban una parte de la poblacion de esta ciudad, que ascendia á mas de 20,000 almas, y los españoles preferian su temperatura á la de muchas provincias de su misma patria. Una corte del gobernador y otra episcopal, y una infinidad de altos dignatarios españoles atraidos allí por la necesidad de descansar de sus trabajos, formaban una brillante sociedad. La riqueza, la hospitalidad de sus habitantes, la belleza de sus mujeres eran la admiracion de toda la América del sur. En cuanto á lo demás, nada tiene de notable Concepcion. Un convento de mujeres para treinta pensionistas es el único que se ha salvado de la tempestad. El palacio episcopal va arruinándose y el del gobernador ha sufrido ya igual suerte, aunque nunca acaba de arruinarse del todo; y de la catedral solo resta una pequeña parte de techo. En 1828 volvió á abrirse su carrera política y sus habitantes trabajan con ardor para la restauracion de su patria.

El espectáculo de tantas grandezas me afligia.

Procuré alejarme de aquel sitio, pasando el Biobio, en donde fuí, durante la travesía, testigo y casi actor de una caza en *balsa*, especie de embarcacion muy singular que se usa en todo el país. Consiste en una canoa de una apariencia bastante frágil, sobre la cual los hábiles marinos de este país navegan con mucha confianza por los rios y van muchas veces hasta mar adentro. Se compone de dos pieles de leon de mar, cosidas y juntadas de modo que toman la forma de un animal vivo, de ocho á nueve pies de largo, cilíndricas y llenas de aire; todo lo que se sostiene y es llevado por unos lijeros travesaños de madera y un zarzo delgado. El piloto se sienta en uno de los extremos, cogiendo por en medio las dos largas ramas, asidas á cada parte por una pequeña escotadura. Dando algunos empujes se aparta de la costa, y al verse el pasajero en una balsa, no está con poca inquietud hallándose aislado en medio de las olas, sobre esta especie de balon náutico, en donde no tiene mas punto de apoyo que las delgadas tablas sobre que están atadas las pieles (PL. XLII. — 3).

Efectuado el pasaje, me hallé en el territorio en donde la república chileña no tiene mas autoridad que hasta la distancia de un tiro de cañon de los fuertes con que los españoles han cubierto las orillas del Biobio, desde su embocadura hasta su orígen, siendo los principales Nacimiento y Puen. El Biobio da principio en los Andes y se engruesa en su corriente con las aguas de muchos rios que vienen del norte, entre los que se distinguen el Rio Claro, el Rio Laxa, el Rio Guaque y el Rio Duqueco. Ambas orillas están muy pobladas de árboles; todas las quiebras, la mayor parte de colinas y muchos llanos están cubiertos de bosques hermosos y es navegable hasta Nacimiento, por las embarcaciones chatas y canoas que trasportan á Concepcion, por muy poco precio, los géneros del país; ventaja que no posee ninguna provincia chileña.

Llegué á Arauco, pequeña ciudad fortificada que parece haber dado su nombre á la parte del país que se llama Araucania, y á donde vienen los indios del S. para hacer cambios. Fuí al pepueño pueblo indio de Tubul, en donde adquirí conocimiento con el *toqui* ó *ulmen* (jefe) del lugar, hombre amable y hospitalario en tiempo de paz, pero terrible, segun me dijeron, en la guerra, y orgulloso de pertenecer á esta raza belicosa que ha quedado sola y señora de todos los demás indios de América. Su casa es un edificio cubierto de bálagos, bastante vasto y dividido por su interior en muchas estancias, en cada una de las cuales hay una pequeña cama y en la primera cinco ó seis mesas sobre una especie de alfombra. En la parte de detrás estaba la cocina, separada enteramente de lo demás, con muchos y distintos hogares y rodeada de diferentes vasijas de tierra; sobre cada hogar habia una *chigna* ó cesto que sirve para guardar la comida. La familia del jefe era muy numerosa, y puesto este en medio de unos cuarenta individuos, de que se componia, entre mujeres, muchachos y niños, parecia que reinaba como un patriarca. En la comida, á donde no comparecian las mujeres mas que para servir á los hombres, se sentaba cada uno de estos junto á una de las pequeñas mesas. La comida se componia ordinariamente en el almuerzo de una especie de harina tostada y mezclada con agua caliente ó fria; al mediodia, de carnero, buey, pescado, volatería, patatas ó calabazas sazonadas con ajos, pimienta, guindillas y una especie de pasta llamada *milow*, hecha con patatas ó calabazas mezcladas con leche. Para la bebida usan, segun la estacion, una especie de cidra muy espiritosa y otros líquidos fermentados.

Por la influencia de mi patron, como jefe de los guias, alcancé cuanto quise y una escolta me acompañó á Valdivia. Queria embarcarme en este puerto para Valparaiso, despues de haber hecho mi viaje al través de inmensos desiertos. Conducido con bastante comodidad, gracias á mi salvaje, por todo este vasto territorio,

atravesé sin pararme las ocho provincias que componen el Chile español. Estas provincias son ricas y fértiles, y muchas de ellas poseen hasta ricas y abundantes minas de oro, pero debe considerárselas como un país perdido en cuanto á la civilizacion europea. En Valdivia, antes de ponernos á la vela para Valparaiso, rocogí y puse en órden todas las noticias que pude adquirir, ya por mi mismo, ya por las informaciones que tomé de las autoridades, consultándolas, sobre la geografía de esta parte de Chile, así como sobre las costumbres y usos de sus habitantes.

Dióme esto por resultado los curiosos pormenores que he consignado hasta aquí. Aunque se hallen en este bosquejo sobre los indios de Chile meridional, algunos rasgos que recuerden mas ó menos la raza de los indios patagones y los indios pampas, no hay que extrañarlo, pues que á pesar de todas las distinciones teóricas reina la mas grande semejanza entre estas diversas colonias, las cuales son todas ramas de mas ó menos consideracion del inmenso tronco de los *de piel roja*, de la América del sur.

Los indios de que hablo ahora pertenecen á la tercera grande division reconocida por M. d'Orbigny, la de los *Araucanos*, distinguidos, segun las regiones que ellos ocupan, en *Pampas*, en *Pehuenches*, de los que voy á hablar ante todo; en *Guinchis* ó *Cunches* y en *Huilliches*, cuyas dos últimas naciones habitan el país que se extiende por el mediodia de Valdivia, hasta las islas Chiloé, que por su parte occidental es, segun dicen, un país magnífico con mucho regadío y arboleda, dotado de un clima delicioso y cuya tierra es muy llana, particularmente hácia el S. que es en donde se hallan los dos grandes lagos Osorno y Huanaco, en cuyos puntos se ha probado restablecer, aunque en vano, una antigua colonia española, destruida por los naturales.

La Araucania, si no me engañan mis investigaciones, se extiende del N. al S. del rio Biobio, en la llanura ó *llanos* de Valdivia, y del E. al O. de los Andes, al Océano pacífico; cuyo territorio está naturalmente dividido por sus habitantes en comarca marítima, *languen mapu; lelbun mapu* ó país llano; falda de las cordilleras, *mapire mapu*, y *pire mapu* país de los Andes. Cada una de estas cuatro *uthal mapu* (especies de tetrarquias), está dividida en nueve *allarogues* ó provincias, conteniendo cada una nueve *regnes* ó distritos; el uthal mapu tiene por administradores, á manera de autoridad, cuatro *toquis* ó jefes supremos, nueve *apo-ulmenes* y treinta y seis *ulmenes*, todos independientes unos de otros, aunque unidos para interés general, por una especie de confederacion, y hereditarios ó electivos. Tales son las noticias que dan algunos viajeros acerca la constitucion política de los araucanos, aunque segun otros, estos detalles son exagerados por algunos escritores, interesados en dar mas mérito á los vencedores excusando un poco la debilidad ó impericia de los vencidos. Los araucanos están mas adelantados que los indios de los Pampas que no tienen residencia fija y no viven mas que de la caza y el pillaje, mientras que los de Chile tienen sus casas, se dedican á la agricultura y viven de su trabajo.

Los araucanos saben fabricar ciertas vasijas y tejer esteras; sus ponchos son muy celebrados por toda la América, tanto por la finura y solidez de sus tejidos, como por el brillo de sus colores. He descrito una casa araucana, pero era la de un jefe; las otras no son mucho mas cómodas ni elegantes que los ranchos de los pampas. Los jefes van vestidos á poca diferencia como los demás chileños; camisa de lana, calzones, cinturon, poncho y *ojotes* ó sandalias de cuero; usan las mismas espuelas, la misma silla y estribos de madera. Los otros indios no llevan mas que una especie de jubon apretado á los riñones por medio de un cinturon, y un poncho á las espaldas. Seria muy absurdo atribuirles, como lo hacen ciertos viajeros, algun progreso en las ciencias intelectuales, pues ni tienen idioma escrito, ni geroglíficos. Aunque muy aficionados á los licores fuertes, parecen ser en general amables y sin los vicios que acostumbran tener otras naciones salvajes. Admiten la poligamia y las mujeres se hacen abortar por medio de plantas medicinales que ellas mismas guardan con cuidado. Su suerte es como la de todas las demás mujeres salvajes, entregadas de continuo á los trabajos mas pesados y á la esclavitud conyugal. Son muy limpias y se bañan muy á menudo. Parece que los araucanos conocen bastante la explotacion de las minas de oro y plata, y funden estos metales en unos crisoles groseros, puestos á la corriente del aire. Sus conocimientos en medicina han sido muy exagerados; limítanse á la aplicacion de algunas plantas, y en las enfermedades intervienen tambien los *machis* (hechiceros) con su tambor mágico y sus horribles contorsiones. Su religion es muy sencilla; tienen un Dios supremo, *Pillan*, que tiene aun despues de él algunas divinidades; *Meulen*, el genio del bien; *Wancubu*, el genio del mal; y *Epunamun*, genio de la guerra. No tienen templos, ni ídolos, ni culto. Admiten la inmortalidad del alma y creen en un Caron hembra, Tempulagy, vieja que pasa las almas á la otra parte de los mares hácia el O. en donde creen que se halla la morada de la felicidad eterna. Sus matrimonios son algo parecidos á los de los pampas y de los patagones, y siguen las costumbres homéricas de enterrar al guerrero con sus armas, sacrificando un caballo sobre su tumba y depositando en ella algunos

comestibles para alimento del muerto durante su viaje. Pero la mejor prueba del carácter de los araucanos, es su orgullo militar que jamás les ha dejado pedir la paz siendo así que siempre han gozado de ella; son vengativos como todos los indios, pero susceptibles de patriotismo, de afeccion y de hospitalidad.

Háblase tambien de los pehuenches, otros habitantes del país que se parecen mucho á los propiamente llamados araucanos sin confundirse con ellos. Tienen mas semejanza sobre todo con los pampas, sí es que no se puede decir que sea un mismo pueblo; errantes como ellos, tàn pronto son enemigos como aliados de los colonos, segun su capricho ó interés. Yo habia visto ya algunos en los alrededores de Antuco, en cuyo punto estaban establecidos por haber sido expulsados de su patria, y hablaban la lengua araucana, sin entender siquiera ni una palabra del español. Acababa de hallar algunos en mi última travesía, y en estas diversas ocasiones he recogido las siguientes observaciones.

El nombre de pehuenches (*hombres de los pinos*) se forma de la palabra *che*, hombre, y de la palabra *Pehuen*, grande árbol, pino. Este árbol se llama tambien *piñal* y es comun en toda la Araucania. Los pehuenches son vagabundos por esencia. Van errantes por los Andes, presentándose ya como pastores ocupados tan solo en sus rebaños, ya como bandidos deseosos del botin, bajando á las llanuras y trayendo consigo la muerte y el estrago. Jamás se establecen en ningun punto, ni construyen cabañas, sino en los helados meses de julio y agosto, que cubiertos los montes de espesa nieve y bajando los torrentes en mucha abundancia, se ven obligados á suspender sus habituales correrías. La forma de sus habitaciones, el modo de hacer sus empresas y sus armas les hacen parecer mucho á las colonias que hay en las llanuras del norte del Asia. He descrito ya sus campamentos (*tolderias*) en las llanuras ó junto á los riachuelos, por los que pacen sus ganados sin guardianes. Delante de cada tienda (*toldo*) hay siempre un caballo ensillado y la terrible lanza clavada en tierra al estilo de los tobas.

En medio de la choza brilla un grande fuego, en el que hay siempre algunos manjares, de los que cada miembro de la familia viene á tomar á cualquier hora y cuando el hambre le precisa. Dada la señal de marchar se rollan las tiendas y las bestias de carga trasportan á otra parte el pueblo errante. Algunas pieles que sirven de abrigo, algunos sacos tambien de piel, el recado, las camas de correas, la lanza y el lazo con sus bolas (*laquen bolas* de los chileños), es en todo lo que consisten sus muebles. La mujer limpia, ensilla y embrida el caballo de su marido, descarga á los animales en las paradas, les da el pienso, enciende fuego, arregla los alimentos y en las marchas lleva su niño á manera de los caribes. Por el menor olvido que padezca en sus deberes, sufre un tratamiento el mas bárbaro.

En esta nacion existe un uso que recuerda singularmente la *fraternidad de armas* de los antiguos pueblos germanos y escandinavos y la *hetæria* de los antiguos griegos. Esta union que contraen bajo el nombre de *lacu* (compañía), es entre dos hombres, cuya fraternidad solo puede destruir la muerte. Los dos amigos duermen en una misma tienda, combaten juntos, y cada uno de los dos debe estar siempre pronto á sacrificarse por el otro.

La educacion de los niños es muy sencilla. Apenas el muchacho tiene algunos meses que ya aprende á sostenerse á caballo detrás de su madre, que procura hacer mas correrías, á medida que él se va fortaleciendo. Crece rápidamente, y es ya un diestro caballero, en la edad que nuestros hijos apenas empiezan á andar. Luego se ejercita á manejar las armas, y no tarda mucho en tomar parte en las expediciones. La niña cuando empieza á desarrollar su fuerza aprende á chafar el maíz entre dos piedras y á conducir los ganados. Su peinado, vestidos y adornos son iguales á los de los pampas y araucanos.

Los pehuenches están muy á menudo en guerra con sus vecinos por causa de sus ganados, para los que se ven obligados á buscar buenos pastos; sus continuas usurpaciones en los territorios limítrofes ocasionan frecuentes querellas, en las que toda la nacion toma parte. En el combate cada jefe pelea á un lado con sus guerreros, sin guardar ningun órden de batalla y sin convenirse con los demás jefes. Su principal estratajema consiste en observar el punto mas débil que tiene el enemigo, acercándose durante la noche con toda la destreza y paciencia de los indios. Al rayar el alba se precipitan sobre el infeliz pueblo dando gritos espantosos, de tal modo, que los habitantes apenas tienen tiempo de huir. Sus presas consisten en todo lo que tiene algun valor. Los adultos y los viejos son inmolados sin piedad; las mujeres y los niños quedan cautivos, y el pueblo es reducido á cenizas; despues de todo lo cual, vuelven á huir con la misma rapidez que han llegado (Pl. XLII.— 2).

Los indios hacen muy pocos prisioneros y combaten hasta el último aliento antes que rendirse. Un hecho que sucedió durante mi permanencia en Antuco, dará una idea de sus costumbres militares. Acababa de llegar del sur una partida de pehuenches despues de haber hecho prisionero á un jefe de molucos. El dia siguiente de su llegada pusieron al prisionero delante del fuerte, en medio de un doble círculo de guerreros arma-

dos y de espectadores de ambos sexos. Á sus pies estaban abiertos tres fosos y él tenia en la mano un pequeño baston. Se puso á celebrar sus hazañas empezando á nombrar á todos cuantos habia vencido, rompiendo á cada nombre que pronunciaba, un pedazo del baston, que iba echando á los fosos y pisándolo en seguida. El auditorio daba gritos de furor, mientras que las lanzas iban acercándose mas y mas hácia el pecho del moluco, hasta que por fin el orgulloso guerrero cayó á los golpes de sus vencedores, proclamando su última y mas esclarecida victoria.

En la misma época estaban presos en Antuco dos pehuenches enemigos, que fueron declarados espías y como tales condenados á muerte, de modo, que debian ser fusilados al dia siguiente de ser juzgados. Ciertos de la suerte que se les espepaba, aprovecharon un momento favorable para escalar la empalizada y el foso del fuerte y huyeron en direccion al volcan. Atajados por el torrente, bien pronto pereció el uno de los tiros que le asestaban, y el otro, para librarse de una tan terrible persecucion, hizo una grande vuelta, viniendo á parar á la cascada, junto á la que está construido el fuerte. Rodeado de perseguidores por todos lados, se encaramó al punto mas elevado de las rocas que dominan el espantoso abismo, adonde se precipita el torrente con un ruido atronador, y extendió el brazo hácia el volcan, en cuyas entrañas reside el dios Pillan, el mas poderoso de todos, que hace los rayos y truenos, y al que imploran todos los indios en sus últimos momentos. Nada mas horrible que ver esta alta y morena figura, con su espesa cabellera flotante en desórden, y en cuyas facciones estaba pintada la desesperacion. Un soldado de los mas atrevidos se acercó lentamente á este peligroso sitio para coger al fugitivo, cuando este envolviéndose la cabeza con el poncho se precipitó al abismo dando un grito penetrante, cuya sola memoria me llena aun de terror.

Los españoles habian fundado seis ciudades independientes de Concepcion y de los fuertes de Biobio, en diferentes puntos del interior de la Araucania; la ciudad imperial, Villarica, Auzol ó la Frontera, Cañete, Osorno; todas destruidas sucesivamente por los indios, y Valdivia que es la única que ha podido sostenerse entre tantas arruinadas, aunque no es mas que un punto aislado en su territorio.

Al llegar á esta ciudad me sorprendí en gran manera de ver que era tan pequeña, siendo así que pasa por una de las mas importantes de Chile, y que á no ser un arrabal indiano, no tiene mas allá de ochocientos habitantes; pero al observar el puerto, que es seguramente el mejor de todos los chileños, sin exceptuar el de Concepcion, conocí al instante la causa de su importancia. La entrada de este puerto es conocida por los navíos, por dos colinas, una de las cuales situada al N. y llamada *Morro Bonifacio*, se eleva mucho mas que el *Morro Gonzalo*, situado á la parte opuesta. Está muy bien defendida; y en los diferentes fuertes ó baterías que la protegen por todas partes Lord Cochrane, cuando se apoderó de la ciudad en 1810, halló ciento veinte piezas de artillería de diferentes calibres. Hay unos quince edificios fortificados, cuyos principales son el fuerte de la Aguada del Inglés, el fuerte San Carlos, el fuerte Amargos, el fuerte Manzanera, el castillo de Piojo y el grande castillo de Niebla, dispuestos todos de manera que privan á los navíos enemigos el entrar y anclarse en el puerto, haciendo imposible, si quieren, el desembarque. Valdivia está situada á la embocadura del rio Callacalla, en una punta elevada que domina un país magnífico y la fundó en 1553 D. Pedro Valdivia, del que tomó el nombre. Los indios la quitaron á los españoles en 1599 y la destruyeron en 1603; pero en 1645 fue construida y poblada de nuevo. Antes de la revolucion servia de baño ó presidio á los desterrados del Perú y de Chile. Sus dependencias son fértiles, sobre todo la parte llamada *los Llanos*, abundante de trigo, cebada, legumbres, frutos, bueyes y carneros muy buenos.

Estuve en Valdivia ocho dias, tiempo sobrante para enterarme de cuanto podria interesarme; como que busqué la primera ocasion que se me presentó para volverme á Valparaiso. Ninguna circunstancia notable me llamó la atencion en este viaje, de modo que llegué muy pronto al tercer puerto de la república chileña, que los habitantes de Santiago llaman *Puerto*, por ser tal por esencia y en oposicion al *pueblo* cuyo nombre dan á su ciudad.

Nada se hace tan extraño al viajero como el primer aspecto de esta plaza tan ridiculamente llamada *Valparaiso* (Valle del paraiso) con su *almendral* (terreno de almendros) cuyo nombre no es mas que una tradicion, pues que ningun almendro se halla por toda esta parte. ¿Qué ha de decir pues, cuando en lugar del hermoso cuadro que estos atractivos nombres han pintado en su imaginacion, no ve mas que un pequeño número de casas irregularmente construidas al borde de una profunda hoya, formada por una línea semicircular de colinas, que se elevan mil doscientos pies sobre el valle? Pero esta impresion primera no dura mucho; y á medida que uno se va acercando, la vista se extiende con interés sobre algunos puntos; entre los que se distingue *Monte alegre* lleno de hermosas casas de construccion inglesa (Pl. XLIII. — 1). La ciudad se divide en dos partes; el puerto y el almendral, que está situado al E. de aquel, sirviéndole de arrabal á donde se pasa cuando se llega del interior por uno de los



1. Rade de Valparaiso.
1 Rada de Valparaiso

Lauvergne del.

caminos ya descritos (PL. XLII. — 4). Esta parte está bien construida y adornada con jardines, siendo tambien además muy poblada, pues muchos comerciantes de la ciudad tienen en ella hermosas casas de recreo y sirve de punto de reunion á los elegantes. En cuanto al puerto, es el punto mas importante de la ciudad y el centro de su comercio y actividad. Se descargan muchas mercaderías y hay un gran número de oficinas y despachos de los comerciantes y de las autoridades. Parece á primera vista no consistir mas que en una sola calle construida al pie de una montaña, en donde se distingue, entre otros edificios, una magnífica aduana; pero al penetrar en las *quebradas* (gargantas de montaña) se descubren centenares de casas, invisibles por de pronto, pasmando el ver por fin una ciudad, que ha constado de 10 á 15,000 almas y que en el dia tiene mas de 25,000.

La situacion central de Valparaiso la ha hecho hasta el presente el depósito principal de todos los recursos de Chile; y la costumbre que tienen todos los navíos que van á la pesca de la ballena, de hacer escala en este punto, tanto si vienen del cabo de Hornos, como de las regiones septentrionales, asegura á esta ciudad una importancia comercial de mucha consideracion, y que puede aun ir mucho en aumento; pero la bahía de Valparaiso tiene el grave inconveniente de no ser segura mas que desde setiembre á fines de abril, y expuesta desde mayo hasta fines de agosto á los vientos de N. O., de modo que todos los años es el teatro de un gran número de desgracias. En cuanto á esto son preferibles los puertos de Concepcion y de Valdivia.

Valparaiso, ciudad exclusivamente comercial y sin monumentos notables, no podia darme mas que un interés secundario, á pesar de la gracia y afabilidad de sus habitantes, que no se ocupan menos en sus placeres que en sus negocios. No me paré mucho tiempo en esta ciudad, y despues de haber visitado sus dos fuertes, San Antonio y Baron, que es en donde se ancla, y de haber recorrido y observado las numerosas señales del terrible terremoto de 1822 que la destruyó casi enteramente, tomé mi pasaporte para el N. y me dirigí hácia Bolivia.

Aquí acabé de ver casi todo lo que pudo interesarme en mi paseo á Chile, de modo que voy á exponer rápidamente todo cuanto me falta decir. Las dos provincias de Coquimbo y Copiapo, de que se compone la jurisdiccion del N., aunque mas considerables por el territorio que las demás, estan hermoseadas de montañas y de arboledas, excepto el pequeño número de valles, por los que se pierden una multitud de arroyos, que no merecen el nombre de rios, no hallándose otras corrientes de consideracion, que el Rio Copiapo y el Rio Guasco que la mayor parte del año quedan sin agua. La única riqueza de estas pronvincias consiste en minas de oro, de plata y otros metales preciosos, aunque su explotacion estaba muy á menudo paralizada, por la dificultad de hacer pasar los mulos por los caminos la mayor parte intransitables.

Regularmente se viaja á pie ó á caballo. Partí de Valparaiso á 15 de julio, llegando bien pronto al Rio Quillota, en cuyo pasaje, durante esta estacion, se corre algun riesgo. El camino sigue junto al mar y conduce por el hermoso valle de Ligna hasta el pequeño puerto de Quillamari, de cuyo punto se pasa al valle de Chiupa, en donde ya se conoce la diferencia de fertilidad marcada por la naturaleza entre las provincias del norte y las del mediodia. En este valle se halla la pequeña ciudad de Illapel, en donde hay minas de cobre muy ricas, y en él se crian hermosos caballos que pasan por los mejores del país. Á medida que íbamos avanzando, la vegetacion iba tomando un aspecto mas triste y pobre, y la presencia de los animales hacia parecer menos hermoso el terreno. Muchos algarrobos y hermosos árboles, algunos zabiles y perales espinosos, algunos ganados de guanacos salvajes á lo lejos, y algunas cabras y vacas solitarias. Á veces se encuentra un campo de trigo, plantado en la loma de una montaña, á una altura considerable, esperando que vengan las lluvias del invierno, prueba precaria, hecha por los cultivadores, para ahorrarse los costosos gastos de regarlo. Nada notable hallé hasta Coquimbo, en otro tiempo llamada Cuquimpu, agradablemente situada en una especie de pequeño terraplen, en la embocadura del rio del mismo nombre. Es una ciudad pequeña, pero muy limpia. Los campos cultivados que la rodean forman un contraste sorprendente con las tierras que se ven mas lejos. Su subsistencia depende enteramente de la exportacion del producto de las minas vecinas. Su puerto está situado á tres leguas al sur. Tiene de siete á ocho mil habitantes y es una especie de capital del Chile septentrional. Desde Coquimbo me dirigí á Guasco, que está á unas sesenta y dos leguas y que pertenece á la provincia de Copiapo, que es la mas rica en minas de todas las provincias de Chile, aunque no es la mas opulenta, por el motivo de que muchas de estas minas son cuasi inexplotables, sobre todo las de Chuco-Alto al norte, abundantes en oro y plata y que hasta ahora han sido inaccesibles á la codicia de los europeos. El país es montañoso, árido, sin árboles, y no llueve en él mas que una ó dos veces durante el invierno. La principal ciudad, ó mejor diremos pueblo, Guasco, es el solo que da alguna apariencia de vida, pues á medida que se va avanzando por este camino, se hallan mas esparcidos los habitantes, de modo que no es

punto en donde se pueda estudiar las costumbres y hábitos de los *Guasos*, que son los gauchos ó labradores de Chile, que se parecen mucho de todos modos, á los que se hallan en la República Argentina. Sin embargo hallé algunos por los alrededores menos salvajes que los de Guasco. Su tocado es algo estrambótico, y es muy original verlos andar con las piernas desnudas y cubiertas con unos dobles pedazos de cuero y con espuelas en los talones. Algunos tienen un semblante tan feo, que sin duda causarian miedo á cualquiera que los hallase por algun bosque de nuestra Europa civilizada (PL. XLIII. — 2). Los habitantes de Guasco se dedican al laboreo de las minas. Una tertulia, á la que me convidó uno de ellos, me dió á conocer que me iba separando mas y mas de las capitales. Me sorprendió el ver como fumaban cigarros y tomaban el mate en una sala, á cuyos extremos habia un cuadro con un crucifijo, iluminado por dos cirios y adornado por ambos lados de figuras de santos, prueba de las costumbres bien diferentes ahora de nuestra civilizacion, hasta en la América española. Llegué por fin á Copiapo, destruida dos veces en pocos años por los temblores de tierra y reedificada nuevamente, que es un lugar muy pobre y triste, como que me faltó el ánimo de seguir mas adelante. ¿Qué me quedaba pues para ver en Chile hasta el extremo fronterizo? Volverme al Perú y atravesar el largo y eterno desierto de Atacama no seria lo que mas me gustase. Felizmente supe en Copiapo que entonces estaba anclado un pequeño navío, pronto para hacerse á la vela para Cobija. La ocasion era oportuna y no tenia que andar mas que diez y seis leguas para volverme á aquel punto. La misma tarde quedamos acordes con el capitan.

El dia siguiente el rayar el alba y cuando el barco estaba aparejando, oyóse un grito súbito de nuestra pequeña tribulacion. Todos miraban á una roca de las mas altas que hay en la orilla. Un cuerpo negro se remontaba lentamente sobre la roca, volando por los aires. Era un condor.... ¡un condor! cuyo animal tan dificil de hallar hasta en los mismos lugares que le sirven de morada, habia ya visto dos ó tres veces en mi viaje por los Andes y por las costas de la Patagonia, pues que habita tanto en las mas elevadas cumbres como en los llanos mas hondos de 56° de latitud S. (cabo de Hornos) á 8° de longitud N.; cuyo animal seria regular que volviese á ver en el Perú y en la Bolivia aunque no por la falda occidental de los Andes, á donde jamás sube, á pesar de que habite en las mas elevadas cimas, como que M. d'Orbigny le ha visto posarse sobre el Ilimani á 3,753 toesas sobre el nivel del mar. Bien sabidos son los cuentos absurdos á que ha dado lugar este célebre pájaro, poco ha faltado para tener por fabulosa la existencia de este animal, lo mismo que la del fénix; como si la verdad sola sobre las hermosas obras de la naturaleza, no fuese mas grande que todo cuanto puede inventar la imaginacion exaltada de viajeros ignorantes y preocupados. Se conoce muy bien ahora lo que es el condor (*sarcoramphus gryphus*, Lin.); y nadie cree que él se lleve por los aires á los carneros, vacas, toros, ciervos y niños, aunque perjudica mucho á los rebaños. Se sabe que su volúmen no excede al del *læmmer-geyer* ó *buitre de los corderos* (*vultur barbatus*) de los Alpes, y no parece que por término medio tenga mas de tres metros de punta á punta de ala, lo que me parece mucho. El condor no prefiere, como cuentan, las montañas á los llanos, pues que lo mismo se le halla en una parte que en otra; pero lo que mira para escoger su habitacion, es la naturaleza del lugar, esto es que sea sin árboles y árido, pues de este modo halla alpacas, focas, llamas ú otarias que son su habitual alimento. El condor vive por lo regular aislado, diferente de otras aves de rapiña de la clase de los catartos que siempre andan á bandadas. Toda su fuerza consiste en el pico, con el que rompe, parte y despedaza su presa, y no en las uñas que son largas y sin vigor. No se sabe de fijo cuanto tiempo vive el condor, aunque los indios dicen que han visto de mas de cincuenta años, pero esto queda por averiguar. Es cierto que su hembra no pone mas que dos huevos, lo que junto con la continua persecucion que le hacen los colonos da á conocer la causa de su reducido número, en comparacion con el de los otros *accipitres* (PL. XLIII. — 3). Esta noble ave es notable no tan solo en cuanto á la historia natural, si que tambien bajo el aspecto arqueológico, pues en tiempos á los que no se remonta la historia, parece haber sido el objeto de adoracion de los pueblos del Perú como símbolo de su gloria. Cuando yo lo encontré partió del lugar que yo tambien dejaba, y dirigiendo su magestuoso vuelo hacia los Andes peruvianos, parecia quererme llevar la delantera en el territorio de este antiguo imperio de los Incas que yo iba á visitar, y cuyos monumentos debian aun retratarme su imágen. Era probable que nos volviéramos á ver en este suelo clásico de grandes recuerdos, y mientras que el orgulloso representante de los hijos del sol heria con sus intrépidas alas las olas etéreas, yo, con el mismo objeto, me embarqué por otro camino para Cobija.

CAPÍTULO XXXIX.

CHILE. — GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Chile, considerado geográficamente, situado



2. Costumes des Chiliens.

2. Trajes de Chilenos.



3. Condor, ou Grand Vautour des Andes.

3. Condor, ó Gran Buytre de los Andes

en la costa occidental del continente de la América del Sur, presenta la forma de un inmenso paralelogramo nueve veces mas largo que ancho, que va de N. á S., y comprendido entre los 24 y 44 grados de lat. S. Sus límites están muy bien marcados. Tiene al N. el gran desierto de Atacama, que le separa del Perú; al E. la alta barrera de la Cordillera de los Andes; al S. el golfo de Guayteca y el archipiélago de Chiloe y al O. el Grande Océano.

Hasta ahora se han desconocido los caracteres topográficos de este país, suponiéndolo formado de elevadas mesetas que se dirigen al mar, desde el pie de la inmensa Cordillera; siendo así que se le debe mirar al contrario, como una parte de la misma Cordillera, dividida transversalmente en altas cadenas y en sus correspondientes valles, que descienden hácia el mar en disminucion, no en línea recta, sino por medio de tortuosidades muy variadas, que no tienen comunmente menos de 1,000 pies, ni se elevan por lo regular mas de 2,000 sobre la base de los valles que la cortan. Como estos son muy inclinados, facilitan el regadío por todas direcciones, y los puestos montañosos secos y áridos están la mayor parte del tiempo sin cultivo, lo que puede decirse de cerca una quinta parte de la mitad septentrional de Chile; pero contando desde 35° de latitud al S. del Rio Maule no es aplicable esta observacion.

El clima de Chile es seguramente uno de los mas hermosos y mas sanos del mundo, sobre todo por la parte del mar, que es la que está menos sujeta á las variaciones de calor y frio. Los meses de enero y febrero son los mas calurosos del año, en cuya estacion, en el interior, el termómetro de Farenheit sube muchas veces á 90 y 95 grados en la sombra; pero pasado el calor del dia y luego que está puesto el sol, sopla una brisa que refresca el aire y hace muy agradables las noches, de modo que sus habitantes casi hacen dia de la noche. En la costa, durante los meses del estío, el calor se hace sentir antes de las diez de la mañana, pasada cuya hora sopla un viento del S. que tempera mucho la atmósfera. El termómetro sube muchas veces á 35 grados de dia, y por la noche de 70 á 75. Los meses de junio y julio son los mas frios, y cuasi no llueve sino entre los meses de mayo y agosto, y si la lluvia es fuerte nunca llega á durar mas de tres dias. Se ha observado que despues de los inviernos mas secos, hay ordinariamente cosechas mas abundantes. Los meses de agosto, setiembre, octubre y noviembre son generalmente calurosos y agradables. Nunca se ve nieve por la costa; y si bien es verdad que de junio á noviembre la hay en la Cordillera de los Andes, sin embargo el sol la hace derretir antes del mes de diciembre y no se vuelve á ver hasta despues del mes de marzo. Durante las veladas del estío hay frecuentes tempestades por la Cordillera, y á menudo se ven los relámpagos que iluminan las cimas de toda la línea, aunque por la distancia no llegan á oirse los truenos.

Aunque Chile presenta algunas ventajas por su buen clima y fertilidad del terreno, que por todas partes es susceptible de riego, sin embargo, estas ventajas no compensan las desgracias que causan los temblores de tierra, á que está sujeto todo el país. No se puede explicar el terror que causan estos terribles fenómenos; hasta los animales corren espantados en todas direcciones y parece que conocen el peligro que les amenaza. ¿Qué cosa mas triste y espantosa, en efecto, que ver grandes casas, ¡qué digo! ciudades enteras destruidas en algunos minutos, envolviendo con sus ruinas á sus desgraciados habitantes? Á los primeros síntomas del temblor de tierra, todos los naturales salen de sus casas, poniéndose de rodillas, dándose golpes al pecho con violencia, y gritando *¡misericordia! ¡misericordia!* Distinguen los sacudimientos en dos clases, de los cuales los menos fuertes se llaman *temblores*, y los que lo son mas, de modo que abren la tierra para destruir y tragarse los edificios, se llaman *terremotos*. Los temblores son muy frecuentes y se dejan sentir á intervalos regulares, de dia y de noche, todo el año, cada dos meses, cada algunos dias, con ciertos intervalos, y á veces repitiéndose en un mismo dia; algunas veces con un ruido parecido al de una carreta que corre á lo lejos sobre el pavimento, otras sin ruido y otras sin causar la menor agitacion.

Miers, de quien yo tomo estas observaciones, presenta un cuadro terrible del grande temblor de tierra del martes 19 de noviembre 1822. Entonces se hallaba él en Concon á la embocadura del rio Quillota. Al entrar en Valparaiso algunos dias despues se pasmó de ver tantos estragos. Cuasi todas las casas estaban descubiertas y un gran número de ellas arruinadas, igualmente que la que él habitaba. La grande iglesia del Almendral, la Merced de la que yo mismo ví los escombros, estaban por tierra, así como la casa del gobernador, los dos castillos y los demás edificios de alguna consideracion. El sacudimiento tuvo lugar á las diez y media de la noche; dos horas mas tarde el pueblo entero desapareció; los que quedaron vivos huyeron y se acamparon en las montañas vecinas. El temblor de tierra se habia hecho sentir cuasi en todo el país. Copiapo al norte y Valdivia al mediodia tambien lo percibieron, y la misma suerte siguió Mendoza y hasta Córdoba. Parecia que el centro del movimiento era en el mar un poco hácia el S. de Valparaiso, pues Santiago,

Aconcagua y Rancagua, ciudades del interior, aunque fuertemente sacudidas sufrieron menos daño que las ciudades de las orillas.

Chile por la sequedad del clima, la igualdad de temperatura, situacion y algunas otras causas locales, es un país muy saludable. Hay muy pocas epidemias, pero en cambio hay calenturas y reumatismos. Se ven muy pocos hombres con paperas, las que jamás están acompañadas en la América del sur de erisipelas, como sucede en Europa. Solo en las grandes ciudades y en Santiago se practica la vacunacion y la inoculacion de las viruelas, que los habitantes miran como una especie de peste apartándose con horror de todos los que las tienen.

Hay diferentes pareceres sobre el número de habitantes de Chile, que se calculó en 1818 y 1820, por unos en 1.200,000 almas, y por otros en 250,000 ó 300,000 á lo mas. Miers casi en la misma época calculaba que ascendian á cerca de 550,000.

Miers desmiente todo cuanto ha podido decirse sobre la proteccion dada á la industria por el gobierno chileño, pero puede creerse que esto provendrá de la acogida poco favorable que se le hizo. Si ha de creérsele, la fabricacion de los cueros esta muy poco extendida. No se halla una sola fábrica que sea grande de jabon, pero se ven muchas pequeñas, y regularmente cada familia se fabrica para sí el que necesita. Los guasos son muy aficionados al vino y aguardiente, el cual es un renglon de comercio de mucha consideracion.

El trigo y los ganados son los principales productos del país. Hay dos especies de trigo, *trigo blanco*, que es el que saca mejor harina, otro menos delicado llamado *candeal* y que el pueblo prefiere por ser menos caro. Cada uno hace moler su trigo en los molinos de agua de alguna hacienda, mediante un precio muy módico. Se crian algunas reses vacunas para vender en los mercados ó para hacer el tasajo, que se diferencia del de Buenos Aires en que por razon del clima de Chile no necesita sal. De esta se consume en mucha cantidad ya sea en el país, en el Perú, en Valparaiso y en Concepcion. El sebo se gasta en velas ó se exporta, y las pieles han adquirido doble precio desde 1821. El carnero es flaco, escaso y caro, y los cerdos son muy comunes. Se hallan en abundacia *frijoles* (habichuelas), calabazas y batatas, que es casi el único alimento de los guasos. Se cultiva tambien mucho maíz, y por los alrededores de Quillota una especie de cáñamo que, segun dicen, es muy bueno. En Chile no crece el lino ni da producto tampoco el azúcar, como que es preciso ir á buscarlo al Perú, así como el arroz y el cacao á Guayaquil. Para el hogar gastan carbon de espino y de algarrobo; por la parte del mediodia consumen mucha leña, pero por las provincias del norte, en donde es muy escasa, aunque se necesita mucha para la explotacion de las minas, se suple usando el *quisco (cactus peruvianus)*. La industria está todavía muy atrasada, y el comercio debe resentirse de ello y se resentirá todavía mucho tiempo, aunque desde la revolucion se han experimentado ya mejoras palpables.

Las primeras noticias de la historia de Chile, que son de mediados del siglo XV, se deben á los peruvianos. El Inca Yupangui por el año 1450 vino á Atacama, situada al N. del desierto de este nombre que linda con Chile por el N., con un ejército, que casi sin tener el menor choque, sometió á los habitantes de Copiapo, de Coquimbo, de Quillota y de Mapocho; pero fue detenido en este punto por los promaucenos y sus aliados. Despues de haber penetrado al S. hasta el país situado entre los rios Maule y Rapel, los peruvianos no se atrevieron á penetrar mas adelante. En este rio acaba el límite de los Incas y de las tribus no sometidas. Sus comunicaciones con el Perú se hacian por los Andes, y los peruvianos sacaban considerables tributos de los establecimientos de Aconcagua de Rancagua y otros.

El descubrimiento de Chile por los españoles y la relacion de sus primeros establecimientos en este país, forman uno de los capítulos mas interesantes de la historia de las conquistas de los europeos en la América del sur. Despues de la muerte del Inca Atahualpa en 1535, Pizarro presentó á su compañero Almagro la conquista de Chile como un objeto digno de su talento, y le instó á que la emprendiera, á pesar de que tenia ya entonces mas de setenta años.

Almagro salió de Cuzco el mismo año con quinientos setenta soldados y quince mil peruvianos. Dos caminos diferentes conducen á Chile; el uno á lo largo de la costa por el desierto de Atacama y el otro por los Andes. Siguió el mas corto, esto es., el de las montañas, en donde el frio y el hambre le hicieron sufrir males increibles. Perdió ciento cincuenta de sus compatriotas, diez mil de sus aliados, y llegó por fin á Copiapo con algunos caballeros, bastante á tiempo para procurar eficaces socorros á los demás compañeros que habian quedado en las montañas. Los chileños les trataron y recibieron muy bien con una veneracion que casi rayaba en idolatría, pero los habitantes del país se cansaron de estar sujetos, y á pesar de los refuerzos que recibieron aquellos del Perú, fueron rechazados por los promaucenos en la frontera misma en donde en el siglo precedente lo habian sido los peruvianos. Almagro abandonó á Chile y se volvió en 1538 á Cuzco.

Pedro Valdivia hizo en 1540 una segunda tentativa con doscientos españoles y un cuerpo de peruvianos, pero no tuvo que vencer tantos obs-

táculos, porque habia emprendido el viaje en estío, aunque no fue tan bien recibido como su predecesor. Cada paso que daba en el país era marcado con un combate, y no obstante, despues de haber fundado á Santiago y obtenido socorros del Perú, despues de haber conquistado la alianza de los promaucenos, seguramente envidiosos de la gloria de sus vecinos del mediodia, penetró la formidable frontera. En 1550 habia llegado á Biobio, y fundado á Concepcion; y á pesar de los esfuerzos del bravo Aillavilla, jefe de los araucanos, estableció en el país, en cinco años, muchas ciudades y fuertes. Por último Lautaro, jóven héroe araucano, hizo prisionero á Valdivia, le dió muerte y quemó Concepcion; pero cuando se volvia triunfante á Santiago alcanzóle Villagran, sucesor de Valdivia, vencióle y dióle tambien muerte.

Muerto Lautaro, los españoles reedificaron Concepcion, fundaron Cañete y descubrieron las islas Chiloé. Don Alonso de Ercilla, el Homero de esta Ilíada americana, y muchas veces actor en los mismos encarnizados combates que él ha descrito, grabó en un arbol su nombre y la fecha de este descubrimiento en 31 de enero 1558.

Una desastrosa guerra continuaba siempre entre los españoles y araucanos. Los toquis Caupolican y Caillamachu habian guiado siempre sus conciudadanos á nuevos combates, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Vencidos los araucanos por todas partes, no pudieron impedir que los españoles se enseñoreasen mas y mas en su territorio. Felipe II en 1575 habia establecido en Concepcion una *audiencia*, que fue trasladada á Santiago en 1609, posicion mas ventajosa en cuanto á esto que aquella, pues su administracion estaba menos expuesta á los ataques de los aventureros franceses, ingleses y holandeses, que turbaban entonces la tranquilidad de los gobiernos españoles en las costas del Océano Pacífico.

El prodigioso engrandecimiento de España bajo el reinado de Carlos V, habia agotado sus recursos. Las desgracias que habia sufrido la metrópoli durante sus sucesores, recayeron en gran parte sobre los establecimientos de ultramar y á medida que se les iba pidiendo mas plata, las contribuciones se podian tolerar menos, á causa de su posicion y por motivo de la falsa política que les privaba imperiosamente el ejercicio y desarrollo de su industria. Los primeros vireyes habian sido hombres de talento, pero sus sucesores no fueron tales desde que subió al trono de España la casa de los Borbones, en cuya época, por las necesidades de la corte de Felipe V se hubieron de arrendar los altos cargos administrativos de las Indias occidentales. No pudiendo los vireyes distinguirse mas por sus armas y política, se dedicaron al comercio, apartaron de allí con astucia á los extranjeros, y se reservaron para sí el monopolio. Sus excesos llegaron á ser tales, su avaricia, sus violencias y su tiranía tan extremadas, que la corte de Madrid no pudo tolerar por mas tiempo unos abusos, de los cuales era la primera que se resentia. Los tesoros de la América se le perdian para siempre; y desde 1707 Amelot, ministro de Luis XIV en España, habia previsto ya una revolucion. Se abolieron los vireyes en Chile y se les substituyó con capitanes generales, que dependian del vireinato del Perú; pero los abusos no cambiaron por esto, aunque disminuyeron.

Algunos de estos nuevos oficiales y vireyes merecen sin embargo ser distinguidos por su desprendimiento en favor del pueblo; y Chile en particular debe mucho á Don Ambrosio O'Higgins, militar irlandés, que despues de haber servido al ejército español, mandado tropas en las fronteras de Chile y batido mas de una vez á los indios, puso las ciudades y fortalezas en un estado de defensa respetable, reedificó Osorno destruida y mandó hacer una hermosa carretera de Valdivia á esta última ciudad, para facilitar las relaciones con Chiloé. De vuelta á la capital construyó puentes é hizo la carretera de Santiago á Mendoza por la Cumbre, engrandeció las casitas y facilitó las comunicaciones con Valparaiso. Murió en 1799 ó 1800, dejando una familia pobre y una memoria honrosa.

La fecha de este suceso nos recuerda la época en que las colonias españolas iban á reclamar á su madre patria los privilegios justos y propios, y su independencia, cuando ni las armadas ni los ejércitos de la antigua España estaban en estado de contestar. Las causas de la revolucion fueron unas mismas en Chile que en la Colombia y en la República Argentina.

El primer propagador de las ideas revolucionarias fue un criollo llamado Antonio Alvarez Jonte, encargado de negocios de Buenos Aires y Chile. Desde el 18 setiembre de 1811 los propietarios y las principales autoridades fueron convocadas, y se convino que se formaria en nombre del rey una junta provisional compuesta de cinco miembros.

En el mes de abril del siguiente año estaba ya declarada la revolucion. Se habia depuesto y desterrado al presidente, disuelto la audiencia y puesto en su lugar una sala de apelacion; la junta estaba investida del poder ejecutivo y se habia convocado un congreso. Todo se hacia en nombre del rey. Los primeros movimientos fueron inciertos, como suele suceder cuando, como entonces, hay dos partidos formados en el seno del congreso, que eran el de los Penquistos y el de los Carreras. El triunfo momentáneo de este partido que tenia por jefe al bravo oficial José Miguel Carrera, uno de los miembros de la junta, estuvo á pique de comprometer los intereses de la

causa. Despues de una guerra civil de dos años, la que aprovechó mucho á los realistas para rehacerse de su pérdida, el general Bernardo O'Higgins, digno hijo del último virey, fue aclamado por los votos del pueblo para terminar las disensiones que habia con los españoles. Concilió momentaneamente los partidos, pero las hondas raices de su desunion debian hacerse sentir bien pronto. Osorio, jefe realista, venció á los patriotas en Rancagua el 2 de octubre de 1814, y aprovechando su victoria restableció durante dos años la autoridad española en Santiago, mientras que los restos del ejército republicano se reunian en Mendoza y los jefes vencidos iban á pedir socorro á los Estados Unidos y á Buenos Aires.

El gobierno de Buenos Aires que acababa de asegurar su independencia, no podia permanecer indiferente al de Chile; en efecto, con poca seguridad podia contar mientras los españoles quedasen dueños de Chile y del Perú, de consiguiente, se podia decir que era el aliado natural de los chileños. La guerra volvió á comenzar mas fuertemente que nunca en 1817, pero nuevos actores ocuparon la escena: el general Marcos por los realistas; y por los patriotas junto con O'Higgins el general San Martin, mendozino, obrando en nombre de la República Argentina. Ya he hablado en otra ocasion de la marcha casi milagrosa del general San Martin al través de los Andes, en tres columnas, que se dirigian á un mismo punto, sin haberse podido comunicar nunca; de la batalla de Chacabuco (12 de febrero 1817) que abrió el camino para la capital, cuando sus jefes desconfiaban mas de la victoria y cuyo éxito ignoraban; de la segunda batalla de Rancagua (19 de marzo de 1818), descalabro momentáneo de la república, tan sabiamente recobrada por la presencia de ánimo y la bravura de O'Higgins. La batalla de Maypo (5 abril del mismo año) fue el último golpe dado á la tiranía española é hizo desaparecer para siempre los realistas de Chile.

En el intervalo el general O'Higgins habia sido proclamado supremo director, y el gobierno habia tomado la forma bajo la cual se habia constituido en su primera revolucion, con la diferencia de que no se reconocia ya sujeta al rey de España ni á las cortes, y que declarándose completamente independiente, habia anunciado una constitucion en el mes de abril de 1817.

Aunque la lucha estaba acabada por tierra, sin embargo no lo estaba por mar. Faltaba aun armarse una marina, y en efecto, como los romanos de la antigüedad, los chileños se abrieron esta nueva carrera para una victoria. Entretanto necesitaban apoyo, como que llamaron en 1818 á lord Cochrane que salió de Valparaiso en 19 de enero de 1819 al frente de una escuadra chileña, para ir á combatir á los enemigos de la nueva república hasta el centro de su poder en el Perú. Bien pronto se percibieron los efectos de este suceso por la costa peruviana, y por todo halló amigos la causa de los chileños. Vuelto en 1820 á las costas meridionales de Chile, Cochrane dió cima en la toma de Valdivia, el 2 de febrero del mismo año, á una de las hazañas de marina mas notables por lo sangre fria y heroismo de su ejecucion, así como por los efectos que podia producir.

Despues de su eleccion como director supremo, D. Bernando O'Higgins hacia todos los esfuerzos posibles para introducir todas las mejoras posibles en los diversos ramos de administracion, no pensando mas que en la felicidad de sus pueblos, y resumiendo toda su política en las siguientes dignas palabras de Arístides. «Si no quieren ser felices de buena voluntad, es preciso que lo sean por fuerza.»

Por otra parte los héroes de Maypo y de Valdivia reunian sus talentos para asegurar la revolucion chileña, revolucionando el Perú. Partieron en efecto en 20 de agosto de 1820, con fuerza de tierra y mar de mucha consideracion. Esta expedicion, empezada bajo los mas brillantes auspicios, no tuvo el efecto que se deseaba, por causa, tal vez, del carácter irresoluto de San Martin; y á pesar de ello las tropas patriotas tomaron posesion de Lima en 13 de julio de 1821, entrando su general el dia siguiente en la capital del Perú, despues de haberse retirado los españoles á Cuzco, en donde el virey habia establecido su cuartel general. Luego de su llegada revistióse San Martin del supremo poder bajo el título de protector del Perú; y en vez de dar cuenta de sus operaciones al gobierno de Chile, de quien debia considerarse agente, constituyóse jefe de un nuevo Estado independiente, echándolas de dictador, y tratando con orgulloso desden al hábil cooperador á quien debia gran parte del feliz éxito en sus empresas. Agriado lord Cochrane por tantas injusticias y pesares, partió en 17 de enero de 1823, y se fue á ofrecer sus servicios al emperador del Brasil, despues de haber sido, por parte de San Martin, objeto de acusaciones que no han podido nunca justificarse. Habiendo este último regresado el año anterior á Santiago, en donde por su comportamiento en el Perú habia perdido ya del todo su antigua popularidad, conoció bien presto que corria riesgo de verse envuelto en una nueva borrasca política que lord Cochrane habia ya previsto.

O'Higgins habia propuesto al congreso de julio en 1822 una medida rentística, cuyo objeto laudable, aunque tal vez impolítico, era el de impedir el contrabando; esperando favorecer con ella á la industria nacional: mas como comprometia muchos intereses privados, sirvió solamente para indisponer con él á gran parte de

la nacion. Desde este momento el general Freire, hechura y protegido del director supremo resolvió tomar las armas contra él, si menester fuese, para perderlo y ponerse en su lugar, aunque O'Higgins que no ignoraba sus proyectos é intrigas, se lisonjeaba en vano de poder apaciguar la revuelta sin recurrir á la fuerza. Desde el mes de diciembre de 1822 se habian ya insurreccionado completamente el norte y el mediodia, en términos que los coquimbanos estaban ya en marcha contra la capital. Alzóse Santiago el 18 de enero de 1823; y habiendo los rebeldes intimado á O'Higgins que hiciese su dimision, deseoso este de evitar trastornos, renunció su autoridad en manos de una junta provisional, so condicion de que se convocase desde luego un congreso general. Previendo San Martin la borrasca que le amagaba se habia vuelto á Mendoza; y el general O'Higgins se habia retirado á Valparaiso con la mira de embarcarse para el Perú. Así que acababa de llegar, presentóse su vencedor que venia de la Concepcion con mil quinientos hombres. El ex-director fue arrestado, pero la parte ilustrada de la poblacion intercedió por él y Freyre se vió obligado á ponerlo en libertad, contentándose con disponer que fuese vigilado. Este pasó en seguida á Santiago con sus tropas; pero sin entrar en la ciudad: prometió todo lo que suele prometerse en tales casos. Nombrado director por el congreso en el cual tenian mayoría sus partidarios, retiróse en direccion al rio Maule, aparentando que queria sustraerse á los honores y que solo cedia á la fuerza; pero no bien se vió en posesion de su dignidad, que se dió á conocer desde luego como instrumento de un partido.

Despues de mas de un año de sesiones, á fines de 1823, promulgóse por fin la nueva constitucion tanto tiempo habia prometida. En una palabra, los habitantes del norte (Coquimbo) y los del sur (Concepcion) que se habian armado contra O'Higgins para librarse de su tiranía, conocieron, segun dice Miers testigo de esta última revolucion, que los males contra los cuales habian clamado se habian aun aumentado desde la publicacion de la nueva acta constitucional, con la cual se veían privados de todo voto y de toda influencia en el gobierno, quedando toda la autoridad en manos de una junta poco numerosa, que se habia elegido por sí misma, y que por sí y ante sí se habia revestido de la autoridad soberana.

CAPÍTULO XL.

REPÚBLICA DE BOLIVIA.

Despues de una navegacion que nada ofreció de particular desembarqué en fin en esta tierra, tan célebre por los antiguos recuerdos de su historia, por sus artes y ciencias, por su gobierno, culto y monumentos, y sobre todo por los infortunios de sus habitantes, á quienes su misma derrota aseguró la simpatía de todos los pueblos, al paso que sus vencedores recibieron no mas que vergüenza y execracion por su fácil triunfo, del que tantas veces ha tenido que gemir la humanidad. Hallábame en el *país del oro*, en el Perú.

El Perú era en otro tiempo toda aquella comarca comprendida entre el 3° 30' y el 21° de lat. S. Confinaba al norte con los territorios que forman hoy dia la república de la Colombia; al E. con el Brasil; al S. con el Chile y las provincias de la Plata, y al O. con el Grande Océano.

El Perú en su totalidad se divide naturalmente en tres partes formadas por las dos cordilleras ó cadenas de montañas casi paralelas que lo atraviesan del sur al norte. Entre el mar y la cadena occidental de la cordillera de la costa se halla el Perú, que consiste en un plano inclinado de diez á veinte leguas de latitud, al que los españoles han dado el nombre de *Valles*. Compónese principalmente de desiertos arenosos, faltos á la vez de vegetacion y de habitantes: circunstancia de la mayor parte de la costa occidental, en que no se ve, tanto en el Perú como en Cile, nada mas que salvajes rocas, arenas y salitre rojo. La lluvia jamás llega á estas regiones, cuyo fenómeno procede de que los vientos del este, que se suponen continuacion de los vientos alisios del sudeste, soplando al través del continente, rechazan las nubes hasta las mas altas cimas de los Andes, en las cuales se deshacen, de suerte que cae la lluvia antes de haber llegado aquellas á la costa. Amenizan tan solo aquella esterilidad un pequeño número de valles, debidos á los riachuelos que van á desaguar al Grande Océano despues de haber proporcionado medios de riego al país, ó que brotan de manantiales subterráneos. El clima del Bajo Perú es precioso por su temperatura siempre igual. La comarca situada entre ambas cadenas de los Andes, denominada *la Sierra*, consiste en montañas y rocas desnudas, entrecortadas por algunos valles fértiles y bien cultivados en llanuras inmensas. Esta region contiene las minas de plata mas ricas del mundo, hallándose las mas abundantes en medio de las rocas mas estériles. Aunque hoy dia comparativamente hablando es poco cultivado y menos poblado, este valle elevado parece haber nutrido en otro tiempo una poblacion considerable, y prueba la salubridad particular del clima lo que se cuenta de la larga duracion de la vida de sus habitantes. Sobre la pendiente oriental de la cadena central empieza la region de los bosques,

llamada impropiamente *la Montaña*, frontera occidental de una inmensa llanura que se extiende por la parte del E. hasta los bordes del Paraguay y del Marañon. Este plano está sin embargo entrecortado en varios puntos por muchas cadenas que dividen las aguas, y habitado por diversas naciones ó tribus poco conocidas. El clima de esta comarca, que se llama el Perú interior, es muy húmedo, y el país está cubierto de lagos y pantanos, donde abundan peligrosos reptiles y numerosos insectos.

Mirado el Perú bajo el punto de vista de la geografía política, ha sido una de las regiones que mas revoluciones han sufrido. Llamábase antiguamente *Levantin-Suyu*, y dividíase en cuatro partes ó provincias, distinguidas respectivamente por su posicion geográfica, á saber: *Colla-Suyu*, la provincia del E., cuya capital era la ciudad de Cuzco; *Anti-Suyu* la provincia del N.; *Chinchay-Suyu* la provincia del O., y finalmente *Conti-Suyu* la provincia meridional.

El antiguo imperio de los Incas, en la época de su caida, comprendia Quito, añadido por conquista á los dominios originarios de sus príncipes. Bajo los españoles, el vireinato del Perú establecido en Lima, se extendia á la totalidad de sus posesiones hácia el sur del istmo de Panamá. Cuando la Nueva Granada constituyó en 1718 un vireinato distinto, se le agregó Quito, y actualmente esta provincia está incorporada á la Colombia. En 1778 tuvo lugar una nueva desmembracion del Perú, por la separacion de los ricos distritos de la Paz, del Potosí, de Charcas y de Santa Cruz, distinguida ordinariamente con la denominacion del Alto Perú, que comprendia una superficie de 37,020 leguas marinas cuadradas, y fue puesto bajo la jurisdiccion del virey de Buenos Aires. Lo restante del vireinato, que puede llamarse propio Perú, abrazaba una superficie territorial de 30,000 á 41,400 leguas marinas cuadradas, y se dividia en siete intendencias: Lima, Trujillo, Tarma, Huancavelica, Guamanga, Arequipa y Cuzco.

Despues de la última revolucion, este inmenso territorio se ha constituido en dos repúblicas distintas y separadas; la república del Perú (antiguo Bajo Perú), dividida en siete distritos: Trujillo, Lima, Arequipa, Junin, Ayacucho, Cuzco y Puno; y la república de Bolivia, (antiguo Alto Perú), que comprende seis distritos; la Paz, Cochabamba, Oruro, Chuquisaca ó Charcas, Potosí y Santa Cruz de la Sierra. Comencé por la Bolivia mis correrías peruvianas, reservándome visitar ulteriormente el Bajo Perú, cuyos distritos septentrionales me conducian directamente á la América del Norte.

Desembarqué en Cobija, satisfecho de hallarme de nuevo sin accidente en tierra firme, pero poco enamorado del espectáculo que ofrecia entonces á nuestra vista. Difícil seria en efecto imaginar un aspecto tan árido y triste como el que presenta esta bahía, abierta á los vientos del sur y guarecida por el N., en que está situado el *Puerto la Mar* ó Cobija (Pl. XLIV. — 1), único puerto que posee todavía la república de Bolivia. Fundado por órden del gobierno, en 1825, á 22° 16' de lat. S. y 72° 32' de long. occidental, es tan poca su ostentacion, que cuando se desciende á él no se le reconoce sino por una bandera blanca que los habitantes enarbolan como señal en la punta de una roca, que le defiende de los vientos del sur. Este puerto, ó mas bien esta rada, ofrece sin ningun temor un buen ancladero para los navíos, y un clima bueno, porque el calor bajo el trópico no dura mas que dos ó tres horas al dia, pues que se levanta regularmente de diez á once de la mañana un airecillo del sur, y las tardes y noches suelen ser frescas por los vientos que por lo comun soplan de tierra. El agua es bastante saludable, aunque salobre.

Disfrútase verdaderamente en este puerto de la mas grande libertad comercial posible; el gobierno á fin de atraer á las embarcaciones no ha establecido ninguna especie de aduanas ni de derecho de entrada, y se contenta con la módica contribucion del dos por ciento de las mercancías. Pero ¡qué lugar por otra parte! dos ó tres árboles á lo mas sobre la costa, restos de establecimientos que probaron de edificar hace largo tiempo algunos europeos, pero que se vieron obligados á abandonarlos por falta de recursos; treinta ó cuarenta casas de mal aspecto; arenas por todas partes que no han sido jamás humedecidas por las lluvias ni por el rocío; hácia el horizonte, si le hay, montañas azuladas ó rojizas, y en medio de todo esto, unas cincuenta ó cien personas que parecen llevar una vida desgraciada. Tal era el *Puerto de mar* de la república de Bolivia en 1828, y en la época en que yo le ví, en 1829; pero sábese que despues ha experimentado enormes cambios, convirtiéndose en una de las plazas de comercio mas activas del grande Océano, que rivaliza en importancia con Valparaiso, muchas de cuyas casas mas notables tienen allí sus agentes. Decidíme pues en no detenerme largo tiempo en un país tan estéril para un viajero; sin embargo esperando allí á uno de los convoyes de mulas, establecidos para los transportes al interior por Mr. Cotera, rico comerciante boliviano y bienhechor del país, tuve ocasion de hacer por primera vez algunas observaciones interesantes sobre los indígenas. Junto á Cobija vivian algunos indios que tenian por toda morada pieles de perros de mar extendidas sobre cuatro estacas; por todo alimento un poco de maíz, pescado seco, coca, especie de

hoja seca; por toda ocupacion ó mejor por todo medio de existencia, la pesca, que van á hacer treinta ó cuarenta leguas á lo largo de la costa con una especie de almadías semejantes á las que habia visto en Chile sobre el Biobio. ¡ Y estos son, decia admirado para mí, los primeros amos del país, los descendientes de los hijos del Sol ! Sus costumbres son constantemente las mismas, salvo una religion postiza; y sus virtudes las de los antiguos tiempos, si exceptuamos nuestros vicios, pues es muy rara entre ellos la embriaguez; su carácter es grave, y viven aislados de todo extranjero. ¡ Cantan sin embargo, los desgraciados ! pero sus cantos son verdaderas elegías salvajes, clamores, pesares, sentimientos de amor ó de gloria, inspirados en aquellos corazones siempre afligidos, que invocan la muerte ó protestan contra la tiranía. ¿ Conservarán aun quizá la memoria de su pasada grandeza? ¿ Estarian acaso penetrados del envilecimiento en que han caido? Habia oido ya muchas veces aquellos tristes cantos peruvianos, tan comunes en toda la América; pero es difícil pintar la impresion que hacen en aquellos mismos lugares que los han inspirado, y en boca de aquellos hombres que parecen expresar con ellos los mas íntimos sentimientos.

Tenía que atravesar en toda su extension el inmenso desierto de Atamaca para penetrar al interior y llegar hasta el Potosí, capital del distrito de este nombre, uno de los mas poblados de la república, y cuyos indígenas constituyen los dos tercios de su poblacion, distribuidos en las cinco provincias que son con el desierto mismo, Porco, Chayanta, Lipes y Chichas. Caminé mas de cuarenta leguas por una comarca de las mas áridas antes de llegar á Calama, donde encontré la primera poblacion indígena, pobre y mísera como las de la costa, y alimentándose igualmente de maíz tostado y de coca, y supliendo el pescado por la leche, de la que no saben vender la superflua á los mercaderes que se ven obligados á visitarla. Nada hay comparable al tedio y monotonía de semejante viaje, entre senderos pedregosos continuamente, y sin hallar siquiera un árbol frutal, subiendo y bajando montañas peladas mas ó menos elevadas y entrecortadas de tristes *pampas*, y salvando varios rios entre los cuales atravesé uno de los afluentes del Pilcomayo, el mismo que habia visto desaguar en el Paraguay junto á la Asuncion. En fin, sin que el camino se hiciese mas cómodo ni el país mas hermoso, todo me pareció anunciar la aproximacion de una gran ciudad: el país no era tan desierto, veía pasar y traspasar paisanos, con jumentos y hermosos llamas, trotando lijeramente algunos, cargados de frutos, de legumbres, maíz, harina, carbon, leña, etc., y otros volviendo del mercado, libres de su carga, y saltando lijeros para llegar á los fértiles valles. Indios de ambos sexos cargados de aves, leche, huevos, etc., anunciaban al viajero que aunque cercado de montañas incultas y estériles, se hallaba todavía en tierra de vivos.

De repente apareció delante de mi, á lo lejos, una alta montaña colorada de diversos matices, verde, negro, naranjo, gris y rojo, de la forma de un cuerno perfecto. Esta montaña célebre, cuyos ocultos tesoros han sido por espacio de muchos siglos el objeto de laboriosos esfuerzos y de una codicia siempre excitada y nunca satisfecha, era el Potosí.

De lo alto de todas las eminencias que subí en las dos últimas horas de mi viaje, hacia cuanto dependia de mi para ver la villa; pero este placer le está vedado absolutamente al viajero que llega al Potosí. De lejos no pueden verse ni casas, ni cúpulas, ni campanarios, y al penetrar en aquel monton de ruinas, poco creyera entrar en una ciudad, condecorada con el pomposo nombre de *villa imperial*.

La villa del Potosí está situada en la provincia de este nombre, á 13,265 ó 15,000 pies ingleses, encima del nivel del mar, y á los 19° 50' de lat. El descubrimiento accidental de sus riquezas minerales, en 1545, le hizo dar el nombre de Asiento ó estacion de mina, pero consecutivamente fue elevada al título de ciudad y capital de una intendencia. Segun un empadronamiento hecho en 1611, contaba entonces 150,000 habitantes, consistentes sobre todo en *mitayos* de todas las tribus que habia entre el Potosí y Cuzco, en un espacio de mas de trescientas leguas. Estos desgraciados iban en general acompañados de sus mujeres y de sus hijos, los cuales les acompañaban mas bien para ayudarles en sus penosos trabajos de la explotacion de las minas que para establecerse en aquellas áridas montañas. La abolicion de la *mita* y las pérdidas que la revolucion ha causado á los mas ricos establecimientos han disminuido considerablemente esta poblacion, que en 1825 no constaba ya mas que de 8 á 12,000 almas. Los extensos arrabales, que eran habitados en otro tiempo por los indios y mineros, se hallan hoy dia del todo desiertos, y lo único que queda son los vestigios de las calles. Muchas familias indias habitaban en las chozas y cuevas junto á las minas del Cerro, y no bajaban á la ciudad sino el sábado por la tarde para cobrar sus jornales y comprar provisiones para toda la semana, quedándose algunos de ellos una gran parte de la noche, que la pasaban bebiendo, jugando, cantando y tocando la guitarra en la puerta de las tabernas.

Al acercarse al Potosí por cualquier parte que sea, debe pasar el viajero profundos barrancos, y descubre la ciudad, cuando está muy cerca de ella, al pie del famoso cerro argentífero que ten-

drá unas trescientas leguas de circumferencia en su base (Pl. XLIV. — 3). La cima del monte se eleva á mas de 2,000 pies encima de la ciudad, y á 17,000 encima del mar ó á 15,981, segun el doctor Redhead, cálculo que solo difiere de once pies del de Pentland, observador mas moderno. Este cerro es mirado por algunos como de origen volcánico. Se han abierto en él mas de cinco mil *boca-minas* muchas de las cuales pertenecen á veces á una sola mina, pues las hay que tienen tres ó cuatro entradas. Hoy dia solo se explotan cincuenta ó sesenta, habiendo sido las demás abandonadas, inundadas ó destruidas por hundimientos. La cima de la montaña ha sido tan excavada que difícilmente se puede ya trabajar en ella; al paso que interiormente en el tercio del cono apenas se ha tocado nada, á causa de los numerosas manantiales que impiden los trabajos. Si hemos de creer una anécdota muy divulgada en el país, el descubrimiento de aquellos tesoros es debido á la casualidad. Un indio llamado Diego Gualca persiguiendo á un llama por un sendero escarpado se agarró á un pequeño arbusto para subir mas pronto, arrancósele este y puso á descubierto una masa de plata de la mayor riqueza, cuyo acontecimiento tuvo lugar, segun dicen, el año 1545.

Existe todavía en el Potosí una singular costumbre, debida probablemente á la indulgencia de los primeros mineros. Desde el sábado por la tarde hasta el lunes por la mañana, el cerro se hace la propiedad de quien quiera trabajar en él por su misma cuenta, sin que se atreva ningun minero á visitar sus propias minas durante aquel período. Los que de tal modo toman posesion de ellas se llaman *caxchas*, y venden ordinariamente á sus amos el producto de su trabajo del domingo. Además de esta pérdida para sus dueños los caxchas ocasionan muchos daños, ya porque desprecian las precauciones convenientes para la seguridad de las excavaciones, ya porque cuando encuentran durante la semana alguna veta mas rica que de ordinario, la pasan por alto y se la reservan cuidadosamente para el domingo siguiente. Se han tomado las medidas mas severas para abolir esta costumbre, pero sin ningun resultado; pues los caxchas defienden su privilegio con las armas y con enormes piedras que arrojan á sus contrarios. Una vez cogieron á quince ó veinte llamas ricamente cargadas de plata, que habian salido de las minas una hora despues de empezado el privilegio, sin que se volviese á hablar ya ni de los llamas ni de los conductores.

Junto á la misma villa y al pie de la gran montaña hay otra mas pequeña, que los indios llaman *Huayna Potosí* (el hijo del Potosí ó Potosí el jóven) y que abunda en hermosa plata, pero que no puede ser explotada á causa de los manantiales de agua que inundan toda la superficie. El mineral se pulveriza en los molinos por medio de ruedas puestas en movimiento á beneficio de los arroyos ó conductos de agua que vienen de los lagos ó balsas de las montañas, de un tercio de legua á tres leguas de la misma ciudad. Los mas considerables de estos lagos se forman por medio de presas construidas al través de las quebradas ó barrancos. Durante el dia se da curso al agua con mucha parcimonia por una esclusa, que se cierra de noche, y solo se abre dos dias la semana segun la necesidad. Algunos de esos grandes reservatorios están alimentados por otros situados en partes mas elevadas de las mismas montañas, y constantemente hay hombres empleados para su custodia, y para el servicio de las esclusas y su reparacion. En años muy secos ha sucedido que la escasez del agua ha hecho cesar el trabajo de los molinos, inconveniente que podria obviarse enlosando el pavimento de las acequias ó canales, y limpiando cuidadosamente los reservatorios.

Sin entrar en ningun detalle de la metalurgia pura, creo deber resumir aquí en pocas palabras los procedimientos generales puestos en uso en el Perú para la explotacion de las minas. Para extraer el mineral de las vetas empléanse tantos indios como la mina puede contener; los mineros añaden á la fuerza de sus brazos la de las máquinas y de la pólvora. Separados de este modo los fragmentos, se trasladan á la entrada de la mina donde se les quiebra en pedazos mas pequeños, y luego se trasportan al ingenio (laboratorio para la amalgama) por medio de asnos ó llamas. Cuarenta cargas de asno hacen un cajon, que es de cinco mil libras; el mineral pasa luego á la muela que lo reduce á polvo, y en seguida por las cribas de hilos de alambre, operacion muy peligrosa que los trabajadores efectuan cubiertos con una especie de carantoña y tapados los oidos y narices con algodon. Viene en seguida la amalgama del mineral pulverizado con cierta cantidad de agua y de sal. Los peones lo reducen pisándolo con los pies, á la consistencia de una pasta espesa, á la cual se añade, segun las circunstancias, vitriolo, plomo, estaño y mercurio. La amalgama dura quince dias poco mas ó menos, despues de los cuales se procede á la locion que se efectua en una especie de pozos. Ácabada la locion resultan masas, que despues de haber pasado por el horno, se llaman *piñas* y son conducidas al banco nacional, donde son compradas á cuenta del gobierno. Algunos años antes de la revolucion habia en juego en el Potosí cuarenta ingenios, los cuales daban de producto cada semana 8,000 marcos (4,000 libras) de plata pura, lo que ha dado motivo á Humboldt para decir que las minas del Potosí eran las primeras despues de las de Guanaxuato en Méjico. Quince años de guerra civil han devastado tan

cruelmente el país y reducido de tal suerte la fortuna de los mas opulentos mineros, que hoy dia no se encuentran mas que quince ingenios, que aunque trabajando comparativamente muy poco, producen todavía 1,500 marcos de plata cada semana.

La ciudad del Potosí está construida sobre un terreno desigual. Las calles son mas limpias que en ninguna de las ciudades que hasta entonces habia visto en América, exceptuando quizá la de Mendoza. La costumbre de blanquear el exterior de las casas contribuye mucho sin duda al aspecto que tienen de limpieza; pero esta observacion no es aplicable á su interior, donde está todo horriblemente sucio, sin excepcion de las primeras casas, comparables algunas á los establos de Augías. Añádase á esto que los indios que constituyen la mitad de los habitantes forman una poblacion de las mas asquerosas, iguales en esto á los que se consideran como muy superiores á ellos. En el centro de la ciudad se encuentra una plaza espaciosa, una de cuyas caras forma el palacio del gobernador, larga hilera de edificios muy bajos, que comprende las salas de justicia, la cárcel y un cuerpo de guardia; el tesoro y las oficinas de la administracion ocupan la otra cara; la tercera está cortada por una iglesia á medio construir, la que no es mas que una enorme masa de granito gris, y que cuando concluida se llamará catedral; y finalmente, encuéntranse en la cuarta varias casas particulares. Del centro de la misma plaza se eleva un obelisco de sesenta pies de elevacion, cuyo monumento atestigua que si Potosí ha sido la última ciudad del Perú libertada, ha sido tambien la primera en elevar un monumento de gloria á sus libertadores; pues dicho obelisco fue construido en 1825, antes de la llegada de Bolívar.

En uno de mis paseos tuve ocasion de distinguir y reconocer las diversas clases de habitantes del Potosí. Frente de la futura catedral se hallaban reunidos una criolla de la primera clase de la sociedad, con su chal atado á la punta de la cabeza, realzando la cara mas graciosa, el coronel de un regimiento colombiano al servicio de la república, uno de los diputados del congreso, envuelto con su larga capa, y una *chola* (labriega india), que se distinguia por su chal y por su banda hechas en el país, por sus largas *topas* de plata en el pecho, y por sus sencillas sandalias de cuero. Mas lejos reconocí á una india de la ciudad, con su *guagua* (niño) cuyo traje no difiere del de la chola sino por la riqueza de su calzado que cuesta frecuentemente hasta diez pesos; y un paisano peruviano, llevando colgada al costado la alforja en que lleva su provision de coca. La coca es una especie de hoja aromática análoga al mate del Paraguay, y que todos los peruanos mascan con delicia (Pl. XLIV. — 2).

El mercado del Potosí es uno de los mas provistos de la América del sur, aunque ciertos artículos de necesidad vienen de otras provincias muy lejanas. El vino, el aguardiente y el aceite se sacan de los puertos intermedios, palabra consagrada en el país para designar todos los puertos situados entre el Chile y Lima. Cochabamba abastece de harina, y los únicos medios de trasporte son las mulas, los asnos y los llamas. Continuando mi paseo por la ciudad, quedé sorprendido al examinar las tiendas, en aquel desierto montañoso y árido, tan provistas de géneros, y con tal abundancia de buey, carnero tocino, llama, cuyo sabor es como el del carnero, frutas, legumbres, y varias especies de patatas.

Entre los edificios públicos, llamóme la atencion la Casa de la Moneda, construccion inmensa y maciza, pero perfectamente apropiada á su uso, y que sea cual fuere su mérito con respecto á la arquitectura, no deja de ser un establecimiento que ha costado diez millones de pesos, comprendidas las máquinas; y de alta importancia en un país cuyo principal, por no decir único recurso, es la explotacion de las minas. En los años mas productivos se han acuñado en ella hasta cinco millones de pesos de plata y treinta y seis mil doblones en oro.

Caminando por las calles se experimenta aquella dificultad de respirar que causa la rarefaccion del aire, efecto que sienten los mismos hijos del país y los animales, y que no es otra cosa que cierta indisposicion, llamada *puna* ó *zorochi*, que pretenden curar á favor de una planta denominada *quinuali*.

El clima del Potosí es desagradable, observándose en él en un solo dia la temperatura de las cuatro estaciones: por la mañana muy temprano se experimenta un frio penetrante, al mediodia se disfruta la temperatura de nuestros hermosos dias del mes de marzo; desde el mediodia hasta las dos ó las tres de la tarde el sol da un calor sofocante, al paso que á la sombra y por la tarde no solo se siente el fresco sino un frio muy intenso. Los criollos parecen ser muy sensibles al frio, y miran aquel clima como un continuado invierno que dividen en seco y húmedo; pero los indios, aunque medio desnudos no son tan delicados.

La posicion geográfica del Potosí, en el plan que yo me habia trazado, era para mi una especie de centro de operaciones del cual no debia partir para el Perú antes de haber hecho varias excursiones hácia los puntos mas notables de la república boliviana.

La primera excursion tuvo por objeto la provincia de Tarija, que pertenecia todavía á la República Argentina; pero los políticos del Potosí proveían ya su cercana accesion al territorio del distrito de Chuquisaca: acontecimiento que

en efecto tuvo lugar uno ó dos años despues. En este viaje, á la pequeña distancia de treinta millas del Potosí, observé ya una diferencia sensible en la temperatura, que iba haciéndose mas suave, pero poco ofrecian por otra parte de divertido aquellas peladas montañas, á no ser el carácter festivo de algunos indios que encontramos y que amenizaron algun tanto la monotonía del camino. Iban aquellos con las piernas desnudas, cubiertos con una especie de casco en forma de bacía, y llevaban calzones cortos hasta las rodillas, cuyos botones no servian mas que de adorno. Estos indios son casi todos de mediana talla pero robustos y bien musculados (Pl. XLIV. — 4). Las mujeres son muy amantes al parecer del lujo, y aunque van con las piernas desnudas como los hombres, y calzadas como ellos con sandalias; sus vestidos superiores, el chal, el manto de varios colores, y aquella especie de enaguas que llevan encima son en general muy cargados de adornos. Son todas muy precoces, y es raro encontrar una india de diez y ocho años sin un guagua sobre la espalda: á la edad de veinte años son ya ancianas, lo que debe atribuirse sin duda al extremado calor del clima.

¿Hablaré de mi tránsito por los lugares de Otavi, de San Lucas, de Muyoquiri, país de aspecto volcánico, casi sin habitantes, y donde se ven mujeres cubiertas de perlas y diamantes, y donde se encuentra vino, aguardiente y escasamente pan?

Despues de haber atravesado altas montañas, entré en el valle de Cinti, viñedo de casi treinta leguas de largo, regado por un rio cuyas márgenes estan plantadas de albérchigos, higueras y otros árboles frutales. En cuanto á la ciudad de este nombre, es al parecer muy pobre y de miserable aspecto, á pesar de su romántica situacion. Hallábame todavía á cuarenta leguas de Tarija, en cuya provincia se encuentra el *Cerro del Palmar*, del cual sacan los indios de cuando en cuando gruesos pedazos de oro nativo, pero que los europeos no han podido explotar hasta ahora, á causa del secreto guardado sobre sus tesoros por los propietarios naturales. Tuve bien pronto que atravesar el rio de San Juan, corriente difícil de pasar durante la estacion de las lluvias, y que forma por este lado la frontera de la provincia de Tarija. Al penetrar en ella al través del espantoso desierto y de la Cordillera, que es preciso subir y bajar para llegar al plano, con dificultad se puede creer que sea una de las comarcas mas fértiles de la tierra. Hallábame ya fatigado, cuando á los doce dias de mi partida del Potosí llegué á mi destino.

La ciudad de Tarija consta de unos 2,000 habitantes. Estas buenas gentes, muy indolentes por carácter, son mucho mas amantes de la siesta que de las artes y de la industria, aun desconocidas casi entre ellos. Algunas recomendaciones de sus amigos del Potosí hicieron que me recibiesen algunos de ellos con la mas obsequiosa hospitalidad. El dia siguiente de mi llegada, tratóse de una excursion á la antigua mision jesuita de Salinas, á distancia de cerca 45 leguas: excelente ocasion de ver el país, y tanto mas grata cuanto que debian ser de la partida algunas señoras de la ciudad. Las mujeres de Tarija son célebres por su agilidad en montar, distinguiéndose frecuentemente en las corridas de caballos que se dan como diversion favorita de todas las clases. Mas de una vez observé en mis hermosas compañeras de viaje que jamás tenian necesidad de sus escuderos para montar ó bajar de caballo. Su manera de montar es á la inglesa; pero la silla es mas pequeña y está cubierta con un *pellon* ó manta de varios colores, sobre la que van sentadas con mucha gracia. Muchas veces montan en grupa detrás del caballero que les da la mano para sostenerlas (Pl. XLVII.— 4). Nuestra excursion duró unos quince dias, y fue una verdadera partida de placer, en la que, como en la mejor reunion de Europa, vi constantemente unida la mas austera decencia con la mas amplia libertad.

Atravesamos desde luego cuatro leguas de una comarca montañosa y fértil, aunque inhabitada, regada por un rio, cuyas márgenes estaban cubiertas de buenos pastos; y el dia siguiente los hermosos rebaños que apacentaban en medio de un risueño paisaje, entrecortado de bosques, valles, rios, rocas y montañas, nos presentaban en una extension de ocho leguas el aspecto de un parque magnífico, en el que no faltaba mas que un castillo. El tercer dia nos ofreció otra escena en un contorno lleno de montañas ásperas y escabrosas que me recordaban la Cumbre de los Andes de Chile. Por la noche llegamos al fuerte de San Diego, construido aislado sobre una eminencia rodeada de montes enormes, incultos unos, fértiles otros, y poblados algunos de bosques magníficos. El fuerte fue construido hace algunos años para prevenir las incursiones de las tribus vecinas de los indios chiriguanos que invadian el país á manadas, armados con arcos y flechas, de las cuales se sirven todavía con mucha destreza. Se arrojan sobre los pueblos indefensos y roban las mujeres, los niños y los ganados. En el fuerte encontramos á una mujer que habia sido prisionera siete años seguidos de aquellos salvajes, que los españoles jamás han podido dominar enteramente ni convertir al cristianismo. Esta mujer decia que jamás habia sido maltratada por sus raptores, quienes socorrian todas sus necesidades.

Nuestra ruta practicada en medio de ricas praderas de árboles enormes nos condujo á un verde valle donde encontramos la mas amable hospitalidad, tal era el lugar de San Luis, expues-

to algunas veces á la devastadora plaga de las langostas; pero la fertilidad del terreno repara bien pronto sus estragos. Á medida que adelantábamos el país parecia enriquecerse. En menos de cuatro leguas atravesamos once veces el Rio de Salinas que riega el delicioso valle, donde despues de seis dias de marcha hallamos la antigua mision de este nombre. Despues de la expulsion de la sociedad, cuyos trabajos, prósperos en todas partes, habian sido muy ventajosos al país, esta mision pasó á manos de los franciscanos. Un monje anciano nos recibió en la puerta del convento, edificio irregular al que está contigua una iglesia, y que está circuido de veinte ó treinta chozas habitadas por algunos indios chiriguanos convertidos al cristianismo. Estos nuevos cristianos, á quienes cuesta mucho trabajo el someterse á una ley que les prohibe la pluralidad de mujeres, no son por esto menos ignorantes que sus compatriotas que han abandonado. La única ventaja real que se reporta de la mision es el sosten de la paz entre los indios y los criollos de la provincia: los indios visitan con frecuencia en numerosas bandadas á sus amigos de la mision; y estas frecuentes relaciones les han habituado á no mirar á los blancos como sus enemigos naturales.

Los chiriguanos tienen el color cobreoso; sus cabellos son de un negro reluciente, y carecen de barba como los demás indios de la América del sur; son como estos amantes del lujo y llevan el barbote. Quedéme admirado de su fuerza, de su talla bien proporcionada y del desarrollo de su sistema muscular, lo que nos explica como en diez y seis ó diez y siete horas pueden ir hasta Tarija á distancia de treinta leguas. Siempre que el convento tiene necesidad de alguna cosa se envian dos ó tres indios de la mision, quienes en un dia se trasladan allá, y vuelven á estar á puesto el dia siguiente.

El convento de Salinas está situado en un valle fértil circuido de elevadas montañas cubiertas de bravos bosques; pero las lluvias y la niebla que dominan en ciertas estaciones, hacen aquel clima desagradable para el europeo; sin embargo de que no he oido hablar mas que de una calentura intermitente ó terciana (*chucho ó terciana*), que se extiende como una peste por toda la provincia.

Una excursion de mas de ocho dias hecha con dos ó tres de mis compañeros de viaje, mientras que los otros con las señoras nos aguardaban en la mision bajo la custodia del viejo monje franciscano, me convenció de que tal vez no hay en el mundo otra comarca mas fértil y risueña. La caña de azúcar, el tabaco, el arroz, el maíz y el algodon se cultivan perfectamente en ciertos distritos. El ganado mayor se multiplica allí y engorda en todas partes con satisfaccion del arrendatario, quien poco tiene que temer por su rebaño, exceptuada la visita de los jaguares; pero la humedad del clima no es muy favorable á los carneros ni al cultivo del trigo, que en algunos puntos de la provincia es abundante y bueno. La temperatura es tan variada, que no sin razon se ha dicho que un noruego y un italiano podrian encontrar allí un clima favorable á su constitucion y á sus costumbres.

Cuando estuve de vuelta en Tarija, fue menester ya pensar en volver al Potosí; partí pues para esta ciudad despidiéndome de mis huéspedes en aquella hermosa ribera de Tarija, uno de los afluentes del Rio Vermejo; pero tomé por la parte occidental el camino de Tupiza, pequeña ciudad que por este lado sirve de frontera á la República Argentina y á la Bolivia. Hay en ella el derecho de puertas sobre las mercancías y se registran las maletas de los viajeros, operacion que se efectúa sin ningun rigor ni impolítica por parte de los empleados. Mi primera estacion notable fue en seguida el lugar de Santiago de Cotagaita, pintorescamente situado en un valle bien cultivado y circuido de montañas, coronadas por cactus bastante grandes para construcciones. En la parada de Escara tomé por guia á uno de los indios que continuan llamándose postillones, aunque van siempre á pie, y de quienes se cuentan cosas verdaderamente maravillosas: uno de ellos que se tenia por un mediano andador, bien que hacia velozmente siete leguas sin tomar un instante de reposo, me decia que algunos de sus camaradas habian hecho y hacian frecuentemente en un solo dia el viaje de Escara á Caiza, á donde íbamos nosotros (trecho de veinte y una leguas de posta), y me aseguró que los habia que hacian treinta leguas desde la salida del sol hasta su ocaso. Todos los peruvianos son muy humildes, y aunque muestran á veces un valor desesperado, y aun ferocidad cuando están embriagados ó arrebatados de cólera, son sin embargo generalmente tan tímidos y pacíficos como la historia nos los representa en la época en que Pizarro, su bárbaro conquistador, invadió sus dominios hace tres siglos. Caiza, pequeña aldea bastante aseada con una iglesia muy capaz, es el último lugar hasta el Potosí donde pueden encontrarse caballos y algun refrigerio, todas las paradas intermedias están destruidas. Hallábame todavía á mas de treinta leguas de mi destino, á donde llegué sano y salvo, mas para partir inmediatamente, pues no queria soltar la ocasion de amenizar el viaje á Chuquisaca con la compañia de un jóven de esta ciudad que iba á reunirse con su familia.

El Potosí no dista mucho de Chuquisaca á donde llegamos antes de tres dias. Á distancia de cinco leguas del Potosí, en la direccion N.

E. encontré un lugarejo llamado los *Baños ;* los cuales consisten en dos ó tres manantiales, que, segun dicen, poseen admirables virtudes medicinales; su calor, segun el termómetro de Farenheit es de 90°. Frecuéntanlos para el recobro de la salud y mas comunmente por diversion, pero es menester llevar algunos muebles, pues no se encuentra allí mas que el abrigo de un grande edificio y una pulperia donde se sirven licores y provisiones. Los alrededores de este edificio presentan algunos indicios de vegetacion; su labranza se efectúa por medio de un tronco encorvado y contorneado á manera de arado, cuya punta profundiza á dos ó tres pulgadas de la tierra, tirado como se supone por un par de bueyes: manera de cultivo que basta al parecer para producir una abundante cosecha de cebada, que con algunas patatas y un poco de maíz componen todo el producto de aquel suelo, al paso que en Europa la industria fertiliza un terreno mucho mas ingrato. Hay en esta comarca desiertos donde se encuentran millares de llamas, y enormes manadas de cabras y ovejas. Es de esperar que el cultivo y la industria fertilizarán tambien estos desiertos cuando el aumento de poblacion proporcionará medios para ello y hará sentir su necesidad.

Pasamos la primera noche de nuestro viaje á diez leguas de nuestro punto de partida en la parada de Bartolo, donde observamos una variacion notable de temperatura, observacion que habia hecho á menos distancia en mi primera excursion hácia el sur. El dia siguiente, á una madrugada muy fria sucedió un dia de los mas calurosos, durante el cual tuve lugar de experimentar la suma eficacia de un poncho blanco contra los ardores del sol. Algunos arbustos y arbolillos descubrian el camino que atravesaba escabrosas montañas y valles profundos, en que la choza solitaria de algun indio ofrecia únicamente de cuando en cuando señales de cultivo; mas bien pronto los rebaños que pacian por aquellos montes nos anunciaron que no pasariamos mucho tiempo en una comarca estéril. El tercer dia bajamos por una rápida montaña á un reducido valle en cuyo fondo se ve el Rio Pilcomayo, uno de los principales tributarios del Parana, el cual atravesé á unas 2,000 millas de este último. El paisaje es de rara magnificencia. De lo alto de la inmensa montaña en que se desenvuelve el camino que gira sobre sus flancos, ricamente arbolados en su base, se descubre el hermoso valle en que se encaja el rio, y de trecho en trecho se manifiesta un grupo de chozas indias, cuyos apacibles é industriosos habitantes trabajaban en sus huertos para proveer de cebada, maíz, frutas y legumbres el mercado de Chuquisaca. Por el lado opuesto sigue el camino una montaña escarpada, semejante á la que acabábamos de bajar, y pasa junto á una quinta, que con un poco mas de gusto y de industria constituiria aquel sitio pintoresco y romántico. Un trayecto de cerca dos horas al través de un país medianamente poblado, pero fértil en extremo, nos condujo á un valle serpenteado que descubre á una y otra parte del rio los paisajes mas graciosos y variados de la naturaleza salvaje.

Al aproximarse á Chuquisaca percíbense lo primero las torres que se elevan de cada uno de los ángulos de la catedral (PL. XLV. — 2); luego los templos y campanarios de las iglesias y conventos sin número, fundados en los pasados tiempos del dominio eclesiástico. La vista de aquellos edificios infunde al extranjero ideas de espacio y grandeza pue se desvanecen al entrar en la ciudad, á pesar de su buen aspecto de limpieza, aseo y bienestar, respecto á lo cual aventaja á todas las ciudades que se encuentran desde Buenos Aires hasta Lima, sobre una línea de mas de mil leguas.

Chuquisaca, llamada tambien *la Plata* (la villa de la plata) ó *Charcas*, ha sido hasta estos últimos tiempos la residencia de un arzobispo que vivia con el mas grande esplendor. Está situada en un pequeño plano circuido de eminencias que la defienden de la inclemencia de los vientos. El clima es suave, pero durante el invierno se experimentan tempestades horribles y lluvias que duran largo tiempo. La ciudad está abastecida de agua en grande por muchas fuentes públicas suministradas por acueductos. Las casas mas hermosas no tienen mas que un piso; pero son muy vastas y adornadas de jardines deliciosos. Chuquisaca fue fundada en 1529 por uno de los oficiales de Pizarro, despues de su desastrosa conquista del Perú. Está construida sobre las ruinas de una antigua ciudad india llamada en quichua *Choquechaka* ó *Puente del Oro* á causa de los tesoros con que la atravesaban los indios, regresando para Cuzco. Estableciόse en ella un obispado en 1551, y en 1559 la audiencia real de los Charcas; y erigiósela en arzobispado en 1608. Miller le da una poblacion de 18,000 almas. Hoy dia es la capital de la república de Bolivia, y en el antiguo palacio arzobiscopal está ahora la residencia del presidente.

Cuando visité los conventos y las iglesias de la ciudad descubrí entre muchos cuadros despreciados algunas de las hermosas páginas traidas de España ó Italia por los jesuitas. Exaltábame al encontrar en una de las ciudades centrales del Nuevo Mundo obras que no habrian desconocido quizá los grandes maestros del *trecento*. Procuréme igualmente un buen surtido de cuadros sobre objetos religiosos, obras de los indios de Cuzco, tan celebrados por su habilidad en la pintura. Imitan los mas brillantes colores, particularmente los

de las carnes, con una exactitud sorprendente; pero como carecen de modelos y de instruccion, sus figuras, aunque generalmente agradables, están faltas de estilo y de espresion; y en cuanto á lo accesorio, al ropaje por ejemplo, cediendo á su pasion por todo lo brillante, cubren de oro y plata los vestidos de la Vírgen, de San José, y de todos los santos, lo que nos representa absolutamente la infancia del arte en nuestra Europa en los tiempos de Cranak y de Alberto Durer. Este mismo lujo se encuentra en sus personas, de suerte que me he sonreido muchas veces al encontrar mujeres que creen sin duda aumentar mucho sus gracias con la magnificencia afectada de su traje. Las mujeres distinguidas visten un zagalejo con pequeños pliegues, adornado en su extremidad con un ancho ribete de brocado; sus cabellos reunidos en un gran peine de oro, están enlazados con hileras de perlas y cuelgan por detrás en multiplicadas trenzas; el jubon blanco y con anchas mangas cerradas en el puño está cubierto de una especie de dalmática ricamente bordada. Si el atavío de las mujeres del pueblo es menos costoso, no es por esto menos brillante, ni menos pesado. La variedad de colores entre los mas vivos y que forman mas contraste es su carácter distintivo. Los hombres no son menos notables que las mujeres por la singularidad de su traje; llevan un casco con un penacho rojo, calzones negros, y las piernas desnudas con sandalias de cuero. Llevan una chupa verde debajo de una especie de sobretodo tricolor ó cuadricolor guarnecido de ribetes encarnados y amarillos. Tal es el traje de los *quichuas*, indios ó mestizos, últimos representantes de los antiguos hijos del sol (Pl. XLV. — 3).

Las damas de Chuquisaca son célebres por su afabilidad para con los extranjeros; y mi residencia entre ellas me ha permitido reconocer que merecen bien esta reputacion. Sus costumbres ocupan el lugar medio entre la vivacidad de las francesas y la reserva de las hijas de Albion; al paso que su talla recuerda la noble gallardía de las españolas, sin las maneras estudiadas de las mujeres de Paris y la tirantez de las de Londres. Comienzan ya á usar las modas francesas que reciben de Buenos Aires; pero en la iglesia y en las procesiones la antigua *basquiña* española está siempre en uso, y nunca abandonan el famoso abanico.

Despues del paseo vienen las tertulias, en las cuales de seguro tienen los extranjeros un recibimiento cordial, aun sin invitacion. La conversacion es tan espiritual como en cualquier otra reunion, sin exceptuar las mas distinguidas de las capitales de Europa, y diré de paso que los viajeros que han querido ver en la franqueza y buena acogida de la mayor parte de las damas provocaciones demasiado pronunciadas, las han calumniado ó conocido mal; pues merecen con respecto á esto ser en tanto elogiadas en cuanto por lo general son poco instruidas, lo que puede aplicarse igualmente á la mayor parte de los hombres de Chuquisaca. Antes de la revolucion, no se enseñaban allí mas que sutilezas teológicas ó escolásticas; pero despues se han desterrado muchas preocupaciones y han sido escuchadas la razon y la verdad. Los sacerdotes han renunciado en parte voluntariamente á una tiranía caprichosa, y si bien los antiguos abusos no están todavía del todo destruidos, sin embargo el fanatismo religioso no encuentra ya tanto apoyo, y los ministros de la religion repudiando su despotismo, se ven por todas partes recibidos como amigos: en una palabra, la libertad por tanto tiempo desconocida ha difundido su espíritu regenerador por todo el país, y se han hecho sentir ya sus beneficios.

Hubiese querido penetrar mas al E. de Chuquisaca, en aquellas comarcas interiores y misteriosas de los Chiquitos y de los Moxos, que no se conocen mas que de oidas. ¡Qué felicidad, si hubiese podido ser uno de los primeros en recorrer y revelar á la Europa aquellas vastas provincias, cuya existencia se sospecha apenas! Pero esta gloria no estaba reservada para mí. Tuve que limitarme á algunas excursiones hácia las fronteras de los Chiquitos, donde los viajeros modernos ha visto esparcidos, en una superficie de 12,000 leguas cuadradas, los restos de las misiones mas florecientes que hayan fundado los jesuitas en América, sin exceptuar las de las riberas del Parana y del Uruguay. Debió de ser curioso para estos viajeros el ver todavía en actividad aquellas instituciones religiosas, que allí solamente han sobrevivido á la existencia de sus hábiles é infatigables fundadores, en medio de pueblos cristianos solamente de nombre, que mezclan sin escrúpulo el recuerdo de sus antiguas supersticiones á las austeras pompas del catolicismo; ladrones, por lo demás, como por virtud; notables por la extravagancia de algunos de sus idiomas y de sus usos, y distinguidos de los pueblos del Gran Chaco, mas hácia el sur, por su carácter alegre y franco que contrasta con la taciturnidad de estos últimos. Los chiquitos lindan por el E. con las lagunas y corrientes del Paraguay setentrional; por la parte del S. confinan con los chiriguanos, y riegan su territorio del N. al S., sobre todo en la parte mas occidental, muchos rios importantes. Están separados de los moxos, por la parte del N., por inmensos y sombríos bosques regados por un rio no descrito todavía, bien que sea navegable y rodeado de la mas brillante vegetacion; estos bosques son el asilo de los guarapos, nacion afortunada, de quien Mr.

d'Orbigny, que á vivido entre ellos largo tiempo, trazó en uno de sus escritos un cuadro en que representa la edad de oro. Hospitalarios y francos, incapaces del robo, cultivan en el seno de sus familias todas las virtudes patriarcales. Felices en partir su felicidad con compañeras castas aun en medio de la corrupcion de las misiones cristianas, adoran con toda sencillez de corazon al *Tamoi* (el poderoso padre), quien les recompensa de sus virtudes con la abundancia de sus cosechas. Ufanos sin orgullo de su noble independencia, acogen con afabilidad al extranjero que les visita y le rodean de mil delicadas atenciones, que les envidiarian casi las naciones mas civilizadas. Mas allá hácia el norte, se extienden los llanos de los Moxos en donde los terrenos constantemente inundados reemplazan sin otra transicion, las colinas graníticas y las piedras areniscas de Chiquitos, vasta comarca regada del N. al S., entre una cantidad inumerable de rios por el Beni, el Mamoré, el Itenes, de los cuales los dos primeros siguen una direccion paralela. Estas inmensas corrientes de agua son todas navegables por mucho tiempo, y sus tributarios forman el Madeira, que debe su nombre español á los maderos de que están guarnecidas sus márgenes. El Madeira es uno de los mas poderosos afluentes del Marañon, rey de los rios de la América del sur. Las aguas de todos estos rios abundan en peces excelentes; sus riberas se coronan de magníficos bosques; los terrenos intermedios suministran en abundancia cacao, añil, algodon, arroz, vainilla, zarzaparrilla, gomas y bálsamos preciosos para la medicina y para las artes. Tambien crecen allí tamarindos, naranjos y limoneros, la caña de azúcar, las piñas, mil frutos diversos y sobre todo el plátano, este inmenso recurso del hombre de los bosques, ya usándolo tostado, ya hervido, ya secado al sol, verdadero maná de los desiertos del Nuevo Mundo. Esta comarca abunda tambien en pastos favorables para la nutricion del ganado mayor, muy comun en aquellos lugares. Los carneros no prosperan allí tanto, á causa del exceso de calor. Entre los cuadrúpedos distínguense el tapir, el jaguar, seis ó siete especies de monos, algunos anfibios, cotorras, algunas especies de penelopes, hoccos y multitud de aves de canto fáciles de domesticar, el matico, por ejemplo, precioso igualmente por la riqueza de su pluma. Diez pueblos diversos, navegantes por instinto, por necesidad y costumbre, y poseyendo todos lenguas diferentes, recorren incesantamente en todas direcciones los innumerables canales que unen sus rios, cuyas sinuosidades les son todas bien conocidas. Largas piraguas formadas de un solo tronco de árbol excavado por medio del hierro y del fuego les bastan para recorrer con seguridad aquellos canales inestricables por otros que no sean del mismo país. Por ricas que sean estas comarcas, por preciosos que sean sus productos como todos los del E. de los Andes, tendrian siempre las mas grandes desventajas en razon de la espantosa barrera que los separa de las naciones occidentales; pues si les es tan difícil transportar los frutos á las provincias del alto Perú que están allí contiguas, ¿cuánto mas les costará el transporte á las riberas del Grande Océano, donde debe efectuarse el embarque para la Europa? Las producciones de Chiquitos y de Moxos tienen que trasportarse á mas de doscientas leguas para ser trasladadas á Cochabamba y á Santa Cruz; y para remitirlas á Europa por la via de Buenos Aires, tendrian que recorrer no menos de seiscientas leguas, sin hablar de los caminos montañosos de Jujuy. El oro, la plata y las piedras preciosas pueden unicamente indemnizar de los costes del viaje á través de tan enormes distancias. Pasarán todavía sin duda muchos siglos antes que la industria humana ose arrostrar tales obstáculos y conciba la esperanza de vencerlos.

Era imposible internarme en aquellos desiertos, y mucho mas arduo todavía visitar el fértil y montañoso distrito de Santa Cruz de la Sierra, situado al S. de Moxos, ni su capital, que segun decian era tan parecida á Corrientes por el sistema de sus construcciones. Sus casas son como en esta última ciudad, construidas bastante irregularmente, casi todas de un solo piso y cubiertas unas de paja, otras de troncos de palmera partidos á manera de tejas; por lo demás no posee ningun monumento digno de atencion. Tampoco podia visitar el distrito de Cochabamba, fertilizado por un rio que pasa transversalmente del O. al E. convertido bajo el nombre de Rio Grande en uno de los afluentes del Mamoré. Para todas estas excursiones que me alejaban del centro, hubiese necesitado mucho tiempo, y no habia visto todavía el distrito de la Paz, donde esperaba, como uno de los mas antiguos focos de la civilizacion peruviana, recoger las nociones mas interesantes y curiosas sobre el estado de la nacion. Apresuréme pues en volver al Potosí, donde llegué el dia siguiente de mi partida de Chuquisaca, el dia 27 de febrero de 1830; pero ¡qué espectáculo se ofreció á mis ojos! Creia entrar en una ciudad inhabitada; todas las puertas y ventanas estaban cerradas, los mercados mismos se hallaban desiertos y sin provisiones; ni un alma viviente habia por las calles; el prudente condor que ordinariamente huye de la morada del hombre cerníase sobre la ciudad y parecia admirado de la soledad general. Un silencio mortuorio reinaba por todas partes, cual si todos los habitantes estuviesen encerrados en los sepulcros ó sumergidos en el último

sueño. ¡ Todos dormian en efecto ! El dia anterior era el martes lardero.... habíanlo pasado dia y noche en las fiestas y en los banquetes particulares de este pueblo, que prefiere en todo tiempo sus numerosas francachelas al reducido número de sus dias de trabajo ; y que en esta ocasion abandona todos los negocios de este mundo y del otro, para no pensar mas que en disfrutar del *último dia del carnaval.*

Los ancianos de ambos sexos, con un pie ya en la sepultura, para tomar parte en la fiesta se mezclan con las gentes mas jóvenes, y se hacen niños por un dia, durante el cual toda la poblacion no compone mas que una familia en delirio. Inúndanse mutuamente de harina, de almidon en polvo, de dulces, que se tiran á las damas, las cuales contestan con cáscaras de huevos, llenas de aguas perfumadas, no siempre de un olor agradable ; pero de que nadie debe enojarse. Tal habia sido la ocupacion de la vigilia : el baile, las carreras á caballo, el canto, la algazara y el abuso de bebidas de toda especie durante veinte y cuatro horas seguidas, habian fatigado de tal suerte á los habitantes, que el dia de mi llegada una mitad de entre ellos estaba en la cama por la embriaguez, y la otra mitad por el exceso de fatiga.

Por la tarde, la vida pareció entrar otra vez en la ciudad ; animados de repente los alegres potosinos estaban ya en pie, y segun antigua costumbre, adornados con los mas ricos trajes, paseaban á poca distancia de la ciudad, al pie de una inmensa montaña, donde se habia formado una gran tertulia de reposo y conversacion, mientras que los que habian conservado alguna fuerza bailaban con nuevo ardor. Esta reunion que se prolonga hasta la puesta del sol tiene por objeto el *entierro del Carnaval.* Al fin de la tarde, las guitarras, las flautas y los caramillos se envuelven con crespones ó gasas negras, y se esconden para despues de la cuaresma, pues se supone que su uso cesa con el carnaval (Pl. XLV. — 1).

Aunque esos dias se pasan en el tumulto y en la embriaguez, son muy raras las disputas, y en medio del mas gran jentío jamás se descubre un ladron. Los indios recorren las calles mañana y tarde, al son de tambores, cornetas y silbidos, acompañados de la gritería de niños y mujeres ; pero jamás atropellan á nadie y parece reinar entre ellos la mas perfecta armonía.

Las escenas que acabo de describir pertenecen á las costumbres de los potosinos ; y si observamos el círculo de su vida ordinaria, tal vez no se hallará en el mundo otra ciudad grande y populosa en que haya menos reuniones y tan pocos placeres. Las reuniones se limitan literalmente á dos ó tres familias que pasan media hora todas las tardes en regar la yerba del Paraguay con un largo tubo, en oir tañer una guitarra, ó en sentarse en un banco colocado frente la muralla, embozados hasta las narices para responder : si señor, á todas las observaciones que se hacen sobre el rigor de los vientos del sur, ó lo que entre nosotros se llama *el buen ó mal tiempo.* Las señoras acurrucadas sobre un tapiz de que está cubierto el pavimento ó hacinadas en un rincon y envueltas con sus mantas de lana, obligan á uno de cuando en cuando á tomar otro *mate ;* pero nada hay tan penoso como el verlas toda una tarde absolutamente sin ocupacion, pintado el fastidio en su semblante. En cuanto á los hombres puede tenerse por cierto que su conversacion se reduce á una sola cosa, pues como no se ocupan exclusivamente mas que de la explotacion de las minas, no hay que esperar que hablen de otra cosa que de ingenios, vetas recientemente descubiertas, minerales de superior ó inferior calidad, etc. Mejor empero que todo esto, encontré en casa de una señora, doña...., rica viuda de uno de los mas opulentos mercaderes del Potosí antes de la revolucion. Esta señora va todos los dias á la iglesia, asiste á todas las procesiones, tiene gran devocion á todos las santos que adornan sus aposentos, y todos los dias favorece con su mesa á un religioso que tiene libre entrada en su casa ; en una palabra, á todas las prácticas de la devocion reune todas las condiciones del mejor corazon del mundo y la caridad mas activa y comprobada. Llámasela entre el vulgo *la buena cristiana.*

Doña.... me honraba con su amistad y comí en su casa el dia anterior á mi partida para las provincias septentrionales. La descripcion de la comida que me ofreció completará la pintura de las costumbres de los potosinos. Nos sentamos á la mesa á las dos en punto entre dos eclesiásticos, uno de los cuales era un gordo y corpulento dominico, confesor de la viuda ; servíannos tres muchachas indias, muy bien compuestas y aseadas, hijas de los ancianos criados de la casa, un jóven indio sin camisa, sin zapatos y sin medias, una linda esclava negra y una mujer anciana, criada de confianza. Todas las familias del Perú están servidas por indios cuya fidelidad es incorruptible, segun dicen, por tentacion alguna del mundo. El primer plato consistió en una buena cantidad de queso y frutas de diversas especies ; vinieron en seguida dos ó tres variadas sopas y arroz preparado de diferentes maneras, luego manjares mas sustanciales, compota, dulces y otros objetos de esta naturaleza, terminando la comida con un plato de patatas guisadas con manteca de mala calidad. Durante la comida observé que doña.... reservaba una porcion de cada plato y la pasaba á un indio que la colocaba en un rincon de la sala ; imaginé que se conser-

vaba para el dia siguiente. Concluida la comida los criados quitaron los manteles de la mesa, se colocaron por su propio movimiento en medio de la sala y cayendo de hinojos, cantaron ó recitaron en alta voz las gracias que repetian los dos eclesiásticos, mientras que doña.... apretando contra su pecho su cruz y su rosario, y con los ojos fijos en un hermoso cuadro de la Vírgen colgado delante de ella con una magnífica guarnicion de plata, acompañaba con fervor este acto de devocion. Un largo ¡ Amen ! terminó la ceremonia, en la que el mas tenaz incrédulo no habria podido dejar de tomar parte.

Los criados se llevaron entonces los platos puestos á parte, mientras que la señora parecia dar á cada uno de ellos instrucciones particulares. Curioso yo por saber su destino, me arriesgué á una pregunta, cuya respuesta fue. « Es para los pobres. » En efecto, todos los dias del año á las dos de la tarde se reunian muchos indigentes en casa de *la buena cristiana*, y sentándose en la escalera ó penetrando á veces hasta la misma entrada del comedor, donde cotidianamente podia verse una escena seguramente muy nueva para un europeo: aquella turba de mendigos hacian círculo en una casa respetable y comian con cucharas y tenedores de plata y en platos del mismo metal, sin ser vigilados y sin que se temiese al parecer la sustraccion de la menor pieza del servicio. No debo olvidar que los dulces y las confituras reservadas eran para los niños que acompañaban á sus padres.

Partí en fin para Oruro, cabeza de partido del distrito de este nombre, al N. del Potosí, distante sesenta y seis leguas poco mas ó menos. Á una legua de esta última ciudad se encuentra un camino muy estrecho llamado *el Puerto*, en que las rocas se elevan á derecha é izquierda á la altura de dos ó trescientos pies, aproximándose algunas de manera que se tocan por su cúspide; la tradicion refiere que esta hendedura extraordinaria fue hecha por el demonio que luchando con san Antonio y vencido por este, volvió muy bruscamente la espalda á su vencedor, y humillado de su derrota dió tal explosion su venganza que las montañas se abrieron. Una imágen de san Antonio, colocada allí en un nicho es la prueba inequívoca del hecho, y ¡ ay de aquel que osara dudarlo ! En la mayor parte de este camino, en el lugarejo indio de Yocalla, en el de las Lagunillas, y en muchos otros puntos en otro tiempo tan florecientes y populosos, no encontré mas que ruinas y desolacion; ¡ inevitable efecto de las guerras civiles ! No faltan habitaciones en parte alguna pero están arruinadas ó almenos descubiertas. En los llanos y en los valles vi rebaños inmensos de llamas con sus hijuelos, cuyo movimiento es de lo mas divertido: con el cuello tendido y las orejas erizadas le clavan á uno sus grandes ojos, y al acercarse á ellos huyen á mas correr uno tras otro como los carneros. Ví tambien numerosas vicuñas y guanacos, lindos animales cuyo grito salvaje y agudo al ver á un extranjero causa un singular efecto, señaladamente en aquellas regiones de silencio y soledad, en que no es raro caminar un dia entero sin hallar un solo hombre. Al tercer dia de mi marcha, vi en una inmensa llanura ribeteada á la izquierda por las Cordilleras, una línea de antiguos monumentos que segun me dijeron eran sepulcros antiguos en que se han encontrado muchas veces anillos y otros objetos de oro y vajillas curiosamente trabajadas; en casi todas las cimas de las montañas y en casi todos los valles encontré, al lado de las ruinas evidentemente modernas, restos antiguos que por su número y extension atestiguan la existencia de una inmensa poblacion destruida ahora. La destruccion de este país de *salvajes* por un pueblo *civilizado* me sugirió naturalmente las mas penosas reflexiones. El quinto dia de mi viaje vi desplegarse delante de mi una llanura lisa como el océano. El camino era mas fácil para nuestros animales, pero el paisaje no era muy interesante. Al O. en fin, al extremo de este plano descubrí la ciudad siempre respetable y en otro tiempo opulenta de Oruro. Hoy dia no cuenta mas que 4,000 almas la mitad apenas de las que poseía antes de la revolucion, y á pesar de esto sus desgraciados habitantes se ven reducidos á la mayor indigencia por efecto de la destruccion de sus minas de estaño y de plata, objeto en otro tiempo para ellos del comercio mas productivo y extenso. Estas minas han sido por mucho tiempo famosas y tenidas por las mas ricas del Perú; pero abandonadas en estos últimos tiempos, se han llenado de agua y han quedado inútiles por falta de dinero para vaciarlas y abrirlas otra vez. Las prodigiosas fortunas de muchas familias de Oruro, son en cierto modo proverbiales, y se cita principalmente la de D. Juan Rodriguez, quien realizando la fábula de Midas ó renovando la historia de Creso, habia convertido en plata ó en oro todos los utensilios de su casa, de uso mas ordinario. « Ya ve V., me decia mi huésped, esta enorme pila de mi patio que sirve de abrevadero á los animales; pues bien, el señor Rodriguez tenia dos mayores todavía que aquella para el mismo uso, de plata maciza pura; y antes de la revolucion habia en Oruro tres ó cuatro casas tan ricas como él. ¡ Pobre señor Rodriguez ! La influencia que ejercia en nuestra ciudad habia hecho sospechar si habia tomado parte en la terrible insurreccion de los indios á las órdenes del cacique Tupac Amaro, en 1780. Fue arrestado por las autoridades españolas y enviado prisionero á Buenos Aires, donde estuvo encerrado mas de veinte años; murió en el momento en que acababa de ponérsele en liber-

tad, cuando estalló la última revolucion.

No permanecí en Oruro mas que el tiempo necesario para tomar algun reposo y partí muy luego para la Paz. Despues de haber atravesado diez leguas de llanuras desiertas, llegué al lugar de Caracollo donde recibí del cura la hospitalidad mas desinteresada, hospitalidad que, en obsequío del clero, debo decir que se obtiene con la mayor facilidad: un saludo de los recien venidos y una bendicion del sagrado huésped, componen toda la ceremonia, pasada la cual, gentes y animales son recibidos sin dificultad con la sola condicion tácita de conformarse fielmente con los usos y costumbres, lo que en todos países no es mas que justicia y conveniencia. De Caracollo pasé á Sicacica, en otro tiempo linda ciudad de bastante importancia, que constaba de 3 á 4,000 habitantes, pero hoy dia casi arruinada y contando tan solo algunos centenares de personas. En sus cercanías se ancuentran minas de plata que han sido y podrian ser todavía explotadas con gran ventaja. Las manadas de ganado lanar y vacuno que antes de la revolucion cubrian los ricos pastos de aquella parte de la comarca no habian experimentado todavía pérdida alguna. La desolacion y la ruina reinaban por todas partes. El dia siguiente llegué al arruinado lugarejo de Calamarca, donde observé ya á cada lado de un camino cómodo y liso montañas mas bajas con los flancos menos escarpados y mas verdosos que las que habia visto hasta entonces en el Perú. Muchas estaban aun cultivadas por los indios; pero en otro tiempo lo estaba toda la comarca. El cuarto dia de mi partida de Oruro, el espectáculo que se ofreció á nuestros ojos era magnífico: los dorados rayos del sol naciente en un cielo azulado, alumbraban al magestuoso Ilimani, gigante de los Andes, con toda su pompa silvestre, dominando la region de las nieves y brillando con el mas vivo resplandor, aunque distante á mas de diez leguas. Quince leguas mas allá hicimos alto en la parada de la Ventilla, faltándonos todavía que caminar hasta la Paz cuatro ó cinco leguas de un plano raso, cubierto de piedras quebradas y de verdes arbustos. Desde el Potosí apenas habia visto un árbol y hasta llegar á mi destino no debia ver tampoco ninguno, al paso que á poca distancia de la Paz se encontraban bosques inmensos. Á medida que adelantábamos, admirábame de no encontrar nada que indicase la existencia de una ciudad. Veía si diversas recuas de mulos, llamas y jumentos, pasando y traspasando con sus cargas ó sin ellas; pero no veía edificio alguno, ni torre, ni morada, ni templo, ni campanario, aunque el sonido de las campanas heria de vez en cuando debilmente mis oidos. Elevábanse tan solo delante de mi rocas peladas, áridas y batidas por el viento, montañas cubiertas de nieve que me ofrecian una barrera insuperable. ¿Dónde pues habia una ciudad? Avanzando sin embargo, siempre impaciente para resolver esta cuestion, halléme de repente al borde de un precipicio, en cuyo fondo se extendia la grande y populosa ciudad de la Paz, cuyos techos contrastan con los ranchos ahumados de los indios. En los alrededores se ven con sus tintes verdes y amarillos, los trigos, frutos y productos de toda especie en sus diversos períodos de madurez, desde la sementera hasta la cosecha; aquí un campo de cebada verde todavía, allá otro en plena madurez que los indios siegan ya; por este lado una mies que sale apenas, mas lejos otra á medio crecer; mas allá un par de bueyes atados á un palo sin forma, cuya punta raja la tierra bastante profundamente para que en su surco pueda ir echando la semilla uno de los dos hombres que van detrás; algunos árboles cargados de frutos y flores completan esta escena de magnificencia vegetal; y aquel fértil Eden, circuido de precipios áridos y desnudos, coronados de montes azotados por las tempestades y elevando hasta las nubes sus frentes cubiertas de nieves, sobre las cuales caen en vano todos los rayos del sol de los trópicos.... ¡qué contraste! Permanecí algunos minutos suspenso en el borde del abismo para contemplar un paisaje tan rico. Desde las alturas en que habia descubierto la ciudad me parecia estar muy cerca de ella; pero distaba una legua todavía, y necesitamos tres cuartos de hora para bajar á los arrabales. La ciudad me habia parecido construida sobre un plano, hasta que reconocí que estaba situada sobre colinas por el rápido declivio de muchas calles. ¿En qué profundidad está pues el valle donde se encuentra la ciudad de la Paz?... Para completar este cuadro, diré por último que el feroz buitre desplegaba delante de mi sus anchas alas encima de aquel sumidero.

Llegado á la Paz, dirigíme á casa de uno de los habitantes de la ciudad, D. Alonso, á quien estaba recomendado muy particularmente: hombre de una instruccion variada y capaz de fijar mi atencion sobre los objetos mas notables de este país tan curioso para el naturalista como para el anticuario, por la singularidad de su construccion geológica y por sus numerosas ruinas de la existencia de dos antiguas civilizaciones. « Se halla V., me decia D. Alonso, sobre un terreno de 4,000 metros de altura, y que se eleva entre dos cadenas bien distintas de nuestros Andes. La primera es la *Cordillera Oriental*, por la parte del N., cuyo terreno, aunque presenta muchos puntos volcánicos, es granítico, bien que en alguna parte no pasa de secundario. La otra, que se extiende hácia el S. O., llamada *Cordillera de Chuluncani* es toda volcánica como lo atestiguan evidentemente el gran número de piedras pomez que se encuentran á

cada paso; elévase á 4,400 metros, siendo sus cúspides de una altura considerable y cubiertas muchas de ellas por las nieves todo el año; pero por interesante que sea esta masa de montañas, no puede ser comparada con la que presenta la Cordillera oriental. Esta última ofrece tres *nevados* principales. Llamamos aquí nevados á los puntos cubiertos de nieves perpetuas.

« Siguiendo nuestro valle hácia la provincia de Umasuyos entre la Cordillera al N. y el lago de Titicaca por la parte del S., atravesando los infinitos arroyos que desaguan en el lago, bajando las montañas y pasando sucesivamente por Yarbichambi, las Peñas y Guarinas por las márgenes del lago, y luego Achacache y Habaya, se llega en fin á la ciudad de Sorata ó Esquivel, encima de la cual se eleva el mas septentrional de estos nevados, el *Sorata* ó *Aucumani* á 7,696 metros de altura. Desde esta ventana puede V. percibir la cima desnuda é imponente del gigantesco Ilimani, que se eleva á mas de 7,315 metros (24,200 pies). Este forma la extremidad meridional de la Cordillera de la Bolivia, y parece derivar su nombre de la palabra *ili* que en aymara significa nieve, por estar cubierto de ella continuamente; las nieves mas inferiores de la parte del N. no bajan de 16,500 pies. ¿Pensaria V. al verle tan grande que nosotros estuviésemos á mas de diez leguas de distancia? (Pl. XLVI. — 1). En cuanto el tercer nevado situado entre el Sorata y el Ilimani á casi igual distancia del uno que del otro, este es el *Huayna Potosí* (el pequeño Potosí). No le hablo á V. de á lo menos quince cimas intermediarias, igualmente nevadas que coronan la cresta de la Cordillera; pero el contraste mas admirable para todos los viajeros es el que presentan las vertientes orientales de esta Cordillera sin exceptuar la occidental. He hecho algunas excursiones interesantes por esta comarca pintoresca, que nosotros llamamos la provincia de Yungas, atravesando una multitud de inmensos torrentes desconocidos todavía en Europa, y bosques sin senderos de muchos centenares de leguas de extension, por caminos inaccesibles en que á cada paso se presenta un obstáculo; y he encontrado el *cova*, de que abundan, el *erythroxylon* de los botánicos: vegetal precioso que reemplaza para el peruano el opio de los turcos, el betel de los indios del Asia, y el tabaco de los europeos: planta que desvanece sus pesares, les fortalece en sus marchas, aplaca su hambre, y les calienta cuando tienen frio. Los peruanos le mascan con una especie de ceniza con base de potasa llamada *toura*; las hojas, bastante parecidas á las de nuestros cerezos, tienen un sabor lijeramente amargo y aromático. En nuestra ciudad de la Paz es donde se hace su principal comercio. Expórtanse para España por valor considerable fardos de veinte á treinta libras, y las mujeres indias lo (*coqueronas*) venden por al menor, en el marcado de Chucuito, en Puno y Arequipa. He encontrado tambien en este suelo nuestra famosa quina, uno de los principales recursos del arte de curar en vuestra Europa. En estas espantosas cimas en que la rarefaccion del aire parece debe apagar la vida á cada momento, ¡ cuántas veces perdido entre las nubes, cuando se aclaraba aquel denso velo, he visto á mis pies, y frecuentemente á una profundidad, inmensa las undosas olas de un océano de verdor de que la vista no alcanza el horizonte! »

Despues de esta primera exposicion de la topografía general del país, mi complaciente cicerone que debia dentro poco pasar á Arica donde le llamaban algunos negocios de interés, me ofreció acompañarme hasta la frontera. Determinamos partir á los pocos dias, y visitar sobre la marcha el lago de Titicaca y las ruinas de Tiaguanaco.

El dia siguiente, segun mi costumbre, paseábame ya muy de mañana entre las filas de paisanos que ostentaban en el mercado de frutas y legumbres de la Paz sus paneros llenos de hermosos productos de sus huertos, de ananas, bananas, naranjas, fresas, y frutas de excelente calidad, bien que las fresas no son tan buenas como las de Europa. Las paisanas cholas ó indianas eran mas lindas y vestian mejor que las del Potosí. Su cofia les sienta muy bien y se parece mucho á la toca polonesa, de la cual se distingue por la escesiva extension de su fondo que parece destinado á servir de parasol, mueble muy útil en una comarca en que rara vez se ve tapado por las nubes. Este tocado es mas ó menos rico, mas ó menos sencillo, segun la fortuna de las que lo llevan. Sus cabellos están prendidos por detrás en pequeñas trenzas, con anchos bucles tras las orejas adornadas de oro ú plata; cadenas y *topas* como en muchos otros lugares; sus vestidos son redondos y muy anchos, y su calzado consiste en zapatos á la europea, ó en sandalias. Los hombres llevan igualmente el cabello trenzado por detrás en dos ó tres divisiones, bajo un sombrero parecido al de los auverneses, á los cuales se asemejan tambien por sus calzones y vestido corto; pero van siempre sin medias y con sandalias de cuero como las mujeres. Los descendientes de los aymaras parecen haber precedido á los quichuas en el país (Pl. XLVI. — 2).

Al volver de mi paseo felicité á D. Alonso por la prosperidad comercial de que me parecia disfrutar aquella ciudad, la cual es bastante considerable y cuenta cerca de 20,000 habitantes.

« La Paz, me dijo, es la gran factoría del Perú, donde se reunen todas las mercancías de la

costa del Océano Pacífico, y á la que acuden á buscarlas los comerciantes grandes y pequeños para venderlas en las ciudades y pueblos del interior. Pocas ciudades hay en Europa que presenten en tan reducido espacio tan vivo movimiento en los negocios. Los artículos que vienen de Inglaterra son mas abundantes y preferidos á los fabricados en Francia y en Alemania, aunque estos últimos son tambien muy estimados en nuestros mercados. Los mercaderes europeos nos traían antes toda suerte de bujerías, pelendengues y bagatelas de ningun valor, con la esperanza de hallar aquí pronta salida, pero van cambiando ya de rumbo, conociendo por fin el justo menosprecio en que se tienen hoy dia esas niñerías; mas si la Paz está ahora tan floreciente, si le está reservado un porvenir mas brillante, no ha dejado de pasar tambien por muchas vicisitudes. Nuestros habitantes la han visto dos veces sitiada y reducida á los últimos apuros, en la insurreccion de los indios al mando de Gabriel Tupac Amaro y sus partidarios. Por espacio de dos años seguidos, desde 1780 hasta 1782, el Perú estuvo por todas partes hecho una hoguera, desde Cuzco á Chuquisaca, perdiendo un tercio á lo menos de su poblacion, entre españoles, cholos, mestizos é indios. La bandera real de los incas brilló algunos momentos sobre los muros de la capital, al frente del jefe de los rebeldes, y poco faltó que la masa de los peruanos no restableciese el trono de Cuzco. No pregunte V. como puede explicarse una demostracion tan enérgica por parte de un pueblo naturalmente dócil y sumiso, pues ya sabe de que son capaces los hombres que sufren en extremo los excesos de una tiranía sin límites. ¡Los corregidores no menos ambiciosos que inhumanos habian vuelto contra los indios la ley del *repartimiento*, hecha con miras de humanidad! »

Mientras estaba oyendo este discurso, tenia fijos mis ojos en un mapa del país. « Veo que se sonrie V., continuó D. Alonso, y sepa V. sin embargo que este mapa es obra de uno de nuestros mas hábiles geógrafos. Confieso que es bastante singular el ver que un peruano coloca las ciudades de Sorata y de la Paz sobre la pendiente oriental de la Cordillera boliviana, hallándose efectivamente situadas sobre la costa occidental de esta cadena; lo que viene á ser por ejemplo, como si colocásemos en Europa Florencia al E. de los Apeninos, ó Turin al O. de los Alpes. Por lo demás, este error ha sido reproducido en todos los mapas europeos del Perú, exceptuados los de Mr. Humbold. Quizá podria esto explicarse, sino justificarse del todo, por el hecho extraordinario de que el Rio Lorata y el Rio de la Paz, en vez de desaguar en el lago como muchos otros, siguiendo la pendiente natural de los terrenos, atraviesan por el contrario toda la Cordillera oriental, hecho enteramente excepcional en geografía física, y evidentemente contrario á las leyes de la estadística hidrográfica. »

El dia prefijado por D. Alonso nos pusimos en camino para el proyectado viaje. « El árido plano que recorremos, me decia, no baja de treinta leguas de latitud de una á otra Cordillera, y se extiende mucho hácia el N. y hácia el S. Á la extremidad N. se halla el lago que vamos á visitar, y por esta parte en que nos encontramos está cubierto de pueblecitos poco distantes entre sí y regados por un gran número de riachuelos que desaguan todos en el lago. » Luego de haber llegado á sus orillas, que son por todas partes bastante escarpadas, embarcámonos en el primer buque construido en él, para visitar ante todo la especie de archipiélago que forman un gran número de islas, entre las cuales son notables Amaza, Quebaya, Taquiri, Surique y Pariti. Mi guia me hizo observar los sepulcros y las ruinas de antiguas viviendas de que se hallaban cubiertas, pues eran para él una prueba evidente de la existencia de los Incas, vista su analogía con las antiguas construcciones peruanas que se descubren aun en Cuzco. Mientras íbamos navegando de una á otra isla me hacia sus observaciones sobre la profundidad del lago, la cual me decia ser en muchos parajes de 480 pies, menos en su parte mas oriental. Pude facilmente reconocer que sus aguas son muy cristalinas, pues dejan ver el fondo á veinte y á treinta pies de profundidad; y no hay tampoco ninguna duda de que son dulces, aunque inexactamente se haya dicho lo contrario, pues así los animales como los habitantes las beben sin ningun riesgo. Tiene fama de criar excelentes pescados; y para acreditárnoslo, nuestros indios nos sirvieron algunos, entre ellos *truchas*, *armantos*, *cuchis* y *boquillas*; y efectivamente los hallamos muy buenos, lo mismo que las aves que abundan en las orillas y se ven nadar sobre el agua.

Concluida esta primera exploracion, hicimos rumbo al norte y nos hallamos desde luego en un vasto canal, flanqueado á derecha é izquierda por altas montañas, cuyas achatadas cimas se elevan perpendicularmente á considerable altura. Están desprovistas de árboles pero no por esto dejan de verdear por todas partes; pasábamos á veces tan cerca de ellas que la sombra que proyectaban en el agua cubria enteramente nuestra embarcacion. La vista de este estrecho, en el cual entrábamos á toda vela sin tener mas que el agua á nuestros pies, el cielo sobre nuestra cabeza, y tristes montañas á derecha é izquierda, tenia un no sé que de sombrío y solemne. Descubríanse á la izquierda algunas casuchas construidas sobre una colina de mediana elevacion, que se hallaba

delante y al pie de una montaña relativamente considerable, con una pequeña iglesia y un mezquino campanario. « ¡ Allí está San Pedro ! » me dijo el cicerone; y « hé aquí San Pablo » añadió volviéndose á la derecha é indicándome otra aldea poco mas ó menos de la misma extension, pero situada en un terreno mucho menos quebrado, y resguardada asimismo por elevadas montañas. « Nos hallamos en el estrecho de Tiquina (Pl. XLVI. — 3) que nos conduce á la parte septentrional del lago, mucho mas dilatada, y que se extiende hasta Huancane en la provincia de este nombre: observe V. que vamos navegando en un mar cuatro mil metros mas elevado que el Grande Océano » Favorecidos por el viento arribamos luego á la isla de Coati ó de *la Luna* donde se ven las ruinas del famoso templo de la luna en el cual vivian las Vírgenes del Sol en medio del lujo y los honores, y siendo objeto de veneracion para los pueblos casi al igual del grande Inca, cuya gloria compartian. Despues de haber abandonado esta isla para trasladarnos á la de Titicaca ó *del Sol*, cogiónos una de estas violentas borrascas que bajando de los Andes hacen muy á menudo peligrosa la navegacion del lago. Felizmente estalló cuando abordábamos ya esta última isla y se contentó con espantarnos. « La isla de Titicaca, voz que significa *montaña de plomo*, es la principal, me dijo D. Alonso, y la que da su nombre á todo el lago. Los naturales creen que Manco Capac residió aquí primitivamente y que en esa isla recibió su mision divina; por eso la tienen gran veneracion. Tiene tres leguas de largo, una de ancho y cinco de circunferencia; y aunque montuosa y poco cultivada, es fértil y abundante de flores. Sus pastos mantienen bastante ganado, y se crian en ella muchos palomos. »

Habíamos desembarcado, y buscaba con la vista una piedra, una columna que pudiese á lo menos darme á conocer el sitio que ocupaba ese magnífico templo que los Incas elevaron al Sol, y cuyas murallas se hallaban segun dicen, incrustadas de oro puro. « De todo este esplendor, me dijo D. Alonso, no quedan ya sino informes ruinas. Las riquezas que en él se habian acumulado eran inmensas, pues cada peruano, comenzando por el grande Inca, para quien esto era un deber sagrado, tenia obligacion de visitarlo una vez al año y depositar una ofrenda en su tesoro; pero en la época de la conquista quedó todo destruido. Los indios están bien convencidos de que la mayor parte de las riquezas del país fueron echadas al lago cuando entraron los españoles, y de que entre otros objetos preciosos cupo la misma suerte á la grande cadena de oro fabricada por órden del Inca Huayna Capac que tenia doscientas treinta y tres varas de largo, y dentro cuyo circuito podian bailar seis mil hombres. Pero dejando á parte la aficion á lo maravilloso que tienen los hombres, y mayormente los pueblos en su infancia, existen aun en la historia de los antiguos peruanos bastantes hechos que hacen dignos de execracion á los odiosos opresores de esta nacion desventurada.

Nos embarcamos otra vez para volvernos á tierra firme, y dirigiéndonos en derechura al sur entre las islas de Chique y Pariti, llegamos á la aldea de Taraco, desde la cual nos fuimos á visitar las famosas ruinas de Tiaguanaco. El primer objeto que se presentó á mi vista al llegar allí me indemnizó del disgusto que habia experimentado á la primera vista de los monumentos peruanos en mi paseo por el lago. « No se admire, dijo don Alonso, de que el pórtico monolito que tiene á la vista y cuya admirable conservacion atestigua su solidez, haya sobrevivido á todos los vaivenes, pues no tentaba la codicia de los conquistadores (Pl. XLVI. — 4). Su grandor y su masa, lo mismo que la singularidad del sistema arquitectónico á que pertenece, prueban la existencia y el paso de una nacion á mi entender mucho mas antigua que la quichua ó de los Incas. Fije V. la vista en esas estatuas colosales que se hallan sobre esta colina facticia y al rededor de ella; contemple esas macizas construcciones cuyas piedras igualan casi en dimensiones á las de los monumentos del antiguo Egipto; examine este pórtico cubierto de bajos relieves cuyos principales detalles comprueban la importancia que se daba al condor, considerado como emblema político de la grandeza y de la gloria, ó con mas probabilidad como objeto de culto. ¿ Puede dejar de convencernos todo esto de la preexistencia de una civilizacion mas antigua y mas adelantada que la de los Incas? ¿ de una civilizacion de la que no era ya mas que un resto la de estos últimos por mas imponente que nos parezca? No es esto una nueva hipótesis, pues el testimonio de los historiadores y hasta sus mismas dudas de estos, todo tiende á comprobarlo: y por otra parte estas ruinas se hallan todas situadas en el territorio de la nacion aymara, que hablaba un dialecto diferente del quichua. Este antiguo idioma de los Incas está aun en uso con algunas modificaciones en una parte del Perú; pero en la Paz y en su comarca la lengua ordinaria de los indígenas es el aymara. »

Mientras me estaba hablando D. Alonso, no veía en rededor mio, en toda aquella comarca que él suponia haber sido en otro tiempo la patria de un pueblo numeroso, mas que un labrador que guiaba su arado al pie de las ruinas, y sentada no lejos de él una pastora que apacentaba su rebaño sobre la escasa y poco frondosa yerba de la llanura; importándoles bien poco á uno y otro la historia y arqueología peruanas. « ¿ Son tambien aymaras? » pregunté yo

á D. Alonso. « Sin duda: me contestó, desde la Paz no está V. viendo otras gentes.... Pero observe á lo lejos esos numerosos rebaños de llamas y de alpacas que hacen la riqueza de nuestro país, y nos prestan los mismos servicios que los caballos y los asnos les prestan á Vds. en Europa, sin que eso nos impida servirnos igualmente de estos últimos, conforme lo habrá V. advertido ya sin duda. Las orillas meridionales del lago, las islas que en él hemos visto cubiertas de vestigios de antiguas habitaciones, son aun al presente, lo mismo que antes, el asilo de una poblacion que comparativamente es siempre mucho mas numerosa que la de ningun otro punto del continente; y no puede ser de otro modo, visto que sus valles se hallan y se han hallado siempre poblados de numerosas manadas de llamas y de alpacas de los cuales crian nuestros colonos abundantes rebaños, á pesar de los destrozos que en ellos hacen á menudo los condores y caracaras. Seguramente querrá V. recoger en su diario y en su album de viaje alguna descripcion y algun diseño de estos interesantes animales. — En cuanto al diseño, le dije, está ya hecho, aquí lo tiene V. (Pl. XLVII. — 2): en cuanto á la descripcion cuento con que V. se servirá favorecerme. — En este particular poco puedo añadir á lo que V. ya sabe, porque habrá visto bastantes en sus correrías por nuestro país, donde se les encuentra por todas partes. El llama (*camelus llamas*, Lin.), que es del tamaño de un ciervo, y de pelo castaño, pero que varia de color cuando se halla domesticado, es peculiar de los Andes peruanos, donde presta considerables servicios así en los caminos por los cuales no pueden andar los mulos, como en los parajes en que escasea el forraje. En el reino animal es considerado como un término medio entre el camello y la oveja, y se le emplea en el trasporte de mineral, carbon, trigo, etc. Si la carga excede de ochenta á ciento cincuenta libras, ó si se le hace andar mas de tres á cuatro leguas por dia cae enfermo se echa y muere; pero la principal ventaja que hay en servirse de él está en que dos ó tres libras de paja le bastan para veinte y cuatro horas. En cuanto á las alpacas, se les reune en rebaños á fin de aprovechar mejor la lana. »

Mientras estábamos hablando, mi compañero de viaje y yo habíamos vuelto á tomar nuestro camino, adelantándonos siempre hácia el O. hasta que llegamos por fin á las riberas del Desaguadero. Este riachuelo lejos de desembocar en el lago como lo indican todos los mapas, sale de él por la parte meridional y va á perderse mas al S. en otro lago del departamento de Oruro. El quinto Inca, Yupanqui Capac, echó un puente sobre el Desaguadero, por el cual pasó el ejército del Perú cuando invadió á Charcas; pero construido con poca solidez, segun el sistema adoptado en el país, debia ser reparado cada seis meses conforme á una ley de los Incas, uso que el gobierno español creyó tambien útil conservar.

« Aquí nos es preciso separarnos, me dijo D. Alonso luego que hubimos pasado el rio, pues estamos ya en el límite que separa la república de Bolivia de la del Perú. Dirigiéndome yo directamente á Arica he de salvar la cordillera occidental por el puerto mas cercano, marchando en derechura hácia el O.; al paso que V. que se dirige á Puno debe marchar hácia el N. y á lo largo del lago. Podremos volver á vernos en la costa, y si me hallo aun allí cuando V. llegue, tenga muy presente que puede contar en mi con un amigo. »

Alargóme cordialmente la mano, y despues de saludarnos recíprocamente con el amigable: *Vaya V. con Dios*, nos separamos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

DEL TOMO PRIMERO.

FIN DEL ÍNDICE DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO PRIMERO.

a 08

